Julio
1917

PACIFICO
MAGAZINE

Pobreza
de la sangre
Es vicio!

Riqueza
de la sangre
Hace el dicho!

Para adquirir riqueza basta tomar QUINIUM LABARRAQUE!

El uso del Quinium Labarraque a la dosis de una copita de licor después de cada comida basta, en efecto, para restablecer en poco tiempo las fuerzas de los enfermos más agotados y para curar seguramente y sin sacudidas las enfermedades de languidez y de anemia más antiguas y rebeldes. Las fiebres más tenaces desaparecen rápidamente ante este medicamento heroico. El Quinium Labarraque es todavía soberano para impedir para siempre el retorno de la enfermedad.

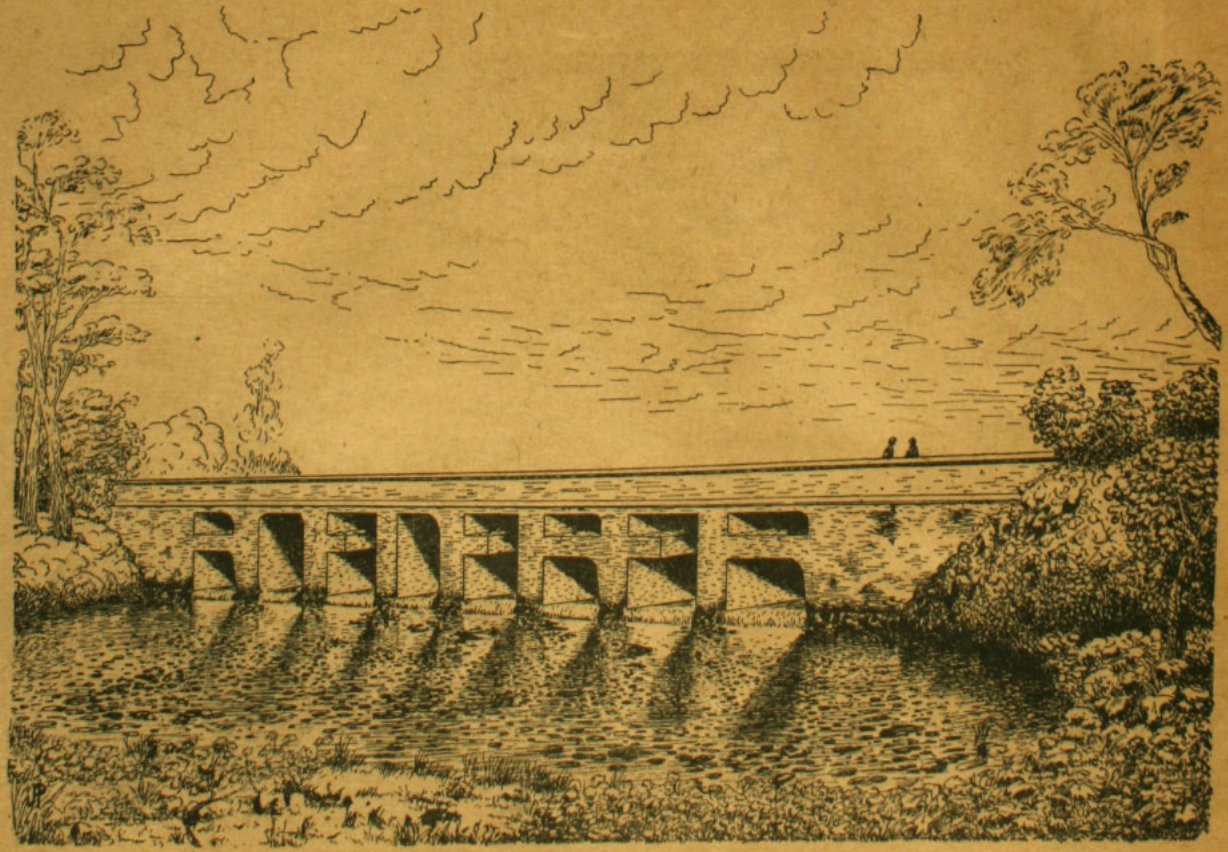
Ante tantas y tantas curaciones, obtenidas, aún en casos desesperados, con el Quinium Labarraque, la Academia de Medicina de París no ha vacilado en aprobar la fórmula de esta preparación, honor en extremo codiciado y que por sí solo recomienda ya este producto a la confianza de los enfermos de todos los países. Ningún otro vino tónico ha sido objeto de una aprobación parecida.

Por consiguiente, aquellas personas débiles o debilitadas por la enfermedad, el trabajo o los excesos; los adultos fatigados por un crecimiento demasiado rápido; las jóvenes que experimentan dificultad en formarse o desarrollarse; las señoras que sufren las consecuencias del parto; los ancianos debilitados por la edad; los anémicos, deben tomar vino de Quinium Labarraque, el cual está particularmente recomendado a los convalecientes.

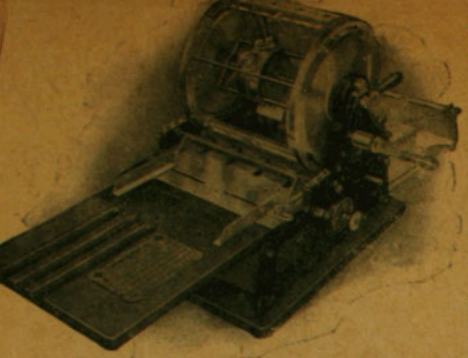
El Quinium Labarraque se vende en botellas y en medias botellas en todas las farmacias. Depósito: **Casa FRERE, 19, rue Jacob, París.**

P. S.—El Vino de Quinium Labarraque es de un sabor francamente amargo, lo cual se explica porque la quina es ya de suyo muy amarga; así que el amargor del vino de Quinium es la mejor garantía de su riqueza en quina y, por lo tanto, de su eficacia.

Magazine-A



89328



Una revolución en las oficinas comerciales!!

Mimeógrafo rotativo "Edison-Dick"

Mimeoscopio eléctrico "Edison-Dick"

Hojas "Dermatype" sin cera

NI más ni menos que una verdadera REVOLUCION en los antiguos sistemas de circularizar, es la que ha venido a operar el último invento del célebre y universalmente conocido Thomas Alva Edison, que ofrecemos con el nombre de PROCEDIMIENTO DERMATYPE EDISON-DICK. Este procedimiento consiste en una combinación de dos aparatos: el MIMEOGRAFO EDISON-DICK y el MIMEOSCOPIO, empleándose las Hojas DERMATYPE.

Con esta combinación usted está en condiciones de reproducir con la más prolija y absoluta fidelidad copias de CARTAS escritas a máquina o a mano, FORMULARIOS, DIBUJOS MECANICOS, DIBUJOS ORNAMENTALES, DIBUJOS CIENTIFICOS, PLANOS DE EDIFICIOS O POBLACIONES, HOJAS DE MUSICA, etc., en una cantidad hasta de CIEN MIL COPIAS de un mismo original grabado en DERMATYPE. Nada hay más fácil, sencillo y económico que emplear este sistema, pues no hay necesidad de tener conocimientos especiales, ya que un niño puede hacer el trabajo con sin igual perfección. La ventaja de la Hoja DERMATYPE con relación a las antiguas hojas de cera es indiscutible, pues tiene la particularidad de poderse arrugar y estrujar a voluntad, sin que se quebraje o pierda sus cualidades duplicadoras, fuera de poderse sacar de la máquina y guardarse para usarla nuevamente dentro de varios meses, sin que se note la menor diferencia en la nitidez y perfección de su impresión.

EL PROCEDIMIENTO DERMATYPE EDISON-DICK es una necesidad imprescindible para BANCOS, OFICINAS COMERCIALES, OFICINAS DE PROPIEDADES, INGENIEROS, ARQUITECTOS, CALIGRAFOS, DIBUJANTES, y en general para toda persona que necesite enviar circulares de cualquier índole. La recomendamos para TEATROS en sus programas.

ASISTA A UNA DEMOSTRACION PRACTICA Y SIN COMPROMISO

Unicos Introductores para

CHILE BOLIVIA y Sur del PERU

Sociedad M. R. S. Curphey

SANTIAGO: Estado 202

VALPARAISO: Blanco 441

DEMOSTRACIONES GRATIS DAMOS DIARIAMENTE EN NUESTRAS OFICINAS

A. B. DICK COMPANY - FABRICANTES - CHICAGO E.E.U.U.

Solicite circulares hechas por el procedimiento "EDISON DICK"

LA SEÑORA DEL TRANVIA

Por

EDUARDO ZAMACOIS

Hace algunas tardes el autor iba en la plataforma delantera de un tranvía, hacia la Puerta del Sol. El tranvía era de los "clásicos", de los "Chamberí por Hortaleza".

Desde la acera una viejecita esquelética, temblona, encorvada—que sus omoplatos alzábanse casi al nivel de su cabeza— hizo señas con su paraguas al conductor del vehículo de que parase. El tranvía se detuvo. La ancianita, el mantón sobre el pecho, trémulo el paso, se acercó a la plataforma donde yo me hallaba, y trabajosamente puso en el estribo un pie; mas en vano hizo esfuerzos para subir, pues su otro pie continuó en el suelo, preso, como si la tierra tirase de él. En auxilio de la viajera acudió el conductor, cogiéndola de un brazo. Yo también, a la vez, me incliné a favorecerla; pero en el instante un perfil olvidado resurgió en mi memoria. Dentro de mi conciencia, la voz del recuerdo acababa de susurrar un nombre:

"Dolores"....

Y entonces ya no pensé en socorrer a la viejecita en su ascensión, sino que me erguí cuanto pude y echando la cabeza hacia atrás miré bien alto, con el propósito de que ella, si por acaso me reconocía, creyese que yo no la había visto. Mi gesto fué una galantería, una piedad, una misericordia hacia la mujer que, siendo yo mozuelo y estudiante, conocí en los comienzos de un otoño magnífico, caprichoso y sentimental.

Las Ampolletas Eléctricas

PHILIPS
½ WATT

Constituyen el último adelanto de la técnica de alumbrado, y su adopción representa una *ECONOMIA DE 50%* sobre las ampolletas de filamento metálico común.

En tamaños de 50 a 3000 bujías.

Agentes Generales:

MORRISON Y CIA.
VALPARAISO SANTIAGO

"Ella se alegrará—pensé suspirando— de no ofrecerse a mis ojos tan caída ni tan vieja..."

Y la dejé pasar, los ojos en el suelo, las manos apoyadas en la empuñadura del paraguas, el caminar incierto.

Pero la melancolía sencilla y hondamente humana de esta historia, necesita un Prólogo... ... ...

Cuando conocí a doña Dolores—la doy tratamiento porque la edad merece siempre pleitesía y respeto—yo no había cumplido aún los dieciocho años; y ella se acercaba, si no tocaba ya, a los cuarenta. Acaso tuviera algunos más. Doña Dolores admitía huéspedes "en familia", y la suerte me llevó a su casa. Cursaba yo entonces Filosofía y Letras y Medicina, y adoraba con igual fervor las mozas, el baile, la música, el ajedrez y la filosofía. Todo me interesaba; si me seducía la calle, también me atraían la ciencia y el arte, y hubiera querido ser, a la vez, Charcot y don Juan. Mi espíritu, en plena efervescencia vernal, era como jugosísima tierra en que medraban, simultáneamente, plantas de los más diversos climas. Y trasunto de mi alma era mi cuarto; parecía un cerebro mi cuarto: de todo había en él: libros ¡muchos libros!.... periódicos —que ya empezaba a cautivarme el misterioso hechizo de la letra impresa—minerales, un estuche de disección, un microscopio y un esqueleto....

Lo primero que un estudiante debe hacer, si su patrona es guapa, es enamorarse de ella; la costumbre lo ha decretado así, y eso hice yo. Doña Dolores tenía el carácter jovial: era de razonable estatura y muy proporcionada de formas, y sabía adornarse con trajes y sombreros llamativos. Mis insinuaciones la interesaron y poco a poco sus ojos, deteniéndose en mí amorosamente, fueron llenando de impacientes esperanzas mi corazón. En la mesa redonda, todos los huéspedes comíamos juntos, y doña Dolores se sentaba a mi lado, y cuando yo, a los postres, la pisaba un pie, ella se reía mucho....

Nuestras relaciones duraron un año, quizás. Ella, que tenía dos hijos—uno mayor

Farmacia

"LA HUMANITARIA"

Establecimiento moderno fundado exclusivamente para abaratar las medicinas

DESPACHO EXACTO DE RECETAS 50°/₀ MENOS

que cualquier otro establecimiento

Atención esmerada por profesionales y con todos los adelantos modernos

IMPORTACION DIRECTA

268-AHUMADA-268, entre Huérfanos y Agustinas

AU BON MARCHE

Casa Aristide Boucicaut

PARIS

Vista general de los almacenes, calle Du Bac.

Almacenes de Novedades

los más importantes del mundo entero, dignos de visitar como una de las más notables curiosidades de París.

INTERPRETES EN TODOS LOS IDIOMAS

Los Catálogos solicitados son remitidos a vuelta de correo

Oficina de pedidos

EUGENIO METTAIS

Representante.

BANDERA 148 - Casilla 192

que yo—aportaba al amor tesoros de dulzura, de paciencia, de protección, y de maternal tolerancia. Eran estas las flores de su otoño. Yo, en cambio, alborotado y primaveral, era intemperante, callejero, vanidoso y arisco. Yo quería exhibirme; satisfecho de mi amada, y más aún de los trajes y de los sombreros de mi amada, me gustaba que mis condiscípulos me viesen con ella. Quería llevarla a los bailes, pero doña Dolores se negaba.... y hacía bien. Así todos los días andábamos de gresca, unas veces por incompatibilidad de gustos, otras por celos.

¡Cuánto la hacía rabiar!.... Ella, bondadosa—a los cuarenta y pico todas las mujeres lo son—me tomaba "en serio"; lo que a mí me hacía reir, a ella la hacía llorar... y como yo siempre estaba riendo, la pobre siempre andaba llorando....

¡Si yo entonces hubiese sabido escribir!....

Queriendo consolarme de aquel afecto monótono y plácido, que empezaba a aburrirme, me puse en relaciones con la cocinera de doña Dolores; y luego con su peinadora. ¡Viva la vida!... Y pareciéndome poco aún, para distraerme y burlarme mejor, inventaba chiquilladas absurdas.

Verbigracia:

Todas las mañanas doña Dolores se sentaba a arreglarse los cabellos delante de un espejo, en su gabinete. La peinadora permanecía tras ella, de pie. Aquel gabinete estaba separado del corredor por un delgado tabique. Yo utilizaba estas circunstancias para decirle a la peinadora:

—Mañana cuando estés en el cuarto de la señora, yo pasaré por el corredor y daré con la mano en la pared tres o cuatro golpes. Esos golpes te recordarán que pienso en tí.

A doña Dolores la dije lo mismo.

Y sucedió lo que yo esperaba. Al día siguiente, al resonar los golpecitos reveladores, las dos mujeres, a la vez, se miraron en el espejo; y como ambas, *con el secreto* y pecado que llevaban en la conciencia, debieron de mudar de color, simultáneamente cada cual juzgóse espiada y casi sorprendida en su amor por la otra. Luego, mis dos amadas me dieron igual queja.

CONFITERIA Y PASTELERIA FRANCESA

Todos los días five o'clock tea de . . . . . 3 a 5½
Biógrafo especial de . . . . . 5½ a 7½
Biógrafo concert de . . . . . 9 a 11½

ABIERTO HASTA DESPUES DE LA SALIDA DE LOS TEATROS

DOMINGOS Y DIAS FESTIVOS MATINEE INFANTIL

GRAN SASTRERIA SALVADOR FALABELLA

A. & R. FALABELLA UNICOS SUCESOBES

AHUMADA Número 78

La casa mas acreditada y surtida en Chile

Atendida por 6 cortadores de primer órden

Importación de telas de las principales fábricas inglesas

PRECIOS MUY REDUCIDOS

NOTA: Esta casa cuenta con una SECCION ESPECIAL para atender su numerosa clientela de Provincias, manteniendo un CORTADOR VIAJERO constantemente en gira por las provincias del Sur.

. . . . . ?

El más lindo surtido?

donde

Raab, Bellet y Cia.

Electricistas e Importadores

de los mejores

Artefactos Eléctricos de Arte

VER LA EXPOSICION EN ESTADO 235

Doña Dolores. —Lo que ayer hiciste fué una imprudencia. No la repitas. Mi peinadora, indudablemente, sospecha de nosotros.

La peinadora. —Doña Dolores sabe algo. Yo, al oirte, no podía reprimir la risa. ¡Pero como no tenía el espejo delante!

Otro día inventé una nueva farsa, en la que mis tres devotas intervinieron.

—Mañana—repliqué a doña Dolores—antes de irme a la Universidad, si me oyes tocar al piano aquel trozo de "El Anillo de Hierro", que dice:

"Ven, Rodolfo,
ven por Dios,
no desdeñes
mi pasión"....

acude en seguida, porque ello será señal de que tengo algo urgente que comunicarte.

A la peinadora le dí idéntico aviso.

Y a la cocinera...

Al día siguiente, cuando yo sabía que las tres estaban en casa, me fuí a la sala, abrí el piano y, reventando de risa y poniendo en aquel llamamiento romántico toda la fuerza de mis dedos, comencé a tocar:

"Ven, Rodolfo,
ven por Dios,
no desdeñes
mi pasión"....

Hasta que "Ellas", temerosas y de puntillas, acudieron al reclamo: la cocinera con el pretexto de sacudir los muebles; la peinadora, buscando a la señora; doña Dolores, so capa de averiguar lo que iba a hacer allí su criada.... Y, mientras todas se observaban desconfiadamente y balbuceaban palabras de justificación y excusa, yo, el gallo, el sultán, el tres veces dichoso y triunfante, salía de la casa dando un portazo, y bajaba las escaleras a saltos para ir a contar, entre carcajadas, a mis compañeros de Universidad, lo sucedido....

....

He aquí el proemio alegre de esta historia triste. Porque esa doña Dolores de mis días locos, es la viejecita que, veinte años más tarde, vi subir a un tranvía y pasar ante mí, trémula, muda, encorvada, como una sombra de dolor.

"Según me ves, has de verte tú"....—pareció decirme su silueta.

—|★|—

Es cosa evidente que si se quiere conservar bien los dientes y asegurarlos contra las caries, debe hacerse uso diario de un buen dentífrico.

DENTIFRICO ANTISEPTICO

VADEMECUM

Es el Elixir más eficaz para la conservación de los dientes e higiene de la boca.

VADEMECUM es de preparación concentrada y se usa por gotas. Para cada uso es suficiente verter 3 gotitas de este elixir en un vaso de agua.

Su salud jamás se resentirá si adquiere la costumbre de enjuagarse la boca con **VADEMECUM**, que destruye con rapidez las distintas clases de bacterias y elimina toda impureza.

El Dentífrico más económico es **VADEMECUM**, cuyo frasco le durará 6 meses, usándolo 4 veces al día.

VADEMECUM

SE VENDE EN LAS PRINCIPALES BOTICAS Y PERFUMERIAS

UN CALZADO MODELO

Ud., que lee estas líneas, no debe vacilar siquiera; este modelo de calzado que ve en la presente página es el que debe preferir todo hombre de buen gusto, elegante. Entre los calzados importados no tiene rival por su sencillez, elegancia y duración. De otro modo no se concibe que, en tan poco tiempo, se haya impuesto en los círculos de la sociedad elegante de todo el mundo.

Ultimamente no más, las revistas "Femina" y "Trente Weekly", elogiaban dicho calzado hasta llegar a decir que entre los actuales modelos de calzado mundiales merece el Yohnston y Murphy un lugar predilecto pues sabe ser elegante de tan higiénico y sencillo.

Hecho con los cueros muy finos en formas que consultan la comodidad absoluta del pie, sin ser óbice para que no se sacrifique la elegancia, no tiene parangón entre los mejores calzados elegantes.

¿No le basta a usted, que lee estas líneas, mirar la elegancia de ese modelo?

En Nueva York este calzado se ha impuesto en poco tiempo, y actualmente basta imponerse de los folletos que acreditan su calidad para comprender las razones de su éxito, que no son otras que las de su bondad y buen gusto.

En Chile su único importador es M. Artigas, Ahumada y Estado, quien tiene la exclusividad para su venta.

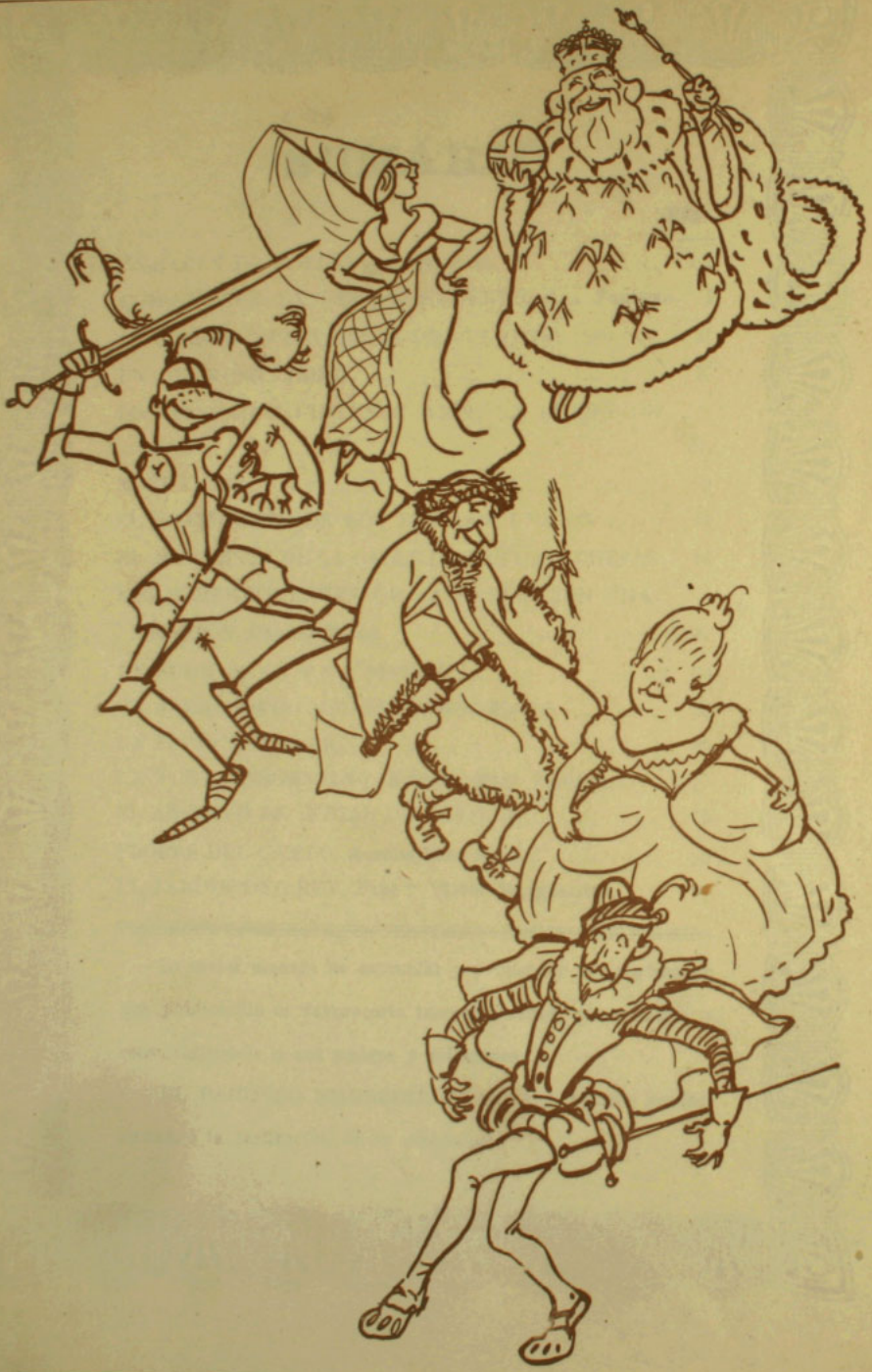
Vea usted los catálogos en los cuales se consultan todos los modelos y no se arrepentirá de haber conocido un calzado que, en lo sucesivo, será el predilecto de usted.

SUMARIO

	Págs.
ALMACEN DE NOBLEZA, **Angel Pino**.	1.a
COMO TENER UN HERMOSO CUERPO, **Ana Paulowa**	I
LÁ CONSAGRACION DEL 14 DE JULIO DE 1889. . .	M
UN HERMOSO LIBRO.	K
LOS PESCADOS CHILENOS ANTE LA DUEÑA DE CASA.	R
M. CHAMPEL.	9
EL CONTIGENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS . . .	34
EL ACCIDENTE DE LA CALLE DE LAS CAPUCHINAS	44
LOS SOBREVIVIENTES DE LA EXPEDICION SHACKLETON, **Charles Rabot**	47
UN SUBMARINO A LA DISTANCIA.	54
UN ASERRADERO MODELO, **Samuel Record**.	55
UN ESCULTOR YANKI.	65
UN POETA ARGENTINO, **Roberto Meza Fuentes**. . .	71
EL ARCHIVO DE INDIAS DE SEVILLA.	75
FLORES DEL CAMPO, **Aurelio Diaz Meza**.	83
EL JARDIN DEL REY, **Paul y Víctor Margueritte**. . .	97

—La mejor manera de estimular y propender al progreso de una publicación es favorecerla incesantemente, comprándola y recomendándola a sus amigos y relaciones.

—**EL PACIFICO MAGAZINE** irá en cada número perfeccionando la realización de su programa.



PACIFICO MAGAZINE
+ Que ayer | Vol. X.—Santiago de Chile, julio de 1917.—Núm. 55. | — Que mañana

Almacen de nobleza

Por

ANGEL PINO

Ilustraciones de Pedro Subercaseaux

Yo me encontraba en Madrid, sin saber cómo ni para qué. Esto suele ocurrir más a menudo de lo que parece. Naturalmente, trataba de engañarme a mí mismo con cualquiera explicación satifactoria y me decía: "tú eres un sudamericano inteligente y serio que no has hecho como otros, colarte de rondón en París, sino que has querido conocer la madre patria." "Mentira, mentira, —gritaba dentro de mí otra voz que tengo para estos casos,—no has venido para ver la madre patria, porque si tal afición tuvieras, habrías comenzado por conocer a la hija de la cual naciste, por conocer tu propio país, y de ese casi nada sabes y muy poco conoces." Y entonces me decía yo de nuevo "¿a qué he venido?" Y así rodaba por las calles, digno de una descripción de novela de esas que se atardan en describir a un personaje, soñoliento, decaído, neurasténico, víctima de los treponemas, para hacer todo un capítulo al aire libre y dar a la obra cierta ilusión de vida y movimiento. Y rodando, (salvo las ruedas, pues iba a pie), me detuve en una vidriera de aspecto raro. Había allí una coraza de latón, regularmente trabajada para que pareciera del tiempo de los cruzados, pues tenía manchas de sangre de moros, orin secular, machetazos y hasta pedradas. Había también un arcón de suela muy carcomido, tal vez en exceso para que fuera sólo el tiempo el artesano de tanta ruina; cortes, señales de oruga o de barreno que no estaba cierto yo de lo que fueran, telas de arañas del siglo quince y abolladuras. También aparecían dos patas de un sillón y las perillas de una cómoda, buen material para un restaurador de buena voluntad y desordenada fantasía que con esos venerables restos construyera todo el mobiliario a que pertenecieron. Y luego había cadenas, grillos de presidiarios, gemelos de oro y plata para puños, algunos trozos de encajes, miniaturas y tabaqueras y un rótulo grande en el fondo, que decía textualmente: "Bernardo Ruiz del Avellano, especialista en títulos de España y de América, investiga, copia documentos, dibuja escudos de familia y proporciona mobiliario antiguo". Entonces solamente vine yo a saber, mejor dicho, a confesar que sabía por qué estaba en Madrid. Yo tenía una debilidad oculta, una dolencia que ningún psicólogo había podido diagnosticarme; yo no deseaba ya, desde hacía tiempo, llamarme Pino a secas, deseaba una partícula, una parentela noble, si fuera posible, un título. ¿Cómo pude pescar ese contagio a pesar de las lecciones profilácticas de la moderna ciencia médica, a pesar de una sencilla alimentación espiritual, de una buena digestión mental, del uso de desinfectantes para el corazón, de gimnasia para la voluntad y de baños endurecedores para el carácter? No lo sé; me ocurrió de pronto. Me latía el pulso al ver un conde; me daba fiebre al divisar una marquesa. No tenía remedio; el terrible dilema de morir de envidia o de ennoblecerme se planteó en mi cerebro. ¿Será muy difícil ser noble?—me preguntaba—¿Será necesario ser de otra clase, de otro color de sangre, de otro grue-

so de cutis, de otra forma de miembros, así como hay muebles de caoba y otros de raulí, o será todo una cuestión superficial, de color, de barniz, que nada tiene que hacer con el interior? Yo veía regresar a algunos compatriotas hechos de barro como yo, que se traían junto con su cigarrera de plata y su bastón de junco de Malacca, una partícula nobiliaria. ¡Diablos!—pensaba,—es evidente que esto se compra allá en algún bazar, en algún mostrador y que no debe ser muy caro tampoco.

Por esta razón, una vez que me penetré bien de que estaba delante de una tienda de dudosas antigüedades, para el uso de los sud-americanos, me colé al interior, serpenteando como un barco mercante entre submarinos, tal era el terror que tenía de romper o de ser roto, entre tanta preciosidad, coja, jorobada o tambaleante que llenaba la tienda. Allá en el fondo, entre tres casullas que remedaban una misa cantada, un caballero rechoncho, de bigotes ralos y con un moño sobre la cabeza, escribía pausadamente en un papel amarillento.

—¿El señor Ruiz del Avellano?—pregunté.

—Yo soy su esposa,—me dijo el caballero, y sólo entonces comprendí que su sexo residía en el moño, única cosa femenina que se le notaba a la simple vista y sin ulteriores sondeos.—Mi marido está en el archivo. Aguarde usted una docena de minutitos... siéntese.

—Perfectamente.—Esto dije; pero inmediatamente comprendí mi ligereza. Nada de

perfecto era allí buscar asiento; nada fácil ni siquiera practicable. Escogí por fin un sillón, pesado como un remordimiento y rojo como una vergüenza.

—¡Cuidado!—dijo el caballero-señora,—cuidado, que es la silla donde fué apuñaleado un bastardo de rey en el siglo XVI. Vale mil pesetas y se puede quebrar.

Vagué desconcertado, echando aquí y allá el ojo o los ojos, sobre diversas sillletas, sillones, poltronas, tronos, banquetas y hasta banquillos que iban apareciendo en la penumbra. Unos me parecían demasiado dorados para un hombre sin nobleza; otros con pocas patas para mantener siquiera un equilibrio inestable; muchos no eran sino esqueletos y habría pasado al través de ellos no solo la parte inferior de mi humanidad sino toda ella. Mis ojos dieron al fin con una silla de modesta apariencia, que arrastré hacia mí, no sin ensayar con los pies firmes sobre el piso, la presión ascendente y gradual de mis posaderas, hasta el primer crujido...

—Esté allí sin miramientos,—me dijo la dama, que comprendió mis sobresaltos,—es una silla de la casa de campo del duque de Alba.

Era tal mi enfermedad de nobleza y de historia, tal mi deseo de antepasados, que de la silla me subía al través de mi cuerpo, un soplo de nobleza que llegando hasta el pecho me hacía suspirar. Puede ocurrir con otros lo contrario; yo no me detengo en ajenos casos. Allí me quedé mirando hacia los rincones, donde aparecían armaduras, retratos, telas apolilladas; cuando atiné a buscar la causa de por qué faltaba de pronto la luz, y ví que en la puerta aparecía una gran cantidad de paño negro que avanzaba gracias a dos pies corrientes que salían por la parte inferior, y seguía un rumbo consciente, gracias a una especie de periscopio que era una cabeza cubierta con pequeño gorro de terciopelo negro. Don Bernardo Ruiz del Avellano fué desenvolviéndose poco a poco y dejando paños sobre los muebles, primero una capa, en seguida un sobretodo—que debería haberse llamado "entretodo",—y se dejó siempre sobre el cuerpo un ondulante levitón de tan amplias faldas que podía haberse vestido con él a una numerosa familia desvalida, de no mucha estatura. Dos palabras bastaron a la esposa para indicarle que alguien de importancia lo aguardaba, pues don Bernardo avanzó con melliflua sonrisa, mientras con una mano se frotaba la barba encanecida y me alargaba la otra.

—Soy un sud-americano, señor Ruiz, que desea conversar con usted sobre cuestiones de familia y entroncamientos...

—Mi especialidad, querido señor.

—Perfectamente; pero yo soy franco y deseo comunicarle desde luego y sin circunloquios, que vengo a adquirir tanta cantidad de nobleza como me sea posible vestir, sin que se rían mucho de mí los que me conocieron sin ella.

—Nada más simple, señor mío. (Aquí ca-

rraspeó ligeramente, levantó los ojos al cielo como tratando de recordar algo y, alzando un tanto la voz declamó más bien que habló, lo siguiente:) "Chile es el país del mundo donde fué mayor y más preclara nobleza de España. La fama de su clima, su vecindad a los centros del mundo, la facilidad de las comunicaciones, contribuyó mucho a descremar, podría decirse, la familia aristocrática española... ¿Qué tendría de extraño...?"

—Un momento,—grité impaciente,—permítame usted, señor Ruiz, que le haga una observación. El hecho de que yo venga a aquí a comprarme una familia ilustre, no quiere decir precisamente que sea un imbécil y pueda escuchar con serenidad ese discurso....

—¡Oh! ¡Oh! tiene usted muchísima razón,—dijo inmediatamente el viejo, atrapado en su farsa,—debí comprender que usted no era hombre de tragar el discurso que tengo destinado a los clientes del Portugal. Porque, en efecto, el Portugal estaba más cerca de España que Chile. Aún podría decirse que la nobleza que fué enviada a Chile sufría una buena prueba. Tal vez más de una familia envió a sus deudos esperando que los piratas en el mar, los indios en tierra, y en subsidio las viruelas y los terremotos, los liquidaran... Sí; había exagerado con aplicar a su patria mi discurso para alentar a la nobleza lusitana.

Don Bernardo continuó hablando a ratos para mí, a ratos para él. "La nobleza se lleva mucho hoy día. Un título viste bastante y es cómodo para circular: mayor crédito en los bancos, mejor servicio en los restaurantes, un tratamiento más respetuoso de parte de los criados. Como usted sabe, ha vuelto la moda de ennoblecerse. Durante mucho tiempo la democracia había predominado; pero se ha notado la monotonía de que todo el mundo se llame don Fulano a secas. Hasta un diputado socialista ha estado aquí a proponerme le haga una tarifa reducida para emparentarse con Isabel la Católica." Después de un momento de silencio, exclamó: "¿Y qué tiene de extraño que ustedes los sud-americanos metan la mano en este arcón de los abuelos para sacar restos de encajes y de joyas olvidadas? Por ejemplo: ¿Desea usted suplir un largo vacío entre dos generaciones que aparecen distanciadas por un siglo? Yo reduzco el tiempo, lo domino, alargo aquí y allá la edad de unos, aumento la descendencia de un fecundo padre de familia o le doy hijos a un celibatario y todo queda en regla. ¿Desea usted mejorar la situación social de una dama de su parentela, que sin culpa de su parte fué maestra de escuela o lavandera, en vez de ser princesa? Nada más sim-

ple... ¿Tal vez sacar de prisión infamante a un antepasado que cometió un asesinato en el siglo XVIII? Yo abro las cárceles y borro todo vestigio de pena. Desde las grandes construcciones, como puentes entre una familia modesta y otra esplendorosa, andamios y pedestales para alcanzar a un ducado, cadenas de eslabones de oro y diamantes para entroncarse con una familia reinante o vínculos sublimes para emparentarse con la Santísima Virgen o con los reyes Magos o con Nabucodonosor; hasta las pequeñeces manuales de alterar un testamento, agregar una partícula, modificar un apellido trazar un escudito de armas o hacer una serie de retratos de antepasados con aire de familia, todo, absolutamente todo puedo hacerlo yo a precios sin competencia, casi podría decir, a precio de costo, queridísimo señor."

—Mi caso es nuevo,—dije entonces desalentado, bajando los ojos,—yo no quiero un abuelo, ni un tío, ni una docena de abuelos o tíos; quiero todo un surtido completo, quiero una familia entera...

Alentado por la mirada del viejo, continué más seguro:

—Yo soy un Pino sólo... No pertenezco a ningún Pinar. Nací por acto espontáneo de mi voluntad. Figúrese usted, don Bernardo, qué dificultades vamos a encontrar.

Don Bernardo se iba enderezando en el

asiento, los ojos le brillaban, una sonrisa de inmensa satisfacción se pintaba en su rostro y casi se arrancaba la barba con los jubilosos movimientos de su mano.

—¡Qué delicioso, qué incomparable, qué bellísimo trabajo, señor Pino!—exclamó de pronto.—Yo he soñado con poder hacer una familia entera a mi idea, libre de trabas, como el jardinero que traza un jardín en un campo eriazo y no tiene que respetar fantasías o caprichos de otros. Verá usted, qué hermosura, qué limpieza, qué panorama le preparo. Y después, desafío yo, desafíe usted, desafiemos al mundo entero que se descubra algo sospechoso en este tronco genealógico. Vea usted; le pondré un abuelo digno émulo del conde de Cabra en la captura de Boabdil el Chico, le agregaré un inquisidor ceñudo, (es muy elegante ahora tener un inquisidor en el pasado), le daré tíos cardenales y sabios, un navegante, una cortesana, (no tema usted, una cortesana en un desvío, en una curva de la familia, no en la línea directa, una cortesana bella como un sol), que sea la favorita de rey, querido señor Pino; le daré a usted lo que pida, lo que pida....

—¿Y todo esto por cuánto?

—Precios convencionales... sí, sí, no se alarme usted; será tarifa con descuento, por ser servicio completo.

Don Bernardo siguió entonces repitiendo a media voz: "un abuelo en la conquista de Granada, para todos mil pesetas, para usted cuatrocientas; un inquisidor auténtico, metamos trescientas pesetas; una cortesana, favorita... bueno, le diré que esto será carito, porque tengo dos en regular estado de uso y una de ellas comprometida con una familia argentina... habría otra; pero en muy mal estado, no se la podría considerar como favorita sino con un esfuerzo de imaginación..."

—Cámbiemela usted. don Bernardo, no

tengo mucho empeño en ello; cámbiela por otra cosa...

—Bueno, le daré un par de canónigos, uno muerto en olor de santidad, ¿quiere usted? y el otro podría ser...

—Le recomiendo mucho un sabio de la Universidad de Salamanca de los contrarios a América...

—Sí, sí, eso viste bastante, tiene usted razón. Adelante. Conviene poner un título a la familia. Yo dispongo de uno casi desocupado; porque la familia se extinguió a fines del siglo XVIII y el último descendiente se marchó a América. Sería el Marqués del Alivio. El origen del nombre es sencillo. El rey estaba en una cacería y sintió grandes dolores. Creyó que se le acercaba la muerte. Un guarda bosque que debía ser muy noble de alma, preparó con rapidez un cocimiento de yerbas, lo introdujo en una vejiga de cordero, y, gracias a una cañita hueca que acertó a encontrar a mano, introdujo en el real organismo la salud deseada. El rey le confirió el título del Alivio, con algunas tierras en esa misma región. En el escudo figura el instrumento en oro sobre campo azul...

—No, gracias, don Bernardo; por nada ese título ni esa historia. En mi país son burlones y me llamarían el marqués de la Jeringa, créamelo usted.

—Yo estoy seguro de comprender lo que a usted conviene en materia de antepasados. Creo ya conocer un poco su carácter. He visto ya a algunos chilenos y noto que se interesan menos que los argentinos por la fortuna retrospectiva. Por ejemplo ¿le importa a usted algo que uno de los antepasados que voy a darle derrochara su fortuna en Flandes?

—¡Absolutamente!

—Es claro... Yo puedo disponer precisamente de esta clase de abuelos gloriosos; pero empobrecidos. De otra manera ni se habrían extinguido los nombres, ni habrían pasado a América. Mi procedimiento de trabajo es sencillo. Yo tengo dos familias nobles perfectamente auténticas, una en el siglo XVII con la cual es fácil hacer los entroncamientos, y otra para los que aman una antigüedad más que secular, en el siglo I antes de Cristo. Mi tarifa moderada es para encadenar a cualquiera persona de estos días con la familia, que podríamos llamar caja de distribución del siglo XVII; pero si,—como me ha ocurrido con algunos sud-americanos que son ávidos de antigüedad, insaciables de años como la geología,— pretenden emparentarse con Nabucodonosor o con la Reina de Saba, señora que dejó sembrada de hijos el Asia Menor,—sin que pretenda hacer juicios ligeros sobre su conducta,—entonces duplico y hasta triplico los precios, porque tengo que llegar a la familia de un cónsul romano, que tengo perfectamente constituída en esa remota fiesta de las campañas de César. De allí para atrás, uno vuela libre de trabas de documentos; es un placer, una montaña rusa, llegar hasta la Reina de Saba y su innumerable prole. Todo el trabajo entonces está en desembarcar en la primera estación, en la familia noble del siglo XVII, porque tengo el ferrocarril hecho hasta la familia consular, segunda estación. De allí para atrás, todos son caminos, innumerables senderos me permiten emparentar a unos con la Santísima Virgen, a otros con los Macabeos y hasta,—admírese usted,—he satisfecho la pretensión de numerosos

sud-americanos de ser descendientes de los **tres Reyes Magos...!**

—¿Y sería posible, señor del Avellano, salvar del tiempo destructor alguna reliquia de la gran familia que usted me va a conceder, como por ejemplo, algún retrato de antepasado?

—Es una especialidad de la casa precisamente. Una originalidad, además. Tengo aquí un artista, un hijo mío, que toma la nariz de usted, los ojos, la boca, la forma de la cabeza, los rasgos fundamentales de su persona, y los aplica a un señor del año 30, contemporáneo de Larra, a un embajador de España ante la corte de Luis XVI con peluca rizada y empolvada, a un lansguenette de Carlos V, a un cruzado, a un soldado romano, a un asaltante de Jericó, a un tambor de la banda de músicos de Tubal Caín, en fin, a quien se necesite. Estos cuadros puestos en una galería harán desmayarse de admiración a cualquiera. Si usted lo deseara podría aún aplicar el mismo parecido a los Tres Reyes Magos.

Muchos días consecutivos pasé visitando el taller de nobleza y tradiciones de mi amigo el señor Ruiz del Avellano. Mi familia iba quedando de mano maestra, matizada con toda clase de excelencias no muy costosas. El bárbaro quiso colocarme a uno de los innumerables mártires de Zaragoza como a mi más caracterizado abuelo.

¡Y qué resultados tan extraordinarios produce la nobleza, aunque sea comprada! Yo bien sabía cuánto me costaba cada antepasado; pero siempre iba sintiendo naturalmente, en mi sangre, la herencia de sus cualidades. Me aficioné por la geografía en vista de la ignorancia de mi abuelo el de Salamanca; me puse severo en materias de doctrinas a causa de la sangre del inquisidor que comenzaba sólo entonces a llevar en mis venas. Pasé ligeramente la mano por el rostro a una vendedora de flores, como atavismo de otro antepasado tenorio que me había dado por muy poco precio don Bernardo...

.....

Lo malo es que todo esto ha sido un sueño; ahora me hace falta realmente haber conocido al agente que tenía tarifa fija para ennoblecer a sud-americanos de buena pasta.

Espectáculos de Petrograd

¿Cómo tener un hermoso cuerpo?

Por

Anna Pavlowa

Con ilustraciones fotográficas

¿Qué mujer no desea hermosas formas, elegancia en la actitud, y facilidad de maneras? ¿Con cuánta frecuencia habréis visto mujeres cuyos esfuerzos para ocultar algún defecto de su figura eran tan visibles que equivalían a una monomanía? Algunas mujeres usan corsés para evitar sus defectos, pero al hacerlo atacan su salud. Si las mujeres comprendieran que su salvación física está en sus propias manos, si supieran que un ejercicio adecuado, así como respirar, bañarse, caminar y comer en forma apropiada, son los medios para desarrollar una figura hermosa y conservarla, sacarían los más grandes beneficios de la cultura física. No llegaré hasta decir que todas las mujeres pueden llegar a ser Dianas; pero sostengo que el ejercicio puede hecer maravillas.

La bailarina Anna Pavlowa

La mayor parte de las mujeres es de opinión de que si se tiene hermosa figura no se necesita hacer ejercicio para conservarla. Y las que no tienen se niegan a hacer algo para mejorar su aspecto, considerando su caso desesperado. Esto es resultado puramente de la ignorancia. Ninguna mujer debe descuidar su figura; si lo hace, corre el riesgo de perder la belleza que posee o de aumentar sus defectos.

A la mujer que tiene hermosa figura y gracia natural para pararse o caminar, le digo: ejercitaos para conservar esas cualidades. A la mujer que es demasiado gruesa, o que tiene un modo de andar sin gracia, le digo: ejercitaos para que podáis corregir esos defectos.

El espíritu influye mucho en la adquisición de una más grande belleza física. Si una mujer hace la resolución de mejorar su aspecto y comienza una serie de ejercicios y persiste en ellos, más tarde o más temprano logrará lo que se ha propuesto. No hay ningún secreto místico para adquirir perfección corporal. Un libro no puede dar a una mujer la belleza, ni puede tomar una medicina secreta y convertirse de repente en una rosa femenina. Debe trabajar, y trabajar continuamente. Aprendí esa máxima hace algunos años cuando comencé mi carrera de bailarina, y he trabajado tenazmente no sólo para adquirir la gracia que

pueda tener, sino para conservarla y aumentarla.

En mi opinión, no hay razón para que una mujer, casada o soltera, tome aspecto de matrona, cuando llega, supongamos, a los treinta años. Si las mujeres prestaran a su bienestar físico la mitad de la atención que prestan a su educación mental y al vestido de su cuerpo, permanecerían siempre jóvenes de aspecto, sanas, y tendrían resistencia y fortaleza física bastante para cualquiera eventualidad.

Anna Pavlowa en una de sus danzas más celebradas.

El descuido del cuerpo—templo del alma—es lo que produce la fealdad. La normalidad en todo, y junto con ejercicios adecuados impedirán que los estragos de los años se hagan prematuramente visibles y quiten la frescura a la mujer que debería tenerla.

He oído con frecuencia decir a las mujeres: "Estoy tan cansada. He caminado hoy una milla"; o "me fatiga ir a hacer compras a las tiendas porque tengo que estar de pie tanto tiempo esperando el vuelto". Esto es absurdo. Ninguna mujer debería quejarse nunca de haber caminado unas cuantas cuadras o de haber estado diez o quince minutos de pie ante un mostrador. Si hubiera consagrado a sí misma cuidados apropiados y si hubiera fortalecido sus músculos por medio de un ejercicio adecuado, podría caminar millas y estar varias horas de pie sin insoportable fatiga. Fijáos en mi caso.

Yo bailo varias millas en cada función y estoy en las tables todos los días en un término medio de cuarenta semanas al año. Y sin embargo nunca estoy cansada; duermo bien y gozo plenamente de la vida. Claro está que me he preparado durante años para lograr esto; pero cualquiera mujer puede ponerse en aptitud de soportar trabajos. Puede formar músculos que le den vitalidad y resistencia.

Una de las extrañezas del ejercicio, es que los mismos ejercicios destruirán la grasa superflua de una persona y formarán tejidos sanos en otra. Parece irracional, pero es verdad, y cualquier entendido confirmará lo que digo. El ejercicio destruye los tejidos inútiles. El ejercicio da oportunidad de crecer a los tejidos sanos: por eso las personas delgadas adquieren carnes.

El cuerpo hermoso es musculoso. No quiere decir con eso, el cuerpo lleno de nudos de gruesos músculos. Me refiero al cuerpo con músculos desarrollados coordinadamente y en proporción al cuerpo, con músculos bajo perfecto "control". Y para obtener esto no hay sino un medio:

Ejercicio.

Como dije en mi anterior artículo, la respiración es uno de los elementos importantes de la perfección física. Cuanto más aire puro y bueno llevemos a nuestros pulmones, más tejidos inútiles quemaremos. El ejercicio produce una mayor circulación de la sangre, y por eso hace que uno respire más fuertemente y con regularidad. De modo que la respiración es el fundamento del ejercicio y de la perfección física. También comer bien y masticar completamente todos los alimentos, son esenciales para el bienestar físico.

El baile es, en mi opinión, una de las mejores y al mismo tiempo más agradables for-

mas de ejercicios conocidos. Me refiero no sólo a los bailes populares sino a las formas más modernas del arte de Terpsícore. Puede haber quizás en algunos de los bailes un elemento de peligro para la moralidad de la juventud; pero de esos no hablo. El baile en su forma más moderna puede ser muy inofensivo y correcto. Diré simplemente que el baile es un ejercicio excelente y agradable, porque pone en movimiento rítmico el cuerpo entero, pone en juego casi todos los músculos del cuerpo, satisface el espíritu por la música que acompaña al baile El baile produce mejor circulación y más actividad de los pulmones, lo que quema los tejidos innecesarios y causa la expulsión rápida de las sustancias tóxicas de todo el sistema. El baile hace que los poros trabajen más libremente y produce traspiración, contribuyendo así a la salud general de todo el cuerpo. Pero puede exagerarse el baile; se debe ser moderado en todas las cosas. Normalidad—ese es el secreto de la salud. Creo que mi baile me ha conservado sana, feliz y me ha aumentado muchos años de vida. Y el baile es bueno para los jóvenes y para los viejos, porque enseña a todos el verdadero sentido de la alegría de vivir.

Debo repetir lo que dije en mi primer artículo respecto del corsé. Soy opuesta a usarlos en cualquier caso, e inalterablemente opuesta al uso de corsés o vestidos estrechos en los períodos de ejercicios. Ponéos un vestido flojo y suelto, algo corto, o pantalones. Nada de lo que se ponga la mujer debe estorbar los libres movimientos de su cuerpo mientras está en ejercicios. Además debo decir que el ejercicio debería hacerse en un cuarto bien ventilado. Es excelente hacer ejercicio delante de un espejo grande que permita ver todo el cuerpo, porque permite a la mujer ver por sí misma en qué detalle carece de gracia. De esa manera, puede prontamente corregir el defecto, haciendo ciertos ejercicios más que otros. Puede estudiarse a sí misma, como si dijéramos, y ser su propio director.

Si los brazos, el cuello y los hombros, lo mismo que las piernas desde la punta de los dedos hasta la cadera están bien desarrollados por el ejercicio, el tronco se desarrollará al mismo tiempo. Es casi imposible desarrollar todos los miembros del cuerpo sin mejorar el tronco. Pero para aquellos que tienen demasiada grasa en el tronco, especialmente en el abdomen, debo indicar un ejercicio que hago yo constantemente por la mañana. El ejercicio a que me refiero es el que, a falta de nombre mejor, se llama **squat** (cuclillas).

Colocad primero los pies firmemente en el suelo con los dedos gordos juntos; sentáos

Otra pose interesante de la danzarina

luego lentamente, con los talones firmemente en el suelo y las rodillas apretadas, hasta tocar casi los talones; levantáos luego gradualmente. Las manos deben estar a los costados, puestas sobre las caderas, en jarras. Para guardar el equilibrio cuando se hace por primera vez ese ejercicio, los brazos deben estar extendidos hacia el frente o a los costados. Este ejercicio debe repetirse cinco veces y aumentarse gradualmente hasta que pueda hacerse hasta cien veces sin incomodidad. El ejercicio parece al principio muy sencillo y fácil de hacerlo, pero no lo es. En

realidad, se necesita mucha práctica para que el novicio lo haga correctamente. Se encontrará difícil especialmente conservar los talones firmemente en el suelo. La mayor parte de los educadores permiten que al hacer un **squat** se levante sobre los dedos gordos, disminuyendo así el esfuerzo. En esto difiere mi **squat** de todos los otros. Aprendí el **squat** en el Instituto Mariensky.

Debo decir que el **squat** no sólo suprimirá rápidamente y seguramente la grasa supérflua del abdomen, sino que ejercitará, también, los intestinos y el hígado contribuirá a producir digestiones perfectas. Da también un cierto sentido del equilibrio y de la actitud.

El **squat** pone en juego los músculos del abdomen, prácticamente todos los músculos de la pierna, algunos de la espalda, del pecho y de la porción media del tronco. Hecho junto con uno de los ejercicios que describiré más adelante, el **squat** hará maravillas a favor del que sufre la indigestión, dispepsia, constipación y todos los males afines. Y disminuirán las carnes.

La primera posición en todos los ejercicios "sobre el suelo" es colocar firmemente los pies, a pocas pulgadas uno de otro, los dedos paralelos. Los brazos deben caer libres y sueltos a los costados. Debe tenerse alzada la cabeza con la barba un poco inclinada hacia el pecho. Los ojos deben buscar un objeto a unos veinte o treinta pies de distancia. Queda así todo el cuerpo como quiso la naturaleza. Si se conserva esa posición al caminar, no hay el menor peligro en agacharse, ni necesidad de tirantes u otros medios artificiales de sostén.

Para conservar todos los músculos de la cadera y del muslo en espléndida forma, hago lo que puede llamarse "correr parado" (standing run) en forma exagerada. Tomad la posición inicial con los brazos sueltos a los costados. Levantar el pie derecho rápidamente hasta que la rodilla toque el pecho lo más cerca de la barba que sea posible. Haced eso con cada pierna, alternativamente, cincuenta veces.

Se notará que en cada ejercicio de los que he descrito los movimientos de los brazos y piernas son sincrónicos. A cada movimiento de las piernas corresponde un movimiento gracioso de los brazos. Practicando con cuidado esos movimientos, armónicamente, una mujer adquirirá gracia insensiblemente.

No aconsejo a ninguna mujer que ensaye al mismo tiempo todos los ejercicios que he descrito aquí y en mi artículo anterior. Que se apresure lentamente. Comenzad por uno de los ejercicios sencillos y aprended a hacerlo perfectamente. Comenzad entonces otro ejercicio y así hasta el fin.

La consagración del 14 de julio de 1889

La toma de la Bastilla significa el fin del absolutismo y la reivindicación de los derechos del pueblo hollados por los reyes durante siglos. Al caer los portones de la fortaleza, caen los prejuicios de la realeza y comienza el Gobierno del pueblo por el pueblo representado por la Asamblea Nacional.

Pero quizás ese hecho histórico hubiese pasado desapercibido y fuese sólo considerado como uno de los tantos episodios de la Revolución francesa, si la celebración grandiosa del primer aniversario del suceso no hubiese consagrado el 14 de julio de 1889 como fecha excepcional, simbólica de principios filosófico- políticos de trascendental importancia.

El 14 de julio de 1890 es la consagración del 14 de julio de 1889, su complemento, su inoculación en el sentimiento público francés como acontecimiento único de proyecciones mundiales.

Quiso la Asamblea Nacional y quisieron los clarovidentes hombres dirigentes de la época conmemorar el primer centenario de la toma de la Bastilla con una fiesta grandiosa en que todos los franceses unificasen sus ideales e hiciesen el juramento cívico ante el altar de la patria.

La idea de lo que se llamó la Federación, fué acogida con entusiasmo por toda Francia. El Ministerio se alarmó y no pudiendo luchar contra los anhelos ardientes de veinticuatro millones de franceses, trató por lo menos de amortiguar la impetuosidad nacional y los efectos que tal demostración pudiese tener. Así escribía Camilo Desmoulins agregando con su apasionamiento de costumbre que los partidarios del antiguo régimen trataban de tornar en provecho propio la fiesta de la Federación, en lo cual habían sido secundados por el comité de la reciente constitución.

Camilo Desmoulins editaba entonces "Las Revoluciones de Francia" y sus artículos eran tan violentos como su actitud de hacía un año cuando arengó al pueblo en el Palacio Real y se adornó de la escarapela tricolar. Pero Desmoulins era el héroe popular y sus artículos se puede decir que realizaron la fiesta de la Federación previniendo las asechanzas y contragolpes de los reaccionarios.

Y tal como lo decía el periodista revolucionario, en palacio no se contemplaba con agrado ese proyecto de sancionar con una fiesta solemne la toma de la Bastilla que había sido el golpe de gracia a la autoridad y al prestigio de Luis XVI y de la monarquía. Si al principio se había visto con cierta complacencia la proposición de Bailly en la Asamblea Nacional que hablaba de reunir en París los diputados de cada distrito y de cada departamento para prestar

el juramento cívico a la ley y al monarca, inmediatamente después de la aceptación del proyecto se hizo visible en las Tullerías cierta inquietud, que no tardó en propagarse a una parte de la población dispuesta siempre a considerar peligroso todo avance del nuevo régimen.

A esta intranquilidad proveniente de las suspicacias de la Corte y de su disimulada hostilidad para con la Asamblea Nacional, se agregaban otros motivos de desconcierto que se originaban en los rumores circulantes. Se decía que las potencias extranjeras no habían abandonado el proyecto de proteger y ayudar al desgraciado Luis XVI, que el emperador de Alemania se disponía a invadir la Francia y que el rey de Cerdeña lo ayudaría. También se decía que el acercamiento entre Mirabeau y Lafayette era de mal augurio y que el veleidoso tribuno tenía frecuentes conferencias con María Antonieta y con el rey.

Camille Desmoulins

Estos temores y desconfianzas hicieron que se llegase hasta proponer el aplazamiento de la fiesta; pero esta idea no tuva mayor aceptación.

Entretanto, 15 mil obreros trabajaban en los arreglos que permitieran al Campo de Marte tomar la

Los trabajos preparatorios

Luis XVI

María Antonieta

Lafayette

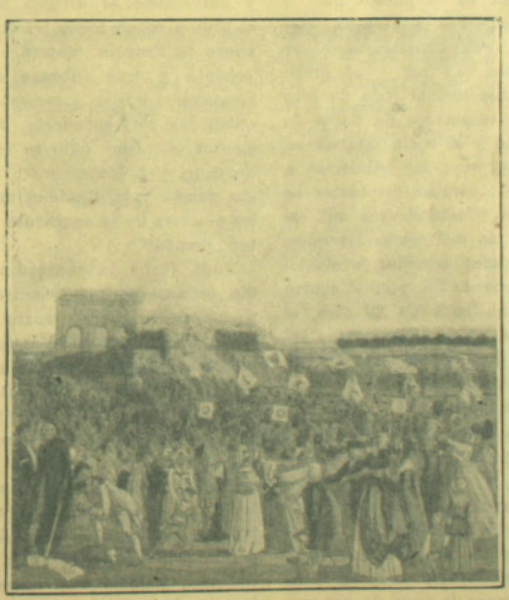
Mirabeau

forma de un gigantesco anfiteatro. Todo el mundo se consideró obligado a trabajar en esa obra de tan alta significación patriótica y así se vieron hombres, mujeres, niños y viejos organizados por los capataces de la obra que con la pala y el azadón daban pruebas de su civismo. Al son de tambores, o entonando himnos patrióticos iban uniformando las montañas de escombros.

Pero la tarea por realizar era inmensa y el día de la fiesta se aproximaba y la cantidad de tierra por remover era todavía considerable. Entonces los batallones de la guardia nacional toman parte en la tarea común. Cavan, y mueven la tierra con tanto ardor como si se tratase de abrir una trinchera. Los inválidos los ayudan en su trabajo y aunque les falta a este un brazo al otro una pierna y al de más allá un ojo, todos luchan con el suelo endurecido y poco a poco el éxito va coronando sus anhelos.

Las mujeres se disputan con los hombres la ardua labor. Clérigos y frailes toman también parte en el esfuerzo popular y si las angarillas faltan para transportar la tierra, se emplean los sombreros, las canastas o las telas del vestuario. Todo aquel mundo se movía sin confusión con constancia de lo que significaría aquel día de la Federación para la patria y... para la Humanidad.

Llega, en fin, el día 14, dice un historiador, y todos los confederados de las provincias y del ejército colocados bajo sus banderas salen de la Plaza de la Bastilla y se dirigen a las Tullerías. Los diputados del Bearne al pasar por la calle de la Ferronnerie, donde Enrique IV cayó bajo el puñal de Ravaillac, le rinden un homenaje que en aquel instante de emoción hizo prorrumpir en lágrimas; llegados al jardín de las Tullerías reciben en sus filas a la Asamblea y al Ayuntamiento. Un batallón de jóvenes armados, como sus padres iba delante de la Asamblea; y seguíale un grupo de ancianos renovando de este modo los recuerdos de Esparta. Adelántase la comitiva en medio de los gritos y de los aplausos del pueblo: los pretiles están cubiertos de espectadores y las casas llenas de concurrentes. Un puente colocado en pocos días sobre el Sena, conducía por un camino sembrado de flores de orilla a orilla, y terminaba al frente del campo de la con-



La fiesta

Federados

federación. La comitiva lo atraviesa, y cada cuerpo se coloca en el puesto que le corresponde. Un magnífico anfiteatro, dispuesto en el fondo, estaba destinado a las autoridades nacionales. El rey y el presidente estaban sentados uno al lado de otro en asientos iguales, recamados de flores de lis de oro, y la reina y la corte estaban en un balcón detrás del rey; los Ministros a poca distancia y los diputados dispuestos en fila por ambos lados. Cuatrocientos mil espectadores llenaban los anfiteatros laterales, sesenta mil confederados armados, evolucionaban en el campo intermedio, y en el centro se elevaba, sobre una basa de 25 pies, el magnífico altar de la patria. Trescientos sacerdotes revestidos de blancas albas y de bandas tricolores, cubrían las gradas para asistir y ayudar a la misa.

Tres horas duró la llegada de los confederados y durante este tiempo cubrióse el cielo de espesas nubes, y caía la lluvia a torrentes. Ese cielo, cuyo brillo simpatiza tanto con la alegría de los hombres, les rehusaba en aquel momento la luz y la serenidad. Uno de los batallones recién llegados deja las armas, y se le ocurre la idea de ponerse a danzar: todos le acompañan, y en un momento, en el espacio intermedio, se mezcla 60.000 hombres, soldados y ciudadanos, y oponen la alegría a la barrasca. Empieza la ceremonia, y por un acaso venturoso despéjase el cielo e ilumina majestuosamente aquella solemne escena. Principia la misa el obispo de Autun; y al mismo tiempo que acompañan los coros la voz del prelado, se escucha el solemne estruendo del cañón. Acabado el angusto sacrificio, apéase del caballo Lafayette, sube las gradas del trono y llega a recibir las órdenes del rey quien le entrega la fórmula del juramento; conducida al altar, tremolan todas las banderas y todas las espadas centellean. El general, el ejército, el presidente y los diputados exclaman: **Lo juro!** El rey de pie tendiendo la mano hacia el altar, dice: **Yo, rey de los franceses, juro emplear el poder que me ha delegado el acta constitucionel del Estado, en mantener la Constitución decretada por la Asamblea Nacional, y aceptada por mí.**

En aquel momento la reina, arrastrada por el movimiento general, alza en sus brazos al augusto niño heredero del trono, y desde el balcón en donde está colocada, lo enseña a la nación reunida. A la vista de esta escena, gritos extraordinarios de alegría, de amor y entusiasmo se dirigen hacia la madre y el hijo, y roban todos los corazones. En aquel punto la Francia entera, reunida en las ochenta y tres cabezas de departamento, prestaba el mismo juramento de amar al rey, quien les correspondería. Ah! en estos momentos el mismo ódio se enternece, el orgullo cede, y todos se creen felices con la dicha común y la dignidad universal. ¡Por qué los placeres de la concordia se han de olvidar tan pronto!

Nada turbó la concordia y la unión ese día memorable que suavizó muchas de las asperezas existentes entre el pueblo y la Corte. Contribuyeron al éxito de la colosal manifestación patriótica las acertadas disposiciones tomadas por Lafayette, el ídolo popular en aquella época. El "Héroe de ambos mundos", como se le llamaba aludiendo a sus campañas en América, se imponía a las multitudes por su firmeza, su espíritu de justicia y su acendrado republicanismo. Una crónica de aquellos tiempos lo designa como la primera figura de la fiesta eclipsando con su popularidad al mismo rey. El pueblo lo aclamó sin descanso y llegó hasta besar sus manos y su traje, y en la noche, en la Muette,

la taberna más en boga de París, donde se ha habían reunido muchos diputados de los departamentos, el comandante de la guardia nacional, Lafayette, casi fué ahogado por los abrazos del pueblo. Aquello llegó hasta escandalizar a Desmoulis que de ello se queja en su periódico.

Pero la labor más admirable de Lafayette fué el tratar de dar a conocer al pueblo la persona y la personalidad de María Antonieta la austriaca, a quien se miraba con desconfianza y rencor. Y sus propósitos se consiguieron en parte porque no escasearon los gritos de "Viva la Reina". Fué auxiliar de Lafayette en su tarea de acercamiento entre los federados y la reina, la bondad candorosa de los provincianos que vieron en aquella fiesta sólo un homenaje a la familia real.

"Un abogado, el ciudadano Rousset, en un libro intitulado "El Castillo de las Tullerías", traduce fielmente los sentimientos de algunos de los federados venidos de lugares distantes de París. "Yo era, dice Rousset, el jefe de fila del primer pelotón. Nos detuvimos precisamente delante del rey, cuestión de unos dos minutos. La reina se afirmó sobre el balcón y me preguntó:

—¿De qué provincia es usted?

—Pertenezco a los fieles loreneses de V. M. respondí.

La soberana me agradeció con una sonrisa acompañada de una mirada que todavía veo, tanto me emocionó, e inclinándose hacia el rey le explicó quienes éramos nosotros".

Por este párrafo se vé que a los provincianos, hasta cierto punto ajenos a las luchas y pasiones de los parisienses, la fiesta de la Federación les sirvió para acercarlos a la Corte y perder malas opiniones que los demagogos de la revolución hacían circular sobre la familia real, especialmente sobre la reina.

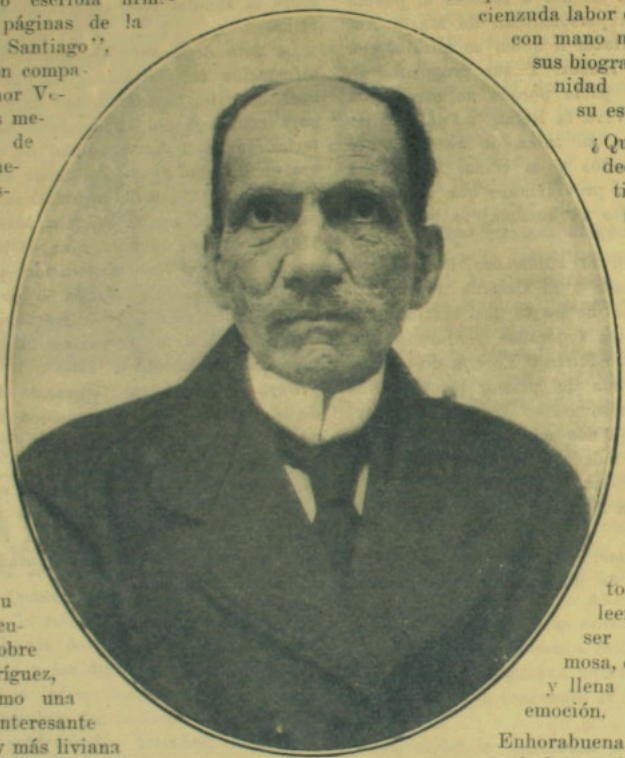
La nota dominante de aquella colosal manifestación fué la unión, la concordia el buen espíritu, la unanimidad de pensamiento para considerar el 14 de Julio del año anterior como la fecha inicial de una nueva era en los anales de la vida de las naciones que pronto habían de seguir el camino luminoso señalado por la Francia. Más tarde, en 1792, y durante los cien días, se trató de renovar la fiesta de la Federación; pero ya los excesos revolucionarios, ya lo precario del nuevo advenimiento de Napoleón, impidieron que esa rememoración tuviese el explendor y los caractéres de la de 1790.

Pero en la misma celebración de la toma de la Bastilla va la recordación de la fiesta de la federación: el 14 de julio de 1789 conquistó los derechos del pueblo la ciudad de París; en 1790 aquel suceso es considerado trascendental y ratificado en la forma más amplia y más grandiosa por la Francia entera representada por los diputados de sus 83 departamentos.

UN HERMOSO LIBRO

Acaba de publicar en sus ediciones la "Revista Chilena" un hermoso libro de don Augusto Orrego Luco: "Retratos".

Este volumen resume la historia literaria de un brillante período en la obra del doctor Orrego: cuando escribía firmemente en las páginas de la "Revista de Santiago", que él dirigía en compañía de don Fanor Velasco. Entre las mejores páginas de "Retratos" hemos leído su estudio sobre Gambetta, la historia de la grandeza, de los amores y de la caída del interesante político francés, escrito con ese amor y ese calor que son característicos en la bien cortada pluma del doctor Orrego; su pintoresco y curioso trabajo sobre don Simón Rodríguez, tan ameno como una novela y tan interesante como la mejor y más liviana página histórica. Inoficioso sería adelantar juicios sobre el trabajo dedicado a don Miguel Luis Amunátegui, que fué publicado en "La Epoca" y luego en tirada aparte; sobre el Charcot, que es de todos conocido; sobre el Lastarria que hace poco fué leído en la Biblioteca Nacional; sobre el Cánovas del Castillo, que el Ministro Español señor López Guijarro colocó en el homenaje tributado en Chile al ilustre político peninsular.



Sr. Augusto Orrego Luco

Trabajos son todos estos en los que no se sabe qué admirar más si la concienzuda labor del escritor, que con mano maestra pinta a sus biografiados o la amenidad y colorido de su estilo.

¿Qué no se podría decir sobre el estilo vigoroso, lleno de color y de emoción de don Augusto Orrego?

Cada página suya evoca al orador, al hombre de pasiones intensas y de gustos finísimos.

Este libro dejará honda huella en cuantos le hayan de leer, pues sobre ser una obra hermosa, es una obra útil y llena de viveza y de emoción.

Enhorabuena sería de desear que el doctor Orrego comience con la publicación de este libro una segunda brillante etapa en su vida literaria, que durante tantos años tenía interrumpida, y cuya primera parte dejó en los que leyeron sus obras anteriores el deseo de conocer algo más por su pluma.

Los pescados chilenos ante la dueña de casa

Por J. B. C.

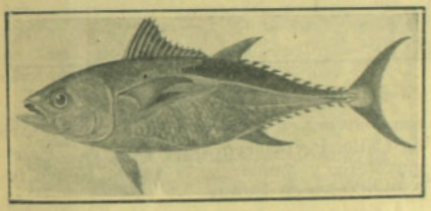
Con ilustraciones fotográficas

Los libros de cocina europeos suelen ser poco aprovechables en Chile en lo que respecta a pescados y mariscos, por la dificultad de aplicar a las especies chilenas los nombres usados en Francia y España.

He creído que un ligero estudio sobre este particular sería útil a las dueñas de casa y los gastrónomos. Para facilitar la consulta le he dado la forma de diccionario.

No tiene este trabajo la menor pretensión científica y ni es completo ni mucho menos. A falta de otro mejor puede sin embargo, servir de algo.

Abadejo.—Uno de los nombres españoles del Bacalao.



El Atún

Albacora.—La verdadera albacora de los pescadores de Chile, mucho más común en las provincias del Norte que en el centro y sur, no es otra cosa que el célebre Pez-Espada, el Xiphias gladius de Linneo que se encuentra también en los mares de Europa y Africa.

Es cierto que en los mercados, así como suele pasarse gato por liebre, aplican a veces el nombre de Albacora a varias especies de tiburones y a otros peces de gran tamaño.

En Chile, donde no se encuentra el atún, la albacora lo puede reemplazar perfectamente bajo el punto de vista culinario, pues la mayoría de los autores están de acuerdo en afirmar que la carne de ambos peces apenas se distingue. El gran Cuvier iba más lejos, pues prefería el Pez-espada o Albacora al Atún. En cuanto a tamaño, la Albacora llega a tener cuatro metros de largo, mientras que el Atún sólo alcanza a la mitad de esa dimensión.

En su estado natural, la carne de estos verdaderos monstruos del mar no se recomienda por su finura y buen gusto, y tanto en Europa como aquí constituye más bien un alimento barato y abundante que una golosina. Sin embargo convenientemente preparado en aceite o en escabeche, el Atún llega a ser un bocado de gusto, como lo comprueban las conservas italianas que se venden con el nombre de antipasto... ¿Llegará a hacerse aquí algo semejante con la Albacora?

También lleva con más justicia que los tiburones el nombre de Albacora, otro pez vecino a los atunes: la Lichia albacora. Es de alta mar, se acerca raras veces a la costa y puede alcanzar grandes dimensiones.

Anchoa.—Llaman en Chile "Anchoa" y también "anchoveta" a un pez que pertenece en realidad al mismo género de la anchoa de Europa, tan célebre por su delicado sabor.

Gay lo llama por equivocación "sardina", y dice que se encuentra en las costas de Chile y del Perú donde lo suelen salar.

¿Podría tener nuestra anchoa los mismos usos que el sabroso pez europeo que es su pariente inmediato? Según Gay, su sabor

es bueno, pero esta afirmación no resuelve el problema, porque del género "Engraulis" a que pertenecen las anchoas, hay numerosas especies en casi todos los mares de la zona tórrida y templada, pero ninguna comparable a la del Mediterráneo y oeste del Atlántico.

Vale pues la pena hacer la experiencia.

Los franceses llaman a la anchoa, "anchois" y los ingleses "anchovy".

La Anchoa de Europa

Anchois.—Nombre francés de la anchoa.

Anchoveta.—Nombre vulgar con que se designa comunmente a la anchoa chilena. Véase el artículo respectivo.

Anchovy.—Nombre inglés de la anchoa.

Anguila.—Es sin duda uno de los peces más sabrosos de Chile. Por desgracia parece que no se la encuentra mucho más al sur de Valparaíso, donde, abundante en otro tiempo, escasea bastante ahora.

La anguila de los españoles, la anguille de los franceses, la eel de los ingleses no corresponde exactamente a la de Chile. Es un pescado de agua dulce y el nuestro es de mar. Sin embargo, por las alabanzas que le prodigan los gastrónomos merece la anguila europea un parentesco más cercano con su homónima del nuevo mundo.

"Hace tiempo, dice Fulbert-Dumonteil, que la anguila se ha conquistado mi estimación. La amé desde que la conocí. Es acaso el más sabroso de los pescados que frecuentan nuestros ríos: el légamo de los estanques la deshonra. Algunos pretenden

La Anguila de Chile

que su carne blanca y grasosa es indigesta. Yo he saboreado la anguila en todas las salsas que ella ennoblece con su triunfante suavidad, y nunca he tenido por qué quejarme de sus encantos."

"La salsa tártara es la gloria de la anguila. Yo la prefiero sin embargo (cuando es de buen tamaño) asada envuelta en papel con mantequilla, salpicada de trufas y acompañada por una salsa rubia de naranjas dulces y vino de madera".

El congrio europeo, (en Francia congre) es una especie de anguila. Los tratadistas en materia de cocina, confunden frecuentemente uno y otro pez, que en nada se parecen, por supuesto, al congrio de los chilenos.

La lamprea (lamproie en Francia) es la anguila de mar de Europa y se parece mas a la nuestra que sus congéneres de agua dulce.

Arenque.—Véase "Machuelo".

Atún.—Véase Bonito y Albacora.

Bacalao.—Este célebre pescado del hemisferio norte que en España llaman también abadejo, en Francia morue y en Inglaterra Cod, no existe en Chile, ni hace mucha falta porque ordinariamente se come seco y salado. El bacalao de Juan Fernández no es pariente ni remoto de su homónimo europeo, aunque lo salan como aquél.

Bagre.—Estos peces, que no deben confundirse con el Bagre de mar o Peje-bagre,

El Bagre

son comunes en los ríos y esteros del centro de Chile. Pertenecen a los géneros Trichomuycterus y Nematogenys que no tienen representantes en Europa.

A pesar de su feísimo aspecto son los bagres muy apreciados por los gastrónomos. Por las calidades de su carne son afines de la anguila, de la lamprea y de la murena.

Bagre de mar.—Véase Peje Bagre.

Barbue.—Véase congrio.

Baudroie.—Véase Peje Bagre.

La Baudroie

Besugo.—Pescado muy común en España donde también le llaman Ollomol. Es el Pagellus centrodontus de los autores, mide hasta medio metro de largo y no tiene parientes próximos en Chile.

Bilagaí.—Se da en Chile este nombre a una especie de Pintadilla.

Blanquillo.—Es el Latilus jugularis de Cuvier. Tiene un gusto muy delicado y alcanza una longitud de 40 centímetros. Los franceses llaman "Dorade" a un pez que se parece bastante a nuestro Blanquillo. En Concepción lo llaman "Cabrilla".

Bonito.—Este pescado (Sarda chilensis) no es muy estimado por los gastrónomos y presenta como las Sierras (Thyrsites atun y Thyrsitops lepidopoides), grandes analogías con el Atún y otros peces de la familia de los Scomber, comunes en los mares de Europa.

Sin embargo, como ninguna de estas especies alcanza las dimensiones del verdadero Atún, no lo reemplazan sino en muy pequeña parte como alimento barato de las clases pobres. El papel del Atún lo representa en Chile, sobre todo en el norte, una especie vecina: la Albacora o Pez-espada y algunos tiburones, a que suele dárseles el mismo nombre.

Borracho.—Dan los pescadores este nombre a un pez pequeño del género Salarias que suele encontrarse en la bahía de Valparaíso. ¿Tendrá alguna analogía con el Burace o Borracho de los españoles?

Berrugado.—Uno de los nombres españoles del Pichigüén.

Caballa.—Véase Cabinza.

Cabillaud.—Véase Congrio.

Cabinza.—Parece sonar muy bien este nombre en los oídos de los pescadores chilenos, porque se lo aplican indistintamente a pescados muy diversos entre sí.

El más común es una especie de corvina pequeña, la Isacia concepcionis que también he visto vender en los mercados con los nombres de "Roncador", "Corvina" y "Corvinilla". Este es el pez que más se aproxima al Corb de los franceses, la corvina negra de Cuvier, cuyo nombre vulgar español no he podido averiguar.

Los europeos aprecian a este pez muy medianamente, aunque se pesca y vende en todo el Mediterráneo. La antigüedad clásica era más benévola con el Corb. "No existe bocado más famoso para el paladar dice Marcial.

Llaman asimismo cabinza y también caballa en Chile al Maquerel, Sarda de los españoles, Maquereau de los franceses, Mackerel de los ingleses, tan famoso entre los

Caballa o Maquereau

latinos con el nombre de Scomber. Es este un pez muy distinto del anterior, y afines cientificante y por su apariencia exterior, con las sierras, bonitos, atunes, etc.

El verdadero Scomber de Linneo, no existe en Chile y sí una especie análoga el scomber colias que en Europa confunden frecuentemente con la primera, aunque es en realidad un poco inferior por su tamaño y sabor.

De desear sería a fin de no incurrir en equivocaciones, reservar el nombre de cabinza al Isacia Conceptionis y llamar caballa, en castizo español a nuestro scomber.

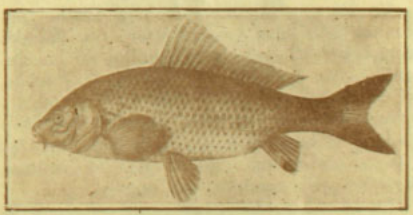
Cabrilla.—En Chile como en España dan este nombre a las especies del género Serranus. Son peces pequeños y se les estima poco, aunque Gay afirma que algunas variedades tienen una carne sabrosa y de muy buen gusto. Los franceses las llaman Serran y écriture, y los españoles Mero.

La cabrilla de Talcahuano es el Blanquillo de las provincias centrales.

Cauquen.—Se designa en los mercados de Chile con este nombre a los pejerreyes que habitan en la desembocadura de los grandes ríos.

Caramel.—Uno de los nombres españoles del Pejerrey.

Carpa.—Es el Cyprinus carpio de Linneo; lleva en España el mismo nombre que en Chile, el de Carpe en Francia y el de Carp



La Carpa

en Inglaterra. Originaria de Europa ha sido introducida artificialmente a nuestro país hace algunos años y hoy se encuentra con mucha frecuencia en los mercados.

"La Carpa debe ser de agua viva, dice la Condesa Pardo Bazan; si es de estanque, aunque sea el estanque regio de Luis XIV sabe a cieno. Para quitar a la Carpa este mal gusto hay que hacerle tragar, antes que muera un vaso de vinagre de Jerez. El pez suda; ese sudor se le raspa al escamarlo. Póngase luego en agua fresca y acidulada con vinagre, dos horas, y entonces la Carpa se atersará y será como de agua corriente. Hay que quitarle a la Carpa la piedra amarilla que tiene en el paladar, porque si no amargaría."

Castagnole.—En español Castañola: véase "Hacha".

Ccd.—Nombre inglés del Bacalao.

Colin.—Véase Congrio.

Congrio.—Este pescado es una de las glorias del hemisferio austral. Frito no reconoce rivales, y en caldillo es un manjar de los dioses. Desgraciadamente para él abunda demasiado, y los hombres que no saben apreciar en mucho sino lo que cuesta caro, lo comen sin el respeto que debía inspirarles.

Gay habla de tres variedades de congrio: el colorado, el negro y el plateado. El primero es el más común: el negro también abunda mucho pero es menos apreciado como alimento; en fin el plateado es el más raro y según dicho autor el mejor de todos: se halla entre las pescadas y es corto, delgado y muy escrupuloso para buscar su alimento.

Los autores modernos distinguen sólo dos especies de congrio: el Genypterus blacodes o congrio colorado, común en el Pacífico y en el Atlántico del Sur, que los colonos ingleses de la Nueva Zelanda llaman bay-cod o bacalao de bahía, y el Genypterus chilensis, o congrio negro peculiar a nuestras costas.

¿Qué se habrá hecho el congrio plateado de Gay? Si como él dice es mejor que los otros, valdría la pena buscarle.

En Europa no existen congrios: los peces que allí llevan este nombre (en francés congre) pertenecen a la familia de las anguilas. Sin embargo el Merlan, la Barbue, el Cabillaud, el Sole, el Turbotin, el Colín y otros pescados análogos, de carne grasa y floja se le parecen lo bastante para que las recetas culinarias que a ellas se aplican, puedan serlo también al Congrio.

En la redacción francesa de un menú he visto llamar al Congrio, Merlan. Casi es un agravio para nuestro querido compatriota.

Corb.—Nombre francés de una especie de corvina.

Corvina.—Parece que este pez, tan común en los mares de Chile, en los mercados y en las mesas de lujo no fué conocido científicamente hasta el año 1900, en que lo describió el doctor Delfín bajo el nombre de Cilus Montti. Gay lo había confundido con la Isacia Conceptionis, una de las Cabinzas de nuestros pescadores que en realidad se le parece bastante. En las pescaderías de La Vega también llaman Corvina

La Corvina verdadera de Europa (corb)

a la Isacia, no sé si a la buena o a la mala.

En Europa llevan el nombre de Corvina (Corb en Francia) especies afines técnicamente a la nuestra, pero mucho más pequeñas, chatas, rechonchas, de color obscuro y de ahí su denominación de cuervos. En este sentido Gay y los vendedores de La Vega tienen razón, porque la Isacia conceptionis es mucho más parecida al Corb o Corvina del viejo mundo que la Corvina verdadera de Chile.

Este último pez, a lo menos para los efectos prácticos y culinarios, se acerca mucho más a la celebrada Sciaena de los antiguos que los franceses de la Edad Media denominaban Maigre y que hoy es tan escasa, en los mares vecinos a París que los tratados de gastronomía la tienen olvidada. Esta Sciaenaque puede, en ciertas ocasiones, llegar a dos metros de largo, presenta las mismas formas elegantes y alargadas que nues-

El Maigre o corvina europea

tra corvina y su carne sabrosa aunque un tanto seca, principalmente en los ejemplares grandes y viejos, tiene las mismas o parecidas cualidades.

En un curioso folleto español del siglo XVIII he leído que los pescadores gallegos llaman a la Sciaena corvina, y de ahí probablemente el origen del nombre que se da en Chile a un pescado que tanto se le parece.

Dorade.—Véase Blanquillo.

Ecriture.—Nombre francés de una especie de cabrilla.

Furel.—He aquí un pez enteramente cosmopolita, pues se encuentra en casi todos los mares. En España lleva el mismo nombre que en Chile, y en Francia el de Saurel. Aunque pariente próximo de la Sarda o Maquereau, el Furel es desdeñado hasta por los más pobres, por su carne seca, dura y aceitosa. Sin embargo se dice que salado o escabechado, vale casi como el Atún. En Provenza bajo el nombre de Severous, el Furel forma entre los componentes de la famosa bouillonaise.

Tenemos en Chile otro Furel, propio de

El Furel de Juan Fernández

la Isla de Juan Fernández, mucho más alto de cuerpo que la especie común.

Hacha.—Dan este nombre en Chile al Brama chilensis de Gay, que según el doctor Gunther no se diferencia de la Brama raia de Europa, que los franceses llaman Castagnole y los españoles **castañola.** Nada he podido averiguar sobre las condiciones culinarias de estos peces, ni la cosa presenta mucho interés porque son muy raros.

Hake.—Nombre inglés de la Merluza o Pescada.

Hareng.—Nombre francés del Arenque. Véase "Machuelo".

Herring.—Nombre inglés del Arenque. Véase "Machuelo".

Jerguilla.—Según Gay este es uno de los mejores pescados de Chile y llega a pesar cuatro o cinco libras. El género Haplodactylus a que pertenece no tiene representantes en los mares de Europa.

Lenguado.—Estos peces planos, construídos sin simetría y tan desagradables de ver como sabrosos al paladar, están clasificados en Europa para los fines prácticos en dos categorías.

En la primera se comprenden las especies más o menos alargadas, en forma de suela de zapato o de lengua, y estos son los

El Lenguado

verdaderos lenguados españoles que no es sino el celebrado sole de los franceses. Hasta lo que alcanzan mis noticias, no tenemos en Chile pescados de esta categoría y es lástima, porque son los mejores de tan distinguida familia.

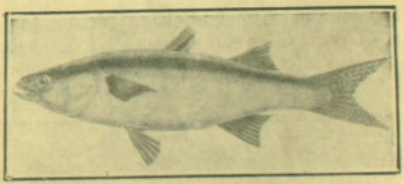
Nuestro lenguado se aproxima mucho más, al Turbot de los franceses o rodaballo de los españoles, tanto por la forma redondeada de su cuerpo, como por la calidad de su carne, muy inferior a la de los soles o lenguados europeos.

Lamproie.—Nombre francés de una especie de anguila. En español se dice lamprea.

Lisa.—He aquí un pez casi cosmopolita, que los autores llaman Mugil cephalus, los españoles Mugil o Sargo, los franceses Mulet y los ingleses Mullet.

Sumamente común en Chile acaso no se le aprecia tanto como lo merece.

He aquí como describe el célebre gastró-



La Lisa

nomo Richardin, las "Lisas a la parrilla" que últimamente han tenido cierta boga en Santiago.

"Se limpian y escaman dos lisas de mediano tamaño, se las hace marinar en aceite por media hora, con sal, pimienta, cebolla y perejil, se asan a la parrilla al fuego suave y se les sirve con una salsa maitre d'hotel".

Loup.—Nombre francés de una especie de róbalo.

Machete.—Véase "Machuelo".

Machuelo.—Este pez pertenece al género clupea y representa en Chile al célebre

El Machuelo o Arenque de Chile

Arenque de Europa (Clupea harengus), al cual se parece bastante por su sabor y dimensiones. Gay dice que la carne del Machuelo es poco estimada por causa de sus numerosas espinas, pero de este defecto participa también el Arenque cuando está fresco. En cambio las personas que conocen ambas especies están contestes en afirmar que en nada cede la nuestra a la europea.

Por desgracia el Machuelo no se encuentra en nuestras costas con la prodigiosa abundancia que ha convertido al Arenque de Europa en un tan importante artículo de comercio y pesquería.

Sin embargo, es común en Valparaíso, según lo afirma Gay, habita la alta mar y sólo cuando ésta se agita vienen a la bahía por grupos de quince o veinte juntos: son entonces tan numerosos que llenan de ellos las canoas.

Su área de dispersión conocida llega desde Iquique hasta Talcahuano y probablemente más al Sur.

Además del Machuelo que es la clupea maculata de los autores, existen en Chile cinco especies más del mismo género de los Arenques; tales son la llamada "Machete" en el Perú (Clupea notacanthus), que se ha pescado también en Valparaíso; la Clupea

Arenque de Europa

sagax, o Sardina española, común en toda la costa americana del Pacífico; la Clupea coerulea, la Clupea fueguensis, que también llaman sardina y abunda desde Valparaíso hasta el Cabo de Hornos, y la Clupea arenata, propia de la extremidad meridional del continente.

Tales son en Chile los próximos primos del célebre Arenque, el Hareng de los franceses y el Herring de los ingleses.

Maigre.—Nombre francés de la Sciaena aquila de los autores. Véase Corvina.

Maquereau.—Nombre francés de la caballa o Cabinza.

Maquerel.—Uno de los nombres españoles de la caballa o cobriza.

Merlan.—Véase Congrio.

Merluche y también **Merlus.**—Nombre francés de la Merluza o Pescada.

Merluza.—Nombre español de la Pescada.

Mero.—Es el nombre español del Serranus escriba. Véase Cabrilla.

Morue.—Nombre francés del Bacalao.

Mugil.—Nombre español de la Lisa.

Mulet.—Nombre francés de la Lisa.

Mullet.—Nombre inglés de la Lisa.

Murena.—El pescado que lleva en Chile

La Murena de Chile

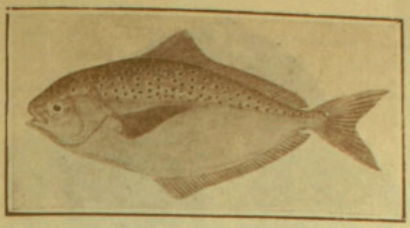
este nombre es una especie de anguila, genéricamente afin de la murena de Europa, célebre en la antigüedad, porque los romanos la solían alimentar en sus criaderos con carne de esclavos.

Según Gessner, autor suizo del renacimiento, "Craso, patricio romano, tenía en un estanque una murena muy grande y hermosa a la cual quería tanto que la tenía adornada con joyas de oro. Esta murena reconocía a su amo por la voz, acudía a la orilla cuando la llamaba y tomaba la comida de su mano; cuando murió, su amo la enterró, la lloró y llevó luto por ella".

Las murenas de la costa de Chile son bastante pequeñas, pero en Juan Fernández existe una especie que puede competir en tamaño con las de Europa, las cuales alcanzan a metro y medio de largo. Los insulares la llaman Culebra de Mar.

Ombrine.—Véase Pichigüén.

Pámpano.—Este pescado es el Stromateus maculatus de Cuvier. Su carne es poco estimada, por lo que lo emplean los pescado-



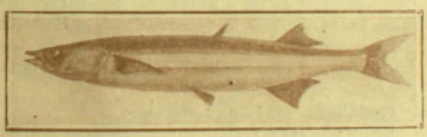
El Pámpano

res como cebo. La especie europea es tan rara que no tiene nombre vulgar ni en Francia ni en España.

Peje Bagre.—No hay que confundir este pez con los bagres de agua dulce, a los cuales se acerca por su espantosa fealdad. Se le pesca desde Iquique hasta Talcahuano y podría reemplazar en las cocinas al Baudroie de los Provenzales. También le llaman Bagre de Mar.

Peje Chancho.—He oído dar este nombre en Chile a varios peces notables sea por su fealdad o por sus formas pesadas y grotescas. El Peje Chancho de Gay y los autores es el Agriopus peruvianus, de la familia de las Scorpenas. Podría, pues, asimilársele a la "**Rascasse**" de que se sirven los Provenzales para preparar algunos de sus celebrados y peculiares platos de pescado, como por ejemplo la "bouillonaise".

Pejerrey.—He aquí un pez que merece su



El Pejerrey

nombre, porque es en efecto el **rey** de nuestras aguas dulces, donde reemplaza tantas otras especies comunes en Europa y que faltan en Chile.

El doctor Delfín en su excelente catálogo de los peces admite seis especies chilenas del género Pejerrey, que los autores llaman Atherina, o más bien Atherinichthys. En los mercados y para los usos prácticos sólo se clasifican los **pejerreyes** por su tamaño y por su procedencia. Los más estimados son los de agua dulce, en seguida los mixtos o "**cauquenes**" que se encuentran en las desembocaduras de los ríos y por último los de mar, que, por lo menos en las provincias del centro son los más insípidos.

En España dan a estos pescados el mismo nombre que en Chile, y también el de **pión** (Galicia) o **Caramel**. No los hay en Europa sino de mar; se les aprecia medianamente como alimento popular, sano y fácil de digerir y suele conservárseles en latas como a las sardinas. He aquí otro ensayo industrial que acaso daría en Chile resultado, en vista de la abundancia del Pejerrey de mar y el poco aprecio que de él se hace en estado fresco.

De las cuatro especies que se enumeran como de la fauna francesa, ninguna alcanza a más de quince centímetros de largo. Esta circunstancia explica el que no se les tome muy en cuenta. Ni siquiera se les dé un nombre bien determinado.

Peje Sapo.—Se designa en Chile con este nombre a tres pescados diferentes, el Sy-

El Peje Sapo

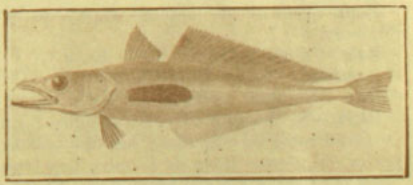
ciases sanguineus, el Syciases chilensis y el Gobiesox marmoratus. No es frecuente encontrarlas en los mercados, aunque su carne sea buena para comer, pero su figura es para espantar al diablo.

Porca.—Véase Trucha.

Perche.—Nombre francés de la Perca. Véase Trucha.

Pescada.—Apenas se diferencia la Pescada chilena de la Merluza de los españoles, la Merluche o Merlus de los franceses, que en Inglaterra suelen confundir con el Bacalao cuando seco: cuando viva, la llaman en este último país hake.

Es abundantísima, de muy buen sabor y



La Pescada

por su bajo precio es uno de los regalos de la mesa del pobre. Tampoco debían desdeñarla los ricos, pues no tiene otro inconve-

niente, como su congénere de Europa, que sus muchas espinas.

En España salan la Merluza como aquí la Pescada, y así en esta forma su sabor se aproxima al del Bacalao, que puede ser confundido por quien no sea un gastrónomo muy experto.

Pez Espada.—Véase Albacora.

Pichigüen.—Este sabrosísimo pez que según la opinión corriente es una particularidad de Coquimbo y el lujo de las mesas serenenses, se encuentra aunque en escasa abundancia desde Taltal hasta Valparaíso.

Se distingue por la pequeñez de su boca y de allí que en La Serena el apelativo de "boquita de pichigüen" sea dirigido a las damas, al lado de los clásicos y antiguos de "labios de coral", "dientes de perla" y otros análogos.

¿Existen en Europa Pichigüenes? Por supuesto, aunque como es natural no les den este nombre, sino el de Ombrine, derivado del Umbrina de los latinos. Se les aprecia mucho y figuran en las mejores mesas. Son

El Pichigüen

bastantes raros y en España suelen llamarlos "Berrugados" y también "Corvinas".

Pintadilla.—Con este nombre designan los pescadores al **Chailodactylus variegatus** de los autores. Nada podemos decir de sus cualidades gastronómicas ni de sus afinidades europeas.

Pión.—Uno de los nombres españoles del Pejerrey.

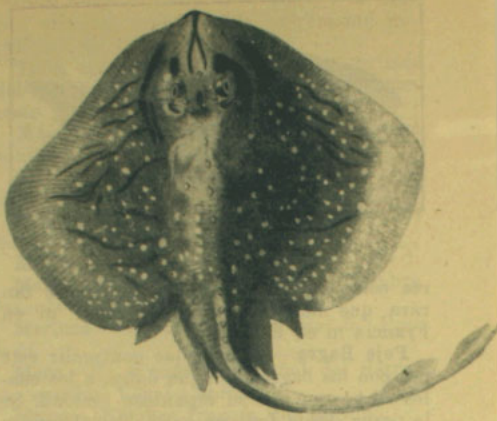
Raie.—Nombre francés de la Raya (q. v.)

Rascasse.—Véase Peje Chancho.

Ray.—Nombre inglés de la Raya (q. v.)

Raya.—Se designa con este nombre tanto en Chile como en España a las diversas especies del género Raja de Linneo. Los franceses las llaman Raie y los ingleses Skate y Ray. En Europa alcanzan hasta dos metros de largo.

"La Raya no es un pez fino, dice la condesa Pardo Bazán; tiene la carne fibrosa y recia. La mejor es la estrellada que ostenta en el lomo una especie de estrellitas dora-



La Raya

das. En Francia a esta especie de Raya le llaman **Raie Bouclée**".

El pez a que se refiere la condesa Pardo es la "Raja clavata" de los autores. Los franceses las aderezan cuando están tiernas a la mantequilla negra, como el sole.

En Chile las Rayas son frecuentes en los mercados y gozan de alguna estimación.

Reina de las Jerguillas.—Una especie de Haplodactylus. Véase Jerguilla.

Róbalo.—Es el nombre vulgar del Eleginus macloyinus de Cuvier. Se le ve con alguna frecuencia en los mercados. En España llaman róbalo a un labrax, el loup de los franceses. Debe existir alguna analogía práctica entre estos peces.

Rodaballo.—Véase Lenguado.

Rollizo.—Gay confundió el Rollizo con el Róbalo, que es un pescado muy distinto. El Rollizo es un pez pequeño, el Pingurpes chi-

El Rollizo

lensis, que escasea bastante y cuya utilidad práctica y afinidades no conocemos.

Roncador.—Véase Cabinza.

Sarda.—Véase Cabinza.

Sardina.—La verdadera sardina europea de sobra conocida en los tarros de conserva,

pertenece al género Alosa, tan vecino a los Arenques y Anchoas que los antiguos autores los confundían continuamente. Así por

La Sardina

ejemplo para Gay el "Machuelo" que hoy se clasifica entre los arenques (Clupea) era una Alosa y nuestra Sardina una Clupea.

En las costas de Chile hay varios peces que llevan el nombre de Sardina; pertenecen a los géneros Clupea, Spratelloides y Lycengraulis. Son tan abundantes como sus congéneres del viejo mundo a los cuales reemplazan perfectamente, tanto para el consumo fresco como para la fabricación de conservas. Las llamadas sardinas españolas, se les parecen mucho y sólo se distinguen por sus mayores dimensiones.

Entiendo que se ha ensayado ya con cierto éxito la industria de la conserva de sardinas, y si esto es así, ella puede convertirse en un importante ramo de comercio. En California usan para este efecto la clupea sagax que también se encuentra en Chile, donde la llaman sardina española.

En Francia la sardina se llama sardine y en Inglaterra shad y también sardine.

Sardina Española.—Es el nombre vulgar de la Clupea Sagax. Véase el artículo "Machuelo". También lleva el mismo nombre otro pez de un género vecino, el Lycengraulis grossidens. (Véase el artículo "Sardina").

Sargo.—Nombre español de la Lisa.

Saurel.—Nombre francés del Furel.

Serran.—Nombre francés de las Cabrillas.

Severous.—Nombre provenzal del Furel.

Shad.—Véase "Sardina".

Sierra.—Véase Bonito.

Srate.—Nombre inglés de la Raya (q. v.)

Sole.—Véase Lenguado y también el artículo Congrio.

Thon.—Nombre francés del Atún. Véase Bonito y Albacora.

Torito.—Nombre chileno de varios peces pequeñitos de la familia de los Blenesios. No se les usa como alimento.

Trambollo.—Es el nombre vulgar de algunas especies del género Clinus que se encuentran en las costas de Chile desde Valparaíso al Norte. El género está representado en Europa por una especie de muy pequeño tamaño que los pescadores desdeñan. Las de Chile en cambio son comestibles y de muy buen gusto.

Trucha.—Es la Perca trucha de Cuvier y pertenece al mismo género que la Perca o Pértiga española, que los franceses llaman Perche y los ingleses Perch. Así pues tanto por sus afinidades naturales, como por su tamaño y el gusto de su carne, la Trucha de nuestros ríos y esteros es una Perca y no una trucha. El pez que lleva este último nombre en España, el de truite en Francia, y el de trout en Inglaterra, pertenece a la familia de los Salmones y no tiene parientes próximos en Chile.

Sin embargo, según Richardin, las recetas

Trucha chilena

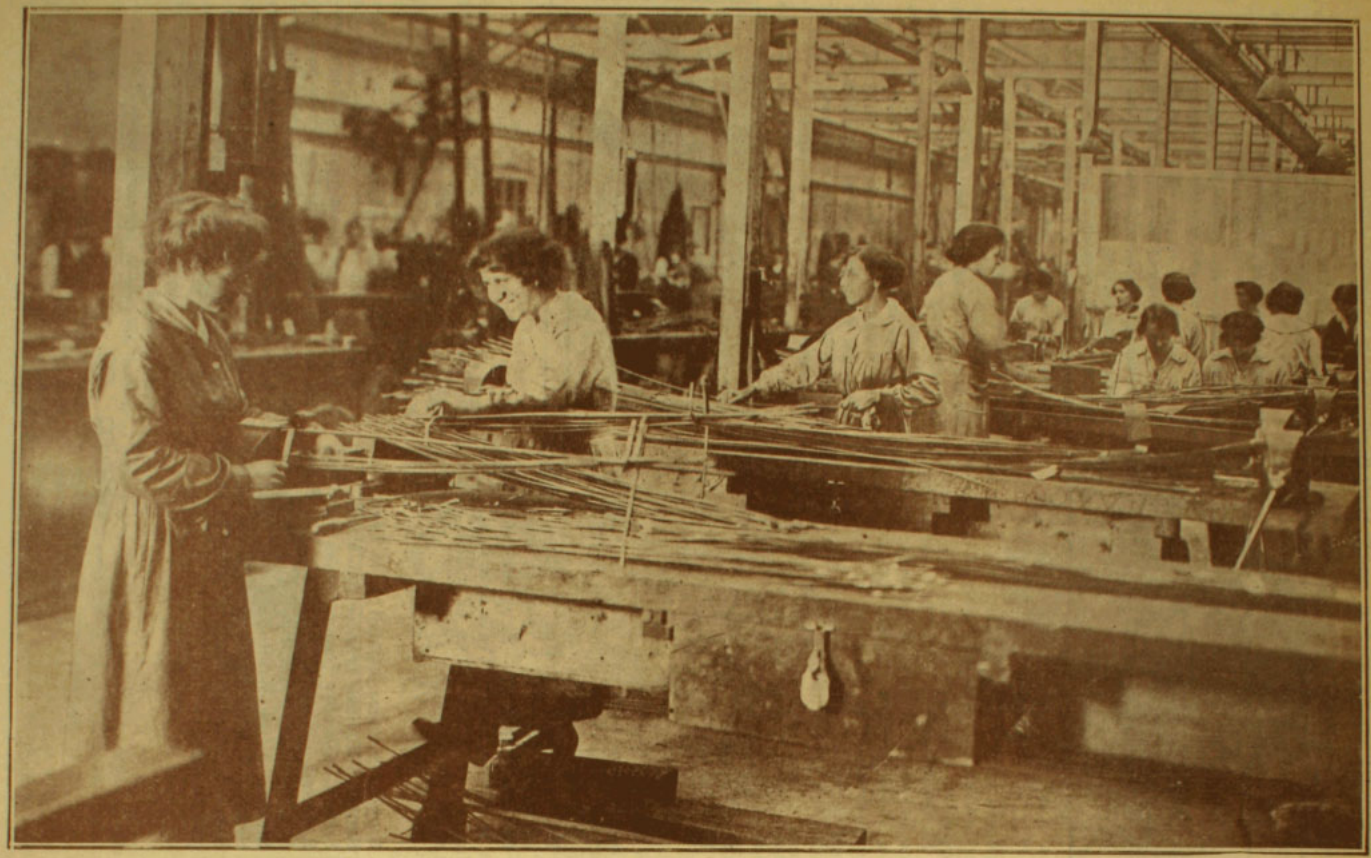
culinarias aplicables a la trucha lo son también a la perca. Del mal el menos.

Truite.—Nombre francés de la Trucha.

Turbot.—Véase Lenguado.

Turbotin.—Véase Congrio.

Vieja.—Esta especie bastante rara en Valparaíso y que pesca hasta en Punta Arenas, habita bajo las piedras donde se la halla comiendo marisco. Es un excelente pescado para la mesa aunque Gay la encuentra inferior a las jerguillas. Muy raras veces se la ve en los mercados, y no tiene equivalentes comestibles en la fauna europea.



Lo que hacen las niñas inglesas. Ocupadas en una Fábrica de alambres.

Misterio de la otra vida y realidades de ésta

Ha llegado para las señoras intelectuales un sombrero de última moda, queremos decir: un libro; la ligera vacilación se comprende. Muchas de las damas curiosas, principalmente cuando no son las más inteligentes y originales, sino las del cortejo, tienen modas para los libros. Durante algún tiempo se llevó mucho a Bergson, tanto aquí como en París. (Perdónese el orden). Después se ha usado a Romain Rolland hasta atribuirle las condiciones de super-hombre; como ahora llegan muchas traducciones castellanas de Ruskin, también va a ser de uso tan común como la gabardina o el jersey. El libro que estará de moda en la primavera próxima, es uno de Maeterlinck, ¿puede pedirse mejor etiquette? Casi equivale a las hermanas Callot o a Paquin. Además se llama **L'Hote Inconnu** ¿qué mejor corte, qué sombrero más cómodo para toda hora? Maeterlinck ha sido,—como dice uno de sus críticos,—un distinguido **misterómano,** ama el misterio. Solamente es útil advertir que ha buscado primero su lado poético, produciendo **Pelleas, La Princesse Maleine** y otras obras encantadoras e inolvidables; que después comenzó a desflorar el campo científico con las abejas, las flores y algunas vaguedades y que ahora entra al fondo del misterio, a lo que él llama o quiere llamar "bosquejo de una investigación". No, la verdad es que no alcanza a serlo; lo verán las numerosas lectoras que va a tener y que quedarán decepcionadas. ¿Decepcionadas con Maeterlinck? Indudablemente, porque el libro carece de la seducción poética y personal de otros, es, además, un tejido de: "se dice; pero..." "se podría creer; sin embargo..." ¡Qué miedo tiene el gran maestro de quedar en ridículo, principalmente cuando cuenta las maravillas de los caballos de Elberfeld que sabían escribir, contar, extraer raíces cuadradas y cúbicas y aun contestar con ironía ciertas preguntas capciosas que les hacía su dueño, un alemán paciente e investigador.

Maeterlinck pasa revista en su libro a todos los fenómenos de aparecidos, mediums, adivinación del porvenir, dedeñando un tanto las mesas parlantes; pero tomando muy en serio fenómenos no bien comprobados, y todo de prisa, en forma vaga, salvo el capítulo de los caballos en que sus explicaciones son de una prolijidad admirable.

¿Qué impresión queda después de la lectura de este libro? Los no creyentes en la mayor parte de estos fenómenos, no pueden menos de hacer reflexiones irónicas al leer que lo maravilloso se ha hecho más vulgar, más **cursi** en el último tiempo, que los aparecidos ahora son de una mala fe atroz en la generalidad de los casos, que el subconsciente, **el subliminal,** que sería la gran potencia espiritual de la naturaleza, sería muy fuerte en los hombres si fueran menos inteligentes, y es poderosa en los caballos porque no están tiranizados por la inteligencia, que el cerdo se presta poco para estos fenómenos y así sucesivamente. En Inglaterra hay menos aparecidos que en otros países; esto lo asegura el Dr. Maxwell. Maeterlinck se contenta con encogerse de hombros y dudar.

La **Revue des Deux Mondes,** acaba de publicar tres historias precedidas de un pequeño prólogo, con el título de "Solitudes". Su autor, Eduardo Estaunié, poco conocido en Chile, publicó hace años, entre otros hermosos libros, una novela que nos causó impresión profunda: **"La vie secrète".** Allí está estudiado con fino análisis otra clase de misterios: no el de la otra vida, el de más allá de la muerte; sino el que aquí nos persigue diariamente, vive dentro de nosotros y de los seres con los cuales compartimos afectos y trabajos. Cada persona tiene una vida interior que en un momento dado se sobrepone y causa la crisis. Cada hombre lleva esa cadena en silencio. **"Solitudes"** precisan otro aspecto de la vida secreta: **lo imposible de explicar, lo inexpresable,** que es causa de la soledad en que vive una persona aunque esté rodeada del mundo. Hay la soledad de una mujer enfermiza; es la primera historia: **"Mlle. Gauche";** pero hay peores soledades todavía, más trágicas: **la soledad de dos.** Hemos querido traducir para nuestros lectores una de estas últimas: **M. Champel,** dramática escena que permite sondear la soledad en una pareja perfectamente unida para el mundo.

Estamos ciertos de que se agradecerá el trabajo que nos hemos dado. Nuestros lectores comprobarán cuanto misterio queda por explicar aquí, antes de entrar en el reino de los caballos.

M. CHAMPEL

(Traducido de Eduardo Estaunié para el P. M.)

Con ilustraciones de Pedro Subercaseaux

I

Hay también soledades entre dos, peores que la soledad en un cuarto vacío. La casualidad me ha hecho testigo de una de ellas durante una hora: he conservado tal terror de mi descubrimiento que Mlle. Gauche me parece ahora una privilegiada.

Hacia 1890 acababa de terminar mi servicio militar y me había instalado provisoriamente en Dijón, al lado de mi hermana Lucía. Esta tenía al rededor de treinta años, y, ya solterona, parecía decidida a terminar así su vida.

La vuelta a una ciudad que se abandonó al comienzo de la adolescencia produce siempre un efecto intenso. A la partida, cuando niño, la decoración en la cual se jugaba, siempre a la escala de las visiones infantiles, había tomado en el recuerdo dimensiones y animación prodigiosas; pero, a la vuelta, todo se restituye a la modestia real, los camaradas se han dispersado y las calles nos reciben en extranjeros.

La impresión fué tanto más viva para mí que, resuelto a partir casi inmediatamente, no me preocupé de reanudar las relaciones de mi familia. Si me ocurría alguna vez en-

contrar nombres conocidos, en el curso de mis conversaciones con Lucía, no ponía sino mediocre interés en ellos y no conservaba de este llamado al recuerdo sino la melancolía.

Una mañana de diciembre, Lucía me dijo:

—Hoy te pediré te impongas por mí una molestia.

—¿De qué se trata?

—De acompañarme donde los Champel.

De los Champel, en verdad, no conservaba sino un recuerdo bastante vago. Me habían parecido, ya en mi infancia, de mucha edad y tanto más aburridos cuanto habitaban una casa de aspecto solemne, en esa época, la única embellecida con un invernáculo contiguo.

—¿Es realmente útil esta visita?—pregunté mediocremente satisfecho con su perspectiva.

—Figúrate—repuso Lucía un poquito embarazada—que se les ha metido en la cabeza presentarme un partido. Me pondrías muy contenta acompañándome a afrontar el peligro.

—¡Ah! ¡Vamos! ¿Sueñas al fin en casarte?

—Nunca he dicho que no tuviera el deseo, sólo las circunstancias han decidido otra cosa hasta ahora.

—¡Vaya por la tentativa!—exclamé alegremente.

Y no hablamos más hasta la hora de la partida. Por otra parte, supuse que la aventura no turbaba a mi hermana mayor más de lo razonable, pues cuando íbamos ya en camino noté que había conservado su toilette habitual. De todas maneras se veía encantadora.

Andando, andando, charlamos de esto y de lo otro sin rumbo fijo y como el camino es largo desde la plaza Dorey hasta el Parque, tuve la idea de interrogar a Lucía sobre los Champel.

—¿Cómo, son todavía de este mundo? yo los creía ya centenarios, cuando niño.

—Pues no los encontrarás cambiados—dijo Lucía sonriendo.—No se ocupan sino de ellos mismos, ninguna preocupación les toca. El egoísmo conserva.

—Entonces, su edad...

—El caballero tiene sesenta y ocho años, no más.

—¿Y la señora?

—Sesenta y dos o sesenta y tres.

—¿Siempre tienen un conservatorio?

—Siempre...

—¿Por qué, apasionados por las flores, y ricos, como parecen, no han preferido instalarse en un bonito campo de su elección?

—Evidentemente, parece extraño esto, pero si fuera verdad lo que dicen....

—¿Qué?

—Que habrían colocado todo a fondo perdido y no dispondrían de ningún capital.

—¿Como familia?

—Ninguna.

—¿Por esto se ocupan de matrimonio?

—Puede ser.

—¿Y viven así desde cuando?

—Yo los he visto siempre. Antes el señor era notario en Sombernon; pero esto se refiere a mi infancia.

Lucía concluyó:

—Después de todo, buena gente que ha encontrado tal vez el secreto de la felicidad en una opulencia artificial que no daña a nadie.

Mientras de esta suerte divagábamos, no habíamos advertido el frío particularmente vivo de ese día. Pero junto con entrar al Parque, una brisa nos recibió con desagradables golpes.

—Apurémonos—murmuró Lucía.

Y seguimos a gran marcha la cinta de camino que nos quedaba, no pensando sino en abreviar nuestro viaje, cortado el rostro por el viento, mientras que comenzaban a voltejear las primeras plumillas de viento, mensajero de un invierno agresivo. Como había entonces pocas casas a lo largo del Parque, se veía a lo lejos el campo helado y, hasta perderlo de vista, un cielo color de sebo. Inútil agregar que no había un paseante, nada de vivo, ni delante ni atrás de nosotros, salvo, precisamente en la altura de la casa Champel, una silueta negra acurrucada sobre un banco.

Para ser exacto, diré que no le descubrimos inmediatamente. De lejos, se podía creer que era un vestido olvidado, una caja, no importa qué objeto... en fin, el pensamiento de que fuera un sér humano no nos pasaba siquiera por la mente. Sin embargo, debimos de reconocer, mientras nos acercábamos, que el paquete se movía. Después, a medida que distinguíamos mejor, sentimos un estupor verdadero. Una mujer tiritaba allí, sin abrigo alguno, con aspecto de muerta, además, recuerdo terrible y penoso, ella tenía en su falda una criaturita amo-

ratada de frío y que no tenía ya fuerzas para quejarse.

—¡Dios mío!—gritó Lucía casi paralizada,—¿quiénes son estos moribundos?

Yo, a mi vez, murmuré:

—No se les puede dejar así.

Lucía reflexionó un segundo.

—Ante todo, calentar al niño. Se pedirá lo necesario a los Champel. Avisaremos enseguida...

Esto era lo razonable y lo práctico. Antes que prolongar el suplicio de los desgraciados interrogándolos, nos precipitamos en dirección a la casa y tiramos fuertemente la campanilla. Abrieron. Inmediatamente subimos las gradas y penetramos al salón donde estaban los Champel, como una tromba y, aun sin saludar, Lucía grita:

—Inmediatamente! Pido caridad: que me den una taza de leche caliente!

Antes de seguir adelante no es inútil describir la pieza donde estábamos. No muy vasta; pero hospitalaria y bastante lujosa, llamaba desde luego la atención por su aspecto voluntariamente nuevo. El piso encerado brillaba. Los bronces lanzaban reflejos más vivos que en un almacén, los muebles mostraban ese aire de préstamo o arriendo que adquieren cuando una vez por azar se les quita el forro bajo el cual están ordinariamente guardados.

Después, todo era luz. Entraba a torrentes, pues no había menos de tres ventanas sobre el Parque, sin contar la puerta de vidrios siempre abierta que comunicaba el salón con el jardín de invierno. Si agrego que había plantas verdes aún sobre la chimenea, que el aire salido del conservatorio estaba cargado de perfumes, y en fin que gruesos tizones ardían en el fogón, se comprenderá el violento efecto que el conjunto de esta decoración producía sobre personas que, como nosotros, llegaban transidas de frío y de horror con los harapos humanos encontrados cerca de la puerta.

En cuanto a los Champel, se parecían a

su salón: relucían a juventud con gran esfuerzo de frotamiento. Ellos también tenían el aire de salir de debajo de un forro. El señor, apenas encanecido y teñido con moderación, vestía una americana de intrépida elegancia. ¿Reía? Aparecía un teclado bien hecho. ¿Caminaba? Su estiramiento parecía menos que el resultado de un reumatismo, un rebuscamiento distinguido. Tenía ojos azules y una sonrisa siempre dispuesta que terminaba por parecer del mismo color. Sobre todo esto una cierta fatiga y desgaste de los rasgos; la garra de los años que aparece aun bajo la pomada y una expresión general de insignificancia.

No he hablado sino del marido; pero con un mismo esfuerzo he dado lo esencial de la mujer. Como todas las parejas sin niños, que la existencia no ha separado nunca, habían concluido por parecerse. Tan bien, que mirándolos encuadrados contra el claro fuego de la chimenea, se pensaba en dos reliquias. Uno se asombraba de que pudieran hacer gestos sin destruirse.

Es fácil figurarse entonces nuestra brusca entrada sin los protocolos de uso, y la petición de Lucía formulada desde el umbral, con un aire de autoridad imperiosa, para medir exactamente el efecto producido.

La señora Champel no tuvo siquiera tiempo de levantarse y repitió estupefacta:

—¿Una taza de leche?

Se verá claro en su acento que tal derogación de los usos era una verdadera catástrofe. Todo en la casa Champel debía estar combinado, ordenado, reglamentado de antemano. El té y los postres aparecerían a las cuatro porque en la víspera o en la mañana había quedado así decidido. ¿Pero cómo procurarse desde las tres y media una taza de leche, cuando ésto no estaba ni previsto ni decidido?

—Sí, una taza de leche,—afirmó de nuevo Lucía sin detenerse ante el tono desaprobador de madame Champel.

—¿*Pero por qué?... ¿Qué tiene usted?* exclama a su vez el señor Champel.

Olvidando las cortesías habituales, acababa de ponerse de pie de un golpe, no sin retener el débil quejido que le arrancaba lo brusco del movimiento.

Lucía se dirigió a una de las ventanas para cerciorarse de que la mujer estaba en el mismo sitio.

—Ahí, hay—dijo,—un niño que se mue-re.

—¡Ah Dios mío!

Esta fué una doble exclamación; ¿pero cómo traducir si había en ella indiferencia o condescendencia? se dice "¡Ah Dios mío!" cuando se lee un párrafo de crónica de algo horrible que ha pasado en Oceanía. Al escucharlos me pareció de una certeza evidente que los Champel sentían sobre todo, un violento deseo de no ver la cosa y de quedar lejos, completamente lejos...

La señora continuó, suspirando:

—¿Es para él la leche que usted pide?

—¡Evidentemente! Yo le aseguro que se muere de hambre o de frío!

—Entonces, voy a tocarle a Julia.

—¡Por favor, que la traigan en seguida!

—¿Dónde dice usted que se encuentra ese niño?—preguntó Champel con tono *temeroso*.

—¡Ahí! ¡Sobre el banco!...

Con el dedo Lucía señalaba a los desgraciados. Yo me había acercado también a la otra ventana.

—Ahí, repetí, mostrando.

—Veamos... dijo Champel inclinándose a su turno hacia los cristales.

Ajustó enseguida sus anteojos con un gesto lento y yo aseguro que la curiosidad no había nunca manifestado más finura. Positivamente no iba a mirar aquello sino para *sernos* agradable. Sin nuestra desordenada entrada, sin el contagio de inquietud que emanábamos mi hermana y yo, sin duda alguna no habrían abandonado su sillón ni uno ni otro: menos habría querido él darse un espectáculo desagradable.

La nariz calbagada por los anteojos, Champel dirigió una mirada fugitiva del lado donde estaba su mujer; después escuchamos la campanilla que llamaba a Julia y que tintineaba en un silencio extraordinario; después no escuchamos nada, ni siquiera los pasos de Julia, pues Julia, que no contaba jamás con un llamado intempestivo, había seguramente abandonado la cocina.

Cuando digo que no oímos nada me engaño: se oía respirar a Champel o mejor dicho *se oía que no* respiraba ya. Al pie de la letra, su aliento era como el péndulo al fin de la oscilación. Tenía intención de querer salir; pero el esfuerzo era demasiado débil y nada salía.

¿Por qué Lucía y yo y la señora Champel tuvimos simultáneamente la sensación absurda, pero irresistible que Champel no respiraba más?

Madame Champel, dijo bruscamente:

—Héctor, ¿qué tiene?

Héctor no respondió. Se había quedado con los dos codos apoyados en la ventana, la cabeza metida entre las plantas verdes. No parecía entender, ni tampoco mirar. ¿quién sabe si un ataque lo había fulminado? ¿Quién sabe si permanecía de pie solamente gracias a un alambre invisible que lo suspendía del techo?

—¡Héctor!—repitió la señora.

Ninguna respuesta. Sólo el silencio de la casa y mucho más el del salón pareció ponerse tan pesado, que ni mi hermana ni yo habíamos osado hablar o movernos. Nosotros no preguntábamos qué ocurría, no pensábamos ya en reclamar la leche; pero envueltos en un terror supersticioso, nos quedábamos en busca del aliento de Champel que se había escapado no se sabe hacia dónde, ya que no se le percibía más.

De pronto madame Champel se levantó:

—¡Héctor!

Al mismo tiempo se acercó a su marido, le tomó el brazo y yo tuve miedo de que a ese simple contacto Champel hubiera caído por tierra como un globo de goma en el cual se pica un alfiler. Pero fué algo diverso lo que ocurrió, y no menos extraordinario. Los ojos de la señora Champel siguieron la dirección de los de Héctor y la vimos a su turno ponerse de codos en la repisa, mientras que, allá abajo, sobre el banco, magnetizada por las miradas que en ella se fijaban, la pobre levantaba también los párpados y divisaba al través de los vidrios, detrás de las plantas verdes, a los dos viejos.

Lucía vino hacia mí. Sin adivinar nada, puesto que nada nos permitía sospechar el drama que pasaba, nosotros tuvimos entretanto la certidumbre de asistir a una increíble complicación causada por la aparición de la pobre mujer y de su niño. En el silencio que se prolongaba, yo no sé qué cosa de sagrado había descendido. Eramos, indudablemente, presa de lo desconocido que pasaba, y que no se veía; pero del cual estábamos envueltos y hacíamos parte.

Tuvimos enseguida un gran calofrío: De pronto los Champel hablaron.

¿Era la gravedad de la hora o una atención exaltada hasta más allá de lo normal? en vano se expresaban ellos en voz muy baja, nosotros no perdíamos palabra.

Héctor decía:

—Yo la reconozco.

Madame Champel respondía:

—Yo no...

El respondía:

—Es ella!

Ella replicaba:

—¡No es!

—Yo no me engaño!

—¡Cuando de ella se trata, te engañas siempre!

De otra parte, estos pedazos de frases no caían sino uno a uno. Cansaban en el silencio el choque mate y sordo que hacen las gotas al escaparse de una llave mal cerrada. No podíamos saber lo que significaban y habríamos gritado.

De pronto un ruído más aterrorizador que un rayo: Julia entraba en fin, no para preguntar lo que la señora deseaba, sino para anunciar al pretendiente! De golpe los Champel se enderezan, galvanizados. En un segundo han reaparecido lustrados, sonrientes, milagrosamente jóvenes, y las exclamaciones comienzan:

—Ah! la excelente sorpresa. Permítame usted que le presentemos a nuestra encantadora amiga la señorita Revel... el señor Souvestre, inspector del registro...

Un simple detalle dará la medida de la emoción del momento. Es bien claro que, para llegar, ese Souvestre ha debido pasar delante de la mujer y del chiquitín y tocar: nadie lo había visto ni oído. Aparecía delante de nosotros como un aerolito. Todos teníamos deseos de echarlo como a un intruso... y esta fué probablemente la razón de que mi hermana lo juzgara tan duramente!

¡Pobre diablo! no era en suma ni mejor ni peor que muchos. No era culpa suya si su abdomen se había bombado un poco y su cabello raleaba un tanto y si la cortedad, inevitable en esta clase de encuentros, inmovilizaba en su fisonomía un aturdimiento colindante con la tontería. En otras circunstancias, Lucía se habría dignado examinarlo: ahora no echó ni siquiera una mirada sobre él. Antes que los Champel hubieran llegado siquiera a sus rincones de la chimenea, ya pudieron quedar fijados sobre la suerte del candidato, pues Lucía anunciaba su partida.

—¡Cómo! ¡sin esperar siquiera una taza de té?

—Sí... una desgraciada obligación de volver a casa antes de las cuatro. Un rendez-vous imposible de evitar...

Diez minutos que pasan en lamentaciones sobre el contratiempo que priva a los invitan-

tes de nuestra presencia,—Como si ya no estuviéramos allí! Agotados sin duda con el esfuerzo hecho para acoger al importuno, los Champel se expresan con una voz cansada. Sus palabras parecían literalmente arrojadas en el silencio como piedras al fondo de un pozo negro. En seguida yo no sé por qué desvío ingenioso, Souvestre se encuentra englobado también en la retirada.

—¡Y usted también, querido amigo, se nos vá?

Anonadado, sin dudar sin embargo de que debe marcharse, este afirma también que las más urgentes ocupaciones lo reclaman, saluda resignado a la incomprensible aventura y se evade aún antes que nosotros.

En fin, los Champel cierran su puerta. Y henos aquí afuera, gracias a Dios, librados del silencio, de lo inexplicable, de todo lo que ha hecho de esta visita al mismo tiempo una carga estúpida y una pesadilla. ¡Ah! la alegría de encontrarse en el frío, lejos del misterio! Encontramos la vida verdadera y la libertad de ser nosotros mismos.

¡Vamos! para reconocer que, al contrario, todo comenzaba quizá, no hicimos otra cosa sino mirar al banco: la mujer estaba allí siempre, obtinándose a seguir con ojos alucinados los reflejos del buen fuego cerca del cual debían mientras tanto arrinconarse los Champel.

Cortado nuestro empuje, incapaces de alejarnos dejando allí semejante miseria nos detuvimos inmediatamente y esperamos un momento. ¿Qué esperamos? Yo no sé. Puede ser, que los Champel aparecieran en su ventana... puede ser que enviaran la taza de leche... pero no, esta era una impresión imperiosa como una evidencia; no se podía, no se debía ofrecer a la desgraciada nada que viniera de esas ventanas.

Sin embargo, el tiempo pasaba. No era posible demorar más tiempo los socorros necesarios. Una necesidad de obrar nos arrancó del estupor.

—Hay que hacer algo, murmuró Lucía.

Yo divisé un coche y lo detuve.

—Ya está hecho; llevémoslos con nosotros: se verá después.

—Eso es.

Me acerqué a la mujer:

—Venga en seguida, le dije.

Pareció no comprenderme; se obstinaba en contemplar las ventanas tras de las cuales nadie aparecía.

—Vamos,—le repetí entonces con rudeza,—no se ocupe de esa casa y tratemos de cuidar al niño.

Con gran trabajo logré subirla al coche. Lucía iba en seguida llevando al niño en los brazos. Dí la señal de partida, la vieja carretela se balanceó. Pero, mientras el caballo daba media vuelta, yo creí reconocer, detrás de los cristales de la ventana, un rostro agitado. Ilusión, ciertamente .. Y, en seguida ¡qué importa! El niño gritaba y tenía otras cosas en mi cabeza para averiguar en ese instante si se trataba de Champel lloroso o de un juego de luz entre las plantas verdes.

II

Es superfluo describir el viaje que hicimos. Mientras el coche rodaba, mi hermana y yo reflexionábamos. Sabíamos bien que era preciso salvar la desgraciada que nos habíamos llevado; pero expresado esto, no sabíamos cómo realizarlo. Imposible retenerla en nuestro departamento demasiado exiguo, y, por otra parte, ¿se instala en su casa a una desconocida tomada en el piso de la calle? Entonces ¿le daríamos un poco de dinero, y, después de haberla atendido con alimento y calor, la enviaríamos al frío para que todo recomenzara? Otra solución inaceptable... ¡En fin! más tarde se vería.

A medida que llegábamos al fin, la nieve se hacia más densa y batía los vidrios. Teníamos la sensación de estar vigilados por millares de ojos acudidos a todas las ventanas. De aquí nos venía una molestia nerviosa que acabó por desorientarnos.

Arrinconada en un ángulo, apretados los labios, la mujer no se movía. Se podía suponer que no entendía los gritos del niño que, ya menos transido, tronaba de miedo y de hambre en los brazos de Lucía. Al fin llegamos. Pregunté a la mujer:

—¿Se encuentra en estado de subir dos pisos?

Hizo signo afirmativo. Lucía pasó adelante con el niño y, bien o mal, llegamos hasta el comedor.

—Siántese,—dijo Lucía: voy a calentar caldo y leche.

Y se marchó a la cocina para ordenar lo necesario. No sabiendo yo qué hacer, me paseaba en la sala. Sentía, al mismo tiempo la satisfacción de haber obrado de esta suerte,

y un poco de irritación porque me parecía que no se nos conocía la buena voluntad. Comprensible al comienzo, el silencio de la mujer comenzaba a tomar cierto aire agresivo que me confundía.

—¿Usted es de la comarca?—pregunté de repente, para escapar al malestar de la situación.

La mujer no pareció entenderme siquiera.

—¿Dónde vive usted?—comencé con una impaciencia visible.

Esta vez una respuesta vino, perfectamente neta.

—Eso no le importa a nadie.

Se reconocerá que esto no estimulaba: Razón de más para obstinarme:

—¿Tiene usted algún oficio?

Nuevo signo vago.

—¿Algún proyecto?

Igual signo incierto.

—En fin, ¿qué piensa usted hacer? Esta noche, ¿dónde dormirá usted?

—Yo no sé... yo veré...

Levanté los hombros con un gesto expresivo y resumiendo mi decepción.

—¡Diablo!—dije,—usted no es muy locuaz.

Pero, al mismo tiempo los ojos de la mujer tomaron la dureza que me había llamado la atención, cuando consideraban la casa de los Champel:

—Yo no he solicitado nada; yo tengo el derecho, pienso, de guardar para mí lo que me agrada.

—¡Evidentemente! Lo que yo le he dicho ha sido para ayudarla.

—Los que habrían debido hacerlo...

La frase se detuvo a tiempo en el camino, engañando mi curiosidad.

—¿Usted cuenta con alguien?—pregunté decidido a conocer más.

Desgraciadamente, Lucía entraba al mismo tiempo con las dos tazas.

—Esto por el momento, para comenzar, dijo alegremente.

Decepcionado, recomencé mi paseo en la sala, mientras que se instalaba un verdadero cubierto, por delicadeza de mujer que no quería establecer diferencia entre estas pobres y los huéspedes acostumbrados.

Yo continuaba mis idas y venidas observando a la mujer. A pesar de que estaba ciertamente en ayunas desde la víspera, ella comía sin apresuramiento y con soltura. Si no hubieran sido sus vestidos rotos y el desorden de sus cabellos, se la habría tomado por una mundana que desayunaba: tenía la actitud y los gestos.

Estábamos en esto, y una media hora a lo menos habría transcurrido desde nuestra llegada cuando resonó la campanilla.

Lucía inmediatamente dijo a la sirviente:

—No reciba a nadie; no estoy para ninguna persona.

Un coloquio bastante largo se escuchó en la entrada. Por fin la sirviente vino:

—Es el señor Champel que espera al señor en el salón.

En buena lógica, yo debería haberme sorprendido. Yo no me asombré. Me pareció, por el contrario, muy natural que ese hombre, a quien acabábamos de dejar hacía tan poco rato y que no tenía razón alguna conocida para volver, se presentara en nuestra casa, precisamente en el momento en que la mujer que habíamos recogido acababa su comida. Yo declaré:

—Está bien, voy.

—¿Para qué puede querernos?—preguntó Lucía inquieta.

—Yo lo ignoro en absoluto: en todo caso, lo más sencillo es preguntárselo a él mismo.

Me fuí en seguida hacia la puerta que pone en comunicación el comedor y el salón; y cometí el error, lo confieso, de no haber mirado una vez más la mujer... Probablemente si lo hubiera hecho, habría sospechado en parte lo que amenazaba ocurrir. Pero estaba escrito que las cosas ocurrieran de esa suerte. ¿A qué volver sobre posibilidades que el destino ha suprimido?

Veo con extraordinaria nitidez el espectáculo que siguió, es decir mi entrada al salón, la posición del señor Champel apoyado de espalda a la chimenea y el aire ausente con el cual me recibió. Me acuerdo también que, desde el primer instante, tuve la seguridad de que Champel estaba allí, no por mí, sino por la mujer. ¿A qué causa atribuir impresión tan precisa? ¿No era claro que Champel tenía perfectamente el derecho de esperarme así, el sombrero puesto y sin sus guantes claros? Desde luego, apenas aparecí ¿no se descubrió con apresuramiento, ofreciéndome su sonrisa más cordial? Sin embargo no tuve la menor duda. Mientras estaba solo, Champel había debido escuchar, con todas sus fuerzas, el ligero ruido de platos y tenedores que, presente yo,

continuaba preocupándolo. Entonces yo pregunté simplemente: "¿Qué cosa me ha traído el honor de esta visita imprevista?" Pero no era mi pregunta lo que esperaba, sino tras de la puerta los pasos de Lucía. Y, sin duda alguna, se habría empecinado en atisbarlos, si yo no me hubiera decidido a levantar la voz y a repetir en forma muy decidida:

—¿A qué debo el honor?...

Pareció entonces dominarse y con la voz muy sorda:

—Es mi mujer quien me envía,—dijo. Nos pareció conveniente preguntaros inmediatamente qué pensaba Lucía sobre el candidato que deseábamos tanto presentarle.

—¡Oh! Mi querido señor Champel, esto no urgía de tal manera!

—Sí... Sí... urgente e importante... Tales entrevistas pueden llevar tan lejos!

La sonrisa instalada sobre sus labios con pomada, se amortiguó sola.

—Y esto es todo!

Después Champel se calló y yo igualmente. Estábamos cara a cara, con el aire de personas que ya no tienen nada que decirse y que, al mismo tiempo, se ven metidos en una aventura poco clara.

Yo recomencé entonces:

—La señora Champel ha cometido un error obligándole a salir con este frío!...

—Tranquilícese usted. Hemos encontrado un coche nosotros también.

El dijo: "nosotros también" y comprendí perfectamente que era para advertirnos que había vigilado nuestra partida; pero yo me contenté con suspirar:

—¡Horrible tiempo!

—¡Horrible!—repitió su eco.

—¿Usted no está aterido?

—No... gracias.

¡Vamos! He aquí que las palabras caen de nuevo en el vacío. ¿Lo obligaría a huir nuestra casa como nosotros habíamos huído la suya una hora antes?

Pero no, por el contrario he aquí que se sienta y con tono resuelto dice:

—¿Qué han hecho ustedes de esa gente?

En fin, la esencial, la única razón que lo traía se descubre.

Tendí la mano hacia el comedor.

—Pero... ellos están ahí... naturalmente.

¿Pensó que yo iba a abrir al mismo tiempo la puerta de comunicación? Se enderezó sin acordarse de sus dolores:

—¡No los llame!—dijo con precipitación.

—¿No quiere usted verlos... en absoluto?

No respondió e inmediatamente sacó de su bolsillo un billete que traía preparado al parecer:

—¿No podría usted entregar a esos desgraciados?

Yo retrocedí asombrado: me entregaba un billete de mil francos.

—Me temo que realmente sea demasiado.

—¿Demasiado?... no... tanto vale hacerlo de tarde en tarde y bien... Tome, entonces.

Yo continué:

—Bien; pero venga usted mismo a darlos.

—Imposible; desearía conservar el anónimo.

—Sin embargo, si se encuentra mañana semejante suma sobre una mendiga, se averiguará su proveniencia.

—Nada más simple; será usted...

—Se sabé que no puedo hacer estas generosidades.

—¿Entonces...?

—Entonces, no hay dos maneras de salir del paso.

Sin vacilar más, abrí la puerta. Pero a mi vez me sorprendí: en torno de la mesa no había nadie.

Lucía, que en ese momento volvía de la cocina escuchó a la vez mi exclamación y la de Champel.

—¿Dónde están?

No respondió sino con un gesto de asombro y de interrogación. Aprovechando nuestra doble ausencia, la mujer y el niño habían desaparecido. ¿Había que decir "desaparecido"? Inmediatamente tuve la impresión de que se trataba de una fuga debido precisamente a la llegada de Champel. Me dí vueltas hacia él. Se contentaba con balbucear anonadado:

—¿Es posible?

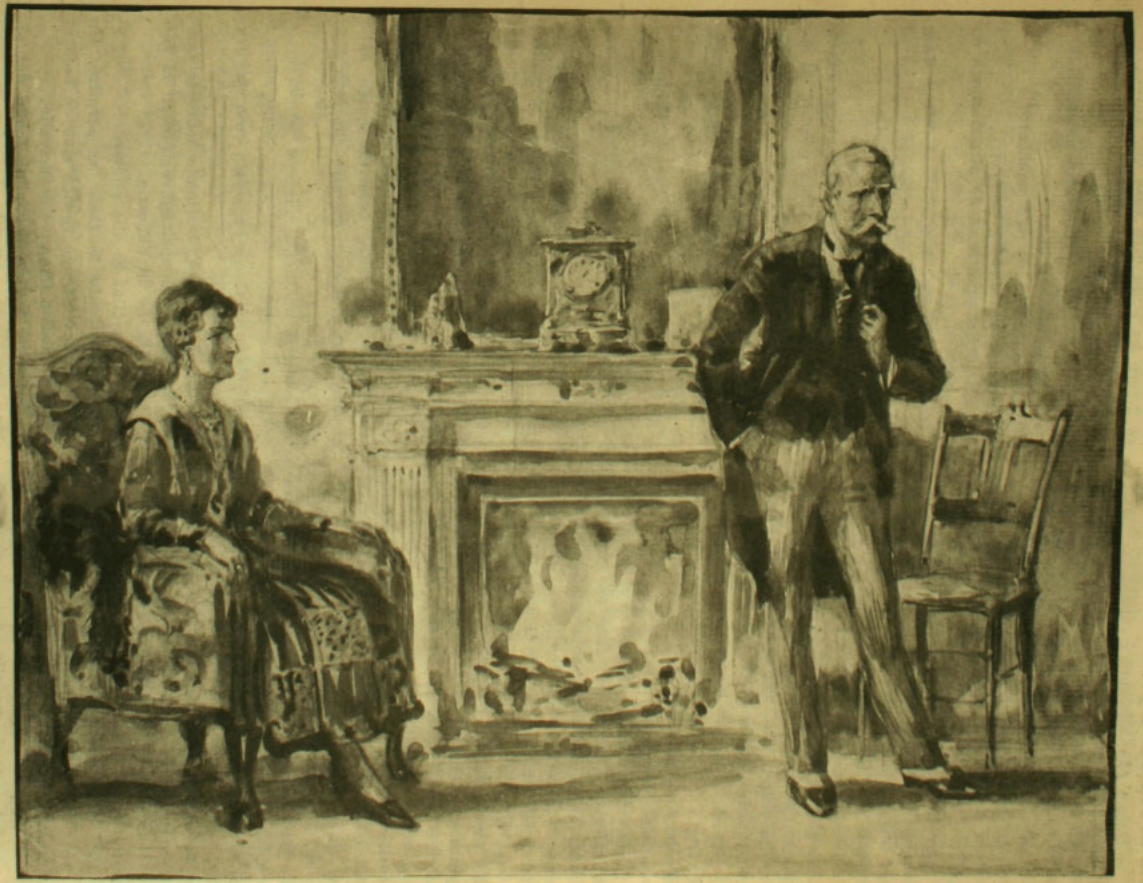
—En todo caso, dije yo, con un niño en los brazos no se va nunca ni muy ligero ni muy lejos.

—Tienes razón,—replicó Lucía,—es necesario alcanzarlos.

Corrí a la salída, descolgué mi sombrero y no vi que Champel seguía ciegamente mis pasos.

—¿No podría ir también yo con usted? me preguntó con voz afligida.

No era ya el momento de resolver enigmas. Hacía poco Champel no quería ver sus



protegidos; ahora quería correr tras de ellos. El sabría bien por qué lo hacía. Lo esencial era no retardar la persecución decidida.

—Bueno, pase adelante y rápido...

Lucía estaba ya en la escalera. Obedeciendo a mi mandato, Champel pasó delante de mi como una sombra. Me dí vuelta para dar una vuelta a la llave de la puerta... de pronto me detuve: a media altura de la escalera acababa de aparecer la señora Champel.

Que bastara su aparición para cortar el empuje de todos, he aquí un fenómeno que no trataría de explicarme. Es un hecho. Se ignora muy a menudo la razón profunda de las cosas; pero parece que hubiera, fuera de la lógica y sobre ella, un poder de conocer que se encarga de advertirnos que estas cosas van a ocurrir, que son inevitables y que se debe abrir los ojos para verlas bien pasar.

Entonces, de un golpe, porque la señora Champel se *había mostrado*, Lucía y yo, olvidando a la mujer y al niño, no tuvimos sino una idea: mirar...

Nosotros miramos uno tras otro a Héctor Champel y a su mujer; eran los mismos de antes. Solamente algo había cambiado en su aspecto exterior: ella tenía una capota de terciopelo en la cabeza y él un sombrero de copa. Si la luz pálida que caía de la vidriera del techo acusaba un poco la violencia de la pintura, apesar de ésto y bajo la careta de afeites sus fisonomías podrían cambiar sin que nada las delatara. Así nosotros debíamos verlos iguales; pero sin embargo teníamos la conciencia de que la pareja unida, virtuosa, inseparable, no existía ya!

Sí, bajo las sonrisas, se tenía la intuición de labios crispados, de rostros lívidos e iracundos. Las miradas ocultaban llamas. Sin saber nada, antes de escuchar aún, se respiraba ya el odio como un olor. Y he aquí, muy exactamente relatadas, las palabras que siguieron. En el momento en que escribo, me parece que el pasado se junta al presente.

La señora Champel dijo:

—¡Héctor! ¿qué espera para volver? Estoy cansada de esperar.

El replicó:

—¿Sabe usted que **ella** se ha escapado?

En efecto, he creído verla pasar.

—¿Y usted no la ha detenido?

Aquí los párpados de la dama se levantan, *descubriendo un iris metálico*. ¡Ah! Ya no quedan restos de la anciana azucarada que se calentaba en la chimenea del salón.

—¿Por qué detenerla? Si había recibido su dinero no tenía otra cosa que hacer...

—¿De qué lado se ha ido?

Ninguna respuesta.

—¿De qué lado? ¡Yo quiero alcanzarla!

—¿Usted alcanzarla...?

Lucía intervino en ese momento:

—Señora, si usted lo sabe...

Madame Champel mira de alto abajo a mi hermana.

—¿Cómo! ¿usted también, señorita? Tanto cuidado por una mujer de la cual usted ignora si solamente merece piedad!

—Una desgraciada, eso basta.

Después un grito... no; más bien un estertor de agonía, como si la palabra al escaparse destrozara la garganta de Héctor Champel.

—¡Mi hija!

Y la réplica desdeñosa, tan azotante como un fustigazo:

—¡Déjese de cosas! no hemos tenido ninguna, que yo sepa.

—¡Mi hija! — continúa aullando Champel.

Pero ya Lucía ha comenzado a bajar las gradas, toma del brazo a la señora y le dice:

—Sea lo que sea, señora, yo le ruego me informe. ¡El niño puede morirse! o, mejor, sea usted buena, venga con nosotros, ganaremos *tiempo*!

Mientras Lucía habla, una resolución repentina destella en los ojos de la Champel.

—Después de todo, señorita, quién sabe si usted tiene razón. Sea: mi coche está abajo: vamos juntas.

Y comenzó también a bajar.

Un nuevo grito:

—¡No con ella! No hará otra cosa que tratar de extraviarla.

Es Champel quien, inclinado sobre la rampa, dice ésto; Champel convertido en la forma viviente de la angustia.

—¡No con ella! Si ella pudiera...

Repentinamente la frase se paralizó. Un cuerpo cae. No tengo tiempo sino de recoger en mis brazos a Champel desmayado...

¿Cómo he podido llegar al fondo del salón con esta carga? Lo ignoro. Yo vuelvo a ver a Champel tendido sobre el sofá, sollozando, asfixiándose, mientras Lucía ha partido a la persecución. ¿Está con ella la señora Champel? En todo caso el vestíbulo

está desierto y no hay ruido alguno en la escalera. No pienso por mi parte ir a buscar a la mujer ni a nadie. Me contento con estar allí al lado de ese viejo que llora y de lanzar al acaso palabras sueltas como para tranquilizar a un niño:

—Por favor, fíese usted en mi hermana, con ella todo saldrá bien, seguramente la va a traer aquí...

Un intervalo bastante largo transcurrió antes que recobráramos uno y otro la calma perdida. El señor Champel continuaba llorando. En su emoción había olvidado sacar su pañuelo y se frotaba las mejillas contra el brazo del canapé. Con cada lágrima un poco de pomada y de pintura se marchaba y así se tenía la impresión de que, de minuto en minuto, la juventud artificial del desgraciado se iba al arroyo. Poniendo en mi acento una compasión que, por otra parte, en realidad tenía, comencé:

—¿Cómo ha sido posible que, durante la vida de usted, haya podido esa... persona llegar a tal grado de miseria?

Hizo un gesto desesperado. Yo me senté a su lado y tomé sus manos.

—Cálmese usted, no perdamos tiempo. Vale más que me lo cuente todo.

Levantó sus párpados ajados y, entre dos sollozos:

—¿Para qué serviría?

—Quién sabe si pudiéramos ayudarlo.

Me escuchaba como quien no comprende nada.

—¡Imposible!—murmuró—¡imposible!

Yo tenía siempre sus manos, lleno de piedad. Mi deseo de reconfortarlo, obligándolo a vaciar su corazón cargado, excusaba mi insistencia.

—Todavía un esfuerzo, le dije, se trata tal vez de salvar a su hija. Domine su pudor. Imagine que está cerca de un confesor y que está cierto de igual secreto!

Consintió al fin, desalentado.

—Entonces, haga como él, pregunte.

¿Interrogarlo? ¿Pero sobre qué? ¿Por dónde comenzar?

—No, repliqué entonces; mis preguntas irían completamente al azar. Si usted tiene interés en que le sea útil no derrochemos los instantes. Pueden volver de un momento a otro...

El pensamiento de la vuelta de su hija le produjo un sobresalto. Que le causara goce o miedo, poco importa; ella sola, en todo caso, parecía capaz de dar un resto de vida al andrajo humano que padecía.

—¡Sea! Ensayaré...

Y comenzó la relación que sigue. El comienzo fué dicho con voz lejana, impersonal. Se había podido pensar que recitaba una lección. Poco a poco, sin embargo, iba a despertarse de su estupor y a dejarse tomar él mismo por el pasado que evocaba.

—Hacia el fin de mi juventud, encontré en París una mujer que no era, en suma, ni mejor ni peor que otras muchas con reputación de honradas. Yo debía volver próximamente a mi provincia para comprar un estudio; tenía un poco de dinero, la mujer era libre y amable; nos instalamos pues como los viajeros que están seguros de separarse; pero que aprovechan por lo mismo el azar que les ha juntado. Llegada después la hora de tomar cada uno su camino, nos dejamos como buenos camaradas, resueltos a olvidar. No nos habíamos prometido nada; de un lado y otro la amargura habría envenenado los adioses. Pero, poco después, un lacónico billete me anunciaba que la mujer estaba en cinta. Siete meses más tarde, junto con nacer una niñita, la madre moría. ¿Qué habría hecho usted en mi lugar? Fuí a buscar el niño y lo traje a mi casa. Después de todo, podía haber empleado peor mi caridad. Así quede instalado en mi estudio... con una guagua. A los veinticinco años, toda la vida se ve por sus aspectos buenos, bellos. La idea de que ésto pudiera molestarme en un matrimonio o perturbar mi vida, no me tocaba siquiera la epidermis. Usted ve que la aventura no tiene hasta aquí nada de extraordinario.

Una sonrisa floreció en los labios secos y dolorosos de Champel.

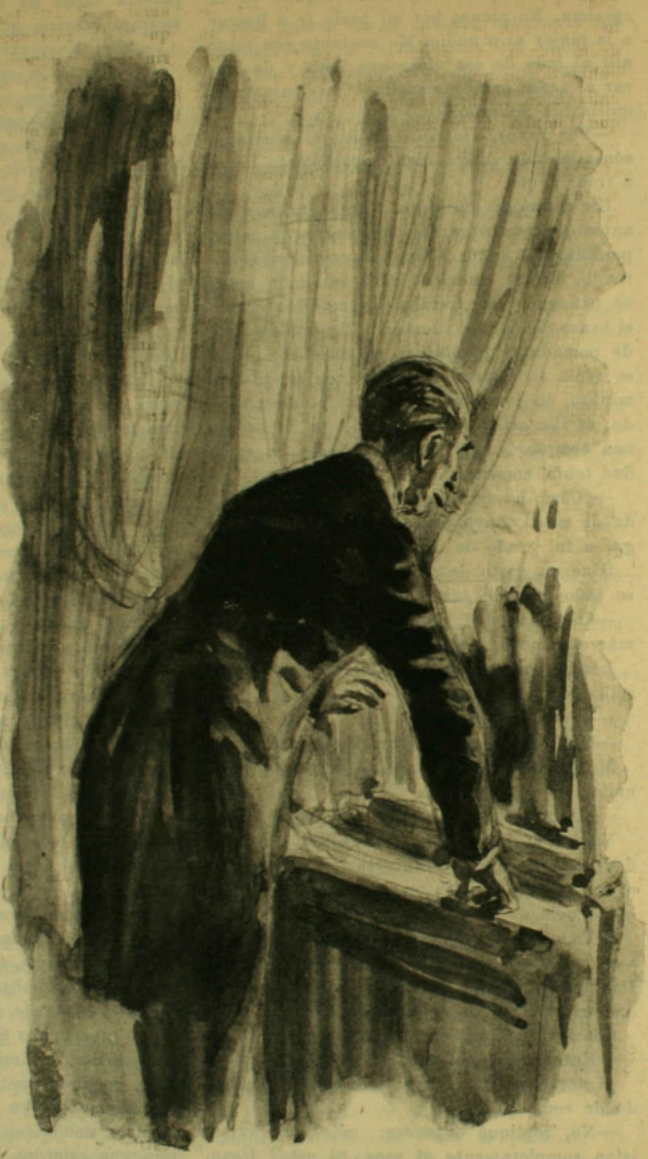
—Lo que sigue, tampoco tuvo nada de extraordinario. Embarazado de un sér únicamente ocupado de ensuciar ropa y de gritar, yo me preocupaba de él, se comprende, lo menos posible. Yo limitaba mi ambición a ignorarlo, pagando puntualmente la nodriza. Desgraciadamente, yo había querido delimitar nuestros dominios; las fronteras no existen para una criatura que pretende obrar según su voluntad. Muy luego, a propósito de todo me topaba con él. Eran historias de dientes, incidentes de ropa... sus menores gestos se convertían en importantísimas novedades. Cuando dió sus primeros pasos, fué un acontecimiento. En suma, por muy acorazado que

me mostrara yo en mi independencia fuí acaparado por la fuerza. Una mañana encontré muy natural ir a la alcaldía a buscar un documento en regla de mi paternidad. La aventurera me había cazado en su red, y, cosa curiosa, no sentí el menos pesar...

Cuatro años más tarde me casé. Mi mujer había consentido de antemano en aceptar la situación y ofrecido tratar a Henriette como a su hija. No ví en esto nada que no fuera lógico. Cuando se ama, los sacrificios que facilitan la dicha a la cual se aspira, parecen perfectamente naturales. Y henos aquí, desde esa fecha, tres en el hogar, tres que no teníamos sino que mover los dedos,—parecía, — para amasar felicidad entre ellos. Lo que ocurrió.....

Aquí Champel, comenzando a abandonar su aire ausente, se dió vuelta hacia mí y se interrumpió:

—Pero primero debo decirle qué era mi mujer. Cuando me casé, tenía cierto aspecto y modales de interna de colegio, tímida; el aire de una plantita verde que no podría vivir sin abrazarse a una rama fuerte. Muy rica... evidentemente demasiado para mí...



Quien la conozca ahora, no puede sospechar lo que era en ese momento: el candor de su mirada, la ingenua sonrisa de sus labios, la dulzura de su voz! Ella hablaba como se canta. No se me había ocurrido siquiera que pudiera tener una voluntad personal. Tenía involuntariamente la tendencia a tratarla como un niño bastante discreto para no tener caprichos, no lo suficiente por interesarse en algo más que nada. Ahora bien, con mi más

feliz sorpresa, encontré que la niña era sobre todo una perfecta dueña de casa, que no decía nunca una palabra que no fuese razonable, en fin que, sin levantar el tono y aun callándose, dirigía milagrosamente todo lo que tomaba entre manos y parecía no ocuparse sino de aquello que se le confiaba. ¿Comprende ahora la influencia que tomó sobre mí? No tenía para aceptarla solamente la razón de que la amaba: tenía todas aquellas que resultan de apariencias equilibradas y siempre justas....

Coloque mientras tanto frente a estas apariencias—insisto sobre esta palabra—, una muchachita indisciplinada, de imaginación viva, sin cesar rebelde porque la rebelión le había llegado en la sangre, y busque si podía encontrar mejor acuerdo que decir a mi mujer: "Te entrego su dirección: fórmala, si puedes, a tu imagen!" En mi lugar cualquiera otro había obrado de igual manera. Acuérdese usted también en qué condiciones inciertas había recogido yo a Henriette en mi casa, que después de todo me había apegado a ella más por costumbre que por instinto y usted no extrañará que de nuevo, desde mi matrimonio, me desinteresara bastante de ella. Mi afección, sin ternura verdadera, estaba por otra parte mal recompensada. Con el transcurso del tiempo, se diría que una muralla surgía entre mi hija y yo, cada día más alta, formada sin duda de incomprensiones mutuas y espontáneas. Pueda ser también que hubiera muchas cuestiones a las cuales no podía responder y que Henriette hacía contanta mayor insistencia cuanto veía la contradicción irritante de nuestro matrimonio....

Todo esto, yo lo comprendo, es sumamente difícil de resucitar. Las palabras tiñen demasiado los matices. Lo que yo explico tenía real existencia; pero en estado flotante, de atmósfera. Nadie lo suponía; ni yo mismo. Para el mundo formábamos el matrimonio digno de ejemplo. Hasta la misma presencia de Henriette en mi casa era universalmente aceptada por el hecho de no tener hijos. El escándalo de la juventud o estaba olvidado o se había convertido en nuestro honor. Así pasaron dieciseis años, muy simples, desprovistos de incidentes. La casa, como una máquina bien aceitada, rodaba sin ruido. Así como todas las cosas estaban en su sitio, nosotros aparecíamos en el nuestro. Yo adoraba a mi mujer; mi mujer parecía amar a Henriette; tenía motivo para creer que esta correspondía; y el tiempo corría sin dejar vislumbrar nada de lo que iba a venir. ¡Ah! No se sospecha el abismo que separa a tres seres bajo un mismo techo! No se separa uno de ellos, no se cesa de hablar y de interrogarse, y los pensamientos se escapan, los rasgos mienten, las palabras disimulan, cada uno es burlado por el otro y todos se ignoran. El infierno estaba ya en casa y yo continuaba dormitando en los aromas de un Paraíso!

Le fecha, usted lo supondrá, ha quedado grabada aquí: 26 de octubre... Era la mañana. Bajados para el desayuno, esperábamos a Henriette, yo me veo todavía yendo a calentarme un instante en la chimenea, mientras que mi mujer encarga a la sirviente de prevenir a mi hija que está atrasada ya. De pronto, la sirviente vuelve:

—La señorita no está en su cuarto...

—¿Ha ido usted al jardín? pregunta mi mujer.

Yo, durante ese tiempo, examino a la sirviente con despreocupación, y espero la respuesta como si nada de eso me concerniera.

—Es que... la señorita no ha debido dormir aquí. La cama no está deshecha.

—¿Usted dice...?

Mi mujer se ha levantado, se acerca a mí que parezco siempre no comprender y me sacude violentamente el brazo:

—¡Héctor? entiendes?

Entonces solamente el nublado se desgarra, un rayo fulgura y me hace temblar hasta la médula. Henriette partida! ¿Pero por qué razones? Yo lo pregunto con los ojos a mi mujer. En su palidez yo veo que ella también, antes que yo, ha adivinado que un nuevo escándalo mil veces peor que el primero, cae sobre la casa: y henos aquí subiendo la escalera, las piernas perezosas, parecidos a ebrios. Llegamos al dormitorio, todo está intacto y en orden. Los muebles tienen el aire plácido, la cama un aspecto virginal y sin embargo todo grita que mi hija se ha fugado.

A la vista de esta escena, mi garganta se estrecha y apenas puedo decir:

—¡No habrá dejado a lo menos una palabra... alguna cosa?

—¡Evidentemente! Ella habría debido...

Al mismo tiempo nuestras manos vacilantes revuelven la mesa. Mi mujer busca con el mismo ardor que yo. Tenemos el aspecto de perros encarnizados en una pista. Y mientras

que hacemos esto tengo la impresión que al rededor los muros se han puesto a oscilar como ramas de árbol, el por qué va y viene, el universo entero participa de mi embriaguez... Al fin aparece un sóbre.—Yo lo tomo. Un momento a lo menos,—¡un siglo!—es necesario para descubrir el contenido y leer:

—"Me voy con el sér que amo. Olvídenme como yo olvido".

Es todo; ni un lamento, ni pesar alguno. Casi un reproche. ¡Habré leído mal? me obstino en leer y releer y cada vez siento un desgarramiento nuevo. Un gran desastre pesa sobre mis espaldas: me parece que muchos años han corrido en un segundo. Estúpidamente, me pongo a llorar. Mi mujer me abre sus brazos:

—¡No es culpa suya! Era natural esperarlo....

Ella llora conmigo, por lo menos así lo imagino. Pero, mientras que, al través de mis lágrimas, alzo los ojos para agradecerla, tengo la intuición de que una sonrisa ha despuntado en su boca. Descanso, ironía alegría, compasión, ¿quién lo sabe? En todo caso yo he visto éso; yo lo juro. Sí; si lo he visto, no me engaño!

Y esta sonrisa, en ese momento, señor, era ya el porvenir, tal vez el pasado tambien. Nosotros comenzábamos!

IV

Con un gesto violento Champel se arrancó el cuello, desabotonó su chaleco y, en fin pudo levantarse. Después de tanto vacilar, su corazón aliviado por las primeras confesiones no tenía sino un deseo: librarse todavía más. En cuanto a mí, espectador tembloroso de la tragedía, había olvidado mi deseo de serle útil y, suspendido de las peripecias, escuchaba con estupor esta confesión de una alma ardiente de entregarse entera, con el temor y la ansiedad de no poder. conseguirlo.

El prosiguió, dirigiéndose ahora a un interlocutor invisible, sin parecer ocuparse de mí:

Los días que siguieron fueron ocupados únicamente por la investigación sobre el paradero de Henriette. ¡Cuántas veces tuve la ilusión de estar ya sobre la pista y el descorazonamiento de perderla!

Corrimos a Dijón. Como la policía no encontrara nada, nos fuimos a París. Me dirigí a agencias, a un juez... Esfuerzos inútiles. Supe solamente que mi hija había sido la presa de un miserable músico de teatro venido, en el verano, a Sombernon. Por lo demás ni un pequeño vislumbre. Y volvimos al estudio, a nuestra casa, solos y desesperados.

Inmediatamente dejé de hablar de Henriette. Se habría dicho que algo indefinible, pero diferente para mi mujer y para mí, nos impedía pronunciar su nombre. Nada de raro sería esto. Era meritorio que, en vez de entregarse a reproches, mi mujer se abstuviera de vueltas hacia el pasado. Era natural también que yo me esforzara en olvidar y aunque la tarea no me fuese pesada, tanto me había ya, sin saberlo, despegado de mi hija. Sin embargo, era entonces, señor, sólo entonces, cuando comenzaba lo extraordinario...

Sí; es al través de este primer silencio voluntario cuando vino eso, sin que ningún signo anunciara el peligro! A lo más, observaba yo que la casa tenía una apariencia diversa. No se sospecha la expresión que toman a veces los objetos, el secreto, el secreto de que parecen cargados, cuando se está—como yo entonces,—empeñado en examinarlos durante horas enteras. ¿Qué les preguntaba? No lo sé. Puede ser lo que más tarde había de preguntarle a mi mujer... Cualquiera cosa que sea, me llamó la atención de súbito que solamente a mí se hacía intolerable la casa: mi mujer, no; continuaba complacida.

Al mismo tiempo, exteriormente, aparecieron ciertas diferencias, o mejor dicho, divergencias entre los dos. Usted comprenderá que la fuga de Henriette había revolucionado la comarca. En vano pretendíamos hacer creer que estaba de viaje; nadie caía en la red. Ahora bien, mientras yo comprobaba una imposibilidad casi material de tocar ese tema, mi mujer se detenía en él con agrado, prodigaba detalles imaginarios, hablaba en ocasión hasta de las cartas recibidas. Simple matiz, todavía: más interesada que yo en sofocar el escándalo, tenía ciertamente el espíritu más libre para afrontar la tempestad. ¡No importa! Tanta sangre fría, una mentira tan fácil y acomodada y siempre plausible, me hería a pesar de todo. Cuando nos encontrábamos cara a cara, sentía yo cierto embarazo. Todavía no estábamos separados: ya estábamos lejos...

Yo detallo estas cosas que, en el momento que ocurrían, apenas me preocupaban; pero ¿sé yo acaso si son ellas las que crearon lo inexplicable que yo quiero contar, o si son otras al contrario, más importantes y que yo no habría visto? Después de la partida de Henriette yo no he sufrido, en efecto, eso que se llama un drama. Ninguna crisis aguda sobrevino en mi vida; nada más que lo impalpable, un desmenuzamiento de hechos; pero con eso solo se grita de espanto: si usted lo duda, míreme usted y estará cierto.

Bueno; el silencio, la quietud, la seguridad de mi mujer en lo exterior, debían comenzar naturalmente por separarnos y pueda ser que ello no hubiera jamás ido muy lejos, si un incidente que voy a contarle no hubiera venido a precisar lo que, hasta entonces, me había limitado a presentir. Una tarde en que me encontraba solo, y mi mujer haciendo visitas, tuve el deseo de leer de nuevo las palabras dejadas por Henriette. Yo estaba seguro de haber dejado el papel en un cajón de mi escritorio. Lo abro: nada. Extrañado, doy vuelta papeles, vacío sóbres: siempre nada... ¿He perdido el pedazo? En el mismo momento una curiosa suposición atraviesa mi cerebro. ¿Si mi mujer lo hubiera destruido? ¿Pero con qué objeto?...

Inmediatamente recordé el texto, bastante corto a Dios gracias para ser retenido exactamente: "Yo parto con el que amo; olvídenme como yo olvido." ¿Qué era eso que Henriette pretendía olvidar? ¿A quien iban dirigidas el rencor y el perdón de las dos palabras "yo olvido"? ¿Se dirigían a mi escasa ternura siempre mal recompensada, o bien a otra cosa, ignorada por mí y que pasaba bajo mis ojos sin que yo lo advirtiera?

La turbación súbita que oscureció mi conciencia me dió miedo. Inmediatamente, luchando contra mí mismo, no quise acordarme sino de la hora fatal en que mi mujer y yo nos dimos cuenta de la fuga de Henriette. ¿Qué me había sostenido y consolado entonces? ¡Vamos! No me engañaba en eso; estaba cierto que los dos habíamos estado perturbados y confundidos de la misma manera. Fué mi mujer la primera en organizar las investigaciones, ella la que puso mayor tenacidad en la inútil persecución.

¿Y si tanta tenacidad había provenido precisamente de que mi mujer la sabía de antemano inútil? ¿Si su celo no había tenido otro objeto que mejor engañar mi amor, porque en ese momento, señor, todavía la amaba? Ninguno de mis actos, ni uno de mis pensamientos dejaba de buscar apoyo en ella. Yo la amaba, se lo digo, hasta el punto de no querer nada sino por ella y para ella, de haberme convertido en su espejo. Solamente ¿sabe usted lo que ese espejo me representaba repentinamente? Una sonrisa. Sí; la sonrisa que había seguido al descubrimiento de la fuga. ¡Vamos, yo estaba loco! El perdón de Henriette no podía dirigirse a una guerra atroz, llevada secretamente por ese sér amado. Nuestro pasado,—¡todo el pasado!—se levantaba contra la monstruosa suposición. En cuanto a la sonrisa... y bien... yo había visto mal.

Yo estaba en eso, siempre sentado delante de mi escritorio, no fijándome aún que la noche borraba las formas en torno mío, cuando una mano se posó en mi espalda. Mi mujer volvía. Preguntó con voz tranquila:

—¿Qué buscas tú?

Respondí sin vacilar:

—La última palabra de Henriette.

Ella no vaciló más que yo:

—Entonces pierdes tu tiempo. No la encontrarás; yo rompí el papel.

Yo me levanté:

—Tú has hecho eso! ¡tú! ¡tú!... ¿y por qué razón?

—Lo hice porque lo sabías de memoria. Su vista no iba ya a servir sino para avivar lo que me había costado tanto apaciguar.

Ella hablaba con una voz lenta, sin el menor embarazo, y era posible en suma que hubiera obrado por la razón que indicaba. ¡Qué no hubiera dado por ver su mirada! Cuando se duda de una explicación parece que bastara hundirse en los ojos del que habla para despistar la mentira. ¿Pero se pueden ver los ojos cuando es de noche?

Yo murmuré:

—Tú habrías debido...

Ella se inclinó sobre mí y me interrumpió:

—No agregues nada y cálmate... sigue el consejo: olvida.

Después nos separamos: ella para cambiar vestido, yo para esperarla en la sala en que acababa de servirse la comida.

¡Ah! ¡Esa comida, señor, en que estuvimos cara a cara, como en la mañana, como en el día antes, como siempre desde dieciseis años y en que, por primera vez, conocí y palpé la soledad!

Aquí un extraordinario alivio atravesó la mirada de Champel. Repitió:

—¡La soledad! Eso: he aquí la palabra que buscaba. Si no traduce todo lo inexplicable, lo acerca... antes del minuto en que yo descubrí que éramos dos, deseos, pensamientos, goces, todo era común. Después, el foso, el abismo; detrás de cada apariencia una realidad inaccesible, palabras que se escapan, rasgos que quedan neutros; la imposibilidad de tocarse... ¿Pero dónde estaba yo? ¡Ah! en la comida que siguió.

Yo le decía que en apariencias no ocurría nada de particular; estábamos bajo las miradas de la doméstica y obedecíamos, a pesar de nosotros, a los hábitos antiguos. Yo ignoro de qué cosas hablamos. En todo caso, lo que yo sentía no apareció. En revancha, mientras escuchaba a mi mujer, estaba preocupado del tono, del sonido de su voz. Pasaba con él lo que habría constatado a mi vuelta a la casa; se había cambiado, cargado de cosas. Yo, por mi parte, creía no estar pensando en nada y mi corazón se ahogaba bajo la presión de cuestiones obscuras. Precisadas solamente en el fondo de mi inconsciente, no habían encontrado todavía traducción en mi cerebro.

Apenas levantados de la mesa, pasamos al jardín. Había una noche serena, bella hasta la insolencia. ¡Y qué paz en todo! Sembrada de estrellas y de ruidos ligeros, dulce como una caricia, irreal como el paraíso... siempre es así cuando se marcha hacia el abismo. Mientras marchábamos, silenciosos, en un sendero, yo tenía deseos de demoler a golpes el extraño obstáculo que yo veía levantado entre los dos desde hacía una hora, y de pronto comencé a hablar:

—Es posible que tú hayas tenido razón en destruir el papelito de Henriette. Buscándolo hoy día, yo tenía menos deseo de encontrar un texto que me sé de memoria, que tratar de comprender una cosa que me perturba apropósito de la cual tú podrás asegurarme tal vez... ¿Qué pueden significar esas curiosas palabras: "yo olvido"?

Me pareció que mi mujer se recogía antes de contestar:

—Es claro,—dijo al fin,—y tú te das cuenta del sentido como yo.

Sin explicarse más, ella prosiguió:

—Yo estoy también satisfecha que hayas abordado por tu propia voluntad este tema. Tarde o temprano era necesario tocarlo, y más vale que sea ahora que mañana. Tu hija no era de tu raza. Tú creíste un tiempo que cumplías un deber de justicia dándole tu nombre: te engañaste. Ella se ha dado cuenta la primera. Su olvido. disipa tu error. No te lamentes: es lo mejor.

Yo quise interrumpirla; pero no lo permitió.

—Permíteme. Déjame decirlo todo, a lo menos todo aquello de lo cual tengo una convicción moral... No, Henriette no es de tu sangre ni de tu raza. Para estar cierto, bastaba seguirla un poco. Tu hija no habría tenido jamás ni ese aire de rebeldía ni el gusto innato del escándalo. Tú mismo, sin bien darte cuenta ¿no lo sentías en el fondo? ¿Cuándo has sido tú para ella verdaderamente "padre"? A lo sumo, durante su primera infancia has tenido por ella la afección de hábito que no difiere de la que habrías sentido por un perrito regalón. Ten entonces el valor de examinar cara a cara un pasado que no te significaba nada y un presente que te remuerde... pues realmente te remuerde... sé tranquilo, yo lo noto... tú no eres el mismo. La casa te persigue con recuerdos que te hacen sufrir, cada uno por turno. Tú estas lejos. Tú vives en otra parte. Esto no puede durar. Yo pretendo defenderme y defenderte contra el absurdo que nos asedia. Así, yo he resuelto por tí y he aquí lo que harás. Vas a vender tu estudio; en seguida partiremos... abandonaremos un lugar y una casa que hablan demasiado. Nos iremos donde la gente no sepa nada, donde lo que nos rodee te permita olvidar. Es su palabra, esa, olvidar ¿no es verdad? Pues bien, que sea realidad. Y después, esta explicación, nuestra explicación, terminada, no volvamos jamás sobre ella... jamás....!

Yo no contesté nada. Una vez más, todo lo que decía mi mujer era tal vez razonable; ninguna violencia, ningún aparente rencor ni en el tono ni en las palabras; y, entretanto y a pesar de todo, señor, a cada frase me parecía que el telón caído entre ambos se hacía más y más impenetrable. A cada frase también, yo sentía crecer en violencia y en precisión mi duda inicial; tanto y tan bien, que en el momento mismo en que me invitaba a cancelar el pasado, en el silencio de mi conciencia decidía lo contrario, volver a él con otros ojos y una alma advertida. ¿Estaba engañado, al afirmarle a usted hace poco que ese día había comenzado para mí la verdadera verdad?

Lo que ella fué... ¿conseguiré decirlo? yo

no apercibo más ¿no es cierto? que el detalle infinito de los días, un bloc de sufrimiento, con algunos detalles aquí y allá de torturas peores, proyectándose en el conjunto del pasado como un rayo de faro en un rincón de dumas.

Y, en seguida, el dolor de dudar...

¿Sabe usted lo que puede ser la duda cuando se refiere al ser únicamente amado? Haber vivido durante años imaginándolo probo, sincero y recto; haber puesto en él toda confianza y toda ternura; de pronto temer la más atroz hipocresía y no sólo sospechar su moralidad sino aun llegar a preguntarse: "¿Es acaso por ella que mi hija fué obligada a deshonrarse"? En fin, y sobre todo, tener la observación continua de la mentira posible; no osar creer ni a sí mismo ni a nadie, pero pensar alternativamente: "¿me engaño?", "¿soy injusto?", "¿soy engañado"? ¡Ah! todo eso es un suplicio infernal!

Y todavía no es nada, o casi nada, en comparación de la soledad que lo acompaña. Porque, se entiende que yo era solo, estaba solo en la discusión de mis sospechas, de mi ansiedad, de mis remordimientos. Porque, como mi mujer me lo había pedido, yo no quería hablar más de eso. Mi pensamiento vivía solamente para ello, deliraba y me callaba.

No crea que mi silencio se refería solamente a las cosas de Henriette... yo que dudaba del alma de mi mujer ¿qué habría tenido valor para confiarle libremente? Si yo arriesgaba una confidencia, si simulaba un gesto afectuoso, no era sino para saber. En la continua tensión de nuestra nueva existencia, las relaciones se habían convertido por fuerza en ocasiones de lazos hipócritas. Yo traicionaba porque temblaba de haber sido traicionado. Se nos creía perfectamente unidos, tipo de los matrimonios satisfechos, mi estudio había sido vendido, la casa era nueva, nuevas las relaciones; todo era nuevo al rededor de nosotros y un abismo nos separaba, lleno de ese pasado que se podía creer olvidado. Hablábamos, nuestros pensamientos no se encontraban. No nos abandonábamos jamás y no estábamos nunca juntos. Los solitarios del desierto tenían a lo menos un ideal común, algo que emparejaba sus esperanzas; nosotros no teníamos sino una certidumbre, la de estar solos, perfectamente solos, cada uno con su angustia.

Es claro, en efecto, que mi mujer no ignoraba el obscuro trabajo que me carcomía. Es inútil ver cuando se trata de movimientos del alma: se escucha, es una percepción tan neta como el choque material contra esta silla, por ejemplo. Entonces, mi mujer sabía en lo que yo estaba. Ella también, a su turno, sin hablar, sin abordar jamás de frente el obstáculo, gota a gota, con nadas, se esforzaba en luchar contra el pasado. Uno tras otro, los muebles de antes fueron vendidos por ella. Bien pronto no quedó en torno mío ningún objeto al cual pudiera tomarse mi recuerdo. La soledad moral en que vivía, se duplicaba con otra hecha sistemáticamente en la decoración en que vivía. Me había convertido en un alojado, hasta delante de la mesa.

Con este régimen, señor, o se obra o se vuelve uno loco. Por esto, cesando de luchar contra mi duda, decidí proyectar la luz, costara lo que costara, para descubrir la verdad. La investigación que hice entonces duraría tal vez un año, tal vez más. ¿Qué no he interrogado? Sirvientes antiguos, encontrados con gran esfuerzo, clérigos, gente que había dejado de ver y que se extrañaba de mi encuentro y a los cuales no me atrevía a confiar el verdadero objeto de mis preocupaciones. ¿Qué resultado obtuve? Nada; aunque sí... la certidumbre de que ya entonces, antes de la catástrofe, probablemente siempre, éramos ya solitarios, más separados bajo un mismo techo que los presidarios metidos en celdas. Yo no había sabido nada de mi hija: yo no sabía nada más de mi mujer; y qué pensar de mí mismo, yo que, habiendo participado sin sospechar en el drama, estaba todavía preguntándome si el drama había existido?

Viendo en este momento que Champel se llevaba la mano a la garganta, temí que se interrumpiera y le pregunté:

—¿Quiere usted un vaso de agua?

—No, no es lo que usted cree; yo me asfixio; pero moralmente. Yo tengo la impresión de avanzar en un bosque enmarañado y temo perderme en senderos inútiles... Es que usted no se da cuenta de lo difícil que es hablar cuando se ha callado tanto tiempo. Y además, yo querría apurarme, no marcar sino las etapas y sin embargo lograr que usted me comprenda.

¿Comprenderá usted, particularmente, que después de mi investigación, y justamente porque ella no tuvo solución, hayamos em-

peorado aún más? Entretanto esa es la verdad. Nosotros hemos empeorado poco a poco, por grados inconscientes y sucesivos: después, de mi salto definitivo, a la hora en que, probablemente fatigados de lo irrespirable que nos rodeaba, o todavía, obedeciendo a la necesidad obscura de verdad que a una hora dada, levanta a cualquiera, *mi mujer decidió* aclarar el fondo de nuestros dos seres y sacó a la fuerza al aire libre lo que parecía *sepultado para siempre en la sombra* de nuestro silencio.

Eso pasó un día, cerca del fuego. Estábamos *sentados en los dos ángulos* de la chimenea del salón, como hoy. De repente, creí que caía un rayo. Mi mujer decía:

—¿Quieres tú que hablemos de Henriette?

Yo murmuré nervioso:

—¿Qué has sabido?

—Nada y es por eso que yo deseo arreglar una situación que, tal como está, no podría prolongarse sin peligro.

Yo creí que ella quería hablar de lo inexpresable que me torturaba: ¡qué error! Lo propio de lo inexpresable es que no se le puede tocar, ni siquiera acercársele. Se vive de ello; pero con la boca cerrada.

—¿Qué situación? — pregunté afectando una extrema reserva.

—La que consiste en permanecer bajo la amenaza de un nuevo escándalo, tanto más inútil esta vez cuanto está en nuestro poder suprimirlo. En negocios—eres tú el que me lo has enseñado,—se debe siempre suponer que se muere o vá a morir. Si tú desaparecieras ¿a quién iría tu fortuna?

—¿A quién?... repetí desorientado.

—Déjeme terminar. Se entiende que ningún interés personal me guía. Yo no deseo tu dinero; el mío me basta. Pero, una vez más, si tú mueres ¿quién hereda legalmente?... Henriette desaparecida y de cual nadie, felizmente, sospecha o parece sospechar la existencia? Ahora, bajo pretexto de encontrarla—cuando no se la encontrará...

—¿Y qué sabes tú?

—Donde nosotros fracasamos antes ¿crees tú que gentes de tribunales tendrán más éxito? Ahora, so pretexto de encontrarla, heme aquí obligada a dejar pesquisar el pasado, el fango, todo lo que, a fuerza de paciencia y de dolor, yo he conseguido borrar... Y bien, eso verdaderamente está sobre mi fuerza. Yo he sufrido lo inevitable; pero rehuso a tolerar lo que estamos en situación de evitar.

—¿Dónde quieres venir?

—*A ésto, que yo te pido coloques en* renta a vida, pasable a la cabeza del último sobreviviente, nuestras dos fortunas. *La solución es sencilla.* No existe otra, y por ella quedaré a salvo de una crisis.... inaceptable.

Yo escuchaba con una atención exasperada. No me detenía en el sentido de las palabras, iba más allá como si tras de ellas *hubiera aparecido al fin* la clave del enigma. Por querer coronar demasiado bien una obra, se cometen a veces sorpresas faltas de destreza. Yo escuchaba, le digo, tratando de sorprender en el rostro de mi mujer el reflejo del sér verdadero, sin dejar de tener miedo de encontrarlo. Y, de pronto, no pude contenerme, me puse de pie:

—Y acepto... con la condición de que *contestes mi pregunta. ¿Es únicamente* el temor del escándalo lo que te guía? ¿No es el deseo de acabar tu obra despojando a Henriette?

A medida que hablaba, mis ojos se hundían en los suyos. Yo los registraba. Un cuerpo a cuerpo brutal ponía en lucha a los dos desconocidos que éramos nosotros. ¡Ah! yo juro que, en ese momento, ningún movimiento visible se me ha escapado. Yo esperaba con apasionada ansiedad la respuesta; pero esperaba más todavía: en su rostro, la nube ligera, la impalpable bruma que obscurece la frente del que miente: yo no ví nada.

—Yo no busco el despojo de nadie, dijo mi mujer con acento frío. Sin embargo, después de haber llenado mi deber más allá de lo que tú podrás esperar, yo deseo no volver a salir de mi reposo... o de lo que lo reemplaza.

¿Decía verdad? más tarde solamente, yo me he acordado cómo esa frase estaba cuidadosamente compuesta de términos indecisos. Pero, entonces, porque sus ojos no me habían denunciado nada, porque su frente no se había nublado, yo he **querido** creer. Un minuto—el primero después de tantos años —, yo creí posible escapar de la soledad. En ese minuto—¿y cuál? Aquel en que aceptaba desheredar a mi hija,—una inmensa necesidad de acercamiento me conmovió. Dí un paso hacia mi mujer... yo me incliné. Entonces la ví retroceder con violencia:

—¡Ah, no! Nada de comedia. Sería inútil. Nosotros somos y estamos solos.

El doble sentido trágico de la respuesta

me hizo estremecerme de la cabeza a los pies. A mi vez, me enderecé:

—Sea; nada de comedias. Atrévete a decir la verdad. ¿Has representado el papel de que te acuso? ¿Has hecho partir a mi hija?

Ella levantó los hombros.

—Tú has buscado, sin encontrar: tanto peor. Al que se hace la pregunta le toca resolverla.

Cegado por un furor súbito, contesté por un desafío:

—Tanto peor igualmente, si tomo tu respuesta por una confesión.

—Eso no te devolverá a Henriette.

Aquí, señor, yo se lo confieso, una exclamación atroz cuyo recuerdo me desgarra todavía, porque ella expresaba en ese tiempo mis sentimientos:

—¡No es mi hija lo que me interesa!—grité—eres tú, solamente tú, de la cual quiero saber si me ha burlado mi ternura!

Una risa desagradable me interrumpió:

—¿Por qué? ¿No ves el estado en que estamos?

Después, fríamente:

—¡Que baste lo ocurrido! Tengo tu promesa. Hablando más sabríamos lo que es inútil mostrar. Después de todo, se está amarrados, como se puede. Y nosotros lo estamos verdaderamente mucho más de lo que piensas!...

Se fué en seguida a encerrarse a su cuarto. Pero, en adelante, si yo no debía saber más concerniente a mi pasado, ya conocía el presente. Ya no éramos esposos, sino una pareja de dos odios asociados para mejor desgarrarse.

¿Se da cuenta usted ahora que, al lado de la soledad de los amantes que dudan uno de otro, se encuentra otra al lado de la cual aquella es un juguete?

Nunca una palabra para expresar la cosa monstruosa que yacía entre nosotros. Afuera, nosotros íbamos del brazo, paso a paso, como antes. En el hogar ocupábamos los sitios de antes con las sonrisas de antes y, detrás de esta fachada, una atrocidad de sentimientos sofocados! Nosotros nos odiábamos con toda el alma; pero callados. Yo estoy seguro de haber sorprendido en mi mujer deseos de asesinar y, en el mismo instante, me ofrecía escoger una lista de comida o me invitaba a un paseo. Yo también, yo he tenido horas de sangre, yo he oscilado entre el crimen y la locura y eran esos mismos los instantes en que me ocupaba de sus vestidos o del arreglo de mi jardín de invierno. ¿Mi hija? Para decir la verdad yo no he pensado casi en ella. Cuando, por casualidad me ocurría eso era para reprocharle calladamente lo que había hecho de mí y no para echarla de menos, o compadecerla.

Yo debería haberme fugado, me dirá usted. No, señor; no se va uno cuando está en ese estado, no deserta; se permanece, por el contrario, listo para devolver golpe por golpe y sufrimiento por sufrimiento. Y en seguida, ¿cómo separarse cuando se ha vivido cerca de treinta años juntos, con la reputación que teníamos, después de tales sacrificios por conservar la fachada? No se rompe así no más el armazón de las conveniencias. ¡Mi palabra! Entre mi mujer y yo, creo que no queda nada de común sino un respeto igual al qué dirán. Eso ha unido el uno al otro con más fuerza que la ley.

Y héme aquí... yo no sé todavía si mi mujer fué un milagro de mentira y una malvada madrastra, yo no sé si en cambio he sido atrozmente injusto; pero sé que la odio. Igualmente, ella no ha sabido jamás, yo creo, hasta qué grado he dudado de ella y ella me odia... Tenemos el aspecto de Philemon y Baucis perdidos en el mundo; los sirvientes admiran nuestras cortesías recíprocas, el mundo se extasia sobre nuestra voluntad de servirlo, nosotros hemos llegado hasta facilitar matrimonios, testigo su hermana,—y, más aislados que estatuas colocadas sobre columnas, nosotros vivimos solos, completamente solos, únicamente ocupados de nuestro odio, odiándonos tanto más cuánto no podríamos decir por qué... Esto es lo peor de todo! Si se supiera, en una hora o en otra, esto acabaría por expresarse; pero nosotros no nos expresamos. Lo inexpresable, yo lo repito, nos ha encerrado, asfixiado hasta hoy día, hace tres horas, hasta el momento trágico en que Henriette ha aparecido en el banco... En ese momento...

Un último golpe. El cuerpo de M. Champel fué estremecido por una larga convulsión.

—Yo le suplico,—le dije con angustia,—no se detenga un instante, porque ahora abordamos lo esencial.

El se volvió a mí, me miró con ojos llenos de lágrimas y continuó:

—...en ese momento, nosotros no la recono-

cimos en seguida, o mejor dicho, mi mujer no quería que fuera ella. ¿Qué sentía yo mismo? Piedad, sin duda... Sí; una piedad infinita... pero también el miedo del escándalo que iba a comenzar. ¡Oh! yo no me alabo, y conozco la miseria de mis sentimientos. Es inconcebible que el simple instinto de protección de la bestia por su criatura, no me haya lanzado afuera. ¿Osaré tocar el fondo de fango que reposa en lo más profundo de mi alma? Hace tanto bien hablar y no estar más completamente solo, ya que hay alguien que me escucha. ¡Y bien! cuando ví a mi hija yo he pensado menos en ella que en la ocasión que surgía de aclarar la duda en la cual me ahogaba. Ya que mi hija volvía, yo iba a saber la verdad.

Asegurado, cuando los ví partir a ustedes todos juntos, yo me volví inmediatamente a mi mujer. Pude creer en ese momento que

el tiempo desaparecía, pues nos encontrábamos en la misma hora de la última conversación que le he contado: el interés de odio había desaparecido; la investigación interrumpida seguía su curso.

—¿Qué vamos a hacer?,—pregunté yo.

Mi mujer respondió:

—Es bien simple.

Ella se alejó para volver un instante despues con el billete que usted ha visto.

—Yo persisto en creer que no es ella. Es posible que me engañe. Para cualquier caso, con esto hay para sacar de apuros a cualquiera.

Ella se sentó en seguida frente a su escritorio y tomó una pluma.

—¿Tú vas a escribir?

—Al joven Revel, para que entregue nuestra limosna. Julia llevará la carta y el dinero.

Yo avancé y le arrebaté la pluma.

—¿Estás loca? ¿la voy a dejar partir así?

—Yo no estoy loca. Suponte que no sea ella. No sabemos nada.

—Dí que tú tiemblas a la sola idea de que haya podido aparecer.

—Yo siento repugnancia por los escándalos inútiles; pero no tiemblo ante ninguna realidad.

—Mientes: tu mano vacila.... Tienes miedo, y sabes de qué.

Se enderezó súbitamente:

—Habla en voz baja. Se nos puede oir, ¿De qué tendría miedo yo?

La tomé fuertemente del brazo:

—Miedo de que Henriette no sea un testigo delante del cual no puedas engañarme más.

Otra vez yo desconté la revelación del grito que me daría luz. Mi mujer rió, señor, rió tranquilamente. Después con acento indecible de desprecio:

—¡Vamos!—me dijo,—yo veo que deseas entregar el billete a Revel en persona; sea, partamos.

Yo repetí:

—Sea; juntémonos, alcancemos a Henriette.

Ella se rió todavía:

—¿Juntarnos?... no. Suponte que sea ella; Si hubiera querido vernos, no habría vacilado en entrar a la casa. Esto quiere decir que uno de nosotros dos le causa horror ¿pero cuál?... ¿Si no fuera yo?...

En seguida... terminemos, creo. Hemos venido aquí. Yo quise subir solo. Henriette estaba ahí, tras de esta puerta. Imagínese la vergüenza de un padre que, encontrando así a su hija, no ha corrido inmediatamente tras de ella. Ah! mi mujer había visto con precisión, al dejarme venir. He aquí, que a mi turno, solicité su intervención. Después, la nueva fuga de Henriette, un golpe que me despierta y la sensación de que voy a perder la única ocasión de no quedarme solo. Usted lo sabe ya todo.

Mientras él terminaba, yo había sorprendido un ligero ruido en la escalera.

—Alguien sube,—murmuré.—Ella, puede ser...

M. Champel retrocedió aterrorizado hacia la ventana, y trágico en su turbación, balbuceó:

—¡Es terrible! A la idea de que me va a encontrar aquí, no tengo sino un deseo, huir a mi vez, y encontrarme solo, a pesar del suplicio de la soledad.

V

Subían, en efecto; pero a pasos vacilantes. Entre un peldaño y el otro, el visitante desconocido parecía preguntarse:—¿Debo subir más?

—¿Eres tú, Lucía?—grité.

—Pero, antes de toda respuesta, ya tenía mi idea, mi hermana habría llegado con rapidez.

Silencio en la escalera. De pronto la subida se precisa y los pasos se deciden. La puerta se abre: es la señora Champel.

A pesar de su esfuerzo para no subir con precipitación, su pecho palpita y la respiración daba un silbido. Sin embargo sonrió al verme: cuando veía a un extraño, su sonrisa era mecánica e involuntaria. No me miraba sino a mí; afectaba no ver a Champel. Por su parte, este, apenas vió a su mujer, abandonó el refugio de la ventana y comenzó a pasearse en el salón como un concursante que espera en la antesala el momento del examen. Su rostro era ahora neutro. Pueda ser que el hecho de no llegar con su mujer Henriette, le ayudaba a encontrar su sangre fría.

—Héctor,—dijo de pronto la señora Champel,—te vas a resfriar sin cuello ni chaleco.

Al mismo tiempo comprendí que no había dicho esto sino para guardar tiempo y recogerse. La conversación íntima en que nos encontraba, el desorden del traje de su marido, todo le certificaba la posibilidad de com-

pletas confidencias, es decir, de la más desagradable complicación que podría esperar. Cuando habló de nuevo, parecía no querer dirigirse a nadie; sin embargo la relación era evidentemente para nosotros dos.

—Nos fuimos juntas. Desgraciadamente la nieve impedía avanzar según el deseo de la señorita Revel, más ágil que yo, ella se ha decidido a seguir a pie. No podía hacer otra cosa que volverme... Y aquí estoy.

M. Champel seguía paseándose, la mirada ausente. Yo sólo moví la cabeza para manifestar que escuchábamos.

La señora Champel, prosiguió:

—Yo estaría encantada si se encontrara a esa gente. Es para ella uno el mejor medio de reconocer su error.

Frase ambigua ¡cuántas como ella me había repetido Champel!

—¿De qué error habla usted?—dije a pesar mío.

La señora Champel perdió inmediatamente su sonrisa y clavando rectamente sus ojos en los míos:

—Entendámonos, señor, o ensayemos de hacerlo. Yo ignoro lo que pueden haberle contado durante mi ausencia. En todo caso, usted no puede menos de haber reparado la agitación extrema de mi marido. Bueno sería cargar a la cuenta de un enervamiento anormal la exageración de sus impresiones presentes.

Esta vez fué Champel quien respondió por mí.

—¡Oh! no continuemos en adelante epilogando sobre palabras.

La señora Champel avanzó un paso hacia él:

—¿Qué se ha atrevido usted a decir, entonces?

—Yo no sé... en realidad.

Muy pálida, ella vino hacia mí al momento:

—Yo le ruego señor, ¿qué sabe usted? o, mejor dicho, ¿qué cree saber usted? porque, si mi marido y yo tenemos muchas veces diferencias de apreciación, esto no ocurre nunca sino sobre puntos secundarios; nuestro hogar, ¡a Dios gracias! es de aquellos donde las miradas extrañas no pueden penetrar todavía sin sorpresa.

Yo iba a responder; pero M. Champel con una señal me hizo guardar silencio. De pie frente a su mujer, la miraba con una risa sorda en que no podía saberse qué predominaba, si la ironía o el desafío. Un momento de incertidumbre siguió. Sin duda, un resto de pudor mundano impedía sólo el choque que flotaba en el aire. Deseoso de evitarlo a todo trance, rompí el silencio amenazante:

—Si usted me conociera mejor, señora, no dudaría de que todo lo que pase o pueda pasar aquí, no sea tanto mi secreto como el de ustedes. Así, tranquilícese usted y esperemos que mi hermana haya traído a quien ustedes buscan.

La señora Champel me medía con mirada incrédula; pero comprendiendo que toda insistencia daría mayor importancia a lo que hubiera dicho su marido, alzó los hombros ligeramente:

—Sea,—dijo,—esperemos...

Y todo pareció terminado en efecto: M. Champel se volvió a la ventana y la señora se dejó caer en un sillón. Yo afectaba buscar en la mesa no sé qué cosa. Teníamos todos el aire de esperar, como se había decidido ¿pero qué esperábamos? ¿Era a la hija de Champel o la explosión de lo inexperado? De pronto Champel, que tenía apoyada la frente en los vidrios, tuvo una exclamación sorda.

—Yo creo que aquí vienen.

Inmediatamente la señora se levantó de un solo movimiento y corrió a su lado.

—¿Dónde los ves tú?

De instinto había vuelto al **tuteo** de las grandes crisis. Ella miraba también la plaza, o por lo menos lo que la nieve en pleno voltejeo, dejaba ver.

—A la derecha, sobre la vereda...

—Tú sueñas; son dos mujeres... sin niño.

Ellos estaban entretanto codo con codo, las cabezas junto al vidrio, comunicándose en apariencia, en la espera común: ellos estaban ahí tal como los había visto en su salón, cuando, cerca de la chimenea, contemplaban la mujer del banco. Pero, esta vez, me figuraba no ignorar ya el secreto de sus almas. Singular presunción, por otra parte, ¿Se llega alguna vez al fondo del corazón humano? Y, justamente, en ese momento, yo sentía la más extraña duda. Tanta semejanza en la actitud, en el gesto; podía existir sin una armonía secreta de los seres? ¿Quién se engañaba aquí, la señora Champel asegurando que yo era víctima de la imaginación de un pobre hombre desequilibrado por la emo-

ción del momento o M. Champel fundando su hogar en una asociación de odios rabiosos? Y cosa también rara; yo comenzaba a olvidar el origen ocasional del drama: que Lucía volviera con la fugitiva poco me importaba entre tanto. El problema estaba allí ¿qué realidad pesaba sobre esas dos espaldas encorvadas cuyas siluetas seguían mis ojos? ¿Bajo qué peso de luchas silenciosas o dolores imaginarios sucumbían? Yo estaba en ese instante de curiosidad sin salida, cuando un estremecimiento le puso fin. En la ventana, sin que ninguno de los dos hubiese cambiado de posición, algunas palabras acababan de cambiarse, muy claras, aunque dichas en voz baja. Todavía este agregado y todo estaba como en el salón de Champel. ¿Podría evitar de oírlos, cuando me podrían acercar al corazón del drama?

Del diálogo supremo que comenzaba entonces yo he retenido, palabra por palabra, todo. No podía traducir, es cierto, el acento concentrado, la curiosidad sorda que con palabras avaras parecía superponer siempre la amenaza de otros más corrosivos. Después de haber percibido eso ¿cómo negar lo inexpresado? ¡Ah! Imposible creer ahora que Champel hubiera alterado la verdad: dos seres que hablan así, eso es la soledad, toda la soledad!

Entonces una voz dijo:

—¡Qué goce para tí, si no la encontraran!

Y la otra respondió:

—Te engañas: con toda mi alma deseo su vuelta; es el único medio de salir para siempre de esto.

—Tú querrías hacerme creer que soy yo a quien ella odia.

—Es que creo estar segura de eso.

Un minuto de silencio. Mme. Champel sigue:

—¿Sabes tú por qué te odia? Porque sabe que tienes miedo de verla cerca de tí.

—Eso no es cierto.

—Tú no le has abierto los brazos junto con verla. Ella no te lo perdonará nunca.

—¿He vacilado en declarar que era mi hija?

—¡Palabras! Antes de una hora tu corazón sangrará de arrepentimiento. ¡Vamos! si no tenemos sino eso de común: el escándalo te da tanto miedo a tí como a mí: tú tendrás siempre la nostalgia del respeto.

Nuevo silencio. Después, sin que los cuerpos se hayan movido, las dos caras dejan los vidrios, aparecen de perfil contra esa luz de nieve, tan bien, que yo veo todo, el movimiento de los labios silbantes y que sin embargo retienen la expresión, las curvas de la nariz, el temblor de las barbas, la mirada fría de los ojos que se afrontan:

—¿Qué has hecho para que ella partiera?

—Como tú; me he contentado no llamándola...

—No se trata de ahora, sino de antes.

—Antes... ¿qué quimeras han oscurecido tu cerebro para creerla tu hija...?

La voz de Champel sin cesar en el tono bajo, se hace nerviosa y temblorosa. Quiere demoler el obstáculo ¿pero para qué obstinarse?

—¡Y pensar que yo te he amado!

—¡También creíste amar a Henriette!

—¿Por qué hemos llegado a esto? Por qué...?— repite Champel cuyo cuerpo oscila como movido por un fuerte viento.

—Tal vez también porque yo te amaba...

—dice la señora Champel.

Después, nada más: la calma definitiva, una calma que parece a la vez marcar el fin de una crisis y prolongar una cosa vieja, mientras que en el fondo de mi alma el muro de la soledad se revela en fin, como es, infatigable, indestructible y definitivo, Cualquier cosa que intenten, cualquier esfuerzo que hagan,—ya que hasta este momento los Champel no han podido expresar más,—no avanzarán un punto. Mañana como ayer y siempre, quedarán condenados a la incertidumbre, a la tortura vana, a los recuerdos sin objeto. La señora Champel ha provocado realmente la fuga de Henriette? si se calla obstinadamente ¿es porque prefiere la agonía de una duda permamente que una certidumbre destructora del pasado? O, al contrario, ¿porque, acusada injustamente, un gran amor no tolera una gran traición? Las dos cosas pueden obstinarse en su mutuo desafío; no lo sabrán jamás. No hay sino un recurso, el que mostraba Champel, quedar solos, siempre solos, sin separarse....

Estaban todavía en el mismo lugar, en la misma actitud, olvidados de mi presencia, cuando se abrió la puerta y entró Lucía.

—¿Y bien?

Lucía sacudió tranquilamente su abrigo cubierto de nieve y con ese aire apacible que

tenía siempre cuando termina una tarea, dijo:

—¡Y bien! Estoy un poco cansada; pero ya sé donde está

Fué la señora, esta vez, la que exclamó:

—¿Y usted no la ha traído?

Champel se dejó caer en una silla y se cubrió el rostro con una mano. Tal vez lloraba.

—¿Traerla? me guardé muy bien de hacerlo. Ni siquiera me hice notar por ella. viéndose descubierta, habría continuado su carrera. Mientras que... si ustedes lo quieren... bastará ir a la plaza de la Estación, donde Raffier ¿ustedes saben? ese café bajo, en la esquina de la Avenida. Ahí está instalada en una mesa. El niño en la falda, la cabeza caída sobre los brazos, dormía cuando yo pasé.

La señora Champel se acercó a su marido y, obligándolo a levantar la cabeza, le dijo:

—¿Has entendido?

La cara de Champel reapareció. ¡Qué visión! ojos de ciego que parecían buscar en la sombra la luz; labios secos y muertos, que parecían querer sonreir o querer hablar; en fin, en una faz de cadáver. una expresión de espanto, mezclado a un ridículo deseo de ser correcto.

—¿Has entendido?

La cara se agitó un tanto para decir sí. Después la mano casi paralítica buscó en un bolsillo, después en el otro, y el billete de mil francos,—sí, el mismo,—apareció en el extremo de sus dedos amarillentos, mientras un destello prendía en los ojos de la señora Champel.

—Entonces,—suspiró Champel,—que le lleven esto. ¿No es ésta tu opinión?

—¡Ah, no! Nosotros no!—dije yo,—nuestra intervención ha terminado.

—¡Nosotros no!—repitió Lucía,—sin saber mucho lo que ocurría.

Yo seguí:

—Reconozca usted, señor, que nada ha cambiado, desde hace poco, y que ahora, más que nunca, corresponde a usted y a la señora entregarlo a quien le corresponda.

M. Champel me miró atentamente, parecía costarle mucho entender lo que yo le decía.

—En efecto,—declaró la señora con voz decidida, será mejor eso, Héctor. Déjeme ahora poner en orden su traje.

Y, al mismo tiempo, le colocaba el cuello, abotonaba su chaleco, todo con movimientos meticulosos y acostumbrados. Cuando terminó esa tarea se volvió hacia Lucía:

—Nosotros le debemos muchos agradecimientos, señorita. Usted nos habría ayudado hasta el fin en caso necesario. ¡Vamos, Héctor!

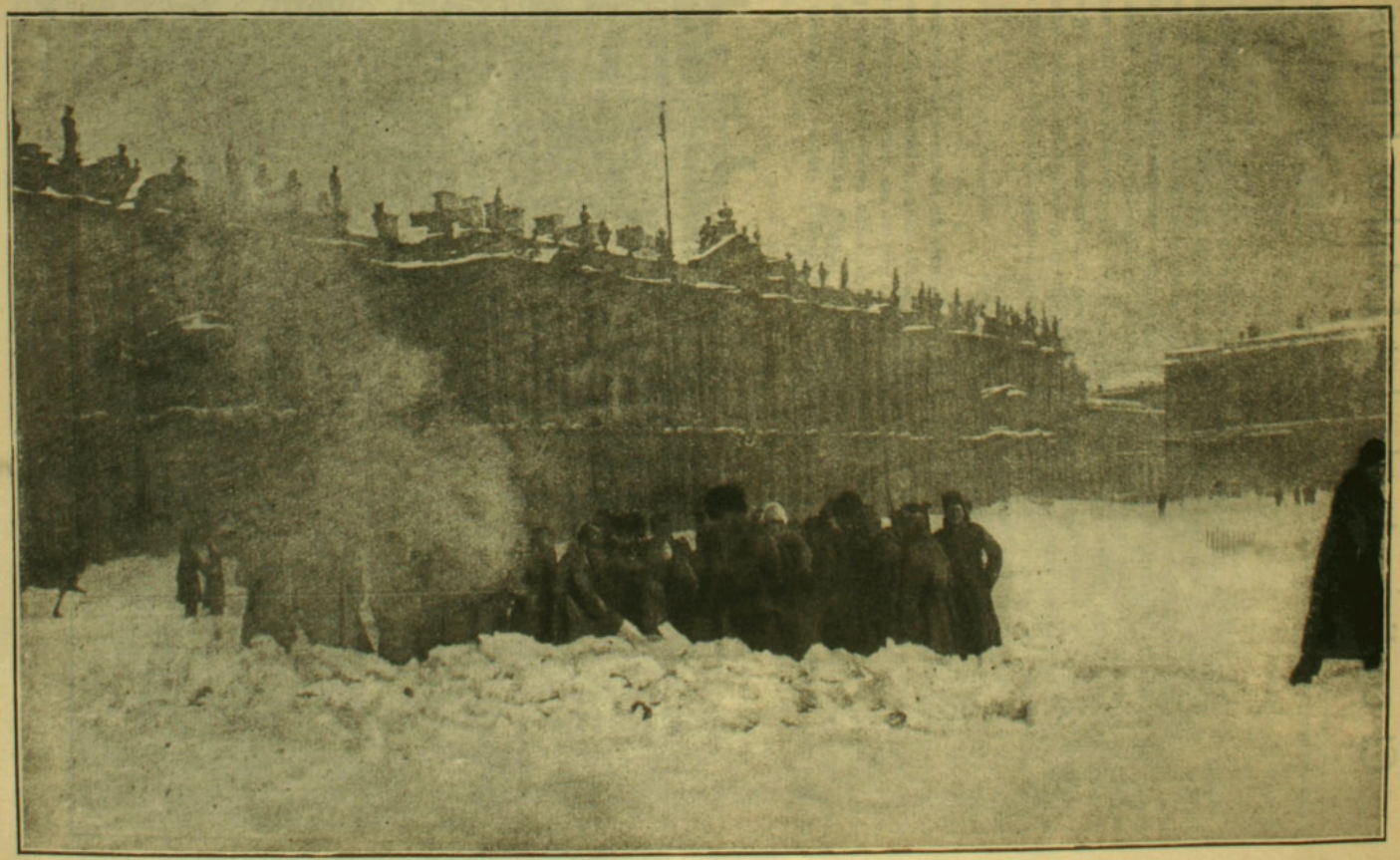
Ella tomó su brazo; en realidad, debía ser para ayudarlo, pues oscilaba un tanto. Y nos encontramos con Lucía, solos en la pieza vacía...

Es todo lo que sé.

¿Fueron en busca de la hija? ¿Qué ha ocurrido con esa pareja extraordinaria, en que el azar me permitió descubrir los rostros verdaderos? La vida es una serie de historias sorprendidas en el comienzo, de las cuales no se conoce el principio ni se conocerá el fin. ¿Estamos ciertos de que todas tengan desenlace?

Poco importa lo que haya ocurrido con los Champel. Lo esencial es que respiré el olor de soledad que exhalaba su odio. ¿Cómo puede vivir M. Champel, cuando yo, simple testigo de una hora, siento con solo este recuerdo angustiado el corazón y casi paralizado?

FIN



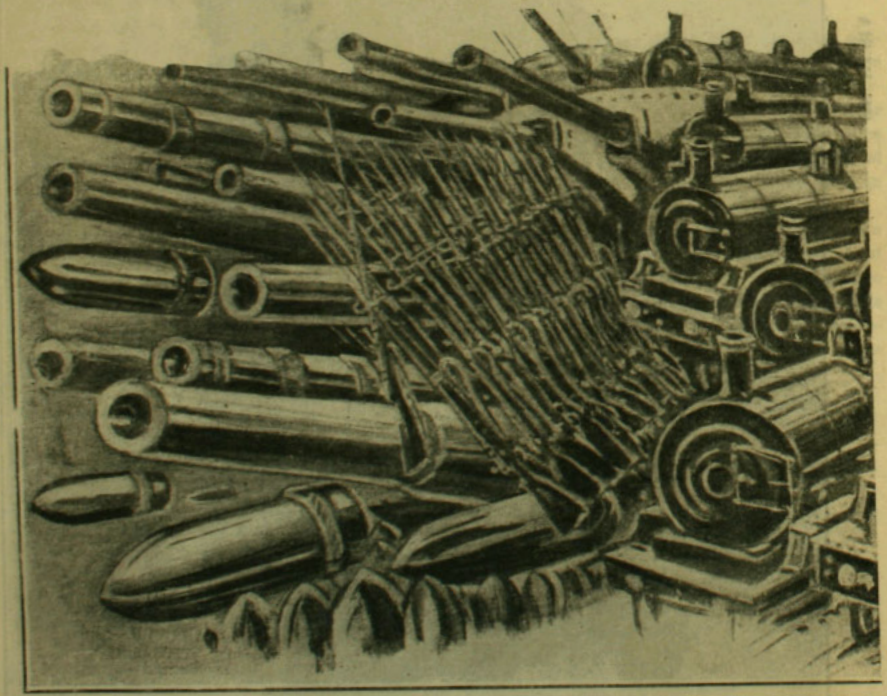
Una reunión de soldados frente al palacio de invierno.

El contingente de los Estados Unidos

Con ilustraciones

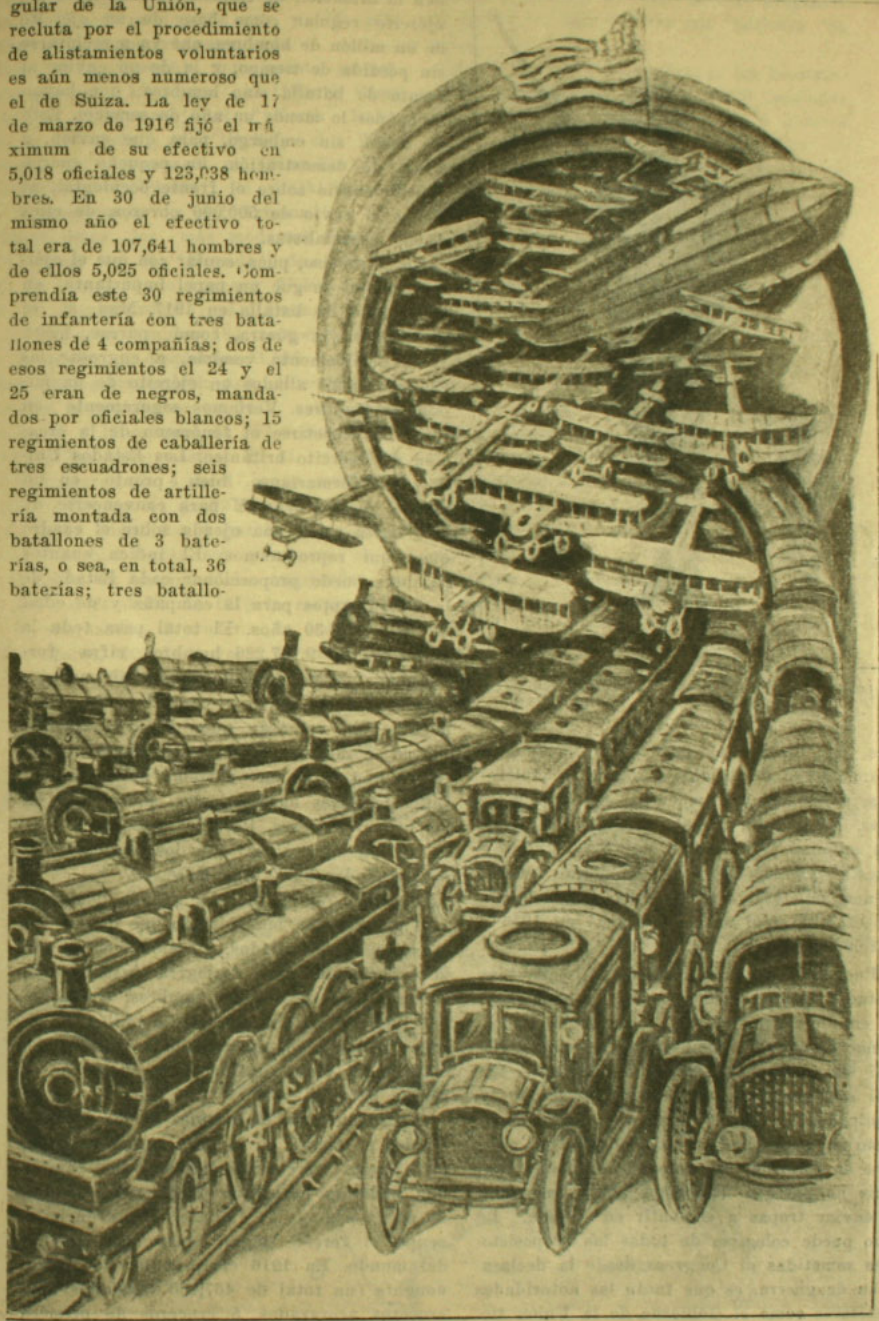
Acaba de sonar la hora de los Estados Unidos. Hacia ellos se vuelven todos los ojos; hacia ellos convergen todas las preguntas del momento actual. ¿Qué puede dar la América a los aliados? ¿Qué recursos puede poner a su disposición? ¿Hasta qué pronto hará oscilar su entrada en el conflicto la balanza de las fuerzas beligerantes en el equilibrio de esos factores esenciales de la guerra y de la victoria: hombres, barcos, material, víveres, dinero, fuerzas morales? A todas esas preguntas que todo el mundo formula con la mayor naturalidad, las informaciones de la prensa diaria no dan apenas sino respuestas parciales y muchas veces contradictorias. Hemos tenido ocasión de consultar algunos datos en las estadísticas oficiales más recientes y juzgamos de sumo interés reunirlos aquí exponiendo cifras, que son en casos de esta naturaleza los documentos menos sujetos a discusión. Y podemos garantizar que estas cifras eran absolutamente exactas en la cercana fecha de fines de Abril del corriente año. De entonces acá algo habrán cambiado estos números, pero nunca tanto como para quitar valor a los que aquí damos.

El contingente de hombres es el que se ha de hacer sentir más lentamente. Los norteamericanos, que no se han preocupado más que de la paz, están en realidad mucho peor organizados para la guerra de lo que lo estaban los ingleses en 1914. El ejército re-

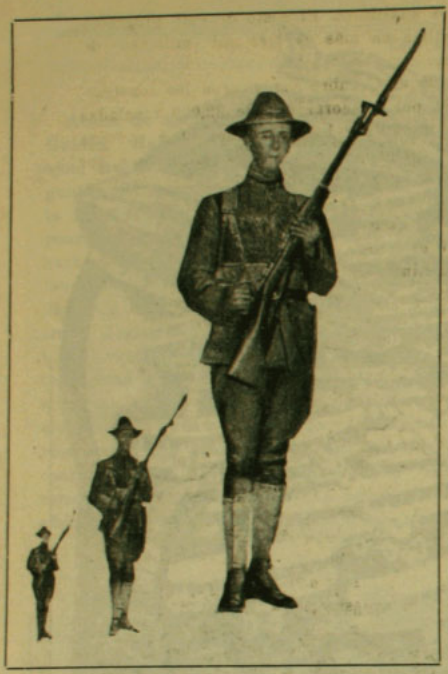


El contingente de los Estados Unidos

gular de la Unión, que se recluta por el procedimiento de alistamientos voluntarios es aún menos numeroso que el de Suiza. La ley de 17 de marzo de 1916 fijó el máximum de su efectivo en 5,018 oficiales y 123,038 hombres. En 30 de junio del mismo año el efectivo total era de 107,641 hombres y de ellos 5,025 oficiales. Comprendía este 30 regimientos de infantería con tres batallones de 4 compañías; dos de esos regimientos el 24 y el 25 eran de negros, mandados por oficiales blancos; 15 regimientos de caballería de tres escuadrones; seis regimientos de artillería montada con dos batallones de 3 baterías, o sea, en total, 36 baterías; tres batallo-



en material de guerra.



Lo que es y será el ejército yanqui. En 1917, en 1918, en 1919. Cuadro comparativo.

nes de ingenieros, de cuatro compañías y un **cuerpo de señales** (telégrafos, teléfonos, aerostación), compuesto de 12 compañías. La guardia nacional federal, es decir, las milicias organizadas por los Estados y puestas a disposición del gobierno federal tienen un efectivo legal de 248,446 hombres. El efectivo real máximo alcanzó en 1916 a 151,096 hombres.

Puede decirse por consiguiente que los Estados Unidos pueden poner por el momento en pie de guerra, todo comprendido, alrededor de 250,000 hombres, de los cuales 100 mil son de buenas tropas regulares, y 150 mil son guardias nacionales instruídos y equipados en forma bastante conveniente. Esto no constituye en realidad sino un ejército en embrión. Por esto los estadistas yanquis no parecen dispuestos por el momento a enviar tropas a combatir en Europa. Lo que puede colegirse de todas las proposiciones sometidas al Congreso desde la declaración de guerra, es que tanto las autoridades militares como el Gobierno de la Unión tienen la intención de emplear los efectivos del ejército regular como base de un ejército de un millón de hombres, que va a reclutarse sin pérdida de tiempo, y la de no enviar al frente de batalla sino hombres que hayan hecho por lo menos un año de servicio. Esto no obsta, sin embargo, para que envíen, a título de demostración, un pequeño cuerpo expedicionario sobre el frente occidental, ni menos el envío de 500,000 obreros, de ellos 25,000 especialistas.

No es preciso, pues, contar con que el ejército yanqui juegue un papel importante en los campos de batalla en 1917. Mas si se prolongase la guerra, como parece, hasta 1918, posiblemente vendría, a engrosar las fuerzas de los aliados un ejército de un millón de hombres. Veríamos seguramente en este caso repetirse el fenómeno de la creación del ejército británico. Los Estados Unidos transformaríanse bien pronto en un plantel de reservas. Y para convencerse de esto basta echar una ojeada sobre el cuadro que aquí reproducimos. El indica cuantos hombres puede proporcionar cada Estado de la Unión, aptos para la campaña y de edad de 18 hasta 30 años. El total para toda la Unión es de 9.197,226 hombres, cifra formidable, que no deja de causar alguna inquietud a los Imperios centrales. No puede negarse sin embargo que la organización, equipo e instrucción de tales masas constituye una tarea en extremo delicada. La falta de bases haráse sentir, sobre todo en los primeros meses. Pero los yanquis son de la misma naturaleza que los ingleses. La necesidad les hará ingeniarse.

Hoy día, por lo demás, apenas decididos a la guerra, han manifestado que desean los consejos de los aliados, aleccionados ya con la experiencia, para formar e instruir una primera leva de 500,000 hombres. Quién sabe! Pudiera ser que este medio millón de bisoños reclutas del nuevo mundo fuese a decidir en el viejo continente la suerte de la última batalla.

Contingente de la marina. Si los Estados Unidos no tienen en la hora actual más que un ejército en ciernes, poseen en cambio una poderosa flota, que puede cooperar desde ahora con las de Inglaterra y Francia, y ocupa el tercer lugar entre las marinas del mundo. En 1916 comprendía: 14 dreadnoughts (un total de 467,450 toneladas); 12 cruceros acorazados, 5 cruceros de primera

clase, 3 de segunda, 16 de tercera, 48 destroyers, 8 torpederos de alta mar, y 75 submarinos de tonelaje desconocido.

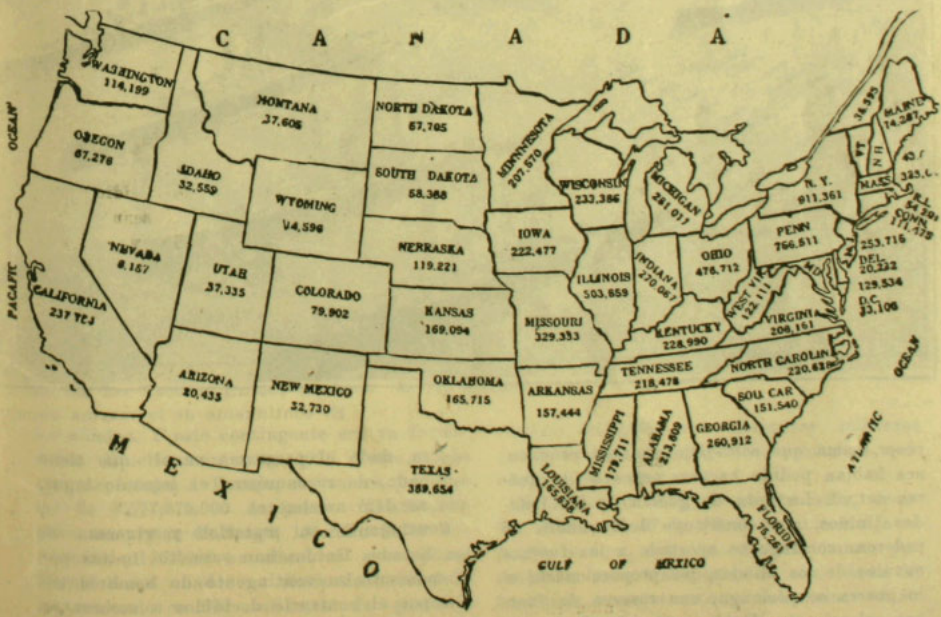
Los 14 dreadnoughts actualmente en servicio son: el "Michigan", el "South Carolina", el "Delaware", el "North Dakotah, el "Florida", el "Utah", el "Wyoming", el "Arkansas", el "New-York", el "Texas", el "Nevada", el "Oklohama", el "Pennsylvania" y el "Arizona".

Entre estos los más modernos son: el "Oklohama" y el "Nevado" de 178 metros de largo, 29 de ancho y 27,500 toneladas de desplazamiento; el "Pennsylvania" y el "Arizona" miden 183 metros de largo, 29 de ancho, y desplazan 31,500 toneladas. Estos navíos tienen sólo una chimenea, fuertemente acorazada en su base; están armados de 10 y 12 cañones de 350 milímetros en 4 torreçillas superpuestas; de 21 y 22 de 127 milímetros, de 4 de 47, y se mueven a petróleo. En Agosto de 1916, el Senado y la Cámara de Diputados votaron un programa naval soberbio. Según este programa, el departamento de marina debe emprender antes del 1.o de Julio de 1919 la construcción de 10 acorazados, 6 cruceros de batalla, 10 exploradores, 50 destroyers, 9 submarinos de escuadra, 58 submarinos de costa y 13 navíos auxiliares. El costo de este programa se estima en más de tres mil millones de pesos.

El 25 de Octubre comenzaron las construcciones por 4 acorazados de 32,000 toneladas y 21 nudos por hora, armados de 8 cañones de 16 pulgadas (o sea 406 milímetros, los de más grueso calibre hasta hoy día) su bordada pesa 7,600 kilos y su alcance es de 16 kilómetros. Estos acorazados llevarán los nombres de "Colorado", "Maryland", "Washington" y "West-Virginia". El mismo día se adjudicaron los trabajos de construcción de 20 destroyers de 1,185 toneladas y de 35 nudos de velocidad, lo que representa un total de 154,000 toneladas de navíos, encargados en un solo día.

Estos trabajos de astillero completáronse con la adjudicación de la construcción de 4 cruceros de batalla de 35,000 toneladas, que medirán 259 metros y tendrán una velocidad de 32 a 35 nudos; llevarán 10 cañones de 356 milímetros y costarán no menos de 106 millones de pesos, de los cuales 20 serán por la coraza y el armamento.

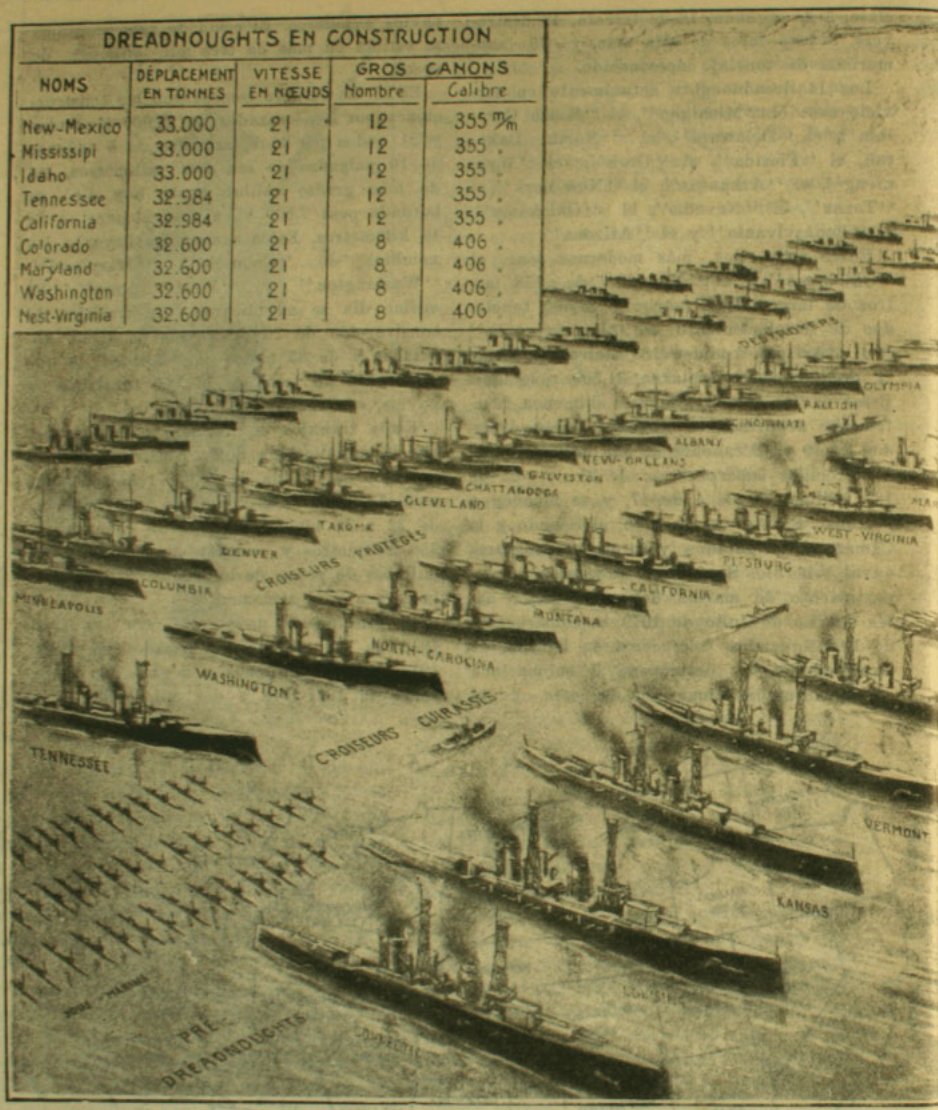
El presupuesto naval que era en 1913-1914 de 702 millones ha pasado en 1916-1917 de 1,600 millones y llegará en el período de 1917-1918 a dos mil millones de



Mapa explicativo de lo que puede ser el contingente en hombres de Estados Unidos.

DREADNOUGHTS EN CONSTRUCTION

NOMS	DÉPLACEMENT EN TONNES	VITESSE EN NŒUDS	GROS CANONS Nombre	GROS CANONS Calibre
New-Mexico	33.000	21	12	355 m/m
Mississipi	33.000	21	12	355 .
Idaho	33.000	21	12	355 .
Tennessee	32.984	21	12	355 .
California	32.984	21	12	355 .
Colorado	32.600	21	8	406 .
Maryland	32.600	21	8	406 .
Washington	32.600	21	8	406 .
West-Virginia	32.600	21	8	406



El contingente de la marina yanqui

pesos, suma que sobrepuja cuantas previsiones habían podido hacerse antes de la guerra actual. La flota de guerra de los Estados Unidos, que constituye desde ahora un poderoso contingente aportado a las fuerzas navales de los aliados, les proporcionará, si la guerra se prolonga, una reserva de fuerzas colosal. La Unión está, efectivamente, segura, dado el programa naval que tiene aprobado, de reconquistar el segundo lugar, que se dejó arrebatar.

Contingente en material y víveres. Si los Estados Unidos han resuelto limitar por el momento su contingente de hombres están por el contrario decididos a acrecentar su producción de material para ayuda de

...den aportar los Estados Unidos en favor de los aliados.

los aliados. Y este contingente era ya formidable. Efectivamente, en 1916 Norte América exportaba a Europa explosivos por valor de 3.577,875.000 de pesos; 210.625,000 posos en armas de fuego, 19 millones en aeroplanos y 261,000 en alambres con púas. Mandó a los aliados un stock de automóviles avaluado en 600 millones de pesos y vendió 4.500,000 de elementos militares (maquinarias para fábricas, productos químicos, mulos, etc.)

Nuestros astilleros de construcción, decía Mr. Wilson el 15 de Abril en su mensaje al pueblo yanquí, deberán construir barcos por centenas, para transportar al otro lado de los mares, encuentren o no submarinos en su

El contingente de dinero que el Tío Sam da a los aliados.

camino todo cuanto sea necesario para equipar nuestras fuerzas de mar y tierra y subvenir a sus necesidades, lo mismo que la materia prima y la maquinaria de que nuestros amigos han podido disponer hasta aquí, pero que nos será preciso proporcionarles en lo sucesivo.

Respondiendo a este mensaje pusiéronse a la disposición del Gobierno 32,000 compañías para la fabricación de material de guerra. **La United States Steel Corporation** empeñóse en sobrepasar ella sola toda la producción metalúrgica de Alemania. Ford, el constructor de autos, aseguró que podría construir mil submarinos por año y un millón de camiones automóviles. Quince fabricantes de aeroplanos cuyas fábricas representan un capital total de 150 millones de pesos y una capacidad de producción de 175 aparatos por semana fundaron la "Asociación de fabricantes de aeroplanos". Esta sociedad ha puesto todos sus recursos a disposición del Presidente. Curtins, produce por si solo más de 5,000 aeroplanos por año; Colt, más de 200 ametralladoras por día. Al general Goethals, el constructor del canal de Panamá, se le han mandado mil buques de madera para el comercio y el transporte de víveres, granos, harina, azúcar. Los Estados Unidos, dada la enorme riqueza de su subsuelo, donde se encuentra la hulla, el hierro, el cobre, el petróleo, están en condiciones de aprovisionar la mayor parte del frente occidental, lo que permitirá a Francia y a Inglaterra intensificar más aún su ayuda a los otros frentes de batalla.

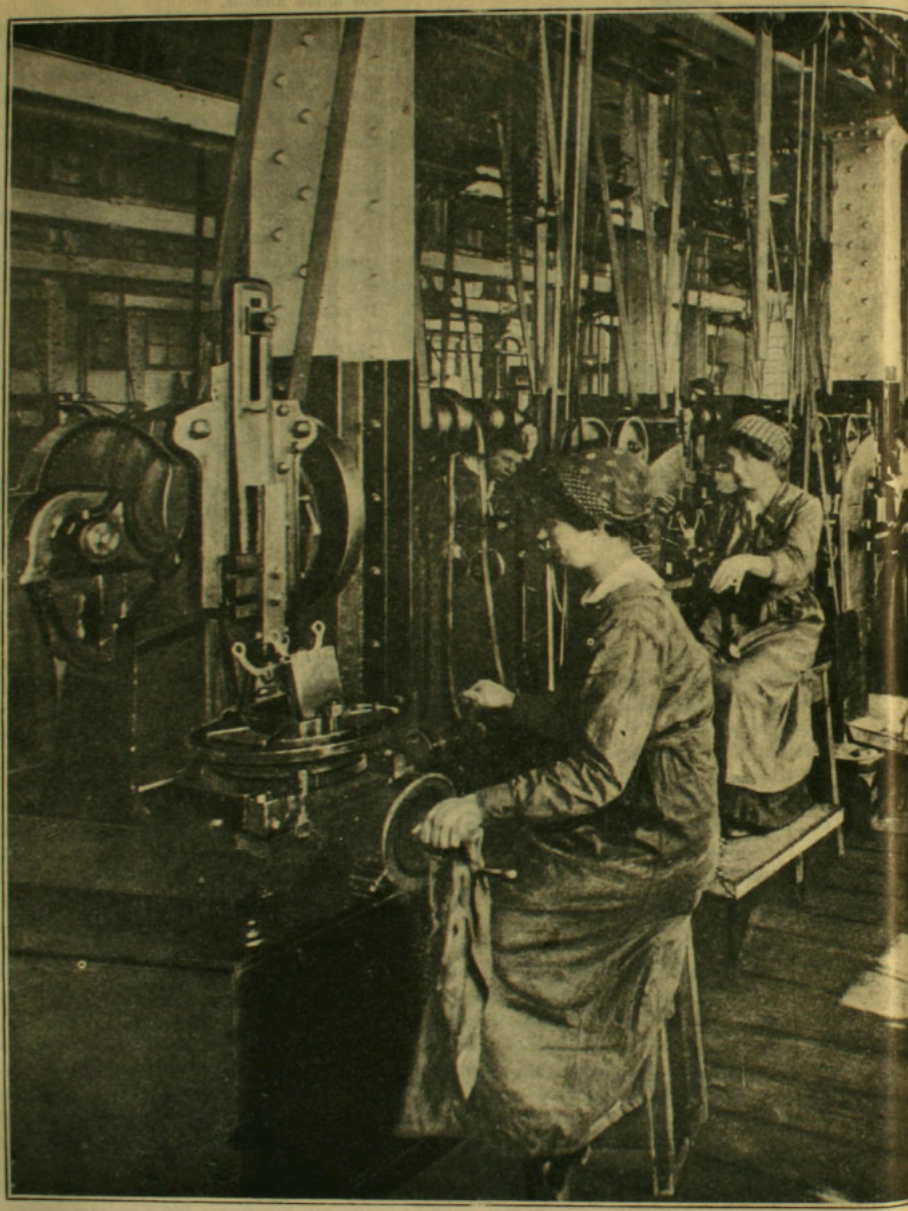
El contingente de dinero completa el contingente de material. El tesoro que los Estados Unidos ofrecen para la defensa de las libertades del orbe es colosal. Su fortuna se avalúa en 188 millones de dollars. La circulación monetaria es de 4.498.060.871 dollars. El stock de oro alcanzaba en 1916 a 2,850 millones de dollars. La riqueza yanqui creese suficiente para atender a la vez todas las necesidades de la Unión y todas las de los aliados. El Presidente ha podido declarar en el Congreso que los capitales que se hallan actualmente a disposición de la Hacienda suben a la suma de 3.044.309.292 dollars, más de 15 mil millones de pesos. Y las estadísticas oficiales avalúan en 96 mil millones de pesos el monto de los depósitos en los Bancos.

Situación financiera de los E.E. U.U.

Fortuna en globo	$ 940.000.000.000
Circulación monetaria. . .	22.490.304.355
Stock de oro	14.841.777.170
Capitales a disposición de la Hacienda.	15.221.546.460
Monto de dep. en Bancos.	96.120.000.000

El Congreso ha votado una ley autorizando un empréstito de guerra de siete mil millones de dollars, o sea 35 mil millones de pesos de nuestra moneda. De esta suma, 15 mil millones serán inmediatamente prestados a los aliados.

De este modo el rompimiento del equilibrio que durante 1916 se iba efectuando en contra de los imperios centrales, se ha realizado bruscamente por los elementos materiales de capital importancia en la guerra: hombres, material y dinero. Resta sólo el factor moral. En este, el desequilibrio es más pronunciado todavía. Las banderas norteamericanas con que los aliados engalanaron sus balcones han de flotar en el aire con seguridad mucho más tiempo que las que ondearon en Berlín celebrando la toma de Douaumont por los alemanes.



Las mujeres británicas trabajando

lata de una fábrica de municiones

El accidente de la calle de las Capuchinas

La conversación giraba sobre un hecho reciente de espiritismo; un "medium" pretendía haber obtenido, en condiciones indiscutibles de legalidad, la fotografía de algunos fantasmas, imágenes de difuntos, etc., y los escépticos al oír aquellos casos, les atribuían trampas secretas que el "medium" desconocía. Cada uno de los contertulios tenía una anécdota que contar. Solamente una señora respetable, ya entrada en años, no tomaba parte en la discusión y se contentaba con oirlo todo, guardando un profundo silencio.

—Y usted, ¿qué opina de todo esto, señora?,—le preguntaron.

La dama sonrió con esa ironía de las gentes viejas que han visto y oído muchas cosas, y saben que la verdad no es de este mundo.

—¡Oh—dijo ella—si yo cuento algo no lo van ustedes a creer.

Varias personas le suplicaron que hablara, y ella dijo:

—No creo en los espíritus ni en los fantasmas, porque nunca los he visto; y aun cuando los fenómenos de telepatía y de transmisión del pensamiento están fuera de duda, sin embargo....

—¿Sin embargo?— preguntó alguno.

—Sin embargo — continuó la señora—yo tampoco creo en ellos, por más que he sido protagonista de una historia sorprendente.

De esto hace diez años. Me encontraba entonces en Munich, (Alemania), hospedada en el hotel de las "Cuatro Estaciones", donde las ventanas de mi alcoba se abrían sobre una avenida amplísima, cuyo nombre no recuerdo. Poco tráfico había en esta calle.

Era el mes de septiembre, y en el teatro "Príncipe Regente" se daba un ciclo wagneriano, que debía durar dos semanas. Yo concurría asiduamente a las representaciones que comenzaban a las cinco de la tarde y terminaban a las diez de la noche. Era un jueves y estaba anunciada la ópera "Tristán e Isolda", De esta obra sólo conocía trozos en algunos conciertos, y su música me había atraído siempre, irresistiblemente.... Salí del teatro mareada y con tal estado de excitación que fué imposible conciliar el sueño.

La noche estaba estrellada y los grandes arcos voltaicos de la avenida esparcían una viva luz violenta. No hacía calor, y, sin embargo, yo me ahogaba en el lecho. Repentinamente un ruido sordo movió los vidrios de la ventana; me incorporé y llena de curiosidad abrí el balcón: una carroza fúnebre avanzaba por la avenida, muy lentamente, arrastrada por cuatro caballos que dirigía un cochero muy joven, casi un niño. Detrás de la carroza no había nada, ni coches, ni sacerdotes ni cortejo. ¡Quedé estupefacta! ¿Un entierro a esas horas? Llamé a gritos a mi doncella y en los momentos de llamarla, el cochero se detuvo frente al balcón, me miró; y mostrándome el ataúd vacío, me invitó a entrar en él. Cuando la sirvienta estuvo a mi lado, la dije: "Mira, mira ese féretro en la calle..."

Ella se inclinó, buscando ávidamente con la mirada; y después viéndome la frente, se echó a reir; en toda la avenida no había féretro, ni cochero, ni caballos. A mi vez volví a asomarme, y, efectivamente, todo había desaparecido... Sin duda la exitación que me produjo la música wagneriana había provocado en mi cerebro una alucinación.

Entré nuevamente al lecho y como mi insomnio era terrible, maquinalmente volví a incorporarme y por segunda vez salí al balcón. Allí estaba todavía la carroza mortuoria y el cochero insistentemente me invitaba, como antes, a pasar al ataúd. Mis manos se crisparon sobre los barandales del balcón y aun cuando yo sabía que aquello era un delirio, no pude resistir más y a gritos llamé a la criada, quien también, por vez segunda, afirmó que nadie había en la calle y que toda la avenida estaba solitaria y silenciosa.

Transcurrieron algunas semanas y regresé a París. Nada extraordinario volvió a haber en mi vida, pero yo no olvidaba ni un momento el rostro singular de aquel cochero que en Munich me hizo la macabra invitación. Todos los rasgos de su fisonomía se

habían grabado de tal modo en mi memoria, que, sin vacilar lo hubiera reconocido entre diez mil personas. Aquella visión, falsa o real, no dejaba de atormentarme y la consideraré siempre como una advertencia de mi muerte próxima.

Un día tomé un coche y fuí a la calle de las Capuchinas a hacer algunas compras. Durante el trayecto, que fué largo a causa de los escombros que había en algunas calles, no cesé de pensar en mi pasada aventura y de ver constantemente el rostro del cochero. Llegué al fin a un establecimiento comercial y me dirigí al ascensor, donde había algunas personas. Me dispuse a tomar asiento y en estos instantes el "chauffeur" se quitó la gorra y tendiendo la mano y alargando el índice, me indicó el sitio que me correspondía. Miré al "chauffeur" y di un grito de espanto; era exactamente, con traje distinto, el cochero de Munich.

Me precipité fuera del ascensor; y el empleado, que nada comprendió de mi rara actitud, esperó a que yo hubiese salido, para poner en movimiento el aparato. Apenas había llegado éste al segundo piso, cuando un cable se rompió y el elevador cayó rápida y pesadamente a tierra. De las seis personas que iban en él, una sola escapó de la muerte: el "chauffeur" que apenas sufrió ligeras contusiones.

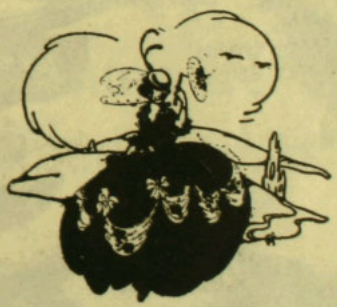
La anciana terminó su relato, vió a sus oyentes y les dijo:

—Quizás recordaréis este hecho, el famoso accidente de la calle de las Capuchinas de que habló toda la prensa. Muchos lo recordaban, efectivamente.

—Y esto ¿qué prueba?—dijo un espíritu fuerte.

—¡Oh!—repuso la matrona—yo no he querido probar nada: sólo he contado una historia extraña, pero verdadera.

PAUL ACKER.



Mapa explicativo de la región polar recorrida por los expedicionarios.

En la blanca orilla aparecían veintidós pequeñas siluetas...

Los sobrevivientes de la Expedición Shackleton

Por

CHARLES RABOT

Con ilustraciones fotográficas

A buen seguro que será difícil encontrar un drama tan emocionante como la última expedición de Shackleton por los hielos del Antártico. A cada momento viéronse los valientes exploradores a las puertas de la muerte, y súbitamente, como en el teatro, cuando su posición parecía desesperada, sacábalos del apurado trance un golpe de audacia o un capricho del azar.

Cuán emocionantes hayan sido los dos primeros actos de este drama, de esta epopeya polar, es muy difícil que lo hayan olvidado nuestros lectores; el tercero no se presenta ciertamente menos fecundo en angustiosas peripecias. Es la historia dramática de dos tropas de Róbinson en las regiones polares.

Para poder darse cuenta de las circuns-

tancias en que se desarrolló el epílogo de este drama real y vivido, fijémonos en la situación que había en el momento que este comenzaba. Proponíase Shackleton atravesar de punta a punta desde el Atlántico Austral al Pacífico, el inmenso continente desconocido aún y cubierto de hielos, en medio del cual se encuentra el Polo antártico. Para realizar este programa de una audacia extraordinaria, había dividido su expedición en dos grupos. El, con el destacamento principal contaba desembarcar en las tierras que sirven de límite al Atlántico por el sur, para dirigirse desde allí hacia Tierra Victoria, frente a Nueva Zelanda. Desde el Atlántico, la distancia que recorrer a pie, atravesando las montañas apresurando los trineos, no era menor de 2,700 kilómetros: la distancia de París a Petrograd. Si el mal tiempo o cualquier obstáculo imprevisto retrasaba la marcha de la caravana, podía verse expuesta al hambre en medio de este desierto de hielo. Con la intención de alejar este peligro, habíase mandado un destacamento a tierra Victoria con la misión de establecer depósitos de víveres en la ruta que había de seguir Shackleton por aquellas regiones. Los bancos de hielo, como ya dijimos, habían dado al traste con aquel plan tan prudente y tan cuidadosamente organizado. El navío que llevaba al jefe de la expedición había sido triturado por los hielos en el Atlántico Austral, y sólo después de 15 meses de luchas terribles, logró su tripulación salir del Antártico y arribar a la isla Elefante a 55 kilómetros al sur del cabo de Hornos. En esta región perdida en medio del desierto inmenso del Océano austral, se hizo desesperada la situación de aquellos valerosos marinos. Sus víveres estaban casi agotados. En cinco semanas a lo sumo vendría el hambre cruel. Shackleton sacrificóse entonces por el bien de todos. Dejando en la isla del Elefante 22 de sus compañeros, parte él con cinco voluntarios en una frágil canoa, atraviesa el tempestuoso océano del cabo de Hornos y llega a la Georgia del Sur, la tierra más próxima habitada. Sin tomarse un momento de reposo después de tan fatigosa travesía, el enérgico explorador vuelve a partir en socorro de sus comprometidos camaradas. Inútil esfuerzo. Un banco enorme le obstruye el camino!

El destacamento enviado a tierra Victoria no había corrido tampoco mejor fortuna. El buque que le trasportaba había llegado al punto de destino; pero a principios de Mayo de 1915 había sido arrebatado de su fondeadero por un huracán y había partido a la deriva a través del océano dejando diez hombres en tierra.

Por consiguiente, a mediados de 1916, la situación era la siguiente; el destacamento mayor quedaba en el más completo abandono en la isla del Elefante; y el grupo menor en graves apuros en tierra Victoria, al otro extremo del Antártico.

Para salvar a sus camaradas, Shackleton emplea al punto su invencible energía y la constancia más admirable. De los dos destacamentos en peligro, el de la isla Elefante era el que más comprometido se veía, y sin rendirse ni por un momento al cansancio, el esforzado explorador libra asalto tras asalto contra el formidable banco de hielo que aprisiona a sus camaradas. Por fin, después de tres meses de un luchar incesante, descubre una brecha en este espeso muro y al momento se aventura por allí. Algunos días más tarde cuál no sería su alegría al distinguir la tierra por la que tantos esfuerzos había hecho durante tanto tiempo! ¿Pero los prisioneros del barco vivirían aún?...

El buque avanza rápidamente. De momento en momento disminuye la distancia. Ven con precisión los contornos de las orillas. Ya se ve el acantilado con la gruta de hielo donde los náufragos se han recogido después del desembarco. Los gemelos se dirigen en esta dirección escudriñando febrilmente el horizonte. ¡Momento de angustia suprema! Dominados por la emoción todos callan y el corazón palpita inquieto. Esa nieve que brilla allá abajo bajo el pálido sol antártico, ¿no será quizás el sudario de un montón de cadáveres? De pronto un estremecimiento sacude a la tripulación entera, y un hurra estentóreo rompe el angustioso silencio. En la blanca orilla, aparecían veintidós pequeñas siluetas negras que se movían. Nadie faltaba en la lista.

Subsistir durante cuatro meses y medio con las provisiones de cinco semanas! He aquí un problema extremadamente difícil que los prisioneros habían resuelto merced a su ingeniosidad y resistencia.

Al siguiente día de la partida de Shackleton para la Georgia del Sur amontonáronse masas compactas enormes de hielo en torno a la isla del Elefante. Empujadas por los

Olas de nieve en el mar de hielo

vientos y las aguas, las moles gigantescas vinieron a estrellarse en la orilla por encima de la caverna de hielo en que se habían cobijado los exploradores. Desde entonces la pequeña playa se encontraba resguardada de la furia del mar y se hizo posible acampar en ella.

Cierto que el espacio no era muy grande, 150 metros de largo por 40 de ancho. Pero en todo caso no se estaría allí condenado a la inmovilidad como en una gruta de hielo. Sobre aquella playa lo primero que hicieron los náufragos fué construir una vivienda con piedras recogidas en la ribera, levantaron cuatro paredes de 60 centímetros y por encima, a manera de techo, colocaron dos canoas boca abajo; era un abrigo que apenas si abrigaba. Dentro el frío era tan penetrante como fuera; además, cuando soplaba la tormenta, la nieve arrebatada por el viento penetraba al interior por los intersticios de las paredes y formaba en el interior una espesa capa. Un marinero tuvo todos los dedos de los pies helados, tanto que hubo necesidad de cortarle un pie. En esta vivienda, abierta a los cuatro vientos, estaban los náufragos expuestos a los mayores peligros. Un día un témpano enorme que estaba sobre el campamento, resbaló; poco faltó para que el destacamento entero pereciese aplastado por la avalancha. Otro día una furiosa tempestad rompió el dique de hielo que protegía la playa; por la brecha abierta, precipitáronse olas enormes, amenazando barrerlo todo, morada y moradores.

¡El banco! No sólo había permitido este a los náufragos construir un abrigo, sino que les había proporcionado la caza necesaria para su alimentación. Desde que el banco se solidificó, llegaron las focas; ellas constituían el pan cotidiano asegurado! Este mamífero marino puede subvenir a todas las necesidades del hombre: su carne constituye un alimento muy sano; su grasa asegura el alumbrado y la calefacción y su piel proporciona el vestido y el calzado. Mañana y tarde la foca era su plato de resistencia. Para variar comian tambien pingüinos y en vez de legumbres ova hervida; en las grandes circunstancias aumentábase el menú con mariscos. En una palabra, durante cuatro meses y medio aquellos veintidós ingleses se transformaron en esquimales y gracias a esta prodigiosa adaptación, pudieron vivir

todos y conservarse hasta el día de la liberación.

Tan pronto como los prisioneros de la isla del Elefante estuvieron a salvo, Shackleton corre en auxilio del destacamento detenido en tierra Victoria, De la América del Sur pasa á Nueva Zelandia y desde allí el 23 de Diciembre se apresta de nuevo para el Antártico. Dieciocho días más tarde llega el explorador al antiguo punto de estacionamiento de Scott, donde el grupo encargado de operar en esta región habíase establecido dos años antes. Por desgracia faltaban en lista ya tres de aquellos valientes, y entre ellos su jefe, el capitán Mackintosh. Una nueva catástrofe había venido a sumarse al martirologio de las expediciones polares, tan numeroso ya. Cómo se había producido esta? Es lo que vamos a referir ahora.

Pero a fin de que el lector pueda seguir el hilo de los acontecimientos hácense precisas breves explicaciones topográficas. Mirando hacia el Sur represéntense ustedes a la derecha una región erizada de montañas, algo así como unos Andes que arrancasen del océano; esta es la tierra Victoria, y frente a ella una inmensa sábana de hielo relativamente compacta: es la famosa Gran Barrera que se extiende desde las mismas orillas del Pacífico en una distancia de 700 kilómetros hasta el pie de los macizos montañosos del Polo. Al borde inferior de este témpano colosal, en el ángulo derecho, pueden ver finalmente, tal como una larga hendidura, un gran golfo, el Mac Murdo Sound, que es como el término de un brazo de la Gran Barrera. Sobre este témpano tenía el destacamento de Mackintosh que adelantarse a la marcha de Shackleton e instalar depósitos de víveres, y en las orillas de este golfo había establecido sus cuarteles de invierno.

Para estos valientes la desaparición de su navío no fué causa de la menor emoción. Diez hombres de su temple, casi todos veteranos del Antártico y por lo tanto avezados al peligro, sabrían hacer frente a las más críticas situaciones. Por otra parte habíanse instalado en un punto confortable y disponían de víveres abundantes. Sólo escaseaba su provisión de ropas de abrigo y combustible. Una marejada producida por el derrumbe de una enorme montaña de hielo había barrido su depósito de carbón instalado en la orilla del golfo, y el vestuario de invierno no había alcanzado a ser desembarcado antes de la fuga del barco. En las regiones antárticas, con una temperatura de 40 grados bajo cero, la falta de abrigo y de calefacción toma caracteres de gravedad alarmante, ¿pero no está allí la foca? Desde el momento de establecerse los cuarteles de invierno, quedan tres hombres encargados de la caza de este valioso anfibio; gracias a su celo y habilidad nunca faltan ni el alumbrado ni la calefacción. Verdad que el combustible despide un olor insoportable, pero en el Antártico, con tal de que se pueda combatir el frío, este es un detalle insignificante. La caza proporciona al sastre de la expedición las pieles necesarias para la confección de chaquetones y mocasinas, con que poder afrontar impunemente las más bajas temperaturas.

El invierno austral de 1915 transcurrió sin incidente alguno, y al retorno de la primavera a principios de Octubre del mismo año, Mackintosh y sus hombres se aventuraron por la Gran Barrera, con el fin de instalar en ella nuevos depósitos de víveres. Según el programa, Shackleton debía llegar a fines del verano. Con la idea de defender esta caravana contra toda funesta eventualidad, decidióse ir a establecer un depósito en la extremidad meridional de la Gran Barrera, al pie de las montañas de donde debía descender de regreso del Polo. Una marcha de 1,500 kilómetros ida y vuelta, por el hielo, aún mayor distancia que la de Santiago a Buenos Aires. Aparte de su jefe, el capitán Mackintosh, la caravana constaba de cinco hombres: Joyce, Wild, Richards, Haywards y Spencer-Smith. Fíjense ustedes en estos nombres; son los héroes del nuevo drama de que la Gran Barrera, ya tristemente célebre por la muerte de Scott, va a ser el escenario. Al principio todo marchó divinamente. El 22 de Enero de 1916, el pequeño destacamento encontrábase a unos 125 kilómetros del término de su viaje, cuando Spencer-Smith cayó enfermo. Para no retrasar la marcha, dejósele atrás bajo una carpa con víveres suficientes, y los excursionistas siguieron su ruta a toda prisa, a fin de tomar otra vez el trineo cuanto antes, una vez instalado el último depósito.

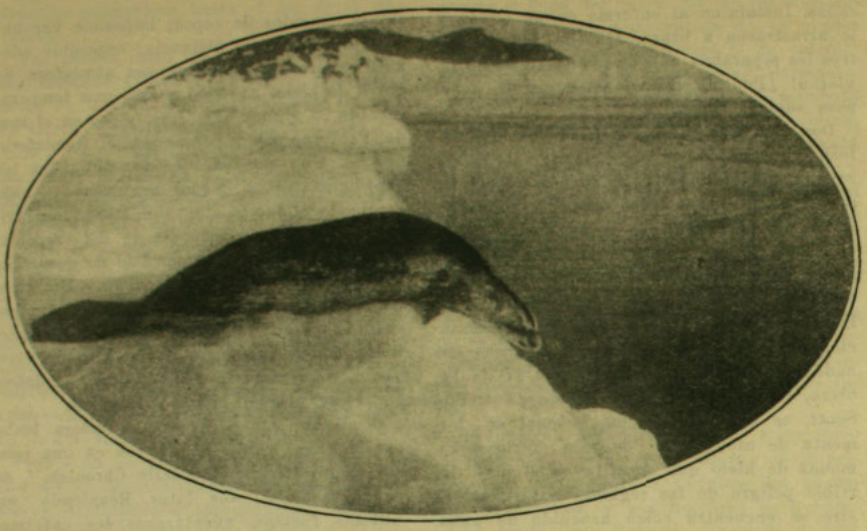
Siete días más tarde estaba la expedición de regreso junto a Spencer-Smith. En este intervalo, el enfermo había empeorado; ahora ya no podía tenerse en pie; en estas condiciones no hubo vacilación en sus cama-

radas. Instalaron al enfermo en un trineo y lo arrastraron a brazo. Más de 700 kilómetros les separaban aún de los cuarteles de invierno! ¿Podrían llevar, sin cansarse, aquel peso suplementario?

Dos días más tarde cae a su vez Mackintosh enfermo; sigue sin embargo en la caravana adelante en la penosa tarea de arrastrar el trineo, pero sus fuerzas desfallecen por momentos. Ya no es posible dudar, el escorbuto, la espantosa enfermedad polar ha hecho su aparición entre los excursionistas. Sólo una rápida retirada puede asegurar la salud; por lo tanto, a pesar de su cansancio, los hombres hacen cada día largas jornadas. En estas circunstancias, el 17 de Febrero, en el mismo paraje en que sucumbió Scott, se desencadenó una espantosa tormenta de nieve, uno de esos furiosos Simouns de hielo que constituyen el más terrible peligro de las regiones antárticas. El aire se encuentra como henchido de nubarrones cuajados de copos; imposible ver nada a dos pasos de distancia; imposible además respirar a través de esa atmósfera de polvo de hielo. Agregad a esto una temperatura de 35 grados bajo cero, y eso en el mes de Febrero, pleno verano en el hemisferio austral. Una semana viéronse obligados los expedicionarios a quedar acurrucados bajo la tienda. La situación iba haciéndose crítica por momentos; de día en día empeoraban los enfermos y para colmo de desdichas las provisiones tocaban a su fin. Era pues indispensable, aunque el huracán siguiese enfurecido, continuar la marcha hacia adelante; había que llegar al depósito de víveres más próximo, a toda costa; quedaban por recorrer unos veinte kilómetros.

Comienza entonces una verdadera lucha por la vida, escribe Shackleton en una relación publicada en el "Daily Chronicle", de donde sacamos estos datos. Reuniendo sus últimas fuerzas, aventúranse los enfermos

Un campamento entre los hielos



Una foca disponiéndose a sumergirse

por entre los nubarrones de nieve barridos por la tormenta; pero habían confiado demasiado en sí mismos.

Apenas emprendida la marcha, Mackintosh cae desvanecido. Se hace preciso detenerse de nuevo. Siempre bajo la tormenta, se vuelve a levantar la tienda; se dejó allí a los dos escorbúticos, bajo el cuidado de Wild con las últimas raciones, después Joyce, Haywards y Richards, con sólo unos pocos bizcochos, parten por entre la densa niebla en dirección al depósito de víveres. De esta desesperada tentativa, que resultó felizmente, depende la vida de toda la caravana. Al cabo de tres días de lucha incesante contra los elementos, consiguieron aquellos valientes llegar hasta el fin. Sin tomarse tiempo para descansar, siempre acompañados por la tempestad, vuelven a emprender la marcha para llevar víveres a sus compañeros. A tiempo llegaban con los socorros. Los enfermos acababan de agotar las últimas migajas que restaban en el fondo del saco. Seguir acampando en la tienda era exponerse de nuevo a las torturas del hambre. Y aunque la tormenta no calmaba un momento su furor, emprendióse pian-pianito el viaje camino del depósito; allí al menos había seguridad de no morir de hambre. Aquel esfuerzo rindió a Hayward, y al llegar cae también. La situación parecía desesperada. Los tres hombres sanos no podrían nunca arrastrar los trineos de los tres enfermos y todo el material necesario para la vida en medio de aquel desierto de hielo.

El primero de Marzo, después de una furia de 12 días, cesa por fin la tempestad, y se levanta a poco una agradable brisa del Sur. Es la salvación. Colocados los tres enfermos sobre los trineos, se provee a estos de un velamen y gracias a esta fortuna, como dicen los marinos, puede el convoy ponerse en movimiento. Así pasó una semana, tras de la cual vino la calma más completa.

Por lo tanto, imposible proseguir el viaje. Sin la ayuda del viento no podían los tres hombres válidos remolcar los vehículos sobrecargados con el peso de sus compañeros enfermos. Jefe consciente de su deber, Mackentosh se sacrifica entonces por los suyos. Manda que le dejen con víveres para veinte días, y luego por orden suya, Joyce, Wild y Richards, parten llevándose a los otros dos enfermos.

Las fuerzas de Spencer-Smith desfallecen de día en día y el 9 de Marzo sucumbió este valiente, nueva víctima de esta Gran Barrera tan asesina. Un esfuerzo más y la pequeña tropa llega a la extremidad de la homicida.

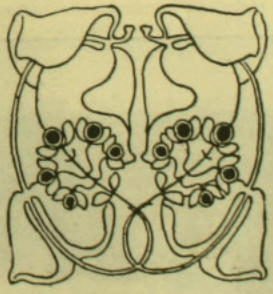
Dejan al otro enfermo en una especie de choza construída en el extremo superior

de Mac Murdo Sound y retornan en seguida en busca de su jefe, que pocos días después llegaba a lugar seguro conducido por sus fieles camaradas.

Era a mediados de Marzo, al comienzo, por consiguiente, del otoño antártico. Para volver al campamento de Scott, donde el destacamento había pasado el invierno anterior, era necesario esperar a que los grandes fríos recubriesen el golfo de una espesa capa de hielo sobre la que se pudiese caminar, y aquel descanso forzoso se aprovechó para curar a los escorbúticos. El remedio eficaz para combatir esta terrible enfermedad consiste en dar a los pacientes carnes frescas y legumbres verdes. Legumbres no es posible obtenerlas en las orillas de aquel mar helado; la carne en cambio es abundante bajo la forma de focas. En la tierra Victoria lo mismo que en la isla del Elefante los exploradores perdidos se hubieran salvado merced a este anfibio. Gracias a este régimen un mes después de su regreso, los enfermos habíanse restablecido completamente.

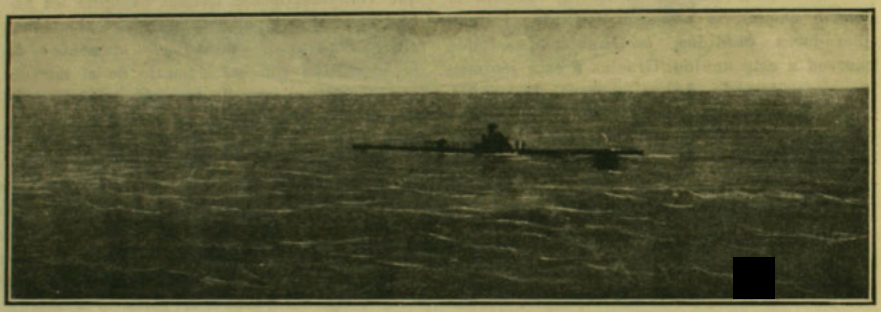
Aunque el termómetro bajó a 15 y 20 grados bajo cero, el golfo no estaba aún congelado. Cuando había ya formada una gruesa capa de hielo, estalló una tormenta y la capa se quebró. Por fin, en los primeros días de Mayo formóse el banco; Mackintosh y Haywards resolvieron entonces llegar hasta los cuarteles de invierno. ¡Fatal resolución! Apenas habían partido, desatose una furiosa tempestad. Los camaradas desde la choza esperaron su inmediato regreso. Nadie volvió. El Antártico había hecho dos nuevas víctimas. Los desventurados habían sido tragados por el mar.

Después de esta catástrofe, ¡qué penoso fué el invierno para los sobrevivientes! Pero ni aún en estas circunstancias conocieron el desaliento. Sabían ellos que si el capitán que voluntariamente habían escogido les había mandado al peligro, no los abandonaría. Esperaron, pues, el momento de la liberación con ese dominio de sí mismos que constituye una de las más excelsas cualidades que caracterizan a la raza inglesa.

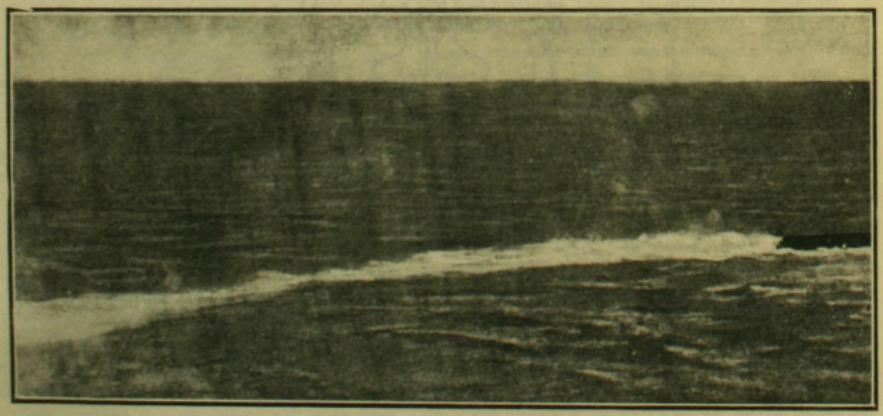


Un submarino a la distancia

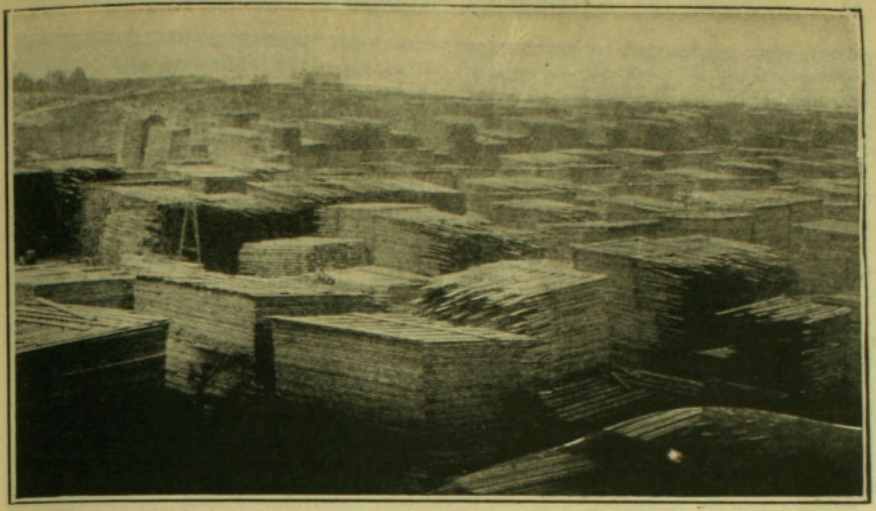
Al salir a la superficie.



Al comenzar a hundirse.



La estela que deja a gran velocidad.



Un aserradero modelo

Por

Samuel Record

Con ilustraciones fotográficas

Las maderas de los trópicos que han sido principalmente objeto de explotación son, en su mayor parte, madera de ebanistería, madera de tinte y clases muy duras y de larga duración para usos especiales en la construcción. Los pocos árboles conocidos al presente, de valor comercial, se encuentran esparcidos entre muchos otros que se consideran inútiles. Sin embargo, investigaciones recientes muestra que muchas de estas especies llamadas inútiles son, en realidad, muy convenientes para muchos de los usos a que se dedica la madera importada.

El presente método de exportar trozos o madera hacheada e importar tablazón para usos domésticos ayuda poco al desarrollo permanente del país. Un guardabosque americano, con mucha experiencia en los Estados Unidos y en las Filipinas, ha estado más de dos años estudiando las condiciones forestales en varias partes de Sud América, y está firmemente convencido que hay una gran necesidad de aserraderos pequeños e instalaciones de labrar madera, para surtir la demanda local y reemplazar los métodos primitivos ahora en práctica. El objeto de este artículo es, pues, describir los métodos de aserrar madera en uso en los Estados Unidos, que son más convenientes a las condiciones de estos países del Sur.

Aserraderos

Donde las condiciones son tales que el aserrar madera es lucrativo, el primer paso es averiguar qué tipo de aserradero es con-

veniente usar. Los aserraderos son de dos clases generales, a saber, permanentes y portátiles. Uno y otro tipo pueden ser grandes y pequeños, y usar una sierra circular o de hoja sin fin.

Al determinar el tamaño del aserradero que se va a construir, se debe tener presente que, después que se corte la madera de construcción utilizable, el aserradero puede no tener valor, y los gastos de construcción son una pérdida total. En los Estados Unidos de Norte América, el costo de un aserradero *no debe exceder* de un dólar por mil pies de tabla de madera utilizable.

El aserradero grande debe tener bastante madera de construcción fácilmente accesible y mercados cerca para sus productos, o medios de exportación a grandes mercados, de lo contrario no podrá trabajar con buen éxito. Este tipo de aserradero debe tener mercados que puedan consumir una variedad de productos y también debe estar preparado para la utilización de los desechos.

Las ventajas del aserradero grande están en la superior eficiencia de la maquinaria, en la especialización del trabajo y en las posibilidades para utilizar los desechos, debido en parte a su concentración y también a su situación en lugares bien poblados. Pocas de estas ventajas son posibles con el aserradero pequeño, a causa del costo de la maquinaria, los cargos de interés y la depreciación que, cuando se distribuyen sobre la producción, ponen un cargo excesivo en la manufactura de tablazón.

El aserradero pequeño proporciona un producto restringido tanto en la clase como en la cantidad, llena las necesidades de pequeñas comunidades y es conveniente a posesiones de poca extensión, en regiones poco pobladas donde la demanda por tablazón no es grande y no hay facilidades para el transporte a mercados mayores. La tendencia general en el futuro probablemente será hacia el aserradero más pequeño o portátil, no por la superioridad de este tipo sino porque los grandes propietarios están cortando su madera con exceso al desarrollo del nuevo material en sus terrenos. También parece que este tipo se adapta mejor a las condiciones en muchas partes de Sud América.

Los aserraderos portátiles son de dos clases, dependiendo de si se va a usar una sierra giratoria o circular o una sierra de hoja sin fin. Estos dos tipos se discutirán separadamente. Los precios dados son los que prevalecían antes de la guerra europea y son los de fábrica.

El costo inicial total de un aserradero de este tipo, con una capacidad diaria de 9,000 o 10,000 pies de tabla, en las maderas más blandas, tales como el pino, es aproximadamente $ 2,500. La capacidad de cualquier aserradero se afecta mucho por la dureza de la madera. Así, la maquinaria para aserradero fabricada en los Estados Unidos, especialmente para aserrar maderas duras en Sud América y garantizada para cortar 20 mil pies de madera dura diariamente, ha desarrollado en muchas pruebas una capacidad máxima de sólo 7,500 pies por día. Al escoger un aserradero es esencial obtener las máquinas del mejor diseño y las más fuertes disponibles, pues el transporte las sujeta a esfuerzos muy grandes.

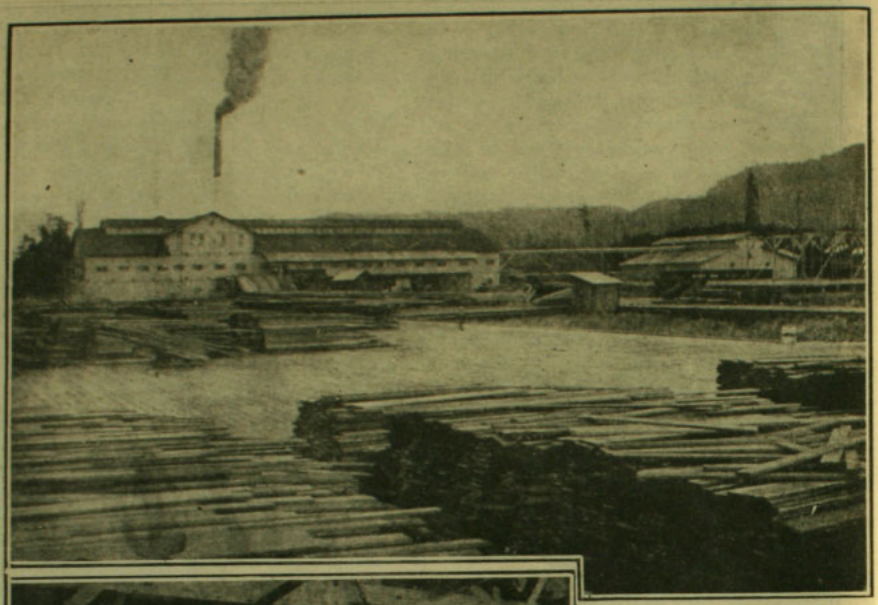
A continuación describimos un aserradero que ha dado muy buenos resultados bajo una variedad de condiciones. El motor es del tipo de manivela central, de 25 caballos de fuerza, cilindro de 10 pulgadas de diámetro y 12 pulgadas de carrera, o un diámetro de 10 pulgadas y 16 pulgadas de carrera. En los

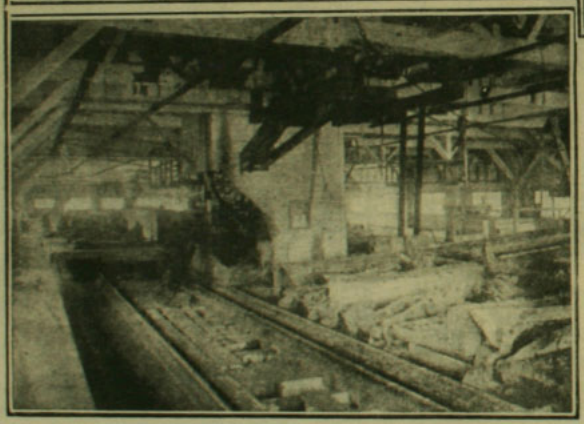
El método primitivo de cortar tablas a mano.

Un pequeño aserradero en el centro de un bosque.

equipos portátiles, la carrera corta y el diámetro grande con caldera de alta presión (160-170 libras) da los mejores resultados, pues la sierra recobra su velocidad más rápidamente después que ha dejado de cortar.

La caldera es de 35 caballos de fuerza, o una tercera parte más de fuerza que el motor. Es del tipo portátil con caja de fuego unida. El costo de un motor y caldera de esta clase es $ 1,200. Muchos equipos portátiles tienen el motor fijo en la parte superior de la caldera. Si se ha de mover frecuentemente, este arreglo no es conveniente, pues





Vistas interior y exterior de un aserradero grande equipado con sierra de hoja sin fin.

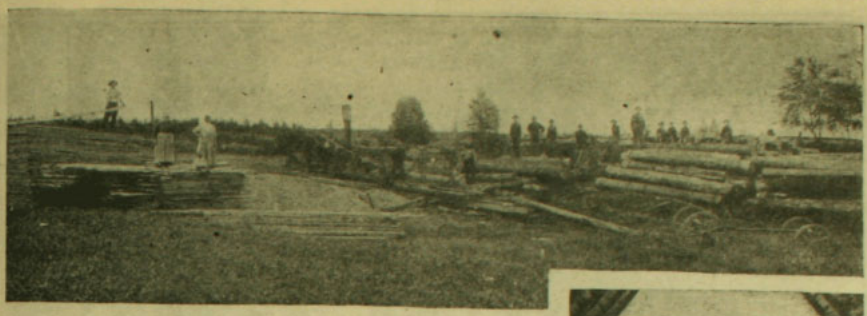
hace a la caldera demasiado pesada en la parte superior y difícil de transportar.

El aserradero está construído de tal modo que después de haber colocado y nivelado el carro y la sierra no habrá peligro de que forme comba y se salga fuera de alineamiento. Las vigas por donde corre el carro son de 6×8 pulgadas y 20 pies de largo, y armadas juntas de modo que puedan moverse como si fueran una sola pieza. Se colocan en el lado maderos, de tal manera que estén a nivel con los cabeceros en el carro.

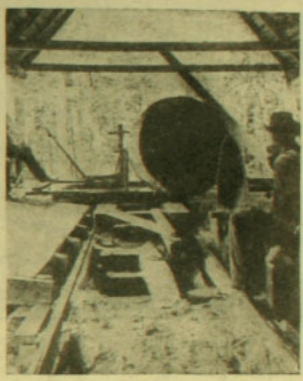
Si se desean obtener buenos resultados, la sierra debe marchar a la propia velocidad. Lo que es propia velocidad depende de la fuerza del motor utilizable, del número de dientes a un diámetro determinado de sierra y de la dureza de las trozas.

Si la fuerza es pequeña, la sierra debe correr a una velocidad correspondiente más grande procurando de este modo superar la retardación del movimiento del motor. Si los dientes están muy juntos, se necesita una velocidad más grande que cuando estos están más espaciados. Si la madera es dura o correosa, se debe reducir la velocidad, impidiendo de este modo el recalentamiento de la sierra.

El número de revoluciones por minuto a que funciona el motor depende de las dimensiones de las poleas y de la velocidad a que se desea corra la sierra. Las reglas para



Un pequeño equipo portátil, en el campo.



Sierra circular, tipo semi-portátil.

calcular el tamaño y velocidad de las poleas son las siguientes:

$$\text{Diámetro de la polea impulsada} = \frac{\text{Diám. de la polea motriz por r. p. m. de la misma}}{\text{r. p. m. de la polea impulsada}}$$

$$\text{Diámetro de la polea motriz} = \frac{\text{Diám. de la polea impulsada por r. p. m. de la misma}}{\text{r. p. m. de la polea motriz}}$$

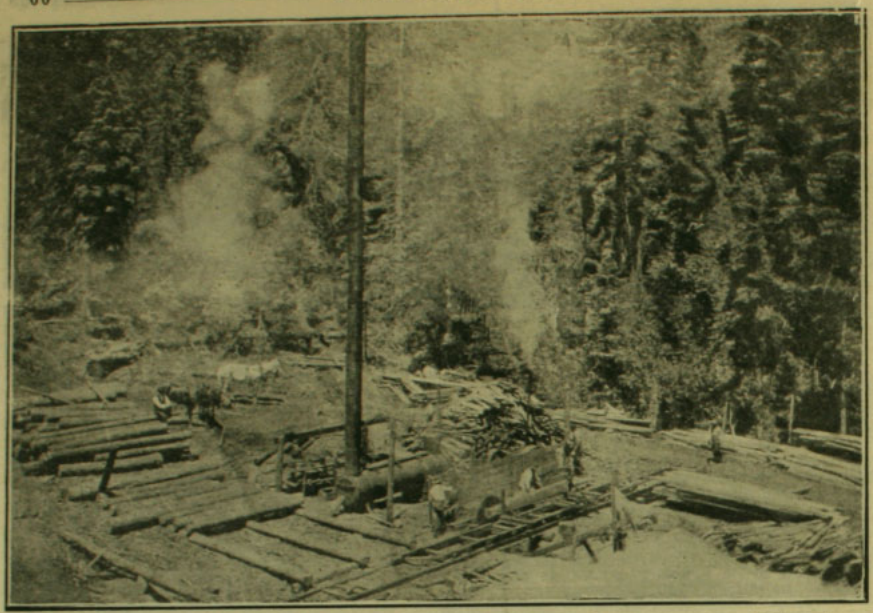
$$\text{Velocidad de la polea impulsada} = \frac{\text{Diám. de la polea motriz por r. p. m. de la misma}}{\text{Diám. de la polea impulsada}}$$

La polea motriz principal en el motor y la de la sierra cada una debe tener una cara o llanta de 16 pulgadas. Es conveniente una correa de 14 pulgadas, de 6 capas, y puede funcionar floja o apretada con una polea intermediaria o un atesador.

Los cabeceros en el carro son preferiblemente del tipo de palanca, acoplada ésta de modo que el aserrador pueda operar por sí mismo el mecanismo de ajuste. La alimentación de fricción, está construída de tal modo que el aserrador tenga absoluto dominio del aserradero en todo tiempo y con un ligero movimiento de la palanca de alimentación pueda variar ésta.

El tamaño de la sierra depende de las dimensiones de la troza y en general debe ser una vez y media el diámetro de la troza más grande que se vaya a cortar. El tipo de

Aparato que ayuda mucho a cortar trozas a mano.

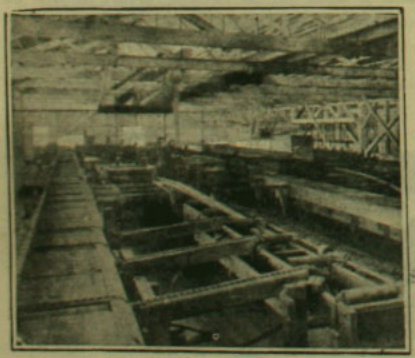


Un pequeño equipo también produce espléndidos rendimientos donde se encuentran árboles de esta clase.

dientes insertados posee la ventaja de no tener que limpiar y hacer mayores los espacios entre ellos. El precio de un buen aserradero completo es de unos $ 1,000.

Además de la polea motriz principal, el eje cigüeñal del motor está equipado con una pequeña polea motriz, de 3 pulgadas de diámetro y 8 pulgadas de llanta, para accionar una sierra de trozar. Esta sierra se coloca cerca del motor de modo que el maquinista pueda hacerla funcionar y cortar costeros para combustible.

El personal necesario para accionar el aserradero descrito consiste en cuatro hombres, a saber, maquinista, aserrador, ayudante y amontonador. De éstos, el aserrador es el cargo más importante y el que obtiene mayor salario. Sigue después el maquinista y los otros dos pueden ser trabajadores ordinarios.



Vista interior de un aserradero grande.

El costo de trasladar un aserradero depende de las condiciones locales. En una región muy escabrosa o pantanosa el costo será alto, mientras que si el país es llano u ondulado o proporciona facilidades para el transporte por agua el costo es muy bajo. Para condiciones ordinarias en los Estados Unidos, $ 10 por milla se considera un cálculo aceptable.

El costo total de un aserradero de esta clase con una capacidad de 8,000 a 13,000 pies de tabla de pino por día es $ 4,000. El motor y caldera son de los mismos caballos de fuerza y tipo que los usados para el giratorio portátil.

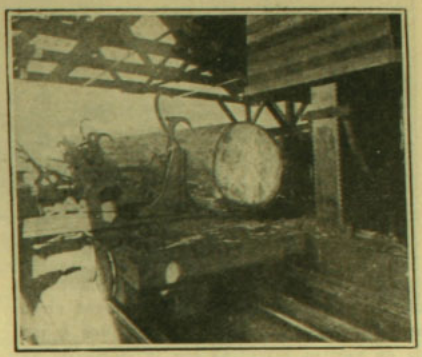
Con este aserradero, como ocurre con el de tipo circular, es esencial una colocación firme y segura para una operación económica y obtener una tablazón bien aserrada. Esto se consigue comunmente por medio de postes colocados en el suelo y a los cuales se sujeta la armazón del aserradero. Cuando este mé-

todo no resulta satisfactorio, se colocan tirantes desde el suelo a las piezas de fundición del aserradero cerca de los gorrones más altos.

La armazón de la sierra pesa de 6,000 a 10,000 libras, dependiendo de la marca. Las ruedas de la sierra tienen de 5 a 5½ pies de diámetro, con el resorte superior ajustado para conservar una tensión igual. Estas ruedas llevan una sierra de 8 pulgadas de ancho y 33 pies de largo, con un espesor de 16 o 18, biselada para cortar un décimo de pulgada escaso.

El carro y accesorios para un aserradero portátil con sierra de hoja sin fin son los mismos que los del de sierra giratoria, con la adición de un aparato accionado automáticamente por un engranaje de tornillo sin fin para contrapesar el carro, de modo que la troza que vuelve no saque la sierra fuera de las ruedas.

El aserradero completo cuesta unos 1,600 pesos. Generalmente, siempre se tienen a mano seis sierras, cuyo costo inicial es unos $ 240 por el juego. Estas sierras se afilan por una máquina automática operada por un motor pequeño surtido con vapor de la caldera principal. En construcciones más permanentes la habitación de afilar se puede construír en el techo y a la máquina de afilar se le pone una correa directamente al eje principal. Las herramientas necesitadas con un equipo de esta clase cuestan $ 400 y

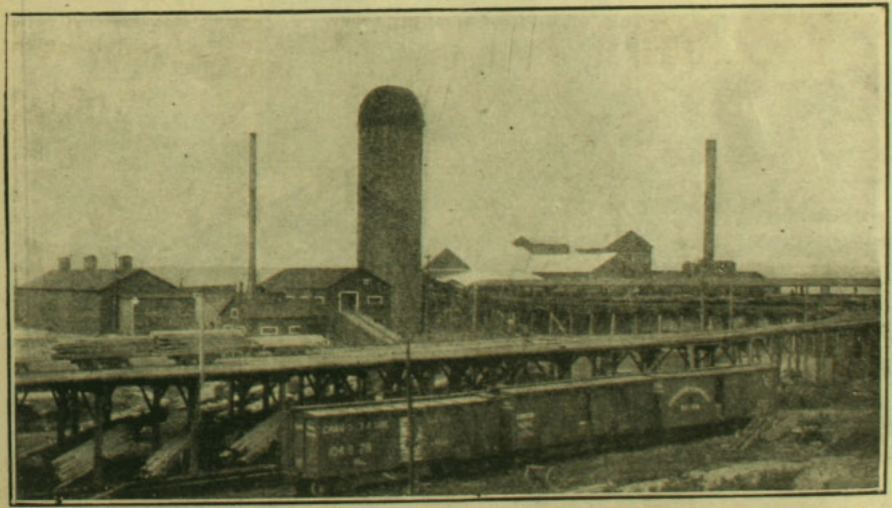


Sierra de hoja sin fin de doble corte, en un aserradero permanente.

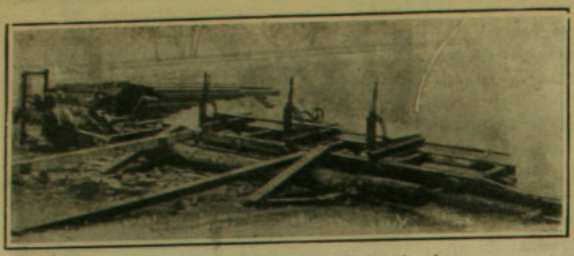
consisten en un afilador, atesador, tijeras de sierra, abrazaderas, trabador y formador.

Comparación de los dos tipos de aserradero

Las ventajas del tipo giratorio portátil son: (1) La inversión inicial es pequeña. (2) El costo de operación y mantenimiento es bajo. (3) El aserradero es de peso mínimo y, por tanto, el costo de transporte es también el mínimo. La principal objeción al tipo giratorio es el mayor desperdicio en la manufactura debido al corte más ancho. La sierra circular hace un corte de un cuarto de pulgada, la sierra de hoja sin fin un dé-



Depósito de maderas de un aserradero grande, en Canadá, mostrando el quemador de desechos usado para hacer desaparecer el aserrín y otros desperdicios.



Aserradero portátil con sierra circular.

cimo de pulgada. Así, por cada diez tablas de una pulgada producidas, la sierra circular desperdicia el equivalente de dos y media en aserrín, mientras que la sierra de hoja sin fin desperdicia sólo una.

Las ventajas y desventajas del aserradero de sierra de hoja sin fin portátil son: (1) Una economía de madera de un 10 % sobre la de sierra circular y que aumenta según disminuye el grueso de las tablas. (2) Funciona con la misma fuerza que el de sierra giratoria. (3) El gasto inicial del aserradero con sierra de hoja sin fin es mucho mayor que el de sierra giratoria, en casi la mitad. (4) Cuando se establezca con menos de 500,000 pies de tabla disponibles, el aserradero con sierra de hoja sin fin no puede competir con el de sierra giratoria en madera ordinaria, pero en madera de valor puede ser práctico aun disponiendo de menos maderas. (5) El Mantenimiento de un aserradero con sierra de hoja sin fin es más costoso que el de sierra giratoria, pero en caso de accidentes de una sierra mala, la sierra de hoja sin fin puede repararse mientras que la giratoria es una pérdida total. (6) El aserradero con sierra de hoja sin fin portátil pesa de tres a cuatro toneladas más que el de sierra giratoria portátil y es más difícil de colocar. Para transportarlo a cortas distancias, el

Preparativos para empezar el trabajo del día.

Un tractor ordinario de vapor suministra la fuerza motriz a este aserradero.

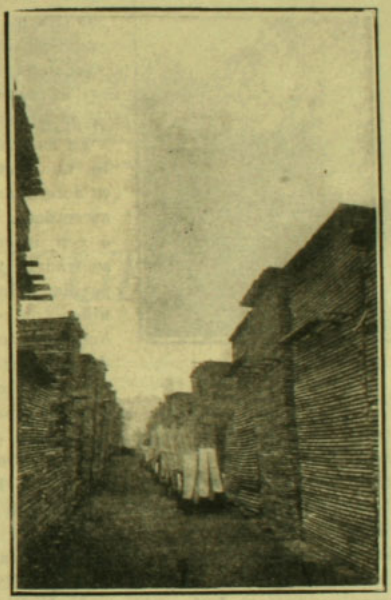
Reuniendo las trozas.

costo es casi doble que el de sierra giratoria, pero esta diferencia disminuye cuando aumenta la distancia. (7) Se necesita otro hombre para atender a la afiladura de las sierras, mientras que las sierras giratorias se afilan por el aserrador. Fuera de esto el personal de los dos tipos es el mismo.

Bajo condiciones donde se desea la manufactura de tablazón con el mínimum de desperdicio y se dispone del capital necesario, el aserradero portátil con sierra de hoja sin fin tiene muchas ventajas.

Se debe escoger el sitio del aserradero con referencia al suministro de trozas, mercado y transporte. Una localidad inconveniente con referencia a cualquiera de estos puntos puede no sólo reducir las ganancias sino aun causar un fracaso.

Si las trozas se van a transportar formando balsa, se debe colocar el aserradero en una corriente de agua con la idea de reducir todo lo que sea posible los gastos de transporte en la madera. Si está próximo a un mercado se puede vender mucho material

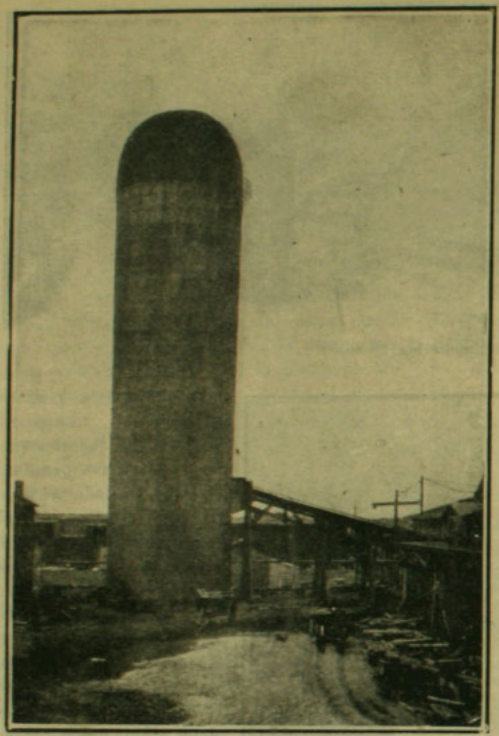


Un depósito de maderas en Canadá

que no podría resistir el costo del transporte largo. Si las especies que se manejan son pesadas, se debe trasladar el aserradero a ellas mejor que intentar traer las trozas una distancia considerable al aserradero. Esto evita el transporte de peso invendible y hace más fácil la venta del material.

La mejor regla que se debe seguir en la ubicación de un aserradero es averiguar por cuánto se venderá en el mercado el producto manufacturado. De esto dedúzcase el costo de manufactura y el precio de los árboles. La diferencia es la cantidad disponible para el corte de los árboles, transporte y ganancias. Una compa-

Bueyes entrando en el mar con una troza.



Un quemador de desperdicios

ración de los cargos de transporte por la madera aserrada y la troza mostrará inmediatamente si el aserradero debe estar cerca del mercado de madera o del suministro de trozas.

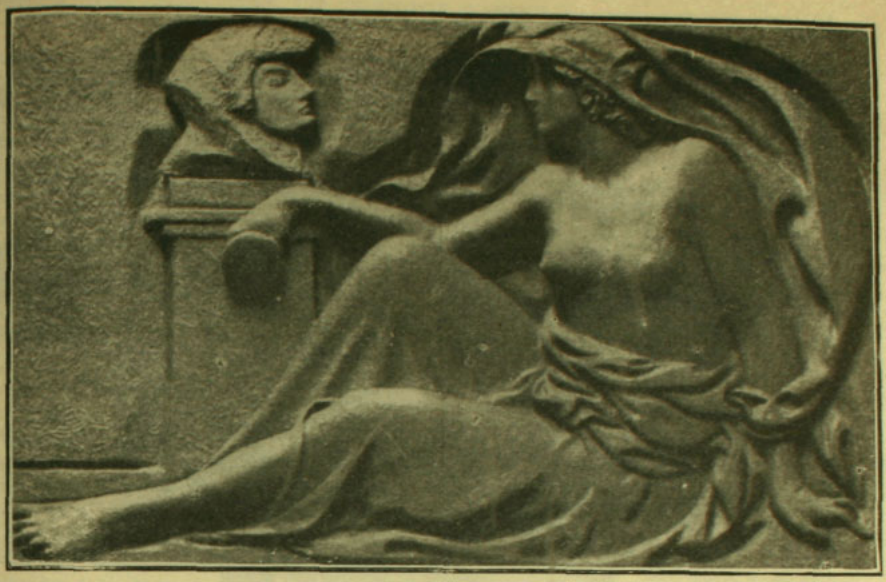
Todas las operaciones del arrastre de las trozas son modificaciones de tres métodos principales, a saber: (1) el arrastre por medio de vapor, (2) el arrastre con troncos de animales y (3) el transporte en balsa. El mejor método para usar depende de las condiciones físicas, del número de árboles por acre y de la cantidad total que se va a cortar.

El primer paso es determinar qué número de trozas se van a arrastrar. Después cuánto se necesitará emplear en el equipo para el arrastre. Después calcular el costo de arrastre por los varios métodos. La mayor parte de los datos necesarios para hacer estos cálculos pueden obtenerse de los fabricantes de maquinarias y equipo para este objeto.

El arrastre por medio de vapor está fuera de cuestión para el dueño de un aserradero portátil. En un país nuevo donde las explotaciones se hacen en pequeña escala, las trozas se arrastran o transportan en carros a una corriente de agua y se deja que las lleve el agua o se forman balsas que van al aserradero. Las trozas que son demasiado pesadas para flotar se colocan en balsas con trozas suficientes de material más ligero para que las mantengan a flote.

La cuestión de suministro de trozas es un factor muy importante para determinar el éxito o fracaso de un aserradero. Un suministro insuficiente o con interrupciones impide que el aserradero trabaje según toda su capacidad. Un suministro excesivo significa una pérdida en trozas debida al hundimiento en el río, a los ataques de insectos o a la podredumbre en los depósitos. El propio arreglo de este asunto sólo puede obtenerse por la experiencia, pues en cada sitio es probable que se presente un problema algo diferente.

Después que se ha aserrado la madera se debe tener cuidado en secarla bien. El colocarla verde en el mercado o sólo parcialmente seca resulta en desagrado entre los que la usan y retarda el desarrollo del negocio en la localidad. Un buen secamiento al aire en las regiones húmedas tiene muchas dificultades, y algunas maderas se pudren antes de que estén bien secas. Los últimos tipos de hornos de secar ofrecen una solución a este problema y hacen posible el secamiento aun de las maderas duras más refractarias sin una pérdida innecesaria.



La escultura en mármol

UN ESCULTOR YANKI

Con ilustraciones fotográficas

La región de los Estados Unidos conocida con el nombre de Nueva Inglaterra ha contribuído a aumentar la lista de los grandes escultores con el nombre de Bela L. Pratt, que acaba de morir. Aun cuando es sumamente conocido en Boston, su arte es de carácter internacional, habiendo sido muy admirado por los que frecuentan el Salón de París, la Biblioteca de Wáshington y las exposiciones que anualmente se celebran en los Estado Unidos. A pesar de que le consagra gran parte de su tiempo a la cátedra que regenta en el Museo de Bellas Artes de Boston, no ha dejado por eso de ejecutar gran número de obras y de darse a conocer como uno de los escultores más fecundos.

El soñor Pratt tenía un grande amor por todos los asuntos que concebía poseyendo una vasta imaginación y siendo un primoroso dibujante. Aun cuando muy contadas de sus obras son de gran tamaño o de índole decorativa, todas han sido trabajadas con habilidad y conciencia. Consideradas en conjunto, revelan gran fuerza y un espíritu muy variado. Entre ellas figuran relieves y medallones, esculturas decorativas y otras indudablemente monumentales. Todas poseen el mérito de llevar el sello clásico, si bien no tiene nada del espíritu académico. Su enorme variedad convida a estudios comparativos.

La carrera artística de Pratt dató de los días de su primera juventud. Habiendo nacido en Norwich, Estado de Connecticut, en 1867, entró a la Escuela de Bellas Artes de la Universidad de Yale a la edad de 16 años, estudiando bajo la dirección de Niemeyer y de Weir. Al cumplir los 20 fué a continuar sus estudios con el Profesor St. Gaudens y otros maestros en la Liga de Estudiantes de Arte de la ciudad de Nueva York. Durante algún tiempo tuvo la fortuna de trabajar en

El Arte, en la Biblioteca Pública de Boston

La Ciencia, en la Biblioteca Pública de Boston.

el taller de St. Gaudens, por consejo del cual se trasladó a París en 1890 a estudiar con Chapu y Falgiére. En ese mismo año se incorporó a la Escuela de Bellas Artes de la ciudad nombrada, habiendo figurado entre los primeros alumnos de las clases a que asistía y recibido por sus trabajos tres medallas y dos premios. Al regresar en 1892 a los Estados Unidos, Pratt tomó inmeditamente a su cargo la ejecución de varias e importantes obras decorativas destinadas a la Exposición de Chicago, habiendo producido desde entonces gran número de trabajos entre los cuales figuran estatuas, placas, medallones y bustos, muchos de los cuales son otros tantos testimonios de su talento escultórico.

La Guerra y la Paz, placa dedicada a la memoria de Butler.

Para la Exposición de Chicago ejecutó los dos grupos colocados que fueron colocados sobre las Puertas del Agua del Peristilo de los edificios de dicha exposición. Después modeló la medalla de Eliot para la Universidad de Harvard, lo mismo que la del Segundo Centenario de la Universidad de Yale, obras en las que reveló gran maestría y un gran encanto en lo relativo a la composición. De paso se dirá que el señor Pratt posee el título de maestro en Artes de la Universidad de Harvard y el de Bachiller en Bellas Artes de la de Yale.

Desde 1895 hasta 1896, Pratt estuvo consagrado a la ejecución de varias obras decorativas para la Biblioteca de Wáshington. Entre ellas se cuentan una figura de proporciones colosales que simboliza la Filosofía, cuatro figuras de enjuta para la fachada principal y los medallones que representan las cuatro estaciones. La figura de la Filosofía es de grandes proporciones e impresiona por la suave gravedad de su talante y la sobriedad de sus líneas. Los medallones dedicados a las cuatro estaciones revelan excepcional habilidad de parte del escultor. El poder del sentimiento resalta bellamente en sus relieves no sólo las líneas sino por la

La joven madre

por la elegancia de manera delicada con que fueron ejecutados los distintos conceptos que dichos medallones encierran.

Después de estas obras, Pratt se dedicó a trabajar en algunos grupos y en algunas placas de bronce para los acorazados estado-unidenses y principalmente en la estatua yacente del Dr. Coit, de la Escuela de St. Paul de Concord, Estado de Nueva Hampshire, la cual recibió una mención honorífica en el Salón de París de 1897. En los años siguientes hizo varios bustos en relieve y algunas placas conmemorativas. Entre estas figuran las placas que ejecutó para la Universidad de Cornell y el busto en relieve de Phillips Brooks, el cual fué colocado en la Broons House de la Universidad de Harvard. Esta última obra es una notabilísima personificación del gran predicador de Boston, cuya elocuencia se dejó oir desde el púlpito de la Trinidad de dicha ciudad.

En Boston existen otras obras de Pratt, como la estatua en bronce del General Stevenson y el monumento erigido en el Palacio de Gobierno a las enfermeras del Ejército. También es suya la estatua que le fué erigida al eminente teólogo de la Nueva Inglaterra Edvard Everett Hale y que ornamenta una de las plazas de la Atenas estadounidense. Esta notable estatua de bronce se halla sobre un pedestal de granito. Por la posición de la figura y la benignidad que de ella se desprende, esta estatua hace recordar otra del pensador ruso Tolstoi.

Otras de sus notables creaciones son las dos estatuas de bronce que representan el Arte y la Ciencia y que se hallan colocadas a la entrada de la Biblioteca Pública de Boston. El escultor asoció felizmente en esas figuras su propio arte con la gracia arqui-

El soldado adolescente

Nathan Hale

tectónica del edificio mencionado. Las dos estatuas revelan una delicadeza y una confianza que no solamente indica el modo de ser del escultor, sino que se hallan en estrecha armonía con la ornamentación de este edificio de estilo renacimiento.

La placa dedicada a la memoria de Butler, que se halla en la ciudad de Lowell, Estado de Massachusetts, y que ha sido

Primavera

descanso y reclina la mano izquierda en el musculoso brazo del guerrero, como si quisiera persuadirlo de la necesidad de que se aparte de la lucha. El refinamiento del modelado le comunica un raro valor artístico a esta obra en relieve. También es digna de ser mencionada la angelical figura de la placa dedicada a la memoria de Sears en Cambridge, Estado de

Invierno

Otoño

llamada por su asunto "La Paz y la Guerra", le ha merecido grandes elogios, representando mayor suma de pensamientos y de labor que la que puede imaginar el observador superficial. Contiene dos figuras de gran tamaño, la Paz y la Guerra, siendo la última fuerte, severa, de robustos miembros y la imagen del poder; en tanto que la segunda expresa el

Estío

Massachusetts, por la elocuente sencillez de su ejecución. Otra placa suya es la llamada de los soldados y marinos, la cual se halla en Malden, Estado de Massachusetts, y contiene un relieve por extremo original en el cual se ve a un abanderado levantar en alto su estandarte, teniendo a sus lados un soldado y un marino. En esta obra se acentúa la pasión del artis-

ta por el color y la suavidad de las líneas.

En el monumento de los Pescadores de Ballenas de Nem Bedford, el escultor nos ofrece una concepción rebosante de movimiento. Un atlético y fornido pescador de ballenas aparece en aquel, armado de un arpón y de pie sobre un bote ballenero que vuela por sobre la superficie del mar en persecución de los monstruosos cetáceos. El monumento mencionado está dedicado a la memoria de los pescadores de ballenas de New Bedford, Estado de Massachussetts.

Entre las estatuas en que se muestran el talento y la pericia de Pratt figura la del patriota Nathan Hale, la cual se levanta en los terrenos de la Universidad de Yale. La personalidad histórica de Hale ha sido de continuo fuente de inspiración para los escritores y poetas. Otra figura heroica por él modelada es la del soldado que aparece en la Escuela de Saint Paul. Esta estatua es una verdadera concepción escultórica y probablemente la figura militar mejor ejecutada que existe en los Estados Unidos. El mencionado guerrero se yergue con nobleza y desembarazo, revelando su rostro y cada una de sus líneas la admirable intrepidez de su espíritu.

Las dos figuras desnudas tituladas "La Robusta Doncella" y "Estudio para una Fuente", revelan mejor que cualesquiera otras de sus obras el encanto de su sentimiento y la belleza de la forma. La primera es apenas una figura de escasas dimensiones, como de la mitad del tamaño natural, representando una muchacha desnuda que se lleva los brazos a la espalda y que inclina su inocente rostro. Esta pequeña estatua es producto de una razón estética, pues nació de una emoción. Firme y flexiblemente modelado, el cuerpo de la joven es un trasunto de lo real, sumándose a esto el encanto y la suavidad de la forma. El "Estudio para una Fuente" representa un cuerpo joven animado por la gracia y la pureza de la juventud. En su mano derecha lleva una flor menuda que sin duda alguna simboliza la doncellez. El modelado de esta figura es como la nota de la espontaneidad y del sentimiento con que la obra fué ejecutada.

El pescador de ballenas

Merecen ser igualmente citadas las placas decorativas que Pratt modeló para el Teatro de la Opera de **de Boston** y que representan El Drama, el Baile y la Música y las que hizo para el Nuevo Museo de Arte de la misma ciudad y que simbolizan la Escultura en Mármol y la Escultura en Bronce; así como la estatua de Nathaniel Hawthorne, en la que el escultor delineó admirablemente la personalidad de ese escultor de la Nueva Inglaterra y el Niño Descalzo, obra que le inspiró el mancebo que en sus versos celebra el venerable poeta de Nueva Inglaterra John Greenleaf Whittiern.

¿Cómo nos miran?

El Gaucho.—Sos incorregible, hermano. No tenés pa llenar el buche, y salís con pistolas...

El Roto.—Es que con pistolas, compaire, puede que haiga p' al buche más pronto!!...

Una interesante caricatura peruana publicada en el periódico "Excelsior".

Un poeta argentino

Por

Roberto Meza Fuentes

Ilustraciones de López Naguil

Para romper este mutuo desconocimiento nuestro, de nuestros hombres, de nuestra psiquis, pondré como un puente azulado entre el silencio recíproco el nombre de este altísimo poeta trasandino.

Verdaderamente la prosa de la vida nos ha vencido: nos hemos preocupado de los tratados comerciales, de las líneas férreas, de los triunfos diplomáticos y mil cositas más que llenan las columnas desesperantes de los grandes rotativos pero hemos arrojado al rincón del olvido y del desdén esta noble y "santa inutilidad de la belleza" Toda una generación de poetas fuertes, batalladora y enorme, irrumpe en poemas maestros que apenas si salen de las fronteras patrias. Así la vida intelectual nuestra. Daniel de la Vega, Angel Cruchaga, Juan Guzmán, Jorge Hübner, laboran en un silencio muy honrado y muy noble. Sus volúmenes o sus versos publicados en revistas merecen el comentario banal y frívolo del momento y se van sin dejar una huella. Y llevan ellos desgarramientos y serenidades maestros... (Sin exageración).

Así en nuestra vecina República.

Pero repentinamente una exposición artística y el nombre de un poeta han sido como puente azulado entre nuestros silencios expectantes y campana de oro para nuestra indiferencia resignada

Un libro de Fernán Félix de Amador con ilustraciones de López Naguil. El libro es sereno y luminoso. Las ilustraciones simbolistas y alucinantes... De entre los nuestros, sólo Meléndez podría darnos un libro ornamentado así...

Es lamentable el desconocimiento de nuestra literatura americana. Vicente Huidobro dió noticias nuestras a los poetas argentinos. Ernesto Guzmán nos habló de un Capdevila torturado y enorme. Pedro Sienna y O. Segura Castro nos han mostrado los libros extraños y saturados de una sutil y única hechicería de Andrés Chabrillón y aisladamente, por referencias, han llegado a nosotros las voces que ya comienzan a hacerse escuchar de B. Fernández Moreno, cristalino y manso, y Alfonsina Storni, heroica mujer que protesta contra el prejuicio que amarra y despedaza las manos de seda de su sexo...

Juan Guzmán Cruchaga nos habló del aristocrático espíritu de Fernán Félix de Amador. Pero más que las palabras ilusionadas del amigo ha podido el volumen "Vita Absconditа" que milagrosamente tranquiliza y enerva los sentidos y el espíritu de serenidad Oid:

El recinto se llena de palabras perdidas,
mi mano escribe sola cosas que yo no siento
por otras almas tristes sin duda concebidas,
que no tienen palabras para su pensamiento...

Igual serenidad sólo encontraréis en un poeta de raíz, en un cristalino espíritu como

en Francis Jammes..... Y para hablar de nuestra negada y desconocida América: simpleza igual, humilde y serena hallaréis sólo en un Nervo, un De la Vega, un Juan Guzmán. Buscarla en otra parte será inútil intento, os estrellaréis en la piedra afilada y candente de los retorcidos. Gabriela Mistral podrá dar un ritmo depurado y simple como Fernán Félix, Nervo, De la Vega y Juan Guzmán.

Adivino más de un asombro en algún lector timorato que cree en exageraciones de lesa

patria, seguramente. Porque los nombres de Daniel de la Vega, Juan Guzmán y Gabriela Mistral no tienen cartas de recomendación ni credenciales diplomáticas que presentar. Y aquí negamos todo lo nuestro... Fernán Félix tampoco tiene ese prestigio artificial y pomposo; porque Baudelaire lo dijo: "Si un hombre tiene méritos para qué decorarlo? Si no los tuviera podría decorársele, porque esta distinción le daría un lustre." Igualmente: estos poetas de nacimiento ¿necesitan misericordiosas distinciones académicas especiales para más rastreros y desocupados espíritus?... El poeta necesita luz, visión, armonía interior y así podrá sentirse en las

cosas, ser sereno y panteísta, creer en la amistad de los objetos minúsculos y ser una transparente voz de seda:

"El diamante del día se acaba en perla gris,
las hojas tienen forma de corazones tristes,
¿por qué, hermana pequeña, pretendes ser feliz
y en tu ilusión de vida magnífica persistes?

(Pag. 51)

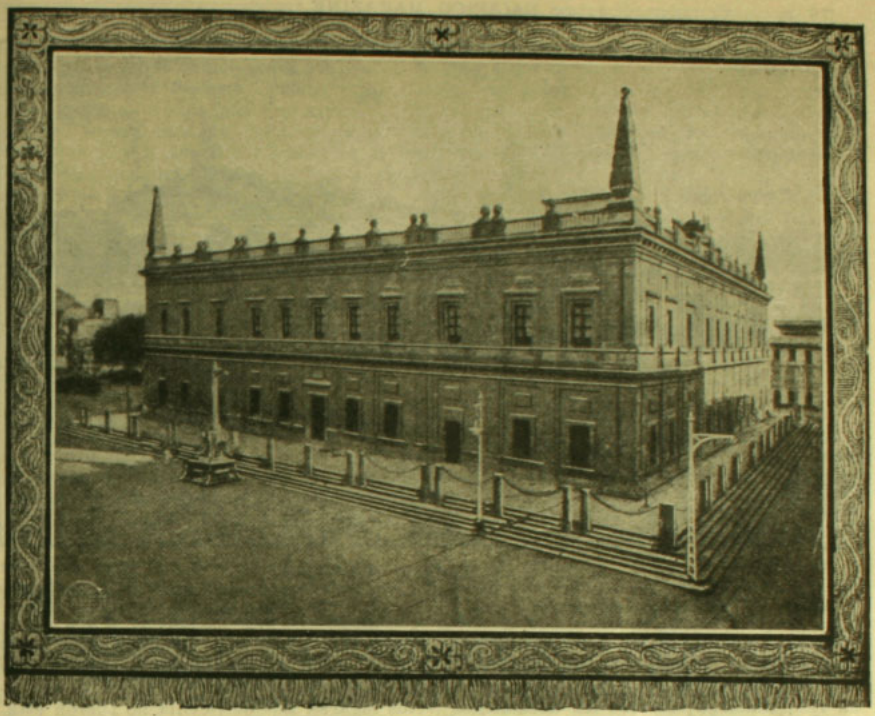
Algo que vibra vagamente en los tímpanos de este sentido de carne para perderse en el espíritu como un hilito de incienso es ese verso inimitable e inolvidable: "las hojas tienen forma de corazones tristes..."

Espíritu hondamente aristocrático, Fernán

Félix tiene un abandono muelle, como si reposara en un lecho de seda y vellones cándidos de recentales. Libre de toda inquietud su obra es serena como palabra infantil y cristalina como el agua azulada de un remanso que vive en un eterno y simple soliloquio contemplando las estrellas que han florecido en su tela líquida... En el sub-título "Baladas" el cantar sutil se afirma y se torna macizo pero siempre lleno de serenidad. Los sonetos son admirables, maestros, perfectos y llenos de música interior... Fernán Félix comulga con Verlaine... "De la musique avant toute chose". Y su música es única... Le reza a Darío, cuya obra enorme tendrá en Félix no un continuador sino un reemplazante...

El nombre de un poeta servirá de puente de unión a este espiritual y altísimo intercambio. Comunes nuestros serán Gabriela Mistral y Alfonsina Storni, Andrés Chabrillón y Angel Cruchaga, B. Fernández Moreno y D. de la Vega, Pedro Prado y Arturo Capdevila, Juan Guzmán y Fernán Félix... Y seremos, según el decir de Eduardo Barrios una tierra descubierta...

Una calle de Sevilla



El edificio donde se encuentra el archivo de Indias

El Archivo de Indias de Sevilla

Con ilustraciones fotográficas

En la histórica ciudad de Sevilla, cerca de su famosa catedral y con un frente de unos 60 metros, se destaca un edificio de gran importancia para los pueblos de América, pues contiene un verdadero tesoro de datos auténticos relativos a la época colonial de las naciones de habla castellana del Nuevo Mundo.

Son tan valiosos los documentos que contiene que está convirtiendo a esa ciudad en la Meca de los historiadores. El edificio es conocido con el nombre de "Casa Lonja", consistiendo sus tesoros en los Archivos Generales de Indias, magnífica colección de cédulas, memoriales, despachos, etc., originales e inéditos, pero no catalogados aún en su mayor parte, los cuales comprenden prácticamente todo el período de la administración española en América. Como la madre patria se mantuvo en íntimo contacto con sus colonias de ultramar, esos informes, contratos, cédulas y documentos legales de toda clase, así como los millares de despachos de funcionarios públicos y de particulares, encierran una mina inagotable de datos históricos.

Ahora, cabe explicar aquí cómo fueron a parar a Sevilla esos documentos. Los guientes datos tomados de un artículo escrito hace algunos años por Su Señoría el Obispo Charles Warren Currier arrojan alguna información sobre el asunto:

Antes de la época de Carlos I, la Corte de Castilla no tenía residencia fija, pues

Sevilla vista desde el Guadalquivir

esta dependía de la voluntad o deseo del monarca reinante. Fué así como en diversas épocas Burgos, Toledo, Sevilla, Granada y Valladolid figuraron como capitales del reino, resultando de ello que los documentos oficiales se fueran esparciendo por todo aquél y que muchos de ellos llegaran a extraviarse. España no vino a ser un reino unido sino hasta la época de Carlos I, siendo este monarca quien escogió a Madrid como sede permanente de la Corte. Posteriormente, su hijo y sucesor Felipe II confirmó este privilegio a favor de la ciudad del Manzanares con exclusión de todas las demás.

Aunque algunos soberanos, tales como Juan II, Enrique IV de Castilla y Fernando e Isabel comprendieron la necesidad que había de tener archivos permanentes y fijos, necesidad que se hizo más apremiante a consecuencia de la gran extensión de las posesiones españolas de ultramar descubiertas por Colón, no se tomaron medidas definitivas en este sentido hasta el año 1509 en que la Reina Juana ordenó que Salmerón recogiera los documentos que se hallaban dispersos por todo el reino y los depositara en la Cancillería de Valladolid, sede en ese entonces de la Corte. Más de 30 años después el Príncipe Regente, Felipe II, cumpliendo órdenes de su augusto padre el Emperador, dictó una real cédula estableciendo los archivos nacionales en Simancas, villa situada a unas 7 millas de Valladolid, escogiéndose para tal fin un antiguo castillo situado al noroeste de la población y que en un tiempo perteneció a los Almirantes de Castilla pero que desde 1480 había pasado a ser propiedad de la Corona. Allí se reunieron los archivos existentes en varios lugares. Los de Sevilla no fueron establecidos sino hasta 1785, según la siguiente relación del Obispo Currier:

"La idea de formar un archivo especial de Indias se debe al Rey Carlos III y a su ministro el Conde de Florida Blanca. A lo que parece, la iniciativa se tomó por indicación del renombrado Juan Bautista Muñoz, quien a la sazón estaba recogiendo datos para su proyectada historia del Nuevo Mundo.

"Se escogió la Casa Lonja de Sevilla para instalar en ella los nuevos archivos. Dicha casa fué construída según los planos del arquitecto Juan de Herrera durante el reinado de Felipe II y a petición del Arzobispo Cristóbal de Rojas, para que sirviera de albergue a la Casa de Contratación destinada al comercio con las Indias. Su terminación data de 1598. Por indicación de Muñoz se le hicieron varias modificaciones con el fin de prepararla para ser ocupada por el archivo, debiendo agregarse que dichas modificaciones alteraron notablemente el plano de Herrera.

"La primera remesa de documentos se hizo en 253 cajas en 1785, dejándose en Madrid otras dos cajas que contenían los documentos del Obispo Palafox y los que había escogido Muñoz. Desde aquella época hasta nuestros días, el Archivo de Indias se ha

venido enriqueciendo periódicamente con nuevos documentos, debiendo mencionarse que una de las adiciones más recientes son los papeles procedentes del Archivo de la Habana, que fueron trasladados a él en el año de 1888, aproximadamente.

"El edificio de que se trata es un cuadrilatero aislado de unos 60 metros de ancho, con un magnífico patio de estilo dórico y jónico. Una escalera de mármol de estilo dórico conduce al piso superior del edificio, donde los documentos organizados en legajos rotulados se hallan colocados en hermosos estantes de caoba. En este archivo hay unos 37,000 legajos que contienen un promedio de 60 documentos cada uno, de manera que se calcula que toda la colección asciende aproximadamente a 2,200,000 documentos inéditos para la historia de las posesiones ultramarinas de España. La primera serie, que consta de 42 volúmenes y se considera como una continuación de los documentos inéditos de Navarrete, fué publicada bajo la inmediata dirección del señor Luis Torres de Mendoza y de varios colaboradores, en tanto que la segunda, compuesta de 12 tomos, fué publicada por la Real Academia de la Historia".

Por la descripción más detallada que a continuación se hace de los archivos y por los datos relativos a la manera cómo pueden tener entrada a ellos los investigadores de cualquier procedencia, así como por la información que se da sobre el uso que se está haciendo de tan espléndidas facilidades, el "Boletín" le es acreedor en gran parte a la señorita Irene A. Wright, quien desde hace algún tiempo está dedicada a hacer investigaciones especiales relacionadas con la historia de los primeros tiempos de Cuba. En una comunicación reciente, dice:

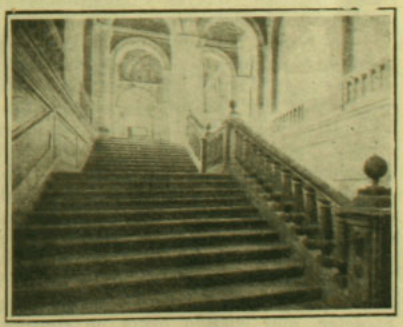
"El Gobierno español mantiene abiertas de par en par las puertas de este archivo a todas las personas que acudan allí en busca de documentos, no cobrando absolutamente nada por ello. Para uso de los escudriñadores y sus ayudantes hay allí un salón de estudio muy grande, amoblado con hermosas mesas y sillas de caoba. Los útiles de escritorio son suministrados gratis. En el verano, las horas de despacho son de 8 a 12, y de 11 a 4 en el invierno. No hay documento en el archivo que el interesado no pueda hojear libremente, copiar a mano o en máquina o fotografiar, ni existen restricciones de ninguna clase, pues se da por sentado que las personas que acuden allí saben respetar y apreciar en lo que valen los documentos de que van a hacer uso.

"Gracias a las condiciones climatológicas de Sevilla, al buen cuidado que se tiene de ellos y a la excelente calidad del papel y la tinta que han usado siempre los funcionarios españoles, el bloque de documentos se conserva en perfecto estado, habiendo sólo unos pocos ilegibles, pero en cambio hay muchos tan hermosos que parecen grabados en sepia.

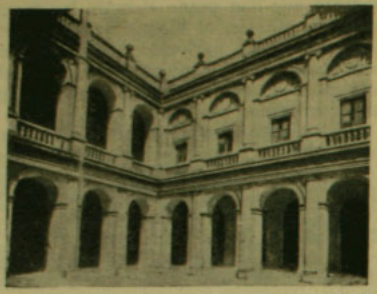
"Los documentos están envueltos en fuerte papel azul y clasificados en 40,000 legajos de buen tamaño colocados en los tramos de los estantes que hay a lo largo de las paredes de la Lonja, edificio cuadrangular de dos pisos de altura. Cada legajo ostenta un rótulo con el número de orden de la serie de que forma parte y con el del estante y lugar a que pertenece. Como los que arreglaron los archivos respetaron los lugares de donde procedían los documentos, persiste allí la antigua división judicial de audiencia en que estaban organizadas las Américas. Los documentos originales de España están agrupados convenientemente, de modo que toda la colección es accesible, gracias al gran cuidado con que se ha seguido el método cronológico y geográfico, adoptado en la clasificación de los documentos.

"Tres pequeños índices manuscritos constituyen la clave de la mayor parte de la colección. Hay también índices suplementarios de tamaño un tanto más vistoso para las subdivisiones denominadas **Contratación**, **Justicia** y la llamada **El Patronato.** Pero son los tres libritos escritos hace una generación con el rótulo de "Indice provisional", los que desde entonces han sido consultados y se encuentran casi destruídos por el uso continuo que se ha hecho de ellos.

"Dentro de los legajos que le es permitido consultar al investigador, los documentos no están numerados ni clasificados, sino simplemente por fecha, salvo en algunos casos; pero los mismos legajos en que los documentos están numerados de ese modo así como los índices en que pacientemente



Escalera de mármol de la casa Lonja, donde está el archivo



Parte del patio de la casa Lonja de Sevilla

y documento por documento se hallan descritos aquellos en hojas colocadas dentro del mismo legajo, nos hacen ver que en un tiempo se dió comienzo a la hercúlea labor de hacer el catálogo detallado de los archivos.

"La realización de esta labor le está encomendada a un cuerpo oficial de empleados el cual se compone de seis personas. Con todó, si se llevara a cabo el trabajo se obtendría buena utilidad; porque hecho y publicado el índice completo, los investigadores de fuera podrían saber qué documentos de interés para ellos existen en los archivos para hacerlos copiar. Por este trabajo podrían los encargados de los archivos cobrar con toda justicia más de lo que cobran los copistas. Actualmente, la tarifa establecida es de dos pesetas (40 centavos oro mas o menos) por cada pliego de cuatro páginas, de tamaño legal o de oficio, copiado en máquina o a mano; y 1 peseta por cada fotografía, que por lo general comprende dos páginas del documento.

El valor de los elementos que de ese modo se pondrían a la disposición de todos los historiadores del mundo es inestimable. Dichos documentos son las comunicaciones dirigidas por los virreyes y gobernadores a la Corona; papeles municipales; cédulas y decretos reales; despachos de empleados menores de toda clase, civiles, militares y eclesiásticos; expedientes judiciales; solicitudes, memoriales, etc., en fin, el resumen de la administración colonial española en el hemisferio occidental desde la época de su descubrimiento hasta las distintas fechas en que la revolución puso la palabra final a cada uno de los capítulos de la historia que comprendían: en una palabra, la historia del desarrollo colonial de todo un hemisferio. Para complementarla, algunas de las Repúblicas poseen otros documentos del mismo carácter, aun cuando otras no conservan ni una tira de papel con reminiscencias de su época colonial, y ninguna tiene en sus propios archivos nada que pueda compararse con el tesoro de datos que hay sobre ella en Sevilla."

Que los historiadores en general estiman la importancia del Archivo General de Indias es hecho que confirma la presencia en el mismo de varios investigadores de diversos países del Viejo y del Nuevo Mundo. España les brinda a todos su hospitalidad, traducida en las facilidades que les ofrece y en la libertad que les deja para trabajar, fuera del cuerpo de empleados que ha puesto a su disposición en los archivos, el cual está compuesto de seis caballeros siempre dispuestos a prestarles su ayuda y a estimular a los que van a consultar o solicitar documentos. Como jefe de este cuerpo de empleados figura el señor don Pedro Torres Lanzas, a quien secundan hábilmente los señores don Luis Rubio y Moreno, don Vicente Lloren Asensio, don Francisco Navas del Valle, don Juan Lafita y Díaz y don Francisco Cervera.

"En sus relaciones con los investigadores", dice Miss Wright, "estos caballeros crean un ambiente de bienvenida que revela la sinceridad con que España invita a América a visitarla y a hacer uso del tesoro de datos históricos que el tiempo y las circunstancias han permitido a la madre patria ofrecer a sus hijas de lo que fué en una época su casa imperial—separada ahora como se separan las familias—únicamente para crear nuevos Estados que no obstante su independencia continúan siendo miembros de la misma familia".

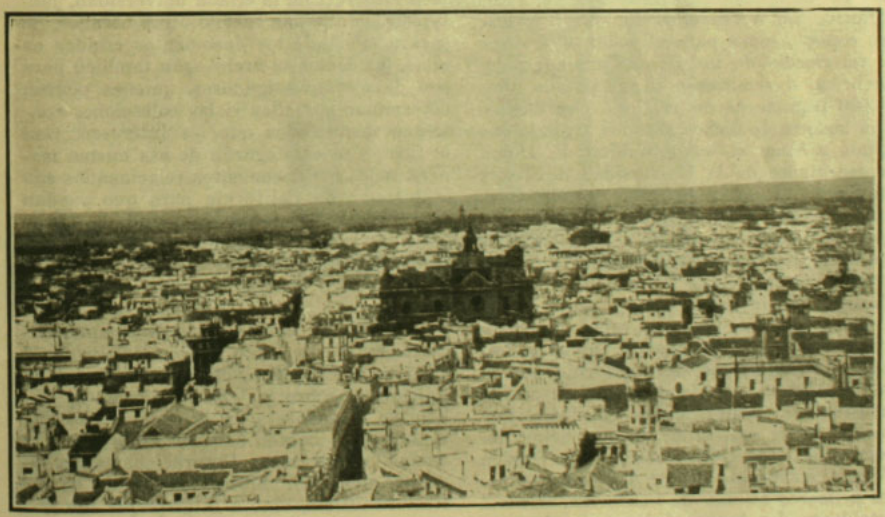
Al Archivo de Indias de Sevilla han acudido siempre los principales cultores de la historia en la América española con el fin de reunir los elementos necesarios para ilustrar el período de la conquista y colonización de sus respectivos países. También han acudido al célebre archivo representantes especiales de casi todas las Repúblicas hispanas y del Brasil, quienes lograron reunir preciosos elementos históricos que han sido impresos junto con los alegatos elaborados por las mismas en las controversias limítrofes que han sostenido entre sí. En los últimos años los trabajos de investigación llevados a cabo en Sevilla con fines puramente históricos han sido de grande importancia, pues además de la labor personal de los eruditos de la América española que en número creciente se dirigen a Sevilla, muchos gobiernos de la misma, entre los cuales pueden mencionarse los de Chile, Argentina, Venezuela, el Perú y la República Dominicana, han tenido en el men

cionado archivo comisionados de gran competencia encargados de compulsar todos los documentos de significación que se refieran a la vida colonial de cada una de ellas. El fruto del trabajo de estos acuciosos y eruditos investigadores comienza ya a conocerse por medio de las notables colecciones de documentos que en distintos países de la América hispana se hallan en vía de publicación.

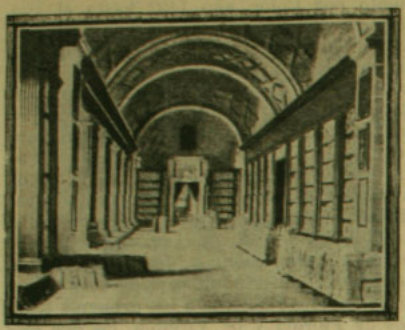
Diversas instituciones y algunos particulares llevan a cabo investigaciones históricas relacionadas con otros países. Entre los particulares interesados en el asunto que han empleado agentes para que les hagan allí ciertos trabajos especiales merecen citarse el señor Roland R. Conklin, de Nueva York; el señor Edward E. Ayer, de Chicago; y el señor Francis S. Philbrick, de la Facultad de Derecho de la Universidad de California.

Los trabajos del primero se relacionan con la sección cubana de los archivos, estando ellos a cargo de la señorita Irene A. Wright (Bachiller en Artes de la Universidad de Leland Stanford, Hijo) a quien el señor Conklin envió a Sevilla en la primavera de 1914 con el encargo de escribir la historia de Cuba desde sus orígenes. Los primeros frutos de la labor de Miss Wright vieron la luz en una obra intitulada "The Early History of Cuba" (Historia Primitiva de Cuba) publicada en inglés por la casa editora de MacMillan. Esta obra comprende la historia de Cuba desde su descubrimiento por Colón año 1492 hasta el año 1586, en que Francis Drake, que representaba el naciente poderío marítimo de Inglaterra, puso fin, al recorrer la costa septentrional de dicha isla, a la primera gran etapa de su historia. El señor Conklin ha comisionado a Miss Wright para que continúe sus labores por otros dos años, lo que sin duda traerá consigo la aparición de otra obra que trate de la historia de ese país en el segundo período de su desarrollo. En el curso de la investigación que hizo de los documentos cubanos, dicha señorita halló incidentalmente un considerable número de papeles relativos a los primeros tiempos de Florida y de Virginia, los que está haciendo copiar la Biblioteca del Congreso de Washington para su uso. También el Instituto de Jamaica que tiene su asiento en Kingston le ha dado a la señorita Wright el encargo de copiar los documentos existentes en los archivos que se relacionen con la historia de la dominación española en esa isla que hasta ahora no hayan sido publicados.

Las investigaciones que hace en esos archivos el señor Ayer se relacionan con los documentos referentes a todas las regiones de los Estados Unidos que pertenecieron a España en una época, y en especial a los concernientes a los Estados del Sudeste de los Estados Unidos, esto es, Arizona y Nuevo México, ya que las universidades de Texas y de California se ocupan de compilar datos sobre los Estados a que pertenecen.



Vista de Sevilla desde la Giralda



Estanterías de la casa Lonja de Sevilla

El trabajo de referencia complementa, pues, el de las citadas universidades, corriendo parejas en algunos casos con el que se realiza para la Biblioteca del Congreso. Los documentos que está haciendo copiar el señor Ayer se destinan a la Colección Ayer de la Biblioteca de Chicago, en la que está reuniendo dicho señor una serie de datos históricos valiosísimos provenientes de fuentes hispano-americanas.

Los documentos copiados se refieren a la exploración y colonización de los Estados de Arizona, Nuevo Méxco y Florida, así como a las relaciones de España con los Estados Unidos. Gracias a un arreglo celebrado con la Universidad de California se le han remitido anualmente unas 5,000 páginas de documentos, permitiéndosele a los "Native Son's Traveling Fellows" revisar las copias hechas para el señor Ayer. Por el intermedio de los Dres. Cunningham y Leebrick, se remitieron el año pasado unas 10,000 páginas de materiales concernientes a la historia de dichos Estados, trabajo que ayudó a hacer el señor William E. Dunn, representante de la Universidad de Texas en Sevilla. Durante este año, el Dr. Cunningham, que todavía se halla en esa ciudad, continuará encargado de los trabajos del señor Ayer y de la Biblioteca del Congreso, además del que lleva a cabo para la Universidad de California.

Entre las instituciones estadounidenses que trabajan en el Archivo de Indias se destaca la Universidad de California por el interés que ha tomado en ello el inspirado maestro Dr. Henry Morse Stephens. Por mediación de este señor, la asociación denominada "The Native Sons of the Golden West", compuesta de los descendientes de los primeros colonos de California, resolvió establecer dos becas viajeras anuales con el objeto de perpetuar la memoria de las heroicas hazañas que realizaron sus antepasados por fundar el Estado imperial del Oeste y también con el de fomentar el estudio de la historia de los primeros tiempos de esa región. Los trabajos que ha realizado a consecuencia de ella han sido revisados por el Dr. Stephens.

El señor George Leslie Albright fué uno de los miembros de la precitada asociación que disfrutó de una de esas becas, habiendo residido en Sevilla desde 1916 hasta 1917, siendo el otro el Dr. Charles H. Cunningham. El primero fué a estudiar los documentos relacionados con la historia de California y con las regiones del Sudeste de los Estados Unidos, habiendo consistido gran parte de su trabajo en hacer sacar **papeletas** de los **legajos** conocidos con la denominación de **Duplicados de los Virreyes.** Esta serie es particularmente valiosa respecto al período posterior a 1769, pues fué en esa época cuando California fué ocupada permanentemente, y como el Virrey de México fué el director de ese movimiento, claro es que sus despachos son de suma importancia.

La labor de sacar esas papeletas está actualmente a cargo de otro enviado de la Universidad de California, el señor Dr. Joaquín San Leandro. En las papeletas se cita el lugar y la fecha del documento, el nombre de quien lo escribió y el de quien lo recibió, un resumen de su contenido, su naturaleza y el lugar donde se halla. Dichas papeletas se archivarán en la Biblioteca Bancroft de la citada universidad, junto con las que han sacado otros becados. Se sacará copia de los documentos citados en ellas, las cuales se archivarán también para uso de los investigadores, quienes podrán determinar por ellas si las colecciones contienen documentos que les interesen. Con el tiempo se catalogarán de esa misma manera todos los documentos relacionados con la historia de California para que puedan copiarse con la mayor facilidad. El señor Albright se ocupó también en preparar una tesis de doctorado sobre el desarrollo de la parte noreste de México, especialmente en lo referente a la historia de Texas, Nuevo México, con la mira de complementar hasta cierto punto la obra del Profesor Charles E. Chapman, de la Universidad de California, sobre la "Fundación de la California Española", en la cual se describe el desarrollo habido hacia el oeste desde la ciudad de México. Desgraciadamente, la muerte del señor Albright, ocurrida en diciembre último, vino a interrumpir tan importante labor de investigación histórica.

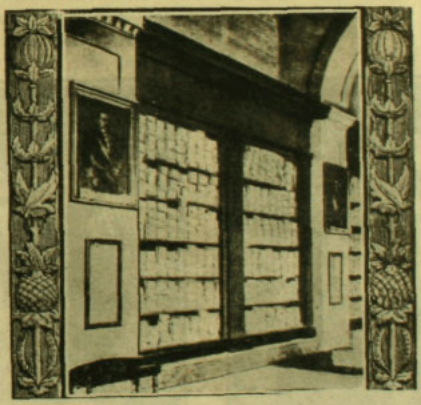
Otra institución estadounidense que está haciendo uso del Archivo de Indias es la

Universidad de Chicago, representada allí por el señor Reginald S. Castleman, becado de ella, quien acopia datos para una tesis sobre la "Emigración de España a las Indias durante el siglo XVI".

Entre los trabajos que actualmente realizan los sud-americanos en Sevilla es digno de mención el que lleva a cabo el señor don Jacinto Jijón y Caamaño, de Quito, por intermedio del señor don Francisco Navas, y que consiste en sacar fotocopias de todos los documentos referentes a la Sublevación de Tupac Amaru y de muchos otros relativos a la Independencia del Ecuador. El señor Navas también tiene encargo de sacar fotocopias de los mapas de Puerto Rico para el señor don José de Diego, natural de esa isla. También es digna de mención la meritoria labor que continúa realizando en el archivo de Indias el argentino don Gaspar García Viñas por encargo de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, en cuyos renombrados Anales han ido apareciendo los frutos de sus pacientes investigaciones relativas al Virreinato del Río de la Plata.

Sabido es que de entre los chilenos han realizado importantes trabajos en el Archivo de Indias, don Diego Barros Arana y don José Toribio Medina.

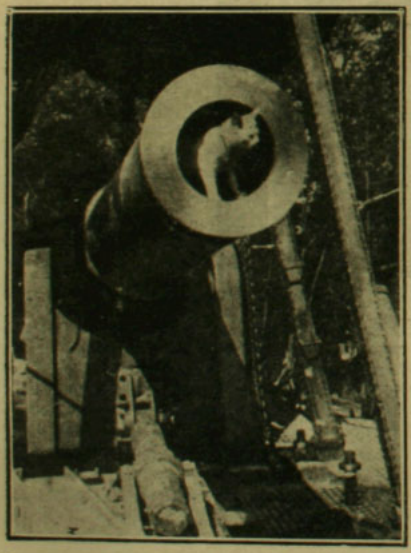
Como era de esperarse, las órdenes monásticas están siempre bien representadas entre los investigadores y activos escudriñadores de los archivos, pero la falta de espacio nos priva de enumerarlos a todos y de describir detalladamente la obra que llevan a cabo. Por otra parte, el jefe del archivo, don Pedro Torres Lanzas, fuera del trabajo directivo que tiene a su cargo, se ocupa en preparar nuevas ediciones de índices y otros trabajos de importancia. Por lo expuesto queda demostrado que la Casa Lonja es un lugar de mucha ocupación y que España les mantiene abiertas de par en par sus puertas a los investigadores de la historia hispanoamericana, siendo la única queja que sobre éstos pueda formularse, la de que no sean bastante numerosos.



Otras estanterías de la casa Lonja de Sevilla

Una compañía francesa con su perro.

Pequeños buhos y un cuervo, mascotas de la artillería francesa.



La mascota de los artilleros de un gran cañon.

Un mono, mascota de los rusos.

Flores del campo

Comedia en un acto original, de Aurelio Díaz Meza

PERSONAJES:

Rosa	18	años
Carmen	20	"
Sinforosa	20	"
Ignacia	50	"
Fabriciano	25	"
José María	30	"
Ujenio	20	"
Cayetano	50	"
Bautista	55	"
Casimiro	30	"

Convidados y jugadores

La acción en Chile, época actual. Izquierda y derecha las del actor.

Convidado 1.o—Convidado 2.o—Convidado 3.o—Jugador 1.o—Jugador 2.o—Jugador 3.o

Ilustraciones de Délano

ACTO UNICO

La escena representa el patio frente a una modesta casa de campo. El patio está cubierto por una ramada de horcones y fajina. A izquierda las casas con una puerta. Al fondo el campo y un varón de topeadura que atraviesa casi toda la escena. A derecha árboles y aire.

En primer término, derecho, una mesa con vasos llenos de licor. En primer término izquierda, una banca, en sentido oblícuo al público. En el extremo de esta banca, una manta, colocada como carpeta.

Al levantarse el telón aparecen rodeando la mesa hombres y mujeres. Bautista sentado junto a la mesa, punteando una guitarra. Sinforosa junto a Bautista. Otro grupo de hombres rodea a José María que aparece sentado a horcapadas sobre la manta, jugando al monte, con la manta por tapete. Los jugadores están prestando la debida atención al juego.

HABLANDO

Todos, (los de la mesa aplauden).
Convidado 1.o—Esa es letra! (a Bautista).
Conv. 2.o—A l'otra!
Convid. 3.o—Una sin otra no vale.
Convid. 1.o—Falta el cogollo.
Sinforosa.—Echeme el cogollito a mí.
Convid. 1.o—Echele el cogollito a la señorita.
Bau., (a Sinforosa).—Querís que te eche el cogollo?
Sinf.—Ya está.
Convid. 1.o—Bien repiqueteado.
Bau.—Allá va el cogollo. (Canta como pueda).

Que viva la Sinforosa
Cogollito e viento norte
quisiera ser de resorte
pa achicarme y agrandarme
y quear del mismo porte.

Todos, (los del grupo).—¡Viva! (aplauden).
Conv. 2.o—¡Viva ño Baucha!
Sinf.—Sírvase un traguito.
Todos.—¡Viva! (bullicio). (Sigue el movimiento en este grupo, mientras se desarrolla la escena en el grupo de la izquierda).
Jugador 1.o—Son cuatro pesos.
José María.—Aitá! ¿No querís que te pague ocho?
Jug. 1.o—¡Eso es, hombre!
Jug. 2.o—Son no más que tres.
Varios.—Sí; son tres.
José María, (a jugador 1.o)—Déjate de payasá, no te vaya a pasar mano conmigo.
Jug. 2.o—¡Ya está, ya está! pónganse luego.
(Se renueva el juego y apuestan).
José M.—¡No hay más?... me fuí... (sigue el juego).

Convidado 1.o—Cante otra ño Bautista.
Sinf.—Otra tonadita, pues.
Bac.—Tan luego no, pues, niños! Así tan seguio se pierde luego el tañío.
Conv. 1.o—¡Qué se va a perder, ño Baucha!
Conv. 2.o—Atráquele no más.
Bau.—No, no; pasa un trago, mejor.
Conv. 1.o—¡Cómo nó!
Bau.—A la salú de la santa.
Conv. 1.o, (volviéndose hacia la casa).—¡Viva la santa Rosa!
Bau, (igual).—¡Rosita! por tu salú, chiquilla! Salú, Rosita!
Rosa, (de adentro).—Salucita! sírvanse no más... ya voy yo!
Bau.—Bueno, pues, salú. (Bebe).
Conv. 1.o—Salú.
José M.—¡Por la serpiente! ¡estoy con la mala!
Jug. 1.o—Cinco son aquí...
Jug. 2.o—Tres chauchitas...
José M., (impaciente).—A todos les voy a pagar!... (Paga).
Ignacia, (entrando derecha).—Buenas tardes!
Bau.—¡Señora Inacia! buenas tardes, pues!
Sinfor.—¡Buenas tardes! ¿Viene al santo?
Conv. 1.o—Siéntese.
Conv. 2.o—Por este ladito. (Le dan una silla).
Sinfor.—Y cómo lo va pasando...
Ign., (sentándose).—Ahí vamos, Sinforosa; viviendo pa no morirme.
Bau.—¿Quiere servirse un traguito?
Ign.—No, Baucha; muchas gracias. Has divisao por aquí a José María?
Bau., (señalándolo).—Allí está.
Ign.—¿Allí está?
Convid. 1.o—¡Echando una manito!
Ign.—¡Jugando al monte! ¡Ay, Virgen del Carmen! ¡cuándo será el día que me hagay el milagro!
Sinfor.—¿Le hizo manda, señora Inacia?
Ign.—Le hice, niña, pero ná... José María se sigue portando lo mismo.
Bau.—Pa mí que la Virgen no cree que usted le vaya a pagar...
Ign.—Vos creís que no tengo créito con los santos...
Conv. 1.o—Claro, con el hijo jugador...
Bau, (a Convidado 1.o).—Atrevío! tate callao... no seai atrevío con tus mayores...
Conv. 1.o—¡Aitá! ño Baucha... no será cierto tal vez...
Bau.—Pero es una desgracia... y naide puede sacarle las desgracias a otro...
Conv. 2.o (a convidado 1.o).—Y si a vos te dijeran no te gustaría...
Conv. 1.o—Eso no es cierto...
Conv. 2.o—¡Si yo sé que no es cierto!... Estuviste preso cuatro meses por que te echaron la culpa del robo... pero saliste por falta de prueba.
Conv. 1.o—Ya vis que no es cierto...
Conv. 2.o—¡Eso te estoy diciendo, pu!...
Bau, (a Ignacia).—¿Ud. quiere hablar con José María?
Ign.—Sí, Baucha. Hace tres días que no llega a la casa... y no me ha dado todavía la plata de la semana... Ya no hallo qué hacer...
Bau.—Qué bárbaro... se lo ha pasao jugando.
Ign.—Tal vez... Tiene el vicio agarrao.
Jug. 1.o (violentamente).—¡Son míos!
Jug. 2.o (irónico).—¡Qué niñito!
Jug. 1.o—¡Si son cuatro pesos!
Jug. 2.o—¿No querís cuatro guantás?
Jug. 1.o—Hay que verlo tuavía, compañero.
Jug. 2.o—Ahí va una, mientras tanto... (Le pega a jugador 1.o y se forma un ligero incidente, que arreglan entre todos los del grupo).
Bau.—Ya se colcharon...
José Ma., (apartando a los peleadores).—Ya está, ya está; se agarran como los perros y no se fijan en la casa donde están!
Ign. (se acerca a José María).—José María...
José Ma., (sin fijarse).—¡Qué hay! (repara en Ignacia).—¡Ud., mamita!... ¡Paqué me sale a buscar!
Ign.—Yo no te ai salío a buscar, José María... Vine a ver a la Rosa pa saludarla en su día... y te encontré aquí...
José M.—¡Bueno!
Ign. (con ternura).—Ya no te acordai de mí...
José M.—Por qué me dice eso...
Ign.—Porque es cierto. Desde el Sábado a que no llegai a la casa.
José M.—Ya ve que no me hai perdío. Ya soy grandecito...
Ign.—Sos grandecito pero toavía no se te sienta la cabeza.
José M. (con despego).—Déjese de sermones, mamita, que ya no me entran...
Jugad. 1.o—¡Y pa qué sos tramposo!
Jugad. 2.o—Tramposo... y vos que andai con naipe recortao, sinvergüenza.
Jugad. 1.o—Mira... (se abalanza sobre jugador 2.o, pero lo sujetan).
Jugad. 3.o (apartándolos).—Déjense de leseras...
José M. (Interviniendo).—¿No han encontrao otra parte donde armar boche?
Bau—Eso es lo que pasa por meterse a jugar.

Sinfor.—Qué barbaridad... en casa ajena.
Ign., (a José María, insinuante).—No te metai, José María...
José M. (Violento).—¡Déjeme, señora!...
Ign. (Insistente).—José María!...
José M. (Con acritud).—¡Déjese, le digo!, Mejor sería que se estuviera en su casa.
Ign.—¿Y qué hago en la casa?...
José M.—Qué hace... estarse allí.
Ign.—Si supieras!...
José M.—Qué quiere que sepa... ya me va a salir con lo mismo de la otra semana.
Ign.—Ya no me fian en la esquina.
José M.—Gringo cicatero...
Ign.—Y el lechero me dijo que ya no me más leche porque le debo cinco semanas...
José M.—Vean que tanta plata que se les debe.
Ign.—Ya vis.
José M.—¿Y por qué no empeña algo?...
Ign.—Qué querís que empeñe... ya no tengo ná... ni qué ponerme...
José M.—¿Y qué quiere que haga yo?...
Ign.—Vos verís...
(Los jugadores se preparan para jugar de nuevo).
Bau.—¿Van a jugar otra vez?
Jugad. 1.o—¿Ud. quiere entrar?
Jug. 2.o—¡Crúcele no más, ño Baucha!...
Bau.—Es que si van a jugar, yo le voy a avisar a Cayetano.
Jug. 1.o—¡Aitá, eñor!
Jug. 2.o—Qué bueno pa paco era Ud.
Bau.—Si Uds. han venido a despellejarse a casa ajena... más vale que no hubieran venío...
Jug. 1.o—Y al último, qué le importa a usted...
Bau.—¿Que se despellejen Uds.? ná! pero que lo hagan aquí, sí.
José M.—(Molesto, a Ignacia).—Ya está, mamita, va está. (A Baucha). Buena cosa, on Baucha... se ha metío de comisionao agora? Déjelos, si toos son grandecitos...
Bau.—Mejor sería que no fuerai atrevío con tus mayores...
José M.—Cuidao, don Baucha...
Bau.—Cuidao de qué... ¿Vos creís que toavía no pueo agarrar un palo y rajarte la cabeza?
José M. (Molesto).—Usté...
Bau.—Sí; yo, mocoso; qué te habíai figurao.
José M. (con insolencia).—Lo que me hai figurao es que hay viejos entremetíos que podían meterse en cualquier parte menos donde se meten...
Jugadores.—¡Eso es!

Fabriciano

Jug. 1.o—Y amárrese el deo chico pa que no se le olvíe.
Bau.—Rotos atrevíos...
Jug. 2.o—Aitá; y usté será parchao tal vez...
Jug. 3.o—Ja! Ja! El parchao!... en qué tren llegaste!...
Todos.—Ja! Ja! Ja!
Bau.—Sinvergüenzas.
Cayet. (entrando).—Qué hay... qué les pasa...
José M.—Don Baucha que se ha puesto a retarnos a todos...
Bau.—Sí... por no agarrar un palo y quebrárselo en la cabeza... Atrevíos... No se contentan con venir a despellejarse a casa ajena, sino que toavía se ponen a peliar como los perros.
José M.—O'ga, on Baucha...
Bau.—No oigo ná!... poco les falta pa que saquen cuchillos y se acriminen por tres chauchas.
Cay.—Estaban jugando, ¿no es cierto?
Bau.—Jugando y peliando...
Cay.—Bueno; aquí no juega naide (quita la manta). El que quiera tomar un trago lo toma... pero en mi casa no consiento taureo... y el que no quiera se va! ¡No puen vivir sin la baraja!
José M.—Don Cayetano... eso no es crimen...
Cay.—¡Tate callao. Seguro que erai vos el de la entretención... Ya te conozco.
José M.—¿Qué me conoce?...
Ign.—Caitano... va no jugarán más.
Cay.—Señora Inacia... Cómo le va, pués... Qués de su buena vida...

Jug. 1.o (A los jugadores).—Eso les pasa por desordenaos...
Jug. 2.o—No vís que fué este gracioso...
Jug. 1.o—¡Este gracioso!... ¿por qué no te entrego toda mi plata mejor?
Cay.—Bueno, pues... Sirvan un trago;... sirvansé... si toavía no se acabao... (llamando). ¡Gregorio! sirve, pues, niño... (sirve).
Sinf.—Si nos han servido bastante, on Cayetano.
Cay. (llamando).—Rosa... Rosita; ven, pues, niña.
Casimiro.—Sí, sí; la santa se ha escondío.
Cay.—Está por la cocina, dándole una vueltecita a los corderos.
Bau.—Que han de estar harto sabrosos, por que la chiquilla tiene mano e monja.
Sinfor.—Bueno... pero que venga la Rosita, pues...
Cay.—Rosa.
Convidado 1.o, (A José M.)—Anda a buscarla vos, pus José María...
Casim., (a José M.)—¿Que no le andai tallando?
José M.—Yo... sí; pero no me gusta darle en el gusto a las mujeres...
Sinfor.—Rosita...
Bau.—Rosita rosá...
Rosa, (de adentro).—Ya voy...
Sinfor.—Aí viene!
Casim.—¡Ya viene! (gritando). ¡Viva santa Rosa González!
Todos.—¡Viva! ¡Viva!
Rosa.—¡Jesús que bulla! Aquí estoy, pa qué me quieren?
Bau.—Pa que tomís una copa con nosotros, pues niña.
Rosa.—¡Cómo no, pues! (Ve a Ignacia). Cómo le va, señora Inacia... (la abraza).
Ign.—Rosita... a verla, pues... que viva mil años...
Cay.—Pa qué quiere tanto...
Ign.—Pa que goce, pues.
Convid. 1.o—Salú entonces... salú...
Casim.—Espérense un momentito... señorita, (a Rosa), yo quiero...
Jugad. 1.o (a jugador 2.o).—Este le va a echar un discurso.
Jugad. 2.o—Y te diré que es harto gallo pa eso...
Casim.—Señorita (se para sobre la banca). Permitidme que un pobre obrero venga a dirigirte el uso de la palabra en esta brillante sociedad de pobres amigos trabajadores...
Jugad. 1.o—¡Viva!
Jugad. 2.o—Fíjate que sabe harto.
Casim.—Nosotros somos los proletariado que van buscando las miserias de la vida para aliviar las necesidades de nuestros hijos y para eso trabajamos por el mísero jornal de nuestro brazo fuerte y viril.
Jugad. 1.o—¡Viva! ¡Salú, salú!
Jugad. 2.o—¡Toavía no, pus hombre!
Casim.—Nosotros venemos a saludar a la señorita Rosita que es proletariada como nosotros y por eso brindo, señores, para que siempre sea lo mismo... y pa que siempre sea... lo mismo...
Jugad. 1.o—Eso es...
Jugad. 2.o—¡Tate callao!...
Casim.—... para que reciba hoy nuestro más feliz y onomástico saludo. He dicho!...
Jugad. 1.o—¡Bravo!
Todos.—¡Viva!
Cay.—Bueno, pues; salusita! sirvansén...
Jugad. 2.o—Pucha que sabe harto este gallo, ¿no?
Jugad. 1.o—Esto no es ná... lo hubieras visto en el choclón de la calle Cóndor!
Cay.—Sírvanse, pues... sirvansén. (Se siente afuera una pelotera y discusiones a grandes voces, golpes, etc).
Cay.—¡Qué diablos es eso!...
José M.—Un boche... (sigue la pelotera).
Bau.—Qué hay allí (salen algunos a ver la bolina).
Rosa.—¡Es Ujenio!...
Ign.—¿Ugenio?...
Cay.—¡Con quien diablos está peliando!
Jug. 1.o—¡Ujenio! yo saco la cara por él.
Jug. 2.o—Yo también...
Ujenio, (Entra vuelto hacia afuera vociferando). Sinvergüenza, cochino, rotoso, animal, chancho, palomilla, mataperro, tramposo, agenciero...
José M.—Ugenio...
Bau.—Qué te pasa hombre...
Uj.—Déjenme retarlo a gusto a este cochino, sinvergüenza...
Sinfor.—Ugenio...
Ujen.—... (gritando)... zapatero...
José M.—No le digai tan feo, hombre por Dios.
Bau.—No te acriminís, Ugenio... mira que hay testigos...
Cay.—Bueno y qué te ha pasao...
Ujen.—Una pequeñés... bueno... pero viva la santa!...
Casim.—¡Eso es! viva.
Todos.—¡Viva!...
Ujen.—¡Viva la chiquilla más buena moza y más entallá que hay debajo de la tapa el cielo!
Todos—¡Viva!
Ujen.—Pasen un trago... que me lo voy a tomar hasta el concho por tu salú... Rosita espinosa...
Casim.—Esa es letra!
Ujen.—... y después me tomo otro trago

por el rotoso que te va a llevar a misa... que ojalá se muriera al entrar a lilesia pa entrar yo por él... (bebe).

Todos.—Ja! Ja! Ja!

Rosa.—Este Ugenio tan aparatiento.

Sinfor.—Y tan diablo qués.

Jose M.—Oye Ugenio... Has de saber que el que va a llevar a lilesia a la Rosita no tiene pa cuando morirse...

Ujen.—¿Lo conocís vos, ñatito?...

José M.—Sí; somos primos hermanos...

Ujen.—Dale recaítos de mi parte, ¿no?... y le decís que tiene un amigo más, pa lo que se le ofrezca.

Todos.—Ja! Ja! Ja!

José M. (molesto).—Bueno.

Ujen.—Y le decís que no tenga mal jenio ques pa pior... Y que si se enoja, le echo una carga de hojas y que si se vuelve a enojar, lecho una carga e sal...

Todos.—Ja! Ja, Ja!

Casim. (a José María).—No le hagai caso...

Cay., (a Eujenio).—¿Y de aonde veniai vos, Ujenio? ¿Con quien estabas peliando?

Ujen.—Yo venía de la cancha de bolas del pelao Ramírez y me encontré en el camino con el "boque zueco" que me debe cuatro pesos como seis meses...

Cay.—Ese no te paga nunca.

Ujen.—¡Qué va a pagar! Cuando lo ví le cobré... y el muy sinvergüenza me dijo que no me debía ná... y que cuándo le había prestao plata... Me dió toa la rabia y me le fuí a la carga... pero me atracó un chopazo en este ojo que no ví más...

Bau.—Claro... te lo tapó...

Ujen.—Se me arrancó y le crucé pieira...

Cay.—Lo hiciste correr...

Ujen.—Sí, porque me siguió hasta aquí y si me pilla me empareja... Es muy bruto este "boque zueco".

Todos.—Ja! Ja! Ja!

Ign.—Vaya con Ujenio.

Rosa, (a Ignacia).—Vamos pa adentro, señora Inacia?

Ign.—Vamos, Rosita.

Bau., (a Rosa).—¿Y a mí no me conviai?

Rosa.—Vamos, pues, don Baucha... y vos, Sinforosa, no querís pasar?

Sinf.—Vamos, pues... (pasan).

Ujen., (a Rosa).—¿Y a mí no me convía pa entro, Rosita?

Ros.—No.

Ujen.—¿Por qué? Yo sirvo pa too... desde hacerle el peinao hasta desabrocharle... los botines.

Ros.—¿Sí? ¿y por qué no se los desabrocha a su mamita?

Ujen.—Porque manija zuecos no más.

José M.—Oye Ujenio... ¿estás de payaso?

Ujen.—No, patrón; estoy de peluquero.

Rosa.—Bueno, pues; vamos pa entro...

Ign.—Vamos.

Sinfor.—Vamos andando. (Vanse Rosa, Ignacia, Bautista y Sinforosa).

Casim.—Por qué no cantai una toná, Uje-

José María

nio? ... Métele; canta una de esas bien repiquetiás...

Ujen.—Dejate de lesera... no quiero que se pongan a aullar los perros tuavía...

Ujen.—Oye, José María... quiuvo... está firme la Rosita?...

José M.—Claro. (Salen los jugadores).

Ujen.—Bueno el gallo... te trenzaste con la mejor chiquilla que hay en too el Refalón.

José M.—¡Qué diablos!... no se va a templar uno de lo pior...

Ujen.—Claro;... pero vos apenas le hacís caso... (Vase Casimiro).

José M.—¡Phs! yo trato así a las mujeres... No me gusta andar a la pretina...

Ujen.—Pero ella...

José M.—Y si no le gusta lo deja...

Ujen.—Y si ella lo dejara te volvías un quirquincho.

José M.—¡Yo! Qué equivocadito estai... las mujeres son mujeres y naa más... si ella lo deja... que se friegue.

Ujen.—Si ella no lo deja, *entonces sí* que se friega.

José M.—Qué estás diciendo...

Ujen.—Que se fregaba la pobre...

José M.—Claro...

Ujen.—Más claro... echále agua.

José M.—Y por último... quién es el gallo que la va a aconsejar?...

Ujen.—Quien es el gallo que te la va a quitar... quedrás decir...

José M.—Ya ves.

Ujen.—Sabiendo que sos vos el dueño...

José M.—Quién!

Ujen.—Yo!...

José M.—¿Vos?...

Ujen.—*Yo no sé... quien pueda ser, es lo que digo...*

José M.—Ah!

Ujen.—Y cómo decis que no se te daría nada...

José M.—A mí no se me daría nada de ella... lo que es el otro... ese sí que tendría que entenderse conmigo...

Ujen.—Aiyayai! Entonces el otro...

José M.—Claro.

Ujen.—Oye... José María... yo soy harto amigo tuyo... y como amigo... te digo que no te descuidis con la chiquilla porque te la van a quitar...

José M.—Me la van a quitar... Ja! Ja!

Ujen.—No te riai... fíjate...

José M.—Ja! Ja!

Ujen (remedándole).—Ja! Ja!, fíjate que a los pajaritos del cielo les gusta la fruta maúra...

José M.—Y deái...

Ujen.—...y la Rosita está como una manzanita rosá en punto de darle un picotón...

José M.—Yo espantaré los pajaritos... no tengas cuidao...

Ujen.—¡Sabis que no me había fijao que tenís cara de espantajo?...

José M.—¡Cuidao, Ujenio!...

(Entran Fabriciano y Carmen).

Fabric.—Buenas tardes!

Carmen.—Buenas tardes! ¿y la Rosa?

Ujen.—Buenas tardes, señorita...

José M.—Buenas tardes, Fabriciano.

Carm.—¿Y la Rosa?...

José M.—Pasen a sentarse (se sientan).

Ujen.—Ai, señorita... no predunte por la señorita Rosita estando Ud. delante.

Carm.—Quítese pa allá... que lo oye mi hermano.

Ujen.—Dígame pa onde me voy y me tiene roando tierras toa la vía y hasta después de muerto...

Carm.—Bueno, ya está; ¿y la Rosa?

Ujen.—Yo voy a buscársela y se la traigo más que se esté confesando. (Sale izquierda).

Carm.—Y a Ud. cómo le va, José María?

José M.—Ai vamos, Carmelita.

Fabr.—¿Tuavía estás en la fundición?

José M.—No, me salí; ahora estoy en una barraca. (Toma dos vasos de licor).

Fabr.—¿Ta bueno el trabajo?

José M.—No sé; toavía no hay ido; mañana pienso ir. (Sirve). ¿Quiere servirse, señorita?

Carm.—Gracias. (Prueba).

José M.—Y Ud. (Sirve a Fabriciano).

Fabric.—Cómo nó. (Bebe).

José M., (a Fabriciano).—Tómeselo todo.

Fabric.—No, gracias... no tomo más.

José M.—(Recibiendo los vasos) (aparte). —El diablo vendiendo cruces...

Ujen., (entrando, seguido de Rosa).—Allí está.

Rosa.—¡Carmelita! creí que no te ibas a acordar de mí...

Carm. (abrazándola)—Cómo echas de ver... que vivas mil años, pues...

Rosa.—Gracias, mi hijita... siéntate...

Carm.—¿Y don Cayetano?

Rosa.—Por allá adentro... con la señora Inacia...

Fabric.—...Rosita...

Rosa.—¿Cómo le va, Fabriciano? (saluda).

Fabric.—...que sea muy feliz...

Rosa.—...gracias...

Fabric.—...(busca en su bolsillo) ...yo le traía...

Rosa.—...para que se anda molestando.
Fabric.—Si no es molestia... (le pasa una cajita).
Ujen., (a Carmela).—Yo le hice el mandao.
Carm.—Bueno.
Ujen.—¿Y no tiene nada pa su pión?...
Carm.—Vaya, pues... qué quiere que le dé...
Ujen.—¡Ay! Lo que Ud. quiera... Carmelita...
Carm.—Qué gracioso...
Ujen.—Lo más inservible que Ud. tenga... me sirve a mí.
Rosa, (a Fabriciano).—Por Dios... por qué se molestó tanto...
Fabric.—Por Ud. no es nada, Rosita...
Rosa, (contemplando la caja.—Y qué bonitas son las carabanas...
Carm.—Ponételas.
Rosa.—Más rato...
Fabric., (a Carmen).—Dejalá... no se las va a querer poner...
Rosa.—¡Fabriciano!...
Fabric.—Claro!... ¡cómo se las va a poner! (mira a José María).
Rosa.—¿Y por qué?...
Ujen.—Y vos, por qué estás tan apartao, José María?... (a José María).
José M.—¿Apartao?
Rosa, (a Fabriciano).—Ud. cree que por eso no me las voy a poner?
Fabric.—No se las ponga, mejor, Rosita. Guárdelas no más y cuando las vea, acuérdese de su amigo...
Ujen., (a José María).—Sí, hombre; te viniste a un lao... parece que no te gustara la sociedá...
José M. (molesto).—No me vengai con cuchufletas por que no te aguanto.
Ujen.—¡Cuchufletas! cómo se conoce que sos colchagüino...
José M.—¿Y vos qué sois?
Ujen.—Yo soy yanqui... de Llanquihue.
José M.—Vos venis a sacar palabras...
Ujen.—Y deái... ni aunque tuvierai el hocico de oro...
José M.—Cuidao, rotoso...
Ujen.—A ver aónde tenís vos el parche...
Cayetano, (entrando).—Quiuvo, niños.. por qué no pasan pa entro... Fabriciano!... (saluda) Carmelita...

Rosa

Carm.—¿Cómo le va, don Cayetano?...
Cay.—Tan tarde que vinieron...
Ujen., (a José M.)—Dejaremos la conversación pa más rato.
Cay., (a José M.)—De qué conversaban...
Ujen.—¿Nosotros? Estábamos conversando... de... la conversación metálica.
Rosa, (a Carmen).—¿Vamos pa entro?...
Carm.—Vamos...
Cay., (a Fabriciano).—Camina, Fabriciano... Ujenio... vos, José María... (toma a Carmen del brazo). Vamos niña... (Vase).
Ujen., (a José María).—Oye... ¿tais enojao?

José M.—El día menos pensao te vais encontrar con un par de muelas menos...

Ujen., (le da la mano).—Muchas gracias... Te encargo que sean estas dos que tengo picadas... y que a veces me duelen como un diablo...

José M.—Ujenio...

Ujen.—Hasta luego... dentista!... (Vase).

Rosa.—Vamos, Fabriciano. (A José María) ¿Vamos, José María?...

José M.—Rosa... óigame una palabrita...

Rosa.—Como no... (a Fabriciano). Fabriciano, dispénseme... ya voy...

Fabric. (resignado).—Bueno... (Vase).

(Silencio).

Rosa.—¿Es que nos vamos a pasar el rato sin hablar palabra?

José M.—¿Estai muy apurada pa irte?...

Rosa.—No vis que tengo tantas sirvientes pues...

José M.—No será por eso...

Rosa.—Será por otra cosa.

José M.—Será porque llegó un marchante.

Rosa.—¡Ah, sí! deveras que si yo quisiera estar allá con él me habría quedao aquí...

José M.—¿Y por qué no te vais, pues?

Rosa.—Por que vos me llamaste.

José M.—Muchas gracias...

Rosa.—Ya podías ir aprendiendo.

José M.—Que querís que aprenda.

Rosa.—¿Qué? a no ser tan estirao conmigo.

José M.—Es que a las mujeres no se les da gusto nunca.

Rosa.—Las mujeres... ya te vas a poner a hablar de las mujeres...

José M.—Claro, como las conozco...

Rosa.—Conocerás a algunas... pero no las conocís a todas... a mí no me conocís.

José M.—Ya te estoy conociendo.

Rosa.—Y qué me conocís...

José M.—Que sos como todas, ¡Ya está!

Rosa.—¡José María!

José M.—...que se vuelven locas con un hombre por que le traen de regalo una friolera...

Rosa (enternecida) ¡Mal agradecío!

José M.—Porque ese tonto de Fabriciano te trajo unas carabanas... ya estás que te morís.

Rosa.—Y tenís cara de decirme eso, José María...

José M.—Te digo eso y mucho más. Te digo que si seguís dándole lao a ese animal para que ande detrás de vos...

Rosa.—...qué? (anhelante).

José M.—...que hagas cuenta que no me has conocío nunca.

Rosa.—José María... no seais así...

José M.—Las cosas claras...

Rosa, (suplicante).—Pero si yo no te he faltao, José María... si yo te quiero.

José M.—...mejor es ponerse una vez colorao que ciento amarillo.

Rosa.—Entonces no me creís que te quiero...

José M.—Aquí voy a verlo.

Rosa.—Si todos los días no hago más que acordarme de vos... (a media voz) si vierais lo que me aconsejan.

José M.—Quién te aconseja...

Rosa.—Todos.

José M.—Y qué te dicen...

Rosa.—Que no me case con vos...

José M.—...y por qué...

Rosa.—...porque.. sos malo .. sos malo con tu mamita;... que jugai toa la plata. . que no trabajai... que después voy a paecer con vos...

José M.—...¡viejas peladoras!

Rosa.—...(tiernamente) pero yo no les hago juicio... por que yo te quiero a vos... José María... te quiero tanto.

José M.—¿Me querís harto?

Rosa.—Te lo estoy diciendo...

José M.—Bueno; entonces... le vais a entregar esas carabanas que te trajo ahora Fabriciano...

Rosa (sorprendida)... pero, por qué!...

José M.—Por que te lo estoy mandando...

Rosa.—¡José María! que va a decir el pobre Fabriciano... por qué le voy a hacer ese desprecio, por Dios!

José M.—¡Y qué te importa a vos! yo te lo mando.

Rosa.—Sí; pero si él no me ha dicho nada .. ni me ha hablado nunca pa casarnos.

José M.—No te ha hablado porque sabe que yo quiero casarme con vos...

Rosa.—Ya ves, entonces...

José M.—Por eso mismo; pa que pierda toas las esperanzas.

Rosa.—No, José María... yo no me animo a decirle ná...

José M., (molesto).—¿No querís decirle?

Rosa.—(Tierna). Si yo te quiero a vos no más, José María...

José M.—Ya lo estoy viendo...

Rosa, (suplicante).—Créeme, José María! ya vis que ni aunque me digan lo que me digan de vos... y que cuando nos casemos me vas a tratar mal. . y que voy a paecer... y que me vas a pegar... yo siempre te quiero. . y yo sé que no me pega... mi marío no me pega y ni manque me pegara... naide tiene que meterse en ná (llora).

José M.—(Pausa).—Bueno, entonces; y por qué no hacis lo que te digo...

Rosa.—Eso no, José María... ¿por qué voy a darle un dijusto a Fabriciano!

José M.—Mira, Rosa... no me saquís de paciencia.

Rosa, (resuelta y llora).—Si eso no lo hago... no lo hago ni aunque me pegue...

José M.—Ya sé por qué no lo hacís...

Rosa.—Por qué...

José M.—Por que creís que las carabanas valen mucha plata.

Rosa.—No me digais eso...

José M.—Dónde nó!

Rosa.—Sabis muy bien que no soy interesable! nunca lo hai sío. Si vos me hubierais regalao algo alguna vez lo podíai decir...

José M.—No me gusta que las mujeres me quieran por regalos.

Rosa.—Aí tenís... Si vos me hubiérais regalao alguna hilacha alguna vez... pero nunca... ni una mata de albahaca para la pascua...

José M.—(Molesto). Ya está... no quiero oir leseras...

Rosa.—Y tan contenta que hubiera quedao yo con que me hubieras tirao un clavel siquiera...

José M.—Bueno, bueno; le vas a entregar las carabanas a Fabriciano ligerito.

Rosa.—No se las entrego...

José M.—Mira, Rosa, que...

Rosa.—No y no: va está...

José M.—No te vaya a pesar, Rosa...

Rosa.—Es que vos ya no me querís... querís peliar conmigo...

José M.—No te quejís después... (se levanta para irse).

Rosa.—¿Te vais, José María?...

José M.—¡Si me voy a quear... espérate!

Rosa.—No te vayas todavía...

José M.—Y a ese leso... onde lo pille, (sale).

Rosa.—José María... no te vayas .. (lo sigue) por Dios, José María! ¡Madre mía del Carmen, que no me deje por otra!... (se enjuga los ojos) (Se vuelve a la casa y se detiene al entrar).

Ujen. (Entra silbando fondo izquierda, con las manos en los bolsillos y mirando si alguien lo ha visto). Le levanté cuatro pequenes a ña Marica y un jarro e mosto al leso de Gregorio... y a la pasá me hice el aflijío con este peacito de asao... (saca un trozo de asado de debajo de la manta). El que se manea es vaca. En estos santos si uno no hace algo por la vía se muere de hambre.

Rosa, (siente a Ujenio y se vuelve). ¿Qué hay, Ujenio?...

Ujen.—¡Diablo! me pilló... (esconde el asado).

Rosa.—¿No vais al asao?

Ujen.—¿Al asao? No; no tengo ganas toavía...

Rosa.—Anda no más... si ya ha de estar servío... vamos (se encamina).

Ujen., (se acerca a ella).—Oye... ¿por qué estai llorando?

Rosa.—¡Si no estoy llorando!

Ujen.—¡Llegais a tener los ojos coloraos!

Rosa.—Si no es ná, Ujenio... déjame irme.

Ujen.—Apuesto a que ese baboso de José María...

Rosa.—Si no ha sío ná él. (Vase limpiándose los ojos). Anda, vamos pa entro. (Sale).

Ujen.—(Mirando la puerta por donde salió Rosa). Por la serpiente! ¡La chiquilla más bonita de too el Refalón llorando por el caballo más bruto de toa la República! ¿No es pa morirse de repente?

Una voz (de afuera).—Auxilio!... guardián! Auxilio!

Ujen.—¡Qué diablos es eso!

(Salen convidados).

Convid. 1.o—Qué pasa...

Casim.—A quién le están pegando...

Voz (de afuera).—¡Guardián! ¡que la mata! ¡Auxilio!

Ujen.—¡A quién están matando!

Cayet.—¿Qué es eso?...

Sinfor.—Por Dios!

Fabric.—Algún boche.

Carm.—Por Dios, vayan a ver...

Ujen.—No ha de ser ná!

Voz.—¡Vengan, por la Virgen Santísima, ya la mató!

Todos (gritan y salen).—Jesús! (Fabriciano queda al último).

José M.—(Entra primero derecha) (a Fabriciano).—¡Pst! amigo... Fabriciano!

Fabric.—(Mira).—José María ..

José M.—No vale la pena que vaya a ver el boche... no es ná.

Fabric.—Me alegro.

José M.—Tengo que hablar una palabrita...

Fabric.—Conmigo?...

José M.—Sí.

Fabric.—Si es muy largo lo podemos dejar para otro día...

José M.—No; es corto... y es mejor que lo hablemos luego.

Fabric.—Bueno.

José M.—Vos le trajiste un regalo a la Rosa...

Fabric.—¿Yo?... sí.

José M.—Unas carabanas...
Fabric.—Cada uno da lo que puede...
José M.—Así es. (Pausa).
Fabric.—¿Y eso es todo lo que me ibas a decir?...
José M.—No; todavía falta.
Fabric.—Apúrate...
José M.—¿Vos no tenís otra persona a quien regalarle carabanas?...
Fabric.—Yo le regalo a quien me gusta...
José M.—La Rosa te gusta a vos...
Fabric.—Pa qué te lo voy a negar... me gusta...
José M.—A vos te gustan las mujeres con dueño.
Fabric.—Tiene dueño la Rosa?...
José M.—El que da pan a perro ajeno, pierde el pan y pierde el perro.
Fabric.—Y quién es el perro de la Rosa... quiero decir el dueño?...
José M.—Pa qué te hacís el leso?...
Fabric.—...Por qué me cuesta poco...
José M.—No te estís haciendo el gracioso...
Fabric.—...tampoco me cuesta ná...
José M.—Fabriciano... no vaya a ser cosa que tengai que dejar la gracia a un lao...
Fabric.—Tampoco hai pensao en eso...
José M.—Bueno... yo no quiero hablar demás.
Fabric.—¿Y cómo habís estado latiando todo este rato?
José M.—Vos querís sacarme de paciencia?...
Fabric.—Yo no quiero sacarte ná. .
José M.—¿Y qué me querís sacar pu?
Fabric.—Na; qué te van a sacar a vos! (pausa). Bueno... si nada más querís decirme...
José M.—Si ya te lo voy a decir... oye; la Rosa se va a casar conmigo...
Fabric.—¿Sí?...
José M.—Y que no se te olvide.
Fabric.—Algo de eso había oido decir..
José M.—Lo sabías, ¿no?
Fabric.—Pero creí que era mentira...
José M.—Ya sabis que es cierto...
Fabric.—Es que yo te creo poco a vos...
José M., (avanza un paso, amenazante).—¿A mí?
Fabric., (lo detiene con calma).—¡No te afarolis tanto, hombre! Yo no te creo lo de la Rosa porque... los hombres somos así... nos gusta tirar facha... y echarnos la culpa con las mujeres ..
José M.—Yo no me echo la culpa... La Rosa me quiere.
Fabric.—¿A vos?
José M.—¡A mí!
Fabric.—Me parece raro... conociéndote.
José M.—Y qué me conoce...
Fabric.—¡Bah! (con intención).
José M.—¿Ya vas a salir con cuentos de vieja?
Fabric.—Sí... cuentos de vieja...
José M.—Vos sos santo, tal vez.
Fabric.—Yo no soy santo... pero no soy como vos...
José M.—Y qué soy yo...
Fabric.—Jugador... ¿te parece poco?
José M.—¡Pero a mí no me han llevao preso por curao!
Fabric.—José María...
José M.—Ni me han recojío de la calle...
Fabric., (exasperado).—¡Tate callao, demonio!
José M. (sarcástico).—¿Saca pica?
Fabric.—Si a mí me han llevao preso por curao, a vos te habían de haber llevao por ladrón...
José M.—¿Qué?
Fabric.—Por que jugai a la mala... por que le robai la plata a los otros... por que andai con naipe recortao...
José M.—(José María se abalanza contra Fabriciano y éste lo repele y lo arroja al suelo).—Me la vais a pagar...
Fabric.—Cuando querai...
Ujenio. (entrando fondo derecha).—No era ná el boche: dos patás y un suácate.
José M., (rencorosamente).—¿Adónde?
Fabric.—Aonde querai.
José M.—Vamos pa fuera.
Fabric.—Vamos... (van a salir).
Ujen.—(Interponiéndose).—Pa onde van... si ya no hay ná...
Fabric.—No... si ya volvimos...
Ujen.—(Haciéndose gracioso).—Si ya se acabó... era el mestro Pedro que le dió su ración a la Rafaela. . No se vayan...
Sinfor., (entrando).—¡Bueno el hombre tan diablo!
Carmen (entrando).—No hay que meterse en pleitos de casados...
Bautista (entrando).—Al hombre dejenlo y a la mujer no la dejen...
Carm.—Pegarle tanto... por Dios!
Casimiro.—Si no fué tanto... pa qué aumentan.
Ujen.—Un chopazo en ca ojo y una pataita en la nalga...
Cayet.—Bueno, pues... ¿y no se van a servir otro trago antes del asao?
José M.—(A Fabriciano, en voz baja).—¿Más tarde?
Fabric.—A la oración.
José M.—En la cerca vieja.
Fabric.—Bueno.
Ujen.—Sírvanse un traguito. (ofrece vasos).
José M. (recibe).—Salú.

Fabric. (recibe).—Salú.
Ujen. (aparte).—Estos gallos se han probado las estacas...
José M. (devuelve el vaso).—Gracias.
Fabric (id).—Gracias.
Ujen.—No hay de qué ..
Fabric.—Hasta ahora (con intención).
José M. (con intención).—Hasta ahora! (se separan).
Ujen.—¡Armao el panizo!
Cayet.—Quiú, pues, señoritas y caballeros... pasemos a la mesa... las cazuelas llegan a humiar de buenas!
Sinfor.—Vamos.
Carmen.—Pasemos... pues...
Rosa.—Pero es que van a despreciar mi cazuela... porque es de pobre?
Casimiro.—Cómo va a ser eso, señorita... pasemos... (pasan a izquierda).
Fabric.—Carmela.. (en voz baja).
Carm.—¿Qué?
Fabric.—Nosotros nos vamos...
Sinfor., (a Fabriciano).—¿Por qué, Fabriciano?
Fabric.—No me pregunte... si nos vamos...
Carm.—Pero Fabriciano...
Fabric., (a Carmen).—¡Tate callá! Camina.
Rosa.—¿Que se van? por qué! No faltaba más.
Fabric.—Si nos vamos, Rosita.
Rosa.—No y no! Ustedes no se van... buena cosa! Mire, padre!
Cayet.—¿Qué hay?
Rosa.—Fabriciano y la Carmela se van...
Cayet.—¿Ustedes? ¡No faltaría otro embeleco!
Ujen.—¿Por qué se va, Carmelita?
Carm.—Yo no sé...
Fabric. (a Cayetano).—Es que...
Cayet.—Si no te aguanto... no te vais ni a palos...
Ujen (a Carmen).—Si usted se va, yo me muero!
Carm.—Quítese pa allá...
Cayet.—Ya está, Fabriciano... échale pa ailante no más...
Rosa (a José María).—José María.. volviste?
José M.—Sí, ya vis...
Rosa.—Ya lo sabía yo... Si la Virgen me quiere tanto...
Fabric. (mirando a Rosa y José María).—Allí está con él... lo mato! (Vase con todos).
Rosa, (a José María).—Vamos pa entro, José María...
José M.—Bueno; vamos. (Vanse los últimos).
Bau.—(Se ha quedado sentado junto a la mesa derecha; mira salir a Rosa y José María y entona):

Ya está la leche cocía
y el mote pelandosé;
ya está la breva maúra
y el tordo picandolé.

(se levanta).—Bueno. Voy a ver si tamién pesco mi par de tronchas de

asao... No es cosa que toos coman y el cantor quée colgao. (Atraviesa la escena y se encuentra con Fabriciano que vuelve de adentro).

Fabric.—Ella lo quiere... lo quiere...

Bau.—Oye Fabriciano... ¿cómo se presenta el comistrajo por allá entro?

Fabric.—No sé, don Baucha... ¡qué sé yo! Se acabó mi Rosa... mi Rosa...!

Bau.—Qué te pasa! estás hablando solo!

Fabric.—Sí; pero no ve, don Baucha, que ese escandaloso me la quita... no ve como está con ella... y no vé que ella lo quiere...

Bau.—¿La Rosa? ¡pobre chiquilla!

Fabric.—Pobre chiquilla! Ya ve don Baucha lo que es la suerte. Ese ratero se va a casar con ella y la va hacer paecer toda la vía!

Bau.—Y vos lá querís a la Rosa...

Fabric.—¡Ay! don Bauchita... pa qué la conocería, mejor!...

Bau.—La querís... y dejai que se la lleve otro!

Fabric.—¡Yo!

Bau.—Claro... vos; yo no me intereso de casarme con ella.

Fabric.—Pero no ve que ella lo quiere...

Bau.—Pero él no la quiere... ni la merece...

Fabric.—Y deái...

Bau— ...Idiái! Si vos viérais que un ciego iba andando por la orilla de un barranco, ¿no le íbas a decir ná?

Fabric.—Claro... lo sacaría...

Bau.—Si viérai a un chiquillo jugando con cuetes a la orilla del fuego... ¿no le quitaríai los cuetes?

Fabric.—Claro...

Bau—Y si ese ciego o ese chiquillo fueran tu padre o tu hermano...

Fabric.—Bá! entonces...

Bau (interrumpiendo)... entonces serías más malo que tabaco de paquete si los dejárai solos...

Fabric.—Así es...

Bau—La Rosa es pa vos más que tu padre y tu madre...

Fabric.—Don Baucha!

Bau—Déjate de leseras! La mujer tira más que una yunta de bueyes... y por casarse, el hombre se pone más tonto que el vino con agua... Y cuando vos estás viendo a la mujer que te gusta... y que has pensao que te lave la ropa... que va a caer con un zángano como José María, que la va hacer desgraciá y que le va a dar mala vía... vos la dejás sola y la dejás que se caiga al barranco y que se queme... Eso no es de hombre...

Fabric.—Y si ella lo quiere...

Bau—Está ciega...

Fabric.—Si quiere casarse con él.

Bau.—Toavía no se ha casao.

Fabric.—Está bien, pero...

Bau.—Bueno... yo estoy perdiendo la cazuela... y me voy... (encaminándose).

Fabric.—Don Baucha... mire que...

Bau., (se detiene).—¿Qué?

Fabric.—No; lo mejor será que me vaya y no vuelva más... (atraviesa a derecha).

Bau (encamínase de nuevo).—Hasta cada momento. (Yéndose). Ya está la leche cocía y el mote pelándose...

Rosa, (entrando por izquierda, a Baucha).—¿Y Fabriciano? (Fabriciano se detuvo fondo derecha).

Bau., (señalando).—Por ahí anda... (saliendo). Ya está la breva maúra (adentro) y el tordo picandolé.

Rosa.—Fabriciano.

Fabric.—Rosa....

Rosa.—¿Por qué se vino?

Fabric.—Yo... tengo que hacer...

Rosa.—No es cierto...; pa qué dice eso... es que no está contento en mi casa?

Fabric.—Rosa...

Rosa—Ya lo veo... no está contento (pausa). Vamos para allá... La están echando menos.

Fabric.—A mí... quién?...

Rosa.—Todos.

Fabric.—Que se vayan acostumbrando...

Rosa.—A qué...

Fabric.—A no verme...

Rosa.—¿Y por qué? ¿se va a morir?

Fabric.—Ojalá!... No me moriré pero me iré de aquí...

Rosa—Y para dónde?

Fabric.—Pal norte.

Rosa.—Y la Carmela...

Fabric.—Mi hermana se va a casar este otro mes. (Pausa).

Rosa.—¿Y por qué se va, Fabriciano?

Fabric.—Y qué hago aquí... no tengo a naide...

Rosa.—Lo quieren todos...

Fabric.—Sí... mientras les doy que tomar mientras me curo con ellos...

Rosa.—Y para qué toma...

Fabric.—Y qué hago... me aburro... solo.

Rosa.—Cásese.

Fabric.—Ojalá me quisieran... pero yo no soy tan feliz como Ud.

Rosa.—¡Yo!

Fabric.—Claro... A usted la quieren... y usted también... lo quiere... mientras que yo...

Rosa.—Busque novia...

Fabric.—Ya no busco más... encontré una... que me gustaba... y tenía dueño (pausa).

Rosa — Vamos para adentro, Fabriciano....

Fabric.—Si no voy, Rosa... no puedo... me moriría de rabia y de pena...

José M., (entrando izquierda).—¡Al pelo! No me la pudiste quitar allá adentro, delante de todos, y la convidaste pa fuera!

Rosa.—¡José María!

José M.—¡Tate callá, sinvergüenza!

Fabric.—No vengai a sacarme rabia José María... porque soy capaz de agarrarte del pescuezo y retorcértelo como un pollo...

Rosa.—Fabriciano!...

José M.—No me metái susto porque soy enfermo del corazón... y vos, Rosa, anda entregándole a este tigre esas porquerías que te trajo endenantes.

Fabric.—Las carabanas...

José M.—Sí... las famosas carabanas que le trajiste...

Rosa.—José María... ya te dije que...

José M.—¿Qué estás rezongando?

Rosa.—¡Yo te dije que no me pidieras eso!

José M.—Vos verís... pero te alvierto que si no se las entregái va a ser pior.

Fabric.—¿Por qué va a ser pior?

José M.—Vos no tenís que meterte en las cosas mías. Ya hablaremos los dos... ya sabís aonde y a qué hora.

Rosa.—José María... qué van hacer...

José M.—Ya está; dejate de leseras y saca esas carabanas...

Rosa—No las tengo aquí.

José M.—Anda a buscarlas.

Rosa.—Si no las entrego, José María... no las entrego... Cuando seáis mi marío te daré el gusto en too; pero antes no le hago un desprecio a naide.

José M.—¡Ah! ya sé... querís tenerlos a los dos... por si una vela se apaga, la otra quea encendía... Claro!

Fabric.—...¿Será cierto?

Rosa.—Mentira! yo no le hay dicho a naide que lo quiero... más que a vos.

José M.—A otro que te crea...

Rosa, (suplicante).—Si es cierto, José María, yo te quiero a vos no más... a vos solito...

José M.—Mentira.

Rosa.—No me estís insultando por Dios, yo me casaré con vos no más...

José M.—¿Conmigo? Andate a la misma punta el cerro (la toma del brazo y la zamarrea).

Fabric.—Mira, José María, no le peguís a una mujer...

José M.—¡Y vos te vais ya sabís dónde! yo hago lo que se me antoja con lo mío... esta mujer es mía. (La arrastra a un lado).

Fabric.—Toavía no te habís casao con ella!

Rosa.—¡Suéltame, José María! (forcejea).

José M.—Que te suelte... (levanta la mano).

Rosa.—¡Suelta, canalla!... (se desprende).

José M.—¿Qué?

Rosa—Canalla... cobarde... no te creía capaz de pegarme...

José M.—Rosa... mira que...

Rosa.—No te acerquís... te tengo odio... te tengo asco.

José M.—A mí...

Rosa.—Sí, a vos, canalla. (Llorando). Ya se me ha caído la venda de los ojos... me levantaste la mano... ni mi padre... me ha pegado nunca... Andate... no quiero verte más.

Fabric.—No...

José M.—Que te lleven preso... que habís estao preso quien sabe por qué...

Fabric.—¡Por curao!...

José M.—Quién sabe...

Fabric.—¿Cómo quién sabe?...

José M.—En la curadera se cometen tantas cosas...

Fabric.—Yo nunca, nada... mentira!

José M.—Quién sabe!

Fabric.—Calla la boca, José María...

José M.—Cásate con la Rosa no más...

Fabric.—¡Oye! La Rosa no se casará conmigo... porque no me quiere... porque yo no soy... el feliz... pero si ella me quisiera...

Ignacia.—José María...

Fabric.— ...Si ella quisiera casarse conmigo yo no tomaba... renunca más.... por Diosito...

Ignacia.—Vamos... José María...

Fabric.—Y todo lo que ganara sería pa ella.. pa ella; y yo no sería como vos, cobarde...

Rosa.—Fabriciano!

Fabric.—Que le pegáis a las mujeres... cobarde... Jugador... (se quiere abalanzar).

Rosa.—No, Fabriciano (lo sujeta).

Fabric.—Ladrón...

José M.—Lad... (se abalanza con cuchillo).

Ignacia (sujeta a José María).— No, por Dios, José María...

José M.—¡Quítese, señora! (con aspereza).

Ignacia.—No... no, mi hijito (lo sujeta).

José M. (La rechaza).—Quítate pa allá... (la arroja al suelo y pasa a pelear con Fabriciano).

Ugenio (aparece en tiempo oportuno, levanta a Ignacia y toma por detrás a José María que lucha con Fabriciano. Lo

arroja al suelo y le quita el cuchillo).— Ni aunque fuérai borracho, lairón y asesino... toavía podíai tener perdón de Dios... Pero el que le pega a la madre merece que le corten la mano pa que no se la pase nunca a un hombre honrao.

José M. (Se levanta; con odio).—Vos me la vas a pagar... (Vase).

Ujen.—¡Qué te voy a pagar yo... boca de alpargata vieja!...

Ignacia.—José María... José María... Espéreme... (se encamina detrás de él).

Fabric.—Dejeló, señora... dejeló...

Ignacia (saliendo).—Mi hijito... José María, tan desgraciado!... (sale llorando).

Ujen.—Aí, tenís; esa señora se va enojá conmigo ahora...

Rosa.— Quién tuviera madre!... madre mía... (Vase) ¡quién te tuviera ahora!...

Fabriciano.—Rosa mía!

TELON

EL JARDIN DEL REY

Por

Paul y Víctor Margueritte

(Continuación)

Por corredores, antiguos cuartos de baño y un salón llamado, no se sabe por qué, el gabinete de las Pelucas, se llegaba a la escalera de la fragua, en lo alto de la cual Rosa quiso ver el escondite donde Luis XVI, con las manos negras, trabajaba en otro tiempo en compañía del miserable Gamain, cuyas delaciones en los días de la revolución no supieron respetar la majestad de la desgracia.

Sicart se había repuesto y hablaba ya con más verbosidad, dichoso al ver que sus palabras encontraban eco. No tenía, como Roberto Dumerchin, ese tono doctoral que parece indicar suficiencia, ni tampoco esa elocuencia algo vaga que hace pensar en la charlatanería del *cicerone*. Se notaba que la Historia le era familiar, y que animaba los recuerdos pequeños y los grandes con una erudición y una sensibilidad que le eran propias. Hablaba con sencillez, con una timidez animada que deseaba interesar y agradar, pero en la cual se manifestaba una especie de sumisión, un religioso respeto de que Rosa se sentía halagada.

Hasta entonces se había dejado llevar por la existencia agradable y luminosa que se abría ante ella. El sentimiento delicioso y turbador que había agitado sus nervios haciéndolos vibrar con llantos y risas inmotivadas, y que desde hacía unos días la tenía como aturdida, con cualquier cosa renacía y todo lo avivaba. Pero hasta entonces no había encontrado a su alrededor más que indiferencias o codicias. Aunque pudiera dar su verdadero nombre a los rostros que veía sonreir, un Lacaille, un Dumerchin, se daba clara cuenta de que en ellos evocaba a otro que no era ninguno de ellos. Se había conmovido, y pudiera ser que todavía se conmoviera a su lado; pero a la manera que podían emocionarla los heraldos que preceden al príncipe, a ese príncipe Hechicero que es el amor para el corazón infantil de las hermosas que despiertan.

Entonces, en lugar de sufrir una influencia, imponía la suya. La turbación que otros la habían hecho sentir, ella la comunicaba a su vez. Era una sensación nueva, que por lo pronto no le había proporcionado más que una satisfacción de amor propio, y que poco a poco, por una especie de movimiento reflejo, la enternecía.

Habían entrado en las grandes salas que tomaban luz del patio de mármol, y después de la cámara de Luis XV atravesaron el "Ojo de buey".

El arquitecto propuso dar una ojeada a las pequeñas habitaciones de la Reina que tenían entrada por allí; pero quedaban por ver las nuevas salas del piso bajo, antiguo departamento del Delfín, donde según el método que debió de presidir a la primitiva instalación del museo, acababan de colocarse cuadros y muebles, que teniendo relación con la historia especial de aquellos lugares o con los personajes que vivieron en ellos, reconstituían en cuanto era posible su antigua fisonomía. Rosa, fatigada, propuso ir allá en seguida.

Era preciso atravesar la sala de guardias y la antecámara del Rey antes de llegar a la magnífica escalera de la Reina. Curiosas vistas de antiguos palacios reales adornaban ambas habitaciones.

—Esa es una de las preciosas colecciones del museo—dijo Sicart,—menos por el valor intrínseco de los cuadros que porque recuerdan esplendores desaparecidos: Marly, Clagny, Saint-Claud, Meudon. ¡Qué destino ha pesado sobre estas grandes residencias, y cuán pronto el tiempo las ha llenado de ruinas! Nunca paso por aquí sin sentir melancolía.

En la meseta de la escalera de la Reina señaló la puerta de otra sala.

—¡Por ahí paso siempre maldiciendo a Luis Felipe y a su arquitecto! Sin tomarse la molestia de mirar un plano, sin tener idea de lo que destruían, hicieron desaparecer

uno de los lugares que hubiera debido ser entre todos respetado. Durante más de treinta años latió ahí el corazón de la Monarquía. Ahí se cruzaban los hijos que formaban la trama de los destinos de Francia y de Europa. Ahí es donde envejecía madame de Maintenon. ¡Recordáis las páginas de Saint-Simón, que tienen el claro-obscuro del agua fuerte? Tengo entre mis papeles el calco de plano de 1714 publicado por Dumortain, donde está detallado todo ese departamento; las dos antecámaras del entresuelo, el dormitorio con su alcoba estrecha y sombría y su reducido retrete de muebles de rejilla; después el pasillo oblícuo, con sus cinco gradas, que conducían al gabinete donde todas las tardes la duquesa de Borgoña se distraía con las damas de su intimidad. Los únicos que tenían entrada allí eran Monseñor y sus hijos. Allí se abría una pequeña escalera que conducía directamente a las habitaciones del duque de Borgoña, y permitía no pasar por el dormitorio, santuario reservado al Rey. Y esto era todo. En las "Estampas" hay un diseño de la chimenea de la cámara. Esto, con los detalles de Saint-Simon, es todo lo que permite reconstituir la estrecha vivienda donde aquella verdadera reina, más que reina, aunque no ostentaba este título, regía el mundo para el cual, como decía ella misma, seguiría siendo un enigma. La mesa del Rey estaba a la izquierda de la chimenea, al lado del gran gabinete; un sillón adosado al muro, una silla de tijera para el Ministro, y otra para su cartera. Al otro lado de la chimenea, detrás de una pequeña mesa, estaba madame Maintenon como embutida, erguida en su sillón, como en el fondo de un nicho forrado de damasco rojo.

Excitado por la grandeza de estos recuerdos, Sicart continuó, no sin que le alentara la mirada atenta de Rosa:

—¡Qué melancólico y solemne espectáculo! ¡Aquel viejo egoísta, hinchado, con los cabellos blancos asomando por debajo de su peluca, y aquella mujer austera, arrugada y todavía hermosa, que tenía tanto talento como ingenio! ¡No conozco nada más fúnebre que el final de aquel reinado, manchado con la sangre de las "dragonadas", agotado por el hambre y la miseria, y en la postración originada por tantas reveses y por la soledad de tantos muertos! ¡Un supersticioso creería ver en ello el castigo impuesto por una voluntad divina, como primer rescate de aquel Versalles de pompas y de placeres!

—Una de las figuras que más me interesan —dijo monsieur de Vernay—y que no puede separarse del recuerdo de madame de Maintenon y del Rey, es la de la encantadora duquesa de Borgoña, cuya muerte, ocurrida cuatro días antes que la de su marido, hizo sonar el toque de agonía más triste de cuantos se oyeron al fin de aquel reinado.

El Barón era de los que creen—y su manía le daba especial motivo para ello— que el advenimiento al trono del piadoso y sabio duque de Borgoña, instruído con las enseñanzas de Fenelón, del duque de Beauvilliers y (¡ah, Dios mío, sí!) de Cherzeuse y de Saint-Simón, quizás hubiera disipado la tempestad popular que ya iba formándose, y que sesenta y cinco años más tarde estalló tan formidablemente.

—¿Por qué no me habéis dado a leer nunca nada que le concierna?—preguntó Rosa a monsieur de Vernay.

Como todas las cosas nuevas, aquel descubrimiento de Historia la entusiasmaba. Tenía un espíritu ávido de saber, un instinto delicado, y comprendía que el estudio de lo pasado no podía menos de ilustrar y afinar uno y otro, dándole una noción más exacta de lo presente. La sorprendía haber vivido tanto tiempo en aquella ciudad, donde cada piedra conservaba un sello glorioso, cuyo palacio y cuyo parque eran como un gran libro abierto sobre el cual no había más que inclinarse para aprender, en vez de apartarse de él como de cosas tristes y muertas, como de un campo desierto donde ya su juventud no tenía nada que espigar. Creía oir por primera vez esa muda e instructiva lección que emana de las cosas. No se daba cuenta de que frecuentemente había oído decir y repetir a su tío todo aquello; pero lo había oído sin entenderlo. Otra voz daba entonces diferente sentido a las mismas palabras.

Monsieur de Vernay contestó:

—¡Pero, niña, si tienes sobre la mesa el último libro del conde Haussonville, "La Duquesa de Borgoña"!

Sicart indicó varias obras más; pero siempre era necesario volver, dijo, al retrato de Saint-Simón. El lo sabía de memoria, y en algunas palabras resumió la inolvidable pintura. "Regularmente fea, con las mejillas colgonas, la frente demasiado pronunciada, nariz inexpresiva, labios gruesos, cabellos y cejas de color castaño obscuro y muy abundantes; los ojos más alegres y bellos del mundo; pocos dientes, y todos podridos, de los cuales era la primera en burlarse; color precioso, lindo cutis; breve garganta, pero admirable; cuello largo con un leve indicio de paperas que no le sentaban mal; movimiento de cabeza elegante, gracioso, majestuoso, y lo mismo la mirada; expresiva la sonrisa, el talle largo, redondo, fino, flexible,

perfectamente modelado, y un modo de andar de diosa sobre nubes; era agradable hasta el extremo.''

Después animó la imagen con algunos detalles vivos del texto. ''Seria en público, comedida y respetuosa con el Rey, tímida y benevolente con madame de Maintenon, a quien no llamaba nunca más que ''mi tía'', para confundir graciosamente la jerarquía y l amistad. En el trato particular era habladora y juguetona, revoloteando alrededor de ellos; tan pronto encaramada en el brazo del sillón del uno o de la otra, tan pronto jugando sobre sus rodillas, saltaba a su cuello, los abrazaba, los besaba, los acariciaba, los abrumaba, les tiraba de la barba, los atormentaba, escudriñaba sus mesas, sus papeles y sus cartas, que abría y leía, a veces contra la voluntad de ellos, cuando los veía propicios a la risa.''

Citó también esta humorada, que Rosa no conocía, y que la hizo reir:

—La Duquesa era tan atrevida, que oyendo una noche hablar al Rey y a madame de Maintenon de la corte de Inglaterra y de la reina Ana, dijo: ''Tía, hay que confesar que en Inglaterra las reinas gobiernan mejor que los reyes. ¿Y sabéis por qué, tía?''. Y siempre haciendo cabriolas y saltando, añadió: ''Porque detrás de los reyes son las mujeres las que gobiernan, y los hombres gobiernan cuando reinan las mujeres''. Y lo admirable—añade Saint-Simón—es que los dos rieron y declararon que tenía razón.

Habían llegado a las salas del piso bajo.

—¡No las conozco!—dijo monsieur de Vernay.

—Estas son las antiguas salas de los Mariscales. Hemos quitado de aquí los lienzos que las llenaban de punta a punta, y donde estaban en formación, como lo recordaréis, aquellas melancólicas filas de figuras apócrifas y chabacanas copias. En lugar de las antiguas ensambladuras, irremediablemente destruídas en tiempo de Luis Felipe para instalar a esos intrusos, hemos colgado estos tableros blancos y dispuesto estos curiosos y bellos retratos de la época, casi desconocidos y relegados al olvido en las buhardillas o en los ocultos rincones del Palacio. Así, estas cámaras, que habitaron sucesivamente monseñor el duque de Borgoña, la duquesa de Berry y el Regente; donde vivió el delfín, hijo de Luis XV, y donde han nacido Luis XVI, el conde de Provenza y el conde de Artois; donde, reemplazando a María Antonieta, delfina, vino a conspirar contra María Antonieta, reina, el que había de ser Luis XVIII, estas cámaras no hace mucho tiempo saqueadas, gracias a la iniciativa del señor Nolhac, han recobrado muchos de sus huéspedes primitivos, y bastante también de su antiguo ambiente.

El arquitecto mostró al paso algunos de los cuadros más notables: los pintados por los Rigaud, y en los cuales se ostentaba en plena juventud la altanera suficiencia de Dangeau, o la fuerte y jovial razón de Boileau. Más lejos había un Coypel que reproducía la sorprendente mascarada en que Pontchartrain se mofó del orgullo de Luis XIV agonizante; la supuesta recepción en la galería de los Espejos de embajadores persas, que eran simples comerciantes disfrazados. Rosa miró curiosamente al viejo Rey erguido bajo el peso abrumador del vestido de oro y negro que estaba recargado con doce millones y medio de diamantes. El niño que estaba a su lado con un gorro cubierto de pedrería era Luis XV, a los cinco años de edad, llevado en andadores por madame de Ventadour.

Sicart indicó además otros cuadros, y abrió también el antiguo gabinete donde el Regente se desplomó una tarde sofocado por la aplopegía; dependencias estrechas y el panteón, sombrío recinto por el cual mostraba el Delfín particular preferencia. Cerca de allí afluían dos escaleras, único resto: la una que quedaba intacta del castillo de Luis XIII, por donde Richelieu pudo encontrar a su maestro en la mañana del día de los Santos Inocentes; la otra era por donde iban los hijos de Francia a los gabinetes de María Antonieta, y de cuyos muros pendían todavía las dos grandes hileras de anillos de los antiguos pasamanos, el más bajo de los cuales estaba al alcance de los niños. Los dedos de Luis XVI se habían posado allí con frecuencia.

Así desfilaban en una vecindad imprevista los más sorprendentes cortejos. Sicart hablaba sin pedantería, dando color a las cosas con vivas imágenes, animando a las personas con un luminoso pensamiento. Con una modestia que complacía mucho a Rosa, evitaba poner de relieve los conocimientotos de su profesión y el uso que podía hacer de ellos en aquellas restauraciones, donde era preciso aplicar a la piedra y a la madera hábiles manos.

Como especialista de mérito, hubiera podido, como cualquiera otro, proponer en los concursos de Exposiciones o de grandes construcciones algún proyecto donde la imitación de estilos se mezclase agradablemente con la arquitectura de hierro y de cristal que caracteriza a los ''halls'' y a las estaciones modernas, templos nuevos de la actividad pública. Sin duda en otras circunstancias lo haría; pero habiendo vivido

hasta entonces sin grandes ambiciones, había dado rienda suelta principalmente a sus gustos de artista y de erudito en funciones donde uno y otro tenían que intervenir más aún que el arquitectónico.

Muy joven aún, pues apenas tenía treinta años, llevaba en su querido Versalles una tranquila vida de estudio, dedicado a sus lecturas y a la constante vigilancia que exigía el cuidado de aquel inmenso palacio, y en el parque, las fuentes y las estatuas. Era el brazo derecho del arquitecto jefe, y aunque el mundo elegante de Versalles lo ignoraba, muchas Memorias y una noticia consagrada a Mansard habían dado a conocer su nombre en ilustres corporaciones.

No era extraño, sin embargo, que una Luisa Durdelle le tuviese en nada, puesto que voluntariamente se aislaba del mundo, fuera del cual, a los ojos de Luisa, como de la mayor parte de los hombres y las mujeres que a él limitan su horizonte, nada existe. Si vivía retraído en un alejamiento que—preciso es confesarlo—siempre era correcto, ¿era que reconocía su inferioridad, debida sin duda alguna a su modesto abolengo o a una pobreza irremediable? Tacha imperdonable, puesto que la aceptaba. Rectitud que nadie estimaba y que parecía injuriosa como una censura a quien, por el contrario, agotaba su ingenio en disimular tachas análogas. ¿O bien obedecía su abstención al desdén que le inspiraba el mundo? ¡Esto era más imperdonable todavía! ¿Era que indigentes como las Durdelles, cuya existencia pendía exclusivamente de las apariencias sociales, podían consentir que alguien se librara de su tiranía? Y los ricos, como Dumerchin, ¿podían sufrir, por otra parte, que quien tenía menos fortuna afectase la especie de superioridad que denotaba el hecho de prescindir de ellos?

Enrique Sicart soportaba con tanta más facilidad la especie de reprobación a que le condenaba aquella camarilla, cuanto que sentía por las personas que la formaban la mayor indiferencia. No existían para él, como él no existía para ellas. Hijo único de modesta familia burguesa, había perdido a su madre cuando contaba tres años de edad. Monsieur Sicart padre era negociante, y murió cuando Enrique contaba dieciséis años. El arquitecto gozaba de una posición bastante desahogada, puesto que, con su sueldo oficial, su fortuna se elevaba a cerca de diez mil libras de renta. Tenía "esperanzas", como decía madame Dumerchin, que no deseaba ver realizadas en breve, pero que se cumplirían a la muerte de una tía suya, duplicando la renta que disfrutaba. Pero como fué educado en una estricta economía, como no tenía grandes necesidades y sus caprichos no pasaban de otros dispendios extraordinarios que la compra de algunos buenos libros, vivía de manera tan modesta, que apenas si gastaba la mitad de su renta. Vivía en un piso alto de una casa vieja, en una calle muy tranquila, y servido por una ama de llaves, única mujer que se había visto entrar en aquel cuarto secreto, atestado de planos, cartulinas y librotes.

He aquí lo que a la primera investigación hubieran visto los maldicientes. Pero a él, como a casi todos, según acostumbra, el mundo le había juzgado por las apariencias. Como el interesado desdeñaba hacerse notar, por la sencilla razón de que ignoraba el juicio que de él formaban (y si lo hubiese conocido le habría tenido sin cuidado), dicho juicio había tomado fuerza de ley. Era necesaria la espontánea independencia del carácter de Rosa, alentada por las sanas ideas de miss Seven y la coincidencia de las manías de su tío, para que no participase de la impresión general.

No era por exaltación del amor propio por lo que Enrique había estado y seguía estando retraído. Su timidez natural, su poca inclinación a los placeres, que consideraba vanos, y el poco aprecio que hacía de las obligadas mentiras que exige el trato mundano, habían bastado desde el principio para justificar su alejamiento. Cuanto más se apartaba, mejores razones creía encontrar para perseverar en su conducta. Verdaderamente no había nadie que le inspirase simpatía bastante para hacerle renunciar a sus costumbres, y mientras más tiempo pasaba, más amaba la soledad. Para complacerse con una amistad hace falta una previa iniciación, y para afianzarla y deleitarse con ella es preciso familiarizarse con el trato. En suma, no le pesaba su soledad. Era dichoso.

Lo fué y estuvo libre de inquietudes hasta el día en que, después de haber visto muchas veces a monsieur de Vernay y de entablar con él relaciones algo asiduas a las cuales los impulsaban sus comunes inclinaciones, acabó por encontrarse en presencia de Rosa.

La primera impresión que le produjo aquella aparición fué de sorpresa; al principio grata, pero no tardó en traducirse en atrabiliario mal humor. Durante algunas horas su pensamiento estuvo fijo en esta idea: "¡Es muy linda!" Después durante muchos días se le ocurrió esta otra: "¡Sí; es una linda muñeca! ¡Sin duda alguna, será una de esas muchachas que tienen poca cabeza y menos corazón, fútiles, sin otra preocupación que el tocado y el casamiento!

Cuando volvió a verla y, con gran asom-

...apoyada en la miss, cuyos brazos la envolvían con maternal caricia.

bre suyo, le pareció sencilla, recta y buena, en vez de sentir placer al reconocer su error, casi se entristeció por su descubrimiento. No de repente, pero sí después de un breve arrebato de simpatía, pensó de nuevo: "Mademoiselle de Vernay es demasiado rica. Forzosamente se casará con un hombre de su clase, de su educación y de su fortuna." Más tarde, una hermosa mañana, después de una noche de ensueños, se preguntó brusca-

mente: "Pero, ¿qué me importa a mí esto?" No pudo contestar negativamente: tuvo que confesar "que le interesaba algo". Pero retrocedió ante un análisis más profundo, vacilando en el umbral del mundo misterioso que temblando entreveía. Volvió con más ahinco a su trabajo, queriendo fatigar el cuerpo para fatigar el alma, aunque sufriendo en mayor grado cada vez que volvía a verla la turbación, a la vez temida y codiciada, que Rosa le producía. De ahí la actitud embarazosa, las maneras ariscas, los saludos esquivos, las retiradas súbitas que parecían huídas, de las cuales las jóvenes y Rosa misma, se burlaban.

Por último, cediendo a la insistencia del Barón (el buen hombre no sospechaba nada), se decidió la visita al Palacio, aquella amable jornada que Enrique Sicart no olvidaría. La vió llegar sin temor, y había sufrido cruelmente con la hostilidad que la joven tan caprichosamente le había manifestado a su llegada; pero después, sobreponiéndose a la timidez que era para él un verdadero suplicio, había concluído por reponerse. El deseo de agradar había puesto en sus labios sin que él mismo lo advirtiera, cuanto en él había de ciencia, de emoción, de ingenio; esa llama interior de las palabras que llegan al corazón porque de él vienen.

—¿Sabes qué hora es, Rosa?—perguntó monsieur de Vernay sacando del bolsillo del pantalón un viejo reloj de plata, recuerdo de un abuelo desconocido, y que estimaba tanto por su exacta marcha como por el mérito de su antigüedad.

—No tengo idea—contestó ella.

—Son las cinco. ¡Hace tres horas que vinimos!

—No lo había notado—contestó la joven aturdidamente.

Al punto, viendo que una intensa alegría iluminaba el rostro de su compañero, apartó la mirada de él para no cruzarla con la que sentía que el arquitecto fijaba en ella resplandeciente de infinita gratitud.

¿Qué era lo que pasaba por ella? Estaba a la vez conmovida y confusa, y sentía además una ligera irritación contra aquella insolente gratitud, sin reflexionar que era ella quien la había provocado. ¡Iba un poco de prisa monsieur Sicart!

—¿Dónde estamos?—preguntó la joven.

Elegantes retratos de mujeres, pintadas unas con la pompa de los ampulosos trajes de corte y otras con los sencillos atavíos de las divinidades, cubrían los muros de un gran salón de seis ventanas, tres de las cuales estaban situadas al Oeste y daban al parterre del Eau, y tres al Mediodía, el parterre de l'Orangerie. Era el antiguo gabinete del Delfín, y las princesas retratadas eran Madames, hijas de Luis XV, embellecidas por Nattier.

—Loque (1), Coche (2), Chiffe (3) y Graille (4), como los apodaba su padre—dijo monsieur de Vernay.

Rosa, con la frente pegada a los cristales, miraba sin verlos las ninfas y los faunos de Keller, estirando o encogiendo en el cristal de las fuentes sus verdosos bronces. Por entre las copas de los árboles se divisaba la lejana perspectiva del Tapiz verde y la superficie argentada del Gran Canal rielando la luz de la tarde. Como si pensara en algo —pero, ¡dichosa ella!, no pensaba en nada, y esto era precisamente lo que le daba aquel aire de visionaria,—se estremeció. Sicart se excusó. Aquella misma tarde tenía que ir a la fuente de las Cúpulas para enterarse de si los trabajos adelantaban.

—¿No tienes cita con tus amigas en el Jardín del Rey?—preguntó monsieur de Vernay.—Porque podríamos bajar juntos hasta la alameda del Invierno.

Gozoso el arquitecto de prolongar aquellas horas pasadas tan de prisa—¡ella misma lo había confesado!,—se apresuró a ordenar al guarda que abriese una de las grandes puertas. De pié en el amplio escalón mientras que el guarda cerraba desde el interior, Rosa aspiró el aire con delicia. Como besada por el esplendor del Sol poniente, que declinaba frente a ellos, la joven, hinchendo con alegría los pulmones, saboreaba la intensa sensación del espacio y de la libertad. A la larga el inmenso palacio, con el peso de sus pavorosos recuerdos y su demasiado uniforme grandeza, causaba alguna fatiga.

Tampoco estaba descontenta de sustraerse a la influencia de las conversaciones que tan rápidamente la habían seducido, y de la presencia de sí misma, que la soledad de las salas le parecía hacer, por decirlo así, más íntima. Además, como un niño que acaba de coger un arma y con la inconsciencia de una cándida alegría la prueba para divertirse, no estaba descontenta porque había causado una impresión semejante—sí; ella, su juventud, su belleza y su gracia (todo esto era más bien instintivo que razonado); no estaba descontenta de ensayar sobre su víctima la eficacia de esa arma de mujer, tan cruel para el que ama, esa nueva arma cuyo poder, ya conocido, la encantaba: la coquetería.

Desde luego, le haría pagar la espontaneidad que había tenido su franqueza en confesar el placer que le causó aquella larga

(1) Pingajo.
(2) Cochina.
(3) Tirifaña.
(4) Graznido.

visita. Decidida a ello, bien pronto se absorbió en sus pensamientos, aparentando no querer oir las lindas cosas que, referidas a monsieur de Vernay, visiblemente iban dirigidas a ella. Además, monsieur Sicart hubiera dado prueba de ser discreto separándose de ellos en seguida. Con natural mala fe, lo que era un homenaje lo convirtió en un agravio.

Aquella súbita frialdad, inexplicable para quien no podía sospechar la infinita complicación de un alma de muchacha joven, aunque sea la mejor de todas, cayó sobre Sicart como una teja. Su elocuencia se agotó de pronto. En vano se devanaba los sesos para adivinar la causa de aquel cambio desconcertante. No encontraba ninguna explicación satisfactoria. ¿Por qué la había desagradado? Misterio sobre el cual cavilaba dolorosamente. Una sola cosa era indudable: que la había desagradado, y esta certidumbre le laceraba el alma.

Durante aquellas tres horas que no habían sido más que un relámpago se había dejado llevar ingenuamente por el delicioso correr de los segundos. Conociendo que era escuchado y comprendido, una confianza súbita, inexplicable, irresistible, le había arrastrado transportándole a un cielo azul, donde el tiempo, el espacio, las mil contingencias de la vida, todo se disipaba, flotaba imponderable, luminoso y límpido. Quedó, pues, maltrecho con la inopinada caída. Entonces, desesperado de explicárselo, y aceptándolas con rabia tanto más dolorosa cuanto que redundaba en mengua de Rosa, se hacía estas reflexiones: "¡Pobre imbécil; te está bien empleado! ¡Has tomado tus sueños por realidad! ¿Cómo una señorita como la du Vernay, con todos los prejuicios de su casta, y además, el mercado del dinero, puesto que es rica, odiosamente rica, podría interesarse por ti más de cinco minutos? ¡Inocente! ¿No es verdad que te desprecia? ¡Te tiene en nada! ¡Como todas sus semejantes, está separada del resto del mundo por el abismo de la dote!"

Por un fenómeno frecuente, a medida que con el pensamiento se alejaba de ella misma, se apartaba de él, viendo endurecerse aquel rostro que pocos minutos antes le había parecido encantador. Lejos de conmoverse por aquellas miradas vagas y tristes, por aquella frente lúgubre, por aquel amargo sonreir, no estaba muy lejos de tacharlos de inoportunos.

Monsieur de Vernay, que desde que salieron del Palacio prestaba escasa atención a los discursos de Sicart, salió de su ensueño por el prolongado silencio, y sintió un principio de malestar. Miró a Rosa, que fingió una completa indiferencia. Miró al arquitecto, que absorto contemplaba a cada paso la punta de su bastón. Sin duda Sicart había caído a su vez en una de las divagaciones que tan frecuentes eran en él. Cordialmente, para dejarle entregado a sus pensamientos y, por otra parte, para no dejar que la conversación languideciera, el Barón dijo volviéndose hacia Rosa:

—Esta es la hora en que están más hermosos los jardines. A estos grandes parterres les convienen los rayos del Sol poniente. Sólo con ellos despliegan todo su encanto. Ahora se goza con el calor apacible y con la luz, que antes de morir nos envía su resplandor supremo.

Por las extensas rampas adornadas con macetas y bordeadas por un muro de boj, que exhalaba un olor acre, habían pasado más allá de la Latona, y atravesado los parterres que rodean más abajo las fuentes de Lezards. Estaban próximos a la pendiente del Tapiz verde. Monsieur de Vernay se detuvo en aquel sitio.

—¿No es verdad que éste es el verdadero punto de vista del paisaje?

Preguntado directamente, Sicart afirmó.

—Sí—dijo dirigiéndose a Rosa con las secreta esperanza de enternecerla.—Este es el sitio que escogió Luis XIV en el itinerario cuidadosamente descrito y detallado de su mano para que se detuviesen los viajeros y los curiosos que desde todos los puntos de Europa vienen a Versalles para conocer a Francia.

Tenía un aire desolado y sumiso, una expresión de profunda y suplicante tristeza; y esto sin que ninguna otra cosa hablara en él más que involuntariamente, porque, temiendo enajenarse definitivamente la voluntad de Rosa, de intento no levantaba los ojos.

Al observarle—porque, maliciosa como era, no desdeñaba gozar de su victoria—experimentó una extraña sensación, tan fuerte, que conmovió hasta el fondo de su alma. Era un poco de piedad, de ese instinto del corazón que la había dirigido hacia Lacaille el día de las carreras cuando bruscamente le vió caer debajo de su caballo. Era al mismo tiempo, y sobre todo, una dulzura infinita, que corría como una oleada de leche hasta por sus más pequeñas venas. Un triunfo infantil, pero con el cual toda mujer se regocija embriagándose con una alegría tan viva, tan sutil, que se sorprendió de no romper a cantar.

Se esforzaba en disimularlo. La fuerza y la novedad de lo que sentía la enervaban. Ya no le inspiraba Sicart ni la sombra de un resentimiento; pero, en cambio, tampoco ningún arrebato. Si hubiesen tenido más in-

timidad, no se habría atrevido a mirarle francamente, como poco antes había podido hacerlo en el Palacio. ¿Era que se había extinguido la simpatía? Todo lo contrario: Rosa la sentía aumentada, hasta el punto de que hubiese temido aun reflexionar en ella. Este oculto pensamiento la trastornaba a su vez. Y sin embargo, se sentía segura cerca del arquitecto. No había adivinado nada de lo que él pensaba acerca de ella, y atribuía su tristeza a lo imprevisto de su actitud esquiva.

—Si no fuera abusar de la complacencia de monsieur Sicart—dijo,— podría acompañarnos a visitar otro día los bosquecillos del parque. Aparte de los cuadros del Mediodía, donde toca la música, y del Jardín del Rey, a causa de las entrevistas que allí tenemos, creo que no conozco casi ninguno.

Al oir estas palabras el rostro del joven se iluminó, transformándose de sombrío en resplandeciente. Hubiérase dicho que a medida que ella hablaba se disipaba una espesa nube dejando ver el azul del cielo. La miró, y luego contempló el extenso parque, el cielo luminoso y profundo, como si por primera vez lo viera en todo su esplendor. Volvió a ser ingenioso, elocuente, seductor.

Descendían por el paseo Real hacia el gran óvalo de la fuente de Apolo, donde el agua tranquila brillaba como un espejo de plata herido por el sol. El deslumbramiento los hizo cerrar los ojos. La magnificencia de los lejanos follajes, de los bosques que se perdían en lontananza a cada lado del Gran Canal, semejante a un inmenso cristal, la agradable irradiación de luz sobre el grandioso panorama, la juventud que precipitaba los latidos de su corazón; todo contribuía a hacer singular aquel instante.

Pisaban el tenue césped, y no se sentían pesar sobre la hierba. Todo el Tapiz verde estaba constelado de minúsculas estrellas blancas, margaritas de los prados con el corazón de oro. Rosa hubiera deseado inclinarse para coger una, y deshojarla lentamente murmurando a media voz el dulce estribillo: "¡Me ama..., un poco..., mucho... apasionadamente...!"

¿El? La joven estaba en ese momento de alba en que nada se precisa por falta de luz, y en que todo se adivina. ¿El? No era nadie, y era, sin embargo, alguno; alguno que estaba allí cerca, muy cerca de ella; pero retrasaba el momento de confesárselo, evitaba hasta mirarle, no queriendo que su sueño revistiese tan pronto la forma que en el fondo de su alma le había dado.

—Ya estamos en el límite de nuestros dominios—dijo monsieur de Vernay.

Rosa experimentó un brusco estremecimiento con aquella detención inesperada. Hubiese caminado así mucho tiempo, indefinidamente.

El Barón designó la bóveda que formaban los árboles inclinando sus ramas sobre la verde sombra del paseo.

—Dentro de dos minutos estaremos en el Jardín del Rey.

Los tres quedaron inmóviles un momento contemplando la perspectiva sin fin de los árboles y del agua, en medio de la cual, en la fuente de Apolo, la gloriosa cuadriga se encabritaba bajo las riendas del dios, pulverizando el agua en gotas azul y oro. Luego, vueltos hacia el lado del Palacio, saludaron su gigantesca masa, que destacaba en pleno cielo los trofeos de los balaustres. Los oblícuos rayos del sol incendiaban las ventanas, que como otros tantos ojos inflamados reverberaban la luz, irradiando la gloria de las consagraciones, las antorchas resplandecientes de las victorias pasadas, recordando dos siglos de poder, de gracia y de belleza.

Pero era tan fuerte el sentimiento de que estaban penetrados y sublimados Enrique y Rosa, él con una inconsciencia de la cual gozaba hasta el delirio, y Rosa también sin notarlo, que no se sintieron humillados por tan augusto esplendor. Aquel espectáculo sin igual, que prolongaba hasta lo infinito los recuerdos de lo pasado, la majestad de la muerte, ellos lo llenaban todo entero con el espejismo del amor.

—¡Hasta la vista, mademoiselle!—dijo al fin el arquitecto.

Y se alejó rápidamente. Rosa suspiró. ¡Era preciso volver de nuevo a la vida!

V

COMEDIA DE SALON

—¿Qué es lo que tendré que me miran así?—se preguntaba Rosa.

Echó una rápida mirada al espejo para examinar su rostro. No estaba mal aquella noche con los cabellos empolvados y su plumero blanco, en el cual resplandecía el oriente de una perla tornasolada. ¿Su vestido? No tenía nada de extravagante. Al contrario, le sentaba muy bien aquel corpiño de seda rayada bajo la muselina del fichú, y las hombreras ahuecadas, y la falda rosa un poco corta.

Bello era también reflejado en el alto espejo, que sobresalía por encima de la consola dorada entre cortinas de color grosella con palmas verdes, aquel centellear de luces y el vaivén de los trajes de etiqueta, los uniformes y los vestidos escotados. Verdaderamente, había mucha elegancia los

dias de fiesta en el salón imperio de los Dumerchin. Y bien; ¿qué? ¿Qué era lo que había?

Acababa de sorprender en el espejo a dos caballeros que estaban en actitud de contemplarla con una curiosidad muy viva, y que la disimulaban poco, no creyéndose observados.

—Pero ¿qué es lo que miran?—repetía la joven.

Tranquila en cuanto a sí misma y a su vestido, buscó en vano. "¿Acaso se trataría de su triunfo de hacía un momento? Todavía estaba vibrante. ¡Nunca hubiera creído que causaría una sensación tan dulce oír doscientas manos batir cadenciosamente una contra otra, escuchar un murmullo encantador de tan viles bocas! Los bravos sonaban en sus oídos; la tempestad de bravos que habían desencadenado "Los Gemelos de Bérgamo" ante un auditorio selecto, en que figuraban todas las señoras maduras, las tiernas muchachas, los hombres jóvenes y los viejos caducos de Versalles.

No sabía a qué atribuir tanta indulgencia y entusiasmo, porque al fin, por mucho que agrade ver que no se forma mala opinión de uno mismo, ni la torpeza de un estreno, ni la sencilla frescura de un lindo palmito realzado por un vestido elegante bastaban para explicar aquellos prolongados, persistentes y calurosos bravos.

Y no era posible engañarse; la mayor parte iban dirigidos a ella. ¿Por qué? Jacobita, con su insinuante traje de doncella, había mostrado tanta gracia y más desenvoltura; también Roberto, elegante y esbelto bajo la casaca de Arlequín, había sobresalido realmente; y monsieur de Lechampy, en el papel de Arlequín el segundón, desplegó en torno de Norina y de Rosita tanta seducción como merecían los personales atractivos de Jacobita y de Rosa, representados a los ojos del pintor por aquella cifra en pos de la cual marchaba: ¡seiscientos mil!

¡Vaya! No era cosa de que se devanara los sesos porque el triunfo conseguido hubiera excedido a sus esperanzas, ni porque la mirasen más que de costumbre. Sin duda lo que miraban con tanto ahinco era su disfraz; pero, no obstante, aquello era embarazoso y molesto.

—¡Ah, querida niña!— chilló detrás de ella una voz bien conocida.—¿No tomáis nada?

Se volvió cortesmente, y, no sin sorpresa, vió que los obsequios de madame Dumerchin no iban dirigidos a ella. La prefecta acaba de coger a Jacobita por el brazo, y la llevaba maternalmente hacia el "buffet".

—¡Ah!—dijo Rosa.—¿Por qué no me llevará a mí también? ¿No me habrá visto?

Muchos oficiales y caballeros que formaban círculo alrededor de la linda madame Hornet de Lurailles dijeron:

—¡Venga usted, Rosa! ¡Hay aquí un rinconcito para usted!

Se agruparon en torno de ella, y no volvió a preocuparse por el olvido de la prefecta.

No se perdía el tiempo alrededor de madame Hornet de Lurailles. Lucía sus redondos hombros, el más bonito nacimiento de garganta, y sobre un cuello encantador, su cabeza espiritual y tierna. Siempre vestía de satén negro, que por contraste hacía resaltar más lo blanco y satinado de su piel. Madame Hornet de Lurailles gozaba con modestia el triunfo que le aseguraba aquella tez célebre entre la fealdad general que afligía a la mayor parte de las escotadas.

Precisamente aquellos señores se ocupaban en hacer un estudio comparativo de aquellos cutis, que una moda peligrosa quería que se ostentasen ante sus ojos. Los había pálidos y gruesos, semejantes a gallinas desplumadas. Los había rojos, morenos, secos, grises, amarillentos, eczematosos. Los clasificaban en alta voz entre alegres carcajadas, y Rosa se sorprendió de lo mucho que en sus palabras faltaba de galantería y amenidad. Le chocó tan grosera franqueza, y que madame Hornet de Lurailles pudiera tolerar que tales incensarios se manejaran en sus propias narices. No parecía incomodada con aquella nariz espiritual y fina, cuyas ventanillas titilaban sobre sus labios voluptuosos.

Rosa se extrañó mucho de ver hasta qué punto la hermosa mujer era asediada con requiebros directos, sonrisas equívocas y miradas que no lo eran. Se alegraba de no despertar semejante admiración y de buen grado aceptó el brazo de un artillero, que se ofreció a conducirla al "buffet". Muy elegante con su traje negro—decentemente no se podía ir al baile de uniforme—el oficial, del género de Lacaille, pero rubio, después de una visible rebusca, se limitó a decir esta verdad que halló en su propio caletre:

—¡Siempre hay mucha gente en casa de madame Dumerchin!

En el pequeño fumadero que atravesaron graves señores jugaban en mesas alumbradas con bujías. Inclinada bajo la pantalla brillaba una frente de delicado color rojo extremadamente fruncida. Rosa sonrió reconociendo a monsieur Hornet de Lurailles sentado frente a su tío.

—¡Una copita. Santiago! ¡Un vaso de champagne, mademoiselle!

—¡No, gracias! Antes comería alguna cosa.—Y al mismo tiempo tropezó con una espalda de color de limón.

—¡Ah, Luisa! ¡Qué buen día!

La espalda se volvió, y apareció el rostro de Luisa Durdelle, que abría exageradamente la boca con objeto de engullir una apetitosa tarta cuya jalea estaba adornada con una rodaja de trufa. La tarta quedó en el aire, y Luisa murmuró:

—¿Tenéis hambre?—El tono quería decir: "¡Cómo, desgraciada! ¿Tenéis hambre? ¿Es que no estáis enterada? O, si lo sabéis, ¿queréis chasquearnos?" Y sus negros ojos, cuya centelleante descarga recibió Rosa sin turbarse, por la sencilla razón de que, en efecto, no sabía nada, decían: "¿Es verdad, por lo menos, lo que se cuenta? ¿Se puede gozar con certidumbre?"

La mala pécora añadió (durante este tiempo la tarta había sido deglutida como por prestidigitación):

—No he visto a miss Seven esta noche.

—Sí; está desolada, sufre.

—¡Ah! ¿Cómo ha sido eso?

Rosa aceptaba ingenuamente de manos del artillero un plato que había preparado con diligencia.

—¡Esto ha salido muy bien!—añadió.

Había obtenido en la segunda pieza un gran triunfo, y no sentía envidia por el que Rosa había alcanzado. Sabía a qué atenerse sobre lo que en realidad significaba. "¡Bravos de pura cortesía!—decía para sus adentros.—¡Aplausos tributados por piedad!"

A hurtadillas miraba solapadamente a Rosa, y su mirada tenía una expresión de odio satisfecho que alternaba con la antigua fingida amistad. "¡No se sabía nada! ¡Quizás no fuese más que una falsa noticia!" Anhelaba ardientemente todo lo contrario.

Desde por la mañana se susurraba en el círculo Dumerchin el extraordinario acontecimiento. El notario de los Vernay había partido la víspera con dirección a Bruselas, llevándose grandes cantidades. Los periódicos aún no habían divulgado nada; pero la revelación de la catástrofe era inminente. Se decía que monsieur Truelles había perdido en desgraciadas operaciones de Bolsa todos los fondos que le estaban confiados; que había hecho malas jugadas, y que poco a poco, convirtiendo los títulos, enajenando las acciones, había dejado en completa ruina a una quincena de clientes, entre los más importantes de los cuales se citaba a monsieur de Vernay y a otras personas notables de Versalles.

Pero ¿era seguro? Entre los amigos de las víctimas la noticia había caído como un rayo. Luego habían reflexionado. ¿Cómo no habían tenido ningún barrunto del suceso los propios interesados? ¿Podría admitirse que el Barón no hubiera sido prevenido? Y si lo había sido, ¿cómo explicarse que conservara desde hacía algunos días tan imperturbable serenidad? Generalmente, desgracias de esta naturaleza se presienten con anticipación. Desde el momento que no manifestaba ninguna inquietud, y que aquella mañana, cuando en todo caso ya no podía ignorar cosa alguna, ningún signo exterior demostraba su desesperación, ¿era tal vez que habría habido demasiada precipitación en anunciar el desastre de monsieur Truelles? ¿O, contra lo que se decía, monsieur de Vernay habría podido salvarse a tiempo?

Puesto que el Barón afectaba no saber nada, y puesto que Rosa no se había excusado de asistir a la velada, y, lejos de renunciar a su papel, lo había representado con perfecta tranquilidad, de un modo natural, como lo manifestaban su gracia y su sonrisa, que excluían toda preocupación, era indudable que los rumores eran más que dudosos, o por lo menos prematuros.

Madame Dumerchin lo había sabido por boca de madame Fry, que había vuelto a Versalles aquella misma mañana—su tía estaba fuera de peligro—y de paso en París había oído dar como cierta la quiebra del notario. El primer movimiento de la prefecta había sido de inquieto estupor. Aquello venía mal. ¡Precisamente el día de su comedia! Rosa no iba a poder representar. ¿Cómo reemplazarla sobre la marcha? La perspectiva de poder propalar aquella noticia en caso de necesidad era un mediano consuelo. ¡Maldito Truelle! Bien podía haber demorado el suceso un par de días! ¡Maldito Vernay! ¡En qué apuro la ponía!

El segundo movimiento—contradiciendo la sentencia de Talleyrand, que aconsejaba confiar en el primero, porque es el bueno—había sido mejor. Se compadeció de Rosa y del Barón. Demasiado sabía qué golpe hubiera sido para ella el horror de semejante pérdida. Ver que en una hora se pierde lo que es la razón de la vida, a la vez medio y fin; ver desplomarse el andamiaje de la existencia, y con él la existencia entera, era verdaderamente pavoroso. Tuvo para aquellos desdichados más compasión que si hubiese visto morir a los seres más queridos.

Pero, después de todo, tal vez el mal no fuese irremediable, ni la caída definitiva. Puesto que los Vernay no solicitaban que se los compadeciese, valía más no dar pruebas intempestivas de simpatía. "¡No seamos más realistas que el rey!" Pero por prudencia—pensó madame Dumerchin — renunciemos a toda familiaridad, que acaso mañana pudiera ser comprometedora. Rosa sin dote era otra persona que Rosa con dote. No dejaba de ser interesante la pobre joven; pero

—Perdonadme, mademoiselle, por haber insistido en que me recibierais.

bajo otro aspecto. En todo caso, era prudente asegurarse la retirada, y en caso de derrota, Jacobita era en suma muy estimable.

Penetrada de estos juiciosos sentimientos fué como la prefecta, conduciendo a Jacobita al comedor, se sintió afectada con respecto a Rosa de una súbita miopía. Ya que la representación había terminado, mademoiselle de Vernay era menos indispensable. En cuanto a Roberto, no había ningún peli-

gro. Estaba en guardia. Su madre no había podido cambiar con él más que una palabra antes de comer.

—¿Estás al corriente de lo de los Vernay?

El joven inclinó la cabeza y dijo únicamente:

—Sí, ya lo sé. ¡Eso sería una desgracia!

Madame Dumerchin estaba tranquila.

No había pasado nada. Tuvo una idea feliz aconsejando a Roberto antes de las carreras que galantease a la Goulénes. Por eso, si la desgracia sobrevenía, no podría atribuirse a ella el enfriamiento de su amistad porque lo que es seguir mostrando a los Vernay un sincero cariño, francamente, no pensaba en ello.

Así, cogiendo a madame Fry, que fué una de las primeras en llegar antes de comer—¡qué tonta fué no rogándole que guardase el secreto,—había exclamado con ansiedad:

—¿Habéis propalado la noticia?

—No; no se lo he dicho más que a las Durdelle y a madame Allaygre, recomendándoles silencio. He pensado que eso era preferible a causa de la velada.

Madame Dumerchin respiró, y estrechando con gratitud las manos de madame Fry, dijo:

—¡Me habéis quitado un peso de encima! ¡Gracias!

Sin embargo, poco a poco el rumor se había extendido pasando de unos a otros, y todo Versalles esperó con impaciencia la noche para atisbar el rostro del Barón y de Rosa, ver algo por su talante y regular por él las actitudes. La placidez de Vernay y la candorosa alegría de Rosa habían sobreexcitado la curiosidad general. "¡No hay nada—se decían—o están muy templados!" Los diversos sentimientos que agitaban las almas, en bien como en mal, con pasión sincera o superficial, secretas enemistades, celosas envidias; todo esto no se había mostrado más que en los detalles que Rosa observó, sin explicárselos, y por aquella triple salva de aplausos cuya intención verdadera no había podido comprender.

El enigma de la tranquilidad del Barón y de su sobrina era tema de todas las conversaciones. Mientras se representaron las dos comedias en el bonito marco de invernadero, habían permanecido inmóviles el centenar de los convidados en el salón imperio y en el pequeño salón que comunicaba con él por grandes puertas, y las lenguas se detuvieron; pero después que cada uno vagó a su gusto por las salas o el jardín iluminado con linternas venecianas, se chismorreó en grande.

Madame Hornet de Lurailles, rodeada de sus aduladores, supo el acontecimiento cuando tomaba asiento en el banco donde tan bien se estaba debajo del cedro. Se entristeció sinceramente, porque, amada, bonita y rica, no tenía motivos para ser mala. Un cielo aterciopelado, centelleante de estrellas, se cernía sobre la tibia noche. Los faroles colgados en las ramas como enormes frutos de oro perforaban la sombra azul. Una languidez profunda envolvía todas las cosas. Los abanicos se agitaban sobre las desnudas gargantas, las puntas de fuego de los cigarros brillaban en la obscuridad. Era grato hablar de mil cosas, sobre todo de las desgracias ajenas.

En el "buffet", Rosa se divertía sin reserva alguna.

¡Decididamente, no era una calumnia la leyenda de que las Durdelle no cenaban los días que había "lunchs" o banquetes en la ciudad! Porque respecto de Luisa, que quizás no hubiese comido antes de la comedia, y a quien había trastornado la emoción, se explicaba aquel apetito—cuatro tartas de dorada gelatina con su pequeña rueda negra (había foie-gras debajo) se había comido desde que Rosa estaba allí:—pero no podía decirse otro tanto de madame Durdelle ni de Enriqueta.

La venerable vieja sumergía con método su cucharita en un plato lleno de exquisita ensalada—langostinos, apio y salsa mayonesa,—y mientras su rostro plagado de finas arrugas parecía tierno y expresivo, hubiera podido creerse que sin tener gusto en ello cumplía con un deber de cortesía. Pero aquel plato—Rosa había llevado la cuenta—era el tercero que con repetidos embistes la cucharita diestramente manejada dejaba tan limpio como una patena. Lo que no vió Rosa fué la dura y penetrante mirada de aquellos ojos de color de acero, ni su expresión, no de rencor, sino de plácida satisfacción. "¡Tú también sabrás lo que es envejecer soltera! ¡Ahora somos tanto como tú! ¡Luisa y Enriqueta son tus iguales!"

En cuanto a Enriqueta, oprimida en su vestido blanco—marcaba menos las formas que el rosa y el azul y ¡caramba cuando no se puede tener más que un traje!—parecía resuelta a ingerir un alimento sólido. Su plato, tendido hacia el protector camarero, que se agitaba detrás de la mesa provista de grandes lonjas de jamón, solomillos de vaca, apetitosas langostas, y pirámides de empanadas de jamón, cubierta de innumerables compoteras llenas de pastelillos y frutas, designó el ensangrentado solomillo diciendo:

—¡Una tajada!

Luego, viendo a Rosa, la llamó ruidosamente.

—¡Por aquí, Rosa!

Libre de velos, mademoiselle Durdelle mayor desplegaba a los ojos de algunos señores de edad la plenitud de un busto amable, de unos brazos carnosos. La repentina bancarrota de los Vernay la llenaba de una alegría sin perfidia.

—¡Rosa, venid! ¿Una tarta...? ¿No? ¿Un helado de fresa?

La trataba de antemano con afectuosa familiaridad. En adelante Rosa cesaba de ser una rival temible. Enriqueta, que tenía vivos colores y que estaba bien metida en carnes, creía muy poco eficaz aquel encanto juvenil. Una vez despojada de lo que constituía su principal atractivo, se vería a quién dedicaba sus atenciones monsieur de Lacaille. Pidió sorbete de vainilla y se lo ofreció a Rosa con gesto magnánimo. ¡Ella la protegería en el porvenir!

—¡Una copa de champagne para mí, Bautista!

El paternal camarero se la presentó. En todas las recepciones de ceremonia se veía la gran figura de Bautista con la doble redondez de sus rojas mejillas embellecidas por nobles patillas blancas muy bien peinadas. Cedido por Potín todo el material, era indispensable en las diversiones versallesas. Servía a todo el mundo con la misma afable majestad, acentuada algunas veces con discreta sonrisa cuando las personas le agradaban. Hubiérase dicho que era pródigo de sus favores según distribuía con ejemplar condescendencia y todo junto cortesías, gelatinas de gallina y espumosa naranjada. Tenía para Rosa compasiva diligencia.— ¡Bautista lo sabía ya!,—y para Enriqueta, benévola munificencia. Llevaba el frac con tanta unción y dignidad, que al otro lado de la mesa acaso hubiera representado con mucha propiedad por lo menos un vicealmirante o un magistrado de los más distinguidos.

—¡Ah! ¡Ved esa querida Rosa!—exclamó con enternecimiento una dama que iba del brazo de monsieur Laurencet.

Apenas hubo dejado su carga al borde de la mesa, el brillante Vizconde saludó y se excusó, dichoso de endosar a madame Allaygre a personas inteligentes. Temiendo exponerse por más tiempo a una conversación tan árida y tan copiosa como la de la dama; desapareció rápidamente.

En otros tiempos tal vez madame Allaygre hubiese mostrado a la joven menos interés; pero disfrutando aquella noche una embriaguez sin límites, su bondad natural desbordaba por todas partes. Desde por la mañana había sufrido emociones muy diversas: primero el inesperado regreso de madame Fry le causó violenta angustia por temor a que aquella impertinente quisiera recobrar su papel, del que ella se creía en posesión definitiva, descontando la enfermedad bienhechora de la tía y las probables complicaciones. Pero he aquí que la enferma se permitía curar y que madame Fry regresaba. ¿No había un buen Dios?

En su desesperación—¡dejar el papel, perder aquella ocasión única de entrar en la compañía, de ser consagrada comedianta mundana!,—no había prestado ninguna atención al desastre de los Vernay. Luego, cuando supo que madame Fry rehusaba noblemente arrebatarle la cosecha de los laureles, olvidó sus cuitas, y pasó del exceso del dolor al de la alegría. La tarde había sido febril. Después vino el trance terrible—había sudado de angustia, y así se lo decía a todo el que se le acercaba.—Con la boca seca, a cada instante la sobrecogía el temor de que las palabras, ¡las tres únicas palabras de su papel!, se le atascasen en la garganta. Por fin habían salido, y a la sazón hacía alarde de una seguridad y una desenvoltura de artista en todos los secretos del oficio.

—¡Eso no es nada, amiga mía! ¡Es pueril! ¡Se siente una agilidad en las tablas...!

Su cuerpo seguía el movimiento de las palabras. No cabía en el pellejo. Toda su carne rubia y regordeta irradiaba felicidad. Detrás de ella aparecía eclipsado un hombrecillo escuálido y triste, que para darse importancia levantaba una cabeza de pájaro sobre un cuello desmesurado y blanco como esmalte barnizado, y permanecía callado. Era su marido.

Se apartó para hacer sitio a la bella madame Allaygre. Su traje de seda azul bordado con grandes lirios violados exhalaba un perfume penetrante. Sintió un magnífico arranque de generosidad: cogió a Rosa por el talle, y la abrazó tiernamente.

—¡Habéis estado admirable!—le dijo.

Entonces que tenía el alma tranquila, solamente agitada por el cosquilleo del orgullo, pensaba en cuidarse del vecino, y lo hacía, como siempre, con un celo indiscreto. Dejando a la du Vernay, se volvió hacia Enriqueta, diciendo:

—No hemos visto esta noche a monsieur de Lacaille.

—"¡Ah! ¡Pues es verdad!"—dijo Rosa para sí.

Sólo ella no lo había notado. Enriqueta miró a madame Allaygre con malos ojos. "¿Era aquella una malicia o un sondeo?" Creyó lo segundo. Pero era lo mismo; no estaba inquieta. Monsieur de Lacaille había tenido que ir a comer a París por una invitación anterior. La joven lo manifestó claramente, dejando entrever que tenía noticia de ello por su amigo el teniente mismo. En

realidad, se lo había oído la antevíspera a Roberto.

"¡Ah, pequeña mía! — pensó de nuevo echando una mirada a Rosa, a quien Luisa abrumaba con epigramas de doble sentido. ¡Acabó el buen tiempo!" Y complaciéndose en serle desagradable, dando a su hermana el más fiero arañazo—¡caramba; ella tenía también su poquito de amor propio, y recordaba el codazo y el grito de Luisa en las carreras. "¡Te han derrotado, rapaza!", Enriqueta preguntó:

—¿Dónde está Roberto?

—Creo que está en el jardín—dijo madame Allaygre.—Acabo de verle allí con Jacobita.

—"¡Vas bien despachada!"—dijo para sí Enriqueta. Había tomado su desquite. Una dulce ilusión le mostraba un lejano Lacaille que susurraba en sus oídos palabras divinas. Mientras que con la ruina de los Vernay, ¿qué iba a ganar Luisa? Sencillamente, cambiar de tormento. Una evolución a causa de los principios que profesaba llevaría a Roberto de Rosa a Jacobita.

Luisa, ya saciada, salió bruscamente del "buffet".

—¿Vamos a respirar un poco?—dijo Rosa. —¡Venid!

En su celosa ceguedad por Roberto, y en su ignorancia de cuánto se habían modificado los sentimientos que atribuía a Rosa, seguía creyendo que ésta continuaba estando interesada por el bello Dumerchin. No la desagradaba hacerla compartir su desgracia y su sufrimiento.

Una y otro tuvo que saborearlos ella sola. Apenas entraron en el salón Imperio, por una de las ventanas que daba al jardín, y entre la sombra azul dorada por las luces, vió a Roberto y a Jacobita, que se hallaban en el fondo de uno de los paseos que bordeaba el césped. Conversaban con animación, y la historia que escuchaba mademoiselle de Gaulénes debía ser muy divertida, a juzgar por su semblante y por sus sonrisas.

Luisa sintió una punzada en el hígado. Un sabor de bilis le subió a los labios. ¡Malísimo elemento para la digestión de las tartas! Al menos esperó que el mismo golpe anonadase a su rival: pero le faltó esta compensación. Rosa mostraba una indiferencia tan completa, que no podía ser simulada.

No lo era en modo alguno. cualquiera que fuese la esperanza que Luisa conservara. La asiduidad evidente de Roberto con relación a Jacobita durante toda la noche, su cortesía con ella y la especie de tácita retirada que indicaba su conducta, eran detalles que quizás hubieran mortificado a Rosa la víspera, pero después de la visita al palacio no la conmovieron nada. Se hallaba en ese instante en que el alma, ocupada con una imagen nueva, ve todas las cosas a través de un prisma único. Con el tono más apacible dijo, oyendo dar la una y media:

—¡Ya! ¡Voy a acostarme!

Y se fué a buscar a monsieur du Vernay. La voz estridente de Luisa gritó a su espalda:

—¡Dormid bien!

Pero antes de encontrar al Barón y poder marcharse le fué preciso sufrir todavía la despedida de muchas personas. En el guardarropa la vieja marquesa de Hecran, que se disponía a ponerse la mantilla, al verla—¿qué le daba?— se sintió dominada por repentina ternura, y estrechándole las manos, murmuró:

—¡Sois encantadora, mademoiselle! ¡Os quiero mucho!

Tenía ojos hermosos, graves y de mirada franca. Rosa se preguntaba todavía al llegar a casa qué significaba aquella muestra de espontánea simpatía. Madame de Hecran la conocía tan poco....

—¡Cómo, miss! ¿Todavía levantada?

Después de haber dado las buenas noches a su tío, Rosa notó al pasar por el cuarto de miss Seven que había luz, y entró alegremente para contarle lo ocurrido en la velada.

—¡No sois razonable! ¡Veamos! ¿Va mejor? Yo...

Al ver la extraba figura de miss Seven no pudo terminar la frase. La institutriz, inclinada bajo la lámpara y sorprendida en actitud de raspar una hoja de papel cubierto de cifras, se había echado hacia atrás. Tenía el rostro purpúreo (era sorprendente cuánto había enflaquecido); pero sobre todo tenía una expresión de desesperación y de fiebre, con los bandós grises un poco deshechos, que Rosa exclamó asustada:

—¡Miss! ¿Qué tenéis? ¿Sufrís? ¡Hablad! ¡Me dais miedo!

Miss Seven, moviendo la cabeza, la contemplaba con un cariñó y una angustia infinitos. Tenía la garganta apretada por una emoción que la impedía hablar. En fin, afligida y con los ojos llenos de lágrimas, balbuceó, cogiéndose a los brazos de Rosa:

—¡Pobre hija mía!

Prorrumpió en sollozos y cayó en una crisis nerviosa, que desde algunos días dominaba con su fuerza de voluntad, conservando una esperanza, pero que en el momento de la cruel confesión la consternaba.

Entonces. entre gemidos, llantos y estallidos de cólera, lo dijo todo, acariciando a Rosa. que estaba echada sobre ella como un niño. Primero trató de prepararla hablando

a medias palabras; pero con los ojos fijos en ella—¡Sería fuerte!—Rosa exigió toda la verdad, y miss Seven le contó lo que desde aquella mañana circulaba por la ciudad: la fuga del notario llevándose las últimas sumas; su dote y la fortuna del Barón devoradas hacía dos semanas por el abismo que se abría sin que nadie lo sospechara, y que fué conocido de repente por la desaparición de monsieur Truelles: cómo desde el día en que había estado en París, prevenida por un telegrama de su primo, no vivía, temiendo la catástrofe inminente, y procurando encontrar mediante investigaciones y combinaciones diversas una esperanza, un medio para saber algo y obrar. La había consternado la visita al estudio del notario y el ver aquellos semblantes fríos. El patrón estaba ausente. Los dependientes lo ignoraban todo; no habían podido o querido decir nada. Querellarse... Pero ¿con qué pruebas? El primo había prometido hacer una investigación inmediata y rápida. Se verían en seguida los resultados; pero la catástrofe había estallado brutalmente, sin darle tiempo de volver. Un telegrama recibido a las diez de la mañana le había dado cuenta de la fuga del notario. ¿Por qué no había prevenido a monsieur de Vernay antes de su viaje a París? ¿Por qué había ocultado el telegrama de aquella mañana?

—Yo tenía esperanzas, querida mía. Y, además, cuando ha llegado ese espantoso papel no he tenido valor, he retrocedido. ¡Valíá más que lo supieseis más tarde! Los periódicos no dirán nada hasta mañana o pasado mañana. Y luego, había una velada. ¡Qué escándalo si por saberse hoy mismo la fiesta se hubiese suspendido! ¡No, no! ¡Siempre se sabrá demasiado pronto!

Rosa, con los ojos secos, reflexionaba. Se admiraba de no sentir un violento pesar. Pensaba en cosas menudas, casi insignificantes: que no lloraba, lo que diría la gente, y el partido que era necesario tomar. Después, de repente, pensando en monsieur de Vernay, exclamó:

—¡Pobre tito! ¡Él que no sabe nada! ¿Qué hacer para notificárselo?

Miss Seven concretó sus ideas. Ella se encargaría de hablar al Barón a la mañana siguiente. ¡Que duerma tranquilo esta noche! ¡Qué golpe iba a sufrir! Pero ¿qué hacer? Eran víctimas de la fatalidad. ¿Cómo sospechar que monsieur Truelles—que desde hacía veinte años manejaba tantas fortunas con inteligencia y puntualidad, de las cuales monsieur de Vernay, ella y todos sus clientes robados hubieran salido fiadores—no era más que un miserable petardista? ¡Era terrible!

—¡Ay; qué entrada para vos en la vida, pobrecita mía!

¡Sí; pobre, muy pobre cosa es la Humanidad! Y miss Seven agitaba la mano con disgusto, como si quisiera rechazar con el cáliz presente toda clase de amarguras antiguas. Y sus grandes ojos se arrasaron de lágrimas.

—No todo está perdido—dijo al fin.

Se tranquilizó, se caló las gafas, y tomó la hoja de papel cubierta de cifras. No; la situación no era desesperada.

—Vendiendo la tierrecita de Bretaña, que vale veinticinco mil, y el doble que creo que se encontrará todavía en créditos diversos, hacen un total de ciento treinta mil francos. Y no cuento con las alhajas. Tendréis algo más de cuatro mil libras de renta, algo con qué vivir; estrechamente, es indudable, pero, en fin, con qué vivir.

Rosa contaba febrilmente con el papel en la mano.

—Pero, mi buena miss, veinticinco, más quince, más treinta, no hacen más que setenta mil. ¿De dónde sacáis los sesenta mil francos que indicáis aquí?

—Aquí están—dijo miss Seven sencillamente.

Abrió su secreter y sacó de un cajón reservado un cheque de sesenta mil francos contra el Credit Lyonnais. "Páguese a la orden de miss Seven..." Se lo dió a Rosa como si fuese un papel suyo que le devolviera.

—Pero ¿qué es esto?

El rostro de miss Seven se puso más encendido. Vaciló un segundo, y después dijo dulcemente y como la cosa más natural del mundo:

—¡Nada! Es dinero vuestro...

Conmovida, porque adivinaba la extensión del sacrificio bajo el pudor de aquella ofrenda, Rosa exclamó:

—¡No habréis pensado bien, miss!

Pero tranquilamente, con una alegría que en un momento iluminó su redondo y arrugado semblante, miss Seven se explicó. Pues bien; sí, era el dinero que había economizado durante años; sus gajes, sus economías. Y en verdad no había porqué sorprenderse tanto. Desde luego, aquella suma era de los Vernay antes que suya. Además, ¿tenía ella otra familia que el Barón y Rosa? Para Rosa era para quien había guardado aquello. Por tanto, que se lo diera entonces o que lo heredase más tarde, lo mismo daba. ¡Ah, hija mía, querida mía!

Emocionada hasta lo indecible, miss Seven veía con una especie de estupor a Rosa, que hasta entonces se había dominado, ardiente, con los nervios en tensión, echarse

de repente sobre su hombro, y con grandes sollozos, en un aplanamiento de todo su sér, llorar desconsoladamente. Las lágrimas que brotaban de sus hermosos ojos corrían sin fin a lo largo de sus mejillas. Miss Seven le secaba los párpados maternalmente, suplicándole con cariñosas palabras que se tranquilizarse; pero Rosa, moviendo la cabeza, murmuraba:

—¡No; esto me hace mucho bién!

La espontánea ofrenda de miss Seven, realizada con sencilla grandeza, había sido para Rosa, aterrada por la revelación de la imprevista ruina, el golpe que había hecho brotar al fin en su sér petrificado el manantial consolador de las lágrimas. Entonces, apoyada en la miss, cuyos brazos la envolvían con maternal caricia, se reponía lentamente, aunque quebrantada y dolorida. Experimentaba una sensación de desplome, como si el suelo en que se asentaba su vida se hubiera abierto bajo ella precipitándola en el vacío, en la noche. Pero la presencia de miss Seven, cuyo cuerpo tibio la sostenía, la calmaba, amortiguaba su dolor poco a poco.

Como cuando era niña, se dejó llevar a su cuarto, desnudar y acostar; luego miss Seven la arropó, y besándola en la frente le dijo:

—Buenas noches, querida mía! ¡Hablaremos mañana!

Andando de puntillas se retiró la institutriz, cuya voluminosa humanidad proyectaba una sombra gigantesca al tenue resplandor de la lamparilla. Nadie hubiera encontrado entonces en ella el menor aire caricaturesco: hasta tal punto el paso de la excelente mujer indicaba tierna bondad y voluntad reflexiva.

La noche fué para Rosa una lúcida y desgarradora pesadilla. No pudo cerrar los ojos, y contó febrilmente las horas. Todo danzaba en su desquiciado cerebro. El resultado inmediato de la noticia que acababa de trastornar su vida y las dolorosas consecuencias que se producirían al día siguiente no podía calcularlos en aquel abismo de tinieblas. Se representaba con extraña claridad los detalles de aquella trágica jornada.

Los recuerdos de la velada desgarraron entonces su corazón. Volvió a verse blanco de la curiosidad de todo el pueblo, y todos los incidentes que la habían chocado sin molestarla la ofendieron en aquel momento uno a uno. A la sazón todo se lo explicaba, la grosería de madame Dumerchin, aquel cobarde abandono en la proximidad de la tempestad, las perfidias de Luisa y la injuriosa familiaridad de Enriqueta, las miradas que la espiaban a hurtadillas, y la humillación de los bravos inequívocos la abrumaban de pesadumbre. El beso de madame Allaygre la sublevó de indignación. Una sola cosa la conmovía: el apretón de manos y la mirada compasiva de la marquesa de Hecran. ¡Había habido, pues, entre tantas envidias, indiferencias y odios un buen pensamiento! Sintió un impulso de sincera gratitud.

En medio de su abatimiento, lo que más la mortificaba era el brusco desenfreno contra ella de sentimientos que nunca hubiera sospechado sin aquella catástrofe. Sufría en su cándida rectitud. ¡Ah; cuánta razón tenía miss Seven! ¡Era, pues, así el alma humana? El reconocerlo la humillaba la tortura como era buena, no sesignaba a que el mundo fuera tan perverso.

Pero, ¡singular capricho del corazón! entre tantas humillaciones una sola le parecía amarga: la visión de Roberto y de Jacobita; el desdén tan claramente demostrado de su pretendiente de ayer. Hasta poco antes, segura como estaba de que le bastaba una mirada, una palabra para recibir un homenaje del que estaba sumiso a ella a despecho de artificiosas apariencias, la había preocupado poquísimo que el agente de cambios se apartase de ella: es verdad que en esta indiferencia entraba por mucho el nuevo sentimiento que inconscientemente la embargaba: pero también entraba para algo la certidumbre de su antiguo poder, que creía poder seguir ejercitando.

El manifiesto abandono de Roberto la hacía sufrir, no tanto por [illegible]to mismo como por el menosprecio persona[illegible] de que daba testimonio. No podía expresarse más crudamente hasta qué punto se había burlado de ella, de su alma, de su cuerpo, de su corazón, y que lo único que perseguía era su dorada envoltura.

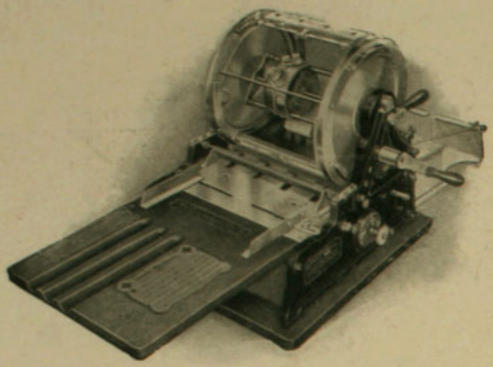
A medida que reflexionaba cesaba su humillación, y volvía a sentir asco y disgusto. Al ver súbitamente los rostros bajo la máscara que los encubría, sintió como una acerba alegría de redención y de alivio. La fortuna, que había amado hasta entonces por los goces que le permitía, tan íntimamente unida a su vida que ni aún siquiera reparaba en sus fáciles placeres, llegó a inspirarle horror. [illegible]tió un odio repentino, irrazonado y violento contra aquel dinero que todo lo viciaba y corrompía. El bien que con él podía hacerse, y que a ella le había permitido hacer tantas veces en tantas ocultas obras de caridad, se desvanecía ante el mal. Hipocresía, sentimientos bajos, toda la villanía cuya revelación la angustiaba con sofocante pesar. Ya no veía más que el reverso de la medalla.

(Continuará).

PACIFICO MAGAZINE

agosto 1917

PRECIO CN PES



Una revolución en las oficinas comerciales!!

Mimeógrafo rotativo "Edison-Dick"

Mimeoscopio eléctrico "Edison-Dick"

Hojas "Dermatype" sin cera

Ni más ni menos que una verdadera REVOLUCION en los antiguos sistemas de circularizar, es la que ha venido a operar el último invento del célebre y universalmente conocido Thomas Alva Edison, que ofrecemos con el nombre de PROCEDIMIENTO DERMATYPE EDISON-DICK. Este procedimiento consiste en una combinación de *dos aparatos: el MIMEOGRAFO EDISON-DICK y el* MIMEOSCOPIO, empleándose las Hojas DERMATYPE.

Con esta combinación usted está en condiciones de reproducir con la más prolija y absoluta fidelidad copias de CARTAS escritas a máquina o a mano, FORMULARIOS, DIBUJOS MECANICOS, DIBUJOS ORNAMENTALES, DIBUJOS CIENTIFICOS, PLANOS DE EDIFICIOS O POBLACIONES, HOJAS DE MUSICA, etc., en una cantidad hasta de CIEN MIL COPIAS de un mismo original grabado en *DERMATYPE. Nada hay más fácil, sencillo y económico* que emplear este sistema, pues no hay necesidad de tener conocimientos especiales, ya que un niño puede hacer el trabajo con sin igual perfección. La ventaja de la Hoja DERMATYPE con relación a las antiguas hojas de cera es indiscutible, pues tiene la particularidad de poderse arrugar y estrujar a voluntad, sin que se quebraje o pierda sus cualidades duplicadoras, fuera de poderse sacar de la máquina y guardarse para usarla nuevamente dentro de varios meses, sin que se note la menor diferencia en la nitidez y perfección de su impresión.

EL PROCEDIMIENTO DERMATYPE EDISON-DICK es una necesidad imprescindible para BANCOS, OFICINAS COMERCIALES, OFICINAS DE PROPIEDADES, INGENIEROS, ARQUITECTOS, CALIGRAFOS, DIBUJANTES, y en general para toda persona que necesite enviar circulares de cualquier índole. La recomendamos para TEATROS en sus programas.

ASISTA A UNA DEMOSTRACION PRACTICA Y SIN COMPROMISO

Unicos Introductores para

CHILE BOLIVIA y Sur del PERU

Sociedad M. R. S. Curphey

SANTIAGO: Estado 202

VALPARAISO: Blanco 441

DEMOSTRACIONES GRATIS DAMOS DIARIAMENTE EN NUESTRAS OFICINAS

A. B. DICK COMPANY - FABRICANTES - CHICAGO E.E.U.U.

Solicite circulares hechas por el procedimiento "EDISON DICK"

Portada

CABEZA DE MUJER

Enrique Lynche

Ellos iluminarán en la luna una superficie, un espacio mucho mayor acaso de un kilómetro.

PACIFICO MAGAZINE

+ Que ayer | Vol. X.—Santiago de Chile, agosto de 1917.—Núm. 56. | — Que mañana

Román Calvo, el Sherlok Holmes chileno

Una pesquisa en la luna

Por

Miguel de Fuenzalida

Ilustraciones de Pedro Subercaseaux

Dados los hábitos estrambóticos de mi amigo Román Calvo, no es raro que transcurran a veces muchas semanas sin tener ocasión de echarle la vista encima. Mientras duran estos eclipses del gran detective, ni siquiera tengo el consuelo de sospechar la tarea a que se ha entregado aquella prodigiosa y enciclopédica actividad. Todo le ocupa, desde lo más transcendental hasta lo más pueril, y siempre en forma tan original y nueva, que a pesar del tiempo que nos conocemos, estoy seguro que a cada encuentro me ha de sorprender con alguna maravilla más estupenda que las anteriores.

Una noche del último mes de Mayo, después de comer con algunos amigos en el restaurant del Cerro Santa Lucía, emprendí solo el regreso a mi casa. La luna, en su primer cuarto, iluminaba fantásticamente el camino, bordeado de árboles gigantescos.

De pronto me detuve. De pie, al borde de una terraza, inmóvil y recto como una estatua, los brazos cruzados y la actitud meditabunda, Román Calvo contemplaba el astro de la noche.

Grande fué mi alegría, porque iba para tres meses que no topaba con él... ¿Qué diablos estaba mirando en la luna?

—Román de mis pecados, exclamé... ¿Te has vuelto astrónomo, poeta o alguna cosa peor?... ¿Qué buscas allá arriba?... ¿Un crimen, o un cucaracho?

No se me ocurrió otra cosa, porque no es mi amigo hombre de entregarse a contemplaciones de carácter puramente artístico o sentimental.

Nada me contestó. Encogióse de hombros, y tomándome del brazo comenzó a bajar el cerro en mi compañía.

Por absurdo que ello parezca, mi curiosidad estaba sobrexcitada, porque tengo adquirida la costumbre de encontrar un significado misterioso a los menores actos de ese extraordinario personaje.

—Vas por mal camino, le dije para picarle. Antes eran los coleópteros y ahora los astros del cielo... ¿Por qué pierdes de vista lo práctico?... ¿Desdeñas acaso tus propios triunfos...

¡La luna!... ¿Para qué puede servir la luna?... ¿Se ha ocultado allí un criminal?... ¿La han escogido los alemanes como centro de algún complot siniestro?... ¿Va a declararle la guerra a los imperios centrales en apoyo de la proclama del Presidente Wilson?

—No sería raro... Hay ejemplos que autorizarían al gobierno selenita... ejemplos altos, es decir, a muchos metros sobre el nivel del mar.

—¿Hay entonces un gobierno selenita? —pregunté estupefacto. Dime... ¿Cómo has logrado descubrirlo?

Román se echó a reir.

—Estás chocheando, dijo... Nada tengo que ver con las instituciones políticas de nuestro Satélite.

—Pero lo estabas mirando...

—Naturalmente. Un buen policía ha de tener la vista en todas partes, sobre todo ahora que estamos en guerra con los alemanes.

—¿Crees entonces?...

—Creo en todo... Cuando éramos niños, el submarino de Julio Verne nos pareció una fábula, casi tan inverosímil como la navegación aérea... El viejo novelista no hizo sino quedarse corto y hoy la Inglaterra, dominadora de la superficie del mar, se encuentra sitiada por debajo de los mares y por el aire... Lo mismo ha sucedido con la conquista del polo y la vuelta al mundo en ochenta días, que se hace ahora casi en la mitad de ese tiempo... ¿Por qué nos hemos de encoger de hombros ante la posibilidad de la conquista de la luna?

—Daría cualquier cosa, balbucí, por estar seguro de que hablas en serio... ¡Eso te faltaba!...

—Pues, hijo, lo veremos, es decir, lo verás, porque yo lo tengo ya a medio ver. En estos días te invitaré a una excursión al cráter de Teófilo, donde tengo que desbaratar cierta conspiración urdida en los Imperios Centrales...

—¡Al cráter de Teófilo!... ¿Iremos en una bola como los personajes de Julio Verne, o en una esfera de cavorita a estilo de Wells?

—Los medios de transporte quedan a mi cuenta... Todavía no sabes cómo se hila delgado en esta guerra...

Y sin decir una palabra más, el enigmático personaje se despidió bruscamente...

Me quedé parado en medio de la calle con una Babilonia en el cerebro. Nunca, en el curso de mi vida, me había encontrado tan cerca de las fronteras del mundo irreal, de lo increíble y lo absurdo. A fuer de hombre sensato, nunca creí en la posibilidad de los viajes interplanetarios. Como fantasías son apenas soportables y el cañón de Verne y la esfera de Wells no me parecían cosas más científicas que el aparato alado de Cyrano de Bergerac o el globo de Edgardo Poe.

¡La luna teatro de operaciones bélicas!... ¡Una línea de trincheras entre Aristarco y Platón!... Evidentemente, Román se había estado burlando de mi estúpida credulidad.

Resolví creerlo así, pero algo debió quedar flotando en las misteriosas profundidades de mi alma, porque esa noche mi sueño se vió turbado por las más extrañas pesadillas.

Me ví trasladado a uno de esos pasajes selenitas en que tanto se complace el fantástico buril de los ilustradores de libros de astronomía popular. Arriba un cielo más negro que la más negra de las noches. Un sol sin aureolas brillando apacible ante infinidad de estrellas que no centelleaban.

El horizonte interrumpido por las nítidas siluetas de abruptas montañas, iluminadas por luz deslumbradora y uniforme, alternando con sombras tan negras como el cielo mismo. Aparatos estrambóticos surcaban el espacio, formidables máquinas de destrucción cubrían el suelo, seres inverosímiles pululaban al borde de los cráteres, y tras de los montículos del satélite surgían de pronto los acerados cascos del ejército alemán...

Su planeta era ya pequeño al hombre para hacerse la guerra. Después de cubrir de instrumentos de muerte las profundidades de la atmósfera y los abismos del mar, había llevado su odio y su orgullo hasta el éter en cuyo seno ruedan los mundos serenos y majestuosos.

. . . . . .

II

Desperté con la resolución de aclarar aquel misterio; pero varios días transcurrieron antes de que pudiera toparme con Román.

Le encontré, por fin, una noche en su casa. Al penetrar al viejo escritorio, testigo de tantas extravagantes elucubraciones, no pude evitar un gesto de sorpresa.

Román Calvo no estaba dedicado a descubrir sus crímenes ni a clasificar un coleóptero. Se había vuelto astrónomo.

Sobre una silla yacía desplegada una gran carta lunar; la mesa estaba cubierta de libros de astronomía y papeles atestados de cifras. A pesar del frío, tenía la ventana abierta, y un gran anteojo mon-

Román Calvo contemplaba el astro de la noche.

tado sobre un trípode apuntaba oblicuamente hacia el cielo.

Mi visita no pareció sorprenderle demasiado.

—¿Qué hay de nuevo?—pregunto como despertando de un largo sueño...

—¡Noticias!... repuse... Venía por ellas... ¿Sigues en la luna el desarrollo de las operaciones teutónicas?... ¿Qué diablos significa todo este aparato?... ¿Te ha cogido de veras la vena astronómica?

Román se sonrió tranquilamente...

—Psh... repuso... ¿Quieres noticias? Hoy no las hay muy importantes... Los rusos se defienden malamente... Se anuncia una ofensiva para el primero... Los soldados fraternizan en las líneas del Dniester...

—Ya lo sé... Repites los telegramas de los diarios de la mañana... Pregunto por la luna...

—Buena, gracias... La estás viendo, siempre plácida y serena... Ahora como antaño es la diosa del misterio y de la noche.

—Pero tú por algo la miras... Si no quieres que estalle dime qué estás buscando en la luna...

—Las mismas tonterías de siempre. Se trata de una pesquisa policial.

—¡Allá arriba!...

Su planeta era ya pequeño al

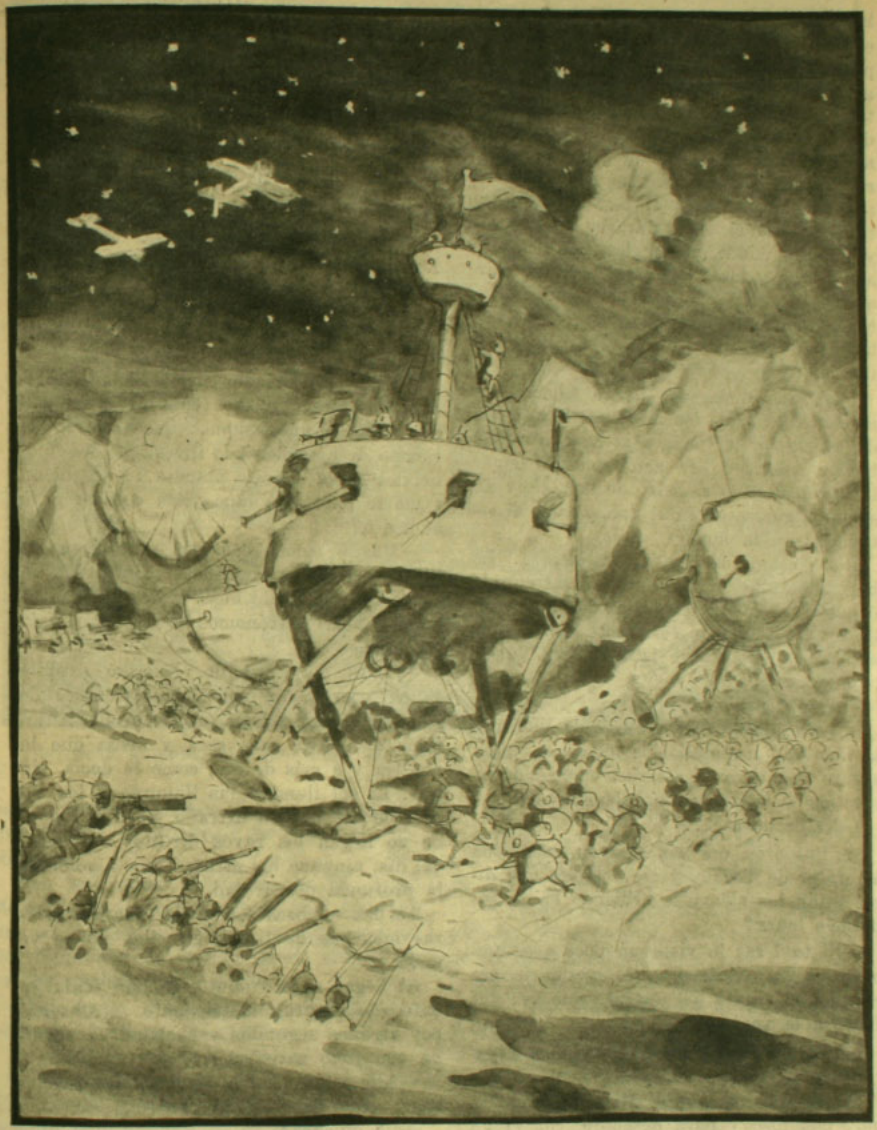
—Allá arriba y aquí abajo... Aguarda un momento...

Y sin añadir una palabra, Román se sentó junto al telescopio y aplicó el ojo derecho a la extremidad del instrumento.

Transcurrieron algunos minutos.

El gran detective no chistaba. De pronto se puso de pie sonriendo...

—Estos alemanes, dijo, no pierden la esperanza de hacer la paz separada con Rusia. Ahora intrigan con el comité de trabajadores soldados... El agente que tienen en Baltimore parece bastante lis-



hombre para hacerse la guerra.

to. Daría cualquier cosa por averiguar su nombre... pero eso todavía no lo saben en la luna.

—¡Diablos! ¿Tienes correspondencia con los selenitas?

—Con los selenitas, no, pero con los alemanes de la luna... ya lo creo...

—Los alemanes de la luna... ¡No creo en absurdos!

—Me haces un agravio, repuso Román, sin pizca de resentimiento... Querría saber dónde está el absurdo...

—¡Dónde no lo está?... ¿Cómo pueden los alemanes haberse encaramado allá arri-

ba? Sábete, pues, lo que no ignora ningún estudiante de humanidades: la vida es imposible en nuestro satélite. No hay allí la menor partícula de aire para respirar. La temperatura sube de día hasta el punto de derretir el plomo, y baja durante la noche a doscientos setenta grados bajo cero. Y luego la distancia... Hay trescientos mil kilómetros mal contados. En un tren expreso el viaje duraría ocho meses, y no hay dónde tender los rieles... Los aeroplanos y los Zeppelines, necesitan aire que les sostenga... No. ¡Qué demonios!... Estás acostumbrado a jugar con imposibles, pero esto pasa de la raya... No soy tan idiota.

—¿Te he dicho yo, objetó Román con mucha calma, que los alemanes hayan tendido rieles de la tierra a la luna, o que se hayan embarcado en aeroplanos o zeppelines con destino al astro de la noche? Tú sí que argumentas en el vacío, como si estuvieras en la luna.

—No comprendo nada, entonces... La bala de Julio Verne es un desatino. Al disparar el cañón quedarían hechos papilla los pasajeros de semejante vehículo, y al caer la bala sobre la luna, papilla de papilla...

—Tienes razón...

—Y en cuanto a la cavorita de Wells, si la hubieran inventado los alemanes, estoy seguro de que no la estarían empleando en efectuar excursiones interplanetarias.

—Naturalmente...

—¿Entonces, qué significa tu invitación al cráter de Teófilo, y ese complot que dices están los alemanes urdiendo en la superficie lunar?

—Si tuvieras la vista un poco acostumbrada a los telescopios, te mostraría ese complot al través del aparato que ves allí junto a la ventana.

—¿Es necesario acaso tener ojos especiales para verlo?

—Hasta cierto punto. Mi anteojo no es muy poderoso y para descubrir con él un detalle tan insignificante como el que me puso sobre la pista, es necesario conocerlo de antemano, estar habituado a verlo.. Pero, no importa, si quieres me acompañas al observatorio de Espejo, y allí junto al gran ecuatorial, me comprometo a dar al traste con tu escepticismo.

III

No me hice repetir la invitación y cinco minutos después corríamos en un automóvil en dirección a Lo Espejo.

Román entró en el gran establecimiento científico como Pedro por su casa. Un portero nos condujo a la cúpula central.

El gigantesco telescopio, uno de los más importantes del hemisferio sur, estaba allí para satisfacer mi curiosidad enfermiza. Román empezó a maniobrarlo como si no hubiera hecho otra cosa en toda su vida.

—Supongo, me dijo, que habrás visto alguna vez la luna por el telescopio.

Contesté afirmativamente.

—Es un espectáculo curioso, añadió. Hace pocos meses yo no tenía de él la menor idea. Nunca supuse que llegaría el tiempo de extender mis investigaciones policiales fuera de este planeta... ¿Y bien? ¿Qué te parece la luna vista con un gran aumento?

—Más o menos como la pintan en los libros y revistas científicas, contesté. Un suelo acribillado de luces y de sombras... Todo eso los astrónomos lo explican a su manera.

—Si es muy sencillo. Nuestro satélite es en gran parte montañoso y carece de agua y de aire. Una provincia de Antofagasta todavía más seca y árida que la nuestra y a más de eso, como te decía, sin aire. El sol ilumina las llanuras y los cerros de ese mundo extraño, pero allí donde no llegan los rayos directos del astro del día, ninguna luz difusa viene a colorear la profunda obscuridad.

Así las sombras son en la luna verdaderas manchas de tinta: en ellas no se ve nada...

Al llegar a este punto, Román tenía ya enfocado el gran instrumento... Observó por algunos segundos y exclamó en seguida con tono satisfecho:

—Allí están... Les tenemos en funciones...

—¿A quiénes?

—A los alemanes, pues, hombre... Míralos... ¿Conoces el cráter de Teófilo?

—No tengo el gusto.

—Poco importa... Yo te guiaré... Mira por aquí.

Puse el ojo derecho junto al ocular.

Por de pronto la plateada e intensa luz

Un gran anteojo, montado sobre un trípode, apuntaba oblicuamente hacia el cielo.

me dejó medio ofuscado y casi en la imposibilidad de discernir lo que tenía por delante.

Era sin duda un trozo de la superficie lunar, junto a la línea que separaba en ese momento la parte del disco que el sol iluminaba de la que seguía sumergida en las sombras de la noche.

Muy luego distinguí perfectamente los redondos y profundos cráteres...

—¿Cuál es Teófilo?, pregunté...

—Lo tienes casi al centro del anteojo. Un círculo bordeado al poniente por una sombra muy obscura... Al centro se eleva algo así como un abrupto picacho.

La descripción era exacta... Muy luego me dí cuenta de estar mirando el cráter de Teófilo... pero nada de particular observé.

—¿Le tienes ya?, me preguntó Román...

—Sí... creo tenerle...

—Pues mira bien... Allí hacia el centro de la ancha sombra negra proyectada por el cráter...

De pronto sentí que se me erizaban los cabellos, y me levanté de mi asiento poseído de verdadero pánico.

—¡Es posible!, exclamé... ¿Luego en verdad han llegado hasta allí?... Existe la vida en aquel mundo muerto?... o no se trata de una broma de mal gusto?... ¿No nos hemos vuelto locos?...

—Tú lo has visto, repuso Román con la mayor indiferencia, mientras encendía un cigarro... Tanta incredulidad antes... y ahora tanto asombro por tan poca cosa... ¿Qué es lo que te llama la atención?...

—Allí hay vida... y vida inteligente... No cabe dudarlo... Una luz que se enciende y apaga a intervalos regulares...

Puse el ojo derecho junto al ocular

Una especie de faro que indudablemente ha construído alguien... y que alguien maneja... Las fuerzas ciegas de la naturaleza no proceden así...

—Por supuesto... Pero ¿qué piensas de esa especie de faro? ¿Para qué te imaginas que puede servir?

La pregunta me dejó mudo. Yo no me la había formulado.

El hecho mismo de encontrar actuando a la inteligencia sobre la superficie del Satélite inaccesible, no dejaba a mi cerebro libertad para otros raciocinios.

—¡Cómo diablos se han encaramado allí los alemanes!, exclamé con una estupefacción casi cómica.

—Paciencia, amigo Fuenzalida... Todo lo sabrás a su debido tiempo. Desde luego tienes allí esa estrellita que se enciende y apaga a intervalos regulares y como movida por un poder inteligente... Vuelvo a preguntarte, ¿qué utilidad puede tener?

Me encogí de hombros.

—Querría saber primero cómo llegaste a descubrirla.

—La casualidad. Hace un par de meses un empleado del observatorio me invitó a visitar el establecimiento. Entre otras curiosidades quiso mostrarme la luna al través de un telescopio de gran poder. El espectáculo, tan nuevo para mí, no pudo menos de seducirme... De pronto vi aquello y tuve el heroísmo de callarme el descubrimiento... Comprendí que se trataba de algo muy grave... Sabes cómo tengo a los alemanes montados encima de la nariz. Son ellos, sin duda, me digo para mí... ¿Qué estarán haciendo con la luna?...

—Es raro, sin embargo, observé, que los astrónomos no hayan caído en la cuenta...

—Los astrónomos están siempre en Babia. Además la cosa no es perfectamente visible, para el que no sabe su existencia, sino con anteojos de gran poder; no son muchos los que existen en el mundo y estos no los dedican a observaciones lunares sino con el objeto de tomar fotografías... Ahora bien, en una fotografía esa estrella que se enciende y apaga, no llama la atención... parece como uno de los tantos puntos luminosos de que está llena la superficie lunar.

Nada dije, pues, a mi amigo ni a nadie de lo que acababa de ver, pero esa noche me desvelé, leyendo en un libro de Flamarión, cuanto se decía sobre la luna. Ello me confirmó en la idea de que mi descubri-

miento era importante, y casi al punto comprendí de lo que se trataba...

—¿Lo comprendiste?

—Si era claro! Desde que los Estados Unidos entraron en la guerra mundial, los alemanes se encuentran casi aislados del resto del mundo. Necesitan, sin embargo, comunicarse con sus amigos y afectos en América y en el extremo oriente. Las estaciones radiotelegráficas clandestinas presentan para este efecto, muchos inconvenientes, y es muy difícil mantenerlas secretas... Entonces pensaron valerse de la luna para establecer ese telégrafo de señales que acabas de ver...

—¿Es, pues, un telégrafo de señales?, exclamé dando apenas crédito a lo que oía... Pero, ¿cómo lo han instalado? Se necesita una luz de gran potencia para que ella sea visible desde la tierra... Si han sido capaces de llevar todos esos elementos hasta la luna, podemos, desde luego, resignarnos a la idea de que conquistarán el mundo... Disponen de recursos superhumanos.

—Deja esas fantasías a un lado... Nada hay aquí de super-humano. Lo verás muy luego... Han gastado, sí, bastante dinero, algunos millones, dando a la vez pruebas de cierta habilidad técnica... Pero no se trata de imposibles, ni mucho menos... Tengo aquí en el bolsillo un presupuesto aproximado del costo de la instalación...

—¿Cómo has podido obtenerla?, interrogué mareado con aquellas afirmaciones aparentemente absurdas.

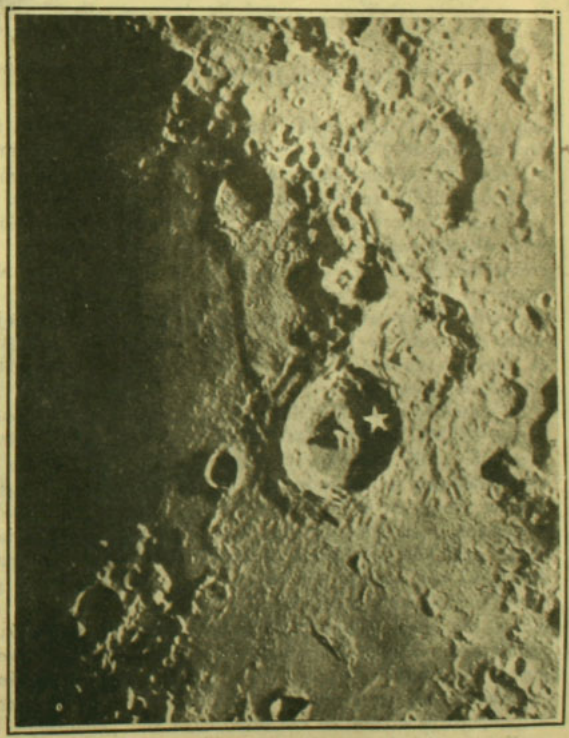
—Por deducción... Pero vamos por partes... ¿Quieres oír algunos cálculos científicos?... ¿Sabes lo que llaman los astrónomos diámetro equivalente de las estrellas?

—Nó.

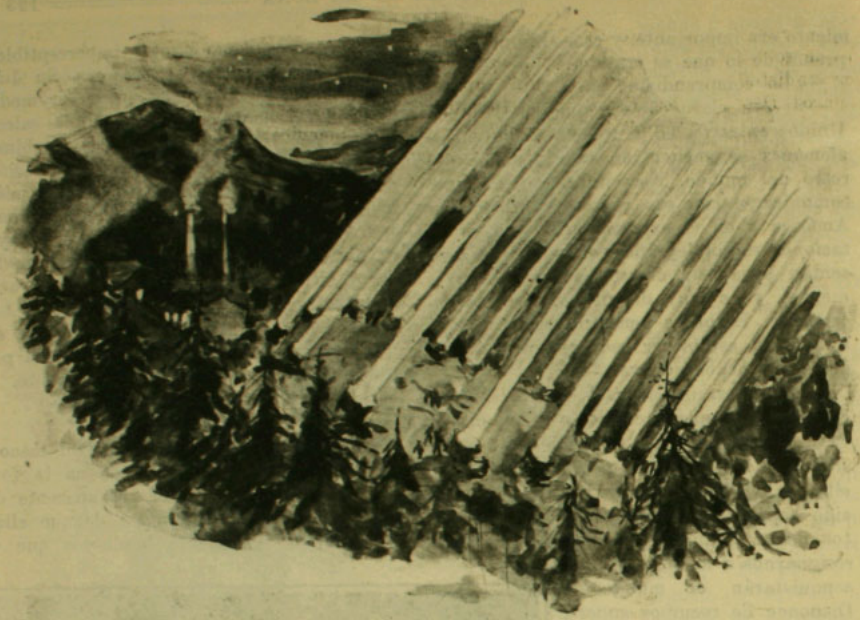
Te lo explicaré en pocas palabras. Las estrellas están situadas a tan inmensa distancia de la tierra, que aun las mayores aparecen sólo como puntos imperceptibles en los más poderosos telescopios. Su diámetro aparente no puede, pues, ser medido. De allí que se haya intentado calcularlo. Por medio de ingeniosas combinaciones se ha logrado establecer la relación que existe entre la luz de las estrellas más brillantes con la luz del sol... Ahora bien, las estrellas son otros tantos soles, cuya naturaleza no parece diferir mucho de la del nuestro. Se supone entonces que el brillo intrínseco de la superficie de las tales estrellas es igual al del sol, y que su menor luminosidad depende sólo de la pequeñez infinita de su disco aparente, a causa de la distancia.

—No sé adónde vas a parar.

—A nuestro negocio. Ni más ni menos. Los astrónomos han calculado en la forma que has oído el diámetro aparente de las estrellas, en el supuesto de que ellas sean discos igualmente luminosos que el



Aparece como uno de los tantos puntos luminosos de la superficie lunar.



Disponen de una gran planta eléctrica y de focos montados en ejes paralácticos.

sol, aunque colocados mucho más lejos. Asi una estrella de 0''00015 de diámetro aparente, es de décima magnitud, o, en otros términos, brilla tanto como ese puntito que llamas faro, y que aparece y desaparece alternativamente en la sombra del cráter de Teófilo... ¿Qué tamaño debería tener un disco colocado en la luna para que visto desde la tierra, tuviera un diámetro aparente de quince cien milésimas de segundo de arco? El problema es de aritmética elemental.

El diámetro real de la luna es de 3 millones 493,200 metros y su diámetro aparente de 1,867 segundos de arco. Quince cien milésimas de segundo de arco, corresponden, pues, en la superficie de la luna a veintiocho centímetros, más o menos. Un disco, pues, de veintiocho centímetros de diámetro, que brillase intrínsecamente, es decir, con relación a su tamaño, tanto como el sol, sería colocado en la luna, tan visible como la estrellita que acabas de ver por el telescopio.

¿Cuántas bujías significa eso? El cálculo tampoco es difícil. Si ese disco cuya superficie sería de seiscientos centímetros cuadrados, brillase como el platino en fusión, su luminosidad equivaldría a 12,000 bujías, pero como la superficie del sol brilla treinta y cinco veces más que el platino en fusión, tenemos la cifra de 420,000 bujías.

—¡Con ello podría iluminarse casi una ciudad! Y, ¿cómo han podido, repito, instalar, semejante luz en la superficie de la luna?... Allí para mí, está el imposible... No hay medios de locomoción, ni cómo vivir...

—Un poco de paciencia... Nada han instalado los alemanes en la luna. ¿A dónde iríamos a parar?... La luna sólo les sirve de pantalla. Su superficie refleja casi la mitad de la luz que recibe... Les basta enviar por medio de grandes focos de rayo paralelos, análogos a los de los buques de guerra, algo así como un millón de bujías de luz... Como dices bien, la iluminación de una ciudad mediana...

—¿Y ese haz luminoso de que hablas conseguirán concentrarlo allá en la luna en un disco de sólo seiscientos centímetros cuadrados de superficie? Me parece imposible...

—A mí también, pero no hace falta para el caso. Ellos iluminarán en la luna un espacio mucho mayor, acaso, de un kilómetro... La intensidad de la iluminación resultará así muchísimo menor, pero gracias a su tamaño, es igualmente visible desde aquí... Aun dentro de las leyes de la óptica habrá con ello ventaja.

—Ahora lo comprendo todo...

—Si es como el huevo de Colón... Allá en los Alpes de Suecia o quién sabe dónde, disponen ellos de una gran planta eléctrica y de focos montados en ejes paralácticos que siguen el movimiento aparente de la luna... ¿Qué interpretaciones habrán dado en Europa a ese gigantesco foco de luz lanzado al espacio?... No lo sabemos, ni la Agencia Havas nos lo ha dicho hasta ahora... El hecho es que disponen de un telégrafo seguro e indestructible para comunicarse con el resto del mundo... ¿Qué harán los aliados cuando lo sepan?

—Pondrán en secuestro todos los observatorios astronómicos.

—Ni aún así... Con un anteojo de veinte centímetros de diámetro se ven perfectamente las señales... y un instrumento así cabe en cualquier parte...

... ...

... ...

IV

Me incliné nuevamente hacia el ocular del telescopio.

La misteriosa estrellita continuaba apareciendo y apagándose como antes... ¿Qué estarían diciéndose por aquel medio extraño?...

—¿Les has traducido sus despachos?, pregunté a Román.

—Por cierto...

—¿No usan clave?

—Ya lo creo... pero poco me ha costado descubrirla... Las señales son las del telégrafo de Morse, el Código, el A. B. C., la cifra 357...

—¡Parece imposible!...

—¡Quiá, hombre!... Me bastó encontrar la traducción de un telegrama...

—¿Dónde?...

—En "El Tiempo Nuevo"...

Una carta de Blasco Ibáñez

El distinguido publicista nacional don Fidel Pinochet, Rector del Liceo de San Bernardo, autor de numerosas obras entre las cuales está su "Crestomatía Española", acaba de recibir una interesante carta de Blasco Ibáñez en la que le comunica su juicio sobre su reciente obra, "Biografía de Cervantes", de la que es autor el señor Pinochet.

La carta reza como sigue:

"París, 29 de Enero de 1917.—Señor don Fidel Pinochet Le-Brun.—Rector del Liceo de San Bernardo.

Distinguido señor y compañero de letras: Acabo de leer su "Biografía de Cervantes" y siento un deseo vehemente de felicitarle como escritor y como español.

Su obra es hermosa, clara y completa. Resume usted en una forma artística y amena todo cuanto han dicho los primeros cervantistas, y este valioso trabajo lo hace en pocas páginas, no incurriendo en la fatigosa difusión y en la prolijidad de detalles y conjeturas inútiles que afean las investigaciones de otros autores.

Gracias a usted, la literatura de Chile cuenta con uno de los mejores retratos del genio inmortal, que no es sólo orgullo de España sino gloria legítima de todos los pueblos que hablan su idioma a uno y a otro lado de los mares. Se nota en usted la seguridad de mano de un artista concienzudo, que antes de ponerse al trabajo ha estudiado profundamente a su modelo.

Reciba mi enhorabuena de camarada literario. Su pequeño libro lo guardaré en mi biblioteca como algo apreciable y simpático.

Como español le felicito igualmente; y no como español tradicionalista (pues no lo soy) sino como español liberal y de ideas expansivas, enterado de que el alma española no está solamente en una península de Europa, pues vive y vivirá en veinte naciones que abarcan casi todas las latitudes de la tierra y tal vez guardan en su historia futura los destinos de la humanidad.

Hace usted bien como chileno en dedicar su pluma a la gloria del escritor que es como el Presidente intelectual de esa gran federación de pueblos de habla castellana.

Cuanto más alto quiere elevarse un edificio, más profundos hay que abrir sus cimientos. Cuanto más crezca Chile, más tendrá que ahondar en su pasado en sus orígenes, para que se vea que no es un advenedizo en la historia, que tiene abuelos ilustres, bisabuelos gloriosos y toda una tradición que arranca del tronco peninsular.

En los fundamentos de esa República, que recibió de España un idioma hecho, un culto del honor y la caballerosidad, una literatura completa, está Cervantes como piedra angular. Ud. lo recuerda con su libro, y descubre a las generaciones presentes este gigante del pasado. ¡Digna de aplauso es su obra!

Reciba las felicitaciones de su afmo. amigo y compañero,

VICENTE BLASCO IBAÑEZ.

Esta fotografía fué tomada a las 5 P. M.; es una puesta de sol tomada desde Chorrillos hacia Viña del Mar, por el Estero del mismo nombre.

Una excursión a la cordillera en pleno invierno

La Suiza a un paso de nuestras ciudades.—Un contrasentido: hay que ir a la cordillera para encontrar un buen camino de automóvil.—Corriendo por la magnífica carretera de Juncal.—Las primeras nieves en Guardia Vieja.—Empiezan los tropiezos: rodados de piedra.—Una enorme barrera de nieve.—Cuatro horas de trabajo para abrir un paso.—Detenidos por la nieve.—Una noche de julio en medio de la cordillera.—Un viento implacable.—De a pie sobre un camino nevado para traer combustible.—Los tormentos del frío.—Un regreso apresurado.—Repitamos la excursión... pero en el verano.

Con ilustraciones fotográficas

Una famila porteña acaba de hacer una interesante excursión a la cordillera, animada por una reflexión muy lógica: si de todas partes de Europa acude la gente a Suiza para disfrutar algún tiempo de la vida de las montañas, es aburdo que los chilenos no aprovechemos esas otras montañas inmensas que tenemos a nuestro lado y que nos brindan todas las bellezas y todas las emociones de las grandes cordilleras. La familia en referencia había hecho ya esa excursión en el verano, pero deseaba repetirla ahora, en pleno invierno, para disfrutar del espectáculo de la cordillera nevada.

Los excursionistas eran los señores Rafael L. Barahona, María Victoria Stahr de Barahona, Eva y Rafael L. Barahona Stahr, Luis Espic W., María Elsa y Jorge L. Stahr Prieto. Un amplio Hudson dió cabida a esas numerosas personas; se echaron todavía al coche abrigos, provisiones, rifles y escopetas y se hizo la primera etapa hasta los Andes.

Los caminos que unen a las provincias de Valparaíso y Aconcagua estan, puede decirse, interceptados. Para llegar en automóvil a San Felipe o los Andes se necesita pasar dos veces a vado el Aconcagua o bien una vez en las Vegas par remontar después la pésima e interminable cuesta de lo Campo. Ahí, en el corazón del país, se hizo necesario a los excursionistas hacer por ferrocarril una parte del trayecto. Tenían los peores recuerdos de los vados y de la cuesta aludidas y no valía la pena comprometer el motor del automóvil antes de llegar a la cordillera.

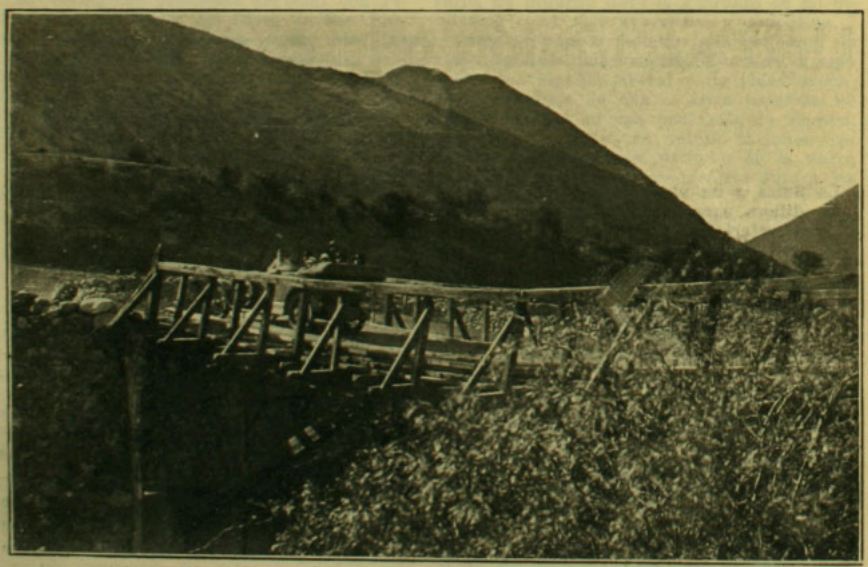
A día siguiente de su salida de Valparaíso, partían los indicados excursionistas de la plaza de los Andes, después de admirar esa reliquia hermosísima del buen gusto de nuestros mayores y de su pasión por los árboles que un necio extranjerismo ha desterrado de las principales ciudades.

A poco andar, el automóvil se interna por el cajón del Aconcagua, ancho en su principio pero que va angostándose paulatinamente, y continúa por ese magnífico e histórico camino de la cordillera que con tantas dificultades cruzara en 1818 el Ejército libertador y que es hoy la vía pública mejor tenida en Chile. Es curioso que sea necesario ir a embutirse entre aquellas montañas para encontrar en nuestro país un buen camino.

El aire fresco sin ser helado, la atmósfera de una diafanidad extraordinaria, el sol brillante y el panorama de la cordillera cerrado en el fondo por cerros cubiertos de nieve y que se veían muy próximos, hacían de la excursión una delicia.

Sin un rodado de piedras que una cuadrilla de trabajadores arreglaba, no se habría creído que había pasado el crudo invierno sobre esa carretera espléndida. El automóvil mismo parecía animarse bajo la influencia de la mañana deliciosa y subía como un piquete, a pesar de sus ocho pasajeros y de su gran impedimenta, las pendientes que llevan al Salto del Soldado.

Este extraño capricho de la naturaleza de-



El puente de Las Vizcachas a la entrada del cajón del Aconcagua.

Las primeras nieves: Guardia Vieja

tiene un momento a los excursionistas. Se trata de un corte que parece hecho por un cuchillo gigantesco en medio de rocas inmensas, un corte de 70 metros de altura y de sólo 20 metros de ancho en la parte superior. Abajo se angosta y hay una parte del fondo en que llega a dos metros. Por allí, por esa garganta estrechísima, se precipita todo el caudal del río con una velocidad extraordinaria. Si el susto da alas, se encontraba, sin duda, en los últimos extremos del terror aquel soldado que, según la tradición, dió el salto de 20 metros de ancho sobre un abismo de setenta.

El camino es precioso. El Aconcagua corre encajonado y con verdadero ímpetu allá abajo, y junto a la carretera al pie de la mole de los cerros completamente estériles, hay alquerías, árboles, frondosos huertos, cultivos, acequias cristalinas y una verdadera abundancia de frutales.

Paralelamente y por la margen opuesta del río va la línea del trasandino. Mientras más y más se avanza, más abrupta se muestra la naturaleza y más caprichosas resultan las formas de los cerros, pero entre tanto la nieve que los excursionistas buscan no aparece sobre el camino ni siquiera en sus proximidades. Los pasajeros del auto desconfían y preguntan a toda boca a la gente que se asoma llena de curiosidad en las casitas del camino: ¿Hay nieve más allá?—Sí, responden los que alcanzan a darse cuenta de esa extraña pregunta; sí, allá arriba, mucha nieve.—¡Hum! Eso será en la cumbre de los cerros, dicen los pasajeros llenos de escepticismo.

Ha quedado atrás Río Blanco uno de los lugares más hermosos de la cordillera y la nieve no aparece. Se almuerza a la vera del camino y en medio de una animada discusión acerca de si hay o no hay nieve en la cordillera, pero al continuar la marcha se empieza a notar bastante frío. Algunas manchas de agua hay en el camino cubiertas con un grueso cristal de escarcha, que se quiebra ruidosamente y salta en todas direcciones bajo el peso de las ruedas. En fin, esto es ya una esperanza.

"Frente a Guardia Vieja el valle se ensancha, hay unos potreros, y al fondo de ellos, al pie del cerro, se ve una inmensa mancha blanca cuyas extremidades van a juntarse con otras manchas igualmente blancas de las laderas próximas. ¡Es nieve, verdadera nieve! ,

"Sobre la mancha aludida una familia nu-

merosa libra una batalla de albos proyectiles que se deshacen en el cuerpo de los contendores. Es de Valparaíso, ha ido a Río Blanco el día anterior y ha llegado hasta allí también en demanda de la nieve. La llegada de la gente del automóvil la celebran esas personas desde lejos agitando las manos. El público del auto contesta en igual forma, baja precipitadamente del coche y corre alborozado a tomar parte en la batalla. La nieve endurecida por el frío está como un cristal. La gente patina sobre ella sin querer, las caídas se repiten entre generales carcajadas, pero nadie se queja. La gente ha ido precisamente a eso: a revolcarse sobre la nieve, a lanzarse trozos de ella, a hartarse de lo que tenemos tan cerca de nuestras ciudades y que sólo tocamos en míseras porciones para helar las bebidas durante los veranos."

El viaje continúa. A poco andar la nieve aumenta y, lo que es peor, grandes piedras derrumbadas de los cerros interceptan el camino. Los automovilistas tienen que bajarse y remover esas piedras a fuerza de brazos o palanqueando. Llevan la voluntad inquebrantable de seguir hasta donde les sea posible y de allanar todos los obstáculos.

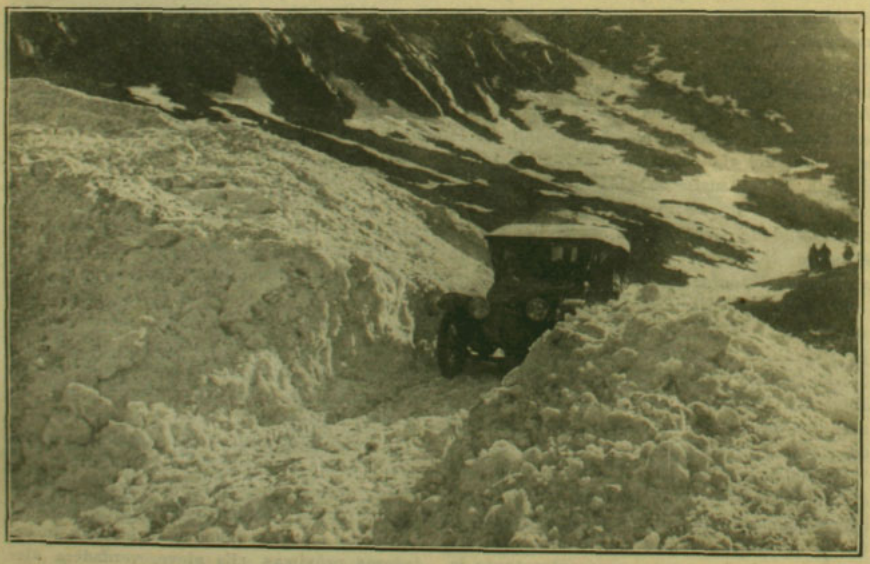
Pero justamente en el kilómetro 42 se encuentran con algo improvisto: hay delante de ellos una enorme masa de nieve, una avalancha, sin duda, deslizada de los cerros, que intercepta completamente el camino y que tiene sobre él un ancho de quince metros y una altura al centro de no menos de dos metros y medio.

A un costado el cerro infranqueable, al otro un precipicio, al frente esa barrera y al centro el auto encajonado. ¿Qué hacer?

Pero no es posible volverse de allí. Para el turista no hay inconveniente capaz de detenerlo: "Se debe pasar y se pasará".

"La tripulación del auto constituye un congreso al aire libre en que las personas de más edad opinan que debe hacerse retroceder prudentemente el coche, girando hacia atrás en una parte apropiada y emprender la vuelta sin mayor dilación. Pero un animoso diputado de ese parlamento, la señorita María Elsa Stahr, sostiene que el regreso desde allí equivaldría a una derrota vergonzosa, y que hay que forzar el paso por angas o por mangas. El capitán de la partida la apoya y todos estudian el modo de vencer la dificultad.

Al otro lado del río y frente al lugar



El auto pasa de regreso el corte hecho en la nieve.

Junto a un refugio

en que el automóvil se encuentra hay junto a la línea del trasandino una casa de camineros.

Pronto descienden a las voces de los excursionistas por la escarpada ladera con palas al hombro, dos robustos trabajadores y la gente del auto se pregunta llena de curiosidad si les será posible pasar la impetuosa corriente del río y cómo podrán hacerlo. La pasada la hacen los camineros por un primitivo andarivel compuesto sólo de un cable y de algunos aros de alambre que penden de él y en que los hombres se sientan. Continúan en seguida dichos hombres impulsándose a fuerza de brazo por el cable.

Las dos palas que los camineros llevan resultan insuficientes. Vuelve uno de ellos con voluntad de oro a buscar otras dos y cuando han logrado hacer un corte bastante apreciable, pisonean largo tiempo la nieve todos los presentes, colocan cadenas a las ruedas de atrás del auto e intentan la pasada. El blando piso cede bajo el peso del automóvil y éste queda cogido por la nieve que se acumula bajo la caja. Se hace necesario trabajar todavía mucho más, pero poco a poco se va progresando. Por fin queda el auto próximo a la salida del atolladero. El motor funciona, unos tiran de los cables que se le han colocado y otros empujan el coche de atrás. El automóvil trepida un momento haciendo saltar con las ruedas una lluvia de nieve y avanza por fin resueltamente. La dificultad ha sido salvada después de cuatro horas de trabajo incesante.

Los mismos auxiliadores prestan palas a los excursionistas para otras emergencias y se sigue el viaje en demanda de Juncal. Hace ya mucho rato que la vegetación ha desaparecido casi por completo del camino. Ahora sólo se ven laderas escarpadas, peñascos, tierra árida y nieve, mucha nieve que va cubriendo grandes extensiones y que amenaza taparlo más adelante todo.

Uno que otro arbusto asoma por entre las piedras y la nieve sus escuetas ramas desprovistas de hojas.

Se ha hecho enteramente de noche y una luna hermosísima alumbra como el día, según la expresión del pueblo, ese paisaje polar. Hay que salvar fuertes gradientes con curvas muy agudas y la nieve estorba la maniobra del largo auto. Temiendo los patinajes se hace descender a los pasajeros en las peores vueltas. Todo, sin embargo, se salva bien,

gracias a la fuerza del motor, pero las capas de nieve se van presentando en el camino cada vez más gruesas y hay que abrirse paso a fuerza de pala. Algunos rodados de grandes piedras aumentan todavía las dificultades.

A las 9 de la noche el camino se despliega como una inmensa y alba sábana y es imposible avanzar más, está el auto en una hondonada, kilómetro 47, junto a una de esas casitas de piedra que constituían los antiguos refugios, y comprenden los excursionistas que el espesor de la nieve impedirá salvar las pendientes que les quedan para llegar a Juncal. El fogoso diputado que sostuviera tan enérgicamente el avance en el kilómetro 42, cede en esta ocasión y se acuerda por unanimidad pernoctar allí.

El auto queda sobre la nieve junto al refugio. Un viento harriblemente frío que parece empapado en la nieve exterior entra por todas partes y constituye un tormento insoportable. El hielo de esa clarísima noche de julio y a casi 2.000 metros de altura excede a las mayores ponderaciones y toda aquella gente que en la mañana deseaba con ansia llegar hasta la nieve, reniega ahora de ella.

"Con mucho trabajo se reunen en los alrededores unos cuantos palos verdes que se resisten a arder. Hay que rociarlos con bencina y cuando al fin se queman producen un humo molestísimo que es un tormento más.

Temiendo las consecuencias del frío en su gente, el capitán de la excursión se lanza a pie a Juncal en busca de combustible y provisiones. Hay 4 kilómetros hasta el caserío indicado, casi un legua. Esta distancia aun remontando como lo hacía el camino no habría sido larga sin la nieve espesa en que se enterraba hasta más arriba del calzado y sin ese viento implacable que azotaba la cara como con agujas de hielo.

La capa de nieve que cubre enteramente la carretera y el paisaje verdaderamente siberiano, tenía bajo la luz de la luna el brillo de la plata.

Por fin llega nuestro excursionista a Juncal. Ha recorrido 51 kilómetros en plena cordillera y se encuentra solo a 16 de la cumbre. Es una satisfacción que parecerá cómica a muchos de los lectores, pero que resulta muy explicable entre los aficionados al turismo.

El antiguo hotel del trasandino ha sido arrasado. Junto a sus cimientos hay unas cuantas casas en su mayoría deshabitadas y

Una barrera de nieve intercepta el camino. Abriendo una pasada.

Removiendo un rodado de piedras

el legítimo Juncal que queda un poco más lejos está compuesto por unos cuantos casuchones de mala muerte, que forman un cuadrado sobre un espacio cubierto de nieve. Encuentra nuestro excursionista en el histórico almacén del señor Cataldo, carbón y algunas provisiones y una persona que mediante la correspondiente retribución le ayuda a llevar aquello hasta el campamento del kilómetro 47. Durante el camino y siguiendo su idea fija de internarse hasta donde sea posible y de hacer una cacería, pregunta a su auxiliar cuál es el lugar próximo más a propósito para disparar a los huanacos y con quién debe entenderse para contratar una tropilla de mulas.—¿Huanacos? Hace muchos años que no se ve ninguno por allí, y en esa estación de las nieves no hay una sola mula en Juncal.

Por consejo del guía el regreso al refugio se hace no por el camino lleno de nieve sino por la despejada línea del ferrocarril. El río hay que pasarlo por un cable semejante al que hemos descrito más arriba. Nuestro excursionista se sienta sobre uno de los burdos aros de alambres que penden de dicho cable con la misma impresión del que sube por primera vez en aeroplano. Se toma fuertemente del cable en referencia y avanzando una mano primero y otra después, va corriéndose hacia la ribera opuesta mientras se cimbra sobre el abismo.

Hasta el centro todo va bien porque la inercia lo lleva hacia adelante pero desde allí es necesario subir a fuerza de brazo por el duro y resbaladizo hierro del cable. Llega a la orilla opuesta y se encuentra con la familia alarmadísima, que ha abandonado el refugio a despecho de la nieve temiendo las consecuencias de la maniobra.

La noche, esa noche de julio pasada entre la nieve sobre el duro suelo en un refugio sin puertas ni ventanas y de cuyo techo han volado gran parte de las calaminas, se hace verdaderamente horrible. El viento cordillerano insoportablemente frío penetra por todas partes y hay que tapar con los elementos que debían servir de abrigo las aberturas de las entradas y las troneras que hacen de ventanas. Aún así se cuela el viento al refugio y el fuego del carbón llevado de Juncal no alcanza a contrarrestar el frío y apenas si seca los calzados enteramente humedecidos por la nieve.

"Es tal el hielo de aquel desabrigado refugio, que por su causa, después de la frugal merienda, pocos lograron dormir.

En la cordillera amanece muy tarde por la razón muy sencilla de que los cerros im-

El corte hecho en la nieve, para la pasada del auto, en cuatro horas de trabajo.

piden que caiga la luz al fondo de los cajones en que están los caminos y los valles. La noche se hace, pues, interminable y a las primeras luces del alba se llena de nieve una tetera, se coloca sobre el fuego y todos esperan ansiosos la caliente taza de té.

Los excursionistas tan animados ayer y que en sus deseos de ver nieve llegaban a dudar de que la hubiese en la cordillera porque no la encontraban tan pronto, presentan ahora con sus caras de trasnochados y su aspecto de frío el espectáculo lamentable de una banda de derrotados, de derrotados por la nieve.

El capitán de la partida no consigue que sus compañeros intenten ahora con la luz del día la llegada a Juncal.

¡No más nieve! dicen y quieren volverse ipso facto a Los Andes. Como aquel glorioso militar chileno que daba "por vistos" los museos de Europa, nuestros bravos excursionistas dan también "por visto" a Juncal.

Emprenden, pues, el regreso. Admira la facilidad suma con que deshacen un camino que tanto ha costado remontar. El peso del auto que va, en realidad, sobrecargado, anula en la pendiente el estorbo de la nieve y sólo hay que tener cuidado con las patinadas, en especial en los virajes.

El frío brutal de la noche anterior ha endurecido mucho la nieve. El piso del corte hecho el día antes en el kilómetro 42 tiene la dureza del hielo. El auto lanzado a toda velocidad hace la pasada de ese corte deslizándose como sobre rieles en un verdadero patinaje.

Con la mañana hermosísima renace la alegría. Pronto se olvidan las duras peripecias de la noche anterior y todos resuelven repetir la excursión y llegar hasta la cumbre..... pero en el verano.

Después de los ataques

La Gloria y el Horror de Douaumont

Por

Octave Beliard

Con ilustraciones fotográficas

Antes de los acontecimientos de diciembre último, Douaumont, que no debe hoy haber perdido mucho de su horror, era el más espantoso de todos los frentes de batalla en Europa, sin exceptuar el del Somme. La víspera del día en que fuimos allá, nos dijeron que cuatro repórters americanos acababan de intentar la peligrosa excursión. Dos de ellos, aterrorizados por el estruendo de la artillería habían pedido gracia desde la costa de San Miguel que, no es sino la salida de Verdun. Los otros dos habían seguido a sus guías dócilmente cruzando a través de las trincheras que se deslizan a lo largo de las pendientes, se hunden en los valles y se remontan hasta los picachos de las montañas. En la barranca de las Viñas, de siniestra memoria, habían aspirado con zozobra el olor pestilente de los gases que producen el incesante lagrimeo; en Froideterre, al terminar la trinchera preguntaron ingenuamente "si aún faltaba mucho". Desde allí el enloquecimiento fué creciendo por grados; sólo reinaba de uno a otro horizonte el caos, el caos del principio y del fin del mundo; lo que los franceses llaman "la mer figée", la mar cuajada, como diríamos nosotros. Y en el aire, la muerte aullando, silbando, zumbando, estallando como en una carcajada fúnebre y maldita... Huir? Estaban ya demasiado lejos! Viéronse obligados a seguir hasta el fin.

Hasta el fin, es decir, hasta el desierto fangoso, donde resbalaréis a cada paso cayendo junto a un montón de cadáveres putrefactos.

u os atollaréis en los enormes hoyos abiertos por los obuses en el terreno, u os sumergiréis hasta el vientre entre un lago de pez del que apenas si podría sacaros el esfuerzo reunido de muchos hombres.

Y mientras andáis con paso vacilante, será preciso muchas veces correr; cada momento es fatal, cada segundo trae consigo un estampido formidable.

Embarrados, desfigurados, rendidos, locos, sin aliento, 20 veces salvados de la muerte por un verdadero milagro, llegaron los dos periodistas al fuerte, dejándose caer allí como masas inertes, y abrazándose sollozantes, cual debieron abrazarse Pirithous y Teseo, cuando llegaron vivos al fondo del averno...

Y este viaje, del que se nos hacía tal relación, debíamos emprenderlo nosotros mismos al siguiente día; y este viaje lo hacian a diario nuestras tropas.

A los que no hayan visto de cerca esta guerra, imposible será hacerles comprender nunca su horror sobrehumano. Y mi mayor asombro es que tantos millones de hombres, de tan diversa naturaleza, puedan adaptarse en igual forma a una existencia de drama interminable, como ni la historia ni la literatura han podido jamás describir ni aun imaginar nada semejante. La misma ciudad mártir (Verdún) que hay que atravesar, es como un prefacio, que prepara para el infierno de Douaumont. Por sus ruinas adivino que fué una hermosa ciudad característica; ciudad guerrera y eclesiástica a las orillas del Mosa que serpentea, con su catedral y sus viejos palacios aristocráticos, a la sombra de olmos seculares, reflejada en la tersura de las aguas... Ahora, de lejos, parece intacta aún y se yerguen altivas las torres de la catedral. Pero la iglesia es un casco horadado y vacío; los enormes arbustos han sido tronchados por el tronco por el aluvión formidable; las fachadas de las antiguas viviendas están a veces en pie, pero a través de sus ventanas sólo se ve el vacío. Junto a un piso derrumbado se balancea la cuna de un niño, o manda una sonrisa el retrato del padre aprisionado en dorado marco, o espera un piano la mano que acaricie sus notas de marfil; objetos familiares, abandonados entre toda esa ruina trágica, que conmueven hasta el fondo del alma.

Las tropas desfilan apresuradamente por las calles resonantes, cual fúnebre procesión entre sepulcros. Hacen alto, bien en la ciudadela inviolable, bien en las cuevas donde las noches se deslizan intranquilas... Oh! las noches de Verdún, eternamente atormentadas por el estallido de los obuses, que zumban, azotan el aire y caen con maullidos de tigre herido, produciendo un estruendo apocalíptico y ensordecedor! Oh, los gritos lejanos de los centinelas heridos, sin saber de dónde, que mueren clamando socorro en esta fortaleza en que todo ha muerto!

Partimos camino de Douaumont, en un atardecer brumoso de noviembre. Lo que hace más dramáticas estas marchas es que se realizan en las tinieblas, en las horas en que de suyo el corazón se siente medroso y conmovido. Imaginaos, en la oscuridad, el jadeo de filas interminables de hombres que andan a tientas por las trincheras, enredándose los pies entre las redes de hilos telefónicos que se cruzan por los suelos, entre la horrible y funesta música de los obuses que estallan incesantemente en derredor. A cada momento corre un murmullo por las filas: "Detenerse; no se puede seguir!" O bien, por el contrario, la retaguardia de la tropa está inmovilizada en un pasaje peligroso, los proyectiles pasan y revientan, y voces ahogadas gritan: "Más aprisa, más aprisa".

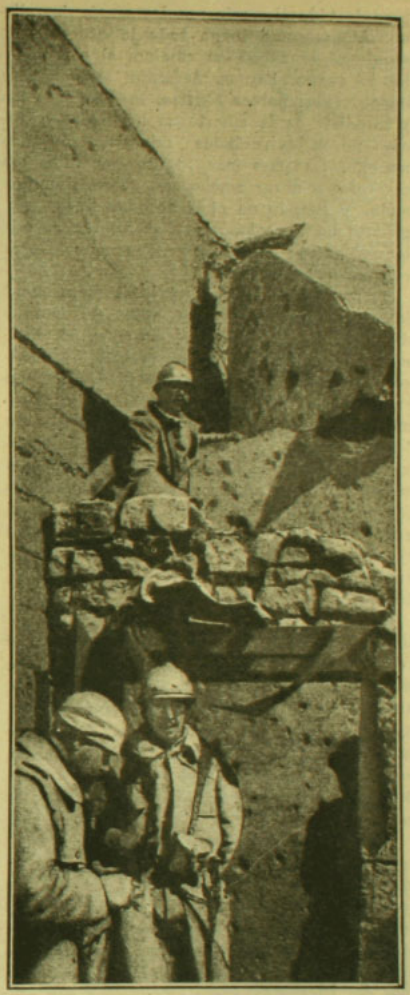
Se sigue caminando por las excavaciones del terreno y se siente uno más protegido por las altas paredes de las trincheras. Pero las pistas descubiertas bajo las estrellas! las pistas señaladas por la aviación del enemigo y que hay que franquear necesariamente, a toda carrera, entre el estallido de las bombas, kilómetros enteros! En el camino de Douaumont cuando la trinchera termina, aún no se está a mitad del camino. Y no es sino en Froideterre lugar levantado, pero viviente, donde se ven llegar los carros de la ambulancia, a costa de dificultades horrorosas; donde llegan trotando por decenas los valerosos borriquillos de Algeria, tan pesadamente cargados que olvida uno sus propias miserias y las de sus camaradas para acariciarlos con una mirada compasiva. En Froideterre los territoriales encorvados se esfuerzan por abrir en el castigado terreno un camino, que es incesantemente destruído; tarea que parece tan eterna como la de Sísifo. Muy cerca, como en todo punto donde se ha combatido, se divisan los centenares de cruces de madera de un cementerio, perfectamente alineadas en el barro, como si los que duermen allí presentasen aún las armas para alguna fúnebre revista.

Este lugar es muy severo y muy triste, pero nada tiene de maldito.

Las cohortes de cojos inválidos que allí llegan, harapientas y muchas veces sin calzado, balanceándose sobre sus pies destrozados y marcando con gotas de sangre los largos caminos, créense una vez allí ya casi salvas.

A unos cientos de pasos más allá es donde comienza el infierno. Se han ensayado todas las metáforas para describir esta visión de horror. Es la superficie volcánica, triste y acuchillada de la luna. Es el mar o el desierto, pero un desierto de lodo viscoso y fétido, un mar sombrío, cuyas olas, levantadas por la tempestad, hubieran sido de pronto bruscamente inmovilizadas y conservasen silenciosas y heladas sus contornos violentos. En toda la extensión que la vista abarca, no se ve nada que no sea informe y horroroso. Una flor, un arbusto, una rama que fuese, serían un encanto para los ojos. Pero nada, ni siquiera uno de esos troncos calcinados que señalan el punto en que estaban los bosques destruídos. Yo he pasado mil veces **sin advertir nada**, por el sitio en que se levantaban un día los pueblos destruídos de Douaumont y de Fleury; no queda de ellos ni un solo paredón. Ninguna línea geométrica regular denuncia a lo lejos entre las ovaladas curvas de esta inmensidad caótica una obra cualquiera de fortificación. En una ondulación del terreno, más elevada de lo que pudiera suponerse, el fuerte de Douaumont, y allá, muy abajo en el límite del horizonte, el de Vaux.

Ni un solo pájaro sobre el vasto campo de muerte. Los huéspedes tradicionales de los osarios, hasta los mismos cuervos, rehusan acercarse a estos parajes del terror, llenos de fosas enormes y de charcas pestilentes cuyas aguas mortíferas rebalsan de unas a otras, atestadas de cadáveres. Los aires están sin embargo poblados de vivientes extraños; alas silbantes y zumbadoras les recorren incesantemente en vuelos misteriosos y terroríficos entre aullidos salvajes, modulados por toda una fauna diabólica. En realidad se encuentra que el fuego del cielo fué benigno en Sodoma y Gomorra, al contemplar esta pobre región, que no puede hallar reposo ni de día ni de noche, cuyo cielo está perpetuamente oscurecido por la densa red de trayectorias funestas, y en que los rayos se obstinan en reventar veinte veces por minuto con un estruendo de cataclismo y de entrañas desgarradas. Es imposible sin un guía seguro y experto en el día, y sin dos al menos en la noche, recorrer los caminos, cuyo aspecto cambian a cada momento los obuses con sus estallidos; extraviarse es correr al hundimiento y a la muerte; antes de diciembre último era además exponerse a caer de pronto en las líneas enemigas, que estaban demasiado próximas y bastante mal definidas.



Un rincón del fuerte

Se salvaban hoyos enormes, se topaba a cada paso con cadáveres enterrados hasta el vientre, despedazados por un obús, y cuya boca permanecía siempre abierta como pidiendo desesperadamente socorro; otros cadáveres más viejos, habían sido tantas veces enterrados y desenterrados por los estallidos de las bombas, que semejaban pingajos de vestidos de muñecos, que hubiesen

perdido todo el serrín que les servía de relleno. Aunque uno tenga toda la atención en seguir rápidamente su camino, el espectáculo de cuanto hay en derredor, enloquece la imaginación; parece sentirse la desesperación y el sabor de la muerte en los labios, y los ojos miran extraviados mientras dura la marcha. Se pasa por tanto en fila, sin atreverse a mirar mucho, sin querer escuchar nada. Y cuando un obús abre un hueco sangriento en la columna... se vuelve a unir la cadena. El regimiento tiene que llegar cueste lo que cueste.

Tres veces hice yo el viaje de Douaumont ida y vuelta; dos veces, antes del ataque de diciembre y una poco después. El regimiento en que yo sirvo en calidad de médico mayor no tomó, a decir verdad, parte en el ataque de Douaumont, que lo hicieron, como es sabido, los coloniales y cazadores; pero tuvo la misión de prepararlo y, una vez llevado a efecto, la de defender y ocupar el terreno conquistado. Cada una de aquellas jornadas tuvo sus horas trágicas, pero, si salgo vivo de esta guerra, no habrá para mí recuerdo tan emocionante como el de mi entrada en el fuerte el 22 de noviembre de 1916.

Por grupos aislados para aminorar el peligro, avanzaba por las pistas marcadas el regimiento, camino del fuerte, y flanqueaba la fila interminable de pozos y hondonadas abiertos por los obuses (no quedaba una sola trinchera) en el terreno que constituye la primera línea de fuego. A medio camino, como yo iba al fuerte y mi ruta no era la misma, tomé dos guías particulares y tiré por distinta vía con mi compañía de camilleros y sanitarios. Formábamos una pequeña cadena humana perdida en medio del desierto pavoroso. El esfuerzo para sacar nuestros pies del fango hacía fatigosa nuestra respiración. Fué un presentimiento? Mi cabo, me confesó "que temía no llegar al término". Estaríamos tal vez a unos 800 metros del fuerte (a veces 800 metros son más largos que una legua entera) cuando la pálida luz de cien cohetes nos cegó y las descargas de la artillería alemana, que hasta entonces no habían hecho más que saludar débilmente nuestra marcha, salpicándonos inocentemente de barro, llenaron bruscamente los aires con una tempestad de silbidos.

Qué motivó aquel aluvión? Habíamos prevenido al enemigo del relevo, o como se dijo después, una parte del regimiento extraviado por un guía, había ido a dar a las líneas alemanas poniéndolas al punto en alarma? Corríamos bajo una granizada de hierro, entre el estallido incesante de obuses y granadas.

Los fulgores de los cohetes artificiales nos daban con su luz pálida un aspecto cadavérico. De pronto entre la confusión de las bombas, que pasaban sobre nuestras cabezas estallando a nuestro alrededor con ese silbido característico que no confunde con ningún otro el soldado experto, distinguí un obús que venía directamente hacia nosotros. Transcurrió una mínima fracción de segundo, el tiempo infinitesimal que basta para ser derribado a tierra con violencia, deslumbrado por la llama, ensordecido por un estampido formidable y darse cuenta de que uno está perdido... Cayeron sobre mi espalda cascotes, guijarros y cieno... y me levanté, cubierto de lodo, ileso. Levantóse también uno de mis guías. Y a pesar del ruido infernal elevábanse al cielo gritos y lamentos. La noche era negra, iluminada a ratos por la fatídica luz de los cohetes, que me permitía ver, a parte de aquel guía incólume, toda mi gente derribada. Unos se lamentaban, llamándome como a su salvador y su jefe, suplicándome no les abandonase; otros formaban pequeños montones, en el silencio de la muerte.

Yo llamaba, iba de acá para allá palpando carnes magulladas, charcos de sangre... En derredor parecía estallar el mundo entero. El obús me había perdonado, pero otros obuses me obligaban sin cesar a agacharme y salpicaban a mis pies pedazos de hierro.

Indudablemente la muerte no había hecho sino retardar el momento de acometerme. Aquel cuadro de horror y aquella noche fueron las más terribles que espero presenciar en mi vida. Y será preciso decirlo? Me dieron tentaciones de huir, de volverme atrás con mi guía. No estaba acaso en el derecho de hacerlo toda vez que se necesitaban socorros para los heridos? Pero comprendía que esta acción no era digna, ordené al guía que se fuese solo y llegase a toda costa, y para no pensar más en la suerte que me esperase al quedarme en medio de aquel infierno entre agonizantes y cadáveres, me puse con todo afán a atender a mis compañeros, recibiendo de este modo de ellos un beneficio tan grande como el que yo les prestaba.

Iba de uno a otro, guiándome a tientas, echándome al suelo cada vez que algún obús estallaba cerca de mí, cortando el calzado a unos, cuyo pie había destrozado el obús, haciendo curaciones a otros en plena obscuridad, llamando a voces a las tropas que pasaban rezagadas, a todo escape, bajo la metralla enemiga. Pude por fin hacerme oir de unos camilleros que se separaron de una columna en marcha y se llevaron a mi pobre cabo, un mozetón de Vendée que se alejó con todo el placer de la esperanza... y lle-

Sobre las ruinas gloriosas el pabellón de Francia perpetúa la victoria.

vaba una herida mortal! El segundo guía, más ligeramente herido, marchóse, una vez curado, apoyándose en un bastón. No quedaba allí conmigo más que un solo herido que se lamentaba tristemente! Me rogó que le aliviase del correaje que se le clavaba en la espalda; corté las correas, puse al herido boca arriba y exclamó: "¡Ah, qué bien estoy así! Fueron sus últimas palabras. Después agonizó lentamente. Brotábale la sangre por boca y narices y tenía rota la pierna izquierda...

Cuánto duró aquello? No lo sé. Poco a poco fué apaciguándose el bombardeo y volvióme el anhelo de la vida junto a aquel montón de cadáveres, hasta el punto de que mi pensamiento voló hasta mi esposa y mis cuatro hijos. Pero, acaso no estaba yo olvidado en medio del hielo de la noche, en aquel mar cuajado? Hacía mucho tiempo que no sentía en todo el rededor los pasos de nadie. No atreviéndome a partir a la ventura, me resignaba ya a esperar la aurora, cuando apercibí la voz lejana de mi guía que regresaba con un nuevo camarada, para notificarme la llegada de los camilleros. En buena hora. Allí no había más que muertos. Nadie podía ya necesitarme. De todo el personal enviado al puesto de socorro del fuerte, no quedaba nadie más que yo. Dí orden sin embargo, para que me llevasen allá, ignorando por otra parte las calamidades que me esperaban en aquella marcha. Aquellos últimos ochocientos metros eran en efecto los peores de franquear para un individuo que como yo, estaba ya tan impresionado. En el camino encontramos montones de objetos abandonados, armas, mochilas, que los soldados habían tenido que arrojar para aligerar la marcha. Encontramos hombres semi enterrados en el cieno, que mis guías lucharon por sacar mientras yo reposaba un momento de la penosa caminata; lograban libertar a algunos después de ímprobo trabajo; salían como masas fangosas, uu pie calzado y otro desnudo, pues el cieno había chupado el borceguí.

El foso del fuerte, que había que atravesar, horripilaba con sola su contemplación. El terreno hostil se abría pronto a devorarnos. Sintiéndome desvanecer tras de tanta angustia sufrida, pedí a mis dos hombres que me dejaran allí para morir de una vez, lo que era preferible a morir a medias. Los porfiados no quisieron acceder a mi ruego, aunque aquel retraso podía significar para ellos la muerte, pues se hace necesario apresurarse, sea como sea, en esta entrada de la fortaleza donde no se puede pasar sino en el intervalo de una granada a otra. Por fin dejáronme como un fardo en la estrecha puerta de entrada y quedé a salvo.

"Figúrese, me decía el comandante del fuerte, recibiéndome con una buena taza de café con cognac, que estos admirables guías recorren diariamente ese trayecto cuatro y cinco veces!" Hay cosas sobrehumanas en las que no cabe exageración. Yo hice cuanto pude porque se citase en la orden del día a mi guía, el dragón Cadudal. Era una deuda que pagaba, por más que la cosa era difícil, porque el llamar la atención sobre un hecho ahí donde las acciones heróicas son el pan cotidiano, no deja de ser una fortuna.

Ya se ve, pues, que no es en poltrona como se puede llegar a Douaumont. Y la salida no es menos peligrosa que la entrada. Las tropas de relevo, las de aprovisionamiento y sanidad, quedan largo rato estacionadas en el vestíbulo interior antes de decidirse a franquear el umbral. Se espera que pase una avalancha y en el intérvalo que media hasta llegar otra, se sale afuera, lo mismo que el que se lanza al agua a nado, a la buena de Dios. Para destruir la fortaleza en vano emplearan los imperios centrales su gruesa artillería. Al saber que lleva más de un año en asedio, los periodistas del interior han creido que no debía ser ya sino una "ruina humeante". En realidad la dura prueba no ha servido más que para hacer resaltar su resistencia y solidez inquebrantable.

Naturalmente, los terraplenes están removidos como por un arado gigantesco, hay algunos derrumbes en las galerías y las torrecillas de los cañones, abolladas, no funcionan todas con la precisión que fuera de desear, pero puede siempre la tropa dormir tranquila bajo sus bóvedas inviolables protegidas por una capa de 10 a 15 metros de cemento armado, tierra y piedras.

Yo sé que las galerías del fuerte tienen dos pisos comunicados por infinidad de escaleras en montañas rusas, pero aun cuando estuviese permitido, no sabría yo describir este laberinto.

La población que en él vivía, cazadores, infantes, zapadores de ingenieros, era muy numerosa. Al fondo de los sombríos corredores, vense numerosos grupos en torno a los braseros entre nubes de humo de las pipas. La estancia allí no tiene nada de paradisiaca pero dispútase al menos la inmensa satisfacción de estar tranquilo mientras la Muerte circuye la isla por todas partes.

Mis días en el fuerte pasaron lentos y monótonos como a bordo. Leer, dormir, tomar tazas de té en un agua cenagosa, y esperar la tarde en que se llenaba de pronto mi puesto de socorro de heridos y enfermos, desgraciados que llegaban con los pies hinchados por las heridas y amoratados por la marcha. Necesitábanse ocho hombres para trasportar

un herido en una camilla, a través de aquel océano de lodo, desde las líneas hasta el fuerte, y todos los camilleros estaban rendidos por la fatiga. Todos esos hombres, una vez curados, cuidados, reanimados, dormían profundamente en sus camas de hierro, y, al amanecer, la triste caravana volvía a recorrer el camino de la víspera a través de las inquietantes sinuosidades del terreno. Una mañana, aprovechando una gran helada que había endurecido la tierra, salí a mi vez, sin más inconvenientes que algunas caídas. Los nuestros preparaban el próximo ataque, cruzaban las paralelas de partida y aprovisionaban los depósitos de municiones. Para hacer más expedita la vía, corrían con una plancha a la espalda y la dejaban caer en los sitios más difíciles. En el inmenso desierto semejaba el trabajo de una colmena; hubo como siempre algunos muertos y heridos. Después, un día se vieron de pronto llegar por todos los puntos de acceso, los uniformes kakis. "Llega la mostaza", decían nuestros soldados sonriendo. La "mostaza" eran los africanos, con sus caras barbudas, sus ojos de mirada infantil, y sus dientes blancos. Venían de desalojar a los alemanes de la costa de Poivre y de restablecer un poco la calma en los lugares malditos. Su coronel, hermano de nuestro brigadier, recibía el sector de sus manos; nosotros regresamos a Verdún para respirar un poco, mientras ellos intentaban el gran golpe. Instaláronse, unas cerca de otras baterías de 75 sobre todas las pendientes, y comenzaron al punto a hostilizar al enemigo sin descanso. Más atrás estaban los Rimailhos, y más retirados, los de mayor calibre. Ahora era nuestra artillería la que imponía silencio al enemigo.

Yo cuento solamente aquellos momentos que viví. Quede para otros narrar el ataque del 15 de diciembre: yo nada ví de él más que la infernal orquesta. Casi momentos después, nos habíamos hecho dueños del campo de batalla y quedaba en nuestro poder el terreno abandonado por los alemanes; de aquella memorable jornada del 15 no me ha quedado otro recuerdo que el de una pequeña tienda verdunesa vacía y destartalada, donde se velaba un cadáver.

Envuelto en los pliegues de la bandera tricolor, entre dos velas que el estampido del cañón hacía vacilar, y bajo la mirada compasiva de un crucifijo, yacía el muerto. Dos soldados, firmes, montaban la guardia, y de rodillas ante el féretro un jefe sollozaba amargamente. El cadáver era el del coronel de tiradores Francisco de Gouvello, muerto por un obús en su puesto de mando. El que lloraba era el coronel Arturo Gouvello, su hermano, nuestro comandante de brigada.

Uno de los muros laterales del fuerte

Al recibir el cuerpo de su hermano, rompió a llorar como un niño, y al coger la pluma para comunicar a sus regimientos la fatal nueva y ordenar las exequias del soldado muerto en el campo de honor, la primera frase de su orden del día decía así: "En primer término me siento feliz de poder comunicaros que el ataque ha resultado felizmente....." Hay almas y hay momentos en que lo sublime es natural y corriente.

En la calle, cuando salgo, me veo detenido bajo una lluvia fina mezclada de nieve, por el desfile interminable de prisioneros. Un tirador les dice en son de mofa, sin cansarse, a semejanza de aquel héroe de Homero: Aquí está Verdún! Tú querías Verdún! Ya has tomado Verdún, camarada!"

El que no haya visto un regimiento bajar de las trincheras de Verdún, no ha visto nada. Desde la abollada armadura de su casco hasta sus borceguíes cubiertos de fango, su capote desgarrado, manchado de sangre,

lleno de agujeros y cuyo color azul horizonte originario hase convertido en verde, el heróico poilu aparece verdaderamente horroroso. Agregad a esto unas barbas de un mes en un rostro que en todo ese tiempo no han lavado más que las lluvias; un olor a sudor y a humedad... Y ahí tenéis el retrato más exacto.

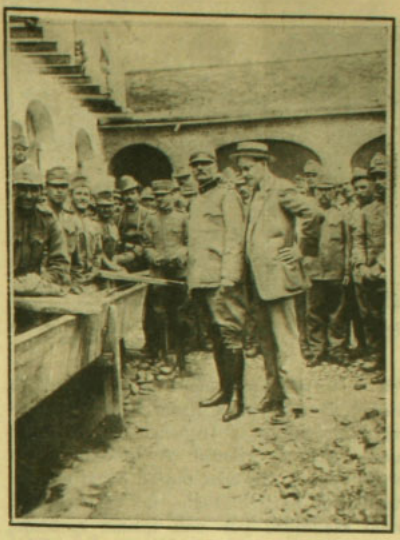
Mas en tanto que su exterior refleja el cúmulo de miserias que ha sufrido, su boca rie siempre, demostrando que es un valiente a toda prueba. Y ya lo creo. El ha vivido en los terrenos nausebundos la existencia de las bestias, y mientras ha tenido un átomo de energia en su cuerpo atormentado, ha luchado entre el cieno y la nieve. Sus compañeros han caído uno por uno convertidos en despojos sangrientos; cerca, muy cerca ha visto mil veces la Muerte sin espantarse de su mueca horrible.

Y esto lo dice él orgulloso y entusiasta, cuando en breves días de licencia, se ve rodeado de los suyos y él mismo se otorga una pequeña apoteosis a su valor.

Aunque no faltan otras que le enorgullezcan justamente.

El 8 de enero en la pequeña aldea de Longeville, detrás de Bar-le-Duc, asistí al último acto del drama de Verdún. Soplaba un vientecillo helado. Habíanse reunido allí delegaciones de todo el inmenso ejército, de Vaux, de Douaumont, y de Chambrettes, de Mort Home y de Tolou; tiradores, cazadores de Africa, zuavos (toda "la mostaza"); y junto a estos los "diablos azules", los infantes, los sanitarios... Las cornetas tanto tiempo mudas volvieron a resonar y entre el brillo de las armas, como si por milagro, todos los esplendores de Floreal hubiesen invadido este paisaje de invierno, ondeando al viento sus gloriosos pliegues, las banderas y banderines ostentaban la alegría de sus colores, azul, blanco y rojo, repitiendo como un adagio el lema "Honor y Patria", con nombres mil de victorias, que encerraban en sí toda la historia de Francia y cual gloriosos veteranos de las batallas estos estandartes estaban cuajados de medallas y de cruces, llenos de agujeros y de girones, a través de los cuales se vislumbraban girones de cielo. En torno a estas banderas ondeaban infinidad de banderines nuevos, pero ya célebres y gloriosos, los de los cazadores con la trompeta bordada, los de los africanos con la Media Luna y la cimitarra, los de los camilleros con la Cruz Roja. De en medio de este mar de gloriosas enseñas, salió de pronto la voz potente del comandante, que gritó: "¡Soldados de Verdún, podéis estar orgullosos!" El general Nivelle pasó, saludando a cada bandera, cada banderín, y depositando en cada uno una nueva cruz y un beso. Después, desenvainó su sable y separándose las banderas, dejaron ver un muro de pechos condecorados. Nivelle acercóse a cada uno y tocó cada espalda con su sable y estampó un beso en cada rostro. Y todos aquellos ante quienes se había detenido llevaban en el pecho al lado del corazón algo de un rojo vivo, de donde arrancaba un resplandor. como si, ¡oh *gradeza de los dolores humanos*! la sangre de los heridos hubiese florecido en estrellas!

Con los alpinos italianos de la frontera italo-austriaca.



Con los austriacos prisioneros

Una gira continental de un conocido escritor argentino

Por

J. Cabrera Arroyo

Con ilustraciones fotográficas

Cuando las rojas trompetas de guerra, en un alarido de supremo estremecimiento, anunciaron que había estallado el cataclismo mundial, el periodista americano se puso de pie para, siendo exacto en sus propósitos, buscar la manera de proporcionar las mejores informaciones de la tormenta que se desencadenaba a sus lectores.

En la Argentina, especialmente, la dirección de los grandes cotidianos pasó revista a todos los intelectuales y periodistas que, capaces de ir a vivir en toda su intensidad la guerra que se enunciaba, podrían cumplir tan importante misión. Los nombres desfilaron por docenas. Pero ninguno reunía, en su totalidad, las condiciones que hacían volver los ojos insistentemente hacia Soiza Reilly. Porque necesitábase que a aquellos campos de exterminio fuera un hombre, no solamente imaginativo y de vibrante pluma, sino también uno lo suficientemente audaz, para desafiar con la impasible sonrisa en los labios la muerte, con tal de conseguir una información y bajar hasta la realidad de las cosas, en todos los frentes de batalla, lo mismo en uno que en otro ejército beligerante.

Una tarde, entre el ruidoso bullicio de la famosa calle de Florida, de Buenos Ai-

Soiza Reilly en el pueblo de Kutno, de la Polonia rusa, conquistado por los alemanes.

res, mientras saciábamos la pupila en la contemplación de la firme belleza bonaerense, acertamos a tropezar con el impetuoso escritor oriental. A través de sus lentes opacos, sus ojos tenían como una vivacidad de particular alegría. Y sus labios, como sacudidos por una íntima emoción, sonreían con uno de esos gestos clásicos que acusan, en todo hombre, una satisfacción.

Un saludo cordial. Y luego...

—Me embarco pasado mañana para Europa.

—¿Sí?

—"Fray Mocho" y "La Nación" me envían. Quieren que...

—Entendido. Tener las mejores páginas de la guerra, vividas entre el abrumador reventar de los obuses.

Y fué la despedida cordial. El Buenos Aires intelectual y periodístico, el Buenos Aires que comprende las altezas de la elucubración literaria, se congregó en el puerto para despedir al atrevido colega que se embarcaba en pos de violentas aventuras, acompañado de su esposa y de su hijo Rubén Darío, con la misma tranquilidad del turista que hace un viaje de placer. Hubiérase dicho que se trataba de la partida de un millonario yanqui que, pleno de ansiedades, iba a saciar sus sentidos al Oriente de Pierre Loti.

La señora de Soiza Reilly y su hijo Ruben Darío, con Enrique Sienkiewitz, autor de "¿Quo Vadis?", poco antes del fallecimiento del célebre novelista.

* * *

En todos los corrillos el comentario revoloteaba alrededor de las famosas correspondencias. Palpitante, acariciador, conmovente y sombrío, un retazo de guerra encontrábase aprisionado en las dos columnas largas de "La Nación". El grito trágico, la lágrima materna, la profunda desolación de la orfandad, la santa locura patriótica, desfilaban a través de esas carillas, revelando en frases de adjetivación admirablemente humana, los primeros sangrientos encuentros fratricidas, en que se perfilaban los igneos contornos del ya tenebroso drama inacabable.

Soiza Reilly con los aviadores argentinos Almandos Almonacid y Tito Jiménez Lastra, en el campo de batalla de Soissons.

En bellas desnudeces estremecedoras, narraba lo que sus curiosas pupilas acababan de presenciar. Y en palabras, todas verdad y fuego, decía la espantosa miserabilidad de la demencia nacionalista, que hacía explosión en hechos de agobiante dolor.

La expectativa que había despertado el viaje estaba satisfecha. Y las empresas que tuvieron el tino de hacerse a su colaboración para reflejar lo que ocurría en la civilizada Europa, habían, también, logrado sus propósitos.

Francia, Bélgica, Alemania, Italia, Austria-Hungría, los Balkanes, abrieron sus puertas al autor de "El Alma de los Perros". Y entre los socavones de las trincheras, y sobre el rojo campo de las batallas, su figura fué a modo de la exótica presencia de una ave rara, que quisiera beber la perfecta veracidad de los sucesos, para volcarlos, hechos prosa, sobre el lejano mundo Hispano-Americano.

Quien quiera que haya leído esas singulares correspondencias, puede decir que ha tenido la sensación de asistir a los más brillantes de los hechos de armas de esta tragedia, sin segundo en los anales del universo. Y, a la vez, que ha conversado íntimamente con los jefes, cerebros prodigiosos que dirigen en el tablero de ajedrez de medio globo, las operaciones de esos robustos millones de hombres que forman los ejércitos beligerantes.

(1) Soiza Reilly en un hospital de sangre de Francia, donde prestaba sus servicios humanitarios la señora de Rodríguez Larreta, esposa del ex-Ministro Enrique Larreta.

Jofre, Hindenburg, Cadorna, entre otros muchos, tuvieron el agrado de estrecharle la mano con un entusiasmo sincero y franco, como si al hacerlo, por su conducto quisiesen estrechar la mano a toda América.

Y pueblo hubo, cual Italia, que para recompensar su valiosa labor le nombró Caballero de la Corona. Alto honor, por cierto, muy pocas ocasiones discernido a un hijo del mundo indio-latino, que tuviera la científica pasión de las letras.

Pasemos...

•

• •

El teatro Coliseo rebosaba de gente. Un público congestionado de ansiedad llenaba hasta los pasillos. Los plenipotenciarios

Soiza Reilly en el Argona con los franceses.

aliados ocupaban, desde sus palcos, la presidencia del acto. Soiza Reilly, daba una conferencia sobre la acción italiana en el Trentino. Y sedientos de verdad, los hijos de los países que pelean al lado de esta potencia, al igual que los argentinos, habíanse dado cita allí, para escuchar la palabra del conferenciante.

No registran, en realidad, los anales de la vida intelectiva argentina, un triunfo oratorio más ruidoso. Hombre de recursos, de aguda mirada observativa, de mentalidad penetrante y emotiva, calcó sobre el bronce de los períodos de su disertación, aquellas escenas que mejor podían recoger en un puño el corazón de su auditorio. Y cuando terminó, la concurrencia electrizada, no tanto por la modulación de sus frases como por la amorosa sinceridad de los hechos relatados, le prodigó la ovación más grande que haya recibido intelectual alguno en la capital de la República del Plata.

•

• •

Y bien. En breves días más, Soiza Reilly, en tren de gira intelectual, enviado por "La Nación", será huésped de Chile. No

Recogiendo armas después de la batalla de Lody.

Soiza Reilly con el célebre astrónomo y sismólogo florentino, padre Alfani, inventor de una granada explosiva muy poderosa.

La señora de Soiza Reilly, esposa del corresponsal, enfermera de la Cruz Roja en la casa-hospital de la condesa Matteldi, en Roma.

va con el exclusivo propósito, simplemente, de hacer desfilar ante los ojos de este país y los demás ibero-americanos a donde luego dirigirá sus pasos, lo que él vió en las zonas del exterminio europeo. Lleva una misión más alta, más humana, más eficaz: hacer conocer, no los estragos de la demencia fratricida entre los hombres, sino la plenitud de la vida de estos pueblos nuevos, que en la exuberancia de su juventud, realizan la magnificente obra de imponer la línea del máximo progreso a lo largo de la asombrosa fecundidad de su suelo, dotado de todo cuanto la criatura humana puede apetecer.

Y en cumplimiento de tan magna tarea, consecuente con su modo de ser y sus modalidades, dirá quiénes son los hombres que valen, cuáles son sus ideas, en qué estriba la nobleza de su labor y por qué se les debe rendir el tributo del aplauso.

De aquesta gira, pues, surgirán, posiblemente, algunos otros "cien Hombres Célebres", sin perjuicio de que el pueblo argentino, tan poco erudito en lo que se relaciona con la evolución americana no sajona, pueda aprender, gustando la esencia de sus correspondencias, cómo es la índole de nuestro adelanto y cuáles son las supremas características y virtudes d

Soiza Reilly y el comandante Kinkelin.

Sobre las ruinas de Alesandrowo

Juan José de Soiza Reilly con el general Korner y su señora esposa, que es chilena (Fotografía tomada en Berlín).

Soiza Reilly y Tito Livio Foppa con un "zuavo", en Soissons (Francia).

Soiza Reilly con el general Kunt, instructor del Ejército de Bolivia.

nuestras repúblicas. Puesto que este escritor que tiene el prurito de ser un analista formidable, sabe encontrar en el ritmo de un paisaje, en la apacible línea de una ciudad, en la armonía de una silueta femenina o en el gesto de un político, de un parlamentario o de un negociante, la idiosincrasia de un pueblo, de una sociedad, de una casta, en fin, sobre cuyo horizonte brilla la aristocrática incógnita de su porvenir.

Y será, por esto, su viaje provechoso a los intereses de nuestras nacionalidades, tocadas, pese a la verborragia de sus anhelos americanistas, de indiferentismo acerca de lo que significa una verdadera solidaridad continental. Y su acción, eminentemente benéfica, en orden al conocimiento recíproco entre nuestros pueblos, será a manera de un reflector que, proyectará en el lienzo de la prensa argentina, la vida, obra y milagros, de nuestras repúblicas, en perseverante y encomiable lucha por escalar la cima de su mejor evolución.

Nada hace tanto bien, indisputablemente, a los ideales de la fraternidad entre las naciones, como la labor de una pluma, en el alto concepto del vocablo, puesta al servicio de la realización de tal aspiración. Y este cerebro uruguayo, que ha sabido condecorarse con la justa vanidad de obtener sólidos prestigios intelectuales en el mundo de las letras castellanas, sabra como oficial de tan bellos mirajes, hundir en la savia de la vida de los países que va a recorrer, toda la avidez de su lápiz hambriento de novedades, para fijar luego en la maciza superioridad de la conciencia pública, los contornos de nuestra galopante obra de civilización.

Soiza Reilly con los primeros prisioneros alemanes tomados por los italianos en el Carso.

La Universidad de Concepción

Por

Ricardo Fuenzalida

Con ilustraciones fotográficas

Hay nombres solos que valen por una presentación, un elogio y un panegírico. No tienen necesidad del elogio ditirámbico y ampuloso, reservado para las mediocridades. La labor serena y renovada de don Enrique Molina, no necesita más elogios y recomendaciones que la de una exposición mesurada.

Educador moderno, por sus manos pasaron generaciones enteras de artistas y hombres de ciencia en ciernes en los liceos de Chillán, Concepción y Talca y él abrió el santuario inefable de su espíritu para que en él vagaran el católico y el libre pensador, el aristócrata y el hijo del pueblo, el comerciante y el poeta. Diríase su espíritu un crisol inmenso en el que se fundieran todas las substancias para salir todas moldeadas según su **yo**, más las perfecciones y la serenidad del maestro.

Pensador y filósofo, sus conferencias y ensayos están llenos de claridad y precisión. Sus estudios sobre la cultura y la educación general son interesantísimos por lo que ellos significan de idealismo en esta época desesperadamente prágmatica. Después sus ensayos sobre educación vocacional y sus sabias acotaciones y comentarios al libro de Ross y sus críticas a Bergson y próximamente su ensayo sobre Guyau. Y agregar a esto la intensa labor educacional, labor que jamás se encerró en el marco de hierro de los planes de estudio y entre las paredes carcelarias de los reglamentos, ver cómo esa labor se escapa del instituto, del liceo, como los perfumes

Don Enrique Molina, rector del Liceo de Concepción.

salen de la retorta del laboratorio. Ver que esta labor es la obra viva, palpitante, que se prolonga en las bibliotecas y las conferencias y llega a las masas convertida en pan espiritual. En Talca y Concepción perduran esas obras, esas obras benéficas que nacieron al impulso desinteresado y noble de sus entusiasmos. En esta última ciudad, tiene el liceo una extensión universitaria cuya labor inicial fué una conferencia de Molina de un gran valor de exposición y programa. Se ve el prejuicio que extiende sus raíces, como ventosas de pulpo, y todo lo envuelve, lo malea y lo arrastra. Pero la amplia serenidad de este hombre todo lo enaltece y todo lo exalta. Sólo los que no quieran comprenderlo mirarán con malos ojos su obra y morderán rabiosamente sus propósitos. Y es de los pocos idealistas de la época, es de los pocos seguidores de los Bello y los Rodó, es de los pocos mentores de la juventud que en su misión de maestros ponen algo de padre, de sacerdote, de poeta y filósofo. En sus líricas y entusiastas palabras a los estudiantes de medicina que visitaron su liceo, hay la profesión de fe de un poeta que es un filósofo y de un suave filósofo que es poeta. Vibran ahí sus entusiasmos y su inquebrantable optimismo que día a día acrecientan los dolores y las alegrías, los sinsabores y los triunfos.

Hoy Enrique Molina ha salido por los pueblos del sur y del norte, ha llegado hasta la capital a predicar una cruzada de cultura y elevación, ha venido trayendo en su verbo cálido y entusiasta su misma serenidad que no es de este mundo. Antes de que hablara, ya se le había levantado oposición, antes de que diera forma a esa aspiración justa, a ese deseo unánime de cultura que reclama toda una región olvidada, ya se habían señalado inconvenientes. Pero este problema quedó planteado en la tribuna libre del Instituto Pedagójico y en la Universidad del Estado.

Veamos las objeciones y contestémolas. Se dice antes que nada: esta institución traerá el proletariado profesional. Y se pone el grito en el cielo y se pronuncian pomposas elegías a los profesionales. El argumento es falso. El proletariado existe, indudablemente, en el campo de las leyes. Pero este curso funciona desde hace cincuenta años en Concepción. En Santiago abundan los médicos. Sin embargo, en provincias, en los pueblos lejanos, en Chiloé, por ejemplo, las poblaciones sacudidas por las epidemias claman y exigen los socorros de la ciencia. Los profesores de los liceos, en su mayoría no son pedagogos. Las obras de construcción, en gran parte, están entregadas a aficionados. El país necesita médicos, pedagogos, arquitectos, ingenieros. En Santiago y Concepción, los profesionales mismos, especialmente los médicos, entre los cuales don Virgilio Gómez, ha sido uno de los más entusiastas propagandistas, desean esta universidad y consideran un hospital clínico como complemento indispensable a la facultad de medicina. El argumento tiene otra base falsa: el que hubiera dos universidades no significaría un enorme aumento de alumnos. Indudablemente habría aumento porque muchos jóvenes que no pueden venir a Santiago, la recibirían en la nueva universidad; pero también muchos que actualmente la reciben aquí pasarían al nuevo plantel educacional. Esto es innegable. Y lejos de ser un peligro, sería un beneficio, porque día a día se repiten las quejas, de parte de los profesores y alumnos, de los excesos en la asistencia. Con la creación de la nueva universidad se haría una con-

veniente distribución de las fuerzas. Exageran, pues, y parten de una base falsa los que hablan del proletariado profesional.

La región austral es acaso una de las más bellas del mundo. Hay árboles que son poemas y bosques que representan epopeyas. Hay golfos azules que lamen la lujuria verde de los laberintos vegetales, palacios vivos de alerces, quilas, lumas, copihues, tepués, muermos, donde la mano del hombre no ha logrado abrirse paso y donde los pies del viajero no han podido encontrar caminos. Es una naturaleza única e incomprendida. Pocos artistas, ningún poeta ha llegado a ella. Es que faltan ojos que sepan comprender esa belleza, falta la cultura que un egoísta sentimiento centralista retiene para ciertas regiones privilegiadas. Toda esa región es un terreno apretado y áspero, donde hay que abrir dulcemente surcos blandos que reclaman las manos ávidas del sembrador. La ignorancia, esa ceguera, esa sordera, esa mudez espiritual, venda, aplasta, y amordaza a un pedazo de nación que debería ser un organismo vivo, pensante, consciente de sí mismo.

La primera dificultad es el profesorado: ¿de dónde sacarlo? Pero el problema no es tan árduo: ¿Cómo empezó el Instituto Pedagógico? Se contrataron profesores extranjeros y según su vida, su progreso y su evolución, se fué nacionalizando. Así será esta universidad: cuando seamos capaces de mantenerla con profesorado nuestro, así se mantendrá. Pero se agrega que no hay una buena Universidad en Santiago y ya se piensa en otra. Y no se mira a la instrucción secundaria. Seguramente los liceos e institutos de Santiago no son obras perfectas y, sin embargo, se piensa en liceos de provincia... ¡Oh!, la lógica...

Por lo demás, la configuración misma de Chile, esta nación alargada, reclama un quebrantamiento en este monopolio de la cultura. Todas las naciones civilizadas (léase las naciones en guerra), tienen dividida, desmembrada la autoridad universitaria. Hay así un noble espíritu de emulación y de actividad.

Estas son, en resumen, las observaciones adversas de mayor importancia, hechas a la nueva universidad. Veamos ahora algunas de las conclusiones: quieren los fundadores personalidad jurídica y autonomía económica. Quieren así asegurarse la independencia en los planes de estudio y la libre administración de los fondos que reciban. En cada una de las facultades (los diarios han publicado las que consulta el proyecto), quiere hacerse lo más completo, lo que más corresponda al concepto de una universidad moderna: desde la más práctica y utilitaria labor, hasta la más desinteresada y compleja investigación de ciencia pura. Se quiere preparar sabios y artistas, hombres prácticos e industriales.

Buenos propósitos son los de los fundadores y buenos propósitos que se cumplirán. Porque Enrique Molina lo dijo con orgullo y arrogancia: si la nueva Universidad no corresponde a las esperanzas que en ella descansan, se anulará. Este llamado noble será el despertar de muchas conciencias de millonario, que siempre protegieron instituciones más aristocráticas, acaso, pero más estériles y menos necesitadas. La iniciativa particular se ha propagado como una onda eléctrica por los pueblos del sur. El ignorado y simpático pueblo de Perquenco ha dado una bella lección en este sentido. Se me dice que en Ancud se organizará una función a bene-

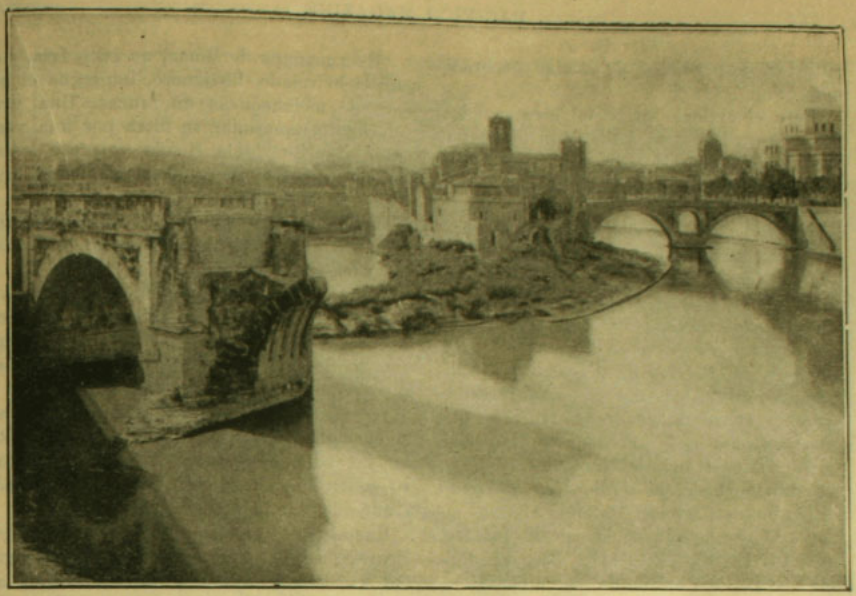
Edificio del Liceo de Concepción.

ficio. El Banco de Concepción ha dado 20 mil pesos, la Sociedad Vinícola 10 mil pesos.

Blanca es la nave de este proyecto, dice el señor Molina, blanca es la insignia, blancos los espíritus de los tripulantes: cada uno de ellos podría ser una bandera. Por un santo océano de optimismo va la barca serena y segura.

Acaso vientos parlamentarios quieran hacerla naufragar. Pero si tal sucediera, se haría el milagro de una apoteosis de esos blancos espíritus sacrificados por la fiebre insaciable del vulgar cotidiano. Las palabras de Enrique Molina convencen con la elocuencia de la verdad. Hay una imantación hacia Santiago hasta el extremo de que un profesor chileno pueda decir: "Santiago es Chile", en una frase que parece la más feroz y maquiavélica ironía. Estos y otros interesantes puntos se dilucidaron en la tribuna libre del Instituto Pedagógico y en la Universidad del Estado y a todos nos asistió el convencimiento de que si la Universidad no se fundaba era por la única gran razón que nunca se dará. Pero esa utopía de nuestra gente austral, ese ensueño que dicta una sed de cultura y un hambre de pan espiritual, será una verdad definitiva, porque así lo pide la naturaleza, la razón y la verdad y porque así se premiará a la colectividad en el esfuerzo desinteresado de un hombre, en la labor de un maestro y un filósofo.

Y yo que también sentí esta imantación hacia Santiago, yo que fuí mudo en la tribuna libre, preguntaré al amigo y al maestro que tengo en el futuro rector de la nueva Universidad: ¿Entre las facultades del nuevo plantel habrá una institución análoga al Instituto Pedagógico? Porque yo tendría el orgullo desesperado de ser su alumno, porque tendría la satisfacción inaudita y enorme de ser un hijo pródigo que vuelve fatigado de la urbe, con ansias de ser bueno y de ser niño..



Roma: La Isla Tiberina y el Puente Roto

El alma de las cosas viejas

Por

GABRIEL ALFARO

Con ilustraciones fotográficas

La tienda de Ludovico Albano se encuentra en una de aquellas tortuosas callejuelas de la Roma antigua, cercanas al Palatino, donde el viajero suele descubrir, entre dos pesados edificios de construcción relativamente moderna, las ruinas venerables de algún templo pagano.

Vista desde la calle, la tienda de Ludovico podría confundirse con un almacén de vinos o con una de esas múltiples **tratorías** romanas, que son verdaderas cuevas subterráneas. Pero luego de haber descendido tres o cuatro escalones, y una vez que los ojos se han acostumbrado un poco a la semiobscuridad de aquel sitio húmedo, el visitante está seguro de hallarse en la tienda de libros viejos y objetos antiguos de "Maesse" Ludovico Albano...

El principal comercio del anticuario insigne, son los libros viejos, las ediciones preciosas, los ejemplares inapreciables que han quedado como restos gloriosos de una gran familia ilustre y desaparecida. Pero la tienda encierra de todo; vense allí los más heterogéneos y varios objetos: muebles antiguos, mármoles mutilados de autenticidad dudosa, capas pluviales, joyas arcaicas, sedas y damascos descolorados por el tiempo, espadas y puñales, llaves de extraordinarias dimensiones, corazas, trajes femeninos, contemporáneos acaso del "Magnífico", chapines de raso, crucifijos, misales, incensarios... qué sé yo cuántas cosas más, todo revuelto en pintoresca confusión, sin orden, desclasificado, como si manos ociosas hubiesen ido almacenando

allí los desperdicios de varias generaciones...

Pero el artículo principal corresponde a los libros. Estos se hallan en todas partes; en el suelo, desparramados sobre las mesas, en los anaqueles que cubren las paredes, sobre los muebles antiguos, dentro de los viejos arcones chapeados de metal... y hasta hube de encontrar uno, pequeño, forrado en pergamino, en el interior de un cráneo mutilado... un cráneo horrible, descascarado, casi negro. El anticuario me asegura que proviene de las últimas excavaciones del Palacio de Augusto... ¡Bah; fantasías! Pero yo me digo, fantaseando también frívolamente: Sería curioso que este romano de la decadencia imperial, fuerte, frío, tranquilo, escéptico, que ya no creía en nada, ni siquiera en la virtud de los dioses paganos, andando algunos siglos se haya **metido** en la cabeza, **íntegro**, un "PIADOSO TRATADO DE LA PENITENCIA"... ¡Ironías del tiempo!...

El visitante se halla aquí, en la tienda, como en su propia casa, absolutamente libre, y puede permanecer cuanto tiempo le plazca. Nadie le molestará, porque el viejo anticuario,—no se concibe un anticuario joven—se encuentra allí como otro raro ejemplar de la colección.

En el rincón más obscuro del sotabanco, silencioso, inmóvil como una de las estatuas que blanquean vagamente en la penumbra, el viejo pasa las horas inclinado sobre sus libros antiguos, que anota y clasifica lentamente, con la cabeza casi metida entre las páginas amarillentas.

Las horas transcurren dulces y plácidas en esta amable tarea de repasar libros y manuscritos antiguos, hojear viejas estampas y examinar objetos de otros siglos...

Para el espíritu inquieto que ama el pasado y la leyenda misteriosa del tiempo, nada quizá ofrece un encanto tan singular como la tienda de un anticuario... Se diría que el pensamiento se substrae por algunos momentos al dominio tiránico de la **hora** presente, fuera de las pesadumbres y rebeldes inconformidades que llenan la vida cotidiana, y se desenvolviese en una época inexistente y remota, animada al influjo mágico de la fantasía creadora...

¡Qué silencio. Qué paz!

Esta mañana de Roma, un poco fría, con un cielo velado, lloviznoso, impregna el alma de melancólicas añoranzas. Una gris claridad crepuscular se filtra por una ventana interior de la tienda, que cae sobre un patio... De fuera, llega el rumor apagado de la calleja...

Y en el vasto silencio de la tienda, insólitamente, se ha dejado oír la voz opaca y cascada del viejo...

Este hecho nos pone en sobresalto.... ¡Cómo!... ¿El viejo habla?... ¡Parece absurdo! Pero "Maesse" Ludovico se ha puesto de pie y se ha llegado hasta nosotros con un libro entre las manos...

—"He aquí—dice—un ejemplar que no se encuentra todos los días: de Milán, 1750, en 4.o, edición agotada; la que sirvió para confrontar la edición francesa de 1883, traducida también del árabe..."

Examinamos el ejemplar: es un libro del Profeta, en pergamino, con el texto original en lengua árabe y la traducción al italiano. En efecto, es curioso. Discutimos largamente el precio, y al fin quedo dueño del ejemplar "único", del libro "maravilloso"...

El viejo cuenta el dinero minuciosamente, y luego añade:

—"¿Usted sabía?... "Al Korán" se deriva del verbo "kara" (leer), y del artículo "al"; quiere decir "La Lectura"... Escribir como se ha hecho en malas traducciones "El Al-Korán", es un barbarismo. Equivale a repetir el artículo en dos idiomas distintos..."

Yo le digo que no sabía absolutamente nada de aquello, pero que debe ser verdad, y le agradezco su erudita aclaración bibliográfica...

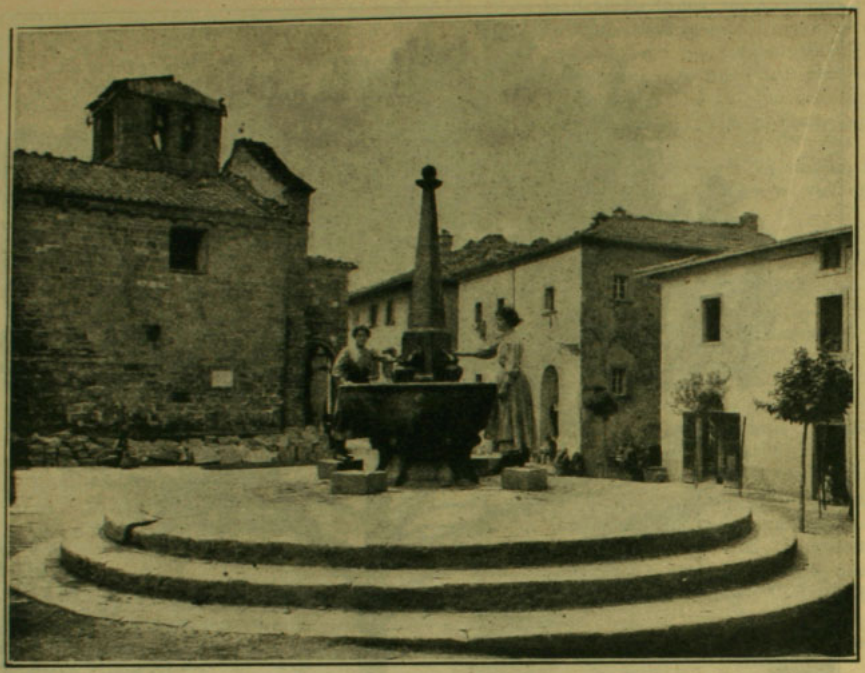
¡Después prosigo en mi dulce y tranquila tarea de examinar viejos infolios!

Las cosas arcaicas deleitan mi espíritu y me proporcionan inocentes asombros, cándidas melancolías y dulces ensoñaciones...

Confieso que ante una tela descolorada por los años, la humedad de los claustros, iglesias o tiendas de los mercaderes, de figuras borrosas que apenas se distinguen y cuyos colores parecen haberse desleído en un solo tono verde obscuro, casi negro, confieso—repito—mi espíritu experimenta inefables delectaciones...

Un libro antiguo, notoria e infalible-

Roma: El Coliseo desde el Monte Palatino



La Plaza de Gavinana, en los Apeninos

mente antiguo, cubierto en pergamino, manchado de moho, deteriorado por la humedad, en cuyas páginas amarillentas la polilla ha dejado surcos, caminos tortuosos, raros arabescos y señales misteriosas, me llena de respeto y de religiosa admiración...

Estos libros antiguos que hojeáis lentamente, que acaso tienen anotaciones en una letra paleográfica, que conservan un apellido, una fecha lejana, el nombre de una ciudad desconocida, una dedicatoria, una señal cualquiera entre sus páginas, dejan en el alma una vaga sensación de inquietud y de congoja... ¿De quién serían?... Estos libros tienen un alma. Algo quedó en ellos de la curiosidad intelectual de sus dueños, algo de su afán de saber, de su angustia frente al misterio...

Esta mañana, al volver las páginas de un tomito de Rimas de Francesco Petrarca, ha volado de pronto en el aire un pétalo marchito o una hojita seca... ¡Y este incidente trivial ha dejado suspenso mi espíritu de emoción!...

¡Una flor de ensueño!... ¡Una hojita de ilusión, puesta allí, acaso, por una pálida mano femenina que se desvaneció en la muerte!

El librito tiene una fecha, algunas palabras ininteligibles; luego, más abajo, dice: "Venecia"... Y la fantasía evocadora vuela hacia la melancólica ciudad de los muertos canales, torna a ver el milagro oriental de la Basílica; contempla nuevamente la esbelta y gallarda figura de aquellas mujeres inconfundibles... ¡el cuerpo ágil y nervioso, que cubre con gracia infinita el negro mantón flecado; la boca encantadora, los ojos reidores, gráciles y menudas como las palomas de San Marcos!...

Como en un ramo de violetas, hundo mi pensamiento en la fragancia de los recuerdos...

Alguien nos decía: "Quizá parezca un sér extraño, algo espectral, si afirmara que he llorado una tarde, discurriendo por las calles ruinosas de Pompeya, frente a la

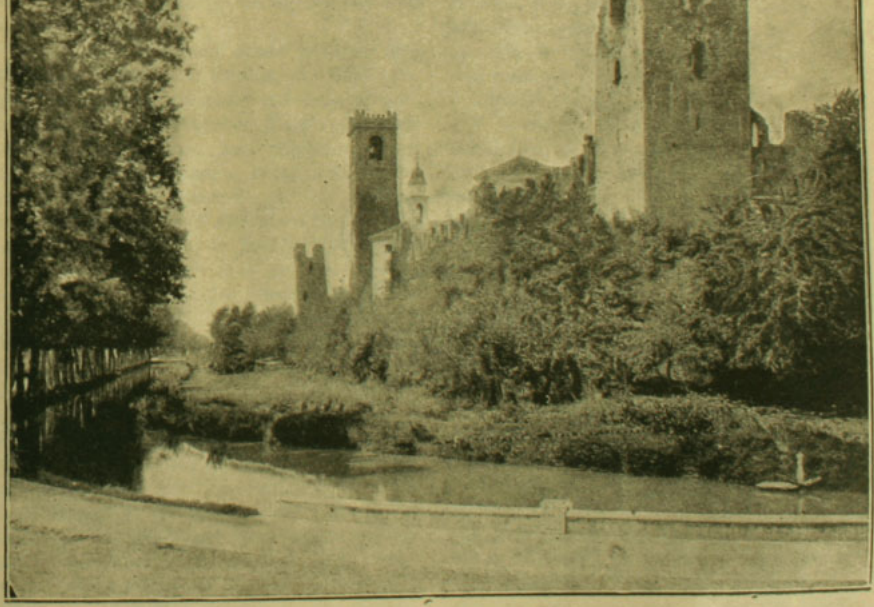
tienda de una florista que vendía flores hace... ¡dos mil años!...

¡Ah; yo lo creo; yo lo comprendo! La flor del tiempo no pierde su perfume. Ella perdura y queda flotando en los viejos monumentos, en los vetustos palacios, en las calles apartadas de las ciudades legendarias, en las telas de los pintores primitivos, en los incunables que adoran los bibliófilos, en los manuscritos amarillentos y desteñidos, redactados en raras y elegantes escrituras e historiadas mayúsculas de ornato...

De todo este pasado muerto se diría que no saliese más que un olor a sepultura, y no dejase en el espíritu sino un soplo helado de olvido y de tristeza... ¡Qué error!... Para el espíritu atento a descifrar el enigma misterioso de los siglos remotos y la sutil fragancia de la leyenda, el espectáculo del pasado es como un libro en cuyas páginas palpita el alma de nuestros antepasados con toda la dolorosa inquietud de su época y el vano esfuerzo que hicieron para escapar a la muerte; es decir: al olvido... Porque todo vestigio del pasado no es más que un grito de protesta contra el olvido, contra el pavoroso e inevitable olvido que ha de caer un día sobre los hombres y sobre las generaciones...

Y cada uno de estos seres que pasaron su existencia grabando prodigios en los pomos de las dagas florentinas, levantando en las plazas monumentos y palacios como filigramas de piedra y catedrales como flores de mármol; los que llenaron de frescos portentosos claustros y conventos, iglesias y palacios; los que crearon estatuas a las que infundieron un soplo de sus vidas, y llenaron los misales de viñetas primorosas e hicieron florecer en los vitrales polícromos jardines encantados... todos trabajaban con el afán desatinado y loco de prolongar su vida en esa otra existencia maravillosa del Arte y la Belleza...

Este anhelo por substraerse a la muerte definitiva, esa lucha tenaz por imprimir en las obras duraderas un poco de nuestro espíritu, a fin de que siga viviendo en



Castelfranco Veneto, en el Río Musone. Restos del antiguo castillo del siglo doce.

el futuro todavía un poco tiempo, es la más patética y conmovedora tristeza de las almas superiores y el más doloroso grito del espíritu humano en contra de la ley inexorable del olvido!...

De allí que las cosas viejas tengan un alma y sigan viviendo en su decadencia gloriosa... ¡Ay de los que no aman el pasado, que es quizá la única "existencia" verdadera, porque ella conserva la más pura flor de nuestra vida!... ¡Ay de los que pasan fríos e indiferentes ante la obra sagrada que atestigua el esfuerzo del espíritu antiguo!...

Las horas van pasando mientras la imaginación se pierde en este fantasear amable y triste, impregnado de la melancolía del ambiente. A través de los sucios cristales de la ventana, miro hacia el patio...

Sobre el brocal de un pozo una maceta de geranios da una nota aguda de color, y en el muro frontero el sol ha puesto una indecisa franja de claridad otoñal, como una sonrisa pálida de enferma...

"Maesse" Ludovico se ha puesto nuevamente de pie y ha ido hacia un gran cofre, lo ha abierto con chirrido de hierro oxidado, ha sacado un libro de cuentas y se ha puesto a hacer en él anotaciones y números con el rostro metido como siempre entre sus páginas...

Compro el tomo de "Rimas del Petrarca", y salgo de la tienda. Ya fuera, respiro con voluptuosidad el aire puro y frío de la mañana. El día ha abierto un poco, como si el sol quisiera asomarse a través del cielo pluvioso y gris para contemplar a la ciudad divina... ¡Oh, Roma, la Roma eterna y querida!

Al dar vuelta a la esquina una pareja de chiquillas me atropella, echándome al arroyo, y se alejan riendo a carcajadas, alegremente. Yo quedo un poco turbado y confuso... Ambas son mozas, frescas, llenas de gracia y de encantos. Al reír me lucen los dientes blanquísimos entre las encías rojas como heridas. Una de ellas lleva sobre el busto erguido y pleno, un ramo de violetas... Y al pasar, han dejado en el ambiente una fragancia juvenil, de carne que tienta y de alegría que incita...

Fugazmente, he pensado en la hoja seca que se escapó del libro.

¡Y he oprimido sobre mi corazón el tomo de versos del Petrarca!...

AUGUSTO WINTER

Por

Eugenio Labarca

Como muchos estudiantes, le conozco desde niño a través de sus estrofas, de sus estrofas ingenuas, nacidas por impulso incontenible de su alma de artista sano y dolorido. ¡Sano y dolorido!, términos que a primera vista, parecen inaplicables a un mismo sér; pero que caben bien en un hombre como este, que ha hecho vida pura y honda acorde con la naturaleza, de cuyas magnificencias ha hecho un reflejo su alma, y cuyos dolores ha comprendido, asimilando el ave, el árbol, el río, a su alma, que es ave porque canta, que es árbol porque guarece, y que es río, porque, haciendo que no distingue entre lo alegre y lo triste que el destino le depara, arrastra de todo en su corriente serena, fertiliza en torno, y no cesa de prodigarse en brazos salvadores.

Como digo, conozco desde niño su **Fuga de los Cisnes**, sus **Gualas**, sus **Cóndores**, que me hicieron presentir entonces al poeta magnífico que había de justipreciar más tarde, vibrando con sus vibraciones, sin detenerme a examinarlo como artífice del verso, porque comprendo que en más de una ocasión no haya querido amputar sus ideas, sus exaltaciones nobilísimas, y las haya permitido deslizarse en raudal. Pasó el triunfo. Y aunque desde este mismo sitio lo había dado a conocer otro poeta ilustre, don Samuel Lillo,—advertí siempre para Winter un ambiente menor que el que merece de admiración afectuosa. Por mi parte, nunca lo olvidé. Y hace año y meses me cuentan unos viajeros que recorrieron el Sur, de un hombre admirable que reside en Puerto Saavedra, la antigua Baja Imperial; de un hombre que es tesorero de la Municipalidad, porque quiere que su honradez sirva de algo; que instala la luz eléctrica en el pueblo, porque entiende de ciencias y mecánica; que secunda a un amigo enfermo en el movimiento de una industria, porque es apto para ello; que lucha largo tiempo ha por arrancar al pueblo de la taberna, llevándolo a instituciones de recreo, y que inaugurará, por último, en aquellos días una Biblioteca Pública Municipal. Estas eran en globo sus actividades, porque, en detalle, serían infinitas y, no obstante, siempre pocas para satisfacer su deseo de darse en un consejo al caído o al oscilante, en una medicina al enfermo, en unas cuantas monedas a otro más pobre que él. En suma, un Noel de carne y hueso, no el de Pascua, sino el de todos los días. Y como si esto no fuera ya poesía más alta, aquella que en fuerza de su excelsitud no puede ser fijada en cuartillas ni condenada a cárceles métricas, como si aquel hombre no sembrara estrofas a su paso, las hacía también de cuando en cuando y muy recomendables. "¿Cómo se llama?"—dije.—"Augusto Winter".

Y le escribí en el acto. Me parecía que hallaba en él algo que me hiciera mucha falta. Y, aunque era golpe de intuición, o tal vez por ello mismo, he comprendido más tarde que, en efecto, me hacía mucha falta y que me ha servido enormemente, porque si alguna vez he sentido deseo vivo de despertar en mí lo mucho bueno que en todo sér duerme, ha sido cuando Augusto Winter, contra su voluntad y contra su modestia, me ha permitido ver trasparentada su alma.

Le escribí—como digo,—rogándole que acogiera mi amistad, o mejor, las manifestaciones de una amistad que desde niño anidaba en mi espíritu. Solicité de él también un autógrafo, una estrofa, ojalá, y le ofrecí envío de libros para la Biblioteca.—"Pasando y pasando"—me contestó ladinamente. Fingí enojo, y en ese sentido fué otra carta mía. Entonces, adjuntos a su respuesta plena de excusas, en

que me explicaba su broma, en que quería convencerme de que la Musa le huía, recibí estos versos:

"Han callado las voces que en mi vida
fueran heraldos de mis glorias ciertas,
música engañadora ya perdida
en el silencio de las cosas muertas.

¿Dónde están mis ideas? Ya no quieren,
cual mariposa, ostentarse ufanas;
se abrasan en la luz, y luego mueren
como cosas inútiles y vanas.

Hoy invocarla fuera un loco empeño:
del gran misterio en la penumbra vaga,
no surge ya la encantadora **Maga,**
madre de la esperanza y del ensueño.

No escucharé ya más su voz tan pura,
inspiradora del alado verso,
que era una luz en mi existencia obscura,
que era un consuelo en mi destino adverso".

Se equivoca Winter, felizmente. La musa debe en los poetas formar parte de su Angel de Guarda y ni a su muerte ha tal vez de desertar. Quizá si sólo entonces se hacen uno! Y si en vida—como sucede a Winter,—no se la aprovecha para inspiradora constante de estrofas, es sin duda que su Maga—como llama él su musa,—lo acompaña siempre, le guía solícita, y le traza en todo momento rumbos activos de devoción, de sacrificio, de ideales.

Hasta en la amistad—ese prodigio que en las relaciones actuales se va desvaneciendo,—es Winter a su vez un prodigio. En cartas suyas me habló de un amigo, en caracteres de constancia inalterables, tan intensos, de delicadeza emocionada tan fortalecedora, que cuando conocí más tarde el *desbordamiento de alma de Jean* Chistophe al calor de su amistad por Olivier, aquel grito de alma satisfecha al encontrar por fin "otra alma en qué guarecerse durante la tormenta, en abrigo tierno y seguro en qué respirar mientras se acallan los golpes del corazón jadeante; y no *sentirse más solo, tener un compañero* en cuyas manos abandonar nuestro sér y cuyo sér se abandona en nuestras manos; gustar del reposo, dormir mientras él vela, velar mientras él duerme; conocer la alegría de proteger al que amamos y que se confía a nosotros como un niño; conocer la *alegría más grande aún de abandonarnos* a él, sentir que tiene nuestros secretos, que dispone de nosotros. Viejos, cansados, abrumados por el peso de tantos años de vida, renacer, jóvenes y frescos, en el cuerpo del amigo, ver renovado el mundo a través de sus ojos, gozar en su corazón del esplendor de vivir y sufrir también con él... Ah! pero hasta el sufrimiento se torna en alegria si lo experimentamos juntos!"

Ante el caso de Winter y su amigo—decía,—encontré que Romain Rolland, no se había excedido al emplear, para revelarnos un raro caso de amistad, palabras que todo artista hace decir solamente a los sujetos del sentimiento perturbador. Y este amigo noble, excepcional, que durante años y años fué la clave de Winter—puede decirse,—*ha muerto hace pocos meses.* Hasta ese dolor le reservaba el destino! También le conocí. Quise por entonces escribir o decir algo sobre su personalidad, decir que el autor de **La Fuga de los Cisnes** era chileno y no inglés, como creían algunos, basados en la etimología de su apellido; decir que ya no era joven, que luchaba en beneficio de los demás, que como Amado Nervo, se enorgullecía de ser pobre, y decir también que era muy bueno. Quería a mi vez con ello evitar para más tarde un remordimiento a la Nación, que suele echar de menos a muchos servidores y haberlos recompensado no sólo con necrologías artificiosas, cuando el alma, libre ya del golpeado cuerpo, se cierne satisfecha de sus purezas. Quise decir todo el pasado de Winter, pasado cuyas actividades ignoraba y que presentía, sin embargo, digno del presente: me fué imposible encontrar rastros. Escribí entonces al amigo de Winter y, a vuelta de correo casi, obtuve la semblanza del amigo hecha por el amigo que *es también admirador, sostén espiritual,* y que en ese instante se sentía capaz de reparar el desconocimiento en que se tenía al más popular y, a la vez, al más ignorado de nuestros poetas. Y tenía razón, porque aun sin saber quién se dolía de haber perdido su bandada de ilusiones, *sin pensar en detenerse a enviarle* la salvadora realidad de una comprensión oportuna, pasan las generaciones repitiendo **La Fuga de los Cisnes:**

"Reina en el lago de los misterios tristeza
[suma:
... ...
... ...

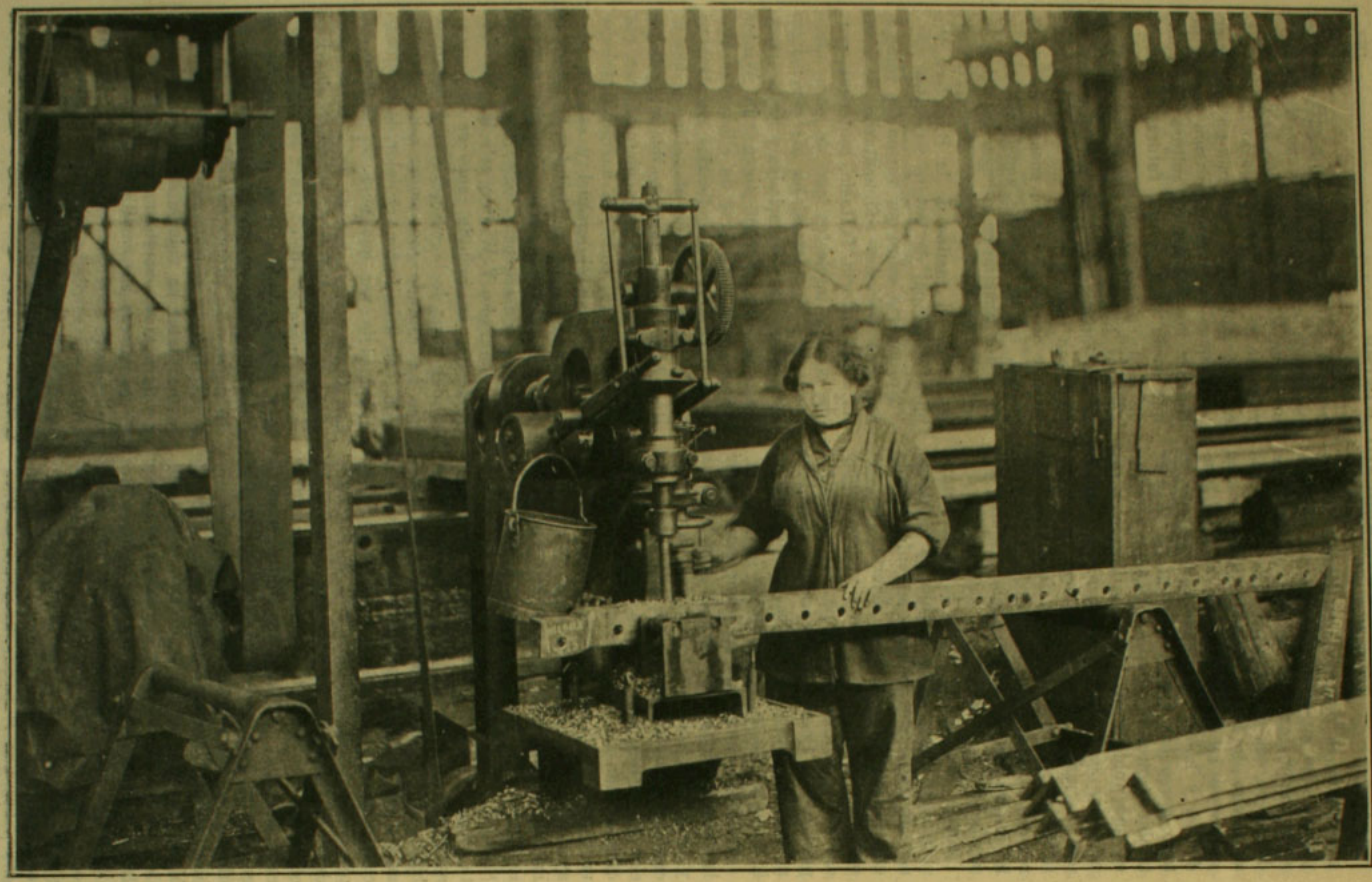
Espiritualista, los años han dado a Winter conformidad en su decepción, y como

su cerebro es potente, investigador su espíritu, sana su alma, y como ya no aspira a conquistar algo para sí, se da a los demás en sus actividades. Me lo presenta su amigo desde la infancia, que hicieron juntos en La Serena. Evoca al niño bondadoso y hábil, muy hábil, aventajado en todo curso sin ser estudioso, eje Winter también entonces de un periódico escolar en que publicó sus primeros versos y sus primeras caricaturas, entusiasta decidido por las matemáticas, cosa rara en un artista, y esperanzado de ser ingeniero. Las realidades duras de más tarde le negaron la realización de este anhelo y quiso ser mecánico siquiera.

En la Escuela de Artes y Oficios ocupó el primer lugar y se instaló en Santiago con un taller de grabado en vidrio. Cada uno de los pocos que se hicieron fué una obra de arte; pero fueron pocos—como digo—y hubo de abandonar la industria para irse a Puerto Saavedra, de ingeniero mecánico a las propiedades del amigo que le comprendía y le aquilataba.

Comienza entonces su labor por elevar la cultura de aquella región tan hermosa y primitiva, a cuyos habitantes ha ido sacando con prolijidad, uno a uno, puede decirse, del caos, para alzarlo hasta comprenderlo capaz de justipreciar la naturaleza magnífica y de sentir deseo imperativo de ayudarla, de dominarla, si es preciso, de hacerla próspera y útil con la cooperación inteligente del hombre que ya comprende todo en torno suyo, incluso a su semejante. Y él, Winter, que ha sido incapaz de asegurarse una vida brillante, lo que es lástima, pues le hubiera servido para dar más vigor a sus impulsos altruistas, busca con ansias de detective la senda apropiada que indicar a cada cual de sus guiados. Y para la colectividad batalla en obras de saneamiento y ornato, de cultura intelectual y física, despierta nuestra gran actividad, el civismo, y cristaliza, por último, su obra inmensa en una más inmensa aún: en una Biblioteca Pública Municipal a que da su dinero exiguo, su tiempo disponible y su vigilancia. Atiende de día cargos públicos que requieren su aptitud, procura salir avante en sus asuntos, y da la noche a la Biblioteca, de la que es jefe con un sueldo de cincuenta pesos, cincuenta pesos que da a un joven más pobre que él y que le secunda. Para esta su última obra, acepta agradecido la cooperación de todos. Yo, no en su nombre—que él no sabe que los hablo y seguramente se opondría a que lo hiciera,—no en su nombre, sino en el mío propio y cierto de que les presento ocasión en qué satisfacer los anhelos de cultura irradiante que serán para épocas futuras el relieve de ésta en que vivimos, yo indico para aquellos libros que ya nada nuevo dicen al alto intelecto de Uds., para aquellos que no hacen comunión con sus espíritus, para los que no perpetúan el encanto de un recuerdo, en fin, a todos aquellos libros cuya misión terminó en el hogar de cada uno, indico una nueva región que fertilizar: les indico el camino de la Biblioteca Pública Municipal de Puerto Saavedra.

No importa sobre qué versen los volúmenes, qué lecciones rudimentarias de ciencia, arte, historia, fantasía, contengan, porque van a intelectos que de poco saben poco aún. Y, además, no ofrecen peligro sus tendencias, por variadas y hasta opuestas que sean, porque tiene aún Winter tiempo para imponerse de ellos y se abstiene de cederlos o indicarlos mientras no sabe a quienes puede el volumen beneficiar. Allá el libro tampoco duerme, pues se ha logrado imprimirle inquietud y casi por propia cuenta, como en narración fabulosa, abandonan el anaquel y salen a buscar el cerebro en qué influír. Al hogar se llevan sin dejar el lector depósito responsable y, consecuencia lógica, se le incita a ser honrado. Y Winter, este hombre singular que ha influído tanto en el fomento del bien, de la cultura y del progreso, que ha cantado con amor, con comprensión, con asimilación, el dolor de la humanidad, deja ver que mira su símbolo en **Las Gualas**, cuya voz es un lamento continuo y cuyo distintivo es tener alas impropias para el vuelo: tener alas y no volar! Winter, sobre estas aves, ha hecho también poesía magnífica, asimilándolas, sin duda, a su propia naturaleza. Y es entonces injusto consigo mismo, porque Augusto Winter ha volado, ha volado mucho, y volará tanto cuanto más alto en el aire quiera colocar sus castillos, que no son los malhadados castillos en el aire, derrumbables con estrépito, sino de aquellos que hasta don Jacinto Benavente perdona: "Castillos en el aire prendidos en el Cielo".



Mujeres británicas trabajando en una fábrica

RAUL SIMON

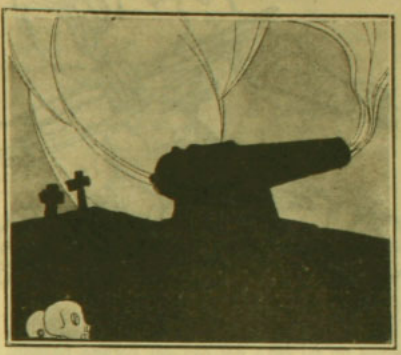
He aquí un dibujante de pura cepa francesa: por el espíritu que alienta en sus pintorescos monos, por la soltura de sus líneas, por sus agudos e intencionados chistes.

El humorismo de Simón no estriba sólo en sus caricaturas. El chiste, picante e incisivo, es el más perfecto complemento de sus grotescas siluetas.

De esta sutil armonía entre sus dibujos y sus chistosas "leyendas" se nos ocurre que arranca su similitud con los artistas franceses. Esos sus desarrapados chicos, aquellos penecas de aire tristón e ingenuo, recuerdan muy de cerca los ligeros perfiles de un Poulbot. La soltura y sencillez de otras de sus composiciones atestiguan la influencia del parco Steinlen. Cierto que ahora Simón ha dado en componer figuras correctas, frías y perfectas como las del más consumado artista inglés. El parecido con los monos de J. Ray, artista de "Fantasio", salta a la vista; y la influencia de Bagaria llega a hacerse tiránica.

Este es el Simón de los primeros años el colaborador de "Corre-Vuela" y "Zig-Zag". Sus dibujos de aquella época se resienten tal vez de frialdad y de dureza..

Pero la íntima trabazón que domina entre el chiste y el dibujo, hace de cada una de sus composiciones un acabado acierto.



Guerra

Silueta

Es sensible que en su exposición no haya exhibido Raúl Simón un buen conjunto de sus primeros dibujos humorísticos. Habría sido un incontrovertible exponente de la violenta evolución que ha experimentado y habría remozado el salón con una nota de humor, frívola, pintoresca y picante.

Todo un conjunto de bellas y seductoras siluetas femeninas, de dibujos decorativos y de fantasías alegóricas compusieron su exposición. La violenta evolución está realizada. Ya no es el Simón de los primeros años, que recuerda a Poulbot, Steinlen y Cappielle. Un artista, sabio compositor de bellas y correctas fantasías, se ha revelado.

La influencia de los dibujantes españoles contemporáneos es ahora en él intensa. Muchos de sus dibujos decorativos hacen pensar en los artistas ingleses y en los dibujantes de Yanquilandia.

Su exposición ha sido todo un triunfo que vale por la mejor de las consagraciones.

A fuerza de constancia, de perseverancia y de esfuerzo ha logrado, pues, Raúl Simón un sólido y envidiable prestigio: el mejor galardón de este artista sabio y correcto y de este mozo un poco burgués—con un mucho de burlón—cuya más característica cualidad es su acrisolada modestia.

JUAN CONCHA.

Paisaje decorativo

Como maté un oso

Por

MARK TWAIN

Ilustraciones de Osiris

Refiéreme tantas historias inverosímiles acerca de mi caza del oso del verano pasado, en Adirondack, que en honor a la verdad debo al señor público, a mí mismo y al oso, el relato de los hechos que a ella se refieren. Por otra parte, me ha ocurrido tan pocas veces matar un oso, que el lector me dispensará seguramente el que me extienda tal vez un poco más de lo debido en este relato.

Nuestro encuentro fué inesperado por una y otra parte. Yo no me dedicaba a la caza del oso, ni tengo razón alguna para suponer que el oso me buscase. La verdad es que cogíamos moras, cada cual por su parte, y que nos encontramos casualmente, cosa que ocurre a menudo.

Los viajeros que con frecuencia pasan por Adirondack han expresado el deseo de encontrar un oso; es decir, que todos quisieran ver uno, pero de lejos, en el bosque; y se preguntan por otra parte lo que harían en presencia de un animal de esa especie. Pero el oso es raro y tímido y no se muestra a menudo.

Era una calurosa tarde de agosto; nada hacía suponer que un suceso extraño hubiese de ocurrir aquel día. Los propietarios de nuestro **Chalet** tuvieron la idea de enviarme a la montaña, situada detrás del edificio, a coger moras.

Para llegar al bosque había que atravesar praderas pendientes entrecortadas por setos y muy pintorescas.

En los setos pacían vacas, que cortaban pacíficamente las hojas de los mismos con sus dientes. Se me había provisto amablemente de un cubo y suplicado que no tardase demasiado.

¿Por qué aquel día cogí una escopeta? No fué ciertamente por intuición, sino por amor propio. En mi concepto, un arma me daba una apariencia masculina y contrarrestaba el efecto producido por el cubo que llevaba; además, podía levantar alguna perdiz (en el fondo me hubiera visto muy apurado para tirarle al vuelo, y sobre todo para matarla).

Muchas personas emplean escopetas para cazar perdices; yo prefiero la carabina, que mutila menos la pieza y no la cubre de perdigones.

Mi carabina era una "Sharps" hecha para tirar con bala. Constituía un arma excelente de la pertenencia de un amigo, que soñaba en hacer uso de ella para cazar ciervos. Disparaba tan bien que podía,—si el tiempo era propicio y estaba tranquila la atmósfera,—hacer blanco cada vez. Era excelente para clavar una bala en un árbol, siempre que este árbol no estuviera muy distante y presentase cierta superficie.

No hará falta decir que yo no era en aquella época un cazador sobresaliente. Años atrás había matado un jilguero en circunstancias particularmente humillantes. El ave se encontraba en una rama muy baja de cerezo. Cargué mi escopeta, me deslicé bajo el árbol, apoyé mi arma en éste colocando la boca a diez pasos del animal, cerré los ojos y disparé. Cuando me levanté para ver el resultado, el infeliz jilguero se me mostró en pedacitos diseminado en todo sentido y tan imperceptibles que el mejor naturalista no habría podido determinar a qué familia pertenecía el ave.

Este incidente me disgustó para siempre de la caza; si hoy hago alusión a él es únicamente para probar al lector que a pesar de mi arma no era un enemigo temible para el oso.

Se habían ya visto osos en aquellos parajes, sobre todo cerca de las zarzas cubiertas de moras. El verano anterior, nuestra cocinera negra, acompañada de un niño de la vecindad, estaba cogiendo moras cuando un oso salió del bosque y corrió hacia ella. El niño echó a correr y se salvó. La buena Cloé quedó paralizada de espanto; en lugar de echar a correr cayó al suelo, poniéndose a llorar a grito pelado. El oso, asustado por aquellos extremos, se acercó a ella, la miró y dió un par de vueltas a su alrededor, observándola con el rabillo del ojo. Tal vez no había visto nunca una mujer de color e ignoraba si le gustaría; ello fué que, después de reflexionar, deshizo el camino andado y se internó en el bosque. (He ahí un ejemplo auténtico de

la delicadeza del oso, mucho más notable que la mansedumbre del león africano con el esclavo al cual tiende la pata para hacerse extraer una espina. (Téngase en cuenta que el oso no llevaba ninguna espina en el pie).

Cuando llegué a lo alto de la colina, dejé mi carabina contra un árbol y me puse a coger moras, yendo de una zarza a otra y diciéndome que necesitaría poco tiempo para llenar mi cubo. De todas partes llegaba hasta mí el argentino sonido de las campanillas de las vacas, como también el ruido de las ramas que rompían refugiándose bajo los árboles para ponerse al abrigo de las moscas y demás insectos. De vez en cuando encontraba uno de estos animales que, pacíficamente, me miraba con sus grandes ojos y se ocultaba tras de las zarzas. Me acostumbré muy pronto a aquella compañía muda y seguí cogiendo moras en mitad de todos los ruidos del campo; distaba mucho de esperar ver aparecer un oso. Sin embargo, mientras hacía mi recolección, el cerebro mío trabajaba y, por una extraña coincidencia, forjaba en mi cabeza la novela de una osa que, habiendo perdido su osezno, para reemplazarle se hubiese apoderado en el bosque de una niña, llevándola tiernamente a una gruta para cuidarla con miel y leche. Creciendo, aquella niña, movida por el instinto hereditario, imaginábamela yo volviendo a casa de sus padres y llevándolos hasta la guarida de la osa. (Esta parte de mi historia requería cierta profundidad, porque no sé explicarme cómo la niña habría podido reconocer a su padre y en qué idioma se hubiera hecho comprender de él).

Fuera como fuese, el padre cogía su escopeta y, siguiendo a la hija ingrata, entraba en el bosque y mataba a la osa, sin que ésta se defendiese; la pobre bestia, al morir, dirigía una mirada de reproche a su asesino. La moraleja siguiente convenía a mi historia:

"Sed buenos con los animales".

Me encontraba sumido en mi ensueño cuando por casualidad levanté la vista y divisé frente a mí, a algunos metros del claro... ¡un oso!

En pie sobre sus patas traseras hacía lo que yo, cogía moras; con una mano atraía a sí las ramas demasiado altas y con la otra se las llevaba a la boca; maduros y verdes, no hacía distinción entre los frutos; todos desaparecían en su garganta.

Decir que quedé sorprendido constituiría una frase demasiado poco expresiva. Y os confieso sinceramente que el deseo de encontrarme frente a un oso huyó de mí al punto.

En cuanto el apreciable glotón se percató de mi presencia, abandonó su anterior tarea y me miró con aparente satisfacción.

Es lindo imaginar lo que se haría frente a tal o cual riesgo: mas, en general, cuando se está en él, óbrase de modo muy distinto; que fué lo que yo hice.

El animal se dejó caer pesadamente sobre sus cuatro patas y avanzó a pasos contados hacia mí.

Trepar a un árbol no me habría servido de nada, pues el oso era ciertamente más diestro que yo en aquel ejercicio. ¿Escapar? Me perseguiría. Y aunque un oso corra más rápidamente subiendo que descendiendo, pensé que en los terrenos blandos e intrincados no tardaría en cogerme.

Acercábase a mí; yo me pregunté con angustia si podría entretenerle hasta llegar a mi escopeta, que había dejado al pie de un árbol.

Estaba casi lleno mi cubo de moras excelentes, mucho mejores que las que cogía mi adversario. Dejéle en el suelo y retrocedí con lentitud, mirando fijamente a mi oso a la manera de los domadores.

La táctica dió buen resultado.

El oso fué hacia el cubo y se paró. Poco acostumbrado a comer en un utensilio de aquella especie, se volvió, introduciendo su jeta en aquel montón informe de moras, tierra y hojas.

Comía en verdad más suciamente que un puerco. Por otra parte, cuando, en primavera, un oso arrasa un criadero de plantas de azúcar, puédese estar seguro de que estropeará más de lo que coma. Desde este punto de vista, no hay que esperar de un oso modales elegantes.

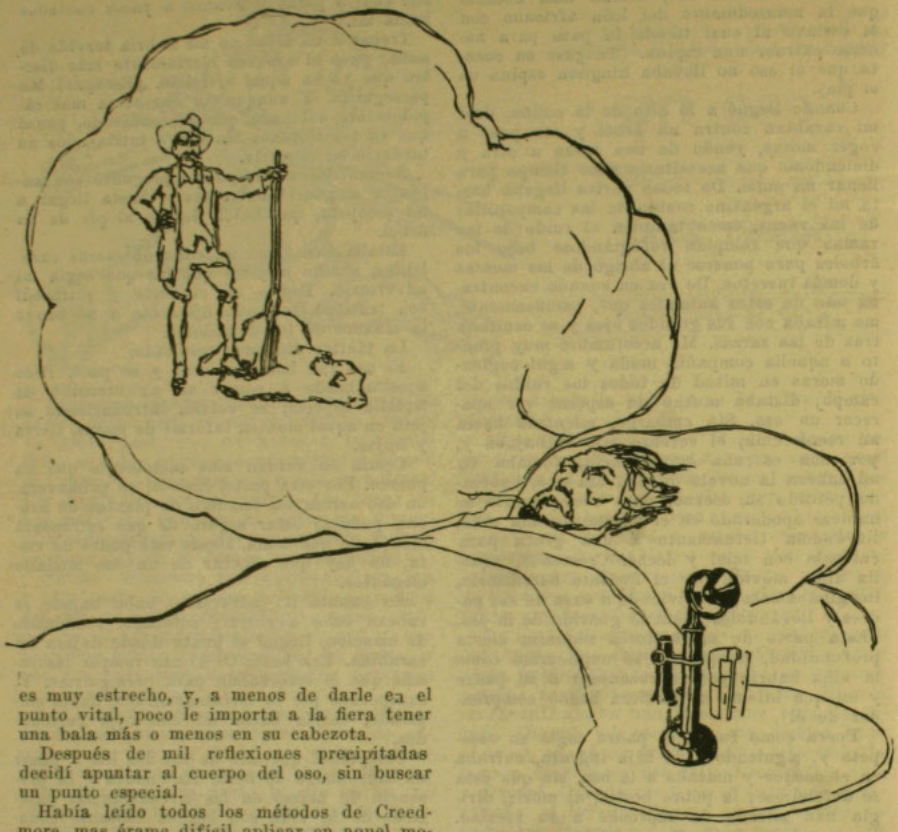
En cuanto mi adversario hubo bajado la cabeza eché a correr; sofocado, temblando de emoción, llegué al punto donde dejara mi carabina. Era hora. Oí al oso romper las ramas que le estorbaban para perseguirme. Y, exasperado por la estratagema que había empleado, corría hacia mí con ojos furibundos.

Comprendí que uno de los dos iba a pasar un mal cuarto de hora. La lucidez y la presencia de ánimo en las circunstancias patéticas de la vida son hechos bastante conocidos para que yo hable de ellos ahora.

Todas las ideas que atravesaron mi cerebro, viendo al oso correr hacia mí, darían materia para un grueso tomo en octavo. Cargando mi carabina recordé todos los trances de mi vida entera, y eché de ver con terror que frente a la muerte no se encuentra una acción digna de alabanza, mientras que las malas afluyen de un modo humillante. Recordé entre otras faltas una suscripción de periódico que no había pagado por espacio de mucho tiempo, aplazando la satisfacción de mi deuda de un año para otro; y entonces, ¡ay de mí!, ya no me era posible reparar mi indelicadeza, porque el editor había muerto y el periódico había quebrado.

¡Y mi oso seguía acercándose!

Traté de recordar todas mis lecturas de historia de osos y encuentros de aquel género, y no hallé ni un ejemplo de hombre salvado por sus piernas. Deduje entonces que el medio más seguro de dar muerte a un oso era tirarle con bala, cuando no se le puede atontar de un mazazo. Pensé primeramente en apuntarle a la cabeza, entre los ojos, más esto parecióme peligroso. El cerebro del oso



es muy estrecho, y, a menos de darle en el punto vital, poco le importa a la fiera tener una bala más o menos en su cabezota.

Después de mil reflexiones precipitadas decidí apuntar al cuerpo del oso, sin buscar un punto especial.

Había leído todos los métodos de Creedmore, mas érame difícil aplicar en aquel momento el fruto de mis estudios científicos. Me pregunté si debía tirar tumbado, boca abajo o echado de espaldas, apoyando en los pies la carabina. Pero en ninguna de estas posiciones podía ver a mi adversario, que se encontraba a dos pasos de mí, perspectiva que no era muy agradable.

La distancia que me separaba de mi enemigo era demasiado corta, y el oso no me daría tiempo de examinar el termómetro o la dirección del viento. Debía, pues, renunciar a aplicar el método Creedmore, y lamenté amargamente no haber leído tratados de tiro.

El oso se acercaba más cada vez. En aquel momento pensé, con la muerte en el alma, en mi familia; como se compone de pocos miembros, la revista duró poco. El temor de desagradar a mi esposa o causarle pena dominaba todos mis sentimientos. ¿Cuál no sería su angustia oyendo dar las horas y no viéndome volver? ¿Y qué dirían los otros no recibiendo sus moras al expirar el día? ¡Qué dolor para mi costilla cuando supiese que había sido comido por un oso! Esta sola idea me humilló. ¡Ser bocado de oso! Y otra preocupación llenaba mi espíritu. No es uno dueño de su cerebro en momentos tales. En medio de los más graves peligros, las ideas más raras ocúrrensele a cualquiera. Presintiendo la pena de mis amigos, traté de adivinar el epitafio que harían grabar sobre mi tumba, y me fijé en este:

Aquí yace Fulano
Comido por un oso
El 20 de agosto de 1877

Parecióme sin embargo trivial y malsonante. Ese "comido por un oso" me desagradaba en gran manera y poníame en ridículo. Me sentí lleno de piedad por nuestra lengua; efectivamente, la palabra "comido" pedía una explicación. ¿Significaba que había sido presa de un caníbal, o de un animal? Ese desprecio no existe en alemán, donde la palabra **essen** quiere decir comido por un hom-

bre y la voz fressen comido por una fiera. ¡Cómo se simplificaría la cuestión en semejante idioma! (1)

Hier liegt
Hochwohl Ge boren
Herr X
Geffressen
Agust 20, 1877.

Todo ahí está claro. Salta a la vista, leyendo esa inscripción, que el Herr X... ha sido víctima de un oso, animal que goza de reputación bien sentada desde el profeta Eliseo.

¡Y el oso continuaba acercándose, o, mejor dicho, estaba a dos pasos de mí! ¡Podía mirarme en sus ojos!

Todas mis anteriores reflexiones bailaban en mi cerebro con incoherencia. Alcé mi escopeta, me la eché a la cara y disparé.

Luego eché a correr tan rápidamente como me era posible.

No oyendo al animal perseguirme, me volví para mirar atrás: el oso estaba tumbado. Recordé que la prudencia manda al cazador cargar nuevamente su arma en cuanto ha disparado. Y fué lo que hice sin perder de vista a mi oso. Este no se movía. Me acerque a él con precaución y observé que sus patas traseras temblaban; fuera de esto no se movía ni lo más mínimo. ¿Quién sabe si trataba de engañarme? ¡Un oso es capaz de todo! Para evitar este nuevo riesgo le introduje otra bala en la cabeza, lo que me dejó tranquilo del todo.

Habíame, pues, desembarazado de mi terrible adversario. La muerte había sido rápida y sin dolor, y ante la bella calma de mi enemigo sentime impresionado.

Regresé a casa, orgulloso de haber matado un animal de aquella especie y tamaño.

A pesar de mi sobreexcitación, perfectamente natural, traté de obtener una indiferencia simulada a las numerosas preguntas que me asaltaron.

—¿Dónde están las moras?

—¿Por qué habéis tardado tanto?

—¿Qué habéis hecho del cubo?

—Le he dejado.

—¿Le habéis dejado? ¿Dónde? ¿Por qué? ¿Por qué razón?

—Un oso me lo ha pedido.

—¡Qué estupidez!

—Os aseguro que se lo he dado a un oso.

—¡Bah! ¿Queréis hacerme creer que habéis visto un oso?

—¡Sí que lo he visto!

—¿Corría?

—Sí; ¡corría detrás de mí!

—No es verdad. ¿Y qué habéis hecho?

Gritos sobrehumanos acogieron esta relación.

—¡Oh! nada de particular; lo he matado.

—¡No es cierto!

—¿Dónde está?

—¡Si queréis verle, id al bosque! Yo solo no podría traerle.

Luego de satisfacer todas las curiosidades de la casa y calmar sus terrores retrospectivos en lo que a mí se refería, fuí a pedir ayuda a los vecinos.

Un gran cazador de osos que regenta un hotel durante el verano, escuchó mi relato con escéptica sonrisa; y su incredulidad se comunicó a todos los habitantes del hotel y de la localidad. Sin embargo, como insistiera sin presumir y les propusiera llevarles al lugar de la hazaña, cuarenta personas consintieron en seguirme y en ayudarme a traer el oso.

Nadie creía hallar uno; sin embargo todos se armaron en el temor de un mal encuentro, con escopetas, pistolas, horquillas y garrotes.

Pero cuando llegamos al punto psicológico y les mostré mi oso, una especie de terror se apoderó de aquella muchedumbre incrédula.

¡Por Júpiter! Era un oso verdadero!

En cuanto a las ovaciones que saludaron al héroe de la aventura... por modestia las paso en silencio.

¡Qué procesión después para llevar el oso! ¡Y qué multitud para contemplarle cuando le tuve en mi casa! El mejor predicador no habría reunido tanta gente para escuchar un sermón el domingo.

En el fondo, debo reconocer que mis amigos, todos perfectos sportmen, se portaron correctamente conmigo. No pusieron en duda la identidad del oso, pero lo encontraron pequeño. El señor Deane, en su calidad de tirador y pescador de mérito, reconoció que había soltado un excelente disparo; su opinión me halagó tanto más cuanto que nadie cogió tantos salmones como él en los Estados Unidos, donde pasa además por un notable cazador.

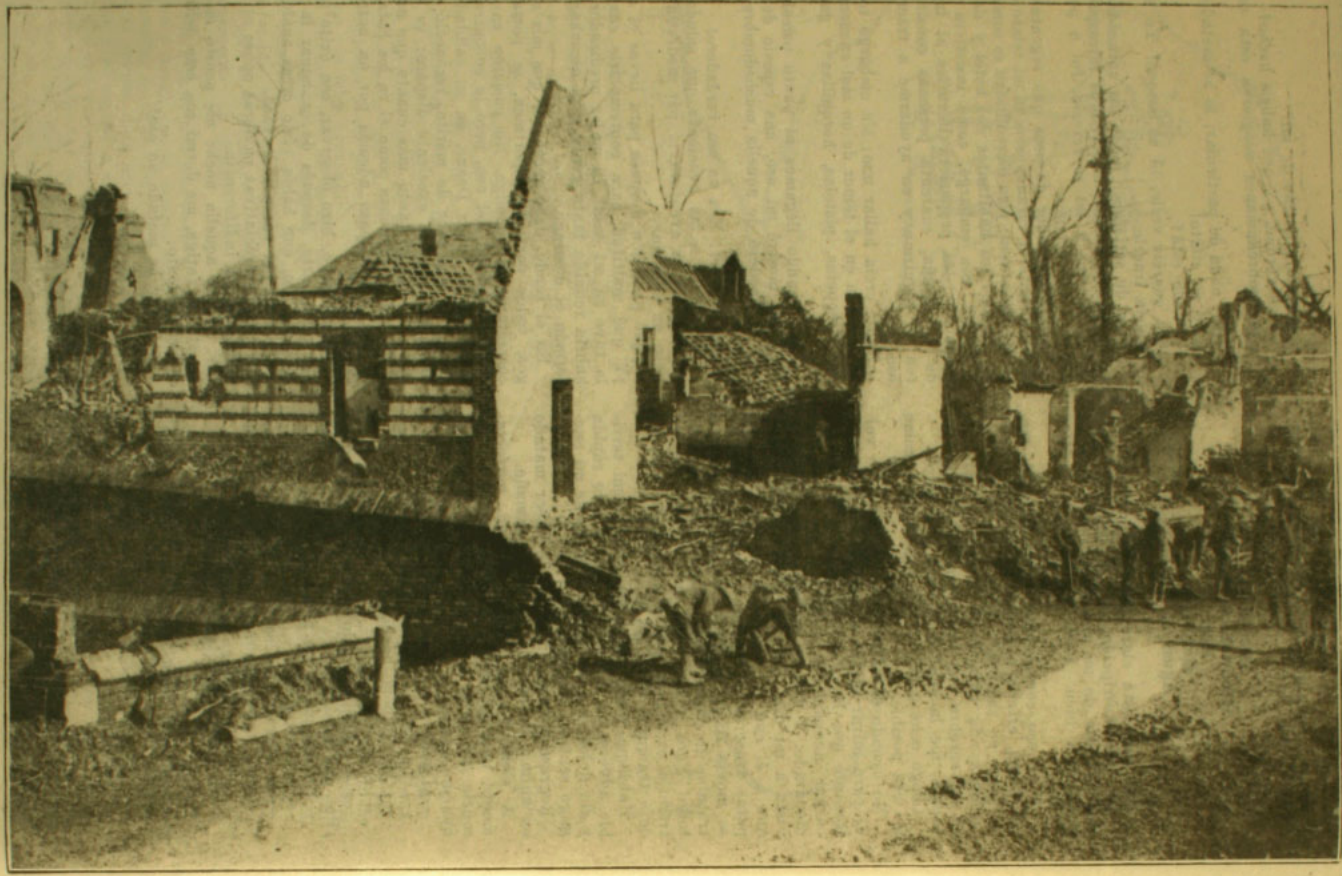
Sin embargo, hizo observar, con éxito nulo por otra parte, después de examinar la herida del oso, que había visto otras análogas producidas por cuernos de vaca.

A tan despreciativas palabras opuse el paraguas de mi indiferencia.

Y cuando aquella noche me acosté medio muerto de fatiga, me dormí con este delicioso pensamiento:

—"¡Hoy he matado un oso!"

(1) He aquí un juego de palabras, comprensible sólo para los que saben el inglés, y que en nada altera la marcha del relato.



Pasando una calle a través de una aldea destrozada por el bombardeo alemán.

La muerte de Raspoutin
preludio de
La Revolución Rusa

Por

Georges Silber

Con ilustraciones

Los acontecimientos desarrollados en Rusia en el curso del mes de Marzo, tienen un alcance incalculable: abdicación del Zar, designación del gran duque Miguel para sucederle, constitución de un gobierno provisional, proclamación del sufragio universal, anuncio de una asamblea constituyente que determinará la forma y los poderes del nuevo régimen, libertad de todos los condenados políticos, finalmente, arresto del Zar, la Zarina y sus hijos; tales son las primeras consecuencias del movimiento nacional, que tras un largo período de formación, estalló por fin el 13 de Marzo. Se dice que este desenlace habríase podido evitar, si el Zar Nicolás hubiese tenido mejor comprensión de sus deberes y sus intereses. Pero no parece que el viejo emperador hubiera sido capaz de apreciar, desde el principio del movimiento revolucionario, la gravedad de los acontecimientos. Por unos días se hizo la ilusión de que la crisis no era peligrosa y de que todo se arreglaría. Separado de su pueblo y de los acontecimientos exteriores por la pantalla de los cortesanos, no podía comprender que el bien de Rusia exigía la atenuación de sus prerrogativas. Místico como era, no creía poder ceder voluntariamente a lo que él consideraba un deber sagrado conservar intacto.

No le faltaron, sin embargo, las advertencias.

Llegábanle de todos los rincones del imperio y de todas las clases de la sociedad.

Es un rol difícil y peligroso el de aquellos que, como los correos antaño, se encargan de llevar malas nuevas a los poderosos. Pero hubo dignatarios, sin embargo, que tuvieron el valor de desempeñar tal cometido. El conde Voroutzoff-Dachkoff, teniente general del Cáucaso, que había sido amigo personal de Alejandro III, viniendo poco antes de la guerra a entrevistarse con Nicolás II, en Livadia, le dijo con una soberbia arrogancia, al salir de la audiencia oficial, dejando el solemne lenguaje del alto funcionario y empleando el tú familiar:

—Ahora voy a hablarte con franqueza. ¿Sabes tú que con los Raspoutine vas derecho a tu perdición y que te juegas el trono de tu hijo?...

La amonestación fué larga, el viejo servidor habló con elocuencia. Nicolás II, tendido sobre un diván, no supo más que responder entre sollozos:

—¿Por qué Dios me ha confiado tan pesada tarea?

El gran duque Nicolás Nicolaiewitch no fué menos franco ni menos severo que el viejo conde. Pocos meses atrás escribió la siguiente carta:

"Muchas veces me has expresado tu deseo de proseguir la guerra hasta la victoria! ¿Pero estás convencido de que la victoria es posible con el actual estado de cosas? ¿Conoces tú la situación interior del imperio? ¿Se te dice la verdad? ¿Se te ha revelado dónde se encuentra la raíz del mal?

"Tú me has dicho muchas veces que te engañan, que sólo tienes fé en los sentimientos de la que hoy es tu esposa. Pues bien, lo que te dice la emperatriz no es la expresión de la verdad. Si no eres capaz de arrancarte a las influencias perniciosas que te rodean, defiéndete al menos contra los que te dictan sus palabras. Si tú lograses alejar estas fuerzas tenebrosas, comenzaría el Renacimiento de Ru-

sia y volverías a obtener la confianza de tu pueblo, ya medio perdida".

"He vacilado mucho tiempo antes de decirte la verdad, pero ya estoy resuelto con el valor que me infunden tu madre y tus dos hermanas. Estás en vísperas de nuevas agitaciones; más diré aún: en vísperas de una catástrofe. Te hablo así, porque deseo tu propia salvación, la de tu trono y la de la patria".

Las verdades eran crudas y amargas.

El Zar Nicolás II

Las acusaciones graves. El soberano podía tratar de esclarecer las cosas, medir siquiera el valor de los argumentos. Prefirió, sin embargo, cerrar los ojos y seguir depositando su confianza en los que le engañaban.

Ni prestó mayor atención a las advertencias que salieron de la tribuna de la Duma.

Un día, en plena sesión, el diputado de la extrema izquierda, Skobelev en el curso de una discusión sobre el presupuesto del Santo Sínodo, pronunció este vibrante apóstrofe: **Quousque tandem abutere patientia nostra?** ¿Hasta cuándo ha de abusar de nuestra paciencia, Gregorio Raspoutine, sér malvado y falso, enemigo declarado de la Iglesia, violador de la pureza de las almas y de los cuerpos?"

El destino debía dar una sangrienta respuesta a esta angustiosa pregunta.

El 29 de Diciembre de 1916, nueve jóvenes pertenecientes a lo más linajudo de la aristocracia, se divertían al empezar la noche, en un restaurant de los alrededores de Petrograd. Allá a la una de la mañana, después de una animada discusión, acordaron que era llegada la hora de hacer desaparecer al que todo el mundo acusaba como al genio maléfico del imperio. Uno de los comensales se encargó de ir a buscar a Raspoutine a su casa y de conducirlo allí durante la fiesta.

Dirigióse en automóvil a la calle Gorokhovaia, donde vivía el profeta. Una hora después llegaba este a la tertulia. Los jóvenes propusieron entonces ir a terminar la noche en casa del príncipe Youssoupoff, en un magnífico palacio de la Moika. Raspoutine dejóse llevar sin desconfianza. Sus jóvenes camaradas aparentaban, por otra parte, la mayor alegría. La fiesta se hizo espléndida; corrieron los vinos más exquisitos y el champagne en abundancia. Raspoutine, muy aficionado al licor, no se hizo rogar para menudear las libaciones. No tardó en caer en la borrachera más completa. Empezó entonces a manifestar propósitos tan irreverentes para con la Czarina y sus dos hijas mayores, que uno de los convidados, el gran Duque Dimitri Pavlovitch le hizo notar rudamente que estaba sobrepasándose.

—Sé más prudente, mujitchok (aldeanito), le gritó, mostrándole los puños.

—Esto no es nada, querido; yo tengo bula para eso y mucho más, respondió el aldeano, golpeando familiarmente en la espalda a su interlocutor.

Este le repelió brutalmente y le dijo que se contuviese y fijase con quién estaba hablando. Raspoutine enfurecióse entonces y gritó que se quejaría para que la persona que le había tratado tan brutalmente tuviese su castigo. Indignado por estas palabras, el Duque sacó el revólver y disparó sobre Raspoutine casi a quema ropa. Cayó este, pero levantándose al mo-

mento, corrió hacia la puerta. En este momento llegaron los otros invitados que estaban en la pieza contigua. Viendo que Raspoutine se escapaba salvándose por el lado de la puerta, corrieron tras él disparándole tiros de revólver. No menos de seis balazos dispararon, dos de los cuales alcanzaron a Raspoutine y uno a un perro. Las balas hirieron a Raspoutine en la cabeza, y expiró a los pocos instantes... Tres de los invitados se encargaron de sacar el cadáver. Lleváronle en automóvil a las afueras de la ciudad y lo arrojaron al Neva, junto al puente Petrovsky. El fin del iluminado fué digna recompensa de su triste vida.

Gregorio Novikh, llamado Raspoutine, nació en 1864 en un pequeño poblacho de la Siberia, dependiente de la gobernación de Tobolsk en Pokrovskoié. La población de este poblacho, uno de los más miserables del distrito, no ha gozado nunca de muy buena reputación, a tal extremo que los presidiarios han apodado a sus habitantes "gigani", que quiere decir: "dispuestos a todo".

En este poblacho ocupaba la familia de Raspoutine la más ínfima categoría. El padre fué varias veces azotado y preso por ladrón y el hijo parecía dispuesto a seguir el ejemplo paterno. Consérvanse, en efecto, en los archivos del tribunal de Tobolsk, tres expedientes contra nuestro héroe; el primero por robo de animales; el segundo, por falso testimonio y el último por escándalo. Puede, pues, comprenderse fácilmente por qué los mujiks del lugar bautizaron a Gregorio Novikh con el apodo de Raspoutine (el libertino), apodo que debía conservar hasta en la corte imperial hasta el último momento.

Pero hacia el año 1900, Gregorio Raspoutine cambió radicalmente su método de vida. Hízose piadoso, dulce y ordenado, dejó de beber y de fumar. Atribuyóse este cambio a la influencia de un tal Milety Zaborovski, alumno entonces del gran seminario de Tioumene y actualmente rector de ese mismo establecimiento.

Raspoutine, que hacía a veces oficio de postillón, tuvo ocasión de conducir un día a este joven sacerdote a Tioumene y quedó profundamente impresionado de la conversación que con él tuvo durante todo el trayecto que hicieron juntos.

Emprendió entonces un gran viaje, durante el cual visitó gran cantidad de conventos y monasterios, en Odessa, Kiew, Moscou, Kazan, y en el mismo Petrograd. De regreso a su pueblo, redobló la piedad y el fervor de sus ejercicios religiosos.

Estaba siempre pensativo y cabizbajo, respondía con frases monosilábicas y vacías de sentido a las preguntas que le hacían. No tardó en correr la fama de que en Pokrovskoié había aparecido un nuevo profeta. Fué tratado por todos de "Staretz", que significa "venerable".

Mujeres y doncellas venían a consultarle

La Zarina Alejandra

sus congojas y sus males. Hízose un personaje de importancia.

Entonces Raspoutine se dedicó a predicar una "religión nueva" que le conquistó un gran número de adeptos, sobre todo entre las mujeres. Su doctrina resumíase en este precepto: para salvarse es necesario arrepentirse y, para arrepentirse, es preciso pecar. "Yo poseo, decía él, en el interior de mi sér una partícula del Sér Supremo, y sólo por mediación mía puede obtenerse la salvación. Por lo tanto, es necesario confundirse conmigo mismo. Todo

cuanto emana de mí es raudal de luz, que limpia del pecado.

Los prosélitos de la nueva doctrina fueron tantos, en el espacio de algunos meses en Pokrovskoié, que los aldeanos elevaron al Santo Sínodo infinidad de quejas a este respecto. Una de las más enérgicas contiene la siguiente descripción de las prácticas del nuevo pontífice:

"Verifícase la ceremonia de noche, cerca de una fosa. Cuando las estrellas aparecen en el firmamento, Raspoutine, ayudado de sus adeptos, llena la fosa de leños y troncos.

"En medio colócase un trípode que sostiene un vaso con incienso y materias aromáticas.

"Enciéndese luego la hoguera. Hombres y mujeres, confundidos, forman alrededor de la pira un gran círculo y cogidos de las manos, dan vueltas en torno, repitiendo incesantemente la misma frase: "Pecamos, Señor, para salvarnos". El movimiento giratorio va haciéndose más rápido por momentos, se oyen suspiros y sollozos.

La hoguera se extingue, y entonces en las tinieblas resuena la voz insidiosa de Raspoutine.

Por este tiempo también comienza el iluminado a rodearse de "hermanas". Estas le acompañan en sus paseos por el bosque, le sirven y se entregan con él a ejercicios de "piedad" no siempre ajenos de peligro, pues más de una pagó con la vida el culto del nuevo "profeta".

La fama de Raspoutine se extendió entonces en toda Rusia. El se aprovechó de esto para salir de su pueblo a reclutar nuevos adeptos en varias ciudades del centro de Rusia. Fué durante ese peregrinaje que conoció a Mme. Bachmakow, viuda de un negociante millonario. Esta estaba sumida en una profunda tristeza por la reciente pérdida de su esposo. El "santo" se encargó de consolarla y lo consiguió. En pago de esto, la rica viuda le introdujo en el medio aristocrático de Kazan, Kiew, Moscou y, en fin, en Petrograd. Allí, Raspoutine no tardó en ser conocido y apreciado por la buena sociedad. Pronto el campesino corrompido fué "el gran intercesor", "el vidente", "el profeta". Los salones de la condesa Ignatiev, que gozaban fama de ser de difícil acceso, se abrieron por fin para él, y muchas grandes damas rusas fueron sus más fervientes admiradoras.

¿Cómo se explica la suerte inverosímil de este aldeano vicioso y astuto, que sabía apenas leer y escribir? Un escultor ruso, M. Aranson, que hizo últimamente el busto de Raspoutine y tuvo por tanto la facilidad de observarle durante cuatro meses, nos ha proporcionado informes interesantes.

No hay que dar crédito a la leyenda popular que le presenta como un hombre recto, un apóstol; como un vidente dotado de una potencia magnética extraordinaria; como un místico que divagando hubiese amalgamado girones de doctrinas teológicas con sus propias ideas. Raspoutine era un enfermo y su poder no se ejercía sino sobre los neurasténicos, los voluptuosos, los mentalmente desequilibrados.

Todos los observadores inteligentes que han estudiado al favorito en casa del escultor Aranson, como por ejemplo, los profesores Netchayev y Orchansky, han reconocido unánimemente que es un "caso patológico". Su "buena fortuna" no habría sido posible en otro país y en otro medio ambiente. Bien convencido estaba de esto el propio Raspoutine cuando en un momento de franqueza declaraba cierto día: "¡No soy yo quien he hecho de mí lo que soy!"

Un mujik vestido con el traje, suntuoso y charro a la vez, de un danzante de "ballet" ruso: he aquí lo que parecía Raspoutine a quien llegaba a visitarle a su residencia de la calle Girokhovait en Petrograd.

El lujo chabacano del mobiliario y la seda de su vestuario, no eran a primera vista los mejores testimonios de la santidad de aquel personaje, que a lo sumo podía adivinarse por lo descuidado de su cabellera y por una ignorancia supina que tenía en Gregori el mismo color de sus uñas.

Se ha dicho que era monje. Jamás lo fué, a no ser por la abundancia de dones que han concedido los romances a algunos religiosos de la Edad Media.

En 1906 volvió Raspoutine a su aldea, dueño ya de una cuantiosa fortuna. Compró una hermosa casa, amobló la regiamente e instaló en ella un magnífico piano de cola.

Fué el gran duque Dimitri Pavlovich quien hizo justicia a Rusia matando ese hombre nefasto que se llamó Raspoutine.

Por este tiempo volvió a caer bajo la influencia del alcohol. Sólo que fueron vinos de marcas y champagnes los que reemplazaron la "vodka". También fueron reemplazadas las personas que formaban su anterior camarilla. Ya no eran aldeanos, como al principio: eran damas de mundo, vestidas elegantemente, luciendo hermosas toilettes, las que le hacían compañía. Volvió a Petrograd a principios de invierno de ese mismo año y permaneció en la capital hasta 1909, de donde fué obligado a salir. De todas partes llegaban quejas al Santo Sínodo, y fué de nuevo obligado a presentarse ante un tribunal eclesiástico. Esta vez el veredicto fué más severo. Raspoutine fué condenado a pasar un año en un claustro. Consiguió, sin embargo, sustraerse a esta condena. So pretexto que no podía entrar a un claustro puesto que sus "hijas espirituales y sus adeptos que no podían vivir sin él, no podrían acompañarle, obtuvo la autorización de retirarse a su aldea natal. Llevó consigo doce "hermanas", la mayor de las cuales tenía apenas 27 años. Alojaron todas en la nueva casa que había comprado en Pokrovskoié. La mujer y los niños de Raspoutine ocupaban cinco cuartos, y otros doce fueron puestos a disposición de las hermanas. Su mujer no cesaba de suplicarle que volviese a su antigua vida de cultivador y renunciara a su "misión". Sus ruegos fueron infructuosos. La quietud de su permanencia en Pokrovskoié fué turbada por un incidente que casi le costó la vida. Una de sus antiguas admiradoras a quien había abandonado, una tal Kheone Gousseva, intentó asesinarlo el 30 de Junio de 1914. Después de haber sido cuidado en el hospital de Tiouméne, Raspoutine volvió al poco tiempo a Pokrovskoié. Sus admiradoras trabajaban para hacerle volver a Pe-

trograd. La influencia que ejercía sobre ellas tenía algo de verdaderamente sobrenatural. Una de las "hermanas" que le habían acompañado a Pokrovskoié escribía lo siguiente:

"Hace cerca de seis meses que vivo en una completa pesadilla. No sé quién soy desde que estoy en la casa del profeta Gregorio y si es un santo o el más gran pecador del mundo. Ya no encuentro sitio para mí en esta aldehuela. Quiero huir, quiero volver a Petrograd, pero no puedo; un gran temor al profeta me retiene. Sus grandes ojos grises de aguda mirada penetran hasta el fondo de mi alma y me aterrorizan. Aunque estuviese a 500 leguas de él me parecería que le tengo al lado.

"Siento que es una fuerza sobrenatural, que es todopoderoso." La diligente ayuda de las admiradoras de Raspoutine encontraron un precioso concurso en el obispo de Saratov, Hermógenes, que fué uno de sus defensores declarados, así como el monje Eliodoro que, en sus sermones, llamaba a Raspoutine "el más gran santo de la Rusia contemporánea". Todas esas ayudas obtuvieron el resultado deseado.

Raspoutine hizo de nuevo su aparición en Petrograd, donde volvió a asumir toda la importancia que había conquistado anteriormente. Se le invitaba a todas partes. Luego, se le abren las puertas del palacio imperial y se transforma entonces en "dictador íntimo". La Emperatriz le otorga toda su confianza y por medio de ella, su influencia se hace cada vez más considerable. Ya no se sujeta sólo a las cuestiones religiosas, sino que se extiende a las políticas.

Fué él quien insistió cerca del zar sobre la necesidad de alejar al gran duque Nicolás Nicolaiewitch.

—Dios ya no le ama. Por eso le ha quitado la razón, tuvo la audacia de decir una vez a Nicolás II. Si quieres reinar efectivamente, aléjale!, añadió astutamente.

Y el gran duque Nicolás, que era un enemigo irreductible de Alemania, fué nombrado comandante en jefe de los ejércitos del lejano Cáucaso.

Raspoutine y sus hijos

Desempeñó también un gran papel en la desgracia del conde Kokovtzov. El fué quien obtuvo la dimisión del procurador del Santo Sínodo, Samarine, a quien no perdonaba sus ataques contra el obispo Barnabas de Tobolsk, cuya hermana era una de sus "secretarias" preferidas. El retiro de Samarine impresionó fuertemente a toda la burocracia, cuyos representantes vinieron en masa a implorar el apoyo de Raspoutine.

Su departamento de la calle Gorokhovaia veíase siempre lleno de ministros y de altos funcionarios. Por intermedio del príncipe Andronikov, redactor jefe del "Golos Roussi", podían obtenerse fácilmente los favores de Raspoutine. Y el príncipe sabía también servirse de él para sus intereses personales.

El antiguo Ministro del Interior, Khvostov, adicto a Raspoutine, rogó a este de conseguirse con el emperador le llevase a la presidencia del consejo, pero el emperador se negó rotundamente, diciendo con desprecio que era demasiado necio para ocupar ese puesto. Para vengar-

se de la afrenta, Khvostov decidió aliarse al partido enemigo de Raspoutine y suprimirlo. Envió un emisario secreto al pope Eliodoro, el antiguo amigo vuelto enemigo de Raspoutine, a quien propuso matarlo ofreciéndole 60 mil rublos por la ejecución del crimen. El director del departamento de policía, M. Beletzki, al saber el caso, se propuso a su vez utilizar a Raspoutine para obtener el puesto de Khvostov.

Hizo aprehender a M. Argevski, el emisario secreto de Kvostov, quien hizo confesiones completas. Por otra parte, se encontró sobre él una serie de documentos comprometedores que confirmaron el complot. Eliodoro, que estaba en Finlandia, envió también su confesión. El Ministro Khvostov fué separado y Beletzki nombrado gobernador general de Irkutsk. Pero no supo contener su lengua y fué pronto destituído por haber hablado demasiado.

En ese momento apareció en el horizonte M. Sturmer, que supo, en poco tiempo, eclipsar completamente a M. Kvostov. En cuanto fué nombrado presidente del consejo M. Sturmer, Raspoutine adquirió una influencia ilimitada. Por el retraso más insignificante exigía de M. Sturmer, por teléfono, sin importarle la presencia de personas extrañas y en tono tan autoritario que pasmaba a los que oían, amplias satisfacciones. El famoso Manouilov fué colocado cerca de M. Sturmer sólo para servir de intermediario entre él y Raspoutine.

Sus funciones consistían en hacer ante este último un continuo elogio del premier. Raspoutine desempeñó también un papel importante en el nombramiento del arzobispo Pitirim. Tuvo, sin embargo, más dificultades para obtener del Santo Sínodo, que se había negado a apoyar la candidatura del príncipe Yevakhov como agregado al procurador del Santo Sínodo. Después de haber obligado a M. Volgine a presentar su dimisión, Raspoutine hizo nombrar en su lugar a M. Raiev. Fué M. Sturmer quien se encargó de cumplir las órdenes de Raspoutine a este respecto.

Hubo, sin embargo, muchos personajes altamente colocados que no estuvieron bajo la influencia de Raspoutine. Hay que citar entre estos al metropolitano Vladimir, que se negó siempre a recibir a Raspoutine; lo que no impedía a este último de enviarle frecuentemente solicitantes premunidos de uno de esos famosos billetes de recomendación que abrían todas las puertas.

Las ceremonias raspoutinianas

Se cuenta que un día el metropolitano Vladimir declaró a una solicitante que se presentó en su casa con una carta de Raspoutine:

—¿No tiene usted vergüenza de recurrir a la ayuda de Gregorio Raspoutine? ¿No se da usted cuenta que es un peligro para Rusia, un peligro del que hay que librarse? Si su causa es justa, haré todo lo posible por usted, sin tomar en cuenta esa maldita carta.

El ex-agregado al Ministro del Interior, M. Djounkovsky vió también su carrera tronchada a causa de Raspoutine. No oculta-

ba la repulsión que le inspiraba este último.

El primer golpe serio a la influencia de Raspoutine y de su funesta camarilla fué dado en la Duma. En su histórico discurso del 20 de Noviembre de 1916, que provocó la caída de M. Sturmer, M. Miliukov atacó con extrema violencia no sólo a los jefes del partido germanófilo, sino a sus "sostenes ocultos". Y no era entonces la primera vez que la Duma se ocupaba del hombre nefasto para Rusia.

Ya, en 1912, el leader de los octubristas (partido ultra moderado), M. Goutchkoff, últimamente Ministro de Defensa Nacional, intentó descorrer el velo del escándalo Raspoutine, evitando, sin embargo, pronunciar su nombre. "La Rusia, dijo, atraviesa una situación difícil e inquietante. La conciencia popular está profundamente agitada; no sé qué fantasmas de la Edad Media se levantan ante nosotros. Un grave mal corroe el Estado ruso. Un peligro amenaza los sagrados bienes del pueblo. ¿Dónde están sus guardianes?

Raspoutine sabiendo, sin duda, que intentaban suprimirle, se había puesto muy desconfiado en los últimos días de su vida. Estaba siempre rodeado de una nube de policías, que debían velar sobre su persona. El antiguo Ministro del Interior, M. Protopopof, el hombre más execrado de Rusia, había organizado esa vigilancia. Pero nada podía evitar ni retrasar el desenlace.

Raspoutine pertenece ya a la historia. Y si el nombre del famoso aventurero no provoca en Rusia sino gritos de justa indignación, el futuro historiador encontrará, en el extraordinario relato de su vida, una documentación simbólica, que aclarará con luz siniestra el medio ambiente que había aceptado, elevado y glorificado a ese relajado de nombre y espíritu.

Fuera de las horas de clases, los jóvenes colegiales labran la generosa tierra de Francia.

Los niños trabajan en las faenas agrícolas en Francia

Con ilustraciones fotográficas

En ninguna época, a pesar de la congoja del momento, habían pasado mejores vacaciones que las últimas los alumnos de los Liceos y escuelas primarias de Francia. El Ministro de Instrucción Pública había decretado el asueto desde el 25 de marzo hasta el 15 de abril y el Ministro de Agricultura había hecho un llamado a la buena voluntad patriótica de la juventud para cultivar campos y huertas.

Desde hace tres años que dura la guerra, la juventud, que comprende la gravedad de la lucha que ensangrienta la Europa, se lamentaba de sentirse inútil e inutilizable. "Qué hacer, se preguntaban, cuando no se tiene aún la edad necesaria para coadyuvar a la labor de los mayores, que gloriosamente combaten en las trincheras, y poder aumentar con nuestro entusiasmo su ardor en la hora de los asaltos y de las cargas a la bayoneta? ¿Qué hacer, cuando hasta las mujeres, las madres y las hermanas muestran su abnegación a la cabecera de los heridos, en los hospitales? ¿Qué hacer cuando uno se siente robusto y lleno de energías y percibe confusamente en el fondo de su conciencia que será un orgullo, más tarde, haber desempeñado algún papel voluntariamente en el gran drama histórico del cual ha de surgir un mundo nuevo?"

Y esa juventud comprendía que el día podía hacer algo, algo que sirviera a la defensa nacional y que saciara en parte sus patrióticos anhelos.

¿Qué hacer? He aquí la respuesta, puesta en práctica.

Vestidos con el uniforme popular de los Exploradores de Francia, 200 colegiales parisienses, pertenecientes a los cursos superiores, atraviesan el Bosque de Bolonia, for-

mados en columnas, como una compañía de infantería. Pero no es el fusil tan codiciado el que pesa sobre sus hombros: son azadas, horcas de dientes rectos o encorvados, palas, rastrillos. Las llevan ufanos, como un arma, y desfilan en buen orden, el rostro sonriente, la cabeza alta, el porte arrogante... Heles a las orillas del Sena. Atraviesan el río a la altura del puente de Puteaux y se esparcen en la isla inculta, cuyos álamos se inclinan melancólicamente sobre las aguas. Son 25,000 metros cuadrados de terreno baldío que el Ministro de Agricultura ha puesto a la disposición de los noveles labradores. ¡Es un gran campo! Antes que los muchachos, han llegado algunos soldados del 220° de línea y han empezado a arar. Formados en dos largas filas, la azada o la horca al brazo, los jóvenes esperan la señal de sus jefes.

Se oye el estridente sonido de un silbato. Se forman escuadras. ¡Otro pitazo! Las escuadras se dividen. Una de ellas se une a los soldados-labradores: el arado es cogido por los brazos robustos de un alumno de retórica; un alumno de segundo año estimula los tres caballos, uncidos en fila india, y, dirigido por los consejos del soldado cuya mano lista endereza a veces el arado que se desvía, se traza un hondo surco. El sudor corre por sus frentes, sus músculos se tienden, pero los muchachos han comenzado la nueva tarea con tan buena voluntad y tanto entusiasmo, que ya en la noche pueden pasar por labradores regularmente expertos. Detrás de estos, otra escuadra animosa usa de sus armas de trabajo para binar la tierra desmenuzando la gleba; otra, en fin, arranca las raíces y las malas hierbas, limpia de piedras y nivela el terreno, que se transforma como por encanto, y todas esas espaldas inclinadas dan la impresión exacta de una prodigiosa actividad campestre.

Niñas que trabajan en un jardín

Al día siguiente y los demás, continuará ese trabajo hasta que el terreno quede completamente nivelado. Uno de esos días llegan con grandes cajas llenas de patatas. Un jefe hortelano les indica a qué profundidad hay que cavar ese suelo labrado, cómo hay que colocar el tubérculo en el hoyo y de qué manera hay que extender la tierra para cubrirlo. Atentos a la lección práctica, es raro que no consigan hacer la plantación en debida forma al primer intento.

En menos de quince días, la isla de Puteaux ha cambiado de aspecto. El terreno que a primera vista no tenía sino el aspecto de un pobre prado estéril, cubierto de piedras y malezas, es ahora un verdadero campo en el cual se levantan millares de pequeñas topineras sabiamente repartidas. Cada jueves y cada domingo, las escuadras vendrán a vigilar su trozo y desmenuzar cuidadosamente la tierra en rededor a la pequeña hojita que surgirá de la topinera un buen día y que será luego una planta robusta, anunciadora de una buena cosecha.

Los colegiales habrán hecho el milagro de transformar, en sus días de asueto, una isla inculta y estéril en un campo fértil, y de ayudar al aprovisionamiento de la nación. Lo que esos jóvenes hicieron en Puteaux, otros colegiales lo han hecho también en Enghien, en Saint-Denis, en Sceaux, en los alrededores de París, en los departamentos vecinos y en toda Francia. Aquí los plantíos son de patatas, allá son de coles, de zanahorias, de nabos, de fréjoles, de betarragas; en otras partes, en plena campiña, en la granja, ayudan al campesino a sembrar el trigo, a segar el pasto. En las grandes vacaciones, serán los auxiliares de los segadores, reemplazando en todas partes, —con un ánimo y una voluntad que excitan el sentimiento patriótico y la conciencia de ser útiles a la patria,—los brazos de los hermanos mayores y de los padres a quienes retiene en el frente su deber de soldados. Son más de dos millones los jóvenes estudiantes que se han entregado a esa labor; y han sabido poner en ella tal cuidado y entusiasmo inteligente, que los campesinos

que, al empezar el año, temían su inexperiencia, son los primeros en reclamar su ayuda.

¿Puede hacerse un más bello elogio de la mano de obra escolar? ¿Hay acaso alguna recompensa más hermosa para aquellos que apelaron a su buena voluntad?

Y, en efecto, ¿de quién es esa idea, tan sencilla en apariencia, y cómo la ha transformado el Ministerio de Agricultura francés en organización práctica?

A comienzos de abril de 1915, un profesor del liceo Lakanal, de París, M. Lavarenne, se extrañó al ver en los diarios las reclamaciones del pueblo. "El precio de los artículos de consumo aumenta cada día! Que nos den patatas, zanahorias, espinacas y más trigo, más centeno y más cebada!" ¡Ya empezaban a quejarse las dueñas de casa! Desde el pequeño tranvía que le llevaba cada mañana desde París a Bourg-la-Reine, vió gran cantidad de terreno que extendía perezosamente su tapiz verde a lo largo de todo el camino, y que bien podría producir patatas o legumbres. Pidió informes y supo que había en Francia cerca de 3 millones de hectáreas de terrenos abandonados!

Pensativo, esa mañana explicó distraídamente su clase de latín a sus 48 alumnos. La mayoría de estos estaba formada por muchachos robustos, cuyas fuerzas admiraba el profesor en el curso de sus juegos deportivos. De repente le vino una idea: Si pidiese a estos muchachos ayudarme a cultivar un trozo de campo! Apenas formulada la idea, obtuvo franca aceptación y fué acogida con entusiasmo. Ese día, Virgilio fué olvidado!... Obtuvo un terreno en esa comuna y el jueves siguiente toda la clase fué a remover la tierra. Continuaron las labores el domingo siguiente y el jueves, y durante las vacaciones extraordinarias.

Viéndole trabajar, los campesinos sonreían lanzándole sarcasmos: "¿En qué se mete ese profesor de latín?" y cuando pasaba por las calles oía decir a las gentes: "Mira, ahí va el "Profesor Patata".

El "profesor patata" no se desanimó. En mangas de camisa daba el ejemplo, y sus jóvenes alumnos, amantes del trabajo, se mostraban contentos de realizar una obra útil. El resultado coronó sus esfuerzos, sobrepujó sus esperanzas.

Desde el 4 de mayo hasta el 1.o de noviembre de 1915, cosecharon de un terreno baldío de 2.000 metros y sin abonos, 657

kilos de patatas, 118 kilos de fréjoles, 120 kilos de nabos, 175 coles y 21 kilos de espinacas.

La venta les produjo 161 francos que enviaron a la cocina popular de Sceaux, subvencionada por el liceo Lakanal. La idea estaba lanzada, y se había realizado la experiencia.

Esos resultados fueron conocidos por el rector de la academia de París y por el Ministro de Agricultura. Esas autoridades se dieron cuenta sin trabajo que si se repetía en la Francia entera la tentativa de Sceaux la crisis económica amenazante estaría, si no conjurada, al menos grandemente atenuada. Pero, durante el año 1916, se dejó a las iniciativas privadas el cuidado de renovar la experiencia de M. Lavarenne. Los resultados fueron excelentes en todas partes. Ya no había que titubear. Durante el otoño de 1916 se sondeó la opinión escolar, lo que dió por resultado saber que la juventud estudiosa no esperaba sino un llamado para aportar toda su buena voluntad en provecho del cultivo de las hortalizas y, caso de ser necesario, del cultivo mayor. Se decidió entonces que el Ministerio de Agricultura creara una organización general que se llamaría "la mano de obra escolar".

Con fecha 6 de enero de 1917, el Ministro de Instrucción Pública envió a todos los rectores de academia una circular invitando a todos los principales directores de establecimientos escolares, profesores y profesoras, a organizar a su alrededor asociaciones agrícolas u hortícolas con el concurso

de sus alumnos. Los gobernadores de departamentos pusieron también su parte en esta nueva organización rogando a las municipalidades de cada una de las 36 mil comunas de Francia, reducidas a 32,000,—ya que 120 se encuentran en poder del enemigo o están tan cerca del frente que es imposible mandar muchachos a trabajar allí,—de poner a disposición de los equipos de trabajadores escolares 50 áreas de terreno, por lo menos.

La propaganda fué activa: repartiéronse 6,000 circulares, se pegaron en las esquinas 125,000 carteles y se enviaron 2,000 cartas a los alcaldes. Se hizo una encuesta en todos los colegios con objeto de conocer el efectivo de los niños para la formación de los equipos, el género de cultivo que prefería cada equipo y el número de herramientas y cantidad de simientes necesarias.

Las compañías de ferrocarriles decidieron hacer grandes rebajas para facilitar la movilización de los niños. Millares de toneladas de patatas fueron almacenadas en el Ministerio de Agricultura, en las gobernaciones, en las alcaldías: distribuyéronse a título de subvención a los equipos de colegiales agricultores, así como todas las demás simientes necesarias.. Se reunieron en las gobernaciones grandes lotes de herramientas que fueron luego prestadas a liceos, colegios o escuelas. En fin, se movilizó un verdadero ejército de hortelanos para que diesen a los niños las primeras lecciones indispensables. Siguiendo sus indicaciones, los jóvenes agricultores aprendieron pronto a conocer la calidad de un terreno, a manejar las herramientos, a preparar la tierra, a sembrar, a cuidar de las plantas germinadas, y a cosechar. Y en todas partes se cumplió el programa a las mil maravillas con una alegría que se traducía en reflexiones joviales y del más sano buen humor. Algunos le sallaron el atractivo de una nueva lección de cosas, otros consideraron la labor como un grato sport y todos encontraron en su trabajo el gusto de una buena acción patriótica, que reconforta el corazón y hace levantar la frente.

En el dominio práctico, la composición de los equipos no fué siempre tarea fácil. Los organizadores quisieron darles la forma de algo militar, lo que fué muy acertado.

En todas las escuelas, en todos los colegios, los boletines de adhesión—verdaderas actas de enrolamiento voluntario—fueron entregados a los alumnos por los maestros y profesores. Se exigió la autorización de la familia, como garantía moral. Tomando en cuenta las aptitudes físicas y los gustos comunes de cada niño, se formaron equipos de cinco a ocho trabajadores bajo la dirección de un monitor, lo que equivalía a una escuadra con su cabo.

Un grupo de equipos, de dos a cinco, es decir, de veinte a cuarenta jóvenes, era una sección, algo así como media compañía, bajo las órdenes de un jefe de sección. El monitor y jefe de sección tuvieron, como todo jefe, la misión de velar por la disciplina y la buena organización del trabajo, así como el cuidado del campamento. Ha ocurrido varias veces, en efecto, que los equipos agrícolas han dormido bajo carpas voluntariamente, según los principios del camping, tan grato para los boy-scouts.

Los niños, como los hombres, gustan de sentirse gobernados. Hay que notar que, en toda Francia, los equipos así constituídos han cultivados el suelo, bajo las órdenes del camarada de la víspera, con ardor y abnegación.

No podemos estudiar caso por caso cómo han operado esos equipos. Pero podrá juzgarse la obra total considerando lo que han hecho los jóvenes estudiantes de la región de París.

El colegio Rollin y el colegio Chaptal han suministrado 700 agricultores voluntarios que han cultivado en patatas, frejoles y legumbres varias, cerca de 60,000 metros en la sección de los ribazos de St. Cloud.

140 alumnos del liceo Carnot han cultivado 20,000 metros en Bécon-les-Bruyéres. Los alumnos de Lakanal, en la región de Sceaux, Gentilly, Baurg-la-Reine, se han repartido 100,000 metros de terreno con los jóvenes del liceo Fénélón, de las escuelas Sévigné y Edgard-Quinet, pues en este asunto las colegialas han querido demostrar que eran tan útiles como los jóvenes.

Los alumnos de otros liceos de París, Louis-le-Grand, Saint-Louis, Charlemagne, Henri IV, de las escuelas superiores de la ciudad de París y de las escuelas comunales, han cultivado 3 hectáreas y media en

Un curso de jardinería

Antony, 50 hectáreas en Arcueil, 200 hectáreas en Bondy y Bobigny, más de diez hectáreas en Courneve, 57 hectáreas en Saint-Denin, el Parque del antiguo castillo de la princesa Matilde en Saint-Gratien, y otros terrenos importantes en Nanterre, en Saint-Maur, en Vanves, en Villejuif, etc., sin olvidar la isla de Puteaux que hemos mencionado anteriormente.

Sin duda, las cosechas se producirán en proporciones desiguales, pues todos los suelos no se parecen y hay algunos que valen más que otros. Pero, en fin, todas esas hectáreas cultivadas por esos jóvenes darán hortalizas y patatas en lugar de quedar eria-

Preparando patatas para las futuras plantaciones.

les. Se han cultivado de esta manera más o menos dos millones de hectáreas en toda Francia, y hay que suponer qué hermoso montón de hortalizas surtidas producirá la cosecha, que las amas de casa aprovecharán agradecidas de la ayuda de los colegiales de Francia.

El triunfo del colegial agricultor ha sido el cultivo de la patata. Nada tan agradable en momentos en que se iba haciendo escasa en todos los mercados de París, donde había alcanzado un precio de 80 centavos kilo. Las fuertes heladas de febrero perjudicaron grandemente las siembras ya efectuadas.

La escasez de los tubérculos amenazaba transformarse en desastre en la próxima temporada de otoño. Por otra parte, en abril es ya muy tarde para plantar patatas. Pero el colegial francés ha nacido emprendedor. Empeñóse en reparar los daños causados por el invierno y ha puesto en práctica una lección ingeniosa que M. Chanerin ha dado a los equipos escolares. Se trataba de aplicar el principio de la germinación previa a la plantación tardía de las patatas y compensar así las pérdidas del invierno.

Utilizando un solo trozo de patata que tenga dos o tres "ojos", tomado en una de las puntas del tubérculo, se obtienen los mismos resultados que plantando patatas enteras a condición de adelantar por medio de la germinación previa la salida del brote y de las raíces. El método es simple y sencillo. Para obtener buen resultado, hay que espolvorear la parte cortada, que forma herida, con polvo de carbón o cal apagada y exponer al sol los trozos así preparados y colocados al fondo de una caja cualquiera. Al cabo de unas cuantas semanas, cada trozo tendrá pequeños brotes de 2 ó 3 centímetros de largo.

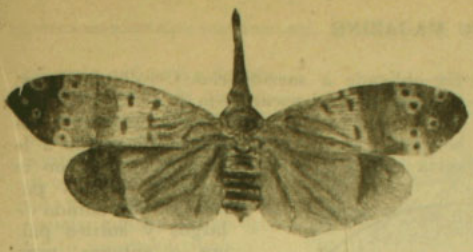
Entonces se puede plantar en la tierra. La germinación previa está hecha: se ha adelantado en varias semanas la germinación en la tierra.

Los colegiales no han desaprovechado la lección. Hasta fines de abril se les vió plantar, con gran estupefacción de los no iniciados, trozos de patatas con brotecitos verdes.

En otoño la sorpresa de los últimos será grande cuando vean que cada trozo de patata ha producido cuatro, cinco o seis tubérculos magníficos, aun cuando hayan sido plantados con dos meses de retraso, a lo menos. Centenares de miles de quintales de patatas que las heladas habían destruído serán así devueltos a Francia, gracias a la ingeniosidad del procedimiento.

Los colegiales tienen por tanto razón de estar orgullosos de sí mismos. Habrán coadyuvado a hacer menos difícil la vida del pueblo francés durante el próximo invierno.

Hasta para ellos mismos la obra que hayan realizado les será saludable, porque habrán cumplido con un hermoso deber social y habrán trabajado en bien de la colectividad. Además, ¿quién sabe cuántas vocaciones agrícolas saldrán de este primer contacto con la tierra? La clase rural ha sido la más afectada por esta guerra. Tal vez haya entre los muchachos que han arado los campos o trabajado en la era este año, alguno que haya sentido la atracción de la vida del campo y comprenda todo lo que en sí encierra de independencia y de dignidad. Eso será un beneficio para Francia, pues esos renunciarán al deseo de ser funcionarios, abogados, empleados, o a pretender un puesto en la industria. Se harán agricultores y llegarán a ser grandes cultivadores instruidos, esclarecidos y abiertos a las ideas de progreso y a los métodos de cultivo científico. Tendrán un gran papel en el momento del renacimiento agrícola de Francia y recordarán con orgullo que deben su situación independiente a la idea que tuvieron de trabajar la tierra durante la guerra, para que Francia no conociese las angustias del hambre!



Luciérnaga provista de trompa.

Gran luciérnaga del Brasil; notable por su curioso pico, de aplicación desconocida.

El mundo de los insectos

Por D. R.

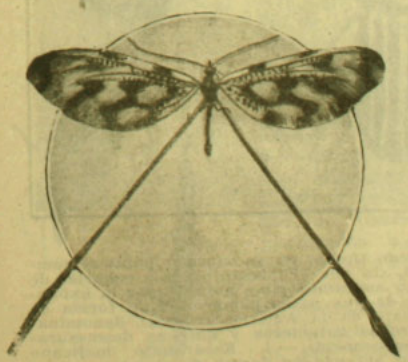
Con ilustraciones fotográficas

Tal vez sea cierto que no hay nada nuevo bajo el sol, pero el caso es que algunas cosas se pasan de raras. Por lo menos así lo cree el naturalista, especialmente el de la casta particular calificada de caza-grillos por el público irreverente. Porque madama Naturaleza es una señora de recursos infinitos y muy caprichosa.

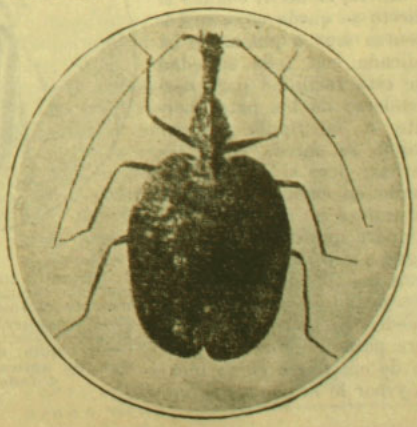
Hace Dios sabe cuántos millares de años se le antojó crear seres de seis patas o insectos, como le llamamos nosotros ahora, y no sabemos por qué razón inexplicable le agradó la idea.

Deducimos esto del número de especies nuevas de insectos que ha inventado desde entonces. Ignoramos cuál será el total general de sus existencias, pero los sabios que entienden de estas cosas dicen que hay lo menos un millón de insectos diferentes en la tierra. Todos los insectos de este vasto ejército están construídos con arreglo al mismo patrón general; es decir, todos tienen seis patas, ni una más ni una menos, y en sus líneas generales ofrecen gran similitud, pero, a pesar de esto, no hay entre el millón de clases dos que se parezcan entre sí. En muchos casos es muy fácil demostrar que las peculiaridades de una clase o especie dada de insecto le ayudan realmente a luchar por la vida.

Hay algunos, por ejemplo, que ofrecen gran parecido con las hojas entre las cuales descansan o comen, y gracias a esto pasan inadvertidos para sus enemigos. Otros



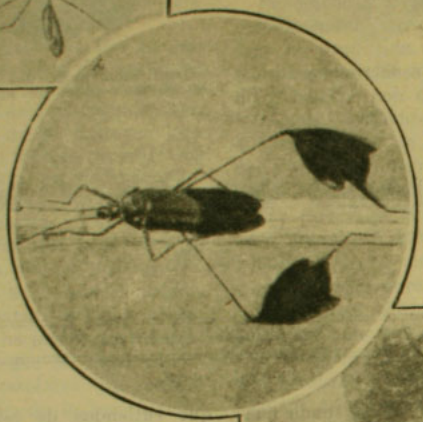
Nemóptera del Mediterráneo, dotada de alas posteriores a modo de remos, y cuyo empleo es desconocido.

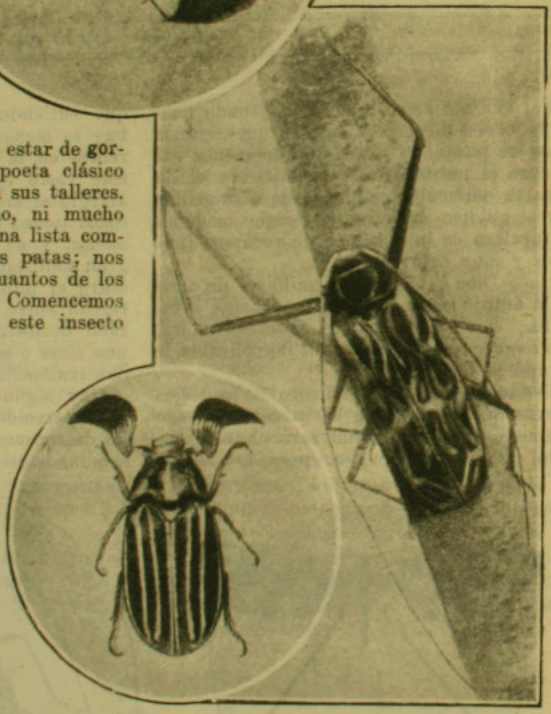


Escarabajo de Java, en forma de violín.

son aeroplanos vivientes, submarinos, faros o máquinas perforadoras, hallándose cada detalle de su estructura estrictamente subordinado a la misma idea Pero una vez dicho todo lo que puede decirse, todavía quedan muchos insectos incomprensibles que retan a la razón y se burlan del sentido común. La Naturaleza debía de estar de **gorja naturaleza**, como dice un poeta clásico español, cuando los fábricó en sus talleres.

No entra en nuestro ánimo, ni mucho menos, fatigar al lector con una lista completa de estas rarezas de seis patas; nos fijaremos solamente en unos cuantos de los ejemplos más extravagantes. Comencemos por la típula. Las patas de este insecto constituyen un enigma para los naturalistas, pues no sólo son absurdamente largas e incómodas, sino que se rompen con gran facilidad, y lo más curioso es que cuando esto ocurre, es decir, cuando el insecto se queda cojo, se encuentra muy a gusto. Se ha indicado con toda seriedad que esta facilidad para desprenderse de las patas permite a la típula escapar cuando se enreda entre las hierbas; pero si es así y teniendo en cuenta que en la Naturaleza no hay nada inútil ¿para qué dotar de patas largas a este bicho? Es evidente que la ausencia de la enfermedad hace superfluo el remedio. Si la típula no tuviera patas no correría peligro de enredarse en la hierba, y por lo mismo no se vería obligada a sacrificarlas. Otro bicho de patas largas es el escarabajo de la América tropical llamado "arlequín", que frecuenta los bosques y es extremadamente aficionado a la savia blanca y espesa del bagasero. Como la mayoría de sus parientes, está dotado de largos y sutiles palpos o antenas, pero sus patas anteriores, sumamente desarrolladas, son un rasgo más notable. Hay quien dice que tan exageradas apéndices sirven de ayuda al escarabajo cuando atraviesa las hojas de los árboles donde vive. Y si es





1. Mosquito llamado típula, cuyas enormes patas se rompen con facilidad, sin que el insecto parezca echarlas de menos.—2. Insecto sud-americano, notable por la expansión inexplicable de sus patas posteriores en forma de hoja.—3. Escarabajo de la América tropical, denominado Arlequín, de patas anteriores y antenas desmesuradas, sin aplicación conocida.—4. Escarabajo mejicano dotado de antenas en forma de abanico.

así ¿por qué no ha dotado la Naturaleza de auxiliares análogos a los innumerables insectos que viven también en los árboles y en el mismo país? ¿No sería muy justo? Pero la ciencia guarda sobre este punto un grave silencio.

La tercera rareza de nuestra lista es un insecto de la América del Sur; llama la atención por sus patas posteriores, y no por ser desproporcionadamente largas, sino por tener en lo que podríamos llamar las canillas una expansión a modo de hoja. Estas expansiones están adornadas con vistosos colores distintos de los del cuerpo y de las alas. Realmente el efecto es bastante cómico. Parece enteramente que el insecto se ha puesto unas banderas en celebración de algún festejo popular u oficial; pero nadie sabe para qué sirven esas banderas ni qué significado tienen.

Los cuernos, palpos o antenas los consideran los naturalistas como importantes órganos sensorios, que combinan las funciones de la mano, del dedo índice, de la nariz y quizás del oído. Esto puede admitirse sin inconveniente, aunque nos cueste trabajo aceptar la noción de oler y oir por medio de un par de cuernos; mas si los que lo entienden dicen que es así, admitámoslo aunque no sea más que por evitar discusiones. Pero hay antenas que no parecen justificadas por ningún género de explicación. Las del escarabajo entibador o madero, por ejemplo, son cuatro veces más largas que el cuerpo del insecto. Este hecho es común en Laponia, Suecia y en algunas partes de Escocia, y sin embargo no se sabe nada de sus costumbres, que indique una razón de su grotesco aspecto.

Escarabajo del Africa Oriental con un cuerno bifurcado, cuyo uso es un enigma para los naturalistas.

Mariposa india, dotada de alas posteriores anormalmente conformadas.

Brentos macho y hembra; ésta posee distinta conformación de cabeza que su compañero.

Tenemos también el escarabajo mejicano, cuyas antenas parecen dos grandes abanicos. Son pesadas y están completamente fuera de lugar, pero ello es que el bichejo las lleva así.

Todavía más notables y misteriosas son las luciérnagas tropicales, a las que les salen de la parte delantera de la cabeza unas enormes proyecciones huecas.

Antes se creía que estas púas, cuernos o como quiera llamárseles, eran luminosos y se decía que durante la noche despedían una brillante fosforescencia. En los libros antiguos de historia natural se leen detalladas descripciones de estas antorchas vivientes y de su deslumbradora refulgencia, y sin embargo parece que todo ello se fundaba en patrañas de viajeros, porque las modernas autoridades en la materia niegan que los fulgores sean luminosos, a pesar del nombre de luciérnagas porta-linternas que se les ha dado a ciertas especies.

Hay ciertamente muchos gusanos de luz que ofrecen un aspecto precioso brillando en los campos durante la noche, pero son parientes de los escarabajos y no tienen nada que ver con estos curiosos porta-linternas. Cuando se supo que los susodichos insectos no emitían luz, no faltó alma ingeniosa que indicó que el "pico" debía de usarlo como muelle de salto, añadiendo que el insecto oprime dicho pico contra la tie-

Mosca vampiro de la Nubia.

Mosca del Africa ecuatorial, con los órganos visuales en el extremo de los palpos o antenas.

Mosca de la India, con enormes mandíbulas curvadas, inaptas para la masticación.

rra o contra la rama de un árbol y salta que se las pela, pero todo esto es una patraña. ¡El problema de la luciérnaga porta-linterna está por resolver!

Raras entre lo raro son unas moscas que hay en el Asia y el Africa tropical, que tienen los ojos en los extremos de los cuernos o palpos. La disposición de los órganos visuales de estos insectos es algo parecida a la de los caracoles, que tienen los ojos en la punta de los cuernos, pero en el molusco son flexibles y contráctiles mientras que los de la mosca son perfectamente rígidos. En todos los demás respectos estas moscas son perfectamente normales, y es un profundo misterio el por qué las ha dotado la Naturaleza de tan estrafalarios órganos de visión.

Los grandes cuernos o tentáculos de muchos escarabajos machos, son igualmente misteriosos. En algunos casos, se sabe que estos apéndices sirven como armas de guerra o como órganos de aprehensión, por medio de los cuales pueden coger y llevar a seguro retiro a su semejante del bello sexo escarabajil; pero también pueden desconocerse muchos casos en los que la extravagante forma de los cuernos y su posición en la cabeza y en el tórax del insecto rechazan toda teoría de utilidad práctica. ¡Si la Naturaleza trataba de encontrar algo grotesco cuando produjo estos escarabajos, logró su propósito en no escasa medida!

Hay algunos insectos que son verdaderas burlas de seis patas. Parece enteramente que han venido del famoso País de las Maravillas, y no hay medio de tomarlos en serio. Uno de estos regocijados bichejos procede de Java, donde vive bajo la corteza de los árboles. Es perfectamente plano, de construcción semejante a un violín. Hay otros bichos conocidos por los naturalistas con el nombre de brentos, que no tienen par en cuanto a rareza de traza, porque poseen una cabeza estupendamente larga, tanto, que no hay otro animal que en proporción le supere en lo tocante a longitud de cabeza. Pero esta particularidad es exclusiva de los machos de la especie, pues las hembras tienen la cabeza perfectamente ortodoxa, digámoslo así. Y lo más gracioso de todo, es que no se sabe por qué tienen tan larga la cabeza. El Dr. Denis Shap, nos dice que "algunas de las especies luchan pero no hieren a su enemigo, limitándose sólo a asustarlo para que huya."

En el Norte de la India y en las regiones cálidas del contienente americano, hay algunos parientes gigantescos de la mosca del abedul. Los machos tienen enormes mandíbulas curvadas que sobresalen de la cabeza como cuernos, y sin embargo estos formidables insectos son completamente inofensivos, pues jamás se les ha visto usar sus armas. No puede decirse lo mismo de las moscas de Serut, que hacen inhabitables durante tres meses del año algunas regiones de Nubia. En este caso son las hembras las que están dotadas de armas excepcionales. Cada una está provista de una larga y penetrante trompa, que sobresale del frente de la cabeza. El insecto usa el terrible instr-

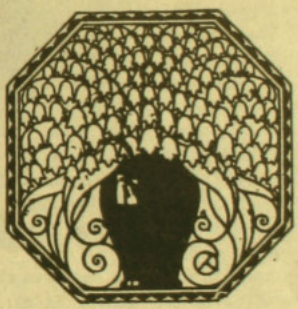
Brento macho, curioso por la forma tubular de su cabeza.

Luciérnaga de la India.

mento para perforar la piel de sus víctimas y chuparles la sangre.

Por vía de final, llamaremos la atención del lector sobre ciertas rarezas de seis patas con colas, aunque es preciso hacer constar que las llamadas colas son alas en realidad; alas muy largas y estrechas, probablemente de poca o ninguna utilidad para el vuelo. Un insecto de este género es el que los naturalistas llaman **Nemóptera**, y que frecuenta las costas del Mediterráneo.

Créese que estas alas posteriores semejantes a colas sirven de salvavidas; cuando el insecto cruza los aires y se ve perseguido por un ave, al darle alcance ésta, lo primero que pica es una de las colas, la cual se rompe y el insecto sigue su vuelo aprovechando la ventaja que le concede la sorpresa del ave ante el chasco que se lleva. Hay otros muchos insectos, incluso no pocas mariposas, que disponen de igual medio de defensa para burlar a sus enemigos.



Casa incendiada por los alemanes en su retirada.

Elevación por Amado Nervo

Por H. D. A.

Después de una carrera llena de accidentes, en que ha sufrido todas las influencias de su época y cerca ya de los 50 años de edad, Amado Nervo llega con su último libro a una cumbre donde su personalidad literaria y religiosa se destaca firme a inconfundible a la luz.

no satisfará ciertamente a los que estiman por sobre todo la abundancia de la produc-

Elevación es un volumen muy breve, que ción, pero que habrá de complacer a los que conocen la dificultad de limitarse y comprenden el antiguo deber de ser concisos, más obligatorio y más sabio a medida que el tiempo pasa.

De su forma poco nos atreveríamos a decir; el autor nos advierte al final de su obra que "ha sido hecha sin procedimiento, sin técnica, sin literatura, con el solo fin de elevar el espíritu" y por otra parte sus cualidades de armonía, pureza, trasparencia y proporción lo acercan demasiado al eterno ideal clásico para que haya necesidad de elogiarlo minuciosamente. Alcanza casi la perfección.

Sus mayores novedades y lo más digno de meditarse en él se encuentra en el fondo, en su tendencia mística a elevar el pensamiento y el sentimiento hacia Dios; muertos sus anhelos terrenales, caducas sus esperanzas, humillado y resignado su corazón, sólo quedan en el alma del poeta el amor y la sed de lo infinito, levantándose en una columna incesante como el humo de un sacrificio.

Más que un libro de poesía, parece un breviario, una Imitación de Cristo desligada de toda materialidad y que se reviste de los símbolos más puros, de esos que ninguna religión puede reclamar ni rechazar exclusivamente, porque pertenecen a todas.

No encontraremos aquí las desoladas interrogaciones de Job ni las respuestas sombrías del Eclesiastés. El poeta se dirigido las primeras, ha creído escuchar del destino las segundas y después ha callado y se ha resignado, encontrando inmediatamente en la renunciación el secreto de la eterna alegría.

Porque aun cuando fruto de una vida dolorosa, Elevación es un libro profunda, luminosa, comunicativamente alegre, y a pesar de que se apoya en la nada de las cosas humanas, cree, ama, espera e incita a creer, amar y esperar.

Algunos querrían encontrar el secreto de esta divina contradicción en los dogmas de la metafísica teosófica, que dicen profesa el autor desde hace años; pero sin saber hasta qué punto comulga Nervo con las espléndidas imaginaciones del más viejo y maravilloso de esos "poemas en las cuales se cree", podemos afirmar que así como su inspiración vuela demasiado alto para que puedan cogerlo las limitaciones de las escuelas literarias, las fuentes de su consuelo y de su energía están al mismo tiempo demasiado lejos y demasiado cerca para que cualquier religión pueda encerrarlas en su círculo.

Y si se nos objeta que la teosofía no pone lazo alguno a su sistema, entonces podremos prescindir de ella y seguir analizando como si no existiera, seguros de encontrarnos siempre en su seno. Nadie se sale ni nadie entra en lo infinito ni en lo desconocido.

En realidad, el fenómeno de la paz conseguida por lo que debería matarla, es decir, por la sofocación de todo deseo imposible, no parece tan extraordinario y entra muy bien dentro de las analogías generales cuando se le examina atentamente.

"Ningún encantamiento como el de los desencantados" escribía Renán. y la experiencia diaria nos desmuestra qué serenidad se produce y cómo se nos entreabre el cielo cuando logramos, por fin, desarraigar en nosotros la aspiración tenaz e irrealizable. Es como si hubiéramos roto una cadena de esclavitud y casi sin transición; el objeto de nuestro deseo parece que perdiera algo de su sortilegio y cambiara en sí... ¿De dónde

viene esto? Simplemente de que las cosas no existen sino en cuanto nosotros les damos existencia, de que sin nuestra creencia no hay verdades como sin nuestro amor no hay santidad.

En seguida, una reflexión elemental nos demuestra que lo que hace la moralidad o conveniencia de los actos es su cooperación a la vida, porque la única ley innegable es que el sér tiende no sólo a existir sino a conservar su existencia, a aumentarla, desarrollarla y multiplicarla, con tanto mayor energía mientras más adelante se halla en la escala de la evolución. Ahora bien, para avanzar, necesitamos un aguijón que nos empuje, un imán que nos atraiga. En el cuerpo, ese aguijón es el hambre y la sed, que cada día debemos satisfacer nuevamente; en el espíritu es lo desconocido, lo inexplicable, el velo de nuestro destino que se va retirando lentamente delante de nosotros... Llegar a él, rasgarlo, ver lo que oculta y oir por fin "el murmullo de los dioses" significaría alcanzar el reposo, la paralización de nuestro movimiento, es decir, la muerte.

Elevación canta la alegría de renunciar a todo y cada una de sus estrofas respira el placer del que ha encontrado su sitio y marcha por un camino seguro. La soledad, el silencio, el dolor, el amor, todos los más grandes como los más pequeños accidentes le confirman su fé y le infunden confianza; nada hay inexplicable una vez que se acepta el fin y se espera.

Somos los pasajeros de un gran barco cuyo rumbo no podemos conocer ni dirigir, porque no lo hemos construído ni lanzado al océano; pero hay, debe de haber más arriba de las estrellas, un piloto que lo guía con mano certera; él sabe, él obra, él responde; preocupémonos solamente nosotros de armonizar nuestra existencia dentro del navío y si alguna vez nos oprime la incertidumbre de la navegación y nos angustia el espectáculo de nuestros hermanos que se sumergen para siempre en el agua profunda, pensemos en que no es posible que hayamos sido creados para el mal, que desde arriba alguna vez todo se explicará y oigamos entretanto las voces de estos iluminados que se llaman poetas cuando nos afirman sentir ráfagas de perfume, que vagan por el océano y que parecen venir del infinito.

DEL LIBRO "ELEVACION"

Por Amado Nervo

El dón.

Oh vida ¿me reservas por ventura algún dón?
(Atardece. En la torre suena ya la oración.)
oh, vida, ¡dime cuál será ese dón postrero!
Plañe en las ramas secas el viento lastimero;
se desangra el crepúsculo en un vivo reguero;
oh vida, ¡dime cuál será ese dón postrero!
¿Será un amor muy grande tu regalo mejor?
(Unos ojos azules, unos labios en flor!)
Oh! qué dicha, qué dicha si fuese un grande amor!
O será una gran paz: esa que necesita
mi pobre alma tras tanto peregrinar con cuita...?
Sí! tal vez una paz... una paz infinita!
...¿O más bien el enigma del que camino en pos
se aclarará, encendiéndose como una estrella en los
hondos cielos, y entonces, por fin ¿hallaré a Dios?
Oh! vida que devanas aún esta porción
de mis días obscuros... Suena ya la oración;
cae la tarde... ¡Apresúrate a traerme tu dón!

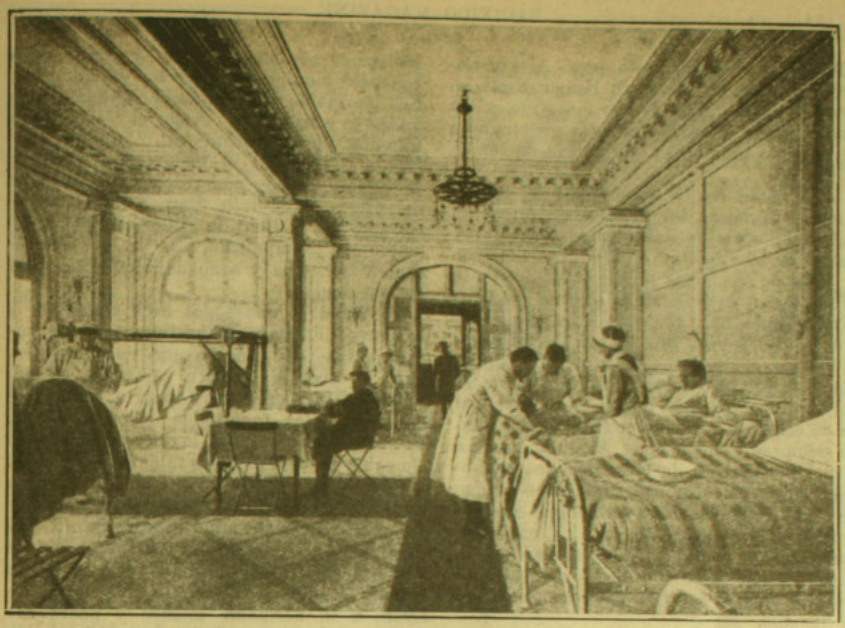
Si una espina me hiere.

Si una espina me hiere me aparto de la espina,
pero no la aborrezco...
Cuando la mezquindad
envidiosa en mí clava los dardos de su inquina,
esquívase en silencio mi planta y se encamina
hacia más puro ambiente de amor y caridad.
¡Rencores!... ¿De qué sirven? ¿Qué logran los rencores?
Ni restañan heridas, ni corrigen el mal.
Mi rosal tiene apenas tiempo para dar flores
y no prodiga savias en pinchos punzadores.
Si pasa mi enemigo cerca de mi rosal,
se llevará las rosas de más sutil esencia
y si notare en ellas algún rojo vivaz,
será el de aquella sangre que su malevolencia
de ayer, vertió al herirme con encono y violencia
y que el rosal devuelve trocada en flor de paz!

Oh, Santa Pobreza

dulce compañía,
timbre de nobleza
cuna de hidalguía;
ven, entra en mi pieza,
tiempo ha no te veía!
Pero te aguardaba
y austero pasaba
la existencia mía.
Oh! santa pobreza,
crisol de amistades,
orto de verdades,
venero de alteza,
y aguijón de vida;
ven, entra en mi pieza,
seas bienvenida.
Callado, sereno,
me hallarás y lleno
del alto ideal,
que en los rubios días
de mis lozanías
y ahora en mi ocaso
aviva mi paso
por el erial.
Oh, santa pobreza,
dulce compañía,
ven, entra en mi pieza,
tiempo ha no te veía!

Un centinela en el frente belga.



El Dr. Bernoud y el Dr. Wolmant en una s la de la ambulancia Carrel, atendiendo a los heridos.

Los descubrimientos de un gran médico

Por G. A.

La publicación reciente de la conferencia sobre la historia de la medicina del Dr. Sierra, pone muy de actualidad el siguiente estudio sobre el grande cirujano francés, Dr. Carrel.

Con ilustraciones fotográficas

En una de las compañías sanitarias de Compiegne (Ooise), ejerce sus funciones a orillas del bosque, desde principios de 1915 el célebre cirujano Alexis Carrel.

La prensa de todos los países ha ido ocupándose de sus notables trabajos. En Francia, gracias a las brillantes publicaciones del profesor Pozzi y de los doctores Francisco Helme, Tuffier y Alfredo Martinet, etc., es conocido desde hace algunos años el nombre y los descubrimientos de Alexis Carrel—y hoy más que nunca.—Sin estas oportunas vulgarizaciones cubriría aún un velo de ignorancia, hijo de la más culpable de las negligencias, la fama de este gran sabio de ciencia maravillosa.

Poco ha faltado para que Alexis Carrel, laureado con el premio Nobel en 1912, no fuese una lumbrera ignorada en Francia, su propia patria.

Antes de dar a conocer los incidentes de su vida entre nosotros desde el 2 de agosto de 1914, diremos algo de los detalles ignorados de su adolescencia y su edad madura para que lo sepan todos aquellos que llevan en sí la santa llama del predominio francés en materia de ciencias...

Alexis Carrel nació en Lyon el 28 de junio de 1873. Su madre, viuda muy joven, confió su educación a los Jesuitas del Rhone, que dirigían el externado de San José. De natural meditativo, inclinado de suyo al

silencio y al aislamiento pasó Alexis Carrel de clase en clase sin llamar hacia su persona la atención de sus maestros, y sin que ninguno de ellos llegase a presumir en él al genio asombroso que habría de ser en el futuro.

A la edad de 17 años rindió en condiciones ordinarias las pruebas de exámenes del bachillerato en letras y ciencias. Matriculóse en la Facultad de Medicina de Lyon y después de unas oposiciones bastante afortunadas se le nombró interno del hospital. Como sus aficiones eran decididas por la vivisección, pronto fué Carrel entre todos sus compañeros de curso, el primer disector. En 1900 sostuvo acerca del cáncer del tyroides una tesis que él mismo calificaba de estúpida y que no era otra cosa, usando siempre de sus mismos términos, que una torpe recopilación de observaciones mediocres, de documentos mal estudiados en que de todo había menos verdadero espíritu científico. Por aquel entonces ya Carrel sentíase acosado por invencibles anhelos de investigaciones más científicas y metódicas sobre la anatomía y las funciones del cuerpo humano.

En 1901, admitido en los trabajos de laboratorio del profesor de terapéutica del curso, M. Soulier, descubrió Carrel, en sus ensayos experimentales con perros, la sutura de los vasos sanguíneos, considerada hasta entonces como imposible, y que él realizó sin coagulación de sangre. Su gran compañero de trabajo, M. Morel, hoy día profesor de química en Lyon, tuvo alguna participación en este descubrimiento, y constituye una de las mayores satisfacciones de Carrel, cuando se le ruega relatar sus recuerdos de juventud, evocar la memoria y el nombre de su viejo amigo.

Pero esta satisfacción se trueca pronto en tristeza, y con razón. Desde 1901 están los alemanes utilizando este descubrimiento, que ha sido enseñado y vulgarizado en todos los establecimientos médicos. Los alemanes, que en el transcurso de esta espantosa guerra lo aprovechan de manera corriente en las heridas de los vasos sanguíneos, mientras que los franceses...

Un candidato independiente

Preocupado Carrel de sus investigaciones científicas, tuvo naturalmente que descuidar su clientela. Para cumplir con la tradición, que lo mismo en medicina que en las demás Facultades, no da patente de espíritu superior al que no se ha ajustado a determinadas fórmulas, ha rendido exámenes y ha ido paso a paso subiendo por el difícil sendero de la ciencia, se presentó Carrel a oposiciones de cirujano del hospital de Lyon. Fué rechazado por unanimidad. El jurado no le concedió siquiera el derecho de admisión. Sus teorías no eran teorías aceptadas, enseñadas y consagradas desde el sillón de la Cátedra. Para conseguir esto, hubiera necesitado Carrel por lo menos dos cosas, la protección de los poderosos y la vocación del eterno candidato. Pero Carrel llevaba consigo una especie de independencia indomable que le impulsaba a la vez a rebelarse contra la rutina y a no dejarse vencer por los obstáculos.

Ya sabía él que todos esos exámenes y concursos exigían irremisiblemente de sus candidatos todo un fárrago enciclopédico, entre el cual el espíritu científico, el método científico eran letra muerta. Imposible desarrollar las facultades o los instintos. No había diploma para los descubrimientos. No cabía sanción para los talentos originales.

Carrel, convencido de que su porvenir no estaba allí, y de que fuera tenía algo mejor que hacer, determinó romper de un solo tajo todos los estorbos, y tras de consultar a su familia, a su hermana casada en la actualidad con un fabricante de sederías de Lyon, a su hermano, músico y poeta exquisito, cuya cualidad encantadora no está en él reñida con el buen sentido y la profundidad de juicio, reuniendo una pequeña suma y después de abrazar cariñosamente a su madre adorada, Alexis Carrel partió con rumbo a América en mayo de 1914.

A nadie conocía allí. Ninguna carta llevaba de presentación. En las revistas y publicaciones médicas que recibía de Inglaterra había leído que era muy notable el progreso alcanzado por el Canadá y los cirujanos de los hospitales cadanienses.

Carrel desembarcó en Quebec y de allí se dirigió a Montreal. Uno de los primeros ilustres maestros en cuya presencia le puso el destino fué M. de Martigny, cuya ciencia quirúrgica no han sido pocos los servicios que ha prestado a los aliados.

Desde las primeras conversaciones comprendió M. de Martigny que se hallaba delante de un cerebro privilegiado y original.

Facilitó a Carrel la visita a los mejores centros médicos del Canadá. Aconsejóle completase su educación y su instrucción con una estadía en los Estado Unidos, sobre todo en Chicago. Carrel, siguiendo fielmente el programa trazado, estuvo algún tiempo en Vancouver, después en California y a fines de primavera, el año 1905, llegó a Chicago.

Cuál no sería su asombro cuando, admitido en el laboratorio y presentado a los grandes maestros americanos de la cirugía, los profesores Clarence Webster, Nicholas Senn y Karl Beck, vió que distaba mucho de ser un desconocido y que sus descubrimientos de

1901 en Lyon acerca de la sutura de los vasos sanguíneos habían llamado ya la atención de ellos! En Chicago rogaron al punto a Carrel que prosiguiese sus investigaciones científicas. En Agosto de 1905 no se ocupó ya de la sutura de los vasos sanguíneos sino de su transplantación. Poco tiempo después, en 1906, designábale el Instituto Rockfeller miembro de su corporación y le ponía al frente de la sección de cirugía experimental.

El profesor Pozzi descubre a Carrel en América.

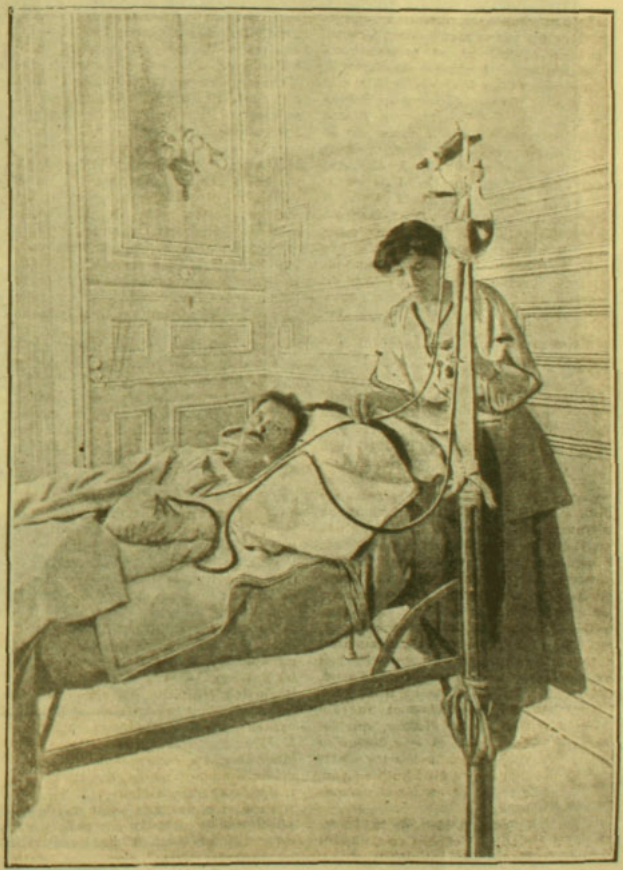
Durante este tiempo ignorábase siempre en Francia hasta el nombre del primer descubrimiento de uno de sus más gloriosos hijos. Sólo por casualidad el profesor Pozzi descubrió en 1908-1909, en uno de sus viajes por América, a Carrel en el célebre instituto de Nueva York. De regreso a París, hizo el profesor Pozzi sobre los trabajos del joven sabio francés una importante comunicación a la Academia de Medicina y habló de ellos en algunos diarios y sobre todo en "Le Temps" y "Le Matin". Su amigo y colega el Dr. François Helme, publicó algunos artículos en "La Presse Medicale" y en todas las revistas y diarios en que tan apreciada es su colaboración. Expuso el alcance de los descubrimientos de Carrel, multiplicó las informaciones inéditas, en una palabra, tanto y tanto trabajó en unión y de acuerdo con el profesor Pozzi y el Dr. Tuffier que se disiparon las sombras, y cuando en 1912 recompensó el premio Nobel los esfuerzos científicos del antiguo estudiante de Lyon, el nombre de Carrel había ya conquistado en Francia no poca celebridad.

En 1913 casó con Mme. de la Mairie, antes Srta. de La Motte. Los esposos Carrel fijaron su residencia en Nueva York, donde la flor y nata de la sociedad yanquee les solicitaba, hasta que el 2 de agosto de 1914 estalló la guerra.

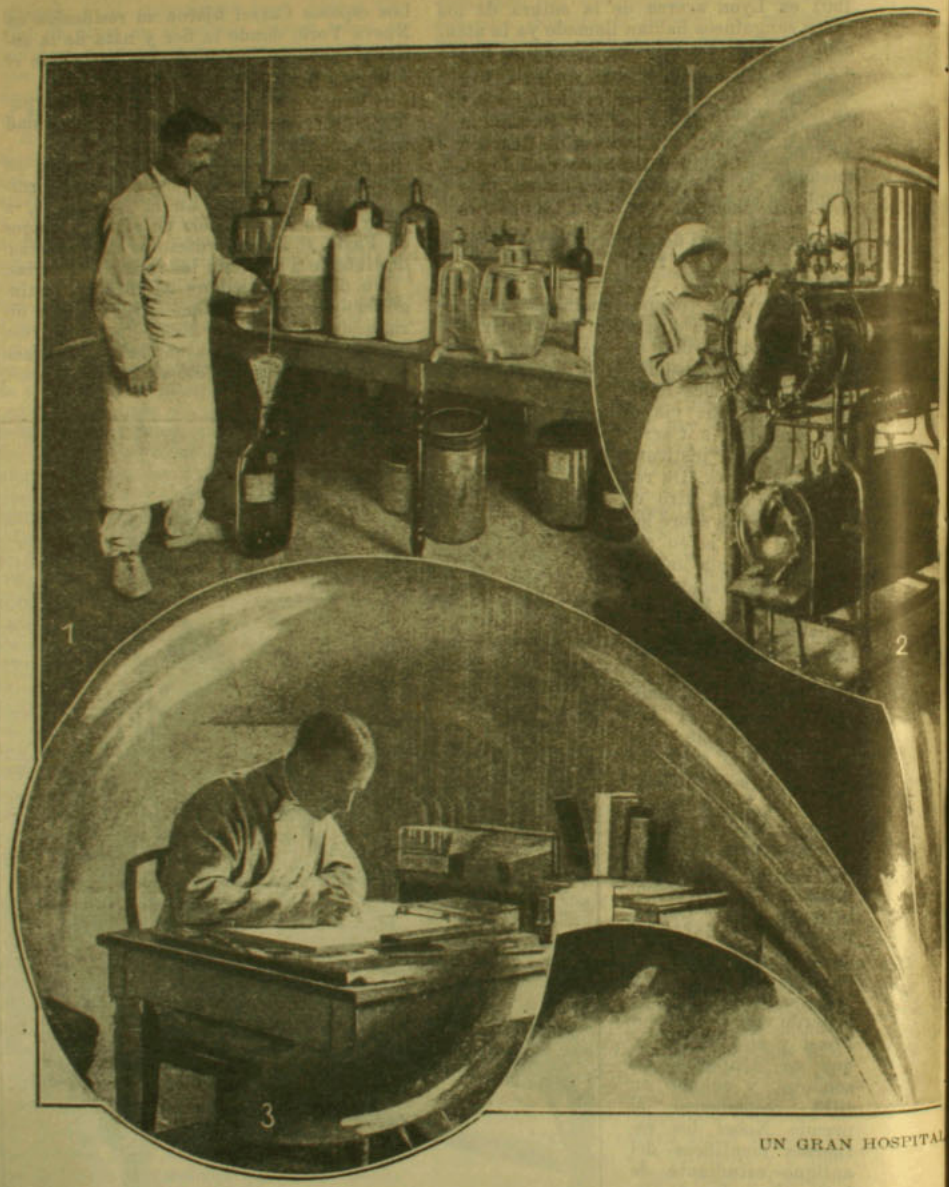
Desde el principio de las hostilidades, púsose Carrel a disposición de la autoridad militar francesa.

El reclutamiento le envió a Lyon, su ciudad natal, como ayudante mayor (grado de sub-teniente.) En el Hotel-Dieu, a pesar de la intervención de algunos amigos de París y varios profesores de medicina, destinósele a Carrel a las tareas ordinarias.

Un día de noviembre de 1914 un distinguido americano, M. James Hyde, que se dirigía desde París al Mediodía, encontróse con Carrel por una casualidad. Asombrado de verle tan desconocido en su propio país,



Mme. Alexis Carrel, la eficaz colaboradora de su esposo, desinfectando una herida por el procedimiento de Dakin, con el hipoclorito de soda.



UN GRAN HOSPITAL EN ACCION

Esta fotografía dará una idea de lo que es un hospital de sangre en el frente, del que ni el público ni los heridos tienen idea exacta. 1. Un enfermero transvasando el líquido de Dakin.—2. Una enfermera ocupada en la desinfección y esterilización.—3. Uno de los mejores colaboradores de Carrel, M. Lecomte du Nouy que ha demostrado que la cicatrización de las heridas obedece a una ley algebraica.—4. Una nurse americana.—5. El Dr. Daufresne en su laboratorio químico.—6. El médico mayor Vincent, de las tropas coloniales, en sus estudios microbiológicos.

M. James Hyde interrumpió su viaje, dejó a un lado las maletas y el paseo, consiguió del general Meunier, gobernador de Lyon, un permiso para Carrel, condujo a este a Bordeaux, donde se hallaba refugiado el gobierno de la Defensa Nacional, y se lo presentó a M. Millerand. El Ministro de la guerra comisionó en campaña al joven sabio francés para que se dedicase a las investigaciones científicas para el tratamiento de los heridos.

Ya el Instituto Rockfeller había puesto a disposición de su representante una suma inicial de 25.000 francos para la compra del material quirúrgico necesario. El Ministerio francés y el Instituto americano iban a hacer unidos en adelante una obra provechosa.

Tras una breve permanencia en los servicios parisienses del Dr. Tuffier en el hospital Beaujon, organizóse la ambulancia Carrel tan cerca del frente como fué posible. Gracias a las gestiones de M. Henry James, hijo del filósofo Millian James y administrador general del Instituto Rockfeller, instaláronse laboratorios de investigaciones; todos los gastos fueron exclusivamente costeados por Nueva York.

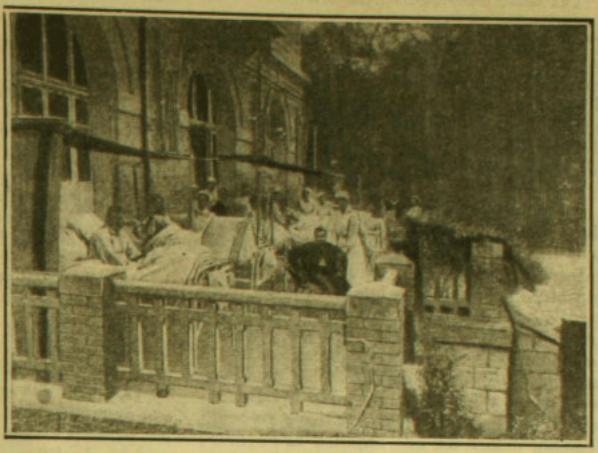
Fundóse un hospital militar de 83 camas. El laboratorio de química quedó bajo la dirección de M. Henry D. Dakin, que efectuó allí los trabajos sobre que descansa el método de esterilización de las heridas. M. Dakin fué ayudado en la parte biológica de sus experiencias por M. Daufresne y M. Carrel. M. Daufresne prosiguió en este mismo laboratorio las investigaciones químicas. El médico mayor Vincent, de las tropas coloniales, se encargó del laboratorio de bacteriología. Los trabajos materiales y físicos efectuáronlos M. Lecomte du Nouy y Jaubert de Beaujeu. Los experimentos fisiológicos y quirúrgicos se hicieron con la cooperación de miss Léby, y los trabajos fotográficos por M. Pierre Magrien y Bailleurgean. El tratamiento de heridos fué confiado sucesivamente a M. Dumas y al médico mayor Bernoud, de las tropas coloniales, y después a los señores Woimant, Audiganne y Guillot, el primero y el último encargados de las investigaciones quirúrgicas. Las investigaciones químicas sobre la cicatrización de las heridas fueron hechas por Mlle. Hartmann y por Mme. Carrel. El laboratorio de radiología quedó a cargo de M. Jaubert de Beaujeu. El funcionamiento del hospital y los laboratorios estuvo asegurado sucesivamente por los oficiales de administración Bieser y Boy. La asistencia de los heridos confióse a las enfermeras de la escuela de la Source, bajo la dirección de Mme. Carrel, Mlle. Weilenmann y Mlle. Junod y a las nurses americanas de la "Post-Unit". La administración militar del hospital quedó bajo la dirección del médico mayor Bernard, de las tropas coloniales.

Tan maravillosamente se dispuso todo que en los momentos actuales los gastos diarios de hospitalización de un herido, no son apenas más costosos que los de un hospital militar cualquiera. En el asunto de las curaciones hay infinidad de gastos, sin contar los instrumentos de laboratorio, de operaciones, de investigaciones, que es preciso tener en abundancia y de los últimos modelos. La batalla quirúrgica no difiere de las otras: primero el material y antes que todo la superioridad del material. Desde un principio difundióse el espíritu científico en la fundación Carrel conforme a los principios de la más alta humanidad y los axiomas de la vida industrial americana. Un sér humano, ya formado un hombre por su edad y bien constituído para ser un soldado, tiene más valor que todo cuanto existe. Para una locomotora se necesitan tres meses; ocho meses para un acorazado de 50 millones; para tener y reemplazar a un hombre se necesitan veinte años. En el combate recibe el hombre heridas mortales, que hacen inútil toda intervención científica, y heridas curables. Una herida curable, conviértese frecuentemente en mortal por la infección. Antes de poner en práctica el procedimiento de Carrel, (pues mientras en Francia se discute aún, los Estados Unidos, más prácticos, lo han anotado, adoptado y practicado), el trust del acero en Bethleem presenciaba en sus heridas anuales numerosos casos de infección que agravaban la herida, traían consigo la incapacidad y muchas veces la muerte. Ahora, si hemos de dar crédito a uno de los cirujanos jefes de la Steel Corporation, que últimamente estuvo en París, el Dr. W. O'Neill Sherman, apenas si se da un caso de estos. Para la desinfección de las heridas utiliza Carrel la poco costosa solución de hipoclorito de soda de Dakin, quien permaneció durante seis meses en el frente francés. El líquido del inglés Dakin ha salvado miles y miles de heridos. A esto agregó Carrel la cotidiana observación al microscopio y el escrupuloso examen de los microbios de cada herida en cada herido. La irrigación continua y metódica, al principio por la solución de Dakin a una concentración determinada, hoy por un procedimiento derivado, que conserva las mismas propiedades y simplifica el método, ha dado los más espléndidos resultados.

El método se aplicó: 1.o En las heridas frescas con o sin fractura, o en las aberturas articulares que tuviesen más de 24 horas; 2.o En las heridas antiguas, con o sin fractura, en plena supuración, que datasen de cuatro a treinta días y hasta más.

En el primer caso, unos 550 heridos, con cerca de 920 lesiones y más de cien fracturas fueron tratados con todo éxito por este procedimiento. Los heridos fueron operados en la misma ambulancia, sometidos a la irrigación y tratados de una manera corriente; sus heridas musculares cerraron de los seis a los doce días; las fracturas abiertas de los brazos, de los doce a los catorce; las de los muslos y las piernas, de los quince a los veinte. En el segundo caso (lesiones antiguas) los heridos habían sido operados fuera de la ambulancia Carrel. Carrel se había empeñado en hacer estos experimentos, porque precisamente no faltaba quien le objetase que sólo trataba heridos recientes y escogidos, y por eso quería tratar heridos en plena infección, para que la objeción cayese por su base. Los resultados obtenidos en este caso fueron análogos a los del anterior. El único inconveniente era que los heridos no operados por los cirujanos de la ambulancia tenían que sufrir a veces nueva intervención y como la herida se hallaba en plena infección se hacía difícil y delicado diagnosticar el momento preciso en que podía volverse a operar sin grave riesgo.

Pero aún así la ambulancia Carrel evitó serios accidentes, no pocas veces mortales. Se hicieron curas maravillosas; una gangrena gaseosa, que había invadido toda la región lumbar y todo el muslo izquierdo con un estado general lastimoso, temperatura de 40 grados y 6 décimos, 130 pulsaciones por minuto y faz terrosa por completo, fué tratada en la ambulancia; a los cuatro días todas las regiones gangrenadas habían eliminado sus tejidos contaminados, el estado general del herido había mejorado; al comenzar el segundo mes, se inició el acercamiento de los enormes labios de la herida y cuarenta y cinco días más tarde la unión de las carnes, ya casi completa, garantizaba definitivamente el futuro estado del herido.



Heridos y convalecientes tom ndo el aire en la terraza del hospital de Carrel.

Pero de nada sirve explicar como espectador lo que el mismo Carrel, en páginas emocionantes, expone como autor de su propio drama a la opinión pública. Deseoso de recopilar sus propias observaciones en el curso de esta guerra, el eminente cirujano ha escrito en Compiégne, en colaboración con el Dr. Dehelly, una obra que dará a luz en breve la casa editorial parisién de Masson y que tendrá por título: "El tratamiento de las heridas infectadas." De estas hermosas páginas, sacamos hoy para los lectores de "Pacífico Magazine" los capítulos siguientes:

El Dr. Carrel habla y obra

Es sabido que casi todas las lesiones producidas por obuses, torpedos y granadas son sépticas y que los métodos empleados empleados hasta ahora en el tratamiento de estas heridas son por lo general impotente para detener la marcha de la infección. Para convencerse de esto, basta estar presente a la llegada a cualquier hospital del territorio, de un convoy de heridos, operados en las ambulancias u hospitales del frente. Compréndese entonces todo el peligro de las paradojas sostenidas por los cirujanos, que objetan aún la generalidad de la infección. Es sabido también que la septicidad de las heridas ocasiona no pocos desastres. Durante las primeras horas de los primeros días, el herido está expuesto a la infección gaseosa. A continuación se desarrollan las diversas infecciones, que bien sea en los centros de fractura, bien en las articulaciones abiertas, o ya en los grandes destrozos de las partes blandas, producen a

veces lesiones que acarrean la amputación o la muerte. En el hospital de la Casa Blanca, M. Tuffier, después de haber examinado un gran número de amputados, halló que en un 70% de los casos, habíase hecho indispensable la operación por la infección, y no por la extensión de las lesiones anatómicas.

"Cuando el herido ha tenido la fortuna de ser operado cerca del campo de batalla por un hábil cirujano, y ha escapado de las infecciones graves del primer momento, se establece la supuración que dura largo tiempo. Esta se convierte a veces en un peligro para la vida o para el miembro atacado, produciendo casi siempre adherencias entre los músculos, las aponeurosis, los tendones, los nervios y los vasos. Después de curar, el herido conserva graves cicatrices, frecuentemente dolorosas, que impiden al miembro volver a sus funciones normales. Los tendones quedan enclavados en una especie de ganga fibrosa. Las extremidades de los nervios, bañados durante semanas por el pus, se esclerosan. En los huesos infectados se origina la osteomyelita. Durante meses enteros, y años a veces, continúa el miembro supurando. Las articulaciones se ankylosan, atrófianse los músculos y el herido queda convertido en un ser inútil como soldado, incapaz de todo trabajo."

"La supresión de la infección de las heridas evitaría un número considerable de muertos y de inválidos, y acarrearía la curación rápida de la mayor parte de los heridos cuyas lesiones anatómicas son compatibles con la vida. Este progreso nos permitiría realizar enormes economías en hombres y en dinero.

Parece sin embargo que ninguna investigación sistemática se ha hecho con objeto de descubrir los métodos necesarios para esta mejora en el tratamiento de los heridos. Bien es verdad que se han hecho algunas tentativas aisladas por algunos particulares, no pocas veces con medios de fortuna. Experimentadores improvisados aventuráronse solos en investigaciones en que los esfuerzos mancomunados de químicos, bacteriólogos y patólogos avezados en la técnica científica, habrían sido poco todavía. Las comunicaciones de las sociedades científicas viéronse entorpecidas por infinidad de experiencias y observaciones hechas de modo incompleto y con técnicos insuficientes. No se obtuvo con esto ningún resultado real. A pesar de los trabajos académicos de los cirujanos, las heridas siguen supurando hoy lo mismo que antes.

"No hay quién ignore, sin embargo, que en determinadas condiciones las heridas infectadas pueden esterilizarse. Sabíase positivamente que Lister con ayuda del ácido carbónico, había conseguido desinfectar fracturas complicadas de la pierna en un tiempo en que estas lesiones eran graves. No obstante, los cirujanos modernos no tuvieron en cuenta tales hechos y no sólo abandonaron el camino explorado por Lister, sino que hasta impugnan hoy día la posibilidad de aplicar a los heridos de guerra los principios de la antisepsia.

Las ideas de Lister

El abandono de las ideas de Lister se originó no por la insuficiencia del método, sino por la negligencia con que aquellas fueron llevadas a la práctica. En las investigaciones clínicas, se hizo caso omiso de los principios fundamentales de la investigación científica. Jamás se explicó el método convenientemente. No se procuró avaluar con exactitud, en las heridas estudiadas, la relación existente entre el número de microbios, su naturaleza y la rapidez de la cicatrización. Todo cuerpo que **in vitro** tenía la propiedad de destruir los microbios considerósele como antiséptico y empleósele en el tratamiento de las heridas, siguiendo cada cual sus propias ideas. Hízose uso de sustancias que coagulaban las materias protéicas, que perdían su poder bactericida en presencia del sérum, o que eran nocivas para los tejidos. No se trató de averiguar con qué concentración debía emplearse una sustancia bactericida en la superficie de una lesión, y de qué modo podía conservarse indemne el poder de esta concentración. No se determinó la duración que esta sustancia debía de tener en la superficie de la herida, a una concentración dada. Descuidóse estudiar de una manera precisa las modificaciones cuantitativas producidas por el agente antiséptico sobre la flora microbiana, modificaciones que no pueden conocerse a fondo sin un exámen bacteriológico continuado. Desconocióse también la acción del antiséptico sobre la reparación de los tejidos, a pesar de la importancia que tiene el averiguar en qué medida estorban la marcha de la cicatrización las sustancias empleadas.

"Sin embargo, achacáronse al procedimiento de Lister las insuficiencias de la técnica, y los cirujanos consideraron como un dogma que la antisepsia no tenía ninguna eficacia positiva.

En un memorándum sobre el tratamiento de los heridos de guerra ,Burghard, Leishmann, Moynihan y Wright escribían en abril de 1915 que "el tratamiento de las le-

siones supurantes por medio de antisépticos es ilusorio, y que la creencia en su eficacia está fundada en razonamientos falsos". El mayor adversario de la antisepsia fué sir Almroth Wright. Opinaba este que el método de Lister no era aplicable a las heridas de guerra, porque infiltrados los microbios por los proyectiles y los restos de vestuario en el interior de los tejidos, se hallan fuera del alcance de los antisépticos. "Si nunca, escribía en 1915, un antiséptico esteriliza una herida profundamente infectada, preciso será propalarlo en todos los diarios y rotativos".

"Aunque la doctrina de sir Almroth Wright se basaba no en observaciones y experiencias prácticas en las condiciones efectivas de las lesiones de guerra, sino solamente en especulaciones ingeniosas y experiencias **in vitro**, fué aceptada por la mayor parte de los cirujanos, y uno de ellos llegó a afirmar que la asepsia debía reemplazar a la antisepsia, y que no sólo no esterilizaban las lesiones los antisépticos, sino que favorecían el desarrollo de los microbios! Empezóse entonces a tratar las lesiones infectadas con agua salada y con las soluciones hipertónicas de Wright. Las observaciones fundamentales de Lister olvidáronse por completo. Desgraciadamente estas teorías resultaron ineficaces y la infección continuó.

"II.—Pero si abandonamos el espíritu de sistema y observamos atentamente los hechos, el problema de la esterilización de las heridas aparece en extremo sencillo. Hay que considerar, en efecto, que la infección quirúrgica en sus comienzos es siempre local. En las heridas de guerra es producida siempre por los proyectiles y sobre todo por los trozos de vestuario impregnados de micro-organismos. Antes de franquear las paredes de la herida, estos vegetan primeramente en la superficie de los tejidos. La infección es por tanto atacable durante un período más o menos largo, puesto que los microbios están, por decirlo así, al alcance de la mano. Trátase sólo de destruirlos sin perjudicar los tejidos.

Como hay una diferencia de resistencia entre los tejidos provistos de circulación por una parte, y los microbios, los elementos anatómicos aislados y los tejidos muertos por otra, era inútil buscar una sustancia que ejerciere acción efectiva sobre los micro-organismos. Bastaba estudiar una sustancia antiséptica, dado el grado de concentración de la solución y la duración de su aplicación, que, fatal para los microbios, no produjese lesiones en los tejidos.

"Cuando a fines de diciembre de 1914, Henry D. Dakin se preguntaba cuál sería el mejor medio de tratar la infección de las lesiones, adoptó por las razones expuestas, el método quimioterápico. Por otra parte parecía probable que la infección de las heridas de guerra no se prestaría a un tratamiento por las vacunas o los sueros. Como la inoculación de los tejidos por los proyectiles y los restos de vestidos es compacta y como los gérmenes patógenos protegidos por los tejidos "necrosés" o los coágulos de sangre se multiplican fuera del alcance de los humores, era muy dudoso que esta terapéutica pudiera ser eficaz. Por otra parte la flora bacteriana de las heridas de guerra es muy varia. La afluencia de heridos y las condiciones de las ambulancias en que han sido atendidos, hace imposible la identificación de los microbios que infectan las lesiones, y sería necesario recurrir a vacunas o inyecciones activas contra docenas de especies aerobias y anaerobias. El fracaso de tal tentativa sería casi evidente.

"Por el contrario, el problema parecía deber resolverse fácilmente por el empleo de una sustancia no irritante para los tejidos y suficientemente enérgica como bactericida, para matar todos los microbios existentes en una herida, cualquiera que fuese su naturaleza.

Orientáronse entonces las investigaciones en esta dirección. Dakin estudió la acción sobre los tejidos y sobre los micro-organismos, de un número considerable de antisépticos antiguos y modernos. Examinó así más de 200 sustancias y determinó por fin, por múltiples razones, el empleo de los cloraminos, y merced a una técnica especial, del hipoclorito de soda. Gracias a estas hermosas investigaciones disponemos hoy de sustancias dotadas de un escaso poder irritante, de una toxicidad casi nula para el organismo, pero de un poder bactericida considerable. Estudióse entonces en qué condiciones podían estas sustancias esterilizar una herida. Se vió que los microbios desaparecían si la sustancia antiséptica permanecía en contacto con la superficie lesionada, bajo una concentración determinada, y durante un tiempo prolongado. Los exámenes bacteriológicos demostraron que las heridas infectadas, sometidas a este tratamiento, se esterilizaban. Fué así como, sencillamente, realizóse lo que sir Almroth Wright y los cirujanos modernos consideraban como imposible.

"III.—Este método aplicóse en un principio en heridas viejas y después en recientes.

En ambos casos se produjo la esterilización, pero el tratamiento precoz dió los

El Dr. Audiganne vigila la anestesia de un herido que va a ser operado.

El Dr. Joubert radiografiando una herida.

más rápidos resultados. Sábese, hace tiempo, que el tratamiento preventivo de una enfermedad cuesta menos y exige menos trabajo que el tratamiento curativo. Sin embargo, podía detenerse la infección aún antes que apareciese la supuración. En suma, todas las lesiones infectadas podían ser más o menos combatidas por la quimioterapia.

"A partir de mayo de 1915 fué una cosa evidente que las lesiones tratadas conforme a determinada técnica con ayuda del hipoclorito o los cloraminos de Dakin se esterilizaban sin perjuicio ni riesgo ninguno para los tejidos, ni para el herido. Desde entonces había sido posible prevenir, en la mayor parte de los casos, la infección de las heridas y suprimir casi por completo su supuración en los hospitales. Actualmente se ha adoptado este método en algunas ambulancias de la primera línea, por el médico principal Uffoltz, director del servicio de sanidad de un cuerpo de ejército. Gracias a él y a sus colaboradores ha podido demostrarse que la infección de las lesiones de guerra, tratadas en las condiciones normales de una ambulancia, puede ser eliminada casi en absoluto.

Durante los meses de julio y septiembre de 1915, Dakin dió a conocer las sustancias con que podían obtenerse tales resultados, y su modo de prepararlas. En octubre del mismo año expuso Pozzi en nombre de Carrel, en la Academia de Medicina, los principios que sirven de base a la quimioterapia de las lesiones. Estos principios se expusieron después de una manera más completa en 1916 en los Archivos Militares de Farmacia y Medicina. En repetidas comunicaciones, tanto a la Academia de Medicina como a la Sociedad de Cirugía, insistió M. Pozzi sobre la técnica y sobre los resultados de este método, que permitía ya entonces estirilizar las heridas infectadas, ya

fueran frescas ya antiguas. M. Tuffier también en comunicaciones hechas a la Sociedad de Cirugía, indicó los resultados que podían obtenerse merced a la misma técnica. El médico principal Uffoltz publicó en el mes de enero de 1916 un interesante artículo sobre los resultados obtenidos en sus ambulancias por M. M. Perret, Dupuy, Lemaire, Hormes, Perrin, Vigne y Mogroud. Por ese mismo tiempo, y en nombre de Carrel, M. Pozzi comunicó a la Academia de Medicina diversas observaciones demostrando que la esterilización permitía cerrar las heridas en muchos casos, después de un período que varía de cuatro a diez días. El 28 de marzo M. Pozzi hizo un informe sobre la memoria del médico jefe Uffoltz, acerca de la reunión secundaria de las heridas de guerra. El 11 de abril, el médico mayor Perret leyó en la Academia de Medicina una memoria donde exponía los resultados obtenidos por la esterilización de las lesiones en su ambulancia. De 111 heridas tratadas, ninguna había supurado. El 2 de mayo leyóse por un colaborador de Carrel un trabajo en la Academia de Medicina sobre 153 heridas tratadas en la ambulancia de Compiégne, durante el mes de diciembre de 1915. De estas heridas habían cerrado 135 y de ellas 121 lo habían verificado antes del duodécimo día. El 23 de mayo expuso M. Quénu ante la Sociedad de Cirugía los resultados obtenidos por M. M. Hornus y Perrin en una de las ambulancias de M. Uffoltz. Estos cirujanos habían sometido a tratamiento en su ambulancia 121 heridos. Utilizaron la sutura 44 veces y las otras 77 lesiones estaban a punto de ser suturadas en el momento de la visita de M. Quénu. En la misma sesión leyó M. Tuffier un trabajo de MM. Dehelly y Dumas sobre la esterilización y cicatrización de las heridas de guerra; de 33 casos, en 31 habíase conseguido el cierre de las heridas de primera intención, después de la juntura secundaria. En la ambulancia de La Panne, M. Depage y sus colaboradores habían conseguido también esterilizar y cerrar secundariamente un gran número de heridas. Si bien estos resultados demuestran de un modo evidente que las lesiones infectadas pueden esterili-

Llegada de un herido a la sala de operaciones

zarse y suturarse, y si bien ha transcurrido más de un año desde que quedó establecida la técnica, la esterilización química de las lesiones no se hace aún más que excepcionalmente. Apenas si este procedimiento se emplea en toda su integridad en alguna que otra ambulancia como la de Compiégne, la de M. Depage en La Panne y tres o cuatro hospitales de Francia.

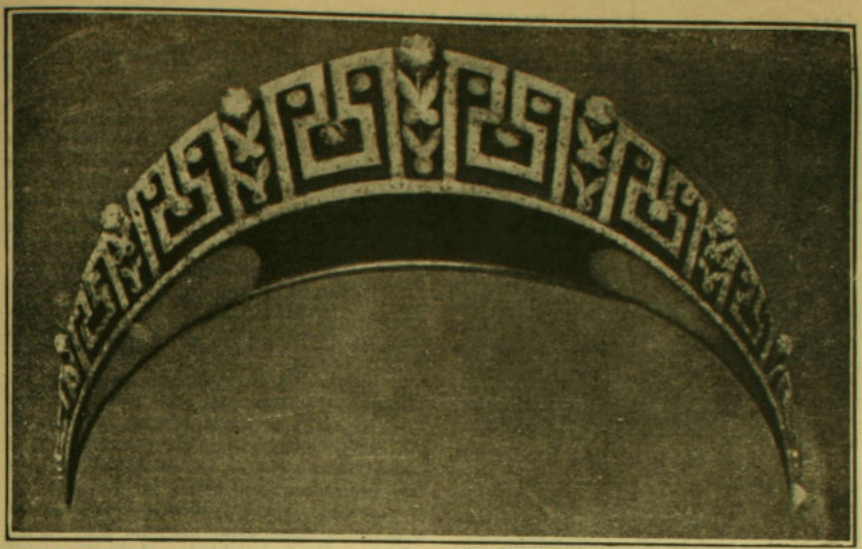
En septiembre de 1915 podría haber quedado suprimida la supuración en los hospitales. Pero los procedimientos nuevos encuentran una oposición tan sistemática en algunos individuos de los que están a la cabeza de la profesión médica en Francia, que son muy pocos los puntos en que se emplean. La lectura de los informes y discusiones de la Sociedad de Cirugía y de la Academia de Medicina con ocasión de diferentes comunicaciones de los señores Pozzi y Tuffier, demuestra con qué criminal ligereza se ha rechazado un método que habría podido salvar la vida y los miembros de gran número de heridos. Los que más han criticado los nuevos métodos, no se han tomado la molestia de examinar su técnica, ni de comprobar sus resultados. Ignoran en absoluto la materia sobre que discuten. Su responsabilidad es tanto mayor cuanto que su posición en la Universidad y los Hospitales de París, hace más autorizadas sus opiniones."

. . . . . .

Es verdaderamente doloroso leer, en tiempo de guerra, salidas de la pluma de cirujano tan eminente como Alexis Carrel, acusaciones tan justas y sinceras. Más que todos los discursos de las Sociedades Científicas que matan a Francia, valen los resultados positivos obtenidos por Carrel. Sería mejor que esos sabios hiciesen un trayecto de dos horas desde París y fuesen a comprobar ocularmente los hechos aducidos, en vez de enredarse en discusiones estériles y perjudiciales. El genio ha de sufrir la invectiva feroz de la envidia y la perversidad ciega. En todo país y en todo tiempo abundan siempre en el mundo esa especie de fósiles, incrustados en sus funciones, cuya servil mediocridad irroga más males a la patria que todas las catástrofes que vienen de fuera. Hay ancianos honorables, que son el orgullo de su patria, pero hay también viejos malvados, espíritus mezquinos, mediocres y falsos. La experiencia parece no haberles servido para otra cosa que para aportar, siempre en defensa de funciones que indignamente ejercen, una especie de instinto sutil y maligno, que ellos presentan rodeado de algunas verdades rebuscadas y una cierta prudencia contra las innovaciones de los jóvenes. Esos viejos fósiles, peligrosos y dañinos al progreso de una nación, no vacilan en acudir a todos los recursos, sobre todo a la mentira y al anatema.

Pero entretanto, tiempo es ya de que se dé el valor que merece la vida de un hombre, que se desechen viejos prejuicios, y que el talento de un Carrel, que ostenta en su ojal la roseta de la Legión de Honor, bien merecida por su genio, sea reconocido, adoptándose sus procedimientos para bien de la nación francesa.

(Traducción de Ramondriag).



¿Cuál es la joya de moda?

La esmeralda

Con ilustraciones fotográficas

Imagínese el lector en un aposento lleno de estuches de piedras preciosas sin montar y sin etiqueta alguna que indique su clase. Ante su vista relucen gotas de luz, esplendorosos cristales de bellas transparencias colocados sobre rasos o terciopelos de colores adecuados para hacer resaltar la belleza de las joyas, y suponga el mismo lector que le entregan una hermosa esmeralda, indicándole que escoja entre toda aquella multitud de piedras que brillan ante él, la que considere más estrechamente relacionada con la piedra que tiene entre los dedos.

Con ese trozo de cristal luciente, aterciopelado y de color verde hierba obscuro como modelo o patrón, el lector mira, examina, elige y compara colores y transparencias, y al acabar la selección habrá elegido media docena de ejemplares de color verde puro, pero ninguno de ellos será pariente de la esmeralda.

En el pequeño muestrario figurará, acaso, una turmalina verde, un granate verde, un trozo de aquirita, un cristal de hidenita, una alejandrita, un zafiro verde, y si la colección es muy rica, un diamante verde, y tal vez habrá cogido una aguamarina verde pálida, que es indudablemente prima de la esmeralda.

Pero si no es muy práctica la persona encargada de la selección, pasará por alto las esmeraldas rojas, azules y amarillas.

Porque bajo el nombre general de la familia **berilo**, podemos reunir la maravillosa esmeralda de color verde hierba obscuro, las aguasmarinas de verdadero color de agua del mar, unas piedras de color amarillo dorado claro, como gotas de miel: el berilo dorado, el berilo de precioso azul claro, más brillante que el zafiro, y otro individuo de la familia descubierto recientemente: la morganita rosa.

Examinemos ahora todas las piedras ver-

des reunidas, ateniéndonos a su color exclusivamente, y veremos por qué es preeminente la esmeralda.

Todas las piedras ofrecen preciosos matices verdes, pero ninguna posee el color vivo, rico, profundo y brillante de la esmeralda que atrae y subyuga desde luego nuestra vista.

En opinión de Plinio, la esmeralda sobrepujó, en cuanto al color verde, a la Naturaleza misma. "No hay otro color—dice—tan agradable a la vista; porque si bien vemos con gusto la hierba y el follaje verde, contemplamos las esmeraldas con mucho mayor deleite, por cuanto que en la creación no hay nada que comparado con ellas iguale la intensidad de su color verde. Además, son las únicas gemas que sacian la vista sin fatigarla."

Precisamente ahora está aumentando de un modo especial la demanda, siempre perenne, de esmeraldas. La ola de la moda, que afecta a las joyas como a los vestidos, ha crecido grandemente, y es ola de duración seguramente, porque las variaciones en las joyas no son tan rápidas ni tan rotundas que en un año queden olvidados completamente los zafiros, por ejemplo, ni en otra temporada sea indispensable lucir perlas exclusivamente para estar de acuerdo con las leyes de la moda, pero no obstante, las piedras tienen sus períodos de visible ascendencia.

Es posible que la esmeralda deba algo de su popularidad al hecho de estar libre de rivales artificiales que siempre hacen sombra sobre lo auténtico. Hace pocos años se descubrió un procedimiento para fabricar rubíes mediante una fórmula química, y pueden hacerse rubíes reconstituídos fundiendo diminutas partículas de piedras preciosas. El zafiro, el granate y el topacio pueden ser reproducidos con una perfección capaz de engañar a toda persona que no sea perita en la materia, pero aún está por crearse la esmeralda "científica".

Se hacen y se han hecho en el curso de los años imitaciones maravillosas; Roma fabricó esmeraldas falsas, que aun hoy son una maravilla, más duras y más lustrosas que todas las fabricadas posteriormente hasta época muy moderna. Pero las falsificaciones no pueden dar la estructura cristalina. Hay otra forma de imitación llamada de "doublet" que consiste en una corona de cristal incoloro con una base de cristal verde.

La perfección del color y de la masa cristalina, la transparencia y el tamaño son las pruebas de la esmeralda; y las que dan la clave de su valor. Lo primero de todo es el color. Hallar una piedra de color bonito y sin ráfagas de otro matiz, es empresa casi imposible. No hay piedra tan propensa a defectos como esta, pues no sólo suelen adolecer de desigualdades de color, sino que tienen grietas o encierran defectos de materias extrañas que dan un matiz "musgoso" a su color verde claro. Es tan notoria la esmeralda por esta fragilidad, que en muchos sitios se usa corrientemente la frase "una esmeralda perfecta" como símbolo de perfección más inasequible.

Además, las esmeraldas no suelen alcanzar grandes proporciones; dos quilates constituyen un buen tamaño; las de diez a quince quilates son muy raras, por lo cual el premio aumenta desproporcionadamente con el tamaño. Una esmeralda casi sin defectos y de cierto número de quilates vale cualquier cantidad.

Actualmente se pagan corrientemente mil y hasta 2,000 duros por quilate en los ta-

maños normales. Una piedra de dos quilates se ha vendido en 2,000 duros en Londres; una de tres, en tres mil quinientos, y una hermosa piedra de seis quilates valió ocho mil duros, mientras que dos esmeraldas de cerca de catorce quilates cada una, que existen en Nueva York, valen cincuenta mil duros cada una. Dos piedras perfectamente iguales, de calidad maravillosa y de veinte quilates cada una, fueron vendidas hace poco en Nueva York en cien mil dólares; y una sola esmeralda de 50 quilates, del verde más puro e intenso y casi sin defectos, alcanzó la misma cifra.

En general, una esmeralda iguala y a menudo sobrepuja en coste al rubí, y ambos sobrepujan en valor al diamante en igualdad de tamaños.

Y mientras aumenta de un modo constante la demanda de esmeraldas, la producción sigue siendo igual. Las minas que actualmente dan las mejores esmeraldas, las de Colombia, no se explotan bien, y las demás minas que se conocen, las de Rusia, Noruega, Australia, una alta región de los Alpes austriacos y las de Carolina del Norte (Estados Unidos) no ofrecen esperanzas de producir piedras valiosas; de suerte que la esmeralda buena puede decirse que es joya americana.

Los mejores diamantes proceden de las grandes minas de Kimberley (Africa del Sur); los zafiros más bonitos se traen de Cachemira, aunque también en Montana (Estados Unidos) son de bonito color y buena calidad; los rubíes raros se sacan del lecho de los ríos de algunos remotos valles birmanos, pero la mejor mina de esmeraldas está en América del Sur en una silvestre comarca a más de cien kilómetros de Santa Fé de Bogotá, en la vertiente de una escarpada montaña. Un poco más abajo se halla el pueblo minero de Muzo.

En la falda de la montaña se ha abierto un túnel de cien metros de profundidad, un túnel de paredes muy inclinadas en las que

los mineros han tallado escalones para poder trabajar. En la cumbre de la montaña cerca de la boca de la mina, hay lagos cerrados por compuertas y cuando las piedras arrancadas con los picos empiezan a llenar el fondo de la mina, se abre paso al agua y al caer por las escarpadas paredes arrastra los fragmentos por una canal subterráneo hasta su depósito. Este procedimiento se repite hasta que los cristales de cuarzo verde indican la presencia de nidos o bolsas de esmeraldas. Entonces, cuando se desprende la roca que contiene las piedras preciosas, los peones la rompen en pequeños fragmentos y recogen las piedras de las artesas, donde se lavan los referidos fragmentos.

La esmeralda más grande que se conoce hasta el día es una piedra de Muzo: su cristal en bruto con los seis lados que tienen todas las esmeraldas, de unos cinco centímetros de largo por otros tantos de diámetros y de más de mil trescientos quilates de peso (más de 270 gramos), aunque no es perfecta, posee una bellísima transparencia y tiene la intensidad de color que constituye la perfección de la esmeralda. Su dueño es el duque de Devonshire, en cuya colección figuran también algunas raras esmeraldas grabadas, de gran antigüedad. Como estas piedras no han estado en el mercado no pueden tasarse. En los tesoros de los magnates americanos hay colecciones de esmeraldas de color absolutamente igual y de rara perfección, por lo cual es imposible calcular precio. Las casas reales europeas conservan muchas esmeraldas, insignia inmemorial de la realeza y recurso en tiempos de necesidad. Tal es, por ejemplo, la soberbia colección de esmeraldas del Czar, en la que figura una de treinta quilates, considerada como la esmeralda mejor tallada del mundo; y las del tesoro de Viena, entre las que se guardaba una tallada en forma de tintero; las bellísimas piedras que decoran la tiara del Pa-

La mayor y más importante de las minas de esmeraldas en Muzo, a 100 kilómetros de Santa Fé de Bogotá (América). Forma en que se verifica el laboro.

pa y la corona de Sajonia. Las colecciones de joyas del Maharayá de Baroda, que incluyen doscientas esmeraldas, y las joyas de Abdul Amid, vendidas en 1911 en 16.600,000 duros, de los cuales 1.400,000 se pagaron por esmeraldas antiguas, han heredado casi la categoría de joyas clásicas.

No es posible averiguar qué fué de todas las joyas de la Corona de Francia, vendidas hace años, pero se dice que una tercera parte de ellas fué a parar a los Estados Unidos, donde indudablemente hay hoy damas que lucen joyas usadas por Josefina o Eugenia. Entre aquellas joyas de la Corona había muchas esmeraldas, porque Napoleón tenía el capricho de no dar a Josefina más que esmeraldas y perlas, y de los dos millones de duros que valían las joyas mejores con que enriqueció la Corona, la mayor parte eran esmeraldas. Eugenia siguió conservando la popularidad de estas joyas por una asociación sentimental con el primer regalo que le hizo el Emperador cuando eran novios.

Estimulada por la creciente demanda, la busca de esmeraldas lleva cada vez más a la antigua joyería hasta las épocas más anteriores a los primeros tesoros de las ruinas de Muzo, desde las regiones del Nuevo Mundo del siglo XVI hasta el derroche imperial de Roma, y aún más, hasta Egipto y la corte de la Reina más grande de Egipto.

Las esmeraldas son conocidas y apreciadas desde los tiempos más remotos. Se encuentran en los collares sacados de las tumbas más antiguas, collares que relucían en el seno de las momias enterradas muchos siglos antes de Jesucristo. De entre las que se han desenterrado en Pompeya y en Herculano, hay una sortija cuya esmeralda hueca contenía un veneno muy activo.

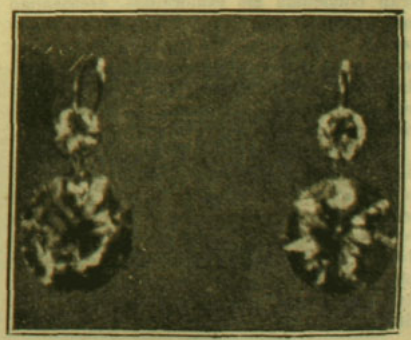
Los escritores antiguos mencionan repetidas veces las esmeraldas y nos cuentan cómo Alejandro el Grande prohibió a todos los artistas, con excepción de Pyrgoteles, grabaran su retrato sobre una esmeralda; como Cleopatra regalaba a los embajadores esmeraldas grabadas con su retrato, esmeraldas procedentes probablemente de sus minas, porque en 1820, el explorador Tomás Cailliaud, descubrió antiguas minas de esmeraldas en el Alto Egipto, en la costa occidental del mar Rojo, que seguramente se explotaban en tiempo de Cleopatra.

Herramientas encontradas allí datan del año 1650 (a. de J.); viejas inscripciones indican que trabajaban en aquel lugar mineros griegos en tiempo de Alejandro Magno. Aún quedaron algunas esmeraldas, pero sólo de calidad corriente, y después de una leve interrupción de su larga inactividad volvieron a ser abandonadas y olvidadas las "minas de Cleopatra", pero todavía no hace diez años las encontró nuevamente un inglés y recogió unas cuantas esmeraldas.

Es probable que fuera Egipto el que proporcionaba principalmente al Imperio romano las esmeraldas, que constituían por cierto una de sus gemas predilectas. En el apogeo de su lujo, Roma lucía un verdadero derroche de perlas y esmeraldas, y perlas y esmeraldas fueron las joyas preferidas por la aristocracia europea del siglo XVIII, cuya Corte copiaba a la de Roma. Plinio nos cuenta que vió a Lollía Paulina, esposa un tiempo de Calígula, completamente cubierta de perlas y esmeraldas ensartadas alternativamente, y reluciendo en la diadema, en el cabello, en la garganta, en las orejas, en los brazos y en todos los dedos de las manos. Bárbaro alarde que reprueba austeramente el famoso viajero.

Era característica del espíritu suntuario de aquellos tiempos el no contentarse con llevar encima joyas aún en semejante profusión. Además de la vajilla de oro, se usaban arquetas con piedras preciosas y también debía haber joyas en los testeros y en las paredes. La famosa Casa de Oro de Nerón estaba resplandeciente de perlas y oro, y uno de sus aposentos se hallaba materialmente cuajado de incrustaciones de perlas. Y no digamos nada de las comidas extravagantes de Roma, como las que daba Heliogábalo, en las que se servían piezas de oro con guisantes, rubíes con lentejas, ámbar con judías y aljófar con arroz.

Indudablemente muchas de las joyas llamadas esmeraldas en aquellos tiempos eran piedras verdes de otras especies, sobre todo zafiros verdes. Nerón, que era corto de vista, usaba por lente una piedra verde que se dice era una esmeralda. Si lo era efectivamente, debía de estar tallada en forma convexa por su parte posterior, para que



sirviera como un monóculo moderno. Cuéntanse historias maravillosas de columnas de esmeraldas, de copas y platos de esmeraldas, pero seguramente serían de jaspe verde o de cristal.

El más interesante de estos objetos es el "Sacro Catino", llamado también el "Santo Grial", copa perteneciente a la Catedral de San Lorenzo, de Génova, que durante setecientos años se creyó de esmeralda. La leyenda dice que es el mismo vaso que usó Jesucristo en la última cena. La misma leyenda nos dice que la copa fué traída de Tierra Santa por los cruzados, y por último llegó a poder de los genoveses, los cuales exhibían el legendario vaso con mucha parquedad a los turistas.

Es posible que en tiempos de los romanos se hubieran acabado ya las existencias de esmeraldas egipcias. De todos modos, pasado ya el apogeo del Imperio, se usaron las esmeraldas con menos profusión, porque iban escaseando, y por común acuerdo de la humanidad se tuvo mucho cuidado de estas piedras, no permitiéndose que se grabasen, y más adelante, en la Edad Media, aunque eran conocidas las esmeraldas, escaseaban mucho, tanto que C. W. King, en sus obras acerca de las joyas de los antiguos, las va recogiendo trabajosamente, según las ve brillar acá y allá en las coronas y tesoros reales, como prueba de que no habían sido olvidadas completamente.

Pero tras de la escasez vino la abundancia. A fines del siglo XVI surgieron las esmeraldas a espuertas, causando profunda sensación entre lapidarios y aficionados a las joyas. Había esmeraldas no sólo en grandes cantidades, sino también esmeraldas de belleza y perfección tales como jamás las había conocido el mundo, y bajó mucho el precio.

Esto ocurrió cuando regresaron de sus conquistas de América del Sur los españoles, después de haberse apoderados del tesoro de los Incas. En el Perú no encontraron minas. La tradición dice que los indígenas las habían ocultado destruyendo todos los caminos que a los escondrijos conducían a medida que avanzaba la invasión, y los destruyeron tan perfectamente que todavía se habla de las "minas perdidas de los Incas", cuyo secreto poseerá quizás algún iniciado de la casta sacerdotal y se irá transmitiendo a sus descendientes hasta que los altivos Incas reencarnen y tengan fuerza para aniquilar la raza blanca.

Pero el hecho de que las minas estuvieran ocultas fué de poca importancia, porque los conquistadores encontraron reunidas y a su alcance incontables riquezas. Los soldados de Pizarro, al entrar en el Valle de Manta, lo hallaron dedicado al culto de "Esmeralda", diosa representada por una esmeralda del tamaño de un huevo de avestruz. La historia dice "esmeralda", pero el escepticismo moderno dice que acaso sería un agua marina verde pálido. Fuera lo que fuere, los sacerdotes de esta preciosa divinidad conservaban su santidad exhibiendo el alto símbolo solamente en ocasiones especiales y enseñaron a sus devotos a llevar esmeraldas como ofrendas. De esta suerte los sacerdotes recibieron esmeraldas de los indígenas bajo pretexto de culto y los soldados se las quitaron a los sacerdotes sin pretexto ninguno, y las trataron tan descuidadamente que destrozaron muchas creyendo que las esmeraldas buenas debían soportar los martillazos. De la cantidad de esmeraldas que recogieron puede juzgarse sabiendo que un viajero de la época cuenta que un solo navío trajo a España dos arcas, cada una de las cuales contenía un quintal de las preciosas piedras verdes. Pero la madre de las esmeraldas, la mina, desapareció por completo, y ni con ruegos ni con amenazas consiguieron recuperarla.

En México había también tesoros en los sepulcros y en los templos, pero minas, no. La esmeralda más grande de todas las de este nuevo tesoro americano fué enviada por Hernán Cortés a Carlos V. Era una esmeralda en forma de pirámide con la base tan ancha como la palma de una mano. Esta joya ha desparecido y surge la sospecha de que fuese un agua marina y no una esmeralda auténtica. Pero las cinco famosas piedras grabadas que Hernán Cortés trajo a su prometida eran probablemente esmeraldas legítimas, talladas por expertos lapidarios mejicanos; afectaban la forma de una rosa, un cuerno, un pez con ojos de oro, una campanilla con badajo de perlas y una

copa con pie de oro y cuatro diminutas cadenas de oro unidas a una gran perla en forma de broche. Estas joyas costaron caras a Hernán Cortés. Por regalárselas a su prometida no hizo caso de las solicitudes indirectas de la Reina, que las quería, y se captó la enemistad de la regia dama. Y en fin de cuentas, las esmeraldas se perdieron en un naufragio once años después de haber sido conquistadas.

Colombia, por último, ofreció a los conquistadores, no solamente tesoros sino también su fuente. En 1537 los indios enseñaron a los españoles las minas de esmeraldas de Somondoco, en las vertientes orientales de la cordillera de Bogotá. Pero la región era demasiado silvestre y hostil para el gusto de los españoles y no tardaron en abandonarla. Actualmente se explotan con todos les elementos necesarios, pero con resultados sin importancia. A ciento sesenta kilómetros de distancia, los españoles atacaron a la región de Muzo y a los indios muzas que la defendían fieramente, pero en 1555 se sometieron parcialmente los indígenas y las esmeraldas de Muzo fueron la sensación del mundo.

De las innumerables esmeraldas traídas a España por los conquistadores, muchas deben de conservarse todavía, algunas probablemente con genealogía perfectamente clara, pero la mayoría habrá perdido para siempre su historia novelesca o trágica. Muchas han perdido hasta su forma primitiva, por haber sido talladas nuevamente para seguir los dictados de la moda. Hay algo que inspira casi reverencia en la conservación de estos misteriosos trocitos de belleza; porque por borrosa que sea su historia, su valor de belleza no deja de existir a través del tiempo.

Quizás sigan brillando en algún tesoro oriental secreto, como brillaron hace muchos siglos las mismas joyas del antiguo petral hebreo de los sagrados tesoros del templo de Salomón.

No es mucho más fácil decir cómo se ha formado una esmeralda que averiguar la historia de una piedra determinada. La ciencia no se aventura a hablar de un modo concluyente. "Probablemente por el calor y la presión"; poco más que esto se puede sacar de la lectura de la roca en que se encuentran las esmeraldas.

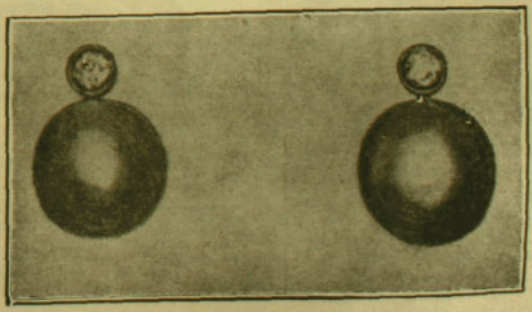
¿Por qué es verde la esmeralda? Tampoco sobre este punto se pronuncia la ciencia con certera convicción, pero en general se cree que el color es debido a una cantidad casi infinitesimal de óxido de cromo. Cámbiese la partícula de cromo en hierro, y se tendrá en lugar de una esmeralda de mil duros el quilate, un agua marina o un berilo dorado, que sólo valdrá la cuadragésima parte de dicha cantidad.

Las mejores aguas marinas por la belleza de su color se encuentran en varios Estados, particularmente en Carolina del Norte (Estados Unidos), donde la caza de minerales preciosos ha tenido dramáticos elementos.

La Carolina del Norte es el único estado de Norte América que produce verdaderas esmeraldas, y sus aguas marinas figuran entre las más hermosas. El berilo en todas sus variedades, excepto la esmeralda, se encuentra en otros estados. Connecticut, Maine y Pennsylvania producen hermosos cristales dorados, azules y verde mar; Massachussets produce el raro zafiro azul y California el berilo rojo o morganita; un cristal, que pesaba más de veintiséis quilates, fué vendido en 400 duros. El resto de la producción mundial corresponde al Brasil, Rusia, India y Madagascar.

¿Cómo puede un lego en la materia reconocer con seguridad estas piedras que no se ajustan a un patrón de color? ¿No es bastante para producir perplejidad recordar que los zafiros que se suponen azules pueden ser verdes? ¿No sabemos que los diamantes pueden ser de color opalino, verdes o amarillos? ¿Ignoramos que los granates no son siempre rojos? En este engañoso mundo de matices y colores nos gusta el rubí porque siempre es rojo y la esmeralda porque siempre es una joya, "verde como los prados en primavera".

Tal vez por el intrínseco significado de su perenne verdor, la esmeralda ha evocado ideas más bien beneficiosas que perjudiciales. Por su "eterna frescura" ha sido considerada como símbolo de la inmortalidad, del pecado y de la prueba vencida. Se la ha supuesto traída por los mineros con peligros infinitos de la mística patria del



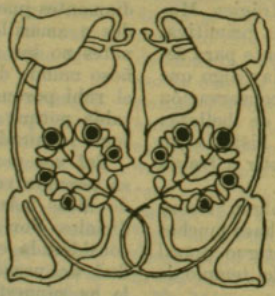
dragón. Por una superstición curiosa, de origen desconocido, se creía que la esmeralda hacía invisible al portador si era casado y servía también de prueba de la constancia en los amantes.

Quizás por esta creencia se le ocurrió a Isabel de Inglaterra enviar a Enrique IV una hermosa esmeralda que habría usado, con la advertencia de que la joya tenía la virtud de no romperse mientras permaneciera firme la fidelidad. ¿Fué la piedra en sí o el trozo de la Cruz encerrado en ella lo que impulsó a Napoleón a usar como talismán la esmeralda que Carlomagno llevó a las batallas de la Edad Media? Después de haberla llevado Napoleón a los victoriosos campos de Austerlitz y Wagram, se la regaló a la Reina Hortensia, que la conservó hasta su muerte.

En época tan cercana relativamente como el siglo XVII, se pulverizaban las esmeraldas y se tomaban al interior como remedio.

Polícrates, el tirano de Samos, poseía la esmeralda más afortunada de todas. Durante cuarenta años gozó de una prosperidad sin nubes, y al fin, temeroso de su misma felicidad, decidió sufrir una pérdida voluntaria para ofrecer por adelantado una propiciación al Destino. Entre sus joyas más preciadas, parte principal de su prosperidad, eligió un anillo de sello, una esmeralda, obre de "Teodoro de Samos", indudablemente primer grabador de su tiempo, y la arrojó al mar. Pero el mar la rechazó, y poco después fué devuelta la esmeralda a la casa real en el cuerpo de un gran pescado, destinado a la regia mesa, y Polícrates aceptó esto como señal de que el Destino no estaba celoso de su gran prosperidad.

X. X.



EL JARDIN DEL REY

Por

Paul y Víctor Margueritte

(Conclusión)

Sin pensar en el mañana, casi estaba tentada de exclamar: "¡Tanto mejor!", con la idea de ser despojada de todo aquel oro, de aquel estrecho y pesado traje que le parecía ligero ayer, y a la sazón la quemaba con su recuerdo como la túnica de Neso.

Lo único que lamentaba de todo corazón era la tranquila y soñadora vida de su tío, que en adelante iba a quedar destrozada. Sería preciso decirle al despertar... Ya le sería imposible hacer buenas obras, y pudiera ser que en el desmoronamiento de sus proyectos para el porvenir... Pero esto Rosa no lo formulaba con entera claridad. Apenas si era como una vaga intuición. Acaso la punzaba el enojo de no ser bastante rica para dos, la impresión de encontrarse reducida casi a tener **necesidad** de otro, cuando estaba acostumbrada ya a la idea de no tener nunca necesidad de nadie, y aun todo lo contrario (¿quién sabe?), de ser útil a alguno.

¡Acabó lo pasado! Hacía solamente algunas horas que, como invisible y flexible cadena, la cadena de los minutos la enlazaba a lo presente y a lo porvenir. ¡Ayer! Pero un corte repentino lo destruía todo, una separación de tiempo y de espacio. ¡Cuán lejos estaba de Rosa, y cuánto tiempo había transcurrido ya! Las horas seguían sonando en el reloj. La luz amarillenta de la lamparilla iluminaba como en una velada fúnebre las paredes de la habitación, aquellos muebles inmóviles a los cuales estaba unido un poco de la existencia cotidiana y que parecían como animados por ella. Aquello también iba a desaparecer, iba a ser vendido, dispersado. Se sintió muy sola.

La desaparición de las cosas y de tantos seres que, sin que ella lo sospechara, tenían un lugar en su vida, la mentira de aquellos rostros, que suprimidos dejaban un vacío, y, sobre todo, en el fondo de sus más íntimos ensueños, la herida de amor propio que le causaba la decepción de Roberto Dumerchin, y que sin duda le causaría también la de Lacaille—¡y pensar que había soñado con ellos casi tiernamente!—no era nada al lado de la sorda inquietud que la oprimía pensando en lo que desde hacía dos días era el centro inconsciente de sus pensamientos. Una amarga duda la consumía. ¿Y monsieur Sicart? ¡Haría lo mismo que los otros! ¡Ah; si continuara siendo rica! Se sintió abandonada, sola, cruelmente sola, a pesar de la admirable abnegación de mis Seven y del tierno afecto de su tío. ¡Pobre tito! ¡Cuando llegara a saber...! Con los nervios fatigados, extenuada, acabó por dormirse. A través de las cortinas corridas se filtraba el alba luminosa, el fresco despertar del día en el cielo azul.

Aún dormía Rosa cuando, tocada con su gorro de noche encasquetado de través sobre sus cabellos grises, miss Seven—que no había dormido—entró en el despacho donde el Barón anotaba un libro de Allan Kardec en aquella mañana de estío. Se levantó inquieto: tan a propósito eran para sorprenderle la visita y el insólito aspecto de la institutriz. El ama de llaves le explicó los acontecimientos. Monsieur de Vernay, taciturno, como herido por el rayo, escuchaba postrado en su sillón. De vez en cuando se levantaba, corría de un extremo a otro de la estancia como furioso, y luego—¿qué hacer?—volvía a sentarse anonadado. Mostraba tanta violencia como Rosa resignación; rechazaba los consuelos y las observaciones de miss Seven, acusaba al notario, se acusaba a sí mismo. Insensible ante su propia pérdida, no lamentaba más que la ruina de Rosa; se golpeaba la frente gritando que sólo él la había despojado de su fortuna, por incapacidad, por negligencia, por incuria.

¡Pensar que a tal notario había confiado la administración de sus bienes! Debía haberle vigilado, seguir la pista de sus negocios, inquirir su vida. ¡Haberse dejado engañar y envolver como un niño! Y Rosa, su querida sobrina, habituada al lujo, y que tenía derecho a esperar una vida dichosa

y libre, ¿qué sería de ella sepultada en la pobreza, en las privaciones, en la necesidad? ¿Cómo se casaría?

A estas recriminaciones y lamentos seguían momentos en que se entregaba a sus cálculos febriles. La generosa oferta de miss Seven fué rechazada por el pronto con viva irritación, que se convirtió en seguida en un arranque de gratitud balbuciente. Monsieur de Vernay no sabía qué decir, y espontáneamente, antes que miss Seven hubiera dominado su emoción, se levantó con los brazos abiertos, y con efusión llena de dignidad besó calurosamente las viejas mejillas escarlata de la institutriz. Luego dijo:

—¡Sois una excelente mujer, miss! ¡Acepto por Rosa!

Pero entretanto no convenía eternizarse allí en un marasmo que no hubiera servido más que para desalentarse. Monsieur de Vernay miró al reloj de la chimenea, y vió que aún tenía tiempo de tomar el tren. Iría a París, y acaso pudiera, desplegando una actividad eficaz, obtener en la oficina de Truelles algunos girones de su fortuna, o por lo menos informarse mejor, conocer en todos sus detalles la extensión de su desgracia. Que miss Seven velara por Rosa. No había que hacer hasta la noche. Por otra parte había tiempo sobrado para tomar una resolución.

Sola en la silenciosa casa — entreabriendo suavemente la puerta de la habitación se había asegurado de que Rosa seguía durmiendo,—miss Seven vagaba de una en otra habitación rehaciendo por vigésima vez sus cálculos de tasación de los objetos. Aquí una mesa antigua de madera dorada con mosaico de Florencia; allá una tapicería de Flandes; más lejos el armario de ébano y marfil; y con la valoración la buena vieja mezclaba sus reflexiones y sus tristes pensamientos. Con todo su corazón lamentaba la suerte de la pobre niña. Rosa iba a conocer el drama que con tanta frecuencia encubre la comedia de salón. Con su sencillez y delicadeza sufriría la habitual palinodia. Dura lección que miss Seven, aleccionada por la propia experiencia, hubiese querido ahorrar a su discípula.

En otro tiempo ella también había pasado por una prueba semejante. Nació para gozar una vida de independencia, había poseído una dote que debía asegurarle la existencia, y estaba a punto de casarse cuando la quiebra de un gran establecimiento financiero se lo arrebató todo, dote y marido. Entonces conoció estos dos males, que doblegan el alma cuando no está bien templada, la soledad y la pobreza. Había conocido el dolor de vivir como una extraña en casas ajenas, de envejecer soltera entre el desdén protector de los afectos que había encontrado en casa de los Vernay...

A la razón le llegaba el turno a Rosa, a quien amaba con la humildad de esos absolutos amores maternales en los cuales más de una solterona derrama su corazón estéril estremeciéndose al ver florecer en otro el querido ideal no realizado, sufriría la degradante tiranía de las costumbres que es causa de que en Francia se case una mujer no tanto por lo que es como por lo que representa. Por fortuna, la pequeña tenía la suerte suprema de ser joven y extremadamente bonita. Quizás encontraría...

Con una especie de vergüenza miss Seven consideraba que aquella carta no se jugaría sin correr el riesgo de alguna humillante comprobación. Pero desde el momento que Rosa era inteligente e instruida, merecía ser amada por ella misma. Sinceramente anhelaba que un hombre honrado apreciara aquel tesoro a quien la ruina no había quitado nada de su positivo valor; y al mismo tiempo echaba a su oronda, abotagada y menuda persona y a su rostro, en el cual las arrugas surcaban la obesidad propia de la cuarentena, y a la espesura de sus cabellos grises, una mirada de melancólica comparación.

Estaba preparándose a poner en orden su tocado, cuando un poco antes de la hora del desayuno entró en su cuarto Rosa, vestida, arreglada y con la tez fresca. Tenía los colores de una flor, ese nacarado rosáceo de la carne en que los menores detalles del sentimiento se dibujan con un matiz más vivo, y que ciertas emociones llevan al rojo de la cereza, extendiéndose en ella desde la frente al nacimiento del cuello. Su emoción del día anterior y el febril insomnio no habían dejado más huella que un ancho cerco en los hermosos ojos de color azul limpio y puro, donde la piel obscura brillaba como pizarrosa. Tenía un aire de voluntad tranquila y resuelta.

Sin embargo, a despecho de su decisión, el desayuno, que fué muy breve, les pareció interminable. La mirada inquisitiva del ayuda de cámara pesaba sobre ellas indirecta y constantemente. Hablaron cosas triviales; pero el ayuda de cámara, la doncella, la cocinera, toda la servidumbre, no se sabía cómo, estaba al corriente de lo que sucedía, y conspiraba en los rincones. Y las fugaces miradas decían claramente: "¡Buen negocio han hecho los amos! ¡Ah; esta cotorra habla sin cesar! ¡Si creerás que no te vemos la oreja! ¡De seguro no vamos a estar aquí mucho tiempo! ¡Hoy mismo nos darán la cuenta!"

El día fué un largo suplicio: una serie interminable de campanillazos obligaba a

abrir la puerta a cada instante. En la escalera hubo una verdadera procesión. Palabras de desconsuelo, cartas expresivas, visitas de pésame y multitud de abrazos: todo esto tuvo que sufrir Rosa con estoica serenidad.

Ella y miss Seven permanecieron en el salón durante toda la tarde. A las cinco, sofocadas en aquella habitación cerrada, quisieron salir a respirar. Más de veinte personas habían ido. Sus tarjetas se amontonaban en la bandeja de plata. Rosa se entretenía maquinalmente en levantarlas con una mano y dejarlas caer confusamente revueltas. Pensaban en lo poco que valía, al desplomarse en aquella caída, el lazo, tan sólidamente atado ayer, de relaciones y amistades.

Entre tres o cuatro amigas íntimas tuvo que recibir la visita de Jacobita Goulénes y de su madre, y su franca simpatía le había llegado al corazón. Soportó también el suplicio de una visita de madame Dumerchín. La prefecta se había presentado sola: de Roberto, como si no hubiera existido nunca. Primero hubo exclamaciones ruidosas y palabras de compasión y de piedad. Después, interés oficioso bien marcado; la conversación se deslizó entre fórmulas de cortesía oficial; el fuego se había convertido en hielo. Se despidió sin hacer la menor oferta de sus servicios, que la señora de Goulénes, por el contrario, había insinuado discretamente.

Pero a la primera palabra, Rosa dió las gracias. No había que desesperar de sus negocios hasta tal punto. Con hacer algunos arriendos y tener un poco de paciencia, les quedaría bastante con qué vivir. Al oir este aserto se iluminaron los semblantes, y en su afectuosa conmiseración manifestaron un matiz más vivo de simpatía.

—¿Adónde queréis ir?—preguntó miss Seven poniéndose sobre los bandós, a los cuales había devuelto el peine tristemente su majestuoso contorno, aquella capota de violetas que era su inmutable compañera en la mala como en la buena fortuna.

—Pues al Jardín del Rey, como de costumbre,—dijo Rosa con tono firme.

—No seré yo quien os reproche que seáis valiente—respondió miss Seven;—pero ahora, hija mía, es preciso que no os asombréis de nada.

Por la amplia acera de la calle de la Parroquia, que recorrían hacía algunos minutos para entrar en el parque por la puerta del Dragón, iba la gente preocupada con sus negocios o paseando sin objeto. Por la primera vez en su vida echaba Rosa en torno suyo una mirada investigadora. Miraba a los viandantes, temiendo ver surgir entre los desconocidos a alguien cuyo rostro al encontrarla se animara con una mirada de curiosidad o le dirigiera un saludo, cuya expresión le era dolorosa de antemano. Experimentaba la extraña sensación de seguir siendo ella misma y ser, sin embargo, otra nueva Rosa, con cuyas costumbres y sentimientos todavía no estaba familiarizada la antigua.

—¡Ah!—dijo de pronto.

Y presintiendo que iba a ruborizarse, hizo un violento esfuerzo para contener la sangre, que impelida por el corazón corría velozmente por la red temblorosa de sus venas. Luego preguntó bajando la cabeza;

—¿Habéis visto, miss?

—¿Qué?—dijo la buena mujer moviendo en todos sentidos su sombrero malva con su majestad acostumbrada, y aún con más altanería. ¡Era mucho mejor!

—Allá abajo, Roberto Dumerchin. Viene por la otra acera. Todavía está lejos.

—No nos ve. Pasará sin haber reparado en nosotras.

Pero por una casualidad que él maldijo, al mismo tiempo Roberto Dumerchín levantó la cabeza. ¡Diablo! ¡Mademoiselle de Vernay! Dudó un poco si miraría con atención los escaparates haciendo como si no las hubiera visto. No era posible. Ya lo habían notado. Entonces, ¿debía saludar, quedándose en la acera? ¡Dios mío! Esto sería muy expresivo, demasiado quizás. En todo caso, era preciso tomar inmediatamente una resolución. ¿Saludar al paso? Decididamente imposible. Atravesaría la calle galantemente para decir algunas frases corteses.

Con paso vivo y como si su decisión hubiera sido instantánea, el agente de cambios se adelantó sombrero en mano. Pero Rosa no era boba, y había visto y seguido en todas sus fases aquel mezquino debate interior. Bajo la correcta actitud y las corteses palabras de Roberto—"¡artista y hombre de mundo!"—vislumbró el alma seca del hombre de negocios. ¡En verdad que podía burlarse de Lechampy! Era de su mismo género. Se alejó después de pronunciar algunas palabras triviales.

Miss Seven respetó el silencio de Rosa. Llegaron por las rampas de la fuente de Saturno a la alameda de Eau, cuyas estrechas platabandas dan frente a las fuentes de Marmousets. Rosa desdeñó aquel grupo, el triple enlace de los cuerpos de bronce elevando por encima de sus cabezas el mármol verde de las redondas pilas. Habitualmente se complacía en aquella agua estancada, con sus reflejos de sangre, de herrumbre y oro, color de otoño; pero a la sazón no veía el gran mundo exterior, y apenas si vislum-

braba el pequeño mundo que se agitaba confusamente dentro de ella.

La vacilación de Roberto Dumerchin, seguida de glaciales cumplimientos, había sido para lo que sobrevivía de la antigua Rosa una doble y sangrienta bofetada. Se resentía aún de la mortificante quemadura. No es que Roberto ocupara sitio alguno en su corazón; pero hacía poco más de una semana que lo tenía, o por lo menos ella se figuraba que podía tenerlo. Por un instante había concebido el porvenir y la dicha al lado de aquel hombre a quien atribuía un alma grande, y en el cual no encontraba más que áspera rudeza y la más indiferente sequedad. ¡Ah! Lo que la hacía sufrir no era que galanteara a otra ni que la amase, sino el fracaso de sus ilusiones al choque brutal de la realidad. El recuerdo de su primer ensueño la desgarraba.

Los altos árboles del *bosquecillo de Apolo* y del paseo del Mediodía la envolvieron, sin refrigerarla, en su verde sombra y bajo el estremecimiento de sus hojas.

Cuando llegaron al Jardín del Rey miss Seven creyó conveniente sacar a Rosa de su mutismo.

—¿Entraremos?—preguntó. — ¿Os parece bien exponernos de intento a soportar la insolencia de las Durdelles y la piedad de madame Allaygre?

Pero Rosa respondió bruscamente:

—Sí. Sólo molestan las primeras picaduras. Quiero curtirme pronto.

Dando la vuelta al follaje desembocaron en la gran explanada cubierta de césped donde se erguían apaciblemente los troncos amarillos y grises y la verdeante copa de los altos plátanos. El ligero y sutil olor de las rosas y de las petunias flotaba en el aire. Una inmensa oleada de calor y de luz vibraba en el firmamento. Y allá abajo, formando grupo, tres trajes claros parecían como una mancha blanca en el verde esmeralda de la hierba.

—Ahí están Luisa y Enriqueta—dijo miss Seven.—Madame Allaygre vuelve la espalda. Nos han visto ya; pero no se estremecen: hacen como si no nos vieran.

Involuntariamente recordó miss Seven las últimas entrevistas. Parecía que nada había cambiado. Como de costumbre, un poco sofocada y con la tez rubicunda bajo su capota de violetas escoltaba a Rosa, que avanzaba con paso elegante y desembarazado, llevando aquel mismo traje rosa que tanto le agradaba, y cuya gasa viva con delicado matiz de flor sentaba tan admirablemente a su rostro encantador y a su esbelto cuerpo. Y, sin embargo...

Esta observación, que llenaba de tristeza el generoso corazón de la excelente mujer, estaba precisamente a punto de hacer desbordar de inmensa alegría los de Luisa y Enriqueta. Caritativamente pensaba Luisa:

—¡Preciso es que tengas mucho descaro, hija mía, para pavonearte con tu traje rosa como si no hubiera pasado nada! ¡Apresúrate a gozar! ¡No podrás disfrutar mucho tiempo esas gasas!

Y Enriqueta pensaba:

"¡Ya veremos cuando tu lindo traje esté chafado cómo te verás obligada, como yo, a ponerte diferentes corpiños con la misma falda, si monsieur Lacaille..."

Pero como ellas estaban acostumbradas a las prácticas mundanas y no veían la utilidad de manifestar ostensiblemente su regocijo por las desgracias del vecino, exclamaron con conmovedora sonrisa:

—¡Ah! ¡Pobre Rosa! ¡Yo no sólo la compadezco; la admiro! ¡Con qué valor afronta ese espantable suceso! ¡Qué sencillez!

Madame Allaygre tenía vivos deseos de volverse para apreciar la manera de comportarse que tenía Rosa; pero estimó preferible no molestarse hasta el último momento. Era inútil mostrar excesiva diligencia: había sufrido tantos sofiones y tantas afrentas, que a su vez no la desagradaba darse aire de superioridad. Sin embargo, Rosa le inspiraba verdadera simpatía, y la expresó como mejor pudo cuando se hubo sentado mademoiselle de Vernay, en torno de la cual prorrumpieron en exclamaciones Luisa y Enriqueta, que corrieron a su encuentro cuando no hubo medio de evitarlo.

"No tenían seguridad de ver a Rosa aquella tarde en el jardín; pero si no hubiera ido, se proponían ir a su casa antes de comer. Madame Durdelle, por su parte, tenía que ir sin falta. ¿Y qué sabía, qué decía Rosa? ¡Era espantoso! Ellas no habían sabido la noticia hasta aquella tarde, y habían quedado literalmente anonadadas."

Rosa daba las gracias gravemente. Ya conocía el sentido de las palabras, y bajo aquellas frases, oídas veinte veces desde por la mañana, conocía la resonancia exacta del alma. Se creía fuerte, y, sin embargo, fué débil ante las perversas ruindades con que Luisa y Enriqueta la hostigaban. Las involuntarias necedades de madame Allaygre no le fueron menos sensibles. Y no era que aquellas tres mujeres pronunciasen aquella tarde palabras distintas de las que solían decir. Por el contrario, las adornaban con mayor amenidad y más sonrisas. Pero Rosa tenía el corazón llagado.

Lo que otras veces resbalaba sobre ella, entonces penetraba en su interior. Todo le parecían flechas punzantes y palabras de

doble sentido. Los negros ojos de Luisa chispeaban de placer. El buen humor de Enriqueta se explayaba. Madame Allaygre, piadosa y grotesca, daba pataditas en el suelo.

Mientras miss Seven hablaba para evitar que Rosa llevara el peso de la conversación, la joven, con los ojos muy abiertos, contemplaba el panorama en que tantas veces se había recreado, y que a la sazón le parecía nuevo, desierto y triste. Recordó el discurso de su tío relativo a la sorprendente metamórfosis que a una sábana líquida la transformaba en tierra y árboles. Se sintió dominada por invencible y penetrante melancolía.

El tiempo pasaba. Las Durdelles y madame Allaygre propusieron llevar a Rosa a su casa. Deseaban humillarla hasta el fin acompañándola ostensiblemente en un fúnebre cortejo, y sobre todo las Durdelles no querían renunciar a semejante satisfacción.

Irían por el paseo de Baco al Tapiz verde. Llegarían al Palacio por el terraplén. Su masa pomposa, ostentando los trofeos de los balaustres, se destacaban como la otra tarde sobre el azul del cielo frente al Sol que declinaba. Las cien ventanas resplandecían con sus mil deslumbradores reflejos de incendio y de gloria. Rosa revivió aquel único minuto. Pero a la sazón tan irónico esplendor la abrumó con el peso de los siglos. Ninguna voz salió del palacio del silencio, y Rosa volvió a sentir las angustias de la noche anterior. ¡Tenía necesidad de un apoyo, de un brazo viril, espontáneo y gozoso! Estaba sola, perdida; se sentía pequeña en medio de la inmensa decoración desierta, infinitamente vacía.

Al llegar a una suave pendiente, que le pareció un calvario, fuera del palacio, se cruzaron en la plaza de Armas con un caballero que iba al trote como a unos cincuenta metros a la derecha.

—¡Es monsieur Lacaille!— dijo Enriqueta.

—Vuelve a casa—dijo Luisa—para cambiar de traje y marchar a París.

Enriqueta lanzó a su hermana una mirada de enojo, que se calmó al fijarla en Rosa; pero las dos Durdelles hurtaron el cuerpo. El oficial bosquejó de lejos un saludo balbuciente llevándose la mano al kepis: algo así como "¡Buenos días! ¿Quién sois? ¡Os conozco tan poco...!"

Rosa pensó: "¡Mañana ya no me conocerá!"

Una vez en su cuarto, durante el largo crepúsculo, a obscuras, esperando para comer a que monsieur de Vernay volviese de París, sola y separada de mis Seven, Rosa lloró amargamente con sollozos reprimidos. Una gota de agua había hecho desbordar el vaso.

VI

EL QUE PIERDE GANA

Habían pasado ocho días, fecundos en emociones. Al regreso de monsieur de Vernay, que volvió cansadísimo de su jornada de diligencias y carreras, Rosa enjugó valerosamente sus lágrimas. Después de una breve y fúnebre comida hecha a toda prisa y compuesta de manjares fríos bajo la mirada cada vez más severa del ayuda de cámara—¡le habían despedido para el día siguiente!, —obligada a cuidar del Barón, se había distraído de sus propios sufrimientos. La necesidad de comunicar valor a su tío se lo había infundido a ella.

Si vagaba como alma en pena por el vasto piso, ya vacío de los muebles que bien pronto se llevarían, y el cual sería preciso dejar para siempre dentro de algunos días, por lo menos no contribuía tanto a su tristeza el amor propio torturado. Se había resignado al cambio de situación; se había prometido no conmoverse con las vejaciones, simuladas o no, que cada día traería consigo en las irrecusables relaciones mundanas, relaciones que se hallaban en vías de atirantarse o de romperse.

Había recibido del mundo una lección demasiado dura para que no se sintiera dolorida; pero tenía el alma bastante altiva para deducir una enseñanza, y bastante grande para no guardar mucho rencor.

Sin embargo, lo que la perseguía en sus largos silencios y en los atentos cuidados que dedicaba a la casa—habían despedido a los criados, y uno solo reemplazaba a los tres antiguos, harto jactancioso para permanecer donde ya no se podía... robar en grande,—lo que ponía en su rostro una ligera sombra, era aquel indefinible sentimiento de soledad, contra el cual no podía defenderse por más esfuerzos que hiciera para desecharlo.

¿Soledad cuando alrededor suyo miss Seven se movía diligente, activa y con humor inalterable? ¿Cuando monsieur de Vernay la rodeaba de ternura profunda, con los ojos siempre puestos en ella inquietos y suplicantes? ¡Querido tío, que no se consolaba de no haber podido prevenir ni evitar la ruina! Sí; a pesar de todo eso, Rosa sentía una vaga y penetrante impresión de soledad.

¿Sin duda el contragolpe—que no le arrancaba una queja, pero que le parecía en extremo doloroso—de tanto abandono inesperado? ¿Sería acaso la singular ausencia de todo signo de vida por parte de aquel que, sin que ella misma lo sospechara, llenaba toda su vida? Porque ¿cómo explicar el si-

lencio, la abstención de Sicart después de aquella jornada en que habían sentido latir tan próximos sus corazones, y sobre todo después de una desgracia tan pública que la mera cortesía...?

Por fin a los cuatro días tuvo la explicación de aquella extraña conducta, y de su angustia y de su rencor que ni aun tenía fuerza para indignarse—él también era como los otros!—había pasado a una simpatía conmovedora que lo comprendía y lo excusaba todo.

Monsieur de Vernay, a quien había ido a esperar a la estación—iba a París sin cesar por diferentes motivos, para comparecer ante el juez de instrucción encargado del asunto y para otras mil atenciones que le hacían volver molido a la hora de comer,—le dijo cuando regresaban a pie a casa en la dulce irradiación de la tarde:

—¡A que no sabes con quién he viajado hoy?

Tuvo un presentimiento; pero no se atrevió a preguntar: ¡Con monsieur Sicart?

—¡No lo adivinas?

Sus párpados, semejantes a los plegados pétalos de una rosa, parpadearon sobre los claros y grandes ojos.

—Con ese pobre Sicart. ¡Figúrate! Iba todo de negro y con aire triste. Acababa de recibir la noticia de la muerte repentina de una tía a quien amaba mucho. Iba a su entierro a Amiens.

—¡Ah!—dijo Rosa.

—¡Es verdaderamente un buen muchacho! He comprendido que no sabía nada de nuestra catástrofe. Pareció sentir mucha pena cuando le puse al corriente. Me cogió las manos y me las apretó como si hubiese sido un verdadero y antiguo amigo. Estoy seguro de que estaba verdaderamente afligido. Tenía la voz turbada, y me encargó mucho que te ofreciera sus respetos.

Rosa no contestó; pero una especie de alegría enardeció su corazón oyendo que el Barón decía:

—Por lo menos, la adversidad tiene eso de bueno; que ayuda a distinguir los verdaderos amigos de los falsos. Es la piedra de toque de los caracteres.

Desde aquel momento se sintió menos triste, aunque persistiera su impresión de soledad. Había sufrido antes con la abstención, y entonces sufría con la ausencia. Era otro sufrimiento, menos agudo, pero que a la larga deprimía.

Por fin, en el correo que mis Seven y ella abrían con una serenidad casi sonriente, estimando en su verdadero valor las diversas protestas de sentimiento que recibían, saltó a los ojos de Rosa una carta de letra desconocida. ¡El sello de la estafeta de Amiens! Sintió palpitaciones de corazón. El sobre iba dirigido a monsieur de Vernay.

—¡Es para tí, tito! ¡De Amiens!

—Abrela y lee, hija mía.

Con tono tranquilo, pero en el cual miss Seven sintió vibrar cierta emoción interior, Rosa leyó en voz alta. Por la noche, tendida en su lecho, en medio de la calma de la casa dormida y silenciosa, volvieron a su memoria aquellas frases sencillas, pero indudablemente sinceras. Las repetía tal como las pronunció a medida que iba descifrando la escritura cursiva, a la vez contrahecha y clara. Y las palabras sonaban armoniosamente en sus oídos con la entonación que ella misma les prestaba, y que recordaba aún desde el día—tan reciente y, sin embargo, tan lejano—de la visita al Palacio. ¡Tantas cosas habían pasado desde entonces! Fué ayer, pero en otro tiempo.

"Deploro, estimado señor, que por haber estado tan absorto en mis propias ocupaciones no haya podido expresarle la parte que tomo en sus pesares. No quiero esperar a mi regreso para asegurarle en tan dolorosas circunstancias mi más calurosa simpatía. Espero a mi próxima vuelta a Versalles poder expresárselo mejor, y le ruego que no vea en mi importunidad más que el ferviente celo de un amigo, que no por serlo nuevo es menos devoto".

—¡Es la carta de un hombre de corazón! —decía Rosa; y llegaba, no sin turbación, a la última frase: "Le ruego que presente a mademoiselle de Vernay el homenaje de mi respetuoso recuerdo". ¿Es que atribuía a estas palabras un sentido especial? ¿Podían no significar más que un tributo de cortesía? La joven creyó descubrir en ellas algo más.

La amarillenta y tenue luz de la lamparilla no esparcía, como la otra noche, una especie de fúnebre resplandor, sino una claridad suave sobre los muros de la habitación y las flores de la tapicería, que tantas veces se habían mezclado a sus ensueños, y sobre los muebles, animados de una vida familiar. Lo mismo que en otro tiempo, parecía flotar en aquella estancia una atmósfera íntima y recogida. A Rosa le parecía estar menos sola, y por primera vez desde hacía ocho días se durmió sin temor por el mañana.

Despertó ya muy tarde. Por las cortinas descorridas entraba la luz del mediodía. Miss Seven iba y venía arreglando la habitación. Rosa se frotó los ojos sorprendida.

—¡Qué sueño!—exclamó alegremente la institutriz.

—He descansado bien—dijo Rosa.—Es la primera noche que he dormido de un tirón desde...

Al pronunciar estas palabras, al renovar

el eterno recuerdo, sintió el corazón oprimido. Habíase desvanecido la confianza de la víspera. Reflexionándolo bien, ¿qué probaba la carta de monsieur Sicart? ¡Nada! Su recuerdo había sido el día anterior un estrecho puente tendido entre los dos. Rosa se había lanzado a él con impulso irreflexivo; pero a la sazón sentía temblar bajo sus pies el frágil lazo de unión: el puente crujía sobre sus pilastras de sombra. ¿Qué sabía ella del arquitecto, de su carácter, de su vida ni de su familia? Y él, ¿qué sabía de ella? Quizás no supiese toda la verdad, la irremediable extensión de su ruina. Cuando la conociera a fondo, ¿qué diría? Sin duda se había engañado acerca del sentido de aquella carta: le había dado más alcance del que debiera "El homenaje de su respetuoso recuerdo", era una fórmula trivial que a nada comprometía.

Pasaron a lo largo de las fuentes...

Pasó por las inquietudes de la vida, y otra vez volvió a punzarla este pensamiento: "¡Era pobre y, por lo tanto, nada valía!" Desfallecida, doblaba la cabeza agobiada por la insoportable soledad.

Como su semblante hablaba, miss Seven, ayudándola a levantarse y a hacer la cama, la apremió con afectuosas preguntas. Dolorida, se confesaba, y a medida que iba descargándose del pesado fardo se sentía menos triste. Miss Seven, grave, con su clarovidencia a tanta costa adquirida, descubría en el alma de Rosa todo el sencillo y completo secreto. "¡Le ama!"—se decía para sí;—y por más que lo sospechara todo, porque su ternura le daba como una doble vista, sintióse conmovida, como si en el fondo de su viejo corazón se hubiera estremecido alguna antigua quimera.

Maternalmente le aconsejó prudencia. Sin duda alguna, monsieur Sicart parecía un hombre de naturaleza distinguida y dotado de admirable rectitud; pero ¿qué prueba una carta de pésame? "Hay que esperar, hija mía, y pensar lo menos posible". Cierto es que la vida tiene sorpresas, pero pocas veces son buenas. Y recordando su experiencia personal, miss Seven movía filosóficamente la cabeza.

La tarde fué de las más penosas. La pasaron solas inventariando el mobiliario y las baratijas del salón. Monsieur de Vernay había ido a París para asesorarse de una persona experta. ¿Harían la almoneda en Versalles? El Barón no era de este parecer. ¿Cederían separadamente a diferentes anticuarios algunos de los mejores muebles, o sería mejor transportarlo todo al hotel Druot, haciendo previamente un reclamo con anuncios y carteles? Aquella noche tomarían la resolución definitiva. En cuanto a la casa, cuyo arrendamiento todavía duraría tres años, decidieron que, una vez vendidos los muebles, tratarían de subarrendarla. Melancólicamente, pues, a medida que miss Seven designaba los objetos, Rosa los anotaba en una lista.

—Un mueble italiano del siglo XVII, con marquetería y bronce. Dos vasos de Delf.

Sonó un timbre. Miss Seven soltó uno de los vasos, que contemplaba con pena.

—¡Con tal que María diga que no hay nadie!

—A menos que...—Pensó Rosa.

Pero se oía hablar en el vestíbulo. Al poco tiempo se presentó la doncella, confusa y con una tarjeta en la mano.

—Es un caballero—dijo.—Cuando le he dicho que no estaba el señor Barón, me ha preguntado si podría ver a miss Seven.

La institutriz, con los ojos fijos en la cartulina, leyó: **"Enrique Sicart"**.

Interrogó con un signo a Rosa, que se había levantado pálida. Hubo un momento de vacilación. ¿No recibirle? Era lo más correcto. Pero ¿quién sabe si al cerrarse tras él la puerta no se la cerrarían al destino? Una palabra decide a veces de una vida.

—¡Hacedle entrar!—dijo miss Seven.

Hubo un instante de muda espera, durante el cual Rosa, intentando recobrar la calma, pensaba: "¡Estoy loca, o qué es lo que tengo?" Casi deploraba estar allí y haber consentido... Pero era demasiado tarde. El portier se levantó delante de ella sostenido por la mano de la criada, que anunció:

—¡Monsieur Sicart!

Enlutado y con guantes negros avanzó rápidamente. En un extraño desdoblamiento de su ser, Rosa, repentinamente lúcida y dueña de sí misma, le veía avanzar, y escuchaba sus propios pensamientos.

Una visión de intensa claridad grababa en ella la imagen severa y elegante. Sicart, completamente desconcertado, tenía en la mano izquierda su sombrero de copa alta con gasa de luto, en la cual lucían perlas de azabache como cabezas de alfileres.

Su semblante denotaba la fatiga de vigilias y viajes y tenía una ardiente expresión de simpatía, velada por su tímido embarazo. Rosa conoció que tenía vivísimos deseos de darle la mano derecha, que conservaba libre, con gesto espontáneo y amistoso ademán, y que no se atrevía. El brazo colgaba inerte y como rígido al hacer ante la joven una profunda inclinación. Luego saludó a miss Seven; pero rápidamente, como si estuviera impaciente por dirigirse a Rosa, y con voz ronca—la joven no reconoció la entonación de la otra vez, más reposada y algo melodiosa; aunque es verdad que con aquella emoción no era nada desagradable,—Enrique Sicart se excusó balbuceando un poco y con palabras entrecortadas:

—Perdonadme, mademoiselle, por haber insistido en que me recibierais. Desearía que monsieur de Vernay supiese... Mi primera visita ha sido para él tan pronto como he llegado. Cuando tuve el placer de serviros de guía la otra tarde, no podía imaginar que tan pronto hubiera de asociarme a una pena que... Monsieur de Vernay puede estar persuadido, mademoiselle, de que nadie lo ha sentido más que yo.

No llegaba a concluir las frases: sufría un verdadero martirio pensando que podía parecer ridículo, acaso importuno. Sus ideas se precipitaban en tropel en presencia de Rosa, y las palabras se le atragantaban. El deber de no decir más que generalidades insignificantes, cuya frialdad a él mismo le helaba, entonces que hubiera querido gritar lo que pensaba, ofrecer en triunfo su persona entera y su fortuna, hablar de su aflicción, y también de su alegría, porque había sentido tanto gozo como dolor con la idea de que de aquella catástrofe tal vez naciera su felicidad; todo esto le trastornaba hasta tal punto y con tan visible emoción, que poco a poco su turbación iba seduciendo a Rosa.

Ella recobraba la serenidad, y se arrepentía de aquella especie de alejamiento, de aquel brusco retroceso del alma que la había separado de él al mismo tiempo que él se aproximaba. La enternecía aquello mismo que él no acertaba a decir, y que su aire humilde y sus ojos suplicantes expresaban con muda interrogación mucho mejor que las palabras. La turbación de Enrique la impresionaba más vivamente que lo había hecho nunca la desenvoltura de nadie.

Balbuceó a su vez que estaba muy reconocida; tanto más, cuanto que monsieur Sicart había tenido también sus pesares, un duelo...

Miss Seven acudió en su socorro.

—Monsieur de Vernay—dijo—os quedará muy agradecido. Después del largo viaje que acabáis de hacer...

Con mucha sencillez explicó Sicart el acontecimiento y el dolor que le produjo aquella muerte inesperada; cuánto amaba, aunque tía, que era la hermana mayor de su padre, y la única persona que había conservado en el mundo la memoria y el afecto de los seres queridos ya difuntos. Con ella se rompía el único lazo que le ligaba a los recuerdos vivientes de su pasado. Era la última que quedaba de la familia: a la sazón estaba solo, y era una cosa bien triste que todos aquellos hogares hubieran ido extinguiéndose uno a uno. Manifestó vivo pesar por haber llegado demasiado tarde para cerrar los ojos que habían grabado en el fondo de su pupilas tantas imágenes para él sagradas. El único consuelo que tenía era que la pobre anciana había muerto sin sufrir, pues su aliento se extinguió en unos cuantos minutos. Había caído del árbol de la vida de golpe, como un fruto maduro que silenciosamente se desprende. Sin duda era así mucho mejor. Daba gracias a la Providencia que por lo menos le había ahorrado la inutilidad de una larga agonía.

Rosa oía su voz grave, en la cual la emoción de hacía un momento se dulcificaba

con una tristeza reprimida, aunque, sin embargo, confidencial. Experimentaba una sensación consoladora, como si sumergiera y sosegara su alma en un agua muy fresca, muy profunda, y tan pura, que claramente se divisara el fondo. Nunca hasta entonces, a no ser de su tío o de miss Seven, había recibido de persona alguna semejante impresión de libertad en la plenitud del sentimiento. Escuchando a Enrique Sicart no la herían ninguna de las indirectas, reticencias y fingimientos que había soportado durante mucho tiempo, y aun practicado en el mundo: mentira que entonces le parecía odiosa. ¿Cómo había podido complacerse con aquellos desvaríos, con aquel batir de agua jabonosas e irisada que se deshacía en vanas burbujas? Se preguntaba esto en el momento mismo en que su espíritu se bañaba en aquellas sencillas palabras, en aquella agua lustral.

Miss Seven contestaba a las confidencias de Sicart con una franca narración de los días por que acababa de pasar la casa. Se daba cuenta exacta de la atención pensativa que ponía el arquitecto, el cual no manifestaba una simple cortesía, sino verdadera amistad.

Sin embargo, Rosa observaba con sorpresa que lo que el semblante de Sicart reflejaba al oir las palabras de miss Seven no era una tristeza enternecida, sino más bien una especie de secreta alegría, y casi pudiera decirse que de viva satisfacción. Y este sentimiento, que no podía explicarse, le producía como el efecto de una vaga caricia: volvía a sentir, amplificada, la impresión de sostén y de fuerza que encontró noches anteriores al apoyarse en miss Seven, cuando sollozaba sobre su pecho. Al mismo tiempo estaba confusa y era feliz.

Sicart se levantó al fin, y entonces le pareció a Rosa que acababa de llegar, aunque hacía cerca de una hora que estaba allí. Ni más ni menos que miss Seven, no pensó en admirarse cuando el arquitecto manifestó su intención de volver pronto para presentar sus respetos a monsieur de Vernay. Al solicitar permiso para retirarse, fué ella la primera que espontáneamente le alargó la mano. Sisart se puso tan encendido y pareció tan completamente feliz, que Rosa, estrechando tímidamente los dedos que oprimían los suyos, logró no ponerse de color de púrpura. Su corazón palpitaba tan fuertemente, que no percibió más que como un murmullo el adiós de Enrique. Temiendo que el sonido de su voz la delatara, disimuló su emoción con una sonrisa. Fué para los dos un momento de profunda turbación, y, sin embargo, un breve y delicioso minuto.

Al otro día Rosa se lo reprochó amargamente. No podía pensar en ello sin cierto sobresalto de vergüenza; la sola idea de su mano extendida, de la felicidad imprevista que había causado y del rubor que por milagro había podido evitar, hacía subir a sus mejillas una brusca y sofocante bocanada. ¡Si ella hubiera sabido...! Y furiosa se sentaba silenciosamente en un rincón, mientras miss Seven, que había recobrado su antiguo buen humor, daba vueltas en torno de ella frotándose las manos. ¡Ah! ¡Ciertamente, la institutriz; con sus gruesos labios apretados, se hubiera guardado muy mucho de dirigir la palabra a una joven de tan mal carácter! Pero en su boca cerrada y en sus ojos entornados retozaba una maligna sonrisa. ¿Había llevado de París monsieur de Vernay alguna noticia sensacional? ¿Se había retardado la venta de los muebles, o, por el contrario, se había decidido? ¿Es que en la situación extrema en que se hallaban un acontecimiento cualquiera, por triste o consolador que fuese, podía excitar a la vez la desesperación de Rosa y el contento de miss Seven?

No se trataba de un acontecimiento, sino de algunas palabras triviales por el Barón durante la comida sin darles importancia alguna; un cuento de viaje que recogió en el camino, y que contó a propósito de la visita del arquitecto.

—¿Sabéis una cosa?—había dicho monsieur de Vernay.—Es, sencillamente, un ricachón. Delante de mí han dicho que acaba de heredar más de diez mil francos de renta. Su tía le ha dejado todo lo que poseía. Y no es eso todo, porque parece que ya tenía por lo menos otro tanto.

Desde que oyó esto Rosa estaba inconsolable. ¡Monsieur Sicart era rico! Cuando, ignorante de todo, le dió la mano en un arranque de sincera simpatía, tal vez habría creído—¡quién sabe!,—si no que el interés le inspiró aquel movimiento, por lo menos, que el pensamiento de que era rico a su vez, y en el momento mismo en que ella había caído en la pobreza, entraba por algo en su conducta.

La sola idea de que pudieran acusarla de semejante cálculo, idea muy natural después de todo, aun en un hombre delicado, cuya suerte había cambiado de la noche a la mañana y que, pobre, o supuesto tal, se despierta rico, la enloquecía. Mucho más—pensaba, tomando las suposiciones más fútiles por evidencias irrefutables—cuando el cambio de papeles hace la explicación de su parte de todo punto verosímil. Apenas me conoce, y sin duda pensará: "He aquí una muchacha que la semana pasada era millonaria. Entonces apenas reparaba en mí. ¡Me creía sin un cuarto! Hoy que tengo veinte mil francos de renta y ella nada, es menos altiva."

villanía! ¡Que ella misma, por un ardor impremeditado, hubiese dado pretexto para interpretación tan degradante! Esto la irritaba; representaba para ella un suplicio, comparado con el cual todo lo que había sufrido hasta entonces no era nada. Y lo que más agravaba la crueldad de aquel tormento era que fuese cabalmente monsieur Sicart quien de tal modo pudiera juzgarla. La opinión de un Roberto Dumerchin o de un Lucaille la hubieran tenido muy sin cuidado; pero el juicio de Sicart era otra cosa. No podía resignarse a perder su estimación.

—¡Os lo ruego, miss! ¡No me miréis así, con esos ojos que parecen burlarse de la gente!

Se levantó, pateó en el suelo, y estuvo a punto de llorar de rabia; cosa que hubiera hecho si miss Seven, haciéndola sentarse otra vez junto a ella y acariciándola, no la hubiera aliviado del peso de su secreto después de mil rodeos.

—¡Bah!—decía miss Seven dándole golpecitos en el cuello.—¡Monsieur Sicart no ha creído eso ni un solo momento! ¡Pondría las manos en el fuego!

Rosa preguntó:

—¿Estáis segura, miss?

Y miss Seven se frotaba las manos alegremente, moviendo la cabeza por toda respuesta. Al mismo tiempo repetía gozosamente para sí:—¡Le ama, le ama! ¡Sólo se desea la estimación de las personas a quienes se quiere!

Miss Seven había visto claro en el corazón de Rosa y en el de Enrique. Aunque con su rechoncha y pequeña figura a muchos les parecía tonta, tenía el sentido exacto de la vida, y raras veces se equivocaba al juzgar las almas. La hora que la víspera había pasado con Sicart le bastó para apreciarle. ¡**Era un hombre**! De ahí la afectuosa sonrisa que cada vez más claramente brillaba en sus ojos y plegaba sus labios iluminando su rostro placentero, todavía ajado, pero cuya majestad natural renacía con la calma.

Cosa curiosa, y que dos días después sorprendió a Rosa cuando volvía de compras un miércoles: la sonrisa, un poco irritante, de miss Seven, había contagiado a monsieur de Vernay; y el contagio era tanto más chocante, cuanto que desde que se recibió la fatal noticia, el ceño del Barón no se había desarrugado un momento. Monsieur de Vernay se agitaba sin cesar presa de un fúnebre dolor: siempre de camino entre París y Versalles, no salía de su mudo y concentrado abatimiento más que para encolerizarse y maldecir. Pero aquella mañana iluminaba su semblante extraordinaria alegría. Cogió de manos de Rosa el voluminoso paquete de las compras, y con voz que quería hacer indiferente le anunció:

—Durante tu ausencia he recibido una visita.

Rosa adivinó. ¡Había vuelto! ¡No la despreciaba! ¡Miss Seven tenía razón!

—¿No me preguntas de quién?—dijo el Barón.—De monsieur Sicart. Es verdaderamente un hombre correctísimo. No había vuelto a verle desde que le encontré cuando iba a Amiens. ¿Sabes que no todos nuestros amigos se han portado como él?

¡Que si lo sabía! ¿Sería aquello todo lo que su tío tenía que decirle? Esperaba anhelosamente. Pero monsieur de Vernay no dijo más. Cuando se sentaron a la mesa, y siempre sonriendo—que era lo que redoblaba la curiosidad de Rosa,—siempre negligentemente, y después de hacer a miss Seven un signo de inteligencia, volvió a decir:

—¡A propósito! Monsieur Sicart se ha acordado de su promesa. Me ha ofrecido enseñarme la fuente de las Cúpulas, que está a punto de terminarse, y si tú quieres, algunos otros bosquecillos. Un paseíto por el parque no nos vendría mal hoy. ¿Qué te parece? Eso cambiaría el rumbo de nuestras tristes ideas. Si no te desagrada, no tendríamos más que pasar por el palacio a eso de las cuatro. Monsieur Sicart nos esperará.

Rosa miró a su tío, que afectaba un aire indiferente. Miss Seven, con los ojos fijos en el plato, parecía mirar con singular atención la fresa que espolvoreaba con azúcar. ¡Qué extraño era aquello! Y he aquí que después de haber doblado su servilleta monsieur de Vernay se levantó de la mesa canturreando una música de su invención: ¡Pun... pum... pum...! Extraño era aquello, muy extraño. Algo ocurría que tito no había querido decir.

Lo que no dijo, y lo que Rosa supo por miss Seven a fuerza de acosarla con preguntas, era que monsieur Sicart había tenido con el Barón una larga entrevista, en la cual habían hablado muy extensamente de ella. Otra cosa positiva había también; que los rumores que corrían sobre la fortuna de monsieur Sicart eran exactos. El mismo lo había confesado explícitamente. Y como Rosa insistía, miss Seven le dijo:

—¡No, no; mademoiselle! ¡No sé más! ¡No diré más! ¡Vuestro tío se pondría furioso conmigo si supiera que soy tan parlanchina!

El tiempo voló. Apenas acababa Rosa de vestirse, cuando ya era la hora. Al salir de su cuarto vió a su tío, que en el extremo del pasillo cuchicheaba con miss Seven, y exclamó:

—¡Ah! ¡Esta vez os he cogido! ¡Esto es ya demasiado fuerte!

La sonrisa se había borrado en los labios del Barón. Miss Seven, por el contrario, acentuaba la suya. Monsieur de Vernay se acercó ceremoniosamente a Rosa, la cogió por el brazo, y seriamente le dijo con voz algo temblorosa:

—Lo sabes a medias, querida mía. Pues bien; sí. Me reservaba decírtelo. Monsieur Sicart no ha venido esta mañana sólo por mí. Hace muchísimo tiempo que piensa en tí... ¡Oh; antes, mucho antes! Pero está intranquilo, muy intranquilo, acerca de lo que tú piensas de él. Me ha consultado, y yo le he respondido: "Ved a mi sobrina, porque yo no sé nada ni soy nadie. Ella decidirá de sí misma".

—¡Ah!—dijo simplemente Rosa.

Pero, en vez de subir a su rostro en ardiente oleada, toda su sangre se paralizó, produciéndole una sofocación en la cual la alegría era tan fulgurante, que casi le pareció dolorosa. Y su sorpresa fué tal—no porque no esperase algo, aunque sin haber fijamente lo que esperaba;—su transporte fué tan brusco, que, muy pálida, tuvo que apoyarse en el brazo de su tío. Las lágrimas de que tenía henchido el corazón no brotaron, sin embargo. Tenía los ojos secos, y las manos ardientes. Creyó que iba a desfallecer.

—¡Bien, bien!—balbuceaba monsieur de Vernay rodeándole la cintura; y la miraba con amorosos ojos mientras la sostenía, y miss Seven, inclinada sobre ella, murmuraba:

—¡Vamos, niñita!

Rosa les dirigió una mirada de angustia. La idea de conversar a solas con monsieur Sicart la acobardaba. ¿Qué podría decirle? ¿Qué debía responder? Estaba agitadísima en medio del tumulto de sentimientos que estremecían su alma. A su dulce éxtasis se mezclaba una gratitud y un enternecimiento infinitos. Así, pues, ¿la amaban, la amaban por ella misma? ¿A pesar de la ruina, a pesar del descrédito, a pesar del abandono en que había caído, y mientras unos, los mismos que cuando era rica la habían cortejado la rechazaban, otro, entonces encerrado en impenetrable reserva, se presentaba cuando ella era pobre y consentía en tomarla por ella misma, y nada más que por ella, por su alma, por su cuerpo, por su corazón, y no por lo que antes la recubría ocultando todo esto; la miserable, la odiosa envoltura dorada? Pero al mismo tiempo aquella sencilla generosidad, inesperada despues de tantas traiciones de personas y de principios en que había creído, la estremecía agitando sus mejores sentimientos con aquellos otros que durante los últimos días habían podido inspirarle acre y recelosa suspicacia.

Preguntó solamente:

—Pero tú, tito, ¿qué es lo que piensas de monsieur Sicart? ¿Qué le responderías en mi lugar?

Monsieur de Vernay reflexionó un segundo.

—No puedo, hija mía, prejuzgar nada acerca de una respuesta que sólo tu corazón debe dictar. Pero lo que puedo y debo decirte es que considero a monsieur Sicart como una excelente persona, que su proceder me agrada y me honra, y que si en vez de tener una hija como mi sobrina, tuviese un hijo, estaría muy orgulloso de que se pareciera a él.

Mientras los tres se dirigían al Palacio Rosa repetía en su fuero interno estas palabras con gozosa convicción. Sí; monsieur Sicart merecía todas aquellas alabanzas, y aun muchas más. Y, sin embargo, de nuevo la atormentaba el temor que un día la había dominado después de aquel espontáneo apretón de manos. ¡Con tal que monsieur Sicart no supiera que su fortuna pudo influir en aquello! Esta idea que ella misma por su rectitud natural no hubiera sospechado antes, cuando los papeles estaban invertido—pero que la escuela de la desgracia le había enseñado,—le parecía el peor de los ultrajes, y la única sospecha que podía causarle una insoportable humillación. "¡Si me ama—objetaba ella misma,—no puede tener semejante pensamiento!" Pero ni aun la certidumbre de que la amaba era suficiente para disipar su angustia.

Al atravesar la plaza de Armas recordó la última entrevista, la larga y agradable visita al silencioso Palacio. ¡Qué de cosas habían pasado después! Franqueada la verja y extendiendo el brazo hacia la capilla, dijo monsieur de Vernay:

—¡Monsieur Sicart nos espera!

Cierto sosiego tranquilizaba a Rosa, la inundaba de una ternura humilde, profunda, sumisa, a la cual, palpitándole el corazón aceleradamente, se esforzaba en resistir por una rebelión del orgullo, pronto, sin embargo, a capitular.

Pero mucho antes de lo que ella pensaba se resolvió todo; aunque antes de que tuviera tiempo de reflexionar. ¡Qué poco valen todas las cosas cuando lo quiere el amor todopoderoso!

Enrique, blanco como el papel, acababa de estrechar la mano de monsieur de Vernay y de saludar a miss Seven. Estaba delante de ella con la frente inclinada. El sombrero temblaba entre sus dedos. Apenas se atrevía a levantar los ojos, sabiendo que de una

mirada iba a depender su vida. Todo su ser expresaba una súplica, un respeto ardiente, el terror mezclado con la esperanza. Rosa, cuyo arrogante orgullo cedía el paso a una deliciosa vanidad ante aquel homenaje de amoroso silencio, sentía disiparse todo temor y que su corazón se enternecía. Entonces, sin pronunciar ni una palabra, se encontraron sus ojos, se unieron sus manos, y en aquel mutuo obsequio de sí mismos se fundió el mundo entero para ellos. Ninguna otra cosa existía ya.

Pasearon por los parterres llenos de estatuas, a la claridad de la tarde. Las rosas saturadas de luz, exhalaban perfumes penetrantes. Pasaron a lo largo de las fuentes, donde el agua azul refleja los cielos. Entraron en las espesas alamedas, al final de las cuales se abría en la verde sombra un arco de oro.

Iban algunos pasos delante de monsieur Vernay y de miss Seven. Eran casi de la misma estatura: ella, un poco más alta que él. Sin volver la cabeza, impulsados por un solo movimiento, hablaban a media voz, no de lo pasado, demasiado lleno de recuerdos extraños para que sintiesen gusto en recordarlo, sino de lo presente, que realizaba sus ensueños, y de lo porvenir, lleno de luminosos proyectos.

Las palabras que cruzaban, y que a quien hubiera podido oirlas le habrían parecido insignificantes, encerraban para ellos el Cielo y la Tierra y se elevaban hasta lo infinito. Enrique hablaba de su juventud solitaria y estudiosa, del miedo que al principio le había causado Rosa, demasiado bella, demasiado rica y elevada: luego, cuando la había conocido mejor, un sol radiante había desvanecido las tinieblas en que vivía, y ya no concebía la vida sin aquella celeste irradiación. Pintaba como mejor podía la embriaguez de su gratitud, su adoración casi religiosa, y el don con que le enriquecía consintiendo en amarle. Y en estas palabras, que le parecían frías, pero cuya delicadeza inspiraba a Rosa un reconocimiento sin límite, cantaba su felicidad.

La admirable puesta de Sol, deshecha en rayos de fuego sobre los jardines desiertos, la solemnidad del parque y de la profunda arboleda, cuyo follaje inmóvil respiraba en la luz; el perfume de la tierra, henchida de tantas primaveras y otoños; los mármoles innumerables animados por el genio del hombre bajo sus escamas de oro y sus musgos verdes; aquella decoración sin igual, se mezclaba a todos sus pensamientos, penetraba en ellos sin que ellos lo notaran, y hacía más grande su amor con todo el horizonte de lo pasado, en aquellos lugares donde se estremecían estrechamente unidas la vida y la muerte de las cosas.

Inconscientemente sus pasos los habían llevado hasta aquel punto del Tapiz Verde donde después de la visita al Palacio se hagían separado días antes. Rosa se volvió. Monsieur de Vernay, ayudándose con la mímica, indicaba a miss Seven la configuración de los bosquecillos. Se aproximaban tan absortos en su coloquio, que no percibieron la detención de los jóvenes, que se unían a ellos. La voz del Barón decía: "Y de este lado estaba la galería del agua, detrás de la columna."

Rosa los envolvió en una alegre mirada. Le pareció que los malos días estaban ya lejos y olvidados de todos. A la sazón cogió el brazo de Enrique: eran dos, eran cuatro... En aquel instante y en aquel sitio, la vida comenzaba de nuevo para la definitiva y larga etapa. El camino se prolongaba a lo lejos, todo derecho, perdiéndose en la soleada extensión, como aquella perspectiva de gloria y claridad que desplegaba ante ellos la lontananza del Tapiz Verde y del Gran Canal; surcos de luz en los campos de Francia. Juntos, y sin que ni un segundo Enrique y Rosa dejaran de adorarse, por más que la conversación se hiciera general, los cuatro continuaron el paseo. Monsieur de Vernay preguntó maliciosamente:

—Y bien, Rosa; ¿no vamos a dar nuestra vueltecita por el Jardín del Rey?

Ella protestó con sincera energía:

—¡Ah, no; gracias! ¿Por qué volver a la prisión tan pronto? Lo cual no impide—añadió al cabo de un instante—que me proporcione el placer de volver allá un día para tomar mi desquite.

Monsieur de Vernay sonrió.

—¡Miren la orgullosa!

—¡Tiene razón!—dijo miss Seven.—¡Entre los buenos amigos, las cuentas claras!

Llegaban al bosque de las Cúpulas, e iban a entrar en él, cuando los vieron unos paseantes que llegaban por una de las alamedas vecinas. Miss Seven, que fué la única que los notó, fingió no haber reparado en aquella circunstancia. Había entre ellos una señora muy chismosa. Enrique y Rosa, uno al lado del otro, entraban precisamente en el bosquecillo. "¡Bah! — pensó miss Seven.—¡Después de todo, ahora pueden decir lo que quieran!"

No cometían ninguna falta.

Durante algunos días no se habló en Versalles de otra cosa que de este extraño acontecimiento: monsieur Sicart había venido a ser un partido envidiable, y cortejaba a Rosa de Vernay. La señora chismosa que había visto a nuestros amigos conocía al arquitecto por amigos suyos, que también lo eran de ella. Conociendo su antigua posición y lo de la herencia que había tenido, refirió su

descubrimiento a propósito de Rosa, cuya reciente aventura era todavía la comidilla de los murmuradores.

Esta era la bomba que estalló el martes siguiente en el saloncito de las Durdelles. Aunque fuese a principios de julio, continuaban sus recepciones. Iban a marchar pronto a una playa, según decían a todas sus amigas; pero deseaban recibir hasta el último momento. Siempre había seguridad de encontrarlas en casa los martes. Iba quien quería, o por mejor decir, no iba nadie, porque a pesar de sus amabilidades y de los pastelillos secos con que embellecían sus tés, a reserva de economizarlos en los menguados postres de la semana, el salón estaba casi siempre vacío: el círculo de los sillones ofrecía en vano sus brazos. Las visitas eran por demás escasas.

Luisa Durdelle se lamentaba, con razón, comparando aquella habitación triste y desnuda (donde un antiguo mueble de caoba cubierto de cachemira se esforzaba en vano por rejuvenecerse al contacto de algunas alegres muselinas inglesas) con los salones dorados de la Dumerchin, cuyos saraos eran tan codiciados; con el **hall** de madame Allaygre, que daba tan buenas comidas, con el gabinete de madame Hornot de Lurailles, que era tan bonita. ¡Allí sí que había concurrencia desde bien temprano! Luisa movió filosóficamente la cabeza.

¿Qué interés podían ellas ofrecer comparable con aquello? Porque Luisa Durdelle no tenía nada de tonta, y precisamente de un ingenio mordaz, aunque mediocre, procedía todo su mal. Más inteligente, se hubiera resignado; menos, no hubiera sufrido. ¿Por qué Enriqueta tragaba tanta bilis?

Pero sonó la campanilla. Luisa se estremeció.

—¡Mamá, que llaman!

Y sin piedad alguna sacudió a la venerable madame Durdelle, amodorrada en un extremo del canapé. Esclava de la costumbre, la anciana señora abrió los párpados sin moverse. Sus ojos azules se animaron con amortiguado fuego, su arrugada e inexpresiva faz se adormecía de mejor gana en aquellas pesadas tardes de estío. Pero a la primera palabra se despartaba, firme en su puesto. Cruzaba las huesosas manos cubiertas con mitones grises sobre su eterno vestodo de seda negra, el traje de diario que usaba hacia diez años.

Luisa hizo su inspección. Echó una ojeada a la mesa. Los claveles estaban en su vaso de Venecia; la **Revue des deux Mondes** y el **Correspondant** hallábanse bien a la bista. (Los alquilaban por la mañana en un gabinete de lectura). Enriqueta, con el busto erguido en su silla, estaba pronta a levantarse con una sonrisa. ¡Bien! ¡La puerta podía abrirse!

Se abrió con majestad. Madame Dumerchin, adornada con plumas negras que colocadas en lo alto de su pequeña cabeza y de su gran cuerpo recordaban los penachos de los cocheros de pompas fúnebres de primera clase, entró, no sin cierta ceremonia. Hacía su visita anual. En verdad que no hubiese podido hacerla más tarde, habiéndola dejado de un mes para otro hasta el extremo límite de julio. ¡En fin, es preciso ser corteses! En tal medida lo era con las Durdelles. Estas necesitaban hacer más de veinte visitas para merecer una, y aún hecha sin buena voluntad, al final de la estación, como de saldo.

Aunque sintieran vivamente la dureza de la limosna, estaban demasiado habituadas a su voluntaria servidumbre, mundanas condenadas a perpetuidad, y tenían demasiado necesidad de madame Dumerchin para dejar de dispensarle la más cordial acogida.

La prefecta se sentó en el borde de uno de los arrugados silloncitos de caoba—no satisfaría nunca plenamente, según la frase de Moliére, el deseo que tenía de abrazarla,—y con tono protector hizo algunas preguntas sobre la salud de monsieur Durdelle, el próximo papel de Luisa al reanudarse las reuniones de invierno, su viaje para la costa.

—¡Allá para el 12 o el 13, probablemente —dijo Luisa haciendo monadas.—En realidad, no se podía estar allí el 14.

Asistir a la fiesta nacional, ¡eá! Estaba mal visto. Enriqueta no participaba de este prejuicio; aquel día los coraceros, de gran gala, seducían en Longchamps, y no había nada más hermoso que ver desfilar el regimiento entre los destellos de las corazas de acero. El estandarte flotando sobre la ola viviente de caballos y de hombres desplegaba su seda gloriosa franjeada de oro. Y Lacaille, resplandeciente bajo el casco y con la escamosa carrillera que le cruzaba la barba, tenía enteramente el arrogante perfil de un capitán romano. Pero puesto que aquella diversión popular no era de buen tono...

—¿Y a dónde van ustedes?—preguntó la Dumerchin.

—¡Ah! No lo hemos decidido todavía.

No sabían si a Veulettes, o acaso a un sitio encantador del cual les habían hablado, un rincón perdido en la Bretaña. Les tentaba mucho. La Naturaleza un poco salvaje, el Océano tan bello... Omitían decir: la vida barata... Pero estas cosas ¿se confiesan alguna vez? Todos los años las Durdelles procuraban alquilar amueblado su cuartito durante las vacaciones. Por fortuna para ellas,

esta moda estaba admitida en Versalles. Con el beneficio que obtenían así pagaban su breve excursión, anunciada con gran estrépito, a alguna playa de renombre, y que al fin terminaba en cualquier agujero desconocido, donde se consagraban ásperamente a bienhechoras economías. Allí, libres de los dichosos trapos, esperaban con impaciente tristeza el momento, a la vez temido y bendecido, de volver a engalanarse. Porque, como muchos siervos, amaban su servidumbre.

Agotados los incidentes menudos, pasaron al obligado asunto de la conversación.

—¿No sabéis la noticia?—preguntó Luisa.

—¿Qué noticia?

Madame Dumerchin tomó un aire de autoridad suprema. No se conmovía con ninguna noticia.

—Que monsieur Sicart, el arquitecto del Palacio, y Rosa...

¡Ah, sí; en efecto! Madame Dumerchin había oído decir...

—No puede ser más cierto, madame—afirmó Enriqueta con volubilidad:

Luisa se dejó decir:

—¡Quién hubiera podido sospechar que un hombre tan vulgarote era rico!

—¡Si se puede ser rico con diez mil francos de renta!—rectificó desdeñosamente madame Dumerchin (ella apenas tenía seis mil.)

—¡Pero acaba de heredar otro tanto!—exclamó Enriqueta—¿quién hubiera creído nunca que este hombre original—¡un mastín que vivía en un piso cuarto, y que estaba servido por un ama de llaves!—fuese tan buen partido?

Luisa, "¡quién lo hubiese dicho!" Enriqueta "¡quién lo hubiera creído!" Las dos habían gritado esto desde el fondo del corazón; y es que, en efecto, allí era donde les dolía.—¡Rico; monsieur Sicart era rico! Y ante aquel posible marido, antes desvanecido que revelado, no podían disimular su rabioso estupor. ¡Ah; si ellas lo hubieran sabido; si hubieran podido adivinarlo! Sin duda, a fuerza de atenciones y de halagos hubiesen atrapado y seducido a aquel pedante. ¡No les hubiera costado gran trabajo! ¡Pensar que aquella intrigantuela de Rosa...!

Con sorprendente unanimidad odios y rencores se conjuraron. Madame Dumerchin, que mientras sólo se había hablado de Sicart—¿se ocupaba en los deportes, o era un comediante distinguido?—no se había dignado tomar parte en la conversación, hizo coro con las otras en cuanto empezaron a hablar de Rosa.

—¡Yo la creía dotada de más carácter!—dijo Luisa.

—¡Es muy sagaz!—insinuó Enriqueta.

—Es cierto—dijo madame Dumerchin—que para casarse de ese modo al día siguiente de haberse arruinado...

Hubo un momento de silencio, y esta frase, que quedó como en suspenso, pesaba como la más dura injuria, como una irremediable condenación.

—Por otra parte—dijo madame Dumerchin (¿cómo una voz tan áspera podía salir de una nariz tan borbónica?),—a mí nunca me ha engatusado Rosa. ¡De ningún modo! ¡Es en extremo presuntuosa! Bonita sí; pero, al fin, eso es una cualidad, no es un mérito. ¡Cualquiera lo es a los dieciocho años!

—No es como Jacobita—dijo Enriqueta.—(¡Admirable criatura!)

—¡Ah! ¡Jacobita! ¡Sí!—dijo madame Dumerchin agitando sus plumas.—¡Habladme de Jacobita!

Luisa dijo de dientes afuera:

—¡Es encantadora!

Y brilló en sus ojos una mirada perversa, que si hubiera sido tan mortal de hecho como lo era de intención, sin duda alguna habría tendido a la prefecta en el coche fúnebre.

Los esponsales de Roberto Dumerchin con mademoiselle de Goulénes no por no ser oficiales eran menos públicos. Luisa, anonadada, pensaba con terror en el hundimiento definitivo del último de sus ensueños. ¿A quién arrojar en adelante una red cuyas mallas iban con el tiempo distendiéndose, y que dentro de poco no podrían retener a nadie?

El rodar de un coche que se detuvo delante de la puerta atrajo a Enriqueta a la ventana, cerca de la cual había ido para buscar y ofrecer a madame Dumerchin la bandeja con los preciosos pastelillos.

—¡Ah!—exclamó—¡Estos es demasiado!

—¿Qué ocurre?—dijeron todos a la vez.

—¡Ahora madame Allaygre pone a sus caballos una corona condal!

Todas se precipitaron a la ventana. No había duda. Por encima de la A mayúscula de plata que adornaba las anteojeras, tascando el freno los caballos lucían una gran corona, no de plata, sino de oro. Y en la portezuela del landó se destacaba también la corona pintada de oro en el reluciente brillo de su barniz.

—Debe de ser algún título pontificio dijo con ceño madame Dumerchin.

—¡El conde y la condesa de Allaygre!—dijo Luisa desternillándose de risa.—¡Es demasiado chusco!

—¡Deben de saber lo que les cuesta eso—añadió la práctica Enriqueta.

La única que guardó silencio fué madame Durdelle. Madame Allaygre debía de haber acabado de subir la escalera. Además, a fe

mía, ser condesa, aunque con título pontificio, siempre es ser condesa.

Madame Allaygre apareció en medio de un profundo recogimiento. La acogieron como de costumbre, y, bien entendido, sin decir una palabra de su ennoblecimiento. Regla general: nadie se congratula en el mundo de un acontecimiento feliz más que en el caso de que no hacerlo fuera grosería. Es preciso que la necesidad arranque los cumplimientos de la boca, y aun así, parece que salen con pena. En algunas ocasiones, pero esto es menos frecuente, las felicitaciones llueven como granizo desde el principio; pero es para salir más pronto del paso. Las Durdelles y la Dumerchin pertenecían a la primera escuela.

—¿No sabéis la noticia?—preguntó al fin madame Allaygre cuando vió que nadie pestañeaba.

—No—dijo Luisa.

Las otras fisonomías expresaron su ignorancia con una mueca significativa.

—Y bien...

—¡Se atreverá; no se atreverá!—pensaba Enriqueta. Pero, cualquiera que fuere el deseo que tuviera de hablar, la nueva condesa vaciló en el momento de enunciar el suceso.

—Pues bien; parece que han detenido en la frontera a monsieur Truelles, el notario de los Vernay. Le han encontrado algunos títulos... En resumen, nuestros amigos recobrarán de este modo dos o trescientos mil francos.

—¡Ah!—dijo Luisa agriamente.—¡Está de suerte! ¡Rosa llevará una dote a su prometido!

—Es bueno todo lo que acaba bien— exclamó madame Durdelle.

Y la prefecta dijo:

—¡Qué pícaro Sicart! ¡La virtud es siempre recompensada!

Con estos aforismos disfrazaron su asombro por el chasco sufrido. ¡Se habían habituado tan pronto a la idea de una ruina completa!

—¿Y cuándo es la boda?—preguntó Luisa, juzgando que este término convenía perfectamente a un hombre que siempre le había parecido muy ordinario.

—Parece que será en Octubre—dijo madame Allaygre.—Lo sé por miss Seven, a quien he encontrado esta mañana. Rosa está prome-

...desbordando en un torrente de injurias y maldiciones.

tida desde ayer. Todo se ha hecho en la intimidad. Ya comprenderéis que con todos estos acontecimientos y el luto de monsieur Sicart...

—¡No lo llevará mucho tiempo!—murmuró Enriqueta.

—Eso es lo que he dicho yo a miss Seven; y me contestó que el luto no consiste en los crespones, y que con tal que se lleve piadosamente en el corazón su recuerdo, los muertos que nos han amado no piden más.

—¡La reconozco en eso!—dijo madame Durdelle.—¡Nunca ha sabido adaptarse a las prácticas habituales!

Madame Dumerchin, como si reprobara tales costumbres, se retiró con mucha dignidad.

—¡Decididamente, hoy es el día de los esponsales!—exclamó madame Allaygre cuando la puerta se hubo cerrado.

—¿Cómo así?—preguntó Luisa vivamente.

Hubiérase dicho que presentía una desgracia personal.

—Ya veo que madame Dumerchin no os ha dicho... ¡Oh! Yo no sé nada oficialmente; pero madame Fry, que es una de sus íntimas, me ha indicado que el día 8 habrá gran comida de *esponsales* en casa de la *prefecta*. Roberto se casa con Jacobita.

Madame Durdelle, ofendida por no saber nada, dió a entender que por confidencias recientes sabía..., pero que había jurado a la prefecta mientras tanto que la noticia no se hubiera hecho pública... Al mismo tiempo clavó en Luisa su acerados ojos azules. ¡Pero no le daba vergüenza a su edad! ¡Dejarse desbancar de tal manera!

Luisa, bien que lo esperase todo y a la sazón estuviera casi resignada, no lograba digerir el silencio y los tapujos de la prefecta. Los consideraba como una mortificación particular, como un ataque directo contra una rival posible de Jacobita, y a la vez que estaba muy furiosa—hasta el punto de que la bilis teñía su rostro con un matiz amarillo más intenso,—se sentía vagamente halagada como por un homenaje indirecto.

Madame Allaygre había llevado a Enriqueta a la ventana con pretexto de presenciar la partida de madame Dumerchin, pero en realidad con la esperanza de que notara en los arneses de los caballos y en la portezuela de su landó la maravillosa corona. Pero Enriqueta decididamente estaba ciega. Desesperando la Allaygre de que la viera, preguntó ingenuamente:

—¿No notáis nada?

—No. ¿Qué hay, pues?

—Allí, *en mi coche*.

—¡Aguardad!

Y abrió desmesuradamente los ojos.

—Esa corona—dijo madame Allaygre.

Entonces fueron los gritos, el entusiasmo, las felicitaciones, los abrazos. Luisa y madame Durdelles no eran las menos fogosas. De pronto Enriqueta lanzó con un suspiro, un ¡oh! de dolorosa sorpresa.

Un elegante cochecito resplandeciente con su barniz amarillo y su herraje niquelado, y forrado de paño gris, rodaba por bajo las ventanas al trote de un bayo obscuro que marchaba gallardamente engallando el cuello. En él, sentados frente a frente y tan cerca que el pantalón rojo rozaba la falda de lana de la joven. Lacaille, con la fusta y las riendas en la mano, se volvía a cada instante para sonreir galantemente a mademoiselle Lechampy, inclinada hacia él con expresiva ternura.

Enriqueta no pudo contenerse más:

—¡Ah!—exclamó.—¡Qué indecencia! ¡Puede haber nada más indigno?

—¡Bah!—dijo madame Allaygre con indulgencia.—¿Qué queréis? Es otro matrimonio *en perspectiva*.

Y sin sospechar que hundía un puñal en la llaga de las dos solteronas, condenadas a eterno celibato o a contraer un matrimonio aún más triste que *el celibato mismo*, la arrogante rubia se marchó bulliciosa y satisfecha, tropezando con la mesa del té, que amenazó venir al suelo, y con los rígidos sillones indignados.

Luisa y Enriqueta, inclinadas sobre la ventana, la vieron subir a su landó prodigándoles afectuosos saludos y alejarse serena al airoso trote de los dos caballos, que triunfalmente sacudían el frontal, donde brillaba la A coronada.

Entonces estallaron. Todo lo que no habían podido decir antes se escapó de su pecho desbordando en un torrente de injurias y maldiciones. ¡No hay justicia! ¡La virtud recompensada! ¿Dónde? ¡*En el Paraíso* quizás! ¡Pero aquí abajo, revienta hija mía, o envejece soltera, soltera, siempre soltera! ¡Ah, el dinero! Lo execraban, como si todo su mal no procediera de su servil adoración por él; como si, nacidas y educadas en su culto, hubieran intentado algo para huir de su tiranía y eludirla en una vida más humilde de trabajo y de libertad. Y toda su cólera se concentraba sobre Rosa, que también les había robado a Sicart; sobre aquella hipócrita, sobre aquella intrigante. Y no bastaba que hubiese encontrado un marido, sino que también recobraba su dote. ¡Tenía, en verdad, demasiada suerte!

—¡No importa!—dijo madame Durdelle.—Quizás convendría felicitarla con alguna tarjeta por la buena noticia que acabamos de

saber. Creo que nos hemos apresurado mucho a declararnos vencidas.

Estas palabras fueron como una ducha sobre la exaltación de las dos hermanas, que callaron durante un rato. Sí, quizás habían ido demasiado lejos.

—Madame tiene razón—dijo al fin Luisa; —eso será mejor.

Y de mala gana escribió por la noche algunas líneas expresando su intenso y doble júbilo por los esponsales y por el dinero recobrado. "Hubiéramos ido a felicitarla personalmente, querida amiga, si no hubiéramos temido ser importunas y si no esperásemos encontraros esta tarde en el Jardín del Rey, donde hemos tenido el disgusto de no veros hace ya días". Rosa leyó la carta a la mañana siguiente en la cama, donde perezosamente tomaba chocolate. La leía con asombro y a la vez con satisfacción. "¡No son tan malas las Durdelles!" Y gozosa—como hacía buen tiempo; ¡qué dulce Sol entraba por los diáfanos cristales!—alargó la carta a miss Seven, que sentada a la cabecera hacía sus cuentas.

—¡Sois muy cándida!—exclamó la institutriz cuando terminó la lectura.

Se había puesto, quitado, limpiado y vuelto a poner los lentes, y sus ojos saltones resplandecían de malicia en su faz rubicunda y bonachona.

—¡Bah!—dijo Rosa, parodiando con nobleza la frase histórica.—¡Madame Sicart olvida las injurias que ha sufrido mademoiselle de Vernay!

Y se echó a reir.

—¡Eso no importa nada! ¡No me disgustará mostrarme en el Jardín del Rey en la plenitud de mi gloria!

—¡Hija mía!—dijo miss Seven.—¿Sabéis que conservando el cuarto tal cual es, es muy hermoso? Y vuestra habitación es bastante grande.

Paseó por los muebles una mirada satisfecha. ¡Ya no se separarían de aquellos viejos amigos!

—Tendréis para empezar a vivir cerca de treinta mil francos de renta. ¡A fe mía que no es mal principio!

Rosa sonrió. Nada le emocionaba ya. Durante aquella quincena había pasado por tales alternativas, que no conservaba la noción de lo real. Vivía en pleno ensueño.

El día voló como los precedentes. Las cinco daban en el gran reloj del salón cuando Enrique Sicart apareció con toda puntualidad.

—¡No os quitéis el sombrero—dijo Rosa; —nos marchamos!

Con la capota ya puesta, miss Seven inclinó la frente, majestuosa bajo las inmutables violetas.

—¡La mosquita muerta!—dijo cómicamente.—¡Será preciso hacer todo lo que quiera! ¡Os compadezco, caballero!

Por el camino de costumbre y escoltados por miss Seven, Rosa y Enrique llegaron al Palacio, que se extendía pomposamente con sus mudas fachadas. Bajo el deslumbrante Sol occidental el parterre de Eau y la escalinata desplegaban su desierta solemnidad. Más allá el bosquecillo de la Reina y los estrechos senderos que irradiaban desde el espejo proyectaron sobre los enamorados su sombra centenaria. Y todo aquel esplendor, que les agradaba más a medida que iban internándose en la espesura, setos, perfumes, luz, se incorporaba a sus ensueños, fundiéndolos con la vida inmortal de las aguas, de los árboles y de la tierra.

Más allá del Espejo descansaron un momento. El líquido cristal se extendía delante de ellos tan terso y tan brillante, que no se percibía en su diafanidad el verde matiz de su reflejo. El Jardín del Rey se prolongaba más allá con sus altos plátanos, su espeso arbolado y sus flores. Rosa evocó la Isla Real, los mascarones que lanzaban chorros de agua, la cascada convertida en lago. Las palabras de monsieur de Vernay resurgieron en su memoria. Allí había en otro tiempo plantas fluviales y agua azulada: a la sazón había manojos de flores y abundante césped. También pensó en los árboles simbólicos, en los plátanos cuya corteza gris se descarna y se renueva. Aquel Jardín del Rey, donde tanto tiempo había tenido sus entrevistas, aquel bosquecillo que era tierra y que antes había sido agua, que luego había sido agua y volvió a convertirse en tierra, una tierra viva con sus árboles y sus flores, ¿no era la imagen dulce y melancólica de todas las cosas de aquí abajo? Rosa vió en él el ejemplo de ella misma y de su vida; y en la felicidad que desboradaba de su alma juvenil, pensó confusamente en la ley que enseñaba aquella gran metamórfosis: trabajo incesante, perpetua renovación...

Descendieron lentamente hacia la reja del jardín:

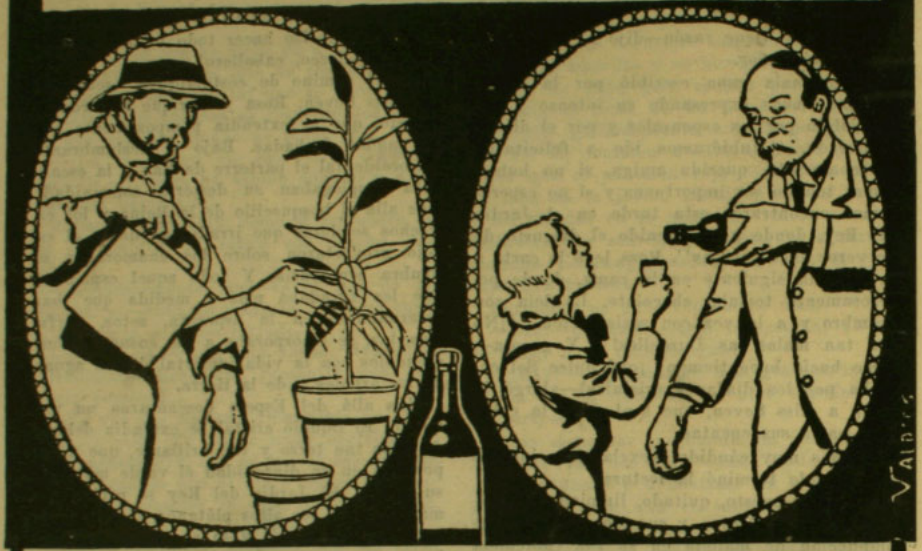
—¿Entramos?—preguntó Enrique.

Rosa fijó en él sus amorosos ojos llenos de luz:

—¡No, no!—dijo.—¡Esto es lo pasado!

FIN

ASÍ COMO



...el buen jardinero riega sus plantas para que broten vigorosas, el buen padre de familia hacer tomar a su hijo **QUINIUM LABARRAQUE** para que se críe robusto.

El uso del Quinium Labarraque a la dosis de una copita de licor después de cada comida basta, en efecto, para restablecer en poco tiempo las fuerzas de los enfermos más agotados y para curar seguramente y sin sacudidas las enfermedades de languidez y de anemia más antiguas y rebeldes. Las fiebres más tenaces desaparecen rápidamente ante este medicamento heroico. El Quinium Labarraque es todavía soberano para impedir para siempre el retorno de la enfermedad.

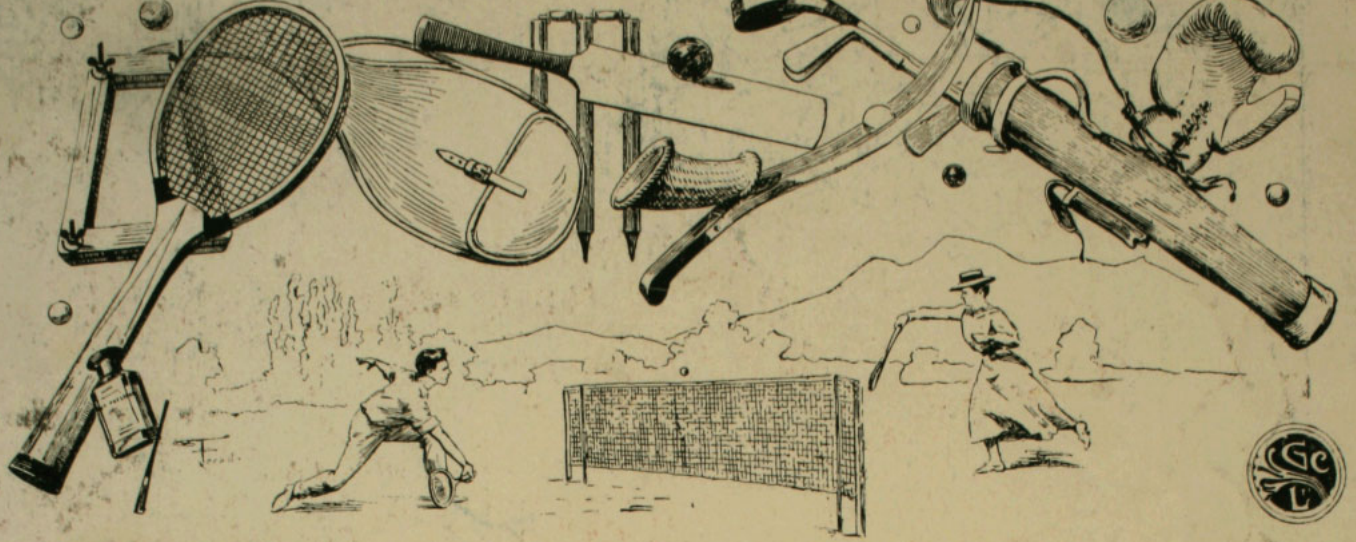
Por consiguiente, aquellas personas débiles o debilitadas por la enfermedad, el trabajo o los excesos; los adultos fatigados por un crecimiento demasiado rápido; las jóvenes que experimentan dificultad en formarse o desarrollarse; las señoras que sufren las consecuencias del parto; los ancianos debilitados por la edad; los anémicos, deben tomar vino Quinium Labarraque, el cual está particularmente recomendado a los convalecientes.

Ante tantas y tantas curaciones, obtenidas, aun en casos desesperados, con el Quinium Labarraque, la Academia de Medicina de París no ha vacilado en aprobar la fórmula de esta preparación, honor en extremo codiciado y que por sí solo recomienda ya este producto a la confianza de los enfermos de todos los países. Ningún otro vino tónico ha sido objeto de una aprobación parecida.

El Quinium Labarraque se vende en botellas y en medias botellas en todas las farmacias. Depósito: **Casa FRERE, 19 rue Jacob, París.**

P. S.—El vino de Quinium Labarraque es de un sabor francamente amargo, lo cual se explica porque la quina es ya de suyo muy amarga; así que el amargor del Vino de Quinium es la mejor garantía de su riquesa en quina y, por lo tanto, de su eficacia.

PACIFICO
MAGAZINE



Tiene en su departamento de "SPORT" una de sus grandes especialidades.—El surtido incomparable abarca todo noble deporte.—FOOT-BALL, GOLF, TENNIS, CROQUET, ESGRIMA, BOX, POLO, etc., todo con la amplitud de que es capaz GATH & CHAVES.

PUNCHING-BALL con elásticos, a los siguientes precios, $ 75, 58, 50 y. . . $ 46.90
GUANTES para punching-ball, gran variedad de clases de la acreditada Casa SPALDING, $ 13.50, 8.50 y. 4.80
GUANTES para Box de la Casa SPALDING a los siguientes precios, el juego $ 65 y. 58.00
GUANTES de Box para niño, el juego. 28.50
Gran variedad en artículos para POLO, como ser STICK y PELOTAS de la acreditada casa de Londres JHON JAQUES
MAQUINA DE REMAR de la acreditada marca SPALDING.

Gran variedad en artículos para ESGRIMA a los siguientes precios:
FLORETE, el par a $ 39.50 y. . . . . $ 15.50
SABLES, el par a. 47.50
SABLES, cada uno a $ 37.50 y. . . . $ 27.50
ESPADAS DE COMBATE, cada una a $ 25.50, 18.50 y. 16.50
PALOS Y CARETAS para practicar esgrima, palo. 3.90
CARETAS el par a. 29.50
GUANTES para ESGRIMA, el par a. . 13.50
PALANQUETAS SANDOWS a $ 37.00 y. 28.90
ELASTICOS SANDOWS para jóvenes y atletas a $ 42.50 y. 55.00

Gran surtido en artículos para TENNIS de las mejores marcas INGLESAS

Rackets Slazengers marca LYCEUM a. $ 60.00
Rackets Slazengers marca CENTRAYECT a. 45.00
Rackets Slazengers marca SPECIAL No. 1 a. 47.50
Rackets Slazengers marca SPECIAL E. G. M. a. . . . . $ 60.00
Rackets Demon marca SPECIAL DEMON a $ 49.50 y. 32.50
Rackets Demon marca PELICAN a. . 35.00
Pelotas Slazengers y Demon cada una a $ 3.60 y. 3.40
Gran Variedad en RACKETS para TENNIS de la casa COW y T. H. PROSSER de LONDRES, a los siguientes precios: $ 45.00, 39.50, 29.50 y. 18.50
Pelotas Prosser, cada una a. 2.95
Aceite para Rackets, el frasquito a. . 2.90
Prensas para Rackets, a $ 7.50 y. . . . 6.50
Redes para TENNIS a. 39.50
Fundas para Rackets a. 4.50
Aparatos para limpiar pelotas de TENNIS a. 28.90
Juegos de TENNIS para niños a. . . . 85.00

GATH & CHAVES, Estado y Huérfano, SANTIAGO

Nuestra Portada

Retrato de una joven

J. M. Nattier

Baile de Corte

PACIFICO MAGAZINE

+ Que ayer — Vol. X.—Santiago de Chile, septiembre de 1917—Núm. 57 — Que mañana

Los progresos de las tierras Austro-Hungaras

Por Olegario Lazo Baeza

Con ilustraciones fotográficas

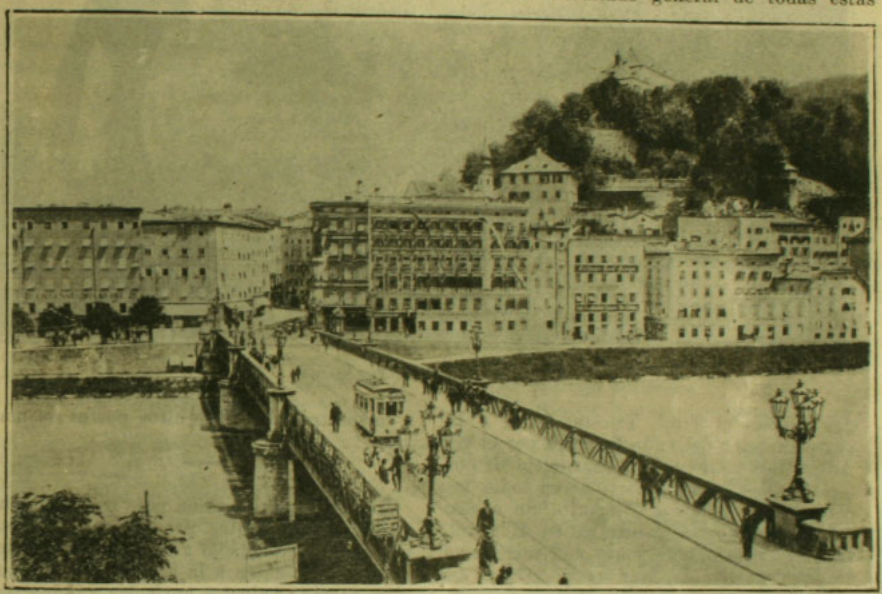
Se han cumplido recientemente dos aniversarios de importancia para el pueblo austro-húngaro: el de la muerte del emperador Francisco José y el del natalicio del actual emperador Carlos I.

Los que hemos tenido la suerte de vivir en Austria-Hungría, vemos con pena que, por falta de conocimientos de este imperio, al hablar de la espantosa y colosal guerra en que están actualmente empeñadas las naciones más poderosas y civilizadas del mundo, sólo se toma en cuenta a los alemanes y a los aliados, olvidando o relegando a segundo término a este país culto, trabajador y moral. Este olvido, no es a mi juicio, falta de simpatía, sino la consecuencia lógica de las pocas noticias que tenemos de él. Por su situación geográfica, se encuentra bastante alejado de los centros más concurridos por los chilenos que

Plaza Schwzenberg

Alrededores de Bozen

van a Europa, ya sea por negocios, en busca de salud, en viaje de placer o tras de nuevos bagajes científicos. Son escasos los compatriotas que en sus viajes por el viejo mundo, visitan con detención las principales ciudades de Austria y de Hungría. La generalidad se conforma con ver Praga, Carlsbad, Viena y Budapest. Pocos son los que se aventuran por las vastas estepas magyares, los escarpados y majestuosos Alpes de la Transilvania, los famosos Cárpatos, las accidentadas provincias de Bosnia y Herzegovina, el lírico Tirol, el poético lago



Vista de Salzburgo

Garda, los puertos, comercial y militar, de Trieste y Pola, y las encantadoras montañas del Semmering, cubiertas de nieve como nuestra original cordillera de los Andes.

Si contados connacionales han tenido la buena idea o feliz ocasión de conocer las principales ciudades y bellezas de Austria-Hungría, más escasos son aún los que han vivido en este curioso imperio de heterogénea pero sólida amalgama de pueblos, razas, lenguas, costumbres y religiones. Se le conoce tan poco en Chile, que es muy común encontrar personas "decentes" que ignoran cuál idioma se habla en aquel país. Por este motivo, tal vez no carezca de interés dar algunas noticias de Austria y recordar que empezó su vida de nación como un pequeño Estado, fundado por Carlo Magno, bajo la imperiosa necesidad de defender la ruta del río Danubio contra las invasiones de los ávaros, magyares, turcos y eslavos. Y que, más tarde, con el transcurso de los años, y por medio de anexiones y alianzas sucesivas e importantes como las de Corintia, Carniola, Istria, Bohemia, Hungría, Galitzia , Transilvania, Croacia, Bucovina, Eslavonia, Bosnia, Herzegovina y Dalmacia, consiguió hacerse un imperio grande y poderoso.

Como resultado general de todas estas invasiones y anexiones de territorios, su población actual se compone de tres grandes razas: la indo-europea, representada por los germanos, los eslavos y los greco-latinos; la semítica, por los judíos, y la mongólica, por los húngaros. Los alemanes ocupan la vertiente norte de los Alpes, los territorios montañosos del Botmerwald, y la hoya superior del Danubio; los tchecos, la Bohemia, Moravia y parte de Silesia: y los polacos, eslovacos, rutenos, eslovenos, croatas y servios, que pertenecen a la misma raza eslava, ocupan la Galitzia del O. E., Carniola, Istria y Dalmacia, respectivamente. Los greco-latinos están representados por los rumanos, que habitan la Bucovina, la Transilvania en las comarcas regadas por el río Aluta, y por los italianos

Lago Garda-Riva.-Malcesine

que ocupan el Tirol, Trieste, Istria y la parte superior del valle formado por el río Adije. Los judíos, muy menospreciados por los europeos, están repartidos en todas las ciudades y campos del imperio. Su núcleo más numeroso se encuentra en Hungría, vasto territorio que, junto con una parte de la Transilvania, está ocupado por los famosos magyares.

En los diferentes pueblos que componen la monarquía austro-húngara, entre otras lenguas y dialectos se habla: el alemán, como idioma oficial, en todo el imperio; el húngaro, el teheque o bohemio, el ruso, el italiano, el rumano, el ruteno, el croato, el polaco, el servio-croato, el turco, etc.

Respecto a religiones, se practican: la católica, ortodoxa griega, protestante, judía y musulmana. Pero la que tiene más prosélitos, es la primera, practicada con más entusiasmo y fervor que en Chile mismo. Un viajero, por poco observador que sea, se da cuenta muy pronto del espíritu esencialmente cristiano que anima a la nobleza y al pueblo austriacos, al ver sus imponentes y soberbios templos, diseminados, con profusión y largueza, en todas sus ciudades, y al encontrar la imagen de Cristo Redentor en todos los caminos, colocada, a cortos trechos, sobre altos postes de madera.

Austria-Hungría es un país rico. Sus variadas y abundantes producciones le permiten atender no sólo a las necesidades del país, sino también a la exportación de muchos de sus productos agrícolas e industriales. Por ejemplo, antes de la guerra, la Hungría colocaba fácilmente grandes cantidades de trigo en los mercados alemanes e ingleses, y la Bohemia que rivalizaba en poder con las provincias alemanas de Silesia y Sajonia, daba fácil salida al exceso de producción de sus industrias, enviando, entre otras cosas, sus espléndidas cristalerías al vecino imperio ruso, en donde eran muy bien aceptadas y pagadas. Produce además: oro, en las regiones de Kremnitz, Schwemmitz, Mármoros y Zalatna; plata, en las dos primeras; **salitre**, soda y tabaco en Alfold; petróleo, en Borvslaw y Drohobycz; carbón de piedra, en Steierdorf, Beritza y Oravica; azufre, en Rabodoj; seda, en Gorz, Trieste, Trento, Rovereto y Sacco; mármol, en Laas y Meran; algodón, en Silesia, Bohemia y Moravia; tejidos en Cran, Kronstadt y Siebenbürgen; harinas, en De-

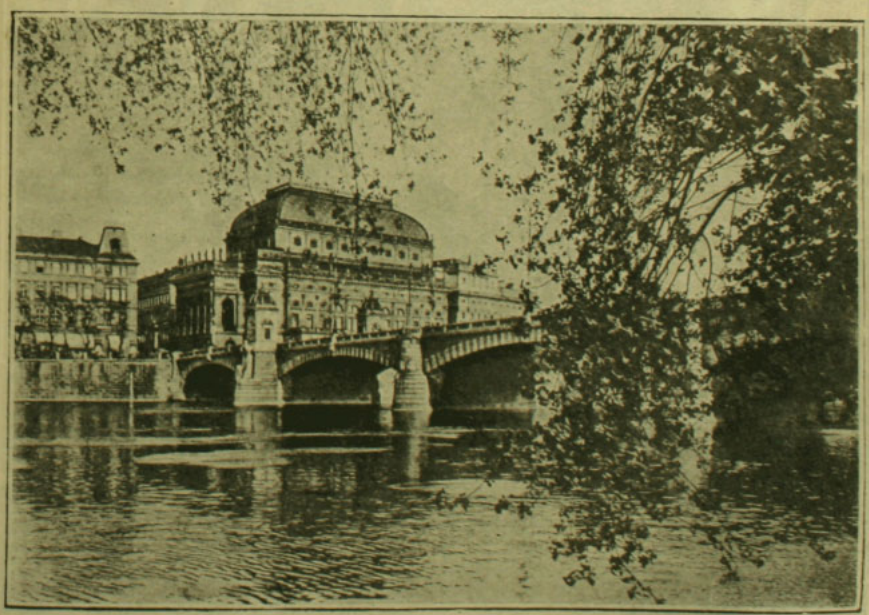
breczin, Grosswardein, Arad y Temesvar; sal, en Torda; ópalo, en Voros, Vagas y Myhály, vino, en el renombrado Tocay, Erlau, Miscolcz, Villany y Szegszard; cueros, en Radmannsdor; industrias de acero, como fábricas de municiones, armamentos y cañones, en Hirtenberg, Steierdorf, Pilsen, etc.; y ganado caballar, vacuno y lanar, maíz, papas, centeno, avena, cebada, etc., en los fértiles campos de Hungría.

Respecto a su Gobierno, a pesar del gran número y diversidad de pueblos y razas, el imperio se divide en dos Estados Independientes y soberanos, regidos, como se sabe, por Carlos I, emperador de Austria y rey de Hungría. Cada uno de estos Estados resuelven sus asuntos de carácter interno por medio de un Ministerio propio, cuyas carteras corresponden a la Defensa Nacional, a la Agricultura, al Comercio, al Interior, a las Finanzas y a las Vías de Comunicaciones. Los negocios de interés general, comunes a los dos países, se resuelven por medio del "**Ministerio Común**", encargado de las reparticiones de Guerra y Marina, Relaciones Exteriores y Finanzas Comunes. Del presupuesto y leyes de interés para los dos reinos, se encargan de votarlos delegaciones de 60 miembros de cada uon de los parlamentos austriaco y húngaro.

De sus hombres y mujeres no se puede escribir mucho, porque en un artículo de limitada extensión, como éste, no cabrían las descripciones de los numerosos tipos y caracteres que hay en los diversos pueblos que componen la monarquía. Por ahora nos concretaremos, solamente, a decir dos palabras sobre los austriacos de origen germánico, y sobre las simpáticas y hermosas vienesas.

El austriaco es más bien blanco que moreno, muchas veces rubio, de ojos azules, tez rosada, cuerpo grande, macizo y bien formado. Es muy inteligente, pero su inteligencia no es muy ligera ni muy precoz. Piensa, se impresiona y ejecuta sus movimientos con cierta lentitud.

La imprevisión jamás lo deja sin recursos o en la miseria, porque vive pensando en el porvenir y es sumamente ordenado, económico y calculador. Es atento, bien educado y cortés sin afectación ni servilismo, y su charla es agradable, expansiva y discreta. Posee una buena instrucción, y por ley del imperio debe ir a la escuela de los seis a los catorce años de edad. Es un trabajador tenaz e infatigable. Dedicado a un trabajo o problema, por más difícil que sea, no lo abandona jamás sin ha-



Teatro Nacional de Praga

Lago Garda-Riva. Isla Ferrari

berlo terminado o resuelto. Es sumamente respetuoso del Gobierno, de la policía y de las autoridades locales.

Finalmente, es un hombre de buen fondo moral, observador, tranquilo, fuerte, alegre, que no se deja seducir por las apariencias engañosas de las cosas, y que, como padre de familia, moraliza el hogar con el ejemplo de sus sanas costumbres.

Tratándose de la mujer vienesa, diremos que su figura se encuentra en el término medio de la alemana y la francesa, siendo más esbelta y delgada que la primera, pero mejor formada y de mayor estatura que la segunda.

Por lo general es blanca, rubia y rosada, de un rosado **legítimo**. Tiene grandes y lindos ojos azules obscuros, en cuyas pupilas parecen reflejarse las majestuosas y azuladas aguas del célebre Danubio. Su nariz es recta, su boca pequeña, y en sus rojos labios casi siempre hay dibujada una encantadora sonrisa, que al menor motivo se convierte en risa franca, sonora, musical e inimitable. Verdaderamente, la vienesa es muy alegre y ríe aunque no haya mucho motivo para hacerlo, tal vez porque sabe que su risa agrada, atrae y contagia, o quizás, por esa coquetería tan natural en la mujer bonita que desea lucir una boca graciosa, adornada de hermosos y blancos dientes.

Viste con sumo gusto y corrección. Con más sencillez, pero con igual o mayor elegancia que la parisiense. Los artificios para la cara, los vestidos y sombreros extravagantes, productos de la moda exagerada, no los usa jamás.

En el arreglo de su persona, da especial importancia al aspecto, calidad y conservación del calzado, de los guantes y del sombrero.

Como dueña de casa es aseada, económica y ordenada hasta la exageración. Es muy católica, y va a la iglesia con sombrero y traje sastre de color obscuro. La encanta el baile; es loca por la música y tiene gusto y sentimiento artísticos. Es bastante instruída; domina varios idiomas y posee una educación muy fina y práctica. A pesar de que no siempre cría a sus hijos, es una buena madre. Con el marido es discreta, afectuosa y suficientemente tolerante.

Sobre el Ejército diremos que antes de la guerra actual, ya gozaba de grande y merecido prestigio. En 1913 y 1914, por ejemplo, tuve ocasión de ver en sus filas oficiales rumanos, búlgaros, chilenos, japoneses, y españoles, enviados por sus respectivos

Bodas del Emperador Carlos I con la Emperatriz Zita.

Gobiernos a perfeccionar sus conocimientos militares.

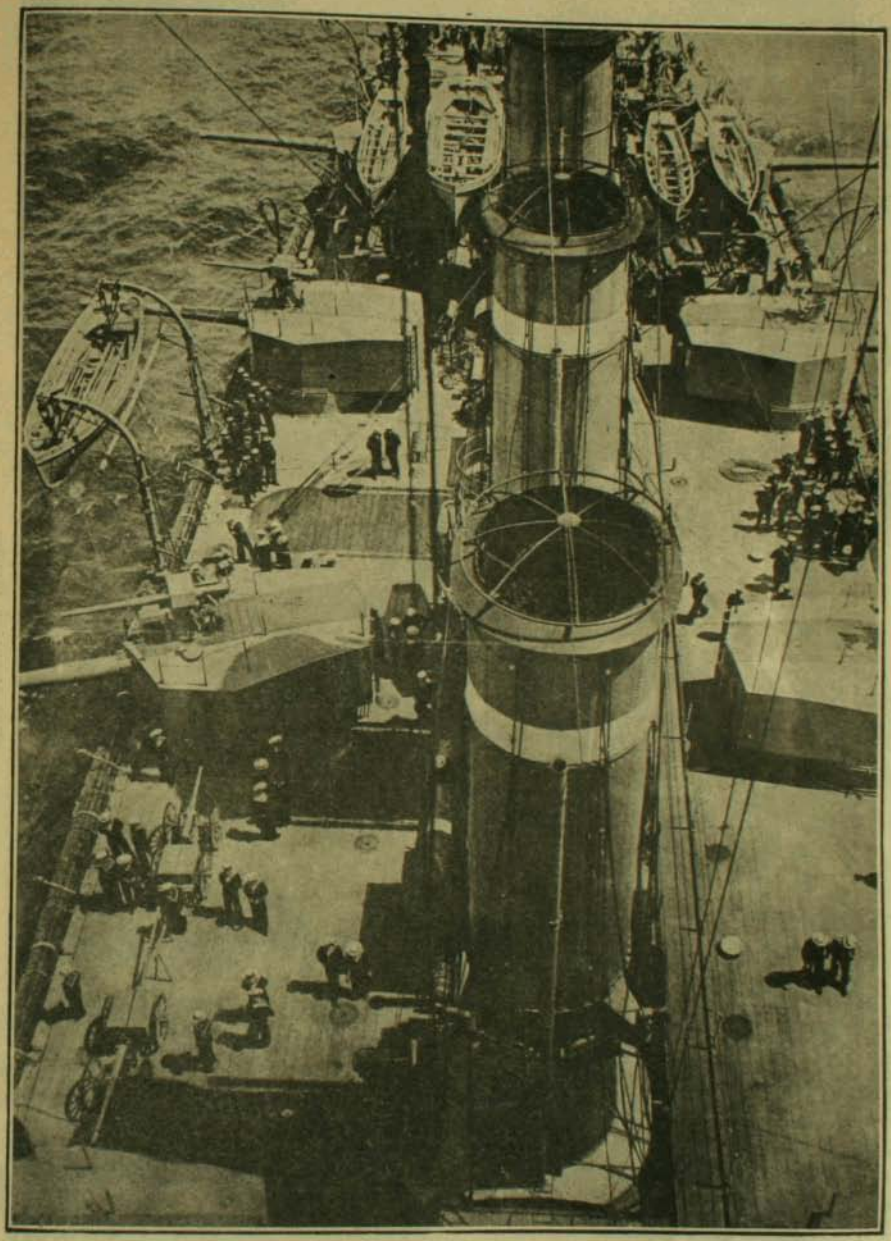
En la presente contienda le ha correspondido una labor inmensa. Por el norte y el este, ha tenido que expulsar al coloso invasor que alcanzó a llegar hasta el pie de los Cárpatos con sus numerosas y temibles huestes. Por el oéste, contener un pueblo fuerte, que se preparó casi un año para reconquistar el territorio que en otra época no pudo conservar con el empuje de sus bayonetas. Por el sur, contener primero, e invadir y dominar después, dos pueblos pequeños, valientes y tenaces; y, finalmente, por el oeste, detener el ímpetu invasor de un pueblo valeroso, pero con escasa o débil dirección nacional, que alcanzó a sentar pie en Hungría, llegando en son de conquista hasta los valles de Fogaras.

Toda esta colosal misión guerrera, que le ha demandado enormes gastos y dolorosas pérdidas de vidas, la ha resuelto Austria-Hungría sin ostentación, sin ruido, sin esfuerzo, con tranquilidad, confiada en el poder de sus instituciones armadas y en el patriotismo y valor legendario de sus hijos. Su Ejército y Armada han realizado muchas e insuperables acciones heroicas, que

no se han anunciado con las trompetas de la celebridad pasajera que proporciona la prensa bulliciosa, sino que se han inscrito solemne, modesta y silenciosamente, en las nutridas páginas de su brillante historia nacional. El pueblo austro-húngaro, tranquilo, sin nervios, consciente de su fuerza, todo lo que hace, por grande que sea, lo considera única y exclusivamente el cumplimiento de su deber, en la defensa de sus derechos y del hermoso suelo de su patria.

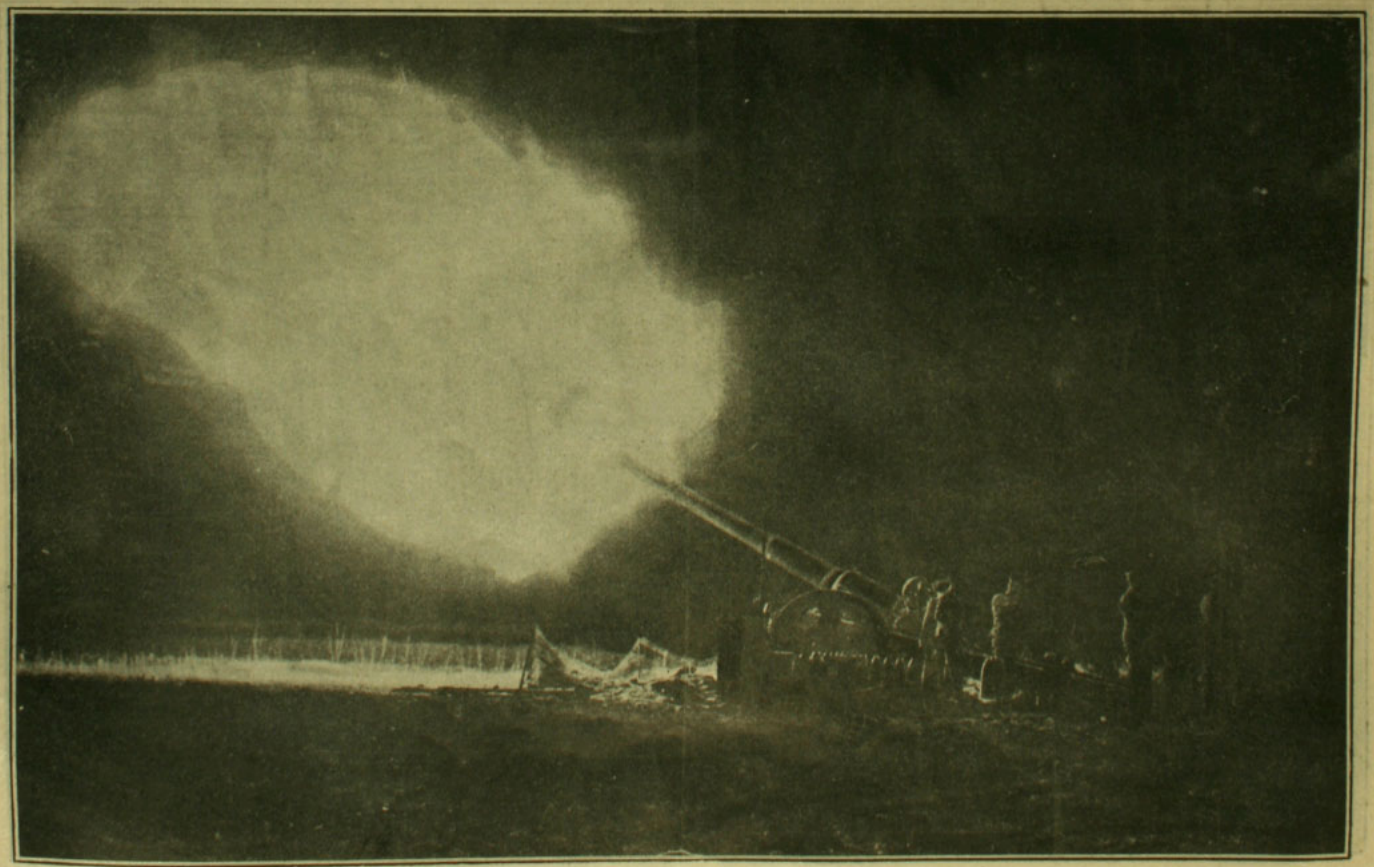
El peligro común, sólida cadena que suele unir a los hombres y a los pueblos, se ha encargado, esta vez, de estrechar más fuertemente a las diversas razas de la monarquía, asegurando más aún la grandeza e integridad del poderoso imperio de los Habsburgos.

El Graben y la iglesia de San Esteban

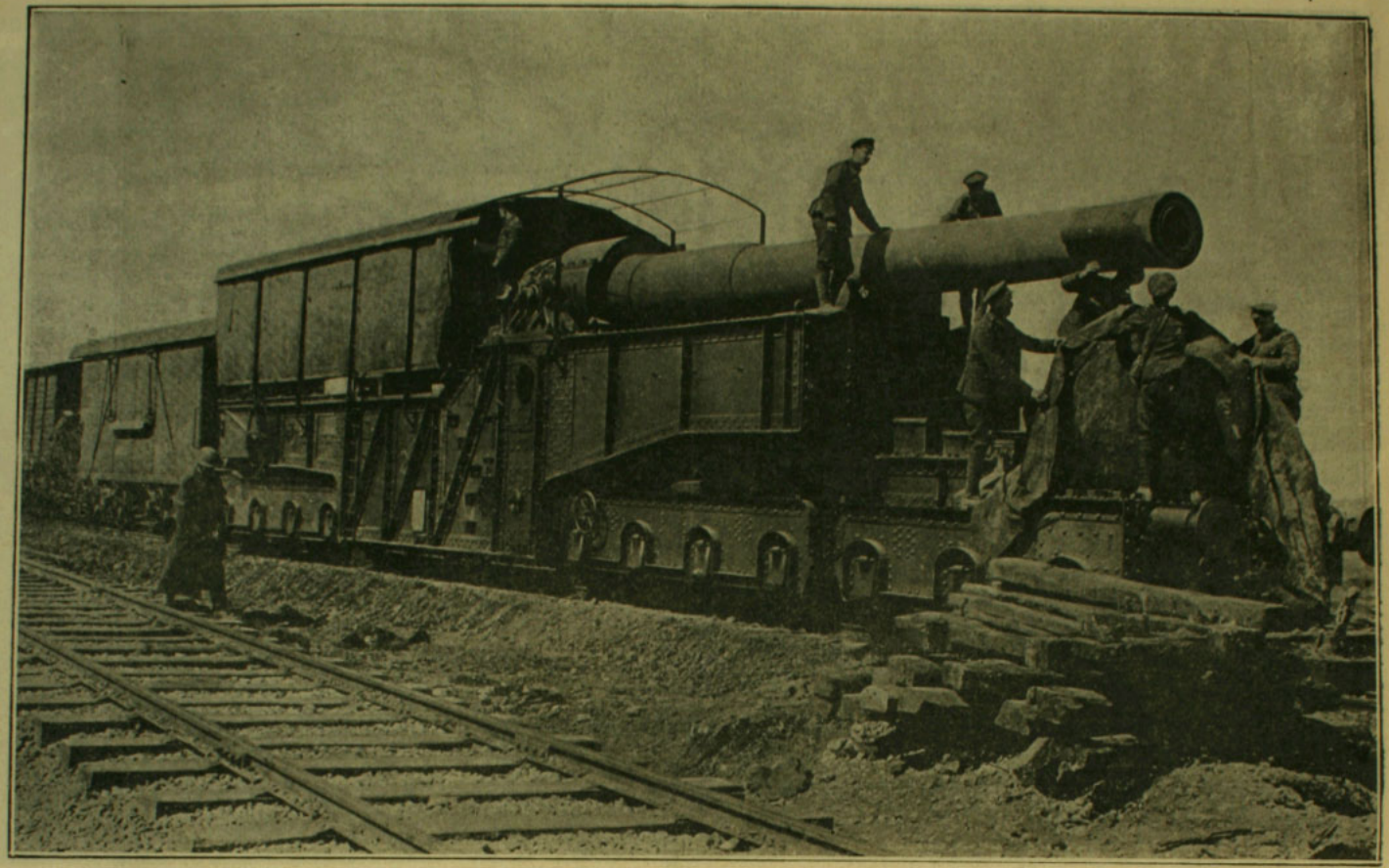


Vista de parte de la cubierta de un gran acorazado norteamericano.

Una escena en Flandes



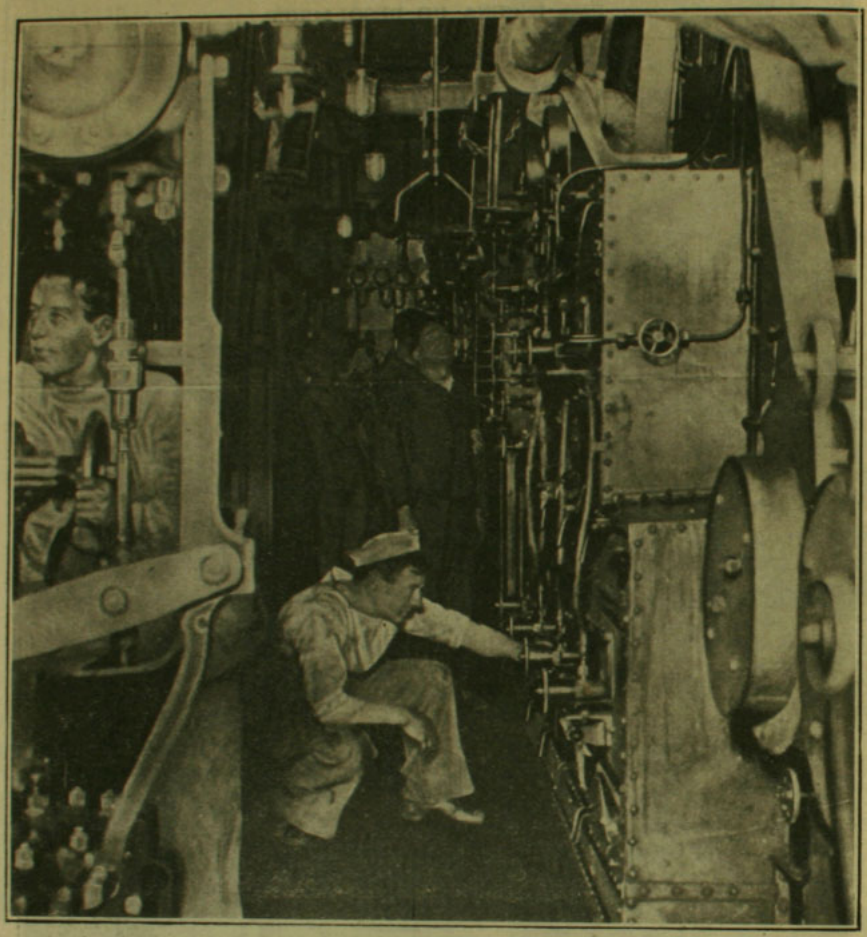
Efecto producido por el disparo de un gran cañón de artillería



Movilización de un gran cañón por las tropas rusas.

UNA ESCENA DE DESOLACION

Una trinchera inglesa con su emplantillado de madera.



Vista de una sección de las máquinas de uno de los grandes acorazados modernos.

Conducción de grandes cañones por un desfiladero de los Alpes.

La casa del Greco y su paisaje espiritual

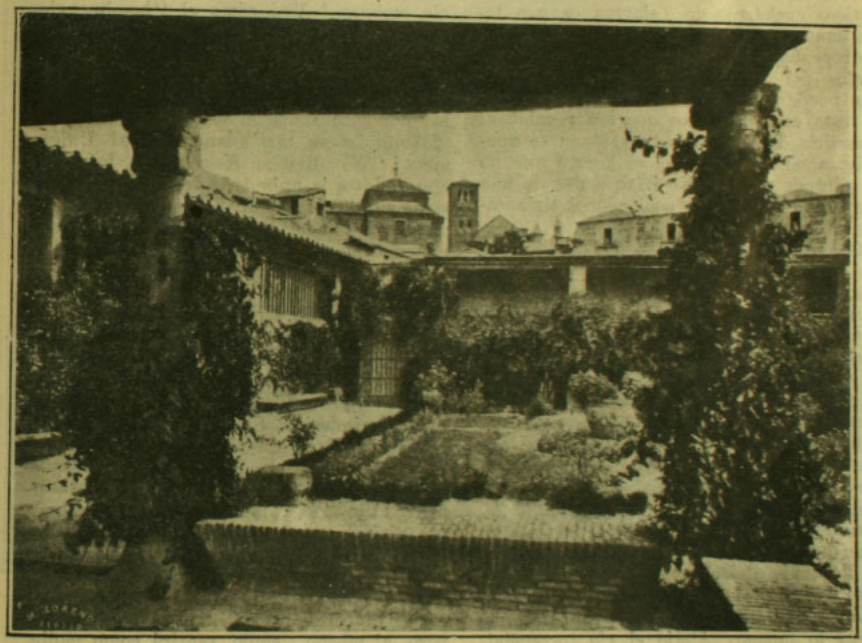
Por

Ventura García Calderon

Con ilustraciones fotográficas

Acabamos de ver el "Entierro del conde de Orgaz", al fondo de la capilla menuda y fresca, en cuya estera el chiquillo que nos guía hace ensayos de patinaje, bajo la mirada tolerante de la sacristana morena. Bajamos la calle maldiciendo esas guijas colocadas, según Gautier, del lado de leña. Bajemos todavía este calvario. Horaciana, rústica y sosegada, nos aparece entonces la casa del Greco.

Ni la celda de San Marcos, donde se maceraba Savonarola; ni la casa de Balzac en la rue Raynouard, donde miramos conmovidos la cafetera indispensable para las



La casa del Greco, en Toledo

más agudo, con el objeto de mortificar al transeunte. ¿Para qué muertos serán esas cruces de piedra tosca? A la futura lápida está trepando un niño rosa como en cualquier dibujo simbolista del Amor y la Muerte. Cerca, una vieja que lleva la cabeza cubierta con una bayeta agresiva—verde amarilla—, enciende penosamente un haz

heroicas veladas; ni el cuarto de Sils-María, en donde padeciera Nietzsche sus pensamientos vertiginosos; ningún lugar humano que conserve la huella de un febril espíritu, nos puede conmover tanto como esta casita donde el pintor buscó frescura y paz. Los guías y algún admirable erudito como el señor Cossío, nos dirán que, re-

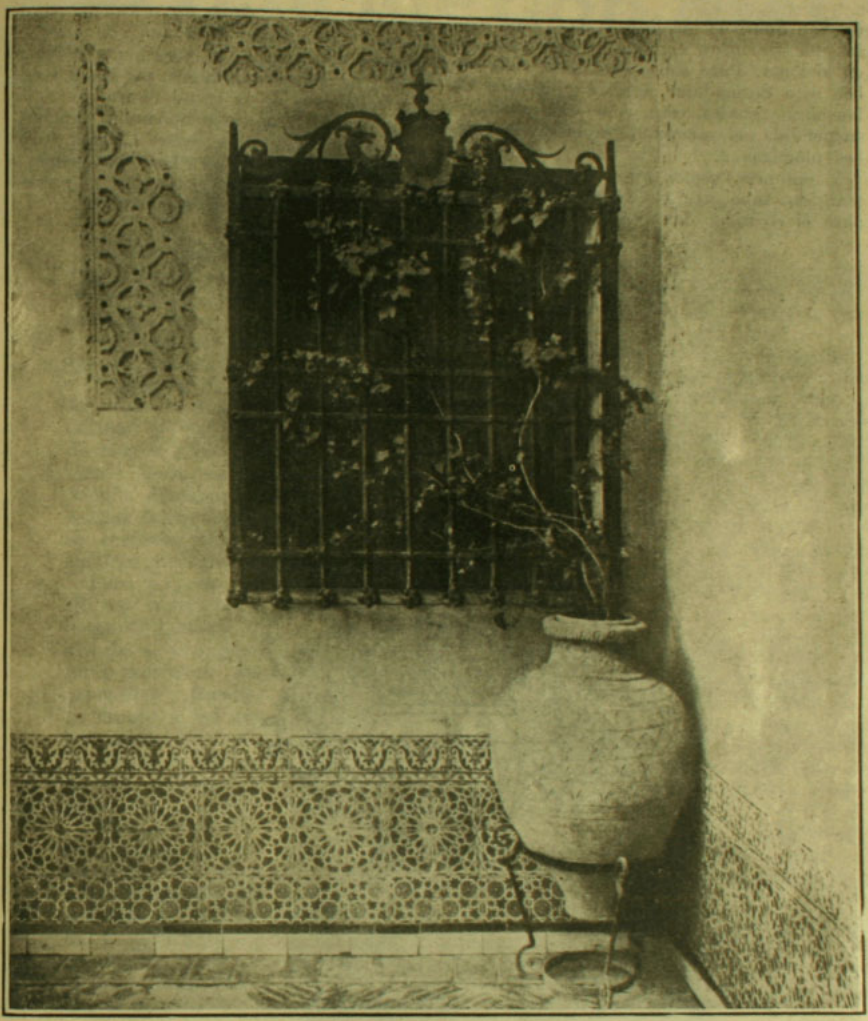
construída en parte, no es tal vez con exactitud la morada del Greco. Pero si hacemos una "composición de lugar", como quería Loyola, no hallamos en Toledo paisaje alguno más digno de reposar el alma de ese místico del pincel, febril y torturado según lo poco que de él sabemos y lo mucho que nuestra romántica simpatía adivina. La ciudad, crispada en sus rocas altas, aquí parece más suave y meridional. Es casi un verjel este jardín. Si nos sentamos en las gradas de la casa, veremos el manso declive de la campiña. Y es dulce también el paisaje doméstico. Azulejos alternados con ladrillos en el patio claro. Frente a la entrada el oratorio. En un rincón del patio la tinaja. A la derecha la cocina extensa, casi un salón, como era en tiempos del regalado yantar y de los finos sibaritas de iglesia. Los obesos y simpáticos cacharros de Talavera ocupan toda una cavidad del muro. Cerca, un libro de repostería nos documenta sobre los secretos del "mazapán doble o forrado". No puede chocarnos tal recuerdo goloso en esta casa. Sabemos que era regalón el inquilino. Tal vez en esta ventana se apoyaba a mirar el huerto, el huerto que no ha pintado nunca. ¿No irían a decirle una vez más que copiaba esplendores tizianescos?

Cuando hemos subido la escalera, cuando hemos visto esos aposentos enjabelgados, esa celda luminosa donde pintaba, según supone el guardián, estamos seguros de que en este ambiente debió venir a reposarse después de sus andanzas por Toledo. Le inquietaba esta ciudad que es su reflejo, la más extraña concordancia de un hombre y un paisaje. La difusa espiritualidad de estas calles severas y laberínticas, se hace conciencia, se concreta, en esa alma laberíntica y severa. A imagen y semejanza de ellas, fueron siempre los caminos empinados y estrechos, en las ingenuas alegorías de los pintores. Cuando llegamos al Puente de Alcántara, comprendemos mejor el **Camino de Perfección**, de Santa Teresa. El paisaje expresa lo mismo. Abajo el río torrencial; arriba el castillo crispado en la roca, pardo y próximo al cielo, como esas almas orgullosas que se despojaron de las abundancias y colores terrenos. Todo es arista de peña, zig-zag de rayo, una agitación petrificada. Y sobre esta aspereza inmóvil, las nubes en humareda, como acabo de verlas, nubes del Greco, en perpetua amenaza de tempestad, que nunca van a deshacerse en las tibias y calmantes gotas de un sensual verano.

Tan bien como en la casa, comprendemos en las calles y en el museo el alma de ese pintor que ya no llamamos "extravagante". Más que Ribera y Zurbarán nos interesa. Estos son sólo católicos abnegados, sin rebeldías ni conflictos. Pero el Greco nos ofrece la imagen angustiosa del cruel y constante despojo místico. Este griego educado en Venecia cuando toda la pompa italiana ha estallado allí; este discípulo del Tiziano, que tenía, según cuentan, "músicos asalariados para, cuando comía, gozar de toda delicia", será el pintor del "apostolado", de las más consumidas penitencias. ¡Con qué simpatía dolorosa vamos siguiendo en el exaltado meridional los estragos del ascetismo castellano! Cinéreos son los fondos, crepusculares los cielos; mas no con ese claro-obscuro rembranesco, tan luminoso aún. ¡Y, sin embargo! Ved cómo el "hombre viejo" de la Biblia, el sensual veneciano, resucita en los mantos de los apóstoles, verde alguno, ardiente aquél hasta parecerme de lejos en el museo sólo un reflejo del sol poniente sobre la carne melada: ¡tan violento es su matiz anaranjado! Unicamente veis divinos físicos con los ojos apuntados a la nube tras de la cual el cielo será una Toledo sin flores, y quizá sin mujeres. ¡Y he aquí, de pronto, a este Crucificado con piernas musculosas, a lo Rubens! El pintor está luchando por expresar el alma al través de este divino cuerpo humano... que es sólo barro y podre.

Recordad cuán difícilmente el catolicismo primitivo aceptaba la pintura, arte pagano. ¡Eterno conflicto del místico! Veo al Greco indeciso. Sabe muy bien este discípulo de Tiziano cómo se pinta la carne suntuosamente. ¿Imaginará esas Madonas de Bellini, que son sólo graciosas **contadinas**? ¿Pintará a lo Murillo Cristos guapos o sevillanas bonitas que disimulan mal en los sagrados lienzos el deseo de bajar pronto hacia su patio con claveles, los lindos ojos paganos? El Greco no puede hacerlo. Pintar es para él una forma de orar; pero, al mismo tiempo, sentirá como nadie el contrasentido de su vocación, que es copiar las formas, y de su misticismo, que es negarlas. Así comprendo el brusco descuido en sus pinceladas, ese constante boceto, ese deseo de acabar, esa inquietud que en cada cuadro nos seduce y conmueve.

¿Era así este hombre singular? La historia nos cuenta poco; los cuadros algo más. Por éstos supondríamos que era un ermitaño tétrico; por las anécdotas, y do-

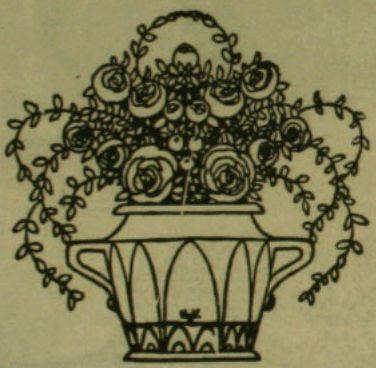


Valiosa y artística reja de la casa del Greco, en Toledo

cumentos de eruditos, sabemos que era amigo de regalado lujo. Si era un asceta, pues, lo fué según la tradición española de Séneca, sin atarse a los bienes terrenales, pero saboreándolos mientras duran y se viene la muerte tan callando. Por esto os dije que ningún paisaje de Toledo me parece más digno de servir como fondo ideal a las meditaciones de este huraño. Le vemos bajar las escaleras con su ferreruelo de paño negro—como en su retrato del **Entierro** o en el que posee la Catedral,—sumida la cabeza en la gorguera blanca. Se santigua al pasar ante el oratorio; quizá va a hacer una breve oración. Aquí, en la puerta, por donde la campiña declinante se melancoliza, vése tal vez como ahora, a unas mujeres que están lavando, cubierta la cabeza con paños de los más vivos y atrevidos colores. En el aire sutil transmítense los más lejanos sonidos: el de unos chiquillos que retozan en la Plaza

de San Juan de los Reyes, el de unas mulas que tintinean con dos pardos cántaros en el lomo. Pero sobre esta fácil vida, sobre este desmadejar agreste y plácido de las horas iguales, está, como una amenaza suspendida, el escorzo terrible de las nubes plomizas...

Y entonces vemos que el pintor, como transido, sube otra vez las escaleras, traspasa el corredor de tallada baranda y, en el taller, que es como un oratorio, va dibujando con negro de humo, con ocre terroso y gris cinéreo, a imagen de su rostro y del de algunos hidalgos sus amigos, estos caballeros de la triste figura que eterniza el **Entierro**, estos apóstoles demacrados, estos penitentes, estos Cristos, rápidamente, sin precisiones terrenas, como si fuera un acto de contrición por el pagano interior que no ha podido morir...



El rebelde don Nieves

Por

MALTRANA

8936

Ilustraciones de Jourdain

En algo como simulacro de enseñanza cívica, tuvo el preceptor de primeras letras de mi pueblo natal una frase que se hizo célebre:

—"Para ser hombre, es preciso ser como don Nieves"...

Y este, el sujeto más independiente de la villa de dos mil habitantes, nieto de cacique y vecino que litigaba en pleitos de mayor y mínima cuantía, era relativamente joven, de cierta ilustración, leía a Vicuña Mackenna, sabía de oídas algunas teorías inamovibles de Claudio Bernard, y se carteaba cada tres años con algunos corifeos liberales de Santiago.

Pero no era eso todo. Ser como don Nieves equivalía a llamarse honrado y altruista, enérgico para sostener sus principios y fiscalista frente a las autoridades. Eso sí, fiscalista, defensor de los débiles y oprimidos.

Además, don Nieves asistía, por solidaridad social, a todos los pobres que acudían en demanda de ayuda y diligenciaba los casamientos de aquellos que se manifestaban recalcitrantes en la constitución de la familia. "La honrada formación del hogar... los cimientos de la vida civil..."—como se declamaba en los mitins liberales avanzados, atribuyéndose a la curia el propósito deplorable de relegar a la gente ignorante a una perpetua mancebía, burlando así las leyes secularizadoras del Gobierno de Santa María, recién implantadas, con la protesta de los reaccionarios.

Don Nieves, a fuer de buen radical, recorría a menudo el campamento—como él mismo decía—predicando la buena doctrina de sometimiento a la ley, con lo cual contribuía a la dicha perfecta del oficial del Registro Civil, llevándole cada vez nuevos adherentes a uno de los organismos fundamentales del Estado laico. Con esto el oficial aseguraba su puesto fiscal, se prestigiaba ante los liberales de Gobierno y abría un abismo entre el cura párroco—de espíritu batallador y audaz—y don Nieves, no menos ardiente paladín y valeroso sostenedor de los principios modernistas.

...Eudosia, una de las más apetitosas niñas del vecindario...

Este personaje maulino era, en realidad, más independiente y sostenido en sus ideas de lo que todos sus admiradores y enemigos se imaginaran. Cuando tomaba un camino era imposible hacerlo desandar el trecho recorrido.

Pero algunos puntos obscuros, como en toda existencia, por luminosa que sea, se cruzaban en las mentes de aquellos que estudiaban a don Nieves, iluminando con su observación pertinaz los hondos repliegues de su personalidad psíquica, para descubrir los arenniscos de sus faltas de concordancia o sindéresis.

¿No creía—por ejemplo—en el amor y andaba siempre haciendo parejas legales? ¿Era frío, de una reserva a toda prueba de virilidad?

¿No creía en la libertad y en la justicia, y se enredaba en todas sus componendas, en todas sus batallas, llamándose "casi socialista", en tiempos en que sólo hablar de esta filiación política y económica, era como declararse asimilado a Satán? Bien considerado, podía habérsele creído pesimista cuando declamaba la frase célebre: "cómo decae el país!" Pero obraba como optimista buscando remedios para todos los males regionales, hasta para que pusiesen más a menudo las gallinas, como había pasado en un invierno muy frío y desapiadado para los corrales. Pero lo que se consideraba más original y digno de comentario en el pueblo de la costa maulina, era que siendo nuestro héroe un partidario hermético del matrimonio, viviese en amores furtivos con una de las más apetitosas niñas del vecindario y de la "mejor sociedad", por su talante de frescachonas carnes y por su espíritu festivo, que abarcaba todo el diapasón del ingenio criollo, desde la frase de doble sentido hasta el cuento verde y la canción picaresca; como asimismo, que la invitase a su casa de célibe, en donde ella mandaba, manejando desde la ropa limpia hasta los armarios en que se guardaba la chispeante mistela y la sabrosa y fortificante mantequilla; y hasta se permitiese festejarla con algunas de sus composiciones en prosa rimada, en un periódico de la capital del departamento: periódico literario, político, comercial y social independiente, que, para no alarmar a nadie, se llamaba 'El Abordaje".

—¿Por qué don Nieves no contrae ..?

—¡Ah! él está de novio, pero no formaliza su compromiso....

—A todos los embarca, pero él se queda en la plaza...

—Don Nieves no es tan completo como asegura el preceptor...

—¡Qué ha de ser completo, si le faltan dos colmillos y todavía no le ha salido la muela del juicio!—exclamaba un truhán.

Sin embargo, siempre se repetía:

—Para ser hombre, es preciso ser como don Nieves...

Y él, con su actitud acostumbrada en que había algo de sacerdocio y de domador de pueblo, recorría el villorrio y sus contornos, en sus paseos cotidianos, leyendo el "Libro del Cobre" o alguna novela fantástica de Julio Verne; inquiría los dolores de la democracia, husmeaba, indagaba a fondo los infortunios infantiles y femeninos; era una cartilla de salud andante; era caballero protector y, a la vez, agudo detective de incorrecciones, de escándalos en perspectiva y por arreglar, y de anomalías sociales de la alta clase como del proletariado. Los dolores se curaban con recetas verbales de aquel médico moral. Tanto era su prestigio, que se pensó muchas veces en pedir la creación de un departamento, cuya capital fuese la villa maulina, que miraba al mar, como desde un anfiteatro, siendo resguardada por los cordones de los cerros, en que florecían los copihues y en que el maqui y el boldo se ofrecían en racimos a las bandadas de torcazas, de tórtolas, de tordos y de loicas, que decoraban el espacio y que lo recreaban con los rítmicos abanicos de sus plumas y con el parlamento de sus gorjeos, que parecían diálogos de un idioma futurista.

—"Si llegase este pueblo a capital de departamento, don Nieves sería el gobernador". Así lo repetía hasta el cura, que era su declarado contendor, en lo que parecían asentir hasta las bandadas de choroyes que pasaban por las tardes, en inmigración interminable, atronando con sus jubilosos graznidos, como si asambleas de propaganda aclamasen desde lo alto al hijo predilecto del pueblo.

Hombre integérrimo, de una pieza, de una sola palabra, como si hubiese descendido de la casta que elimina por su seriedad en los compromisos al inútil notario, de la santa y ejemplar progenie manchú.

Alto, desenvuelto en sus movimientos, solemne, elegante en su dignidad plástica; esbelto sin cimbrarse demasiado; severo en su traje, en que dominaban los tonos obscuros y el albo chaleco de amplias solapas y doble abotonadura sobre la cual caían los lazos de su corbata negra, suelta, a la manera de los pintores, músicos y poetas Montmartrianos; tenía algo de la estructura física del argentino don Leandro Alen, aunque en su boca grande y movible y en su barba recia demostraba las energías borbónicas de otro gaucho domador de multitudes, que llegó, a fuerza de golpear a sus adversarios, a la primera magistratura del Estado... Sus zapatos eran de una caña, pero muy bien cuidados; y su chambergo caía con sus alas flexibles, sombreando un rostro ovalado de luchador, severo pero benévolo, que remataba en una patilla negra, cerrada, cuyo cuidado y corte le habría envidiado un tercio de Flandes.

Hablaba con cierto énfasis y atildado buen decir, que dejaban atónitos a sus coterráneos. Pronunciaba muy bien las eses

y hacía las pausas respectivas en los apartes. Cuando le veían en el Bosque poblado de avecillas y en que los copihues blancos y rojos calzaban como guirnaldas de los robles; cuando le contemplaban en actitud de meditación, nadie osaba interrumpirle. Se corría como cosa cierta que conocía el lenguaje de las aves y algunos cuadrúpedos. Tallaba a navaja enormes estatuas en el pellín secular. Era el único que en el pueblo no vendía su voto. Los demás, por angas o por mangas, costaban caro a los candidatos. Algunos, desenfrenados, se ofrecían y se dejaban cotizar "en corral".

Y un día tuvieron los comités electorales de un block de resistencia política, una prueba ultra de confianza en él. Siendo muy subida la cotización del voto, acordaron ponerle un tope—como al cambio—depositando en don Nieves toda la confianza colectiva, a efecto de que él, con su clarovidencia y su altura de miras, fijase un valor razonable al sufragio llamado universal, base del Estado y desenvolvimiento de las democracias; y justipreciose este sagrado derecho como un mal inevitable y necesario, ya que se acercaban las elecciones y había que hacerle frente a la compra de electores por cuenta de los dineros santos del Arzobispado.

...el chambergo caía con sus alas flexibles... sombreando un rostro ovalado de luchador, que remataba en una patilla negra que habría envidiado un tercio de Flandes...

Se llegó a argumentar que la prostitución—mal social de derecho público reconocido—había sido reglamentada en todo el orbe civilizado. ¿Por qué no equipara a ella la prostitución del voto, fijándole precio, así como tiene precio fijo la cópula en los yosiwaras del Oriente?

Don Nieves, sin pedir siquiera plazo para contestar, como se estila para aceptar una Legación o para absolver posiciones, declaró que el voto debía emitirse, como la más alta expresión de la conciencia ciudadana, no sólo en forma libre de toda sugestión, traba o corrupción, sino públicamente, como la función sagrada de que debía enorgullecerse todo ciudadano. Era partidario del "voto nítido", como decía, del sufragio abierto y controlado a la luz del día, con grandes pizarrones en que se fuesen acumulando los guarismos de listas rojas, azules o amarillas, según fuesen los colores políticos de los candidatos. Le faltaba decir: "el voto debería ser como la mujer de César..."

El no aceptaba la venalidad, y si el liberalismo de su pueblo se basaba en la corrupción de los elementos democráticos, él renegaba de una colectividad manchada.

Nunca se hubieran insinuado ideas más desacordes con el estado anímico del pueblo. Desde ese momento el proponente se puso en serio contrapunto con sus coterráneos. Mal de su grado, los Comités del Block, en corta deliberación, acordaron que las ideas de don Nieves no sólo eran inaceptables e hirientes, sino atentatorias de la cabal comprensión de ciertos derechos inalienables de los pueblos que se sacrificaban por las libertades públicas. Además, no se trataba de soborno, de una compra-venta, sino de un estipendio cariñoso, de un agasajo a los amigos que, por obra de la propaganda, perdían muchos días en sus tareas habituales.

Se fijó, pues, el precio del voto, previa declaración de abnegación partidarista: se echaron cuentas y se encargó a Santiago un candidato que, por sus dotes y preparación de todo género, diese garantías de éxito.

Junto con iniciar la campaña y proclamar el nombre del ungido en una convención solemne del departamento, comenzaron los ya declarados irreconciliables enemigos de don Nieves a urdir toda clase de enredos desdorosos en contra del que había sido el ídolo de las muchedumbres exaltadas, atónitas y ponderadas, y desde

ese mismo día comenzaba el ofendido a notar el despego de sus más probados amigos y que todos le huían el bulto como a la sombra del manzanillo; el periódico del departamento se negaba a publicar sus colaboraciones; y el cura, aprovechando el *rompimiento*, abría furiosa campaña, declarando que la propaganda del que se decía apóstol de la democracia era un reto a la "sociedad distinguida"; pues no siendo casado el señor don Nieves, había por ahí intríngulis y aparejamientos abominables, que un buen cristiano no podía explicar...; y que para enmendar a los demás, se imponía la auto-corrección. Jesús predicaba moral y *hasta arrojó* en medio de feroz azotaína a los fariseos; pero Jesús era un santo..."

¡Cómo, también don Nieves! El, puro como un crisol; el apóstol, de quien se había dicho que no sólo tenía cara de Patriarca, sino de Profeta! El pueblo se volvía insensato a la sola idea de que llegasen los candidatos con sus talegas llenas del untuoso agasajo, estando en suspenso esa anhelada fijación del precio sufragil, que era la salvación general; porque así votaría todo el pueblo, porque así aparecería la comunidad moviéndose en alas de la compensación exacta de los méritos del futuro representante y sería oro de buena ley la opinión del ciudadano consciente, libre y acérrimo. En reuniones preliminares de los Comités del Block, se lanzó, sin discrepancia, la proposición de borrar de los Registros a don Nieves, ya que así pretendía, por nefasta y fatua opinión, burlar el derecho nunca desmentido de los hijos de aquel terruño, que produjera profesionales de nota y hasta dos Ministros de Estado. Ellos no desplumaban a nadie, sino que daban plumas con que volaban otros hasta el Capitolio.

El agredido recibió estos ataques con desdeñoso gesto. Más se enardecieron y se envenenaron la sangre sus enemigos. Ya él mismo preceptor, que muchas veces había percibido sumas alzadas por el sufragio libre, que él explicaba en clase de enseñanza cívica atribuyéndole valor único en la evolución de un pueblo progresista, ya este mismo sér reposado del magisterio no recordaba la frasecita: "Para ser hombre, es necesario ser como don Nieves." Y libre del control de este espíritu, que no se doblegaba y que para doblarlo habría habido necesidad de quebrarlo, como al acero, el preceptor, llamándose "liberal avanzado y hasta los huesos", podría votar impunemente por los clericales. Don Nieves, no sólo era un crítico y un contralor insoportable, un intruso irreverente, sino, lo que era más grave, don Nieves era un sicofanta, valga decir, añadía el preceptor, un denunciante y casi un traidor a su pueblo. Era, además, un corruptor; porque decretando la pobreza y la escasez cada tres años para aquel pueblo que sembraba poco y cosechaba menos, arrojaba a los seres desgraciados y sin amparo en brazos de los vicios y del proletariado del amor, que traía los males sin cuenta de los hijos abandonados, de las madres sin recursos, de las enfermedades infecciosas, que minaban el poder antes incólume de nuestra raza. Y declamaba esto el soberbio preceptor, discípulo nada menos que de Sarmiento, apoyándose en dos bastones, presa de la más horrible tabes dorsal, por cierto de origen específico... "Si no tuviese este mal que me perturba la espina dorsal, iría ante don Nieves y le escupiría el rostro..."

El farmacéutico se le declaraba irreductible enemigo y amenazaba develar ciertos secretos que no habrían dejado muy bien parado a don Nieves: él, una paradoja andante, que proclamaba el amor a la prole, resultaba un maltusiano...

En poco tiempo de brega emponzoñada, se había realizado alrededor de aquel hombre, no sólo el aislamiento absoluto, como si se tratase de un leproso, sino una conspiración rabiosa, que rompía sus cauces y llegaba con sus iras a morder y estropear cruelmente a su víctima. Hasta se había llegado a proclamar su posible complicidad en reuniones que tenían relación con el descubrimiento de un cementerio de párvulos, de esqueletitos sin cabeza, de canillas autónomas, en fin, de algo macabro que, junto a la iglesia, se había encontrado, removiendo viejos cimientos o alcantarillas seculares.

El, ocultador de huesos de párvulos y de esqueletos en formación!

A pesar de todo esto, el ciudadano combatido y vejado, porque ya comenzaba a serlo por viejos y niños a presencia de autoridades y de guardianes de punto, desfilaba todos los días, enhiesto, orgulloso de sí mismo, hasta cierto punto, bello, como un brillante azul engarzado en el platino de su propia rebeldía; envuelto en su bufanda de vicuña—que se susurraba haber pertenecido al héroe Manuel Rodríguez;—con un libro bajo el brazo y su grueso bastón de empuñadura de plata en la mano derecha, esgrimido como para marcar su paso armonioso de ciudadano pensador y ecuánime.

Y va no decían al verle pasar: ahí va *don* Nieves el Bueno; sino: ahí va el Fatuo!

Y ante el público que le despreciaba y le odiaba, por haber declarado que los mismos aborígenes tuvieron su idea propia de independencia y de altura moral; y por

haber herido el sentimiento regionalista de sus coterráneos al deprimirles colocándoles bajo el nivel de los indios; él se dirigía mañana y tarde al mirador del cerro, llamado el "Mirador de don Nieves"—desde cuya empingorotada cima se contemplaba el mar siempre bullente y ensordecedor, y el cortejo de los veleros que pasaban como gaviotas, zigzagueando; o de los vapores que más lejos sembraban las crines de sus penachos de humo en el cielo azul, en donde se refundían con las mismas nubes, que parecían venir a buscarles para aliarse en la vida sin cortapisas de los elementos afines...

Y allí, en esa cumbre desafiante, se veía ahora, solo, al don Nieves de antes, al original, al intuitivo, al pensador del partido, al artista de la prosa rimada, al consejero, al hombre honrado que arreglaba a la sociedad, casando por la ley a los que querían vivir en perpetuo contubernio, sacando el bulto a todo efecto civil, y constituyendo un cuerpo de noviazgo nómade, al servicio del embrollo más estupendo que pudiera idear la sordidez y la estulticia humanas.

Ya nadie transaba con él. No había negocio posible en aquel endiablado aldeón. La sal de Llico se había disuelto en su bodega, en que se cambiaban antes productos de toda clase. Sus mismas compras de trigo en yerba, con que favorecía a los pobres cosecheros y medieros, habían cesado del todo, prefiriendo los interesados entregarse a los usureros.

Y como se acercara el día del veredicto, los comités del block de resistencia acordaron pedir en comicio público la expulsión de don Nieves de su pueblo natal. Así, como se trataba de una elección reñida, todos podrían entregarse al desenfreno de la provechosa venalidad. ¡Cómo detener una reglamentación ya hecha por veredicto casi unánime!

Don Nieves supo los acuerdos antes de que se le transmitiesen por secretaría. Se le eliminaba como a manzana podrida; sin advertir que también las naranjas se pudren por el corazón...

A pesar de todo esto; el ciudadano combatido desfilaba todos los días por las calles del pueblo, con su libro bajo el brazo...

Su sirvienta, al despedirse para siempre al presentarle el último almuerzo, le había dicho::

—Mañana ya no tendrá quien le sirva y después nadie le venderá un trozo de carne... ni un pan! Y vagará por las calles como un perro bohemio...

Don Nieves bajó la cabeza ante la tremenda amenaza.

Además, sus amores eran liquidados en forma desgarradora. Aquella niña hacendosa, fresca como una lechuga y picaresca como una sevillana, aquella que, según pú-

blica fama, vivía enredada en amores cada vez más interesantes con don Nieves, huía a un pueblo vecino—aquel en donde se editaba "El Abordaje"—y huía con el ridículo vacunador; y desde allí este dirigía al burlado amante la más hiriente carta, declarándole que el raptor era el hombre más feliz con su "idolatrada Eudosia", en una luna de miel, después de un formal matrimonio eclesiástico, que sólo se interrumpía cuando el novio vacunaba por cuenta del Estado.

¡Vacunador, él, que era un luético en el tercer grado!

Consecuente con su dignidad estoica, con su rebeldía innata y de escuela, pues había leído algo de Sócrates y de Séneca, don Nieves subió la cuesta y ocupó su asiento de costumbre sobre una mata florecida de "chupones", que parecía colgada por una mano audaz ante el abismo cuya altura producía vértigos a las cabezas más sólidas de liberales convencidos; que parecía sonreir, como un sarcasmo rojo, con sus cápsulas abiertas en que venían a libar las abejas, las mariposas y los picaflores, sonreir a un pueblo bajo, que se debatía en la injusticia.

Abrió don Nieves la carta de su contendor en amores, releyéndola. "Ella es muy dichosa; me ofrece su boca a cada instante en un himeneo santificado por la Iglesia. Y yo chupo como una ventosa la miel de sus labios, mientras Ud. sobre la mata de los chupones..."

Un gesto amargo se dibujaba en sus labios carnosos. Una mirada vasta y profunda abarcó el mar, y parecía encerrar en ella el odio del poeta a aquella playa negra, florecida de arenas de oro, en que empaparon sus pies desde niño y en cuyas entrañas hirvientes buscara los camarones y los limañes que enterraba con furia el agua castigadora; a aquellas olas furibundas que parecían animales de presa y que gesticulaban y se retorcían en improperios indescifrables, y que chocaban sus imprecaciones dantescas sobre la "Piedra de los Lobos"; a aquellas algas que semejaban cabelleras de ninfas y nereidas, y que el mar rabioso escupía envueltas en los encajes de malta de sus espumas transparentes.

Bajo sus plantas tenía al pueblo, iluminado débilmente con sus luces parpadeantes de parafina o con sus farolillos en que languidecían las velas de sebo y de esperma. Un atropellado vocerío de lucha electoral parecía haber cesado para dar paso a unánimes invectivas en que todos parecían palpitar al unísono de algo canallesco. Cierta impresión de asco comenzaba a replegar sus labios y parecía leerse en ellos un calificativo que se tragaba con mucha hiel aquella boca amplia, apocalíptica; era ese repliegue de la fisonomía ante lo inevitable, eco de la vida interna, de un sollozo que se distiende como un corrosivo de las vísceras más nobles, que no se traduce, ante lo supremamente injusto, de lo cobarde como sentencia colectiva, de lo puerco, como medio defensivo de un ambiente malvado...

—¡Abajo don Nieves! Abajo don Nieves!—se oía vociferar. Y la marea avanzaba, y los rugidos se hacían cada vez más cercanos y más vibrantes y amenazadores.

—¡Que muera don Nieves!—se repetía en medio de una bulla de voces inacordes y vinosas.

Junto con escombrarse el inmenso sol que alimenta la vida y es el padre de un sistema planetario, junto con caer al mar la esfera ígnea, que parecía chirriar al recibir el beso salino del océano, don Nieves miró a la cruz de madera de los jesuitas, que en un sitio cercano, coronando el camino del Calvario, había ayudado otrora a clavar en la roca viva. Allí estaba con sus brazos abiertos, de perdón, ante el pueblo impávido. ¡Oh! signo de la redención...! Se acercó más aún a la mata de aquel parásito de las rocas, que habían pisado sus pies millones de veces, buscando las mieles de sus frutos, y miró al fondo... a la roca cortada a pique....

Un gesto desconsolador plegaba aquel semblante. Arrugas profundas dibujaban como a cincel su rostro moriseo. Había envejecido en cortos momentos.

Arrojó su sombrero de amplias alas. En un postrer rasgo de dandy, arregló su bufanda, dejándola caer sobre las espaldas, arqueadas ya como al peso de un bagaje aplastador.

Todavía con un resto de iracundia y gallardía, parecía desafiar a su pueblo natal en un gesto supremo, que le enviaba los azotes del alma atribulada de un justo...

—Abajo: "Que muera don Nieves! Que muera! Que muera!"

Los choroyes, en bandadas epilépticas, pasaban repitiendo sus siniestros ¡cau! ¡cau! que precedían a sus banquetes en sembrados y sementeras.

Era la marea humana, aleve, que agredía con su cobardía colectiva.

Era la farándula de los pájaros hambrientos, que se cernían sobre la obra humana y las sonrisas y esplendores de la Naturaleza.

Don Nieves, con sus brazos cruzados, vueltos los ojos a la cruz, fué doblándose en un distendimiento y flacidez de maniquí, para caer al abismo...

Los choroyes revolotearon alrededor de la Cruz y luego siguieron su camino, rezongando en un coro infernal. Uno sólo quedó como vigía, columpiándose en el "Inri", cual un payasito verde...

. . . . . .

Al pie del cerro la piedad popular ha horadado la roca viva en que florecen los bronces amarillos y los cuarzos que denuncian el oro, encendiendo velas que de lejos parecen procesiones por el alma de don Nieves.

La fábula dice que es milagroso. Y que desde que diera el salto que se llama "del Chupón", todos en aquellos contornos, se casan exclusivamente por la Iglesia; que se ha hecho innecesario el oficial del Registro Civil; que cuando una moza, a quien le brinca dentro del cuerpo el instinto sexual huye con un vacunador o con un "guardia"; nadie trata de recuperarla, aunque exista el peligro luético; y que el voto libre, en que se generan y se purifican las instituciones—como en una fuente Castalia—ha alcanzado la más fabulosa cotización, sin protesta de los candidatos, quienes, una vez elegidos, se entregan al noble servicio de las ideas y de la humanidad...

Por eso, el pueblo cree que don Nieves es su "patrono" y le enciende luminarias en cantidad y profusión tal, que se ha hecho necesaria una pequeña fábrica esteárica en la villa maulina que, antes, ni por asomo pretendía entrar al concierto industrial, que hoy da trabajo a brazos que fueron ociosos y sustento a criaturas amenazadas de inanición.

Era la farándula de los pájaros hambrientos, que se cernían sobre la obra humana. Don Nieves con sus brazos cruzados...

El cuerpo de don Nieves, horripilantemente mutilado, pues cayó como una bola desde ciento cincuenta pies de altura, reposa ahora en sitio bendecido, cerca, como sarcasmo, de la gusanera de parvulitos y fetos encontrados al remover cimientos seculares; y, a pesar de ser suicida, la figura moral del mártir aparece con todos los esplendores y prestigios de un santo.

La villa está siempre obscura y a base de iluminación de triple esencia: parafina y velas de sebo y esteáricas; el viento helado e iracundo tuerce o desarraiga los árboles; el ciclón silba sus jergas endiabladas, como llamados mefistofélicos, y se lleva de un punto a otro las matas de "chupones" florecidos y los cactus enhiestos, cultivándolos como si millares de manos ágiles, en un aquelarre y en un

santoral, quisiesen enseñarnos a desfigurar la vida; los choroyes desfilan en asambleas fantasmagóricas y cantan coros wagnerianos alrededor de la Cruz; pero las luces que se encienden por el alma del Rebelde, nunca dejan de iluminar seráficamente aquella catacumba en que revolotean las lechuzas, los chonchones y los murciélagos, y en que, a las altas horas de la noche, se siente emerger, como del fondo de la tierra, rezos de monjes y coros de ángeles invisibles...

Y cuando los caminantes miran al fondo de aquel empinado cerro, que siempre coloran las flores del "chupón", y preguntan el por qué de tanta luminaria, los sencillos hijos de aquel pueblo contestan:

—Cuando vivía don Nieves, éramos felices; pero desde que murió, lo somos mucho más... Es nuestro protector...

El feminismo marcial en los Estados Unidos

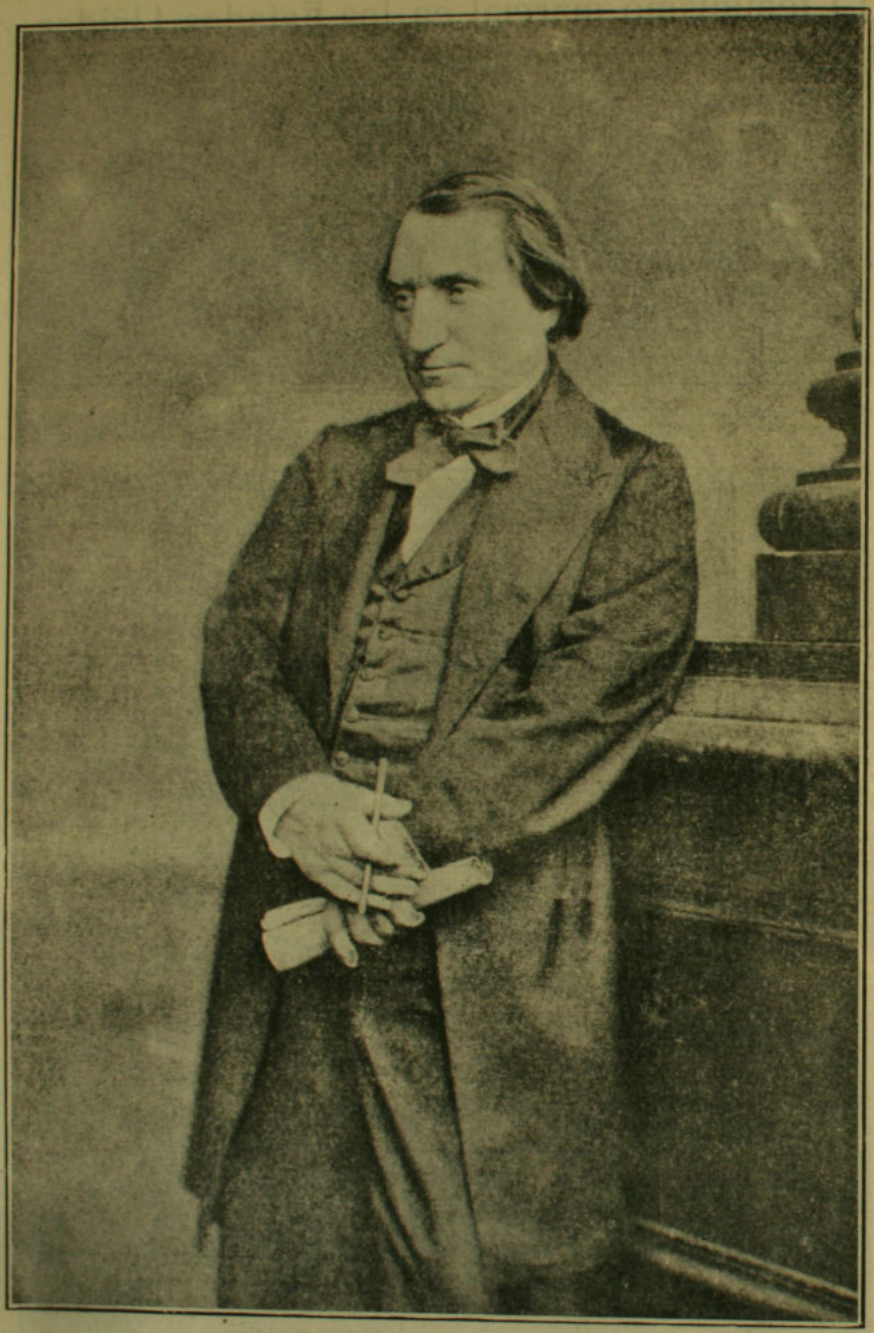
Señoritas adscritas a la "Liga femenina norte-americana para la defensa nacional", haciendo ejercicios de guerrillas bajo la dirección de oficiales del ejército, en Nueva York.

A este florecimiento de la actividad femenina, cuyo progreso y rápida asimilación nadie podrá poner en duda—que tal admirable cualidad la poseen en alto grado las mujeres—en la hora presente, han contribuído, sin duda, las trágicas consecuencias de la guerra, llevando a la mujer a oficios y lugares que parecían inaccesibles para ella.

Sección de automovilistas militares femeninos, revistada por la "capitana" Mrs. Frances Gray, en el parque de Boston.

Todas las naciones beligerantes han dado ejemplos imprevistos, aprovechando oportunamente el patriotismo de la mujer para alejarla un poco del hogar, y aun a veces sin alejarla, dedicando sus actividades en la calle, en las fábricas y en los talleres, allí donde fuera preciso y conveniente su esfuerzo para el desarrollo de las industrias y para el bien de la Patria. Inglaterra fué luego quien, dando una prueba de su admirable preparación, destinó a las mujeres a los oficios más extraños a su condición y a su sexo, valiéndose de su inteligencia y de sus brazos, no sólo en las labores del campo y del taller, pero también en la complicada y peligrosa construcción de armas de combate. En los Estados Unidos de Norte América, este aspecto del feminismo ha adquirido en muy poco tiempo una nueva manifestación.

Instrucción de reclutas femeninos de la "Liga norte-americana", en un campo de Governor's Island (Nueva York).



Ernesto Renán en 1863

La vida privada de Ernesto Renán

Por

Hernán Díaz Arrieta

"Tendré mi biografía y mi leyenda. ¿Mi leyenda? Conociendo un poco a los escritores eclesiásticos, podría trazarla de antemano. Las leyendas de los enemigos de la Iglesia oficial están todas vaciadas en el mismo molde. El fin que el libro de los Hechos atribuye a Judas (reventó por la mitad) forma su base obligada. Para una parte de la tradición, moriré así, de una manera combinada entre Ario y Voltaire. ¡Dios mío, qué negro me dejarán."—*E. R.*

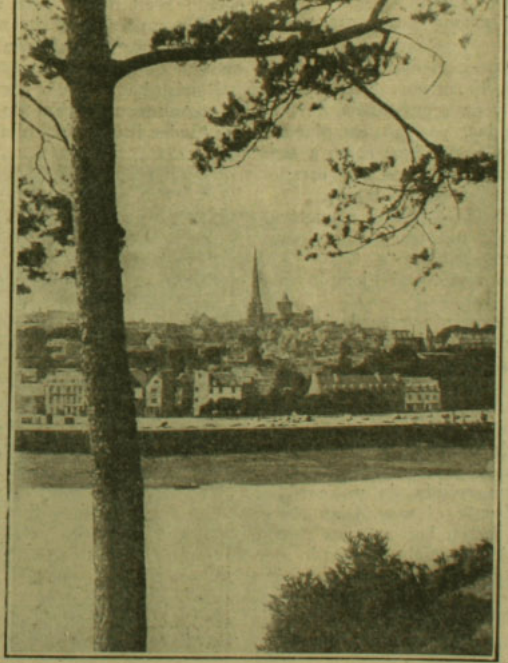
Con ilustraciones fotográficas

Cuando se discute a un filósofo, la mayoría de la gente no examina sus ideas, sino su vida privada, especialmente la más privada, su conducta en lo relativo al amor y al dinero; y del resultado de este examen deducen la verdad o falsedad de sus teorías. Recuerdo que hablando de Renán con un caballero católico muy ilustrado, el grande argumento que me opuso a la "Vida de Jesús" fué:

—**Renán se sasalió del Seminario porque le gustaban mucho las mujeres.** . . . . .

Dicho con un tono en que había una enérgica condenación no sólo contra la Vida de Jesús, sino contra toda la obra de Renán, y tal vez contra los que la leían.

Sería demasiado fácil tachar de estrecho y mezquino este procedimiento; en realidad, obedece a una razón más profunda de lo que generalmente se cree. La vida íntima de un escritor, más aún de un escritor moralista, no sólo contiene la fuente escondida de donde manan sus principios y su modo de apreciar el universo, sino que en ocasiones, cuando se trata de temperamentos muy refinados, revela otras convicciones, creencias de una sinceridad insospechable, que el mismo que las profesa acaso no reconozca y hasta llegue a contradecir; pero que, venidas del fondo del inconsciente, constituyen la única piedra de toque infalible para definir su personalidad.



Vista panorámica de Treguier, ciudad natal de Renán.

En pocos casos se ha realizado esta verdad más claramente que en el de Ernesto Renán. Alma religiosa en el más alto sentido de la palabra, la crítica se ha cansado de seguirlo en sus ondulaciones infinitas y aparentemente contradictorias; y según el punto de vista desde que lo haya mirado, ha dicho de él o que

Enriqueta Renán, hermana del ilustre sabio

era un santo asceta o un corrompido discípulo de Epicuro. El mismo, con su ironía trascendental y su repugnancia de las afirmaciones definidas, pareció complacerse en desorientar a sus amigos como a sus detractores y permanecer con un eterno signo de interrogación en los labios.

Pero su vida privada está ahí, a nuestra vista, al alcance de nuestra mano, documentada e incontrovertible.

¿Qué hizo, cómo vivió, qué ejemplo dio a su generación?

Será útil e intereasnte recordarlo con precisión en el vigésimo quinto aniversario de su fallecimiento.

Ernesto Renán nació el 27 de Febrero de 1823, en Tréguier, vieja y pequeña ciudad bretona, donde unos pocos nobles empobrecidos y algunos marinos retirados habitaban una colina ceñida de un cordón de monasterios, frente al mar. Olas eternamente agitadas baten las enormes rocas de esa costa, bajo un cielo hinchado de nubes; y su rumor se acuerda con el són de las campanas conventuales para repetir las misteriosas leyendas de hadas y de santos de la raza celta, viajera, soñadora y supersticiosa.

Vino al mundo dos meses antes de tiempo, cuando su familia sufría una crisis de pobreza, tan débil, tan enfermo, que su madre y sus hermanos mayores, Alán y Enriqueta, lloraron sobre su cuna, creyéndolo destinado a una muerte próxima. Pero la vieja Gode, la bruja del lugar, después de haber sumergido la camisola del niño en una fuente sagrada, volvió anunciando con regocijo que las dos mangas se habían levantado vigorosamente hacia la superficie, y, en consecuencia, el recién nacido quería vivir, y sería dichoso.

Cinco años más tarde este presagio feliz sobre el destino del futuro apóstol de la duda recibía un rudo quebranto: el padre, marino taciturno y quimérico, que había visto evaporarse la pequeña fortuna familiar en vagas especulaciones, moría de una manera inexplicable, y la viuda con sus tres hijos debían abandonar la ciudad y arrendar la casa solariega para ir pagando las deudas, único legado del difunto.

Fueron tiempos difíciles, en que el carácter de Enriqueta, doce años mayor que Ernesto, empezó a revelarse, enérgico y viril. Sin dejarse abatir como la madre—una meridional viva, habladora y poco instruída como una niña—aprovechó la educación recibida de una amiga noble para fundar un colegio de niños, dedicándose a esa amarga profesión de la enseñanza en que debía sacrificar su juventud.

Renán ha contado en páginas húmedas de ternura el cariño de su hermana. En las tardes invernales, ella lo conducía, abri-

Ernesto Renán en 1871

gado contra su cuerpo para librarlo de la nieve, a hacer sus oraciones en la catedral "cuya nave vacía estaba a esa hora llena de infinito y de terrores". Las peores vicisitudes no pudieron hacerle olvidar más tarde la angustia experimentada cuando ella, para castigarlo, se fingió una vez muerta, y él hubo de resucitarla dándole una violenta mordedura en el brazo. Y por toda contestación a sus reproches, le decía:

—¿Por qué te habías muerto? ¿Te vas a morir otra vez?

Gracias al trabajo de Enriqueta, los Renán pudieron volver a Tréguier y vivir de nuevo en el querido ambiente familiar; pero con los años las necesidades aumentaban y, un día, la joven sorprendió al niño tratando de disimular una rotura del traje, y se echó a llorar. Alguien la pidió en matrimonio por ese entonces; habiendo entendido que se le exigía separarse de los suyos, rehusó; poco más tarde, aceptaba la propuesta de una amiga de ir como sub-directora a un liceo parisiense, donde el mayor sueldo le permitiría costear la existencia de su madre y la educación de su hermano, ya en edad de ingresar al colegio eclesiástico de Tréguier.

Renán no olvidó nunca la educación de los buenos religiosos y siempre manifestó admiración por su disciplina fuerte, sencilla y austera. Hombres de poca ciencia, pero de sólida virtud, le enseñaron el amor a la verdad, el desprecio del dinero, la seriedad de la existencia. "Les debo—escribía en los momentos en que todos los

Renán en 1892

El sillón de Ernesto Renán

escritores católicos de Francia se ensañaban contra su persona—todo lo bueno que puede haber en mí. ¡Viejos y queridos maestros, casi todos muertos al presente, cuya imagen se me aparece frecuentemente en sueños, no como un reproche, sino como un dulce recuerdo, no os he sido tan infiel como creéis!"

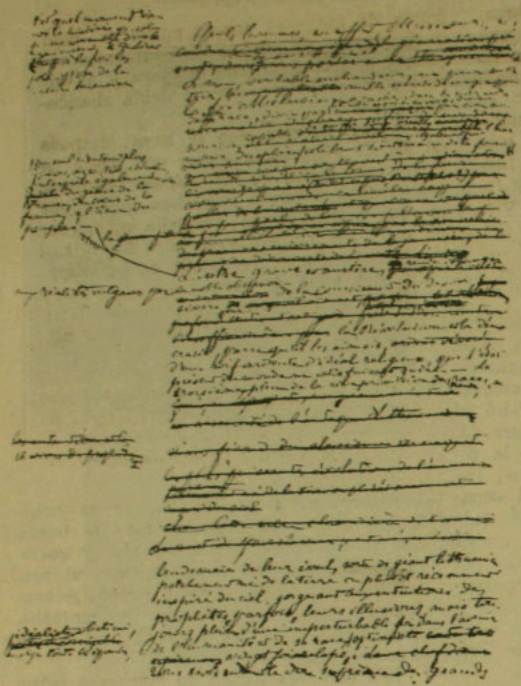
Era entonces Renán un muchacho lento, dulce, porfiado y soñador. Sufría un poco de reumatismo; inclinado a la soledad, no tenía ni un amigo, y prefería a todo quedarse inmóvil durante largas horas, junto a la chimenea o meditar en la catedral, entre las estatuas orantes de los sepulcros. No se aburría nunca. Sus compañeros lo consideraban más estudioso que inteligente y lo llamaban "señorita", porque no le gustaba jugar con ellos, sino sentarse en un rincón a canturrear en compañía de sus hermanas:

Il pleut, il pleut bergére!

Más tarde había de confesar: "He sido educado por mujeres y por clérigos: la explicación de mis cualidades y mis defectos está ahí. En mi manera de sentir, tengo tres cuartas partes de mujer."

Así llegó a los quince años de edad, tácitamente consagrado al sacerdocio y con más fama de espíritu sólido y severo que brillante.

En 1838, a los 15 años, habiendo obtenido todos los premios del colegio, su hermana Enriqueta influyó con Monseñor Dupanloup para que lo llevara a París a seguir sus estudios en el aristocrático establecimiento que éste dirigía. Y en una noche, el muchacho se vió trasportado "de un ambiente tan religioso y hasta mito-



Una página manuscrita de Renán.

lógico como el de Benarés o Jagarnatha al medio más frívolo, inquieto y elegante del mundo."

Fué un golpe rudo que dió el primer sacudimiento a la fe de Renán, y causóle tal depresión espiritual que por muchos meses permaneció como atontado, sin poderse contraer a los estudios, solo en medio de sus compañeros superficiales y listos, que se reían del pequeño salvaje. El único alivio de su nostalgia lo constituían las cartas a su madre y a su hermana Enriqueta; una de aquéllas fué leída por el rector del colegio y le valió su protección, inapreciable en esos instantes. Libre de la melancolía, su espíritu empezó a despertar; interesóse en los diversos cursos, especialmente en el de Historia y Letras; leyó a Michelet, Lamartine, Víctor Hugo y un nuevo mundo se abrió delante de sus ojos. Muy pronto, sus progresos le hicieron encontrar estrecho el marco de estudios del Seminario de San Nicolás, dedicado más a la retórica que al fondo de los conocimientos, y fué con una especie de avidez intelectual como tres años más tarde pasó al Seminario de Issy a estudiar filosofía.

Entretanto, en 1841, su hermana Enriqueta había debido partir a un nuevo destierro; una familia polaca la llevaba como institutriz al castillo de Clemensow, sobre el Bug y desde allá le escribía, animándolo en sus desfallecimientos y siguiendo con ansioso interés el proceso de sus ideas. Ella había perdido ya, absolutamente, la fe religiosa y recibía con temblor de emoción las confidencias de las dudas y los temores que asaltaban al adolescente.

Lentamente, en una lucha encarnizada, el espíritu del siglo iba invadiendo aquel joven cerebro, hambriento de verdad. Redoblaba las prácticas religiosas y la austeridad de su existencia para resistir; envuelto en su gruesa hopalanda, vivía estudiando, sin moverse casi, la espalda encorvada sobre los libros y combatiendo el frío por triples abrigos. Se había convertido en una especie de autómata intelectual, en una inteligencia rodeada de órganos. Sus profesores le dejaban absoluta libertad, aunque en interés de su salud le aconsejaran el reposo. Uno, cierta vez, dirigióle un reproche que no olvidó. Habiéndolo encontrado en su sitio predilecto, bajo los árboles, con los Diálogos de Malebranche. "Oh!—le dijo—el pequeño sabio! Qué bien empaquetado! Déjenlo, no lo molesten! Siempre será así. Estudiar, estudiar. Y cuando el cuidado de las pobres almas lo reclame, estudiar, estudiar siempre!"

El joven levantó los ojos, miró un instante a su interruptor y se sumergió de nuevo en la lectura. Sólo años más tarde le debía contestar, cuando en el libro de los monjes del Monte Casino, escribiría aquella palabra de Jesús: "Marta, Marta, muchas cosas te preocupan y una sola es necesaria; María ha elegido la mejor parte, que no le será quitada."

Minado por dudas cada vez más hondas y con una insaciable avidez de saber, ingresó, a los 20 años de edad, al Seminario de San Sulpicio. Iba a estudiar, además de la teología preparatoria para recibir las órdenes, filología semítica, con el sabio profesor Le Hir, uno de los primeros hebraistas europeos. Esta ciencia decidió definitivamente su evolución. Sus progresos durante el primer año de estudios le conquistaron la estimación de M. Le Hir, hasta el punto de encargarle un

curso elemental de Gramática Hebrea. Todos lo apreciaban y era tenido por una futura gloria de la Iglesia. Así, cuando durante las vacaciones, en el ambiente apacible de Tréguier, volvió a vivir con su madre y sus antiguos maestros, el combate trabado en su espíritu llegó a la más dolorosa crisis. Por una parte se le presentaba su vida anterior, conforme en todo a su ideal, indiferente a las materialidades del mundo, consagrada a una tarea noble, serena y segura, que satisfacía los más hondos anhelos de su alma. Todos los lazos que pueden atar un corazón humano lo amarraban, lo impulsaban a consagrarse a ella con votos irrevocables. Por otro lado, la negra incertidumbre; el problema económico, especialmente humillador para un joven estudioso, consciente de su valer moral y de su nulidad mundana. Nada lo atraía en el siglo; pertenecía a una familia obscura, casi en la miseria; sentíase feo, torpe, sin maneras; entre esos hombres de hábil y frío positivismo que había podido entrever, presentía un martirio obscuro y tal vez inútil.

¿Y por qué abandonarlo todo, para lanzarse a la terrible aventura? Porque Dios no procede por voluntades particulares, porque el libro del Génesis presenta un carácter mitológico, porque los últimos capítulos de Isaías pertenecen a otra época, porque Moisés no es, aparentemente, el autor del Pentateuco y tal vez no ha existido, porque Gessénius y Ewald tienen razón en casi todos sus puntos... A la exposición de sus dudas, sus confesores le aconsejaban rechazarlas como tentación del demonio y le hablaban de la gracia especial que asiste a los sacerdotes.

Por último, el dilema se le presentó claro: había que elegir entre su razón y el catolicismo.

A la vuelta de vacaciones (1845), anunció a sus maestros la intención de postergar el Sub-Diaconado, primer voto solemne, y escribió su resolución a su hermana pidiéndole consejo. Ella se había abstenido hasta entonces de influir en su ánimo; pero recibió la noticia con indecible alegría y se apresuró a mandarle mil doscientos francos, penosamente economizados, para subvenir a sus primeras necesidades fuera del colegio. Con este dinero, precio sagrado de quién sabe qué obscuros sacrificios, pudo el joven comprarse el primer traje de seglar y buscar un pequeño empleo en la instrucción, la profesión que le parecía más semejante al estado eclesiástico.

Tenía entonces veintidós años; los retratos de entonces nos lo muestran, bajo de estatura, vestido con los pantalones anchos y el frac negro de la época y un aire de clérigo triste, que no debía abandonar jamás.

Era curiosa situación la suya: después de M. Le Hir, sabía mejor que nadie en Europa la teoría de las lenguas semíticas comparadas y servía una clase ínfima por la casa y el alimento; se podía considerar un sabio en historia y ciencias filológicas, y no tenía siquiera el grado de bachiller.

En dos años de encarnizado estudio y de una vida tan severa como la del Seminario, logró "recibirse", como diríamos, presentó a la Academia de Inscripciones y Bellas Letras su "Historia General de las Lenguas Semitas", obra adelantada para su tiempo, y por fin, en 1847, consiguió un empleo que le permitía cierto desahogo, la cátedra de M. Bersot en el liceo de Versalles.

Fué ésa la edad de oro de su estudio y de su amistad con Berthelot. Cuatro años menor que él, el futuro padre de la química moderna trabajaba junto con Renán y de noche discutían teorías sociales y formaban proyectos para el resto de la existencia. Fruto de esa conversación, fué "El Porvenir de la Ciencia", escrito en 1848, en plena fermentación revolucionaria y lleno de una ardiente fe socialista. Los acontecimientos posteriores lo desengañaron demasiado pronto y le hicieron guardar el manuscrito treinta años.

Algunos artículos sobre filología y orientalismo llevados al "Journal des Débats", lo dieron a conocer en un reducido círculo intelectual y gracias a la influencia de M. Víctor Le Clerc, fué agregado a una comisión científica en Italia. De este primer viaje volvió otro hombre: el artista se había revelado en él y un nuevo horizonte se le abría, fuera de las puras ciencias. Pero así como no había arrojado de su corazón la religiosidad al abandonar el

Ernesto Renán.—(Aguafuerte del pintor sueco Anders Zorn.

Ernesto Renán, en su gabinete de trabajo en el Colegio de Francia.

Seminario, tampoco debía renegar del culto de la ciencia al cultivar la belleza; los nuevos elementos se unían y armonizaban sin excluirse en su interior.

A su regreso, se le dió un pequeño empleo en la Sección Manuscritos de la Biblioteca Nacional y como las deudas de su padre estaban casi enteramente pagadas, creyó que ya era tiempo de que Enriqueta regresara de su destierro y se encaminó a Berlín a recibirla. Allí se encontraron los dos hermanos, después de diez años de ausencia, él en pleno florecimiento de las esperanzas que había alimentado, ella envejecida, enferma, ronca y agriada por los sacrificios, aunque más dispuesta que nunca a proseguirlos.

Se establecieron en París, en la calle Val-de-Grâce, en una casita con vista al Monasterio de las Carmelitas, donde está la tumba de Mlle. de La Valliére. En ese retiro apacible, que no abandonaba sino las horas de oficina, compuso su "Averroes", estudio filosófico, cuyas páginas iba copiando Enriqueta, al mismo tiempo que le dirigía atinadas observaciones sobre el estilo. Ya ahí se revela la naturaleza intelectual de Renán, enamorada de los orígenes de las cosas, y con ese encanto de lenguaje turbador e indefinible, que la prensa católica atacaría llamándolo felino y femenil.

Lentamente, su nombre se iba haciendo conocido, gozando de una aurora de celebridad que complacía infinitamente a la hermana, aunque en su propio interés lo aconsejara no conceder nada al público y reservarse entero para la ciencia.

Sin embargo, no oponía obstáculos a que saliera a sociedad y aceptara las invitaciones que iban a buscarlo en su Tebaida. En uno de los hogares de artista que visitaba, conoció a la que debía ser más tarde Mme. Renán, la sobrina del célebre pintor Ary Scheffer, cuyo amor despertó en él al poeta, como Roma había despertado al artista. Cuando Enriqueta se dió cuenta del proyecto de matrimonio, su indignación no tuvo límites y le prometió que el día de su unión sería el de su partida. Renán, dolorido y espantado, renunció entonces a ella; mas, por una reacción natural en aquella naturaleza generosa, Enriqueta concibió crueles remordimientos y corriendo a casa de Mlle. Scheffer, allanó por sí misma las últimas dificultades.

Cuatro años más tarde, en 1857, la muerte de M. Quatremére dejó vacante en el Colegio de Francia la cátedra de Hebreo; todos designaban a Renán para ocuparla, pero temeroso el Gobierno de nombrar a un librepensador reconocido, se abstuvo de proveer el cargo. En 1860, para indemnizarlo de esta injusticia, le confió una comisión científica a Fenicia. Renán la aceptó, y como su madre se había venido de Bretaña a vivir con ellos en París y sus hijos estaban todavía pequeños, partió en compañía de Enriqueta.

En Oriente, recorriendo los sitios sagrados de la Palestina, concibió la idea de escribir la Vida de Jesús, proyecto que realizó durante un descanso, sobre la risueña montaña de Ghazir, a una gran altura, en el fondo de la bahía de Kesrouan. Allí Enriqueta fué poniendo en limpio a medida que su hermano se las entregaba, esas páginas transparentes y divinas que más que ningunas han resucitado al Cristo en la sociedad moderna. En la soledad de la casa lejana, bajo las estrellas que contaron los pasos del Salvador, el rumor leve de aquellas dos conversaciones preparó una de las tempestades espirituales más formidables que han sacudido al mundo moderno y fué el origen de una evolución religiosa cuyo alcance no podrán medir sino las generaciones venideras.

Pero—él mismo lo dijo tantas veces—ninguna grande obra se funda sino sobre la sangre vertida y el precio de este evangelio del porvenir fué la vida de la pobre Enriqueta. Estaba enferma; las excavaciones de esos viejos terrenos habían agravado su mal y sin embargo día por día postergaban su regreso, para completar algún otro descubrimiento. El día antes de partir, se detuvieron aún para examinar dos sarcófagos fenicios que debían extraer esa tarde. En la noche, ambos cayeron víctimas de una especie de letargia, de la que sólo él se recobró.

A su regreso, Renán obtuvo la cátedra de Hebreo. Hacía diecisiete años que había abandonado el Seminario y que penaba en la estrechez, cargado ahora con la responsabilidad de una familia, ganándose la vida en empleos inferiores y colaboraciones periodísticas mal remuneradas. Sin embargo, desdeñoso siempre de los intereses materiales, pronunció un discurso de apertura que le atrajo las iras del Gobierno y en medio de una ovación popular a la que se sustrajo, provocó su separación, por no disimular un ápice sus convicciones.

La Vida de Jesús, en tanto, obtenía el mayor éxito del siglo y circulaba por todo el mundo, traducida a todos los idiomas, elevándolo al pináculo de la fama; pero sin procurarle la independencia material.

No obtuvo nunca el éxito pecuniario ni aspiró a él; antes podría decirse que lo rehuyó, como rehuyó el entusiasmo público primero, luego las solicitaciones de aprovechar su obra para lanzarse a la política con el partido liberal y el endiosamiento de los radicales, que no le pedían sino un "crescendo" anticlerical en sus obras.

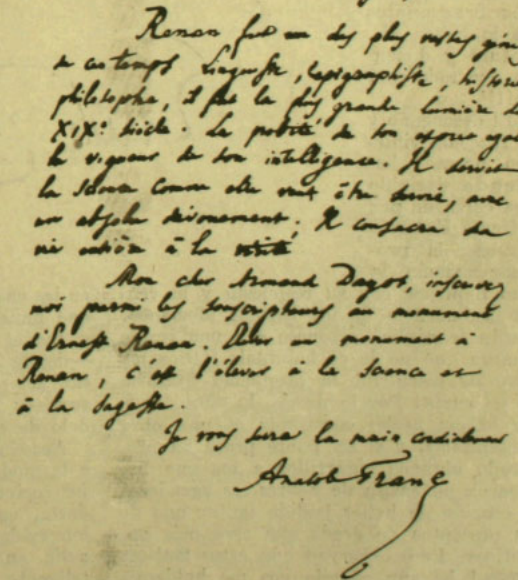
"Los Apóstoles", continuación de la Vida de Jesús y San Pablo, publicado el 69, marca solamente el desarrollo de su plan, ceñido a un método estrictamente científico y en una forma literaria cada vez más pura.

La primera vez que lo vemos salir un poco de su retraimiento, es en los famosos "diners de Magny", donde se reunían Goncourt, Flaubert, Saint Víctor, Taine, Sainte-Beuve, Gautier, etc. El diario de los primeros nos lo muestra en una violenta discusión sobre Voltaire y Rousseau, callado, tímido, curioso, no obstante e interesado, "bebiendo el cinismo de las palabras, como una señora honesta en una comida de prostitutas."

El antiguo seminarista persistía en él, a pesar del sabio y del escritor famoso, y él no se empeñaba en disimularlo; al contrario, con una honradez persistente y no sin cierta malicia, lo ponía al relieve, se lamentaba de su embarazo ante las personas del mundo y de su exagerada cortesía de clérigo...

El último año del Imperio, cuando el Gobierno acentuaba las reformas liberales, Renán aceptó una candidatura a diputado por el departamento de Marne-sur-Seine, y se dirigió a Meaux a trabajarla. ¿Qué diálogos filosóficos se entablarían entre aquel místico historiador del cristianismo y los campesinos electores? No sería difícil suponerlo, como tampoco cuesta calcular el grado de sentido práctico de ese candidato singular por sus carteles de propaganda, donde se leía en grandes letras: "**Candidatura de M. Ernesto Renán. ¡No más guerra! ¡No más revolución!**".... Carteles que meses más tarde serían arrancados de las murallas por las tropas prusianas, mientras París ardía en el infierno de la Comuna.

La guerra significó para Renán un trastorno espantoso: él, que cuando conoció el pensamiento alemán "creyó penetrar en un templo" y que no había cesado de exaltar la filosofía, la exégesis, la ciencia alemana y de predicar a sus compatriotas la alianza con sus vecinos del norte, se encontró de pronto con que los hulanos saqueaban el país y hacían la guerra con un salvajismo en nada inferior al de sus antepasados los hunos. El diario de los Goncourt nos lo muestra en una escena desoladora: "Renán, levantando la cabeza del plato.—En todo lo que he estudiado—dice—he visto siempre la superioridad de la



Juicio de Renán por Anatole France

inteligencia y del trabajo alemán. Si, señores, los alemanes son una raza superior! —Todos gritan. Renán continúa:—Sí, muy superior a nosotros. El cristianismo es una cretinización del individuo; la educación de los Jesuítas o de los Hermanos Cristianos comprime toda energía, mientras que el protestantismo la desarrolla... Berthelot continúa sus revelaciones: yo exclamo: —Entonces, todo está perdido y no nos queda sino educar una generación para la venganza. —No, no, exclama Renán, levantándose, el rostro enrojecido—no la venganza; perezca la Francia, perezca la patria; por encima están el reino del Deber y la Razón! Toda la mesa aúlla:—No hay nada sobre la patria... Renán se ha levantado y se pasea alrededor, a pasos desiguales, agita sus pequeños brazos, citando en alta voz fragmentos de la Santa Escritura y diciendo que todo está ahí!"

El desengaño y la reacción vinieron pronto; habiendo dirigido una carta de paz a David Federico Strauss, el profesor alemán la hizo imprimir con su respuesta y la vendió a beneficio de los heridos alemanes. Renán le replicó entonces con una ironía amarga que no le es habitual: "Dios me libre de discutiros la propiedad literaria de mi carta! Por lo demás, la obra a que me habéis hecho contribuir es una obra humanitaria, y si mi pobre prosa ha procurado algunos cigarrillos a los que saquearon mi casita de Sévres, os agradezco la ocasión de haber podido imitar uno de los preceptos de Jesús que creo más auténticos. Pero observad aún estos **matices ligeros**! Ni aun cuando vos me hubierais permitido publicar un escrito vuestro, jamás, jamás me habría venido siquiera la idea de venderlo a beneficio de nuestro hotel de los Inválidos, por ejemplo, pero a vosotros el provecho os ciega, la pasión os impide distinguir esas futilezas que los espíritus frívolos llaman delicadeza y buen gusto."

Con el mismo heroico esfuerzo de sinceridad que durante el sitio de París lo hacía sostener la superioridad de los alemanes, aun en el orden intelectual, hubo más tarde de renegar sus más queridas aspiraciones, y en la "Reforma Intelectual y Moral" delineó las bases de una Francia nueva, anti-democrática, enemiga de Alemania, orientada hacia un ideal de justicia y de paz infinitamente lejano.

El libro fracasó en absoluto por el momento, y fruto del desengaño fueron sus Diálogos Filosóficos, cuyo escepticismo da frío a los huesos.

Más tarde, el equilibrio político como el intelectual se restablecieron y Renán prosiguió sus trabajos, resuelto ya esta vez a no mezclarse en las cuestiones prácticas y más desdeñoso que nunca de las materialidades. Así dió a luz el Antecristo, La Iglesia Cristiana —donde hay aquella silueta de Adriano, tan semejante por algunos aspectos a la suya—y Marco Aurelio, su constante modelo de conducta.

Académico, famoso en Europa, hombre a la moda, buscado y halagado por la mejor sociedad, continuaba su existencia modesta, entre su madre, que alcanzó una longevidad extraordinaria y vivísima, Cornelia, su esposa, mujer encantadora e inteligente, sus hijos, Ary, pintor y escritor de nota, su hija, Mme. Psichari y sus nie-

Médan 25 sept. 1902

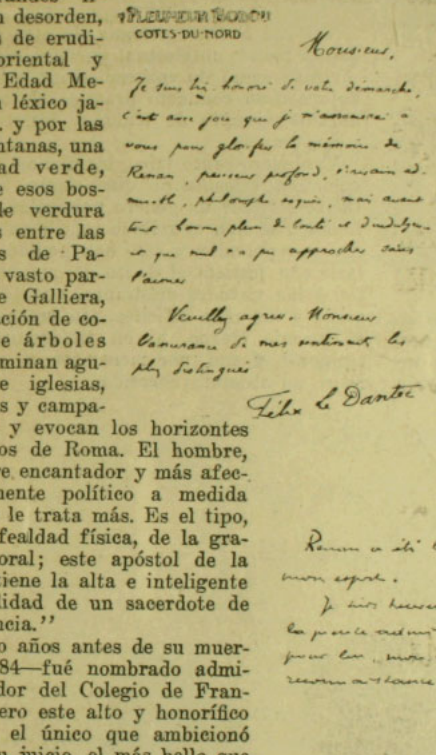
Cher confrère et ami, c'est moi qui vous remercie d'avoir songé à moi pour faire partie du Comité de la statue de Renan, à Trégnier. Prenez mon nom et mettez-en comme il vous plaira. Il sera à l'honneur.

Bien amicalement.

Emile Zola

tezuelos, con los cuales tenía ternuras exquisitas.

Su casa en París la describe Goncourt: "Un cuarto piso de la calle Vaneau, pequeño departamento burgués y fresco, mobiliario de felpa verde, cabezas de Ary Scheffer en los muros, algunas curiosidades de Dunkerke. Por una puerta divísase la biblioteca, estantes de madera blanca, grandes libros en desorden, objetos de erudición oriental y de la Edad Media, un léxico japonés... y por las dos ventanas, una infinidad verde, uno de esos bosques de verdura ocultos entre las piedras de París, el vasto parque de Galliera, ondulación de copas de árboles que dominan agujas de iglesias, cúpulas y campanarios y evocan los horizontes piadosos de Roma. El hombre, siempre encantador y más afectuosamente político a medida que se le trata más. Es el tipo, en la fealdad física, de la gracia moral; este apóstol de la duda tiene la alta e inteligente amabilidad de un sacerdote de la ciencia."



Ocho años antes de su muerte—1884—fué nombrado administrador del Colegio de Francia; pero este alto y honorífico cargo, el único que ambicionó y, a su juicio, el más bello que podía ocupar un francés, no introdujo grandes mejoras en su vida privada. Al contrario, parece que la humedad de los departamentos que ocupaba apresuró su reumatismo y en uno de los papeles que se encontraron después en su escritorio, había esta confesión, que jamás se le escapó en vida: "He conocido la pobreza, la miseria casi; pero nunca, nunca he estado tan mal alojado como en el Colegio de Francia." Una palabra suya, y las condiciones materiales de su habitación habrían cambiado totalmente, pero, sacerdote y austero hasta el último día, jamás se permitió una alusión siquiera a la incomodidad de su vivienda.

Sus grandes goces, una vez terminados los trabajos serios de su vida, consistieron en sus clases de hebreo, que siguió con una puntualidad heroica, hasta cuando casi no podía moverse; la fundación del Corpus Inscriptionum Semiticarum y esas deliciosas páginas de Recuerdos y divagaciones filosóficas en que se entretenía, pensando y repensando el mundo a su manera, siempre variada, siempre profunda y siempre optimista.

Cuando Mme. Renán se afligía por la escasez de dinero y le demostraba, cuentas en mano, que las entradas no bastaban a los gastos, él mirábala sonriendo, evidentemente preocupado de otra cosa, y le respondía:—"Realmente el dinero no parece **enrouté** (encaminado) hacia nosotros." Y después de haber considerado filosóficamente el nuevo verbo, hablaba de un informe a la Sociedad Asiática, de que lo habían nombrado presidente, sobre unas raíces desconocidas. Un hombre de negocios lo habría considerado demente: mientras cualquier página amena firmada por él y escrita para reposar, representaba una pequeña fortuna, proseguía sus trabajos sobre los rabinos y se engolfaba en especializaciones que sólo tres o cuatro personas en el mundo serían capaces de apreciar.

El estudio y la partícula de eternidad que encierra una investigación nueva, fueron su constante preocupación hasta el último día, y habría creído faltar a una especie de sacramento entregándose a labores pasajeras.

En su clase sucedían a veces incidentes curiosos: mujeres de mundo y extranjeros que habían viajado para conocerlo, no encontrando otra manera de acercársele, se inscribían como alumnos en el curso de lengua hebrea y allí era el padecer de los verdaderos estudiantes, ante la frivolidad de los extraños. Político, pero malicioso también como un prelado italiano, Renán tenía una diplomacia exquisita para ponerlos en conflicto. Decíales: "Vaya,

estoy complacidísimo de que nuestros áridos estudios despierten tanto interés. Ahora, he resuelto descansar y quiero que mis alumnos expliquen por turno la lección. Estoy cierto de que lo harán a maravillas."

Los años y los achaques lo clavaban cada vez más a su *sillón de sabio*; había engordado extraordinariamente y tenía un aspecto episcopal, con su amplia cabeza leonina y su fina y bondadosa sonrisa, resplandor de un alma cándida.

Se decía de él: "Sólo quien no lo conoce puede atacarlo."

Su preparación a la muerte fué digna de su vida; ratificó todas sus ideas, la negación inquebrantable de lo sobrenatural particular, la creencia en un objeto del *mundo*, la *fe en el progreso* indefinido y una vaga esperanza de resurrección, como un premio reservado a los que en vida trabajaron por la verdad, la belleza y el bien.

Pasó el verano de 1892 en Rosmapamon, en medio de sus queridos bretones, que lo miraban como a un patriarca un poco singular—(sin acertar ciertamente a definirse su singularidad)—y hacia el otoño, sintiéndose más grave, se hizo trasladar al Colegio de Francia, donde se extinguió, en perfecta serenidad de espíritu, rodeado de los suyos, el 2 de Octubre, a las seis de la mañana.

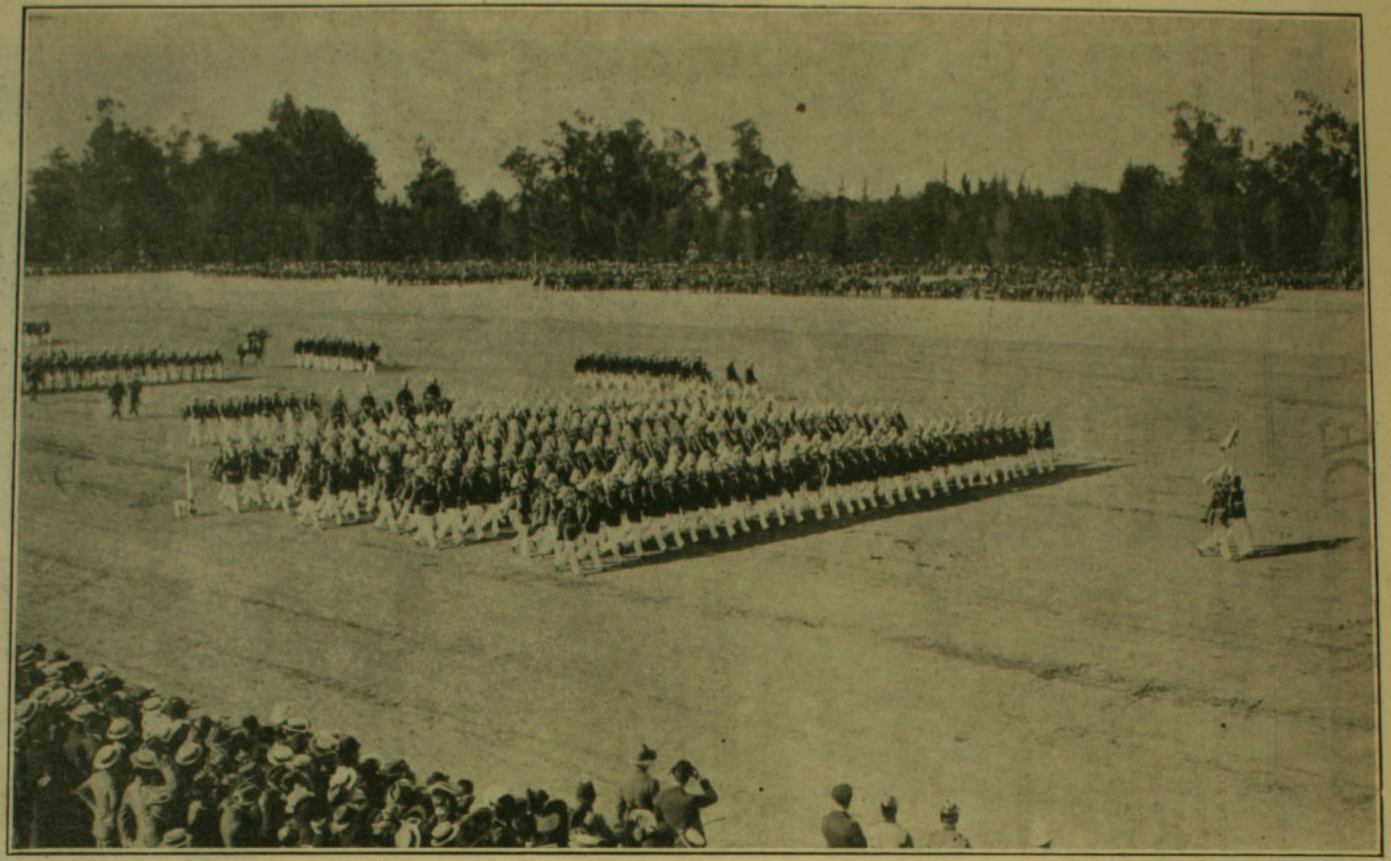
Sus postreras palabras fueron:

—*Los cielos y la tierra permanecen...*

Tal fué la vida privada de este sér en que el mundo intelectual quedará como un inmenso signo de contradicción; pero que dejó con su conducta práctica el más admirable ejemplo de trabajo, desinterés y perseverancia.

Verdadero santo laico, los dientes de esa calumnia eclesiástica que—según Sainte-Beuve—"tiene un género particular de infamia", se han estrellado inútilmente contra su reputación y sólo han podido imputarle con justicia el delito de que practicó *todas las virtudes cristianas*, aun las más raras y las más difíciles, sin creer ni en su premio eterno, ni en su importancia temporal, y aun, por momentos, ni siquiera en su absoluta necesidad.

Durante el desfile de las tropas, frente a la Moneda, después del Te-Deum.



La parada militar en el Parque Cousiño, el 19 de septiembre.

COMIDA DE FAMILIA

Ocurre con frecuencia que para celebrar el cumpleaños o el onomástico de la dueña de casa, o simplemente con el objeto de pasar un buen rato con los amigos, se desea disponer una comida en la propia casa.

Damos el menú para una de estas comidas de familia, arreglada al mes de Octubre. Su costo aproximado es de $ 100.00. Se entiende que el número de personas de mesa es aproximadamente de ocho personas.

Nos ha parecido útil dar dos guisos de pescado y otros dos guisos de verdura, para que se pueda elegir entre ellos.

Los vinos se sirven en el orden siguiente:
El blanco, después de la sopa.
El tinto, después del guiso de carne.
El champaña, a los postres.
Los licores después del café.

MENU

Canapé peruano
Sopa muselina
Lenguado Normando
Pastel de pescado
Srassis con cebolla
Repollo Bechamel
Espinacas
Pavo asado
Ensalada verde
Crema de almendras
Jalea de curacao
Café
Vino blanco Macul
Vino Santa Carolina
Champagne
Cognac, Anisette

Ingredientes que se necesitan para la comida con sus precios y manera de hacer los guisos:

Canapé peruano: Tres paltas a $ 0.30 cada una, una pechuga de ave 1.00, un limón 0.20, un pan de molde, 0.20, 100 gramos mantequilla 0.70, dos huevos 0.10 cada uno.

Se toman tres paltas, se pelan y se deshacen perfectamente, cuidando de sacarles las fibras. Se cuece la pechuga de un pollo y se pica en la máquina, se junta con la palta y se aliña con el jugo de un limón, mostaza francesa, una narigada de ají de cayena y sal. Se corta en tajadas delgadas un pan de molde, las que se doran en mantequilla. Sobre la tostada se pone la pasta, cuidando que la cubra bien y que quede un poco más alta en el centro, esto se tapa con la clara de dos huevos duros picados muy finos y se le espolvorea ají para darle un tinte rosado.

Sopa muselina: Cincuenta gramos de mantequilla a $ 0.40, un atado de vinagrillo 0.20, una marraqueta de pan 0.10, dos huevos a 0.10 cada uno, medio litro de leche 0.15.

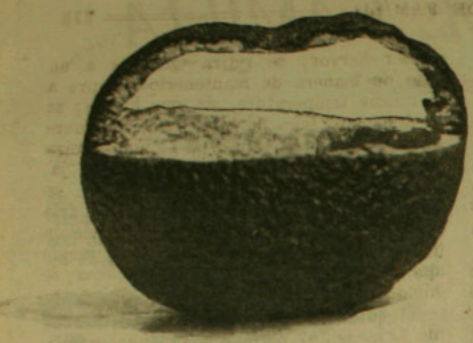
En una cacerola se pone un pedazo de mantequilla fresca y un puñado de acederas (vinagrillo) cortado muy fino; cuando la verdura esté bien dorada se le agrega caldo, sal y pimienta y se le da un ligero hervor. Se deshacen dos yemas de huevo con medio litro de leche hirviendo, se le agregan las claras batidas que formen copo de nieve y se bate todo junto durante cinco minutos. Esto se mezcla a la sopa revolviéndola en el momento de servirla, lo mismo los pedacitos de pan frito que se ponen en los platos y sobre ellos se echa el caldo.

Lenguado Normando: Un lenguado de 1 y medio kilo $ 3,00, 300 gramos de mantequilla, una docena de callampas 1.20, una docena de ostras 0.80, dos huevos a 0.10 cada uno, crema 2.50.

Se le quitan las dos pieles al lenguado y se coloca en una fuente, que se pueda poner al horno con un poco de mantequilla, sal y 3 cucharadas de vino blanco; se pone al horno durante 5 minutos. Se cuece una docena de ostras y otra de callampas frescas o champignones. Se hace una salsa con 200 gramos de mantequilla, dos cucharadas de harina, se le agregan las ostras y callampas y se espesa con dos yemas de huevo, dos cucharadas de crema, sal, pimienta y nuez moscada. Las ostras y callampas se arreglan alrededor del pescado éste se cubre con la salsa y se le ponen algunas bolitas de mantequilla, en seguida se mete al horno hasta que esté bien dorado.

Pastel de pescado: Una liza de 1 y medio kilo $ 3.00, una cabeza de cebolla a 0.20, 50 gramos de mantequilla 0.40, 1 y medio kilo de papas a 0.20 kilo, dos huevos a 0.10 cada uno, un limón a 0.20.

Se aliña una liza con cebolla, pimienta y sal, se le unta en mantequilla y se asa en una pescadera, después de asada se corta en trozos quitándole la espina y se coloca en una fuente. Se prepara un pebre, se baten dos huevos con el pebre y se forma un borde alrededor de la fuente. Se hace



una salsa de harina; con esta salsa se cubre el pescado y se pone al horno para que se dore; al tiempo de servirlo se le ponen torrejas de limón sobre el pebre.

Srassis con cebolla: Dos kilos de filete de buey $ 2.40, tres cebollas a 0.20 cada una, 150 gramos de mantequilla 1.20, posta rosada para hacer el jugo 0.40, una marraqueta de pan 0.10, perejil 0.10.

Se le quita la grasa y los nervios a un trozo de filete de buey, se cortan ocho tiras de siete centímetros de largo por cinco de ancho, se golpean ligeramente y se les echa sal y pimienta. Dos o tres cebollas se cortan en pluma, se doran en una cacerola con mantequilla, se les echa sal y pimienta, se remojan con cuatro cucharadas de jugo y se ponen al fuego hasta que se reduzcan a la mitad. Se espolvorea a la cebolla con un puñado de miga de pan rallado y perejil picado; este pino se divide en ocho partes las que se colocan sobre los trozos de carne que se enrollan y se amarran con un hilo firme, se colocan en una cacerola con mantequilla, que se pone al fuego y se cuida de darles vuelta, cuando estén un poco dorados se le echa jugo de carne y vino blanco de manera que quede medio cubierto, se tapa y se le pone brasas encima, hasta que esté enteramente cocido. Se le sacan los hilos y se arreglan en la fuente, poniéndole adornos de torrejas de papa, zanahoria y ramas de perejil.

Repollo a la Bechamel: Dos repollos a $ 0.20 cada uno, 150 gramos de mantequilla 0.70, una taza de leche 0.10.

Se limpian dos repollos chicos, se cortan en 4 partes cada uno, se les sacan los tallos y se cuecen en agua hirviendo con un poco de sal. Una vez cocidos se secan bien, se prepara una salsa Bechamel. El repollo se coloca en un azafate y se cubre con la salsa que se prepara de la manera siguiente: se derrite un pedazo de mantequilla que sea más o menos una cucharada grande, se le mezcla una cucharada de harina que se deshace en la mantequilla, se añade un vaso de leche y se bate hasta que la salsa espese, se sazona con sal y pimienta bianca molida.

Espinacas: Cinco atados de espinacas a $ 0.20 cada uno, cuatro gramos de bicarbonato de soda 0.10, medio kilo de harina a 0.25, medio kilo de manteca 1.20.

Se lavan las espinacas y se les saca el nervio de la hoja; para que se conserven bien verdes se las echa en una cacerola con bastante agua hirviendo y muy salada, se cuecen a fuego vivo, es mejor agregarles tres o cuatro gramos de bicarbonato para dejarlas aún más verdes. Cuando estén cocidas se las deja destilar y se aprietan un poco entre las manos para que despidan toda el agua; después se pican muy fino. Se hace una masa con manteca y se cortan estrellitas, las que se freirán. A las espinacas se les echa 50 gramos de mantequilla y una cucharada de harina, se ponen al fuego revolviendo todo el tiempo: se agrega una taza de leche, una cucharada de azúcar en polvo y se deja cocer durante media hora en fuego suave. Se sirve poniendo la masa sobre las espinacas. Las espinacas no deben quedar espesas como masa, sino suaves como pebre.

Pavo asado: Un pavo $ 14.00, 4 docenas de chorizos a 0.40 la docena, 200 gramos mantequilla 0.40, un kilo castañas 0.40, un limón 0.20.

Se degüella un pavo dos días antes de guisarlo y se mete con pluma y todo en un balde con agua fría, se le deja un día entero, en seguida se despluma y destripa, se le saca el buche y se limpia perfectamente; al día siguiente se pasa por la llama para quitarle las plumillas que no se pueden sacar a mano. Todos los huecos se rellenan con salchichas fritas en mantequilla y castañas ligeramente asadas, de manera que no quede ningún hueco y se cuece sin dejarle ninguna abertura.

Si se tiene un asador es preferible hacerlo en él, pero de otra manera se pondrá en una fuente grande, teniendo cuidado de darlo vuelta y antes de ponerlo en el asador se le restriega limón y mantequilla.

Ensalada de verduras: Una coliflor $ 0.30, dos atados espárragos verdes 0.80 cada uno, un decálitro arvejas 0.80, 8 naranjas 0.05 cada una, tres limones 0.20 cada uno.

Se cuecen una coliflor, dos atados de espárragos verdes y medio decálitro de arvejas, cada cosa por separado; una vez frías las verduras, se cortan las puntas de los espárragos y la flor de la coliflor.

Se toman ocho naranjas, se cortan las

cáscaras por la mitad, sacándoles la comida sin romper la cáscara y la parte de arriba se corta de manera que forme un aro y queda como un canasto, donde se colocan las verduras que se habrán aliñado con limón, aceite y pimienta molida. (Las naranjas se cortan como lo indica la figura).

Crema de almendras: Seis huevos a $ 0.10 cada uno, un cuarto kilo azúcar a 0.35, un palo vainilla 0.10.

Se baten cuatro huevos frescos con dos claras más, hasta que queden blancos. Se hace almíbar de un cuarto de azúcar con vainilla, cuando esté bien de punto se saca del fuego, se vacia el batido en hilito y se sigue batiendo hasta que esté bien frío; se le agregan almendras dulces molidas y se pone en copitas.

Jalea de curacao: Cincuenta gramos colapiz $ 1.00, tres cuartos kilo de azúcar 1.00, dos huevos a 0.10 cada uno, tres limones 0.20, tres naranjas a 0.05 cada una, una copa de curacao 0.60.

Se reblandecen 50 gramos de colapiz en agua fría, se le vacia el agua y se echa en una cacerola con tres cuartos de litro de agua tibia; se deshace perfectamente revolviéndola, se le mezclan 350 gramos de azúcar en pan, se saca del fuego, dejándola enfriarse.

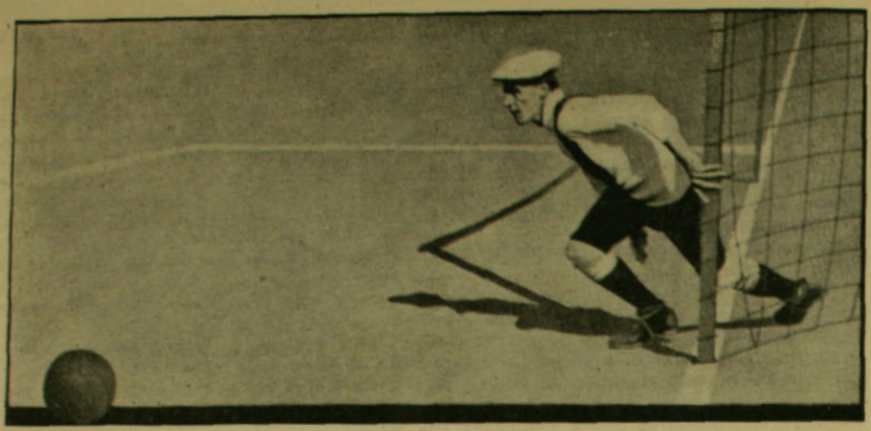
Se baten un minuto dos claras de huevo, se le mezcla el jugo de tres limones y una naranja, la cuarta parte de un vaso de agua fría, juntándolo todo con la gelatina disuelta; se agita el líquido hasta que dé el primer hervor; se retira entonces a un lado de manera de mantenerlo siempre a la misma temperatura, sin que hierva; se le agrega el jugo de otro limón, se cubre la cacerola con la tapa y se le pone ceniza caliente; un cuarto de hora después la jalea debe estar clara; entonces se echa en un filtro y se pasa, cuando esté casi fría se le agregan las tres cuartas partes de un vaso de curacao. Se vacia en un molde que se coloca en una heladera llena de hielo.

Tres cuartos de hora después el molde se moja en agua caliente para despegarlo y una vez que está en la compotera se adorna con rebanadas de naranja en la base.

Café: Un cuarto de kilo $ 1.00.

Una cucharadita de café por persona. Se pone el café en la cafetera, se esprime un poco con el aplastador y éste se saca antes de echarle el agua hirviendo; se deja que el café se penetre del agua y se sigue echándole hasta calcular más o menos la cantidad de café que se necesita. Se tapa bien y se echa agua caliente en la parte de abajo de la cafetera, pero apenas comienza a pasar el café, esta agua se bota. Cuando el café ha pasado, se saca el filtro y se sirve. Es muy esencial se prepare en el momento de servirlo.

Vinos: Tres botellas vino blanco Maculi $ 4.00, tres botellas tinto Sta. Carolina 3.00, una botella anisette 12.00, una botella cognac 12.00, una botella de champagne 18.



El foot-ball

Por

Guillermo Martínez P.

Los ejercicios físicos al aire libre han alcanzado en los últimos años, gran desarrollo en nuestro país, principalmente el football.

Este hecho constituye para nosotros una gran fortuna, pues se nos presenta, sin buscarlo, un gran auxiliar en las campañas pro-salvación de la raza en que están empeñadas tantas personas patriotas.

El alcoholismo, el uso desmedido de intoxicantes, con toda su cohorte de males físicos y morales, amenaza de muerte nuestra raza. Sólo su gran vigor le permite, aunque a duras penas, resistir los avances de tan formidables enemigos.

Ha sido necesario emprender una gran campaña en la cual se han empleado de preferencia medios curativos en vez de dar mayor importancia a los preventivos.

Pero el mejor medio es indudablemente educar, convencer a las masas que van por mal camino y prepararlas para la auto-educación.

Lo maravilloso es que el pueblo mismo, con esa clara intuición que le es característica, ha aceptado su magnífico método educativo, el ejercicio al aire libre, de preferencia el football. Este juego, bien guiado, es la más excelente escuela de educación física y moral. El pueblo lo practica con entusiasmo, podríamos decir con locura.

Es, sin duda, interesante conocer la generación de tan hermoso juego, saber su historia, su formación a traves de los siglos hasta los presentes días.

Son numerosos los escritores deportivos que han publicado estudios históricos sobre el football y se puede decir que poco o nada queda por averiguar.

Tenemos la convicción que los numerosos admiradores de este hermoso y popular deporte han de leer con interés y hasta con cierto placer el presente resumen de su historia.

En este trabajo, nos han servido de fuente de consulta las obras escritas sobre football pertenecientes a The All England Series, a la Badminton Library, la notable obra Associatin Football, de Mr. N. L. Jackson, y los tomos correspondientes de las bibliotecas Larouse, Lafitte y Saint Clair.

Sin duda alguna, una pelota fué útil de juego muy estimado en los tiempos prehistóricos. En los tiempos antiguos, los griegos tenían, según se sabe, cinco diferentes clases de juegos de pelota, cuya práctica era muy recomendada a jóvenes y ancianos.

En la Odisea encontramos relaciones que se refieren al juego de pelota y en los tiempos heroicos de la Grecia los atenienses confirieron el honor de la ciudadanía a Aristónico de Caristo, por su gran habili-

dad en el manejo de la pelota. En cada gimnasio los griegos dedicaban un espacio especial para la práctica de estos juegos y profesores especiales se dedicaban a su enseñanza.

Uno de estos juegos griegos fué tomado por los romanos y adoptado con el nombre de "follis" y consistía principalmente en lanzar y recibir la pelota con la mano entre varios jugadores.

Otro de los juegos el "apporaxis" consistía en hacer rebotar la pelota entre la mano y el suelo.

Pero el juego griego de pelota que parece haber sido el progenitor de nuestro actual football era el "episkyros", en el cual un gran número de jugadores distribuidos en dos bandos trataban de hacer llegar la pelota a líneas o metas diseñadas a bastante distancia una de otra. Este juego era el favorito de los espartanos, tal vez debido a su carácter esencialmente combativo. Los romanos encontraron este juego muy propio para su naturaleza guerrera y lo adoptaron con el nombre de "harpastum". Fué enseñado principalmente a la juventud militar, como que era un excelente medio para desarrollar el vigor, la agilidad y la resistencia corporal.

El harpastum consistía en disputarse una vejiga de buey llena de aire o repleta de arena, que uno de los atletas tenía que llevar a un lugar designado anteriormente. En esta labor era ayudado por sus partidarios y combatido por los del otro bando.

Los legionarios romanos llevaron más tarde este juego a las Galias. Los armoricanos lo practicaron con mucho entusiasmo y las investigaciones han demostrado que en este país sufrió el juego cambio de nombre, En efecto, en el occidente de la Galia se jugó con el nombre de "choule" o "soule" y de "melle" y en el centro del país con el nombre de "barette". Desde las Galias, habría pasado el juego el canal de la Mancha y establecídose en Inglaterra con las tropas de Guillermo el Conquistador.

Sin embargo algunos historiadores deportivos se inclinan a creer que fueron las legiones de Julio César las que lo habían importado antes a las islas británicas.

La verdad es que un siglo después de la invasión normanda, el harpastum estaba en boga en toda Inglaterra como lo constata una crónica datada en 1175, en la cual se habla que cada año en tiempo de carnaval, que se celebraba entre la Epifania y el Miércoles de Ceniza, los jóvenes de la villa de Londres se reunían ciertas tardes en el campo para dedicarse al "muy conocido juego de la pelota".

Pero no era aún este juego el ejercicio elegante, vivo de los griegos; pues se había convertido en un juego brutal, que se desarrollaba en las calles de las poblaciones o en el campo, un juego que los predicadores y las autoridades tuvieron que combatir durante siglos como peligroso para la salud individual y perturbador de la tranquilidad pública.

Sin embargo todas estas oposiciones las venció aquel juego que cautivaba con verdadero frenesí. Los ciudadanos ya no tenían otra diversión y con cualquier motivo organizaban grandes partidas, que se desarrollaban en las calles de las aldeas y ciudades.

Como el reglamento del juego en esa época, o mejor dicho, la ausencia de reglamentación permitía usar los medios más duros y peligrosos para la defensa como para el ataque, las partidas no se desarrollaban sin que corrieran los más grandes peligros no sólo los jugadores sino también los espectadores y los dueños de los negocios en las calles por donde pasaba el juego. Era común contar, al fin de la jornada numerosos brazos zafados, piernas quebradas, cabezas rotas, narices fuera de lugar y orejas colgando de un hilo. Para atender y curar los heridos invadíanse los negocios situados en la zona de combate.

El juego mismo se desarrollaba en la forma más simple. En la plaza del mercado se rifaba la pelota y la recibía un jugador del partido que la obtenía en suerte. Inmediatamente lo rodeaban partidarios y adversarios formando un pelotón compacto, que era empujado por cada partido hacia un extremo de la ciudad a través de las calles. Las metas o "goals" estaban en puntos opuestos de la población y consistían en un barranco, un río, una iglesia, etc.

Sucedía que en medio del tumulto los jugadores perdían de pronto la conciencia de quién llevaba la pelota y buscándola se formaban nuevos grupos que recorrían en pelotones las diferentes calles.

De pronto se oía una voz de orden que indicaba que la pelota iba por tal calle. Allí acudían en tropel confuso los cientos de jóvenes y hombres que participaban en el juego y se formaban entonces las más horrorosas luchas para empujar el remolino de jugadores hacia el goal contrario. Estos tumultos constituían la parte más interesante de la partida. Las mujeres y niños subían a las azoteas y techos de las casas para contemplar las peripecias del juego y animar con sus hurras a sus parientes y amigos, y a los demás jóvenes de su partido.

El juego duraba una tarde entera hasta

la puesta del sol y ganaba el partido el que había logrado llevar la pelota al goal contrario o lo más cerca de este.

Se comprende por esta descripción, copiada de un libro de la época, que tal juego no podía ser bien mirado por las autoridades ni por los comerciantes.

Los reyes mismos debieron intervenir para refrenar esta brutalidad.

El juego de pelota sufrió, pues, una gran persecución, iniciada el 13 de abril de 1314 por un edicto de Eduardo II de Inglaterra que prohibió bajo pena de multa y de prisión la práctica violenta del juego, "causa de molesto desorden y bullas en las ciudades del reino".

Como siempre, bastó esta prohibición para que el número de adoradores del juego se multiplicara y las autoridades se vieran impotentes para reprimirlo. Por otra parte, la práctica exclusiva de este juego de pelota quitó al deporte del arco innumerables partidarios. El tiro del arco era importante para la defensa nacional y gozaba por lo tanto de la más amplia protección real.

Eduardo III se vió en la necesidad de defender el tiro del arco y en un edicto lanzado en 1349 prohibe el juego de la pelota por causar la "decadencia de la arquería". Esta interdicción fué renovada en la misma forma por el mismo rey en 1365, después por Ricardo II en 1389, por Enrique IV en 1401, por James III en 1457.

El cambio de la dinastía de la casa de Lancaster a la casa de los Tudor no influyó en nada a favor del football. Enrique VIII principalmente fué un gran enemigo del juego de la pelota, pero a pesar que hizo todo lo posible no consiguió vencerlo. Su hija, la reina Isabel, prohibió por edictos del 27 de noviembre de 1572 y del 2 de noviembre de 1581 el juego del football en las calles de la ciudad de Londres bajo pena de prisión, pero ambas disposiciones fueron letra muerta.

Los Estuardos que sucedieron a los Tudor, dejaron en paz nuestro juego. Sin embargo, ya que los reyes desistían de su ataque vino una nueva potencia a combatirlo: el puritanismo. Esta secta predicaba contra los ejercicios corporales porque, según su entender, se oponían al buen desenvolvimiento de las cualidades espirituales y combatían la dulzura y la humildad.

Nadie ha condenado en forma más severa el football que los escritores y predicadores puritanos. Mr. Stubbes, uno de ellos, lo califica, en una obra publicada en 1583 de "sangriento, asesino y diabólico."

A pesar de todos los edictos, de las ordenanzas reales, de la prédica religiosa y a pesar de la prisión con que eran castigados sin compasión los que practicaban el juego prohibido, este siguió viviendo prestigiado por el entusiasmo de la juventud. Aún no se llamaba football nuestro juego, sino "hurling" (to hurl—mover, impeler rápidamente).

Según la descripción que Mr. Carew hace en su libro Survey of Cornwall, editado en 1602 había dos clases de juego: "hurling at goals" y "hurling over country".

El hurling at goals se jugaba entre 30, y hasta 60 jugadores divididos en dos campos. Los jugadores de los dos equipos se formaban por pares y cada par tenía un par de adversarios correspondientes en el bando opuesto. Por lo demás se trataba de llevar la pelota a la meta enemiga marcada por dos postes separados entre sí por cuatro yardas más o menos. El campo de juego media cerca de 100 yardas de largo. Los reglamentos prohibían a los adversarios cargar en forma peligrosa y tomarlo de más abajo de la cintura. Tampoco era permitido a un jugador esperar la pelota más adelante, es decir, ya se reconocía en el juego la posición que hoy se llama "off-side".

El "hurling over country" se jugaba, según el nombre indica, en pleno campo. Generalmente se verificaban estas competencias entre los jóvenes de dos o más parroquias. Arboles o casas, ríos o barrancas, distanciados varios kilómetros entre sí, formaban las metas. Los jugadores debían, pues, atravesar bosques, cruzar ríos, saltar cercas, trepar colinas, antes de llegar a la meta contraria. Este juego conservaba su carácter brutal. Un viajero francés, que presenció una de estas competencias, declaró que si los ingleses llamaban juego a tal ejercicio, le era completamente imposible formarse una idea de lo que podían llamar "batalla".

Durante el siglo XVIII la popularidad de este juego disminuyó notablemente, a tal extremo que sólo se siguió jugando en las escuelas, cuyos pedagogos, entre ellos el célebre Arnold, quisieron conservar la tradición de los juegos nacionales.

Los establecimientos de educación prestaron, pues, al "hurling" un seguro refugio, pero le hicieron sufrir adaptaciones y lo encuadraron dentro de mejores reglamentos.

Los anales de las grandes escuelas inglesas atestiguan que cada una de ellas lo adoptó según sus necesidades y principalmente según los campos de juego de que disponía.

El hurling over country pudo ser conser-

vado mejor, o a lo menos no sufrió esencialmente en el colegio de Rugby debido a que los campos de juego de este colegio eran pastosos y los jugadores podían sufrir las violencias de los golpes.

En el colegio de Wetminster, en Londres no se pudo jugar sino el hurling at goals con prohibición para zancadillas, y tomadas peligrosas, pues su campo de juego era suelo duro, sin pasto.

Los campos estrechos aunque pastosos de los colegios de Eton y de Winchester hicieron necesario el juego con sólo los pies y con patadas rápidas y sucesivas. Allí nació el "dribbling". A causa de que en este juego se usaban casi exclusivamente los pies fué llamado luego **football.**

La enorme propaganda en favor de los deportes por los estudiantes que salían de los colegios, originó un renacimiento deportivo que volvió a dar al football gran parte de su antigua popularidad a mediados del siglo XIX.

El "hurling de Rugby" y el "dribbling game" tuvieron grande aceptación.

En 1855 los alumnos de la Universidad de Cambridge jugaban el "dribbling" y dos años más tarde se fundaron los dos primeros clubs de football dribbling el Sheffield Club y el Hallam Club (1857). Al año siguiente (1858), los ex-alumnos de Rugby fundaron dos clubs para jugar al hurling: el Black heath Propietry Club y el Blackheath Football Club.

Sin embargo parece que el primer club constituído regularmente fué el Forest Club, cerca de la foresta de Epping en 1859 y que más tarde cambió su nombre por el de Wanderers F. C. que llegó a ser famoso en la competencia de la Copa.

Por ese entonces se denominaba "football' tanto al de Rugby como al dribbling.

Se formaban dos partidos que practicaban cada uno su football, y comprendiendo las grandes ventajas que obtendrían uniéndo las reglas del juego, resolvieron reunirse en un congreso para estudiar y verificar la unión.

Ambas tendencias estuvieron representadas en esta reunión, que tuvo lugar en Londres. Los jugadores de dribbling votaron con Cambridge y obtuvieron una enorme mayoría. Los jugadores de Rugby se retiraron del congreso y desde ese momento la escisión fué definitiva y completa entre ambos bandos y ambos footballs.

Pronto se formó la Football Asociation en octubre de 1863, institución que desde aquella fecha ha dirigido y fomentado esta rama. El football dribbling ha sido llamado desde entonces football association y se ha propagado en forma asombrosa por el mundo entero.

Siete años más tarde, 1871, se fundó la Rugby Football Unión, que ha sido a su vez la institución directriz de su rama.

El football se extendió pronto fuera de los límites de Inglaterra. Francia lo recibió en 1880 y diez años más tarde se introdujo en Alemania y demás países de Europa y Norte América.

En Chile fué introducido relativamente temprano. Las crónicas hablan de clubs de football en Valparaíso ya en el año 1887. Más tarde se fundó en el vecino puerto la Football Association of Chile, que ha sido la institución de football mejor organizada del país y que hoy dirige la inmensa mayoría de los clubs del país con el nombre de Asociación Atlética y de Football de Chile. Según los datos que hemos podido obtener, el primer club organizado que funcionó en esta capital fué el Santiago F. C., 1894. Más tarde, en octubre de 1897, se fundó el Club Atlético Unión que tanta influencia tuvo en el desarrollo del football en la metrópoli y cuya memoria de gran campeón se venera aún en los círculos deportivos.

Pero los verdaderos y grandes propangandistas del football en nuestro país han sido los profesores normalistas, y los profesores extranjeros. En Valparaíso, el colegio Mac-Kay formó toda una generación de buenos y verdaderos sportsmen, que han dirigido después con talento y entusiasmo numerosas instituciones de sport.

En Santiago fué la Escuela Normal "J. Abelardo Núñez" un centro notable, donde se han formado los más entusiastas apóstoles que han llevado y enseñado el football en todos los pueblos de la República.

Esta patriótica obra fué desarrollada con todo entusiasmo por un gran educador, cuyos méritos ocultos tras la más severa modestia se reconocen al presente, cuando se palpan los benéficos resultados de esa gigantesca campaña de propaganda por los juegos al aire libre, por él emprendida.

Este notable educador fué don Erasmo Arellano Durán, profesor de gimnasia de la Escuela Normal de Preceptores de Santiago.

Todo el mundo se asombra de la rapidez con que se ha extendido en el país la práctica del football, pero pocos son los que han tratado de indagar las causas de este movimiento bienhechor. Es la influencia del profesor señor Arellano, es el resultado de su labor entusiasta y tesonera. Son los profesores normalistas por él preparados y a quienes infundió su fe y su amor por los de-

portes los que han propagado el football en el liceo y en el ancho campo de la escuela primaria.

El resultado de la siembra ha sido magnífico. Al presente no hay villorrio, no hay una aldea que no cuente con uno o más clubs de football, no hay una ciudad que no haya formado una o más ligas de clubs.

Se cuentan por decenas de miles los jóvenes que practican tan saludables juegos y son centenas de miles las personas de ambos sexos y de toda condición social que acuden semanalmente a los campos deportivos a presenciar las competencias.

El football se ha nacionalizado; el pueblo mismo ha sido quien le ha dado carta de ciudadanía.

Muy triste es, sin embargo, anotar que las autoridades nada o muy poco hacen para apoyar este movimiento popular, que tiende a salvar la energía de la raza, a asegurar la salud física y moral de la juventud y a hacerla más fuerte y más valiente para la defensa nacional.

Ni el gobierno ni las municipalidades procuran a la juventud los campos de juego que necesita en cada pueblo y en cada ciudad.

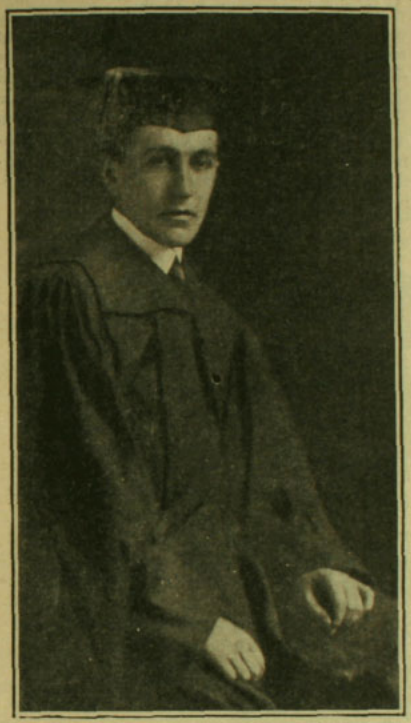
Es tiempo ya que se preocupen de formar parques y campos de juego y salas públicas de ejercicios físicos.

El gobierno debiera preocuparse seriamente de este problema y hacer sentir su interés y manifestar su decisión de procurar al pueblo los medios para su educación física y marcar los rumbos de su cultura por medio de una institución oficial bien organizada.

Esta entidad cuya creación es obra de buen gobierno sería el "Consejo Superior de Educación Física", recomendada por la Universidad de Chile, prestigiada por la prensa nacional y solicitada por la Asociación de Educación Nacional.

Un chileno que triunfa en Estados Unidos

Con ilustraciones fotográficas



Señor Ernesto Guzmán.

En Enero de 1916 partió a los Estados Unidos a completar y perfeccionar sus conocimientos de ingeniería civil, en el ramo de la hidráulica, el joven don Ernesto Guzmán, escogiendo para ello la Universidad de Michigán que, aparte de ser una de las más reputadas e ir a la cabeza de la educación técnica de ese país, es también una de las que con más simpatía acepta la incorporación de estudiantes extranjeros.

La Universidad de Michigán se encuentra situada en la pequeña ciudad de Ann Arbor y a medio camino, puede decirse, entre Detroit y Chicago, dos de los más grandes centros industriales de Norte América. Esta circunstancia y la privilegiada de encontrarse en la hermosa región de los lagos, la hacen que sea especialmente favorecida por un crecido número de estudiantes, superior a 7,000 en 1917, que tienen allí todas las oportunidades para llevar una verdadera vida estudiantil de permanente trabajo intelectual y constantes ejercicios deportivos, en un medio de relativa tranquilidad.

El señor Guzmán Donoso, pasadas las pruebas iniciales, se incorporó de lleno a la vida universitaria yanqui, y lo hizo con tal rara fortuna, que en carta del decano del Colegio de Ingeniería Civil, Mr. W. H. Butts, manifiesta que el joven Guzmán es "uno de los mejores estudiantes latino-americanos que ha tenido la Universidad en los últimos siete años y se va a graduar con honor". Por último, noticias recientes anuncian que en Julio del Presente año recibió su diploma de manos del presidente de la Universidad, quien, al conferírselo, le otorgó las más elocuentes y alentadoras frases de simpatía.

Durante su período en la Universidad el señor Guzmán reunió a los numerosos estudiantes sudamericanos, fundó y dirigió la "South American Unión", asociación que pasó a ser reconocida por las autoridades universitarias y tenía por objeto dar a conocer los diferentes países de este continente allí representados: Chile, Argentina, Perú, Brasil, Ecuador, Colombia, etc., en la forma más exacta y más culta, como asimismo brindar a los estudiantes sudamericanos una de las mejores oportunidades para darse a conocer en su aspecto social.

Las conferencias dictadas por la South American Union pronto llamaron la atención, y ya el estudiante latino pasó a ser

Universidad de Michigán.

considerado como un factor real en la vida intelectual y social de esa Universidad. La primera conferencia dictada fué sobre Chile, acompañada de películas cinematográficas, estando a cargo de ella el profesor W. R. Schurtz, una autoridad en historia americana. En aquella ocasión el teatro principal de la Universidad de Michigan se vió enormemente concurrido por un público selecto de profesores y estudiantes, y el nombre de nuestro país fué aclamado al ponderarse sus instituciones, su Constitución Política, su vida intelectual y fabril y su Ejército, que, como dijo el profesor Schurtz, "era el más sólido y el más eficiente del hemisferio occidental".

Terminada la conferencia, los profesores se adelantaron a felicitar al joven Guzmán y demás estudiantes chilenos, abrazándoles y estrechándoles calurosamente la mano.

Inmediatamente de terminados sus estudios, la misma Universidad se encargó de colocar al señor Guzmán, y, al efecto, ahora se encuentra de ingeniero en los trabajos de defensa y mejoramiento de la ciudad de Jackson, situada en el mismo Estado de Michigán, pudiendo decirse que este es uno de los primeros casos en que un profesional chileno se enrola dentro de una organización norteamericana y participa a firme de sus actividades.

Teatro de la Universidad

Los vestidos que se usarán este año

Carta de París

Por Mme. Gagnier

Con ilustraciones fotográficas

Los calurosos días que han precedido a los fríos nos llevaron de pronto de una temporada invernal a la de estío, que aún no esperábamos, y los trajes de telas ligeras aparecen desde fines de Mayo. Nos sorprenden por los frescos y alegres colores de las telas con que están elaborados, por sus floridos estampados, por sus graciosas y encantadoras líneas. Nos admiran también por su contraste con los trajes de luto y los velos de crespón, tan dignamente llevados por numerosas mujeres a quienes la guerra arrebató lo que más amaban en el mundo; pero la vida prosigue a pesar de las aflicciones e inquietudes que nos conturban, y las costureras trabajan, como en otro tiempo, para los clientes del extranjero y para las francesas, obligadas por su posición social a presentarse en las reuniones mundanas. Las modistas varían y renuevan sin cesar sus modelos, que se parecen muy poco a los trajes descritos en anteriores informaciones. La falda tonelete no duró mucho tiempo, pues había dado motivo a demasiadas habladurías, antes de aparecer, para conservar el carácter de novedad curiosa e imprevista, que es condición indispensable del éxito.

Las faldas de pliegues más o menos anchos, sobrepuestas a otra falda más estrecha, así como faldas de revés cuyo borde inferior se volvía para formar una especie de adorno, han cesado igualmente de agradarnos, y desde la aparición de los trajes de telas ligeras, casi todas las faldas son de hilo recto, montadas a pliegues o fruncidos, con el mismo movimiento que bosqueja la línea de los plegados. Estas faldas se llevan con un traje sastre que completan una blusa de faldón más o menos largo y una chaqueta o un gabancito, aunque también se llevan con un traje recto y holgado que cae sin tocar a la cintura. Los trajes en cuestión están cortados de una sola pieza, como los de forma princesa de otro tiempo, o bien se cortan

Modelo de la casa Arnold.—Elegante traje de casa de color de rosa, para verano.

Modelo de la casa Drecoll.—Pijama de satén liberty de color de salmón rosado. Falda-pantalón y túnica de crespón del mismo color. Un cordoncillo de pasamanería de oro y plata anuda el descote.

separadamente el cuerpo y la falda, pero con tanto arte disimula su unión en la cintura, que no se advierte en lo más mínimo.

En algunos modelos caen por delante y por detrás pliegues llanos desde el cuello, mientras que los lados están fruncidos y enlazados con la cintura. Los canesús, las túnicas y los bolsillos permiten variar continuamente la disposición de los trajes.

Entre las nuevas faldas conviene señalar aquellas cuyo borde inferior está arrollado en vez de llevar ribete. Tienen estas faldas de 23-30 cms. de largo más de la medida habitual. Se fruncen en la parte inferior, se pliegan por debajo y se enlazan con un pequeño fondo de falda de tela de seda estrecho y delgado, al que se le da exactamente la dimensión necesaria para que retenga, a la altura requerida, los fruncidos plegados bajos de la falda.

Modelos de la casa Arnold.—Lindo traje de randa y encaje negro con ramito de flores en la cintura.

Esta disposición no es a propósito para los trajes de tejido grueso.

Las blusas y los cuerpos suelen llevar los cuellos postizos o ligeramente escotados que están de moda hace algunas temporadas y son muy cómodos en verano; pero no conviene exagerar esta disposición ni escoger para un traje de tarde un modelo mejor adaptado a un traje de noche.

Se ven muchos menos trajes de lencería, y los de mayor elegancia de entre ellos son más bien de tul liso o bordado que de batista o de linón. A veces la tela se recorta sobre la epidermis sin que, ni las de lanilla, estén orilladas por un ribete de lencería. Esto no es tan limpio y aseado, pero es la moda, y no hay más remedio que señalarla.

Ya advertí que las telas estampadas estaban muy de moda y especialmente las te-

Elegante traje sastre, para visita y paseo, de tejido encarnado con adornos de piel gris de topo. Sombrero alto de alas muy anchas.

Modelo de la casa Arnold.—Airoso vestido de satén negro con amplio lazo en la cintura y cuello de color rosa pálido.

las de motas. Esta disposición se repite en toda clase de tejidos de velo de algodón, de seda, muselina, crespón y tusor; pero es raro hacer todo un traje con cualquiera de estas telas, sino que suelen combinarse con tejidos lisos de la misma clase o de otra distinta, pero de color armonizado con el de la mota.

Los adornos más empleados continúan siendo los bordados finos a punto de cadenilla de seda o de algodón sedoso, que se destacan netamente sobre el fondo. También se ven algunos bordados de lana de carácter de fantasía, matizados de tonos vivos sobre fondo claro.

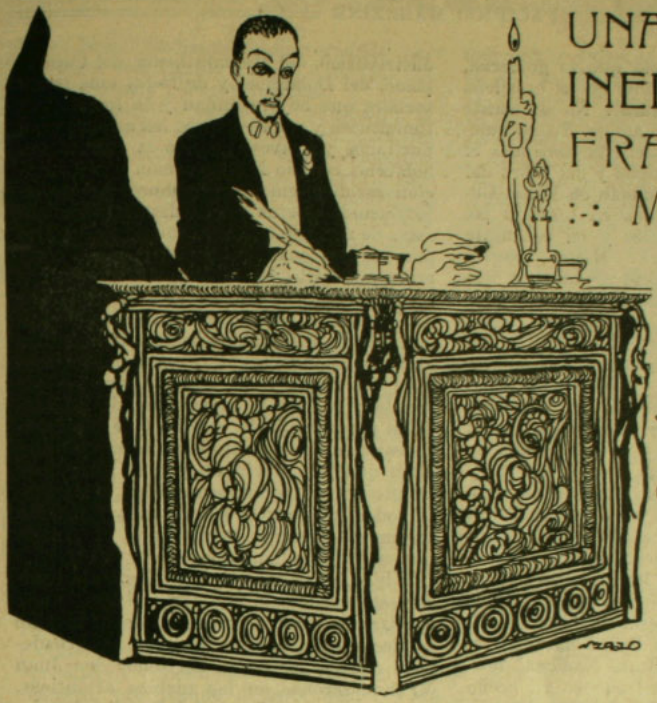
Resulta muy lindo combinar con los trajes estivales bolsos para guardar el monedero, los guantes y el pañuelo. Estos bolsos están adornados con bordados de perlas o galoncillos con pliegues o volantitos de cinta. El cierre es de metal forrado de tela o también puede ser de concha. Los hay de cuero flexible y mate y del mismo tono que el traje; pero, por muy elegante que sea esta moda, no cundirá en los países donde a estas fechas escasea el cuero.

Las medias que se llevan los trajes de verano son casi siempre del mismo tono o por lo menos de análogo matiz, aunque las señoras jóvenes y las señoritas llevan también medias blancas con trajes muy claros, sobre todo en el campo o en la ciudad cuando salen en coche, pero no para salir a pie o ir en tranvía. Las botas y los zapatos tienen las cañas armonizadas con el vestido o bien son de cuero claro, amarillo, gris o blanco. A pesar de la escasez de cuero, las cañas continúan siendo altas con cordoncillos o botones. Algunas botas se atan a derecha e izquierda. No obstante las protestas de los higienistas, los tacones siguen también muy altos, aunque con más aplomo que los de estilo Luis XV, cuya configuración no se adapta a las faldas cortas.

A los sombreros de pequeño tamaño que habíamos llevado este invierno, han sucedido los grandes sombreros para resguardar del sol y sombrear airosamente el rostro. Son sombreros canoas de alas rectas o capelinas de cinta flexible, de paja fina, tela o tul, cubiertos de encajes o telas ligeras. Están de moda los más variados modelos. He aquí, por ejemplo, una **canoa** de paja negra con cinta llana. La parte superior de la copa desaparece bajo una banda recubierta de volantes fruncidos, elaborados con cinta azul, que también ciñe la copa anudándose por delante. Otro sombrero de la misma forma tiene la copa a estilo de gorra, de satín negro fruncido. Otro más tiene la copa de paja y la cinta de tul fruncido, que forma en torno del rostro una linda aureola de sombra muy propia para verano.

Se ven muchos sombreros de cañamazo negro, unos pequeños y otros grandes, y los adornos con plumas de ave del paraíso se combinan deliciosamente con tan vaporosa tela. Sólo se llevan unas cuantas plumas arrolladas en curva, que constituyen muy discreto adorno, sin penachos, airones ni plumas. A propósito de los airones, bueno es saber que algunas modistas de nombradía elaboran sombreros completos con plumas ligeras. Es una moda elegante, pero carísima, y en estos tiempos de calamidades públicas hay otras aplicaciones más útiles que dar al dinero, por lo que sólo aconsejo estos sombreros a las señoras que ya posean suficiente cantidad de costosas plumas y quieran darles nuevo empleo. Respecto a los sombreros de jardín y de campo, he visto muy lindos adornos, como, por ejemplo, galones de lana elaborados al ganchillo, por los cuales se pasa una cinta de distinto color. También se ven festones y bordados de lana alrededor de la copa y flores de trapo.

Los sombreros de copa tienen pequeñas alas colgantes. He visto un sombrero de tela blanca flexible, ceñido de una cinta de tela azul claro, y muchos sombreros grandes de paja están tendidos de crespón georgina colocado en disposición llana o velado con muselina de seda y ligeros encajes. Estos adornos, que siempre sientan bien, permiten aurovechar sombreros viejos cuya paja no haya perdido el color.



UNA CARTA INEDITA DE FRADIQUE :-: MENDES

por

J. M. Eca deQueiroz

A Eduardo Prado.

Mi querido Prado:

Su excelente carta fué recibida en el devoto día de San Juan, en este fresco refugio de arboledas y fuentes, donde estoy reposando de los sombríos esplendores de la Amazonia y de la fatiga de las aguas atlánticas.

No olvidaré los quesos de Sapa; Ficalho, que aquí comió el filósofo **sub tegmine fagi**, recibió de mis manos el exacto estudio y las estampas de su compatriota sobre la **Mucuna Glabra**, los dos vasos del Rato, con la Cruz de Aviz salen el Domingo, y Dios le haga abundar dentro de ellos, siempre renovadas y frescas, aquellas **rosas de la vida**, que Anacreonte prometió a los justos.

Todo esto fué fácil y de ameno trabajo.

Más duro y complicado es que yo le dé (como usted reclama tan premurosamente) mi opinión sobre su Brasil... Y usted, menos escéptico que Pilatos, exige la verdad, la desnuda verdad, sin **chauvinismos** y sin afeites... ¿Dónde tengo yo la verdad? No está, por desgracia, en la quinta de Zaragoza, bajo las cipreses y los laureles, el pozo divino donde ella habita. Sólo le puedo comunicar una impresión de hombre que pasó y miró. Y mi impresión es que los brasileños, desde el emperador hasta el obrero, están deshaciendo y estragando al Brasil.

A los comienzos del siglo, hace unos 55 ó 60 años, libres de los dos males de su juventud, el oro y el régimen colonial, tuvieron un momento único y de maravillosas promesas. Pueblo joven, libre, fuerte, de nuevo en pleno vigor, con todo por crear en su suelo espléndido, los brasileños podían, en aquel día radiante, fundar la especial civilización que apetecieran, con la libertad completa con que un artista puede modelar el barro inerte que tiene en su mesa de trabajo, y hacer de él, a voluntad, una vasija o un Dios. No deseo ser irrespetuoso, querido Prado; pero tengo la impresión de que el Brasil se decidió por la vasija.

Todo en torno suyo, desde el cielo que

(1) Traducimos esta carta de las "Ultimas páginas (manuscritos inéditos)" de Eca de Queiroz, libro póstumo publicado en 1912. La impresión que del Brasil nos cuenta aquí el famoso escritor lusitano es muy original y está enunciada en la forma llena de gracia que era característica de su prosa. Los años no le han dado la razón al gran portugués; y el Brasil sigue convirtiéndose velozmente en un pueblo formidable; pero este documento es curioso desde el punto de vista literario y también porque señala con evidencia los ideales de robusto individualismo que siempre defendió Queiroz ante la plaga de exotismos que devastaba a Portugal y a su antigua colonia citramarina. (Tomado de la revista argentina "Caras y Caretas").

lo cubre hasta la índole que lo gobierna, todo indicaba patentemente que el brasileño debía ser un pueblo rural. No se asuste usted, mi civilizadísimo amigo. Yo no quiero decir que el Brasil debería continuar el Patriarcalismo de Abraham y del Libro del Génesis, reproducir a Canaán en Minas Geraes y pastorear ganados en torno a las tiendas, vestido de pieles y en constante controversia con Jehová. Menos todavía que se adoptara el modelo arcádico; y que todos los ciudadanos fueran Titiros y Marilias, recostados bajo la copa del haya, tañendo la flauta de las Eglogas... No; lo que yo querría es que el Brasil, desembarazado de oro inmortal y de su don Juan VI, se instalara en sus vastos campos, y allí quietamente dejara que dentro de su amplia vida rural y bajo la inspiración de ella, le fueran naciendo, con próspera y pura originalidad, ideas, sentimientos, costumbres, una literatura, un arte, una ética, una filosofía, toda una civilización armónica y propia, sólo mrasileña, sólo del Brasil, sin deberles nada a los libros, a las modas, a los hábitos importados de Europa. Lo que yo querría (y lo que sería una fuerza útil en el Universo), es un Brasil natural, espontáneo, genuino, un Brasil Nacional, brasileño, y no aquel Brasil que yo vi, hecho con viejos retazos de Europa, llevados por el vapor y amontonados de prisa, como géneros de feria, en medio de una naturaleza incongénere, que les hace resaltar más aún el moho y las manchas.

¡He aquí lo que yo quería decir, mi dilecto amigo! Y considere ahora cómo sería deliciosamente habitable un Brasil brasileño. Por todas partes, vastas y ricas haciendas. Casas sencillas, pintadas de blanco, bellas sólo por el lujo del espacio, del aire, de las aguas, de las sombras. Largas familias en quienes la práctica de la labranza, de la caza, de los fuertes ejercicios, desenvolviendo la robustez perfeccionarían la belleza. Una vida frugal y sana; ideas claras y simples; una gran quietud de ánimo; desconocimiento de las falsas vanidades; afectos serios y perdurables...

Pero, ¡justos cielos! Estoy rehaciendo el Libro II de las **Geórgicas. Hanc olim veteres vitam coluere Sabina**... Así vivieron los antiguos sabinos; así Rómulo y Remo; así creció la valiente Etruria; así Roma pulquérrima, abarcando siete montes, se convirtió en la maravilla del mundo! No exijo para el Brasil las virtudes áureas y y clásicas de la Edad de Saturno. Sólo querría que vivise con vida sencilla, fuerte, original, como vivió la otra mitad de América, la América del Norte, antes del Industrialismo, del Mercantilismo, del Capitalismo, del Dolarismo y de todos esos **ismos** sociales que hoy la minan y la tornan tan tumultuosa y ruda—cuando los colonos eran puritanos y graves; cuando la carreta ennoblecía; cuando la instrucción y la educación residían entre los hombres de trabajo; cuando poetas y moralistas habitaban casas de madera, que construían con sus propias manos; cuando grandes médicos recorrían a caballo las tierras, llevando familiarmente la farmacia en las grandes bolsas de las sillas; cuando gobernadores y presidentes de la República salían de humildes granjas; cuando las mujeres tejían el lino para sus ropas y los tapices para sus viviendas; cuando la ingenuidad de los modales procedía de la candidez de los corazones; cuando los labradores formaban una clase que por la virtud, por el saber, por la inteligencia podía desempeñar noblemente todos los cargos del Estado; y cuando la nueva América maravillaba al mundo por su originalidad fecunda y fuerte.

Y bien, querido amigo, en lugar de escoger esta existencia, que daría al Brasil una civilización propia, genuina, de admirable solidez y belleza, ¿qué hicieron los brasileños? Apenas las naves del señor don Juan VI hundiéronse en las nieblas atlánticas, los brasileños, señores del Brasil, abandonaron los campos, corrieron a apiñarse en las ciudades y se dedicaron a copiar tumultuosamente nuestra civilización europea en lo que tenía de más vistoso y copiable. En breve el Brasil quedó cubierto de instituciones ajenas, casi contrarias a su índole y a su destino, traducidas con premura de los viejos compendios franceses. El diario, el artículo de fondo, la fofa retórica constitucional, la tiranía de la opinión pública, los descaros de la polémica, todas las intrigas de la política, convirtiéronse al punto en males corrientes.

Las antiguas y sencillas costumbres fueron abandonadas con desdén; cada hombre procuróse para su cabeza una corona de barón; y, con 47 grados de calor a la sombra, las señoras comenzaron a derretirse dentro de ricos terciopelos. Ya en las casas no había una honesta silla de paja, donde, al caer el día, el cuerpo encontrara reposo y frescura; y sobrevinieron los damascos de colores fuertes, los muebles de patas doradas, las cortinas de gruesas borlas, toda la pesadumbre de la decoración de paños con que París y Londres se defienden de la nieve, y donde triunfa el microbio. Inmediatamente cundieron las dolencias de las antiguas civilizaciones, las tuberculosis, las infecciones, las dispepsias, las neurosis, todo un sordo deterioro de la raza.

Y el Brasil radiante íbase tornando tan mezquino como la Europa que tiene tres mil años de luchas y de revoluciones!

Entretanto ya poseía la Democracia, el Industrialismo, las sociedades por acciones en todo el delirio de sus formas infinitas, la luz eléctrica, el "veneno francés" bajo las principales marcas del champaña y de la novela. Estaba maduro para los mayores refinamientos y mandó a buscar entonces por el vapor-correo el Positivismo y la Opera bufa. Fué una tremenda orgía: enseñóse a los **sabiás** (1) a gorjear a **Madame Angot**; y los vendedores de trapos citaban a Augusto Comte... ¿Para qué prolongar el inventario doloroso? Pronto del Brasil, del generoso y viejo Brasil nada quedó; ni siquiera brasileños, porque sólo había doctores—los cuales son entidades diferentes. La nación entera se doctoró. De norte a sur en el Brasil no hay, no se encuentran sino doctores. Doctores con toda suerte de insignias en toda clase de funciones. Doctores con una espada, mandando soldados; doctores con una cartera, fundando Bancos; doctores con una sonda, capitaneando navíos; doctores con silbato, dirigiendo la policía; doctores con una lira soltando versos; doctores con una plomada, construyendo edificios; doctores con una balanza, preparando drogas; doctores sin cosa alguna, gobernando el Estado. ¡Todos doctores! El doctor teniente coronel... El doctor vicealmirante... El doctor jefe de policía... El doctor arquitecto... Hombres inteligentes, instruídos, finos, afables—¡pero todos doctores! Y este título no es inofensivo: imprime carácter. Una legión de doctores tan desproporcionada envuelve al Brasil todo en una atmósfera de doctorado.

El carácter especial del doctorado es desatender las realidades, concebirlo todo **a priori**, y querer organizar y regir el mundo por reglas de los compendios. Su expresión más completa está en aquel doctor, ministro del imperio, que en todas las cuestiones públicas jamás consultaba las necesidades de la nación, sino que hojeaba con ansiedad sus libros en busca de lo que, en casos vagamente parecidos, había hecho Guizot, en Francia, o Pitt en Inglaterra. Son estos doctores brasileños de nacionalidad, pero no de nacionalismo, los que cada día desnacionalizan más el Brasil, le destruyen la originalidad nativa con la manía doctoral; y moral y materialmente lo envuelven en un traje europeo hecho de francesismo, con remiendos de vago inglesismo y de vago germanismo.

Así el libre genio de la nación se ve constantemente falseado, torcido, contrariado en su manifestación original—y en todo: en política por las doctrinas de Europa; en literatura por las escuelas de Europa; en sociedad por las modas de Europa.

La famosa acta de independencia de 29 de Agosto de 1825, no sirvió para las inteligencias. Intelectualmente el Brasil es todavía una colonia: una colonia de bulevar. Letras, ciencias, costumbres, instituciones, nada de eso es nacional: todo viene de afuera, en cajones por el vapor "Burdeos"; de suerte que aquel mundo, que orgullosamente se llama nuevo, es en realidad un mundo viejísimo, surcado de las mismas arrugas enfermizas que nos produjeron a nosotros veinte siglos de literatura.

Recorrí todo el Brasil en busca de lo **nuevo** y sólo encontré lo **viejo**, lo que es ya viejo cien años ha en nuestra Europa—nuestras viejas ideas, nuestros viejos hábitos, nuestras viejas fórmulas, y todo más viejo, gastado, acabado enteramente por el viaje y por el sol. ¿Sabe lo que me parecía, para resumir mi impresión en una imagen material, como lo recomienda Buffon? Que por todo el Brasil se extendía un antiguo y desteñido tapiz, hecho con los remiendos de la civilización europea, recubriendo el tapiz natural y fresco del césped y las flores del suelo... ¿Concibe usted mayor horror? En un jardín perfumado, en plena lozanía, taparlo todo, maltratarlo todo, rosas abiertas y botones que van a abrir, con una alfombra de lana, rota, polvorienta y hedionda a mugre!

¿Y habrá remedio para tan duro mal? ¡Cierto que sí! Arrancar la alfombra sofocante. ¿Pero qué Hércules genial emprenderá ese trabajo sagrado? No lo sé.

En todo caso, creo que el Brasil tiene todavía una **chance** de volver a una vida nacional y únicamente brasileña. Cuando el imperio haya desaparecido, ante la revolución jacobino-positivista que ya se nota en las escuelas, y que los doctores de la pluma han de hacer necesariamente de acuerdo con los doctores de la espada; cuando a su vez esa república jacobino-positivista se marchite como planta colocada artificialmente en el suelo y sin raíces en él, y desaparezca del todo una mañana, arrastrada por el viento europeo y doctoral que la trajo; y cuando de nuevo, sin lucha y por mera conclusión lógica, surja un nuevo emperador o rey,—el Brasil, repito, tendrá en ese momento una **chance** para desembarazarse del "tapiz europeo" que lo cubre, lo deforma y lo sofoca. La **chance** está en que el nuevo emperador o rey sea un mozo

(1) Pájaro brasileño, semejante al ruiseñor.

fuerte, sano, de buen juicio, buen brasileño, que ame la naturaleza y deteste los libros.

No veo otra salvación. Pero el día dichoso en que el Brasil, por medio de un esfuerzo heroico, se decida a ser brasileño, o ser del **nuevo mundo**, habrá en el mundo una gran nación. Los hombres tienen inteligencia; las mujeres tienen belleza; y ambos la más bella y mejor de las cualidades: la bondad. Y una nación que tiene inteligencia, bondad y belleza (y café en aquellas sublimes proporciones), puede contar con un soberbio futuro histórico, en cuanto se convenza de que vale más ser un labrador original que un doctor traducido del francés.

No me quiera mal por toda esta desordenada franqueza y créame tan amigo del Brasil como suyo.—**Fradique Mendes.**

LA SEÑAL

DRAMA EN UN ACTO

Por MIGUEL ZAMACOIS

PERSONAJES:

Marta, joven francesa.
Un oficial aviador francés.
Un espía alemán.
Otro espía alemán.
Tercer espía alemán (personaje invisible).

Ilustraciones de Louis Barlly

La escena se desarrolla en un pueblecito de Lorena, ocupado por las tropas alemanas.

La decoración representa el interior de una casa de aldeanos o burgueses acomodados. Salón de la casa. Al fondo, en el centro, una gran galería de vidrios que da a la calle; estará abierta una ventana del centro; a la izquierda de la galería una puerta que conduce a la calle por una escalerilla.

A la derecha, arrancando del primer piso, una escalera de madera va a lo largo del muro de la sala, a dar a un rellano, que sirve de entrada a las habitaciones del otro piso. En la escalera, algunos haces de leña picada. Abajo, en el primer piso, a la izquierda, una gran cocina francesa, y entre la cocina y la escalera un arcón con vajilla y un farol.

En escena: al lado de la chimenea, una mesa y encima de esta una canastilla de labores; al rededor, tres sillas; al lado de la escalera una alfombra y una vieja poltrona. Al alzarse el telón, Marta aparece ocupada en los quehaceres domésticos. En su rostro se adivina una profunda tristeza. Al cabo de unos instantes se abre bruscamente la puerta y entra precipitadamente un oficial francés, todo cubierto de tierra, sin nada en la cabeza, revólver en mano.

ESCENA PRIMERA

Marta, El oficial

MARTA, (sumamente asombrada). — Un francés!... ¿Cómo ha llegado usted aquí? ¿Y qué es lo que desea?

OFICIAL, (también vivamente impresionado).—¿Es Ud. francesa?

MARTA.—Sí, de Lorena.

OFICIAL.—Cierre la puerta al momento... (Marta va a cerrarla). Me explicaré brevemente: se me había encomendado la misión de enterarme si este pueblo está ocupado por los alemanes, pero una panne del motor me ha obligado a aterrizar a tres quilómetros de aquí; he incendiado mi aparato y he llegado hasta aquí unas veces corriendo, otras arrastrándome... He tenido la suerte de no tropezar a nadie en el camino... Dígame al punto: ¿Hay en el pueblo tropas alemanas? ¿Cuántas?

MARTA (con un tono que envuelve un odio profundo contra los invasores).—El grueso de las tropas partió anoche... Sentí que desfilaban por las calles... Quedará sólo una veintena de hulanos en la alcaldía... Y algunos espías que andan por todas partes, disfrazados de obreros y de al-

deanos... Con seguridad que van a descubrirle... Es preciso que se ponga en salvo cuanto antes!

OFICIAL.—Ud. temerá por sí misma...

MARTA, (con angustia y tranquila).—Desde que mi esposo fué muerto en Alsacia, y fusilaron a mi hermano contra ese paredón del frente, ya no temo por nada. Y si piensa Ud. que es por mí por quien recelo, puede Ud. quedarse!

OFICIAL.—Bueno; entonces, escuche: ha sido un verdadero milagro el que no me hayan visto. Si saliese ahora, sería visto irremisiblemente y me matarían. Pero es preciso que no muera antes de avisar a mis compañeros, ocultos en el bosque de Sevet, que el pueblo está apenas guardado... De mi señal depende tal vez la toma del lugar.

MARTA, (conmovida).—Dios mío! Pero, ¿y cómo va Ud. a prevenirles si no puede salir de aquí?

OFICIAL.—Está convenido que si no pudiera regresar hasta ellos, la señal que había de darles desde lo alto de mi avión, se la daría desde un sitio prominente cualquiera, un campanario, una casa elevada... Con seguridad que me han visto aterrizar y estarán esperando la señal observando con sus anteojos... Esta casa me parece que domina sobre las del contorno..

MARTA.—Sí... ¿Pero cómo va usted a dar esa señal?

OFICIAL, (desabrochando la guerrera y sacando una bandera roja).—Con esta bandera... No tendrá Ud. por ahí un palo largo, un varal cualquiera, para poner en él la tela?

MARTA.— Un varal?... Sí... Mire... Aquí delante de la casa hay grandes haces de leña; no será difícil encontrar ahí un palo largo.

OFICIAL.—Vaya a buscarlo al momento! (Marta abre la puerta, sale con cautela, pero vuelve a entrar precipitadamente, azorada.)

MARTA.—Tres hombres, tres de esos malditos espías, seguramente, vienen hacia aquí!... Yo creo que se han dado cuenta de su aterrizaje... Y le buscan a Ud. Vienen registrando casa por casa y ya llegan... Le matarán!

OFICIAL.—Y a Ud. también la fusilarán! Por eso no quiero... ¿No hay más puerta que esta de salida? Voy a jugar el todo por el todo!

MARTA.—No! No hay más que esta...

OFICIAL, (avanzando resuelto hacia la puerta).—Saldré por aquí, entonces!

MARTA, (deteniéndole).—Va Ud. a una muerte segura, no salga!... ¿Pero qué hacer?

OFICIAL.—Sólo un recurso me queda, (señalando la escalera), esperarles allá arriba... Ah! Si hubiese tenido lista la bandera, quizás habría tenido tiempo de dar la señal; morir después, nada me hubiera importado.

MARTA.—Me ocurre una idea para ganar tiempo: no suba allá arriba... Escóndase más bien aquí... (Rápida quita el sillón, levanta la alfombra y descubre una trampa). Esta trampa da a la bodega... La llave!

(Va corriendo a coger la llave de un cajón y viene a abrir la trampa).

OFICIAL, (mientras Marta opera).—Es usted una valiente francesa...

MARTA, (orgullosa).—No es mérito ninguno! Me han matado a dos de los míos, les odio! Apresúrese!... Ocúltese lo mejor que pueda. (Mientras el oficial comienza el descenso a la bodega).—Mire, ahí debajo de la compuerta hay un cerrojo; al cerrar, córralo... Y no abra mientras yo no le avise que no hay ningún peligro...

OFICIAL, (que ha desaparecido casi del todo, y antes de que Marta baje la compuerta).—¿Cómo me avisará Ud?

MARTA.—Golpearé el suelo repetidas veces con el pie, encima de la trampa.

(Al momento deja caer la trampa. Se oye el ruido del cerrojo que corre por dentro el oficial. Marta guarda la llave en su corpiño, estira al punto la alfombra, vuelve a poner el sillón en su sitio y simula entregarse con toda tranquilidad a sus ocupaciones. A poco, se oye ruido de voces; después ábrese bruscamente la puerta del fondo y aparecen en el dintel de la puerta dos espías alemanes, de caras sospechosas, vestidos de aldeanos y revólver en mano.)

ESCENA II

Marta, 1er. espía, 2.o espía

1er. ESPIA, (receloso).—No hay aquí un hombre? ¿Un soldado?

MARTA, (aparentando extrañeza).— ¿Un soldado?

ESPIA 1.o—Sí!... Un aviador francés... Se ha encontrado allá abajo un aeroplano ardiendo, y no se ha visto ningún cadáver...

MARTA.—No sé de qué me habláis...

ESPIA 1.o—No sería raro que se ocultase por aquí.

MARTA, (continuando sus idas y venidas)—No he visto a nadie; pero, ¿por qué habría de venir a esconderse aquí, en vez de procurar volverse a las líneas francesas?

ESPIA 1.o—Puede haber sus razones... (Rudamente). Y además nadie te pide tu opinión, lo que se te pide es que digas si ha entrado aquí o no un soldado francés.

MARTA.— Yo no he visto a nadie.

ESPIA 1.o, (adelantánse).— No nos queda por registrar más que tu casa... Sábete que te fusilarán si se le encuentra aquí; dinos la verdad y no te pasará nada.

MARTA, (afectando tranquilidad).- No tiene por qué pasarme nada, supuesto que aquí no hay nadie. Ya ven ustedes que nada temo.

ESPIA 2.o—Piénsalo bien. Una vez que hayamos empezado a buscar, ya será tarde!

MARTA.—¿Cómo voy a decirles que hay alguien, cuando no hay nadie?

ESPIA 1.o—Está bien... Comprendido... (espiando el semblante de Marta)... ¿Adónde va esta escalera?

MARTA.—A las habitaciones, y más arriba al granero. (Los dos hombres llegan hasta el pie de la escalera).

ESPIA 1.o, (tratando de leer aún en la fisonomía de Marta el efecto de su pregunta, y señalando el piso).—Aquí debajo habrá una bodega?

MARTA, (impasible).— Naturalmente.. Como en todas las casas.

ESPIA 1.o—¿Por dónde se entra?

MARTA.—Por la puerta baja que se ve ahí afuera, al extremo de la muralla.

(El primer espía, para darse cuenta, avanza hasta la ventana, la abre y dice, dirigiéndose a un individuo que no se le ve).

ESPIA 1.o, (hablando entre bastidores).— Eh! Fritz. . Vamos a empezar por arriba!... No te muevas de esa puertecita de ahí abajo hasta que nosotros vayamos!... Y si sale alguno por ahí, por esta puerta o por la ventana, arréglale las cuentas! (Cierra la ventana, después va a cerrar la puerta con llave, mete ésta en su bolsillo, vuelve a escena y se dirige al 2.o espía). Subamos...

(El segundo espía sube la escalera, seguido de su camarada).

ESPIA 1.o, (deteniéndose en mitad de la escalera y dirigiéndose a Marta).— Escucha! Todavía es tiempo... ¿Está el francés en el granero o en la bodega?

ESPIA 2.o, (llegando al rellano).—Por última vez, piénsalo: Una vez que pasemos esta puerta, será ya tarde... llorarás, gritarás, suplicarás... todo será inútil!

MARTA.—¿Tengo por ventura cara de miedo?

(Para mejor engañarlos, prosigue ocupándose de sus quehaceres).

ESPIA 2.o, (a media voz a su compañero).—Está muy tranquila. Con seguridad que no hay nadie.

ESPIA 1.o, (en el mismo tono).—¿Quién sabe?... Las mujeres son tan astutas!...

Ambos desaparecen de escena. Transcurre un intervalo, durante el cual Marta continúa con toda naturalidad en sus quehaceres, tarareando una canción. De repente el primer espía, desconfiado, reaparece en la puerta de arriba para sorprender la actitud de la joven. La ve indiferente, preocupada de sus ocupaciones y canturreando. Tranquilizado, desaparece de nuevo.

ESCENA III

Marta sola, después el oficial, después el tercer espía

(Marta ha visto con el rabillo del ojo los manejos del espía; cuando ha desaparecido, cambia al punto su semblante y su actitud; toda vez que ellos están ocupados en su pesquisa, puede obrar tranquilamente. Escucha ansiosamente. Entre dos canciones oye el ruido de voces y pasos que se alejan, y canturreando siempre para no dar sospechas, hace rápidamente lo que le indica: se llega con precaución hasta la ventana, se cerciora de que el tercer espía está en su puesto, vuelve a escena, quita el sillón, levanta la alfombra y golpea repetidas veces el suelo sobre la trampa, sin perder un momento de vista lo alto de la escalera. Poco después, el oficial responde desde dentro con unos golpes suaves. Vuelve ella a golpear. Entonces se oye el ruido de un cerrojo que se descorre. Marta abre con la llave que guarda en el seno. Toda esta escena de pantomima se ejecuta con rapidez, bajo la angustiosa amenaza de ser sorprendidos por los dos espías. Levanta la trampa, aparece el oficial. Marta le hace señas para que calle y obre con cautela, poniendo el índice en los labios. Tarareando una canción, le indica por señas que afuera hay uno y arriba dos espías, registrando la casa. Por último, resuelta a todo, entre canto y canto, le dice):

MARTA. (a media voz).—Arriba hay dos buscándole... Afuera no hay más que un centinela .. Ya que no puede Ud. dar la señal, piense en salvarse. Para esto no hay más que un camino: matar al centinela y tratar de huir hasta sus líneas, siguiendo para ocultarse las tapias y vallados!

OFICIAL.—Mi disparo daría la alarma.

MARTA.—Cierto... (Reflexionando). Habría que matarlo sin ruido... Si U. se ocultase y yo le llamase... y si con un cuchillo, un hacha, o una estaca siquiera...

OFICIAL.—Pudiera ser... Pero supongamos que yo logre escapar por milagro... Ud. sería fusilada antes de 10 minutos.

MARTA, (mirándole radiosa).— Con tal que tomasen el pueblo, ¿qué importaría esto?

OFICIAL.—Bien... Pero habría mil probabilidades de que todo se descubriese en seguida, y de que cayese yo en poder de los hulanos allá afuera. Por tanto, de morir, mejor es que sea tratando de dar la señal.

MARTA, (convencida).—Tiene Ud. razón. (A media voz). En efecto, morir por morir!... (Reflexionando). Con tal que ganemos tiempo, quién sabe, si la casualidad nos ayudase... (Consigo misma y como fija en una idea). Si yo intentase... (al oficial). Si intentase hacerles beber a éstos cuando bajen... (Con energía). Una vez borrachos, con la cabeza mala, tal vez se podría... (Resuelta y con voz sorda). Decididamente, quiero ayudarle!...

OFICIAL.—Realmente. No tenemos dónde escoger... y por problemático que esto sea...

MARTA.—Entre, pues, en seguida!

OFICIAL.—¿Y cómo sabré yo lo que sucede aquí encima? Esta bodega es sorda como una tumba... Apenas si se percibe el ruido de los pasos.

MARTA, (escuchando).—Chit... (No oyendo nada, prosigue). Bueno. Convengamos en algo... Por ejemplo, una canción triste querrá decir que se resisten, que desconfían... una alegre significará que comienzan a embriagarse .. Y cuando crea yo que puede Ud. salir sin inconveniente, golpearé seguido con el pie... Llévese esta hacha en la mano, y esté listo. (Le da precipitadamente un hacha).

OFICIAL. — Comprendido... (con emoción). Es Ud. una valiente!

MARTA.—El odio da fuerzas... Con mirar el paredón de enfrente, donde fusilaron a mi hermano!...

(Se oye en este momento que tratan de abrir la puerta de calle, cuya llave guarda el primer espía, y no pu-

diéndolo conseguir, el tercer espía llama).

MARTA, (tras un sobresalto de terror, corre a la puerta y dice).—¿Qué pasa? ¿Quién es?

ESPIA 3.o, (desde fuera).—Soy yo, Fritz...

MARTA, (esforzándose por hablar natural).—No puedo abrirle. Sus compañeros cerraron con llave... y están arriba.

ESPIA 3.o, (detrás de la puerta).—Ah, bueno... Está bien.

MARTA, (aplicando el oído y hablando en voz baja al oficial, que ha quedado inmóvil, a la defensiva).—Se va. Me parece que oigo ruido allá arriba, bájese! (En el momento en que va a cerrar la trampa). Ah! la bandera! Deme pronto la bandera!

OFICIAL, (vacilando).—Pero, desgraciada, y si registran y la descubren!

MARTA.—Démela!

(Toma la bandera, cierra la trampa, corre la alfombra y pone el sillón en su sitio).

ESCENA IV

Marta, sola

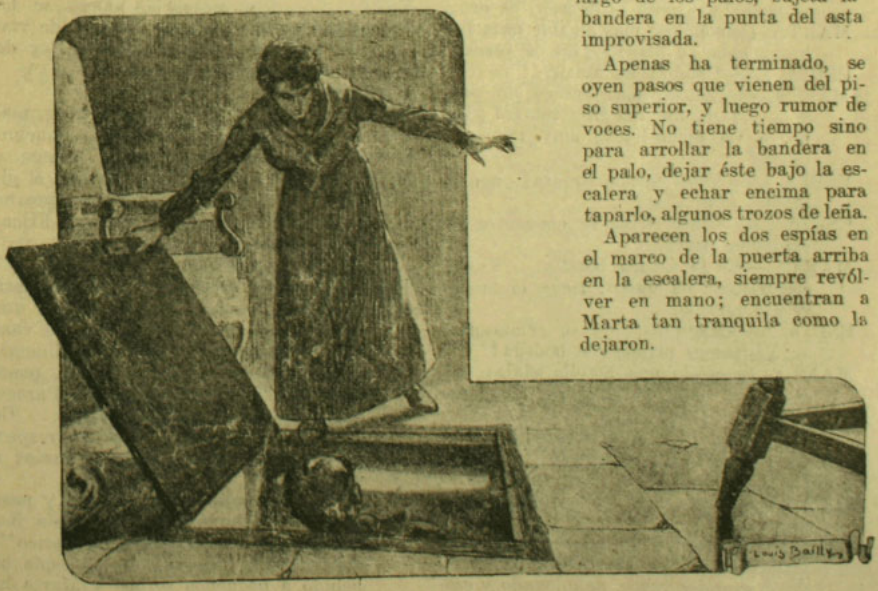
Puesto todo en orden, Marta, creyendo oir ruido arriba, se apresura a esconder la bandera enrollada, en el fondo del cesto de costura. Escucha atentamente y convencida de haberse alarmado sin razón, piensa el modo de salir del paso y poner en obra su plan... Pero si llegasen de pronto?... Sin saber qué hacer, habla consigo misma.

MARTA.—Hay que hacerlo, sea como sea! Es preciso, ante todo, que la bandera esté lista... Un varal. ¿Dónde encontrar un varal? Los haces de leña están afuera, la puerta está cerrada... Cómo hacerlo, Dios mío!... (Tomando una resolución). Tanto peor, no hay más remedio. (Abre la ventana y dirigiéndose con tono amable al tercer espía, que vigila la puerta de la bodega). Oiga, señor!... (Una voz responde a alguna distancia: "¿Qué ocurre?" y Marta responde: Necesito un poco de leña y está cerrada la puerta. ¿Haría Ud. el favor de pasarme uno o dos leños de ahí de esos haces?... Deme esos dos palos largos, que están ahí por el suelo... Eso es.

La voz desde fuera dice: "Tome, mi hijita linda" y se ve la extremidad de los palos de leña; Marta les coge y los mete en la sala, diciendo: "gracias, señor!" y cierra al punto la ventana; después vuelve a escuchar si alguien baja, busca la bandera oculta en el canasto y tomando al más largo de los palos, sujeta la bandera en la punta del asta improvisada.

Apenas ha terminado, se oyen pasos que vienen del piso superior, y luego rumor de voces. No tiene tiempo sino para arrollar la bandera en el palo, dejar éste bajo la escalera y echar encima para taparlo, algunos trozos de leña.

Aparecen los dos espías en el marco de la puerta arriba en la escalera, siempre revólver en mano; encuentran a Marta tan tranquila como la dejaron.



ESCENA V

Marta, espía 1.o, espía 2.o

ESPIA 1.o, (bajando la escalera).—Ahora vamos a registrar la bodega.

ESPIA 2.o—Y aprovecharemos la ocasión para echar un traguito.

ESPIA 1.o—Un buen trago! Este ejercicio por los tejados, alrededor de las chimeneas, me ha dado sed!.. (Se dirige hacia la puerta de calle, seguido de su camarada y dice, dirigiéndose a Marta). Supongo que tu bodega estará bien provista.

MARTA.—Pueden Uds. visitar la bodega, si lo quieren, pero lo que es trago, eso sí que no encontrarán, no lo piensen... Sus camaradas se han encargado de dejar todas las botellas vacías!

ESPIA 2.o, (contrariado).— ¿Será posible?... ¿Y no habrá una botellita de cualquier cosa siquiera?

MARTA.—Nada más que cubas y barriles vacíos y cascos de botellas rotas. Si no, vayan y lo verán.

ESPIA 1.o, (disgustado)—Qué borrachos!... Una buena botella nos habría venido de perillas... (Haciéndose más dulce). Y dime, joven, ¿no tendrías aquí alguna botellita en reserva? Bien nos lo debes. Arriba nada te hemos tocado... No te hemos cogido nada, ni el timbal de plata ni el reloj de oro...

MARTA, (haciéndose más amable para llevar a cabo su plan).—¿Es de veras?

ESPIA 1.o.—Palabra de honor.

MARTA.—Entonces, eso merece un premio... ¿Qué quieren Uds. tomar? ¿Vino, o un aguardiente muy rico que tengo?

ESPIA 1.o—Vaya una pregunta!; aguardiente, vive Dios!

ESPIA 2.o.—Claro. Vino se encuentra en cualquier parte.

MARTA.—Es la última botella... Van a castañetear de gusto: tiene lo menos veinte años.

ESPIA 1.o—Magnífico! (A su camarada). —¿Visitamos primero la bodega?

MARTA, (sacando una botella vieja). Fíjense en esta botella!... Siéntense aquí...

(Les da a oler el aguardiente).

ESPIA 1.o—Esto da vértigos!

ESPIA 2.o, (después de oler también).— Ya que Fritz está en guardia, bebamos antes!

(Se sientan a la mesa y beben el aguardiente, que Marta les ha servido en grandes vasos, paladeando y castañeteando la lengua de satisfacción).

ESPIA 2.o—Es de primera!...

ESPIA 1.o—De lo mejor!... (Alargando el vaso). Eres una buena chica!

MARTA.—Sí, muy buena.

ESPIA 1.o—Si sigues siendo amable con nosotros (bebe), se escribirá en tu puerta para que no saqueen ni incendien tu casa!

ESPIA 2.o, (después de beber también el segundo vaso).—Esto hace de tripas corazón!... Aquí se está al pelo. ¿No es cierto, Federico?

ESPIA 1.o, (riendo).—Ya lo creo!... Mejor que en Alsacia! (Pasando la mano por el estómago después de beber). Esto también calienta... pero no del mismo modo que en Colmar!

(De un sorbo, apuran groseramente sus vasos).

MARTA, (que ha llegado a saltar al oir hablar de Alsacia).—Ah... Uds. han estado en los jaleos de Alsacia?

ESPIA 1.o, (que empieza a estar algo mareado por el aguardiente). Algo nos tocó!... En Colmar no faltó qué hacer!... ¿Te acuerdas, Guillermo?

ESPIA 2.o—¿Qué si me acuerdo? Ya lo creo!

(Se adivina en el semblante de Marta el odio que a tales palabras despierta en ella).

MARTA.—¿Y cómo hablan Uds. tan bien el francés?

ESPIA 1.o.—Qué gracia! Cuando se ha estado quince años en Francia de viajero comercial, al servicio del Rey de Prusia, antes de la guerra!...

MARTA.—Ah... ya comprendo...

ESPIA 1.o, (levantándose, un poco mareado).—Pero aún no hemos concluído... hay que registrar la bodega.

MARTA, (para detenerles).—Vamos, el último traguito!... Les aseguro que no beben por aquí nada igual!... Fíjense. Aguardiente de veinte años!

(Llena los vasos otra vez).

ESPIA 1.o—Tienes razón!... Pero habrá que darle un vaso a Fritz, para que no se impaciente!... (Va con un vaso lleno a la ventana, la abre y llama). Eh, Fritz!... Toma, compañero, prueba esto. Tiene veinte años! Parece que en la bodega no hay nada... De bebida, se entiende... porque respecto al pájaro que buscamos, vamos a verlo!

(Se inclina sobre la ventana y pasa el vaso de aguardiente al espía 3.o, que responde: "Gracias, Federico". Durante este intervalo el 2.o espía ha bebido a pequeños sorbos y Marta ha puesto sobre la mesa otro vaso lleno.)

ESPIA 2.o, (que comienza a ver candilejas, a Marta).—Díme, tú cómo te llamas?

MARTA.—Marta.

ESPIA 2.o.—Bueno; dime, Marta... tengo un capricho. Mientras damos fin de la botella, cántanos alguna cosa.

ESPIA 1.o, (que ha vuelto a sentarse después de cerrar la ventana).—Hombre. Muy buena idea!... Canta, Martita!

MARTA, (llenándoles los vasos).—¿Y qué canto?

ESPIA 1.o, (con un poco de rudeza).—Cualquier cosa. El caso es que cantes!

MARTA.—No estoy en disposición de cantar, pero por complacerles...

(Aparenta complacerles de grado y entona una canción melancólica.

Después de la primera copla:

ESPIA 1.o.—Bravo, Marta. Pero no es por molestar, me parece que tu música es demasiado tristona... Cántanos algo más alegre!

ESPIA 2.o—Sí, algo más alegre!

(Se adivina en su rostro que Marta vacila en cantar una canción alegre, que para el oficial escondido tendría un significado no conveniente).

MARTA.—Alegre!... No tengo el ánimo para alegrías, ya comprenderán ustedes!

ESPIA 1.o, (ya borracho).—¿Cómo, cómo es eso? Te permites contrariarnos? (Jugando con su revólver). Vaya! O nos cantas algo alegre o no queda aquí títere con cabeza.

MARTA.—Les aseguro que no sé nada alegre....

ESPIA 1.o, (ahora galante).—Voy a enseñarte una!... Una canción amorosa! Ven aquí, mi Martita... Tan bonita que es esta Martita...

ESPIA 2.o, (también borracho).—Ya lo creo que lo es!...

MARTA. (llenando los vasos).—Vaya! El concho de la botella!

ESPIA 1.o, (tratando de coger a Marta).—Me gustas mucho, Marta!... Ven aquí, te digo.

(La coge y pretende abrazarla).

MARTA. (asustada, y tratando de escapar).—Déjeme, déjeme!... (Simulando alegría!... Sí, creo que me acuerdo de una...

(Comienza a cantar una canción alegre, a media voz, pero se adivina la angustia que la atormenta. Después de la primera copla, que los dos espías han acompañado con movimientos de cabeza y llevando el compás a su modo).

ESPIA 2.o.—Más fuerte, por Dios! A ver, otra copla. ¿Es que tienes miedo de cantar?...

(Marta canta más fuerte, y en su rostro se nota la angustia con que a pesar suyo está dando al oficial escondido en la cueva una señal optimista que es todavía prematura).

ESPIA 1.o.—Así me gusta! .. Y ahóra baila algo!

MARTA, (aterrorizada).—Oh, no; eso sí que no.

ESPIA 2.o—Sí, sí, que baile.

ESPIA 1.o—Si no bailas, ven a sentarte aquí en mis rodillas... (Riendo cínicamente). Si quieres, me caso contigo!

(Se levanta y vacilando un poco trata de coger a la joven, que se escapa intranquila y aterrorizada).

ESPIA 2.o, (que logra cogerla al huir).—Toma, te la doy!

MARTA, (resistiéndose).—Déjeme... Voy a bailar. Voy a bailar!

ESPIA 1.o, (viniendo a sentarse en el sillón).—Eso es. Eso es. Baila. Estamos en la fiesta de bodas.

(Más muerta que viva, Marta reune todas sus energías y ensaya un paso de danza al son de una canción, que ambos espías corean, completamente borrachos, con voces y palmadas. El primer espía, sin levantarse del salón, no puede resistir a la música y va acompañando el compás dando patadas en el suelo, produciendo terror en Marta, que sin alientos ya, suspensa de emoción, continúa cantando, sin embargo, y bailando, queriendo, con el ruido de sus pisadas, ahogar el ruido que sin duda produciría el oficial al contestar. Al cabo de un rato, óyense golpecitos discretos; son la respuesta del joven aviador francés, que cree habérsele dado la señal convenida. Los dos espías, despejados instantáneamente; escuchan; después se fijan en Marta, que reuniendo sus últimas fuerzas, trata de aparecer tranquila).

ESPIA 1.o, (a su compañero, poniéndose en pie).—¿Sentiste? Parece como si hubieran golpeado ahí debajo.

ESPIA 2.o.—Así parece... (Quita el sillón y levanta ligero la alfombra). Una trampa!

ESPIA 1.o—Que cierra con llave!... (A Marta, amenazándola con el revólver). La llave! Dame la llave! o te levanto la tapa de los sesos!

MARTA.—¿La llave? Si yo no tengo llave!... Esta puerta ha estado siempre

condenada... Jamás la he visto abrir... La llave se perdió hace mucho tiempo!

ESPIA 1.o, (receloso y desconfiado).—Estás segura?

MARTA.—Se lo juro. Se entra siempre por allá afuera.

ESPIA 1.o, (con rudeza).—Bueno. Apurarse entonces... ¡Una luz! ¡Un farol! Y la llave de la puerta de afuera.

MARTA, (preparando el farol).—La llave está puesta en la puerta.

ESPIA 2.o—¿Nos la llevaremos con nosotros?

ESPIA 1.o, (cogiendo el farol encendido).—Una buena idea... La haremos marchar delante... (A Marta, bruscamente). Vamos! En marcha!... Y si él está ahí abajo, ya verás lo que te espera, mi linda! (Abre la puerta con la llave que él guardaba, pero en el momento de hacer pasar a Marta, se arrepiente y dice a su compañero). Aunque mejor es que no! Si el otro se ha parapetado y se defiende, ésta nos va a servir de estorbo más bien... Sin contar que no se sabe de lo que una mujer es capaz... Voy a dejarla encerrada y que vigile Fritz... Aquí la encontraremos siempre... Sal! (El 2.o espía sale; el primero, amenazador, dirigiéndose a Marta). Bueno, ¿es cierto que tú no tienes la llave?

MARTA.—Le aseguro que no la he tenido jamás.

ESPIA 1.o.—¿Es cierto que no hay nadie allá abajo? (Amenaza).

MARTA.—¿Cómo voy a saberlo yo, si no me he movido de aquí!

ESPIA 1.o—Está bien.

(Sale rápido el primer espía, cierra la puerta y se oye el ruido de la llave).

ESCENA VI

Marta, sola, después, el oficial

(En cuanto Marta se asegura de que los dos hombres han ido a la puerta de la bodega, corre hacia la trampa, golpea con fuerza: "El cerrojo! El cerrojo!" y abre con la llave que oculta entre el corsé.)

MARTA.—Salga en seguida!

(El oficial salta, con el hacha en una mano y el revólver en la otra, dispuesto a la lucha).

MARTA, (que ha dejado caer la trampa).—Han ido a registrar la bodega!... (Mientras ella corre a buscar la bandera escondida bajo la escalera.) Fueron ellos los que golpearon el suelo con el pie, y fué a ellos a quienes Ud. contestó! (Dándole la bandera atada al palo, y señalándole la escalera). Pronto! La señal!... (Mientras el oficial, que ha dejado el hacha para coger la bandera, sube la escalera.) Subid por la escalita del fondo del corredor!

(El oficial desaparece por la puerta del descansillo, Marta cierra entonces la trampa con llave y se guarda ésta en el pecho.)

ESCENA VII

Marta, sola

MARTA, (cayendo desfallecida en el sillón).—Dios mío! Que tenga tiempo suficiente!... (Inquieta de pronto) Si le vieran y le mataran de un tiro!... (Corre a la ventana y mira a través de las rendijas. Allí está el tercero, pero desde donde está no puede ver el tejado... (Volviendo a escena). Con tal que los otros dos no lleguen demasiado pronto!... (Se oye golpear fuertemente contra la trampa). Ahí están. Si yo pudiera detenerlos unos momentos!... (Se oye un confuso rumor de voces; son los dos espías que desde abajo se empeñan en hacerse oir y entender; Marta se ha puesto de rodillas con el oído pegado a las tablas, y responde al momento, fuerte, para que puedan oirla). Vuelvo a repetirles que yo no he visto nunca abrir esta puerta!... Tendrán que volver por el mismo sitio... ¿Y qué hubo? Tenía yo razón en decirles que no había nadie en la bodega? ¿Han encontrado algo? (Escucha). No siento a nadie... Vuelven sin duda...

(Se levanta, y, angustiosa, su mirada va desde lo alto de la escalera a la puerta, y espera... Por fin se abre la puerta del fondo.)

ESCENA VIII

Marta, espía 1.o, espía 2.o

ESPIA 1.o, (antes de entrar y dirigiéndose al tercer espía que no se ve).—Bueno, Fritz! Vete delante a notificar al teniente que está en la alcaldía, que no hemos encontrado a nadie. Ya vamos para allá, pero antes tenemos que arreglar aquí una cuentecita... (Entra seguido del 2.o espía y dirigiéndose brúscamente a Marta). Bueno, y dí, tú! ¿Cómo dijiste que te habían saquea-

do la bodega, siendo que tienes una cuba llena?...

ESPIA 2.o, (en el mismo tono).—Y lo menos doscientas botellas?

MARTA.—Sus compañeros estuvieron dos horas en la bodega, bebieron hasta no querer más, y volvieron borrachos perdidos... Creí que no habían dejado gota.

ESPIA 1.o.—Como si tú no hubieses ido después a verlo! Tú nos has engañado para guardarte tu vino! Tanto peor para ti. No se escribirá nada sobre tu casa y será quemada!... Además, todo lo que nos había gustado y que te habíamos dejado por miramientos estúpidos, nos lo llevaremos ahora!

(Marta, enloquecida, les cierra el paso).

MARTA, (suplicante).—Por favor! No me quiten nada!... Son antiguos recuerdos que quiero mucho... Nada hay que valga la pena más que el reloj de oro.. Voy a traerlo!

ESPIA 1.o—No necesitabas mentir para guardarte el vino! Nosotros mismos lo buscaremos!

(Para pasar empuja brutalmente a Marta, de cuyo seno se escapa la llave que tenía guardada).

ESPIA 2.o, (bajándose).—Una llave!...

ESPIA 1.o.—A verla...

MARTA, (impasible).—Es la llave del ropero.

(El 1.er espía examina la llave, corre a la trampa, mete la llave en la cerradura y abre. Mira a su compañero, estupefacto como él, levanta la trampa y se encara con Marta).

ESPIA 1.o, (amenazante).—¿Por qué nos has engañado también con la llave? (Comprendiendo) Por todos los diablos!... Mientras nosotros buscábamos abajo como idiotas, tú abriste la puerta y salió el hombre ese que golpeó en la trampa!... ¿Dónde está? Como no ha podido salir, tiene que haber subido allá arriba, donde tú no quieres que vayamos!

MARTA, (en un supremo esfuerzo de energía).—Arriba no hay nadie!

ESPIA 2.o—Eso es lo que vamos a ver! Tú, quédate aquí, Guillermo, y recíbele por si a mí se me escapara!

(Sube la escalera, revólver en mano).

ESPIA 1.o, (sacando su revólver).—Estate tranquilo. Si tú le fallas, a mí no se me escapa! (Furioso, a Marta). Ah! Tú nos has burlado. Nos has hecho beber! Nos has mandado a la bodega!... Ah! ¿Quieres salvar a un francés? Bueno; ya te arreglaremos las cuentas!...

(El no pierde de vista la puerta de la escalera).

MARTA.—Me habéis matado a mi marido y a mi hermano; ¿qué queréis que tema ya?...

(Breve intervalo. Se oyen arriba tres tiros de revólver... Marta y el espía 1.o se sobresaltan y escuchan con ansiedad).

MARTA, (por lo bajo y aparte).—¿Quién irá a caer?

(Se oye ruido de pasos precipitados, y al punto llega corriendo el 2.o espía, herido de muerte, con el revólver en la mano).

ESPIA 2.o, (desfalleciendo).—Ahí está!... Es él! Un francés!

ESPIA 1.o, (con ansiedad).—¿Le mataste?

ESPIA 2.o, (bajando la escalera).—Erré el tiro... y yo estoy del otro lado...

(Marta salta de gozo)

ESPIA 1.o, (después de un rugido de rabia y apuntando a Marta).—Tú las vas a pagar ahora!

ESPIA 2.o, (llegando el pie de la escalera, a su camarada, con viveza). Imbécil! No malgastes tus

balas! Guárdalas para el otro! Vas a verle en seguida... Viene tras de mí... Vivo el ojo!... (Atraviesa la sala tambaleándose, sin soltar el arma, dirigiéndose a la puerta y hablando con voz cada vez más débil). Tenía una bandera... Ha debido hacer alguna señal... Apúntale bien... (Divagando). Allá arriba... En la puerta... Ya viene...

(Cae muerto a los pies de Marta acurrucada en un rincón junto a la puerta de entrada. Al mismo tiempo, se oye bastante lejano un tiroteo y aparece el oficial en el dintel de la puerta sobre la escalera, apuntando con su revólver).

OFICIAL, (ocultándose lo mejor posible contra el quicio de la puerta, al primer espía).—Ríndete. Llegan las fuerzas francesas.

ESPIA 1.o, (furioso, tendiéndose a lo largo de la escalera).—Pero antes que lleguen yo daré cuenta de uno. (No tiene tiempo de cumplir su amenaza. Suena un tiro y el espía cae como una masa; es Marta que ha disparado con el revólver del segundo espía.

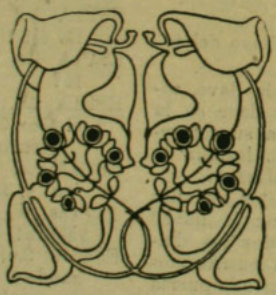
OFICIAL, (bajando al punto para correr hacia la ventana).—Gracias a Ud., todo se ha conseguido. Su recompensa será grande!

MARTA (con voz sorda).—Mi recompensa es mi venganza!

(Se oye el fragor de la fusilería que se avecina).

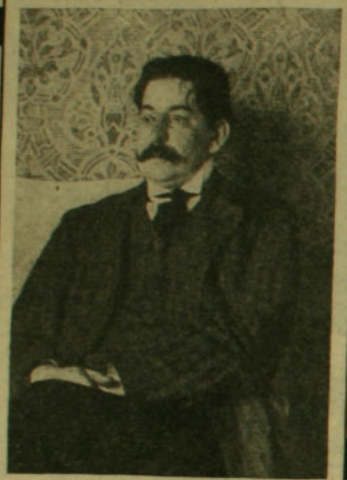
OFICIAL, (en la ventana, y jubiloso).—Aquí están, aquí están! Ya entraron al pueblo!

MARTA, (con éxtasis de júbilo y juntando las manos).—Los franceses! Los franceses!



Los tanques ingleses en acción

Como murió Rodó



Rodó se extinguió imprevistamente, sereno como vivió y con el ánimo de los fuertes. Había venido a Italia lleno de entusiasmo y de fe. En Roma, el cav. Rovira y el doctor De Castro, que fueron los que más lo trataron y más largamente se entretenían con él, oyeron de labios del ilustre escritor, el relato de su largo viaje, fuente inapreciable de sensaciones, de evocaciones y de inspiraciones. Bastarían dos de sus artículos, los intitulados: *Ciudad con alma* e *Impresiones de Roma*, aparecidos en esta revista, para hacerse una idea del agudo espíritu de observación de Rodó, el cual no era uno de esos comunes viajeros superficiales que van en busca de curiosidades y de aventuras, pero sí un escritor culto y concienzudo, que profundizaba todo aquello que a él le parecía digno de estudio.

Asistiendo a la confección de la corona de laurel que por encargo de "Caras y Caretas" depositè sobre la tumba de Rodó, me pareció cumplir un rito sagrado al pedir que una rama de laurel cogida en las colinas del Palatino se colocase en dicha corona, y fuese como el saludo de Roma eterna a quien la había estudiado y comprendido.

Los detalles de los momentos que precedieron a la muerte de Rodó se resumen en pocas líneas.

El 30 de abril él se quejó de un malestar que creyó pasajero, pero por la tarde duraba todavía. Solicitó del propietario del "Hotel des Palmes", un caldo condensado. Al anochecer sintió que las fuerzas le faltaban. Se llamó un médico en vista de que la fiebre estallaba con una violencia inaudita. En pocas horas el mal hizo progresos alarmantes. Al día siguiente, 1.o de mayo, fiesta de los trabajadores, fiesta que Rodó habría quizás consagrado al trabajo tranquilo y fecundo, el gran escritor se extinguió. Sus últimas palabras murmuradas en italiano, fueron éstas: ¡Dolores... grazie!...

Sobre la casa donde se hospedaba se cernió un luto profundo. Pocos conocían a Rodó, que deseaba vivir para sí mismo, lejos del bullicio, del ruido, de los ceremoniales, y, sin embargo, todos lo amaban. Aquel mirar suyo, pensativo y bueno, detrás de los anteojos, tenía un atractivo tal

Fachada del "Hotel des Palmes", en Palermo, donde alojaba Rodó

Ventana (×) de la habitación que ocupaba el ilustre escritor.

Los propietarios del "Hotel des Palmes", que prestaron solícitos cuidados al paciente.

que no dejaba a nadie indiferente. He ahí por qué algunos de los personajes de la aristocracia palermitana que frecuentaban esa casa, quisieron gentilmente asistir a Rodó en sus últimos momentos.

Inmediatamente se telegrafió al cónsul de Génova, el cual pensó en advertir a las autoridades de Montevideo; éstas a su vez dispusieron que el cav. Rovira, el culto y distinguido cónsul del Uruguay, se trasladase en seguida a Palermo al "Hotel des Palmes", muy conocido, y en el que Wagner escribió el último acto de Parsifal. El señor Rovira, que amaba a Rodó como a un hermano, llevó el postrer saludo al querido cuerpo que fué embalsamado por el profesor Salafia, químico de primer orden, conocidísimo en Italia por su nuevo método de conservación de cadáveres. Basta decir que él pudo embalsamar después de algunos meses de su muerte, el cuerpo de Francisco Crispi que todos los años se expone al público en el aniversario del fallecimiento del gran estadista italiano.

Entre los objetos encontrados a Rodó,—que parece haber fallecido víctima de un tifus abdominal fulminante,—predomina una gran cantidad de libros, el pan cuotidiano de su mente

Interior de la habitación donde expiró Rodó.

Sólo los ruiseñores turban el silencio, aquel silencio del cual Rodó quiso circundar toda su vida. Ha desaparecido como había vivido; se ha extinguido en la sombra, él, el celebrado autor de *Ariel*.

En Montevideo, más de uno le reprochó el vivir demasiado apartado, poniendo casi una

Corona que el corresponsal de "Caras y Caretas", señor Simboli, depositó en la tumba de Rodó, en nombre de "Caras y Caretas".

ávida de saber. Apenas sea posible, sus rectos mortales serán trasladados a Montevideo por cuenta del gobierno del Uruguay.

Ahora se han depositado en una tumba aristocrática, cubierta de rosas.

El cav. Rovira, cónsul del Uruguay en Roma, revisando la correspondencia dejada por Rodó.

Tumba en la que se deposita ron los restos del malogrado literato uruguayo, la que no ha sido terminada todavía.

muralla glacial entre él y el mundo.

Rodó respondía que también las águilas son solitarias y aman conquistar las cumbres inaccesibles.

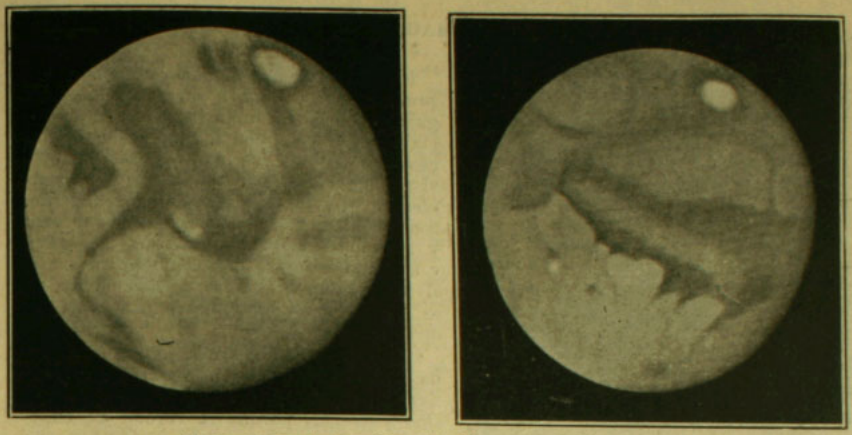
¡Oh! ¡si la tumba de Rodó pudiera hallarse allá sobre las cimas nevosas de los Andes o de los Alpes, a donde no llega nunca la planta humana!

Ascenderían hacia ella sólo el alma de los lectores devotos, de aquellos que esperaban y aguardarán en vano la obra que Rodó escribiría con su corazón y con su mente, esto es, la obra de la madurez, de la bondad y de la gentileza.

RAFAEL SIMBOLI.

(De "Caras y Caretas")

Nébula



Marte, según fotografías del Observatorio de Meudon

La maravilla de la vida en otros mundos

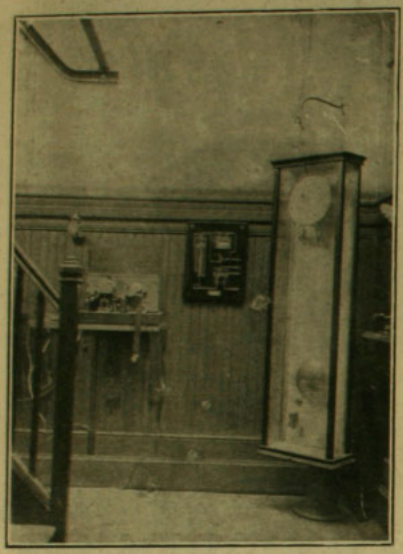
Por

Ismael Gajardo

Con ilustraciones fotográficas

El progreso de la humanidad es y debe ser eminentemente cerebral, en su sentido más complejo. Y desde este punto de vista, las ciencias todas deben ser objeto de nuestra preferente atención, si queremos vivir. La ciencia, en su concepto más amplio, ofrece dos puntos de vista que, en principio, encarnan todo el progreso, tal como lo debemos considerar. Por el estudio especulativo, de orden estrictamente espiritual, de los fenómenos de la Naturaleza, el hombre levanta poco a poco el velo que oculta todavía infinito misterio, y cada día vislumbramos nuevos horizontes de sublime belleza, que nos obligan a que nos humillemos ante la Fuerza Suprema que regula el Infinito y la Eternidad. Por otra parte, de estas mismas enseñanzas deducimos consecuencias que aplicamos en el acto a nuestra vida material y por las cuales logramos ventajas enormes en beneficio del bienestar general de la humanidad.

Y la astronomía es, ¿por qué no decirlo? desde el punto de vista intelectual y moral, superior a todas las demás ciencias, aun cuando entre estas las hay de incalculable importancia por todos conceptos. La astronomía es sencillamente **la síntesis suprema de lo existente**. Llegaré hasta decir que todas las ciencias naturales, no son más que especializaciones de la astronomía. Es esta la ciencia del espacio, del tiempo, de la materia y de la vida Es, como decía Laplace, el más bello monumento del espíritu humano y el más notable y el más noble título de su inteligencia. Es la ciencia que comprende los dos problemas, cuyo sólo enunciado nos produce vértigo, y que se reducen a la resolución del **más allá** y del **por qué**. Es la ciencia que conmoviendo las almas las sanea y las ennoblece. Es la ciencia, en fin, que dilata nuestra vida consciente hasta los confines del Universo visible y hasta el infinito del tiempo.



Nueva sala meridiana del Observatorio de Lo Espejo.

"Bello es, diré, repitiendo las palabras pronunciadas por un académico español hará cerca de treinta y tres años, bello es el espectáculo de un paisaje de primavera, magnífico el de la aurora envuelta en coloreados arreboles, sublime el del océano, imagen del infinito. Pero yo que he visto el florido paisaje, la arrebolada aurora y el ilimitado océano, puedo aseguraros que he hallado mayor belleza, mayor magnificencia, mayor sublimidad en una noche despejada y silenciosa. Confieso que he visto muchas veces con placer extenderse por la tierra las negras sombras de la noche, y de ellas surgir como por encanto las chispeantes luces de otros mundos. ¡Cuántas veces, señores, en el silencio solemne de la noche, he tendido por el insondable espacio mi atónita mirada, y he visto rodar majestuosamente sobre mi cabeza otros mundos semejantes al nuestro! Aumentada por la fantasía, mi vista entonces ha creído distinguir en ellos paisajes más bellos que los terrestres, auroras más brillantes que las nuestras, océanos más inmensos que los de la tierra. Y, dejándome llevar en alas de la imaginación, en medio de mi éxtasis, he preguntado a la Naturaleza si esos otros mundos son también asiento del dolor, como el nuestro, y si allá, como aquí, fratricidas luchas extienden por doquiera el reinado de la muerte!"

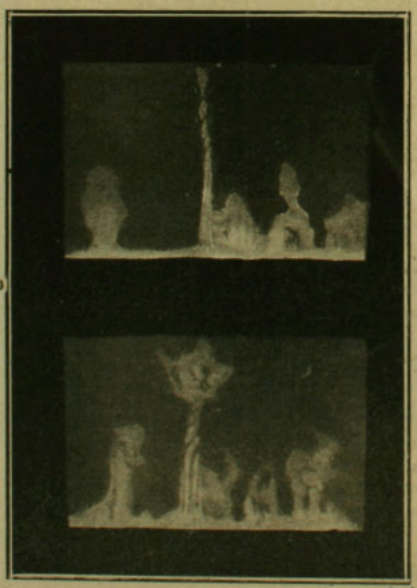
Pues bien, la astronomía responde, si no precisamente a esas, a otras muchas preguntas que mi exaltada imaginación se hacía. Porque esos mundos que yo he visto, esos mundos que vosotros también habéis visto, reducidos, por la distancia, a simples chispas luminosas, existen realmente, con sus días y sus noches, sus estaciones y sus años, sus campiñas, sus montañas y sus atmósferas. ¡Porque no es un sueño el espectáculo grandioso de los cielos, ni es un delirio el esplendente panorama de otros mundos!

Pero no se vaya a creer, por lo que acabo de decir, que la astronomía sea una ciencia que despierte la admiración de muchas personas, porque la verdad es, cuesta declararlo, que son bien pocos los que se posesionan de las maravillas del Universo.

Camilo Flammarión acaba de condenar con su pluma siempre joven, en su reciente artículo: **Le Culte de L'Astronomie a la Societé Astronomique de France pendant ses trente premiéres années**, esta incomprensible despreocupación de la humanidad por la ciencia que debiera ser la primera en el pensamiento de todos.

Voy a leer un párrafo solamente de ese artículo:

"Mme. de Thébes era una de mis amigas, escritora, mujer de mundo, espiritual y discreta. Ella entregaba sus manuscri-



Protuberancias solares

tos al mismo impresor que yo ocupaba. Su almanaque astrológico, que presagiaba todo lo que ella deseaba, se componía de 93 páginas de pura inventiva; (hoy lo podemos decir, sin hacerle ningún daño a ella.) La célebre pitonisa, para responder a los crecientes pedidos de los compradores, lanzaba a la circulación más de 40,000 ejemplares, y la casualidad hizo que se colocara bajo mi vista un cheque por valor de 8,000 francos que debía ella retirar—coincidencia lamentable—el día mismo de su muerte. Y bien! nuestro **Anuario Astronómico**, que se compone de 430 páginas de documentos científicos útiles, no es solicitado más que por 4,000 personas, es decir, tiene diez veces menos subscriptores que el almanaque pintoresco de Mme. de Thébes, y sólo le produce al editor y al autor, cero franco, cero céntimo y todo esto después de haberlo editado yo por más de 53 años consecutivos. ¡He aquí la mentalidad francesa, europea, universal! Nuestro país no es menos inteligente que los otros, y lo que vemos aquí pasa en todas partes. Se podría hasta pensar que las escuelas superiores, medias o inferiores, no enseñasen prácticamente la astronomía en ninguna parte, puesto que ningún alumno que sale de las escuelas secundarias o primarias tiene la más elemental noción de esta ciencia; no sabe distinguir Venus de Marte, ni Júpiter de

Una vista estelar interesante

Nébula de Orión.

Saturno; no tiene la menor idea sobre la irradiación solar, sobre la distancia de las estrellas, sobre la química celeste o sobre las fuerzas vitales que actúan en el Universo. ¿Siguen ellos esos cursos? ¿los comprenden? Nosotros hemos tenido desde la gran revolución francesa, un centenar de ministros en la Cartera de Instrucción Pública, y cientos de personas han pasado por el Consejo Superior de Instrucción Pública; pero ninguno de ellos ha manifestado jamás que la enseñanza de la astronomía debe ser la primera de todas. La política y el funcionarismo parecen haberles absorbido todas las horas.

"No critico a nadie; sólo me limito a señalar los hechos."

Establecidas estas premisas, entremos a precisar el problema de la vida en la superficie de los astros.

Una de las preguntas con que más se acosa a un astrónomo es la que se relaciona con la vida en otros mundos.

Presentada en forma seria, es una pregunta esta que envuelve un problema muy arduo y que fluye, con toda naturalidad, hacia la imaginación de aquellas personas que se deleitan en la contemplación del grandioso panorama celeste.

¿Tendrán todos los planetas que viajan alrededor del sol, o alguno de ellos, seres semejantes a los de la tierra? ¿Estarán ellos ocupados en análogas labores a los de acá?

Una fotografía de Júpiter tomada con auxilio de un refractor luminoso.

¿Ararán y sembrarán la tierra como lo hacemos nosotros? Estarán empeñados en luchas gigantescas como las que ensangrientan hoy los campos de la vieja Europa? ¿Tendrán sabios ocupados en escudriñar los secretos del Universo con auxilio del microscopio y del telescopio? ¿Nos estarán mirando y diciendo si acaso en esta diminuta tierra sabremos tanto de ellos como lo que ellos saben de nosotros?

Infructuosas preguntas son estas, podrán ustedes decir, que no hay la menor posibilidad de dilucidar. Es verdad. Sin embargo, son cosas estas de las cuales algo desaríamos saber, y de aquí es que sea justificable el que procuremos arrojar toda la luz que podamos sobre ellas. Tanto han circulado por el mundo estas preguntas, que, pocos años ha, un importante diario europeo anunció con grandes titulos que un astrónomo había observado ciertos destellos luminosos en el planeta Marte, destellos que él atribuía a un sistema especial de señales; en otras palabras, que los marcianos trataban de enviar mensajes telegráficos a los habitantes de la tierra, o de algún otro planeta, por medio de un sistema de señales más o menos parecido al que se emplea en el **Servicio Telegráfico de los Ejércitos.** Aunque todo esto no pasó de ser una cuchufleta, la idea fué tomada en serio y se pensó en contestar las señales de los marcianos por medio de una serie de destellos lanzados desde poderosos condensadores ubicados en los vértices de un gran triángulo terrestre.

Una dama aristocrática y opulenta se impresionó de tal modo con estas añagazas, que al morir legó en su testamento al célebre **Instituto de Francia** la suma de 25 mil francos para que se hicieran las experiencias del caso. Por cierto que nada se ha hecho, y, posiblemente, nada se hará; pero la idea no deja de ser curiosa y hasta podría servir de tema para una novela.

Por la observación directa, yo creo que jamás podremos decir si los planetas están actualmente habitados. Con ningún poder de amplificación o de diafanidad, que logremos dar a los telescopios, conseguiremos ver a los habitantes de otros planetas. No porque hayamos llegado al límite del poder de ampliación de los anteojos, sino porque el grande océano turbulento de atmósfera, al través del cual tenemos que mirar, y que se encuentra casi incesantemente en movimiento, desvía y se entremezcla con los rayos luminosos que desde lejanos mundos vienen hacia nosotros, de modo que los menores detalles de las superficies planetarias tienen que aparecer indefectiblemente borrados. Y en muy raras ocasiones ese mar se tranquiliza para permitir al astrónomo usar todo el poder de su instrumento. Con el ocu-

Otra fotografía de Júpiter obtenida por el mismo procedimiento.

lar de mayor aumento que pudiéramos colocarle a un telescopio de 40 centímetros de abertura, la Luna sería acercada hasta unos 241 kilómetros de nosotros; esto es, su tamaño aparente en el telescopio sería tan grande como la percibiría directamente el ojo humano a 241 kilómetros de distancia.

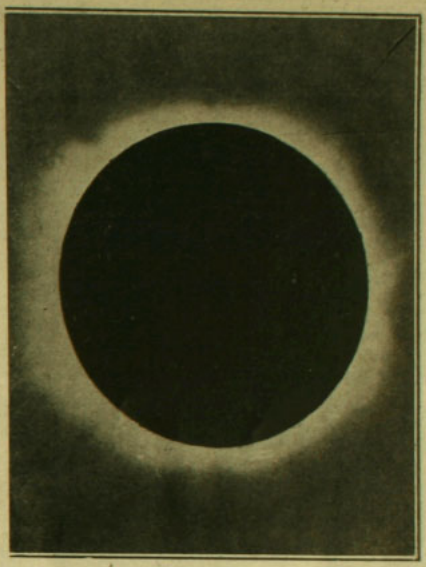
El gran telescopio del Observatorio Lick, en su posición más favorable, sobre la cumbre de una montaña, a lo sumo acercaría la Luna a unos 96 1|2 kilómetros. ¡Y ya os podréis imaginar lo que se puede ver de ella a esa distancia! Un hombre, para que se vea a la simple vista, tiene que estar a menos de 16 kilómetros de distancia. Teóricamente, se podría construir un telescopio de suficiente poder que permitiera colocar la Luna dentro de unos 16 kilómetros; pero en la cima de la más alta montaña todavía habría aire suficiente—como también falta de aire—para inutilizar sus propiedades ópticas. Debemos, en consecuencia, descartar toda esperanza de ver por la observación directa a los habitantes de la Luna, el más próximo de nuestros vecinos, y ¿con cuánta más razón no debemos descartar esa esperanza para los otros planetas?

Pasemos ahora a examinar sus condiciones físicas, para ver si en ellos es o no posible la vida.

Desde luego, examinemos la Luna.

La atmósfera de nuestro satélite es más enrarecida que la del más perfecto vacío que pudiéramos producir por medio de una máquina neumática. Los rayos luminosos que nos llegan de las estrellas, cuando la Luna pasa frente a ellas, no sufren la menor desviación, ni en intensidad ni en dirección, hasta el momento en que son bruscamente ocultados por el borde sólido de la Luna. No hay ahí nubes ni agua. El aire y el agua parece que han sido enteramente absorbidos en la corteza sólida de nuestro satélite. La superficie lunar es excesivamente áspera, llena de grietas e intensamente fría. Según las más recientes investigaciones, la temperatura de la superficie lunar, aun durante el largo día—catorce de los nuestros—de constante sol raras veces sube sobre el punto de congelación. Y durante la igualmente larga noche desciende a un grado sumamente bajo. Con toda seguridad, se puede afirmar que la Luna no es una morada confortable para séres como nosotros.

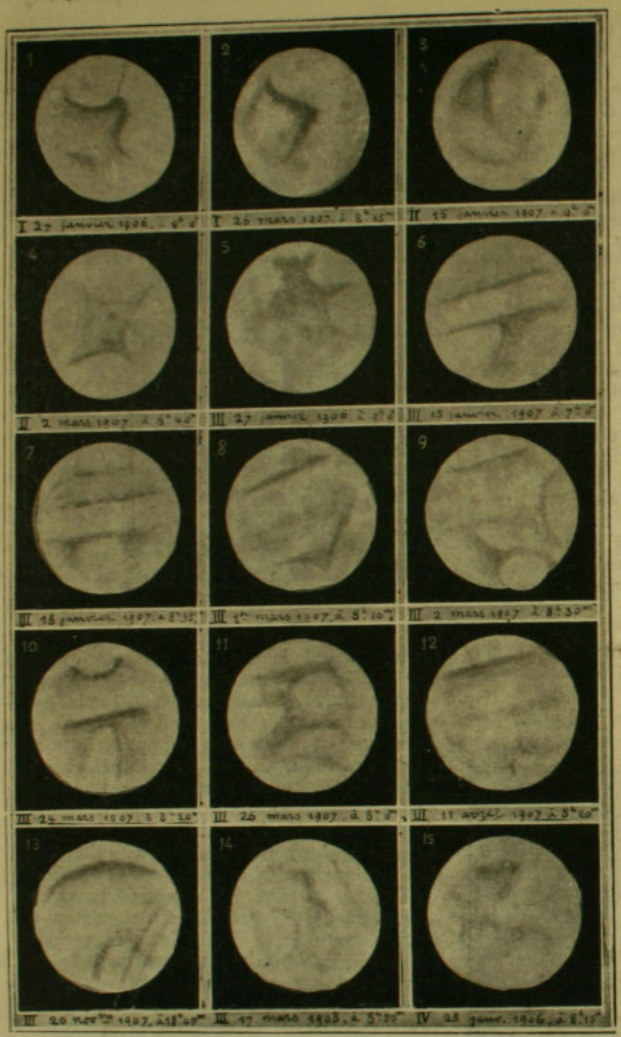
Una fotografía del sol



Fotografía de un eclipse de sol

El Sol creo que se debe dejar fuera de toda consideración. Una esfera gaseosa, con una temperatura superficial estimada en unos 7,000° centígrados, no puede ser un hogar muy cómodo para vivir en él.

Saliendo del Sol, el primer planeta que encontramos es Mercurio. Hasta hace poco se tenían muy vagas informaciones de sus condiciones físicas. Empero, en 1881-82, Schiaparelli logró hacer algunas obser-



Aspectos de Júpiter

vaciones diurnas de este planeta, que le permitieron afirmar que Mercurio ejecutaba una rotación sobre su eje en el mismo tiempo en que efectuaba una revolución alrededor del Sol, conservando así siempre la misma cara vuelta hacia el astro rey. Lowell, en el Observatorio Flagstaff, Arizona, ha confirmado las observaciones de Schiaparelli, hecho que tiene una importancia capital en el problema que venimos dilucidando. En efecto, si el planeta mantiene siempre la misma cara hacia el Sol, habrá en uno de sus hemisferios eterno día y en el otro eterna noche. Imaginaos por un momento lo que sucedería en nuestra Tierra si el Sol detuviera su marcha diurna aparente y estacionara cerca del cénit. Multiplicad por nueve la intensidad de los rayos caloríficos de un sol tropical en todo el rigor del verano y tendréis una idea de los rayos que calientan la superficie iluminada de Mercurio. Además, según las más recientes observaciones de Lowell, este planeta no tiene atmósfera. Por lo tanto, necesariamente tenemos que llegar a la conclusión de que Mercurio no es habitable.

En seguida pasamos a Venus. En tamaño y densidad este planeta es muy parecido a la Tierra, y podríamos esperar descubrir en él condiciones apropiadas para la vida. No es así, sin embargo, por los datos que vienen en seguida. Hasta hace poco, se creía que el período de rotación de Venus era análogo al de la Tierra; pero, en 1889, Schiaparelli llegó a la conclusión de que Venus, como Mercurio mantenía siempre la misma cara hacia el Sol, efectuando una rotación en el mismo tiempo en que completaba su revolución alrededor del Sol. Ultimamente, el profesor Lowell ha hecho notar un fenómeno atmosférico curioso, que ocurre en este planeta. Dice el expresado astrónomo que uno de los efectos de las corrientes atmosféricas de Venus es el de llevar la humedad del hemisferio iluminado al hemisferio obscuro, donde se deposita en forma de nieve y hielo. La baja temperatura que ahí prevalece haría que la humedad se congelara e impediría su regreso al punto de

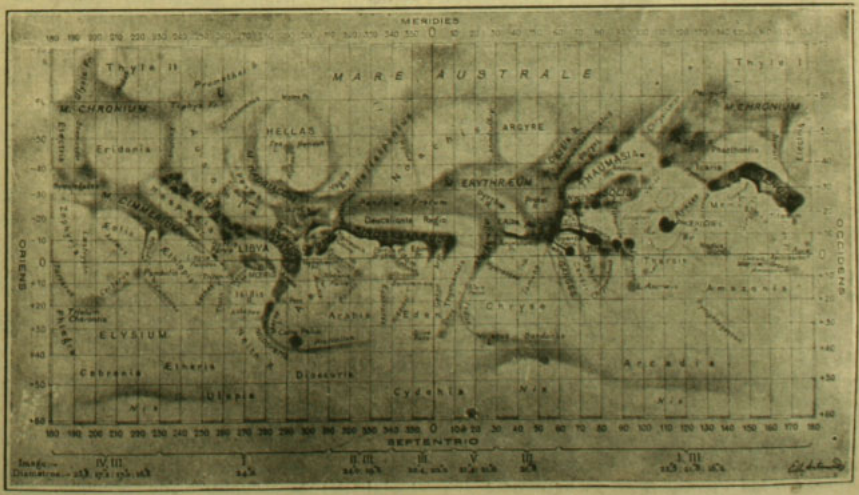
partida. Este procedimiento, mantenido de año en año, privaría a un hemisferio de agua y enviaría al otro de una capa permanente de hielo. Luego, si estas observaciones son exactas, Venus es una morada menos deseable que Mercurio.

Hasta aquí no hemos andado muy afortunados en encontrar un lugar confortable para vivir lejos de la Tierra.

Estudiemos ahora el planeta Marte. En él encontramos los primeros signos de similitud con la Tierra. Observamos grandes áreas de un color verde azulado, que se acostumbraba llamar mares y océanos, pero que ahora se piensa que son regiones donde hay una vegetación abundante. Otras grandes áreas, que cubren más de la mitad de la superficie de Marte, tienen un color rojizo, y se cree que sean grandes desiertos. Las regiones polares están marcadas por áreas blancas que aumentan y disminuyen con las estaciones de Marte, y es muy natural llamar a éstas casquetes polares, por la semejanza que tienen en sus movimientos con los de las regiones polares de la tierra.

Las dificultades para decir al momento si Marte está habitado por séres semejantes a los nuestros son tres: 1.a la falta de calor solar; 2.a el enrarecimiento de su atmósfera, y 3.a la falta de grandes masas de agua. Encontrándose 1,4 veces más alejado del Sol, Marte sólo recibe la mitad del calor que la Tierra recibe, y este hecho prueba que, en ausencia de una densa sábana de vapor acuoso que retenga el calor, la temperatura debe ser extremadamente baja en ese planeta, muy baja en realidad para que el hielo se pueda derretir. Los cambios que se observan en los casquetes polares contradicen esto, y aquellos que abogan por bajas temperaturas tienen que admitir otra substancia dis-

Nébula reproducida recientemente.



Carta geográfica general del planeta Marte

Nébula reproducida recientemente

tinta de la nieve que explique la existencia de esos casquetes polares. El **anhidrido carbónico** ha sido insinuado por algunos como una substancia cuyos cristales son tan blancos como los de la nieve, y cuya temperatura de cristalización es mucho menor que la del agua. Pero Lowell hace notar que bajo presiones como las de nuestra atmósfera, o menores, el anhidrido carbónico pasa al momento del estado sólido al gaseoso. También se ha observado que el casquete marciano a medida que se derrite, va rodeado de una banda azul intenso, que le acompaña en su movimiento de retroceso y que se repliega junto con él; lo cual es precisamente lo que deberíamos esperar si fuera agua cristalizada. Pero si pensamos en la existencia de una cierta cantidad suplementaria de anhidrido carbónico, en proporción menor de la que se encuentra en la atmósfera terrestre, aumentaríamos así el poder retentivo de calor de la atmósfera de Marte, lo que vendría a explicar la aparentemente alta temperatura indicada en los cambios estacionales observados.

Sobre el enrarecimiento de su atmósfera no hay cuestión. La masa de Marte es tanto menor que la de la Tierra, que la fuerza de la gravedad en la superficie del planeta es demasiado débil para que pueda retener una atmósfera de una densidad parecida a la de la nuestra. Aun los más ardorosos partidarios de la posibilidad de vida en Marte admiten que si uno de nosotros fuera súbitamente transportado a ese planeta, probablemente moriría en pocos minutos, por causa del enrarecimiento del aire. Pero también se arguye de que seres como nosotros se irían gradualmente habituando a una atmósfera mucho más enrarecida que la nuestra, lo cual es también probablemente cierto.

Que el agua es relativamente escasa ahí, no hay ninguna duda. Las observaciones espectroscópicos de Marte hechas en Flagstaff, indican muy poca absorción por vapor de agua, y las de Campbell, en la cima de Mount Whitney, indican que no hay la menor huella de él. En realidad, si Lowell y Campbell tienen razón, es ésta misma escasez de agua la que ha dado la mejor prueba de que puede haber seres inteligentes en Marte.

Cruzando en todas direcciones las regiones rojo-anaranjadas que se consideran desiertos, hay una red de líneas angostas y obscuras, que su descubridor, Schiaparelli, denominó **canales.** Cuesta mucho verlos, y un gran número de astrónomos jamás los han podido observar. Sobre estos famosos canales, obras enteras se han escrito, y no creo que sea éste el momento oportuno para entrar a estudiarlos en detalle. Básteme decir que son muy rectos, por lo cual muchos astrónomos se muestran escépticos de que sean canales, puesto que en la Tierra los acueductos, sean reales o artificiales, jamás son rectos. Invariablemente tuercen en alguna parte, siguiendo el contorno de un nivel o línea descendente. En consecuencia, o bien Marte tiene una superficie muy plana o los marcianos son ingenieros muy hábiles.

Otros observadores aseguran que los canales nada tienen que ver con la irrigación ni con la navegación.

Para la navegación, dicen, son los canales en exceso variables, y para la irrigación, resultarían totalmente impropios, por sus direcciones y por la disposición de la presa y distribución de las aguas. Por otra parte, los canales no aparecen generalmente en las épocas de fusión de los hielos, como atrevidamente se ha afirmado.

Bajo muchas y muy variadas formas manifiesta también la Naturaleza su actividad en este planeta.

Así, en 1909, el astrónomo señor Antoniadi observó, con el gran anteojo ecuatorial del Observatorio de Meudon, que la isla denominada **"Lago del Fénix"** ha-

bía cambiado de forma y de color, apareciendo una mancha blanca y brillante que envolvía la isla. Estos fenómenos se explican solamente por una erupción volcánica, en el curso de la cual el volcán ha lanzado vapor de agua que ha caído en forma de nieve.

En 1911, el distinguido astrónomo catalán señor Comas Solá, una de las más altas capacidades de la mentalidad española, que ha honrado a su patria con sus brillantes trabajos astronómicos, vió también manchas blancas, que parecen resultar en parte de un volcán continental en las proximidades del lago del Sol. Estas manchas desaparecieron después de algunos días o semanas, lo que demuestra que los hielos no son ahí muy espesos y que la evaporación es bastante activa.

En resumen, podemos decir que la vida en Marte no sería muy satisfactoria para seres como nosotros. Que ahí puede haber vida, no me atrevería a negarlo. Puede haber seres inteligentes, de un orden más elevado que nosotros mismos; pero de esto no hay todavía testimonios satisfactorios.

Los satélites de Marte son tan pequeños—no más de 32 a 48 kilómetros de diámetro—que muchos años atrás deben haber perdido todo su calor y absorbido su aire y agua, de modo que la vida no es posible ahí.

En seguida, llegamos al gigantesco planeta Júpiter, con su cortejo de cuatro grandes y cinco pequeños satélites. El diámetro de Júpiter es de 142,043 kilómetros, once veces el de la Tierra; pero su rotación es tan rápida, que el día joviano es más corto que diez de nuestras horas. Su densidad media es sólo un cuarto de la que le corresponde a la Tierra; es decir, un poco mayor que la del agua. Las mejores observaciones de este planeta tienden a probar que no se ha enfriado todavía lo suficiente para formar una corteza sólida, sino que está aún intensamente ardiente y sujeto a continuos cambios. Es una especie de semi-sol, que da luz y calor a sus satélites, para suplir en parte a la disminución de la luz y calor solar que escasamente les llega a la gran distancia en que se encuentran.

Interesantes como deben ser los fenómenos astronómicos vistos desde Júpiter, con sus nueve lunas girando en torno de él, produciendo lunas llenas y eclipses solares cada día, difícilmente se puede decir que el gigantesco planeta sea una mansión cómoda para vivir en ella.

Saturno, el rey de los planetas, con sus anillos dorados y sus numerosos satélites, viene después. Seguramente sería este un sitio glorioso para residir en él, con las diez lunas de todos tamaños y el enorme arco de anillos meteóricos que decoran su cielo. Pero encontramos que Saturno está en más o menos las mismas condiciones que Júpiter, no del todo frío. La pequeña densidad del planeta—menos que la del agua—y el brillo de su superficie—mayor que la que sería producida por el reflejo de la luz solar—indican una elevada temperatura.

Los otros dos planetas exteriores, Urano y Neptuno, están demasiado apartados de la Tierra para que podamos estudiar algo de sus superficies. Pero hay un argumento que parece decisivo en contra de la habitabilidad de esos planetas, y es la disminución de la luz y calor solar, por la gran distancia a que se encuentran.

Así, pues, en todo el sistema solar sólo encontramos un planeta, Marte, en el cual las condiciones físicas parecen ser apropiadas para la vida de seres semejantes a los nuestros, y aun ahí nuestras constituciones tendrían que ser considerablemente modificadas. Algunos de los satéiites de Júpiter y Saturno pueden también ser habitables; pero de la condición en

Una fotografía de la Luna

que ellos se encuentren no tenemos todavía un conocimiento exacto.

Y, ¿qué podemos hablar sobre las estrellas? Entre los miles, millones y cientos de millones de brillantes orbes que los grandes telescopios nos revelan, ¿no habrá algunos mundos habitados? Sólo podemos decir de cada uno de esos rutilantes astros, observados por nuestros ojos o revelados por el telescopio, que es un sol, un cuerpo en ignición, intensamente ardiente, que brilla por su propia luz, y que, por tanto, no es un mundo habitable.

Cuántos satélites o planetas hay ahí, circulando invisibles alrededor de las estrellas, sólo lo podemos deducir por analogía, y sólo por analogía también, podemos inferir que entre los millares de esos invisibles satélites, debe haber ahí millones de mundos como el nuestro.

EMERSON

Por

Adela Rodríguez de R.

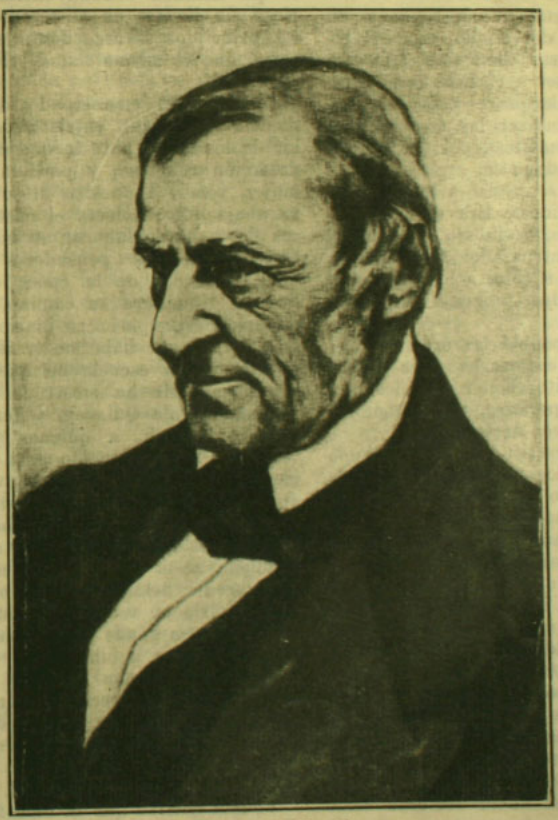
Valiéndome de las palabras del mismo filósofo y moralista de quien voy a hablar, diré: "Así como el río crea sus propias riberas, toda idea crea también sus conductos y caminos propios. El artista de verdad pisará siempre teniendo por pedestal al planeta; el que sólo lo es de ocasión, después de años de lucha, no tendrá otro que el de su propio calzado."

En el caso de Emerson, al inaugurar éste sus conferencias y ensayos, el público lo recibió no sólo con indiferencia sino con hostilidad. Pero había en este gran hombre de exterior muy amable y simpático, tal fuerza de convicción y de bondad, tanta **self reliance**, que consiguiendo revelarse artista genuino, alcanzó lo que pocos grandes hombres han obtenido en vida: verse comprendido y glorificado por sus mismos detractores.

Hoy ya su nombre repercute por el mundo; hombres de todos los países leen sus libros, y lo que es más, empiezan a comprenderlos, repitiendo con el filósofo: "Los seres están llamados a vencer y a ordenar el caos; a esparcir por doquiera, mientras vivan, las semillas de las ciencias y de la hermosura, dulcificando el clima, las cosechas y la humanidad misma y multiplicando los gérmenes de amor y de bondad."

Confiemos en que antes de mucho las frases de este espiritualista arraiguen en fisiólogos, poetas y filósofos y todos comulguen en sus enseñanzas.

Ralph Waldo Emerson.—Cuán escaso eco despiertan aún en la generalidad de nosotras las sílabas de este nombre. Ya sea porque sus obras están escritas en inglés, ya porque a las mujeres no nos atraiga mucho el estudio filosófico que no esté engastado en una novela de costumbres; es el hecho que pocas conocemos al autor de quien se trata.



Mr. Ralph Waldo Emerson

Emerson, poeta, conferencista y filósofo, nació en Boston en mayo de 1803 y murió en Concordia en 1882.

Omitiré los datos que todas pueden sacar de cualquier Diccionario Enciclopédico y me concretaré a esbozar las líneas generales de su vida y a

indicar el espíritu de sus escritos. Emerson nació en un medio particular de grande ilustración, rigidez moral y espiritualismo, en un período que marca para la Nueva Inglaterra el momento del predominio del Dios de la industria y el indiferentismo por las ideas. Aquella máquina gigantesca, ansiosa de acumular todos los bienes terrenales, miraba al sér pensador como una fuerza perdida para la acción y, por lo tanto, la mayoría lo menospreciaba.

Cuando Emerson no tenía aún 8 años, perdió al padre, pero su buen hado le conservó a su madre, que aunque sin bienes de fortuna, poseía todos los dones de carácter y de virtud para cultivar en él, no la tendencia al confort y a las regalías materiales, sino el amor a la cultura y moralidad, a fin de preservar incólume el ideal de sus antepasados. El terreno era propicio y las semillas de bondad sembradas en el hijo sobrepasaron en resultados a lo soñado por la madre.

Sin seguir estrictamente a Emerson en sus primeros años de estudio, interesa recordar que desde sus comienzos demostró preferencias por leer a clásicos como Platón, Plutarco, Shakespeare y Milton, antes que por profundizar las ciencias, sobre todo las matemáticas por las cuales nunca tuvo mayor simpatía.

A pesar de esto, se graduó a los 19 años, aunque sin distinciones. Era entonces un joven dulce y serio, destinado como innumerables de sus antepasados a ser pastor unitario y sin que a él ni a los suyos pareciera deslumbrarles ninguna visión de gloria.

A los 23 años, recibía las órdenes eclesiásticas y se le autorizaba para predicar desde el púlpito, honor justificado a los ojos de sus superiores, por la notoria competencia del joven sacerdote.

En su extrema rectitud y no aceptando en totalidad los dogmas que su secta le imponía, se produjo en él una lucha interior que alteró su salud, obligándolo a suspender momentáneamente sus estudios y a hacer un viaje a Carolina del Sur. Ahí, en presencia de la naturaleza, se acentuó más su individualidad independiente, despertándose su verdadera idiosincrasia de buscador infatigable de la verdad y trató de orientarse en los problemas físicos y metafísicos que lo preocupaban.

Sin perjuicio de ello, en 1829 lo vemos con sorpresa aceptar el cargo de pastor unitario de la segunda iglesia de Boston, (honor muy señalado en aquella época, y que él parece haber recibido como don del cielo). Antes de marchar a cumplir su ministerio se unió en matrimonio con la dulce y bella joven Elena Tücker. Quiso empezar su tarea de pastor poniendo en ella toda el alma. Pero de nuevo el conflicto se produjo más agudo por la imposibilidad de predicar algo que su conciencia desaprobaba por completo. Escribe en su diario: "Me parece que es lo mejor del sér lo que protesta contra la idea de ser pastor. Todo lo que hay de bueno en él se rebela contra la bondad oficial! Qué sacrificio tan perdido representa el hablar y proceder como reflejo ajeno, en vez de ser nosotros mismos, es decir, ser los vehículos de lo Divino". Después de esto lo vemos buscando refuerzo para sus convicciones, ya en su hermano, ya en personas queridas de su familia o en diversos textos, hasta que en 1832 renuncia su ministerio alegando: "Que no podrá hacer jamás que sus labios digan lo que no puede ser aprobado por su alma", y se libertó de lo que llamaba bondad oficial, para practicar sin límites en el teatro de la vida, los principios transcendentales de su filosofía, que él mismo llamó "Evangelio del Espíritu".

Desde 1833, emancipado de toda obediencia sacerdotal, entristecido por el dolor de los suyos ante lo que calificaban de deserción religiosa, y perdida su primera mujer, vemos a nuestro filósofo cual activa abeja que recolecta el néctar de diversas flores para elaborar su miel, ir a Europa tras de los pensadores y escritores más profundos de la época en busca de luz que iluminara su camino. Después de tratarlos, estampa en su diario: "Doy gracias a Dios por haberme traído a Europa, a esta última escuela en que ha querido instruírme. Me ha mostrado hombres como Landor, de Quincey, Coleridge, Carlyle, Wordsworth, a quienes yo anhelaba ver. Ello me ha servido para reconfortarme y confirmarme en mis convicciones. He aprendido mucho viendo a estos seres. En lo sucesivo juzgaré a los sabios más justa y menos tímidamente", y agrega: "Mi conducta recta y clara está marcada. Debo proceder fielmente según mi propia fe, debo vivirla en todos mis instantes, y debo observar a dónde puede conducir la obediencia sincera a ella."

Desde esta fecha hasta el final de su existencia fué consecuente con esta determinación, dejando la prueba de ello en su labor literaria, en sus conferencias y en el recuerdo de su profesorado.

Podría decirse que la filosofía entera de Emerson se basa en el siguiente principio:

Vivid vuestro yo con absoluta verdad, en rumbo siempre ascendente y tendréis la ayuda que por Naturaleza os corresponde.

Toda su obra tiende a dignificar al hombre fusionando en él lo físico con lo espiritual, porque según él "todo cuanto existe no es sino la sombra de Dios; el mundo es un sueño Divino".

Su sistema filosófico no lo compendia o resume ninguna fórmula que indique en detalle el origen o por qué de todo cuanto existe o el punto a donde vamos.

Acerca de lo primero nos da como Causa Prima a Dios y dice: "Como una planta reposa sobre la tierra, descansa el hombre en el seno de Dios. La vida individual es débil y fría para comprender la acción de El. Comparado con la razón, el Amor, la Belleza y cuanto existe, podría decirse que Dios es la Vida de la Vida, la Razón de la razón, el Amor del amor".

Respecto al hombre, manifiesta: "En el hombre se encuentra el Alma de todo: el sabio silencio, la belleza universal en que cada parte y cada partícula se funden por igual; el eterno Uno... En nuestras definiciones al referirnos al alma o a lo espiritual, lo describimos a tientas, nos dice, como lo invisible. La verdadera significación de tales palabras es Realidad". Para él eran cosas sin importancia las preocupaciones del por qué somos y a dónde vamos. Así escribe: "No pidáis una descripción de los países hacia los cuales navegáis. Ninguna los diseñaría con verdad. Ya llegaréis a ellos y los conoceréis." En cambio, daba importancia suprema al cómo **podemos** y **debemos** construír nuestra perfecta individualidad presente, que nos asegurará la paz y fe absolutas en el ansiado porvenir.

Es aquí donde Emerson pone el alma toda, revelándonos su filosofía, luz nueva que nos ayuda a vivir de mejor manera la vida diaria. Todos sus escritos al respecto encierran una fuerza sugerente que despierta en cada sér un destello particular nacido del choque que produce en nuestras almas esa centella de su propio espíritu que Emerson ha puesto en cada uno de sus pensamientos. A la verdad, mientras más se lee a este gran místico y moralista, más se ve la escrupulosa atención que ha tenido, no en modelar estilo, sino en condensar más y más espíritu y verdad a fin de llevar al hombre a la comprensión de toda la grandeza que su sér encierra.

Es alta honra para Estados Unidos haber sido, con breve intervalo, cuna de dos hombres de la talla de Lincoln y Emerson. El primero nació en 1809 y fué el libertador del físico de los hombres, aboliendo las leyes de la esclavitud; y Emerson nacido en 1803, fué el emancipador de las conciencias difundiendo una filosofía que puede llamarse libertadora, reformadora y hasta creadora de almas.

Tal filosofía nos la da Emerson en forma fragmentaria, casi diluída, si vale decirlo, no sólo a fin de hacerla asimilable en los diversos grados de evolución humana, sino porque jamás escribió un pensamiento que no hubiera podido constatar en sí mismo o intuír en la vida ajena.

Este modo de trabajo mental ha hecho que muchos consideren su filosofía como vaga, interrumpida y en ocasiones hasta contradictoria; pero estudiándola a fondo puede ella condensarse en un cuerpo de doctrina admirable con eslabones de acero, en la cual el autor amalgama íntimamente lo espiritual con lo físico, lo abstracto y lo concreto, lo contemplativo y lo práctico. Tal filosofía se sintetizaría en terreno ontológico en un principio: El Alma Universal o la Total Sabiduría, en otras palabras, Dios, origen primero de las dos únicas leyes que rigen cuanto existe.

La primera de ellas se denomina: Ley de "Causa y Efecto", o de "Compensación" y es una Ley de Vida y Justicia inmutables en la cual está encuadrado el Cosmos en marea de vibración eterna e infinita, y que teje continuamente el mundo visible con los elementos que le piden la Naturaleza y los seres.

Esta ley, modeladora eterna de la Materia y que nada tiene de sentimental, permitirá que los seres absorban una parte de Alma Universal o Sabiduría proporcionada al grado de momentáneo desarrollo material, ascendente o descendente, que cada cual obtenga con mayor o menor conciencia.

La segunda sería la Ley del "mejoramiento universal", que llamaríamos "necesidad", o en términos científicos "Evolución".

Según Emerson, esta segunda Ley impulsa a que toda materia evolucione a fin de conseguir su perfecto desarrollo. Esta fuerza de "Necesidad" de la materia en general, sería el imán que actuaría dentro de la Ley de Compensación antes aludida para atraer, en grado de materia, lo que fuera capaz de asimilar por condición consciente o inconsciente intuitiva el sér razonable, instintiva el irracional y vegetativa los demás seres.

Emerson nos dice: "La única manera de penetrar a la naturaleza es compren-

diendo nuestras mejores intuiciones. Una vida en armonía con el Universo, el amor a la verdad y a la Virtud purifican los ojos para comprender su texto".

Y a este respecto una breve explicación: A mi juicio la intuición, aunque inherente a todos los seres racionales, florece más poderosa y se ilumina en mayor Sabiduría mientras mayores son la sensibilidad, la fe y la bondad del que la alberga.

Es asimismo evidente que no cabe esperar que los hombres por ser racionales tengan un grado de selección material tan seguro, que puedan seguir todas sus intuiciones sin peligro para sus semejantes. Siempre variarán estas según el grado de desarrollo a que pertenezca su calidad nativa o adquirida. Por esto, toda intuición deberá ser cuidadosamente atendida por la inteligencia, ya para dejarla seguir su desenvolvimiento natural progresivo o para impedir la evolución regresiva a que tiende fatalmente la naturaleza inferior.

En este último caso deberá actuar la voluntad como fuerza reguladora de pasiones que impulse al ascenso individual obligado. Emerson dice al respecto: "Todas las virtudes son atributo de los seres seleccionados y las mismas son personalmente adquiridas por los seres inferiores".

Según Emerson existe también una estrecha comunión de todos los momentos entre los seres que tienen alguna afinidad psíquica, efectuándose entre ellos, aunque de modo invisible, un intercambio constante de fuerzas y deficiencias, según el espíritu que anime a tales seres.

Esto en cuanto al aspecto ontológico y psicológico de la filosofía emersoniana. En cuanto a su aspecto propiamente fisiológico, nos dice poco, pero este poco es de tal transcendencia, que sería muy largo indicar los principios en que a mi juicio este moralista se ha inspirado. Me concretaré a transcribir los párrafos en que nos inviste, no sólo con la facultad y deber de reformar lo nacido, sino con los de estudiar y prever la selección de lo que nazca. Según Emerson "los hombres son lo que sus madres los hacen: ¿Cómo podría un sér retirar de sus venas las gotas de sangre negra transmitida con la substancia de sus padres?" Luego agrega: "Al salir cada sér del claustro materno, se cierran para él las puertas de toda nueva fuente de posibilidad. Así como ha nacido con dos manos y dos pies, tiene también el sér un sólo porvenir que está marcado en su mapa cerebral, en el que se encierra por entero el campo de sus posibilidades y aspiraciones. Dentro de este terreno el hombre será a voluntad Rey o mendigo. Pero todas las leyes juntas serán impotentes para hacer de él un poeta o un príncipe, si tales características no le hubieran sido infundidas prenatalmente".

En este círculo de hierro gira todo cuanto Emerson ha escrito, como veremos al citar parte de sus diversos ensayos.

En su concepto no hay nada más sagrado que el individuo y sus innumerables posibilidades. Su principal empeño tiende a encender el amor a sí mismo, que lleve al perfecto desenvolvimiento individual por medio de la evolución continua de cada característica personal cultivada en todos los instantes. Todo sér conforme a su grado cualitativo vibra con la naturaleza entera. Si el sér no se deforma al trabajar contra ella, en su afán por plagiar posibilidades ajenas, y, al revés, se concreta a desarrollar sus tendencias nativas superiores, llegará **necesaria** y **fatalmente** a ser una página humana perfecta, puesto que cada individuo es único en el Cosmos y tiene desde lo ínfimo a lo Supremo preestablecidas sus capacidades.

—"Cada niño, nos dice, es el canto eterno de la Vida Nueva, es la invasión de Dios que entrando al mundo muerto envía envuelta en las moradas apacibles de un alma joven, la remesa de una idea no realizada, una percepción del Universo que no existe todavía".

—"Todo sér, añade, debe desenvolverse inspirándose en cuanto sea grande y bello, pero sin someterse a medida ni escuela alguna del pasado o del presente. El individuo debe sentirse rey de su vida diciéndose: "Dios me ha dado **mi corona** y el mundo entero no podrá quitármela". Recalcando más aún su idea de que jamás debe arredrarnos la grandeza de otra época, en la cual sólo debemos ver un estímulo para el propio desarrollo, agrega: "El respeto y deferencia por las acciones de nuestros antepasados se basan en un sentimiento falso. El valor de aquellas no consistió en respetar a su vez el pasado de ellos, sino en honrar su hora presente". Y para inducirnos a imitar esas grandezas, agrega: "Supongamos que no hay sino un Homero, un Shakespeare, un Milton y un Sócrates. Mas, en sus horas radiantes, el alma desconoce estos monopolios y comprende que ellos no nos sobrepasan sino que solamente han sido los intérpretes de un momento luminoso, los representantes de las posibilidades divinas que todo hombre y que toda mujer poseen en sí mismos".

Y en verdad, cuán a menudo contemplamos la paralización que afecta a la producción superior de Arte o de Literatura de nuestra juventud. Esta parece temer el pensar por sí misma, temer al presente y al porvenir: y al mirar al pasado, como la mujer de Loth, se convierte en estatua de sal, obra muerta que no inspira ni da luz porque no puede hacerlo aquello que no es el fruto de la obra sentida sino la mediocre fotografía de un estilo pasado, que carecerá de grandeza si no se le copia comprendiendo el espíritu que lo inspiró. Por esto, para tener Arte y Literatura superiores debemos empezar por formar hombres de la misma estampa, ya que la obra de los seres nunca será otra cosa que el propio reflejo de sus almas.

Y después de esos pasajes elocuentes destinados a no dejarnos abrumar por el prestigio de los grandes, añade para evitarnos la influencia de los mediocres: "Cuidad mucho de vuestros sentimientos. Hasta la simpatía salida de quicio degrada a veces, porque impide al individuo desarrollar sus altas tendencias nativas en fuerza de ligarse íntimamente con las personas groseras que lo rodean". "No os dejéis llevar tampoco por las corrientes sociales que a veces mide a los hombres por el número de camisas que pueden lucir por día. Sed vosotros mismos". "Recordad, añade, que la fuerza del sér reside en sí mismo y que ningún bien debe considerar el hombre tan sólido como el que está en su naturaleza". "Un hombre es un método, un mecanismo en progresiva acomodación, un factor de selección que asimila cuanto se le asemeja. Por donde quiera que vaya, de todo cuanto existe y gira a su alrededor. él tomará únicamente lo suyo".

No obstante lo dicho, no caigamos en el error de creer que Emerson quiera hacer menospreciar a los grandes hombres pasados o presentes al decirnos que cualquiera de nosotros puede igualarlos o excederlos. Su anhelo es que tal grandeza nos incite a emularla o superarla, pero jamás a temerla o a quedarnos en extática contemplación. Oigamos lo que dice acerca de los grandes hombres. "El genio de la humanidad es el verdadero punto de vista de la historia. Yo admiro a todos los grandes hombres que son los que se anticipan a los hechos y a los pensamientos...

"Muy fácil es tener la ciencia y bondad de la generalidad que nos rodea. Esas las aprendemos sin esfuerzo como si la absorbiéramos por los poros de la piel, pero nos detenemos en donde se detienen y difícilmente podemos avanzar un paso. Entonces los grandes hombres, hijos de la naturaleza, de acciones transcendentes, fieles a las ideas universales, son los Redentores de estos yerros comunes y nos defienden de nuestros contemporáneos...

"Ellos son las excepciones necesarias: exceden al nivel general. Su grandeza es el antídoto de la pequeñez común. Un grande hombre vale más que una muchedumbre de pigmeos".

Para que no atribuyamos estas superioridades a castas u otros privilegios, dice: "El primer deber de los gobiernos antes que dictar Códigos, es formar individuos, formar aristocracias. Aunque parezca que las masas populares son carneros, cabe que entre ellas se encuentre una unidad que cultivada pueda transformarse en abeja reina. El caballero, el aristócrata será aquél que siendo dueño de sus actos, conquiste tal poder, porque frente al mundo, a la opinión o a la riqueza, jamás haya tenido nada de logrero, de servil o de dependiente. Este noble de nacimiento se abre paso donde quiera que vaya y deja atrás al patricio más antiguo destituído de su primitiva categoría". Al hablarnos del carácter tiene frases espléndidas, "Todos y todo, nos dice, debe tender a la enseñanza de formar caracteres. Para forjarlos será inútil el hierro bebido en gotas o grajeas. Lo necesario es el hierro de la propia voluntad. La naturaleza toda tiene como fin obtener esta corona para su rey".

No confundamos carácter con obstinación, que es su contrario. Sólo merecerá calificarse de carácter aquél que bastándose a sí mismo no tema la oposición ajena y desenvuelva su personalidad y estimación propia, comprendiendo que hay en el alma humana una conciencia que hace que las sanciones sigan al pensamiento.

A este respecto, Emerson nos dice: "Aquel que hace el verdadero bien, está ya de suyo ennoblecido. El que cometió una vileza, se empequeñeció por su acción misma. El sér **no podrá jamás eludir la sanción y consecuencia del acto, puesto que al ejecutarlo se convirtió en el acto mismo dentro de la naturaleza y entró a ser la lámina sensible de oro o de estaño que recibe las acumulaciones de los sutiles elementos**", y agrega: "La base de cuanto el hombre aspire se encuentra dentro de su sér. Como a la palmera sus hojas, al hombre sus actos le nacen de adentro". "Por esto en cada ramo del saber humano para obtener el éxito deberemos desterrar el fugitivo y estrecho egoísmo y reemplazarlo por el noble egoísmo de

lograr la completa superioridad moral. Este es el fuego que vence a todos los elementos, el imán que atrae las ambiciones, la fuerza que transmite eficiente ayuda y el camino que lleva a la intuición superior, sinónima de perfecta sabiduría. Es por esto que Emerson al hablar de grandeza, dice: "El hombre vulgar servirá a sus semejantes con la acción; el grande los servirá con serlo".

Sus escritos sobre Amor, Amistad, Política, Paz, Instrucción, Destino, etc., giran todos alrededor del mismo eje." La primera de las condiciones para la Amistad, dice, es una individualidad propia, no buscarla o perderla por opinión ajena. Los amigos obedecen a una necesidad divina y gravitan los unos hacia los otros como no pueden dejar de hacerlo. En esto como en todo, si deseamos captarnos una amistad superior, ningún hábito social, presentación ni arreglo, podrá servirnos si no elevamos nuestra naturaleza al nivel que aquella alcanza. Ahí está el secreto de esa fusión atractiva, que se efectúa como la del agua con el agua..."

"El amor y la amistad son el reflejo del mérito de un hombre en otro hombre. A veces nuestros amigos dejan de tener nombre para nosotros y parece que amamos en él a nuestra propia alma. Pero esto que se llama amistad no es fácil de encontrarse, y agrega: "Ponte en guardia antes de formar liga amigable con seres de baja ley. Crece, sé una viva demostración de tí mismo y poniéndote fuera del círculo de las falsas relaciones, si pierdes lo pequeño ganarás lo grande, atrayendo hacia tí a los primogénitos del mundo."

Refiriéndose al amor, dice: "Los seres que se aman deberían perseguir siempre la misma verdad. En cuanto uno de ellos perciba cualquiera verdad nueva, vendrá el divorcio espiritual y desde ese momento, si no reaccionan, en la naturaleza no existirá lazo bastante fuerte para ligarlos". Valdría la pena pesar estas transcendentales palabras.

Al discurrir acerca de Gobierno y Política, dice: "Quien desee la prosperidad de los pueblos, deberá cuidar del equilibrio entre el crecimiento industrial y el individual y no permitir que se obtenga una grandeza engendrada en la mezquindad. Es risible glorificarnos con las invenciones de la industria, si ellas no traen cambios y mejoras en la humanidad. No debemos conformarnos con que la sociedad sea una ola que avanza: es necesario mejorar la condición del agua del tal ola".

Al hablar Emerson del desarrollo espiritual no se refiere sólo al cultivo intelectual, sino a la bondad y rectitud internas y dice: "De nada sirve que me prediquen desde fuera. Jesús habla siempre desde adentro y de manera tal que trascienda a los demás".

Hablando de educación condensa todos los principios que encierran los fragmentos desglosados antes aludidos y haciendo mucho hincapié en el respeto que debe merecer a padres y maestros cada posibilidad de niño, les agrega: "Debéis comprender que la palabra civilización implica el desarrollo del hombre altamente constituído, que una al sentimiento de delicadeza superior la práctica potente de la fe, la libertad y el sentido del honor y del discernimiento. Ciudadanos nutridos en estos principios trabajarían por el progreso moral de los pueblos. Serían leaders dotados de un gran corazón, que lucharían con fe en el porvenir a fin de formar una civilización más humana".

Y aplicando su tesis a la influencia que tienen los seres superiores, afirma que padres y maestros con el solo hecho de tener un alma superior, inspirarán fe y corregirán a la infancia. "Es de la profundidad de nuestra vida, les dice, de lo que depende, no sólo la fuerza de energía, sino aun las de nuestras maneras y hasta presencia. El principio admirable de las cosas ha fijado allí nuestro grado de bondad y de influencia. Trabajad firmemente en el deber absoluto y prestaréis ayuda y fuerza a toda la juventud del Universo".

Emerson trata con magistral autoridad el arduo problema del destino humano. Sus palabras nos hacen medir una vez más la participación y responsabilidad de los padres en la fibra con que nace el niño y las de todos respecto a la conducta diaria. Así en algún pasaje nos dice: "La naturaleza es la circunstancia tiránica, el Destino... "ella es como una locomotora bastante fuerte para seguir sobre sus rieles, pero que fuera de ellos no hace sino desastres..."

Mas, para impedir que nos creamos absolutamente predestinados o hijos del azar y guiados por él, agrega: "Creemos que el "Destino" es algo ajeno a nosotros, porque el lazo de las cosas está oculto. Mas el alma contiene en sí el suceso por venir, que se genera en el pensamiento actual dominante. Sepamos que el hado es nuestra alma.—La Historia, es la acción y reacción de estas dos cosas: Naturaleza y Pensamiento. Materia y Mente están en perpetua oscilación. Si el hombre es dé-

bil, la tierra lo vence, mas **si crea o es una voluntad** conquistará a la tierra y tendrá sus jardines y viñedos en el orden y profundidad de su pensamiento". "El elemento que compenetra a la Naturaleza, y que vulgarmente llamamos Fatalidad, es la ley de Necesidad cuyo anillo está siempre colgado sobre el todo. Cuando no la comprendemos, la consideramos como una limitación y encontramos fatalidad en la materia, en el espíritu, en la moral, en las razas, etc. Pero alcanzando a discernir su actuación vemos que la "Fatalidad" es sólo el producto de Causa y Efecto y que esta ley tiene un superior que es la propia voluntad. Si queremos ser verídicos y erigir a la fatalidad una estatua, tendremos que decir que la libertad del hombre forma parte de tal fatalidad; que la inteligencia anula a ésta y que la facultad de escoger y de actuar es una fatalidad del alma humana". Hay, sin embargo, que distinguir entre voluntad finita, limitada, comprable y corrompible y la voluntad fundada en el sentimiento moral, paralela a los fines Universales, que es a la que Emerson se refiere. "Esta voluntad, dice, es como un juramento del Altísimo cuyo poder no tiene límites". Se ve que su mente de apóstol sueña con una sociedad fundada en estos nuevos cimientos, que seleccionando a los seres, evitarían que "embrolláramos todo con nuestras lastimosas intervenciones..." Las artes, las ciencias, la religión, nos dice, avanzarían de mucho mayor modo que hoy, y el cielo ofrecido desde el comienzo del mundo y cuya aspiración nace aún en el fondo de todos los corazones, sería una realidad como lo son las rosas, el aire y el sol".

Respecto a la Paz, nos hace entrever un sueño sublime y muy realizable. Un pueblo seleccionado traerá como efecto una nación igual. Así como un individuo de fe superior, seguro de sí mismo, no teme a nada porque tiene conciencia de su propio valor, una nación elevada al mismo grado, depondrá las leyes de la fuerza para sustituírlas por las del respeto y el amor. "Cuando la doctrina de la Paz, dice, sea abrazada por una nación, no provocará la injuria, sino por el contrario, ella será el templo sagrado en el cual cada corazón de hombre representará un amigo y toda ella será asilo y ejemplo de la raza, colmado por las bendiciones de la humanidad".

Esto nos parece hoy un mito, como sin duda les habría parecido a los salvajes primitivos la propuesta de andar desarmados entre los habitantes de otra tribu. Pero ya creceremos, y al amor egoísta del niño caprichoso y mimado, sucederá el amor generoso de la juventud de los pueblos, que ayude al ascenso de todas las naciones.

Resumiendo, ¿cabe considerar la ética de Emerson como una fuerza de ayuda en el adelanto material y moral de los seres? A mi juicio se impone una afirmación absoluta.

Este pensador que, sin materializar el alma Universal, la funde en la Materia, a la que presenta como esponja viva de mayor o menor poder de saturación, según sea su conformidad deliberada o inconsciente con la Ley de Causa y Efecto, que la forma y modifica en todos los momentos, constituye de hecho al individuo en responsable único de su selección o degeneración, ascenso o descenso, éxito o fracaso, llamándolo a la conciencia de ser y no aparentar ser.

Al decirnos que los seres serán sólo lo que las madres los hicieren, trae a la pareja humana, a la conciencia de su misión divina, de su responsabilidad como creadora de los pueblos y del ascenso individual. El día en que fructifique tal conciencia, caerán como hojas secas nuestras pasiones mezquinas de logro individual momentáneo, y estudiando los principios transcendentales de que fluye esta afirmación, iremos a la conquista del bien y del adelanto universal, desarrollándonos dentro de lo Espiritual y Eterno pero sin menospreciar ni desatender las leyes de la Materia.

Al presentarnos cada cerebro humano como el cofre que encierra el mapa de cada sér, con el mínimum y máximum de todas sus posibilidades y aspiraciones, en el que a la vez van involucradas las fuerzas suficientes para obtenerlas, nos hace palpar que cada paraíso es individual, y que todo sér puede conquistarlo si se adapta a la Ley Universal. Luego la dicha no es una quimera, sino una realidad al alcance de todos en todo momento.

Al explicarnos que somos materia vibrante, emanadores y receptores conscientes o inconscientes en todos los instantes de fuerzas impalpables, pero efectivas, buenas o malas, en las cuales se ligan y saturan, se impulsan o detienen los seres que vibran al mismo diapasón, comprendemos cuán necia es la vanidad de no aceptar favores, el egoísmo de no hacerlos, y la culpabilidad de no avanzar, dejarnos detener o paralizar a nuestros consanguíneos espirituales en la evolución progresiva **que es nuestra ley.**

Si penetramos en la esencia del espíritu

que informa todo lo dicho, tendremos el criterio adecuado para juzgar a los seres de acuerdo con sus aptitudes nativas o cultivadas y no pediremos orquídeas a la nieve ni al desierto manantiales. Clasificando sabiamente a la familia humana, recibiremos sin revuelta alguna del espíritu la coacción moral de los seres superiores a nosotros, y los consideraremos como una brújula que puede orientarnos para alcanzarlos o superarlos dentro de nuestra propia tendencia. En el pequeño o en el ignorante que nos muerda mediremos también sin desprecio la incapacidad o impotencia; pidiendo sin dolor ni amargura la mano del primero para que nos guíe y ofreciendo sin rencor la nuestra al segundo para encaminarlo.

Los escritos de Emerson encienden el ansia del mejoramiento individual, dan a los seres el poder de conseguirlo; nos hacen entrever una humanidad futura en que al hombre perfecto sigan las colectividades y naciones también perfectas.

Sus teorías, que contemplan a la vida en todas sus fases, cifran el examen del Cosmos, del sér y de la base de la existencia toda, en la dicha, el bien y el ascenso.

Esta fe optimista nos baña en un ambiente de energía.

Después de leer a Emerson, a los horrores de la historia pasada y de la guerra presente, no les atribuímos como causa el que en el fondo de cada sér palpita una víbora, sino a un rumbo errado de nuestra vida diaria, a que no tenemos energía para sacudir el yugo de lo establecido y elaborar el presente que los pueblos necesitan.

Si han existido hombres tan desgraciados e inconscientemente culpables que hayan podido reclamar teorías que deprimen la vida y niegan la virtud, tales seres son efectos de una causa a cuyo estudio y conocimiento Emerson nos lleva. A ellos la ignorancia de las leyes de la Vida los ha llevado al máximum del pesimismo, haciéndolos experimentar hasta la saciedad una verdad parcial inferior tan potente para ellos que la vivieron como la superior que también vivió Emerson. Pero entre una y otra teoría, pocos seres conscientes querrían escoger la de la cadena y de la esclavitud.

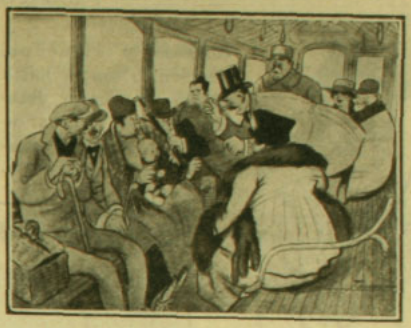
Esos apóstoles prestan, sin embargo, su servicio. Son las felices constataciones de la Ley, los seres humanos que debemos estudiar en sus orígenes para prevenirlos en lo porvenir.

A mi juicio Emerson, considerado por los críticos materialistas poco filósofo, poeta de segundo orden, literato nebuloso, y moralista místico que vivió en éxtasis de visiones irrealizables, es el mensajero que llama a la humanidad presente a la consciencia de su misión superior y al cumplimiento de ella en todos los actos de la vida.

Saturado del espíritu de Jesús, percibió todo lo transcendental que el "Padre Nuestro" encierra, y nos hace comprender que la calidad de la harina del pan con que diariamente nos nutre el Infinito, dependerá exclusivamente del Espíritu que anime a la obra también diaria de cada obrero humano.

Sus enseñanzas, reconciliándonos con la vida al indicarnos los medios para mejorar y conquistar la dicha, nos colocan en una planicie de amor, de confiannza y de paz. Desde ella sentimos al Universo como una armonía de sonidos varios en que cada matiz o grupo humano forma una orquesta que aunque afinada en tonos diversos, armoniza con las otras y consigue encarnar las distintas melodías a que todos aspiran en su tendencia hacia el diapasón de lo Absoluto. Las vibraciones infinitas de este diapasón jamás lograrán ser, sin embargo, percibidas ni aun por los seres más excelsos de las generaciones futuras, porque la Ley evolutiva está en Dios mismo y su grandeza es ilimitada. Tal aspiración es la Quimera eterna que persigue el hombre, es la luz que enciende el ideal, es la fuerza que levantándonos a la integridad de nuestro sér nos lleva a la segura, constante e infinita perfección.

Arte francés
Apunte de Prégelan.



Los nerviosos
Dibujo del caricaturista español Tobar.

Una nueva orientación del arte contemporáneo

Por

RAUL SIMON

Con ilustraciones.

Muy lejanos están los tiempos en que se llamaba caricatura a un mal dibujo, y caricaturista a quien se dedicaba, de la manera gráfica, a burlarse groseramente de los defectos físicos o morales de alguien. Para entonces el mayor ingenio estaba en lo más sangriento de la burla o en lo grotesco del dibujo. Generalmente se trataba de una cabeza enorme sobre un cuerpo diminuto... como en las caricaturas del "Fígaro" o de "La Lira", años atrás.

De entonces acá la caricatura ha evolucionado mucho. Ahora es un arte, y un arte nuevo, de emoción y de ingenio. La complejidad de la vida moderna ha exigido a la pintura algo más ligero y más intenso; algo que no fuese la clásica inmovilidad del arte milenario. El alma contemporánea pide más que una simple copia impersonal de las cosas; nos pide que en vez de posiciones le demos sensaciones. Sería absurdo pensar que el espíritu humano no hubiese progresado nada del Renacimiento a esta parte, y estemos todavía diciendo tonterías ante la sonrisa de la Gioconda y genializando las pinturas infantiles de los pre-rafaelistas...

Por eso ahora el humorismo es un gran arte; y, aparte del humorismo, el dibujo puramente artístico y decorativo derivado del estilo de aquel.

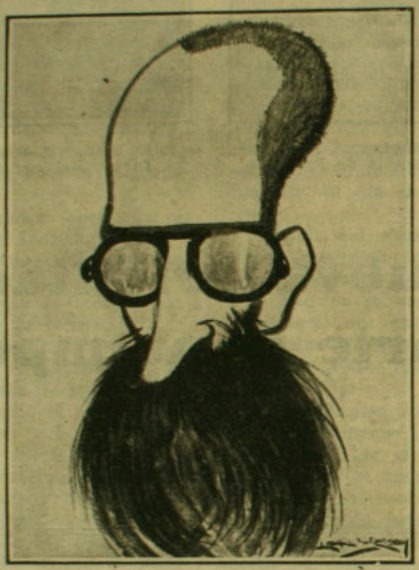
Y esto lo ha demostrado el gran público, es decir, el público sincero, aquel que no siente la autosugestión producida por las obras consagradas por los años, asistiendo a la primera exposición de humoristas, celebrada en París en el **Palais de Glace**, el año 1917.

Desde entonces la palabra **humorismo** fué consagrada, puesta en circulación, mejor dicho.

En realidad, en dibujo, su sentido es harto impreciso: **Heath Robinson**, el de las combinaciones ingeniosas, es un humorista; lo mismo que **Steinlen** y **Poulbot**, observadores compasivos y tristes de las miserias del suburbio; y **Jarach**, **Prégelan**, **Manfredini**, **Laborde**, dibujantes todos pi-

Dibujo de Cerda Wegener.

carescos y risueños, también lo son; y hasta es un humorista **Raemaeckers**, el artista de los horrores de la guerra. Clasificaciones podrían hacerse muchas: algunos son satíricos y alegres como **Radiguet, Abel Faivre, Gus Bofa, Forain**... pero la sátira de estos es más bien el comentario escéptico de un filósofo ante los percances de la vida. Para encontrar verdaderos satíricos habría que buscarlos entre los caricaturistas italianos y barceloneses, pueblos de agitada y belicosa actualidad política.



Dr. Ramón del Valle Inclán
por el caricaturista portugués Leal da Câmara

En los números de "La Esquella de la Torraxa" de Barcelona, "**L'Asino**", de Roma, "**Fischietto**" y "**Pasquino**", de Turín, los lápices caricaturescos trabajan bajo la obsesión del ataque a las miserias de los hombres de gobierno.

No tienen los caricaturistas italianos la hosca amargura de los alemanes ni la picardía alegre de los franceses. Sin embargo, los nombres de **Golia, Masica, Bettinelli, Bruno Angolletta** y **Adriana Bissi Fabri**, la primera mujer que figura dignamente en la caricatura, son dignos de competir con sus colegas franceses, ingleses, alemanes, españoles y argentinos.

En otros países no preocupa la caricatura política; en Francia se prefiere el chiste picante y fino. **Fabiano, Prégelan, Ives** y tantos otros, nos dan en trozos fugaces y elegantes escenas del boulevard y de la alcoba; pero también el humorismo es a veces trágico; **Forain, Poulbot, Hermán Paul**, son pintores de mendigos, niños tísicos, apaches y prostitutas. Sus dibujos son amargos, si su leyenda es triste en su alegría.

Hay también humoristas de la fantasía: **Henry Avelot** hace de la vida una juguetería, un ensueño de bebés. Los hombres son muñecos. Así sus dibujos parecen una vitrina en noche de navidad. El inglés **Study** ha trasladado al papel las emociones producidas por las enfermedades y los vicios, las pesadillas y las situaciones trágicas. El español **Romero Calvet** nos enferma con sus muertes, esqueletos, monstruos extraños y paisajes de pesadilla.

Si en cuanto a los temas e intenciones el humorismo abarca los más raros y extraños géneros, tiene en cambio, respecto de la representación plástica, cualidades especiales que no posee la pintura clásica.

Si se trata de la caricatura personal, el humorismo nos dará siempre una expresión gráfica de psicología.

Una línea, un punto, nos hacen que una fi-

Dibujo de Roqueta.

Caricatura francesa. Guitry. por Gus Bofa

sonomía nos transparente la ira, la pena, la inteligencia, la idiotez... La caricatura es así más real y exacta que la pintura; es a la vez una imagen del exterior e interior de la persona.

De este mismo afán de arte, sencillez y realidad, se ha pasado fácilmente al dibujo decorativo, ya sea este natural o de fantasía. Puede estimarse el actual dibujo decorativo como una especie de síntesis del dibujo real: del grupo de casos reales sale un tipo decorativo, como un resumen de los efectos de los mismos. Esta escuela, nacida en la pintura con **Puvis de Chavannes**, fué, años atrás, cruelmente combatida. Pero hoy día esta nueva tendencia se va generalizando en la pintura, ya que el público, con el dibujo humorístico, ha acostumbrado sus ojos a nuevos estilos y nuevas maneras de representación. Los cuadros de **Zuloaga** son, puede decirse, nada más que caricaturas al óleo. Lo mismo los **Zabiaurre**, **Néstor de la Torre** y tantos otros. Entre los pintores que siguen francamente la manera decorativa pueden citarse hoy día, entre muchos, los nombres de **Anglada Camarasa**, **Lee Hankey**, en el paisaje,

Caricatura francesa. Guitry, por Gus Bofa

Arte inglés

Caricatura de Bateman.

Dibujo de Moya del Pino.

En general, la realidad es la cualidad esencial del humorismo.

Si observamos, por ejemplo, dibujos de **Abel Faivre**, veremos cuadros vivos y exactos de la vida diaria; fotografías físicas y morales de burgueses, políticos, artistas y apaches.... En los años venideros bastará coger un cuaderno de "Le Rire" o de "Le Journal Amusant", y sabremos cómo eran y cómo pensaban los parisienses de hoy.

Además, la sencillez y la elegancia de estilo son indispensables. Se necesita el mayor efecto con el mínimum de esfuerzo. Pero en este caso la elegancia no es una cuestión del tema, sino de la manera de tratarlo... puede ser mucho más elegante un carbonero de Eguren Larrea que un figurín de Mundo.

George Sheringham, Charles Robinson, etc. Aquí mismo, en el Salón de Otoño de este año, se pudo ver la franca orientación decorativa de nuestros jóvenes pintores.

Caricatura francesa. Guitry, por Gus Bofa

De los dibujantes y caricaturistas que siguen esta tendencia, pueden nombrarse los franceses **Touraine, Félix Jobbé Duval, Brunelleschi, Paul Iribe, Rajeño Soueff**, etc. De los españoles, **Gosé, Moya del Pino, Penagos, Echea**, los hermanos **Bartolozzi, Cerezo Vallejos**. Los norteamericanos **Cerda Wegener, Dona Campbell, Speakman**. Los argentinos **Ribas y Alonso** y el peruano **Málaga Grenet**.

A esta manera decorativa ha seguido otra tendencia, de ensueño y fantasía. Es el arte alucinado de **Romero Calvet**, del inglés **Robert Rose**, de los argentinos **Sirio** y **López Najil** y el chileno **Menéndez**. Este arte, que será seguramente el arte del porvenir, empieza ya a ser comprendido por el público que ve en él algo que va más allá de la verdad, algo de ensueño y poesía.

De nuestros dibujantes, pocos se han dado cuenta de estas orientaciones de hoy. Han vivido, se puede decir, semi aislados en nuestro ambiente criollo y aplastados por el criterio del público y de las empresas editoriales. Pero ahora último, paralelamente a la renovación literaria, han aparecido nuevas firmas de dibujantes jóvenes que cultivan su arte en los nuevos estilos, correspondiendo así al gusto del público de hoy día, cuyos gustos han evolucionado bajo la influencia de las revistas extranjeras. De estos jóvenes podríamos nombrar a **Oliver, Bustos, Gordon, Luco** y sobresaliendo **Coke** y **Menéndez**. El primero como humorista y el último como un dibujante de arte delicado y de una enorme fantasía.

"Tres apaches", caricatura de Federico Ribas

EL HOMBRE FANTASMA

Por

Guido de Teramond

Ilustraciones de F. Sardá

CAPITULO PRIMERO

La aventura del "Black old Dog"

El día 24 de abril de 190... a eso de las seis de la tarde, un buque con pabellón inglés paróse a la entrada del puerto viejo de Marsella e izó inmediatamente la bandera amarilla en demanda del servicio de la sanidad.

Apenas terminada la visita del funcionario encargado de éste, destacóse del barco una lancha que, empujada por cuatro remeros vigorosos, no tardó en atracar junto al muelle. Un hombre de galoneada gorra saltó a tierra, y llamando a un simón que no lejos de allí pasaba, hízose conducir a la oficina central de policía.

Introducido, después de unos minutos de espera, en el despacho del comisario e invitado por éste a que le expusiera el objeto de su visita y el motivo de su insistencia en ser recibido sin demora, el recién llegado le hizo el siguiente extraño relato.

—Señor comisario, soy el capitán del **Black Old Dog**, vapor de tres palos de la "Universal Maritime Company", que tiene su residencia oficial en Liverpool. En Nueva Orleans, tomamos un cargamento de balas de algodón que habíamos de transportar a Glasgow, por cuenta de la casa "Hutchinson and Sons", que nos había fletado.

La víspera de nuestra partida, un hombre preguntó por mí diciendo que necesitaba hablarme. Era un caballero de unos cuarenta años, de aspecto distinguido y de modales correctos, a quien una larga barba roja daba un aire particular, aunque simpático, y en quien, por su modo de hablar, reconocí en seguida a un yanqui.

—Capitán—me dijo,—hace pocos días y por efecto de una mala inteligencia lamentable, perdí el vapor que debía conducirme a Europa, adonde me llama un asunto importantísimo. ¿Quiere usted llevarme en el suyo? Pagaré el precio que usted exija.

No entra en nuestras costumbres, señor comisario, tomar pasajeros; el reglamento de la Compañía tampoco nos lo prohibe; constituye esto para nosotros un pequeño beneficio, bien poco frecuente, y sobre ello hace aquélla la vista gorda. Por otra parte, nuestros buques no están dispuestos para recibir pasaje, y así se lo manifesté a mi intelocutor advirtiéndole que no podía darle ningún camarote.

—Me instalaré en el de usted—respondióme sin pestañear.

—¿Y yo?

—Usted se irá al de su segundo.

—¿Y mi segundo?

—Al del contramaestre.

—¿Y el contramaestre?

—Al que quiera...; dormirá sobre cubierta o en lo alto de una verga... ¡Qué demonio! Esas minuciosidades no son cuenta mía...

El comisario soltó la carcajada, e interrumpiendo al marino, le dijo:

—Supongo que ya no le quedaría ninguna duda de que se trataba de un verdadero yanqui.

—¡Ninguna, voto a...! Por lo demás, el individuo traía todos los papeles en regla, a nombre de sir Jonathan Guillermo Forster, de Boston, y en estas condiciones yo no tenía razón alguna para negarme a tomarlo a bordo. Era una ganguita inesperada, y como tengo mujer y tres hijas en Liverpool... En fin, que puse mi propio camarote a la disposición de aquel sujeto, quien hizo llevar abundantes provisiones y vino a embarcarse pocas horas antes de que levásemos anclas, explicándome que su equipaje iba en el vapor que él había perdido. Era una explicación muy plausible; y usted mismo la habría aceptado por buena, como yo la acepté; ¿no es verdad, señor comisario?

—En efecto, capitán; pero no veo...

—Aguarde usted. No salió de su camarote, adonde se le llevaba la comida, más que para distraerse tirando a las gaviotas, al vuelo y con revólver, sin que nunca dejase de hacer blanco. A la verdad, todo esto me gustaba muy poco; yo soy un hombre de buen humor, un **jolly old fellow**, como decimos nosotros, y me había figurado que aquel sujeto haría el viaje bebiendo champaña y jugando al **pocker** conmigo y con mi segundo. Adoro el **pocker**, lo confieso; es un juego en que la emoción no decae... Mire usted, un día, en una taberna de Liverpool, jugando con mi segundo y con el comandante del "White Squale", que es también un gran pockerista, hice un **flosh** real...

—Capitán—dijo el comisario interrumpiéndole,—ninguna jugada del **pocker** me es indiferente, créalo usted, porque también yo soy un ferviente aficionado a ese juego; pero como tengo esta noche el tiempo muy contado, agradeceré a usted que abrevie todo lo posible su relato.

—Vamos allá, señor comisario. Ibamos a pasar el grado 60 de longitud cuando el pasajero subió a la toldilla, en donde estaba yo fumando tranquilamente mi pipa; y acercándose a mí, me preguntó:

—¿A qué puerto se dirige usted?

—Bien lo sabe usted, caballero, a Glasgow—le respondí riendo, aunque algo sorprendido por la pregunta.

—Pues bien, capitán—replicóme siempre impasible,—si no le parece a usted mal, iremos a Marsella.

—Usted dispense—le contesté;—no es posible.

—¿Por qué?

—Porque tengo que ir a Glasgow y no a otra parte.

—Pues irá usted a Marsella—exclamó mirándome fijamente y con calma.

Me encogí de hombros y le volví la espalda, porque aquella insistencia inútil comenzaba a atacarme los nervios. Pero él añadió en voz más baja:

—Capitán, reflexione usted;—hay para usted diez mil francos.

—Nada tengo que reflexionar.

—¿Veinte mil?

—No.

—¿Treinta?

—Sentí como un deslumbramiento. Aquella cantidad significaba una dote para mis tres hijas, para mis pobres hijas condenadas a celibato perpetuo por su pobreza y su fealdad y cuyas agrias recriminaciones, cada vez que regreso a Liverpool, hacen sangrar mi corazón de padre.

Pero el deber se sobrepuso a toda otra consideración.

—¡No, voto a!...—le dije resueltamente; ni por una fortuna.

—Compro el cargamento—repuso él imperturbable.

—No es mío.

—Compro el barco.

—No está en venta.

Y me alejé malhumorado de aquel loco, cuando de pronto se llevó un silbato a los labios.

Al oir aquella señal, toda la tripulación se halló reunida en un momento sobre cubierta.

—Aseguraos de los oficiales—ordenó el yanqui.

Tiré de mi revólver dispuesto a levantar la tapa de los sesos al primero que se me acercase; pero no había aún tenido tiempo de hacer un movimiento, cuando me ví desarmado, lo propio que mi segundo, fuertemente amarrado y reducido a la impotencia.

Entonces comprendí que mi pasajero había sobornado a mis marineros y que era él el dueño del buque.

—Mi querido capitán—díjome,—ya ve usted que ha hecho mal rechazando mi ofrecimiento; ahora prescindiremos de usted, ¿no es verdad, muchachos?

"¡Hip! ¡Hip! ¡Hurra!," gritaron todos los marineros a una.

—No soy un pirata—siguió diciendo Mr. Forster—y no es mi intención robar las mercancías del "Black Old Dog"; pero tengo empeño en ir a Marsella, y cuando he decidido una cosa, la realizo siempre. Caballero—añadió,—vamos a encerrarle en su camarote, de donde no saldrá usted hasta que estemos a la vista del puerto en que deseo desembarcar. Vaya usted con Dios.

Y así lo hicieron.

Apenas llegamos a las rocas del Faro, me soltaron efectivamente, y de nuevo me encargué del mando, como si nada hubiese sucedido. Mi primer cuidado fué mandar

izar la bandera amarilla para pedir la visita de la sanidad, y mientras ésta llegaba echéme a buscar a mi individuo; pero el muy tuno había desaparecido, sin que pueda yo sospechar siquiera cómo se había escapado.

Calló el capitán, y él y el comisario permanecieron largo rato silenciosos; el comisario contemplaba con asombro a su interlocutor y seguramente pensaba para sus adentros: "¿Será que el sol de las colonias habrá ablandado los sesos de ese viejo lobo marino? Aspecto de borracho no tiene; pero ¿qué significa esa historia de un pasajero que se evapora en plena mar como un fantasma? Todo esto es muy inverosímil, y de fijo que lo que me ha contado lo habrá visto en sueños".

El capitán adivinó sin duda lo que pensaba, pues le dijo:

—Por lo demás, mi segundo confirmará a usted todo lo que acabo de explicarle.

El comisario, un tanto perplejo, rascóse la cabeza, y para poner término de una vez a aquella extraña narración, que no creía conveniente tomar en serio, preguntó:

—En resumen, ¿a quién denuncia usted?

—¿Yo? ¡A nadie, pardiez! El tal Mr. Forster me pagó anticipadamente el precio que le pedí; y en cuanto a mis marineros, la "Universal Maritime Company" los castigará como bien le parezca por su insubordinación. Por lo que a mí hace, voy a hacer carbón y a regresar a Glasgow.

—Pues siendo así, buen viaje, capitán—dijo el comisario levantándose precipitadamente y satisfecho de que el asunto concluyera de aquel modo.

—Sin embargo—prosiguió el marino impasible,—me ha parecido que un sujeto que de este modo se conduce debe tener motivos muy poderosos para desembarcar en Francia sin que nadie se entere de ello, y por esto héme apresurado a venir a advertírselo a usted.

El comisario se sobresaltó, asaltado por una idea repentina, y volviendo a sentarse apoyó el dedo en el botón de un timbre.

Inmediatamente se abrió la puerta del despacho y por ella asomó una cabeza cubierta con un quepís.

—¿Está aquí el señor Lapipe?

—Ha llegado en este momento, señor comisario.

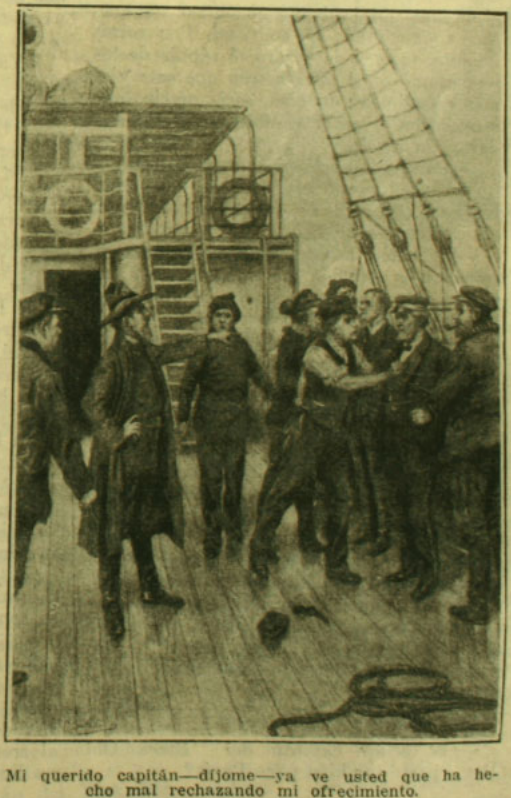
—Pues dígale Ud. que venga. Soy de su misma opinión, señor capitán—añadió dirigiéndose al marino;—tal vez tenga la policía interés en conocer los negocios del tal individuo. Precisamente tenemos aquí, por una feliz casualidad, a uno de los sabuesos más hábiles de la Seguridad general y voy a ponerle sobre esta pista.

Apenas dichas estas palabras, entraba en el despacho el agente que el comisario había mandado llamar.

Era un hombrecito extraño, flaco, huesudo, de rostro apergaminado y sin pelo, que hacía el efecto de uno de esos tipos ingleses que envejecen conservando siempre la cara y el cuerpo de muchachos, limitándose a ponerse amarillos y a llenarse de arrugas.

Pero dos ojos extraordinarios iluminaban su fisonomía con singular brillo de inteligencia cazurra; dos ojos de mirar tan vivo que parecían querer escudriñar hasta el alma de las personas en quienes se fijaban.

El recién llegado saludó y esperó; pero cuando el capitán, por indicación del comisario, repitió su relato, meneó lentamente



Mi querido capitán—díjome—ya ve usted que ha hecho mal rechazando mi ofrecimiento.

la cabeza, y sin alzar la vista, que hacía unos instantes tenía clavada en el suelo, en actitud de reflexionar, respondió, como si consigo mismo hablara:

—El autor del robo del Banco de Chicago, realizado por medio de la dinamita, tenía interés en obrar de este modo; es demasiado listo para no sospechar que sus señas personales han sido enviadas a todos los puertos y que corre peligro de ser detenido al desembarcar dondequiera que haya resuelto ir a disfrutar tranquilamente de sus millones. No es, pues, inverosímil, **a priori**, que sea él, y en todo caso es fácil cerciorarse de ello.

Y añadió, alzando la voz:

—Señor comisario, ¿quiere usted autorizarme?... .

—Señor Lapipe—interrumpióle aquel sonriendo,—tiene usted, como siempre, carta blanca.

—Son las ocho—dijo el agente consultando su reloj;—si nuestro individuo es el que me figuro, su primer cuidado será marcharse a París, en donde ha de ser difícil, si no imposible, volver a encontrar sus huellas en medio de la multitud. Por consiguiente, tomará de seguro el rápido de las nueve, que es el primer tren que sale y el más cómodo. Ahora bien, sería preciso que esta noche el señor capitán se prestara a darme su ayuda.

—¡Pardiez!—exclamó el marino, contento de poder vengarse del bribón que le había hecho encerrar en su camarote.—Estoy enteramente a la disposición de usted.

—Va usted a ver cómo procederemos; iremos a la estación y yo le colocaré a usted en un sitio desde donde, sin que nadie le vea, podrá usted ver a todos los pasajeros que tomen billete. Si ese hombre va a París, por fuerza tendrá que presentarse en la taquilla, y entonces usted, para advertirme, se quitará sencillamente la gorra y no se moverá hasta que yo vaya a buscarle.

—Corriente.

Y los dos hombres salieron juntos de la delegación de policía, mientras el comisario, solo en su despacho, escribía en un gran pliego el parte de aquellos extraordinarios sucesos, atribuyéndose, por supuesto, en ellos el papel más importante.

—No hay que perder de vista el ascenso —murmuró;—si ese individuo es realmente el famoso ladrón de Chicago, este golpe magistral ha de influir favorablemente en mi carrera.

....

—¿El señor capitán del "Black Old Dog" parte también para París?

El marino miró con asombro al empleado del ferrocarril que así le interpelaba y que, al ver que su pregunta no obtenía contestación, añadió:

—Qué, ¿no me reconoce usted?

—No.

—¡El agente Lapipe!

—¡Bravo, pardiez! ¡Con esa gorra y ese gran bigote negro, señor Lapipe!...

—Es menester ser un poco hábil en el oficio. Pero dejemos esto. ¿Está usted seguro de que es nuestro hombre el que hace cinco minutos ha tomado el billete en la taquilla?

—¡Seguro..., seguro!... Yo creo que es él, salvo que mi pasajero llevaba una gran barba roja y éste lleva patillas castañas a la húngara..., que ha cambiado de traje, de sombrero y de maleta... Todas estas circunstancias me han hecho vacilar... Pero de pronto ha mirado hacia donde yo estaba, y hasta he temido que me descubriera en mi escondrijo..., y entonces he reconocido sus ojos, unos ojos azules, de color de acero, que no puede olvidar quien una vez los haya visto... Sí, es él, señor Lapipe... y ha salido por aquella puerta de allá abajo...

—Ya lo sé—dijo el agente riéndose;—y ahora está instalado en el **sleeping car**, adonde yo mismo le he llevado la maleta.

—¿Usted le ha?...—exclamó el capitán sorprendido.

—Sí, quería asegurarme de que iba efectivamente a París, y disfrazado con este uniforme de la compañía, podré vigilarle durante toda la noche. Ahora ya no me separo de él; y en cuanto a usted, capitán, puede volver a su buque y permítame que le dé las gracias, porque acaso, además de la gloria de esa captura sensacional que coronará mi carrera policíaca, deberé a usted los cien mil francos que el Banco de Chicago ha ofrecido al que prenda a su ladrón. ¡Entonces sí que me iré a vegetar con la tía Eufrasia!

—La tía...

—¡Mi mujer! Es un sueño que desde hace tiempo acariciamos; pero, ¡diantre!, con los seis mil francos que me da el gobierno anualmente...

Quitóse cortésmente la gorra, y alargando el brazo hacia una dirección vaga, añadió en tono amable:

—Siga usted el bulevar..., en la segunda calle tuerce usted a la derecha; después, en la tercera, a la izquierda, y al final verá usted el puerto.

Y dejando al inglés perplejo, encaramóse al tren que, unos minutos después y tras un largo silbido, comenzó a moverse lenta-

mente, llevándose a los dos viajeros, que ya no debían separarse...

CAPITULO II

Siguiendo la pista

A las diez de la *mañana* siguiente, el rápido de Marsella que conducía a nuestros dos hombres entraba en la estación del P.-L.-M., y disminuyendo poco a poco su velocidad, parábase delante del andén.

El extranjero bajó despacio del **sleeping car**, y atravesando por entre la multitud que se agolpaba hacia los vagones para recibir a los viajeros, se encaminó a la puerta de salida.

De estatura *normal*, cubierta la cabeza con un hongo flexible, vestido con un terno claro y llevando en la mano una maleta amarilla, nada en aquel individuo llamaba la atención, como no fueran sus patillas castañas, recortadas según la moda sudamericana, que le daban ese aspecto exótico, asaz exactamente definido por la palabra "rastaquouere".

En el patio de la estación miró un momento, y luego, después de haber vacilado unos instantes, se dirigió derechamente a la parada de los ómnibus que hacen el trayecto entre las estaciones de San Lázaro y de Lyon. Subió al imperial del primer coche que encontró, y encendiendo un cigarro, esperó que el vehículo echase a andar, sin haber notado que un individuo, que había bajado del tren al mismo tiempo que él, no le había perdido de vista, y al verle subir al ómnibus había llamado a uno de los coches de punto que se sitúan cerca de las verjas y dicho unas palabras al cochero, que en seguida se colocó junto a la acera.

El tal individuo era un señor de baja estatura y bigote gris, vestido de negro y con anteojos, que tenía toda la facha aseada y modesta de un viejo tenedor de libros o de un empleado de almacén encanecido en su mostrador.

Desde el sitio en donde estaba su coche veía a su viajero, sin que éste, que le daba la espalda, pudiera verle a él; y mientras esperaba con la misma paciencia que el otro que el ómnibus emprendiera la marcha, púsose a monologar a media voz:

—Para ser un bribón de tantas campanillas, no me parece muy listo el mozo que digamos, pues se olvida de que la policía no se deja engañar tan fácilmente. Bien es verdad—añadió sonriéndose—que el *azar* muchas veces la ayuda, y que si, por ejemplo, no me hubiese llevado a la comisaría de Marsella al mismo tiempo que al capitán del **Blak Old Dog**, el perillán correría tranquilamente con los millones robados. Pero ahora que es nuestro, no se escapará, a fe de Lapipe. Su plan era atrevido y estaba bien combinado, convengo en ello; mas no ha sabido llevarlo a buen término. En efecto, ¿a qué conduce esta misma idea de instalarse como un honrado rentista en el imperial de un ómnibus, cuando era tan sencillo confundirse entre la multitud del metropolitano, en donde, con un poco de habilidad de su parte, habría yo perdido su pista? Ha sido sobradamente confiado y no ha tenido en cuenta que un criminal prudente, cuando se cree más seguro, es precisamente cuando ha de tomar *más precauciones*.

Y recordando la estratagema que tan

buen resultado le diera la víspera, reflejóse en su semblante la mayor satisfacción.

—*En verdad*—*insinuó*—que difícilmente podía reconocer al agente Lapipe, de la Seguridad general, en el empleado del P.-L.-M. que le llevó al vagón la maleta y que veló por él toda la noche con paternal solicitud, no separándose de él hasta una hora antes de llegar a París para cambiar de traje. Ahora no tardaré en saber *en* dónde sienta el pájaro sus reales; y cuando lo sepa, un aviso por teléfono a la prefectura y a *mi* hombre se le coge en el garlito.

Encendió a su vez un cigarrillo, y sin apartar los ojos de Mr. Forster, prosiguió su monólogo.

—¡Eh, qué tal, tía Eufrasia? Ya veo dibujarse para nosotros dos en el horizonte tu pequeña granja de *Beauce con* sus vacas, sus gallinas y sus cerdos... ¡**Arcades ambos**!... Prepara nuestro equipaje...., porque si no me *engaño*, antes de poco

emprenderemos el viaje a costa de ese buen Banco de Chicago...

Mientras decía estas últimas palabras, el cochero del ómnibus soltó un fuerte latigazo a sus dos caballos, y el pesado vehículo, moviéndose lentamente, echó a andar seguido por el coche de punto, previa una orden lacónica del agente al automedonte...

Desde su carruaje, Lapipe no perdía un solo movimiento del individuo cuya vigilancia se había impuesto.

Al tiempo que en su libro de memorias anotaba cuidadosamente el número del ómnibus, había observado también que el yanqui sacaba con frecuencia de su bolsillo un espejito redondo, en el que parecía mirarse con satisfacción mientras se pasaba un pequeño peine por sus patillas de color castaño.

Había observado asimismo que el tal individuo, después de haber pagado su asiento de imperial, había vuelto sobre su acuerdo y pedido, mediante quince céntimos más, una correspondencia que el cobrador le había entregado después de sellarla.

—No hay pormenor, por insignificante que sea, que no pueda algún día serme útil —murmuró Lapipe;—un simple alfiler perdido por un criminal ha sido a veces bastante para hacerle prender.

Corría el ómnibus entonces al trote corto de sus caballos por los grandes bulevares, cuando ocurrió un hecho extraordinario cuyo relato copiaremos textualmente de los diarios de aquella noche, dejando todo su sabor a la gacetilla:

Un salvador singular

"Esta mañana, en el bulevar Poissonniére, se ha desarrollado una corta, pero dramática escena, que por su originalidad no creemos que tenga precedentes y que de todos modos denota en el desconocido que de ella ha sido el héroe una rara sangre fría y una destreza maravillosa.

"A eso de las once, el ómnibus número 256, de los que recorren el trayecto entre las estaciones de San Lázaro y de Lyon, pasaba por los bulevares, cuando al llegar a la calle de Hauteville, dos niñas, de unos diez años cada una, que habían subido en la Bastilla acompañadas de su camarera, hicieron seña al cobrador para que parase el coche.

"Cometieron, sin embargo, la torpeza de no recordar la decisión de la prefectura pegada en cada ómnibus—aunque ciertamente en sitio fuera del alcance de la mirada del público—que les aconsejaba **no renunciar al abrigo que momentáneamente** les ofrecía el vehículo del que se disponían a bajar, sin asegurarse previamente, etc... Nuestros lectores ya conocen el final.

"Pues bien; en el momento en que ponían los pies en el arroyo, venía a toda velocidad un carro de almacén cuyo caballo iba desbocado y había atropellado ya a dos valerosos agentes que quisieron detenerle.

"Los transeuntes, que presenciaban impotentes el suceso, lanzaron un grito de terror: las dos pobres niñas iban a ser aplastadas, sin tiempo, paralizadas como estaban por el espanto, para ganar la acera.

"De pronto sonó un tiro de revólver y el caballo, tocado en la frente, cayó en seco a un metro de las niñas, milagrosamente salvadas por aquella inesperada intervención.

"Los agentes Possón y Lecoq, víctimas de su abnegación, han sido transportados al hospital de la Piedad; su estado, sin ser grave, exigirá, **no obstante**, algunas semanas de reposo.

"Digamos para terminar, como prueba de que el buen humor de la administración no pierde jamás sus fueros, que se ha instruído proceso verbal contra el diestro desconocido por tenencia de arma prohibida, ya que la bala encontrada en el cráneo del caballo procedía de un revólver de calibre que no es el reglamentario."

Debajo de aquella gacetilla sensacional, los lectores de los mismos periódicos pudieron leer otra que de fijo llamó menos su atención:

"Este mediodía, en los grandes bulevares, delante del teatro de Novedades, un grupo de gente rodeaba a una linda muchacha rubia que, sentada en un banco, sollozaba desesperadamente.

"Interrogada por una señora anciana, la joven explicó que un pilluelo, que naturalmente había escapado después de consumada su fechoría, había derramado un bote de pintura sobre una falda bordada que iba a entregar a la modista. No se trataba sólo de su trabajo de muchas semanas perdido, sino que además tendría que pagar la tela deteriorada, y como vivía penosamente de su oficio, no tenía el dinero necesario para ello.

"Entonces, un transeunte que había escuchado aquel relato se acercó a la muchacha y le deslizó discretamente en la mano un billete de quinientos francos.

"Cuando la joven alzó la cabeza para darle las gracias por aquella espontánea gene-

rosidad, el sujeto aquel había desaparecido discretamente sin que nadie lo notase.

"La señorita Gineta Levasseur, bordadora, que habita en Belleville, en la calle del Chemin-Vert, número 34, nos ruega que testimoniemos su profundo agradecimiento al desconocido bienhechor y le transmitamos el pesar que siente por no poder expresárselo de viva voz."

A ninguno de nuestros lectores se le habría seguramente ocurrido establecer una relación entre esas dos gacetillas, ni pensar que el **salvador singular** y el **generoso filántropo** eran un solo y mismo hombre.

Y sin embargo, el agente Lapipe habría podido afirmar que los dos no eran otro que el extravagante pasajero del "Blak Old Dog", el que decía llamarse J. G. Forster, de Boston.

Porque Lapipe no había quitado ni un instante los ojos de encima de su hombre desde que había comenzado a seguirle en la estación de Lyon.

Le había visto disparar su revólver y matar el caballo desbocado, lo que le hizo exclamar:

—¡He aquí un procedimiento yanqui puro!

Le había visto también bajar en seguida precipitadamente del imperial del ómnibus y mezclarse con aire indiferente entre la multitud.

—No valía ciertamente la pena de tomar una correspondencia—había murmurado socarronamente Lapipe.

Y finalmente habíale visto deslizar discretamente un billete de Banco en las manos de la muchacha que lloraba, y alejarse a toda prisa.

—¡Cuán fácil es ser generoso con el dinero de los demás!—había refunfuñado el agente.

Y sin embargo, no le había echado mano.

La policía, cuando descubre a un ladrón de marca, empieza por vigilarle, pues puede tener cómplices, y conviene, por consiguiente, averiguar dónde se junta toda la cuadrilla, siendo entonces casi seguro que la redada será mucho más provechosa.

Esto era lo que Lapipe se había dicho.

Además, aunque en aquel momento hubiese tenido intención de detener a su hombre, un acontecimiento que ocurrió de improviso le habría hecho desistir de su propósito.

En efecto, mientras caminaba en seguimiento del yanqui, a una distancia suficiente para que éste no le olfatease, pero sin por ello perder ni uno solo de sus movimientos, había observado que un individuo iba pisándole los talones.

Su buen ojo no podía engañarle; eran dos, él y el otro, los que seguían al americano.

Un rápido examen le permitió en seguida hacerse cargo de la situación; aquel individuo no era de la policía.

Por otra parte, la persecución era demasiado torpe para ser profesional; tratábase de uno de estos ladrones vestidos como perfectos caballeros, de uno de esos bandidos peligrosos, de los que tanto abundan en el bulevar y están siempre al acecho de un buen golpe, que habiendo presenciado la escena de la costurera había olido en el generoso transeunte a algún extranjero rico, o a algún provinciano acomodado fácil de desplumar.

Lapipe se frotó las manos con satisfacción.

¿Un ladrón sobre la pista de otro?

El caso le parecía extremadamente chusco.

Y como pescador de caña empedernido que era en sus ratos de ocio, recordaba haber un día cogido un pez grande que se disponía a zamparse un pececillo que acababa de morder el anzuelo.

Y esta comparación le hacía mucha gracia.

En el entretanto, Mr. Forster, después de haber dejado los bulevares y atravesado tranquilamente la Calzada de Antín y remontado a paso lento la calle de Clichy, llegó a la calle de Biot y se detuvo delante de un hotel de aspecto modesto, pero cómodo, que se titulaba menos modestamente:

Hotel de los Príncipes de Portugal

El yanqui entró en él y cinco minutos después entraba también el individuo que le seguía.

—¡Magnífico..., magnífico!— murmuró Lapipe, quien desde la esquina de la calle

de las Damas vigilaba atentamente aquella maniobra... Estaba seguro de ello... De fijo que para esta noche se prepara ahí un robo por medio del narcótico o del cloroformo...

—Decididamente—añadió frotándose alegremente las manos—voy a dar el más soberbio golpe por partida doble, y este será el coronamiento de mi carrera...

Esperó aún un buen cuarto de hora, y viendo que nadie salía del hotel, también él enderezó hacia allí sus pasos.

Y después que se hubo dado a conocer como inspector de la Seguridad al amo del establecimiento, que al enterarse de ello se inclinó hasta el suelo en actitud de la más respetuosa deferencia, le interrogó en la siguiente forma:

—¿Hace poco dos hombres han pedido a usted, uno después de otro, una habitación?

—Sí, señor inspector.

—Bueno. ¿Dónde ha colocado usted al primero?

—En el cuarto número 10, señor inspec...

—¿Y al segundo?

—En el cuarto número 11, señor ins...

—¿Al lado uno de otro?

—Enfrente, señor...

—Está bien. ¿Han puesto sus nombres en el registro de viajeros?

—Señor inspector, yo estoy siempre en regla con...

—No he venido aquí para saber si está usted o no en regla. Enséñeme usted el libro.

E inclinándose sobre el registro que tímidamente le mostraba el fondista, leyó en él:

José Durand, rentista, de Burdeos

y debajo:

Julio Dupont, sin profesión, de Nantes

—¡Hola!... ¡Hola!... ¿Dupont?... Durand?... Conozco varias familias que llevan estos apellidos. Bien suponía yo—añadió riendo—que esos dos caballeros no iban a ser tan cándidos que fuesen a declarar su verdadero estado civil.

Volviéndose al dueño del hotel de los Príncipes de Portugal, siguió interrogándole:

—¿Y qué le han dicho esos huéspedes?

—El primero, que iba a descansar y que a las siete le subiesen un par de huevos y una chuleta.

—Bueno. ¿Y el segundo?

—Nada.

—Naturalmente.

—¿Cómo naturalmente?

—¿Y a usted qué le importa de esto, señor fondista?—exclamó Lapipe frunciendo el entrecejo.

—Usted dispense, señor inspector, tan sólo me permitía...

—Para salir de aquí, ¿no hay más puerta que esa?—preguntó el agente, sin hacer caso de sus protestas y señalando la entrada del hotel.

—No hay más que esa, señor inspector.

—Perfectamente. ¿Tiene usted algún criado?

—Sí, señor inspector.

—¿Dónde está?

—Ha ido a la boda de su hermana y no volverá hasta mañana al mediodía. En el entretanto, yo soy quien...

—Tanto mejor... ¡Ah! Una última pregunta: ¿tiene usted teléfono?

—Por desgracia, señor inspector.

—¿Por qué por desgracia?

—Porque no lo utilizamos nunca; como nuestra casa es tan poco importante... De modo que son cuatrocientos francos al año perdidos. Mi antecesor había cometido la locura de hacerlo instalar, y yo...

De pronto el buen hombre se calló, presa del mayor asombro.

El agente Lapipe, mientras le escuchaba, se había arrancado su bigote gris, y sacándose del bolsillo una peluca rubia con patillas del mismo color, se la había puesto rápidamente; luego había echado mano de una cajita de pinturas y en un santiamén habíase dado un poco de rojo en la nariz y de azul en los párpados y aclarado algo el tinte de sus cejas, quedando, después de esto, enteramente desfigurado.

—Tenga usted la bondad de darme un delantal blanco—dijo finalmente quitándose el levitón.

Estaba transformado en un mozo de fonda.

—Y ahora, señor fondista, si quiere usted ir a jugar una malilla con sus amigos en el café, vaya sin reparo..., o si las cartas le aburren, suba usted a su habitación, que yo le llamaré cuando le necesite... ¡Ah! Y no baje usted hasta que yo le llame.

Una invitación hecha en esta forma equivalía a una orden, y el dueño del hotel, que no quería otra cosa que largarse, saludó al inspector y salió en dirección a su cuarto, diciendo para sus adentros:

—Por lo menos, mi casa estará bien guardada... ¡Con tal que todas esas historias de policía no me perjudiquen en el barrio...!

Lapipe, cuando se quedó solo, sentóse en

una silla del despacho, y frotándose las manos, murmuró:

—¡Ya están los dos en la ratonera!... ¡Ya son míos!... Estoy bien tranquilo, porque bajo esta doble vigilancia el hombre de los millones no se escapará... Todo ha sucedido como yo lo tenía previsto, y hasta las siete no tengo otra cosa que hacer que armarme de paciencia... No importa, y cuando le lleve su par de huevos y su chuleta, no me disgustará echar un parrafito con mi pillo interesante...

Hablando estaba a solas todavía, cuando un individuo vestido con un traje a cuadros, que hacía unos momentos examinaba el hotel sin decidirse a entrar, al fin pasó la puerta, y al ver a Lapipe le preguntó:

—¿**You don't speak english?** (¿Habla usted inglés?)

—No comprendo.

El aparecido pareció muy contrariado..

—¡**Aoh!... ¡how bothering!... ¡I cons't speak french!** (Ah!... ¡Qué pesadez!... ¡Yo no sé hablar francés!)

Sacóse del bolsillo un diccionario anglo francés, y no sin dificultad se entabló entre los dos interlocutores el siguiente diálogo:

—¿Cuarto?

—Sí.

—¿**Not dear?**... ¿No muy caros?

—No.

—Mi partir mañana... sí, mañana, estación San Lázaro... para Londres.

—Corriente.

—Equipajes mi... estación Orleans... ¿Poder usted buscarlos?

—Sí, señor.

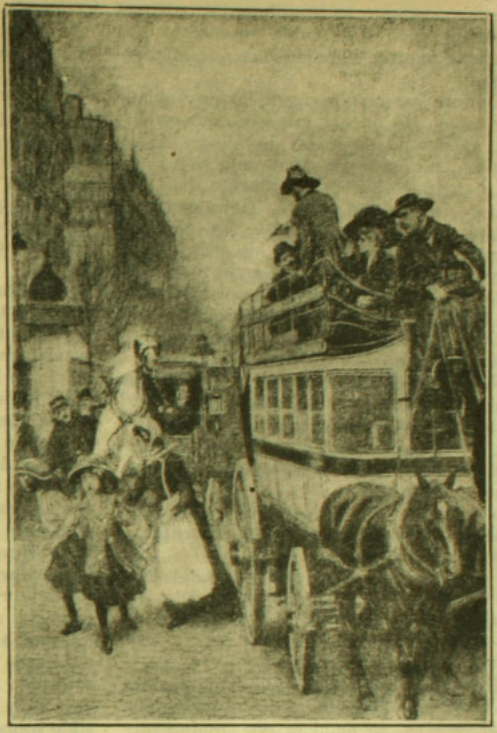
Y Lapipe pensaba, diciendo esto:

—Mañana ya se las compondrá con el amo. Pero de todos modos me fastidia ese **mister** y voy a despacharlo en seguidita. Ciertamente no soy afortunado; llega un cliente formal, un viajero de verdad, y yo soy quien tiene que habérselas con él.

Pero resuelto a desempeñar su papel hasta el fin, acercóse a un cuadro en donde estaban colgadas todas las llaves, cogió una al azar y mirando el número que de ella pendía, dijo, dirigiéndose al extranjero:

—Si el señor quiere seguirme, le llevaré al número 14.

Y viendo que el otro, como si no le entendiera, no se movía, hizo un gesto autoritario indicando que le acompañase.



De pronto sonó un tiro de revólver.

—¡**Aoh, very well!** (¡Ah, perfectamente!)

Pero antes de salir del despacho, el inglés se detuvo exclamando:

—¡Equipajes... mi!

—¡No le digo a usted que mañana nos ocuparemos de ellos!... ¡Ea, despachemos!... ¡Diantre, como si no tuviera que hacer otra cosa que estar de conversación con usted...!

.....

Cuando estuvo en su cuarto y hubo echado el cerrojo, el inglés soltó la carcajada:

—¡Cómo se ha dejado engañar el agente francés... No ha reconocido a un colega... Lo que es éste, no tiene gran olfato.

Aquel viajero que parecía no saber una palabra de francés era el célebre detective americano Newton.

Digamos ante todo por qué se hallaba allí uno de los mejores detectives del Nuevo Continente.

El jefe de la policía de Nueva York habíale enviado en seguimiento del asesino

de una anciana multimillonaria, mistress Aesthon, cuyo hijo había prometido una cantidad enorme a la persona que lo prendiese.

De este asunto apenas se había hablado por miedo de que el criminal, que se había apoderado de todas las joyas de su víctima, no estuviera demasiado sobre aviso y lograse burlar hábilmente las pesquisas de que era objeto. Unicamente se había enviado una nota a los cónsules norteamericanos de todos los puertos encargándoles que indicasen a Newton, que antes de entrar en campaña centralizaba en París un servicio de informaciones, a todos los individuos sospechosos que desembarcasen de los vapores.

No explicaremos cómo el informe que acababa de redactar el comisario central de Marsella sobre el suceso del "Black Old Dog" estaba media hora después en manos del cónsul de los Estados Unidos en aquella ciudad.

Lo cierto es que a los cinco minutos de haberlo leído, el cónsul telefoneaba a Newton.

—¿Qué parte de la prima ofrecida me cede usted si le pongo sobre la pista del asesino de Nueva York?

—Diez por ciento.

—Conformes.

El cónsul era evidentemente un hombre práctico; pero Newton, al oir el relato que aquel le hizo, no dudó ni por un instante de que el pasajero del "Black Old Dog" fuese el individuo que él buscaba.

Y de este modo, sin que le vieran ni el pasajero ni el agente de policía, el detective les había seguido a los dos y había logrado que le alquilasen un cuarto en el hotel en que ambos se albergaban, reservándose el obrar para cuando fuese ocasión oportuna.

CAPITULO III

El cuarto número 10

Como movido por muelle, levantóse bruscamente Lapipe cuando dieron las siete en el reloj de cinc dorado que representaba la Primavera y adornaba la chimenea del despacho del hotel.

Hacía un momento pensaba en el aviso telefónico que de pronto anunciaría a la Prefectura que el ladrón desconocido del Banco de Chicago dormitaba sosegadamente en el cuarto número 10 del hotel de los Príncipes de Portugal en disposición de ser entregado a la Seguridad.

Sería una detención sensacional que no sólo honraría en alto grado a la policía francesa, sino que, además, le valdría a él, aparte de la famosa prima, las felicitaciones del prefecto por su perspicacia, por su habilidad y por su iniciativa.

Su plan era muy sencillo.

Sabía por el fondista que el cuarto número 10, cedido al supuesto Sr. Durand, estaba situado precisamente encima del despacho en que él se hallaba, y ya había observado que no se podía andar en él, por muy leves que fuesen los pasos, sin que los crujidos del suelo se oyesen en el piso inferior.

Al primer ruido sospechoso que denunciase, durante la noche, que el ratero empezaba su obra, él saldría silenciosamente e iría a ponerse en acecho en el obscuro corredor, al pie de la escalera.

El huésped del número 11, después de haber dormido a su vecino por medio de un soporífico o un narcótico cualquiera y de haberle desbalijado concienzudamente, saldría con toda tranquilidad del hotel, como viajero que desea tomar el tren o dar simplemente un paseo.

En el momento en que pasaría delante de él, Lapipe se arrojaría sobre el perillán, le pondría rápidamente las esposas y lo entregaría al primer guardia.

Aquel sujeto no le interesaba.

Lo que él quería era reservarse para sí solo todo el mérito de la detención del yanqui, a fin de que no hubiese discusión posible sobre la adjudicación de la prima.

Al oir que daban las siete, el agente cerró cuidadosamente la puerta del hotel, y metiéndose las llaves en el bolsillo, murmuró:

—¡Ahora nadie saldrá sin mi permiso!

Después puso con habilidad verdaderamente profesional sobre una gran bandeja un cubierto, el par de huevos y la chuleta pedidos por el viajero, subió al cuarto número 10 y llamó.

—¡Adelante!—le respondieron.

Mr. Forster o, mejor dicho, el señor Durand, puesto que con este nombre se había inscrito en el registro del hotel, leía tranquilamente un indicador, sentado en una silla, en mangas de camisa y con los pies metidos en unas pantuflas encarnadas.

Habíase quitado el cuello para dormir, un cuello de rayas blancas y moradas, igual a su camisa, y lo había dejado encima de la chimenea al lado de su corbata, un lazo azul con un pequeño alfiler de oro.

Sobre una mesa, junto a la ventana, había colocado la maleta de cuero amarillo, semi-abierta; uno de sus compartimentos contenía varios paquetes envueltos en diarios y cuyas formas no parecían revelar na-

da de particular; en cuanto al otro, la tapa de tela impedía ver lo que había en él.

¿Serían los fajos de billetes de banco robados que el bribón no había tenido ciertamente la candidez de depositar en un Banco norteamericano?

Ninguno de estos pormenores escapó a Lapipe cuando éste entró en el cuarto.

Pero el desconocido tenía un aspecto tan sosegado, tan tranquilo, que el agente estuvo a punto de preguntarse:

—¿No se habrá equivocado el capitán? ¿Se tratará realmente de un honrado viajero que regresa a Burdeos por París después de una pequeña escapatoria de placer por el Mediodía?

En aquel momento, sin embargo, el hombre levantó la vista hacia el criado para preguntarle qué se le ofrecía y le miró un instante fijamente.

Entonces Lapipe ya no le cupo la menor duda: aquellos ojos eran realmente los ojos claros, de color azul de acero, penetrantes y profundos, que tanto habían llamado la atención del capitán del "Black Old Dog" durante la travesía.

El agente dejó la bandeja en una silla y se dirigió hábilmenthe hacia la famosa maleta para examinarla más de cerca, con el pretexto de despejar la mesa.

Pero el otro no le dió tiempo para ello, y levantándose precipitadamente, le dijo:

—Aguarde usted.

Y él mismo fué quien cogió la maleta y la puso sobre la cama.

—¡Hola hola!—pensó Lapipe.—Ahí debe estar el tesoro.

El desconocido se arrepintió sin duda de aquel movimiento de vehemencia involuntaria, que había atraído la atención del mozo sobre la maleta, y quiso atenuarlo apresurándose a decir por vía de explicación:

—Contiene objetos frágiles que hay que mover con precauciones.

—¡Por supuesto!—murmuró entre dientes Lapipe.

Y luego preguntó en alta voz:

—¿El señor se queda aquí hasta mañana?

—Sí; a las nueve, si todavía duermo, me llamará usted; pienso tomar a las diez el expreso a Burdeos.

—Está bien. ¿Necesita algo el señor?

—Nada.

—Pues que usted descanse.

Y Lapipe iba a retirarse, no sin echar una rápida ojeada a su alrededor, cuando el viajero le llamó.

—Dígame, si esta noche necesito algo...

—No tiene usted más que tocar el timbre que está junto a la chimenea.

—¿Duerme usted cerca de aquí?

El agente vaciló en contestar, temiendo que el otro le tendiera un lazo.

Luego, empero, pensó que acaso el ladrón temiese por sus millones y que, por consiguiente, no le disgustaría saber que estaba seguro; de modo que para el buen éxito del plan que había concebido podía ser conveniente no despertar la desconfianza del huésped y que éste se acostase con toda tranquilidad.

—Puede estar tranquilo el señor—dijo riendo;—duermo debajo de este cuarto, en el despacho del hotel.

—Gracias— respondió el desconocido, despidiéndole con un ademán.

—Es un mozo de cuidado—decíase a sí mismo Lapipe, mientras salía;—pero yo no lo soy menos, y mañana, a las diez, mi hombre proseguirá su sueño en una celda del Depósito, y el expreso que habrá tomado será el coche celular.

Al salir del cuarto el agente se topó en el corredor con el inglés que, con los brazos en alto, gritaba a todo gritar:

—¡**What a shame! ¡I have not got my luggage yet!... ¡What can I do withouht it?... ¡Do go and look for it!** (¡Qué escándalo! ¡Todavía no me han traído mi equipaje! ¿Cómo me las compongo sin él? ¡Hágame el favor de ir a buscarlo!)

Lapipe no estaba de humor para escuchar aquellas jeremiadas, de las que, por otra parte, no entendía una palabra.

—¡Canastos!—exclamó.—¿Quiere usted dejarme en paz? ¡Esto es inaguantable!... Aquí no se oye más que a usted...

Y al ver que el inglés impasible continuaba:

—¿**Don't you understand that. I muss dress my self? ¡By Iove it is ridiculous!** (¿No comprende usted que he de vestirme? ¡Por Júpiter, esto es ya ridículo!)

Se inclinó hasta el suelo con exagerada cortesía, y en tono de zumba picaresca, que no dejaba ni en las circunstancias más graves, exclamó:

—¡**Yes!... ¡Yes!... ¡Yes!**—Y dejó al inglés

que siguiera gesticulando y alborotando solo.

Un momento antes, habría Lapipe sorprendido al detective con el oído pegado a la cerradura del cuarto número 10, escuchando atentamente todo lo que en éste se hablaba.

Había cerrado la noche hacía mucho rato.

Para matar el tiempo y no sucumbir al sueño, que después de una noche de vela reclamaba sus derechos, Lapipe escribía su parte para el prefecto de policía.

Las horas pasaban lentamente.

Habían dado las nueve, luego la media, después las diez, y en el hotel reinaban un silencio y una tranquilidad absolutos.

De pronto cuando empezaba el párrafo de su llegada a París, sus ojos se cerraron suavemente.

Intentó luchar, revolverse contra aquella pesada somnolencia que de improviso le acometía, pero no pudo.

Una fuerza más poderosa que su voluntad le vencía y dominaba, y poco a poco la cabeza del agente se desplomaba sobre la mesa.

... ...

¡Drin!.. ¡Drrrin!.. ¡Drrrrrrrin!..

El timbre del teléfono sonaba furiosamente en el despacho del hotel.

¡Drrrrrin!.. ¡Drrrrrrrrrrin!..

Lapipe se despertó sobresaltado.

—¿Qué?.. ¿Qué?.. ¿Qué pasa?..

Un extraño sopor le paralizaba enteramente.

Sentía como si un torno le perforase las sienes y un entorpecimiento doloroso obscurecía su cerebro.

No tenía conciencia clara de lo que sucedía a su alrededor.

Permanecía en pie conservando dificultosamente el equilibrio sobre sus piernas que le flaqueaban, azorado, despavorido, desconcertado...

Por los cristales de la ventana comenzaba a entrar la luz del alba, con su claridad tímida, vaga todavía, pero que poco a poco hacía salir los objetos de la sombra y palidecer ligeramente la luz del gas que seguía ardiendo.

Lapipe se oprimió con las manos su frente calenturienta.

Por más que quería, no lograba coordinar sus ideas.

¿Dónde estaba?

¿Qué hacía en aquel despacho de hotel?

¿Qué le pasaba?

Maquinalmente se formuló estas preguntas sin poder contestarlas.

¡Drrrin!.. ¡Drrrrrin!.. ¡Drrrrrrrrin!..

El timbre volvía a repicar con furia.

Lapipe, con paso inseguro, acercóse al aparato, descolgó los receptores, e inclinándose sobre la plancha, murmuró:

—¿Quién es?

—¿Es ahí el hotel de los Príncipes del Portugal?—preguntó una voz.

Y añadió en seguida:

—¿Estoy hablando con el agente de la Seguridad?

Su entorpecimiento era tal, que ni siquiera pensó en lo que aquella pregunta tenía de extraño desde el momento en que nadie podía saber que estaba allí, disimulado bajo un disfraz.

Así es que respondió sencillamente:

—Sí.

—Pues bien, señor inspector, tengo el honor de participarle que acaban de asesinar al huésped del cuarto número 10...

Pero el señor Lapipe no se hallaba en estado de comprender claramente lo que oía.

Un malestar creciente y que en aquel instante le producía violentas náuseas, impedíale prestar a aquella noticia toda la atención que merecía.

—¡Aire!..—tartamudeó.— ¡Aire!..

Y sin siquiera colgar los receptores, dirigióse a la ventana y la abrió de par en par.

Apoyóse en el antepecho y lanzó un suspiro de alivio; la brisa fresca de la mañana que azotaba su cara, disipaba lentamente los pesados vapores que turbaban sus sentidos.

Poco a poco fué desapareciendo el sopor que le paralizaba, y poco a poco recobró el conocimiento y se despertó su memoria.

Marsella... el pasajero del **Blak Old Dog**... el cuarto número 10... su parte al prefecto... el sueño inexplicable que se había apoderado de él...

De pronto hízose la luz en su inteligencia:

—¡El miserable me ha dormido!—exclamó.

Y en efecto, la atmósfera de la estancia estaba impregnada de un olor a cloroformo... a éter... a cloruro de metilo... a algo vago que recordaba el ambiente de una farmacia y que él era incapaz de concretar.

¡Mas cómo había sido aquello?.. El no había oído a nadie acercarse, y no se duerme a una persona con un anestésico y un narcótico a distancia, como se envía un despacho por el telégrafo sin alambres.

Precipitóse a la puerta de entrada.

Continuaba cerrada y la llave no había sido retirada de la cerradura interior.

¿La ventana? El acababa de abrirla hacía un momento. ¿Por dónde había podido escapar el criminal?

De todos modos, el yanqui debía estar en su cuarto, dormido también por el malhechor.

Y lo que es el yanqui, Lapipe le tenía seguro, que era lo que principalmente le interesaba.

De pronto lanzó un grito y se golpeó la frente:

—Pero ¿no acaban de decirme que han asesinado a alguien?.. ¿Quién me habrá comunicado esto?

Una repentina sucesión de ideas le recordó entonces el modo como había sabido la noticia:

—¡El teléfono!

Y ya se acordó de todo.

Habían asesinado al huésped del cuarto número 10, y el asesino, para mofarse de él, se había tomado el trabajo de participárselo él mismo así que se había considerado en seguridad.

Todo esto, en verdad, era tan extraordinario, que Lapipe se preguntó si sería víctima de una alucinación.

Que le habían dormido, era cosa indiscutible, pero todo lo demás podía ser una pesadilla.

Subió corriendo la escalera... dió suavemente la vuelta al botón de la puerta del cuarto número 10, y la puerta no se abrió; estaba cerrada por dentro.

—Efectivamente, he soñado—murmuró Lapipe.

Pero al volverse, un rayo de luz que se filtraba por la entreabierta puerta del cuarto número 11 le hizo ver de nuevo la realidad.

Acercóse... miró... el cuarto número 11 estaba vacío.

Había, por consiguiente, ocurrido algo; pero ¿qué?

Era preciso aclararlo en seguida.

Volvió al cuarto número 10 y llamó vigorosamente a la puerta.

Nadie contestó.

Entonces, subió precipitadamente al cuarto del fondista, que estaba en el piso superior.

—¿Qué pasa?.. ¿Qué ocurre?—balbuceó el hombre despertándose sobresaltado.

—¿Tiene usted una llave que abra el número 10?—preguntóle Lapipe.

—Todas las tengo duplicadas, señor inspector.

—Pues, démela en seguida.

El fondista, que se había levantado a toda prisa, registró un cajón, y sacando de él un manojo de llaves, se lo entregó a Lapipe; después vistióse apresuradamente y de cualquier modo, y echó a correr tras el agente, que volvía a bajar la escalera al galope.

—¡Hola!—murmuró éste... ¿La llave no está en el interior de la cerradura? Mejor, esto simplifica mi trabajo... ¡Ni siquiera está cerrada la puerta en dos vueltas!

Lapipe, al decir esto, sonrióse tristemente:

—¡Demasiado sabía el muy tuno que yo no vendría a estorbarle!

Cuando se abrió la puerta el espectáculo que se ofreció a la vista de aquellos dos hombres les dejó clavados en el umbral.

El extranjero estaba tendido de espaldas en tierra, delante de la cama, con el rostro oculto debajo de un brazo replegado, las piernas estiradas y los pies sobre el almohadón, que había caído al suelo.

Tenía puestos el pantalón y la camisa y medio calzado un pie con una de las pantuflas encarnadas; la otra estaba tirada en el centro del cuarto debajo de una silla.

—¡Por vida de!..—gruñó Lapipe, acordándose con enojo del refrán que aconseja no perseguir dos liebres a la vez.

En realidad era culpable de haber confiado demasiado en sí mismo y de no haber pensado que en sus previsiones podía surgir un obstáculo inesperado en el momento que él menos se figurase.

Había hecho mal, hipnotizado por la funesta prima, en no pensar más que en su yanqui y en olvidarse de que el ladrón cloroformizador podía no ser tan cándido que cayera en la primera trampa que se le preparase.

¡Pero buena era la ocasión para recriminarse, ahora que los millones habían volado!

El negocio había fracasado en absoluto.

—No debemos tocar nada hasta que venga el comisario—decía entre tanto el atemorizado fondista.

—Tiene usted razón—respondió Lapipe: puedo, sin embargo, proceder antes a una pequeña información.

El dolor de cabeza con que luchaba desde que se despertara, atenaceábale atrozmente el cerebro, y sólo con gran trabajo podía coordinar sus ideas en su mente, en donde se traqueteaban embrolladas y confusas, sin orden y sin claridad.

—¡Pero está usted muy pálido, señor inspector!—exclamó de pronto el fondista alarmado.

Lapipe no se cuidó de referirle la causa de aquella violenta jaqueca.

—Amigo mío—dijo con aire indiferente, —es efecto de un malestar que me da a menudo; y si no fuese porque el deber profesional me retiene aquí, hace tiempo que habría ido a acostarme.

Y pasándose la mano por la frente se sobrepuso al dolor lancinante que le trituraba las sienes, y comenzó a inspeccionar rápidamente la habitación.

Lo primero en que se fijó fué en que la ventana estaba entreabierta.

No había, pues, duda posible; por allí debía haberse escapado el asesino.

Acercóse a ella, y abalanzándose miró a la calle.

Un conducto de gas que subía del suelo formaba un ángulo a la altura del primer piso, al alcance de la mano.

Por poco ágil que un hombre fuese, con facilidad podía agarrarse a aquel apoyo y deslizarse a lo largo del tubo hasta la acera.

—¡Canastos!—exclamó Lapipe volviéndose furioso hacia el fondista.—Bien podía usted haberme advertido que era fácil huir por aquí.

—¡Como usted no me lo preguntó!—repuso el otro algo sorprendido.

La cólera del inspector desvanecióse en el acto ante aquella respuesta.

El era quien debía golpearse el pecho y entonar el **mea culpa**; una falta de observación semejante no tenía en él excusa. Se las echaba de sabueso astuto, y en todo aquel negocio había procedido como un verdadero principiante.

Los polizontes más listos tienen a veces descuidos .incomprensibles.

—¡Es verdad!—dijo lanzando un suspiro.

Y volviendo hacia donde estaba el cadáver, murmuró, repitiendo la famosa frase de Enrique III ante el cuerpo inanimado del duque de Guisa en el castillo de Blois:

—¡Qué alto es! Viéndolo de pie me lo figuraba más pequeño.

Después separó los brazos del muerto, que estaban cruzados.

—¡Hola... hola!—murmuró asombrado.

Ninguna contracción de sufrimiento alteraba las tranquilas facciones del pasajero del **Black Old Dog**, y únicamente un poco de espuma rojiza manchaba la comisura de sus labios. Al mismo tiempo el agente observaba con sorpresa que el cadáver tenía el rostro enteramente afeitado.

—¡Ahí está la explicación de ello!—exclamó después de haber mirado rápidamente a derecha e izquierda.

Había visto, en efecto, en el tocador una navaja, una brocha y en una punta de un diario una mancha blanquecina de jabón, salpicada de pelos de barba castaños.

El extranjero, antes de ser asesinado, se había cortado el bigote y las patillas, precaución que su muerte había de hacer inútil.

—Señor inspector—exclamó de pronto el fondista,—¡mire usted!

Y con el dedo le señalaba, encima de la cama, una especie de morcilla de tela gris, de unos cincuenta centímetros de largo y, al parecer, llena de arena o de tierra.

Aquel descubrimiento daba al agente la clave del crimen, porque bien conocido es el modo de operar de la clase de bribones que se sirven de esa arma terrible: acechan un momento favorable para introducirse furtivamente en los cuartos de los viajeros de quienes saben que poseen dinero y joyas, y a media noche cuando éstos duermen creyéndose seguros con la puerta bien cerrada, salen de su escondrijo y asesinan a los infelices con un solo golpe de su maza silenciosa, hecho lo cual pueden robarles con toda tranquilidad.

La reconstrucción del crimen era, pues, muy sencilla: Mr. Forster acababa de afeitarse para desfigurarse mediante un nuevo disfraz, y se disponía a meterse en la cama, cuando el huésped del número 11, que había entrado en su cuarto (Lapipe no sospechaba de qué manera) se había arrojado sobre él y le había hecho pasar, en un segundo, de la vida a la muerte.

Y una vez realizado el crimen, el asesino había huído sin dificultad por la ventana.

En aquellas horas, la calle de Biot está desierta, y por consiguiente, nadie le había visto.

—¡Vaya usted en seguida a buscar dos agentes!—ordenó Lapipe al fondista;—en la esquina del bulevar los encontrará usted. ¡Y que vengan volando!

El fondista partió al galope.

La verdad es que al bueno del dueño del hotel de los Príncipes de Portugal todo aquello le tenía muy disgustado. ¡Un asesinato en su establecimiento? ¡Esto solo le faltaba!

¡Acaso aquel inspector que estaba sobre la pista de un crimen no podía haberlo im-

pedido hábilmente con una detención preventiva? ¡Mentira parecía que no se le hubiese ocurrido tal idea!

Y mientras desempeñaba su cometido, perdíase en conjeturas acerca de las causas que habían movido al polizonte a presenciar impasible todo aquel drama y a no intervenir en él hasta después de haberse consumado.

Lapipe, al quedarse solo, no perdió el tiempo; lo primero que hizo fué buscar la maleta.

Pero no la encontró; el ladrón había tenido buen cuidado de llevársela.

—¡Maldito sea!... Me ha burlado. Pero no se me escapará—gruñó entre dientes,—aunque a ello tenga que dedicar toda mi vida... ¡Ah, esta vez ha podido más que yo! ¡No importa, señor mío! Esta es sólo la primera partida y ya vendrá el desquite. ¡Te atraparé, vaya si te atraparé!.. Y contigo caerán también en mis manos tus millones.

Interrumpióse para llevarse las manos a la frente.

—¡Oh, como sufro!... ¡No puedo más!.. ¡Se me nubla la vista!..

En esto llegó el fondista, acompañado de dos agentes que esperaban en el pasillo.

—Sitúense ustedes delante del hotel—díjoles Lapipe,—y no dejen salir ni entrar a nadie... Yo me voy corriendo a la comisaría... ¿Está a dos pasos de aquí, no es verdad?.. ¿En la calle de las Batignolles?..

—Sí, señor inspector.

—Y en cuanto a usted, señor fondista, como aquí no hace usted falta alguna, vuelva a su despacho y espere en él al comisario.

Los agentes comenzaban a bajar la escalera, seguidos del fondista, para colocarse en el sitio que les había designado, cuando Lapipe, llamando al último, le dijo:

—Ahora me acuerdo que en el número 14 hay un inglés que ha de tomar el tren de la mañana... Seguramente reclamará usted su equipaje, porque el hombre no piensa en otra cosa... Póngale usted cortésmente de patitas en la calle bajo un pretexto cualquiera... Advierto a usted que el tal sujeto no sabe una palabra de francés...

—Es que, señor inspector...

—¿Qué?

—Que yo tampoco sé una palabra de inglés.

—¿No conoce usted el inglés? Entonces, ¿qué demonios significa ese "**English spoken**" que hay escrito a la entrada de esta

fonda y que es, sin duda, lo que ha traído aquí a ese huésped?

—¿Cómo? ¿Eso quiere decir que yo sé el inglés?—preguntó el fondista admirado.

—¡He aquí una cosa que ignoraba!... Mi antecesor había hecho que lo pusieran... y yo lo he dejado tal como estaba, como dejé ese otro escrito que hay debajo, "**luncheon at every hour**", y que me dijeron que significaba que había timbres eléctricos en todos los pisos.

—¡Imbécil!—gruñó Lapipe.—¡No se concibe estupidez semejante, ni siquiera en las Batignolles!

Y añadió en voz más alta:

—En fin, dejará usted partir a ese míster... ¡No faltaría sino que recurriera a su embajador y que luego nos vinieran con historias diplomáticas!

Abalanzóse luego a la escalera y gritó a los agentes:

—Ya lo oyen ustedes, el inglés del número 14 podrá salir.

Y volviéndose hacia el cuarto que aquel ocupaba, exclamó:

—¡**Good bye**, amigo!... ¡Recuerdos a Eduardo de mi parte!

Dicho esto, salió del hotel y se dirigió apresuradamente a la comisaría murmurando:

—¡Pensar que no sé más que esa frase inglesa y que, a pesar de todo, he tenido ocasión de usarla!

. . . . . .

Resonaba aún el timbre de la puerta de entrada anunciando que Lapipe había salido, cuando se entreabrió suavemente la puerta del cuarto número 14 y se asomó por ella el supuesto inglés.

Llegó caminando de puntillas hasta la escalera, inclinóse con precaución y miró y escuchó un instante.

Reinaba en el hotel un silencio absoluto.

—¡Al pelo!—dijo a media voz.

Y añadió para sus adentros:

—Tengo por delante diez minutos lar-

gos, y no es cuestión de perder el tiempo... En el número 10 ha ocurrido algo extraordinario, aunque no sé qué... A media noche ha habido allí algún movimiento; mas como no tenía nada de anormal, no me ha preocupado... En cambio, esta mañana, ese bullicio desde el amanecer, esos agentes, ese comisario a quien se va a buscar a toda prisa... ¿Qué significa todo esto? Por otra parte, estoy seguro de que el asesino de mistress Aesthon no ha salido de su cuarto, ya que de sobra le vigilaba mi colega disfrazado de mozo de hotel... ¿Qué ha sucedido, pues?.. ¡He de deducir de todo esto que el perillán está bien amarrado, en la imposibilidad de huir y a punto de ser llevado a la cárcel?.. Si es así, he de confesar que la cosa ha sido magistralmente conducida y debo hacer justicia a la policía francesa.

De pronto soltó la carcajada:

—Pero a veces demuestra tener poco olfato... Nunca pude suponer que mi farsa saliese tan bien, y a punto estuve de soltar el trapo cuando oí a ese buen inspector que me dejasen salir cuando yo quisiera... **very well.**

Todas estas ideas acudían simultáneamente a su cerebro con la rapidez del rayo, mientras sigilosamente se acercaba al número 10, y mirando por el ojo de la cerradura trataba de darse cuenta de lo que pasaba en el interior de la habitación.

No le fué posible, sin embargo, ver nada.

Entonces, sin vacilar, dió vuelta al botón y abrió la puerta.

—¡Canastos!—exclamó sin poder contenerse.

Lo que veía era lo último que podía imaginarse... ¡El asesino de mistress Aesthon asesinado la primera noche que pasaba en París!... ¡No valía, en verdad, la pena de dormir entre un polizonte francés y un detective norteamericano!

La inspección rápida del lugar le condujo en seguida a la misma afirmación que se había hecho Lapipe.

Para él, como para el agente de la Seguridad, era evidente que el extranjero había sido muerto de un golpe de maza de arena después de haberse afeitado para cambiar prudentemente de fisonomía.

—Apresurémonos—se dijo—a buscar algún indicio interesante. A mí lo único que me importa es ese hombre que yace sin vida en el suelo; en cuanto al descubrimiento del asesino, esto es cuestión de la policía francesa. ¡Que lo busque si en ello tiene empeño!

Sacó de su cartera un papel en el que había escrito:

"Señas del presunto asesino de mistress Aesthon".

—Comparemos—dijo;—y leyó:

Nariz, regular; boca, ordinaria...

—¡Ea! ¡Vaya usted a reconocer a un individuo con estas indicaciones!—exclamó riendo burlonamente.—Es inútil seguir la comprobación; no haría más que perder el tiempo. ¡Y pensar que se ha telegrafiado todo esto a razón de cinco francos por palabra! ¡Lástima de dinero!

Inclinóse sobre el muerto y le registró rápidamente los bolsillos.

Estaban vacíos.

De uno de ellos recogió, sin embargo, algunas briznas de tabaco amarillento y aromático.

Acercóselas a la nariz y después de haberlas olido largo rato, exclamó:

—¡Calle! Es "Brackmond", ese tabaco especial de Nuevo México que en ninguna otra parte he encontrado. ¡Oh, lo reconozco bien!... ¡Me gusta tanto!

Después cogió la pantufla encarnada que calzaba el pie del desconocido y la examinó atentamente. En la suela podía descifrarse aún el nombre del zapatero: "Smithson, Nueva York."

—He aquí el mejor pasaporte—murmuró:

Y mientras así hablaba, quiso poner de nuevo al muerto su pantufla.

Pero observó que era demasiado pequeña y que el pie no entraba bien en ella.

Llamóle esto la atención y púsose entonces a examinar más detenidamente el cadáver. El pantalón era demasiado estrecho y no se abrochaba en la cintura; tampoco estaba abrochada la camisa.

Tomó el cuello postizo que estaba encima de la chimenea, se lo probó al muerto y vió que le faltaban a lo menos dos centímetros para estar a medida.

—¡Hola...., hola!

Cogió entonces el hongo blando que él conocía perfectamente y que se hallaba sobre una silla, y levantando la cabeza del cadáver se lo puso; el sombrero le entró hasta cerca de las orejas.

—Todo esto es muy extraño—murmuró el detective.—He aquí un individuo que llevaba las prendas de vestir excesivamente estrechas y el sombrero extraordinariamente holgado.

En aquel momento, el timbre de la puerta de entrada del hotel, que anunciaba la llegada del agente y del comisario, arrancó bruscamente al detective de sus investigaciones.

No tuvo tiempo más que para salir escapado del cuarto número 10 y entrar precipitadamente en el suyo.

Pero cinco minutos después, Lapipe, al volverse, una vez terminado su rápido relato al comisario de cuanto había ocurrido aquella noche en el hotel de los Príncipes de Portugal, vió a su inglés que le escuchaba tranquilamente.

—¡Canastos!— exclamó el agente con brusquedad. ¿También usted aquí?... ¿Que se ha propuesto usted no dejarme un instante en paz?... ¡Mire usted que ya empiezan a hinchárseme las narices!

A lo que el inglés, con su flema imperturbable, repuso:

—**¡What a funny hotel!... You may ask for your luggage, but is all the same, ¡You won't get it! (¡Vaya un hotel ridículo! Reclama uno sus equipajes y como si tal cosa. ¡No quiere usted traerlos!)**

Y sacándose el diccionario del bolsillo púsose a repetir con creciente insistencia:

—¡Equipajes!... ¡Equipajes mí!...

—¡Recuerno!—gritó el agente montando en cólera.—¿No ha tenido usted ningún abuelo en Waterloo, que no sabe una palabra de francés?... ¿Y a mí qué me cuenta usted de sus equipajes? ¡Ea, largo de aquí! ¡Váyase usted! ¡Y al galope!!! De lo contrario, **mí** le agarra por el cuello y lo mete en la cárcel. ¿Me entiende usted, rayos y centellas?

Y como le señalara la puerta con un ademán que no admitía réplica, el inglés, suavemente empujado por el fondista, salió de allí, no sin refunfuñar:

—**¿I have never seen such a thing?..., and ¡what rude people! (¡Nunca había visto cosa semejante!... ¡qué gente tan salvaje!)**

Pero mientras Lapipe suplicaba al comisario que redactase lo más de prisa posible su parte, a fin de poder ir a acostarse, pues no podía tenerse en pie, el supuesto inglés, en la calle, se frotaba alegremente las manos, diciendo para su capote:

—Ahora sé todo lo que quería saber... Ignoro si el pasajero del **Black Old Dog** es mi asesino de nueva York, cosa que fácilmente aclararemos más adelante; pero de lo que estoy seguro, segurísimo, es de que el hombre asesinado no es el que esa gente cree...

Dió algunos pasos más, y luego, deteniéndose bruscamente, absorto en sus reflexiones, continuó:

—Sí, aquellas ropas, aquellas pantuflas, aquel sombrero, son realmente suyos..., y la escenografía ha sido concebida con suma habilidad, pues el truhán no podía prepararse mejor coartada que aparecer asesinado el mismo día de su llegada a París...

La astuta substitución a que para conseguir su objeto ha apelado no le cuesta sino un crimen más... ¡Tanto peor para la nueva víctima!... ¡No haberse encontrado allí!...

Golpeóse la frente, y reanudando la marcha, prosiguió diciéndose:

—Lo que no me explico es que un agente tan sagaz como Lapipe haya podido dejarse burlar de tal manera..., a menos que no sea él quien haya imaginado toda esa comedia para matar el asunto en provecho propio y descorazonar a todos sus colegas con ese golpe magistral... Más ¡a fe de Newton! que la cosa no quedará así... yo tendré la clave de esta aventura... ¡Señor Lapipe, nos veremos las caras!...

El extranjero estaba tendido de espaldas en tierra.

CAPITULO IX

El drama de la Plaza de Malesherbes

Ocho meses después de esos acontecimientos que, rápidamente relatados en gacetillas de los periódicos, habían pasado inadvertidos para el público, el 20 de Diciembre de 190... a las doce y media de la noche, regresaban de la Opera la señora y la señorita de Korpfstrauss, esposa e hija de un ex-banquero alemán, que desde hacía mucho tiempo se había establecido definitivamente en París.

Las dos estaban muy alegres.

La función había sido magnífica; las dos adoraban la música, y precisamente aquella noche se había cantado "Romeo y Julieta", que tanto deseaban volver a oir.

Por esto, cuando al sentarse a la mesa un recadero les llevó dos butacas para la Opera, acompañadas de una tarjeta del señor Severshеim, un amigo del señor Korpfstrauss, habíanse dado prisa en comer, vestirse y marcharse al teatro

Cuando el coche de punto que las conducía se detuvo delante del número 12 de la plaza de Malesherbes, en donde vivían, la señorita Korpfstrauss alzó los ojos, y viendo luz en su piso, exclamó:

—¡Calle! ¡Papá no se ha acostado todavía!

—Ya sabes—respondióle su madre—que tu papá ha aprovechado nuestra ausencia para buscar entre sus papeles unos datos que necesitaba.

Algunos momentos después, el ascensor las dejaba delante de la puerta de su piso, que era quinto.

Llamaron, y viendo que nadie acudía a abrirles, volvieron a llamar, pero en vano.

—¿Se habrá vuelto sorda Sofía?—dijo la señora de Korpfstrauss

—Papá podría llamarla—añadió su hija.

No podían, sin embargo, pasar la noche en traje de teatro en el descanso de la escalera, y como empezaban a sentir cierta inquietud ante aquel persistente silencio, bajaron para despertar al portero.

—¿Ha salido Sofía?—preguntó la señora desde fuera de la portería.

—Sí, señora—contestó el portero;—a eso de las diez ha recibido un telegrama.

—¿Un telegrama?

—Que la llamaba con urgencia a Vincennes... Parece que su hija está muy mala... El señor Korpfstrauss le ha dicho: "Vaya usted, Sofía, y no vuelva esta noche: deje usted la llave al portero, que mañana me subirá los diarios."

—Pero esto no nos explica—repuso la señora de Korpfstrauss—por qué mi marido no nos ha abierto, sabiendo, como sabe, que no tenemos llave.

—Pues bien, señora, sírvase usted de la mía—replicó el portero, que en el entretanto se había vestido y subido con las damas en el ascensor.

A pesar de sus esfuerzos, el buen hombre no pudo abrir la puerta.

—La barra de seguridad está echada por dentro—dijo.

Esta afirmación tranquilizó a la señora de Korpfstrauss.

—Sin embargo —murmuró—es incomprensible que mi marido no nos oiga.

Volvieron a llamar repetidas veces, pero todo fué en vano.

—Hay que confesar—gruñó el portero—que el señor tiene el sueño extraordinariamente pesado.

—¡Al contrario!—respondió la joven temblando...— Precisamente papá, cuando duerme, oiría volar una mosca.

Aquellas idas y venidas, aquellos rumores de voces en la escalera, habían despertado a varios inquilinos que, movidos primero por la curiosidad y en la creencia luego de que su presencia podría ser útil, apresuráronse a subir al quinto piso.

—Hay que echar abajo la puerta—dijo uno de ellos.

—Echenla— gritó la señora de Korpfstrauss, cuya angustia aumentaba por momentos.

Muy pronto, ante los esfuerzos reunidos de todos aquellos hombres, las hojas de la puerta volaron hechas astillas.

La señora de Korpfstrauss dirigióse al despacho de su esposo, y al llegar a la puerta del mismo, lanzó un grito desgarrador y cayó desmayada

En el centro de la estancia, el señor Korpfstrauss yacía en tierra, boca abajo, en medio de un charco de sangre, con los brazos extendidos y un puñal clavado entre los dos hombros.

El comisario, a quien se avisó en seguida, practicó las primeras investigaciones y telefoneó inmediatamente a la Seguridad.

Media hora después, le enviaban de allí al agente Lapipe, a quien desde el suceso del hotel de los Príncipes de Portugal, se trataba con algún rigor por la inexplicable torpeza que había cometido, dejando asesinar al hombre al cual vigilaba, y escapar al asesino.

—Procure usted esta vez—habíale dicho el jefe de la Seguridad—tomar el desquite... Apele a todo su olfato..., porque un crimen así no puede quedar impune.

—Esté usted tranquilo, señor jefe de la Seguridad—había contestado el agente con acento contrito;—me interesa demasiado rehabilitarme a los ojos de usted con un triunfo ruidoso.

—Pues ¡buena suerte, señor Lapipe!

Este, en el momento de salir, habíase vuelto hacia su jefe, diciéndole:

—No crea usted sin embargo, que por esto olvido al asesino de mi ladrón de Chicago. ¡Qué he de olvidar!... ¡Tenemos una cuenta pendiente los dos! Un día u otro, caerá en mis manos, y no habrá perdido nada con esperar...

De la primera indagación que juntos hicieron el agente y el comisario, resultó que era imposible saber por dónde había podido pasar el criminal para cometer su crimen.

La puerta de la escalera de servicio, en la que también se ponía todas las noches una barra de seguridad, pues la criada dormía en el mismo piso, no había sido fracturada; ninguna ventana estaba abierta, y en cuanto a las chimeneas, no eran bastante anchas para que el desconocido hubiera podido tomar el camino de los deshollinadores. Además, después del descubrimiento del crimen, nadie había salido del inmueble, que estaba guardado por agentes y había sido minuciosamente registrado, desde los sótanos a las buhardillas.

Por otra parte, el portero afirmaba que desde las diez a las doce y media, es decir, desde la salida de la criada a la llegada de las señoras de Korpfstrauss, no había tirado del cordón de la puerta para nadie.

Y estaba tanto más seguro de que nadie había entrado ni salido, cuanto que cada vez que la puerta cochera se abría, un sistema de electricidad alumbraba el portal, de modo que nadie podía pasar por su portería sin que él lo viera.

Un nuevo descubrimiento vino a obscurecer aún más el misterio.

El puñal con que había sido asesinado

En el centro de la estancia, el señor Korpfstrauss yacía en tierra.

el señor Korpfstrauss pertenecía a éste: era una magnífica navaja que, en otro tiempo, había traído de un viaje a España y colocado en una panoplia que estaba en la antesala.

Esta particularidad demostraba a primera vista que el asesino debía conocer perfectamente la casa para saber en dónde encontraría el arma que necesitaba para su crimen.

Por lo demás, en el despacho todo estaba en su sitio.

La caja de caudales no había sido registrada y de ella no se había robado nada; el único desorden que se observaba era el de algunos legajos esparcidos al rededor del cadáver.

El banquero, herido mortalmente mientras trabajaba, debía haber intentado levantarse; pero luego habría vacilado y caído arrastrando consigo los papeles que se hallaban encima de la mesa.

El ruido que hubo de producir el cuerpo al desplomarse, nadie lo había oído, pues los inquilinos del cuarto piso estaban ausentes desde hacía ocho días; se habían marchado a una finca que poseían en el Sena Inferior para pasar allí las pascuas de Navidad, circunstancia con la que sin duda había contado el asesino.

Sentados en la portería, el agente y el comisario acababan de tomar nota de esos pormenores, cuando se presentó Sofía enfurruñada y con cara de visible mal humor.

—¡Gastar bromas de este género a una mujer de mi edad es demasiado!—gruñó. —¿No le parece a usted, señor Ernesto?... ¡Hacerme ir a las diez de la noche a Vincennes!... ¡Y sin embargo, no estamos en el día de Inocentes!

Los de la policía cambiaron una rápida mirada.

—Mi hija no estaba poco ni mucho enferma—prosiguió diciendo Sofía, sin advertir la presencia de aquellos dos hombres.—Ni tampoco me había puesto ningún telegrama... Menos mal que el amo me había dado permiso para pasar allí la noche... Mas no importa; si algún día descubro al guasón que me ha dado este bromazo...

Y mientras el portero explicaba rápidamente a la criada el crimen, el comisario decía a Lapipe:

—Ese telegrama lo ha puesto el asesino... Era preciso aislar al señor Korpfstrauss... y forzosamente se trata de alguien muy íntimo de la casa, que supiera, antes de enviar el despacho, que las señoras iban a la Opera...

—A no ser—respondió Lapipe meneando la cabeza—que sea el mismo el que les envió las butacas. Pronto lo sabremos.

Tomó un coche de punto y se hizo llevar a casa del señor Severshein, quien, al enterarse del objeto de aquella visita, exclamó haciendo grandes espavientos:

—¿Que yo envié anoche butacas a la señora de Korpfstrauss?... ¡Nada de esto!... ¿De dónde lo ha sacado usted?

Luego, tomando la tarjeta que el inspector le mostraba, añadió:

—Y sin embargo, esta tarjeta es mía. ¡Esto pasa ya de castaño obscuro! Y al ver el sobre, subió de punto su sorpresa.

—¡Qué bien imitada está mi letra! Comprendo que esas señoras la hayan tomado por mía. Pero, vamos a ver, ¿por qué razón me ha metido el asesino en todo este drama?... Por fuerza ha de ser alguien que nos conozca mucho a esa familia y a mí..., y no acierto a ver entre las personas de nuestra intimidad...

—¿No sospecha usted de ningún criado?

—No..., yo no tengo más que un viejo ayuda de cámara, que me sirve desde hace veinte años, y no es él ciertamente quien... Además, no es cosa tan difícil proporcionarse la tarjeta de alguien... y en caso necesario se manda hacer una...

Lapipe, al despedirse del señor Severshein, tenía formada su opinión: el hombre que había enviado las localidades a la familia Korpfstrauss, expedido el telegrama y asesinado al banquero era un solo y mismo personaje.

El crimen había sido concebido, preparado con tiempo y ejecutado con admirable maestría, y su móvil no podía ser otra cosa que la venganza.

—Pero—preguntábase Lapipe, devanándose los sesos—¿quién tenía interés en vengarse del señor Korpfstrauss?...

En París, por muy grande que sea la emoción que cause un crimen, se desvanece pronto; al día siguiente se leen en los periódicos otros más sensacionales, que hacen olvidar en seguida los anteriores.

Apenas enterrado el señor Korpfstrauss, ya no se hablaba de su asesinato, que por un instante había llenado de estupor a toda la colonia extranjera, que conocía, a lo menos de nombre, al banquero alemán.

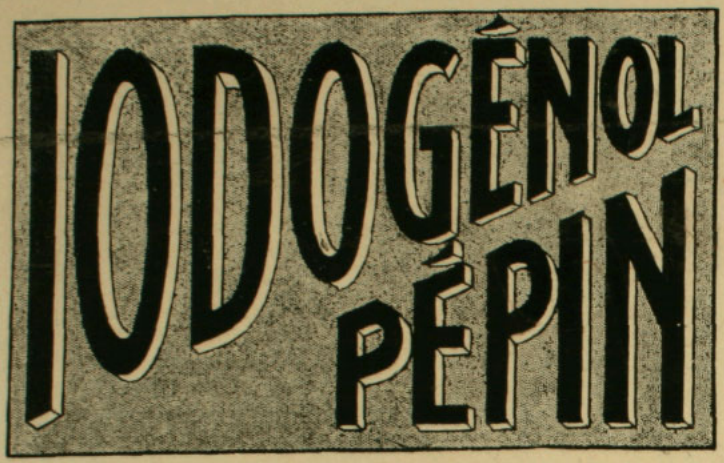
La rapacidad acostumbrada de los propietarios no había descuidado en el hermoso inmueble de la plaza de Malesherbes nada que pudiera producir beneficio.

Los cuartos de los criados habían sido reducidos a su más mínima expresión a fin de dejar espacio para algunos otros, más grandes, que se alquilaban a gentes modestas y tranquilas.

Así, vivían allí un empleado de la Compañía del Oeste, un cochero, un ordenanza del Ministerio de Hacienda y un representante de la fábrica de lanas Wolf y Cía., que en los seis meses que llevaba de ser inquilino de la casa, sólo había aparecido por ella muy contadas veces y siempre por muy poco tiempo, pues viajaba constantemente por las provincias por cuenta de sus principales.

(Continuará)

PACIFICO
MAGAZINE



Medicamento científico y de gran valor terapeutico, muy agradable a tomar, se emplea lo mismo si se trata de niños que si se trata de personas adultas. SUBSTITUYE a TODOS LOS MEDICAMENTOS con base de YODO (jarabes y vinos yodados o yodotánicos, aceite de hígado de bacalao. Yoduro de potasio, etc., etc.) y es muy preferible a ellos.

EL IODOGENOL

PEPIN

no ha podido ser igualado nunca.
Los médicos lo dirán.

De venta en todas las Droguerías y buenas Farmacias.

AGENTES:

CASA ARDITI

Casilla No. 78 D ⊗ SANTIAGO

LA TORROSSA (torre roja), mansión de la señora Matte de Iñiguez, en Fiésole, construcción del siglo XV, restaurada.

PACIFICO MAGAZINE
+ Que ayer | Vol. X.—Santiago de Chile, octubre de 1917.—Núm. 58. | — Que mañana

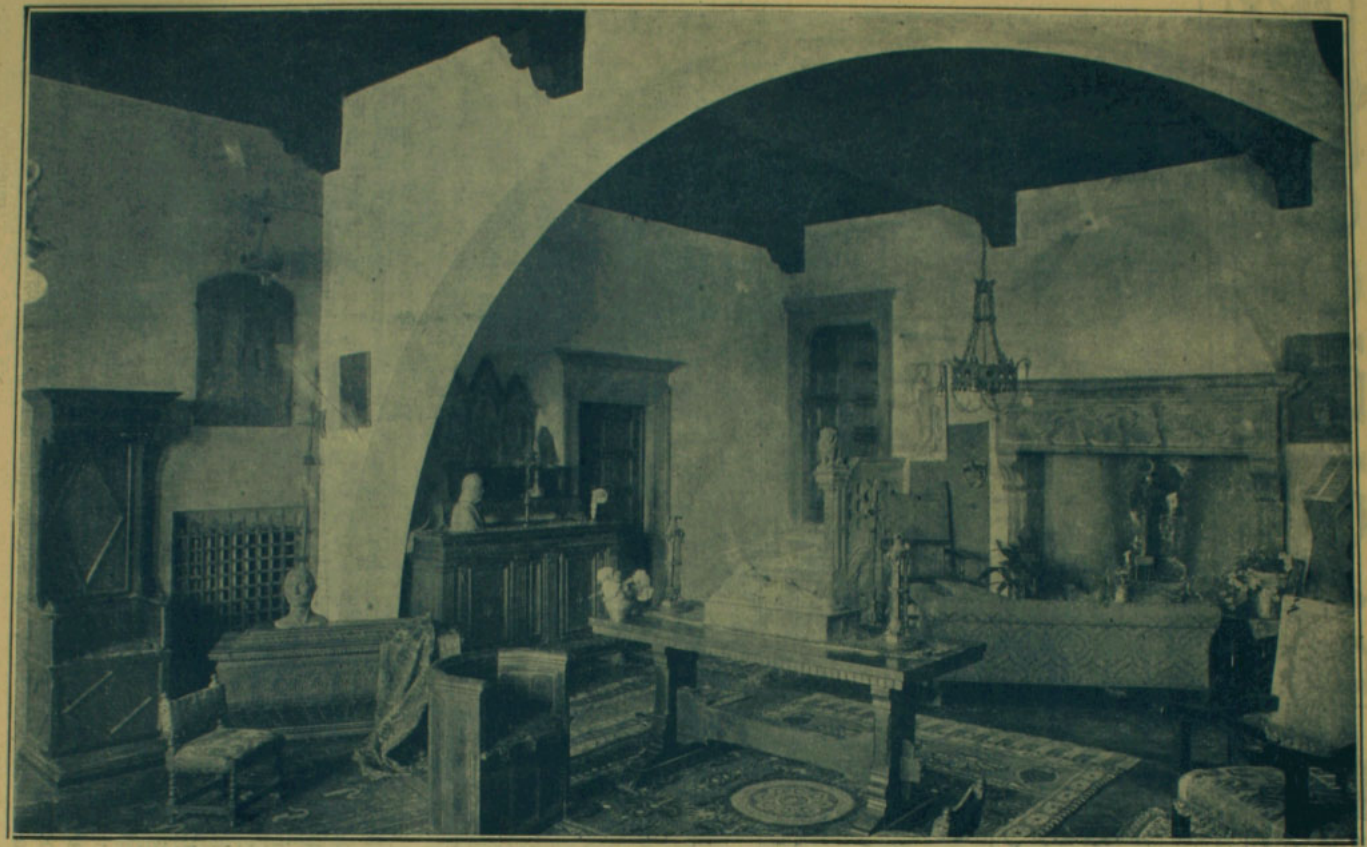
La escultora chilena de "La Torrossa"

Con ilustraciones fotográficas

La noticia de la muerte del célebre escultor italiano Julio Monteverde, senador vitalicio del reino y maestro de nuestra genial artista señora Rebeca Matte de Iñiguez, junto con un elogioso juicio sobre su monumento de la Concepción, publicado en la revista florentina *"Arte e Storia"*, nos ha sugerido la idea de engalanar estas páginas con las bellas fotografías de la mansión de la artista chilena en las colinas de Fiésole.

En antiguas anotaciones de viaje hemos descrito el sitio que recorre y contempla en cada hora del día la castellana de Torrosa. "Había tanta belleza serena e inmortal delante de nuestros ojos,—decíamos entonces,—era tan magnífica la luz tranquila, la claridad empapada en oro tan tibia, bajo los rayos del sol muriente; era el silencio tan grande, ese antiguo silencio, rey de los mundos muertos, la callada armonía del pasado se dejaba oír de tal manera, que esperábamos ver pasar sobre la ciudad una de esas procesiones de ángeles que Dante contempló en el Paraíso, postrado en tierra y murmurando más con el alma que con los labios el *Gloria in excelsis*... Es la hora de abandonar Florencia para peregrinar en dirección a Siena. Pero conviene evitar el ferrocarril para no profanar el paisaje y tener ese placer de los antiguos que veían aparecer las ciudades en el horizonte algunas horas antes de llegar a sus murallas. Los ricos pueden ir en automóvil; los peregrinos del arte, a pie o a caballo como Gregorovius o Claude Lorrain. La luz dorada de Florencia va amortiguándose, el paisaje va haciéndose menos solemne, las montañas de Fiésole se deshacen en colinas redondeadas y bajas. En esta sinfonía de la naturaleza y del arte, vamos a pasar del *maestoso* florentino al *adagio* sienés..."

Pues bien, antes que las montañas de Fiésole disminuyan, se desgranan una serie de viejas torres, de muros almenados, de *villas* del renacimiento incrustadas en fuertes del 400. Una de estas *vi-*

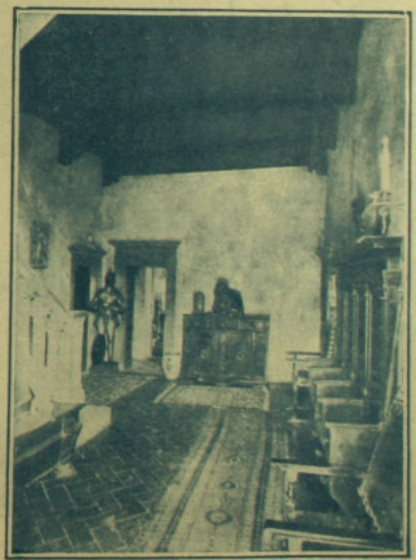


La Torrossa.—Rincón del vestíbulo en la **villa.**

La Torrossa.—Rincón de biblioteca

llas es *La Torrossa*, (tor-rossa, torre rojiza) propiedad de la señora Rèbeca Matte de Iñiguez y asilo y taller de sus trabajos artísticos.

Monteverde acaba de morir. Poco tiempo antes de la guerra había dirigido a su discípula una afectuosa carta en que le decía: "En estas nuevas obras encuentro la confirmación del talento que descubrí ya cuando usted se inició bajo mi dirección en el arte de la escultura, lo que prueba que un artista progresa siempre cuando tiene por base el talento. Muy hermosa la figura de mujer apoyada en la esfinge, como también la estatua del dolor. Estas obras, mi tan querida amiga Rebeca, harán figurar su nombre al lado de los grandes artistas modernos. Tengo el propósito de proponerla como miembro de la sec-



La Torrossa.—Entrada

La puerta de la Torrossa, en ella está la hija de la escultora, señorita Lily Iñiguez Matte.

La Torrossa.—La escalera

ción escultura de la Real Academia de San Lucas. Espero que le agradará a Ud. recibir esta distinción".

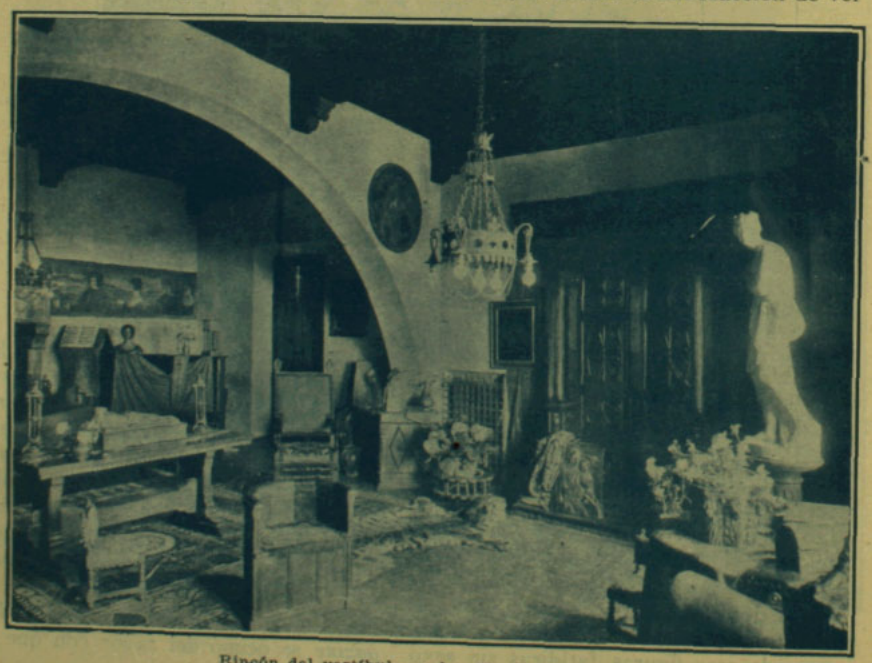
Por esa época la escultora trabajaba con energía en una obra profética, en el obsequio que el Gobierno de Chile hizo al Palacio de La Haya. Con intuición de vidente, la artista chilena representó a la guerra. Carlos Silva Vildósola la describió entonces como "una siniestra figura de mujer o, mejor dicho, una de esas figuras fatídicas sin sexo con que los griegos representaban a las Furias... va pasando sobre dolores y miserias, sobre agonías y muertes, implacable, irresistible..." El genial autor del *Angel del Dolor* del Cementerio de Campo verano en Roma, que acaba de fallecer, tuvo en sus últimos años la satisfacción de ver sólidamente cimentada la reputación de su discípula chilena.

En agosto del año 15, *Pacífico Magazine* se ocupó del favor con que la

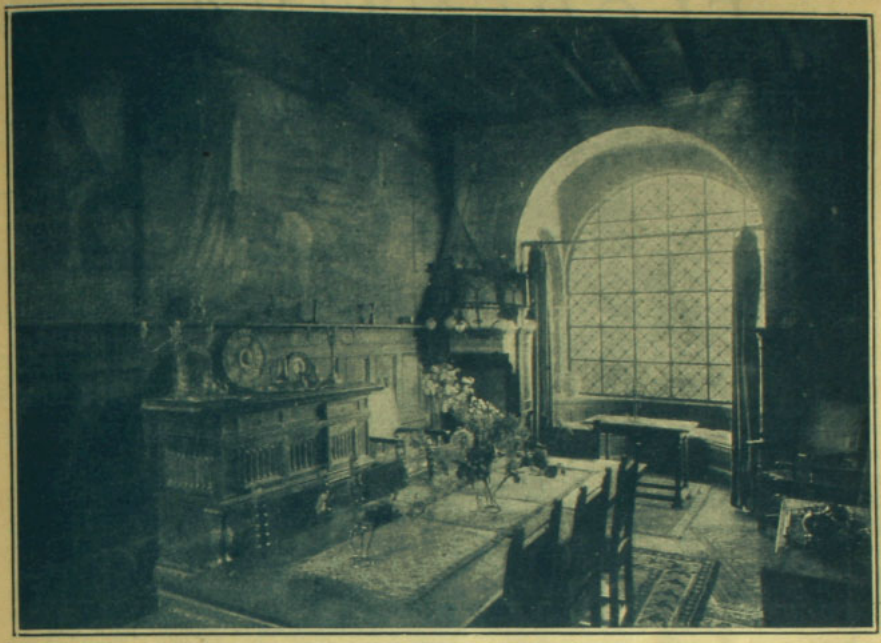
crítica florentina había recibido el "Ulises y Calipso" de la señora Matte de Iñiguez. Obra simbólica, de fortísima expresión, representa, como se sabe, al héroe aprisionado por el encanto de Calipso, mientras su amor, su deber y su patria quedan postergados en el melancólico destino del fatalista, que reflejan sus pupilas fijadas en el infinito. Esta obra, como el monumento de la Concepción mismo, y las demás abordadas por la señora Matte de Iñiguez, revelan que la artista posee otra de las condiciones esenciales de renovación y progreso, esenciales en un artista: vasta cultura moderna y conocimiento profundo de los clásicos.

Nada mostrará mejor la personalidad de la autora del grupo heroico de la Concepción, que estas líneas tan sencillas e intensas, reveladoras de toda la pasión de una verdadera y fortísima artista y que acaban de llegar a manos de don Pedro F. Iñiguez:

"He concluído el monumento! Hasta el último instante trabajé con apasionada constancia, impelida por una especie de fiebre que centuplicaba mis fuerzas. Ahora me siento aplastada bajo el peso de una enorme fatiga, que se ha ido juntando durante estos meses, y que mis pobres hombros pueden apenas soportar. Creo que dormiría durante un mes seguido, si me dejara llevar por el infinito deseo de reposo que se ha apoderado de mí. En fin: estoy exhausta; pero contenta. El monumento ha obtenido aplausos tan calurosos como unánimes. A pesar de la distancia, del calor tórrido (mediados de julio), ha sido visitado por mucha gente importante. Han venido las autoridades, síndaco de Florencia, síndaco de Fiésole, secretario del Ministerio de Bellas Artes, todos los artistas más eminentes que aún se encontraban en Florencia, el presidente del Colegio de la Real Academia, etc. En fin, he tenido la satisfacción de ver



Rincón del vestíbulo en la villa La Torrossa.



La Torrossa.—El comedor

mi obra muy benévola y simpáticamente acogida en un momento desfavorable como el actual. Efectivamente es difícil, durante una guerra tan larga y devastadora que extenúa la Europa, que una obra de arte despierte interés, tanto más si esa obra de arte es un monumento nacional para un país neutral..."

Del monumento de la Concepción hemos publicado ya el boceto y descrito más de una vez su significado. La revista de *Arte e Storia* de Florencia manifiesta que "ante este magnífico y poderoso trabajo, nace súbitamente la admiración a las fuerzas morales y físicas de una dama, que ha podido realizar el milagro de tan arduo empeño artístico, para el cual se necesitaba una voluntad grande, una fe y un entusiasmo magníficos por la idealidad y el arte".

FLORENTINA

Por

Carlos Silva Vildósola

Esta hermosa impresión de Florencia pertenece al libro "Gente que pasa", actualmente en prensa. Debemos su publicación a una delicada atención de don Julio Bertrand.

Ilustración de Julio Bertrand

Todas las noches durante el verano la viejecita venía a sentarse en el umbral de uno de los edificios eclesiásticos de la Plaza del Duomo de Florencia, cerca de la Capilla de la Misericordia. Era pequeñita, muy flaca, con el rostro arrugado. Vestía de negro y tenía siempre sobre la escasa cabellera plateada un velo cuyos extremos le caían sueltos sobre el pecho.

Nos acercamos atraídos por el trabajo que hacía y por el perfume que exhalaban canastos de ramas y flores que la rodeaban.

Era una vendedora de alhucema o espliego y tejía con los tallos de la aromática yerba unos canastillos que dejan las flores encerradas y guardan su delicado olor por largo tiempo.

Nos sonrió con una gracia deliciosa y sin dejar su trabajo nos invitó a sentarnos a su lado. Habló del calor del día, de la bella noche, del aire fresco que soplaba junto al Duomo de mármol como en un valle de montaña.

Sus manos de dedos largos y afilados se movían con la destreza de las mujeres que tejen sin mirar la obra, y eran unas manos hermosas a pesar de las arrugas, a pesar del color oscuro, manos de líneas simples y puras, de esas que denuncian una raza aristocrática a través de varias generaciones caídas en la servidumbre de la pobreza.

Hablaba en voz baja, con un aire de misterio, como si dijera un secreto, y al hablar sonreía y el rostro se iluminaba con una vaga expresión de ironía.

—Estos sirven para perfumar la ropa—decía, aludiendo a sus canastillos—el aroma dura mucho tiempo, porque dentro está la flor.

Y luego agregó dudosa de nuestros conocimientos:

—Los extranjeros la llaman **lavanda** y nosotros **spiego.**

El retrato de una persona que en muchos años no hemos visto nos evoca el recuerdo sólo tras de un esfuerzo mental; una música exige algún espacio para que conectemos sus armonías con la ocasión olvidada en que antes la oímos; pero un aroma despierta al punto todo un mundo de memorias, una edad de la vida, un amor que murió, un nido de ilusiones dispersadas por el viento.

El suave y fresco olor que envolvía a la vieja florentina nos suscitaba una rápida visión de cosas lejanas, cuartos de la casa campesina con las camas que olían a alhucema, huertos sombríos con fruta dorada, largos corredores enladrillados.

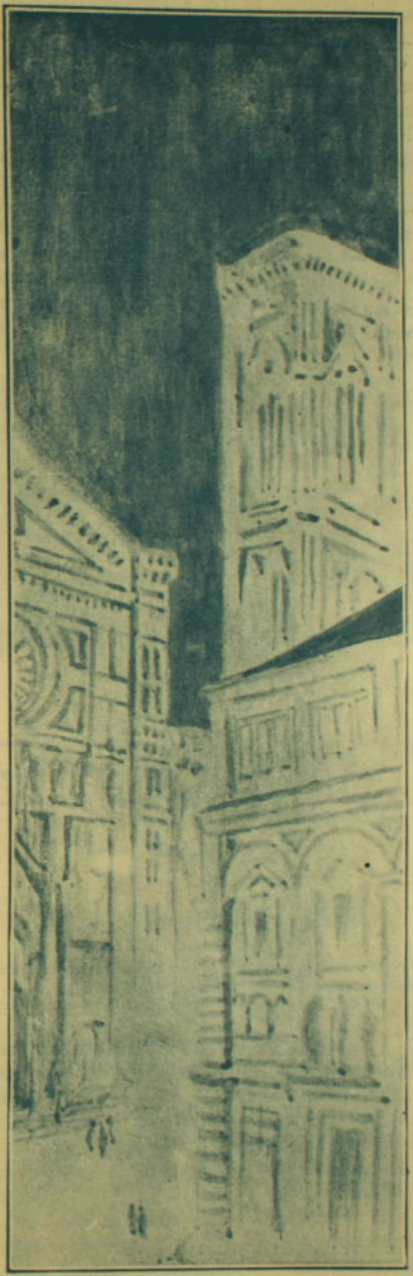
Era un alivio descansar allí en el perfume de la alhucema y oír la voz plateada de la tejedora y seguir el movimiento elegante de sus dedos que parecían poner cierta coquetería en su trabajo como si lo hicieran más para mostrar las bellas líneas de la mano que para ganarse el pan.

Volvimos otras noches cuando huíamos de la casa sofocante a sentarnos junto a la vendedora en la Plaza del Duomo y le compramos sus canastillos para perfumar la ropa y nos contó con el mismo tono misterioso y volviendo hacia todos lados los ojuelos vivos, como si temiera ser oída, la historia del malvado inspector de tranvías que la molestaba con sus burlas, y la del buen conserje de la Misericordia que le

prestaba un banquillo de paja para sus flores, y la de una dama "de gran casa" que le había regalado aquel velo nuevo cuando el suyo estaba muy roto.

Poco a poco, íbamos desprendiendo de entre las ruinas de la vejez lo que esa mujer debió ser en la juventud. Había en la cara líneas imperecederas que los surcos profundos no habían logrado encanallar, ojos que todavía daban luz, la nariz dibujada de mano maestra, la boca que aún sonreía graciosamente, el óvalo que debió ser adorable y que los mayores estragos no habían podido borrar. Con los cabellos grises caídos en bandas sobre las orejas y el velo que le hacía una nubecilla oscura en torno del rostro, se hubiera dicho una modelo de Leonardo envejecida.

Nos habló de los sacrificios que su comercio le imponía. Iba en las tardes, a la hora de más calor, cuando el sol quemaba la tierra y hasta los pájaros callaban sofocados, a buscar sus flores en un campo lejano. La imaginábamos así, caminando a la luz esplendorosa del cielo toscano, cubierta de uno de esos grandes sombreros de alas flotantes, en medio de la potente naturaleza fecunda por el calor, a la hora en que la savia sube por los tallos y las flores dan su mayor perfume, cogiendo alhucema, haciendo aromáticas gavillas para venir a tejerlas en la frescura de la noche a la sombra del Duomo.



Y al contarnos sus viajes bajo el sol por la campiña florida, sonreía enigmáticamente como si siempre sus palabras ocultaran algo, como si entre ella y nosotros hubiera un secreto. ¿Qué era? ¿La expresión irónica del rostro? ¿El tono en que hablaba? No lo sabíamos. Acaso no era más que la herencia de su raza que en los siglos de su grandeza se habituó al misterio, al enigma, a las bellas cosas sobreentendidas bajo una forma simple y elegante.

Una noche la encontramos al pie del Campanile del Giotto. Parecía una oruga al pie de un lirio. Nos dijo casi al oído que a la noche siguiente no estaría ahí sino en un pórtico de la Vía del Procónsul, cerca de Bargello. Y cada vez nos sonreía, nos hacía señas y nos daba una cita para otro punto diverso, bajo un pórtico, en las gradas de un monumento,

donde a la otra noche iba a instalar su taller perfumado.

¡Pobre resto de raza en quien renacen casi grotescos por el contraste los movimientos del alma y las líneas del rostro de los antepasados remotos! En los días del Magnífico hubiera sido acaso una dama celebrada por los poetas, agasajada en la Corte; Leonardo hubiera estudiado su retrato, Poliziano y Macchiavelli hubieran disertado en su presencia. En los días nuestros vende alhucema en un rincón de Florencia.

Acaso la viejecilla de las manos aristocráticas y el rostro vagamente leonardesco, con sus aires de misterio, sus nocturnas estaciones delante de los monumentos, tejiendo sus flores, envuelta en el perfume antiguo de la alhucema, se hace la ilusión de alguna otra existencia que entrevé oscuramente.

Años después de aquel viaje a Florencia alguien encontró en el fondo de un armario uno de los canastillos de alhucema. Los tallos se quebraban al tocarlos y se volvían polvo, pero del interior salía todavía un aroma suavísimo. Así también el alma de la vendedora exhalaba todavía el perfume de su raza a través de siglos de miseria.

EN EL CONVENTILLO

Por

Baldomero Lillo

Ilustraciones de Pedro Subercaseaux

Entre dos hileras de cuartos, cuyo aspecto sórdido denotaba la desidia o la avaricia del propietario, extendíase un espacio de quince metros de ancho por cuarenta de largo, cruzado por alambres y cordeles que sostenían piezas de ropa de todas formas y colores.

Separadas entre sí por delgados tabiques, las habitaciones carecían de ventanas y sólo tenían una puerta, cuya parte alta ostentaba algunos agujeros para dar paso al aire del exterior.

Obreros y jornaleros ocupaban estos cuartos. En el más grande, con frente a la calle, tenía su habitación la portera o mayordoma, encargada de las importantes funciones de cobrar los alquileres, de dar el desahucio a los rehacios en el pago o a los que no le rindiesen el acatamiento debido a su alta investidura de representante del propietario.

En una mañana de Agosto, fría y nebulosa, mujeres y niños desarrapados asomábanse a las puertas de las habitaciones.

Afuera, en el patio, algunas lavanderas inclinadas sobre sus artesas batían la ropa en el agua jabonosa con los brazos desnudos, amoratados por el frío.

De pronto, de una de las piezas salió corriendo y dando chillidos una muchachita de seis a siete años, seguida de cerca por una mujer que le gritaba llena de cólera:

—¡Párate chiquilla, no te digo que te pares!

Pero la pequeña, avispada y ágil, se le escabullía fácilmente entre las artesas, barriles, tinas y otros artefactos que llenaban el patio.

Cuando se convenció que la persecución le resultaba inútil, la abandonó y se entró al cuarto, no sin antes conminar a la fugitiva:

—No van a ser palos los que te voy a dar cuando te pille, bribona

La aludida, contorsionando la morena cara, hízole una serie de muecas para significarle que le importaba un ardite la amenaza.

La pieza donde penetrara la mujer estaba llena de trastos. En el centro alzábase una mesa cubierta con un tapete de hule muy viejo. Junto a la pared destacábanse dos catres de fierro con sus camas, y, en el suelo, esparcidos aquí y allá, había baldes con lejía, atados de ropa y ollas y cacharros de toda especie. Cerca de la puerta, en una gran jaula dividida en compartimientos, veíanse varios gallos ingleses de pelea.

Apenas entró en la habitación, Sabina, que así se llamaba la mujer, reanudó la tarea del planchado que había interrumpido para castigar a ese demonio de Berta, que le tenía requemada la sangre con sus fechorías. Pero unos gritos inarticulados y rabiosos, que estallaron a su espalda, la obligaron a volverse y proferir con airado tono:

—Aída, ¿qué le están haciendo a la niña?

—Nada, mamita, es ella que no quiere tomar.

En el suelo, sentadas en un saco, había dos chicas. La mayor, de nueve años, de ojos negros, pequeños y vivaces y de redonda y morena cara, tenía a su derecha, sobre un cajón, una taza de leche, de la cual daba cucharadas a la más pequeña, quien, de cuando en cuando, sin causa aparente, rechazaba el alimento, dando manotadas y lanzando gritos de impaciencia y rabia.

La madre, cada vez que esta escena se repetía, no dejaba de observar:

—Estará muy caliente la leche. Enfríala un poco más.

Aída seguía al pie de la letra estas instrucciones. Soplaba en el tiesto y en la cuchara, y, antes de dar el líquido, probábalo previamente, y aquí, en este detalle, que para la mujer pasaba inadvertido, estaba el por qué de las rabietas de la pequeñuela, pues la leche, a consecuencia de esta maniobra, llegaba a su boca hambrienta disminuída en la mitad, y a veces sólo unas cuantas gotas contenía la cucharilla que ella veía salir rebosante de la taza.

Este fraude, que no podía evitar ni delatar, provocaba las desesperadas protestas de la criatura que, aunque había cumplido los tres años, apenas podía balbucear una que otra palabra. Un raquitismo atroz había hecho presa en su endeble cuerpecillo, que sólo podía moverse arrastrándose por el suelo, sin que los esfuerzos de la madre para hacerla andar diesen resultado, atribuyendo, en su ignorancia, esta debilidad del organismo a una voluntaria terquedad de la chica.

Por eso, cuando alguien preguntaba:

—¡Vaya! ¿todavía no anda la Anita?

Ella contestaba invariablemente:

—Si es que no quiere andar esta chiquilla.

—¿No estará tullida, vecina?

—No, si Ud. la viera cómo patalea cuando se enoja! Entonces nadita de tullida que está, pero en cuanto la paran pone las piernas como una lana. Es costumbre que ha agarrado esta pícara. A fuerza de chicote se la tengo que quitar.

Estas palabras, y el tono en que eran pronunciadas, dejaban transparentar una especie de rencor contra la criatura que, a pesar de su edad, daba tanto trabajo como una guagua de meses.

Era Sabina, la lavandera, una mujer joven, veintiocho años a lo sumo, muy morena, de mediana estatura, facciones marchitas y ojos pardos de mirada triste. Trabajadora infatigable, se la veía desde el alba entregada a sus quehaceres. Su marido, de oficio panadero, a pesar de que

ganaba cuarenta o más pesos semanales, sólo destinaba a su familia una parte insignificante de su salario.

A consecuencia de esto, la madre y los hijos, tres varones y otras tantas hembras, pasaban una vida de estrechez y de miseria que el trabajo de la mujer apenas podía atenuar.

Cuando Onofre, el marido, no se embriagaba, la familia disfrutaba de cierta relativa holgura. Con los dos pesos, que eran su contribución diaria, había en casa para matar el hambre. Pero estos períodos de tranquilidad no eran de mucha duración y cualquier día el mayor de los chicos, que iba por las mañanas a esperar a su padre y traer la provisión de pan, se presentaba en el cuarto con las manos vacías, y pronunciaba la frase sacramental:

—Mi taitita anda tomando...

Desde ese momento la madre tenía que multiplicar sus tareas, trabajar de día y de noche en labores extraordinarias, y disminuir su propia alimentación para satisfacer el apetito voraz de esas bocas hambrientas que la acosaban sin cesar con la cantinela:

—Mamita, quiero pan, deme pan, mamita.

La tarea del planchado tocaba a su término. La ropa, caliente aún por el contacto de la plancha, formaba un montón encima de la cama de la cual partió, de pronto, el débil llanto de un niño. Algunas piezas se habían deslizado hasta tocarle el rostro, despertándolo con su áspero roce. En ese instante se dibujó en el dintel de la puerta la alta silueta de un hombre. Dió una ojeada por el cuarto y preguntó:

—¿Dónde está Daniel?

Antes que la mujer respondiese, un niño de unos doce años, delgado, de semblante moreno y despierto, penetró apresuradamente en el cuarto y dijo con cierta entonación temerosa:

—Aquí estoy, taitita.

La voz varonil interrogó:

—¿Le diste de comer a los gallos?

—Sí, taitita.

—¿Y agua?

—Agua también.

En tanto hacía las preguntas, examinaba atentamente a las aves, palpándoles el buche, para comprobar si, en realidad, habían comido y bebido, pues, en una ocasión, sorprendiera al chico en flagrante delito de mentira.

Esta vez la inspección, pareció dejarlo satisfecho, y, mientras Daniel se deslizaba hacia fuera mirando de soslayo a su padre, este fué a sentarse junto a los reñidores, observando con profundo interés sus idas y venidas dentro de la jaula.

De treinta y cinco años, alto, de complexión robusta, era el panadero un hombre apático y silencioso. Cuando se embriagaba esta característica parecía acentuarse, y sólo los gallos, su pasión favorita, lograban ponerle locuaz.

Muy ignorante, el problema educacional de los hijos no le preocupaba en manera alguna. Procurarles el alimento y el vestido era ya por sí sola una carga demasiado grande y de la cual se libertaba con una frecuencia amenazadora.

Los chicos, abandonados a sí mismos, crecían como plantas bravías, sin que nada contrarrestase los atávicos impulsos de sus almas infantiles, indisciplinadas y precoces. Los mayores vivían en la calle y sólo venían a casa a dormir. La indiferencia del padre y los crueles castigos que de él recibían, casi siempre desproporcionados con relación a la falta cometida, habían debilitado en ellos el afecto filial. El temor era el sentimiento dominante cuando estaban en su presencia y de la que procuraban huir cada vez que les era posible.

Por lo que toca a la madre, ocupada constantemente en sus quehaceres, muy poca atención podía prestarles. Además, su espíritu inculto, lleno de supersticiones y absurdos prejuicios, hacía de ella una perversa educadora. Al revés de su marido, su acción represiva ante las barrabasadas de los chicos se limitaba a lanzar gritos y proferir amenazas que no se realizaban, con lo cual su autoridad era poco menos que nula. Los rapaces, seguros de la impunidad, contestaban con burlas y aun con insultos a sus reprimendas.

Por algunos minutos reinó el silencio en el cuarto. El chico había vuelto a dormirse y la pequeña Anita, apoyándose en las manos, se arrastraba sobre las baldosas del piso acercándose a la mujer que, con el rostro encendido, continuaba su labor sin darse un momento de reposo.

De súbito, se precipitó en la pieza como una tromba, Berta, a quien su hermano Ricardo, un pillete de ocho años, perseguía con un manojo de yerbas. El rapaz, al divisar a su padre, se detuvo en seco, y girando sobre sus talones, emprendió veloz carrera hacia la calle.

La chica lloraba, dando voces:

—¡Mamita, Ricardo me ortigó las piernas!

Onofre se levantó y miró hacia fuera, pero ya el hechor había desaparecido. Sabina soltó la plancha y se acercó a la pequeña, preguntándole:

—¿Por qué ha sido, qué le hiciste tú?

—Nada. Estábamos jugando. Yo era la gallina clueca y para que no me levantara del nido me ortigó las piernas.

—¿Y cómo se le ocurrió esa maldad a ese negro pícaro?

—Es que Pablo dijo que la señora Ignacia les ortigaba la pechuga a las gallinas de ella.

Sabina, a pesar de su enojo, no pudo menos que sonreirse.

—Déjalo, en cuanto lo pille, le voy a ortigar la rabadilla con el chicote.

Luego, acordándose de la escena ocurrida hacía poco entre ambas, y en tanto le frotaba las morenas y enronchadas piernecillas con un trapo empapado en vinagre, le susurró quedamente:

—Eso te pasa por mala. No ves como Dios te castiga por desobediente?

Pero la chica, atenuado ya el escozor de las picaduras, no la escuchaba, impaciente por reunirse a la turba que alborotaba el patio con sus gritos, lo que hizo apenas la curación hubo terminado.

Después de un instante de silencio, la mujer lo interrumpió para decir:

—Onofre, Ricardo anda descalzo y David luego estará lo mismo. Yo estoy endeudada en el almacén. Sin zapatos no pueden ir a la escuela, porque no los admiten. Si tú no les compras...

La voz de su marido, breve e irónica, le cortó la palabra:

—Tú crees que yo estoy sellando plata.

—No sellarás, pero ganas bastante y lo que das es una miseria.

—Demasiado doy.

—Es que más gastas en diversiones. La otra semana, en la pelea del gallo jiro, perdiste cincuenta pesos.

—Mentira, no perdí un centavo, porque me cubrí a tiempo.

La mujer contestó, incrédula:

—Siempre dices lo mismo, pero la plata que pones a los gallos no la vuelves a ver más.

—¿Y aunque así fuese. No soy dueño de gastarla y de botarla si se me antoja?

—Claro, como nada te importan la mujer ni los hijos.

—Mira, puedes hablar lo que quieras, pero hay otros que dan menos y nadie les mete bulla por eso.

—Porque la esclava que tienen aguanta todo. Si es para la casa, un centavo les duele, pero para divertirse entonces la plata no vale nada.

Onofre, por toda respuesta, se puso de pie y abandonó la habitación, con el rostro ensombrecido por el enojo.

Sabina lo vió alejarse descorazonada y aunque la experiencia le había demostrado la inutilidad de sus quejas, no podía resignarse a abstenerse de formularlas. Desde tiempo atrás la deficiente cooperación del marido iba haciendo más y más precaria la situación del hogar. A la escasez de alimentos añadíase la carencia de ropas y de calzado. Los chicos, desnudos de pie y pierna, apenas tenían con qué abrigarse y sufrían crueles torturas a causa del frío. Como la madre sólo podía atenuar en parte estas privaciones, la lucha tornábase para ella cada vez más angustiosa. Sin embargo, con ese obstinado y silencioso heroísmo de las mujeres de su clase, su valeroso espíritu no desmayaba en la lucha desigual que sostenía contra la miseria.

Concluída la faena del planchado, Sabina tomó al pequeño para amamantarlo, y, mientras el chico exprimía el seno con

desgano, la madre contemplaba, afligida, la carita morena y demacrada. Aunque tenía diez meses, representaba menos de seis. El médico del dispensario había diagnosticado una infección intestinal; mas las vecinas y comadres, disintiendo de esta opinión, habían resuelto que la enfermedad del infante era un empacho, y toda la farmacopea popular, disparatada y absurda, se puso en práctica para curarlo de la afección. Saturado de unturas y ahito de infusiones, el niño agonizaba días y semanas aferrándose a la vida con la formidable vitalidad de la raza. Y aquella existencia, lucecilla vacilante que amenazaba extinguirse a cada momento, era motivo de grave preocupación para la madre, quien, sin confesárselo, allá en lo íntimo de su pensamiento deseaba que la muerte terminase su obra, lo cual sería para ella una liberación.

Después de colocar el pequeñuelo en la cama, reanudó Sabina sus quehaceres, poniendo un poco de orden en el cuarto, trabajo que tuvo que interrumpir para atender a la tullida que, siguiendo una costumbre en ella inveterada, se llenaba la boca de tierra, que extraía de un agujero de la pared. Dióle algunas palmadas y la apartó de allí. La chica, a quien el castigo arrancara desaforados gritos, se calló de improviso. Había encontrado en el suelo un recipiente con almidón y azul de Prusia, y se embadurnaba con la mezcla la cabeza y el rostro. La madre acudió de nuevo y dobló la dosis de cachetes y pellizcos. ¡Señor, qué criatura, cuánto daba qué hacer!

Y, acercándose a la puerta, llamó a Aída, y le ordenó, señalándole a la pequeña:

—Llévatela, entretenla por ahí, no dejes que coma tierra.

La grandullona recibió el mandato de malísima gana y exteriorizó su descontento tomando a la chica de un brazo y sacudiéndola con aspereza, mientras le decía con enojo:

—¡Párate, mañosa!

Pero como viese que su madre se acercaba en actitud amenazante, huyó con la pequeña en los brazos, profiriendo vengativa:

—Voy a tirarte a la acequia, chiquilla del diablo!

Sabina aprovechó esos momentos de tranquilidad para dar fin a los preparativos de la merienda, pues la hora del medio día estaba ya cerca. En tanto que afanosa fregaba cucharas y platos, los chicos habían invadido el cuarto y rondaban en torno de la olla que borbotaba en el brasero. La ausencia del padre les había puesto alegres y dando tregua a sus perpetuas rencillas, reían y bromeaban con gran compostura, sin pelearse.

Cuando el potaje fué retirado del fuego y puesto encima de la mesa, un gran silencio reinó en la estancia. Por algunos instantes sólo se oyó el rumor de las cucharas, chocando en los platos. Daniel y Ricardo comían de pie, afirmados en la mesa, y Aída y Berta, sentadas en el suelo, con las piernas cruzadas.

En un extremo de la misma, Sabina, con Anita en los brazos, sorbía en silencio el humeante caldo, del que participaba también la pequeña. Una idea la obsesionaba: ¿Se pondría Onofre a beber? Desde luego, su ausencia no era tranquilizadora, y casi se arrepentía de haber promovido el incidente que lo disgustara. Pero, también, si nada decía, si no se quejaba, él podía traducir ese silencio como una tácita aprobación de su conducta, lo cual empeoraría la situación.

Por lo demás, ella sabía que su marido no era malo. Nunca la había maltratado. Eran los amigos, los compañeros, los que lo arrastraban al vicio y al desorden.

La vista del plato vacío que Berta le alargaba cortó el hilo de sus pensamientos.

En tanto lo llenaba de nuevo, decía admirada:

—Qué chiquilla ésta. No se demoró un Jesús en tomarse el caldo.

La chica sonreía, mostrando los blanquísimos dientes, y, empinándose en los desnudos pies, pidió presurosa:

—Carne, también.

—No, la carne la voy a repartir después.

Los demás también repitieron, y cuando el caldo se hubo agotado, Sabina dividió la carne en trozos, reservándose para ella el más pequeño. Todos, con excepción de Berta, comían con gran parsimonia, prolongando el placer, pues la carne era para ellos un manjar siempre escaso

y del que muchas veces carecían en absoluto.

Aída, que masticaba con delicia, vió, le pronto, entrar en su plato una mano chiquita, sucia, negrísima, y antes que pudiera impedirlo, el pedazo, su precioso pedazo, desapareció como un relámpago. Lanzó un chillido de desesperación y se precipitó sobre la ladrona, a quien alcanzó en el umbral de la puerta, comenzando entre ambas un pugilato encarnizado, con acompañamiento de gritos feroces.

Daniel y Ricardo separaron con gran trabajo a las combatientes, y, mientras Aída lloraba pugnando por dasasirse y reanudar la batalla, la autora del conflicto, de pie, con las manos por detrás, erguíase impávida en medio del cuarto. A la pregunta que Sabina le hizo respecto a la carne robada, contestó relamiéndose, con los negros ojillos relampagueantes de satisfacción:

—Me la tragué.

Y, en seguida, para atenuar la importancia del hecho, agregó:

—Si era bien chiquitito. Una pizca así.

Y alzaba la diestra mostrando el pulgar y el índice separados por un espacio pequeñísimo.

Aída la contradijo gimoteando:

—No es cierto. La había probado no más cuando me la quitó.

Y la morenilla no habría puesto fin a sus lamentaciones si Sabina no le hubiese cedido el trozo que se había reservado para ella, con gran enojo de Daniel, pues veía a su madre por culpa de esas tragonas quedarse sin comer.

Entretanto, Anita se había dormido en el regazo de la madre, quien contemplaba con tristeza su cuerpecito deforme y sus torcidas piernecillas. Poco a poco la fué invadiendo un sentimiento de honda melancolía y de sus ojos comenzaron a brotar lágrimas que rodaban por la inclinada faz, una tras otra, silenciosas. Lo que

la apenaba era ver a la criatura tan inerme, tan indefensa, y el convencimiento de que tal vez la parálisis de sus miembros inferiores fuese ya algo sin remedio, definitivo.

De pronto, una especie de cloqueo ahogado se oyó en la pieza. Eran Berta y Aída que, con las manos en la boca, trataban de contener la risa que les retozaba en el cuerpo.

La ausencia de sollozos y de gemidos les hacía ver, en aquel mudo dolor, una especie de pantomima risible, que procuraban imitar exagerando el gesto doloroso con cómica gravedad.

No pudiendo reprimirse abandonaron el cuarto, fulminadas por la mirada iracunda de Daniel, quien, al revés de sus hermanas, tenía los ojos empañados y el corazón oprimido. Ese callado sufrimiento le producía una penosa impresión.

Su alma infantil conservaba un fondo de buenas cualidades que el ambiente envenenado y corruptor que lo rodeaba no había logrado extirpar aún. Observador atento y sagaz, tenía de los asuntos de la vida una experiencia superior a sus pocos años. Se daba cuenta con bastante exactitud de la situación creada al hogar por la casi deserción del padre, para quien, sin embargo, no tenía reproches. En el fondo, secretamente, lo admiraba. Desde pequeño, viendo y oyendo lo que pasaba a su alrededor, se había formado el concepto de que el varón, por ley natural, estaba exento de trabas y obligaciones. Que el padre gastara el dinero en divertirse, en el juego, que se embriagase, eso nada significaba, porque eran cosas de hombre. Y se estremecía de orgullo al pensar que él también lo era y que haría, a su vez, esas hombradas cuando tuviese edad para ello.

Sin embargo, al ver las tribulaciones de su madre, por la que sentía un gran cariño, lamentábase no ser más crecido para trabajar, ganar dinero y alivianarle la pesada carga.

La conducta de su primogénito era para Sabina una fuente de consuelo, pues, en realidad, el chico le prestaba una valiosa ayuda.

Cuando, en ocasiones, por causa de enfermedad, había tenido que guardar cama, él la había reemplazado en casi todos sus quehaceres: iba a las compras, condimentaba los alimentos, cuidaba de los pequeños y, para que el lavado no se atrasase, jabonaba y fregaba la ropa con la pericia de una lavandera experimentada.

Y su alma tosca de niño ineducado tenía rasgos de una delicadeza conmovedora, cuando trataba de arrancar a la madre de sus cavilaciones. Aquella vez, deseoso de poner fin a esa crisis de desaliento, púsose con febril actividad a lavar los utensilios que habían servido en la merienda y a poner en orden los objetos diseminados por la pieza, pasando y repasando delante de la mujer y observándola a hurtadillas.

Este método le daba siempre buenos resultados, pues su ir y venir afanoso concluía por sacar a la lavandera de su ensimismamiento, y, como adivinaba el móvil que guiaba al chico, su actitud la enternecía, confortándola al mismo tiempo.

Esta vez, como siempre, la maniobra produjo su efecto. Sabina secó sus lágrimas, se levantó y fué a depositar la pequeñuela dormida en el cajón que le servía de lecho.

Luego reanudó el trabajo de colocar la ropa planchada en una gran cesta de mimbre. Daniel, que estaba impaciente por romper el silencio, interrogó:

—¿Ahora vamos a dejar la ropa donde misiá Luchita?

La lavandera hizo un signo de asentimiento y el chico continuó:

—¿Llamo entonces a Ricardo para que me ayude a llevarla?

—No, voy a ir yo. Tengo que hacer unos reclamos por el lavado.

Y examinando el traje que tenía puesto, agregó como hablando consigo misma:

—¡Vaya! ¿Y tendré que ir con este vestido?

—Y el negro, mamita por...

No terminó la frase. Recordó súbitamente que él mismo, días atrás, había llevado la prenda a la casa de préstamos.

Sabina, viendo su turbación y su gesto apesadumbrado y contrariado a la vez, dijo para consolarle:

—Qué le vamos a hacer, hijo. Si tu padre se acordase de que tiene familia, no pasaríamos estas miserias.

Antes de partir, la lavandera encargó a Ricardo y a las dos pequeñas del cui-

dado de la casa, recomendándoles especialmente la vigilancia del enfermito y de la tullida. Cada una de estas instrucciones iba acompañada de las amenazas de rigor: azotes si hacían esto, palos si dejaban de hacer aquello.

Los chicos, poniendo una cara adecuada a las circunstancias, simulaban tomar muy en cuenta estas advertencias y protestaban que se conducirían correctísimamente. Sabina, viéndolos tan bien dispuestos, prometió traerles confites y galletas, lo cual los colmó de júbilo.

Apenas Daniel y su madre, llevando entre ambos la cesta de ropa, hubieron dejado el cuarto, cuando los rapaces comenzaron a discutir la elección del entretenimiento que más los divirtiese. Varios fueron propuestos, hasta que, por fin, se aceptó el juego del almacén, que les pareció el más apropiado.

La tabla de planchar, colocada entre dos cajones, hizo las veces de mostrador, tras el cual se arrodilló Aída, la propietaria del negocio, quién comenzó inmediatamente a expender la mercadería: unos cuantos puñados de arena contenidos en un tarro de hoja de lata.

Los compradores, Berta y Ricardo, fabricaban ellos mismos su moneda con pedacitos de papel, y las transacciones se efectuaban con el obligado cortejo de regateos de parte de los clientes y con la exaltación de la magnífica calidad de la mercadería por parte de la vendedora.

De improviso cesó el parloteo; Anita, la tullida, que se había despertado, llegó deslizándose sin ruido junto al mostrador, y, cogiendo algunos paquetes listos para la venta, los deshizo entre sus dedos. Aída se levantó rabiosa y, tomándola de un brazo, la arrastró sin cuidarse de sus gritos, hasta el rincón más lejano, donde la dejó para volver a ocupar su sitio. Mas la tregua fué brevísima, pues la chica recorrió en un instante aquella distancia, y amenazó nuevamente la libertad de comercio.

Conducida otra vez al rincón, colocáronle delante, a modo de valla, todas las sillas y bancos que había en el cuarto, pero como la reclusa salvara estos obstáculos, la desolación se pintó en todos los semblantes. Mas la vendedora no se desanimó y puso en práctica un nuevo procedimiento. Tomó a la pequeña en brazos y la llevó junto a la pared, y mostrándole el agujero abierto en ella, comenzó a decirle con mimo y zalamería:

—Coma tierrecita, tome, qué rica está.

Pero Anita, rechazando con obstinación este intento de soborno, forcejeaba por acercarse a la tabla mostrador y tomar parte, a su manera, en el juego que divertía a sus hermanos. Esta terquedad exasperó a Aída, quien prepárabase a tomar medidas violentas, cuando Ricardo propuso:

—¿Amarrémosla en la pata del catre?

Y mientras buscaba una cuerda u otra cosa semejante que sirviese para el objeto, su mirada tropezó con la jaula de los gallos, en la que había un compartimiento vacío. Verlo y exclamar triunfante:

—Metámosla aquí, fué todo uno.

A pesar de los gritos de la tullida, la introdujeron en el estrecho espacio cerrando y sujetando fuertemente, en seguida, la puertecilla.

Ante los chillidos de la prisionera, los gallos de los compartimientos vecinos comenzaron a lanzar gritos estridentes y a dar terribles aletazos, enloquecidos por el terror, formando tal batahola entre ellos y la pequeña, que los autores se asustaron de su obra y quisieron deshacer lo hecho. Pero al tratar de abrir el compartimiento, la aldaba que lo sujetaba se negó a funcionar, y cuando Ricardo iba hacia el patio, en busca de una piedra para golpearla, retrocedió aterrado, diciendo trémulo de espanto:

—¡Mi taitita!

Despavorido, permaneció un instante indeciso, pero al oir el rumor de los pasos que se acercaban, dió un salto hacia la puerta y desapareció por ella como una exhalación.

Segundos después penetraba Onofre en el cuarto y el estupor que le produjo la escena lo dejó un momento paralizado. Pero, luego, presa de una violenta cólera, se acercó a la jaula y estrajo de ella a la pequeña, a quien con ademán brusco depositó en el suelo. Suprimida la causa que las inquietara, las aves comenzaron a tranquilizarse. El panadero las observaba pálido de coraje. Con las plumas arrancadas, las crestas llenas de sangre y el pico abierto, jadeantes, presentaban un lastimoso aspecto.

Onofre, cuyo furor iba en aumento, se encaró con Berta, que atareadísima detrás del mostrador hacía y deshacía paquetes sin que, al parecer, se diese cuenta de la tragedia y le preguntó con voz tonante:

—¿Quién puso a la Anita en la jaula?

La chica contestó al punto:

—Ricardo y la Aída fueron. Ricardo se arrancó y la Aída está debajo del catre.

Y para comprobar la denuncia, se acercó al borde del lecho y miró debajo.

—Aquí, bien al rincón, está, taitita.

Con voz iracunda, dando patadas en el suelo, el panadero ordenó a la culpable que abandonara el escondite, amenazándola con un castigo severísimo. Como la chica no obedeciese, ordenó con imperio:

—Berta, alcánzame un palo.

La chica salió corriendo y volvió casi inmediatamente arrastrando por un extremo un largo bambú.

—Tome, taitita, picanéela con esto.

Onofre intentó servirse de la vara, pero la molestia que para él significaba tener que inclinarse hasta el ras del suelo, lo hizo desistir. Soltó el bambú, diciendo:

—Dale tú, Berta.

La morenilla, sorprendida agradablemente, preguntó gozosa:

—¿La picaneo yo, taitita?

—Sí, y atrácale fuerte, hasta que salga de ahí esa condenada.

No podía habérsele dado a la chica una tarea más de su gusto. Puesta en cuclillas, con el bambú asido por un extremo, comenzó a dirigir furibundas estocadas debajo de la cama.

Más, un fuerte tirón le arrebató la caña y antes que pudiera esquivarlo, recibió en el pecho un puntazo que la arrojó de espalda con violencia. El choque de la cabeza en el pavimento le arrancó un alarido penetrante.

El padre, que estaba junto a la jaula, examinando uno de los gallos, acudió, diciendo malhumorado:

—¿Qué ha sido, por qué gritas?

—Fué la Aída, me pegó aquí.

Esta nueva fechoría enfureció al panadero, quien, apoderándose del bambú, iba a emplearlo contra la delincuente, cuando una voz conocida lo llamó desde la puerta.

El visitante era un amigo, gallero de oficio, que venía a proponerle algo relativo a la profesión. Onofre olvidó en el acto lo que tenía entre manos, para atender a su compañero.

La conferencia que celebraron junto a las aves no fué de mucha duración, pues, transcurridos algunos minutos, abandonaron la pieza, llevando cada cual un gallo debajo del brazo.

Apenas el panadero y su amigo se hubieron marchado, Aída abandonó su refugio debajo de la cama y se encaminó al almacén, del que se había adueñado la tullida, y en el cual sólo encontró destrozos: los paquetes deshechos y la arena esparcida por el suelo. Propinó a la criatura algunos golpes y quitó la tabla, dejándola arrimada al muro.

Ricardo reapareció en ese instante y sus primeras palabras fueron para inquirir noticias. Aída le refirió brevemente lo que había pasado, y en seguida, ambos, con amenazas y promesas, comprometieron a Berta a guardar silencio, a fin de que la madre ignorase lo sucedido.

Cuando Sabina estuvo de regreso, su primera mirada fué para el pequeñuelo, quien continuaba durmiendo con aquel sueño pesado y letárgico que, desde días atrás, la tenía intranquila. Luego, después de hacer algunas preguntas sobre lo que había pasado en su ausencia, preguntas que Ricardo y Aída contestaron ponderando el buen comportamiento de todos, les repartió los confites y galletas prometidos.

Berta, como premio de su discreción, recibió de sus hermanos una galleta y una pastilla, que devoró incontinenti y acercándose, en seguida, a su madre, comenzó a decir, señalando la parte posterior de la cabeza:

—Mamita, tengo un bulto aquí atrás.

Ricardo y Aída le dirigieron miradas furiosas. Pero ella continuó quejándose, hasta que Sabina, palpando con la diestra el chichón, preguntó alarmada:

—¿Cómo te hiciste esto?

—La Aída me botó.

Y, a pesar de la enérgica negativa de los inculpados, de sus gritos y de sus amenazas, hizo el temido denuncio: el encierro de Anita en la jaula de los gallos. La mujer, como siempre, se desató en vociferaciones y denuestos contra los culpables, quienes, cuidando de mantenerse a la distancia, buscaban el modo de vengar aque-

lla traición, castigando a la delatora, lo que al fin hicieron, en las mismas narices de la madre. Mientras Ricardo se acercó por la derecha, Aída se aproximó por la izquierda, y, con increíble ligereza, cada uno suministró un soberbio mojicón a la morenilla, dejándola bañada en lágrimas y berreando estrepitosamente.

La lavandera salió en persecución de los agresores, y regresó al poco rato sin siquiera haberlos visto, tan bien se habían escondido.

La noticia de que Onofre había estado en el cuarto, tranquilizó un tanto a Sabina, pues esa visita indicaba que se le había pasado el enojo y tal vez vendría a la noche a dormir.

Un poco confortada por esta esperanza, comenzó a preparar la tarea del nuevo lavado, trabajo en que se ocupó toda la tarde hasta la puesta del sol.

No pasó mucho tiempo sin que Ricardo y Aída se presentasen a pedir pan. Y al dirigirse a la madre, el tono que emplea-

ban no era ni moderado ni humilde, sino más bien agresivo y regañón:

—Mamita, quiero pan. Déme pan, mamita.

La lavandera, agotada física y moralmente, concluía por ceder a sus exigencias, diciendo:

—Tomen, demonios, cómanselo todo.

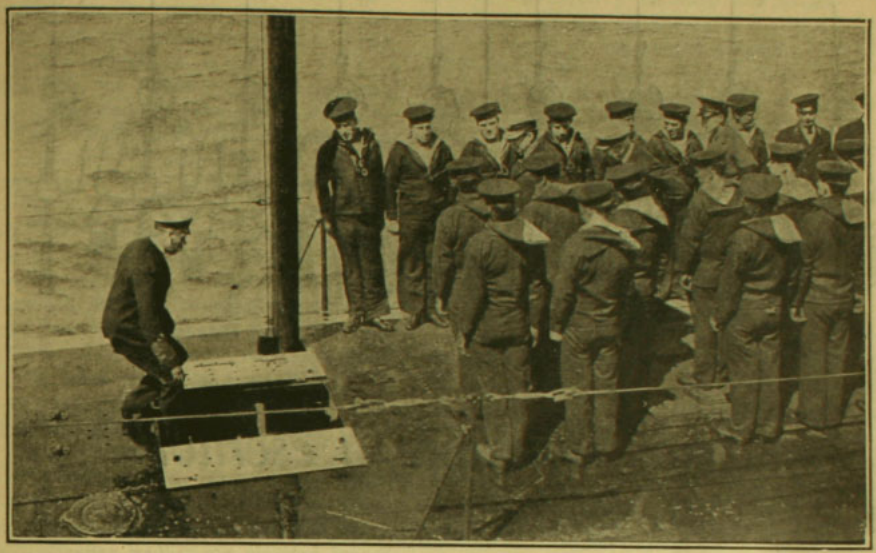
Cuando llegó la noche, la familia, con excepción del padre, se encontró reunida en el cuarto. Los chicos, después de alborotar y pelearse, fatigados y un tanto hambrientos, pues el pan se había acabado temprano, fueron uno por uno retirándose a dormir. Todos, menos Anita, que tenía su cama en un cajón, reposaban en un mismo lecho. Daniel y Ricardo se acostaban en un extremo, y en el otro, Aída y Berta, quienes no se desnudaban como los primeros, y dormían con la ropa puesta.

Sabina, cansada de esperar a su marido, se entregó también al reposo. Una doble inquietud la poseía: esa ausencia, que era para ella bien reveladora, y el estado del pequeño, que parecía haberse agravado considerablemente en las últimas horas del atardecer.

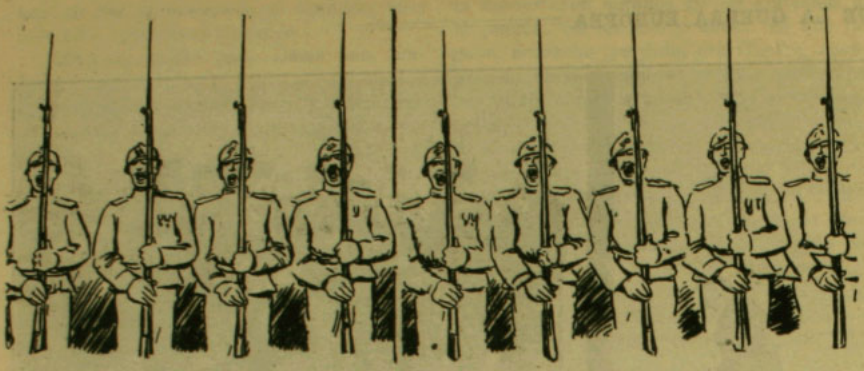
Cuando comenzaba a conciliar el sueño, la despertaron algunos golpes aplicados en la puerta. Se levantó y abrió. El que llegaba, borracho perdido, era Onofre, acompañado de su amigo, el gallero, pues apenas podía mantenerse de pie. Con ímprobo trabajo la lavandera lo desnudó y acostó, y, al final de esta tarea, se encontró tan fatigada que, en breve, dormía profundamente al lado del ebrio y con el rostro de la criatura apoyado en el desnudo seno.

Antes del alba despertó sobresaltada bajo la impresión de un frío extraño en su carne. Se sentó en la cama y encendió la vela, pudiendo comprobar, a su resplandor, que el pequeño estaba muerto, bien muerto.

Sin una lágrima, sin un gemido, contempló largamente aquel semblante que antes animara la vida y que ahora aparecía tan quieto, tan tranquilo. Como los ojos estuvieran entreabiertos, frotando con el índice, hizo descender los párpados hasta cubrir las inmóviles pupilas. Luego apagó la luz, y, en la estancia, sumida en las tinieblas, se oyó el débil rumor de unos sollozos que, bien pronto, los ronquidos del borracho ahogaron con su triunfal orquestación.



El Rey Jorge visitando los buques de guerra.



Sem, dibujante y escritor

Con Ilustraciones

Un hermoso libro **"Un pékin sur le front"**, nos presenta al gran Sem, el caricaturista de antes de la guerra, convertido en soldado, en artista consumado del lápiz y de la pluma, en escritor casi épico. Ciento cincuenta admirables dibujos completan las elegantes páginas de su obra. Queremos dar a nuestros lectores la impresión exacta del libro, con la traducción de breves páginas.

Sem visita el campamento de soldados rusos en Francia:

"Figúrense una gran ciudad, compuesta toda entera de casas y barracas de maderas sin pulir, marcadas con grandes letras rusas e imágenes religiosas policromas. Anchas avenidas separan las construcciones y delante de las puertas hormiguean hombres de estatura atlética. Casi todos son grandes y algunos, verdaderos gigantes. Anchas espaldas, caderas estrechas, llevan las espaldas cubiertas con blusas de brin, que estiran o sueltan los músculos vigorosos. Estas blusas cortas y apretadas a la cintura por una correa, estrechan los bustos y hacen aparecer las piernas muy largas. Los pantalones, pegados al cuerpo, se meten en la extremidad de las botas de cuero muy bien sobado y reluciente. Así, escasamente vestidos, tienen la esbeltez robusta, el aire calmado y potente, la flexibilidad de los grandes galgos del Ural. Van balanceándose al andar, más lentos, menos nerviosos que nuestros hombres, tal vez ya bastante asiáticos. Pero si un oficial pasa, estos soldados de apariencia negligente, se fijan con la inmovilidad mayor que se puede obtener en el hombre, y permanecen así hasta que el jefe hace el signo de discreción. Son jóvenes, y muchos imberbes. Sobre su color un tanto pálido y los cabellos rubios, sus ojos grises un poco levantados, a la mongólica, aparecen muy claros. Van y vienen, siempre con un paso resuelto y elástico; pero sin precipitación. En algunos puestos, mientras limpian las armas, muchas voces con profundo sentido de la música recitan melopeas y entonan canciones, que reflejan la mística nostalgia del alma eslava. De cuando en cuando el cañón interrumpe los coros y recuerda que el frente está muy cercano.

Un grupo rodea a dos bailarines que, a los acentos ahogados de un acordeón, una mano en la cadera y la otra tras de la cabeza, dan vueltas, se inclinan, se arrodillan y saltan según un ritmo siempre acelerado, con gracia primitiva y violenta.

Sus figuras permanecen impasibles, casi dormidas, los ojos bajos, mientras las botas golpean frenéticamente el suelo y hacen volar torbellinos de polvo.

Mientras mi amable guía inspecciona sus ambulancias, yo permanezco en medio de todos estos soldados que me miran con aire inocente y sencillo. Se ve que, bajo su aspecto terrible, no hay sino niños grandes. Diviso pequeñísimos soldados en miniatura, con cascos y cartucheras como los grandes y rifles diminutos. Son huérfanos que los regimientos rusos adoptan y conducen con ellos. Se quedan generalmente en el campo; pero muchos van a las trincheras y saben maniobrar las ametralladoras. Un pope pasa, con larga levita, barba flotante, soberbia figura clásica, cabellos ensortijados, bajo un sombrero suelto. Se diría a Cristo en traje civil y de moda...

...De pronto, a lo lejos, en el extremo del ancho y largo camino que divide el campamento, resuenan músicas alegres. No se puede engañar nadie: son clarines franceses. Sí! Sí! Se les distingue allá abajo todavía: es un batallón de cazadores que se acerca y que va a atravesar por primera vez el campamento ruso.

Los eslavos levantan la cabeza. Los bailarines se detienen, un pie en el aire, los cantores se callan y también, allá abajo, los sonoros clarines de bronce se detienen. ¿Qué ocurre? Es una pausa general.

Parece que el coronel ruso, advertido de la proximidad de nuestras tropas, ha enviado a decir al comandante francés que aguarde dos minutos.

Las órdenes parten de todos lados. Los soldados corren a sus tiendas y salen con sus fusiles, se juntan a sus oficiales y van a colocarse en dos líneas, a cada lado del camino que bordean con una reja de bayonetas. Es cuestión de un segundo. Adivino que va a ocurrir algo de magnífico.

En la avenida, ahora vacía, solemne, entre dos líneas de soldados que presentan armas, el coronel Netchvolodof, seguido de su Estado Mayor, avanza hacia los cazadores, mientras el comandante B. R., magnífico tipo de oficial francés, derecho como una espada, valiente mutilado, con dos bigotes dorados como llamas bajo la nariz, tres cruces de guerra en el pecho, se acerca también. Los dos jefes se presentan y estrechan la mano. El coronel vuelve atrás, mira a su tropa y, levantando la espada, dice: "Mis hermanos: nuestros camaradas franceses van a pasar delante de vosotros. Miradles bien porque son nuestros modelos. Saludad a su comandante que ha dado

un brazo a su patria. Como él, nosotros derramaremos nuestra sangre por Francia!"

El coronel, lentamente, se junta a su estado mayor. Hay un momento de espera y de inmovilidad... En este silencio impresionante se escucha mejor el estampido del cañon. Se diría que va a pasar un cortejo real. Entonces nuestro comandante—volviéndose hacia sus hombres, que el arma en tierra, crispados de impaciencia, fijan sus pupilas abiertas en el cuadro que tienen delante,—levanta su solo brazo y ordena con voz rápida.

Instantáneamente, con un brío de entusiasmo, veinte clarines envueltos en cordones rojos, describen un molinete luminoso en el aire y el batallón, con un mismo impulso, de un solo golpe de talón se arranca del suelo y se lanza al paso rápido de los cazadores en medio del estallido de los cobres.

Lo que ocurre entonces desafía a toda descripción. A la cabeza va el coronel Netchovolodof y, a su lado, el comandante B. R., seguido de todo el Estado Mayor ruso, en fila, los sables desenvainados. Detrás de ellos los clarines y la fanfarra sin ningún instrumento de madera, todo bronce, y las pequeñas cajas aplastadas o tambores vibrantes. Después los muchachos cazadores, de veinte años todos, orgullosos de mostrar ante los grandes hermanos del norte cómo saben desfilar los cazadores franceses.

Los rusos parecen al comienzo asustados por este paso rápido, afiebrado, por este ritmo soberbio de velocidad, de ardor. Pero pronto, tomados y electrizados por esta "furia francesa", de los dos lados del camino, rojos los rostros, a pleno pulmón, repercutido en todos los ecos del campo, resuena un formidable hurra.

En ese súbito acceso de entusiasmo en que todas las almas vuelan, los rusos quedan siempre inmóviles, como figuras de bronce que emitieran el ruido interno de un formidable mecanismo. Ni una bayoneta ha temblado. Solamente se ve la inmensa línea de ojos desmesuradamente abiertos, de bocas desmesuradamente abiertas, con blancos dientes de fieras.

Entonces los cazadores se vuelven locos, los pasos se aceleran, los bronces se duplican y parece un regimiento que vuela a la muerte.

El cañón resuena gravemente..."

La fiesta de los estudiantes

Damas auténticas y señoritas improvisadas comparten un rato alegre frente al objetivo que va a inmortalizar sus gestos.

Una murga y varios clowns improvisan un espectáculo al aire libre.

Un aspecto general de la mascarada estudiantil: arlequines, manolas, caballeros, chulos, damas, caretas y disfraces de todas calidades y entusiasmo comparten la alegría de la fiesta de la primavera en la más franca reunion cordial.

Otro aspecto de un grupo de disfrazados, que se preparan para el baile del Club Hípico.

El monumento del Almirante Blanco Encala da, inaugurado con toda solemnidad en Valparaíso el 7 del mes en curso.

Blanco Encalada y sus campañas marítimas

Por

Enrique Villamil Concha

Con ilustraciones fotográficas y facsímiles

La obra de nuestra independencia habría quedado incompleta si no hubiésemos asegurado el dominio del mar; de nada nos habrían servido los triunfos obtenidos, los sacrificios realizados, si dejábamos en descubierto de toda defensa, la ancha y expedita vía del océano, pudiendo el enemigo en cualquier momento hacer llegar hasta nuestras costas una nueva expedición que pusiese en peligro nuestra emancipación. Así lo comprendieron nuestros gobernantes, y por eso, una vez derrotado el enemigo en Maipú, vemos a O'Higgins empeñado en la magna obra de la formación de nuestra marina de guerra.

El 26 de Junio de 1818, don Manuel Blanco Encalada fué nombrado Comandante interino del departamento de Marina con el objeto de que atendiese sus asuntos técnicos y diese impulso a la organización de la escuadra. "El antiguo guardia marina de Cádiz, dice Uribe, después de conquistar sus galones de coronel en el ejército patriota, llegaba ahora a ser el jefe de la marina chilena. En este puesto honroso y de gran responsabilidad, la fortuna, que hasta entonces nunca fuera esquiva al joven capitán de marina, habría de acompañarlo todavía con marcada complacencia".

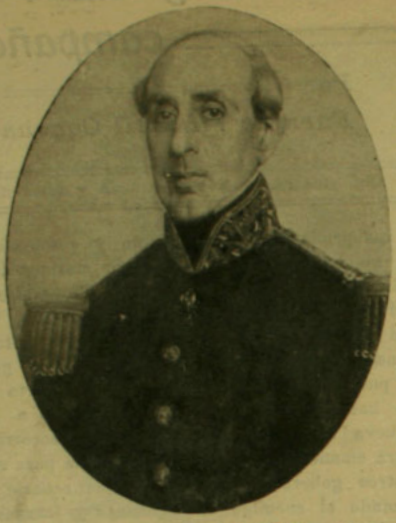
Desde el primer día que Blanco se hiciera cargo de su puesto, púsose a la obra con empeño y resolución. En poco tiempo logró formar marinos de los pescadores de la playa de Valparaíso, fundó una academia de guardia marinas, acopió víveres, confeccionó un reglamento de marina y transformó en buques de guerra simples naves mercantes. En carta de 11 de agosto de 1818, Blanco decía a O'Higgins: "La escuadra está lista, socorrida, aparejada, embargada, con aguada para seis meses adentro. No falta más que echarle víveres, gente y algunos cañones y lanzarla a la mar. Su fuerza es tal que puede hacerse dueña del Pacífico y frustrar toda expedición ulterior de España: puede tomar a Talcahuano, destruir el Callao, y dar golpes de tal importancia que admiren a la Europa y aseguren la libertad de América."

Una antigua fotografía de los héroes de la primera República.

"Sin elementos de ninguna especie, dice Uribe, con la miseria a las puertas, en medio de las atenciones y apremios de una guerra prolongada, la formación de una escuadra como la que en septiembre ostentaba el pabellón de Chile, bien puede considerarse la obra de un milagro, pero que no fué otra cosa que el fruto de la perseverancia, honradez y ardiente patriotismo de O'Higgins, de Zenteno, de Blanco Encalada y de sus dignos colaboradores. Rindamos aquí, agrega, una vez más, nuestro débil tributo de admiración y cariño, bendiciendo la memoria de tan escla-

recidos patriotas, e inclinémonos respetuosos ante sus nombres.

El día 9 de octubre de 1818 zarpaba de Valparaíso en medio del entusiasmo popular, nuestra primera escuadra nacional, compuesta del navío "San Martín", la fragata "Lautaro", la corbeta "Chacabuco" y el bergantín "Arauco", que al mando de Blanco debía ir a combatir las fuerzas expedicionarias mandadas por el Rey de España. Después de haber visto salir la escuadra, el Director O'Higgins regresaba a Santiago en aquel mismo día, y divisando desde lo alto de uno de los cerros que circundan la ciudad a los buques que se perdían lentamente en el horizonte,

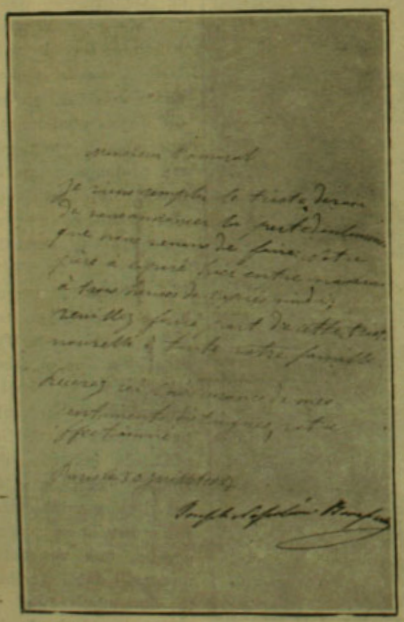


Retrato de juventud del Almirante.

exclamó, "¡Cuatro barquichuelos despachados por la reina Isabel dieron a España el Continente Americano, y esos cuatro buques que acabamos de preparar le arrancarán su presa!" Feliz profecía que debía cumplirse poco después.

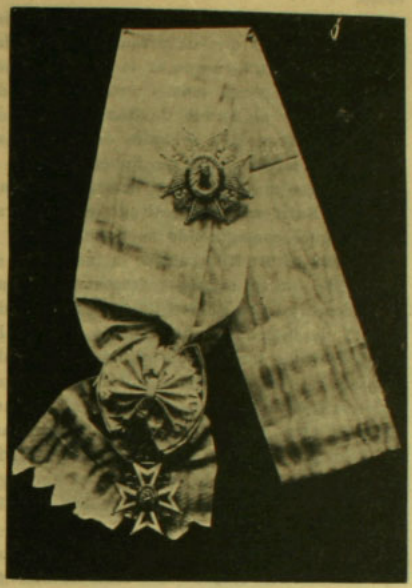
El 21 de mayo de ese mismo año, había zarpado de Cádiz una expedición española que, unida a las fuerzas del Virrey del Perú, debía marchar a la reconquista de Chile y de las Provincias Unidas del Río de la Plata; componíase dicha expedición de 2.080 hombres del regimiento de Cantabria, de la fragata de guerra "María Isabel", y de 11 transportes.

Una vez salida de Valparaíso, la escuadra



Facsímil de una carta de José Bonaparte, dirigida al Almirante.

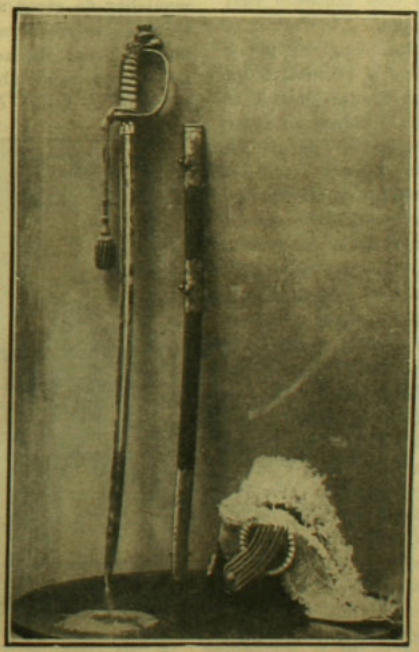
Busto del Almirante.



Gran cruz de la Orden de Carlos III.

Retrato de los últimos años de Blanco Encalada.

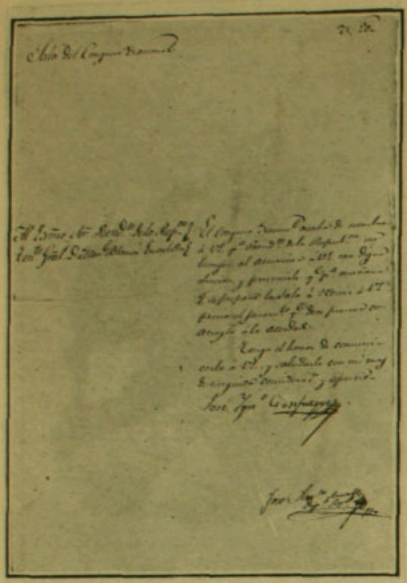
patriota tomó rumbo S. E, dirigiéndose a la Isla de Mocha. A causa de los vientos reinantes, la travesía se hizo sumamente pesada y sólo después de 10 días llegó a la Isla de Santa María en cuya bahía se encontraba fondeada la fragata ballenera inglesa, "Shakespeare", por cuya tripulación supo Blanco que el día 22 había pasado a Talcahuano la fragata española "Reina María Isabel". Inmediatamente se dirigió a Talcahuano sólo con el "San Martín" y la "Lautaro", pues el "Arauco" hacía reconocimientos en la costa y la "Chacabuco" se había separado por efectos de un temporal.



La espada y el sombrero del Almirante.

"Ambicioso, dice Blanco, de que la marina de Chile señalase la época de su nacimiento por la de su gloria, resolví sacrificarme en aquel día o ponerla de un golpe a un grado de elevación tal, que los ojos de la Europa alcanzasen a distinguirla."

A las 8 de la mañana del día 28 la escuadra chilena se hallaba frente a la Quiriquina y tomando la vuelta de afuera viraba por avante en busca del puerto. A las 11 de la mañana avistaban por la boca chica a la fragata "María Isabel", la que disparó un cañonazo y puso una bandera encarnada en el palo mayor, a lo que nuestros



Nombramiento concedido al Almirante por el Congreso de Chile.

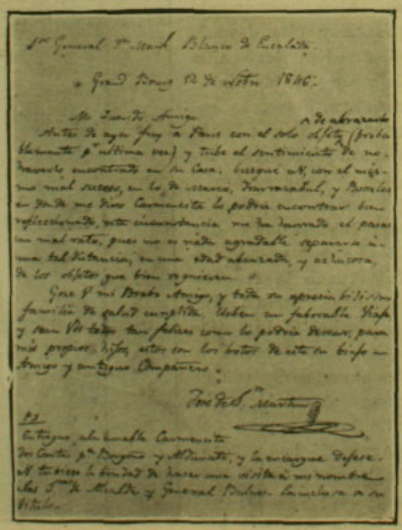
buques contestaron con otro cañonazo enarbolando la bandera inglesa.

Una hora más tarde hallábanse en la puntilla N. de la Quiriquina y reconocían que la fragata estaba sola. Blanco ordenó entonces al "San Martín" colocarse a tiro de cañón de la "María Isabel" la que disparó en esos momentos cuatro o cinco cañonazos que no fueron contestados. En esos momentos se cambió en nuestros buques la bandera inglesa por la chilena. La fragata española hizo entonces una descarga general de sus cañones de babor, picó los cables, dió el foque, cargó la sobremesana y llevada por el viento noroeste fuese a varar a la playa. Acto continuo, Blanco, mandó romper el fuego de fusilería al par que la Lautaro viraba por redondo y se ponía a corta distancia de la "María Isabel". La fragata española arrió entonces su bandera y la mayor parte de su tripulación se arrojó al agua para ganar la playa, quedando sólo a bordo setenta fusileros, un teniente y cinco pasajeros; Blanco formó una columna de 50 hombres que puso a las órdenes de los tenientes Nataniel Beles, y Guillermo Compton para que fuesen al abordaje del buque enemigo, maniobra que se efectuó con todo éxito.

Con el objeto de embarazar las operaciones del enemigo que se presumía no tardaría en llegar para recuperar la fragata, pues había en Concepción una fuerza de más de 1000 hombres al mando de Sánchez, Blanco hizo desembarcar 150 soldados de marinería; pero a la media hora de haber saltado a tierra fueron atacados por una fuerza muy superior. Batiéronse en retirada con un valor sin igual consiguiendo su reembarco.

En esta alternativa llegó la noche y el viento del norte seguía refrescando. A las 12 se descargó una fuerte lluvia, escampando a las 2 de la madrugada. De 2½ a 3 de la mañana varias lanchas enemigas trataron de abordar la fragata con resultados desfavorables. Persuadido Blanco de que al amanecer sería atacado, dispuso que el "San Martín" se pusiese al costado de la "María isabel". Efectivamente, a las 5, el enemigo pertrechado en las casas del pueblo rompía el fuego.

A las 11 de la mañana se dejó sentir un viento bastante fresco e inmediatamente nuestros soldados de la "María Isabel", abandonando sus armas, procedieron a la maniobra de sacar a flote a la fragata. Los realistas suspendieron sus fuegos y contemplaban llenos de admiración a la "María Isabel" que se alejaba lentamente, mecida por las olas. A bordo de las embarcaciones se



Autógrafo de una carta de San Martín al Almirante.

hacían oir mientras tanto los gritos de júbilo y hurras a la patria.

De Talcahuano, la escuadra se hizo a la vela a la Isla de Santa María donde se les reunió la corbeta "Chacabuco", a la que Blanco ordenó fuese a Talcahuano a cerrar el paso a los transportes que se esperaban. Mientras tanto el grueso de la escuadra quedó en la Isla en igual espera.

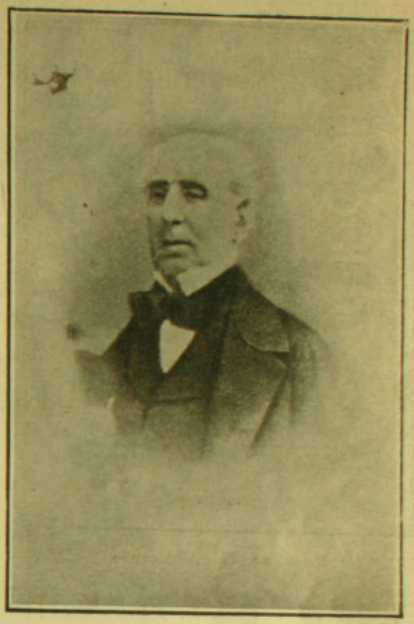
En los días 11, 12 y 14 llegaron las fragatas españolas "Dolores", "Magdalena", y "Elena" que, atraídas por la bandera española que izaban nuestros buques, iban engañadas a fondear a sus costados.

"El día 17 de noviembre, dice Sayago, la escuadra chilena, luciendo en sus mástiles la bandera nacional anclaba con sus presas en el fondeadero de Valparaíso. El fragor de los cañones y los gritos del pueblo saludaban las naves que volvían cargadas de gloria y de honor: y de todas partes se elevaba un hurra estrepitoso por los bravos marinos que desembarcaban conmovidos al ver el patriótico entusiasmo del vecindario."

El 22 entró a Valparaíso la "Chacabuco" conduciendo los transportes "Jerezana" y "Carlota" apresados en las inmediaciones de la Isla Santa María.

Durante varias semanas Chile entero rin-

La casaca de Almirante de don Manuel Blanco Encalada.



Un antiguo retrato del Almirante

dió homenaje al captor de la "María Isabel", celebrando en su honor bailes y fiestas populares. "El Gobierno, dice Vicuña Mackenna, le dió un premio muy subido a su edad: a los 28 años le hizo contra-almirante (12 de diciembre de 1818); pero la sociedad santiaguina, agrega, le ofreció una recompensa mucho más preciada, la mano de la más hermosa de sus hijas, a quien Miller llamó con este motivo, lucero de primera magnitud."

Además, el Gobierno, queriendo perpetuar esta gloriosa acción, decretó que todos los oficiales y marinos que hubiesen tomado parte en esta expedición llevasen sobre el brazo izquierdo un escudo de paño verde mar en cuyo centro se viera, bordado de oro, un tridente orlado de laureles, y a su contorno este lema: **Su primer ensayo dió a Chile el dominio del Pacífico.**

Aún no acallado el clamor de regocijo, con que se celebraba el triunfo de Talcahuano, y el eco de las manifestaciones con que todo Chile festejaba a su vencedor, arribó el 28 de Noviembre a la bahía de Valparaíso el buque mercante "Rosa", trayendo a su bordo al célebre Conde de Dundonald, Lord Tomás Cochrane, que venía

Medallas del Almirante

a prestar sus servicios en nuestra naciente escuadra.

A la llegada de Cochrane a Chile, encontróse nuestro Gobierno ante un grave conflicto; por un lado existía el compromiso con Cochrane de darle el mando de la marina; por otra parte no se podían atropellar los derechos adquiridos por Blanco, cuanto más que, con su reciente victoria, tenía comprometida para sí la gratitud de la nación entera. Atropellar estos derechos habría sido pasar sobre la justicia y herir el sentimiento nacional.

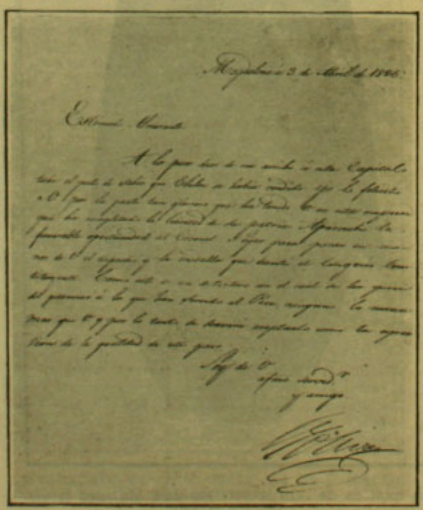
El Gobierno arrastrado por sus sentimientos en favor de Blanco, ordenó a este, para salvar la situación del momento, se hiciese a la vela a las costas del Perú en el término de ocho días. Mas, comprendiendo Blanco el conflicto en que se hallaba el Gobierno y las graves dificultades que podrían suscitarse y guiado tan sólo por su consagración al servicio de la patria, no trepidó en sacrificar por ella los más caros sueños de gloria que abrigaba su joven corazón renunciando generosamente su puesto de jefe, para cederlo a Lord Cochrane.

Puesta la escuadra al mando de Lord Cochrane, dióse este a preparar la expedición que debía destruir el poder realista del Perú y asegurar así la libertad de la América. El plan proyectado era establecer el bloqueo del Callao cortando con esta operación las fuerzas marítimas del Virrey de Lima.

Fraccionada la escuadra en dos divisiones, la primera compuesta de las fragatas "San Martín", "O'Higgins", "Lautaro" y de la corbeta "Chacabuco" al mando de Cochrane se hizo a la vela el 14 de enero; la segunda compuesta del "Galvarino" y el "Pueyrredón" al mando de Blanco partió el 17 de marzo. Reunidas en Huacho las dos fracciones de nuestra escuadra, Cochrane hizo que Blanco se transbordase al "San Martín" para que juntamente con el "Lautaro", el "Pueyrredón" y la "Chacabuco" sostuviese el bloqueo del Callao, mientras él con el resto de la escuadra, se dirigiría a la Pativilca a fin de obtener algunos víveres cuya carencia ya se hacia notar. Al efecto Cochrane se hizo a la vela el 4 de Abril expresando a Blanco que estaría de regreso en 10 o 15 días más.

Blanco se sostuvo en el bloqueo hasta el día 3 de mayo. Habiendo esperado a la división de Cochrane durante más de 30 días. Agotados ya todos los medios para hacerse de víveres, después de efectuadas varias tentativas de desembarque en los puertos vecinos con resultados negativos, en consejo de comandantes decidió Blanco la vuelta a Valparaíso, antes que se declarase el hambre y la sed en la tripulación.

El Gobierno y el pueblo en general conde-



Carta al Almirante de Bolívar

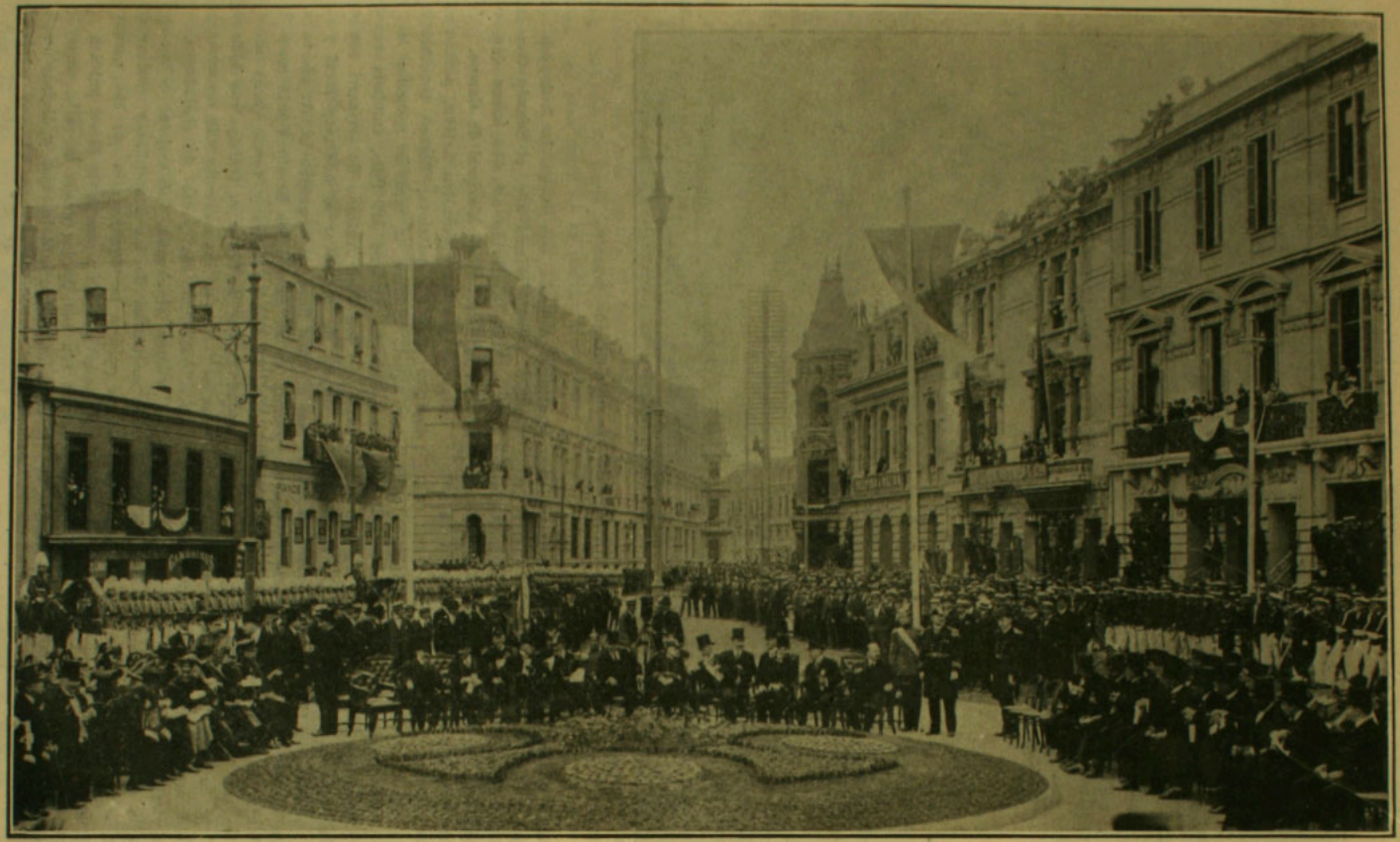
Croquis del Almirante en su lecho de muerte

naron la vuelta de Blanco, pero habiendo sido juzgado por un consejo de guerra presidido por Lord Cochrane, salió absuelto por unanimidad, declarándose que era el único recurso que podía haberse adoptado en esas circunstancias.

Vindicada su conducta, Blanco levantó de nuevo su insignia de Contralmirante a bordo del "San Martín" y fué como segundo jefe de la segunda expedición al Perú. Fracasado el plan de Cochrane en su nueva tentativa de ataque al Callao, desde el puerto de Santa, Blanco tuvo que regresar a Valparaíso con el "Jerezana", el "San Martín" y la corbeta "Chacabuco", pues a bordo desarrollóse una fiebre que hizo numerosas víctimas.

En la tercera expedición al Perú, Blanco no tomó parte, pues, por decreto de 7 de junio de 1820, había sido trasladado al ejército nombrándosele jefe interino del Estado Mayor y Comandante General de Armas de Santiago. Además con fecha de 7 de septiembre de este mismo año, el Senado Consulto nabíale conferido un alto honor dándole la investidura de Mariscal de Campo.

Llevado por su naturaleza activa, por su espíritu noble y patriota, Blanco concibió por aquel entonces la idea de resucitar la Sociedad de Amigos del País, fundada en 1813 por don José Antonio de Irrizarri con el objeto de promover el adelanto local y con algunos fines de beneficencia. Al efecto reunió en su casa a los hombres más conspicuos de aquella época y formó dicha sociedad, la que se dió a su trabajo con todo empeño." Una de las cosas de más recomendación que hizo esa junta de ciudadanos, dice Vicuña Mackenna, fué mejorar el servicio asqueroso de los hospitales y costear de su peculio la lúgubre reja que hoy permite todavía a los presos de la cárcel pública hablar con sus deudos desde la calle, como si fuera un locutorio de monjas, y divisar un



Solemne inauguración en Valparaíso del monu mento al Almirante Blanco Encalada. Aspecto de la concurrencia.

rincón de la alegre plaza que en un tiempo, se llamó de la libertad, teniendo la cárcel en un ángulo y la horca frente a frente....''

La Sociedad de Amigos del País tuvo un fin trágico e inesperado; nos encontramos en la época en que O'Higgins ejercía un poder dictatorial; perdida gran parte de su antiguo prestigio, dada la forma de su Gobierno, pesaba en su contra una atmósfera de descontento que pronto iba a precipitar su caída. El Director Supremo vivía receloso de las personas y expiaba sus actos, temeroso de que se tramase alguna conspiración en su contra. Fué el caso, que una noche, encontrándose en casa de Blanco varios de los miembros de la Sociedad de Amigos del País, llevado este por su ardor natural, se quejó de la apatía del Gobierno en ciertos asuntos. Bastó sólo esto, para que que se le mandase someter a prisión y a un consejo de guerra, acusándole de aspirar al poder supremo.

El consejo de guerra tomó a lo serio el cargo y condenó a Blanco al destierro. Pero reconociendo O'Higgins la injusticia cometida, cuando llegó la noticia de la ocupación de Lima por el ejército unido, en agosto de 1821, le hizo venir a palacio y abrazándole con efusión le dijo: ''Todo queda olvidado entre nosotros''.

Vuelto nuevamente a la marina, condujo

Precioso retrato de la Princesa Matilde, que le fué obsequiado al Almirante con un interesante autógrafo de ella misma.

Retrato de la señora Mercedes Blanco de Villamil, hija del Almirante.

la expedición que debía socorrer a Bolivia. No teniendo enemigos que combatir en el mar, condujo casi todas las expediciones de Guayaquil al Callao que salieron al mando de Sucre, Santa Cruz y otros jefes. Bolívar cobró a Blanco gran afecto y su conducta le mereció grande elogios.

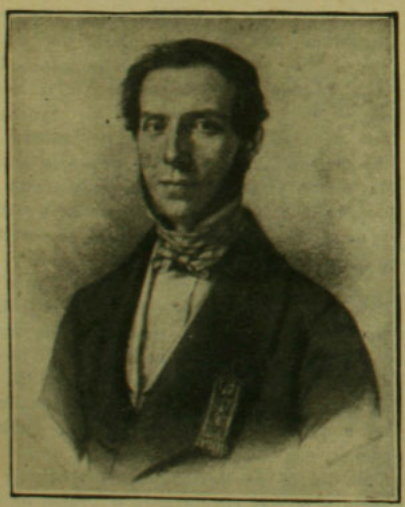
El 5 de julio de 1824 fué ascendido a vicealmirante bajo el Gobierno de Freire y nombrado jefe de la expedición que se envió al Perú para ayudarlo en su independencia. Llegado al Perú cuando ya se había efectuado la célebre batalla de Ayacucho, fué encargado por Bolívar de sostener el bloqueo del Callao con las escuadras unidas de ambos países. Teniendo conocimiento de que Chile se proponía expedicionar a Chiloé y no siendo necesaria su estada en ese país regresó a la patria a fines de Octubre .

La porfiada resistencia de Quintanilla en Chiloé, que a la par con Rodil, en el Callao, sostenían contra toda posibilidad de éxito los últimos restos del poder español en el continente americano, obligó en 1825 al Director Supremo de Chile, don Ramón Freire, a proyectar un expedición que pudiese acabar con este reducto español.

El día 28 de Noviembre la expedición se hacía a la mar conduciendo el grueso de las tropas: el ejército era compuesto de 5 batallones que sumaban una fuerza efectiva de

La Condesa de Montijo, cuyo retrato le envió ella al Almirante, con valiosa dedicatoria.

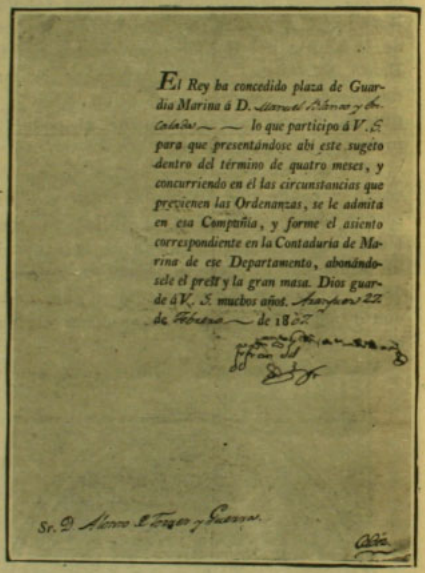
2,600 hombres a cuyo cargo iban el Director Supremo como general en jefe de la expedición, y el general Borgoño; la escuadra componíase de 5 buques, el "O'Higgins", fragata "Independencia", bergantín "Aquiles",



Mr. Driaud de Lui, Ministro de Napoleón III. Este retrato se lo obsequió al Almirante, con cariñoso autógrafo.

bergantín "Galvarino", corbeta "Chacabuco" y 5 transportes, todo al mando del vice-almirante Blanco.

Después de variadas incidencias, llegaba la escuadra el día 9 de Enero a la bahía del puerto Inglés. Freire era de opinión de dirigirse en derechura al puerto de San Carlos y entrar a toda costa con la escuadra y transportes y ejecutar el desembarco cerca de la ciudad. Esta idea fué combatida por Blanco, pues ofrecía serios inconvenientes que podían comprometer la suerte de la expedición. Convocando un consejo de gue-



El Rey ha concedido plaza de Guardia Marina á D. Manuel Blanco y Encalada — lo que participo á V. E. para que presentándose ahí este sugeto dentro del término de quatro meses, y concurriendo en él las circunstancias que previenen las Ordenanzas, se le admita en esa Compañía, y forme el asiento correspondiente en la Contaduría de Marina de ese Departamento, abonándosele el prest y la gran masa. Dios guarde á V. S. muchos años. Aranjuez 22 de Febrero de 1807

Sr. D. Alonso Torres y Guerra.

Nombramiento de Guardia Marina de Blanco Encalada, concedido por el Rey de España

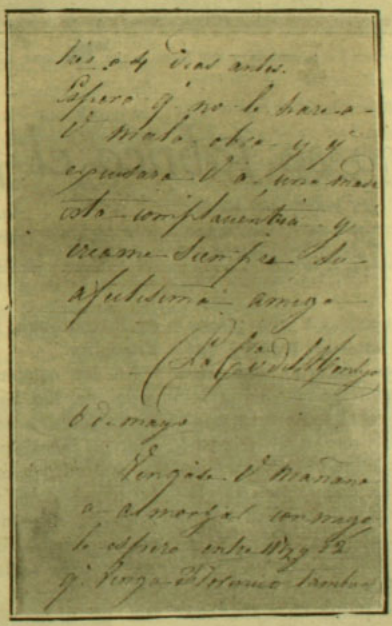
rra este resolvió lo que proponía Blanco, es decir desembarcar la tropa en el puerto Inglés y marchar por tierra hasta Balcacura, mientras la escuadra, sólo con los buques de guerra, forzaría la entrada del puerto de San Carlos.

Una vez desembarcado el ejército, Blanco se dirigió con sus buques de guerra al puerto de San Carlos: esta maniobra se presentaba sumamente difícil, pues la bahía de Ancud estaba guarnecida por numerosas fortificaciones que podían impedir el paso de la escuadra. A las 8½ de la mañana del día 11 se dió comienzo a esta difícil maniobra.

Blanco, que montaba el Aquiles, desde cuyo tope mayor ondeaba su insignia de almirante, abría la marcha desafiando desde su toldilla el cruzar de las balas. Seguíanle la "Independencia", la "Chacabuco" y el "Galvarino". Durante media hora tuvo la escuadra que soportar a su paso el fuego persistente de las baterías enemigas, lo mismo que el de las lanchas cañoneras fondeadas cerca del castillo de Agui. El movimiento ejecutado con tanta perfección y disciplina hizo que nuestro buques entrasen resueltamente al puerto.

El ejército siguió su marcha por la playa, y, una vez caída la fortaleza de Puquillihue que Blanco atacó con sus lanchas cañoneras, rendíase poco después la fortaleza de Agui, y Freire acordaba a Quintanilla una honrosa capitulación.

La campaña de Chiloé fué la última que Blanco hizo por la independencia de Chile y de la América.



Final de una carta de la Condesa de Montijo, madre de la Emperatriz Eugenia, al Almirante.

Recortes de algodón y de telas para fabricar el papel fino.

¿Cómo se fabrica el papel?

Con ilustraciones fotográficas

El papel debe su nombre a una planta acuática de Egipto llamada **papiro**, que proporcionó el primer material semejante al papel, a excepción quizás del avispero, pues hay quien ha llamado a la avispa el primer fabricante de papel. El **papiro** se manufacturaba por los egipcios por lo menos dos mil años antes de la era cristiana, y a pesar de ser tan tosco el producto, en el siglo doce fué que el papel hecho de la fibra de algodón vino a suplantarlo. La fabricación de papel con fibras reducidas a pulpa en agua, fué inventada allá por el año 95, por los chinos, que mezclaban la corteza de árboles con fibras de seda y cáñamo. Los romanos hacían fuerte papel moreno con corteza de árboles allá por el año 300. Los indostanos, los persas y los árabes, aprendieron el arte de los chinos, y fué llevado a España por los moros. La propagación a otros países europeos fué rápida. El primer molino o fábrica de papel de los Estados Unidos se estableció en 1690, en Roxborough, hoy parte de la ciudad de Filadelfia.

En los comienzos de la fabricación de papel en los Estados Unidos, casi no se usaba otra cosa que trapos viejos. En aquella época, por supuesto, el abasto de la materia prima así como la demanda de papel eran necesariamente limitados. Hoy día se consume el papel en inmensas cantidades, de gran diversidad de clases, y para satisfacer la demanda de papel de libros y periódicos, una pulpa hecha de fibras de madera ha substituído casi por completo a los trapos. Las clases baratas de pape de escribir contienen también una gran proporción de esta pulpa de madera.

En la manufactura de papel de superior calidad, la materia prima consiste en recortes de algodón y de tela obtenidos en fábricas de camisas y otra ropa. Estos recortes nuevos no sólo están limpios y sanos, sino que conservan la fuerza primitiva de la fibra.

Cualquier objeto, como alfileres, agujas, hilos de colores, etc., se les saca. Después de esto se pasan por una máquina que los corta y luego los lleva a otra máquina, que les saca todo el polvo.

Ese material se trae a un vasto almacén, como se ve en la ilustración de arriba, y allí cada pedazo es cuidadosamente examinado por mujeres expertas. Se cogen de las balas en que vienen formados, se desparraman en grandes mesas, y son distribuídos con cuidado en grandes cestas portátiles.

Luego se llevan los recortes al salón de máquinas. La máquina de lavar es una gran cuba oblonga, redonda a los extremos. En el centro de la cuba hay una división que forma un pasaje a uno y otro lado, para correr alrededor del agua y los recortes. A un lado de la división, de ésta a la pared de la artesa, hay un cilindro provisto de desmenuzadores de acero que funciona sobre una plancha o cama provista de idénticos desmenuzadores, entre los cuales los recortes son gradualmente macerados y convertidos en largas fibras.

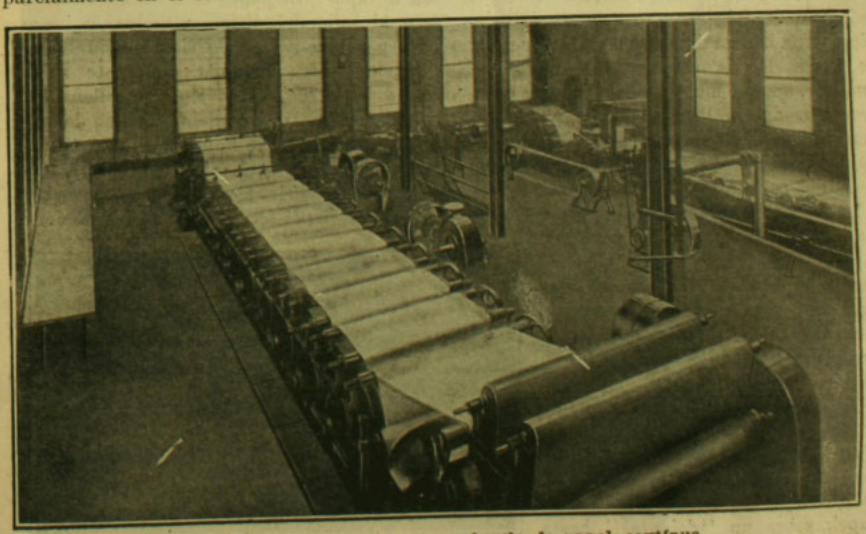
Al otro lado de la partición, de ésta a la otra pared de la artesa, hay un cilindro cubierto de una tela de alambre, en cuyo interior hay una serie de bolsas inclinadas. Durante el lavado este cilindro está sumergido parcialmente en el contenido de la cuba, y al revolverse en el mismo, el agua de desecho es subida y llevada a un lado del cilindro y arrojada en el río.

Cuando las fibras están bastante finas, se echa entonces en la artesa la substancia blanqueadora. Transcurrido un rato se vacía el contenido de la cuba en los coladores, que son unos compartimientos como sótanos y que tienen el piso de ladrillos perforados, por donde se escurre el agua sobrante. Después de tenerse varios días escurriendo, se lleva la pulpa a la máquina de batir.

La máquina de batir, es del mismo estilo que la de la de lavar, con la excepción de que las cuchillas son más afiladas, y están más cerca de la plancha o cama. El batimiento se hace hasta que las fibras se han reducido al largo adecuado. El procedimiento de desmenuzarlas no habrá menoscabado en modo alguno su fuerza.

Luego se sisa el contenido de la máquina con una mixtura de pez griega que se usa en estado líquido. La materia colorante, cuando el papel es de color, se le echa a esta sazón.

Después se vacía la pulpa en grandes cubas cilíndricas que están provistas de agitadores. Se añade más agua, hasta que la pulpa esté bien mezclada y bastante diluída, para llevarse por medio de bombas



La pulpa es convertida en una banda de papel contínua.

Máquinas lavadoras

a la caja reguladora de la máquina de Fourdrinier que aparece en la siguiente página.

El agua echada en las cubas cilíndricas obra sólo como vehículo. Los agitadores mantienen la mixtura removida a fin de que las fibras no se asienten, sino que se distribuyan uniformemente. En la factoría Hampshire se usa agua pura de manantial, no superada para este fin por ninguna otra. La factoría Hampshire está situada en la región occidental del Estado de Massachussetts, E. U. A., que produce el agua mejor del mundo para la fabricación de papel. El agua, pues, que se usa en la fabricación del papel es otro de los principales factores de la excelencia del papel.

En 1804, los señores Enrique y Sealy Fourdrinier, de Londres, perfeccionaron la máquina de fabricar papel en cuyos principios fundamentales se basan las que hoy se usan. En la máquina "Fourdrinier" que hoy, aunque muy modificada en su construcción, así se llama todavía, es que el material deja de ser una masa informe de pulpa y es convertido al fin en una banda de papel continua.

La longitud de estas máquinas y su posición en el taller, nos ha impedido obtener una buena fotografía, en que se vieran enteras. En la vista que aquí reproducimos aparece el "extremo seco" de la máquina, y el "extremo húmedo" se describe en los siguientes párrafos:

De las cubas cilíndricas la pulpa se lleva por medio de bombas y pasando por coladores, a la caja delantera de la máquina de la cual fluye, en grosor vario, según el peso del papel, sobre un "delantal" hasta una tela metálica sin fin, rotativa, de 9¾ a 12 metros de largo por 3.17 metros de ancho. La armadura que sostiene la tela de alambre es agitada mecánicamente hacia atrás y adelante lateralmente, lo cual hace que las fibras, al entrar en la tela mecánica, se entrelacen en varias direcciones, mientras que el agua se filtra, formando así una hoja de papel blanda y húmeda. La tela de alambre, como se comprenderá, deja escurrir el agua, pero su fino tejido no deja pasar las fibras.

Cerca de la extremidad de la tela de alambre, poco antes de salir el papel del extremo húmedo de la máquina y ser puesto en los secadores, y todavía en un estado blando y pulposo, pasa bajo el rodillo marcador, donde recibe la marca de agua. Este rodillo es una armadura cilíndrica cubierta de tela de alambre, que tiene a relieve en el exterior letras o dibujos que imprimen la blanda hoja y extienden las fibras, dejando una marca especialmente visible cuando se mira el papel al trasluz.

El húmedo papel es llevado sobre una correa sin fin de fieltro lanoso y pasado por entre rodillos a los tambores secadores.

Hay un buen número de éstos, como se ve en la ilustración. Son huecos, y se calientan a vapor. El papel está completamente seco al salir del último cilindro, y luego pasa por una artesa de sisa caliente, una substancia bien refinada semejante a la cola y hecha de cuero. Esta sisa llena los poros, mejora la superficie y refina la calidad general de la hoja. Sin este tratamiento, el papel sería absorbente, y al escribir sobre él la tinta se desparramaría como en el papel secante. Es un refinamien-

Colgando el papel húmedo

to adicional, que no se les hace a los papeles inferiores.

Después de haberle sido sacada la sisa superflua, por dos rodillos, la hoja de papel, húmeda aún, es cortada del tamaño requerido y llevada al departamento de secarse.

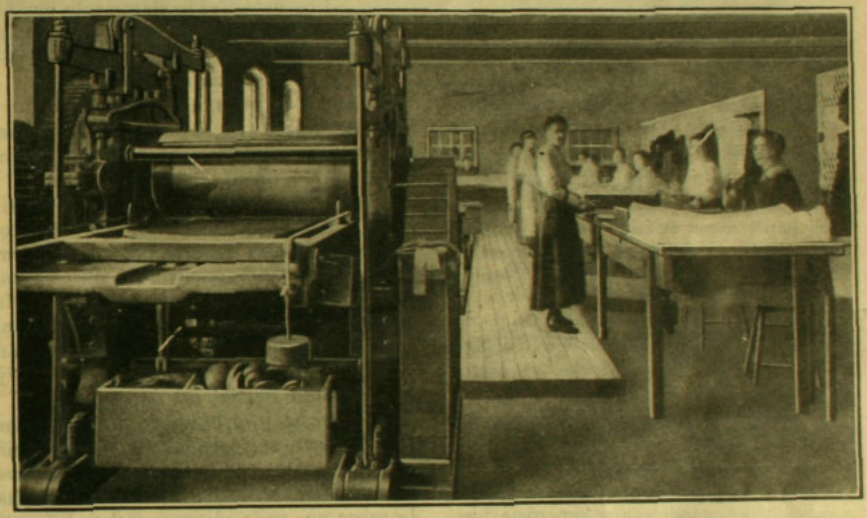
En una ilustración se ve a un hombre colgando el papel húmedo recibido de la máquina. En unas perchas que están en un desván o cuarto a propósito va poniendo el papel en porciones de ocho hojas o más colocadas en barras paralelamente. Tan hábiles llegan a ser estos hombres que no yerran en más de una hoja o dos al coger el número requerido de la pila.

Cuando las perchas de un desván están llenas se cierra y se comunica el vapor a los tubos hasta que haya en el cuarto la temperatura conveniente. Cerca de cuarenta y ocho horas se requieren para secar el papel debidamente, y es una operación delicada, pues un secamiento demasiado rápido es desastroso, y por el contrario, un secamiento muy lento es también perjudicial, pues el papel no ha de permanecer húmedo por más de cierto tiempo.

Este secamiento en perchas es un método viejo, sancionado por la experiencia, aunque lento y costoso. Otros muchos procedimientos se han inventado que han tenido por objeto el ahorrar labor y tiempo, pero hasta ahora no se ha descubierto ningún procedimiento substituto que dé los mismos resultados que el viejo método. Es dudoso que pueda hacerse ningún cambio en el secado al fabricar las mejores clases de papel.

Entonces, por primera vez, quedan las fibras en descanso, y parece que necesitan un rato de reposo, por decirlo así, antes de emprender su gran viaje por el mundo.

Al sacar el papel de las perchas de secar,



Máquina planchadora del papel

se dispone en pilas en otro departamento en que la temperatura sea normal, y se deja curar por unas dos semanas. Este procedimiento de curarlo o madurarlo es importantísimo, pues no obstante el cuidado que se haya observado en su preparación, puede echarse a perder el artículo a esta sazón si se procede con excesiva prisa. El tratar de reducir los gastos o de apresurar o aumentar la producción se revelará inevitablemente en la calidad del papel. Algunos fabricantes se valen de métodos menos costosos en sus procedimientos de secar el papel. Su papel es secado en la máquina, y en vez de cortarse en hojas y ponerse en departamentos cerrados, como hemos expli-

Examen y recuento de las hojas de papel

cado, se pone en rollos y de allí se envía a la sección de acabado, donde se le da el toque final. Esto evita los gastos de secarlo en las perchas y departamentos cerrados, y resulta muy bien, tratándose de papeles de clase inferior, en que el vigor y el aspecto, no son requisitos esenciales y en que la buena calidad no es indispensable.

El papel es un artículo que se vende en competencia en el mercado. Cuando se rebaja un centavo en el precio, se dice que se ha rebajado un centavo en calidad.

Cuando al fin se recibe el papel del departamento de secado, la superficie está áspera. Dos métodos hay de suavizarla hoy día: el de **calandriar** y el de aplanchar.

La **calandria** es una máquina que consiste en una serie de cilindros de acero que giran a una velocidad de 200 a 400 revoluciones por minuto, y por entre los cuales pasa el papel, dándole una superficie lisa. Los resultados, aunque hasta cierto punto satisfactorios, carecen de uniformidad, y la superficie del papel no queda tan bien acabada como en la máquina planchadora. Esta máquina cuesta manejarla, en sueldos de operarios, como tres o cuatro veces lo que la **calandria**, pero es el mejor método de suavizar o acabar la superficie del papel.

Para acabarlo en la máquina de planchar, el papel se forma en paquetes que contienen cien hojas más o menos. Cada hoja es puesta en una posición exacta y entre cada dos hojas hay una fuerte hoja de cartón especial. El paquete se pasa entonces lentamente varias veces por entre los pesados cilindros de la máquina de planchar. Las hojas son así planchadas gradualmente hasta darles la suavidad o acabado que se desee.

La ventaja de este método es al punto evidente.

No sólo es posible dar al papel la mejor suavidad, sino darle siempre esa misma suavidad.

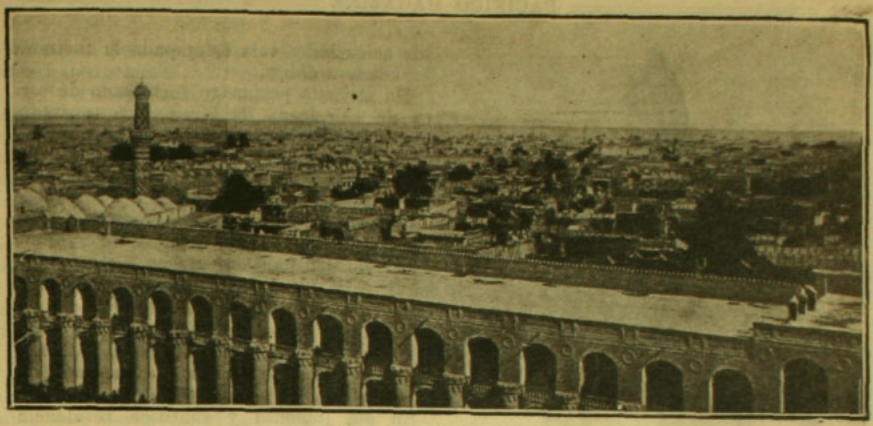
Se han hecho experimentos para determinar la manera en que el común de las personas juzgan el papel. Se ha demostrado claramente que la persona conscientemente mira la hoja de papel, e inconscientemente por lo general la palpa al sujetarla.

La suma de estas dos impresiones forman su juicio. De aquí la importancia de que el papel sea acabado lo mejor posible.

Uno de los muchos problemas del fabricante de papel, y acaso el más molesto, es el de mantener la uniformidad de la calidad de su textura, requiriendo mucha atención su mezcla. En la desmenuzadura, en la máquina, en los secaderos, y por último, al acabar el papel, hay riesgos de que ocurran variaciones en el color, en la formación y en el aspecto general del papel.

El impresor y el litógrafo han de poder confiar en la uniformidad de la superficie del papel para poder obtener los mejores resultados. Y asimismo todo comprador ha de saber que cada pliego, ya el pedido sea de un millar, ya de un millón, es de la misma calidad y carácter del que le indujo a hacer el pedido.

Máquina cortadora



Vista general de la ciudad

BAGDAD

Por Duguesclin

Con ilustraciones fotográficas

Inmenso regocijo causó en Berlín la caída de Kut-el-Amara en poder del ejército turco-germánico. Se juzgó que aquel hecho de armas cerraba las puertas de la Mesopotamia a los anglo-hindúes del general Stanley Maude. Debido a esta creencia, seguramente, los defensores de aquella parte del imperio otomano no pudieron impedir la reconquista de Kut-el-Amara por los ingleses. Sin embargo, aquella operación puso sobre aviso a los defensores de Bagdad, y se preparó una formidable resistencia contra el invasor. Pero este era tenaz y el 7 de Marzo del presente año logró atravesar el Tigris y establecer un poderoso puesto de avanzada en su ribera derecha.

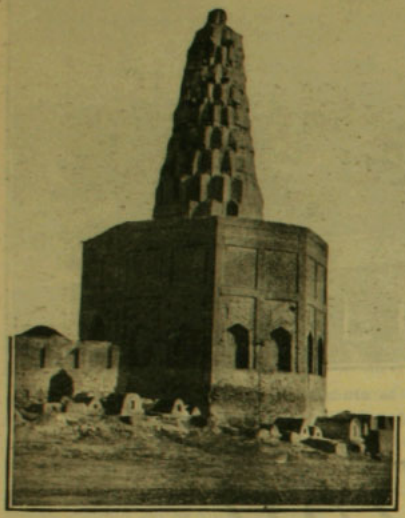
En la mañana del ocho, las fuerzas británicas tendieron un puente sobre la corriente del río, a alguna distancia más abajo, y un destacamento marchó a seis millas al suroeste de Bagdad. Los turcos fueron obligados a retirarse de esta posición a otra ubicada dos millas más atrás.

En la noche del día nueve, los ingleses forzaron el paso del Dialah y avanzaron más o menos cuatro millas hacia Bagdad Durante la noche empujaron al enemigo hacia la segunda posición y vivaquearon en el terreno ganado.

A pesar de que soplaba un viento, que levantaba nubes de polvo que cegaban a las tropas, y de que la tempestad era violenta, en la mañana del día diez las tropas indo-británicas continuaron la presión sobre las fuerzas enemigas y las obligaron a retirarse hasta una distancia de tres millas al oeste y al suroeste de Bagdad.

En seguida la caballería atacó los flancos de los turcos desmoralizados, y casi exclusivamente la infantería india, que había soportado muchos meses de privaciones, fué la que los dominó definitivamente. Esas tropas indias habían combatido heróicamente en Francia, Gallipoli y Egipto; tenían encima un equipo pesado y su marcha al través de aquellas regiones había sido larga y penosa.

El 11 de Marzo era tomada Bagdad por el general Maude, y con su caída se disipaba el sueño pan-germánico de dominación en las cercanías de la India. Aunque este acontecimiento histórico tenía y tiene gran importancia militar, sus efectos morales fueron todavía mayores, porque acabaron con el prestigio del kaiser en el Asia.



La tumba de Zobeida

Conocidas eran las aspiraciones alemanas en la Mesopotamia, y nadie ignoraba en el mundo a qué obedecía la construcción del ferrocarril de Constantinopla a Bagdad, cuya pérdida significaba el completo fracaso de un plan elaborado con tanta y tan sutil y teutónica paciencia.

Los ingleses, desde entonces acá, son dueños y señores de la vieja e histórica metrópoli asiática, a pesar de los continuos ataques de las fuerzas turcas que tienen su centro de operaciones en Mosul. Hasta hoy ninguna tentativa de reconquista ha tenido éxito. Pero no por eso Bagdad ha dejado de ser un objetivo para los turco-teutones.

Los últimos telegramas traen la noticia del proyecto que se estudia en Berlín y Constantinopla, relativo a la reconquista de Bagdad. Los alemanes no pueden conformarse con la pérdida de aquella ciudad y sus cercanías. Todos sus proyectos de dominio mundial presuponían la posesión del Asia Menor, y Bagdad era su llave para el pan-germanismo.

No sólo en el libro de "Las Mil y una Noches" encontramos descripciones del pasado grandioso de Bagdad; en todas las historias y crónicas de la época se hace mención de la riqueza de aquella ciudad, centro del poder espléndido de los califas, cuyo más conspicuo representante fué Haroum-al-Raschid. Dice la tradición que Bagdad asombraba al extranjero, que en todas sus actividades veía estampada la fastuosa grandeza arábiga.

En el vasto perímetro fortificado de cerca de una legua de largo, que se extendía cerca del río, los palacios se sucedían a los palacios. Al norte del principal, que antaño construyera el visir Giafar, el consejero de Haroum-al-Raschid, el compañero legendario de sus paseos nocturnos por Bagdad, se elevaba el palacio de Firdous o palacio del Paraíso; al sur estaba el de Vadj, o de la corona; más allá, se levantaba airoso el palacio de las Pléyades, la alta cúpula, llamada "cúpula del asno", y la espléndida sala del trono. Luego palacios y más palacios, rodeados de jardines incomparables.

En esa inmensa y suntuosa residencia reinaba un lujo deslumbrante. Los historiadores nos brindan el recuerdo de un esplendor incomparable, de gastos insensatos, de recepciones fantásticas, de fiestas maravillosas. Para deslumbrar a los visitantes admitidos a la presencia del califa, se desplegaba, como en Bizancio, un lujo inaudito; soldados cubiertos de corazas brillantes incrustadas de oro y pedrería, esclavos y chambelanes vestidos de hermosos trajes, tapices admirables, tigres y leones encadenados ante el trono del amo. Y venían luego los festines en que, durante la comida, no cesaba de caer una lluvia de rosas y monedas de plata y oro.

En la intimidad, en la vida opulenta y blanda, la música alternaba con los chistes y chocarrerías de los bufones, con las diversiones y las intrigas del harem, o las carreras de caballos, la caza y los juegos,

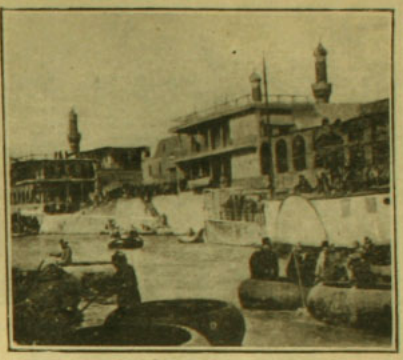
Una mezquita

que procuraban animar y hacer agradable la fantasía del príncipe. Alrededor del palacio, en la ribera izquierda del río, había nacido una ciudad magnífica, toda llena del ruido de las fiestas y del resplandeciente aspecto de los cortejos triunfales. En sus calles imperaba una alegre animación comercial que, en los bazares, en el puente fluvial, creaba y mantenía la riqueza. Hoy día, ya han desaparecido los suntuosos palacios de los califas, pero la parte principal de Bagdad es siempre esa ribera izquierda, donde radicó durante siglos el centro de la vida ciudadana.

La Mesopotamia en la Edad Media fué tan floreciente como en los tiempos de Babilonia y Nínive. La dominación turca ha concluído con esa prosperidad. Pero, sin embargo, treinta siglos de historia han conservado su memoria y ese país admirable está siempre pronto a recobrar su esplendor de antaño. El pasado garantiza el porvenir, y las riquezas de ayer son la mejor esperanza para el renacimiento de mañana. Y ello es lógico, dada la importancia de ese centro de población y de comercio a las puertas del Golfo Pérsico.

Aun hoy, cuando los tiempos de real esplendor han pasado, Bagdad puede sostener con brillo su título de gran ciudad del Oriente. Hay todavía palacios hermosísimos. Los viejos edificios de los califas conservan su morisca belleza y sus jardines son los mismos de antaño, con toda la lujuriante vegetación que tan bien se describe en el libro de Scherazade. La naturaleza ha prodigado sus favores a los valles mesopotámicos que riega el Tigris.

Otra mezquita



Las cufas navegando en el Tigris

Un grueso suelo vegetal de incomparable fertilidad y un clima maravilloso, hace que en aquellas regiones se produzcan todas las plantas útiles al hombre. El agua la da el Tigris en abundancia en época propicia, y en los rincones lejanos la proporcionan miles de norias que abren por doquier sus negras bocas; donde el agua concluye comienza el desierto, hoy menos triste que antes, desde que lo atraviesa la línea férrea. Los ingleses se preocupan de modernizar en lo posible Bagdad y sus habitantes, tarea por demás difícil, dado el feroz tradicionalismo de aquellas razas antiquísimas.

Desde luego, la conformación de la ciudad es de lo más incómodo y sus callejuelas tan estrechas, que hay que andar en ellas de a tres en fondo y algunas sólo permiten la pasada a una sola persona.

Como en todas las ciudades del Oriente, los bazares o mercados constituyen en Bagdad un barrio interesante para el observador, tanto más, cuanto que ellos son más amplios y mejor pavimentados. Hay también algunos edificios europeos y una ancha y hermosa calle moderna, donde tienen asiento en la actualidad todos los establecimientos necesarios para las operaciones del ejército inglés.

La ciudad está situada en ambas orillas del Tigris: la parte mayor, la verdadera población, en la orilla izquierda; la fortaleza y la llamada ciudad vieja, en la orilla derecha. En ésta viven principalmente los chiitas o musulmanes cismáticos; en la de la orilla izquierda, los musulmanes ortodoxos, los cristianos y los judíos, así como las autoridades locales y los cónsules. Paseos y filas de palmeras embellecen las márgenes del río. Las murallas, y todos

El puerto de barcas sobre el río

los edificios son de ladrillos, pues no hay piedras en el país. Hay algunos monumentos del tiempo de los califas, entre ellos, la tumba de Zobeida, sultana favorita de Haroum-al-Raschid. De las construcciones modernas, las más notables son las mezquitas. Hay también varios templos cristianos y una sinagoga. Llaman también la atención la Aduana, la mezquita de Kazimaín y el célebre puente de barcas sobre el Tigris.

Pero sin duda el atractivo más original de la antigua ciudad es el río, inmenso, tranquilo, de aguas amarillentas. Hasta Basorah sigue su curso bienhechor, arrojando la vida y la fertilidad sobre sus orillas y la frescura en el aire tropical. Sin el Tigris, Bagdad no sería sino una miserable aldea donde quizá levantarían su tienda algunas familias árabes. Si se secase en verano, la ruina de la región sería completa; felizmente, las montañas de Armenia se encargan siempre de suministrar la nieve que se funde y corre al valle. Comúnmente tiene el río siete metros de hondura; en la estación cálida baja a tres metros y a veces a menos; pero jamás deja de haber en el lecho el agua suficiente para el regadío. Algunas islas aparecen aquí y allá, en medio de la corriente. Son verdaderos jardines que los indígenas cultivan cuidadosamente. Es rasgo característico del Tigris el ser navegado por unas embarcaciones sumamente curiosas, de forma redonda, llamadas cufas, que no son otra cosa que enormes canastas hechas de ramas de palmeras y exteriormente calafateadas con una gruesa capa de alquitrán. Esta forma de navegación se conoce desde tiempos inmemorables. La maniobra de esta embarcación es muy sencilla: con un remo en forma de cucharón se desplaza el agua en la dirección en la cual se quiere ir, teniendo cuidado, sin embargo, de dar algunos golpes a derecha e izquierda, a fin de impedir que se ladee. Estos esquifes son de todas dimensiones: desde la miniatura donde apenas cabe un hombre hasta la cesta inmensa donde caben cincuenta hombres y varias toneladas de carga.

El tráfico entre ambas orillas del río

En la ciudad las cufas ya no son tan abundantes, sobre todo después de la ocupación inglesa. Hoy día ambas orillas del Tigris, en donde hay muelles y en donde no los hay, se ven surcadas por botes, chalupas y lanchas a remo y petróleo.

Estas mismas orillas cobijan a una infinidad de gentes. Al lado del oficial inglés de impecable uniforme, se ve al beduino del desierto, el turco dueño de la región

hasta hace poco, el hindú de abultado turbante, el kurdo, el circasiano, el ruso del Tiflis, el árabe, el mahometano, el judío, el catolico y de cuando en cuando, uno que otro prisionero alemán, cuyo rostro no se podría decir si revela la satisfacción, el hastío, el deseo de venganza o la indiferencia.

Es muy difícil decir o anotar la población de Bagdad. Poniendo doscientos mil habitantes, quizás estaríamos en lo cierto, sin contar con la población transeunte de tropas hindúes o inglesas que allí se albergan. Hay seguramente unos cien mil musulmanes y cincuenta mil judíos, que, como en todas partes, han acaparado las riquezas y negocios. Algunos miles de cristianos vienen en seguida y otros tantos persas, beduinos e hindúes.

Todas estas gentes son apasionadas de su religión. Entre los musulmanes se hacen notar los chütas, por su osco fanatismo. La presencia de un infiel, es decir de un cristiano o de un judío, es una mancha para su morada e impone la obligación de destruir el objeto tocado por el réprobo. Los chütas, sin embargo, tienen una gran cualidad: hacen una verdadera religión del silencio, y a veces pasan varios días sin hablar. Los caracteriza principalmente su rivalidad con los mahometanos ortodoxos.

El mismo oriental entusiasmo religioso distingue a los católicos. Sus sermones son notables por la vehemencia extraordinaria de los oradores. He aquí lo que cuenta un viajero a este respecto: "Como es uso en los ritos católicos, durante la Semana Santa se predica sobre la pasión de Nuestro Señor. En Bagdad esta costumbre adquie-

Cargadores de la orilla del Tigris comiendo las tradicionales galletas.

Un aspecto de la ciudad

Las orillas del Tigris en la actualidad

re una fuerza extraordinaria. El grado de elocuencia del sacerdote se mide por el tiempo empleado en discurrir sobre tan deplorable acontecimiento histórico-religioso y la mayor o menor abundancia de lágrimas que se arranca al auditorio. Jamás he podido olvidar lo que ví hace algún tiempo en una Iglesia Caldea.

Con una voz formidable un predicador contaba a la multitud en forma casi epiléptica el horrible drama del Calvario; a cada momento se enjugaba el sudor que inundaba su frente y se callaba de cuando en cuando para tomar aliento y seguir luego con voz más penetrante todavía, y con gestos de intensa desesperación. Sus brazos bajaban y subían como aspas de molino y marcaban en el vacío con sorprendente agilidad todos los azotes que el Hombre-Dios soportó atado a la columna. En un momento dado, en medio del silencio y el recogimiento, estalla un sollozo, potente, desgarrador; otros le suceden, con algunos intervalos a veces, más seguidos después, y poco a poco el llanto aumenta, el energúmeno se anima más todavía, sus mejillas se enrojecen, sus ojos se hinchan y arrastra a la multitud en una ola de dolor estrepitoso y algo cómico".

Una de las cosas que llama la atención en Bagdad es la falta de piedras; se puede buscar inútilmente en las construcciones lo que es tan común en otras partes sin encontrar ni el más leve asomo de un guijarro. Todos los edificios se hacen con briquetas de arcilla, o sea con el vulgar ladrillo, excepto en algunas casas de magnates en que aparece el mármol, los pequeños ladrillos persas y mosaicos de porcelana, que hacen el encanto de todos los conocedores europeos.

El tradicionalismo impera en todo y el pan se amasa en la misma forma en que lo hacían los beduinos de hace quinientos años y es muy común ver a los cargadores del Tigris comiendo galletas inmensas iguales a las que servían de alimento a los contemporáneos del califa.

El arte de edificar ha seguido la corriente y todas las casas tienen aún el piso bajo a un nivel inferior al suelo. La sala bodega así formada se llama "saraap" y sirve de refugio contra el calor.

Igual papel desempeña la terraza. Sólo ahora en los últimos años se han venido a construir edificios modernos a la europea. Desgraciadamente ellos no lucen lo suficiente, excepto en la avenida principal, por lo estrecho de las calles.

Desde el mes de Mayo hasta el mes de

Noviembre toda la ciudad vice a la intemperie, es decir, que la población íntegra duerme fuera de sus casas. A penas se oculta el sol sembrando su polvo de oro sobre la arena, cuando la frescura llega y, mientras aparecen lentamente las estrellas en el claro cielo del oriente, se pueblan las terrazas. El ruido de cánticos y el eco de la música vienen en oleadas alternadas con la voz sonora de los muezines que arrojan en la penumbra que llega sus plegarias hacia la mansión del profeta. Son esas las noches cuya belleza y poesía contaba la sultana a su marido y señor.

Los europeos han trabajado por mejorar la iluminación; pero en Bagdad aún es general la costumbre que existía en Chile hace muchos años: la de viajar de noche con su chonchón o antorcha. A las visitas siempre se les manda dejar a sus casas con un criado que lleva luz, porque la municipalidad no existe. Otra costumbre chilena antigua existente allí es la del reparto de agua a domicilio y el aguatero se llama "sakka". El agua fresca y el abanico son remedios para el calor.

Pero a pesar de su clima tropical, Bagdad es una ciudad sana para el oriente, es decir, que allí no muere la gente como en la India. Actualmente los ingleses han establecido una verdadera tiranía higiénica y mediante sus severos sistemas se ha conseguido evitar en gran parte las epidemias que podía haber creado la súbita intromisión de cien mil soldados en el recinto de la ciudad. No sólo en eso ha tenido lugar a ensayarse la previsión y el espíritu de orden de los ingleses y en muchas cosas notan los mismos indígenas los beneficios de la civilización británica que, puede afirmarse, está ya completamente asegurada en todo el oriente del Asia Menor.

Decíamos, al comenzar, que los diarios hablan de una posible contra ofensiva turco-alemana; pero esto es muy problemático. Basta para ello estudiar un poco la solución militar en el oriente.

Se dice que el cuartel general de la ofensiva turco-alemana sería Aleppo y su caudillo von Falkenhayn.

Allí enviarían dos divisiones de las de Rumania y dos de Galicia, con otras de Tracia y buena cantidad de artillería pesada austriaca.

Estos rumores parecen efectivos a primera vista, pero examinados minuciosamente, la cosa cambia de aspecto.

Desde luego, las divisiones turcas de Galicia no han sido movidas, pues acaban de ser felicitadas por sus recientes éxitos. Sin embargo, el frente rumano parece que no está muy reforzado, pues en su última ofensiva, los ruso-rumanos, a pesar de haberse apoderado de una enorme cantidad de artillería, capturaron muy pocos prisioneros, lo que parece demostrar que se habían mandado tropas al Asia Menor.

La llave de la situación militar en el Oriente es Constantinopla. Por Constantinopla se comunica el Gobierno turco con sus aliados de Europa. Por Constantinopla y sus estrechos puede mandar socorros a sus aliados y puede operar a su antojo lo mismo en Asia que en Europa. Mientras los aliados de los Imperios Centrales tengan a Constantinopla y sus estrechos, no pueden los ingleses impedir que organicen expediciones ofensivas de refresco contra las fuerzas británicas de la frontera de Egipto y contra la Mesopotamia.

Por ferrocarril pueden transportar tropas de Escutari y Esmirna a la frontera egipcia directamente, sólo hay dos interrupciones, que pueden salvarse en tres o cuatro días de marcha. Cierto que las vías no están en buen estado, pues consta que el ramal Hum-Trípoli en Syria fué destrozado hasta el punto que el material férreo fué usado para reparar la línea principal de Aleppo al sur; pero esto les da al menos gran ventaja para reconcentrar sus fuer-

El Mayor General Sir Stanley Maude.

Entrada de los ingleses en Bagdad.

zas en contra de los ingleses en la frontera de Palestina.

En cuanto a la situación militar, reina paralización completa desde hace meses en el frente caucásico. Tal vez el ejército ruso experimenta la misma fiebre revolucionaria que las tropas de Europa. Por otra parte, las fuerzas turcas en Armenia es sabido que están en absoluto desorganizadas.

La deserción es escandalosa.

El ejército de Sir Stanley Maude, en la Mesopotamia, ocupa un frente en un semicírculo que pasa por Samarra, y cuyo radio es la línea Bagdad-Samarra.

En oposición a éste están las fuerzas turcas que perdieron Bagdad, reforzadas por fuerzas del Oeste y el 18 Regimiento Persa.

El ejército de Maude ha llegado ya al límite de la pantanosa región de la Mesopotamia inferior y en adelante tiene que cambiar las condiciones de su ofensiva. Las colinas de la cadena de Zagros, junto al Tigris, sobre Samarra, y las secas y áridas llanuras de la Mesopotamia superior, están cortadas por la cadena de montañas como el Zenjar Ramge. El desierto de Siria no es intransitable. Es una estepa seca, no desprovista, en absoluto, de agua, y cruzada por senderos de caravanas, uno de los cuales muy frecuentado, es el de las ruinas de Salomón. "Tadmor del Desierto". De Jerusalén a Kerbela hay 500 millas.

La parte superior del desierto es la más difícil, por ser el camino más pesado y más escasa el agua hacia el sur.

Por último, el ejército turco de Siria, al mando de Djemal Pachá, está en una línea de trincheras delante de Gaza, exactamente en la frontera turca. Frente a él están las fuerzas inglesas de Egipto, que han avanzado firme desde la línea del canal de Suez hasta el frente Gaza-Beersheba, y están ahora bajo las órdenes de Sir Edmund Allenby.

Von Falkenhayn ha hecho esfuerzos inmensos por conseguir el mando supremo de todas las fuerzas turcas del Oriente, pero Djemal Pachá se ha opuesto enérgicamente a estos designios.

Son conocidas las ventajas estratégicas que poseen los aliados centrales. Tienen comunicación directa por ferrocarril con el teatro de la guerra. Pero el imperio de

Osmanlí es una área casi enteramente privada de desarrollo económico, y aunque Turquía y Bulgaria pueden proporcionar muchos hombres y buenos combatientes, no es tarea fácil aprovisionarles. Alemania y Austria pueden suministrar armamentos, municiones, equipo, vestuario y experta dirección, pero alimentos es otra cosa. La inmensa mayoría de los hombres hábiles están sobre las armas y los campos están sin cultivo, de modo que aunque Turquía es un país que puede mantenerse a sí mismo en tiempo de paz, ahora varía la cosa. Es un hecho probado que la mayor parte de las deserciones que se realizan en el ejército turco obedece a la falta de alimento, lo que no deja de ser grave, si se tiene en cuenta que el aldeano de Anatolia, que constituye el núcleo de los ejércitos de Osmanlí, es sumamente robusto y frugal hasta lo increíble.

El Asia Menor está, según rezan las *informaciones más fidedignas*, en un estado de revuelta crónico si no en el caos. Cada día son más numerosos y graves los disturbios, que reconocen como causa principal la escasez de alimentos. La moneda ha sufrido una depreciación horrorosa. Es papel, garantido por bonos del tesoro alemán, pero rehusado por casi todos los bancos del Asia Menor. Cuando es aceptado es al tipo de cambio de cuatro libras en papel turco por una libra oro, con un valor real por tanto de sólo el 25 por ciento.

La situación política es dominada por Enver y el Gran Visir Talaat Pachá. Enver está completamente en manos de los alemanes, con cuya ayuda ha reorganizado el ejército, despidiendo a 2,500 oficiales y admitiendo, en cambio, a otros tantos partidarios suyos y creación suya. Pero Talaat Pachá, hombre astuto si los hay y de pocos escrúpulos, tiene una posición jerárquicamente superior a la de Enver, y en muchos conceptos independiente de éste. Son dos potencias: una militar y otra civil, en perfecta armonía aparentemente, pero enemigas en el fondo. Talaat Pachá no está tan sometido a los alemanes, quienes recelan de él no sin razón.

Otro elemento sospechoso es Djavid Bey, Ministro de Hacienda. Era enemigo de la guerra y fué al ministerio sólo por impedirla. Posee enorme influencia en el Asia Menor y a pesar de su cargo oficial combate la dominación alemana y no hace buenas migas con Enver.

Los hechos expuestos nos llevan a esta conclusión: de que el imperio de Osmanlí está en vías de disolución. Si la miseria o el descontento son tales como se dice, posible es que estalle una revuelta interna,

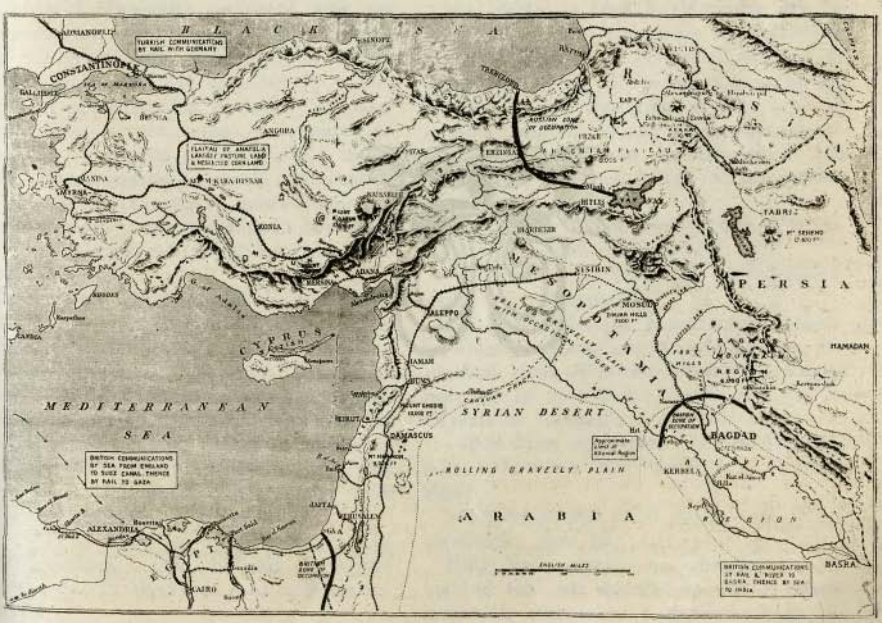


Gráfico de la situación militar en el Oriente.

posiblemente alentada por el mismo general Djemal Pachá, contra sus opresores, a menos que Enver y sus amigos los alemanes jueguen el todo por el todo y acometan una ofensiva contra las fuerzas inglesas de uno u otro cuerpo en el Oriente. El ejército de Djemal sería el mejor situado para esta aventura, pues tiene a sus espaldas casi intacto el ferrocarril, el centro de las fuerzas alemanas y los mismos socorros que Alemania puede proporcionar.

Siria misma, a pesar de siglos de decadencia y desgobierno, es relativamente rica comparada con la arruinada y desolada región del Asia Menor y las llanuras de la Mesopotamia.

Siria, con sus ricas regiones agrícolas y sus ciudades famosas, Damasco, Alepp>, Beiruth, Hums y Hamah, puede siempre aprovisionar un ejército considerable. Por otra parte, Sir Edmund Allenby está bien situado para resistir el ataque, pues tiene el Egipto y todos sus recursos a su espalda, unido a su frente con una magnífica línea de ferrocarril estratégico.

Una ofensiva contra las fuerzas del general Maude en Mesopotamia no parece prometer mejores resultados. Aquí se presenta de nuevo el problema de proveer un ejército numeroso a gran distancia de su base. La línea férrea de Bagdad no llega al parecer más allá de Nisibin y de aquí al frente turco sobre Samarra hay una distancia de 250 millas, la mayor parte montañosa a través de los montes de Zingar. Ambas empresas son, por tanto, difíciles, aunque la ofensiva de Mesopotamia lo es mucho más. Si, como se asegura, existe una concentración de fuerzas en Aleppo, serviría para operar en Palestina, pues Aleppo no está en el ferrocarril de Bagdad, sino en la línea central de Siria, que pasa por Damasco. Un éxito en Siria traería también mejores resultados y mayor prestigio que una victoria en la lejana Mesopotamia. Ni una ni otra aventura parecen provechosas ni probables.

Y para matar definitivamente los intentos de un posible ataque de los turcos, el general Maude, a fines de septiembre atacó al enemigo y obtuvo una brillante victoria sobre el general Ahmed Bey, que ha hecho avanzar la línea británica hasta cinco millas de Aleppo, el lugar designado como base y cuartel general de la decantada ofensiva.

LA ULTIMA TRAVESIA

Por

Andre Linville

La actual guerra de submarinos ha desarrollado en el inmenso Océano un sin fin de tragedias espantosas. André Linville nos describe en este interesantísimo relato la angustiosa situación que esta circunstancia provocó en los pasajeros del **Lithunia** durannte una de sus últimas travesías, manteniendo en nerviosa expectación a los lectores hasta el momento mismo del fatal desenlace.

Con ilustraciones

Evidentemente, Walter Price, el empleado del inalámbrico, no debiera haber revelado a nadie el contenido del sugestivo despacho que acababa de recibir a bordo, y que sólo debía ser conocido por el capitán y oficiales primeros del buque. Pero Walter Price estaba enamorado de la preciosa Margarita, la camarera de los departamentos de primera. Y para darse importancia a sus ojos, faltó imprudente al secreto profesional.

La joven Margarita no pensó más que en comunicar cuanto antes la fatal noticia, con mil reticencias, a la anciana señora Hammersmith, la más considerada y más digna de consideración de todos los pasajeros. Esta, naturalmente, se lo participó a su hijo, y aquella misma noche, cuando Harry Hammersmith se reunió con nosotros en el salón de fumar, se mostró con aire tan misterioso y tan preocupado que todos los ojos se clavaron en él con insistente curiosidad.

Formábamos corro en torno a la mesa de poker una media docena. Ralph Morrison, el famoso ingeniero; William Froitzer, gran industrial de Chicago; el joven K. W. Chapman, hijo del multimillonario, jugaban fuerte en animada partida. Sin dejar de dar las cartas, Ralph Morrison preguntó solícitamente a Harry Hammersmith, que para tener algo donde entretenerse daba nerviosos tirones a su corbata.

—¿Qué le pasa, mi amigo? Parece Ud. muy preocupado. ¿Ha divisado por acaso el periscopio de alguno de esos malditos sumergibles?

Chapman se echó a reir ante esta suposición:

—Vaya unas ocurrencias las suyas, señor Morrison. Un submarino por estas latitudes. Por mucha que sea la audacia de los alemanes, no se aventurarían a llegar a más de cuatro jornadas de las costas de Inglaterra. A Dios gracias, no hay temor de que el "Lithuania" vea su travesía interrumpida brutalmente por algún torpedo intempestivo.

En efecto, la idea de Morrison era inverosímil, pues el giganteseo transatlántico que nos conducía a Liverpool acababa de dejar New York el día antes y se encontraba aún, por consiguiente, muy lejos de la zona peligrosa, donde pocas semanas antes había encontrado el "Lusitania" tan trágico fin, bajo los golpes de los piratas alemanes.

Pero Harry Hammersmith meneó la cabeza y respondió con voz baja:

—Puede que no ande Ud. muy descaminado, señor Morrison.

La contestación de Hammersmith suscitó, entre nosotros, más incredulidad que inquietud. Sólo William Froitzer se agitó nervioso en su asiento y gritó con voz de angustiosa turbación:

—Por Dios, explíquese Ud.! Se ha señalado a la vista efectivamente un submarino?

—No, respondió en el mismo tono Hammersmith; pero hay algo peor...

Hubo un momento de silencio. La inquietud real que acusaba la voz de Hammersmith comenzaba a apoderarse de todos nosotros poco a poco. Froitzer, un hom-

brecito barrigón, mofletudo y apoplético, que semejaba con sus ojillos encerrados entre aquellos párpados invadidos por la grasa un budha escapado de alguna pagoda asiática, se levantaba de su asiento, y se disponía a correr hacia la puerta.

—¿Pero, en fin, qué es lo que hay? preguntó Morrison impaciente.

—Pues bien, exclamó Hammersmith, decidiéndose de una vez, vean ustedes lo que pasa, y juzguen por su cuenta si se trata de una friolera: esta mañana ha llegado un radiograma, enviado por el director de la policía central de Nueva York, avisando al comandante que hay a bordo una máquina infernal, disimulada quién sabe dónde entre la carga... Una máquina infernal, fíjense ustedes, es decir, una bomba, que funciona por un aparato de relojería y que dentro de algunas horas, unos minutos, tal vez, puede mandarnos a todos, con el "Lithuania", a diez mil pies de profundidad...

Miré a mis compañeros de viaje. Estaban intensamente pálidos. El mismo Morrison, tan flemático, tamboreaba febrilmente, con los dedos sobre la mesa. En cuanto al pusilánime Froitzer, se había dejado caer sobre su silla, huraño y miedoso, repitiendo maquinalmente.

—Una bomba... Una bomba a bordo... Fué Chapman el que recobró más pronto su sangre fría y dijo:

—¡Caracoles con la noticia! Ahora que el comandante está en autos hará registrar minuciosamente las bodegas. No será difícil encontrar esa máquina infernal y tirarla al agua, si es que no se ha hecho ya.

—Oh, oh! interrumpió Morrison, va Ud. demasiado aprisa, mi querido amigo. No es tarea fácil remover quince mil toneladas de mercaderías.

—Pero, entonces, exclamó Froitzer, es preciso salvarnos al momento, dejar cuanto antes este buque!

El terror de aquel hombrecillo nos hubiera parecido cómico, a no ser tan grave la situación, pues, según nos lo explicaba Morrison, no había que pensar en abandonar el buque. Para huir de los submarinos alemanes, el "Lithuania" se había desviado de la ruta ordinaria seguida por los transatlánticos; y, abandonadas en alta mar, las canoas hubiesen corrido el grave riesgo de errar a la ventura sin encontrar jamás un socorro a tiempo. Este mismo cambio de itinerario hacía también inútiles los llamados de socorros lanzados por la telegrafía sin hilos. Antes de que otro buque pudiese llegar hasta el "Lithuania" y recoger sus pasajeros, la bomba habría cumplido su misión. Aún caundo examinásemos con sangre fría nuestra situación y la de nuestros compañeros de viaje, teníamos que convenir en que ésta era verdaderamente trágica.

Cuando pasamos revista a todas las probabilidades de salvación y nos convencimos de que eran muy remotas, un silencio preñado de angustia nos embargó a todos en el salón de fumar, angustia que se acrecentó cuando Morrison se separó de nosotros, para ir, según dijo, a poner en orden sus papeles.

A cada instante parecíanos que iba a producirse la temida explosión, y el más insignificante chasquido del gigantesco buque, el ruido más imperceptible, nos hacía saltar. Verdaderamente consternado, William Froitzer, parecía un pingajo humano, sollozando sordamente, y a la vista de tan baja cobardía aumentaba todavía más la tensión de nuestros nervios.

Como la noche avanzaba, Hammersmith se levantó bruscamente.

—Buenas noches, nos dijo, puesto que nada más se puede hacer, me voy a dormir...

En el momento de franquear el umbral de la puerta, se volvió:

—Me olvidaba deciros que el telegrama decía otra cosa.

—¿Y qué hace, grité yo, que no nos lo dice?

—Oh, no es nada que pueda tranquilizarles. Por el contrario... El telegrama habla también de la presencia a bordo del "Lithuania" de un espía alemán, que viaja sin duda con nombre supuesto.

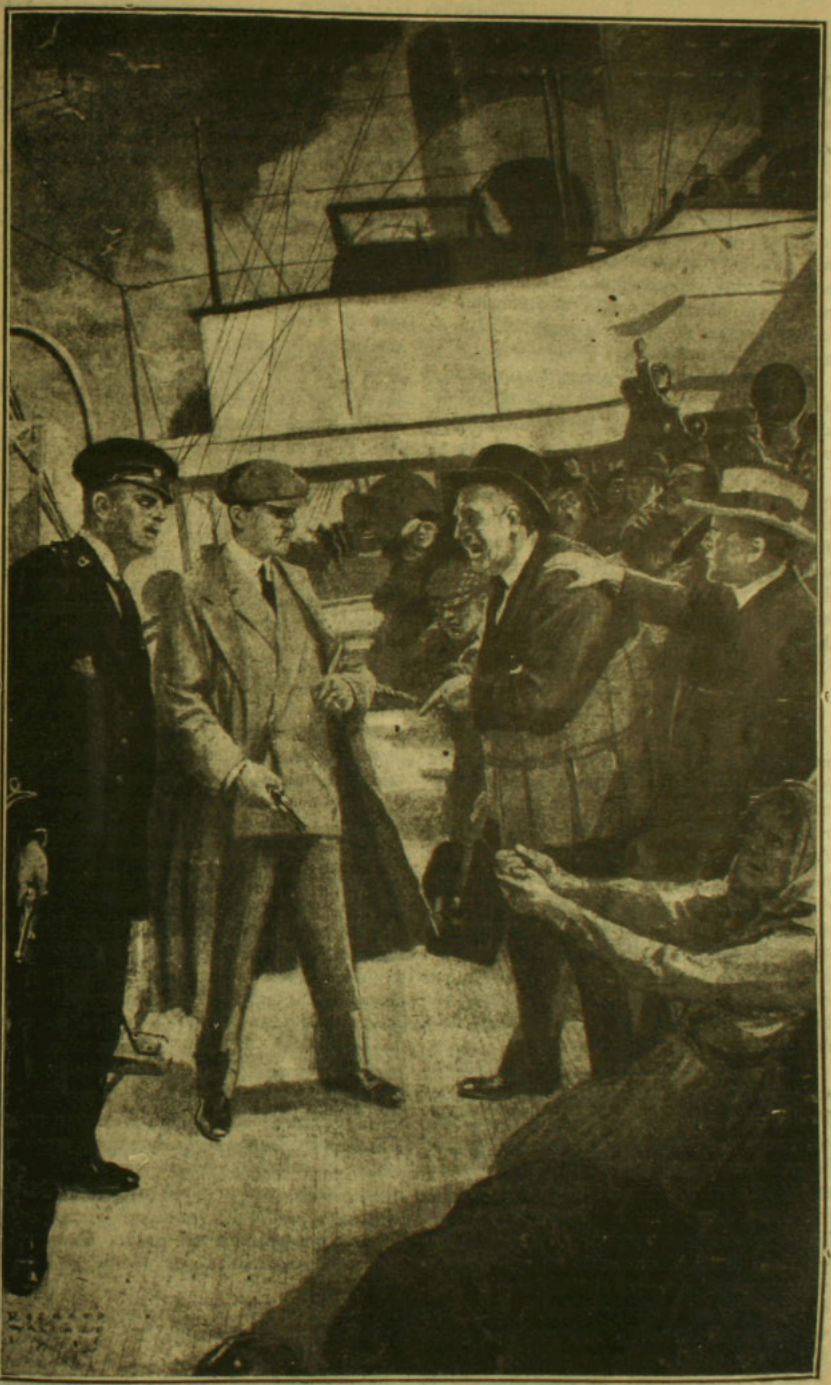
Y Hammersmith salió a toda prisa para reunirse a su madre, a quien acababa de ver sobre el puente.

—Un espía, se lamentaba Froitzer, esto es lo único que nos faltaba!

Pero un personaje que se encontraba en un rincón del salón y que no había aún despegado los labios, tomó de pronto la palabra:

—No ven ustedes, señores, dijo, que los dos hechos señalados en el radiograma son absolutamente contradictorios?

Nos volvimos hacia el que así hablaba; era un hombre joven aún, seco, enjuto, hue-



El infeliz venía con dos o tres cinturones de salvamento...

soso, cuya figura angulosa estaba sembrada aquí y allá de cicatrices blancas y cuyos cabellos de un rubio dorado escandaloso estaban cortados al rape.

—¿Contradictorios? Yo no veo cómo, repliqué.

—Absolutamente contradictorios, lo repito, afirmó el desconocido. No parece probable que si efectivamente se encuentra a bordo del "Lithuania" una máquina infernal, haya embarcado aquí un alemán, en la certidumbre de saltar él también al mismo tiempo que los otros pasajeros.

Mientras hablaba, Chapman había estado observando a mi interlocutor, y sin duda su examen no había sido favorable, porque, volviéndose a mí, replicó con sequedad:

—Bah! Este señor cònoce muy poco lo que es la mentalidad alemana. Si es que hay necesidad, por ejemplo, de vigilar el funcionamiento de la bomba, esté usted bien seguro, teniente, que no habrá faltado uno de esos fanáticos que haya querido embarcarse sacrificando su vida en aras de una Alemania más grande.

No soy un cobarde, y creo haber dado pruebas de ello durante los seis meses que he combatido en el frente, a la cabeza de una compañía de bravos canadienses. Herido en Neuve-Chapelle, curado en Londres, fuí a Quebec a pasar mi convalecencia, con mi familia, y después de aprovechar los pocos días que me quedaban de licencia arreglando en New York negocios importantes, me embarqué en el "Lithuania", para reincorporarme a mi regimiento. No soy un cobarde, y sin embargo esta historia de la bomba, me dejó en el ánimo una tremenda impresión de desaliento.

Y sí, ¿por qué no decirlo? tenía miedo... no por mí, sino por Minnie Hawkins, de Taylorville, que iba también al frente francés para servir allí como enfermera en una de nuestras ambulancias. Minnie Hawkins es hija de un americano, con quien mi padre tiene desde mucho tiempo atrás excelentes relaciones comerciales. Nunca la había visto hasta el momento en que nos encontramos ambos sobre el "Lithuania", pero sabía por mi padre, que había estado en su casa en Taylorville, que era una joven perfecta y cabal en todos sentidos.

—"Una mujer así, es precisamente la que te convendría", me había dicho un día mi padre al regreso de un viaje a Taylorville. Y efectivamente, cuando la casualidad me puso en presencia de ella en el "Lithuania", conocí al momento que mi padre no se había equivocado, y que Minnie Hawkins era exactamente la mujer que necesitaba un hombre como yo. Confiaba, pues, seguramente, en que si el cielo nos conservaba la vida a ambos en los campos de batalla, sería ella al siguiente día de la paz mi eterna compañera. Sin embargo, como puede suponerse, aún no la había yo comunicado la ternura de mis sentimientos y el amor que había logrado inspirarme, queriendo antes que ella me conociese y que me fuese propicio su corazón. Cuando estemos en Francia, me decía yo entonces, la hablaré. ¿Qué me contestará? Y mi imaginación me aseguraba que quedaría satisfecho de su respuesta, porque cuando los ojos de Minnie se encontraban con los míos, brillaba en ellos una sonrisa que me colmaba de esperanza. Ahora, el pensamiento de que tanta belleza, tanta gracia, tanta juventud y tan valiente, tanta virtud, pudieran ser destruídas para siempre por una catástrofe como la que nos amenazaba, me partía el corazón.

Subí, pues, al puente, víctima de una gran angustia moral. El cielo estaba profundamente azul y la luna dibujaba en el mar, tranquilo como un lago, una ancha franja de plata. Iba a ponerme a pasear por el puente, pues no tenía ganas de irme a acostar, cuando un poco más allá adiviné precisamente la fina silueta de Minnie Hawkins, apoyada contra la borda. Frente a ella estaba un hombre grueso, en quien yo reconocí a Froitzer. Me desagradó ver a aquel individuo cerca de la que yo en secreto llamaba ya mi Minnie. No podía, realmente, resistir a una gran antipatía que me inspiraba la sola vista de aquel gallina. Avancé sin hacer ruido. Y como un enorme lío de cuerdas me ocultaba, pude acercarme y oir la conversación sin ser visto.

—Vamos, señor Froitzer, decía Minnie, hay que ser más valiente. No es propio de un hombre temblar así... Y aparte de que, agregaba riendo, no se muere más que una vez.

—Morir! suspiró el mandria. Pero es que vamos a morir, miss Hawkins? ¿Voy a morir sin volver a ver a mi mujer y sobre todo, a mi hija? Los dos me aguardan en

Suiza, el único país de Europa donde se puede vivir hoy día. Mi hija, miss Hawkins.. No puedo pensar en ella sin que las lágrimas arrasen mis ojos. Es tan hermosa. Mire Ud! Con eso lo digo todo. Se parece a Ud. extraordinariamente. Tiene la misma edad suya, la misma estatura, el mismo color de los cabellos. Cuando, al poner el pie en el buque, la ví por primera vez, creí tener delante a mi Minna. Porque ella se llama Minna, como Ud. Minnie. Hasta en eso se le parece. Ay! pobre Minna! No volverás a ver a tu padre.

—Pero cómo no, señor Froitzer, sí que le verá. Porque esta bomba, vea Ud., no sé por qué me parece que no pasa de ser una ilusión fantástica, concebida por los señores policiales. No piense más en eso, señor Froitzer, y váyase a dormir tranquilamente...

—Dormir! Y quién puede dormir sabiendo la que nos espera. Mire, aquí está el teniente Bower, dijo al verme cuando salía yo de mi escondite. Es un hombre de guerra y a pesar de eso no siente ganas de dormir.

—Ni tampoco, añadí yo al ver las sombras que en torno nuestro se paseaban por el puente, creo que las sienten, al parecer, la señora Hammersmith y su hijo, M. Chapman, y M. Morrison, ni Ud. misma, miss Hawkins. Y sin embargo es Ud. valiente y no la intimida la bomba.

—¿Y a Ud. qué es lo que le intimida, señor Bower?

—Por mí, absolutamente nada; pero por Ud., ya la cosa cambia de aspecto...

—¿Y por qué motivo?...

Iba a contestar. Veía sus ojos brillantes en la obscuridad, que se fijaban en los míos dulcemente. Y estábamos solos, pues Froitzer, cuyo temor iba en aumento, nos había dejado bruscamente. Estábamos solos, pero mis labios no osaron pronunciar las palabras que muy bajito murmuraba yo para mis adentros; porque cuanto más hondo es el querer, más tímido y vergonzoso se muestra; ¿no es verdad? Y, en aquel momento, sentía yo que había aún demasiados testigos de vista en torno nuestro y muy poca soledad... Oímos, en efecto, cerca, la voz de Chapman discutiendo con Morrison. El ingeniero apoyado de codos contra la baranda y a la luz de la luna, trazaba cifras y cifras en un cuaderno.

—¿Qué es eso, señor Morrison, qué hace usted? preguntaba M. Chapman. ¿Tiene Ud. alma de trabajar en estos momentos de peligro?

El ingeniero levantó la cabeza y respondió flemáticamente.

—Estoy calculando la cantidad de cheddita que ha de contener esta máquina infernal para destrozar un buque de las proporciones del "Lithuania".

—¿Y el resultado de esos cálculos? preguntó la señora Hammersmith.

—Por Dios, señora, contestó Morrison; no quiero asustar a usted... Le diré, sin embargo, que no es mucha la cantidad que se necesita de este explosivo para producir un resultado desastroso para nosotros. Basta el contenido de una caja de uno y medio a dos metros. Apenas la dimensión de un piano ordinario...

—Caramba, exclamó Chapman, no deja de ser tranquilizadora la noticia, señor Morrison. No vaya Ud. a dársela al amigo Froitzer, que llega en este momento. Puede que le ocasione un ataque.

Soplando y lamentándose, llegaba, en efecto, Froitzer, de nuevo, a donde estábamos, y al punto comprendimos por qué motivo nos había dejado tan de repente hacía un rato. El infeliz venía con dos o tres cinturones de salvamento en torno a su cuerpo, que le daban el aspecto más ridículo; en la mano llevaba un maletín impermeable, que contenía, según dijo, algunas provisiones.

Morrison sacudió las espaldas.

—Está usted en un error al armarse de ese modo, aconsejó al malaventurado industrial. Admitiendo que saliese usted libre de la explosión y que fuese lanzado al mar, no sobreviviría usted más que algunas horas, porque el hielo entorpecería bien pronto la circulación de la sangre en sus venas.

Ante esta perspectiva, Froitzer sumióse en una crisis de desesperación, interrumpida por la llegada del teniente Moor, uno de los oficiales del "Lithuania".

—¿Qué novedades hay, teniente? preguntó Chapman.

—Ninguna, señores. Acabo de saber que conocen ustedes el terrible peligro que nos amenaza. De modo que nada les ocultaré. El comandante ha ordenado un escrupuloso registro en la carga, pero el resultado de este registro es aún problemático. Yo les tendré al tanto, si algo nuevo ocurre, pero

Creímos distinguir una forma humana...

es imprescindible que los demás pasajeros nada sepan del riesgo que corremos. El pánico sería espantoso

—Comprendido, teniente, respondió Morrison. Callaremos. Aunque creo que es tarde ya para esta precaución. Escuche... ya lo saben.

Un sordo rumor salía, en efecto, de los costados del buque, y en la mayor parte de los camarotes brillaban las luces. Los pasajeros subían en tropel al puente superior y se formaban grupos compactos; por todas partes se oían gritos ahogados. De repente, una voz aguda de mujer resonó sobre el puente.

—Vamos a saltar, Dios mío, sálvanos!

Después una voz bronca e imperiosa gritó:

—"El comandante! ¿Dónde está el comandante? ¿Se nos va a dejar morir así? Que se boten las lanchas al mar."

Entonces, de un extremo al otro del buque, surgió un clamoreo.

Ya algunos enfurecidos, en un vértigo de locura, trataban de echar un bote al agua, y fué preciso la intervención de los oficiales para restablecer el orden hasta cierto punto. Con un imperioso silbido, el comandante llamó a su tripulación, que montó guardia al pie de las canoas. Yo mismo armé también mi revólver y me instalé delante de una de las lanchas. Chapman y Morrison me imitaron.

Después de permanecer oculta durante todo el día anterior, conocida por un escaso número de pasajeros del "Lithuania", la noticia se había difundido de pronto, divulgada de boca en boca, haciendo por fin despertar a los pasajeros ya dormidos.

Al rayar la aurora, todos los puentes del "Lithuania" aparecieron invadidos por una multitud angustiada. Casi todos se habían provisto de cinturones de salvamento y William Froitzer tenía a la sazón gran número de imitadores entre aquella turba inquieta y agitada, cuya desesperación crecía por momentos.

Era evidente que a medida que el tiempo transcurría, se hacía más inminente el peligro, habiendo sin duda escogido los miserables autores de aquel criminal atentado, para consumar su obra de destrucción, el momento en que el buque estuviese a mitad de su ruta, entre ambos continentes.

El comandante, desde la barandilla del puente, dirigió algunas palabras a los pasajeros.

Trató de calmarlos, esforzándose en demostrar que el peligro era fantástico tal vez, ya que la policía neoyorkina podía muy bien haber sido mal informada.

Pero como sus palabras eran ahogadas por el tumulto y los gritos de protesta, tuvo

un gesto de energía. Hizo prender y atar a la barra a los tres hombres que más alborotaban; y ante aquella actitud resuelta, apaciguóse la turba y restablecióse el orden.

A la hora del desayuno, nos encontrábamos sólo un reducido grupo en el comedor y eso que estaba éste al mismo nivel que el puente.

La impresión nos había quitado casi por completo el apetito y no hicimos gran cosa los honores al almuerzo, que estaba, por otra parte, detestable, pues sin duda el personal de la cocina estaba tan confundido como los mismos pasajeros.

Sólo el tiritón de Froitzer no perdió bocado, y como de ordinario comió y bebió de lo lindo, declarando que la impresión le había abierto el apetito. Sin embargo, se sobresaltaba a cada instante y no menos de una docena de veces se levantó como si tuviese el presentimiento de que iba a producirse el desastre fatal.

En nuestra mesa había tomado asiento el individuo de las cicatrices blancas, que la víspera se había encontrado con nosotros en el salón de fumar. Este personaje intentó repetidas veces entrar en conversación con nosotros, aprovechándose de que la conversación era casi general y rodaba únicamente sobre la bomba. Nos dijo que se llamaba Carl Pilmann, y que era representante de una fábrica metalúrgica en Toronto. Pero le era profundamente antipático a Chapman, y el joven multimillonario contestaba a sus insinuaciones con un tono tan seco y tan poco amistoso que el Carl Pilmann no insistió.

Al concluir el almuerzo vino el teniente Moor a buscarnos para rogarnos fuésemos a presencia del comandante que deseaba hablarnos. Se trataba, en realidad, de un verdadero interrogatorio, que debía sufrir cada pasajero para probar su identidad. El comandante esperaba de este modo desenmascarar al espía alemán indicado en el telegrama, y obligarle a revelar el punto donde hubiera colocado la máquina infernal.

Al salir de la oficina del comandante, me preguntó Chapman:

—Sabe usted, teniente, quién es el espía que se esconde en el "Lithuania"?... No?... Pues bien, el teniente Moor me ha dicho sin rodeos que es el famoso Frank Bolt..

—Cómo! exclamé yo. Frank Bolt, el autor del atentado contra el palacio de Washington? Pero si se afirmó que había sucumbido, víctima de su propio crimen!... Dijeron que se había encontrado su cuerpo entre los escombros...

—Por lo visto aquel cadáver no era sino el de algún obscuro cómplice. Frank Bolt logró escapar y es él quien habría ideado esta máquina diabólica que tal vez dentro de poco nos va a reducir a papilla.

—Pero no se sabe su filiación? preguntó Froitzer.

Desgraciadamente no. Hay la certidumbre de la participación de Frank Bolt en la mayor parte de los atentados que se cometen en Estados Unidos por los alemanes, con el fin de consolidar su criminal propaganda, pero por lo que hace a Frank Bolt nadie le ha visto jamás y la policía nada ha podido averiguar de este sujeto.

Cuando nos disponíamos a subir al puente encontramos a la señora Hammersmith. La anciana aparecía completamente tranquila.

—Buena noticia! nos dijo, con voz jubilosa. La Santoni acaba de pronosticarme que viviré noventa y nueve años.

—¿Y por qué no cien? dijo bastante irrespetuosamente Chapman, que conocía la manía supersticiosa de la anciana señora. ¿Pero quién es esa Santoni?

—La Santoni, declaró lady Hammersmith, es una adivina. Es mujer de un italiano de los tercios que viene a su casa para incorporarse a su regimiento. Lee en las líneas de la mano. Margarita, la camarera, me asegura que no se equivoca jamás.

—Bueno, bueno! dijo Chapman, no sin cierta ironía.

—Me están dando ganas de ir por mi parte también a consultar a esa pitonisa Santoni. Viene Ud., Sta., y Ud., teniente? agregó volviéndose a Minnie Hawkins y a mí.

—Yo les acompaño, interrumpió prontamente el gordo Froitzer.

Encontramos a la Santoni sumamente atareada, en medio de una turba de chiquillos sucios y alborotadores, a los que propinaba buenos coscachos.

Era una mujercita morena y flaca como un grillo, en cuya figura extraña brillaban dos ojos sumamente hermosos. No pareció sorprenderse de nuestra visita. Sin duda desde por la mañana había habido ya no pocas consultas.

Froitzer insistió en ser el primero en con-

sultar y tendió su mano gruesa y blanda, de dedos cortos y amorcillados, en los que brillaban sortijas de un gusto pésimo.

El examen de la Santoni fué rápido; apenas fijó sus ojos en la palma de la mano de aquel gozador egoísta, púsose a hablar con una volubilidad extraordinaria, sobre la infancia de Froitzer y una porción de vulgaridades que lo mismo habrían podido aplicarse al noventa por ciento de los pasajeros.

—Pero, mi buena señora, interrumpió el industrial. Yo no le pregunto eso. El pasado no me interesa. Lo que yo quiero es que me lea el porvenir, que me prediga lo que me reserva el fin de esta travesía...

La Santoni mostróse visiblemente contrariada por esta interrupción y de bien mala gana tomó la mano de Froitzer para examinar su línea de vida.

—¿Qué edad tiene usted? preguntó a nuestro compañero.

—Cuarenta y seis años contestó éste.

—Pues bien, la línea de su vida se interrumpe bruscamente a esta edad, afirmó la adivina...

Froitzer se tambaleó y creímos que iba a caer.

—Dentro de unos días cumpliré cuarenta y siete, precisó aún con voz angustiosa.

La italiana prosiguió inexorablemente:

—La línea no va más allá... No llegará Ud. a cumplir sus cuarenta y siete años... Hace Ud., por tanto, su última travesía...

El aspecto de Froitzer inspiraba realmente lástima, pero creo que nosotros no estábamos menos conmovidos que él. ¿Estaríamos también condenados a la misma suerte?

—A Ud. le toca, dije a Chapman, mientras el pobre Froitzer se dejaba caer en un montón de cuerdas, rompiendo en convulsivos sollozos.

Pero el joven multimillonario sacudió la cabeza:

—Por ahora prefiero no probar. Pues aunque no es mucho el crédito que doy a estas noticias, no niego que si se me predijese algo parecido, me causaría una impresión poco agradable.

Si esta travesía ha de ser para mí la última, quiero al menos permanecer en la duda y aferrarme a la esperanza de que tal vez no lo sea.

Yo fuí también de este parecer y no me decidí a mostrar mi mano a la italiana. Pero la señorita Minnie Hawkins iba a verse la suerte, y yo me sentía tímido y nervioso. Mientras la pitonisa examinaba detenidamente aquella mano, yo estaba en una horrible angustia, como siempre que se trataba de ella. Pero de pronto, ví brillar en el rostro de la profetisa un resplandor.

—Es usted fuerte, dijo a la joven. La amenazan graves peligros, pero de todos triunfará....

Y tras un corto silencio, agregó: Está escrito que se casará usted con el hombre que la ama!

En el momento en que la italiana pronunciaba estas palabras, los ojos de Minnie Hawkins se encontraron con los míos. Creí desfallecer de alegría y nuestras miradas se comunicaron una misma emoción. Aquella escena terminaba con una especie de ensueño. Cuando después de remunerar a la Santoni con un billete de cinco dólares, subimos al puente, ya me había olvidado de la bomba, de Chapman y de Froitzer, cuya furiosa desesperación de antes habíase convertido en una lamentable estupidez.

Pero al llegar a la altura de las máquinas y pasar por delante de una puertecilla abierta, tras de la cual arrancaba una de las escalerillas de la cala, Chapman se volvió y se cogió con fuerza a mi brazo. Alguien salía, en efecto, de aquella escala.

—¿Ha visto usted? murmuró a mi oído. Es Carl Pilmann. ¿Qué hace ahí ese canalla de las cicatrices? Una idea acudió de repente a mi cabeza, y Chapman prosiguió:

—Sí, ¿qué tiene que hacer en la cala, donde está prohibido bajar a los pasajeros?

—Cómo! exclamé yo, es que usted supone?...

—Yo no supongo nada, replicó Chapman, pero creo que haríamos muy bien en exponer el caso al teniente Moor. No olvide Ud. que nadie conoce la filiación de Frank Bolt y que los alemanes no se paran en barras para procurarse papeles falsos. Pasó el día y la noche, y pasó el día siguiente y la noche también, sin que ocurriese nada de nuevo.

En vano se habían registrado las bodegas; la máquina infernal no parecía y continuaba siempre suspendida sobre nuestras cabezas la terrible amenaza. Lejos de alejarse, se acercaba el peligro a medida que el tiempo pasaba, pero ya todos nos habíamos habituado a la idea del peligro, sobedores

de que de un momento a otro el "Lithuania" podía ser destrozado, volado, despedazado por el volcán que dormía en su seno, esperando la hora de despertar con furia ciega.

Sin embargo, como se acercaba el término del viaje, los pasajeros iban poco a poco tranquilizándose. Alentaba ya la esperanza y si bien algunos estaban bajo el influjo del terror, otros creían ya que el peligro no existía, y pensaban que el mecanismo había debido interrumpirse, haciendo, de esta suerte, inofensiva la máquina infernal.

Esta era la idea que el comandante y la oficialidad del buque se esforzaban en propalar, infundiendo a todos el más consolador optimismo. Hasta pretendían algunos que no había nunca habido a bordo semejante bomba y que era aquel un "bluff" de los alemanes, consecuentes siempre con su sistema terrorista.

No obstante, la mayor parte de los pasajeros se negaba aún a abandonar el entrepuente, donde, a pesar del frío de la noche, preferían dormir.

Por otra parte, íbamos a penetrar en la zona peligrosa frecuentada por los submarinos alemanes y se nos había advertido que desde aquella misma noche debían permanecer apagadas todas las luces del "Lithuania".

A eso de las cinco de la mañana ocurrió un incidente que necesariamente produjo un nuevo pánico y que si no tuvo ninguna consecuencia inmediata, debía de influir poderosamente en el destino reservado al buque y a sus pasajeros.

Estábamos aún a algunos cientos de millas de la costa inglesa, y por consiguiente siempre en riesgo de ser atacados por los submarinos alemanes, cuando en el interior del vapor se produjo un choque violento, y las máquinas se pararon casi inmediatamente.

Al momento se oyeron gritos de terror por todas partes y hubo una irrupción incontenible hacia las lanchas de salvamento, algunas de las cuales alcanzaron a ser bajadas al agua, mientras que merced a la velocidad adquirida, aún el "Lithuania" no se había detenido por completo.

Pero el mecánico mayor llamó al punto por teléfono al comandante y al oficial de guardia, que se encontraban en el puente, para explicar lo sucedido; era sólo un ligero accidente de la máquina: los tornillos ajustadores del vástago de una de las hélices se habían saltado.

En total que la avería no era grave y que el "Lithuania" podía seguir su ruta tranquilamente, aunque con bastante menos velocidad.

El comandante habló entonces enérgico y se restableció la calma.

El viernes, al ponerse el sol, el buque se hallaba a la altura del cabo de Land'End. Si ninguna catástrofe se producía que interrumpiese nuestro viaje, al siguiente día al anochecer llegaríamos a Liverpool.

Hasta el momento llevábamos ya un considerable retraso, pues a no ser por el accidente que acabo de relatar, deberíamos haber llegado al puerto precisamente la misma noche del viernes. Pero la explosión de la maldita máquina, al no haberse producido ya, parece que no había que temerla, y era de creer más bien que se había parado su mecanismo, o aún, como ya iban convenciéndose la mayor parte, que nunca había existido a bordo semejante máquina.

Nuestra partida de poker fué esa noche más animada que de costumbre, y Chapman estuvo hasta en vena de hacer chistes que hicieron reir al mismo Morrison.

El triste Froitzer estaba ausente; tal vez si él hubiese estado allí, no hubiésemos estado todos tan tranquilos y de buen humor. Pero no le vimos en toda la noche. Seguramente, rendido de fatiga, después de varias noches de insomnio, se habría quedado dormido sobre el puente.

Era más de media noche cuando abandonamos el salón de fumar. Morrison y Hammersmith se retiraron a sus camarotes y Chapman me invitó a subir al puente a fumar un cigarrillo. Todo estaba en silencio en el gigantesco buque, que navegaba con todas las luces apagadas para que nadie pudiese darse cuenta de su presencia. De codos sobre el pretil, Chapman y yo permanecíamos inmóviles, sin chistar, fumando tranquilamente nuestros cigarrillos. De pronto me dijo Chapman.

—Y bien, teniente, creo que al presente podemos considerarnos ya sanos y salvos.

—¿Está usted seguro? murmuré yo.

Vaciló un momento antes de responder.

—Al menos, así lo espero... Después de todo, hasta las dos de la mañana no deberíamos haber llegado a Liverpool, de modo que hasta entonces no podemos estar seguros de nada. Porque, ¿no es así? todo

depende del modo como hayan arreglado esa maldita máquina.

—Pronto va a ser la una, dije yo.

—Sí, va a ser la una. Evidentemente, creo que debemos considerarnos fuera de peligro... Vea Ud., teniente, prosiguió tras breve silencio, yo en lugar del teniente Moor, habría dado cuenta al comandante y hecho detener a ese Carl Pilmann. Pues él se ha reído en mis narices cuando le comuniqué mis sospechas. No hay quien me quite de la cabeza que ese sujeto es sospechoso y que. .

—Chist! interrumpí yo.

A pocos pasos de nosotros, había visto apoyarse sobre la balaustrada una sombra, en la que me pareció reconocer la silueta del individuo en cuestión. Chapman observó un momento, pareció dudar y disponíase sin duda a interpelarle, cuando la sombra se alejó bruscamente y le oímos bajar por la escalera.

—Sí, repuso Chapman, al cabo de un instante, me es sumamente sospechoso, sin grandes motivos es verdad, sólo por su aspecto un poco... teutón y su apellido que huele a germánico, a más de que un día le ví que salía de las bodegas... En fin, si de aquí a dos horas nada ha ocurrido, podemos irnos a dormir tranquilamente.

Callamos, y confieso sin pizca de vergüenza que desde el principio de la travesía no había tenido nunca tanta angustia, que nunca había visto mis nervios en tan tremenda tensión. Pensaba en Minnie Hawkins, la única tal vez, de todos los pasajeros, que no había experimentado el miedo y dormía tranquilamente.

Esperando por segundos la faltal explosión, conté ansiosamente los minutos, hasta que sonaron las dos en el reloj de a bordo.

Entonces golpeé radiante de júbilo la espalda de mi compañero.

—Eh, Chapman... Son las dos... Ya no hay nada que temer!

Chapman no respondió. Apoyado sobre la balaustrada del puente, parecía mirar con atención hacia un rincón obscuro a nuestros pies.

—¿Qué es lo que mira tan atento? le pregunté.

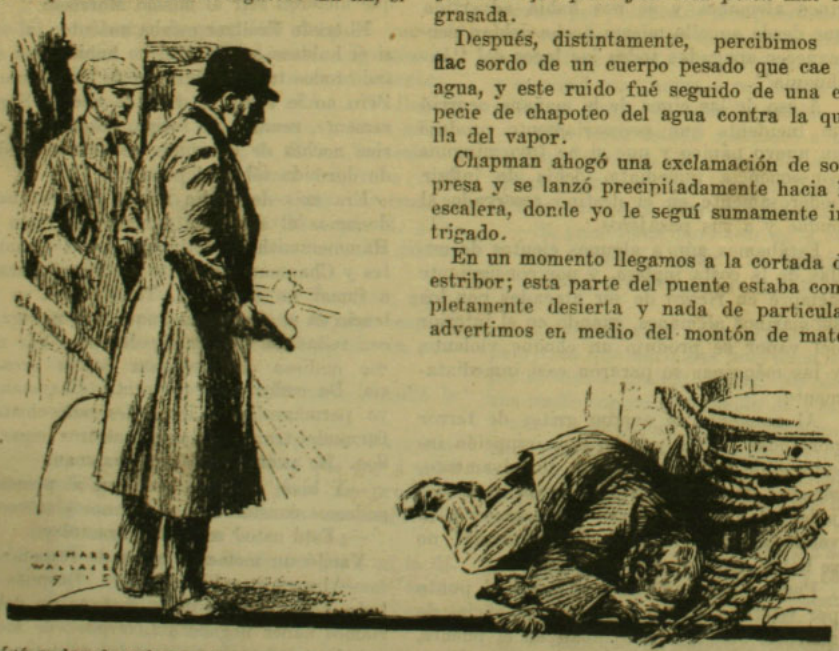
—Cállese un momento, me respondió con voz baja, y escuche.

En el rincón aquel que Chapman miraba y me señalaba, oíase un ligero ruido, semejante al que produjera una polea mal engrasada.

Después, distintamente, percibimos el flac sordo de un cuerpo pesado que cae al agua, y este ruido fué seguido de una especie de chapoteo del agua contra la quilla del vapor.

Chapman ahogó una exclamación de sorpresa y se lanzó precipitadamente hacia la escalera, donde yo le seguí sumamente intrigado.

En un momento llegamos a la cortada de estribor; esta parte del puente estaba completamente desierta y nada de particular advertimos en medio del montón de mate-



...fué a dar de cabeza sobre un montón de cuerdas.

riales que se habían reunido allí en previsión de un salvamento rápido que verificar. Uno de esos colgantes que se utilizan para suspender las lanchas, sobresalía, vacío, de la cubierta y su brazo arqueado se destacaba visible entre la obscuridad. Yo estaba seguro de haber visto colgada de aquel arco a medio día una de las canoas de salvamento.

No se oía absolutamente ningún ruido, a excepción de un ligero chapoteo contra el costado del buque. La obscuridad era en extremo densa. Al quedarnos allí, indecisos, pareciónos oir un llamado ahogado, desde abajo, de las olas y creímos distinguir una forma humana, que se ocultaba detrás de un barril. Chapman llamó, pero no obtuvo contestación alguna, lo que nos dejó bastante perplejos.

En medio de nuestras vacilaciones, brilló de pronto a nuestra espalda una luz brutalmente enceguecedora, que alumbró el barril y la balaustrada; un hombre se disponía a saltar ésta para bajar por una escala de cuerda sujeta a la serviola. El hombre aquel estaba de espaldas a nosotros, y no pudimos reconocerle. Por otra parte, la escena ésta duró sólo una fracción de segundo. Pues casi en el mismo momento sonó un disparo y el hombre rodó sobre cubierta, yendo a dar de cabeza sobre un montón de cuerdas.

Asombrados, nos volvimos; detrás de nosotros estaba Carl Pilmann con una linterna eléctrica en una mano y un revólver en la otra. Era él quien acababa de disparar.

Chapman hizo amago de saltarle al cuello.

—Miserable, qué es lo que ha hecho Ud., gritó.

Pilmann se encogió de hombros y respondió con voz sumamente tranquila y segura:

—Tranquilícese, joven. Cumplo con mi deber. Yo no soy Carl Pilmann, me llamo Fred Stokes, y soy inspector de la policía secreta de New-York.

Después, sin ocuparse más de nosotros, Pilmann o mejor dicho Fred Stokes, corrió hacia la balaustrada y dirigiendo el foco de su linterna a la superficie de las olas, iluminó una canoa atracada al costado del buque. En esta canoa había un marinero, que estaba soltando la amarra. Stokes le apuntó con su revólver.

—Ríndete, muchacho, le gritó. Te ha fallado el golpe. Sube inmediatamente y no trates de escapar o te mato como a un perro!

El marinero no esperó segunda orden y subió a toda prisa la escala de cuerda.

En tanto, la detonación había sembrado la alarma en el vapor. Acudían de todas partes. Uno de los primeros llegó el teniente Moor, acompañado de algunos tripulantes. Por prudencia, a causa de la posible presencia de algún submarino en los alrededores, el inspector Stokes había extinguido su linterna. Se dió a conocer y en breves palabras explicó al oficial que había disparado sobre un hombre que trataba de abandonar el buque en complicidad con un marinero. Este último acababa de subir al puente y fué sólidamente amarrado.

En cuanto al individuo a quien la bala de Stokes había derribado, estaba en verdad gravemente herido, pues permanecía tendido, sin movimiento, en un charco de sangre, la cara contra el suelo. Se le transportó con mucha precaución al salón de fumar, donde se nos permitió entrar a Chapman y a mí, como únicos testigos de aquel trágico incidente.

Pero, cuando se vió a plena luz la figura del herido, un grito de asombro se escapó de todos los pechos...

Era Froitzer!

Pálido y exangüe, privado de conocimiento, el industrial se quejaba sordamente, sin que pudieran reanimarle algunas gotas de whisky que el teniente Moor le hizo tragar. La bala le había pasado por medio de los riñones, yendo a salir por el pecho, en el espacio intercostal. El médico de a bordo, que llegó a toda prisa, declaró que la herida era de gravedad, y procedió a una primera cura, mientras el comandante interrogaba al marinero.

Este era un muchacho de unos veinte años, natural del país de Gales. Su aspecto franco predisponía en su favor, y respondió con franqueza a las preguntas que se le hicieron.

—Ese señor, y señalaba a Froitzer, vino a hablarme ayer tarde. Me dijo que no podía vencer el miedo. Que temía a cada momento que el 'Lithusnia'' volase hecho pedazos. Y como estábamos cerca de la costa, me ofreció una suma si le ayudaba a huir en una de las lanchas que estaban listas.

El relato era evidentemente sincero. De modo que aterrorizado por el temor de la explosión, el infortunado Froitzer había querido esquivar el peligro, y el destino inexorable había venido a perseguirle, permitiendo que fuese sorprendido por el policía en su fuga.

—Señor Stokes, dijo al inspector el comandante, indudablemente su bala equivocó el blanco, pero su proceder es disculpable, si bien ha habido por su parte algo de precipitación. M. Froitzer es víctima de su falta de serenidad y del temor que ofuscaba su cerebro.

El inspector parecía muy contrariado con su error y lanzó a Chapman una mirada de pocos amigos, cuando el joven multimillonario le dijo con ironía:

—Ha tenido Ud. mala mano, señor Stokes. Creyó Ud. cazar un lobo y sólo ha cazado una liebre.

Los incidentes de esta noche agitada, después de tantos días de angustia, me rindieron de fatiga, y como ya parecía improbable el peligro de la explosión, me fuí a mi camarote y me dormí con un sueño de plomo, hasta avanzadas horas de la mañana.

Me despertó Chapman, que entró sin cumplidos a mi camarote.

—Eh, teniente, que son más de las diez! Supongo que no habrá Ud. tenido pesadillas ahora que ya podemos considerarnos salvos. Eso de la máquina maldita creo que no era más que una 'bola'' de esos condenados alemanes. A Dios gracias, la bola no ha ocasionado más que una sola víctima, ese pobre Froitzer. Y todavía, su herida, aunque grave, no es mortal. Miss Hawkins, a la que acabo de encontrar, me ha dicho que tal vez se salve, haciendo así fallar el vaticinio de la Santoni.

—¿Miss Hawkins? pregunté yo precipitadamente.

—Sí, confirmó Chapman; ella es la que cuida a Froitzer.

Se ha instalado a su cabecera... Vamos, levántese ya, perezoso En el frente no habrá Ud. dormido tan a pierna suelta, creo yo. Hace un tiempo hermoso, añadió, retirándose, y nuestro último día de travesía promete ser magnífico.

Me vestí a toda prisa y subí al puente. El tiempo era soberbio, en efecto; una suave brisa mitigaba los ardores del sol, el cielo estaba puro y diáfano, y envueltas en un velo azulado se divisaban en el horizonte las costas del país de Gales, como una Tierra Prometida. Pero yo no prestaba gran atención a estos encantos de la naturaleza. Mi pensamiento estaba todo en Minnie Hawkins y a toda prisa me dirigí a la enfermería por verla. Al entrar, me hizo señas de que no hablase. Froitzer parecía descansar. Me quedé un instante mirándole. Su cara llena y grasosa, antes tan encendida, aparecía ahora lívida y contraída por el sufrimiento, reflejando una singular expresión de terror, como jamás le había visto hasta entonces ni aún en los momentos de mayor cobardía. Sus manos se agitaban en un temblor convulsivo y sus labios descoloridos se movían a cada momento como si pretendiesen dejar escapar palabras que dentro le ahogaban.

De pronto, incorporóse en el lecho. Una voz ronca salió de su pecho.

—Minna! Minna! gritó.

Miss Hawkins me lanzó una mirada.

—Es a mí a quien llama, susurró ella, empujándome con presteza detrás de las cortinas del lecho... Me toma por su hija.

—Así es, confirmé yo en el mismo tono, acordándome de la conversación que había oído una noche... Dijo que Ud. se le parecía mucho.

—Minna! Minna! Estás ahí? repitió la voz angustiada de Froitzer. ¿Qué hora es?

—No se agite Ud. tanto, dijo dulcemente miss Hawkins. Le va a hacer mal.

Pero el herido replicó, esta vez imperiosamente.

—Te pregunto, Minna, qué hora es. Quiero saber la hora.

—Vamos,; tranquilícese... Son las once.

—Las once! Dices que son la sonce! ¿Y en qué día estamos?

—Sábado. Esta noche llegamos a Liverpool. Y estará Ud. salvo.

—Salvo! ¿Crees tú que estaré salvo?... Pues nada, óyelo bien, Minna, nada puede salvarme. Esa maldita italiana me ha matado. Jettatore! Diablo! Pero tú, Minna, tú, es preciso que te salves. Escucha. Aún es tiempo. Acércate... más todavía.

El infeliz apenas veía ya. Le acometía el hipo. Cada palabra que pronunciaba le arrancaba un quejido lastimoso. Le brillaba el sudor en el rostro. Por una hendi-

dura en la cortina, a los pies del lecho, yo observaba. En verdad, me parecía que no era el mismo que yo había conocido. Había caído una máscara. Se me aparecía otro Froitzer. Y continuó con su acento singular en su voz.

—Son las once, Sábado, las once. Falta una hora. Ni un minuto más. Dentro de una hora saltará el vapor. Oh, oh, saltará, te lo aseguro yo. Demasiado sabes que a ti jamás te engaño... ¿No me crees? Pero, desgraciada, la máquina está ahí, precisamente debajo de la enfermería... en la cala... fardo número 233...

Jamás olvidaré la mirada que entonces me echó miss Hawkins.

—¿Delira? murmuré yo.

Hizo un signo de cabeza como diciendo: "¿quién sabe?" y se puso el índice sobre los labios. Froitzer se expresaba en tanto con una locuacidad extraordinaria.

—Quién habla, Minna? He oído una voz... Alguien nos espía... Aquí hay alguno... Guárdate de los espías, Minna... Andan por todas partes. No, no hay nadie; tú dices que no hay nadie... Estás bien segura, ¿no es cierto? Escucha: Es necesario que te salves. No te será difícil huir de este maldito buque. Coge el dinero de mi cartera. Con dinero todo se consigue. Paga lo que te pidan... Encontrarás un marinero... Una hora, nada más que una hora, te digo. Te vas allá, a nuestra casa. Sí, sí, te vas... Es preciso que te veas con él, con nuestro emperador... Dile que Frank Bolt murió en el cumplimiento de su deber...

Deutschland uber alles!...

Y cayó de espaldas, una espuma sanguinolenta en los labios, sin fuerzas más que para murmurar:

—A las doce... bulto número 233...

—Vaya a avisar al comandante, me dijo miss Hawkins con un tono imperativo.

¿Para qué repetir aquí los últimos episodios de esta historia, relatada en todos los diarios ingleses y cablegramas con todas sus trágicas peripecias? Huelga describir el estupor que me produjeron las sensacionales revelaciones de William Froitzer; apenas vuelto en mí, de pronto, con la enérgica orden de miss Hawkins corrí en efecto como un loco a avisar al comandante.

Este hizo al punto registrar la cala debajo de la enfermería; allí se descubrió un fardo de algodón con el número 233, indicado por el espía, y fué botado al mar con una prontitud que justificaba la inminencia del peligro. Sabido es que algunos minutos después, cuando el "Lithuania" apenas si había tenido tiempo de alejarse, sacudió el mar una explosión espantosa, en el mismo sitio donde se botara el fardo, sin duda a escasa profundidad, y que esta explosión levantó una tromba de agua, comparable a la que hubiera producido una erupción submarina.

Sabido es también que la turba de pasajeros, enfurecida, invadió la enfermería donde yacía el cadáver de William Froitzer, álias Frank Bolt, le arrastró hasta el puente y ella misma se hizo justicia, colgando el cuerpo del miserable del palo mayor, para ignominia y vergüenza.

Mucho se ha epilogado sobre los infames proyectos del espía. La verdad estricta consta por el relato que hizo el policía Stokes: Bolt-Froitzer había dispuesto de tal forma su máquina, que viniese a explotar en la bahía misma de Liverpool, algunas horas después de nuestro desembarque; de esta suerte la catástrofe habría sido más espantosa aún, pues la destrucción del "Lithuania" habría ocasionado al propio tiempo la pérdida de otros buques próximos, y los restos hubieran podido embotellar el puerto. Pero el retraso del buque, causado por el accidente casual de las calderas, desbarató sus cálculos, y la explosión debía producirse antes de nuestra llegada al puerto, siendo el mismo Froitzer una de sus víctimas. Por eso él trató de huir, y al ser sorprendido y herido en el momento de abandonar el buque, fué transportado a la enfermería, situada precisamente encima de la cala, donde estuvo colocada la bomba.

Viéndose perdido el miserable, que tan bien había representado su papel en la comedia, habríase sin duda dejado tragar por el océano con todas sus víctimas, a no ser por la intervención de miss Hawkins, allí presente, y a quien en su delirio tomaba Frank Bolt por su propia hija, debido a ese enorme parecido de que ya Bolt le había hablado varias veces. Falso parecido, sin duda, que no podía existir sino en la imaginación del miserable. Oh! Sería inferir una grave ofensa, lo aseguro, a la hermosa Minnie Hawkins, suponer en ella

un átomo siquiera de sangre boche, siendo que era una pura y castiza **girl** americana.

Estaba a mi lado ella, Minnie Hawkins, cuando el "Lithuania" entraba en el puerto de Liverpool. Y he aquí que de pronto la señora Hammersmith nos señaló a la Santoni que en el entrepuente, sentada sobre una mísera maleta, parecía soñar en medio de su nidada de pequeñuelos.

—¿Y bien, qué opinan ustedes de mi pitonisa? preguntó la honorable dama. ¿No tendré yo ahora seguridad de vivir hasta los 99 años?

—Y yo, añadió Minnie Hawkins, cuyos ojos se posaron en mí con una dulzura que me sentí desfallecer, estaré segura de casarme con el hombre que me ama?

—Caray! exclamó Chapman. Es muy justo y acertó la pitonisa. Pero no la acertó del todo. Debía decir, por lo menos que estaba en un tris que William Froitzer no hubiera hecho la última travesía.

Monumento en Milwaukee. Monumento de Kosciuszko en Washington Monumento en Chicago.

Tadeusz Kosciuszko

En el centenario de su muerte (15 de octubre de 1817)

Por

B. E. SYDOW

Con ilustraciones fotográficas

Cien años han transcurrido desde que dejó de latir el corazón de Tadeusz Kosciuszko, el alma de la insurrección polaca del año 1794, el héroe de la Polonia martirizada. Cien años de lucha incesante y heróica del pueblo polaco contra tres potencias mundiales, dispuestas a borrar, como lo hicieron con el territorio, todo rastro de la antigua nación polaca. Cien años, durante los cuales corrían ante los ojos de la Europa ríos de sangre de los patriotas polacos, ríos de lágrimas de las mujeres y niños martirizados, que por fin dejaron de llorar ante la inmensidad de sus sufrimientos, guardando en sus pechos un odio y desprecio sin límites contra sus verdugos.

Y sobre todo ese pueblo en luto, sobre aquellos luchadores incansables de la libertad, sobre los héroes de las revoluciones de 1830-1831, 1848 y 1863, sobre los millones de víctimas de Siberia, de Galicia, de Prusia, velaba, estimulándolos en su resistencia, un gran espíritu, el protector de los débiles, el ardiente defensor de la patria, el incansable luchador por la libertad.

Era Tadeusz Kosciuszko...

Tadeusz Kosciuszko, nació el 12 de febrero de 1746 en Mereczowszczyzna, sede de los príncipes de Czartoryski, en cuyo servicio se hallaba su padre, un noble empo-

La casa natal de Kosciuszko en Mereczowszczyzna.

brecido, pero de vasta cultura y excelentes dotes de carácter. Allá, en medio de la campiña, en el íntimo contacto con sus habitantes, se desarrolló en el joven Tadeusz, dotado de un corazón dulce y sensible a todo lo bueno, aquel gran amor al pueblo polaco, que señaló todos los actos de su vida pública.

J. Styka: Kosciuszko

Destinado por sus padres al servicio de la nación, pasó luego a la Escuela de Cadetes de Varsovia, la cual terminó con suma distinción, siendo enviado al final de sus estudios por cuenta del gobierno polaco a la Academia Militar de Versailles y la Escuela Naval de Brest.

En el año 1772, después de la primera repartición de Polonia, volvió Kosciuszko a su patria, entrando con el rango de capitán de artillería al servicio activo. Su corazón adolorido por la desgracia de la patria, amenazada por tres enemigos potentes, que preparaban la consumación del futuro crimen de una desmembración completa de Polonia, se cerró ante la vida externa. Imposibilitado de hacer en aquella época frente a los enemigos, dedicóse Kosciuszko en las horas libres del servicio a profundizar sus conocimientos, consagrándose además a la educación de sus dos pequeñas hermanas, objeto de todos sus cariños.

De esta vida solitaria le despertó inesperadamente una profunda y pura pasión, que conservó hasta los últimos días de su vida.

En un baile oficial en el palacio real conoció a la joven Luisa de Sosnowska, hija del mariscal de Lituania, en cuyo corazón encontró desde el primer momento un gran

afecto. Pero su amor había de ser desgraciado.

Después de cortos meses de feliz acercamiento, cuando sus corazones se habían unido con lazos inseparables, presentóse Kosciuszko al padre de la bella joven, pidiéndole su mano. Mas el viejo magnate, ofendido en su indomable orgullo de familia, rechazó brutalmente al joven y pobre oficial, que fuera de su amor, su talento y valor, no pudo ofrecer nada a su amada.

Desesperada esta por la negativa de su padre, emprendió con su prometido la fuga de la casa paterna, prefiriendo una vida pobre, pero feliz, a los esplendores de la vida que el padre le preparaba. Pero este, impuesto del plan de su hija, hizo atacar a los fugitivos en el camino por fuerzas armadas, que tenían orden de devolverle la niña y matar a Kosciuszko. En una lucha desesperada y desigual tuvo que sucumbir al fin el joven oficial, cayendo gravemente herido.

Apenas restablecido de sus heridas y viendo la imposibilidad de unirse con su amada, que había sido obligada a casarse según las conveniencias de su padre, abandonó Kosciuszko la patria y se dirigió a Francia, donde en aquellos momentos se

Monumento de Kosciuszko en Washington

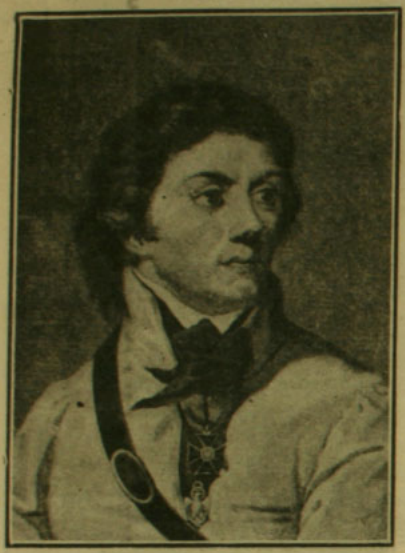
La Catedral de Cracovia

organizaba la expedición del conde d'Estaing, destinada a socorrer a los Estados Unidos de Norte América en su lucha de emancipación. Para Kosciuszko, impregnado del espíritu de libertad, presentábase una bella ocasión de luchar por sus ideales. Unióse con otros polacos emigrados a Francia a la expedición francesa y llegó en el año 1778 a América.

Aquí se presentó, sin recomendaciones de alguna especie, ante Washington, dispuesto a combatir como simple soldado en las filas de los insurrectos.

Su carrera militar bajo las banderas americanas fué gloriosa y brillante. Puesto a prueba por Washington, quien se impuso luego del gran mérito del joven polaco, ascendió rápidamente hasta el grado de general de brigada. En esta calidad fué durante los últimos años de las luchas por la libertad americana ayudante de Washington, que le distinguía altamente y depositaba en él toda su confianza.

Súpose Kosciuszko en aquellos años de lucha incesante hacer querer y apreciar por todos. Su valor indomable, del cual dió pruebas especialmente en las batallas de Eutaw Springs y Savanaah y la toma de Yorktown y Ninety-Six; su gran bondad y justicia con los amigos y enemigos; por fin,



Tadeusz Kosciuszko, 1746-1817

su talento y ciencia indiscutibles, que se revelaron en innumerables ocasiones y fueron una preciosa ayuda para la causa americana, todas esas cualidades conquistaron a Kosciuszko la estimación general, especialmente la de Washington, Franklin y Jefferson, con los cuales luego le unían lazos de verdadera amistad.

Cuando, terminadas las luchas por la independencia de los Estados Unidos, la lejana Polonia reclamó la vuelta de su heroico hijo, abandonó Kosciuszko el suelo americano como una segunda patria.

Condecorado con la más alta distinción obsequiado además con valiosos terrenos, cuyo producto destinó más tarde a la libe- americana, la orden de Cincinnati, nombrado ciudadano honorario de la nueva República, obsequiado además con valiosos terrenos, cuyo producto destinó más tarde a la liberación de esclavos, dando a sus nuevos conciudadanos un bello ejemplo de humanitarismo, dejó Kosciuszko la América, después de haber estrechado con profunda emoción la mano del anciano Washington, le despedía con ardientes votos por el bien de Polonia.

Polonia atravesaba en aquel momento una época triste y desesperada. Viendo la creciente amenaza de las potencias vecinas, un grupo de los mejores patriotas polacos se había unido para introducir reformas salvadoras. El 3 de mayo de 1791 se dió al país una nueva constitución, modelo en aquellos tiempos, basada sobre las ideas más humanitarias y democráticas.

Pero los enemigos de Polonia veían con desagrado aquellas felices reformas, que iban a cruzar sus planes de conquista y resolvieron oponérseles con las armas. A la invasión prusiano-moscovita, que avanzaba al corazón de la Polonia, opusiéronse con eficacia el príncipe Poniatowski y Kosciuszko, que después de la vuelta de América se había dedicado a la reorganización del ejército polaco. Pero, a pesar de su brillante victoria de Dubienka, que fué un nuevo triunfo del heróico general, los esfuerzos del pequeño ejército polaco, que luchaba con enemigos muy superiores numéricamente, resultaron inútiles. Vencidos, se vió obligado Kosciuszko a abandonar de nuevo su país y refugiarse en Dresde.

De aquí se dirigió en Enero de 1793 a París, en busca de ayuda para su patria, que había sufrido una nueva repartición de sus territorios. Viendo frustrados sus empeños, volvió Kosciuszko a Sajonia, a donde se dirigió una delegación de sus compatriotas, para ofrecerle el mando supremo en la revolución, que se estaba preparando, con el fin de librar a Polonia del yugo enemigo.

El 24 de Marzo de 1794 regresó Kosciuszko a Cracovia, proclamando la insu-

J. Styka: La bendición de las armas

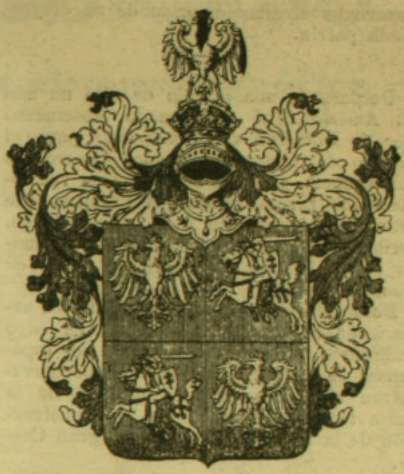
rrección y asumiendo la dictadura del país. El 4 de Abril obtuvo una brillante victoria sobre los moscovitas, en Raclawice, donde se distinguieron especialmente los regimientos de campesinos, creados por Kosciuszko, y armados únicamente de guadañas y hachas.

A pesar de varios encuentros felices, que demostraban su gran pericia y valor, se vió Kosciuszko, sin embargo, bajo la doble presión de los moscovitas y prusianos, obligado a replegarse sobre Varsovia, en cuyos alrededores ocupó posiciones fortificadas.

Mientras tanto, los enemigos seguían invadiendo de todos lados a Polonia: los prusianos recibían nuevos refuerzos; los prusianos recibían nuevos resfuerzos; los moscovitas, bajo Suwarow, se acercaban con grandes masas de ejércitos a la capital polaca.

En la creencia de poder salvar la situación, presentó Kosciuszko el 19 de octubre, cerca de Maciejowice una batalla definitiva. A pesar del gran heroismo de las tropas polacas, a pesar de los enormes esfuerzos personales de Kosciuszko, quien, viendo el peligro inminente, tomó parte activa en la lucha, presentándose en los lugares más expuestos, y siendo varias veces herido, la victoria se inclinaba a favor de los enemigos. Y cuando en medio del más arduo combate, Kosciuszko cayó gravemente herido, el ejército polaco, que había perdido a su guía, fué vencido completamente...

Escudo de Polonia



Las armas de Polonia y Litnania

Junto con el dictador herido, que sólo por una casualidad fué encontrado bajo los cadáveres de sus fieles soldados, fueron al cautiverio los más notables jefes del ejército polaco: Kopec, Kniaziewicz, Kaminski y otros. La desgraciada batalla de Maciejowice, a la cual siguió la toma de Varsovia y la terrible matanza de Praga, donde el generalísimo ruso Suwarow hizo asesinar millares de mujeres y niños indefensos, convirtiendo la capital polaca en un valle de lágrimas y de sangre, determinó la suerte de Polonia, cuyos territorios fueron definitivamente repartidos entre sus enemigos.

Después de la muerte de Catalina II de Rusia, después de dos crueles años de cautiverio en la citadela de Petro Pawlowsk, de Petrograd, y aún no restablecido de sus graves heridas, recobró Kosciuszko la libertad, junto con otros patriotas polacos, y se dirigió nuevamente a América, donde se proponía pasar el exilio. En el viaje, a través de la Suecia, Francia e Inglaterra, el héroe fué objeto de las más entusiastas recepciones y más altas honras. Y cuando en Junio del año 1797 abandonaba desde Bristol, en el velero "Adriana", el continente europeo, una inmensa muchedumbre daba el "Adiós" al gran hijo de Polonia, que en aquellos momentos

encarnaba el alma dolorida de su desgraciada patria.

Después de una estadía de sólo un año en América, fué comisionado Kosciuszko por el Gobierno norteamericano para el arreglo de ciertas dificultades comerciales con Francia, y volvió a París. Una vez solucionado favorablemente el problema, se retiró definitivamente a la vida privada, recibiendo hospitalidad en casa de un amigo suizo, Zeltner, en Benville, cerca de Fontainebleau.

Desde allí observaba atentamente los sucesos de la época napoleónica, en cuyo transcurso fallaron nuevamente las esperanzas de los patriotas polacos, que derramaron ríos de sangre en defensa de la causa francesa, creyendo en la reconstrucción de la Polonia por mano del gran Corso.

Y cuando en el Congreso de Viena (1815) la suerte de la Polonia fué sellada por las potencias europeas, Kosciuszko se dirigió para sus últimos días a la ciudad suiza de Soleure, a la casa de su amigo Zeltner.

El crepúsculo de su vida fué bello y noble, como su vida entera. El venerable anciano, rodeado de los cuidados de sus amigos, dedicaba todo su tiempo a la educación de los niños de Zeltner, que siempre habían sido objeto de su cariño, y a obras de caridad. Las desgracias de su vida habían aumentado aún su dulzura innata y su bondad se hizo proverbial en los alrededores de Soleure, donde hasta hoy día se muestran con gratitud los lugares que con preferencia frecuentaba el viejo general polaco.

Allá, lejos de su patria amada sobre todo en la vida, lejos del pueblo polaco, cuyas cadenas había querido romper y para el cual había sido como un padre, entregó, rodeado de sus amigos íntimos, su alma a Dios, el 15 de octubre de 1817.

Su corazón, que había legado a la pequeña hija de Zeltner, fué entregado más tarde a la nación polaca y depositado en un mausoleo del Museo Nacional Polaco de Rapperswil (Suiza), donde aguarda el momento de la vuelta a la patria.

Sus cenizas descansan al lado de los reyes de Polonia en las catacumbas de la Catedral de Cracovia, veneradas por el pueblo polaco como reliquia nacional. Y alto sobre la antigua ciudad real se eleva el túmulo de Kosciuszko, que la nación entera ha levantado, llevando en sus manos la querida tierra de Polonia, en homenaje a su héroe más puro, al que con razón llama la inscripción en el monumento erigido en su honor por el pueblo norteamericano en Westpoint:

Héroe de dos mundos.

Padre y soldado

Novela cinematográfica

Por

Georges Le Faure

El interés culminante de una situación angustiosa como ninguna, la evocación de un cuadro pintoresco, he aquí el doble atractivo que encierra esta novelita de desenlace tan rápido como inesperado. Es de esas novelas en que los personajes se nos hacen familiares desde el primer momento, ya que están llamados a revivir en la pantalla cinematográfica, y a constituir un éxito clamoroso.

Con ilustraciones

—¿A qué obedece, Enrique, esta partida tan repentina?

El cabo Sentori, sumamente ocupado en cargar su revolver, no respondió tan pronto, y su mujer continuó frotando con energía las enormes espuelas que se ajustaban a los tacones de sus pesadas botas.

En un rincón, Pepito, un rapaz de unos diez años, sacaba brillo también a la vaina del colosal sable paterno.

El cabo Sentore se arreglaba en silencio; mas a juzgar por su profundo pliegue que surcaba su frente, era fácil suponer que por su cerebro cruzaban ideas tumultuosas.

—Pepito, dijo a su hijo, poniéndose el cinturón con las cartucheras, vete a ver si Sánchez está listo y dile que saque los caballos.

Una vez que quedaron solos, Sentori sacó de su bolsillo un papel y se lo alargó a su mujer.

—¿Qué es esto?, pregunto ella.

—Un despacho que acabo de recibir en este momento, en el que el capitán Arrabal me notifica que por los contornos de mi puesto es seguro se halla el famoso bandido Torredo.

—¡El contrabandista!

—El mismo; ha conseguido evadirse y parece ser que anda por aquí; hay orden de apoderarse de él a todo trance, vivo o muerto....

El fino rostro de Conchita quedó contraído por la angustia.

—Ten mucho cuidado, suplicó ella.

—Para eso es uno soldado, replicó él con rudeza.

—¿Cuándo volverás?

—Cuando le haya echado la mano encima...

—Es terrible.

—Yo no soy manco y Sánchez tampoco. La empresa será difícil pero provechosa: hay una buena prima de por medio y si la conseguimos... ¡Caramba! Y tú precisamente que soñabas con un traje nuevo y un collar de ámbar....

Decía Sentori esto para consolar un poco a la pobre mujer, que sonrió dulcemente.

—Escucha, agregó, si tienes siempre la intención de ir a Rosas, te llevaré al anca... o al menos te dejaré cerca. Vamos a pasar por el calvario de San Ignacio.

Ahora el rostro de Conchita se dulcificó, la perspectiva de una separación menos rápida alivió un poco sus inquietudes. Anudó a su cabeza una toquilla de múltiples colores, y se ciñó al talle un delantal de caprichosos dibujos. En aquel momento llegaba Pepito diciendo:

—Sánchez está listo y los caballos prontos en el patio.

—Tú serás gran cosa, sentenció el cabo, levantando a su hijo en brazos y depositando en sus mejillas dos sonoros besos.

—Ya lo creo.

—Tu madre va hasta Rosas, y esta misma tarde estará de vuelta. Tú tienes que ter-

minr tus tareas para la escuela... no se te olvide.

—Las terminaré, papá.

Una vez montado Sentori, ayudó a montar a su mujer, que quedó en la grupa, del caballo, y partió, seguido del guardián Sánchez.

Pepito quedóse fijo allí un momento, viendo alejarse a sus padres, hasta que estos se perdieron de su vista en un recodo del camino.

El sol naciente bañaba en luz las nevadas crestas de los Andes; todo en la atmósfera preludiaba un hermoso día primaveral. Y decir que en lugar de ir a correr por los potreros, a campo raso, había que encerrarse en la pieza tristona y agacharse sobre los cuadernos y los libros!...

Pepito hizo un saludo melancólico al nuevo sol que se levantaba radiante de esplendor, lanzó un hondo suspiro y entró en su casa. Sentado estaba ya, tranquilamente, la pluma en la mano, cuando he aquí que en el marco de la ventana apareció una cabecita, cabeza de joven, aureolada de una larga cabellera negra, que en guedejas rebeldes caía desordenadamente sobre sus hombros.

—Eh, Pepito, gritó ella.... Pepito.

—¡Paquita! ¡eres tú?...

—¡Seguro, que no es el diablo!, contestó la rapaza riendo estrepitosamente; figúrate, que estaba en el corredor extendiendo la ropa, cuando he visto que se iba tu madre y tu padre con el mío.

—Mi madre va a Rosas hasta la tarde.

—¡Espléndido! Entonces vamos a poder divertirnos de lo lindo, exclamó ella.

—Pero yo tengo que hacer, replicó Perico con voz compungida.

—Yo te ayudaré, si quieres, para que concluyas antes, pero ahora vente conmigo en seguida porque si tardamos, luego no será tiempo... Fijate que el otro día descubrí, no lejos de aquí, un nido de cóndores.

—¿De veras?, dijo Pepito tirando la pluma.

—Hay crías; si nos apuramos un poco podemos cogerlas antes que vuelvan los padres; tú sabes que en cuanto aprieta el calor del día los padres regresan al nido. Todavía tenemos un par de horas por delante, pero no hay un momento que perder.

La chicuela hablaba con la autoridad que le daban sus quince años, y como era mujer, el rapaz la escuchaba siempre atento y deseoso de complacerla.

—Pero me ayudas después en mis tareas, insistió el niño.

—Sí, a la vuelta, queda convenido; pero apresúrate, pronto!

Momentos después, los dos chicuelos se escapaban del puesto.

Por senderos conocidos, en tres cuartos de hora de subida, habían los chicos llegado al punto donde anidaban los cóndores.

—Míralos, exclamó Paquita con voz temblorosa de emoción, señalando al muchacho la sombra azul que se hundía bajo sus pies y en medio de la cual ponía el nido una mancha más clara.

—¡Qué hondo está!, murmuró el pequeño.

—¿Tienes miedo?

—Estas dos palabras azotaron el rostro del hijo de Sentori como una recia bofetada.

La hija del guardián poniendo en duda el valor del hijo del cabo?

Iba a ver ella si el tenía miedo.

—Dame tu toquilla, ordenó el muchacho, para subir los pajaritos y vigila al rededor, para ver si vienen los padres. Porque un picotazo me asustaría más que la hendidura.

De bruces, echada sobre la roca, seguía Paquita ojo avizor el descenso, sintiendo que la angustia le oprimía el pecho a medida que el pequeño iba desapareciendo entre las sombras de la profuda grieta.

De repente, del abismo, subió un grito espantoso, después nada.

—¡Pepito! gritaba la muchacha aterrorizada.

—¡Pepito!

Silencio absoluto.

Entonces, espantada por aquel silencio trágico, profundo, que reinaba en la fatal hendidura, levantóse de un salto, y, como una loca, lanzóse por los apartados vericuetos gritando:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Seguramente había perdido la cabeza la pobre niña porque ¿quién iba a responder a su llamado en aquellos parajes desiertos?

Nadie transitaba por los senderos extraviados que ella recorría, razón por la cual ella los había escogido precisamente, para que nadie notase su escapatoria.

De pronto, al llegar a un riachuelo, que al caer de las cumbres se precipitaba sobre una hondonada rocallosa formando una especie de algibe de agua helada, vió la joven un hombre agachado, que bebía.

—¡Socorro!, exclamó la muchacha desesperadamente. ¡Socorro!...

El hombre se levantó y corrió hacia ella: era un gran hombrachón, de cuerpo de atleta, de rostro brutal y salvaje.

Rudamente, en pocas palabras, preguntóle qué es lo que pasaba y en no más palabras explicóle ella lo ocurrido. "Vamos", dijo él lacónicamente.

La joven echó a correr delante de él.

—Aquí es, dijo por fin, deteniéndose bruscamente, y echándose al suelo, pegado el vientre a la roca, gritó en la hendidura:

—¡Pepito!.... ¡Pepito!....

Rompió a llorar desesperadamente:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! Y fuí yo quien lo traje.

El hombre sin decir una palabra, habíase quitado la chaqueta y recogido las mangas de su camisa de algodón, con objeto de tener más libertad en sus movimientos.

Después, quitándose sus gruesos zapatos de herradura, sustituyóles por un par de alpargatas de lienzo que sacó de un saquito que llevaba a la espalda.

—Estate tranquila, dijo, y déjame hacer a mí.

Prontamente, con una ligereza que acusaba a las claras su costumbre de arriesgarse en aquellos ejercicios, se metió por la hendidura y sirviéndose ya de un pedazo de roca saliente, ya de una raíz, o de una rama de árbol, comenzó el peligroso descenso. Más muerta que viva, Paquita le siguió con la vista mientras sus miradas podían taladrar las tinieblas que envolvían la hendidura; llegó después un momento en que la silueta del hombre perdióse entre las sombras y entonces la expectación de la joven se hizo más angustiosa.

De pronto llegó hasta ella un ruido sordo, acompañado de un juramento; después nada.

Desfalleciente, la garganta seco, pegada la lengua al paladar, no tenía siquiera fuerzas para llamar y permanecía allí, fija, esperando.

Allá abajo, entre tanto, el hombre se iba

Cuando he aquí que en el marco de la ventana apareció una cabecita...

reponiendo de su caída: una roca sobre la que se había apoyado, había cedido, y poco faltó para que él no rodase hasta el torrente, donde rebotaban las aguas tumultuosas sobre los peñascos de que estaba erizado el fondo del abismo; por fortuna pudo conservar su sangre fría y el equilibrio, y agarrándose con una mano a una raíz que brotaba del suelo, quedó sujeto.

Solamente que al vacilar había pegado tan fuertemente con la cabeza contra una roca, que sintió en la nuca un dolor espantoso. Debajo distinguió perfectamente el cuerpo inanimado del muchacho, retenido entre las ramas de una maleza.

Quedábanle apenas una media docena de metros para llegar hasta él y los traspuso; un suspiro de satisfacción escapóse de su pecho al cerciorarse de que el pequeño estaba sólo desmayado.

Pero había, sin embargo, que trepar la empinada grieta con aquella carga a las espaldas y en verdad, la tarea no era fácil.

¿Y qué? Fuese como fuese había que hacerlo.

¡Cuántas veces había realizado empresas más difíciles! Sólo que ahora las circunstancias variaban, pues a consecuencia del porrazo y la herida, no estaba completamente en sus cabales.

En fin, allá se vería.

Amarrándose el pequeño a la espalda con

su propio cinturón, de modo que le quedasen libres las manos, comenzó el ascenso.

Su instinto haciale escoger minuciosamente las salientes en que podría con seguridad afirmar los pies, lo mismo que las hendiduras en donde asirse con las manos. Y lentamente, lentamente, fué subiendo, midiendo sus fuerzas, conteniendo el aliento. Cuando llegó, agotado, a la cima de la muralla rocosa, Paquita, prosternada, rogaba con fervor.

Y al verle conduciendo a su pequeño camarada, lanzó una exclamación de júbilo, y se abalanzó a las manos del hombre, besándoselas con transportes de efusión.

¿Tendrás fuerzas para llevarlo?, preguntó este, porque lo que es yo no las tengo ni para respirar.

—Tendré las fuerzas necesarias, respondió la rapaza; tengo que tenerlas no más.

Apoderóse del cuerpo inerte de Pepito, y decidida, aventuróse por el sendero que conducía al puesto.

Llegada al puesto de policía dejó al muchacho en su cama y procuró cuidarle lo mejor que pudo; le lavó cuidadosamente la herida, le aplicó compresas de agua helada y trató de apurarse para hacer al rapaz volver en sí antes de que llegasen sus padres.

La mujer del cabo debía quedarse en la ciudad hasta el anochecer; pero el cabo, ¿a qué hora regresaría?

Y hacía fervientes votos al cielo para que ese condenado de Torredo les hiciese correr mucho tiempo al cabo y al guardián.

Dos horas llevaba allí inclinada sobre la camita del pequeño, espiando el más mínimo movimiento que anunciase el retorno a la vida, cuando de pronto oyó en la calle el conocido ruido de pasos de caballos, acompañado del ruido característico de los sables al chocar contra los estribos.

De un salto estuvo en la ventana y lanzó una sorda exclamación de terror: el cabo Sentori franqueaba el umbral de la puerta del patio, seguido del guardián Sánchez. Este último llevaba a la grupa, atravesado en el caballo, como si se tratase de un saco de trigo, el cuerpo de un hombre, atado, reducido al estado de fardo humano.

Era sin duda el contrabandista Torredo, que se había dejado coger más pronto y con más facilidad de lo que había razón para suponer.

Paquita iba a verse obligada ahora a confesarlo todo; no era malo el sermón que le esperaba, y quién sabe si algo más grave aún.

Pero qué importaba esto a Paquita, y hasta los palos si llegaba el caso, con tal que su amigo Pepito volviese pronto de su desmayo...

En ese momento, dejado el prisionero en lugar seguro, entró Sentori en la habitación. Al ver al muchacho tendido sobre la cama, inmóvil, vendada la cabeza con trapos rojos por la sangre, se abalanzó espantado hacia el lecho.

—¿Qué es lo que ha pasado? Dime, había, exclamó cogiendo por la muñeca a la asustada Paquita.

—Yo tengo la culpa de todo, confesó esta noblemente. El no quería ir! Quería quedarse en casa haciendo sus tareas! Yo le convidé a coger un nido de cóndores y, ve ahí, se cayó.

—¡Maldición! ¡Pepito! ¡Mi niño!

—Ha dicho el hombre que la herida no es de gravedad, insinuó Paquita para tranquilizar al pobre padre enloquecido.

—¡El hombre! ¿Qué hombre?

La muchacha contó entonces la milagrosa salvación verificada con peligro de su vida, por un desconocido encontrado en el monte.

—¿Cómo se llama? ¿No te dijo cómo se llamaba?, preguntó el cabo.

—Ni yo se lo pregunté, contestó la joven, tal era la prisa que tenía de traerme a casa a Pepito; y él también estaba herido...

—¿Herido? repitió Sentori en cuyo semblante se reflejó una intensa emoción.

Después con voz ronca, que una angustia indefinible parecía ahogar:

—¿Cómo era ese hombre? ¿Podrías describírmelo?

—Alto, con una barba espesa y tosca con un pañuelo amarrado a la cabeza, bajo el cual salían algunos cabellos desgreñados.

—¿Y el pañuelo era rojo?

—Sí, rojo; ¿pero cómo sabe usted?...

—¡Demonio!, gruñó Sentori, cuya mirada fué, a través de la ventana, dirigida al lugar que en el patio servía de prisión.

Entonces empezó a dar pasos desaforados por la pieza lo mismo que un loco, con la cabeza baja, murmurando palabras sin sentido;

al verlo, Paquita, aterrorizada, se deslizó por la puerta entreabierta y desapareció.

Largo, largo tiempo siguió Sentori en sus paseos y cavilaciones, que no interrumpía más que para acudir a veces a la cabecera del lecho de Paquito; el muchacho, entre tanto, descansaba tranquilamente; su respiración acompasada levantaba ligeramente la colcha y su fisonomía había ya adquirido su aire habitual.

Tranquilizado por esta parte, podía el cabo entregarse de lleno a los pensamientos que luchaban en su cabeza y le ponían en una situación terrible.

El hombre que acababa de arrestar con la ayuda del guardián Sánchez, el hombre que al día siguiente debía conducir codo con codo a la ciudad, el terrible contrabandista Torredo, era el salvador de la vida de su hijo.

¿Podía en tales circunstancias cumplir estrictamente su deber? ¿No era hasta cierto punto monstruoso que el representante de la autoridad pagase de aquel modo la deuda contraída por el padre con aquel valiente?

No, nó. Todo cuanto había en él de generoso y de humano se rebelaba a la sola idea de un acto tan monstruoso.

Pero, por otra parte, la idea de cometer tan grave falta contra la disciplina, de faltar tan descaradamente a la orden de sus jefes y traicionar su confianza repugnaba a su instinto de soldado.

Haber llevado el uniforme durante treinta años, sin dejar de ser en todo momento y circunstancia un modelo de lealtad y de obediencia absolutas, y faltar ahora con tanto cinismo a la consigna dada!....

Las horas pasaban, se venía encima la noche, y el cabo Sentori, confundido su espíritu, no podía resolverse a nada definitivo.

Habíase detenido a los pies de la camita de su hijo y contemplaba a este con infinito amor mientras reposaba entre las blancas sábanas.

Y he aquí que tuvo de pronto una visión; sobre aquel mismo lecho, Pepito estaba tendido como ahora. Pero su pecho no se levantaba al compás isócrono de su respiración; su rostro estaba pálido, pálido como la cera de la vela que ardía a su cabecera, y una sombra violácea, casi negra, se dibujaba en sus cerrados párpados. La camita desaparecía bajo el derroche de flores que la piedad desgarradora de Conchita había ido a recoger por brazadas al jardín, y la madre misma, desolada, prosternada, enloquecida, lanzaba hondos sollozos, ocultando el

Un suspiro de satisfacción escapóse de su pecho al cerciorarse de que el pequeño estaba sólo desmayado.

rostro entre las manos inertes y heladas del cuerpecito muerto.

Era demasiado. Aquella alucinación dió fin a las vacilaciones de Sentori.

Al pensar que sin la intervención de Torredo lo que sólo había sido una ilusión de la fantasía pudo haber sido triste realidad, comprendió el infortunado padre el camino que debía seguir y el deber imperioso que le llamaba.

Con paso resuelto dirigióse a la mesita en que todas las noches se sentaba para redactar el parte de los hechos del día y con puño seguro escribió: "Señor capitán, en cumplimiento a sus órdenes he buscado, perseguido y arrestado al contrabandista Torredo; pero resulta que pocos momentos antes de su detención, Torredo, con peligro de su vida, arrancó a mi hijo de la muerte; y mi corazón se rebela a la idea de entregar a la justicia al hombre a cuyo valor debo el ser padre todavía; he aquí por qué acabo de poner en libertad a Torredo y escribo a usted estas líneas para que nadie, mañana, tenga la responsabilidad de una acción de que yo solo me reconozco culpable, y que yo no estaré en disposición de reivindicar como mía.

"No trato de atenuar, señor capitán, la gravedad de la falta que he cometido contra la disciplina. Es la primera que se me puede reprochar, y será también la última, pues, antes de que amanezca, yo mismo me habré hecho justicia.

"Al pedir a usted perdón señor capitán, le recomiendo la viuda y el huérfano que mi muerte va a dejar sin recursos y sin amparo".

Firmó resueltamente y trazó la rúbrica enrevesada con que acostumbraba adornar su nombre: Ignacio Sentori, cabo.

Sólo que como había mojado su pluma en el tintero con demasiada precipitación, cayó en el papel una gruesa gota de tinta, que formó un borrón enorme.

Dudando un momento si escribiría de nuevo otra carta, optó definitivamente por dejarla así, y dejando sobre la carpeta la carta sin cerrar para dar tiempo a que el borrón se secase solo, salió de la habitación.

Apenas había cerrado la puerta tras de sí cuando en el umbral de la ventana apareció el rostro de Paquita bañado en lágrimas; la muchacha intranquila por ver cómo seguía su camarada y, por otra parte, poco deseosa de afrontar otra vez la cólera del cabo, había estado espiando la salida de Sentori para entrar a cerciorarse de visu del estado de Pepito.

Lista como una ardilla se deslizó dentro de la pieza, corrió hacia la camita, inclinóse sobre el niño y tranquilizada por el sueño apacible del rapaz, se dirigía de nuevo a la ventana cuando vió en el suelo la carta que Sentori acababa de escribir y que una ligera corriente de aire había barrido del escritorio. Recogióla y obedeciendo a ese instinto de curiosidad innato que hay en toda mujer y en todo niño, recorrió de un vistazo el contenido.

—¡Jesús, María, balbució aterrada, ¡Jesás, María!...

Quedó allí como clavada, estupefacta, con la carta en las manos, no habiendo qué hacer para evitar tamaña catástrofe, pero diciéndose para su interior que era preciso hacer algo.

De otro modo, si dejaba que el cabo se matara, si Pepito había de quedar huérfano, bien veía ella, la causante de aquellas dos desgracias, que no tendría otro remedio que arrojarse cabeza abajo por el primer precipicio que encontrase.

Y de todas suertes, siempre aquel pobre muchacho se quedaría sin papá... Y es tan dulce, tan bueno tener su papá...

De pronto iluminó su mente una idea luminosa, una idea, que poniéndola al punto en práctica podía arreglarlo todo.

Corrió al lecho y despertó a Pepito.

—Escucha, le dijo y procura fijarte bien en lo que voy a decirte. Tu padre ha escrito al capitán, diciéndole que va a suicidarse.

El niño lanzó un grito espantoso, pero Paquita le puso la mano en la boca.

—No me interrumpas. Se trata de la vida de tu padre. Es preciso salvarlo a toda costa, yo me encargo de ello, pero a condición de que tú me ayudes. He aquí lo que se va a hacer, yo voy corriendo a dar cuenta al capitán; sólo necesito el tiempo para llegar de vuelta con él. Por esto tú vas a hacer como si estuvieses más enfermo. Entonces, tú comprendes, tu padre no se atreverá a cometer tan terrible acción como pretende, antes de asegurarse de que tú sigues mejor. En una palabra, se trata de representar una comedia hasta que yo vuelva.

¿Me has comprendido?

—Sí... sollozó el pequeño, pero tengo miedo de no saber.

—Pues es preciso, interrumpió Paquita con voz trágica, hay que salvar a tu padre.

Después, de pronto, aplicando el oído hacia el patio:

—Siento pasos... Ya llegan... Hasta ahora y mucho ánimo hasta que yo llegue.

Saltó la ventana con presteza, y desapareció en el mismo momento en que el cabo entraba a su habitación.

Su rostro aparecía sombrío; un pliegue amargo y profundo surcaba su frente y un brillo siniestro resplandecía en sus ojos. Quedóse un momento inmóvil en el mismo dintel de la puerta, fijos los ojos en el lecho, como pareciendo dudar.

Evidentemente luchaba contra una fuerza invencible que le arrastraba hacia el niño dormido; quería, antes de poner en práctica su trágica resolución, depositar un último beso en la frente de su hijo del que iba a separarse para siempre.

Acercóse en puntillas al lecho, inclinóse sobre el dormido y... de repente los dos bracitos del niño se arrollaron al cuello de su padre y lo sujetaron.

—¿Qué, no duermes?, murmuró el afligido cabo.

—Ay, papá, estoy muy malo, estoy muy malo.

Y Pepito, no pudiendo resistirse más, rompió en sollozos.

Espantado, puesto que se equivocaba respecto a la verdadera causa de aquel llanto, Sentori tomó a su hijo en brazos y se acercó al fogón.

—¿Qué tienes hijo mío, que tienes mi niño?

Pero el niño no cesaba de lamentarse.

—Me duele, mucho, papá, estoy mal. ¡Papá! mi querido papacito!...

Los tiernos bracitos se agarraban aún más fuerte al cuello del cabo, hundiéndose en el uniforme los dedos nerviosos, como si el instinto del pequeño le advirtiese que había que disputar su presa a la muerte.

Y sin responder nunca a las preguntas que su padre le hacía con ansiedad, el niño murmuraba:

—Estoy malito, papá, estoy muy malito...

El infortunado padre no sabía donde tenía la cabeza.

¿Qué hacer, que podía él hacer?

Por momentos parecía que los dolores del niño se calmaban, el cuerpo se abandonaba sobre las rodillas del padre y los párpados se cerraban, como quebrantados por la lucha pertinaz sostenida contra el sufrimiento.

Después, de repente agitábanse los miembros en un sobresalto convulsivo, abríanse los párpados y la pupila aparecía agrandada por el terror.

Entonces el niño se estrechaba contra el pecho del cabo y prorrumpía en hondo lamento:

—"¡Oh papá, papá, me duele mucho!"

El niño le abrazaba entre sollozos, desesperadamente, soñando que, agotado por la fatiga, acababa de dormirse algunos momentos.

El infortunado padre no sabía dónde tenía la cabeza. ¿Qué hacer, qué podía él hacer?

¿Y qué habría sucedido si su sueño se hubiera prolongado?

No se habría aprovechado su papá de aquel sueño para....

A tal idea, convulsionábase todo su cuerpo y se abrazaba más fuerte al cabo.

—"Hasta mi vuelta", le había encargado Paquita.

Y el infortunado Pepito recelaba ahora que no iba a tener la fuerza necesaria para luchar contra la espantosa ansia de dormir que le atormentaba.

—¡Oh! no, no... No quería dormirse! Se trataba de la vida de su papá.

Y sin embargo llegó un momento en que sus fuerzas fueron impotentes y quedó rendido; a pesar de su desesperada resistencia cerráronse sus párpados y durmióse con un sueño pesado, profundo, cuya sola impresión

Ud. me dispensará, señor cabo, dijo adelantándose...

comunicó a sus miembros un postrer sacudimiento de rebelión. Después quedó inmóvil.

Un buen rato, quedó Sentori tranquilo, contemplando angustiado aquel sueño que le devolvía su libertad.

Inclinado sobre el cuerpo inmóvil de su hijo, vigilaba su respiración dulce y acompasada.

Dejó pasar así minutos y minutos, experimentando una alegría desesperadamnte amarga al contacto de aquel pequeño ser, de quien dentro de poco...

Pero tuvo una sacudida de terror.

Si permanecía más tiempo dejándose invadir por las oleadas de su cariño paternal, estaba perdido, y horas más tarde, al despuntar la aurora, no sería más que un soldado deshonrado, obligado a enrojecer delante de su hijo.

¡No más vecilaciones! La suerte está echada, y ya que Pepito se había quedado tranquilamente dormido...

Casi sin sentir, se levantó, y caminando de puntillas dirigióse a la camita, dejando sobre ella al niño dormido.

Con ternura y solicitud propios de una madre, el cabo cubriólo con las ropas, hasta la barbilla, dió vueltas al embozo de la sábana y en seguida, dulcemente, puso con

labios temblorosos un beso en la vendada frente del rapazuelo.

Al enderezarse, temblaba una lágrima entre sus pestañas.

Pero corrió las cortinas del lecho y sacudiendo las espaldas, murmuró por lo bajo un juramento.

¡Qué demonio! Había que ser hombre.

Y con paso seguro llegóse al escritorio, tomó la carta y la volvió a leer; después, la metió en un sobre, le puso la dirección y la colocó en sitio donde fuese visible a primera vista.

En seguida abrió un cajón, sacó de allí su revólver de reglamento y se dirigió a la puerta.

En el momento de ir a poner la mano en el pestillo, se abría la puerta y entraba Paquita.

—¿Qué vienes a hacer aquí?, gruñó el cabo, dejando sobre la mesa el revólver, del que la muchacha se apoderó al momento.

Pero su cólera se trocó en estupor, cuando detrás de la muchacha vió en las sombras la silueta de un hombre.

Aquel hombre era Torredo.

—Usted me dispensará, señor cabo, dijo adelantándose, la indiscreción que cometo al venir a reclamarle la hospitalidad que tan generosamente, hace un momento, rehusó usted concederme por más tiempo.

—Explícate, no te entiendo, masculló Sentori.

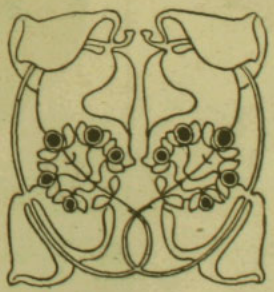
—Pues es muy sencillo, sin embargo. Caminaba yo no lejos del puesto, del que usted me había abierto la puerta, cuando me encontré con esta muchacha, que iba a todo correr; supe entonces que so pretexto de haber salvado al hijo, iba a ser la causa de la muerte del padre. Y, ¿qué quiere usted? Esto me conmovió. Creo que la libertad comprada al precio de la sangre de un valiente no me aprovecharía, y vengo por tanto a ocupar de nuevo mi puesto en el calabozo.

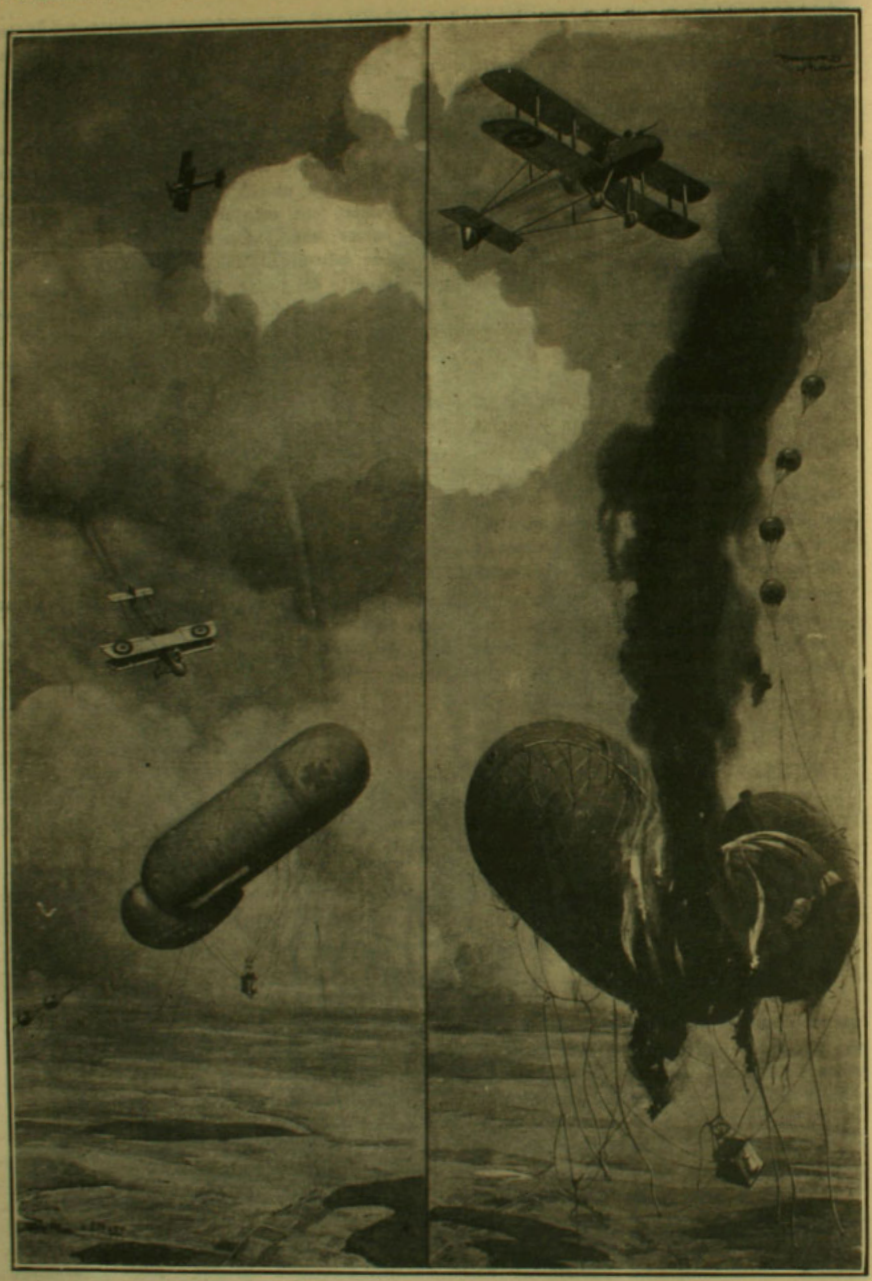
—¡Cómo! Torredo, tú quieres....

—Yo quiero deber mi libertad sólo a mí mismo; sí, señor cabo; es cuestión de amor propio; yo me escaparé; pero quiero escoger mi día y mi hora. Entre tanto, como ya me muero de sueño, tendrá usted la bondad de abrirme la puerta de mi prisión.

Y al trasponer el umbral, exclamó con el tono más natural del mundo, como acostumbra el hotelero con el pasajero que se va a su pieza:

—Hasta mañana por la mañana.





Un biplano inglés ataca a un globo alemán de observación y lo derriba. Hermoso croquis tomado de un episodio ocurrido en Bélgica.

Edmundo Pezón con uno de sus más peligrosos alumnos, la leona Saïda.

Una familia de Domadores

Por

R. Montesquieu

La no interrumpida serie de aventuras que forman la existencia de la familia de los Pezón, es sobradamente conocida en toda Europa y gran parte de América, por su extraordinario interés y por la curiosa relación que de ellas ha hecho el escritor M. Henry Thetard. La familia de los Pezón constituye una especie de dinastía de domadores, en la que es ya tradicional ir de padres a hijos superándose en arrojo y temeridad. No hemos resistido a la tentación de extraer algunos datos para nuestros lectores de *Pacífico Magazine*, donde pueden ver la sempiterna lucha entre el hombre y la fiera, que tanto ha impresionado siempre por sus graves riesgos.

Con ilustraciones fotográficas.

Juan Pezón fué, puede decirse, el fundador de esta dinastía. Distinguióse por su bravura a toda prueba y en su escuela se educaron sus hijos Teodoro y Bautista. Este, que era el mayor, murió joven aún y joven también, a los cuarenta años escasos, murió Teodoro, a consecuencia de heridas recibidas en el ejercicio de su arriesgada profesión.

Dejó dos hijos, Alejandro y Edmundo, que en el año 1888 fueron a establecerse en París en el Bulevar Richard-Lenoir durante las fiestas del 14 de julio. Desde el principio, y no obstante la competencia de otros establecimientos análogos a cargo de reconocidos domadores como Bidel y Bautista Pezón, convirtiéronse los jóvenes domadores en los favoritos del público parisién. Un horrible acontecimiento debía hacer muy pronto célebre la casa de fieras de los hermanos Pezón,

dándole una reclame tan eficaz como inesperada.

Fué un domingo, el 11 de septiembre de 1888. Los hermanos Pezón inauguraban aquel día las fiestas de los Gobelinos en la plaza de Italia, con una función de matinée en una tarde bochornosa de estío. Entre los diversos atractivos que se prometían al público, figuraba un grupo soberbio de seis leones jóvenes, de tres a cuatro años, no domados aún enteramente, y que estaban a cargo de Edmundo Pezón, joven a la sazón de veinte años. Debido sin duda a lo bochornoso de la tarde, los leones se mostraban inquietos y excitados. Pero dejemos al propio Edmundo que relate él mismo lo ocurrido aquella tarde memorable:

"Al ir a trabajar en aquella matinée, advertí al momento de entrar en la jaula que Roland, el mayor y el más indócil de mis seis leones, enervado tal vez por el calor, o quizás por cualquier otra causa, aparecía con un mal humor más acentuado que de ordinario."

"Se empinaba cuan alto era sobre sus patas, rugiendo con todo furor, cada vez que yo pretendía obligarle a trabajar. Picóme el amor propio en este juego peligroso, y a todo trance determiné forzar a Roland a hacer su trabajo de costumbre.

"Vamos, le gritaba, listo! y hacía restallar el látigo.

"Pero a cada una de mis tentativas, Roland se precipitaba sobre mí y tenía que recibirlo a punta de horquilla para hacerlo retroceder de nuevo, a viva fuerza.

"Ante esta ruda porfía entre el hombre y la fiera en que ninguno de los dos quería ceder, el público ahogaba la respiración, sobrecogido y nervioso.

"De todos lados de la sala empezaron a oirse voces y gritos:

—¡Basta, basta!

—Todavía no, respondí yo. Es necesario que obedezca!

"Sin querer hacer caso de súplicas ni voces, proseguí mi lucha con Roland. Conseguí por fin hacerle obedecer y fué un verdadero triunfo. El público rompió en aplausos de entusiasmo.

"En este momento, cuando el león volvía a su sitio hizo de pronto un brusco movimiento y se lanzó sobre mí de un salto formidable.

"Pero por fortuna yo no le había perdido de vista, y gracias a mi horquilla evité el choque terrible de la fiera, gritando, al punto, al mozo de pista:

—¡Abre la puerta!

¿Qué pasó en aquel momento en el alma de aquel hombre? Lo ignoro y esta es la fecha en que aún no he podido explicármelo

El caso es que él se quedó inmóvil, fijando en mí su mirada estúpida. ¿Habíale hipnotizado la lucha que acababa de presenciar, hasta el punto de no darse cuenta de sí mismo y perder la conciencia de sus actos?

¡Quién sabe! Resultado fué que tampoco se movió a mi segunda intimación, que yo le hice con voz airada:

—¿Qué hace que no abre la puerta?....

Aprovechando este momento de vacilación, el león renovó el ataque. Un tanto indefenso y sorprendido, no le opuse esta vez tan enérgica resistencia.

Logró por tanto coger entre sus espantosas quijadas el mango de mi horquilla..... aún me parece oir el funesto chasquido del palo al romperse—mal presagio—entre los dientes de la bestia.

"Quedé por lo tanto casi desarmado, sin más defensa que la de mi látigo, débil arma, en verdad....

"Otra vez grité a toda boca:

—¡Una horquilla! ¡Denme una horquilla!

"Por todos lados corrían los empleados del circo, pero ninguno me atendía en lo que yo pedía. Parecían helados de terror ante el imponente espectáculo de un león enfurecido.

"Yo había ido retrocediendo hasta el fondo de la jaula, defendiéndome como podía con ayuda de mi látigo... De pronto el león tomó entre sus dientes el mango del látigo, me le arrancó violentamente de las manos y le trituró, mientras sus garras aceradas se clavaban en mi hombro izquierdo como un manojo de puñales... Me sentí perdido.

De repente, en aquel terrible momento, en que me ví cara a cara con la muerte, acudió a mi mente una idea, que fué mi salvación.

"La fiera iba seguramente a triturarme la cabeza entre sus poderosas mandíbulas. ¿De qué mano me serviría para intentar una última defensa desesperada?

"¿La derecha? ¿La izquierda? Cuál sacrificar.

"La decisión tenía que ser rápida, no

tenía tiempo que perder. Metiendo con presteza mi mano izquierda en las abiertas fauces de la fiera, tuve la fortuna de cogerle fuertemente la lengua, que le retorcí con todas mis fuerzas. Bajo la formidable embestida de mi feroz adversario que me estrechaba, me sofocaba, me trituraba entre sus poderosas garras, que se clavaban en mi cuerpo desesperadamente, yo sentí vacilar mis piernas... No solté sin embargo la lengua del león y ambos a dos, la bestia y yo rodamos por el suelo, que ya se enrojecía con manchones de sangre.

"Fué aquel un cuerpo a cuerpo espantoso, una lucha encarnizada en que el hombre y la fiera se revolcaban, bramaban...

"Aunque considerablemente molesto por la enérgica presión que sin tregua ejercía yo desesperadamente sobre la lengua de la bestia, lo que le impedía cerrar completamente sus fauces, el león me derribó en tierra de un zarpazo del mismo modo que un ratón es zarandeado por un gato... y a lo largo de la jaula, de uno a otro extremo, prosiguió el juego trágico, ensangrentando a cada movimiento las paredes y el piso de la jaula

"Por un prodigio de buena suerte, los otros cinco leones como aterrorizados por la audacia de su compañero, quedáronse agazapados en un rincón, contemplando, sin tomar parte, aquella lucha espantosa, contentándose sólo con llenar el circo de rugidos enormes.

"Fácil es imaginarse el pánico que reinaría en el público. Por todas partes se oían gritos de terror y de angustia. Los niños lloraban, las mujeres se desmayaban...

"Pero al menos, algunos hombres resueltos escalaron la balaustrada, y mientras otros huían a todo correr, ellos acosaron e increparon a los mozos de pista que permanecían inmóviles completamente aterrorizados, no sabiendo qué hacer en aquellas trágicas circunstancias.

"Durante algunos minutos prolongóse mi lucha cuerpo a cuerpo con Roland. ¡Será preciso decir que aquellos minutos fueron siglos para mí? De repente, con un solo movimiento, los otros cinco leones saltaron a la vez. De una rápida ojeada me dí cuenta, al momento, de lo ocurrido. Acababan de abrir la puerta lateral de la jaula, y por ella se habían precipitado en tropel las fieras, huyendo del horror de aquel drama.

Tres domadores célebres. De pie, en medio, Bautista Pezón. A su izquierda, su hijo Adrián. A la derecha, su sobrino Edmundo Pezón.

"Sentí que se desvanecía el abrazo de mi adversario... Soltéle la lengua... El león saltó también y al instante cerróse tras él la puerta.

"Todo había terminado. Estaba salvado. Pero en qué estado!

"Los mozos de pista, aterrorizados, no se habían movido y no era a ellos a los que debía mi salvación, sino a una valerosa joven, que estaba en primera fila entre los espectadores, que conservó su sangre fría y tuvo la feliz ocurrencia de abrir la puerta de comunicación de la jaula central con las otras divisiones.

"De un salto me puse en pie; jadeante... Tuve aún la energía suficiente para saludar al público, llegar a la puerta y salir. pero allí, agotadas mis fuerzas, caí desvanecido."

Después de una cura provisional Edmundo fué trasladado a la casa Dubois. Los ciruja-

nos estaban de acuerdo en hacerle la amputación inmediatamente, pero el joven domador se opuso enérgicamente a esta decisión, y anduvo acertado con ello. Tras un largo y doloroso tratamiento de muchos meses, logróse conservarle el brazo, pero la mano que denodadamente había sacrificado en el combate, y cuyos huesos habían sido tan espantosamente triturados que hubo que sacarlos en astillas, (Edmundo tuvo la original idea de mandar hacer con esos fragmentos alfileres de corbata), esa mano quedó inerte, y los dedos tiesos y rígidos. Todos los parisienses que conocieron al domador recuerdan haberlo visto siempre con ese guante negro que nunca se quitaba, y que le recordaba continuamente su tremendo bautismo de sangre el día 11 de septiembre de 1888.

El adversario del domador, el león Roland, no escapó mejor de esta lucha colosal. Dos meses después del accidente murió en el más tremendo estado de consunción. Al hacerle la autopsia se encontró que tenía la lengua gangrenada y casi arrancada de raiz.

Por desgracia no debía ser el león la única víctima del drama. La señora Pezón, madre, enferma ya de las numerosas impresiones de su accidentada vida, estaba próxima a la jaula de los leones el día de la tragedia, y al oir el chasquido de los huesos de la mano de su hijo entre los dientes de la fiera, se dió cuenta cabal del peligro horrible que corría su hijo, y la pobre señora, no pudiendo resistir tan ruda emoción, fué tal su dolor que quedó postrada en cama sin volverse a levantar jamás, muriendo tras algunas semanas de enfermedad.

Pocos días después de la muerte de la madre, separáronse los dos huérfanos, no sin antes haber procedido a la repartición de su "menagerie". Sus carreras respectivas fueron de desigual duración. Alejandro murió en 1896 a los 35 años escasos de edad dejando sus fieras a su hermana y su cuñado M. Deckmann, que las explotaron varios años antes de venderlas a la firma anglo-americana Bostock y Wombwell. Alejandro Pezón era un domador excelente, dotado de una audacia tal vez excesiva, que le produjo repetidas veces terribles accidentes, y desde luego podemos asegurar que su prematura muerte fué sólo la consecuencia de sus heridas innumerables.

Edmundo Pezón, repuesto apenas de su reciente mutilación, pasó en París casi todo el año 1889, sacando no escaso beneficio de la afluencia de visitantes que la Exposición Universal llevaba a la gran villa. El 14 de julio organizó una función de gala en honor de un huésped distinguido, el monarca Senegalés Dinah Salifou, rey de los Nalous y de los Bazás. El Rey y su séquito mostráronse maravillados al ver las fieras africanas, a que ellos no se atrevían a hacer frente en las selvas, obedecer sumisamente y plegarse a la voluntad de un joven, casi un niño. Sobre todo, los osos blancos, animales apocalípticos para aquellos buenos negros, excitaron su curiosidad.

Dejando París al terminar la Exposición, Edmundo comenzó una gira por provincias, no sin que faltasen algunas peripecias. De todas, la más notable fué el incendio de su circo, que sobrevino durante una función un día de julio de 1893. Edmundo vió desaparecer entre las llamas todo su material y casi toda su colección zoológica, bien completa entonces, pues comprendía más de cincuenta animales. Aquella catástrofe le costó alrededor de 80,000 francos.

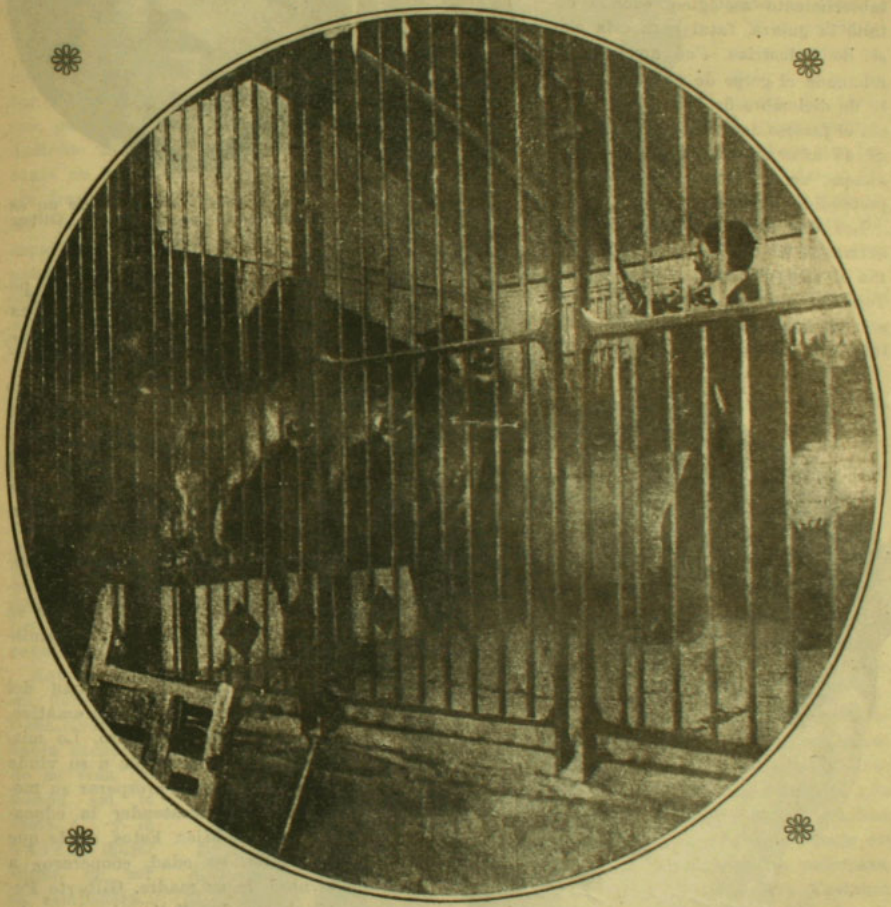
En 1900 volvió Edmundo Pezón a París en busca de sus éxitos de 1889. Constaba su galería zoológica de unas treinta fieras hermosas y escogidas, y entre ellas un magnífico grupo de seis leones y al frente de ellos, Prince, verdadero gigante de su especie. La exhibición de estos animales feroces era en extremo emocionante, y no pocos parisienses recuerdan aún el estremecimiento de terror que corría por su cuerpo a la vista de aquellos reyes de la selva. Jean Lorrain, Delphi Fabrice, Oscar Metenier, el escultor Lecourtier, Charles Piot, Manuel de la Gándara y otros muchos conocidos artistas eran asiduos concurrentes a las funciones de Edmundo, que tenía siempre para ellos la más franca de las sonrisas acogedoras, no obstante su habitual manera de impasibilidad.

Con los periodistas era igualmente Edmundo amable y cumplido. ¿No prestó en 1906 a un redactor de "Le Matin" una hiena para ayudarle en las difíciles indagaciones para el descubrimiento de un cadáver, que por fortuna no existía? El hecho ocurrió en París, cerca de Sceaux, a raíz de la desaparición misteriosa de un individuo, hecho que se llegó a sospechar un crimen...

La prensa no fué tampoco ingrata con el valiente domador y ni le escaseó la reclame cuando el caso lo requería, ni fué parca en los aplausos que con toda justicia merecía Edmundo. Así se vió en el caso de Zizi Bamboula. Zizi Bamboula era un chimpancé extraordinario, un fenómeno, de propiedad de Edmundo, que se hizo enormemente célebre porque más de una vez acompañaba a su amo a los cabarets de moda, y suscitó una cortés pero reñida polémica entre el domador y Edmundo Perrier, el director del Museo.

Llegó después la época de prueba para los circos de fieras ambulantes, ya que una infinidad de circunstancias desfavorables, aumento de precio de la carne, mayores derechos industriales, competencia de los cinematógrafos, etc., hicieron sumamente precaria la situación de los domadores.

A Edmundo Pezón, que salió de París a fines de 1909 para una gira por provincias, sorprendiéronle en Chateau-Thierry las calamitosas inundaciones que arrasaron toda la Francia a principios de 1910. Las cajas-jaulas fueron invadidas por las aguas y si bien se las pudo librar del siniestro, los más hermosos leones de la galería zoológica perecieron a consecuencia de afecciones al pecho provocadas por la humedad.



El domador Edmundo Pezón haciendo trabajar sus leones D'Artagnan, Lolotte y Saida

En 1911 resolvió Edmundo vender lo que le restaba de su colección, al domador americano J. C. Bostock.

Después de pasar en el Mediodía varios meses para reponerse de su quebrantada salud, volvió a París. Soñaba en formar de nuevo un establecimiento zoológico, cuando estalló la guerra, fatal para esta clase de industrias. Fué aquel para Edmundo el golpe de gracia. El 10 de diciembre de 1916 sucumbía el famoso domador a la edad de 48 años en una situación crítica aunque no en la miseria, como han pretendido algunos.

Los dos menores de los cuatro hermanos no fueron tan célebres como el mayor, Bautista, y el segundo, Teodoro; pero su carrera no por ser más corta es menos pródiga en aventuras. El fin de Justino Pezón fué particularmente trágico, pues pereció asesinado en 1873 en el camino de Chateaudun a Orleans, por un antiguo mozo, despedido.

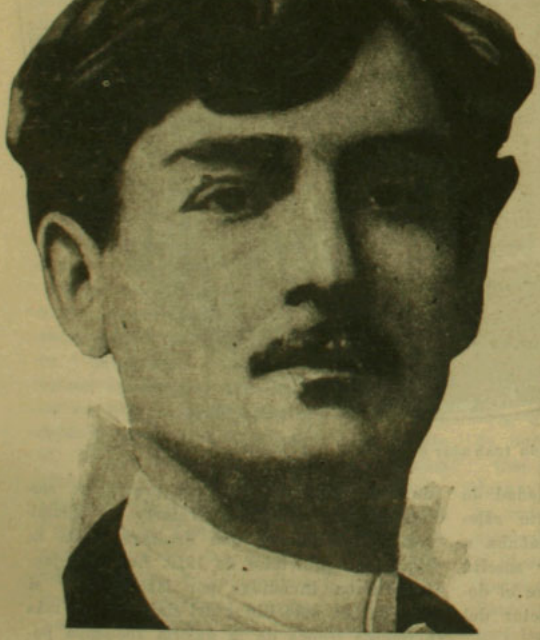
1. Juana Pezón, directora de un establecimiento zoológico.—2. Gilberto Pezón.

La viuda e hijos de Justino continuaron la obra del interfecto y su circo de fieras llegó a hacerse famoso. Sobre todo la hija del domador, Juana Pezón, distinguióse por su intrepidez y su perfecto dominio de las fieras.

Más tarde llegó a dirigir durante largo tiempo un importante establecimiento zoológico, del que su esposo, M. Sicher, era el administrador.

Juan Pezón, llamado Juan del Oso, tuvo un fin no tan dramático, pero bastante prematuro. Lo mismo que Teodoro dejóle a su viuda la tarea de hacer prosperar su **menagerie**, sin desatender la educación de sus hijos. Estos, desde que estuvieron en edad, cooperaron a la obra de su madre. Gilberto Pezón hubo de distinguirse pronto por su intrepidez sin límites. Ana y Josefina fueron como su prima Juana, magníficas domadoras.

Pero la ayuda más positiva y eficaz encontróla la viuda de Juan Pezón en su yerno Emilio Castanet, esposo de Josefina Pezón. Aunque este último no forma parte de la gran familia de domadores más que por su alianza, merece estu-



El famoso domador Edmundo Pezón, cuya intrepidez fué legendaria.

diarse la fisonomía de este hombre extraordinario, que antes de matarse a los treinta años, había sido sucesivamente: marino, picador, gimnasta, aeronauta, torero y domador.

El padre de Castanet era abogado en Nimes, cuando en 1869 resolvióse a embarcar a su hijo Emiliano en calidad de grumete en el barco "Iraonady".

A los veinte años, Castanet, después de cumplir un año de servicio militar en un regimiento de dragones, pasó a España. Al momento dedicóse a la tauromaquia; pero tenía en su contra una cualidad, era francés, y parece ser que los toreros españoles, que adivinaban en él un rival peligroso, se dieron maña para quitar el entusiasmo por los toros al que tal vez hubiera podido hacer sombra a los Bombita, los Reverte y los Lagartijo.

En 1884 regresó a Francia. En Provenza vino a conocer el circo de la viuda de Juan Pezón, en donde la joven Josefina Pezón encantaba a los leones con su traje de ceñida malla y ancha cola.

Aquello fué para Castanet un doble golpe fulminante. Definitivamente había encontrado su vida (al menos así lo creía él) y la única mujer digna de ser su compañera... Pidió por tanto a la viuda de Pezón la mano de su hija y la autorización para domar sus leones... Digamos desde luego que fué admitido como yerno y como domador, pues su porte franco y decidido y además la fama de sus proezas aéreas como aviador, hicieron prever a la madre el poderoso auxiliar que en aquel hombre se le entraba en casa.

1 y 2. Emilio Castanet y su esposa Josefina Pezón.—3. Los mismos el día de su boda.

Y el matrimonio se verificó en Marsella, en agosto de 1885, boda poco vulgar, verdaderamente, pues la firma del contrato se hizo en la jaula central de los leones entre testigos de cuatro patas poco tranquilizadores. El viaje de novios se hizo en globo al siguiente día de la ceremonia.

En su nueva profesión, revelóse Castanet el mismo que siempre había sido; despreciador del peligro, intrépido hasta la locura. Algunos accidentes experimentados en 1886 y 1887 en Tolosa, Castres y especialmente en Puy-en-Velay no fueron bastante a refrenar su entusiasmo temerario. Una vez el domador vióse cogido por un brazo por las garras de un león y a no ser por sus fuerzas hercúleas, con las que pudo obligar a la fiera a soltar su presa, hubiera sido seguramente estrangulado entre sus garras poderosas.

Por entonces soñaba ya Castanet conquistar otros laureles, como los de Blondin, el famoso acróbata vencedor del Niágara. Hizo su debut en Tolosa el 6 de Noviembre de 1887, atravesando el Garonne sobre un alambre tendido a 20 metros de altura. En seguida volvió a recorrer el mismo trayecto, vendados los ojos, la cabeza envuelta en un saco, y por último hizo un tercer recorrido empujando por delante un carretón de mano, cuya única rueda resbalaba por el alambre. En Auche aún hizo más: cogió una silla, la colocó sobre

el alambre, se sentó en ella y después puso delante un hornillo en el que, siempre en equilibrio, hizo una tortilla.

En Saintes, en el mes de febrero de 1888, halló Castanet una ocasión más de demostrar su intrepidez. Cierta mañana una leona ya grande, Haydee, escapóse de su jaula.

En su paseo, encontró la fiera un pobre perro, el que reventó de un zarpazo. Con ganas ya de matar, lanzóse luego la leona sobre un caballo. En ese momento apareció Castanet. Sin vacilar un instante deslizóse bajo el vientre del caballo y ató por las patas posteriores a la leona, con una cuerda que algunos obreros le tiraron desde un andamio. La leona rodó por tierra, pero levantóse al momento y saltó a la cabeza de otro caballo. Castanet entonces aprovechó la ocasión y pasó a la fiera un nudo corredizo por el cuello para reducirla a la impotencia.

Pero en Angers, la veleidosa fortuna, ya cansada, abandonó a este valiente insuperable.

Era el 16 de septiembre de 1888. El domador había resuelto convertirse de nuevo por un día en acróbata y amenizar su programa ordinario con una atracción verdaderamente extraña e inaudita.

Después de realizar sus ejercicios ordinarios sobre un alambre tendido a 20 metros por encima del Campo de Marte, anunció Castanet que en la noche verificaría una travesía aérea por el alambre, llevando en la cabeza una pieza de fuegos artificiales, a la que prendería fuego al encontrarse en medio del alambre.

En su libro "Domadores célebres" refiere Bidel lo que, según un testigo ocular, ocurrió en aquel caso por esta temeraria decisión.

Llegada la hora, el atrevido acróbata encasquetóse su gorro en el que se habían colocado varios cohetes artificiales. En vano su mujer y su suegra le suplicaron que renunciara a tan temeraria empresa. Castanet no quiso atender a razones.

Subido al alambre, donde se sostenía con la soltura y naturalidad de un cómico en escena, y con paso tranquilo y pie seguro, avanzó manteniendo el equilibrio con el balancín.

A sus pies contenía la respiración una multitud inmensa, compacta, silenciosa, asombrada ante el prodigio de serenidad y destreza de aquel hombre. Su joven esposa, arrasados los ojos en lágrimas, caminaba casi bajo el cable, sin perder de vista un movimiento de su marido. Los amigos se esforzaban en calmarla, pero un siniestro presentimiento la atormentaba sin cesar: "Tengo la certeza, decía, que le va a suceder una desgracia".

Al llegar a poco más de la mitad del cable el temerario acróbata prendió fuego a las piezas de fuego artificiales. Primero volaron los cohetes, y haces de fuego rodearon la cabeza de Castanet, cayendo en derredor de él como una magnífica lluvia de estrellas.

El público aplaudió. Castanet reguía siempre avanzando. Llegaba ahora su turno a los petardos: sucedíanse unas tras otras las detonaciones, aturdiendo al artista que momentáneamente, perdía el equilibrio. Entre tanto, en torno a su cabeza habíase formado una nube con el humo de la pólvora. ¿Iría aquella nube a cegarle?, ¿le impediría ver el alambre?

Castanet llegó casi al término de su trayecto entre cielo y tierra. Resonó una última detonación... al mismo tiempo escapóse del pecho de todos los circunstantes un grito de angustia, un terrible rumor de espanto:

"¡Oh! ¡Ha caído!"

Acababa de caerse, en efecto, a plomo, al estampido del último petardo.

Corrieron hacia él: "No tengo nada, dijo Castanet a su cuñado Gilberto Pezón; que me lleven a casa". Pero al momento se vió que tenía el pie derecho taladrado y rota la pierna izquierda, y como se ahogaba, los médicos, temiendo una lesión interna, ordenaron se le trasladase al hospital.

Esas lesiones existían por desgracia, y aquella misma noche sucumbía el infortunado domador después de murmurar:

"No ví el cable".

Tal fué el fin del pobre Castanet.

Su viuda vive aún en la actualidad y en sociedad con su hermano Gilberto primero, y después con el domador Lucas vióse precisada a proseguir sus giras por el extranjero durante más de veinte años.

Puede decirse que la mayor parte de los domadores franceses que se han dedicado a la peligrosa profesión, han aprendido con los Pezón las primeras lecciones de tan difícil arte.

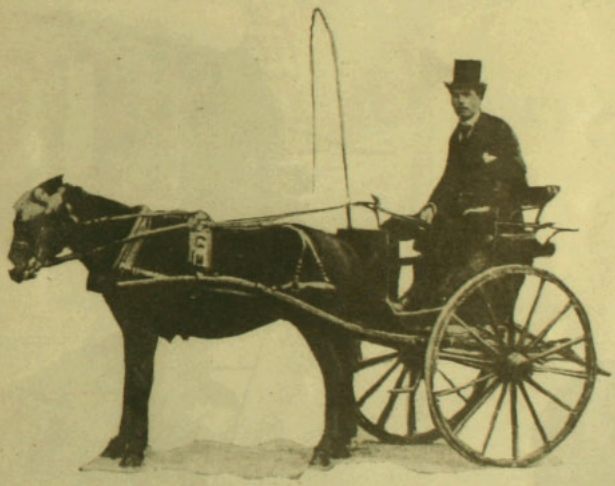
La lista completa de los discípulos de los Pezón, que han llegado más tarde a con-

quistar un nombre glorioso, sería sumamente larga.

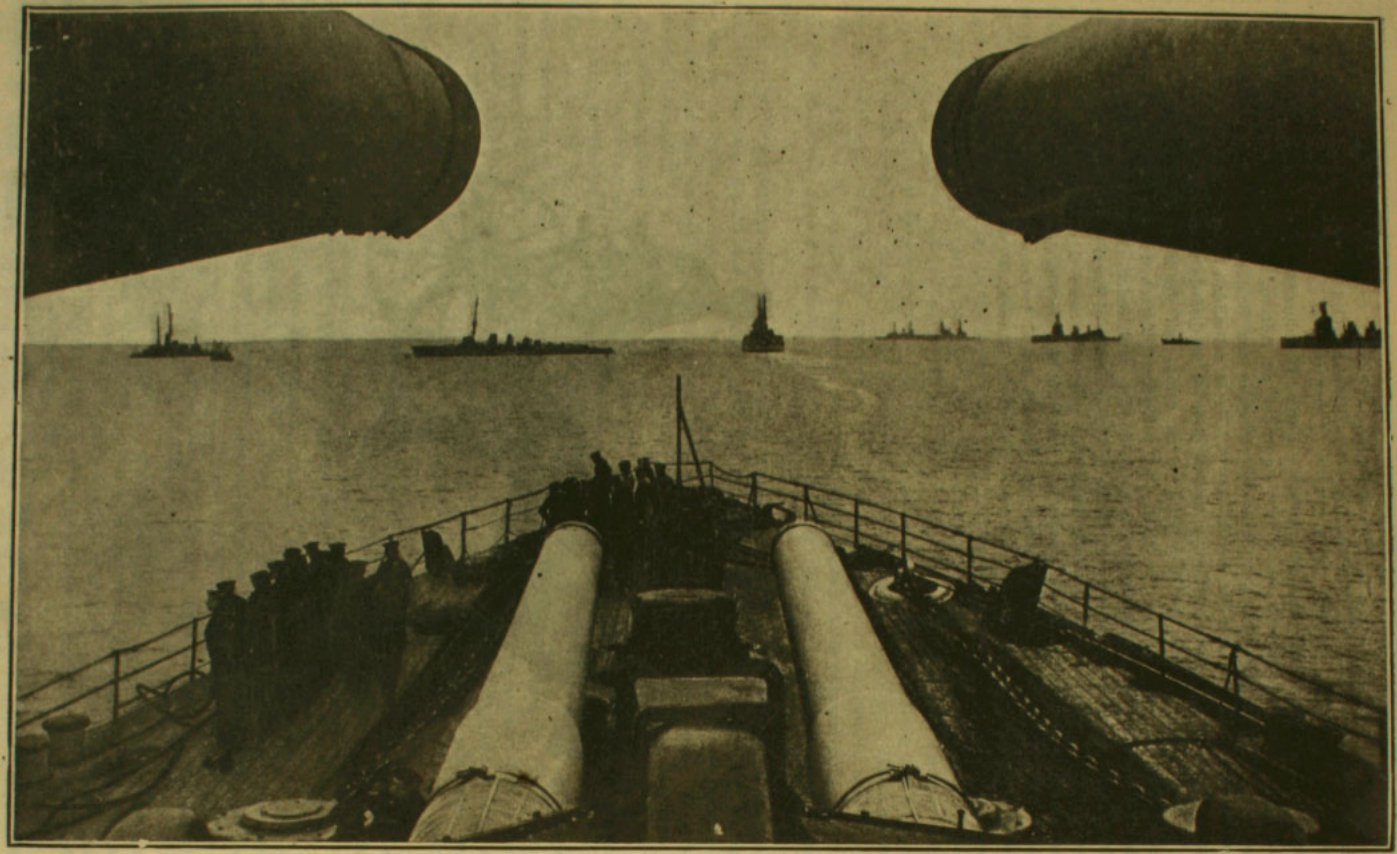
Podríamos citar entre estos a Saborne, alumno pintor de la Escuela de Bellas Artes, que dejó el pincel por el látigo, y tambien al actor Jorge Marck, que fué un domador notable.

Edmundo Pezón fué el maestro del famoso Carrére, uno de los más célebres domadores que ha existido por su audacia para amaestrar fieras salvajes, y el no menos famoso José Gaillard que después de hacer sus primeros ensayos en la escuela Castanet-Pezón, fué durante largo tiempo el colaborador de Adrián, antes de sobresalir como ninguno con Bostock.

En la actualidad, ha muerto casi por completo el nombre de todos esos valientes, que en estas profesiones tan peligrosas como peregrinas fueron reyes y fueron el ídolo de las multitudes. Estas diversiones han ido cediendo el lugar a los nuevos inventos de progreso, como el cinematógrafo, lo cual no deja de ser un signo evidente de decadencia en el terreno de la emoción y del vigor de la raza.



Adrián Pezón, al llegar en su coche a la "menagerie".



Pabellones del Instituto Seroterápico de Butantán (Brasil) y parque experimental de serpientes.

El jardín de las serpientes

Por

Jacobo Boyer

Con ilustraciones fotográficas

El instituto seroterápico de Butantán, en el Brasil, es uno de los más curiosos establecimientos científicos del mundo; no hay extranjero que al desembarcar en aquel país deje de ver el pintoresco **Jardín de las Serpientes**, que abarca 300 hectáreas, a unos nueve kilómetros de la ciudad de San Pablo.

No hace mucho, un famoso personaje francés se aventuró atrevidamente entre los reptiles; pero como éstos desconocen aún las leyes de la hospitalidad, uno de ellos picó al ex-ministro, que por fortuna pudo salir del accidente sin mayores consecuencias.

Puesto que la actualidad anecdótica nos invita, visitemos a nuestra vez el original **Serpentario**, cuya existencia ignoraban aún seguramente la mayoría de nuestros lectores y en el que su eminente director, doctor Vital Brazil, indaga los misterios de la biología ofídica.

Tiene fama el Brasil de contener en su fauna gran número de terribles serpientes, como la cascabel y la botrope, que, según el doctor Pozzi, mataban anualmente nada menos que doscientas cuarenta personas en el solo Estado de San Pablo, antes de la fundación del instituto de Butantán.

Pero desde que el Jardín de las Serpientes prepara los sueros profilácticos y los distribuye entre los cultivadores de café y caña a cambio de cobras vivas, ha disminuído enormemente el número de accidentes mortales causados por las mordeduras de las sierpes.

El profesor Calmette, de Lille, iniciador de la vacunación contra la ponzoña de los ofidios, tropezó con muchas dificultades para procurarse ejemplares exóticos que le sirvieran en sus experimentos; pero el doctor Brasil dispone de abundante número de crótalos, botropes, víboras, boas, pitones y elatéridos, sin contar los escorpiones y otros arácnidos ponzoñosos.

Para impedir la evasión de estos peligrosos bichos se ha circuído el jardín de gruesas y no muy altas tapias, que cierran una superficie de quinientos metros cuadrados, y parece desde lejos una aldea de negros por los cubiles de que, a manera de chozas, están sembrados los arriates del jardín. Por la parte interior, contiguo a las tapias, se abre en todo el circuito un foso lleno de agua, que forma intransitable barrera para los reptantes inquilinos de aquel extraño paraíso sin pareja humana. Allí se reproducen libremente los ofidios y se abrigan contra el sol en los resguardos o chozas de ladrillos, a cuyos techos suelen reptar tranquilamente.

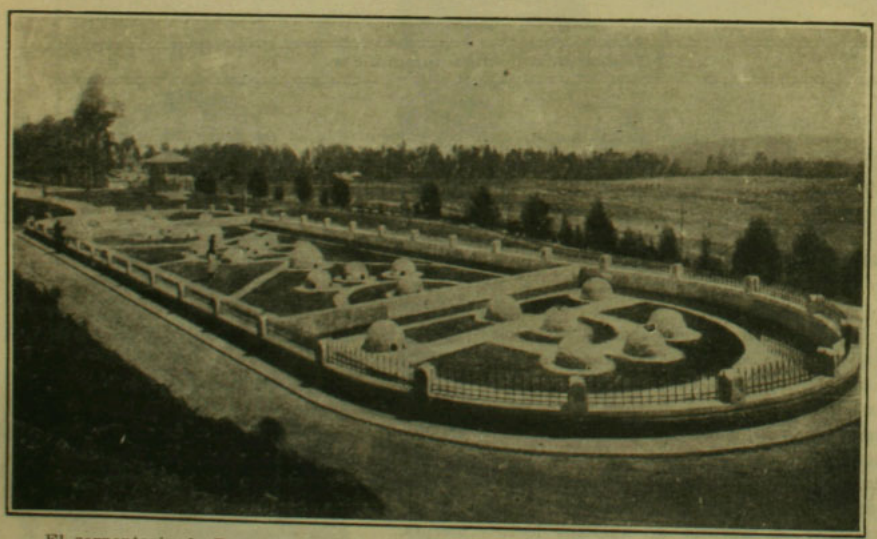
El Serpentario está dividido en tres compartimentos: dos para los oficios ponzoñosos y uno para los inofensivos. Adosado al edificio principal hay otro parque complementario, de sólo cuatrocientos metros cuadrados y también rodeado de foso lleno de agua. En este segundo parque el doctor Brasil y sus ayudantes estudian las costumbres de los ofidios, sus alimentos predilectos, su modo de recogerse por la noche, el mejor medio de precaverse contra sus mordeduras y, sobre todo, los complejísimos fenómenos del emponzoñamiento, variables siempre según las especies.

Ya hemos dicho que las principales familias de la fauna ofídica del Brasil son los crótalos y los botropes, que abundan en las selvas tropicales, de cuya cálida y húmeda atmósfera gustan en extremo. Su temperamento es tímido, pues huyen al menor ruido, y tan sólo atacan al imprudente que los pisa o al que se atreve a hostigarlos.

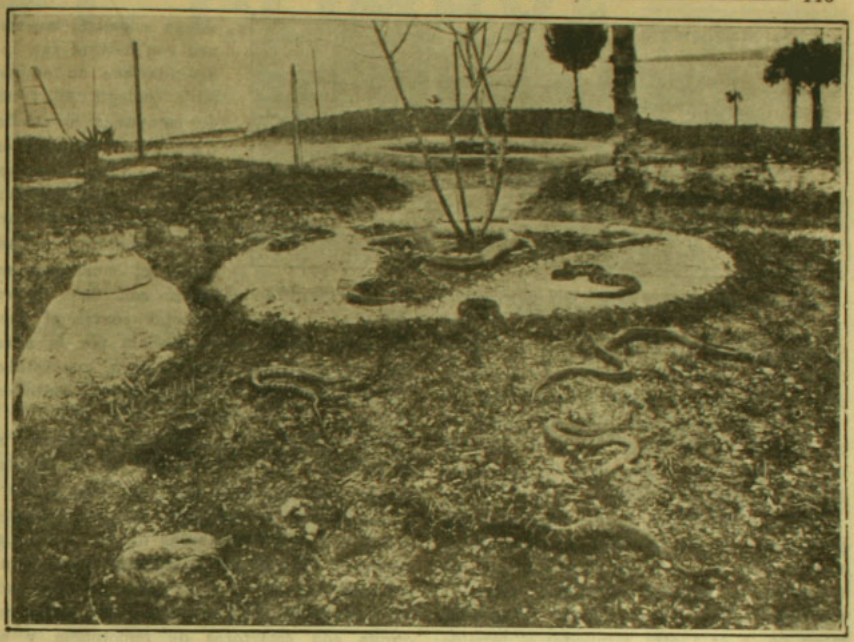
Felizmente está ya averiguado el mecanismo fisiológico de sus temibles mordeduras. El veneno de los botropes descompone la sangre que, al escaparse de los capilares, determina abundantes hemorragias en el tejido celular subcutáneo y submucoso, con intensa congestión del hígado y riñones.

A la inversa de la ponzoña de los botropes, la de los crótalos produce efectos paralizantes y mata al hombre en poco más o menos de veinticuatro horas, a consecuencia de parálisis bulbares con trastornos de la respiración, circulación y visión.

Es muy sorprendente que el suero preparado en Lille por el doctor Calmette no



El serpentario de Butantán (los cubiles artificiales que lo forman están circuídos por un foso lleno de agua para evitar la huída de los reptiles).



Variedad de serpientes en libertad en los terrenos del Instituto.

tenga eficacia alguna contra mordeduras de las serpientes brasileñas. Cada veneno requiere su antídoto especial, y así, el doctor Vital Brasil prepara en el instituto de Butantán dos sueros específicos: el **antibotrópico** y el **anticrotálico**, que en cortas dosis neutralizan las ponzoñas de estas dos familias de ofidios. Sin embargo, como por lo común se ignora qué especie de serpiente ha mordido al individuo sujeto a tratamiento, se prepara además un suero llamado **polivalente o antiofídico**, cuya eficacia es la misma contra todos los reptiles venenosos del Brasil.

En el instituto de Butantán se emplean caballos o pollinos muy sanos para producir el suero; y considerada la extrema sensibilidad del caballo a la acción del veneno de las serpientes, se le inyectan al principio tan sólo 5|100 de miligramo del líquido tóxico para ir después aumentando la dosis en mínimas proporciones cada seis días, hasta que al cabo del año que la inmunización exige, ha recibido el caballo cerca de un gramo de veneno, y ya es el suero de su sangre perfectamente antitóxico para las ponzoñas del crótalo y del botrope. En cuanto al suero polivalente, se le obtiene alternando las inyecciones de ambas especies de ponzoña. Los animales inmunizados pueden proporcionar durante largo tiempo sueros profilácticos, con tal que después de cada extracción se les inyecte de nuevo el veneno.

El instituto de Butantán entrega el suero en tubos encerrados en estuches de madera y lo reparte gratuitamente a los hospitales, municipios y familias pobres, con su correspondiente jeringuilla de inyección. También lo vende a precios modicísimos al público o cambia los tubos por serpientes vivas.

En el año 1913 entregó el instituto seroterápico de Butantán 5,482 tubos de suero, de los cuales eran 914 de anticrotálico, 810 de antibotrópico y 3,759 de polivalente o antiofídico. En cambio ha recibido 4,530 cobras vivas.

Asimismo se preparan en dicho establecimiento sueros contra la peste, la difteria y el tétanos por los medios ordinarios. Pero el doctor Brasil no se satisface con salvar de la muerte a sus compatriotas, sino que practica curiosos experimentos sobre la biología de los reptiles, y ha descubierto una especie ofídica, la musurana (**Rachide-**

La serpiente Jararaca (Lachesis lanceolatus). una de las más venenosas.

lus brasili), que no tiene ponzoña, es refractaria a las mordeduras de los reptiles venenosos y, en cambio, gusta de morderlos.

En las **Notas de un viaje quirúrgico a la Argentina y el Brasil en 1911** relata el doctor Pozzi una sesión ofidiofágica a que hubo de asistir en Butantán. Dice así:

"Con ayuda de un bastón encorvado en gancho por un extremo, sacaron de una caja a la serpiente, cogiéndola lo mismo que un embutido, y la dejaron en el suelo cerca de nosotros. Con el mismo bastón de gancho sacan de la caja otra serpiente, el terrible **Lachesis lanceolatus**, el jararaca de los indios, cuya mordedura mata en pocos minutos a hombres y animales. Retrocedimos instintivamente a la vista del ponzoñoso reptil, que colocaron muy cerca del inofensivo musurana, y formamos círculo a respetuosa distancia de ambas alimañas. Confieso que miraba tras mí en prevención de la huída.

"Quedaron los reptiles uno frente a otro, tan tranquilos como si no se dieran cuenta recíproca de su presencia. De pronto se mueve el musurana y se acerca a su formidable víctima, que al advertir la disposición de su enemigo, se menea con actitud tan indefinida que no es posible colegir si trata de escapar o si confía en sus irresistibles dientes. Con pasmosa rapidez, demostrativa de que su aparente torpeza encubría la astucia, el musurana se lanza con las fauces abiertas contra el cuello de su presa, agarrotándola por la nuca para inmovilizarla; pero la otra, que estaba alerta, se revuelve prontamente y dentellea el cuerpo de su enemiga.

Pero ésta es naturalmente inmune a la ponzoña, y, sin resentirse de la herida, se aferra en forma de lazo corredizo al cuerdo de la impotente **lachesis**, a la que oprime como entre las mandíbulas de un torno. La venenosa cabeza de la **lachesis**, desmesuradamente abierta y como desarticulada por la formidable presión de su adversaria, se erguía con estertores de impotencia y el cuerpo desaparecía bajo el enroscamiento del musurana, dejando tan sólo ver la cabeza en un extremo y la cola en el otro. Poco después el musurana, con una alternada serie de empujes a derecha e izquierda, acaba por retorcerle el cuello a su enemigo y empieza a engullírselo tranquilamente."

De todos modos, no hay necesidad de favorecer la procreación de los musuranas para desembarazarse de las serpientes venenosas, pues los sueros profilácticos del instituto de Butantán constituyen medios mucho más racionales y científicos.

Modo de coger una serpiente venenosa los criados del Instituto.

EL HOMBRE FANTASMA

Por

Guido de Teramond

(CONTINUACIÓN)

Unos días después del entierro del infortunado señor Korpfstrauss, un nuevo personaje se instaló en una de las tres habitaciones que aún quedaban por alquilar en el sexto piso.

Era un sujeto de baja estatura, calvo, coloradote, algo barrigudo y llevaba anteojos.

Ejercía la profesión de tenedor de libros, llevaba la contabilidad de varios comerciantes y a ratos perdidos hacía balances y copiaba manuscritos.

La instalación de su escaso mobiliario había pasado inadvertida, y llevaba una vida tan sosegada que ninguno de sus vecinos se preocupaba de su presencia. Y sin embargo, ¡cuánto se habrían asombrado si hubieran sabido que el honrado tenedor de libros se pasaba las veladas con los oídos pegados a las puertas de sus viviendas, y que cuando se ausentaba durante el día era para tomar informes de ellos!

Al irse a vivir a aquel sexto piso, el inspector Lapipe tenía su plan.

En primer lugar, ello le permitía entrar y salir de la casa a cualquier hora sin llamar la atención de nadie; en segundo, sabía que a veces se aprende mucho oyendo las habladurías de los criados.

Los tabiques de sus cuartos tienen poco espesor, y en la intimidad de las buhardillas las lenguas se sueltan y la chismografía hace de las suyas. Las gentes hablan entre sí de cosas que no se han dicho al comisario por miedo o por odio a la policía, y se confían recíprocamente averiguaciones que han hecho; se comunican sospechas que el que las tiene no se ha atrevido a exponer en alta voz, y a veces una palabra puede poner a un sabueso de buen olfato sobre una pista útil.

Lapipe no tenía por qué sentir su determinación, pues por de pronto había averiguado que la fábrica de lanas Wolf y Cía. no tenía representante alguno en provincias, y que, por consiguiente, el individuo que se hacía pasar por tal era un impostor.

Y aunque hubiera sido una locura deducir de esto que era él el asesino del señor Korpfstrauss, tanto más cuanto que había partido un mes antes del crimen y después nadie había vuelto a verle, el solo hecho de disimular bajo una profesión honrada su profesión verdadera denotaba claramente que ésta había de ser por fuerza sospechosa.

¿Era un traficante en carne humana, un ladrón de museos, un expendedor de moneda falsa?

Todas esas extrañas circunstancias eran bastantes para exitar la curiosidad de un polizonte.

En espera del regreso de aquel singular personaje, a quien podría ser interesante no perder de vista, Lapipe se resolvió a practicar discretas investigaciones.

El portero le proporcionó una llave maestra, y un día el agente entró tranquilamente en la habitación de aquel sujeto.

Era verdaderamente la vivienda de alguien que no la habitaba nunca.

El mobiliario era de lo más escaso que darse pueda: una cama, una cómoda, un lavabo de hierro y en un rincón una mesita con una silla de paja.

A la primera ojeada se veía que aquel cuarto sólo servía al inquilino de domicilio fijo para recibir su correspondencia y facilitarse, en caso necesario, una coartada.

Lapipe, sin embargo, algo descubrió en él.

En el suelo, debajo de la alfombrita puesta al lado de la cama, encontró un botón de librea, de cobre, que probablemente se había deslizado allí sin saberlo el dueño; y detrás de un pie del lavabo, un pedacito de papel como de un centímetro cuadrado, satinado y de color de malva,

fragmento de carta rota en el que se leían las cifras 7 85, escritas en tinta morada.

El portero recordó que el día del crimen varios mozos de tiendas, con librea, habían llevado géneros a sus inquilinos; pero esto nada tenía de particular.

Y como, por otra parte, la fábrica de donde procedía el botón vendía diariamente gruesas de ellos a más de trescientas casas de París, era imposible conocer, ni aun vagamente, a todos los compradores de tales objetos.

Lapipe adelantaba poco en sus indagaciones y comenzaba ya a desesperar de dar con el más pequeño indicio que le pusiera sobre alguna pista, cuando a fuerza de examinar aquel cuarto en el que aun sin querer husmeaba un misterio, observó que debajo del tragaluz el yeso de la pared presentaba un surco estrecho y perpendicular muy marcado, y que la pintura de la guarnición de hierro de encima había desaparecido, dejando una señal que coincidía con la anchura del surco.

Cualquier otro que no hubiese sido Lapipe no habría prestado la menor atención a ese detalle insignificante.

Pero examinando de cerca aquella rozadura, ocurriósele en seguida al agente que había sido producida por una cuerda que, atada al interior del cuarto, había soportado un peso exterior bastante grande para ocasionar aquel desperfecto superficial.

Bajó rápidamente a la calle, atravesó la plaza de Malesherbes y desde su observatorio examinó a dónde iría a parar una cuerda que pasase por aquel tragaluz.

E involuntariamente escapóse de su pecho un grito de sorpresa.

Había comprobado que dejándose deslizar por aquella cuerda, podía un hombre llegar hasta el balcón del señor Korpfstrauss.

En el acto, sin perder un momento, el policía fuese a su casa, quitóse en un santiamén la peluca, los anteojos y la barriga postiza, y pocos instantes después presentóse en su propia figura de inspector Lapipe en casa de la viuda del asesinado.

Una vez allí púsose a examinar atentamente una por una todas las ventanas del piso.

De pronto, tuvo un gran estremecimiento de alegría:

—Si no me engaño, acabo de encontrar algo muy interesante.

En efecto, había descubierto que la almáciga de uno de los cristales del comedor estaba fresca todavía.

Iba, pues, concretándose el camino seguido por el criminal.

Pero la señora de Korpfstrauss no compartió su entusiasmo.

—No tiene esto nada de extraño, porque la víspera del crimen...

Reflexionó un instante, y dirigiéndose a la criada, prosiguió:

—Fué la víspera del crimen, ¿no es verdad, Sofía?... A eso de las cinco de la tarde, uno de los cristales del balcón del comedor saltó hecho pedazos..., y en seguida hube de mandar a buscar al vidriero...

Sofía, que hasta entonces había escuchado en silencio, confirmó lo que su ama decía:

—Sí, señora..., lo recuerdo bien..., yo estaba en la cocina destripando un pollo..., y aún recuerdo lo furioso que se puso el pobre señor... Nunca hemos podido saber cómo se rompió el cristal... El vidriero dijo que debió haber sido con alguna gran piedra arrojada por alguien...

Y encogiéndose de hombros, añadió con ironía:

—¡Pero a esta altura!...

Lapipe sabía ya lo que deseaba.

Despidióse de la señora de Korpfstrauss, bajó a la calle y fuése a dar cuenta al jefe de la Seguridad de los acontecimientos del día. Por el camino frotábase las manos con satisfacción y hablaba consigo mismo:

—¡La cosa no va mal!... ¡Hoy he dado un gran avance!... Ahora ya sé cómo debió proceder el asesino.

Y mientras andaba resumió sus comprobaciones.

El asesino del señor Korpfstrauss había estudiado cuidadosamente, desde hacía tiempo, los lugares, y determinado su plan punto por punto.

Había comenzado por romper un cristal de la casa de la víctima. ¿Cómo? Con una piedra arrojada con honda. A las cinco de la tarde, en diciembre, es ya de noche, y como la plaza de Malesherbes es ancha y a aquella hora estaba desierta, el criminal podía operar tranquilamente sin ser visto por nadie.

Cierto que había de ser un hombre muy diestro, pero esa destreza cabía en lo posible. ¿Acaso no había visto él una muestra de puntería tanto o más difícil el día en que un tiro de revólver mató en seco el caballo desbocado de la calle de Hauteville?

Al día siguiente, el asesino, vestido con una librea de mozo de tienda, podía penetrar en la casa sin llamar la atención del portero.

Hacía varios meses que había alquilado un cuarto en el sexto piso, encima de la

habitación del señor Korpfstrauss, dando un falso nombre y suponiendo una profesión que no le obligaba a vivir allí constantemente.

Había, pues, subido a su cuarto por la escalera de servicio y se había ocultado en él esperando la noche.

Un cómplice, consciente o inconsciente, pero cómplice de todos modos, había expedido los dos telegramas preparados de antemano y destinados a alejar a la esposa, a la hija y a la criada del banquero.

Al dar las once, había soltado la cuerda por el tragaluz y se había deslizado hasta el balcón del quinto piso.

La obscuridad y el alejamiento de las casas que rodean la plaza de Malesherbes habían impedido que pudiera ser visto.

Ya en el balcón había quitado en un momento la almáciga, fresca todavía, del cristal roto el día antes, había entrado en el comedor y al pasar por la antesala había descolgado la navaja española.

El señor Korpfstrauss, que estaba trabajando, no le había oído...

Al llegar a este punto de su soliloquio, el inspector se paró, y con un gesto expresivo figuró el hundimiento del puñal entre los hombros del infeliz banquero, acompañando su mímica de un grito imitativo.

—¡Chist!...

—¡Caballero! — exclamó un transeunte, asombrado de ver aquellos movimientos y oir aquel grito.

Vuelto a la realidad por aquella exclamación, el agente reanudó su marcha y prosiguió monologando:

—Después de dar el golpe, el criminal se vuelve por el mismo camino, no sin antes haber puesto de nuevo la almáciga en el cristal, seguro de que no deja detrás de sí ninguna huella comprometedora. ¡Ah, el perillán creyó haber pensado en todo!...

Y se echó a reir.

—Pero no pensó que el inspector Lapipe sería el encargado de intervenir en todo esto..., y en que al ojo del agente Lapipe nada se le escapa, ni siquiera los secretos que las cuerdas escriben en las paredes...

Lapipe, sin embargo, no estaba enteramente satisfecho de aquel primer resultado que le había valido las felicitaciones del propio jefe de la Seguridad. Ciertamente que, gracias algo al azar y mucho a su perspicacia, había descubierto el modo cómo había procedido el asesino para cometer su crimen;; pero con esto no estaba más al cabo de la calle que antes, puesto que no conseguía descifrar la "psicología" de aquel asesinato inexplicable.

Y comprendía perfectamente que ahí estaba toda la clave del misterio. Había indagado cuidadosamente las relaciones del señor Korpfstrauss, y el círculo de los íntimos de éste era lo bastante reducido para que, escudriñándolos uno por uno, hubiera podido convencerse de que ninguno de ellos tenía interés, por una razón u otra, en su desaparición. Habíase murmurado, en verdad, respecto de él la palabra espionaje; pero en Francia es ya una especie de manía sospechar que todos los extranjeros tienen puestos sus ojos en nuestros fuertes y en nuestros cañones.

Por otra parte, la Seguridad general, que se había alarmado con esos rumores, no había descubierto nada reprensible en la conducta del banquero alemán.

No era tampoco Lapipe tan cándido que creyera que el desconocido volvería a su habitación metiéndose benévolamente en la boca del lobo.

Sólo los criminales vulgares reaparecen, como impulsados por una fuerza misteriosa, en el sitio del crimen, y todo demostraba que el asesino del señor Korpfstrauss no era de aquellos.

Por consiguiente, abandonaría su modesto mobiliario y no pondría más los pies en la plaza de Malesherbes.

En el entretanto, no se pasaba día sin que Lapipe, de codos en su pobre mesa de tenedor de libros laborioso y apoyada en las manos la cabeza, no se lanzara a deducciones sin fin, dándole a cada hipótesis mil vueltas para ver si le ponía una pista cualquiera.

—Pero veamos, se preguntaba; puesto que ese hombre, desde que entró en la casa como mozo de una tienda hasta el momento en que cometió el crimen, no se movió de este cuarto, ¿cómo pudo saber que todas las fases de su plan iban realizándose tal como las había previsto?... ¿que la esposa y la hija del banquero habían ido

a la Opera y que la criada había partido a Vincennes?

La inclinación del tejado y el conducto del canalón no permitían, ni aun abalanzándose a la ventaa, ver la acera de la calle.

De modo que no había podido verlas salir.

Además, la obscuridad se lo habría impedido.

Era, pues, preciso admitir **a priori** que una seña convenida de antemano lo había advertido.

En este caso, había un cómplice.

¿Quizá el que había puesto los dos telegramas?

Era, sin embargo, muy extraño que un criminal tan hábil se hubiese confiado a alguien tratándose de cosa tan grave.

Un secreto que pertenece a dos personas es de todo el mundo. A no ser que dos individuos tuviesen el mismo motivo para deshacerse del banquero.

Y Lapipe no llegaba a ninguna conclusión concreta.

Esto no obstante, el agente prosiguió sus investigaciones en el famoso cuarto. Tenía como un presentimiento indefinible de que aquella habitación no le había confiado todo lo que sabía.

Las paredes, cuidadosamente examinadas, nada de extraordinario le revelaron; la estancia había sido restaurada algunos meses antes, cuando fué alquilada, y los papeles no estaban todavía sucios.

Entonces se dedicó al suelo enmaderado y lo examinó minuciosamente cual si temiera que disimulase un escondrijo.

Al fin, en un ángulo del cuarto descubrió un agujero de algunos milímetros de diámetro y demasiado bien redondeado para que pudiera haber sido producido casualmente por algún clavo grande.

—Mi curiosidad—murmuró Lapipe—ha sido sobradamente recompensada para que la satisfaga una vez más.

Con unas tijeras hizo saltar una tablita del entarimado y lanzó una exclamación de sorpresa al ver, al ras del suelo, un alambre de latón en su envoltura verdosa muy parecido a los que sirven, en las habitaciones para las campanillas.

¿A dónde iba a parar?

¿A qué uso estaba destinado?

Aquella misma noche Lapipe lo sabía.

Un electricista llamado por él había encontrado muy pronto que aquel alambre estaba empalmado con la línea telefónica del señor Korpfstrauss.

Y examinando maquinalmente el aparato que había sobre la mesa del despacho del ex-banquero, el obrero había dicho:

—Aquí tiene usted un instrumento curioso...; consta de dos partes; mire usted..., es una plancha telefónica ordinaria y otra microfónica..., es un sistema recientemente inventado en los Estados Unidos y cuya descripción ha leído hace poco en una revista científica...

E interrogado por Lapipe, prosiguió:

—La parte de arriba es un teléfono común; descuelga usted los receptores y escucha..., pero la parte inferior está dispuesta de modo que permite oir de una manera permanente todo lo que se dice, aun a media voz, en la pieza. En resumidas cuentas, es casi el mismo principio que el del teatrófono...

Lapipe lo comprendió todo en seguida.

Gracias a este sistema, el asesino estaba al corriente, no sólo de todas las conversaciones telefónicas del ex-banquero, sino además de todas las que la familia de éste sostenía en la intimidad, porque generalmente se reunía en el despacho, cosa que el criminal no debía ignorar.

Así, pues, fácil le fué enterarse de todo, del deseo de la señorita Korpfstrauss de volver a oir **Romeo y Julieta**, de la rotura del cristal, de la salida de madre e hija y de la criada.

Y una vez consumado el crimen, el asesino no había tenido que hacer más que arrancar el aparato de su cuarto y llevárselo debajo del brazo; la rotura del alambre por debajo del suelo indicaba claramente que había sido brutalmente arrancado.

¿Pero cómo aquel instrumento de precisión estaba en casa del Sr. Korpfstrauss, sin que éste lo supiera? ¿Cómo se había establecido el empalme de los hilos sin haberlo advertido nadie?

¿Cómo?

¿Por quién?

La señora de Korpfstrauss acordóse entonces de que cosa de un mes antes de todas aquellas dramáticas aventuras, un empleado de la administración de los Teléfonos había ido una mañana a su casa para examinar los hilos de su instalación y había estado trabajando allí todo el día, llevándose consigo el aparato, que, según él decía, no funcionaba bien, y dejándoles provisionalmente el otro, el que estaban entonces examinando sobre la mesa del despacho.

—¡Es él!—exclamó Lapipe.

Una rápida información en la administración de los Teléfonos convenciólo muy

pronto de que ningún empleado había ido a casa del señor Korpfstrauss; si no los enviaban cuando lo reclamaban los abonados, ¡cómo habían de ir, por simple oficiosidad de la compañía, a informarse cerca de éstos del funcionamiento del aparato!

Y el inspector deducía de todo ello:

—Decididamente mi hombre es estupendo y el crimen raya en obra maestra... Cuanto más avanzo, mayor es mi asombro. ¡Ah, echar la garra a ese individuo!... ¡Ser más listo que él!... ¡Este sería, en verdad, el gran coronamiento de mi carrera!

CAPITULO V

Newton contra Lapipe

Mientras Lapipe hacía sus investigaciones, un nuevo inquilino había ido a ocupar uno de los cuartos de la casa de la plaza de Malesherbes.

Era un mocetón, de fisonomía abierta y simpática, recién llegado de Hamburgo, en donde había sido intérprete de los hoteles de Bismarcck y del Pelícano Blanco, y que, atraído como tantos otros por la Ciudad Luz, venía a París para encontrar un empleo análogo.

Su obsequiosa cortesía, su aire franco y su evidente instrución agradaron desde luego a Lapipe, quien, siempre que le encontraba en la escalera o en el descanso del sexto piso, echaba gustoso un párrafo con él.

El alemán aprovechaba aquellas ocasiones para pedirle informes prácticos acerca de cómo había de hacer su declaración de extranjero en la Prefectura, o acerca de la compra de muebles, o para orientarse en las calles de París.

Lapipe se complacía en facilitarle todas aquellas noticias, desempeñando a las mil maravillas un papel de viejo y pacífico tenedor de libros y sintiéndose dichoso de poder ser útil a un semejante.

Y hasta un día díjole en tono de broma:

—¡Qué suerte tiene usted, amigo mío, de hablar varios idiomas!... Figúrese usted que una vez me encontré en situación apurada con un inglés que no sabía ni una palabra de francés. Crea usted que fué una escena realmente cómica.

Su interlocutor hubo de morderse los labios para no soltar la carcajada. Porque con el falso inglés estaba hablando precisamente Lapipe.

El detective norteamericano llegaba verdaderamente de Alemania.

Siempre a la zaga del asesino de la millonaria de Nueva York, al que no había modo de echar mano, había sido enviado con urgencia a Hamburgo, en donde, al efectuarse el desembarque de un vapor de la línea Cunard, había sido detenido un pasajero cuyas señas coincidían con las telegrafiadas desde el Nuevo Continente.

Pero el detenido había resultado ser el propio rey de los cerdos, Mr. A. K. Rockferbild, de Chicago, y había sido preciso soltarlo inmediatamente y con mil disculpas.

A su regreso, furioso por aquel viaje inútil, había encontrado en su casa un billete de la baronesa de Brauersweski, suplicándole que fuera a verla sin tardanza.

Ocurría esto pocos días después del asesinato de la plaza de Malesherbes.

La baronesa Olga de Brauersweski era una de las mujeres más en boga de la colonia extranjera.

Hija de un general ruso, viuda de un coronel finlandés muerto prematuramente, aquella criatura, joven y guapa, que, procedente de San Petersburgo, había aparecido de pronto en el firmamento parisiense, había encontrado abiertos para ella todos los salones.

En el Bosque, en los estrenos, en las funciones, donde quiera que es de buen tono ser visto, su belleza y sus trajes causaban sensación, y a las recepciones de su casa suntuosa de la avenida Bosquet acudía lo más selecto del mundo elegante, artístico y político.

En aquellas recepciones predominaba, a decir verdad, el elemento militar; todo el que vestía uniforme era acogido con especial agrado por la baronesa, lo cual se

explicaba porque desde su infancia había vivido entre oficiales, primero en casa de su padre y después en la de su marido.

Además era natural que aquella joven dama, deportista consumada, amazona de primer orden, aficionada con pasión a la caza, gustase de rodearse de atrevidos camaradas siempre dispuestos a mil audaces proezas que la enloquecían.

Para que se vea qué clase de mujer era aquella, diremos que un día, a consecuencia de una discusión sostenida en su casa, durante una comida, entre el general V..., del estado mayor general, y el general G..., del Comité técnico de la Artillería, poco **después** de haberse dotado a nuestro ejército del maravilloso cañón de 75 milímetros, había apostado a que en cuatro días sería un perfecto artillero y manejaría la nueva pieza con la misma habilidad que un soldado con tres años de servicio.

Y había ganado la apuesta, para la cual se había mandado hacer un elegante uniforme de artillero, ante una comisión especialmente reunida que por unanimidad le había **concedido los galones** de apuntador de primera clase.

Otra vez, durante las maniobras, el general T. W..., árbitro de los ejércitos combatientes, se halló imposibilitado de montar a caballo a consecuencia de un accidente y ella había querido llevarlo personalmente en su automóvil, que condujo desde la mañana hasta la noche dando pruebas de una resistencia y de una habilidad enteramente profesionales.

El lunes en la Opera, el jueves en la Comedia Francesa, todo París desfilaba por su palco, en donde, cubierta de joyas magníficas, como una verdadera arquilla de reliquias, acogía los homenajes con una amabilidad y una gracia a las que su acento extranjero añadía aún mayor atractivo.

Se recordará también que por aquel entonces se habló de su matrimonio con un joven y simpático ministro, dos veces divorciado, proyecto que, aunque desmentido algunos días después, había sido por un instante considerado como cosa formal.

Sin embargo, por más que la baronesa había llegado a ser el ídolo de la mejor sociedad parisiense, alguien se mostraba escéptico respeto de ella.

Y ese alguien era el prefecto de policía, que todavía estaba corrido de la ridícula aventura que le había sucedido con un príncipe lleno de dorados y de condecoraciones, ante el cual se había inclinado en todas las recepciones oficiales, hasta el día en que un reportero curioso había descubierto que se trataba de un vulgar mozo de café, atacado de la locura de grandezas y en estado de ser encerrado en un manicomio.

Por esta razón desconfiaba instintivamente de la noble extranjera. Además, una discreta información practicada acerca de la misma le había permitido averiguar que el general ruso, que ella decía ser su padre, no había tenido hijas y que jamás había existido un coronel finlandés del apellido del esposo difunto.

Todo lo que se creía saberse respecto de ella, y aun esto no con toda certeza, era que en otro tiempo había sido amazona en un circo de Copenhague.

Pero después habíase perdido su pista.

Cuando una mujer de esta clase aparece de pronto en París, bajo una etiqueta tan aparatosa, gastando sin contar, procurando introducirse en todas partes y tratando de rodearse particularmente de oficiales, **puede apostarse**, con muchas probabilidades de ganar, que se dedica al **espionaje**.

Expulsarla sin más ni más es cosa harto difícil; para proceder contra ella es menester cogerla con las manos en la masa, pues de lo contrario se expone la policía a dar un escándalo inútil. Puede tener amigos en la prensa y sus protestas indignadas pueden suscitar polémicas; un acto brutal contra una mujer joven y guapa no tiene nunca en su favor la opinión pública y el resultado más inmediato de aquella ejecución sumaria es, las más de las veces, comprometer a gentes honradas, culpables tan sólo de ofustación o de debilidad.

Hábilmente cogida en flagrante delito, descubierta sin escándalo, ella misma procurà eclipsarse silenciosamente y desaparecer para siempre.

Y esta es la mejor solución.

Pero la baronesa era de una habilidad consumada.

Nada en su conducta parecía justificar las sospechas que de ella abrigaba el comisario; sus relaciones con los personajes más de nota de las embajadas eran en apariencia puramente sociales y la acogida entusiasta que se le dispensaba en todos los salones de la colonia extranjera se explicaba por su gracia y por su belleza.

Varios polizontes instalados cerca de ella, en calidad de criados, para escuchar detrás de las puertas y registrar sus cajones, no habían sorprendido nada sospechoso y su misma correspondencia, hábilmente interceptada, nada había revelado

que pudiera comprometerla. Pero el prefecto no se daba por vencido y continuaba haciendo vigilarla discretamente, seguro de que algún día su paciencia se vería recompensada, quizá cuando menos se esperase. Para lo cual dos agentes de la Seguridad, Touffe y Brisemiche, habían sido especialmente dedicados a la persona de la hermosa rusa, todos cuyos actos y movimientos espiaban disimuladamente.

Cuando el detective norte-americano estuvo en presencia de la baronesa, ésta le dijo:

—He oído hablar mucho de usted, señor Newton, y me han elogiado muy especialmente su buen olfato y su ingenio. Ignoro lo que ha venido usted a hacer en Francia; sólo deseo saber si puede usted dedicarme algunos de sus preciosos instantes.

—Señora—repuso Newton inclinándose,—estoy enteramente a su disposición.

—De fijo habrá usted leído estos días en los periódicos el drama de la plaza de Malesherbes.

—¿Ese ex-banquero alemán asesinado en circunstancias verdaderamente misteriosas?

—La policía, en cuanto tuvo noticias del crimen, ha encargado la busca del criminal a uno de sus mejores agentes.

—El inspector Lapipe.

—Que en estos momentos está realizando minuciosas investigaciones en el mismo sitio en que se consumó el asesinato.

—Sin haber conseguido hasta ahora descubrir ninguna pista, pero que de un momento a otro puede encontrar la buena, pues se trata de un hombre muy hábil, a pesar de ciertas pifias imperdonables—añadió pensando en el cuarto número 10 del hotel de los Príncipes de Portugal.

—Pues bien, si a la justicia corresponde buscar al autor de tan siniestra hazaña para castigarle, es el caso que, por razones personales que todavía no puedo revelar a usted, nada de cuanto con ese asesinato se relacione puede serme indiferente.

Una sonrisa animó el rostro grave del detective, que veía claro en aquel asunto tenebroso y que no dudó un momento de que la bella rusa, bien fuese como causa indirecta o como oculta instigadora, estaba íntimamente ligada a aquel drama pasional cuyo móvil eran evidentemente el despecho o los celos.

Lapipe, seguido de dos agentes, se arrojó sobre él.

Era bastante perspicaz para adivinar inmediatamente lo que de él esperaba su interlocutora, y, como ciudadano norteamericano que era, ningún vano escrúpulo le impedía aceptar la delicada misión contra la policía francesa que aquella iba a confiarle.

—Si no he comprendido mal, señora—respondió,—lo que usted me pide es que practique una investigación paralela a la del inspector Lapipe, de manera que, estando al tanto de los progresos de éste, pueda usted adoptar, en caso de alarma, todas las precauciones necesarias.

Por mucho dominio que sobre sí misma tuviera, no pudo la baronesa contener un estremecimiento.

—¡Oh!—exclamó. — No necesito tomar

precaución alguna, señor Newton, pues no entro ni salgo en ese drama... Unicamente entre el señor Korpfstrauss y yo existían intereses comunes, y nada más.

—Vamos—pensó el detective,—no me he equivocado. Se tratará únicamente de algo que la inquieta y que el ex-banquero tenía en su poder... ¿Qué será?... Cartas, tal vez, cuya divulgación la pondría en un compromiso, y, no sabiendo si han sido quemadas como se le prometió, querrá tener noticia inmediata de su descubrimiento para parar a tiempo el golpe.

Mas no eran aquellos momentos oportunos para dejar que su imaginación divagase; así es que, inclinándose de nuevo ante la bella rusa, añadió en alta voz:

—Desde mañana por la mañana pondré manos a la obra.

—Esto es lo que deseo señor Newton, y no economice usted esfuerzos ni trabajo. Queda un punto por resolver, pero pronto estaremos de acuerdo: las condiciones que usted imponga las acepto desde luego.

Iba el detective a retirarse cuando la baronesa le llamó y con una linda sonrisa que puso al descubierto la maravillosa blancura de sus dientes, le dijo:

—Sobre todo si tiene usted algo que comunicarme, no se valga de recadero ni de telegrama, ni de carta ni de teléfono, pues se sabría antes de que yo lo supiera, lo que tuviese usted que decirme.

Newton, en el fondo, estaba satisfechísimo de tener que habérselas de nuevo con el inspector Lapine, a quien, unos meses antes, había tan lindamente burlado en el hotel de los Príncipes de Portugal; y aquella lucha que ponía, uno enfrente de otro, a dos de los mejores polizontes de Francia y de los Estados Unidos, le colmaba de entusiasmo.

No dudaba de su buen éxito; así es que mientras bajaba la escalera, murmuró en voz baja, en honor de su patria, un "¡Hip, hip, hurrah!"

El prefecto de policía no se había equivocado.

La baronesa de Brauerweski estaba efectivamente al servicio del espionaje extranjero y servía de intermediaria en los tratos infames que, como todos los crímenes, se perpetran en la sombra.

Pero sabiendo que la vigilaban y no pudiendo guardar en su casa ningún documento comprometedor, ante la amenaza constante de un registro, habíase procurado la ayuda de Korpfstrauss que, unos veinte años antes, había sido el banquero discreto de la cuadrilla internacional.

Pues bien, en aquellos momentos le había confiado los planos de los dirigibles militares que interesaban grandemente a las potencias vecinas y que ella había podido proporcionarse.

Esos planos, metidos en una carpeta amarilla, bien atada y sellada, esperaban en la caja de caudales del banquero que estuviese definitivamente zanjada la cuestión del precio con el agregado a la embajada de X..., a quien debía entregarlos.

El asesinato repentino de Korpfstrauss la sumió en profunda inquietud.

Como conocía la combinación de letras de la caja, érale fácil, bajo pretexto de una visita de pésame, recobrar su legajo; pero, ¿no era de temer que la policía, en sus investigaciones, hubiese dado con él?

En tales condiciones no había que pensar en volver a casa del difunto banquero, en donde, aun sin saberlo la viuda, podían tenderse hábiles lazos a los cómplices de su marido.

Por esto necesitaba estar al corriente, por alguien más que los diarios que se limitan a repetir lo que se les dice, del curso exacto de la información judicial y saber de una manera positiva si esta no traspasaba los límites estrechos del asesinato.

De aquí que recurriera a Newton, quien, a la mañana siguiente, haciéndose pasar por un joven alemán recién llegado a París en busca de un empleo de intérprete, alquilaba un cuarto contiguo al del inspector en la casa de la plaza de Malesherbes.

Y apenas Lapine volvía la espalda, penetraba él en su habitación, registraba minuciosamente bolsillos y cajones y se enteraba de los partes que aquél dirigía a la Prefectura.

Todo marchaba, pues, a las mil maravillas, cuando una noche Lapipe advirtió que la cerradura de su vivienda funcionaba con una imperceptible dificultad.

Inmediatamente sospechó que había sido hurgada con algún instrumento especial de los usados por los ladrones de pisos, ganzúa o palanqueta.

Para cerciorarse de sus sospechas, tendió, según el procedimiento clásico, un hilo negro en su cuarto de manera que nadie pudiese, sin romperlo, penetrar en éste.

No tardó en salir de dudas.

Mientras él, creyéndose bien disimulado bajo el pacífico aspecto de un viejo tenedor de libros, practicaba tranquilamente sus pesquisas, alguien le había descubierto y le espiaba a su vez.

Era preciso tomar inmediatamente una providencia.

...Ahora bien: aquel día, habiendo La-

pipe salido a eso de las tres, Newton, que en la calle y de lejos acechaba su partida, apresuróse a subir a su piso.

Seguro de que disponía de tiempo suficiente, despues de realizada su cotidiana visita a la habitación de su colega, encaminóse al cuarto deshabitado, en donde había visto a éste introducirse a menudo misteriosamente.

Aquella maniobra, desde que la había sorprendido, intrigábale en gran manera; así es qué tomando el molde de la cerradura, habíase hecho fabricar una llave falsa, esperando sólo la ocasión favorable para servirse de ella.

Una vez dentro de aquel cuarto, lo inspeccionó rápidamente, quedando muy sorprendido de no encontrar en él nada interesante, y en uno de sus movimientos empujó ligeramente la mesa de madera. Quiso ponerla de nuevo en su sitio, pero advirtió que se meneaba y vió cerca del pie un pedacito de cartón blanco.

Disponíase a reparar el accidente, cuando de pronto la puerta se abrió con violencia y entró por ella Lapipe, que, seguido de dos agentes, se arrojó sobre él. Apenas tuvo el detective tiempo de meterse maquinalmente el pedazo de cartón en el bolsillo de su chaleco; en un santiamén se encontró sujetas las manos por unas esposas.

—¡Ajajá!—exclamó el inspector con aire de triunfo.—¡Al fin cayó en mis garras el asesino del señor Korpfstrauss!

El detective soltó una carcajada y respondió tranquilamente, encogiéndose de hombros:

—Fácil me será demostrar que en la noche del crimen estaba yo en Hamburgo.

—Esto allá lo veremos—respondió Lapipe.—En el entretanto, registradle.

Newton tenía buen cuidado de no llevar nunca encima ningún papel ni nada que pudiera descubrir su identidad; su ropa blanca no tenía marca alguna y las prendas de su traje no ostentaban el nombre del sastre.

De este modo, sucediérale lo que le sucediese, estaba seguro de conservar el incógnito más absoluto.

Pero en el bolsillo de su chaleco uno de los agentes encontró el pedazo de cartón doblado.

Era una correspondencia de imperial de la Compañía de Omnibus, en la que había impresas en tinta las letras A. K. y en seco las cifras 27-4-190...-256.

Lapipe sintió que las piernas le flaqueaban a consecuencia de la emoción que experimentaba en aquel momento.

Aquella correspondencia hacía surgir en su memoria una serie de recuerdos concretos.

A. K. era la línea Estación de San Lázaro-Estación de Lyon; 27 de abril de 190..., era la fecha del día en que el pasajero del **Black Old Dog** había llegado a París.

Sacóse con gesto febril su cartera y la hojeó.

256 era el número del coche que aquel individuo había tomado.

¿Cómo aquella correspondencia que el hombre a quien él seguía había reclamado al cobrador del ómnibus estaba en poder del sujeto a quien acababa de prender?

De pronto golpeóse la frente; había descubierto una pista que creía perdida para siempre en el momento en que menos lo esperaba.

Y volviéndose a Newton, a quien los agentes sujetaban, le dijo:

—Puede que no sea usted el asesino del

señor Korpfstrauss, pero voy a decirle quién es usted.

Y mirándole fijamente en los ojos añadió:

—Usted es el asesino del hombre del hotel de los Príncipes de Portugal.

Por mucho que este inesperado apóstrofe sorprendiera al detective, el rostro de éste permaneció impasible y nadie hubiera podido leer en él la emoción profunda que interiormente le agitaba.

Su primera idea fué que el inspector había reconocido en él al inglés de la calle de Biot, pero no era aquel el momento de averiguar cómo después de haberle dejado partir, a raíz de aquel asesinato, sin molestarlo, ahora le acusaba tan formalmente de ser el autor del crimen cometido en el cuarto número 10.

Entonces reflexionó que estando acusado de un doble crimen, estaría mejor al co-

rriente del curso de las dos instrucciones y que nadie se hallaría más enterado que él de los dos procesos que particularmente le interesaban.

Era una suerte inesperada, y era él demasiado listo para no aprovecharse de ella.

Así es que se dejó conducir dócilmente al Depósito, contentísimo de poder ver funcionar, aplicado a él, el servicio antropométrico que hacía tiempo tenía deseos de visitar.

Tres días después comparecía ante el juez de instrucción; pero en el momento en que, habiéndose negado, a pesar de las apremiantes excitaciones del magistrado, a declarar su estado civil, declaraba que no necesitaba abogado, entró Lapipe sofocadísimo.

—Dispense usted, señor juez—dijo—que me haya retrasado... Me habían llamado en la Seguridad para mostrarme el telegrama que se acaba de recibir de América diendo que el ladrón del Banco de Chicago ha sido detenido y ha confesado de plano... De modo que no era él el sujeto asesinado en el hotel de los Príncipes de Portugal.

—¡Diantre!—murmuró Newton entre dientes.

—Pero, de todos modos—continuó Lapipe,—es evidente que ese individuo que tiene usted delante es un criminal temible con quien la justicia tiene que saldar cuentas graves.

Entonces refirió al juez todos los sucesos acaecidos desde que él encontrara, en el despacho del comisario de Marsella, al capitán del **Black Old Dog.**

Newton no perdió una palabra de aquel relato.

Estaba seguro de que era realmente el asesino de mistress Aesthon el que había desembarcado en Francia después de haberse rodeado de aquel lujo de precauciones para substraerse a la vigilancia de la policía; y ahora se explicaba cómo Lapipe, atontado por los vapores del metilo, no había visto claro en aquella substitución de personas que había permitido al criminal, gracias a un feliz concurso de circunstancias, desaparecer para siempre en la nada en el momento mismo en que iban a prenderle. Al fin se echó a reir:

—No quiero hacer malgastar inútilmente el tiempo precioso a un magistrado francés... Se equivocan ustedes lamentablemente achacándome tantos delitos... Sepan ustedes que yo no soy otro que el detective Newton.

—¡Newton!—exclamó Lapipe que conocía el nombre y la reputación del polizonte norteamericano.

—El mismo; y añadiré que si me han cogido en la plaza de Malesherbes ha sido porque, a mi vez, practicaba una información sobre el asesinato del pobre señor Korpfstrauss.

—Información que ayer mismo quedó terminada por falta de pruebas—respondió Lapipe al juez de instrucción que le interrogaba con la mirada.—No hemos encontrado más que un pedacito de papel con la cifra 785, indicio insuficiente para dar con el criminal.

En efecto—asintió Newton...,—785 significa bien poca cosa.

—Mi opinión es—continuó diciendo el inspector—que se trata de un crimen pasional y que es preferible, en interés de la misma familia, que no ahondemos demasiado en el asunto. ¿No es usted de este parecer, señor Newton?

—Ciertamente, señor Lapipe.

Y para sus adentros díjose el detective:

—¡Magnífico! No han descubierto nada y el proceso se archivará; la baronesa puede dormir tranquila.

Luego, en voz y riendo, añadió:

—¡Señor Lapipe, no es esta la primera vez que nos encontramos!

—¿Dónde nos habíamos visto antes, señor Newton?

—En el hotel de los Príncipes de Portugal, del que hablaba usted hace un instante.

—¿En el hotel de los Príncipes de Portugal?—preguntó el inspector azorado.

—¿Se acuerda usted de aquel inglés insoportable que reclamaba su equipaje a todo el mundo y a quien se encontraba en todas partes?

—¡Ya lo creo!

—Pues bien, aquel inglés era yo.

—¿Usted?

—Sí, yo que iba persiguiendo al mismo individuo que perseguía usted desde la estación de Lyon.

—¿Por la cuantiosa prima ofrecida, verdad?—dijo el inspector suspirando y moviendo la cabeza, con la expresión contristada de la lechera de la fábula al contemplar roto su cántaro de leche.

—¡Lo mismo da!—exclamó Newton.—Yo creí que al prenderme en la plaza de Malesherbes era porque me había usted reconocido.

—No—respondió Lapipe;—la causa de su detención fué esa correspondencia de ómnibus que, al registrarle, se encontró en el bolsillo de su chaleco y que no me sorprende ahora que estuviera en poder de usted, puesto que estuvo usted en el hotel de la calle de Biot.

Pero mientras el inspector le refería la

historia de aquella correspondencia que el misterioso viajero había pedido al cobrador del coche A. K. 256, una luz repentina se hacía en la mente del detective.

Aquel pedazo de cartón recogido junto al pie de la mesa del cuartito de la plaza de Malesherbes era para él una revelación verdaderamente inesperada.

El asesinato de mistress Aesthon, del desconocido del hotel de los Príncipes de Portugal y del banquero señor Korpfstrauss eran un solo y mismo personaje.

Pero se guardó bien de poner a su colega al corriente de sus reflexiones. El bandido de Nueva York vivía aún y continuaba realizando sus siniestras fechorías; y Newton iba a lanzarse de nuevo en su persecución con más encarnizamiento que nunca.

Los dos hombres salieron del despacho del juez de instrucción.

—¿He de presentar a usted mis disculpas por haberle detenido arbitrariamente, mi querido Newton?—preguntó Lapipe un tanto confuso.

—¡Nada de eso, mi querido Lapipe! Vamos a tomar un bock—respondió Newton riendo.

Y cogiendo amigablemente del brazo a su colega, añadió para sus adentros:

—¡La verdad es que bien le debo este convite!

CAPITULO VI

La "Cuadrilla de los Ases de Oros"

Representábase aquella noche en la Comedia Francesa **El barbero de Sevilla.**

Era día de moda y el teatro ofrecía un aspecto brillantísimo; los actores socios que no estaban de excursión en el otro extremo de Francia o en América, se habían dignado representar sus papeles, y en toda la sala no se veía una sola localidad vacía.

La baronesa de Brauersweski, cubierta de magníficas joyas, hallábase en su palco y sola, caso extraordinario en ella. Según su costumbre, había llegado al final del primer acto.

Mostrábase placentera. Newton la había tranquilizado y la instrucción sobre el asesinato del banquero Korpfstrauss se había dado por terminada sin que se hubiese abierto la caja de caudales.

El legajo que contenía los famosos planos continuaba, pues, en su sitio, y no faltaba más que la aceptación, por parte del agregado militar de X..., de las condiciones impuestas por la baronesa.

Mas no por esto la bella rusa se entregaba a una confianza absoluta; al contrario, como sospechaba que había aumentado la vigilancia que sobre ella se ejercía, vivía siempre alerta y redoblaba su prudencia.

Mientras en la escena la infortunada Rosina suspiraba por su libertad y enviaba a su celoso tutor a buscar en la calle la romanza que ella había arrojado a Lindoro, dos individuos, disimulados en un rincón mal iluminado y desierto del Palais-Royal, hablaban en voz baja.

Aquellos dos extraños personajes formaban el más marcado contraste: uno de ellos, de sombrero de copa y gabán de pieles, era elegante y de aspecto distinguido: llevaba guantes claros y un bastón con puño de plata ricamente cincelado, y ostentaba en su ojal una roseta ancha y multicolor.

El otro, por el contrario, era bajo y rechoncho y a pesar del frío de aquella noche de enero, no llevaba sobretodo y se abrigaba con el cuello de la americana levantado y teniendo metidas las manos hasta los codos en los bolsillos del pantalón. Usaba un hongo grasiento hundido hacia atrás; de su labio pendía un cigarrillo y sus cabellos dibujaban una sortijilla sobre las sienes.

A primera vista parecía un bohemio; pero mirándolo mejor tenía todas las trazas de un apache.

Entre aquellos dos individuos entablóse el siguiente diálogo:

—¿Tienes la mordaza, Charlot?

—En mi bolsillo de la derecha.

—¿Y el trapo con el cloroformo?

—En el de la izquierda.

—¿Y las cuerdas acolchadas?

—Las llevo a modo de cinturón.

—¿Y la envoltura de sarga negra?

—Aquí está.

En aquel momento pasó un transeunte no lejos de ellos y se callaron; cuando la sombra del desconocido hubo desaparecido debajo de los arcos, prosiguieron su conversación.

—Julio está en el teatro.

—En el tercer acto entrará en funciones.

—¿Sabe dónde?

—Algo...

El individuo a quien se dirigían todas aquellas preguntas sacóse del bolsillo un pequeño reloj de plata y aproximándose a un farol, cuya pobre llama alumbrada débilmente aquellas tinieblas, miró la hora.

—¡Las diez ya!—exclamó...—¡Cómo vuela el tiempo!... Mec debe estar cumpliendo su cometido.

—¡Con tal que logre su objeto!—murmuró el otro moviendo la cabeza y como si hablase consigo mismo...—El cochero de la baronesa es un mozo prudente y no será fácil emborracharle..., sobre todo una noche en que tiene que ir a buscar a su señora... Y si no hay modo de echarle un narcótico en su **cocktail**... ¡Pero en fin, Mec es listo!

Después, dirigiéndose nuevamente a su compañero, le preguntó:

—¿Y Zizi-la-Mosca, está con él?

—Sí, príncipe mío.

—¿Y sabe su papel?

—¡Que si lo sabe!... Distraerá la atención del cochero y cuando éste se quede dormido, ayudará a Mec a hacer el cambio de trajes.

—¿Y la Raná?

—Ha preparado el nido en Menilmuche y se encarga del fondista, que no nos estorbará.

Mientras hablaban, los dos interlocutores habían salido del sitio obscuro en que estaban y se dirigían a la calle de Valois que, como es sabido, se extiende por uno de los lados del Palais-Royal.

—Daría quince años de la vida del presidente de Haití—dijo el del gabán de pieles—porque hubiesen pasado unas cuantas horas. ¡Tengo tanto miedo de que cualquier incidente inesperado eche por tierra a última hora mi plan!

—No tengas cuidado, marqués—respondió el otro tranquilamente:—todo saldrá a pedir de boca... Cuenta con el botín como si ya lo tuvieras en el bolsillo... ¡Mira tú, yo ya le he prometido a Titina un reloj de oro pequeñito como mi ojo!...

En aquel momento los pasos de un caballo que resonaban por la estrecha calle interrumpieron aquel diálogo singular.

—¡Es Mec!—exclamó Charlot con aire de triunfo.

El cochero, sin embargo, no se detuvo al pasar por delante de ellos; limitóse a disimular el trote de su caballo y dejó oir un silbido que aquellos comprendieron sin puesto que Charlot contestó con otro igual.

—¡Todo va viento en popa!

—¿Ya sabe bien lo que ha de hacer?—preguntóle su compañero.—Cuando llamen al cochero Armando de la avenida Bosquet, ha de situarse delante de la puerta del teatro como si fuese el otro, el auténtico.

—¡Descuida, hombre!

—Y tú, ¿has visto salir a la baronesa de su casa después de comer, como todos los jueves?

—La he visto con mis propios ojos.

—Corriente... No ha querido faltar a la función... Esta noche dan **El barbero de Sevilla**... Ves tú, yo adoro a Beaumarchais, que es positivamente uno de los precursores de la Revolución.

—Pues ya prefiero una cupletista que cante romanzas de amor... ¡Esto a lo menos hace sentir!

—No serás nunca un hombre distinguido, pobre Charlot.

—Es verdad, marqués..., no he frecuentado la goma como tú.

—¡Bah!

—Sí, hazte el indiferente, aristócrata... Bien te ha ido entre esas gentes encopetadas, con tu físico y tu ropa!

—He hecho lo que he podido..., pero ya ves que no me ha aprovechado gran cosa, cuando me veo en la necesidad imprescindible de recurrir esta noche a ese golpe desesperado. Si no consigo apoderarme de los diamantes de la baronesa, estoy perdido... Mas no es esta ocasión de entretenerse en reflexiones amargas sobre la vida... Tu papel va a empezar...; es el más difícil, pero tú eres el más hábil de la cuadrilla... Ve a ocupar tu puesto; ya lo sabes, detrás del pequeño Palacio... Y después, ¡arrea, cochero, a Menilmuche!... Yo voy a reunirme con Julio en el peristilo del Teatro Francés, para que me diga si la baronesa está allí y si lleva sus joyas... Hasta luego, Charlot.

—Buenas noches, marqués.

Los dos hombres se separaron, yéndose por su lado cada cual.

Si, como acabamos de ver, dos individuos se ocupaban de la bella rusa, de un modo tan peligroso para ella, otros dos, por singular coincidencia, instalados en la sala del Teatro Francés, no la perdían un momento de vista.

Eran los agentes Brisemiche y Touffe, que tenían la misión de vigilar sus menores actos y movimientos. Sentados en la primera fila de los asientos de galería, estaban colocados de modo que parecían seguir atentamente la representación como dos buenos menestrales y al mismo tiempo no quitaban un momento los ojos de encima de la baronesa.

De pronto Brisemiche se estremeció.

Acababa de entrar en el palco de la rusa el agregado a la embajada de X..., el capitán de Fraskopelly, que se inclinó respetuosamente ante la dama, mientras ésta, sonriente, le daba su mano a besar.

Entonces el agente vió cómo el agregado deslizaba discretamente un billete en la mano de la baronesa, la cual, con un movi-

miento de graciosa indiferencia disimulado con el abanico, se guardó el papel en el pecho.

¿Qué era aquel billete?

—¡Quizás una simple carta amorosa!—pensó el agente.

Durante el entreacto, Brisemiche y Touffe pusiéronse rápidamente de acuerdo.

¿Convenía invitar a la baronesa de Brauersweski, cuando saliese del teatro, a que les siguiese a la delegación para una vez allí registrarla, sin perjuicio de ponerla en libertad, dándole toda clase de excusas?

Los polizontes no se atrevieron a cargar con la responsabilidad de un paso semejante, porque si se equivocaban, al día siguiente los periódicos armarían un escándalo terrible que a ellos podría costarles caro.

Así es que mientras Brisemiche entraba nuevamente en la sala, Touffe corría al teléfono para pedir instrucciones al mismo prefecto.

—Esa detención—respondió éste—es imposible..., pero como acaso hemos dado al fin con la buena pista, sigan ustedes a la dama para ver si va a reunirse con el agregado en algún sitio desierto que pudiera interesarnos conocer.

El bandido caía al suelo con la pierna herida de un fuerte puntapié.

La baronesa, que por snobismo no veía nunca el último acto, al terminar el tercero se levantó y salió de su palco.

—¡El cochero Armando, de la avenida Bosquet!—dijo a un mandadero.

Nunca había querido comprar un automóvil, pues afirmaba que el mejor 40 H. P. no puede tener el sello de distinción de un cupé bien enganchado, y que el horrible ronquido del motor jamás podría compararse con el elegante piafar de dos hermosos caballos bien entroncados, sobre el pavimento. Dos minutos después, su coche se situaba junto a la acera.

La baronesa, envuelta en sus pieles magníficas, ni siquiera le miró, limitándose a decir al cochero:

—¡Al hotel, Armando!

Los caballos emprendieron el trote largo por la calle de Rívoli.

Brisemiche y Touffe habían salido del teatro al mismo tiempo que la baronesa, y mientras uno de ellos escuchaba las órdenes que ésta daba al cochero, el otro buscaba un vehículo que les permitiese seguir a la extranjera.

En aquel momento pasaba un automóvil, cuyo conductor preguntó a Touffe:

—¿Quiere usted un buen auto, caballero?

Era uno de esos **chauffeurs** que no reparan, cuando su amo no se sirve por la noche del vehículo, en alquilarlo por su cuenta.

Touffe lo adivinó en seguida.

—¡Venga!—exclamó... Es servicio de la Seguridad... ¡Con que, mucho ojo! Y si te haces el torpe, ¡a la prevención! Así aprenderás a no estafar a tu amo.

En el entretanto, el cupé de la baronesa, después de haber pasado la plaza de la Concordia, siguió a lo largo del Sena y entró en el Cours-la Reine.

De pronto, de un sitio sombrío salió un ligero silibdo, y el cochero se paró en el acto.

Lo mismo hizo, a una orden de Brisemi-

che, el automóvil que rodaba silenciosamente, a pocos metros de distancia del cupé, y con los faroles apagados.

Entonces, a pesar de la obscuridad, los polizontes distinguieron el bulto de un hombre que salía de detrás de un árbol y que abriendo la puerta del cupé, se metió en él. Al mismo tiempo oyóse un grito débil.

—Sígueles—ordenó Brisemiche al chauffeur, y sobre todo no los pierdas de vista...

Y volviéndose a Touffe le dijo:

—Realmente el prefecto tenía buen olfato... ¡Ahora son nuestros!

El cochero de la baronesa comenzó por desandar el camino que había andado, pero al llegar a la plaza de la Concordia se metió por los bulevares, que remontó al trote largo y se encaminó a la Bastilla sin darse cuenta de que le seguían.

De este modo los dos vehículos llegaron sin tropiezo hasta la calle Drouot; pero una vez allí ocurrió una cosa con la que los polizontes no habían contado: detrás del cupé había surgido de pronto un bastón blanco a la vista del cual el chauffeur paró el auto en seco.

—¡Déjenos usted pasar!—gritó Touffe.

—¡Servicio de la prefectura!—dijo Brisemiche insistiendo.

Pero el guardia ni siquiera se dignó contestar; conocía la treta del servicio de la prefectura, con la cual le habían engañado varias veces.

Brisemiche, que se había apeado del auto, decíale en voz baja:

—¡Vamos, amigo!... Estamos siguiendo una pista de suma importancia y por culpa de usted la perderemos... ¡Es absurdo!

El guardia municipal examinó a sus interlocutores.

¿Aquellos individuos en un automóvil de gran lujo iban a ser dos polizontes? ¡A él con esas! Y se encogió de hombros.

Por otra parte la expresión burlona que veía en la cara del chauffeur, contento del contratiempo que sufrían sus singulares clientes, le confirmó en su impresión.

En el entretanto, mientras la fila de coches que esperaba se ponía en marcha y atravesaba el bulevar, el cupé de la baronesa se alejaba rápidamente.

—¡Pero por los clavos de Cristo!—gritaba desesperadamente Brisemiche mientras buscaba su tarjeta de identidad para convencer al terco guardia.—¡Mire usted que se nos escapan! ¡Ah, le juro que ha de pagarme esa absurda testarudez!

Entonces el guardia, abandonando su imperturbable flema y cruzándose de brazos, encaróse con el agente:

—¡Eh, poquita lengua!—le dijo.—¡Se acabó! Si no calla usted me lo llevo preso al cuartelillo por desacato a la autoridad.

Mientras así disputaban el guardia y los agentes, un hombre que esperaba pacientemente en el burladero que el arroyo estuviese despejado para cruzarlo, había presenciado la escena; y aunque desde el primer instante había reconocido a Brisemiche y a Touffe, le pareció inútil meterse en aquella discusión, porque el testarudo guardia municipal no haría más caso de sus protestas que había hecho de las de los otros.

Y, sin embargo, era indispensable seguir aquel coche que ya desaparecía a lo lejos.

Entonces, dejando que guardia y agentes siguiesen disputando, vió en la terraza del café Cardinal la bicicleta del mandadero del establecimiento.

Cogerla, sin que por fortuna nadie lo advirtiese, montar en ella y echar a correr detrás del cupé fué obra de un instante.

Al llegar al bulevar de Estraburgo, había alcanzado el coche y corría casi pegado a él.

Aquel colega, a quien una feliz casualidad había puesto en el camino de Brisemiche y Touffe era el inspector Lapipe.

Mientras ocurrían todos estos sucesos que dejamos narrados, el hombre que en el Cours-la-Reine se había metido en el coche inclinábase con frecuencia sobre la baronesa que, con la cabeza echada hacia atrás, parecía profundamente dormida, y apoyando su oreja sobre el pecho de la dama para ver si su corazón seguía latiendo, murmuraba:

—¡Con tal que no le haya administrado demasiado cloroformo! ¡Sólo faltaría que se muriese en mis brazos!... ¡Valiente compromiso para todos si así fuese!

En tanto que hablaba, no perdía el tiempo.

Había atado los brazos y las piernas de la bella rusa a fin de que no pudiera resistirse, puesto la mordaza para que no pudiera gritar y cubierto con la envoltura de sarga negra su capa de seda clara y sus pieles blancas, de manera que al pasar por delante de los faroles eléctricos de los bulevares, no se distinguiera al través de los cristales del coche ninguna figura sospechosa. Pero todas estas precauciones eran inútiles porque la baronesa no se despertaba.

—¡Magnífico!—exclamó entonces Char-

lot.—Es esta una obra maestra digna de los Ases de Oro de Menilmuche ..

La "Cuadrilla de los Ases de Oro", así llamada porque cada uno de sus miembros llevaba tatuado en la muñeca un as de oros encarnado, era extraordinariamente temible.

Y lo era porque se componía de hombres dispuestos a todo y porque, desdeñando los vulgares atracos nocturnos y los robos de gentes que a altas horas de la noche transitaban por calles obscuras, no se dedicaba más que a los grandes golpes, como el robo por el narcótico, el chantage, el saqueo de joyerías; en una palabra, toda la escala de las fechorías peores.

Para formar parte de ella era menester haber dado pruebas excepcionales de valor, de sangre fría y de destreza; por esto el **desiderátum** de todos los malhechores perdidos en el arroyo parisiense era entrar en la cuadrilla, tanto por vanagloria como por interés.

Había sido fundada por el sujeto a quien se daba el nombre de marqués, a causa del sello elegante que había conservado en medio de su degradación.

Pertenecía el tal, por otra parte, a una excelente familia y de caída en caída había llegado a aquella situación, después de haber pasado una serie de aventuras extraordinarias que habrían dado materia para una novela folletinesca en alto grado interesante.

El era quien estudiaba y preparaba los golpes y aun los dirigía personalmente cuando la cosa valía la pena.

Había sabido encontrar cómplices en todas las clases sociales y crearse indicadores que le señalaban los negocios dignos de ser estudiados.

"La obra maestra" de que hablaba Charlot con orgullo era un golpe que desde hacía tiempo meditaba, tan locamente audaz que más de una vez había vacilado antes de intentarla.

El plan de aquella atrevida empresa había sido admirablemente combinado por él, después de un largo estudio, en el que ningún detalle habíase dejado al azar, ni la menor contingencia a lo imprevisto.

Siguiendo aquel plan, Mec, ayudado de Zizi-la-Mosca, había emborrachado al cochero de la baronesa, puéstose su vestido y ocupado su sitio en el pescante; Julio había ido al Teatro Francés para cerciorarse de que la baronesa llevaba sus joyas; Charlot había penetrado bruscamente en el cupé, en un rincón obscuro de Cours-la-Reine, paralizando toda acción de la rusa con un pañuelo empapado en cloroformo; y la ratera la Rana entretenía al propietario de la Esperanza, un hotel mal afamado de la calle de Ramus, para permitir que la cuadrilla operase con toda seguridad en aquel establecimiento.

Todo había salido a pedir de boca, conforme a las previsiones del jefe de los "Ases de Oro", y el cupé corría hacia Menilmontant llevando a la baronesa entregada sin defensa a los bandidos.

La calle de Ramus estaba, como de costumbre, silenciosa y desierta cuando entró en ella el carruaje que casi en seguida se detuvo delante del hotel de la Esperanza.

Charlot se había apeado del cupé mientras el marqués y Julio, que estaban en acecho detrás de una ventana, bajaban rápidamente a la calle.

—¿La traes?—preguntó el marqués con ansiedad.

—Señor, ahí está la doncella... ¿Nos hemos portado bien, eh?

—Perfectamente. Y ahora—dijo dirigiéndose a Mec,—lleva el coche y los caballos a casa de la tía Totzi y espera allí mis órdenes; cuando te necesite, te avisaré.

El coche partió nuevamente, no tardando en desaparecer entre las sombras de la noche.

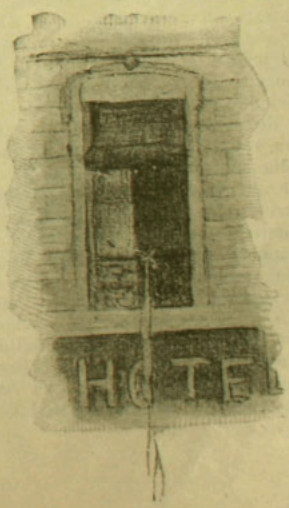
Los tres hombres subieron con precaución a la baronesa, que continuaba amodorrada, a una de las habitaciones del hotel y la dejaron suavemente en la cama.

—Ante todo—dijo el marqués—es preciso que nunca pueda reconocernos...

Y presentando a sus cómplices un plato lleno de hollín, los tres se tiznaron los rostros.

—Ahora podemos despertarla.

Quitó el pañuelo empapado en clorofor-



mo que la rusa llevaba aún puesto junto a la nariz y luego abrió la ventana de par en par.

El frío glacial de aquella noche produjo en seguida su efecto; la baronesa, después de lanzar hondos suspiros, comenzó a moverse y al fin abrió los ojos.

—¿Dónde estoy?—murmuró atontada todavía.

Y al ver aquellas caras negras que la miraban, y al sentir que tenía las manos y los brazos atados, lanzó un grito de espanto.

El marqués se acercó a ella.

—Señora — díjole inclinándose — no se asuste usted..., aquí todos somos caballeros galantes; no se le causará el menor daño y será usted tratada con todos los respetos que le son debidos... Pero es preciso que hablemos...

Volviéndose a Julio, le dijo:

—Cierra ya la ventana.

—¿Pero qué quieren ustedes de mí?—preguntó la baronesa más muerta que viva.

El marqués se sentó en el borde de la cama y con voz dulce prosiguió:

—¿No ha pensado usted nunca, señora, cuán injusta es la casualidad que determina el destino de cada uno de nosotros?... Sin calcular, otorga a los unos lo superfluo, al mismo tiempo que escatima a otros lo necesario... Usted es rica y yo soy pobre; usted va cubierta de joyas y yo muchos días no tengo qué comer... ¿No es esta una evidente desigualdad social?

—Estas ataduras me hacen daño—dijo quejándose la baronesa.

—¡Quitádselas!—ordenó el bandido.—Y ahora poneos uno delante de la puerta y otro delante de la ventana para impedir cualquier tentativa de evasión. Debo advertir, sin embargo, a usted—prosiguió dirigiéndose a la baronesa — que como es preciso que nadie estorbe nuestra conversación, al primer grito que dé usted, le corto sin compasión la nariz y las orejas.

Y diciendo esto, sacóse del bolsillo una navaja de afeitar cuya hoja abierta despidió un reflejo azul a la luz de la bujía que ardía en la mesa de noche.

—¡No me moveré!—murmuró la baronesa aterrorizada y retrocediendo con un movimiento de espanto involuntario.

—¡Vamos!—dijo el marqués.—Veo que nos entenderemos fácilmente. ¿Qué queremos de usted?, nos preguntaba hace un momento... Poca cosa, un pedazo de pan... Va usted a tener la amabilidad de darnos sus joyas que para unos pobres diablos como nosotros significan una fortuna, hecho lo cual pondremos a usted de nuevo en su coche y nuestro cochero la conducirá a su casa... Hemos tomado todas las precauciones para que no nos cojan... Usted misma, ni sabe quiénes somos ni en dónde está..., y tal como la hemos traído la llevaremos a su hotel.

La baronesa comprendió que estando como estaba en manos de aquellos bandidos, toda resistencia era inútil, y aun pensó que escapaba del lance menos mal de lo que había temido.

—Tomen ustedes mis joyas—dijo temblando.

El bandido procedió a despojarla concienzudamente, quitándole el maravilloso collar de perlas que ceñía su garganta, las preciosas sortijas y los magníficos brazaletes.

La rusa ni siquiera protestó; estaba anonadada.

Al fin el marqués llegó a la libélula de esmeralda que adornaba su corpiño y cuyas brillantes alas eran tan anchas que casi lo cubrían enteramente.

Era difícil quitarla porque el alfiler estaba sólidamente prendido.

En los esfuerzos que hizo el bandido para arrancar la joya, cayó al suelo un billete.

—¡Hola, hola! ¿Una cartita amorosa?

La baronesa se abalanzó hacia el papel.

El marqués retrocedió un paso para poner el billete fuera del alcance de la dama y dijo a ésta en tono de gran deferencia:

—Nada tema usted, señora... Esas cosas son sagradas para nosotros... Soy un caballero... Mire usted, lo pongo aquí, encima de la chimenea, y si se porta usted bien, se lo llevará usted cuando se vaya... Y ahora, por el trabajo, déme usted el pie; veo brillar en él hermosas hebillas... Supongo que no serán falsas.

—¡No!—exclamó la baronesa sofocada sin apartar los ojos del papel.

El jefe de la "Cuadrilla de los Ases de Oros" acababa de colocar las joyas en la caja que al efecto traía preparada.

—Y ahora, sólo nos falta dar a usted las gracias por haber cumplido su promesa... Usted, a su vez, hará justicia a nuestra corrección..., pues hay que confesar que una mujer bonita como usted, sola en un sitio desierto entre hombres osados...

La baronesa palideció y se sintió desfallecer de espanto.

¿No querrían realmente nada más de ella aquellos truhanes?

Pensando en esto, lanzó involuntariamente un grito.

(Continuará).

PACIFICO MAGAZINE

ASÍ COMO EL MARINO

embrea su embarcación para que resista al asalto de las olas,

DE IGUAL MANERA

EL HOMBRE QUE SE PREOCUPA DE SU SALUD

embrea sus pulmones con ALQUITRÁN GUYOT para mejor resistir á las bronquitis, toses, resfriados, catarros, etc.

El uso del Alquitrán-Guyot, á todas las comidas y á la dosis de una cucharada cafetera por cada vaso de agua, basta, en efecto, para hacer desaparecer en poco tiempo aun la tos más rebelde, y para curar el catarro más tenaz y la bronquitis más inveterada. Es más; á veces se consigue dominar y curar la tisis ya declarada, pues el Alquitrán detiene la descomposición de los tubérculos del pulmón al matar á los malos microbios, causa de dicha descomposición.

¡Desconfiad del consejo, realmente interesado, si, en lugar del verdadero Alquitrán-Guyot, os propusiesen tal ó cual producto! Para lograr la curación de bronquitis, catarros, resfriados antiguos descuidados, y, necesariamente, el asma y la tisis, es absolutamente preciso especificar bien en las farmacias que lo que deseais es el **verdadero Alquitrán-Guyot**. Aunque lo mejor para evitar todo error es fijarse en la etiqueta que, si es del verdadero Alquitrán-Guyot, lleva el nombre de Guyot impreso en grandes letras y *su firma en tres colores: violeta, verde y rojo, al biés*, así como las señas: *Maison L. FRERE*, 19, *rue Jacob, París*.

El tratamiento sólo cuesta unos **10 céntimos al día** — y cura.

Advertencia. Como hay personas para quienes el sabor del agua de brea no es agradable, podrán reemplazarla con las Cápsulas-Guyot de Alquitrán de Noruega (**de pino marítimo puro**) y tomar dos ó tres cápsulas á cada comida; las cuales producen idénticos efectos saludables y una curación igualmente cierta. *Las verdaderas Cápsulas-Guyot son blancas, y la firma de Guyot va impresa en negro sobre cada cápsula.*

Paseo en carreta. Verano. Sol espléndido. En último término se divisan las casas de un fundo. Llano de Maipo. Carreta con varias personas, tocando la vihuela, etc. **Cuatro** o cinco a caballo alrededor de la carreta. Teresa, en la carreta, coquetea con Miguel, que está a caballo. En el fondo de la carreta, doña Candelaria mira con ojos hoscos a

PACIFICO MAGAZINE

+ Que ayer | Vol. X.—Santiago de Chile, noviembre de 1917.—Núm. 59. | — Que mañana

La ilusion de doña Candelaria

Por

Miguel de Fuenzalida

Ilustraciones de Pedro Subercaseaux

Era en el mes de noviembre de 1808. Un cálido sol de primavera, hacía reverberar desde temprano el casi desnudo suelo de ese páramo pedregoso y estéril, que transformado más tarde en delicioso vergel, lleva todavía el nombre de Llano de Maipo.

Allá, a lo lejos, blanqueaban las humildes casas del feo y destartalado poblachón, soñolienta capital del reino de Chile. Apenas uno que otro árbol raquítico en la vasta y desierta llanura. Bajo el torcido y menguado ramaje de los espinos y algarrobos, entre los chilcales de hojas aceitosas, arrastrábanse sobre las piedras caldeadas por el sol cenicientos lagartos de lindos reflejos. El melancólico grito de los trucaos, los trinos armoniosos de la tenca, el ruiseñor del nuevo mundo, el piar alegre de densas bandadas de chirihues interrumpían sólo el silencio de aquella agreste campiña. En lo alto, destacándose sobre el azul profundo del cielo, voltejeaba majestuosamente algún buitre solitario.

Haciendo contraste con la calma imponente de esa naturaleza severa y casi triste, iba avanzando por el suelo áspero y desigual del polvoriento camino, una bulliciosa y regocijada caravana. Hacía centro de ella la clásica carreta de blanco toldo, cuajado el ancho y tosco seno de lindas muchachas, cuyas placenteras risas rivalizaban con el argentino trinar de los pájaros.

Algunos jinetes, vestidos con el pintoresco atavío del campo, seguían caracoleando en briosos corceles criollos al lento armatoste... Los más jóvenes, bebiendo de cerca la vida en los negros ojos de las damas; los viejos y los ya maduros un tanto retirados y algo mustios, pensando acaso en otros tiempos llenos de plácidos recuerdos.

¡Qué linda era Teresa! Medio recostada con voluptuoso descuido bajo la verde guirnalda de arrayanes que servía de adorno a la carreta, iba en sabrosa y picaresca charla con un gallardo jinete rubio, de rostro algo tostado y expresión seria y pensativa.

¿Cómo trasladar al papel, sin profanarlos, esos diálogos eternos de la juventud y del amor, en que las palabras no son nada?

Ella sonreía con el fuego de sus ojos, con sus labios frescos de gracia, con los hoyuelos de sus mejillas, y hasta con el suave palpitar de su pecho. El la contemplaba absorto y al dirigirle la palabra, su voz grave y varonil parecía quebrarse en inflexiones de infinita dulzura...

Era una conversación cualquiera... casi trivial. Pequeñas picardías, inocentes bromas, y en el fondo de todo la dicha sincera de estarse viendo y escuchando.

En el fondo semi-obscuro del vehículo, había alguien sin embargo que de buenas ganas hubiera deseado enviar muy lejos al dichoso galán. Doña Candelaria Iturgoyen de Lambarri, era de esas suegras del antiguo cuño, cuya especie ha concluído por extinguirse, para dicha de los mortales, como el mastodonte, el megaterio y otros terribles monstruos antediluvianos.

Los ojos de la austera señora despedían centellas. ¡Qué escándalo! Seducirle a la niña en sus propias barbas. ¡A qué tiempos

Plaza del Carroussel en las Tullerías.—En primer término Miguel.

entre otro público, asiste a una distribución de banderas de Napoleón.

habíamos llegado...! ¿Cómo exigir por otra parte respeto y buenas costumbres de aquel mozalbete venido del otro lado del charco, y que según la voz corriente en Santiago había estado en París... como si dijéramos en los mismos infiernos?

—Allí se ha aprendido esas mañas, murmuraba entre dientes la iracunda dama; vean qué modos... Le he de cerrar la puerta y toda mi casa. Que se vuelva a Francia para que allí le rebanen el pescuezo entre Marat, Robespierre y Napoleón. Si su padre lo viese, se caería muerto de nuevo... Un sujeto tan recatado y tan cristiano. ¡Qué idea la de enviar ese chiquillo a Madrid!... Bonitos ejemplos los de esa corte y luego, es claro, el otro se lanzó por su cuenta a la Babilonia del siglo, como la llama el padre, Zapata... Miren qué instintos los del niño... No faltaba más sino que Teresita fuese a caer en tales manos... ¡Primero muerta!...

El objeto de aquella formidable requisitoria mental continuaba con creciente embeleso su cercenado idilio, y ajeno de imaginar la tormenta que a pocas varas de allí se desencadenaba dentro del espacioso pecho de doña Candelaria.

Al fin esta no pudo contenerse por más tiempo... Con los ojos primero, y bajo cien mil disimuladas señas trató de hacer comprender a un buen señor, de flemático aspecto, que distraídamente cabalgaba a pocos pasos de la carreta, la necesidad ineludible de poner inmediato término al interesante coloquio de ambos donceles...

No tardó poco en comprender don Jenaro Lambarri, que tal era el nombre del esposo de la apacible señora, la buena obra que de él se pretendía. Encog'óse en un principio de hombros, pero fulgurado por una nueva y más imperiosa mirada de su cónyuge, adelantóse tímidamente al trote de su cabalgadura, hasta colocarse al lado del peligroso doncel, que en ese preciso instante se creía ya a las puertas del quinto cielo.

—Vaya, pues, con el amigo don Miguel... empezó el marido de doña Candelaria en el tono de estúpida indecisión propia de los que no saben como enhebrar un coloquio.. ¿se va pasando bien?...

—A las mil maravillas, señor don Jenaro... Así se lo decía a Teresita... no hay nada como Chile en toda la redondez del mundo.

Piadosa y eterna mentira... No era eso precisamente lo que Miguel Hurtado estaba diciendo a Teresita.

—Si lo oyera usted, papá, balbuceó la aludida, roja como una granada... ¡Qué cosas tan lindas ha visto por esos mundos!..

Imagínese que estuvo en el patio de las Tullerías y conoció a Napoleón...

—¿Es cierto entonces que fué usted a París? preguntó don Jenaro, en tonó de amistosa alarma.

—Por supuesto... Una diligencia que me encargó don Matías Pedrozo, el primo de mi padre... Usted lo habrá oído nombrar... tartamudeó el muchacho, como quien formula una disculpa.

—Y ¿consiguió usted algo en Madrid?...

—Nada... como siempre, nada, dijo Miguel, sonriendo irónicamente... Mi padre ha servido treinta años en la Aduana y era natural que pretendiese algo mejor... Yo me fuí a España en el mismo barco que llevó la noticia de la muerte del fiscal del consulado, don Matías Verdugo. Tenía la seguridad de que nadie iba a ganarme la delantera... No me faltaban buenos empeños... Mi tío Matías es amigo personal del Ministro Urquijo... Sus relaciones en Madrid son excelentes... Pero... ya se lo he dicho... Nada... El puesto se lo dieron a un cuñado del mayordomo del Príncipe de La Paz... ¡Así andan las cosas en España!...

—Andaban... ahora todo va a cambiar, repuso don Jenaro en tono serio... Caído el infame Godoy, nuestro adorado monarca hará justicia a todos sus súbditos...

—¿Desde Francia, donde lo tienen preso? interrogó Miguel con la misma calma de antes... A menos que Ud. hable de ir a pedirle destinos a Pepe Botella.

—¡Dios me libre de tan mal pensamiento! exclamó don Jenaro santiguándose. Hablo de nuestro legítimo soberano, el señor don Fernando VII, a quien veremos luego restablecido en el trono de sus mayores, gracias al incomparable heroísmo del pueblo español...

—Ojalá tenga Ud. razón... dijo Miguel con cierto dejo de escepticismo irónico... Pero me temo que aun en ese caso feliz, los más suculentos empleos de América continúen siendo para los de allá... Mientras España esté en España, y nosotros tan lejos, el favor del rey será para los que tiene junto a sí. La lumbre no calienta sino a los que están cerca de ella, mi señor don Jenaro, y aquí a cien mil leguas, siempre nos moriremos de frío los pobres criollos de Chile...

—Cuidado, joven, con lo que dice, balbuceó el padre de Teresita... Mire que andan ciertos rumores por esos barrios... ¿Será Ud. también de esos?... ¿Ha tenido la osadía de pensar...? ¡Santísima Virgen!... No pronuncien mis labios semejantes blasfemia...

Mientras así hablaba, el pobre caballero,

cada vez más intimidado por las órdenes mudas que doña Candelaria le impartía por medio de miradas aterradoras... iba discretamente llevando a un lado, y en actitud de decirle algo secreto, al pobre muchacho, que con gran pesadumbre se veía así alejado del imán de sus pensamientos.

—No quise que la niña oyera tales cosas, agregó luego que se hubieron apartado un poco de la carreta... Pero dígame... ¿Qué sabe de nuevo?... ¿Es cierto que andan por el mundo sujetos bastantes temerarios para discurrir planes revolucionarios?... Dicen que han llegado a hablar de Independencia... ¡Dios nos tenga de su mano!...

—¿Qué llama Ud. planes revolucionarios? interrogó Miguel...

—Pues... ¡eso!... Separarnos de España... Sublevarnos contra nuestro soberano legítimo, como los descamisados jacobinos de Francia... ¡Qué horror!... Veremos aquí Dantones y Marates.. y guillotinas...

—Pero, señor mío, si a nadie se le ha pasado en Chile por las mientes nada de lo que Ud. está diciendo. Todos debemos obediencia al rey legítimo... La religión y la lealtad de honrados vasallos así nos los ordenan. Pero don Fernando VII se encuentra prisionero del tirano Napoleón y no puede ejercitar sus derechos... ¿Iremos por eso a traicionarlo y a rendir homenaje al usurpador?... Eso sí que sería un atroz sacrilegio. Dígalo Ud. con franqueza... ¿Hemos de someternos a José Bonaparte?...

—Jamás...!

—Y entonces, ¿quién es nuestro soberano de hecho, mientras el rey continúa prisionero?...

—El gobierno de España...

Un fandango en Madrid a principios del siglo XIX.

—¿El herético y usurpador Pepe Botella?

—No... el otro... el de la Junta de Sevilla... el que representa a Fernando VII...

—Y ¿quién nos ha hecho súbditos de la Junta de Sevilla?... ¿Quién le ha dado a ese cuerpo la representación única y exclusiva del rey? Nosotros no somos vasallos de los habitantes de ninguna ciudad de España o de América... Criollos y peninsulares tenemos iguales derechos, somos al mismo título miembros de un mismo imperio.... Si mañana Santiago, como Sevilla, constituye una junta encargada de gobernar el reino y de resistir a la usurpación, mientras esta continúa... ¿Tendría esa gente derecho a exigir obediencia de Lima, Buenos Aires o Zaragoza a pretexto de que representa a Fernando VII?... ¿Hay alguna ley de la monarquía que otorgue a Sevilla un privilegio de que nosotros no gozamos? ¿Es rebelarse contra el rey, rebelarse contra Sevilla?

—Vea, joven... Ud. habla muy bien... Se conoce que ha estado en París... y Dios quiera no haya traído en sus maletas algún libro endemoniado, de esos que tanta sangre hicieron correr en Francia y continúan perturbando a la Europa... Yo no tengo tantas letras como Ud., pero soy hombre práctico... Los españoles y el gobierno de este reino desean que obedezcamos a la Junta de Sevilla...

—¿Y es Ud. vasallo de los españoles de Santiago?... Bravos soberanos, por cierto... Seguramente no pertenecen a la casa de Borbón... ¿La nobleza de Chile ha de rendir acatamiento a un puñado de pobres diablos groseros y mal criados porque nacieron en la Península? ¿Qué derecho tienen ellos sobre nosotros?

—Pamplinas, mi amigo, pamplinas; los razonamientos de Ud. pueden estar apoyados en los mismos evangelios y en todos los santos padres reunidos.... pero mañana, cuando los españoles vuelvan a tener la sartén por el mango, castigarán como un crimen el no haberles rendido acatamiento... Con derecho o sin derecho, enviarán a los imprudentes como Ud. a secarse en las prisiones del Callao... Yo tengo familia y me guardaré muy bien de meterme en enredos y novedades.

—Es que los españoles no volverán a tener la sartén por el mango... ¿Cree Ud. fácil ganársela a Napoleón?... ¿No ha vencido él al mundo entero? ¿Realizará la pobre España ese milagro?... Me parece un delirio pensarlo siquiera...

—Pero acaba de llegar la noticia de la batalla de Bailén... Los ejércitos franceses huyen en todas partes perseguidos por las tropas de Fernando VII... Ya ve Ud. que no es el milagro de que Ud. habla tan imposible.

—¡Bailén!... ¡Una **chiripa**!... ¡Una sorpresa!... También los araucanos derrotaron algunas veces a los tercios de España... Pero la fuerza y la organización acaban por imponerse... En fin, lo que sea sonará... De todas maneras se trata de una apuesta muy peligrosa. Si Napoleón, como es lo probable, triunfa, América, quiéralo o no, quedará independiente, pues nadie quiere aquí someterse a los franceses, y entonces, para emplear la expresión de Ud., los que tendrán la sartén por el mango seremos nosotros... Piénselo bien, señor don Jenaro...

El buen señor se puso densamente pálido al oír estas últimas palabras. Seguramente no había pensado lo bastante en semejante contingencia, nada imposible a la luz de su claro buen sentido... Poco le importaban a él las cuestiones abstractas de legitimidad, que en el fondo apenas comprendía, pero su deseo era quedar bien con los que en definitiva mandaran. El problema de su actitud política, que antes le parecía tan sencillo, iba complicándose y al final de su conversación con el joven no era ya tan resuelto realista como antes...

—Veremos, se dijo, como van las cosas en España... Entretanto, me parece prudente no comprometerse demasiado.

II

Las sospechosas y heréticas doctrinas de Miguel Hurtado, y las pésimas costumbres que en su corta residencia en París debía haber contraído en concepto de las malas lenguas de Santiago, no eran los únicos motivos que le hacían inaceptable como yerno ante el receloso espíritu de la formidable mamá de Teresita.

Doña Candelaria Iturgoyen de Lambarri abrigaba una ambición... Quería ser suegra de un oídor...

—Nada de mercachifles, pensaba la soberbia señora, ni de huasos estúpidos, ni de estos infelices criollos que nunca arriban a nada de provecho... Quiero para mi hija un magistrado... un funcionario del rey, con tratamiento de usía y derecho a sentarse en la Catedral y en la Audiencia bajo dosel... La señora oidora... doña Teresa Lambarri de Fernández de Córdoba y Martínez de Zelaya... Llamarse así vale la pena, y no ser la prójima de un Fulano de Tal cualquiera, metido entre vacas y líos de charqui, u ocupado en medio de varas de percal en cualquier tenducho de la calle Ahumada.

La bahía de Valparaíso.—En primer término la borda de una fragata. Miguel mira tristemente el miserable aspecto de Valparaíso.

La idea del oídor llegó a convertirse en una verdadera monomanía para doña Candelaria y así la pobre Teresita iba a cumplir ya los veinte años, edad tan crítica entonces como la de treinta ahora, sin haber encontrado novio.

Linda y con plata, no le faltaron pretendientes y de lo mejorcito que había en el reino, pero su mamá los supo espantar a todos en forma tal, que los enamorados petrimetres hubieron de decidirse uno después de otro a marcharse con su música a otra parte.

En cuanto a oidores, no se les encontraba solteros ni por un ojo de la cara. Por fin llegó uno, el ya mencionado don Lucio Fernández de Córdoba y Martínez de Zelaya, mozo de unos treinta años, completamente célibe y tan oídor como el más encopetado que nunca vistió toga.

Allí fué de las buenas y muchas artes de doña Candelaria, en terrible competencia con otras muchas señoras de parecida índole. Obsequios y convites, meriendas y paseos de campo, discursos apologéticos sobre las virtudes de su prole, fantaseosas exhibiciones de tierras; vasos y plata labrada... nada se dejó la industriosa dama en el tintero...

Así, no es de extrañar que con el auxilio de los pícaros ojos de Teresita lograra al fin su objeto. El joven oídor vino a enamorarse como un chiquillo y luego para nadie fué un misterio que don Lucio era el pretendiente oficial, como ahora se dice, de Teresita Lambarri.

Pero el hombre propone y las mujeres disponen. La linda muchacha, sin hacer ascos a su encopetado galán, que a tanto no llegó su atrevimiento, ni el de ninguna de sus contemporáneas, recibía sus obsequios, con ese arte no aprendido que las niñas más inocentes saben poner en práctica, cuando quieren mantener a un prójimo dentro de ciertos y determinados límites. El hecho es que don Lucio, hasta el momento en que empieza esta verídica historia, no había en-

contrado aún ocasión oportuna de declararse en forma debida.

Se comprende la impaciencia de doña Candelaria. Las niñas no eran dueñas entonces de su blanca mano; bastaba, para que la dieran, el deseo de sus padres, pero el oídor había tomado otro camino, como hombre un tanto chapeado a la moderna, y no era decente hacerle variar de táctica, sino por medio de indirectas, de que el otro por algún motivo no quiso aprovecharse.

La iracunda matrona comenzó a comprender que había moros en la costa. Husmeando y husmeando, vino a caer en cuenta de que Miguel Hurtado no le parecía saco de nueces a su vástago.

Hubo llantos, pellizcos y hasta soponcios. La niña negaba en firme, lo que para su madre era un capricho sugerido por el demonio, pero ni por esas le hacía mejor caso al oídor.

Digamos la verdad y caiga quien caiga. El gusto de Teresita nos parece muy explicable. Miguel era un mozo fino, de sensibilidad exquisita, delicado de gustos y de sentimientos, en tanto que don Lucio, a pesar de sus retumbantes apellidos y de su toga, mostraba a las claras, con sus modales un tanto groseros, pertenecer a ese tipo de gentuchas, frecuentes entonces en España, sin más educación que la aprendida entre majas y manolas, allá en el Barquillo o el Lavapiés.

La casa de don Jenaro Lambarri llegó pues a convertirse en el teatro de una verdadera guerra civil. De un lado la triple alianza, el padre, la madre y el pretendiente; del otro una chicuela enamorada, bastante lista en todos los recursos de su sexo.

Doña Candelaria no sabía a quién atribuir el mal éxito que hasta entonces alcanzase en una lucha aparentemente tan desigual. El día del paseo de campo, uno de cuyos incidentes hemos descrito, el objeto de sus iras fué su pacientísimo consorte.

—Cada vez te pones más estúpido, le dijo sin otro preámbulo, en cuanto esa noche estuvieron solos en la alcoba conyugal. Cómo pudo ocurrírsete convidar a la chacra a ese muchacho sinvergüenza?... No le viste cómo hacía cucamonas a la niña?... ¡No faltaba más!... Pase la primera vez por inadvertencia... Te dije que lo apartaras de la carreta, y por un milagro de Dios lograste entenderme... Pero, allá en los castaños se le pegó otra vez ese moscón, y nada... perdí todas mis señas...! No fuiste para sacarlo de su lado.

—No me pareció prudente, hija... Al fin y al cabo es un mozo de muy buena situación, hijo del mejor de mis amigos y con sus reales... No era de hacerle un desaire...

—¡Qué oigo!... ¡Ahora sólo falta que le encuentres un buen partido para la niña... Un calavera sin Dios ni ley, un pisaverde perdido y hasta revolucionario, según cuentan... Dicen que en París cenaba todas las noches con Robespierre.

—Pero, mujer, eso no me parece muy probable... A Robespierre lo guillotinaron hace quince años.

—Sería entonces con Marat...

—También murió Marat... lo asesinó una mujer.

—Qué empeño en contradecirme... En fin, el hecho es que era camarada de alguno de esos pícaros...

—Hoy estuve conversando con él y me hizo el efecto de un mozo muy buen cristiano... Si vieras qué talento tiene...

—No lo defiendas!... rugió doña Candelaria. He dicho que no, y basta... Mi casa se acabó para ese gandul... ¿Lo has entendido?

—Si no lo defiendo, pero se me hace duro proceder así con el hijo de Gonzalo Hurtado... ¡Pobre compadre! Qué cariñoso fué siempre con nosotros... Además, como te decía, ese muchacho está muy bien relacionado... Es pariente de medio Santiago... Su familia lo tomaría a mal... Es preciso vivir con los vivos...

—¡Vuelta a lo mismo! Y en seguida te enamora a la chica, y pierdes un yerno oídor... Vamos... tú no tiene sentido común...

—Si la otra lo quiere, peor será contrariarla... Las mujeres no entienden por mal. Te respondo que Teresita se casará con don Lucio... No te impacientes... Pero más vale que no sea tan luego...

—¿Por qué?... ¡Acabarás de decírmelo...! Ya te han embrujado a tí también.

—Si me escuchas con calma vas a encontrarme razón... Yo convengo en que el oídor es un gran partido... pero, ¿y si don Lucio dejara de serlo, qué nos quedaría de él?... Un pobre español sin chapa ni oficio ni beneficio, que vendría a comerme el costado derecho...

—Vaya que eres listo... ¿Y por qué habían de quitarle el empleo? A los oidores no los destituyen nunca... No se ha visto ejemplo.

—Pero ahora se ven en el mundo cosas nuevas... Ahí tienes a nuestro rey don Fernando VII... Más vitalicio es un trono que un cargo de oidor... y Napoleón lo ha destituído... Más seguro me parece en estos tiempos un buen fundo y algunos miles de pelucones, que todos los oidorazgos del mundo... ¿Qué será de don Lucio si España se pierde?

—No se ha de perder...

—Bueno... pero pongámonos en el caso... Nada hay imposible...

—Si España se pierde, don Lucio que está en América, quedaría tan oidor como antes... Para eso lo nombró el rey...

—No, hija... Tú no entiendes esas cosas... Conquistada la España por el hereje usurpador, aquí no habíamos de obedecerle... y si le obedeciéramos, él nombraría oidores de su cuño y a don Lucio, que ha jurado a don Fernando VII, le enviarían a paseo...

—Pero como no obedeceríamos al francés...

—Claro, y, ¿quién nos va a mandar en ese caso?... Nosotros mismos, y entonces tantas probabilidades tendrán los españoles de ser oidores aquí, como ahora tienen los chilenos de serlo en Madrid.... Malo, hija, malo, el negocio de don Lucio...

—Hablas como un herejote revolucionario, que así te han vuelto las malas compañías... España no puede perder...

—Bueno... Que no pierda... Verás que soy razonable y me pongo en todos los casos... Nadie hay más realista que yo... Sube Fernando VII, que Dios muchos años guarde, al trono de sus mayores, y estoy viendo que lo primero que hace, es dar de baja a todas las creaturas de Manuel Godoy, al favorito de su padre, a quien detesta más que al mismo demonio... A don

Patio de una casa colonial. Noche. Por una puerta entreabierta se ven algunas personas de tertulia en una sala alumbrada. Afuera, en el corredor, y en primer término, junto a un miserable farolito que alumbra el patio, el doctor Rozas lee misteriosamente a tres o cuatro individuos, entre los cuales está Miguel; los demás son caballeros viejos.

Lucio le nombraron oidor por ser primo de la Pepita Tudó, la amiga íntima de Godoy... Lo despachan, hija, lo despachan... No te quepa la menor duda.

Más vale, dice un autor, poder quitar a un león su cachorro, que a una mujer su ilusión. Doña Candelaria quería a toda costa yerno oidor, y al oír las razones de su marido, se puso hecha una vaca brava.

—Eres un idiota, le gritó... Hoy no se puede hablar contigo... Todo lo ves negro...

—Calma, hija, calma... Tú deseas que Teresita se case con un... gran personaje, con un funcionario de campanillas... De acuerdo... Tu idea es excelente, pero hay que saber vivir en estos tiempos tan revueltos... Por eso te decía que esperásemos... Acaba todo bien y don Lucio continúa en la Real Audiencia... ¡Magnífico! Será el marido de la muchacha... Acaba mal, y Napoleón triunfa, y aquí hacen junta y gobiernan los chilenos... Entonces el oidor será el otro... Imagínate tú; rico, de gran familia, doctor en derecho, amigote de todos los personajes de la ciudad. ¿Quién iba a disputarle el empleo? Capaz de que llegase a Presidente... Ayer no más salía yo con don Juan Rosas de casa del deán Zorrilla, cuando nos topamos con Miguel... Vieras con qué cariño le saludó don Juan... "Este mozo, me dijo, es una esperanza: subirá hasta donde quiera subir..." Ya lo oyes... y esa es la opinión del asesor del Presidente, del hombre que, según cuentan, dispone a su antojo del gobierno...

—Pues yo no lo puedo tragar... Su falsa risita de zorro viejo me da mala espina... Dicen que tiene engañado a Su Excelencia y que su propósito es revolucionar el reino... El día menos pensado el señor Presidente Carrasco abre los ojos y entonces a Dios el señor don Juan y sus amigos.

—No lo creas; don Francisco Antonio comprende que en estos tiempos revueltos es preciso tener grata a la nobleza de aquí, por si mañana, lo que Dios no lo quiera, nos quedamos sin España... Entonces, por la fuerza de las cosas, los señorones de Santiago toman el verdadero gobierno, y pobre Presidente, si no lo encuentra aquel conflicto en buenas relaciones con ellos... Le mandan a paseo y ponen otro en su lugar....

—¡Bueno!... ¡Bueno!... Para oír disparates, herejías y desvergüenzas es bastante por esta noche... Mi marido revolucionario... Mi marido hablando de destituír al señor Presidente...

—Si yo no hablo... Si yo no destituyo a nadie... Me limito a hacer suposiciones... Soy cabeza de familia y tengo que velar por los míos... y sostengo que...

—No sostengas nada... Déjame dormir...

—Abur... y buenas noches...

Y el buen caballero, se entregó en brazos de Morfeo, con la plácida ilusión de haber estado domando una fiera.

III

No se domaba así no más a las señoras madres de familia, en el año de gracia de 1808.

Al alba del día siguiente, ya doña Candelaria iba en camino del convento de la Merced, a celebrar una conferencia doméstico-mística con su director de conciencia, el padre Zapata, aragonés más duro que piedra berroqueña, terror de lechuguinos y muchachas pizpiretas y defensor integérrimo del principio de autoridad dentro del hogar.

La señora le refirió sus cuitas con gran abundancia de adjetivos y no pocas lágrimas. Ya no era sólo Teresita la única víctima del espíritu de perdición que soplaba en la ciudad... La noche antes su propio marido, el bonachón de don Jenaro, había vomitado horrores, máximas impías y revolucionarias, poniendo en duda el triunfo infalible de nuestro señor el rey, y expresándose en términos asaz despreciativos de los funcionarios de la monarquía, sus representantes legítimos aquí en la tierra. Ha llegado al extremo de decir que bien pudiera suceder que se acabasen los oidores... Al paso que vamos, el día menos pensado tendremos aquí instalada la guillotina.

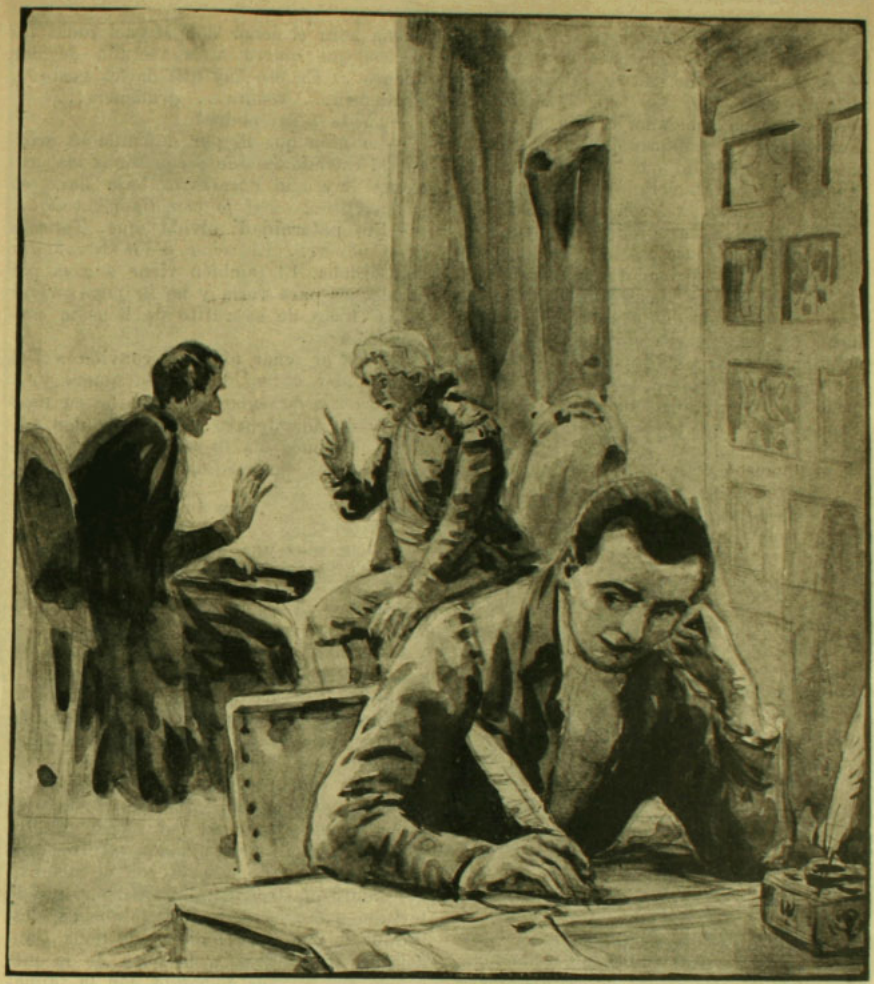
El fraile la escuchaba con aire de afectada gravedad, haciendo girar sus pulgares por cima de la caja de rapé. Era un hombre seco, de facciones angulosas, pequeños ojos hundidos y brillantes como carbones, muy mal afeitado y nada limpio.

—Vaya... vaya con mi señor don Jenaro, dijo por fin... ¡Qué Dios nos tenga de su mano!... El también jacobino... ¿Y a cuento de qué?...

—Ya se lo he dicho, padre, a cuento de defender a ese currutaco descomedido, sin Dios, ni ley...

—¿A don Miguelito? ¿Siempre anda rondándole la niña?... Cuidado, señora, en estos tiempos que corren, toda vigilancia es poca...

—Si yo no me descuido; pero Jenaro no quiere cerrarle la puerta de su casa...



Sala del Palacio del Presidente.—Carrasco discute en primer término acaloradamente con un clérigo. En un rincón, haciéndose el leso, agazapado, el doctor Rosas escribe en un pupitre.

¡Bonito escándalo! Pero ya verá quién soy yo... Me han de oir los sordos.

—Vea señora: El joven Hurtado es el ojo derecho de don Juan Rosas. Su marido de Ud. tiene muy buenas razones para no disgustarse con el gobierno, y sobre todo con el asesor del señor Presidente.

—¡Ud. aprueba, entonces, su conducta, gimió doña Candelaria, sin dar crédito a sus oídos...

—No... por supuesto que no... Iba únicamente a aconsejarle prudencia.... Toda la que se use con ese Rosas y sus amigos me parece todavía poca... Hay en en él la madera de un tirano, de un verdadero Nerón. Aquí los españoles lo llamamos don Juan I... ¡Y ese pobre brigadier Carrasco no acaba de entender que guiado por semejante individuo, nos lleva a todos a la perdición... Ud. es buena cristiana y no le ocultaré nada. Tenemos la seguridad de que Juan I conspira por la revolución, desde el mismo Palacio de Gobierno.

—¡Virgen de las Angustias!...

—Recordará Ud. que hace días nos llegó de España la noticia de la victoria de Bailén ganada por los leales vasallos de nuestro amado soberano, contra el hereje invasor. ¿Hizo publicar el Presidente la noticia?... ¿Mandó que se repicasen las campanas y se hicieran salvas en celebridad de ella?.... Nada, hija, nada.... No dijo chus ni mus. Felizmente también hay correo para nosotros los españoles fieles, y por cartas privadas supimos lo que el Gobierno quería ocultarnos. Entonces el sacerdote deán de la catedral, se fué derechito donde el Presidente, y sin más preámbulos le preguntó por qué no había dado a conocer, en la forma que se merecía, el triunfo de nuestras armas... ¿Sabes, hija, lo que le contestó Carrasco?... Que ese triunfo eran patrañas inventadas por los haraganes y ociosos de la ciudad... El Deán iba a insistir, cuando echó de ver que en un rincón obscuro de la pieza, agazapado sobre un pupitre y haciendo el que escribía, estaba el condenado Rosas... Entonces lo comprendió todo... y calló por evitar una disputa... Ya ve Ud. en qué manos estamos...

—¡Qué horror, padre, qué horror!... Pero no veo por qué hemos de guardar consideraciones a ese hombre dejado de la mano de Dios, y a sus compadres y paniaguados...

—Oiga Ud. con calma... ¿Conoce Ud. a don Eugenio Torres?...

—Ya lo creo... un santo varón.

—Pues bien, don Eugenio Torres, llevado de su celo por la religión y el rey, hizo circular hace días un papel en que trataba de desenmascarar a los facciosos... El Presidente lo hizo llamar... Ud. se imaginará que para darle las gracias... Pues todo lo contrario... Le amenazó con meterlo preso si seguía escribiendo en el mismo sentido... Ya nada falta para que estemos en el tiempo del terror, como en Francia, y pongan presos a todos los buenos realistas.

—Pero todo lo que Ud. me cuenta es para huir de esos malvados, y no para admitirlos en la casa de una...

—Sí, señora, tiene Ud. razón, pero ahora comprenderá Ud. por qué su marido tiene miedo de romper con esa gente... A más que, según dicen, anda con Ribas en no se qué negocios de contrabando y de ingleses.

—¿Y por eso yo he de permitir que vea y hable a mi hija casi todas las noches el lechuguino que la quiere seducir?

—Eso de ninguna manera... Vaya en buena hora el señor don Miguel todas las noches que quiera a la tertulia de don Jenaro... En eso hay que darles gusto... Prudencia... señora... prudencia...

—¿Y la niña, padre?

—La niña que ni por descuido se acerque al estrado... Junto con sonar las oraciones hay que encerrarla bajo llave en su cuartito... Así lo conciliamos todo...

—Su paternidad olvida que Teresita tiene novio... El señor oidor Fernández de Córdoba. El también viene a casa por las noches para verla y no es justo privar a los chicos de su ratito de honesta conversación.

—Pues al señor oídor le convida a Ud. a merendar todas los días si quiere y... las cosas se arreglan a gusto de su merced, y de don Jenaro y hasta de don Lucio... Después día llegará en que sea posible pensar en medidas más enérgicas.

IV

Guardar una mujer
No puede ser.

Así dice el adagio y el título de una comedia famosa.

En balde doña Candelaria, con una vigilancia digna de Argos, siguió punto por punto las instrucciones del padre Zapata.

Es cierto que el pobre Miguel Hurtado no volvió a ver en el estrado a la dulce dama de sus pensamientos. Con inquebrantable constancia se iba casi todas las noches á casa de don Jenaro, ya sin otro atractivo que jugar su manita de malilla con el padre de Teresita, con este o aquel canónigo, y a veces hasta con el mismísimo oidor, que frecuentaba mucho menos la tertulia nocturna de su futuro suegro, desde que la cautelosa política de doña Candelaria, transladara a la hora de la merienda sus eternos coloquios con la taimada niña.

Miguel lo llevaba todo con paciencia, y hasta sabía ser amable con la terrible mamá de Teresita, cuando esta le saludaba con una sonrisa que, en la mayor parte de los casos, no era sino una mueca espantosa.

Don Juan Rosas y otros señorones solían también ir a la tertulia y entonces la concurrencia se animaba un poco más.

Por supuesto, delante del asesor de su Excelencia, todos eran muy parcos para manifestar opiniones sobre las perspectivas de triunfo en España, y otros tópicos semejantes, objeto en aquellos días de estupendas gresca, allí donde se juntaban más de dos personas.

Zaguán de una casa de Santiago.—El suegro de Miguel y el doctor Rosas. El doctor Rosas recomienda a Miguel al suegro. Teresa detrás de un ilar.

Una de aquellas noches, el astuto doctor hizo a nuestro héroe una seña casi imperceptible, convidándolo a salir fuera del estrado.

—Veo, niño, le dijo, cuando ambos estuvieron en el patio, que a la niña te la tienen secuestrada... Es lástima... Yo no dejo de recomendarte, pero Lambarri, que se asusta de su propia sombra, no se atreve a contrariar a la señora... y casi tiene razón... A mí mismo me da miedo.. La culpa es del maldito olor... Por supuesto que no habrás dejado de seguir mis consejos...

—Ya lo creo... En cuanto se presente la menor coyuntura, le pinto cuadros negros sobre la situación de España y las grandes probabilidades en que están los oidores de quedarse a buenas noches y sin empleo... Esto último, por supuesto, lo digo entre líneas.

—¡Magnífico! .. Pero no tomes en boca mi nombre para nada... En la situación que ocupo cualquiera cosa podría comprometerme... Y a él... ¿le hacen efecto tus discursos?

—Me imagino que sí... Pero luego, entre doña Candelaria y el padre Zapata lo hacen de nuevo tarumba... Como soy mozo no toma muy en cuenta lo que le digo... Una palabra suya, señor doctor, y quizás todo cambiaría...

Rosas permaneció un momento caviloso.

—Caramba, se dijo hablando consigo mismo, tanto va a ir el cántaro a la fuente... Si Carrasco llega a saber de estos pasos míos... Aunque don Jenaro es hombre tímido y discreto... Nada pierdo con asustarle un poco... Se inclina a los godos, pero qué diablos... en cuanto les vislumbre perdidos es de los nuestros.

—Bueno, muchacho, continuó alzando la voz, dile que venga en forma que nadie se entere...

Miguel no se hizo repetir la orden y momentos después volvió al patio en compañía de don Jenaro...

—Voy a probarle que soy su verdadero amigo, le dijo Rosas en forma misteriosa, llevándolo bajo el desmayado candil que alumbraba el comedor... Ud. es un fiel vasallo del rey... y no hay peligro en confiarse en Ud.... Hay novedades muy serias...

¿Aquí en Santiago? balbuceó el pobre caballero más pálido que un difunto.

—En España... Oiga Ud... Aquello está perdido... Va Ud. a conocer las noticias secretas que tenemos en palacio. Esto no es para el público sino para los realistas probados como Ud....

Y el socarrón personaje, desplegó con ademanes de gran reserva un paquetito que llevaba en la faltriquera, y se puso a leerlo en voz pausada y discreta...

Aquello era el fin del mundo... España entera en poder de los franceses... Los partidarios de Fernando VII reducidos a un miserable rincón de Andalucía... La Junta de Gobierno próxima a rendirse...

—Por aquí tenemos otras noticias, suspiró don Jenaro, mientras le corría un sudor frío por el rostro...

—Naturalmente, el Gobierno y los ingleses cuidamos de que no se transparente en Chile toda la verdad, porque Ud. se imagina qué trastornos se producirían en el caso de que ésta llegase a saberse... Si el Presidente llega a sospechar que yo las he comunicado a alguien, aunque sea a una persona tan discreta y leal como Ud.... no sé qué podría ocurrirme... Yo lo hago en obsequio de usted... porque lo estimo y basta que sea amigo de don Miguel, joven que, como ya le he dicho, llegará en este país a donde Ud. no se lo imagina... ¡Dios me entiende!...

—La España perdida!... balbuceaba don Jenaro. ¡Quién lo hubiera imaginado!..

—Perdida, sí, señor, perdida... ya se lo he dicho... pero guárdeselo Ud. para su capote y sírvale de gobierno... Nada de indiscreciones que le perderían a Ud. y a mí... Sepa que en Palacio hemos acordado no guardar consideraciones de ningún género a los propaladores de malas nuevas... Y si Ud. sobre todo llega a nombrarme...

—No, señor doctor... no tenga Ud. cuidado...

. . . . . .

A la noche siguiente, con gran pasmo del propio Miguel, Teresita apareció en el estrado.

—Ahora sí que creo en todos los milagros y en todas las revoluciones del mundo, se decía el pobre muchacho...

La graciosa concesión de doña Candelaria no significaba sin embargo gran cosa. En aquellos tiempos las tertulias eran para los enamorados un verdadero suplicio de Tántalo... Mirarse, sonreirse, alguna que otra señita imperceptible de un lado a otro del salón, era todo lo que Miguel podía prometerse.

El oidor, en cambio, gozaba de otros privilegios y su rival tuvo que sufrir por largos cuartos de hora el mortificante espectáculo de los interminables cuchicheos con que el atrevido peninsular procuraba atraerse el interés de la niña.

Felizmente, a pedido de una señora melómana, Teresita se levantó de su asiento para ejecutar en el clave una romanza a la moda. Miguel, con toda la audacia de sus veinticinco años, fuése a acompañarla so pretexto de volver las hojas del libro de música, antes de que doña Candelaria pudiera evitar aquella atrevida maniobra.

Fué un ratito divino para los dos pobres chicos, pero tan corto como suelen serlo las dichas de este mundo. Algo le dijo él a ella, que se puso muy encarnada mientras murmuraba apenas un ¡sí casi

imperceptible... De más está decir que ni don Jenaro ni su esposa, ni el oidor se dieron exacta cuenta de aquello.

Apenas terminada la romanza, se reanudó el interrumpido hilo de las conversaciones. Don Pascual Ibaceta, castellano viejo, comerciante en frutas y tan rico como bruto, tenía la palabra. Congestionado el rostro, torpes los ademanes, vociferaba con voces descompuestas, con ese tono rudo, sonoro y grotesco que caracteriza a los peninsulares de escasa educación...

—Pues ya verán ustedes, decía metiendo a los circunstantes los puños por las narices, ya verán lo que haremos en España con ese Napoleón... No le quedarán ganas de volver por otra.

—Dios lo haga, señor don Pascual, pero será un verdadero milagro... Napoleón es el árbitro del mundo, observó con melosa suavidad el conde de Montesclaros, un criollo de vieja prosapia, muy comedido y circunspecto.

—Pues que lo haga Dios, que si no, lo haremos nosotros.... ¡Por los clavos de Cristo! rugió el español con la mayor insolencia... Y tenga usted cuidado, señor conde, que por ahí corren voces de que usted no anda derecho... Y en terminando con Napoleón ya verán los facciosos de Santiago lo que les espera... No hay más sino andarse diciendo por los corrillos que la España está perdida... Pues nosotros les tenemos muy en vista... y llegará el día que les arreglaremos la cuenta...

—¿A quiénes dice Ud. que se propone castigar, señor Ibaceta?—interrogó con mucha calma Miguel Hurtado...

—Ya lo ha oído usted, hombre... a los que sostienen que España, el reino en cuyos dominios no se pone el sol, no se va a guindar a Napoleón, y a todo el que se atreva a chistar, aquí y en todo el mundo... ¡Caramba!...

Y el irascible peninsular acompañó su interjección con una fuerte puñada en el brazo de su sillón...

—Pues ya puede Ud. ponerme en la lista, dijo Miguel... Vengo de Europa y sostengo como el conde que sería un milagro que nuestra pobre y querida España salga triunfante de esta dura prueba. Napoleón triunfante en Jena, es aliado del Austria y de la Rusia, dueño de Italia y de los Países Bajos, soberano de la Confederación Germánica y ha dominado al continente entero de Europa. He visto en las Tullerías al Emperador de Francia recibir los homenajes de reyes, príncipes y grandes duques, venidos como humildes solicitantes, al pie de su trono... Las más orgullosas monarquías, no deben hoy su existencia sino a la voluntad de aquel amo universal... En la última revista que presencié en el patio del Carrrousel, Napoleón repartió sus banderas a regimientos de Polonia y de Lituania, de la Lombardía y de la Holanda y de todos los príncipes alemanes... ¿Qué es la España ante ese coloso?...

—Tenga cuidado con lo que dice, interrumpió Ibaceta incapaz de contenerse por más tiempo... Yo no tolero...

—Dispense señor... estaba hablando según creo... y nada tiene Ud. que tolerarme, y recuerde que está entre gentes bien criadas... Conozco España... ese reino en cuyos dominios no se pone el sol... Allí he visto sólo desdicha y miseria... muchedumbres capaces del heroismo y del sacrificio, pero ignorantes y sin disciplina... Arriba, señoritos afeminados e insignificantes, o mejor, desvergonzados y groseros, sin educación ni maneras, que viven en medio de la plebe, de cuyos gustos y disensiones participan... ¡Pobre país de fandangos y toreros, de teatro y de literatura!

Don Pascual estaba demasiado irritado para replicar. Acaso como todos los insolentes se sentía intimidado por la tranquila arrogancia del joven criollo.

—Lo veremos... señor... lo veremos, balbuceó... Y antes de mucho... Si el Presidente llega a saber el escándalo...

No pudo concluir... Tres o cuatro señores atemorizados por aquella escena, habían tomado por el brazo a Miguel, recomendándole prudencia...

—¡Lechuguino!... gritó Ibaceta en cuanto le vió a cierta distancia...

. . . . . .

El ideal de doña Candelaria

V

La casa de don Jenaro Lambarri estaba situada en la calle de la Merced haciendo esquina con la de Buton. Era esta última, en aquellos tiempos, solitaria y en la noche obscura como boca de lobo. El alumbrado público se reducía entonces únicamente a los míseros farolitos, con sendas velas de sebo, que cada vecino colocaba junto a su puerta principal. Así las calles de atravieso y los largos tapiales de sus huertos no recibían otra luz que la de la luna, mientras aquel astro brillaba en el firmamento, y cuando nó, los trasenntes apenas podían verse las manos.

Todo tiene alguna ventaja en este mundo, y los enamorados de la época debieron

bendecir con frecuencia aquella falta de luces. Conforme a la austera etiqueta colonial, sólo podían relacionarse y hallarse en reuniones más o menos ceremoniosas, y rígidamente separados unos de otros por el ancho y vacío estrado. En cambio eran frecuentes las citas nocturnas, y otros desahogos de parecido género, absolutamente imposibles en una ciudad alumbrada a giorno. El amor prohibido en la sala principal, se abría camino por las rejas de la calle atravesada.

Miguel Hurtado era hombre de empresas al par que caballero cumplido y Teresita una chica tan apasionada como virtuosa... No creemos pues perjudicarles en el ánimo de nuestros pacientísimos lectores, si referimos el modo y ocasión en que solían verse a solas...

Casi media noche; un discreto golpecito en la quinta ventana del sombrío caserón... un embozado en la polvorienta callejuela, y allí, tras los pesados barrotes, una vaga aparición blanca... Amor y peligros, sensaciones deliciosas sazonadas con el encanto de lo prohibido... Juramentos inolvidables... alguno que otro beso...

¿Habrá alguien que no perdone a Teresita?

Mil veces se dijeron que se amarían hasta la muerte.

Para el arrogante joven criollo, la encantadora niña encerraba todos sus afectos... Era una alma fuerte y por lo tanto exclusiva.

—Antes de ver a Ud. ya la adoraba, le decía una de esas noches... Allá lejos, muy lejos, en los largos meses pasados sobre el mar, y después, en medio del tumulto de la Europa, algo me atraía hacia este rincón pobre y olvidado... Dormido y despierto me contemplaba bajo el cielo azul de Chile, al pie de las cordilleras que dora el sol de la tarde, aspirando las brisas de la patria, embalsamadas por el aroma de sus desiertos campos... Entonces nació en mi corazón un sentimiento nuevo que antes ignorara... El amor fué todo esto que nos rodea, lleno de los recuerdos y emociones que forman nuestra vida... Llegué a Chile, y, créamelo, Teersita, cuando desde la cubierta de la vieja fragata que me trajo de España, ví después de dos años de ausencia la tierra de mis sueños, ebria de luz y de aromas... todo en ella me pareció hermoso... hasta los destartalados barracones del pueblo, cubiertos de polvo... Es que la adivinaba a Ud.... Porque bajo aquel cielo... y sobre esta tierra bendita vivía Ud...

Y luego el apasionado joven solía descorrer el velo de sus corazones... ¿Qué derecho el de un hombre, venido de otro mundo y de otra tierra, para robarle lo que era suyo, patria y amor?...

—¡Esto es nuestro!... ¿Verdad, Teresa?... El es el intruso.

Ella, con voz baja y dulcísima, le juraba entonces que era suya y nunca sería de otro...

.....

Así transcurrieron algunos meses.

Todo se agitaba febrilmente en las agonías de un pasado que iba a morir... Era una lucha sorda y tenaz... El porvenir de la América dependía de la suerte de España. Así, las noticias venidas del otro lado del Atlántico, ya adversas, ya favorables, fortificaban alternativamente a los criollos o a los peninsulares.

En la familia de don Jenaro Lambarri y sobre todo en el ambicioso espíritu de doña Candelaria, las variaciones del éxito íbanse también reflejando, momento a momento. Hubo veces que la causa del oídor pareció desesperada. Pero la reacción no tardaba en venir. Fué siempre el favorito de la soberbia señora, que no podía resignarse a abandonar un sueño por tantos años acariciado.

El genio protector de Miguel, el doctor Rosas, cayó al fin víctima de la vorágine. Un día se supo en Santiago que el asesor privado había partido para Concepción, rotas en definitiva sus relaciones con el Presidente Carrasco.

Era aquello la consagración del triunfo español. Los grandes señores criollos y los miembros del cabildo olvidaron el camino del palacio. Al lado del viejo brigadier sólo se veían ahora pobres diablos desconocidos, pequeños comerciantes españoles, rudos y groseros, sin otro título que el haber nacido en la península. La aristocracia colonial estaba humillada.

Don Jenaro, atento siempre a vivir en paz con los de arriba, fué limpiando su tertulia de todo lo que pudiera oler a oposición revolucionaria. Miguel fué una de las víctimas de aquella prudente medida. Los deseos de doña Candelaria quedaron cumplidos.

Por algún tiempo más el joven criollo pudo seguir gozando del inefable consuelo de sus entrevistas nocturnas. Pero una noche, la ventana de Teresa no se abrió ya más a su llamado... En balde rondaba impaciente la callejuela, testigo de tantas horas de dicha. La vieja casa, mustia y sombría como una prisión, permaneció inexorablemente muda.

. . . . . .

Teresa Lambarri se casaba con el oí-

La plazuela del Consulado.—Del Consulado se retira la concurrencia después del Cabildo abierto celebrado en 1810. Miguel sale rodeado de admiradores. Su suegro se abalanza a abrazarlo.

dor... Medio Santiago lo repetía ya... Iba en camino para España la solicitud de licencia.

Doña Candelaria, por nada de este mundo habría prescindido de aquel trámite. La idea de que el novio de su hija necesitase para contraer matrimonio del permiso del rey, la llenaba de orgullo... Era como la consagración de su dignidad casi religiosa...

Teresita sólo salía de su casa para ir a misa y siempre inevitablemente acompañada por su madre y una vieja dueña... Miguel la vió algunas veces desde lejos... Parecíale un crimen el acercársele... ¿No era ya de otro?

La pobre niña no levantaba la vista del suelo...

El sueño del pobre mancebo se había desvanecido.

VI

Miguel partió para su fundo... La vida ya no tenía encantos para él... El soberbio espectáculo de la tierra de Chile, la alegría de sus campos luminosos, parecíale ahora un insulto a su dolor...

—Pobre país de esclavos, que no se pertenece... exclamaba en sus noches de insomnio... Para otros luce el sol y hasta los ojos de tus mujeres... Las hijas de los que te conquistaron con su sangre deben humillarse ante un mezquino buscavidas viniendo de otro continente... Esto no puede ser... ¡Esto no será!... ¡Lo juro por la memoria de mis abuelos!... ¡Tendremos patria o moriré!...

Sentado una tarde bajo el alero de su espacioso comedor, veía con tristeza descender el sol hacia su ocaso... Una jornada más, monótona, helada, desnuda de esperanzas, como tantas otras... El soberano silencio de la tarde sólo era interrumpido por el vago rumor de los árboles al soplo de una brisa desapacible y fría...

De pronto resonó en el vecino callejón el galopar de un caballo. Miguel se puso de pie. Un vago presentimiento agitó su corazón dormido...

Era Antonio Calvo, su viejo amigo de tiempos mejores. Había venido de Santiago a todo correr... La patria reclamaba su auxilio...

Entonces el joven lo supo todo... La nobleza, las armas... Santiago, la triste capital de la decrépita colonia, estremecida de indignación a consecuencia del atropello cometido con tres de sus patricios, se preparaba por fin a hacerse justicia. La hora había sonado.

—Soy con ustedes, para triunfar o morir, dijo Miguel.

Y aquella misma noche, a la cabeza de algunas docenas de campesinos, marchó a Santiago, en compañía de su amigo...

Pero otro pensamiento que no era el de la patria arrastrábale también.

—¿Y Teresa? preguntó a Antonio Calvo, allá en el camino, y en medio de la noche, temblando de oír la respuesta.

—Dicen que esperan de un momento a otro las licencias de España, contestó el otro.

—¡Libre todavía!... ¡Si será tiempo!.. rugió el joven... Por ella también voy a combatir.

. . . . . .

Caído Carrasco, Miguel Hurtado fué nombrado asesor por el nuevo Presidente, el conde de la Conquista.

Al fin nos gobernaba un chileno. Era ya algo.

Pero la puerta de la casa de la calle de la Merced, permanecía cerrada aún a las esperanzas de Miguel... La Real Audiencia acababa de triunfar con los patriotas... El oidor era todavía oidor...

Sin embargo una tarde, en casa de don Manuel de Salas, don Jenaro Lambarri se acercó al antiguo amante de su hija y tuvo una sonrisa para él...

Cómo latió el corazón de Miguel...

. . . . . .

La licencia para contraer matrimonio llegaba al oídor un poco tarde...

El 18 de Septiembre de 1810 se instaló solemnemente el primer gobierno nacional. Miguel figuraba entre los vocales de la Junta, cumpliéndose así las predicciones del doctor Rosas. Al salir de la sala del Consulado, radiante de júbilo, entre las felicitaciones de sus amigos, un caballero se precipitó en sus brazos... ¿Lo habremos de decir? Era Lambarri.

Doña Candelaria hubo de rendirse, pero no sin combate... Por largo tiempo no perdonó a su yerno el haberle arrebatado su hija a un oídor.

—Los vocales de la Junta, le dijo un día su esposo para consolarla, tienen precedencia sobre los oidores en todas las ceremonias oficiales, y el mismo rango que los antiguos Presidentes.

Pero la tozuda señora no se daba a partido. Parecíale la dignidad de Miguel un tanto revolucionaria y deleznable... En tanto que la otra... ni el mismo rey en su trono era tan inatacable como un oidor.

Llegó, sin embargo, una tarde, allá en el mes de Abril del año siguiente, en que Miguel Hurtado entró al comedor, con una sonrisa de triunfo entre los labios...

—¿Sabe, señora, la novedad?—le dijo con flema... La Junta ha tomado un acuerdo muy importante... Hemos suprimido la Real Audiencia... Se acabaron los oidores...

⚜ ⚜ ⚜

El Rey Jorge V y el Rey Alberto I de Bélgica revistando la Guardia de Honor belga.

El Rey Jorge V en una trinchera del frente francés

Camino de los cerros va la alegre caravana; de avanzada los muchachos...

Cosecha milagrosa

Por Roxane

Ilustraciones de Max

Camino de los cerros va la alegre caravana; de avanzada los muchachos, ufanos en sus trajes de exploradores, las nenas de dorados bucles y trigueños rostros y los grandes mastines de la hacienda. Caminan sin más tropiezo que alguna riña con los quiltros campesinos o un vivaz altercado entre Harry y Perucho, rivales ya en el amor de la Pichona. Como pacificadores, así en las contiendas infantiles como en las riñas de perros, interviene la pareja de enamorados que a retaguardia les acompaña.

De cada rancho de inquilinos brota una bendición, un "Dios les guarde, mi alma" para los patroncitos que, al enfrentar una vivienda forman tamaña algazara gritando desaforadamente:

—"Espanten los perros por vida suya"...

—"Quitáte dey, condenao... pa tu casa, Floridor... andá, quiltro sarnoso..."—chilla una voz desde el sandial vecino y luego asoma su rostro amarillento una vieja haraposa y desgreñada:—"Pasen sin cuidao los patroncitos..."

Aquietado el bullicio canino, la incomparable Pichona inicia el siguiente diálogo:

—"¿Tiene huevos, ña Mariquita?"

—"Ni tampoco uno, misiá Pichonita, las gallinas están taimá..."

—"¡Qué han de estar... quién se lo va a creer!... Ya se los habrá vendido al pollero..."—replica la petulante patroncita.

—"Se lo juro por el ánima del finao Diego. Ahí está don Dimogen (Hermógenes) pa que lo atestigüe".

Este diálogo con curiosas variantes se sucede de rancho en rancho: siempre actuando en ellos la Pichona, niña de doce años, muy intrusilla y mimada de todos por ser la única mujer en una familia compuesta de siete hijos.

Alberto, su hermano mayor, e Inés, la prometida de éste, ajenos al mundo exterior, siguen a la infantil comparsa a través de cerros y hondonadas.

En los deslindes del fundo, las viviendas del inquilinaje se espacian, la tierra pierde su fertilidad: por toda vegetación escasos sembrados, raquíticas sementeras, quiscos, espinos secos y rojizos como el quebrajado suelo de la altiplanicie.

Sólo un rebaño de cabras da vida al árido paisaje.

—"Terrenos de rulo, gredosos, que sólo

reverdecen en la primavera,''—explica la Pichona a sus huéspedes santiaguinos.

Hacia un solitario y miserable rancho circundado de espinosas cercas, emprende veloz carrera toda la muchachada.

Allí no ladran los perros ni causa sorpresa alguna la juvenil invasión; por el contrario, hasta las aves de corral acuden a darles la bienvenida.

—''Buenas tardes, ña Edelmirita... ¿Tiene no quesillos de cabra?''....

—''Onde no iba a tener pa los patroncitos...''—responde la buena mujer enjugándose el sudor con las puntas del vistoso pañuelo que envuelve su cabeza cubierta además con una grasienta chupalla.

Sin mayor ceremonia los muchachos se instalan bajo la enramada de totoras, mientras la diligente Edelmira y sus bizarras y huasonas hijas colocan sobre el mesón los lechosos quesillos, las sandías y cóguiles de la montaña.

La Pichona ''parte y reparte y se lleva la mejor parte'', a pesar de las ruidosas protestas de sus hermanos, protestas que solo apacigua la oportuna llegada de Inés y Alberto. El, un guapo mozo, alto, moreno, de ojos negros y finas facciones muy semejantes a las de su autoritaria hermana, pero de carácter tan condescendiente y afable como caprichoso es el de la nena. Ella, una rubia y simpática niña, en cuyo rostro ingenuo brilla sin disfraces la felicidad que embarga su alma.

En la enramada los niños engullen con la peculiar voracidad de la adolescencia, mientras Inés canta con acompañamiento de guitarra graciosas peteneras que arroban a Narcisa y Rosalinda. Ña Edelmira aprovecha la oportunidad de hacerles sus confidencias al patrón.

—¡Ay, don Alberto!, su mercé no sabe que andamos de mal en pior!... y pa mayor pensión, la vez pasá anduvo puaqui la Fabiana y su mal ojo ha mermao la cosecha....

—''¿Cómo así?''

—''¡Su mercé recuerda que esta indina tenía un enreo con Andalí? (Neftalí). Como mi compaire Peiro la dejó en vergüenza, la veleidosa ha cargao con nosotros... Contimás que la otra mañana la encontré en despoblao... al tiro me gané a la sombra de un maitén; pero con tan remala suerte que nunca paré ni mientes en que el ruedo de esta maldita pollera había quedao al sol. Así es que de nada sirvió el conjuro del maitén... ¡pa mayor pensión!...''

—''Vamos a ver la era, ña Edelmira. ¿Vienes, Inesita?—insinuó Alberto.

Aventando el trigo se hallaban Andali, fornido mozo primogénito de ña Edelmira y los demás ''guainas'' de esa prolífica familia.

—''Realmente está malona la cosecha... ¿Cuánto rendimiento le calculas tú, Neftalí?

—''Catorce ''anegas'' a lo sumo, patrón''.

—''Para el año entrante le voy a conseguir una posesión más fértil, Edelmira'',—dijo Alberto.

—''Dios le oiga, mi alma. Y, ¿cómo no me le echa una bendición al trigo, mi patroncito? La bendición de los enamorados es que dicen que trae suerte''...

Los novios se sonrieron y el destello de malicia que brilló en los ojos aterciopelados de Alberto fué a reflejarse en las pupilas verdes de Inés. Aquel lenguaje mudo, acaso de uso habitual entre ellos, les puso de acuerdo en un instante.

Evocando sus tiempos de colegial, lo primero que acude a la mente de Alberto es el responso de difuntos que recitara todos los días en el Seminario.

—''**De profundis clamavi ad te Dómine...**'' comienza el joven con tono presbiterial...

—''**Domine exaudi vocem meam**'', responde la traviesa ex alumna del Sagrado Corazón.

La campesina y los gañanes, con la cabeza descubierta, siguen con marcada unción la imponente parodia religiosa. En ese momento los celajes del ocaso inundan con su luz el pajal, los trigales y espinos y la cobriza tierra súbitamente hermoseada por aquellos resplandores de fuego.

Conluído el responso, Alberto alza su diestra haciendo un sinnúmero de signos cabalísticos sobre el montón de trigo, en tanto que su compañera, juntas las manos, en beatífica actitud, responde:

—''**Amén...**''

—''Ya está, ña Edelmira...''

—''Dios se lo pague, mi alma, y la Virgen les conceda hartos guainitas tan ruciecitos y tan lindos como la señorita...

Inés que conoce el rústico vocabulario de ña Edelmira, ruborosa se aleja de la era,

en cambio, Alberto queda celebrando con entusiasmo las ocurrencias de la vieja.

Hartos de golosear, los muchachos salen al encuentro de Inés, y capitaneados por la tiranuela Pichona, niños y jóvenes se lanzan cuesta abajo en alegre desbande.

Una de esas mañanas de campo, esplendorosas, divinas, reune de nuevo a los novios en los jardines de la hacienda.

Inés había dormido mal; en la soledad de su aposento su conciencia le reprochó duramente la farsa impía que de la liturgia sagrada hicieran. El dolor de haber perdido la gracia de Dios, el temor a las inevitables represalias de las ánimas vengadoras, no la dejaron conciliar el sueño. Muy de madrugada buscó su libro de meditaciones y ahora se dirigía a orilla de la laguna en demanda de un solitario retiro donde nadie perturbara su oración. Alberto agotó sus argumentos, y sin lograr desvanecer los escrúpulos de su prometida, la siguió en silencio a través de las alamedas del parque.

...y en tanto, Alberto, tendido sobre el césped,...

Bajo la sombra de un espléndido sauce Inés recorría las páginas de su piadoso devocionario en tanto que Alberto, tendido sobre el césped, nervioso cogía los flexibles mimbres meditando a su vez, no sobre la inmortalidad del alma y gravedad del pecado, sino sobre lo complicadas que a las veces resultan las mujeres.

—"Ese afán de desmenuzar con cruel encarnizamiento cuanto sienten, piensan o quieren",—se decía—"ese prurito exasperante de arrepentirse de todo, es en realidad insoportable... A cada paso nuestra dicha se enturbia por estas inconsecuencias que no son otra cosa que la persistente sugestión de necias tradiciones, de escrúpulos e hipocresías que falsearon su criterio de niña...."

Y su exasperación crecía por momentos al contemplar el rostro extático de Inés sumido en ese ensimismamiento doloroso, especie de mórbido deleite que suele embriagar a los espíritus místicos...

De pronto un llamado agudo, estridente, cortó el aire y repercutió en la montaña. "Alberto, Inesita",—clamaban las voces y el eco desgranaba o unía aquellos nombres repetidos una y otra vez por gargantas infantiles.

Al extremo de la avenida de araucarias, en medio de ensordecedor bullicio, avanza la juvenil comparsa rodeando a una vieja campesina cuyo vistoso traje dominguero y amplia chupalla roja resalta pintorescamente entre el follaje. La Pichona, con su natural viveza, perora, gesticula y se destaca del grupo para gritar a cada instante: "Alberto, Inés, ña Edelmira los viene a ver"... Entre risueños y malhumorados los novios por fin se resuelven a salir al encuentro de su rústica visitante.

Tan pronto como les divisa, la vieja campesina corre hacia ellos y en el colmo de su

alegría besa las manos de Alberto y lleva a sus labios la falda de Inés..

—"Mis patroncitos",—les dice—"se logró la bendición... el trigo acrecentó anoche en más de dos anegas..."

—"Qué está diciendo ña Edelmira",—prorrrumpe estupefacto Alberto.

—"Lo que oye, patrón... Andalí esta mañana, al ensacar el trigo echó de ver que había acrecentado la cosecha. Dígame, señorita, si yo no estaba en lo cierto al tener fe en la bendición de los enamorados...?"

Y mientras refería con lujo de detalles el hecho milagroso, la vieja iba extrayendo de la cesta que ocultaba bajo su chal quesillos de cabra, huevos frescos, queules y cóguiles y por último una codorniz "guachita" por la que en vano había delirado Inés y de la que hasta ese día las hijas de Edelmira no había querido desprenderse por dinero alguno.

"La codorniz es para la patroncita nueva,"—explicó ña Edelmira—"y que Dios me la conserve con vida hasta ver guainas a sus nietos....."

Inés cogió entre sus manos la codiciada avecita y buscando con recelo la mirada de su novio, en la que aún vislumbraba enojos, con su voz más insinuante le dijo:—"Alberto, dime, ¿qué piensas tú de esto, querido?"

¿"Qué pienso"?—exclamó Alberto estrechando esas manitas que aprisionaban la mansa codorniz. "Pues, pienso y creo que nosotros hemos realizado el prodigio; que este, Inés, es un milagro de amor."

Danaide

RODIN HA MUERTO

Reproducciones fotográficas

El nombre de Rodin vale por una revolución en la escultura. El fué el primero y más firme en reaccionar contra los moldes clásicos que mantenían la escultura estagnada dentro de los severos preceptos académicos. Nadie como él estudió con más paciencia el modelado y con más amor y trabajo la vida: en una página hoy célebre ha recordado cómo se pasó años y años observando las manos esculpidas por los maestros franceses e italianos sin atreverse por su parte a ensayar el modelo de una, pues creía cosa poco menos que imposible igualar a la maestría de aquellos genios que inmortalizaron en mármoles eternos figuras grandiosas pero frías e impasibles.

Sin embargo, desobedeciendo los preceptos académicos, él se dió a observar la vida, a dibujar sobre el natural y a copiar los movimientos en estudios parciales, que bien pronto iban a serle de una grande utilidad. Aunque ya muy entrada su juventud, nunca tarde por cierto para un artista, se dió cuenta que aún los maestros más venerados no habían hecho otra cosa en sus esculturas que modelar sobre lo vivo y en seguida copiar ese modelado: de lo cual dedujo todos los defectos de sus convencionalismos.

Entonces, con más fe y amor que nunca, se dió por entero a estudiar el movimiento en las figuras, llegando a dominar el secreto de su ritmo y de su expresión. Es así como las manos en la escultura rodiniana pueden bastar para estudiar todas las geniales características de sus obras: tienen ellas tal expresión de vida, tal pasión, tal naturalidad, que antes que una sensación artística, nos dan una emoción de vida profunda.

¡Cuánta pasión, cuánta emotividad, qué poder para hacernos sentir no fluyen de su **Pensador**, de **L'Age d'arain**, de **El beso**, de **La Caída de Icaro**, del busto de Rochefort! Cada mármol es un poema completo, un ciclo de vida profunda. Nada de minuciosa pulcritud estética en los detalles, sino que una armonía y una fuerza emotivas en el conjunto que no pueden menos sino de hacernos olvidar todo convencionalismo. Y es que en Rodin, como en Miguel Angel, se dió por sobre todo el artista que concibe antes que lima, pule y ali-

Hombre primitivo

sa. Rodin recuerda los genios abruptos y rudos de Shakespeare e Ibsen: es la misma manera de crear a grandes rasgos personajes de carne y hueso que en ellos son capaces de hacer sentir en un instante dado toda la vida o el momento total más sublime de cada vida.

Y todo lo que hemos estampado anteriormente no quiere decir que Rodin fuese incapaz de modelar finas y delicadas figuras: antes por el contrario, algunas de sus obras muestran un modelado tan pulcro y académico que hace recordar las obras de los maestros clásicos. Es menester haber contemplado minuciosa y detenidamente en el Museo de Luxemburgo **El Beso** para comprender hasta dónde era capaz de llegar la maestría de este artista genial: detalles del torso, el movimiento en los brazos, la expresión del rostro han sido dados por su cincel como sólo se concebiría que hubiera podido hacerlo el pincel del maestro Tintoretto. En **El Beso** cada detalle es un poema, un milagro de florecimiento y de tersura en el mármol: bajo la carne blanca se siente palpitar la vida, se sienten latir los corazones en aquella sagrada comunión.

¿Qué decir también del maravilloso busto de la señora María Luisa Lynch, que está en el Luxemburgo, y ante el cual tantas veces nos detuvimos extasiados en la contemplación de su expresión maravillosa y de su ejecución, que es un milagro de belleza y de realidad?

Claro está que entre estas obras y sus concepciones más revolucionarias, como el **Balzac** y el monumento de Víctor Hugo o de Sarmiento, media una capital distan-

D'appel aux armes

Rodin acompañado de su esposa, quien fué su modelo y su fiel compañera de toda la vida.

cia: es sabido cuán discutido fué el primero. Y no podía ser de otro modo. Algo análogo sucedió con el teatro de Ibsen para quienes sólo estaban acostumbrados a las comedias de los señores Scribe y Legouvé.

Rodin comenzaba por despreciar en gran

parte el modelado más meticuloso para dar una expresión entonada y apasionada de vida, que dijera relación con el espíritu de sus personajes: y es así como el **Balzac** interpreta la creación grande, ruda, fuerte del novelista de "Pére Goriot", y cómo el **Víctor Hugo**, destacándose violenta y abruptamente del mármol, da la idea del Creador de las grandes metáforas y evoca el alma de esa selva lírica de cuyo seno nació "La Leyenda de los Siglos".

Como Miguel Angel, fué ante todo un

Busto de madame Morla Vicuña

Eternal Spring

creador genial, el mayor creador de la escultura moderna, cuyo nombre, más que los de Meunier, Carpeaux, Boleslas Biegas, Bartoldi, marca el comienzo de una revolución que nació con él y encontró en su obra su total justificación y su más perfecto florecimiento.

Auguste Rodin

UN HOMBRE SABIO Y BUENO

Quien le haya visto sentado detrás de su mesa de trabajo en la Biblioteca Nacional, borroneando cuentas o barajando guarismos; quienes no lo conocen más que tras el cambio de tres o cuatro palabras banales, no le podrán juzgar jamás ni saber del corazón sencillo y dulce de este hombre santo y sabio. Ahí está siempre, calladito, sonriendo bondadosamente como si con esa su sonrisa quisiera ayudar a franquear el alcázar de su confianza ¡Qué hombre tan bueno es éste! ¡Cómo rebalsa en todo instante su bondad a flor de labios.

Tan modesto como docto, vive oculto y perdido en el tranquilo retiro de su cargo y de su santo hogar. Nadie le vió jamás hacer ostentación de su sabiduría y cuidado si les podría dar lecciones a muchos que andan por ahí predicando hasta con las intenciones.

Don Ramón Laval, Sub-Director de la Biblioteca Nacional.

El fué el primero y el más entusiasta estudioso que se diera de lleno a las investigahiones del folklore, fundando la Sociedad de Folklore, publicando una revista, luego sucesivos e interesantes folletos y, por fin, creándole una sección independiente en la Sociedad Chilena de Historia y Geografía que mucho ha contribuido al fomento y desarrollo de esta rama de las ciencias exactas. Quien haya de escribir el día de mañana la historia de la literatura chilena, de nuestra psicología, de los orígenes de la nacionalidad chilena, tendrá que recurrir a menudo al estudio de estas publicaciones de folk-lore tan abundantes en cosas bellísimas.

¿Cuántos son de Chile los que conocen esta labor pacienzuda y utilísima fuera de Chile, realizada por don Ramón Laval? Sin embargo, lo que aquí se ignora es tenido en señalada admiración por doctos polígrafos como Rodríguez Marín, Menéndez Pidal, Cejador, que distinguen a don Ramón Laval como uno de los investigadores más serios y prestigiosos en las disciplinas folk-lóricas.

Durante muchos años fué don Ramón el director de la Revista de Historia y Geografía, realizando en ella una labor tan interesante como útil en la publicación científica más seria con que cuenta el país en el momento.

Hace algunos años la Biblioteca Nacional le encomendó una de las comisiones más honrosas que se hayan conferido en Chile, enviándole en viaje de estudio a Europa y Estados Unidos. Viajó durante algunos meses visitando España, Francia, Alemania, In-

glaterra, Estados Unidos y tras esa peregrinación dejó en prensa en Madrid su obra "Contribución al folklore de Carahue", escrito durante las vacaciones de 1911 en el sur de Chile, que hace algunos meses acaban de dar a la estampa las prensas de la Librería de don Victoriano Suárez.

Recordamos haber conversado con don Ramón al día siguiente de su llegada a Santiago, tras su viaje al extranjero, y haber recogido de sus labios sus impresiones europeas; y, cosa rara, no era un hombre que volvía deslumbrado con las maravillas de París o de Berlín, sino por el contrario sentíase dichoso de volver a su tierra y encontrarse en el seno de su hogar. Nunca le hemos sentido más chileno que en ese entonces en que don Ramón se quejaba de las extrañas comidas cosmopolitas y recordaba como una pesadilla las desabridas frutas del Norte europeo. ¡Con qué fruición hacía el elogio de nuestras frescas sandías, de la pulpa de nuestros melones olorosos y dulces como el ¡almíbar, de nuestros duraznos perfumados y apetitosos, de las tiernas verduras chilenas que casi crecen silvestres. Todo esto y antes que todo su santo hogar constituían para él el alma de su morriña palpitante, que no le dejó tranquilo hasta no sentirse en el seno de su bien amada tierra. Soy yo de los que creen que don Ramón no caería en la tentación nuevamente de abandonar su tierra para ir a correr la ventura de otra peregrinación por Europa.

Y es que en don Ramón, revive el espíritu de nuestros abuelos, tan apegados al terruño y a sus costumbres. ¡Se siente él tan unido a la casa propia, al árbol que plantaron sus manos, a los hijos que vió crecer y formarse, a los nietezuelos que vinieron tras ellos, a sus costumbres de cada día, a los detalles que desvelan sus cuidados, a sus labores de más de treinta años, a sus amigos de siempre, a todo eso que en la vida constituye el alma verdadera de nuestro modo de ser, de pensar y de sentir!

Si don Ramón Laval reuniese en volúmenes sus estudios de folklore, podría formar, sin lugar a dudas, una media docena de tomos interesantísimos y útiles. Toda su labor anda desperdigada en revistas de ocasión, en folletos rarísimos, de tiradas reducidas, en las entregas de la Revista Chilena de Historia y Geografía que el descuido de don Ramón ha dejado olvidada.

Entretanto, mientras los días corren, le seguiremos viendo tras su mesa de trabajo de la Biblioteca Nacional, siempre sonriente, siempre bondadoso, siempre amable con todos.

Y a cada cual que se acerca para hablar con él, le seguiremos oyendo siempre las mismas palabras: ¡Qué hombre tan bueno es don Ramón!

LA NOVIA Y EL NIDO

"Como el amor primero es tan ardiente
y despierta en las niñas tan temprano..."

CAMPOAMOR ILUSTRADO

Por Silvio Lago

Con ilustraciones fotográficas

Desde los versos de León XIII a la princesa Isabel de Baviera sobre Ars Photographica,

Imaginem
naturae Apelles aemulus
non pulchriorem pingeret,

hasta la comparación un poco exagerada, de Mauricio Maeterlinck, del artista con el fotógrafo, dándole al artista el anticuado papel de un tejedor a mano, productor de toscas obras frente al torrente—el fotógrafo—que "s'offre a faire vingt fois en una heure la besogne qui lui demande un long mois d'esclavage, et a la faire mieux", existe una larga serie de alegatos literarios y artísticos en favor de la fotografía tal como se cultiva actualmente.

Dicen algunos profesionales:

"Nuestro movimiento puede ser considerado como una tentativa de tratar los asuntos en concordancia con la práctica de las otras artes gráficas". (Alberto Maskell).

"No existe una estética particular de la fotografía y otra para la pintura y el grabado". (Roberto Demachi). "El fotógrafo moderno compone como si fuera a dibujar o a pintar en ver de fotografiar". (Bergon y La Begue). "El ojo tiene una facultad de acomodación muy superior a la del objetivo". (Constancio Puyo).

Y aun podríamos copiar mayor número de opiniones, toda vez que es enorme el de los artistas que han elegido una máquina fotográfica para crear belleza a través del natural y de su temperamento.

Varias veces se han elogiado en estas mismas páginas exposiciones de fotografías artísticas; se han concedido comentarios efusivos a los que han ennoblecido los procedimientos antes impersonales y mecánicos, dotándoles, en cambio, de una íntima

"¿Qué es sin tí el mundo? Un valle de amargura. ¿Y contigo? Un edén.

—¡Haced la letra clara, señor cura; que lo entienda eso bien!..."

(De **¡Quién supiera escribir!**)

colaboración del espíritu con los misterios del laboratorio—más misterioso ahora que nunca.

Yo bien sé que los pintores suelen mirar desdeñosamente a los fotógrafos... sin perjuicio de poseer muchos de ellos su correspondiente máquina que les facilita la composición y el modelo gratuito. Pero ese desdén, sobre ser muchas veces ficticio, es casi siempre injusto.

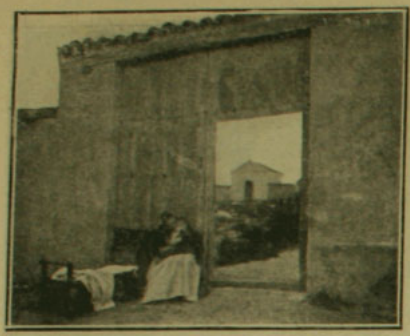
Comparad, por ejemplo, una de esas maravillosas reproducciones de cuadros que se hacen hoy día con aquellas copias contornadas de la primera mitad del siglo XIV. ¿Será motivo de larga cogitación el elegir entre un cuadro mediocre y una buena fotografía de un lienzo o de una escultura clásicos? Y si ahondamos más aún otorgándole al fotógrafo la facultad de ilustrar momentos y figuras literarias, de colaborar con el escritor, hallaremos que supera al dibujante incapaz de componer un fondo en torno del personaje que considera suficiente para la ilustración.

He aquí unas cuantas fotografías. Diríanse reproducciones de cuadros y diríanse, al mismo tiempo, escenas de la vida real. Este dualismo constituye la verdadera excelencia del arte fotográfico. La fantasía y la realidad se completan con iguales proporciones. Los preparativos de la obra artística son los mismos en el pintor que en el fotógrafo: la disciplina intelectual por medio de la lectura; la búsqueda y elección de modelos y fondos; la composición, los bocetos y ensayos, hasta realizar la obra definitiva.

Estas mismas fotografías lo demuestran con expresiva elocuencia que va más allá de donde alcanzan los lápices de un dibujante.

Se refieren a diversas composiciones campoamorinas. Algunas, como las de **¡Quien supiera escribir!**, son bien populares, y proceden de un concurso que convocó la ilustrada revista **Blanco y Negro**. En este concurso, al que acudieron muy notables artistas, conquistó el Sr. Cánovas los cinco

El monumento al gran poeta Ramón de Campoamor, elevado en el paseo de El Retiro de Madrid, y original del notable escultor Coullaut Valera.



LO QUE HACEN PENSAR LAS CUNAS

"Después que sobre la losa
recé con amor ardiente
por la que, por fin dichosa,
descansa perpetuamente,
pude a la salida ver
que a una niña, con encanto,
daba besos la mujer
del guardián del camposanto.
Y estremecido al mirar
a la pobre criatura,
a quien faltaba apurar
el cáliz de la amargura,
en medio de mi tristeza
—"casi es más triste"—pensaba—
mirar la vida que empieza
que ver la vida que acaba.
Por eso al atravesar
esta vida de dolor,
si los sepulcros pesar,
las cunas me dan horror".

premios ofrecidos. El artista ha creado escenas y personajes donde sólo había ideas. Campoamor fué el menos descriptivo de los poetas españoles; el menos artista también. Entre las deslumbradoras fiestas para la imaginación de los versos sonoros y admirables de Zorilla, y los ripios fatigosos, grotescos a veces, de las coplerías campoamorinas, un pintor preferiría desde luego a Zorrilla.

Zorrilla, como años después Rubén Darío —el más grande de todos los poetas modernos que han escrito en español—, es un tesoro inapreciable para los pintores y los dibujantes. En cambio, Campoamor carece de plástica belleza—además de carecer de otra belleza menos perdonable aún: la del ritmo—, e imaginamos a un artista frente a su escena, incapaz de concebir un paisaje o una escena amorosa, evocándola sobre lo que acaba de leer.

Y, sin embargo, Antonio Cánovas ha realizado este empeño. A la rara perfección técnica del procedimiento, se une la riqueza imaginativa y el buen gusto en la composición, que realzan todavía más la riqueza de los detalles.

Donde nosotros sólo vemos profundidad

GLORIAS POSTUMAS

"Los que esperan fe en muriendo,
¡cuánto yerran!
Bueno o malo, a lo que entiendo,
al que se muere lo entierran".

¡PARA ÉL!
Fantasía fotográfica sobre la Dolora de Campoamor "¡Quién supiera escribir!"

filosófica o cándida ironía— que Campoamor alcanzó bien diferentes latitudes del pensamiento—, supo el fotógrafo artista hallar tan cabales cuadros como este de la moza pidiéndole al señor cura que le escriba una carta, o aquel otro de los sepultureros, o el de Juana, solitaria y enlutada en el cementerio a la luz indecisa y romántica del crepúsculo.

Y es tanto más laudable la obra de An-

LOS EXTREMOS SE TOCAN

"Mientras la abuela una muñeca aliña y, haciéndose la niña, se consuela, haciéndose una vieja, usa la niña el báculo y la coña de la abuela".

tonio Cánovas cuanto que fué el primero en darle en España a la fotografía este norte estético.

No olvidemos que, desgraciadamente, España acoge siempre con retraso de muchos años todas las modernas orientaciones.

Cánovas inició con sus trabajos, con su revista **La Fotografía**, con sus exposiciones particulares, este admirable y pujante esplendor que hoy día tiene la fotografía artística española.

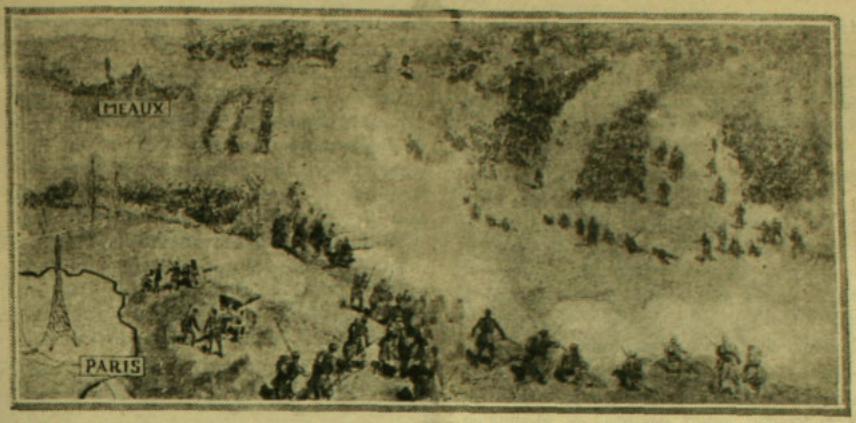
Es el creador de este movimiento que ha dado lugar en Madrid a agrupaciones y sociedades similares al Photo Club de París, al Lick Ring de Londres o el Camera Club de Viena.

Y, además, no se trataba de un afortunado tránsfuga de la "galería" convencional de antaño con sus balaustradas de cartón piedra, sus telones pintados, sus bancos rústicos, su artilugio de hierro para sostener la cabeza del retratante y sus cortinas cenitales que se corrían con una pértiga para graduar la luz.

No. Antonio Cánovas no fué de la fotografía hacia el más amplio campo del arte pictórico; abandonó los pinceles por el objetivo fotográfico. Antes de ser Dalton Káulak, era el paisajista Cánovas, discípulo de Haes y crítico de arte de **La Correspondencia de España**. Cuando se encerró de un modo resueltamente definitivo en su laboratorio, ya se había encerrado muchas veces en su biblioteca, que es una de las mejores españolas, en lo referente a obras de arte.

Gracias a semejante preparación estética, la obra de **Káulak significa** el verdadero sentido idealista que Roberto de la Sizeranne concede a la fotografía moderna: o sea "el haber introducido el sentimiento y el pensamiento en una operación ayer automática; haber transformado en un arte lo que era una industria; haber decidido que el espíritu dirija la materia en vez de dejarse enseñar por ella..."

De "La Esfera"



La batalla en las puertas de París

Y si von Kluck hubiera marchado sobre París?...

Por Henri Bidoux

Con ilustraciones

Hacía justamente veinte años que se había ganado la batalla. A medida que iban entrando en el pasado los acontecimientos de la gran guerra, iban tomando un aspecto más simple y la célebre victoria francesa de Septiembre de 1914 brillaba con más puros destellos. Para celebrar este vigésimo aniversario, los alumnos de la escuela de guerra recorrían a caballo la ruta por donde, el 3 de Septiembre, en una marcha por siempre memorable, oblicuó el general von Kluck frente a París deslizose por el campo atrincherado y tomó la dirección sud-este.

El coronel C..., profesor de táctica en la Escuela de guerra, era uno de esos oficiales que conquistaron sus galones durante la gran guerra. Con una extraña emoción volvía a ver aquel campo de batalla, convertido por una lección en carta topográfica. Senlis, ya reconstruído, alzaba sus caseríos entre dos bosques.

Al bajar de sus automóviles, los oficiales, antes de montar los caballos que de la rienda tenían los ordenanzas, el coronel C... había querido explicar a los oficiales la posición de la ciudad en que se hallaban.

—"Señores, dijo, hemos llegado a este valle que se desliza de occidente a oriente, una hondonada entre dos macizos arenosos, obstáculo y punto de parada obligado en una marcha desde el norte hacia París.

Es el corte de la Nonnette. A nuestra espalda, es decir, por el lado norte, por donde llegó el enemigo en 1914 y por donde suponemos haber llegado nosotros, dejamos el bosque de Halatte. Supongan Uds. por un momento que hemos atravesado sus arenosas ondulaciones cubiertas de encinas. He aquí que llegamos a Senlis; aquí es donde el 2 de Septiembre se verificó el último combate entre las fuerzas francesas en retirada y el ejército de von Kluck que las acosaba. Ruego a Uds.

fijen su atención en las condiciones en que se realizó el contacto de ambas fuerzas en aquellas memorables jornadas del 1 y 2 de Septiembre de 1914. En primer lugar, a 13 kilómetros al norte del punto en que ahora estamos en Verberie, sobre el Oise, la caballería que formaba la punta de vanguardia de von Kluck tuvo un choque con algunos batallones franceses. Pronto vieron estos batallones reforzados sobre todo por una división francesa de caballería de nueva formación.

Estas fuerzas mantuviéronse sobre el Oise hasta el 1.o en la noche; después se desvanecieron como sombras.— al menos esta es la impresión de un historiador militar alemán—en dirección al sur.

Habían vuelto sobre su derecha al ser los ingleses, que eran en esta misma dirección una prolongación de estas fuerzas, rechazados de Nery el 1.o de Septiembre seis kilómetros hacia el este. Así, pues, el 1.o de Septiembre tuvieron los franceses que dejar a su vez la línea del Oise a Verberie. Esta aldea fué ocupada por el enemigo, en la tarde del día primero: desde allí dividiéronse las tropas alemanas en tres grupos.

Uno fué hacia el oeste sobre Creil, donde llegó el día 2, y de allí a Chantilly donde llegó el 3. El segundo partió en dirección sud-oeste sobre Senlis, donde se encontraba la rotaguardia francesa, que se replegó, consiguiendo su intento bajo la protección de las baterías, que durante toda la tarde del día 2, en esta región de Senlis en que nos hallamos, cubrió la retirada de las tropas francesas contraatacando a la artillería alemana hasta el momento de desaparecer el último infante. Los alemanes mandaron entonces sobre la evacuada aldea de Senlis 80 obuses como a cosa de las 3 de la tarde, y después, a las 4, penetraron en ella. Sólo encontraron alguno que otro rezagado que disparaba contra ellos, lo que sirvió a los teutones de pretexto para asesinar al alcalde y a seis rehenes y prender fuego a la ciudad.

La tercera columna alemana salió de Verberie por el sur y el primero de Septiembre llegó a Montepilloy, a 8 kilómetros al este de Senlis. El día 2 ocuparon, una legua al sur, Borest y Fontaines-les-Corps-Nuds, en la orilla del bosque de Ermenonville, rechazando pequeños puestos franceses. Más allá, a la derecha, evacuaron los ingleses a Crepy-en-Valois el 2 de Septiembre por la mañana, y fué ocupada al momento por el enemigo, que continuó acto seguido su marcha en dirección a Nanteuil-le-Haudoin, donde llegó el 3, al amanecer, su vanguardia.

En resumen, señores. prosiguió el coronel C... el 2 de Septiembre de 1914 había alcanzado el enemigo a la línea Creil-Senlis-Crepy. Había librado los últimos

Caminos de acceso a París, entre el Oise y el nordeste de París, hoy bien defendidas de

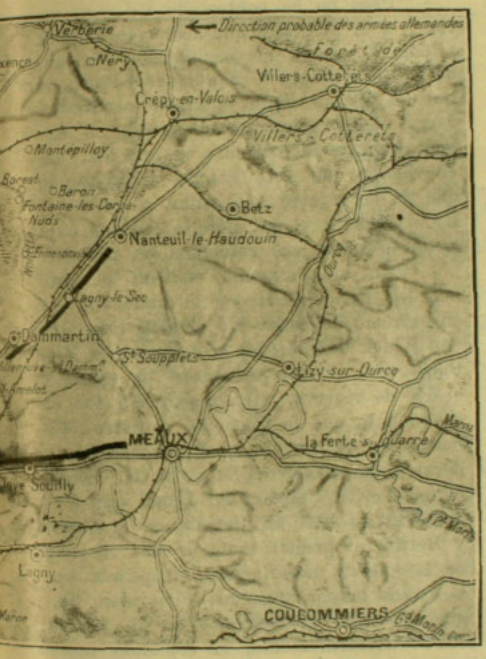
combates de su ofensiva y había visto a los franceses desvanecerse delante de él. ¿Qué iba a suceder?

De Senlis, donde nos encontramos, presentábansele dos caminos. Uno hacia el sur, que se interna por el bosque de Pontarmé, entre en el bosque de Chantilly al oeste y el de Ermenonville al éste. Este es el camino que conduce a París. El otro, al sud-oeste, pasa por sobre la Nonnette, sigue la línea del bosque de Ermenonville pasa por Chaalis y Ermenonville y se dirige hacia Meaux por Lagny-le-Sec. ¿Cuál de estos dos caminos iría a tomar la de-

recha alemana? Es un hecho importantísimo para la historia el de haber tomado el segundo y que en lugar de marchar directamente sobre París, tomase la dirección sud-oeste hacia Meaux. Montemos a caballo, señores, y sigamos el valle de la Nonnette.

Por qué von Kluck no marchó sobre París

Hubo el momento habitual de cuchicheos y comentarios, y la tropa de oficiales dejó Senlis y tomó el delicioso camino que por



Marne, seis rutas que atraviesan la llanura norte y fortalezas.

entre los bosques gigantes corre a través del arenoso desierto en que un tiempo herborizó Juan Jacobo Rousseau, y conduce en unos doce kilómetros a Ermenonville. Pusieron los caballos al trote. Pero en el punto donde el camino se aparta de la orilla y se interna en el bosque, el coronel tiró de las riendas y dejándolas después sueltas, puso su caballo al paso. Los brutos, tan pronto bajando la cabeza como empinándola según acostumbran cuando se les deja libres del freno, sacudíanse a veces airosamente las ancas con la larga cola para espantarse las moscas pertinaces. El coronel volvió a tomar la palabra, dirigiéndose al grupo de sus oficiales alumnos, que cabalgaba nen torno de él a su mismo paso.

—Fué el 3 de Septiembre a mediodía cuando el estado mayor del general Gallieni supo en París el camino que von Kluck había elegido.

Al oir esto, un joven teniente que iba a la derecha del coronel, no pudo contenerse y formuló la siguiente pregunta que todos tenían en los labios:

"¿Y por qué eligió von Kluck ese camino? ¿Por qué no marchó directamente sobre París?

—"Miren y observen, replicó sencillamente el coronel. Mirando, aprenderán Uds. infinidad de cosas. Fíjense en estos espesísimos bosques. Nosotros apenas hacemos más que bordearlos. Pero para ir directamente a París hay que atravesarlos por lo más espeso. Acuérdense que el día 2 encontró el enemigo por todas partes pequeños puestos. Iba a meterse el 3 en estas profundidades, donde nada podían ver sus aeroplanos, donde se perdían los obuses de su artillería y donde podía haber tantos peligros ocultos?

"Los oficiales alemanes de 1914 tenían por manual de táctica los libros, bien olvidados hoy, de Hoppenstedt. En uno que se titula "Un nuevo Werth" supone el táctico alemán que un ejército llega a la orilla de un bosque que está en poder del enemigo, y recomienda no tomar la ofensiva en esta peligrosa dirección. Von Kluck siguió el consejo de Hoppenstedt.

"Fíjense Uds., por otra parte, que esta faja de bosques bien provista de rutas perpendiculares, no tiene rutas laterales. Entre el frente Chantilly-Senlis-Nanteuil es decir, la orilla norte, y el frente Luzarches-Survilliers-Dammartin, es decir, la orilla sur, en un trecho de 14 kilómetros, más de media jornada de marcha, sería imposible asegurar la comunicación transversal entre las diferentes columnas del ejército. ¿Cómo quieren Uds. que un estado mayor inteligente se metiera en semejante avispero y pretendiese hacer un minucioso reconocimiento? Pero, supongamos aún que la travesía se hace sin ningún tropiezo. La desembocadura sur, y Uds. saben, señores cuán peligrosas son

las desembocaduras, se haría en condiciones desventajosísimas y muy difíciles, a la vista de los franceses, que les acecharían desde lo alto de las cumbres que dominan Luzarches. No, en realidad, cuanto más lo pienso, más prudente y juiciosa hallo la resolución del enemigo de no correr tan peligrosa aventura. Tengo la convicción de que no habría tenido resultado.

—"Pero, repuso el teniente, no escapó de este peligro sino para caer en otro no menos grave.

—"He aquí que ya salimos del bosque, dijo el coronel. Sigamos el camino hasta Dammartin. Allí volveremos a la derecha hasta la Biberonne. Esta jornada fué la que la punta de la flanco-guardia de von Bluck hizo, durante su marcha a Meaux, en dirección occidental, es decir, hacia París. Su caballería practicó reconocimientos en Biberonne y Villeneuve, a sólo seis leguas del nord-este de la capital francesa. Es el punto más próximo a París a que llegaron los enemigos. Detendrémonos a la orilla de ese arroyo histórico y allí veremos mejor las razones por que se guió el adversario.

Llegados al arroyo, los oficiales echaron pie a tierra y el coronel prosiguió:

—"Señores, ante todo es preciso que se guarden Uds. de juzgar la maniobra del general von Kluck como si hubiese sido ejecutada por un ejército aislado. No olviden que la batalla había de emprenderse en todo el frente entre París y Verdun. En estas condiciones ¿puede admitirse que el ala derecha se separase del cuerpo para ir, tomando una dirección divergente, a aventurarse en una operación personal, importantísima, sin conexión con el conjunto, llena la tal empresa de dificultades desconocidas y de peligros, una operación tan colosal como la conquista del campo atrincherado de París? ¿No ven Uds. que al tomar esta dirección von Kluck se separaba de todo el grueso de su ejército, incapacitándose de este modo tanto para dar recursos como para recibirlos el día de la gran batalla, aventurándose en una empresa extraordinaria? No, verdaderamente, von Kluck no debió como táctico ducho, arriesgarse a marchar sobre París".

A su pesar, los oficiales dirigían sus miradas hacia la gran ciudad.

—"Y gracias al Cielo que no lo hizo!, murmuró el coronel. Habría sido su perdición, tengo la seguridad. ¡Pero qué peligrosa empresa habría sido, no obstante.

Von Kluck ignoraba la existencia del ejército de Mannoury

Quedóse un momento pensativo, moviendo su mostacho gris. El teniente que antes había hablado, replicó de nuevo:

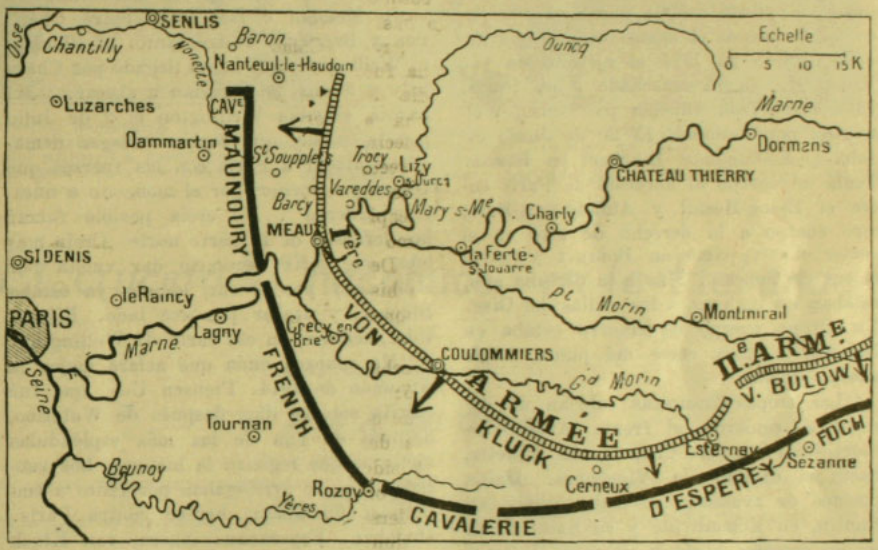
—"Pero no ha contestado Ud., mi coronel, a la pregunta que acabo de hacerle. ¿Cómo el estado mayor alemán, ya que no quiso arriesgarse a atacar a París, lo que le habría dado enormes resultados, corrió deliberadamente el riesgo, no menos grave de realizar una marcha de flanco delante de este campo atrincherado que no se atrevió a abordar, y de donde había de salir el 6.o ejército francés para lanzarse sobre sus columnas en marcha?

—"Sin duda ninguna, contestó el coronel, la situación del ejército alemán era en extremo delicada. No olviden Uds. que von Kluck defendió su costado por el lado París con un cuerpo entero de ejército, el IV de reserva, cuya resistencia fué en realidad la que le libró del desastre. Tenemos un testimonio que podemos considerar como decisivo. Es el de H. Stegemann, el crítico militar del **Bund**, que hizo aparecer en 1917 en alemán, en Stuttgart y Berlín, el primer tomo de una historia de la guerra, notoriamente inspirada por el estado mayor imperial. Pues bien, Stegemann dice formalmente en la página 181: "Evidentemente, el comando imperial alemán no tenía aún el 4 de Septiembre conocimiento alguno de hallarse en la línea, en el sector nordeste del campo atrincherado de París, un nuevo ejército francés, ni tampoco de la posibilidad de que el ejército inglés pelease al nordeste de París".

Los oficiales franceses se miraron sorprendidos de una confesión semejante. El coronel continuó con tono serio.

—"Han de tener presente, señores, que en la guerra el enemigo sabe mucho menos que lo que supone. No hay nada tan cierto como el viejo dicho de Clausewitz:

"La guerra es siempre el dominio de la incertidumbre". Tengan en cuenta que desde el día 2 el ejército de von Kluck había perdido todo contacto con el ejército francés y el inglés. El mismo Stegemann lo asevera de la manera más terminante. Y es harto significativa la insistencia con que lo repite. Cuando se levantó el sol el día 5 de Septiembre sobre los bosques y las colinas, volvió de nuevo el ejército de von Kluck a ponerse en busca del enemigo. Sólo que él le buscaba al sud-este, delante de sí, mientras el adllieni, puedo asegurarlo, habría defendido la ciudad calle por calle. El famoso "hasta el fin" no era una mera fórmula, sino una realidad. El enemigo no hubiera tenido por tanto los medios de vencer aquella resistencia. En la capital no habría avanzado a 50 kilómetros por día. Habría podido atacar la ciudad, pero no rendirla. ¿No se vió en seguida a los aliados atacar con su más pesada artillería a Lens durante meses, sin conseguir penetrar en ella? Ignoro lo terrible que hubiera podido ocurrir y registraría la historia. Pero



Las diversas etapas de Von Kluck hacia París

versario estaba detrás. Este es el grave error que pesa sobre el comando alemán.

Declinaba ya el día. A su pesar, los jóvenes oficiales permanecían engolfados en sus sueños. Estaban a la orilla de ese riachuelo que sirviera de punto de observación a la vanguardia de las fuerzas alemanas. Si en lugar de ser exploradora de un flanco, aquella vanguardia lo hubiese sido de todo el ejército! Si von Kluck, a pesar de toda prudencia y toda regla práctica militar, hubiese marchado sobre París, atraído por el espejismo de la gran nube, y de la gloria que se le dibujaba en el horizonte!...

El coronel adivinó fácilmente su pensamiento.

"Entonces, dijo con voz poderosa, Gatengo la convicción de que la capital de Francia, a semejanza de la estatua de que nos habla Mérimée, habría aplastado bajo su seno de piedra al que pretendiera profanarla.

"Señores, agregó, es una empresa muy colosal la de marchar sobre París. Imagínense Uds. el ejército de von Kluck llegando a París entre el Oise a su derecha y el Marne a la izquierda. Seis caminos tiene expeditos, uno para cada cuerpo de ejército. París se presenta como cubierto por dos grandes macizos, el de Montmorency al norte y el de Bondy al este. Pero entre los dos se abre un ancho boquete. Este boquete, esta llanura del norte de la ciudad es la que defendía el ejército de Mannoury. Es la misma por donde en

1814 se presentaron Blücher y Schwarzenberg. Llegaban del este y determinaron atacar a París por la llanura del norte. Marcharon en tres columnas. La columna de la derecha tuvo por tanto que describir un gran arco de círculo del este al norte por Claye, Mory y le Mesnil para venir a establecerse a la altura de Saint-Denis sobre el camino de Lille. La columna del centro avanzó de Claye sobre Bondy. Y la columna de la izquierda tuvo que seguir el Marne.

"En 1815 llegaron directamente del norte. Y puede decirse que siguieron poco más o menos el mismo camino que había seguido en 1914 el ejército de von Kluck si hubiera marchado sobre París. Ellos marcharon, Blücher por Guise, Wellington por Peronne. El 29 de Junio estaba personalmente Blücher en Senlis. Tenía un cuerpo al nordeste de París entre el Blanc-Mesnil y Aulnay-sous-Bois; otro cuerpo a la derecha de este en el sector norte, parte en Bourget y parte al sur de Gonesse. Más a la derecha aún, estaban los ingleses, a las orillas del Oise. Un último cuerpo de reserva estaba en Dammartin, muy cerca del punto donde ahora estamos.

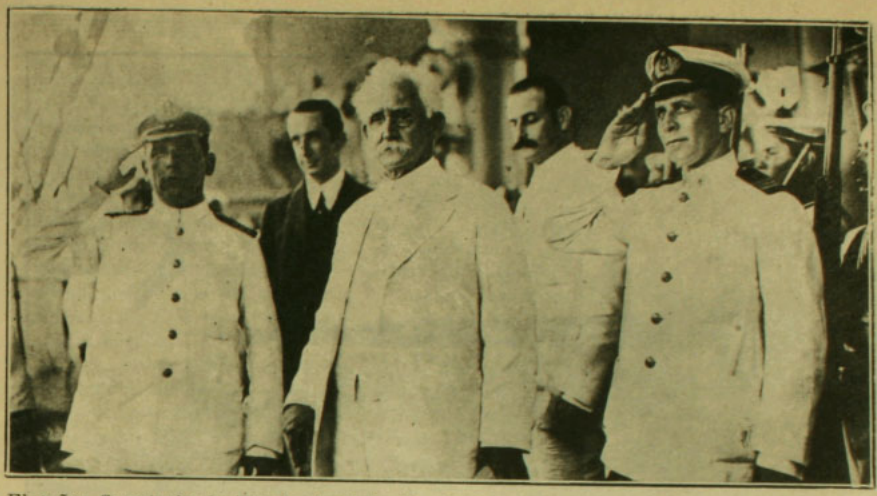
"Las tropas francesas cubrían de derecha a izquierda el frente Auteuil-Villiers-Saint-Ouen-La Chapelle, La Villette, hasta el camino de Vincennes. Había puestos de avanzada en Aubervilliers, en Pantin, en Romainville y en Saint Maur en los sectores norte y este; en el sector oeste estaba el puente de Neuilly bien defendido y habían sido ocupadas Saint-Cloud y Sévres. Finalmente, en la ribera izquierda habíanse concentrado dos cuerpos.

El temor del avispero

"El 30 de Junio de 1815, avanzando los prusianos por la explanada del norte, tomaron Aubervilliers y marcharon sobre La Villette; pero se vieron acosados y detenidos por los fuegos que recibían de costado. En la mañana del 1.o de Julio, apoyándose sobre la derecha, fueron a pasar el Sena por Pecq y ocuparon Saint-Germain.

Desde allí se dirigieron a toda marcha hacia Versailles, donde entraron a primera hora de la tarde. El 2 de Julio, todo el ejército prusiano estaba reunido al sur de París, un cuerpo en Versailles, otro entre Meudon e Issy, otro entre Chatillon y Bagneux. Entre tanto, ni Blücher, ni Wellington, que había llegado por Chantilly y Senlis, se atrevían a atacar. "Me parece, escribía Wellington el 2 de Julio por la noche, que sería arriesgar demasiado atacar a París con las fuerzas que Ud. y yo tenemos por el momento a nuestras órdenes". No creía posible forzar las defensas de la parte norte Creía más bien que sería necesario dar vuelta por el oeste y por el sur, donde ya estaba Blücher, y atacar por ese lado. Fíjense Uds., señores, en esa carta de Wellington.

"No conozco nada que aclare mejor la situación de 1914. Piensen Uds. que fué escrita catorce días después de Waterloo, después de una de las más espléndidas victorias que registra la historia. Los vencedores no se arriesgaban por tanto a emprender un ataque brusco contra París. Dudaban. Esperaban. Ahora, von Kluck estaba en Senlis, siete días después de la encarnizada batalla de Charleroi. Sus tropas estaban extenuadas lo mismo que las de Blücher. Su artillería pesada no había podido seguirle. Ya ven Uds. cómo habría sido meterse en el avispero, en el que ni el mismo mariscal "adelante" se atrevió a meterse en otra ocasión!"



El señor Secretario de Estado de Cuba, Dr. Desvernini, acompañado del señor Introductor de Ministros, señor Soler y Baro, y señor Encargado de Negocios de Chile, durante la visita del primero a bordo del "Chacabuco" en representación del Presidente de esa República. A su izquierda y derecha, primer comandante Reyes y segundo señor Rivera Blin, respectivamente.

El crucero "Chacabuco" en la Habana

Por

José A. del Campo

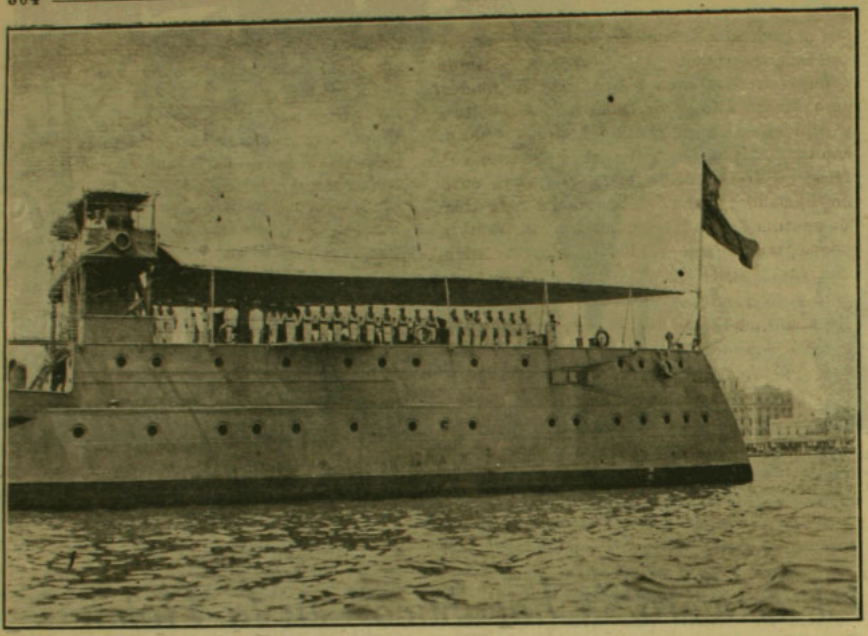
Con ilustraciones fotográficas

Es el día 11 de Septiembre; los periódicos han anunciado desde hace dos días la llegada del "Chacabuco" a aguas Habaneras y se nota grande entusiasmo para recibir a los distinguidos huéspedes.

El señor comandante del barco ha saludado ya desde alta mar por radiotelegrafía al señor Encargado de Negocios de Chile en Cuba, don Elías Errázuriz Larraín, avisándole que entrarán al puerto antes de las doce del día 11. Los periodistas han estado en continua comunicación con nuestro representante para saber la hora exacta del arribo. Es pues el acontecimiento del día la llegada de nuestros compatriotas.

Desde las primeras horas de la mañana se nota gran cantidad de personas agrupadas en las inmediaciones del Morro en espera de ver la entrada del "Chacabuco". Son las diez y cinco minutos, y un gentío enorme y bullicioso se disputa los sitios más estratégicos del hermoso malecón y oímos por todos lados comentarios, a cual de todos más halagüeños, sobre nuestra querida patria. Entre los de un grupo se destaca un hombre de larga barba que es escuchado con bastante atención por algunos espectadores. Cuenta la anterior visita a Cuba del buque escuela "Baquedano", de esto hace quince años, cuando aún esta República estaba bajo el dominio español. Este simpático hombre parece de una memoria privilegiada, pues hace lujo de detalles recordando los nombres de la mayoría de los oficiales que en esa época eran los que tripulaban la "Baquedano".

Procuro, muy disimuladamente, abrirme paso para oír mejor al conferencista improvisado y cuando me decido a interrogarle



La bandera tricolor chilena flameando orgullosa en aguas de la nación hermana de Cuba. Oficialidad y marinería formando guardia a popa en el momento de anclar. A la derecha en el fondo se divisa el hermoso edificio de la Lonja de Comercio de la Habana.

sobre algunos detalles más, respecto a sus gratos recuerdos de nuestros marinos, el diálogo es interrumpido por un clamoreo general y todos nos dispersamos para fijar nuestra vista en un punto negro que se divisa en el horizonte. Todos dicen ¡ahí viene! es el buque chileno. Efectivamente por momentos se deja ver más y más clara la silueta del "Chacabuco". En muy pocos minutos lo tenemos muy cerca y ya no solamente los del Malecón somos los espectadores sino también los moradores de las elegantes residencias a todo el largo de este paseo.

Los balcones tienen el aspecto de palcos de teatro en un día de gala, pues en todos ellos se divisan las hermosas siluetas de las encantadoras cubanitas, siempre alegres, espontáneas y juguetonas, haciendo los más comentarios.

Muchas de ellas seguramente pensarán en cautivar a más de algún corazón chileno... ¡Oh! los marinos, ese sugestivo uniforme y esa cultura propia de ellos es el sueño dorado de muchas de esas graciosas cabecitas de ojos cariñosos y expresivos que se asoman por los balcones. ¿Acaso no puede fácilmente ocurrir? ¿Acaso no somos nosotras las mujeres más bellas del Orbe y capaces de ablandar y derrotar el corazón del más bizarro y valiente de estos navegantes...?

De improviso somos sosprendidos por la primera salva del "Chacabuco" saludando la Plaza, seguida de otra y otra hasta enterar las veintiuna salvas de estilo. Con esto ha llegado el entusiasmo a su límite y toda la concurrencia grita a todo pulmón: "Viva Chile", al mismo tiempo que agitan sus pañuelos. Estamos en el momento más sensacional de la mañana y es la pasada del hermoso barco por la Fortaleza del Morro. Sobre cubierta a popa va la guardia formada y al frente de ella el comandante señor J. Olegario Reyes, segundo comandante Rivera Blin y demás oficialidad con la mano en la visera saludando mientras que la guardia presenta armas.

A proa va el resto de la tripulación correctamente formada, formando un conjunto imponente. Pasa ya el barco lentamente el Morro en medio de los vivas del público entusiasmado y entra gallardo en la bahía. Inmediatamente despues los cañones del

Morro contestan el saludo con veintiuna salva. Las autoridades del puerto se apresuran a encontrar el barco y señalarle su fondeadero. Hecho esto y con la mayor desenvoltura y rapidez ancla en el sitio designado por la capitanía. Ha quedado el "Chacabuco" frente a frente del crucero de guerra cubano llamado "Cuba". Este último ya tiene su guardia formada saludando al visitante al mismo tiempo que su banda toca el Himno Nacional de Chile con una maestría y ejecución admirables.

Todos estos detalles los hemos presenciado desde la lancha de la capitanía del puerto galantemente cedida para un grupo de periodistas. Yo estoy tan nervioso como si se tratara de ir a las trincheras francesas... Los acordes de la Canción Nacional me han descompaginado completamente. Esperamos un momento y acto continuo damos orden a la lancha de trasladarse al barco. Me acompañan el inteligente periodista cubano señor Pancho Pérez, del importante periódico "La Discusión", el repórter gráfico de este mismo, el buen amigo Figarola, y varios otros caballeros representantes de la prensa local.

Atracamos a la escalera del "Chacabuco" e inmediatamente procedemos a subir. En la parte superior de esta nos recibe un galante marino, el oficial de guardia, a quien le exponemos nuestro propósito periodístico y acto continuo se apresura a llevarnos a presencia del señor comandante. En el trayecto de la escala a la cubierta superior de popa me llevo la gran sorpresa al encontrarme frente a frente de un viejo y querido amigo; el teniente 1.o Silvestre Calderón con quien hice el viaje, hace siete años, a Alemania, a bordo del crucero "Blanco Encalada", con motivo de la repatriación de los restos de nuestro ilustre Presidente, don Pedro Montt, fallecido en Bremen.

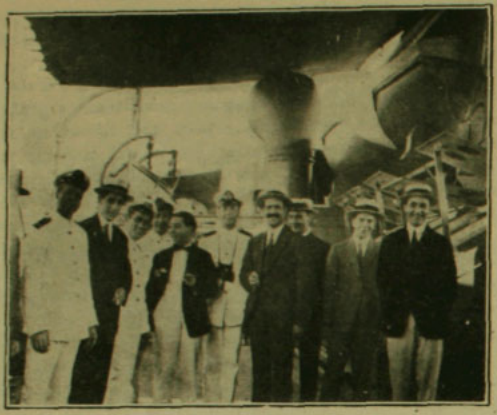
Me detuve algunos instantes para estrechar la mano del buen amigo prometiéndole charlar largamente dentro de algunos instantes despues de nuestra entrevista con el comandante.

Continuamos hacia popa y muy pronto nos encontramos delante del comandante; el capitán don J. Olegario Reyes. Nos recibió con esa cortesía y desenvoltura tan natural y simpática, propias de nuestros cultos marinos. No tardaron mucho mis acompañantes en empezar a bombardearle con preguntas de toda índole a las cuales el apuesto comandante contestaba oportunamente y con una afabilidad y cortesía que nos tenía cautivados.

Ya nuestra misión periodística tocaba a su fin pero nuestros acompañantes gráficos nos hacían señas para que abordáramos el asunto fotografía. Yo, considerándome más de la casa, pedí al comandante permitirnos sacar un grupo de la oficialidad y si fuera posible de la tripulación. Afablemente contestó este con la afirmativa e inmediatamente llamó al oficial de guardia a quien le dió ciertas instrucciones. No habían todavía, los fotógrafos armado sus trípodes cuando teníamos en la cubierta de popa a toda la oficialidad lista para el grupo. Tomado este, el señor comandante dió nuevas instrucciones, las que fueron obedecidas con una infinidad de pitecs y de órdenes lo cual puso el barco en completo movimiento como si se tratara de un zafarrancho de combate. Ante la expectación nuestra, en menos de dos minutos estaba ya lista toda la tripulación formada en proa lista para enfrentar el objetivo.

Después de estos grupos siguieron otros individuales de oficiales en sus distintas faenas y terminada la misión fuimos galantemente invitados a la cámara de oficiales donde se nos festejó con sendas copas de

El "Chacabuco" zarpando de la Habana rumbo a los Estados Unidos. En el momento de pasar frente al famoso Morro.



Algunos oficiales en compañía del Cónsul del Ecuador dispuestos a dar su primer paseo por la Habana. Sus caras lo dicen bien claro.

Pilsener y Malta la que mis acompañantes no se cansaban de alabar y de tomar.

Aquí en la cámara me encontré con otro querido amigo con el cual hice el viaje en el "Blanco"; el teniente Eduardo García con el cual charlamos bastante rato recordando nuestra interesante travesía.

A las doce nos trasladábamos a tierra, a cuál de todos mejor impresionados, especialmente mis colegas cubanos, quienes comentaban la admirable disciplina, cultura y sencillez de nuestros marinos.

A la una del mismo día bajó a tierra un teniente a saludar al señor Encargado de Negocios de Chile, don Elías Errázuriz Larraín, en nombre del comandante, al mismo tiempo que para enterarse de la hora que debía fijar nuestro Representante para su visita oficial al "Chacabuco".

El siguiente día, es decir, el martes, fué el día dedicado a todas las visitas oficiales. El primero en llegar, a las diez y media fué el señor Errázuriz Larraín, el cual fué recibido con todos los honores del caso. El aspecto que presentaba la cubierta del barco era verdaderamente impresionante, pues por todos lados se veía la tripulación en correcta formación, esperando la revista que debía pasar el señor Encargado de Negocios de Chile. Despues de charlar breves momentos con el primero y segundo comandantes se procedió a la revista, recorriendo también todos los compartimentos del buque.

Acto contínuo descendió la comitiva a la cámara del comandante donde se bebio una copa de champaña por la querida patria ausente.

Nuevamente, el señor Errázuriz, acompañado de ambos comandantes, subía a la cubierta superior de proa donde se detuvieron y el señor comandante Reyes anunció que el señor Encargado de Negocios de Chile diría unas pocas palabras a la oficialidad y tripulación.

Acto continuo el señor Errázuriz se adelantó y en breves palabras dió la bienvenida á todos ellos, al mismo tiempo que tuvo frases muy felices como patrióticas para él querido Chile tan bien representado en ese puñado de inteligentes marinos.

Al terminar el señor Errázuriz, el comandante Reyes pidió tres hurras por Chile, el que fué sonoramente ejecutado al unísono por todos los allí presentes. Ya concluída la ceremonia, el señor Encargado de Negocios se disponía a partir y al dejar el barco en la lancha especial que lo esperaba fué saludado con las diez y nueve salvas de ordenanza. Y así terminó la ceremonia oficial de la visita de nuestro distinguido representante a bordo del "Chacabuco".

Momentos después llegaba también en su visita oficial el Jefe de la Marina Nacional Cubana, señor Fernández Quevedo, el que fué recibido con los honores correspondientes tanto al llegar como al partir.

En seguida llegó el señor Alcalde de la Habana, Dr. Varona Suárez el que charló por largo espacio con ambos comandantes. A su partida fué saludo con diecinueve salvas.

La próxima visita fué el coronel Carricarte, ayudante de S. E. el Excmo. señor Presidente de la República, Dr. Mario Menocal, quien iba al "Chacabuco" a hacer el saludo de cortesía en nombre de S. E. Otros tantos cañonazos se dispararon al dejar el buque.

Casi al mismo tiempo llegaba el señor Secretario de Estado (lo que corresponde en Chile a Ministro de Relaciones Exteriores), acompañado del señor Introductor de Ministros, señor Soler y Baró.

En la parte superior de entrada lo esperaban los comandantes Reyes y Rivera Blin. Pasaron a la cámara del comantante Reyes,

donde se brindó por Chile y Cuba en la más grande confraternidad.

Inmediatamente después, el Secretario de Estado, Dr. Desvernini visitó los diferentes departamentos del buque para enseguida regresar a tierra. A su salida fué saludado con las diecinueve salvas de estilo.

Finalmente, llegaba el último visitante de la mañana, el muy querido representante del Ecuador en Cuba, Cónsul General don Víctor Hugo Escala, quien por tantos años fué representante de esa República hermana en Chile. Naturalmente, de los visitantes al "Chacabuco" este fué el más conocido y familiar de todos los oficiales del buque y aunque en esos momentos venía en carácter oficial a hacer la visita de estilo nadie pudo contenerse de darle sendos y fuertes abrazos, aun atropellando los protocolos del caso...

Concluída su misión se retiró en la lancha del buque y como los demás representantes fué saludado con las salvas de ordenanza.

Al siguiente día el comandante Reyes ofrecía un almuerzo a bordo del "Chacabuco" a las autoridades, al que concurrieron altas personalidades del gobierno y cuerpo diplomático. La manifestación resultó espléndida en todo sentido y al momento del champaña el comandante Reyes tuvo palabras muy elocuentes y sinceras para la República de Cuba, las que fueron contestadas por el señor alcalde de la Habana, doctor Varona Suárez.

Este mismo día, el señor Presidente de la República, Dr. don Mario Menocal, recibió en audiencia especial a los primero y segundo comandantes del "Chacabuco" los que fueron presentados a S. E. por nuestro Encargado de Negocios, señor Elías Errázuriz L.

Por otra parte un grupo de oficiales del buque cumplía con otra obligación que era la invitación que les hacía la Asociación de Dependientes de Comercio de la Habana invitándolos a visitar su famosa "Quinta de Salud".

A las cuatro en punto nos reuníamos en el muelle con los oficiales señores: cirujano primero, señor Salvador Necochea; teniente segundo, don Eduardo García; ingeniero tercero, don Rodolfo de la Cruz; guardia-marinas, señores Guillermo Calvo y Alfredo Prorromant y aspirantes a ingenieros, señores Alfredo Schoffe y Ariel o Jessen.

A continuación la relación que a este respecto hace un diario local el importante órgaano "La Nación":

"Ayer fué un día de programa gratamente nutrido para la dotación del "Chacabuco", el hermoso crucero chileno surto en nuestra rada.

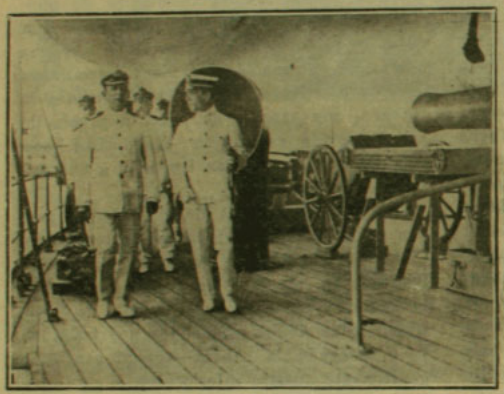
Desde que llegamos no tenemos momento de reposo—nos decía uno de sus oficiales.—Dicho sea en buena hora, porque la cosa nos resulta grata; pero créame usted que aparte nuestros quehaceres reglamentarios las obligaciones que la cortesía social, unas veces la oficial y protocolaria y otras la de nuestras relaciones personales, nos viene imponiendo día por día desde el de nuestro arribo a la Habana, son capaces de poner a prueba la más templada resistencia física. Las baterías del barco no se dan tregua y a una salva sucede otra salva.

Eso cuando se trata de autoridades, pero aun cuando nuestros visitantes no tengan carácter oficial, siempre hay salvas para ellos. Sólo que en este caso los disparos suenan en la cámara y son hechos con tapones de champaña. Estas dobles andanadas nos traen un poco amagada la cabeza—agregó sonriendo gentilmente nuestro interlocutor.

Pero así y todo, entre ese desfile de días amablemente atareados, el de ayer marcó un recrudecimiento para los bizarros servidores de la bandera chilena, según ellos nos

Oficiales del "Chacabuco" visitando la famosa Fábrica de Tabacos y Cigarrillos de Hija de José Gener, acompañados del Administrador señor José A. Estevez y nuestro corresponsal señor José A. del Campo.

confesaban durante unos pocos instantes en que los acompañamos por la tarde en su paseo por nuestras calles. Muy por la mañana hubo un lindo desfile de toaletas femeninas bajo los toldos del crucero empapados a tal hora del oro líquido de sol matutino. Charlas gráciles, risas en que cascabeleaba toda la frívola admiración de la mujer por esos atributos de la fuerza que significan cañones y espadas, preguntas desconcertantes a la presunta sabiduría de esos hombres que por su oficio deben de ser para las bellas preguntonas, abiertos diccionarios, constituye



Jefe de la Marina Nacional cubana señor Oscar Fernández Quevedo acompañado del comandante Reyes, recorriendo el "Chacabuco" durante su visita oficial a este.

ron el encantador desayuno de los oficiales libres que recibían a la entrada de la escala a las distinguidas curiosas bajo la mirada envidiosa de sus compañeros a aquellas horas de servicio. Los marinos, en quienes la juventud y la galante idiosincrasia de su raza ha acentuado la característica condición cordial que en los hombres de mar crea el oficio, multiplican sus atenciones, dando con su cortesanía una nota ligera y grata en medio del tráfago marcial animado por las primeras actividades reglamentarias del día. Allí se anudan, al paso, más de una amistad que luego se añorará en las largas horas sobre el puente durante las travesías interminables venideras.

Solamente que a medida que avanza el día la concurrencia, sin amenguar en número, va cambiando de aspecto. Se va enseriando. A los tocados de colores claros los sustituyen graves levitas etiqueteras, ceñidas con empaque oficial sobre torsos solemnes. En vez de las plumas y las flores de los sombreros a la moda veraniega vienen ahora bizarras gorras de uniforme, frente a los cañones todavía humeantes tras la socarrona vocinglería de las salvas, en vez de la descosida charla de salones se inician entonados diálogos, pausados, en estricto protocolo. Es que la hora oficial se apropincúa.

Oficial a más de gastronómica. Suculenta desde luego la tal hora, por lo tanto; pero ante el cronista surge enseguida, en mareante promiscuidad, una perspectiva horrenda de tiesas y ceremoniosas angustias de plato a plato distanciados por esas horribles pausas que tan buen tono dan a todo banquete distinguido, de la incertidumbre pavorosa acerca del elocuente jefe de negociado que pueda tocarle a uno en suerte como vecino de mesa, del Sinaí de elocuencia antigástriaca que inevitablemente se yergue entre las copas agonizantes a la hora trágica de los brindis.

¡Oh, no! Aprovechemos la providencial circunstancia de no haber sido invitados al ágape oficial para no asistir a él y huir hacia tierra.

Pero una vez en tierra esperaremos a estos distinguidos muchachos de la oficialidad del "Chacabuco" que va a gozar sus horas libres de hoy en nuestra ciudad. Así lo ofrecimos y así hemos de concedérselo a nuestro deseo enamorado de tan grata compañía.

A poco salta de una lancha del crucero a la explanada de la Capitanía del Puerto un grupo joven y airoso. Visten de paisano, como para ampararse de enojosas curiosidades que entorpecen el libre vagar de viajeros incógnitos y curioseadorse. Son el oficial médico Salvador Necochea, el teniente Eduardo García, los guardia-marinas Alfredo Prorromant y Guillermo Calvo, el ingeniero Rodolfo de la Cruz y los aspirantes Alfredo Scholle y Anielo Jessen.

Y con ellos viene, como un apto introductor, el señor José Antonio del Campo, a quien sus capacidades diplomáticas y su anterior estancia en Cuba facultan bien para su encomienda. Empezamos en seguida a deambular por la Habana y empezamos a charlar:

—¿Les gusta nuestra ciudad?

—¿Cómo no? Esta vez no contestamos obedeciendo el mandato casi reglamentario que nos ordena que nos guste toda ciudad por nosotros visitada, en estos empeños tocados de diplomacia que forman parte de los deberes de los marinos de guerra en la época actual.

Las gentes de Cuba tienen que sernos simpáticas, puesto que se parecen mucho a nuestras gentes, hasta el punto de que con gran sorpresa nuestra nos hemos encontrado que muchos de nuestros modismos chilenos son también cubanos.

—Además—tercia otro — ¿cómo va a dejar de hechizarnos una ciudad que nos recibe como la Habana nos ha recibido?

—Y que tiene mujeres como estas —entromete un aspirante casi indisciplinado ante un automóvil que pasa con una miliunanochesca carga de mujeres de maravilla.

Tiene razón el aspirante galanteador, pero nosotros forzamos la conversación hacia cauces más graves.

—¿Cuál objeto inmediato lleva el "Chacabuco" en el viaje actual?

—Ahora vamos a los Estados Unidos, para desde allí escoltar hasta nuestros puertos seis submarinos y un barco tanque suplementario, que acaban de ser construídos para nuestro gobierno en los astilleros de Boston.

—A su regreso ¿tocarán en la Habana?

—Es nuestro proyecto. Ello dará, por cierto, ocasión al público habanero para conocer esas modernas máquinas de la guerra naval, pues se trata de barcos del último tipo. Son supersubmarinos, hechos para la travesía de alta mar y superiores por lo tanto a los americanos que recientemente visitaron el puerto habanero.

—Ello encantará nuestra curiosidad.

—Sobre todo si, como es casi seguro, se realiza el proyecto existente de probar en estas aguas propicias por lo mansas los nuevos barcos. Será un singular espectáculo el de esas pruebas, que consistirán en hacer remolcar grandes lanchones para que los submarinos sumergidos en las inmediaciones los torpedeen a su paso.

Maravillados nosotros con la cercana perspectiva de esas objetivas ilustraciones del arte de la guerra, seguimos preguntando y nuestro amable informante contestándonos.

—Ahora que nuestra armada reciba ese refuerzo, Chile será la primera potencia naval de la América española— nos decía.

Luego, con simpática satisfacción patriótica, nos llamaba la atención hacia el hecho de que desde el puerto de Boston se han hecho cargo de los nuevos barcos tripulaciones chilenas, perfectamente aptas para el manejo de esas armas de recientísima creación. ¡Ah, pero en Chile se estudia mucho y se tiene la

El Hon. Encargado de Negocios de Chile en Cuba, abandonando el buque después de su visita oficial a este.

más enraigada noción de las responsabilidades nacionales! Sin salirnos de los estudios militares, impuestos por una indeclinable tiranía de las realidades humanas, ahí tenemos el ejemplo reciente y doloroso de esos militares chilenos muertos en los campos de batalla europeos sin combatir ellos y sólo asistiendo como testigos estudiosos y abnegados a la gran contienda en calidad de agregados a los Estados Mayores respectivos.

A la evocación de esos estupendos soldados de Chile muertos en campos de batalla enemigos, frente a frente y por balas de distintas procedencias, pero sin que ellos trataran de defenderse, con la mente abstraída y puesta solamente en el deber y en la patria lejana por cuyo porvenir se sacrificaban en el más alto y espartano sacrificio entre todos los que se conocen de esta guerra tan rica en ellos, el periodista cubano que oía

tales cosas no pudo evitar un calofrío cuyo psicológico arranque aún no ha acertado a c'asificar de manera definitiva...

Así fué que, buscándole caminos al disimulo, se volvió el periodista brúscamente hacia el señor del Campo y enhebró con él una suspendida conversación sobre cierto Congreso de Estudiantes que va a celebrarse próximamente en Santiago y al cual han invitado a nuestros estudiantes.

El día jueves fué también de bastantes obligaciones para los marinos chilenos. A las 12 M., el señor alcalde de la Habana, Dr. Varona Suárez ofrecía un suntuoso banquete a la oficialidad del "Chacabuco" al cual asistió también el Cuerpo Diplomático.

Todos los oradores tuvieron frases cariñosas para nuestra patria y muy especialmente el señor alcalde Varona Suárez quien habló largamente sobre el querido terruño, haciendo sinceros votos por un acercamiento más efectivo y constante entre la República de Cuba y Chile.

Por la tarde un grupo de oficiales visitaba la gran Fábrica de Tabacos de Hija de José Gener, invitados galantemente por su gerente general señor José Lastra y finamente atendidos por este y el administrador, el simpático amigo José Estévez.

Después de visitar los diferentes compartimentos del interesante establecimiennto fueron obsequiados dichos oficiales con sendos cigarros puros.

El siguiente día, es decir el viernes, era el fijado para la partida del barco a las diez de la mañana. Como anunciado, a la hora indicada se hacía a la mar el "Chacabuco", en medio de los hurras y saludos de una gran cantidad de personas apostadas a todo el largo del Malecón. Al pasar por la fortaleza del Morro, la banda de este Regimiento tocaba primero el Himno Nacional Chileno y después el Cubano en señal de saludo. Al mismo tiempo todas las autoridades gubernativas y militares saludaban al pasar el "Chacabuco", mientras que la tripulación de este, correctamente formada, presentaba armas a popa y proa.

El jefe de la Marina Nacional cubana señor Oscar Fernández Quevedo y comitiva saliendo después de su visita al "Chacabuco". La guardia presenta armas

Una mañana en el Matadero Modelo

Cómo se trabaja y cómo se administra

Por

Manuel Rojas

Con ilustraciones fotográficas

La llegada

¡Ah! ¡Ah! ¡Uy! ¡Uy! ¡Uy!

Y entre una nube de tierra, animados por gritos, imprecaciones y silbidos; acosados por los perros, empujados por los caballos, cruzados por latigazos; atropellándose, saltanto, apretados; balando o mugiendo, los animales, en piños grandes o pequeños, llenos de polvo, cansados, llegan a la puerta de los corrales de encierra. Hay un rápido galopar de caballos, ladridos de perros y gritos de muchachos, y la tropilla se detiene junto a la puerta. Huasos de a caballo, chiquillos y peones de a pie—sucios y descalzos—animan a los animales que retroceden y no quieren entrar.

¡Uy! ¡Uy! ¡Ah! ¡Ah!

Y entran. Hay un extenso corral con dos puertas: por una van entrando los corderos, ovejas y cerdos; por la otra, dando un largo rodeo, los bueyes, toros, vacas y novillos entran a un corral pequeño.

Pesaje

Avanzan los cerdos. Diez, veinte, cincuenta, más. Se abre una puerta. Vuelven los gritos y las imprecaciones sonoras o gutura'es. Los cerdos, en pequeños números, van entrando a la romana. Se cierra la puerta. El peón que trae los animales grita el número de ellos y el nombre de su dueño. Frente a la romana hay una oficina, en la que un empleado municipal fija el peso de las reses. La Municipalidad cobra 0.45 centavos por cada cien kilos. El emp'eado anota el peso total y entrega al peón una boleta en la cual va indicado el número de kilos. Con ella debe hacerse el pago de los derechos municipales. Una puerta, que por medio de un sencillo mecanismo se abre a ambos lados, deja pasar los animales. Se repiten los gritos:

¡Uy! ¡Uy! ¡Ah!

Y cayendo, gruñendo y levantándose, por un callejón que se abre entre los corrales de encierra del ganado mayor y una pequeña muralla con rejas, van los cerdos, dando un largo rodeo, hacia sus respectivos corrales. La puerta, mientras tanto, se cierra para pesar un piño de corderos y ovejas.

Blancos y obscuros, marcados con manchas rojas, saltando, montándose unos encima de otros, entran los corderos al pesaje. Se repite la misma operación. Después viene el ganado mayor. Cansados, traídos de la Legua o de otras partes lejanas, con las lenguas colgantes—de donde penden largos hilos de espuma—entran a la romana. Se pesan aparte. Vacas, toros y novillos, se pesan por orden, clasificados. Pasan. Y desde las dos hasta las cinco, en la tarde, esta operación se repite diariamente.

Animales enfermos

Frente a la romana—al lado contrario de la oficina del emp'eado municipal—los doctores, desde una plataforma, mientras los animales están en el pesaje, los van examinando. Cuando un animal presente síntomas de estar enfermo, es retirado y llevado a un pequeño corral, anexo a un pabellón llamado Hospital. El dueño hace matar la res. Al otro día el doctor la examina. Si el animal está efectivamente enfermo, su carne es enviada a otro pabellón llamado de "Destrucción de carnes". En él, por medio de máquinas crematorias, es reducida a un

residuo que luego se vende como abono. La cifra de animales enfermos no varía el 3%. Tuberculosis, carbunclo, grano, y otras enfermedades, atacan a los diferentes animales, haciendo peligroso el consumo de sus carnes.

EL TRABAJO DE LA MAÑANA..

Aspecto

En la mañana, en las primeras horas, el Matadero no presenta ningún carácter particular. No se sienten ruidos. La puerta antigua, las murallas patinadas por los años, el sol y la lluvia, el techo hecho de tejas y la forma total del edificio, dan una impresión de casa antigua. Cree uno que entrando, va a encontrar un ambiente de siglo dieciochesco. La impresión total es la misma que produciría una gran fábrica silenciosa. Solamente se oye, de rato en rato y lejanamente, el gruñir desesperado de un chancho o el balido de una oveja a quien degüellan.

La vega

Al lado derecho de la entrada, unos treinta metros más allá de la entrada, hay una gran vega que tiene casi una cuadra de largo y unos quince o veinte metros de ancho. Esta vega, inaugurada hace diez meses, es una concesión que la I. Municipalidad hizo a los señores Alfredo Ovalle y Carlos Roselot. Esta concesión tiene un plazo de diez años; pasado este tiempo pasará a ser propiedad municipal. Por ahora la Municipalidad percibe el 30 por ciento de las entradas totales.

Desde la puerta se empieza a percibir — claramente— el pregón de los vendedores y el murmullo de la gente que circula comprando. Afuera, al lado derecho de la vega, hay numerosos puestos de cocinería que sirven al público y a los trabajadores.

La vega, construída de material liviano, tiene varias puertas de entrada y de salida. A ambos lados hay carnicerías y en el centro verdulerías.

Departamentos de trabajo

Más allá de la vega, franqueando una puerta guardada por un empleado municipal, se encuentran los primeros departamentos de trabajo. A derecha e izquierda están los corrales donde se trabajan los cor-

deros y los cerdos, ovejas y terneros. Al fondo, siguiendo la línea de la puerta, se divisan los nuevos edificios destinados a la matanza del ganado mayor y a la sala de venta. Al lado derecho hay un departamento dedicado al trabajo de las "patas" y las "guatas". Este trabajo, cuya realización se lleva a cabo por los pequeños capitalistas, se hace de la siguiente manera: el interesado compra a los dueños de animales las patas y las guatas que resulten de la matanza, las llevan a este departamento y en grandes fondos se las cuece, para luego expenderlas a la venta pública. Por este departamento—y por el trabajo que en él se realiza—la Municipalidad no percibe ninguna ganancia.

Los corrales donde se "voltean" los corderos, ovejas y cerdos, son viejos. Los edificios destinados a ese trabajo están aún inconclusos o sin principiar. La falta de dinero ha hecho imposible la terminación de un departamento para cerdos que permanece a medio hacer.

Corderos

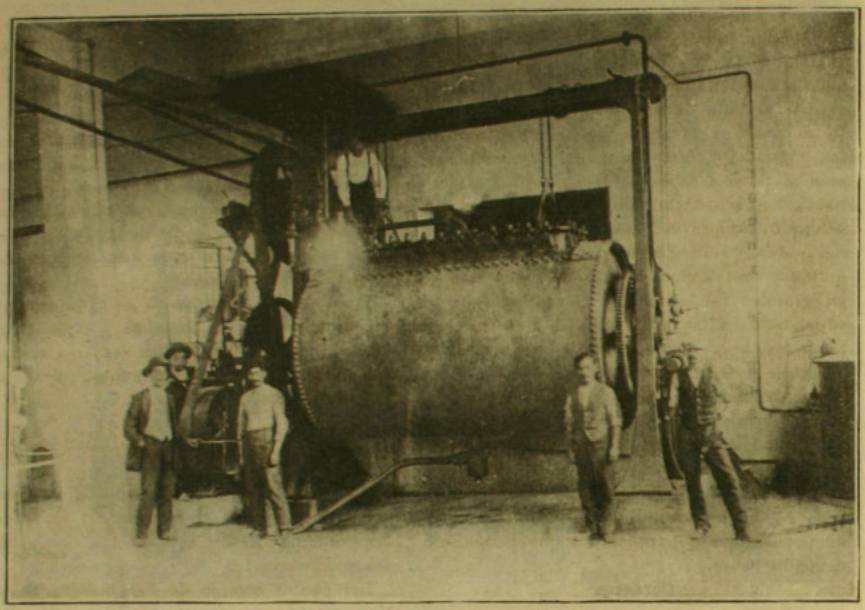
Encerrados en pequeños corrales—vestigios del viejo Matadero—en números regulares, los corderos esperan tranquilamente su última hora. Los corderos mueren sin un grito. Traído de una pata, hacia el patio, se les hecha la cabeza hacia atrás y el cuchillo se hunde entre la lana buscando las venas del cuello; se abre un ancho tajo, salta, a borbotones, la sangre, una mujer con un lavatorio o cualquier otro utensilio, recibe la sangre y la echa a un tarro. Un cordero de menos. Por medio de un fuelle se les infla, se les descuera y quedan, después, colgando entre otros más.

Y así, entre las risas de los "cuadrinos", el relumbrar de las cuchillas y el sonar inquietante de los astiles, los corderos se van, de uno en uno, quedando colgados al sol, abiertos y desangrados.

Cerdos

El departamento de los cerdos es el más pequeño. Está en un rincón del corral de los corderos. Desde aquí se les oye gruñir desesperadamente.

Los cerdos mueren de una manera brutal. Una persona no acostumbrada a esta clase de espectáculos, puede sufrir un ataque a los nervios. Encerrados en corrales idénti-



cos a los de los corderos, pasan sus últimos minutos. Afuera, en el patio, los "cuadrinos" trabajan. Al lado de una acequia que pasa arrastrando un olor horrible de descomposición, hay una larga hilera de chanchos muertos. Todos tienen en el pezuezo, en dirección al corazón, un ancho boquete rojo de donde mana un hilo de sangre y agua. Pegados a las murallas hay grandes fondos con agua caliente donde los trabajadores sumergen a los cerdos, para proceder luego al raspaje de las cerdas.

Para beneficiar los cerdos se procede de la siguiente terrible manera. Un peón entra al recinto donde se guardan. Con gritos y silbidos, anima a los cerdos a salir. Ellos, como si persistieran, se niegan; hay algunos que sólo se les puede sacar con lazos. Un paso más allá de la puerta de entrada, afirmado en las piernas macizas, los dos brazos unidos en un gesto de esfuerzo mutuo, con todos los músculos recogidos, un "cuadrino—sonriendo—espera la salida de los cerdos. Esta gente posee gran fuerza. Hay que imaginarse, pues, la desastrosa obra que, en la cabeza de los chanchos, hará un garrote de palo, cuya extremidad tiene como diez centímetros de diámetro, al ser manejado por uno de estos robustos trabajadores. El cerdo avanza hacia afuera, el cuadrino lo mira buscando el movimiento que le entregue al chancho más firmemente, los músculos se hinchan más y un golpe brutal hace rodar al chancho sobre el pavimento. Hay algunos que gritan como un niño, otros gruñen sordamente, los más quedan inmóviles. Cuando un cuadrino da un golpe en falso recibe de sus compañeros un verdadero diluvio de ironías y de broma:

—¡Echen esa niña pa juera! ¡El chancho le va a pegar! ¡Anda a tomar leche!

Cuando el chancho ha caído, un cuadrino lo degüella y una mujer recoge la sangre.

Sala de venta

Más allá del departamento de los corderos y cerdos, franqueando una nueva puerta, encuéntrase los grandes edificios nuevos Mientras vamos caminando hacia ellos percibimos, cada vez más claramente, el murmullo del trabajo. Largos mugidoso de toros, sonar de hierros, choques de ruedas, afilar de cuchillos, gritos y carcajadas llenan el ambiente de una fiebre de fuerza.

El primer edificio es amplísimo. Tiene una

larga extensión, de cien o más metros, un sinnúmero de puertas y está cruzado por una verdadera red de rieles aéreos. Está destinado a las ventas de la carne. Adentro se siente más intensamente la fiebre del trabajo. Pasan, tirando de las patas a animales muertos, mocetones casi desnudos; algunos de ellos son verdaderos y hermosos modelos de estatuaria. Gritan:

—¡Hacerse un lao! ¡Hacerse un lao, que los mancho!

Otros inclinados bajo el peso de un cuarto de animal, pasan cimbrando los cuerpos musculosos, chorreantes de sangre los brazos donde se advierte el vigor del esfuerzo. De repente, parece que fueran a caer bajo el enorme peso, sin embargo, dejado el cuarto en los ganchos, vuelven, sonriendo, en busca de nueva carga.

Afuera se siente un verdadero infierno de ruidos. Es

El patio de voltear

Salimos de la sala de ventas. Afuera, en el patio del ganado mayor, el movimiento y la animación es tal, que al principio es imposible fijar la mirada sobre algo firme... Pasan peones con angarillas, unos tiran de reses descuartizadas que ruedan sonoramente sobre las ruedecillas del ferrocarril aéreo, otros lavan carnes, aquel descuartiza un animal. Y en medio de esto ir y venir de la gente resuenan gritos, carcajadas, voces de mando y sonar de cuchillas que corren sobre la de gadez inquietante de los astiles. Todo el mundo habla a gritos. El agua y la sangre corren por todos lados, manchando de rojo y blanco los trajes de los trabajadores y el cuerpo de las reses muertas. Nadie descansa. Es una bulla infernal. Sin embargo, fijando un poco la atención, se advierte que cada uno realiza una labor distinta, que cada cual cumple su obligación a conciencia. Es un orden extraño el que reina en medio de aquel desorden.

Trabajo de las reses

El patio donde se voltea el ganado mayor tiene la misma extensión que la sala de ventas. Es un poco más ancho. Consta de dos veredas, una angosta y otra ancha, y una calle que la divide. La pared está llena de pequeñas puertas que dan a los corrales de

encierro de los toros, vacas, bueyes y novillos. Son, en total, veinte puertas al lado de cada cual hay una pileta y una llave de agua.

Cuando un maestro ordena traer un animal, un peón, armado de un lazo, arma terrible para los animales, entra al corral correspondiente. En él, los animales esperan su fin. ¿Lo presienten? Mirándolos creemos ver en sus ojos una enorme angustia. Mugen sordamente, sacando la cabeza por entre las rejas de la puerta de entrada. El peón grita:

—¡Ah! ¡Ah!

Y todos giran, escondiéndose. El peón traza con el brazo un círculo en el aire, estira el brazo, silba el lazo y un animal se siente cogido de los cuernos. Baja la cabeza y la sacude, como queriendo librarse de ese terrible abrazo, que a cada tirón se estrecha más. Luego, sigue al peón que sale y enrolla el lazo en un fierro. El animal, receloso, se niega a salir, pero el fierro gira, tirándolo hacia afuera y la cabeza del animal aparece en el patio. Hay una verdadera explosión de júbilo. Uno afila la cuchilla, otro tira del lazo y otro arroja baldes de agua sobre el pavimento de caldosas. La res en el piso resbaladizo, resbala y cae. Hay una nueva explosión de risas y gritos:

—¡Ah, vaca vieja!

El animal agacha la cabeza, aturdido por el ruido. Un cuadrino se acerca a la res. Estira el brazo—un brazo dibujado a venas y torneado a músculos—en cuya mano aprieta, fuertemente, un "punto"—arma terrible de 25 centímetros de largo, terminada en ancho filo—lo levanta, elige el sitio y el punto se hunde hasta la mitad en la nuca de la res. Esta abre la boca, exhala un mugido temeroso y cae sobre las baldosas. Si el golpe no ha sido suficiente se le da otro. El animal se estira, dilata los ojos secos y vidriosos y tirita. Muere. Entre risas y bromas un cuadrino afila la cuchilla, afirma el pie desnudo en el hocico de la res, lo empuja hacia atrás y el cuchillo hace un tajo desde la boca al pecho. Luego el tajo se ahonda, se abre un boquete sangriento y la mano—armada de la cuchilla—se hunde hacia el pecho buscando el corazón, lo encuentra y un borbotón de sangre roja y humeante sale de la herida.

Luego de muerta se procede a abrirla. La cuchilla, siguiendo una línea recta desde el

hocico hasta la cola, abre al anima'. Aparece el estómago, el corazón y los demás órganos vitales. Hay un afilar de cuchillos y el cuero se va despegando de la carne. Cuando se ha hecho todo el trabajo que es posible hacer estando la res en el suelo, se baja un aparato llamado "horca" y se levanta la res. Subida hasta un sitio conveniente se procede a abrirla completamente, luego se parte en dos pedazos y por medio del ferrocarril aéreo se la lleva hasta la sala de ventas.

Este mismo trabajo se repite en veinte partes a vez, desde las cinco de la mañana hasta la una de la tarde.

Reformas en el trabajo

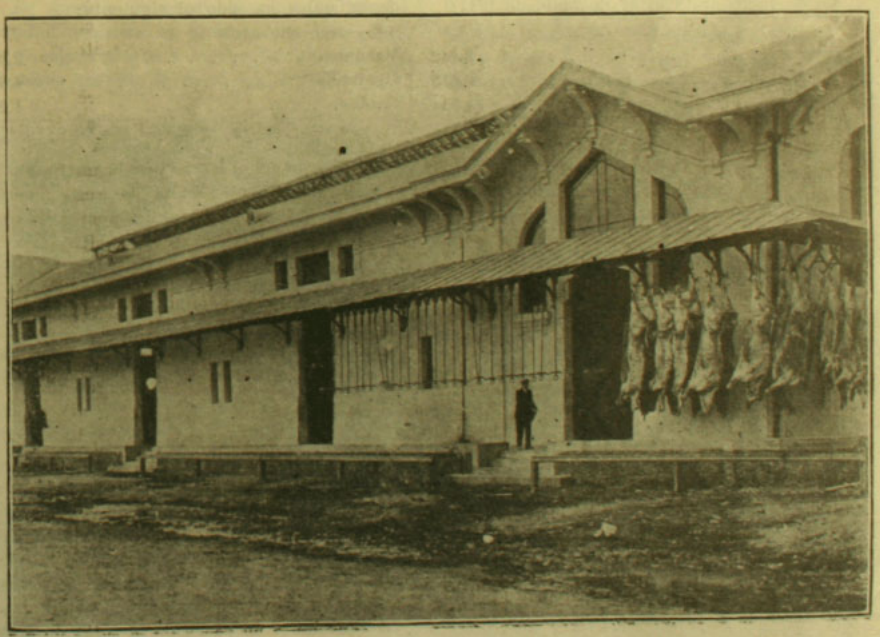
El antiguo procedimiento de trabajo ha desaparecido completamente. Antaño todo se hacía a fuerza. Hoy día con el nuevo sistema, más cómodo y más simple se ahorran energías y se economizan fuerzas. El trabajador solo hace la labor imposible de hacer a máquina. Además, este nuevo sistema, ha traído una considerable reducción de personal; antiguamente se ocupaban en el Matadero un número de 800 trabajadores y con el nuevo sistema esa suma ha llegado a ser de 300. Toda la carne se lleva sobre ruedas: del patio, por medio del ferrocarril aéreo, es llevada a la sala de ventas; de ahí se la carga en carros eléctricos que la llevan al mercado.

Transporte de carnes

La Municipalidad ha facilitado, para esta operación, un servicio de tranvías eléctricos que sale del Matadero y llega hasta el Mercado. Por este servicio, la Municipalidad no percibe ninguna ganancia. Es una ganga de que sólo disfrutan los compradores.

Animales sacrificados

En la posibilidad de fijar, a ojo de buen varón la cantidad de reses que se voltean en el Matadero nos apersonamos al administrador del establecimiento. Este caballero nos recibió atentamente y nos mostró las estadísticas. Como ellas son muy largas, prefiri



mos publicar un total comprendido desde el 1.o de enero hasta el 31 de junio de 1917:

Bueyes	8,142
Novillos	9,615
Vacas	34.614
Terneros	5,171
Ovejas	17,891
Corderos	107,980
Cabros	2,941
Cerdos	27,056
Caballares	71
Asnales	3

Que, resumidos en total, dan el siguiente número de kilos:

Bovinos	23.346 100
Ovinos	3.977.100
Caprinos	81.700
Porcinos	2.420.500
Equinos	23.200

Por todos estos kilos, que en total son 29 848.500, la Municipalidad ha recibido por derechos, a 45 centavos cada cien kilos, la cantidad de $ 134,318.25.

En este mes desde el 1 al 9, el número de animales ha sido el siguiente:

Vacunos	2,617
Ovejunos	4.669
Cerdos	1,271

El precio de la carne oscila entre $ 1.08 y 1.20. Cuando el número de reses muertas aumenta, la carne baja de precio y si el número disminuye, el precio sube.

Parte administrativa

Juzgado. Médicos. Empleados. Antiguos y nuevos proyectos. Con el señor administrador.

Juzgado

La Municipalidad ha instalado, en el recinto del Matadero, un juzgado, el cual es atendido por el juez don Malcom MacIver y el secretario señor Guillermo Zegers. Este juzgado se ocupa de ventilar los pleitos suscitados dentro del Matadero, siempre que las cantidades no pasen de la suma de $ 300.

Si ellos son superiores a esta suma los pleitos son llevados a vista del juzgado mayor.

Cuerpo médico

El Matadero Modelo posee un cuerpo de doctores y veterinarios formado por los señores: don Arsenio Popen, don Francisco Lázaro Guerra, don Enrique Valenzuela y don Víctor Valenzuela.

La labor de este cuerpo médico está comprendida dentro del examen de los animales enfermos. Ellos dictaminan para saber si un animal puede ser puesto a la venta o retirado y destruído. En cada patio de trabajo hay uno o dos doctores que examinan todos los órganos vitales de los animales que se voltean. Si alguno de ellos presenta síntomas de enfermedad es retirado. Como se ve, la labor de este cuerpo de médicos es importante y delicada.

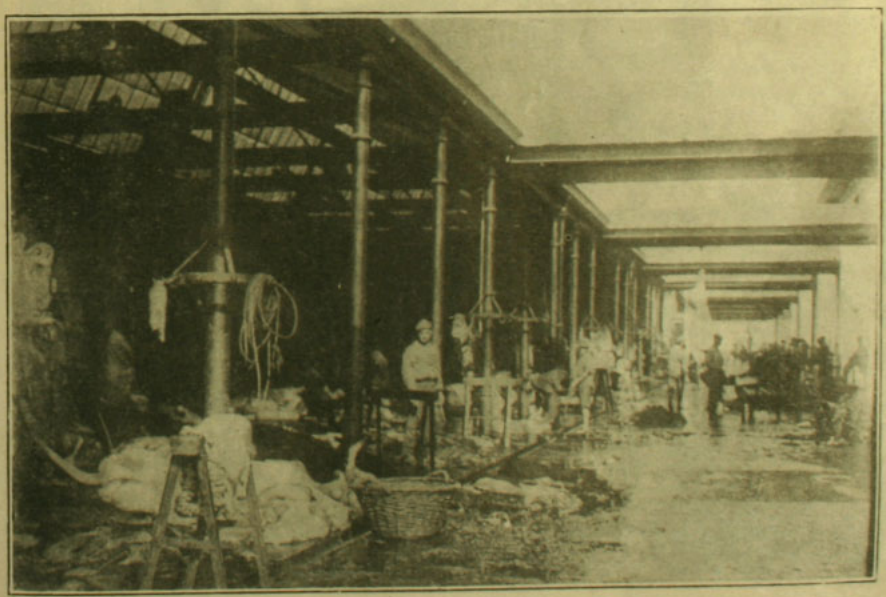
Empleados

El servicio de empleados que la Municipalidad mantiene en el Matadero para cuidar su funcionamiento y vigilar las diversas operaciones que en él se llevan a cabo consta de: un administrador, un sub-administrador, porteros, guardias, etc., etc.

Estos últimos—que no son muchos—cuidan en el interior la salida de las puertas, el pesaje de los animales, la entrada de vehículos, la higiene de los diversos departamentos de trabajo y la libre circulación de las personas; vigilan el cumplimiento de las disposiciones de la Municipalidad, el orden y la corrección de los trabajadores y todo lo demás relacionado con el buen funcionamiento de ese importante establecimiento. Como su número es escaso, hacen un trabajo de turnos que les hace más liviana su labor. El que en la mañana estuvo a cargo de las puertas de entrada, en la tarde cuidará la sala de ventas o el pesaje; de esta manera el trabajo se simplifica.

Antiguos y nuevos proyectos

El Matadero Modelo fué entregado al servicio público el año 1914. Tiene, pues, tres años de existencia. El proyecto que contiene las líneas generales de su construcción no ha sido cumplido completamente debido a falta de fondos. Y es así, como, al lado de la magnífica y amplia sala de ventas, al la



do del bien cuidado patio donde se voltea el ganado mayor, al lado del ordenado departamento de "patas y guatas", se ve—como feo contraste—el corral dedicado a la matanza de los corderos y cerdos y el mal servicio de acequias de desagüe, cuyas aguas, que arrastran los desperdicios del trabajo, van a desembocar al Zanjón de la Aguada. La hilera de piezas destinadas a los empleados y los viejos edificios de la administración y del juzgado.

En el proyecto se registran tres departamentos, iguales a los construídos, de los cuales uno está inconcluso y los demás sin principiar. Además hay, en el mismo proyecto una cláusula que autoriza la construcción de un restaurant que será destinado al servicio público y privado. Las paredes que forman el frente del Matadero serán derribadas y en su lugar se alzarán puestos de carnicería que se regirán por disposiciones municipales.

Con el señor administrador

Nuestra última visita fué al señor administrador, don Vicente Navarrete Maturana. El señor Navarrete es un caballero ya entrado en edad, robusto, de hablar reposado y ademanes tranquilos. Su larga actuación como administrador del Matadero le acredita como una persona inteligente y capacitada para desempeñar un puesto difícil, como es el de él, donde hay que marchar bien con los trabajadores, con los patrones y con la Municipalidad. Gracias a la bondad de su carácter y a la rectitud de sus procedimientos ha logrado formarse un ambiente de cariño y de gratitud.

Interrogado por nosotros, sobre su labor entre los trabajadores, nos contestó afablemente:

—Yo creo que esta gente me respeta, aún más, que me quieren. Vea Ud. Cuando yo entré aquí en 1908, esto era un infierno. Los cuadrinos se acuchillaban, que daba gusto. No había día sin pelea. Nadie podía entrar a los corrales; si era un hombre lo recibían a insultos, si una mujer a palabras groseras. Ahora Ud. entra para dentro y no oye ninguna expresión mala, ni un insulto, ni un juramento de esos que gasta nuestro pueblo, al contrario se respeta a los visitantes. No hay peleas. No se ven borrachos.

—¿Y cómo ha conseguido Ud. esta regeneración?, le preguntamos.

—Se lo voy a decir. Cuando un trabajador comete una falta, llega borracho o pelea, yo lo llamo a mi despacho. Lo hago tomar asiento y le doy una verdadera conferencia. En ella le explico y le demuestro los malos efectos de su falta, la mala impresión que produce, le digo que no debe ser así, que debe ser, para su bien, de esta otra manera. Después de esto le notifico el castigo: diez o quince días suspendido. Al cabo de dos o tres días, viene a verme, me pide consentimiento para volver a trabajar, yo se lo doy y quedamos mutuamente satisfechos: yo por haber hecho una buena obra y él por haber recibido una buena lección.

—¿Cuál es el carácter de vida de esta gente?, inquirimos.

—Son muy bebedores. El placer de ellos es—después de la salida del trabajo—ir a beber. Y luego, estando ebrios, suceden los hechos de sangre. Le voy a contar un caso que demuestra claramente el espíritu de esta gente.

Cierta vez, dos cuadrinos se disgustaron. Uno de ellos, aprovechando un descuido del otro, le hundió una cuchilla por el hombro hasta el pulmón. El herido llegó a mi oficina. Yo lo atendí. Después, lo llevaron al hospital. Murió en la noche. Durante todo ese tiempo no quiso confesar quién había sido su agresor, esperando salir para vengarse. Hoy día no sucede ningún hecho de sangre.

—En una de sus últimas sesiones, la Ilustre Municipalidad, acordó instalar en el Matadero una sucursal de la Caja de Ahorros. Yo empezaré a hacer una campaña—valiéndome de diferentes medios — para que los trabajadores coloquen sus ahorros en la Caja. Espero poder conseguir esto, así como he conseguido lo demás, terminó el señor administrador.

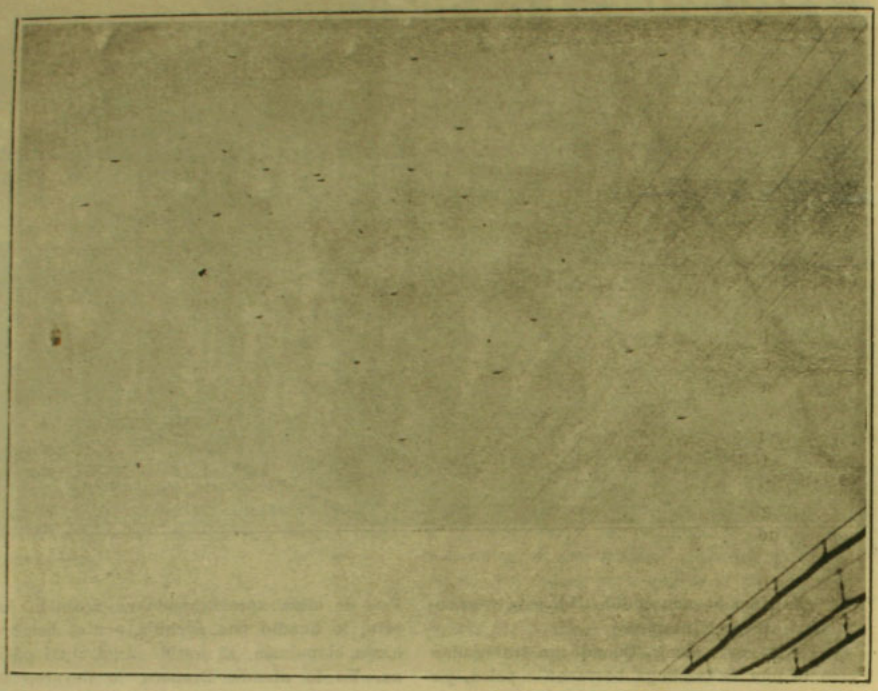
Satisfechos con los datos proporcionados por el señor Navarrete, nos despedimos agradeciéndole su amabilidad.

Desde el recinto de la encierra llegaban, claramente, los:

¡Uy! ¡Uy! ¡Ah!

De los arrieros, los ladridos de los perros y los sonoros gritos de los muchachos.

⚜ ⚜ ⚜



Aspecto del cielo cubierto de aeroplanos

Las víctimas de la guerra.—Mujeres, niños y jóvenes heridos tras un raid aéreo.

Los triunfos de Guynemer

Por

Jacques Mortane

Con ilustraciones fotográficas

El capitán Guynemer, más que un ser real, parece un ser fantástico sacado de una novela de capa y espada. De él pudiera decirse en rigor que ha sabido "aprovecharse" de la guerra, en el buen sentido de la palabra. Sin la guerra estaría sin duda tranquilamente en la Escuela Politécnica. Gracias a la guerra llegó a capitán y ostentó en su pecho las condecoraciones siguientes:

Cruz de guerra con 22 palmas (1.o mayo de 1917).

Medalla militar (21 Julio 1915).

Caballero de la legión de honor. (24 Diciembre 1915).

Caballero de la orden de Danilo de Montenegro.

Cruz de San Jorge de Rusia.

Cruz de Miguel el Bravo de Rumania.

Estrella de Kara George de Serbia (21 marzo 1917).

En cuanto a sus grados los obtuvo con una rapidez asombrosa:

Conscripto voluntario el 21 de Noviembre de 1914.

Cabo en Junio de 1915.

Sargento en Agosto 1915.

Subteniente el 4 de Marzo de 1916.

Teniente a fines de 1916.

Capitán, Febrero de 1917.

Pero para merecer tales ascensos, qué serie de hazañas, qué pruebas de valor y de audacia tuvo que realizar el joven piloto para triunfar **oficialmente** a lo menos 38 veces, sin contar otras muchas en que por no poderse comprobar el triunfo oficialmente, no se le discernieron los honores de la victoria.....

No menos de 18 se cuentan los aparatos derribados por Guynemer y que ya por caer demasiado lejos y no poderse atestiguar su efectividad, ya por otra circunstancia cualquiera no se le han sumado a la lista de los 38 aeroplanos puestos fuera de combate por el intrépido aviador francés, reconocida su hazaña **oficialmente**. Y téngase entendido que Guynemer no se dedicó siempre a la "caza". Hizo también a veces reconocimientos y desempeñó **voluntariamente** comisiones delicadas y de gran peligro. Juzgad en síntesis el mérito de la carrera militar de este aviador de veintidós años, célebre en todo el mundo.

Jorge Guynemer nació en París el 24 de Diciembre de 1894. Celebró su mayor edad siendo agraciado con la Legión de Honor; hermoso regalo en verdad para un día de santo, pero bien ganado por lo demás.

Las armas y la toga fueron siempre la carrera elegida por los ascendientes del "as de los ases". Un caballero Guynemer figura entre los 30 que firmaron en 1365 el tratado de Guerande, que puso fin a la guerra de sucesión de Bretaña. El tatarabuelo del aviador fué presidente del Tribunal de Mayence bajo Napoleón 1.o Tuvo cuatro hijos de los cuales tres fueron soldados: uno, oficial de marina, murió de resultas de heridas recibidas en la batalla de Trafalgar; otro fué muerto en Vilna y el tercero, recluta voluntario a los 16 años, ganó todos sus grados en España y conquistó la Legión de Honor por una brillante acción al paso del Bidasoa, a los veintiún años, lo mismo que su descendiente el aviador. El abuelo de Guynemer fué prefecto del Imperio y su padre, ingresado en la Academia de Saint Cyr en 1880, pidió el retiro en 1890 y se casó entonces con Mlle. de Saint Quentin, hermana del actual senador por Calvados.

Jorge Guynemer es el menor de tres hermanos. Mimado por su madre y sus hermanas fué, desde su infancia, de una sensi-

dad extrema, unida, gracias a la educación paterna, a una fuerza de voluntad y a una iniciativa y audacia rayanas en lo increíble. Desde que tuvo uso de razón, lo que más llamaba la atención en él era su carácter reflexivo. No hacía nunca nada a la ligera, en todo se fijaba y en todas las cosas reflexionaba. A los seis años comenzó sus estudios en París, después en Normandía. En 1900, llegando sus padres a residir en Compiégne, pasó al colegio de esta ciudad. Allí se hizo al punto notar por su gran disposición para todas las materias y por su arrojo. Delicado y casi más bien débil, no vacilaba, cuando la justicia de una causa lo reclamaba, en medirse con camaradas mayores que él y más vigorosos. Así fué como un día llegó a clase con todo el vestido desgarrado por haberse metido a defender a un amigo contra otros compañeros cuatro años mayores que él.

A los doce años entró Guynemer en el colegio Stanislas como interno. Allí obtuvo infinidad de premios y accésits. Era un alumno inmejorable por su aplicación y aprovechamiento, aunque su conducta no fuese todo lo dócil que deseasen sus profesores. Salió airoso en todas sus asignaturas, lo que no le impedía tomar parte en los **alborotos** escolares y ser un diablo travieso al mismo tiempo que un alumno estudioso.

En las vacaciones su mayor distracción era la mecánica. Se llevaba continuamente fabricando aparatos inventados por él mismo. Con una maquinita de vapor y otra eléctrica hace maravillas de ingenio, construye juguetes para sus hermanas y una infinidad de objetos.

En Stanislas es donde se revela su vocación. Un día vuela sobre el colegio un aeroplano. Y parodiando a Giotto cuando se vió delante de la Virgen de Cimabüe, exclamó: "Yo también, yo también quiero ser aviador. Y en adelante aquella idea le obsesiona y le quita el sueño. Ya no serán más que aeroplanos los objetos que fabrique con sus maquinitas. Han concluido los juguetes y no piensa más que en cosas serias. Aprovechando de unas vacaciones va a Corbeaulieu cerca de Compiégne y efectúa un vuelo como pasajero. Tenía entonces quince años.

A los dieciséis, bachiller en letras y ciencias, estudia matemáticas especiales para prepararse para la Politécnica. Su salud le impide proseguir su preparación.

En Julio de 1914 acababa de unirse a su padre en Biarritz, cuando estalló la guerra. Al momento no tuvo sino un solo deseo: alistarse como voluntario. Cinco veces es aplazada su incorporación. Desesperado de tanta demora se consigue una recomendación para el jefe de la escuela de Pau, quien consiente en admitirle como aprendiz de mecánico. Victoria! Va a conseguir ser soldado. La ruda y fatigosa vida que lleva le es en extremo dulce y agradable. Para él no hay tarea pesada. Hácese notar por su buena voluntad, su buen humor y su habilidad como mecánico. Pide que se le permita ser piloto.

Diversas vistas de Guynemer, el as de los ases de linga del "Vieux Charles", el aparato donde encontró

Por milagro es aceptada su solicitud el 27 de Enero de 1915. El 11 de Marzo del mismo año recibe su diplomo de piloto aviador y el 26 de Marzo parte para Avord.

Aquí es donde en realidad comienza Guynemer su aprendizaje de aviador. Nombrado piloto militar el 26 de Abril, llega a ser la admiración de sus camaradas por la audacia de sus vuelos, haga el tiempo que haga. A pesar de esto, su entusiasmo no le hacía sobresalir de entre el personal de aviadores. Y aunque no era lo corriente encontrar tal maestría y entusias-

Francia. En una de ellas aparece dentro de la carla muerte el valiente aviador.

mo en un principiante, lo que debiera atribuirse al valor se le achacó a algo así como a locura.

El 22 de Mayo sale para la Reserva general con el fin de ser destinado al frente. El 8 de Junio entra a formar parte Guynemer de la gloriosa N. 3, la escuadrilla de Cigognes, que bajo las órdenes del capitán Brocard (hoy comandante) se había ya distinguido en la caza de aviones enemigos y el cumplimiento de misiones arriesgadas.

Tan joven, tan delicado, se le considera como a un niño. Empléase con él un tono protector que no le agrada y decide imponerse. No espera para ello que se presente la ocasión: él la busca y bien pronto la encuentra. Sus reconocimientos habíanle ya valido desde luego la admiración de sus observadores. Un día, sobre todo, al dar cumplimiento a una misión fotográfica, fué particularmente hostilizado por las baterías antiaéreas. El capitán que le acompañaba afirmó que no menos de mil obuses fueron disparados contra ellos. Sin inmutarse ante este diluvio de fuego, Guynemer no trató de esquivar los tiros enemigos. Iba derecho a su objeto. El reconocimiento duró una hora. Cuando concluyó su trabajo, el capitán le hizo la señal de que se retirase. El piloto se contenta con alargarle su aparato fotográfico particular y le pide que tenga la bondad de tomar algunas planchas de obuses al estallar en rededor del avión!

Después, el cabo Guynemer reclama el honor de desempeñar dos comisiones especiales, que lleva a cabo con toda felicidad. En la segunda casi es víctima de una granada alemana. Queriendo llegar hasta las líneas enemigas, divisa un campo que parece construído especialmente para servir de aeródromo. Prepárase para aterrizar, pero su naturaleza reflexiva le hace observar con detención: horror! Por entre la yerba hay tendidos alambres con púas. Al lado hay otro terreno lleno de hoyos y hondonadas. Nuestro héroe no vacila; va a aterrizar allí y por un milagro lo efectúa sin contratiempos. Fué ésta una de sus más fuertes emociones.

Todas las mañanas, antes de salir el sol, Guynemer se dirige a su hangar, observa y examina su avión y espera. ¿Qué es lo que espera? Un Boche, pues ésta es su verdadera vocación. Novicio aún, no puede esperar que se le confíe un monoplano de combate hasta que haya rendido sus pruebas. Pero no tiene paciencia para esperar tanto. Quiere derribar enemigos: el 19 de Julio de 1915 debían realizarse sus deseos por primera vez.

Antes de hacer la relación de los treinta y ocho triunfos de Guynemer, parécenos cosa interesante reproducir el texto de todas sus citaciones en la orden del día. Estos laureles, gloriosos como los que más, y únicos en la historia de la guerra, pro

barán mejor que nada la heroica actividad, la vieja audacia y la prodigiosa destreza de este verdadero fenómeno de los aires.

Una corona de citaciones

"Cabo Guynemer, Jorge. Piloto lleno de entusiasmo y audacia, voluntario para las misiones más arriesgadas. Después de una encarnizada persecución presentó combate a un avión alemán, que terminó por el incendio y explosión de este último". (Medalla militar, 21 Julio 1915).

"Sargento Guynemer: ha dado pruebas de valor, energía y sangre fría realizando con éxito como voluntario una misión especial, importante y difícil con un tiempo tormentoso. (30 Septiembre de 1915). No ha cesado de dar los más hermosos ejemplos de habilidad, coraje y sangre fría cumpliendo con completo éxito las misiones más peligrosas. Acaba, además, de derribar por segunda vez, el 8 de Diciembre, un avión enemigo cuyos pasajeros fueron muertos". (12 de Diciembre de 1915).

"Piloto de gran valor, modelo de abnegación y de coraje. Ha realizado en seis meses dos misiones especiales que requerían el más hermoso espíritu de sacrificio y ha librado 13 combates aéreos, dos de los cuales han terminado con el incendio y caída de los aviones enemigos. (Legión de Honor, 24 de Diciembre de 1915).

"Piloto de caza, de una audacia y una energía a toda prueba. El 3 de Febrero ha obligado a tres aviones enemigos a huir y aterrizar precipitadamente uno tras otro en sus líneas. El 5 de Febrero atacó un avión L. V. G. y le derribó incendiado entre las líneas alemanas". (9 de Febrero de 1916).

"El 6 de Mayo de 1916 presentó combate a un avión alemán, durante cuyo combate su aparato, su uniforme y el de su observador fueron acribillados a balazos. El 12 de Marzo de 1916 atacó un biplano alemán y le derribó incendiado en las líneas francesas. 21 combates aéreos en el espacio de ocho meses: 8 aviones alemanes derribados, siete de ellos dentro o próximo a las líneas francesas". (26 de Marzo de 1916).

"Alférez Guynemer: destinado a reunirse al ejército de Verdun, derribó un avión enemigo en su camino. Apenas llegado, ha librado nuevamente cinco combates aéreos. Durante el último, luchando contra los aviones enemigos le atravesaron el brazo dos balazos. Apenas curado, ha vuelto a hacer servicio en el frente". (5 de Junio 1916).

El 22 de Junio de 1916 libró tres combates aéreos: durante uno de ellos derribó un avión alemán, después de haber sido alcanzado su aparato por los proyectiles. (25 Junio 1916).

El 16 de Julio de 1916 ha derribado su décimo avión enemigo, que cayó incendiado en las líneas alemanas. (27 Julio 1916).

El 28 de Julio derribó su 11.o avión enemigo. (24 Agosto 1916).

El 3 de Agosto de 1916 derribó el 12.o avión enemigo. (26 Agosto 1916).

El 17 y 18 de Agosto 1916 derribó dos aviones enemigos delante de las trincheras francesas. (3 de Septiembre 1916).

El 4 y el 16 de Septiembre 1916 derribó el 15.o y 16.o aviones enemigos. (28 Septiembre de 1916).

El 23 de Septiembre de 1916 divisando un grupo de tres aviones enemigos, bajo el fuego de la artillería francesa contra aeroplanos, les presentó decididamente combate, derribó dos y puso en vergonzosa fuga al tercero. En este momento recibió su aparato un obús enemigo que le hirió de lleno, y sólo merced a una destreza y a una sangre fría admirables pudo llegar a las líneas francesas, donde volcó el aparato y quedó el piloto ligeramente herido. (Fueron derribados los aviones enemigos 17 y 18). (28 de Octubre).

Siempre arrojado y valeroso derribó el 10 de Noviembre su 19 y 20 aviones enemigos. (15 de Diciembre de 1916).

Prosiguiendo siempre con el mismo arrojo en sus combates con los aviones enemigos ha derribado el 16 y el 22 de Noviembre 1916 sus 21 y 22 aparatos alemanes, que cayeron incendiados. (26 Diciembre 1916).

La citación 17 se refiere a los triunfos N.os 23 y 24. Brillante piloto de caza derribó el 16 y 27 de Diciembre de 1916 su 25 y 26 avión enemigo. (12 Febrero 1917)

Brillante piloto de caza, derribó el 23 y 24 de Enero de 1917 su 27 y 28 avión enemigos. (13 Febrero 1917).

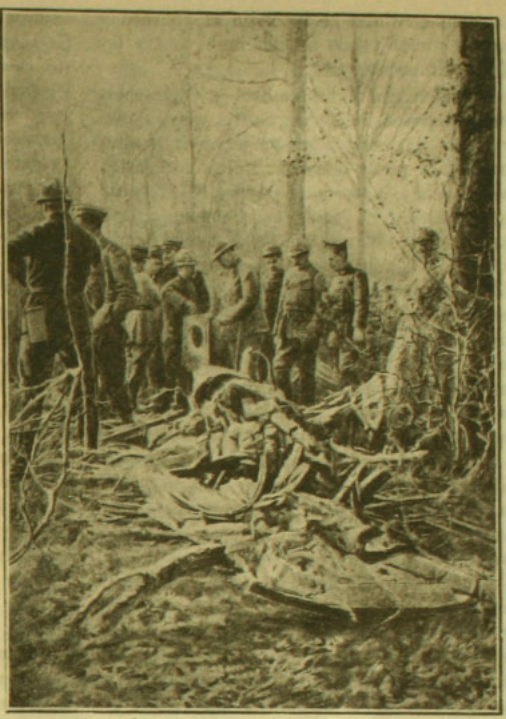
Brillante piloto de caza derribó el 25 y 26 de Enero de 1917 su 29 y 30 avión enemigo. (14 Febrero 1917).

El 8 de Febrero, 16 y 18 de Marzo de 1917 derribó cinco avio-alemanes en las líneas francesas.

Esta última citación es sola en su género. Es la única que da sólo un aplauso por cinco aviones derribados al enemigo, y lo que es más, derribados dentro de las líneas francesas.

Si comparamos la carrera de los dos más grandes "ases" de la guerra, el capitán francés Guynemer y el capitán alemán Boelke, parecerá al pronto que la ventaja está a favor de este último; pero los franceses, para sus citaciones, no emplean el sistema de los alemanes. Según éstos, en el momento que un avión gira o se retira esquivando el combate, se considera como derrotado. Hay constancia de que muchos de los triunfos que se le otorgan al capitán alemán, jamás han sido realmente tales, como por ejemplo una victoria que se le supone sobre Viallet, dos sobre Quennehen y una sobre Varein.

Por otra parte, su costumbre de no constatar **oficialmente** cada suceso, da margen a muchas exageraciones y confusiones de cifras, que no deben causar extrañeza procediendo de Alemania. Puede asegurarse a ciencia cierta que de los diecisiete aviones averiados y tal vez destruídos por Guynemer, aunque su victoria no se haya reconocido oficialmente, casi todos se les ha visto descender ostensiblemente, pero no ha podido comprobarse su derrota por haber caído lejos de las líneas francesas. Si los franceses usasen el método alemán en estos casos, habría que agregar a los 39 triunfos comprobados oficialmente, 17 más, lo que haría un total de 56 victorias en el activo del héroe francés.



Un fokker alemán derribado por Guynemer en las orillas de un bosque dentro de las líneas francesas.

Uno por uno

1.er enemigo, 19 de Julio 1915.—El cabo Guynemer y el mecánico Guerder parten en misión de caza al avistarse un avión enemigo en lontananza. Los dos camaradas, al divisarle, se lanzan en su persecución, pero no logran darle alcance. Apesarados tornan a su base, explorando el horizonte, cuando de pronto distinguen otro punto característico, que vuela en dirección a las líneas francesas. Guynemer llega tras él por sobre Soisson. Y en el mismo centro de la ciudad se entabla una lucha homérica de 10 minutos, no estando los contrarios más que a 15 metros uno de otro. Una bala enemiga da en la ametralladora de los franceses, pero el arma sigue funcionando. Guerder tiene una mano atravesada por una bala, otra pasa rozándole el cráneo, atravesándole el jockey. Pero no importa; la lucha continúa; por fin el piloto alemán es herido y cae sobre el fuselaje. El observador levanta los brazos al cielo en un movimiento de desesperación ante su impotencia contra la muer-

te, acto continuo se incendia el aparato y cae de punta yendo a estrellarse contra las líneas francesas.

2.o enemigo, 5 Diciembre.— Guynemer, en monoplano, hace la guardia aérea hora y media ya, cuando divisa un Aviatik que trataba de pasar hacia las líneas francesas, pero que huye en cuanto apercibe al francés. Deseoso de darle caza, vuela en su persecución. El alemán hace dos disparos y recibe en contestación todo un rollo de 47 cartuchos. Herido mortalmente, cae con su aparato yendo a estrellarse contra los árboles del bosque de Ourcamp. Durante la caída, restableciéndose por un momento, casualmente, el equilibrio del aparato abandonado a sí mismo, uno de los pasajeros fué lanzado fuera de la barquilla.

3.er enemigo, 8 Diciembre.—Regresando de una excursión, Guynemer descendía a su hangar cuando distingue un enemigo. Aunque transido de frío y a pesar de la escasez de bencina que resta en su depósito, vuelve a reanudar el vuelo. Treinta minutos después el alemán pasó las líneas francesas. No había visto al enemigo que le espiaba y se acercaba por detrás. A 20 metros tira Guynemer un rollo de 47 balas. De repente el alemán se da vuelta y durante este **looping** inesperado el pasajero es lanzado al espacio desde una altura de 3,200 metros. Va a aplastarse contra el bosque de Brus. El aparato incendiado cae como una piedra. A los 1,500 metros el piloto es a su vez lanzado de la carlinga. El biplano sigue cayendo y se hace astillas a 100 metros de las líneas francesas. Al ver su caída, los soldados alemanes salen de sus trincheras para llegar hasta el avión que ha explotado con sus bombas. La artillería francesa rompe el fuego, los alemanes se refugian en una casa que es demolida por los obuses, quedando todos sepultados bajo sus escombros.

4.o enemigo, 14 Diciembre.— Durante una misión de bombardeo sobre el aeródromo de Hervilly, Guynemer, que forma parte de la escolta de defensa, con el ayudante Bucquet, da el golpe de gracia a un Fokker. Este, rodeado por los dos camaradas y un Voisin, daba la impresión de una rata que buscase su agujero. Aparece loco, abandonado. El Voisin que, atacado por él, ha contestado, ha visto uno de los pasajeros caer para atrás sobre el fuselaje. Se echa encima Bucquet y rompe el fuego. No ve en el aparato más que una persona. Después llega Guynemer, tira a boca de jarro en el momento que el Fokker pasa por encima de él y el pájaro enemigo cae de cabeza herido de muerte. Guynemer hace al punto frente al segundo Fokker. Los dos aviones giran uno en torno de otro perdiendo la vertical, a distancia apenas de diez metros. Es una verdadera danza aérea, pero qué danza! Los adversarios se ametrallan sin descanso. El francés salta literalmente por encima del alemán. Sus ruedas no pasan a más de 50 centímetros de la cabeza del enemigo que, acobardado, abandona la lucha. Guynemer aterriza en un avión estropeado, el motor agujereado, una hélice rota y acribillada a balazos, un cable de profundidad cortado por la mitad, la capota atravesada, el timón y el fuselaje con mil agujeros. Aquel fué el 14 combate del héroe.

5.o y 6.o enemigos, 3 Febrero 1916.— Ese día realizó Guynemer una hazaña estupenda si se tiene en cuenta que por entonces, no estaban los combates cuerpo a cuerpo aún en uso. Uno tras otro atacó sucesivamente a tres aviones enemigos Uno vióse forzado a huir a toda máquina, yendo a caer en las líneas alemanas, y los otros dos cayeron de cabeza heridos de muerte.

7.o enemigo, 5 Febrero.—Guynemer, divisa un L. V. G. delante de Frise. Precipítase tras él, le da alcance por detrás, se coloca un poco debajo para evitar los disparos. A 15 metros rompe el fuego y dispara todo un rollo de 45 cartuchos. Al punto el alemán comienza a caer verticalmente, después se incendia y va a caer entre Arsevillers y Herbecourt.

—El alférez Guynemer libra un violento combate con un avión alemán, durante el cual destroza al adversario, pero él sale con su aparato, sus ropas y las de su observador acribillados a balazos.

8.o enemigo, 12 de Marzo.— Cerca de Thiescourt ve de pronto Guynemer un avión enemigo, un biplano L. V. G. Se lanza en su persecución, le alcanza junto a Ribecourt. Al cabo de algunos disparos el enemigo cae incendiado. Lo curioso de este combate es que el "as" francés lo

entabló viniendo de París a Verdun, en un aparato que acababan de entregarle. Buen bautismo, en verdad!

13 Marzo.—Volvía Guynemer a su puesto después de derrotar a dos enemigos, cuando ve dos aviones alemanes. Gana a uno en velocidad, se coloca debajo de él y le acribilla a balazos. El aparato empieza a girar como un torbellino y va a caer al suelo, demasiado lejos de las líneas francesas por desgracia, para poder constatar oficialmente su caída.

Después de este feliz éxito, se precipita el francés sobre el otro avión enemigo. Pero calculando mal su velocidad, le pasa cuando sólo había disparado unas cuantas balas. El alemán, que tiene entonces la ventaja de su posición, dispara a su gusto. La capota vuela hecha astillas. Una le da de rebote en el rostro y le hiere la mejilla y la nariz. Dos balas más le atraviesan el brazo izquierdo. El héroe, sufriendo el contratiempo y obligado por el dolor, tiene que abandonar el combate. Se deja caer verticalmente de 300 metros para hacer creer al adversario que ha sido derribado. Después se levanta de nuevo, sirviéndose de una sola mano y llega sin nuevos incidentes, a su base. Su parabrisa tenía 22 agujeros!

Todas las astillas que se le habían clavado en la cara se le extrajeron, excepto una de la mandíbula.

9.o enemigo, 22 Junio.— Durante un vuelo de misión fotográfica, el avión fotografiador es atacado por dos L. V. G. El alférez Guynemer y el sargento Chainat ametrallan juntos uno de los aviones, que cae incendiado en las líneas francesas cerca de Rosieres-en-Santerre.

23 de Junio.—El héroe francés regresa de una excursión con dos balazos en su avión y los listones de las alas, rotos.

10.o enemigo, 28 Julio.—Sobre el frente del Somme, en el transcurso de una serie de combates librados con aviones enemigos, Guynemer hiere a uno que pareció caer derribado. El aparato consideróse como derribado y los observatorios de tierra están conformes en que aquella fué una victoria del "as" oficialmente.

11.o Boche, 28 Julio.—Guynemer divisa un avión enemigo sobre Barleux. Se lanza sobre él, lo ametralla deslizándose por detrás y al punto lo ve caer herido de muerte.

12.o enemigo, 3 de Agosto.—Este día fué cuando el héroe francés integró su primera docena. En compañía del teniente Heurtaux derriba sobre Barleux un avión enemigo.

7 Agosto.—Por primera vez los tenientes Deulin, Heurtaux y los alféreces Pinsard y Guynemer, durante un ataque de la infantería en la región de Amiens, cruzan el terreno detrás del frente, volando a muy poca altura y ametrallando todos los objetivos interesantes: grupos de soldados, baterías, ametralladoras.

13.o enemigo, 17 Agosto.— Guynemer, durante una excursión ataca un Aviatik y al cabo de algunos minutos le ve caer de punta y despedazarse en el suelo.

14.o enemigo, 18 Agosto.—Este alemán no tuvo historia, ni fué afortunado. Atacado por Guynemer entre Rouchavesnes y Clery al oeste del bosque Madame, en un minuto fué precipitado en el espacio y cayó al suelo.

20 Agosto.—El alférez Guynemer hiere seriamente a un avión enemigo que cae a toda velocidad dentro de sus líneas.

21 Agosto.—Dos aviones son atacados a corta distancia por el heroico as. Huyen aterrorizados, muerto el pasajero y parece que van a caer en las líneas alemanas.

15.o enemigo, 4 Septiembre.— Con su facilidad de experto y su maestría de eximio tirador, Guynemer vence con algunas balas a un aparato enemigo que cae a proximidad de las líneas francesas.

9. Septiembre.—Guynemer deteriora gravemente un avión enemigo que cae desamparado, y derriba probablemente otro, al sur de Maisonnette.

16.o avión, 15 Septiembre.— Cerca de Storen, Guynemer se abalanza sobre un aparato alemán, tira y le vence en seguida.

17.o y 18.o enemigos, 23 Septiembre.—¡Día bien aprovechado! Viendo a uno de sus compañeros en lucha con cinco enemigos, Guynemer se precipita entre ellos. Dos huyen viéndole llegar, y, mientras que el otro francés se libera del asedio, el héroe empieza su trabajo. Así como un gigante armado de un hacha haría trizas en un momento un ejército de liliputienses,

dispara algunas balas de su ametralladora y, en menos de treinta segundos, según dice, da pasaporte hacia el suelo a dos enemigos, que caen envueltos en llamas. El tiempo de tomar un poco de altura para alcanzar el tercero que huye, y dos minutos después éste recibe una descarga que lo fulmina: al ser atacado por la segunda bala, explota y cae pulverizado. El cronometraje exacto de la hazaña fué el siguiente:

1.er avión.—11 y 22 minutos.

2.o avión.—11 y 22 minutos y 30 segundos.

3.er avión.—11 y 25 minutos.

Eso es lo que puede llamarse la hazaña maestra de Guynemer! Sólo fueron anotados dos aviones, pues la caída del tercero no fué controlada por los observatorios.

Pero poco faltó para que ese vuelo fuera fatal para el héroe francés. Desde una altura de tres mil metros contemplaba el campo de batalla en que acababa de triunfar nuevamente y escrutaba el horizonte para observar si la serie tenía continuación, cuando estalló un obús en un ala. El aparato parecía herido de muerte. El ala izquierda estaba destrozada: la tela flotaba al viento y continuaba rasgándose. El avión caía, se hundía en el vacío, incapaz de sostener a su piloto. Era una muerte que ningún milagro podía evitar. Los tres aparatos alemanes habían sido vengados por el cañón. Desde los 3,000 hasta 1,600 metros, Guynemer efectuaba el tirabuzón más enloquecedor que se pueda imaginar.

—"Me sentí perdido, dice, y lo único que pedía a la Providencia era de no caer en territorio enemigo. ¡Eso, nunca! Habrían estado muy contentos. Pero no podía manifestar mi voluntad, pues mi aparato no me obedecía.

"A 1,600 metros, quise sin embargo luchar. El viento me había empujado hasta las líneas francesas. Estaba feliz a medias. Soñaba ya en mi entierro con camaradas simpáticos detrás de mis despojos: ¡Ya no tenía qué temer de los alemanes! Sentía ya que venía la muerte y esa es una idea poco agradable. El descenso continuaba y las palancas no obedecían a todos mis esfuerzos. Nada me daba resultado. Maniobraba de izquierda a derecha y por más que hacía no obtenía ningún efecto. El bólido no amenguaba la velocidad de su caída, estaba invenciblemente atraído hacia el suelo, donde iría, sin duda alguna, a aplastarme.

"¡Ya! El último esfuerzo brutal, pero inútil; cierro los ojos, veo la tierra y me lanzo sobre ella, a 180 kilómetros por hora. Un crujido espantoso, una fuerte conmoción; miro: ya no queda nada de mi aparato.

"¿Estoy vivo aún? Me extraña. Creo que son los tirantes que me sujetaban a mi asiento los que me han salvado. Cierto que estaban incrustadas en mis espaldas. Pero, realmente, pensándolo bien, creo que, sin ellos, estaría muerto ahora!

"Cuanto más pienso en ello, más extraño me parece y durante veinticuatro horas he estado completamente embrutecido: ¡curiosa impresión!

9 Octubre.—Se cree que el subteniente Guynemer ha abatido un avión enemigo en Villers-Carbonnel.

10 Octubre.—Hiere seriamente a un enemigo durante un combate.

20 Octubre.—El subteniente Guynemer mata a los pasajeros de dos aviones enemigos.

3 Noviembre.—Se supone que el as de los ases haya derribado un avión.

19.o y 20 enemigos, 10 Noviembre. —¡Otro golpe doble! Guynemer efectuaba una excursión por el interior de las líneas enemigas, cuando divisa cuatro aviones alemanes. Dos de ellos son de exploración (Albatros y Aviatik) y dos de caza, que se preparan a venir a incursionar a lo largo del frente aliado. Guynemer, que está más o menos a 4,000 metros, se oculta hábilmente detrás de las nubes y los sigue con la habilidad con que un detective sigue la pista de unos bandidos.

La persecución dura 70 kilómetros, 70 kilómetros de emoción, pues el francés se ha internado mucho en territorio alemán y teme ser reconocido. No teme a cuatro adversarios, pero lo que le asusta es el aterrizaje forzado. No piensa siquiera en la muerte: lo que no quiere es ser capturado. Pero se mantiene siempre a la pista de sus rivales. En cuanto los ve acercarse a las trincheras francesas donde vienen a cometer indiscreciones, Guynemer se precipita en medio del grupo. Ataca primero al Albatros. La lucha se desarrolla a 3,600 metros de altura. Con la tercera bala mata

al observador y a la décima el aparato gira sobre sí mismo, y va a aplastarse en el interior de las líneas francesas. Antes de llegar a tierra, el pasajero es lanzado fuera del aparato.

El vencedor mira a su alrededor para ocuparse "del primero de esos señores", pero nada. Los otros, emocionados sin duda han partido a contar lo que sus ojos han visto. Guynemer desciende, entonces, para ir a ver qué es de sus víctimas: se encuentra frente a un amasijo de destrozos, de cuerpos despedazados; encuentra el del observador a 60 metros del aparato hecho trizas. El motor está enterrado 2 metros en la tierra.

Por la tercera vez, oficialmente, Guynemer efectuaba ese día un golpe doble: un albatros cerca de Morcourt; otro al sur de Nesles.

21.o avión, 16 Noviembre.—Después de almorzar, temiendo el valeroso piloto las incursiones en aquella hora propicia al descanso, se eleva por segunda vez. Hacia la 1.40 se encuentra frente a un ave adversa al sur de Bertain. Aprovechando una vez más su altura sobre el enemigo, se precipita, dispara, triunfa y vuelve: "**Venit, vidit, vicit**".

22.o y 23.o enemigos, 22 Noviembre.—Ese mes de Noviembre fué realmente favorable al as francés, ya que le permitió, como había de permitirle en Enero, vencer y hacer descender cinco aviones, cuatro de ellos en series de dos.

En pocos instantes, el 22 de Noviembre, el héroe francés conseguía dos nuevas victorias: a las 2.45 destroza a su nueva víctima cerca de Saint-Christ; a las 3 triunfa de su vigésima tercera en la región de Faloy; y, no lejos de ahí, a las 3.10, deteriora seriamente otro avión, cuya caída no es controlada.

24.o enemigo, 26 Diciembre.— Desde el día anterior, Guynemer tiene 22 años! Celebra su cumpleaños venciendo un nuevo alemán a las 9.45 a 500 metros al este de Misery. Siempre el mismo método: algunas balas bien dirigidas, y algunos cuerpos más siembran el suelo.

25.o aeroplano alemán, 27 Diciembre.—Continúa la serie. Aprovechando los pocos instantes del día propicios para volar, y la brillantez momentánea del tiempo, Guynemer se va de caza. Hacia las 11.45 la encuentra cerca de Maisonnette. Se lanza, dispara y triunfa una vez más.

26.° y 27.° aviones, 23 Enero 1917.—Es de notar que es en la segunda quincena del mes cuando Guynemer ha sobresalido más: 22 Junio, 20 Julio, 23 Septiembre (golpe doble), 22 Noviembre (golpe doble), 26 Diciembre, 23 Enero (golpe doble), 24 enero (golpe doble), 26 Enero. Llegamos aquí a una serie prodigiosa: el 23 de Enero,

Guynemer listo para partir

vence dos enemigos; continúa el 24, y el 26 hace descender a la muerte al quinto, o sea cinco victorias en tres días, lo que constituye un verdadero record.

El 26.o enemigo fué derribado a las 10.50, cerca de Chaulnes y el 27.o a las 11.30, en los alrededores de Maurepas.

28.o y 29.o enemigos, 24 Enero.— El teniente Guynemer derriba su 28.o aparato, de dos asientos, en las líneas francesas de Lignieres, y otro, el 29.o, a las 11.50, en Etelfay. Los pasajeros del avión que obligó a aterrizar al día siguiente declararon que el aparato caído cerca de Etelfay había aterrizado con el observador muerto y el piloto tan gravemente herido que había tenido que sufrir varias amputaciones.

30.o avión, 26 Enero.—El as de los ases persigue un avión enemigo y lo obliga con sus maniobras a aterrizar en el campo de una de nuestras escuadrillas aéreas. Los pasajeros tuvieron tiempo de pegar fuego al aparato antes de ser capturados. La tripulación pertenecía a la escuadrilla A-266, compuesta de Albatros. El combate empezó cerca de Tranchy y el enemigo descendió entre Montdidier y Compiégne, cerca de la villa habitada por los padres de Guynemer.

7 Febrero.—A las 11.20, sobre el bosque de Bezange, Guynemer hace caer un avión, que se desploma desamparado.

31.o enemigo, 8 Febrero.—Ese día, el combate es duro. Guynemer tiene que luchar con un aparato de tres asientos, premunido de dos ametralladoras. Sometido a un fuego violentísimo, consigue silenciar el tiro enemigo, sin ser víctima de él gracias a hábiles maniobras; obliga a descender al enemigo, reventándole el radiador, en las líneas francesas de Boucouville. Los tres pasajeros fueron hechos prisioneros.

10 Febrero.—Seguramente, Guynemer ha precipitado contra el suelo un aparato enemigo, a las 11.15, cerca de Noméný.

32.o, 33.o y 34.o enemigos, 16 Marzo.—Día glorioso entre todos. Esta vez el capitán Guynemer añade a su lista tres piezas oficiales, nuevo récord prodigioso. Nada de particular bajo el punto de vista anecdótico. Más vale recordar ese triplicado en su elocuente aridez:

A las 9.8 un biplano cae envuelto en llamas en las líneas francesas de la granja Foucrey, cerca del pueblo de Serres. Tripulación carbonizada.

A las 9.30 un aparato Rolland desciende en las líneas francesas al norte de Hoeville. El piloto, herido en una pierna, es capturado.

Después de resultado tan magnífico, Guynemer no puede descansar. Después de almorzar, vuelve a emprender el vuelo.

A las 2.47, en Regnieville-en-Haye, cae bajo sus golpes, envuelto en llamas, un aparato de dos asientos. O sea tres aviones en las líneas francesas y cinco aviadores fuera de combate!

35.o enemigo, 17 Marzo.—Se ve que los galones de capitán no han disminuído la fogosidad del héroe.

A la 1.30 triunfa de su 35.a víctima que se aplasta sobre las líneas entre Attillon-court y Attancourt, después de un corto encuentro.

Y el as de los ases abandona el frente para ir a presidir el último toque a un nuevo aparato con el que podrá acometer nuevas hazañas.

36.o enemigo, 13 Abril —Aprovecha de los días de calma para volver al frente a colaborar en la ofensiva francesa. El 13 Abril, vence un avión; al día siguiente precipita otro contra el suelo, pero se le reconoce sólo uno oficialmente, aunque la caída del otro haya sido segura.

Tal es, hasta el 1.o de Mayo 1917, la carrera extraordinaria del héroe francés.

Guynemer, por lo general, no escribe nunca o lo hace en estilo telegráfico. Cuando su padre le rogó le diera nuevas suyas, después de su bautismo de fuego, recibió esta respuesta:

"Ninguna impresión, curiosidad satisfecha!"

Otra vez, al pasar sobre Compiégne, vuela sobre la propiedad de sus padres y larga este papel:

"Todo va bien, muy bien. En el cuadro: 5 Junio, un estallido de obús en el ala derecha; 17, 2 ídem y 3 en el fuselaje; 18, 1 ídem y 1 en el timón".

Lo que hace la fuerza del héroe francés es su voluntad, su ardor en el trabajo y su destreza. ¿La voluntad? Cuando algunos envidiosos discutieron su superioridad aplastante, él les probó lo contrario

haciendo descender cuatro aparatos alemanes en las líneas francesas.

¿Su ardor en el trabajo? Cotidianamente revisa durante dos horas su avión, su motor y su ametralladora. El capitán Heurtaux hace lo mismo. Y, para la caza, tales cuidados son indispensables. Por eso Guynemer no titubea en permanecer en el aire durante seis o siete horas diarias. ¿Su destreza? Ha ocurrido que a veces ha matado al piloto del primer balazo, del segundo al observador y una vez ha hecho descender un aparato con una sola bala. Cuanto a su temeridad, es proverbial: se acerca al enemigo casi hasta tocarlo, tan cerca, que un día rompió el borde de una de sus alas contra el aparato que atacaba. Pero, a pesar de eso, sabe ser prudente: esa cualidad le sirvió en el curso de un combate en que su ametralladora se descompuso; entonces Guynemer se colocó entre el fuselaje de un aeroplano alemán para protegerse del fuego enemigo, así neutralizado.

Tal era el gran Guynemer, el que entró a la aviación gracias a protectores decididos y que, si hubiese escuchado los consejos de la burocracia habría sido un desconocido detrás de las líneas de batalla. Gracias a él han sido puestos fuera de combate más de sesenta enemigos y más de un millón de francos en aparatos y motores ha sido reducido a cenizas. Por eso es que, al hablar de las formalidades y exámenes exigidos por los reglamentos militares, adoptaba una sonrisa irónica y decía:

"Creo tener todos los requisitos necesarios para que la entrada a la aviación me sea negada".

Séale la tierra leve al más grande de los aviadores franceses.

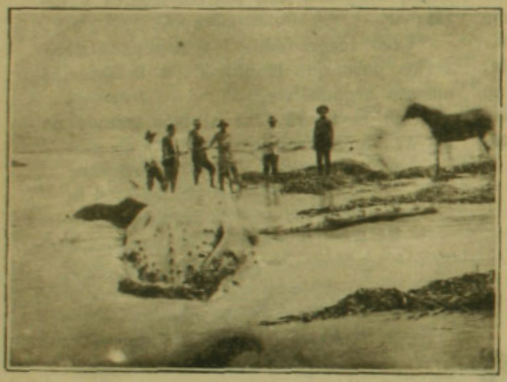
Por las costas de Tarapacá

Por

V. Quesada Carneyro

Con ilustraciones fotográficas

Hace una porción de años, en un día de gran faena, los obreros jadeantes a causa de duras tareas impuestas por el carguío de los productos de nuestra zona norte, y niños, lanzados del suelo peruano, seguían a pie, en viaje al sur, por la costa de Guanillos a Tocopilla, puerto este último donde tremolaba ya el tricolor nacional, y, pasando por la desierta playa de Chipana, presenciaron un espectáculo que dió aliento a sus cansados miembros y amortiguó la sed que devoraba sus secas fauces.



Ballena arrojada por el mar en la playa norte de Chipana.

Estaba esa pobre gente en la playa, con la mirada fija en el mar, cuando vieron humos de buques a vapor, que se acercaban a la costa, avanzando rápidamente; pronto les fué posible distinguir los cascos y las banderas respectivas: eran naves de guerra. Dos enarbolaban el pendón peruano y uno el chileno; este último fué conocido en el acto: era la vieja "Magallanes" que salía al encuentro de enemigos más poderosos, y el combate se trabó en condiciones desventajosas para nuestra cañonera.

Los fatigados caminantes, entusiasmados, enrollados sus ponchos en la mano y brazo izquierdo, empuñaban los afilados corvos descansaban recostados sobre el muelle de embarque; su charla continuada podía oirse como un paréntesis que entretiene a los directores del duro trabajo; hablaban de la guerra, de nuestra contienda del Pacífico, en la cual más de uno de ellos había actuado.

Decía un viejo militar que al estallar la guerra se encontraba en el puerto de Guanillos, ocupado en la explotación de guano, que era mandado al viejo mundo, como el salitre posteriormente, constituyendo el negocio más lucrativo de su época el guano del Perú.

La primera medida del enemigo fué arrojar violentamente a los chilenos del territorio peruano, que lo ocupaban por miles en los trabajos de la costa y aun del interior, en los ferrocarriles de ese país.

Un grupo de trabajadores chilenos, acompañados de sus mujeres

El muelle y bahía de Chipana con las barcas nacionales "Tinto" y "Cristóbal Soler", cargando guano para los puertos del sur de Chile.

Guanera de Los Gentiles.—Depósitos de abono formado por restos humanos, moluscos, algas y conchas

con la diestra, blandiéndolos en el aire en actitud de combate y, dirigiéndose a sus paisanos de a bordo, les gritaban:

—Peguen fuerte, hermanos. No aflojen un pelo. Dispara a babor, barquito. Reventó el caldero de "La Unión". ¡Ganamos! ¡Viva Chile!

Mientras tanto, las mujeres elevaban plegarias a los santos de su devoción, haciendo "mandas" por el triunfo del buque chileno, los niños lanzaban pedradas a los peruanos cuando las peripecias del combates los colocaba del lado de tierra.

Más de una "manda" prometida ese día memorable en aquella desierta punta fué a cumplirse a los santuarios de Chile viejo.

Continuaron los trabajadores de las guaneras su viaje hasta Tocopilla, más de veinticinco leguas áridas, sin agua ni recurso alguno. Varios de ellos quedaron muertos en la travesía y sus huesos blanquearon algunas partes del camino por largo tiempo, hasta que una mano compasiva les diera sepultura.

Muchos años después, un día de gran faena, mientras un grupo de embarcadores descansaba, oímos a un viejo de los que alcanzaron a llegar a Tocopilla que contaba este cuento, grande en el mar y no menos en tierra.

El desenvolvimiento de la industria nos hizo llegar hasta este punto de la costa, que se ve como un largo y agudo punzón internándose en el mar. Al pasarlo o reconocerlo por tierra, presenta la forma de media luna.

Ha existido aquí abundante guanera, rica en materias fertilizantes, aprovechadas por los campos del sur de Chile y que recientemente quedaron agotadas.

Allí conocimos la barca "Tinto" antes de su celebridad, fondeada en la bahía, y otras embarcaciones.

Continúa al norte extensa playa, donde no hace mucho tiempo se varó un enorme cetáceo de dieciocho metros de largo y voluminoso cuerpo.

Encuéntranse sobre esta punta de Chipana vestigios de habitaciones y señales de pueblo desaparecido. La vida se extendió en un radio que llega hasta la desembocadura del río Loa, situado diez kilómetros más al sur.

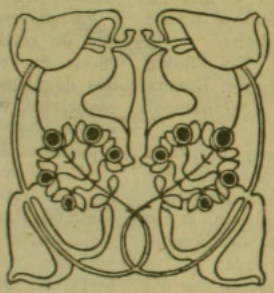
En diversos lugares inmediatos, montones de piedras y tierra endurecida colocados con cierta simetría, encierran tumbas de naturales. Se han extraído momias, esqueletos y utensilios diversos, principalmente elementos de pesca con que fueron sepultados los pobladores.

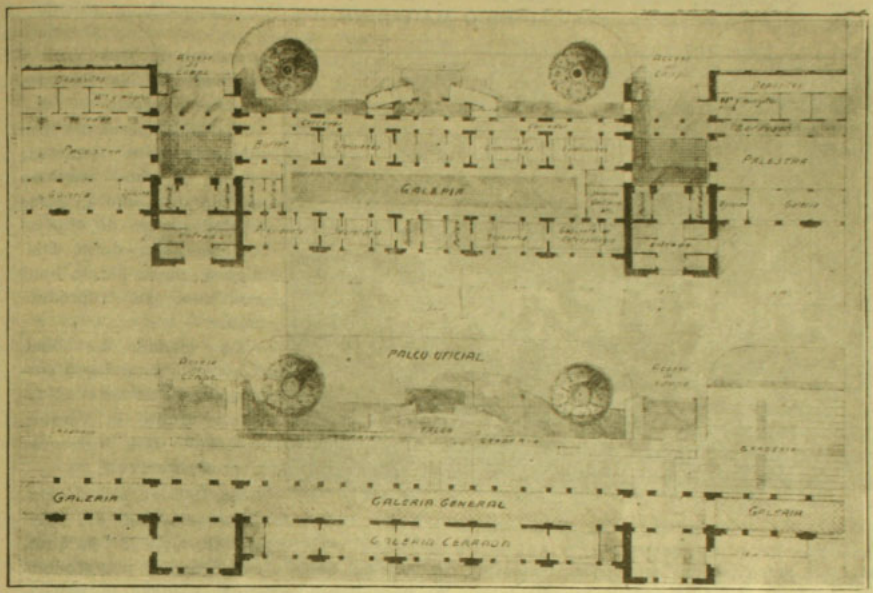
Más de uno de estos cementerios forman hoy día depósitos de abundante abono que también llaman guano, con aspecto especial, distinto del encontrado en otras covaderas, color negruzco, grasoso, olor a materia orgánica rancia, mezclado con arena y conchuela deshecha. No queda duda que en su composición han entrado cuerpos humanos, moluscos y hasta algas marinas.

Recolección de abonos

A estos depósitos les llaman "Guaneras de los Gentiles" y su ley en ácido fosfórico, azoe y potasa es muy alta y de resultado magnífico en los campos del país.

De Chipana al sur se extiende la hermosa playa descubierta y limpia de la baja marea, con interminables bandadas de aves marinas que se asientan en ella, produciendo descompasados y ensordecedores coros. En esa playa, frente a los recuerdos que señalan el lugar del combate de la "Magallanes", "La Unión" y "La Pilcomayo", se conmemoró el hecho con un "pic-nick" por el administrador de las Guaneras de Chipana, don Ricardo Plá, su familia y algunos amigos.





Stadium Nacional.—Sede de la Comisión Nacional de Educación Física.

Los ejercicios al aire libre y la cultura física en Montevideo

Por

JUAN H. SMITH

El 24 de Julio de 1912 el Presidente de la Comisión Nacional de Educación Física del Uruguay presentó el proyecto de creación de las plazas vecinales de cultura física, proyecto que fué aprobado por unanimidad en sesión de 9 de Agosto del mismo año. La primera plaza se inauguró en Julio de 1913.

Con ilustraciones fotográficas

Orígenes y propósitos de las plazas

No son las **plazas vecinales**, una creación de época moderna; desde muy antiguo, sociedades o comunas se preocuparon de establecer, en centros populosos, plazas o sitios baldíos a los cuales concurría el pueblo llevando sus niños para jugar y correr al aire libre, proporcionándoles algunos aparatos de recreo, de primitiva y simple construcción.

Estas plazas, creaciones empíricas, no tenían otro fin en el ánimo de sus promotores que proporcionar simple esparcimiento a los niños, ofreciéndoles campos donde desarrollar sus naturales inclinaciones de movimiento y juego; para nada entraba en sus propósitos usar las plazas, como medio exquisito, tal vez, y sin tal vez el mejor de

Los ejercicios al aire libre

todos los preconizados en épocas recientes para perfeccionar la raza humana física y moralmente.

El concepto moderno de las **plazas vecinales de cultura física**, es proporcionar al hombre no sólo un centro recreativo, sino la enseñanza racional y científica de todos aquellos ejercicios que contribuyan a la mejora, embellecimiento y vigorización de la raza, cuidándose, en primer término, que ellos no sólo influyan benéficamente en favor del cuerpo, sino que ejerzan esa benéfica acción sobre el espíritu de todos los **cultores**, haciéndoles dueños de virtudes, sin cuya posesión inútil, si no perjudicial, sería la mayor perfección física.

A esta tendencia responde, pues, la actual creación de las plazas vecinales, para las que en Europa, y muy especialmente en Estados Unidos, los gobiernos de los estados y los municipios gastan en sus instalaciones sumas enormes.

Para confirmar nuestro aserto y dar algunas cifras exactas, copiamos del "American-Playgrounds", de E. B. Mero, lo que desde hace pocos años llevan gastado algunos estados de Norte América, y del sorprendente crecimiento de estos centros de cultura física en sus principales ciudades.

En los once últimos años que precedieron al 1909, se gastaron en Estados Unidos **cincuenta y cinco millones de pesos** en sus **playgrounds**. De esta enorme suma, **quince millones** fueron empleados en las plazas de Chicago, 750,000 para San Francisco, 15.000,000 para las de New York y el resto en New Jersey, St. Louis, etc.

Estos números no son absolutamente exactos; sumas muchos mayores se han empleado en otras ciudades, pero de ello no tenemos aún datos fidedignos, razón por la cual omitimos su reproducción.

La ciudad de New York ocupa en las diversas plazas de cultura física, durante el verano, a más de mil profesores y profesoras.

En 1905 en sólo 24 ciudades existían 87 **playgrounds y 73 parques**, además del número casi igual de **playgrounds** de dependencia privada, habiéndose aumentado el número de los **playgrounds** en sólo 2 años en más de un 94 por ciento.

Hoy, en 200 de las principales ciudades de Estados Unidos, existen **playgrounds** sostenidos con fondos del gobierno o municipales.

Las sumas enormes empleadas para dotar de Playgrounds los centros populosos de las grandes ciudades de los Estados Unidos, son el resultado del convencimiento, allí arraigado, del inmenso bien que estas instituciones producen, tanto moral, como materialmente, en la vida de los pueblos; por eso aquel país, inteligente y práctico, no mide el gasto para abatir palacios y hacer de los sitios por ellos ocupados **plazas vecinales de cultura física**, en barrios donde no existen, por imprevisión o ignorancia de autoridades anteriores, que no supieron valorar lo que importan para la salud pública de una ciudad **congestionada**, estos centros de expansión y de ejercicios.

Montevideo marcha rápidamente a formar, en primera fila, entre las más populosas, importantes e ilustradas ciudades del mundo, y cuenta hoy, a pesar de lo que se ha extendido su edificación, con barrios excesivamente poblados, cuyos habitantes aglomerados en construcciones poco higiénicas, sin aire suficiente, no obstante la privilegiada ubicación, **entre mares**, que esos barrios ocupan, sin agua bastante para sus abluciones diarias y sin espacio para su movimiento.

Retardar la creación de los **pulmones populares**, que no otra cosa son las **plazas vecinales**, en el organismo de las ciudades, muy singularmente en aquéllas de densa población, sería imprevisión imperdonable y el Estado no debería titubear en decretar, hoy, tantas **plazas de cultura física** como fueran necesarias, aunque para ello descuente, por un gran empréstito a largos plazos, el porvenir futuro, que al pueblo futuro es a quien más beneficiará con este **mirar hacia adelante** de los que llegarán a ser sus previsores antepasados.

"La Comisión Nacional de Educación Física", con sus escasísimos recursos ($ 50,000 anuales), y sin desatender las múltiples obligaciones que su complejo y vasto cometido le impone, ha querido crear y ha creado las **plazas vecinales de cultura física**, y en su iniciación ha querido ir más allá y ha ido, que su sabia gran hermana del norte.

Los **playgrounds** de Estados Unidos son centros dotados de perfectos aparatos de gimnástica o juegos libres y allí concurren libremente niños o adolescentes como simple medio de expansión o a hacer práctica sin dirección organizada, en diversos ejercicios de cultura física.

Nosotros damos a nuestras plazas una organización mucho más perfecta y mucho más amplia; nosotros las dotamos, además de los aparatos de los **playgrounds** de Estados Unidos:

De baños gratuitos fríos y calientes.

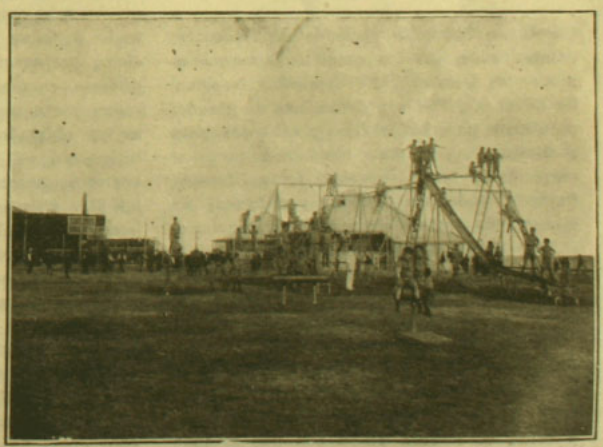
De bar, donde se expenden: frutas, leche, café, cacao, bebidas sin alcohol, etc., todo a precio de costo, sin más utilidades que aquellas escasísimas que basten a pagar el servicio del personal ocupado en esta sección.

Nuestras plazas no son sólo para los niños o los adolescentes: a ella también pueden concurrir las madres; los padres, jóvenes o ancianos, a presenciar los ejercicios de sus hijos o nietos o a hacerlos ellos mismos, que para todo ha previsto la "Comisión Nacional de Educación Física".

Nuestras plazas cuentan además con directores y profesores competentes, que dirigen racionalmente los ejercicios de esos centros, fijando a cada cual aquél o aquéllos que convengan a su salud o a su desarrollo, e instruyéndolos en los ejercicios reglamentados o libres, de manera de obtener de ellos los resultados más convenientes para obtener el más favorable éxito en pro de su perfeccionamiento moral y físico.

Estos grandes y útiles centros, constituídos en esa forma amplísima, llenan, además, en el concepto del que estas líneas escribe, un completo e inmejorable programa de educación física escolar, tanto más así, si se tiene en cuenta que los inconvenientes de los edificios escolares ni ahora ni nunca podrán llegar a reunir condiciones de higiene y de espacio al aire libre que permitan desarrollar en ellos otros ejercicios que aquellos de movimientos simples, y ello siempre dentro de un espacio limitado de condiciones perniciosas, por falta de aire puro y abundante para las vías respiratorias, contribuyendo así, en vez de evitarlo, a la propagación del mal el más desarrollado y el más terrible de todos cuantos afectan a la humanidad.

El programa escolar debería ser, pues, siempre, en nuestro concepto propio, un programa mixto, de educación intelectual y de educación física, quitándole dos horas a la primera para dárselas a la segunda, con el propósito de que los niños puedan concurrir diariamente a esos centros de cultura física al aire libre.



Los ejercicios al aire libre

Propósitos en el orden físico y en el orden moral

Definir, de un modo completo, qué es y cuáles son los propósitos y los beneficios de una **Plaza Vecinal de Cultura Física**, demandaría un libro y ello no cabe dentro de los límites de este pequeño folleto, escrito con propósito de popularizar el concepto de una plaza vecinal; me limitaré, pues a manifestar lo que yo entiendo y en mi concepto deben ser las **plazas vecinales** que la Comisión Nacional se propone fundar.

Las **plazas vecinales de cultura física** son centros de reunión que, por sus condiciones higiénicas, por la belleza de sus panoramas,

Stadium Nacional.—Vista parcial del campo que ocupará.

por lo cercano a la vivienda de los concurrentes, como por las condiciones especiales a que las someterá la "Comisión Nacional de Educación Física", dotándolas de grandes pabellones para baños fríos y calientes, para spoliarium y para bars higiénicos donde se expenderá: leche especial, frutas frescas, té, café, chocolate, bebidas y refrescos sin alcohol; de campos de sports, de gimnasios al aire libre y mixtos, de aparatos gimnásticos higiénicos y de recreo, de pistas podísticas de arco y para bicicletas de bancos bajo sombra y de plantas; también serán dotadas estas plazas de biógrafos diurnos y nocturnos, donde se exhibirán vistas educativas y de recreo altamente morales.

Por los atractivos, como por los aparatos y útiles de cultura física con que se inaugurarán estas plazas atraerán ellas de mañana, y muy especialmente de tarde, a todo el vecindario a cuyo radio estén estas plazas destinadas.

Los propósitos principales de la concurrencia a estas plazas serán: **Las niñas y los niños:** Para tomar baños de aire libre, sol y agua caliente y fría; a correr y hacer ejercicios libres; a hacer ejercicios físicos racionales y científicos; a hacer con aire con oxígeno puro gimnástica de pulmones y vías respiratorias; a hacer gimnástica general del organismo, a beber leche pura y fresca y comer frutas escogidas.

Los adolescentes y los hombres: los ejercicios anteriores y los deportes atléticos, atrayéndoles con los atractivos de la **Plaza** y alejándoles de las reuniones malsanas de los remates de carreras de caballos de los cafés, **esquinas**, tras-almacenes o despachos de bebidas u otras reuniones perjudiciales.

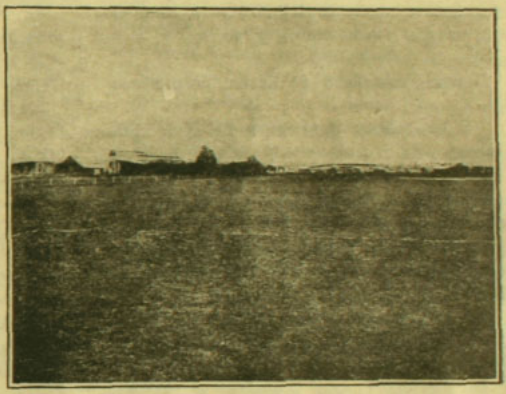
Los padres: para acompañar a sus hijos, entretenerse viendo sus ejercicios o hacerlos ellos también, que para los ejercicios gimnásticos e higiénicos no hay edades; para descansar, tomar baños y recuperar el desgaste de fuerzas del trabajo hecho durante el día.

Estos son, muy ligeramente enumerados algunos de los beneficios físicos que resultarán del establecimiento de las "Plazas Vecinales" adoptadas por la "Comisión Nacional de Educación Física". Con los ejercicios allí preconizados, el hombre se hará más fuerte, más vigoroso, más sano y resistente a todas las enfermedades; esos ejercicios prepararán mejor para resistir las pésimas condiciones higiénicas de sus moradas nocturnas a los que, por desgracia, se ven obligados a vivir en horribles falansterios, sin sol sin aire y sin agua, y así el horroroso porcentaje de tuberculosos que en los diez últimos años marcó en las casas de beneficencia pública un 62.95%! frente a las demás enfermedades infecto-contagiosas; con el eficaz preservativo y vigorizador ejercicio físico de nuestras **plazas vecinales**, ese gravísimo mal declinará de su asustadora proporción hasta que la estadística del inteligente Secretario del Asilo Luis Piñeiro del Campo, señor López Lomba, nos dé, en sus cuadros gráficos del futuro, el anhelado cero que señale la desaparición en el terrible disco de las enfermedades infecto-contagiosas, del desesperante y abrumador **sector gris**.

Las **Plazas Vecinales de Cultura Física**, serán centros vigorizadores y restauradores de fuerza y salud de las niñas y niños de nuestras escuelas públicas y privadas; allí irán los escolares a resarcirse de la forzada inacción en los inadecuados locales donde, a costa de su desarrollo y de su salud, se les mantiene inactivos durante horas, abatiendo su carácter, abatiendo su vigor ... pretexto de desarrollar su intelectualidad, como si fuera posible obtener esto de un niño sin salud o físicamente mal constituído! Allá, a esas plazas vecinales, irán esos niños a vigorizar su cerebro con irrigaciones de sangre pura; a hacerse, con la perfección de su organismo, más bueno, más culto y respetuoso, más inteligente y bello, más humano, más social, cualidades **físico-morales** que al perfeccionar la raza elevan las condiciones del hombre, por su adquirida intelectualidad, poder y dominio sobre la materia, a tan altas esferas que se debe concebir la esperanza que de allí surja la **verdad pura** que permita al espíritu revelar el principio del bien y la felicidad humana.

No son, pues, las **plazas de ejercicios físicos**, como no lo son los demás centros de cultura del mismo orden, locales sin otro propósito que vigorizar el músculo y hacer **hombres-hércules o acróbatas**, capaces sólo para luchar o levantar pesos en un casino o en un circo, como parece ser el concepto que de la educación física tienen ciertos hombres, que por la posición social u oficial que ocupan, no debieran ser capaces de prejuicios, estultez o ignorancia semejantes; ignorancia o prejuicio que les hace combatir, de hecho o por inercia, o cuando menos ser indiferentes a los esfuerzos de la "Comisión Nacional" en pro del desarrollo de la cultura física en el País. Esos hombres, no pueden, no deben, no tienen derecho a ignorar los beneficios morales, intelectuales y sociales que a la humanidad han prestado, prestan y continuarán prestando los centros de cultura física; pero no obstante su menosprecio hacia estas instituciones, ellas progresarán, mientras le presten su incondicional apoyo hombres superiores, hombres inteligentes, grantes pensadores y hombres de ciencia, concurso prestado con todo el amor y las grandes energías que sólo son capaces de emplear aquellos que durante alguna época de su vida han visto generar sus ideales y robustecidas sus fuerzas y su fe en la acción educadora de aquellos centros de cultura física.

Otro de los grandes bienes en el orden moral, de las buenas costumbres, de cultura social y respeto mutuo, muy especialmente a la mujer, será el efecto de la atracción irresistible, que en las clases populares, en las almas sencillas aún no contaminadas totalmente por los malos ejemplos, ejercen los ejercicios gimnásticos y deportivos, secundados por la propaganda tenaz, convencedora, **apostólica**, de cada uno de sus afiliados, que ejerciendo acción convencedora entre los concurrentes a los **sports** o **remates de carreras**, a las casas de juego, despachos y bars de bebidas alcohólicas, y otros centros de malos hábitos, les lleven a pasar sus horas de descanso a una plaza de cultura física, para recuperar sus fuerzas, haciendo gimnástica, higienizar su cuerpo, leer revistas ilustradas, hacer vida social, refrigerarse con bebidas sanas, reconfortando, en una palabra, su cuerpo y su espíritu, para pasar una noche buena y prepararse para reanudar, al día siguiente, contento y con toda energía, la labor obligada.



Stadium Nacional.—Vista parcial del campo que ocupará.

Descritos los propósitos de lo que son las **plazas vecinales de cultura física** y antes de entrar a la inserción, en este pequeño opúsculo de los reglamentos y programas adoptados por la "Comisión Nacional de Educación Física", creo de utilidad hacer reconocer y recomendar a los cultores algu-

Una "Plaza vecinal de ejercicios físicos" en Holanda, siglo XVI.

nas máximas y sentencias cuya adopción y práctica mucho contribuirá para completar su cultura física, moral y social.

Normas morales y de buenas costumbres

1.o Las plazas de cultura física te darán inteligencia, fuerza y vigor no para que abuses de esos dones en tu favor, sino para que los uses reflexivamente y en favor de tus semejantes.

2.o Sé bueno, culto, afable y respetuoso con tus semejantes, y muy especialmente con los niños, las señoras y los ancianos.

3.o No te dejes arrebatar por la ira, medita tus acciones antes de obrar.

4.o Sé reflexivo, no impulsivo.

5.o Usa de buenas maneras y palabras cultas, que con ello atraerás simpatías. Las maneras groseras producen repulsión y antipatías.

6.o Usa el lenguaje de las personas bien educadas y no imites el usado por la gente grosera.

7.o La riqueza en el vestir no es necesaria para atraer e imponer respeto, pero sí lo es la limpieza, la pulcritud en la persona y en sus trajes, condiciones que están al alcance de todos.

8.o No huyas nunca de un peligro imaginario ni te dejes dominar por el pánico; medita, reflexiona antes de actuar; si te encuentras en agrupación, piensa a quién tus fuerzas, tu vigor y tu vida pueden ser útiles; si hay niños y mujeres en los circunstantes, ayúdales los primeros; después ayuda a los ancianos, después a tus iguales; el último, a tí mismo.

9.o No concurras a lugares de ocio o de malas costumbres.

10. Habla siempre a tus superiores con el sombrero en la mano. No entres a local cerrado sin llevarlo en igual forma.

NORMAS HIGIENICAS

(Tomadas del reglamento de las escuelas al aire libre de Mülhausen)

¡No beses ni te dejes besar!

1.o Sé siempre ordenado en tu modo de vivir.

2.o El trabajo y el descanso son igualmente necesarios para mantenerse con buena salud.

3.o Después del ejercicio, un baño, después de baño el alimento, después del alimento un pequeño descanso, después del descanso el sueño.

4.o Toma tus comidas a horas regulares; fuera de estas horas cuida de no alimentarte.

5.o Mientras comas, trata de estar tranquilo; mastica muy bien los alimentos.

6.o Cuando no te sientas bien, suspende la comida un día o dos; bebe mucho, y bebe sólo leche como alimento hasta sentirte nuevamente bien.

7.o Acuéstate temprano y no en lechos demasiado blandos.

8.o Debes dormir de ocho a diez horas, apenas despiertes, de mañana, tírate de la cama; vuelve colchones y cobertores, para que se aireen.

9.o Mantén tu cuerpo en perfecto estado de limpieza. La piel pulida no es sólo un embellecimiento del hombre, sino que así nos libra de múltiples enfermedades.

10. Lávate las manos a menudo, muy bien y con jabón antes de comer y tocar los alimentos.

11. Cuando menos una vez por semana en invierno, deberás darte un baño de agua tibia y jabonarte de pies a cabeza. En verano báñate, cuando menos, una vez por día en agua tibia o fría, o en el mar. No tomes el baño si no te sientes bien, ni cuando tengas la comida en el estómago, ni cuando estés sofocado o transpirando.

12. Los baños de limpieza e higiénicos deben ser siempre tibios. Empieza por mojarte bien antes de jabonarte, quítate el jabón con agua tibia y baja la temperatura de ésta gradualmente, hasta que los poros

de la piel se cierren nuevamente; así te evitarás resfríos.

13. Enjuágate a menudo la boca, y haz gargarismos, muy especialmente lo primero después de cada comida. Límpiate los dientes con cepillo de mañana y de noche antes de acostarte. Hazte observar los dientes por un dentista, a lo menos una vez por año. Esto no sólo preservará tus dientes sino que te evitará muchos otros males.

14. Todo tu vestir debe estar limpio, muy especialmente tu ropa blanca.

15. No uses, para beber, recipientes con los cuales otros hayan bebido, sin limpiarlos cuidadosamente antes.

16. No te humedezcas los dedos para volver las hojas, ni, muy especialmente, hagas uso de ese medio para contar papel moneda.

17. Cuando tosas, colócate la mano sobre la boca. No escupas nunca en el suelo.

18. Purifica siempre el aire de tu habitación; el aire puro y la luz del sol son tan necesarios como los alimentos.

19. Esfuérzate siempre en respirar por la nariz; en un ambiente polvoroso es esto una costumbre que preservará tus pulmones de enfermedades.

20. Mantente siempre derecho. La posición recta da un aspecto bello al cuerpo más fuerte y resistente.

21. Aspira a diario, muy especialmente de mañana, aire puro, forzándolo hasta lo más recóndito de tus vías respiratorias. Ten cuidado de no hacerlo en lugares malsanos, donde se haya dormido o donde haya enfermos. Hazlo en las playas, plazas o en los parques, u otros lugares igualmente sanos. Esto fortalece los pulmones, ensancha el tórax, y oxigena la sangre, expulsando del cuerpo materias gastadas o malsanas.

22. Cuando leas, escribas o hagas labores manuales, siéntate, como se te ha enseñado en la escuela.

23. Los ejercicios físicos que hagas, deben ser cuidando las prescripciones de los profesores de cultura física.

24. Sé prudente al jugar y haz que el juego no degenere jamás en actos groseros que perjudiquen a tus compañeros y a tí.

25. Los golpes al bajo vientre, a la cabeza y muy especialmente a las orejas, pueden producir lesiones mortales.

26. Ten mucho cuidado con los ojos. Cada año numerosos niños quedan para siempre ciegos, por mal uso de tenedores, cuchillos, cápsulas explosivas, pólvora, flechas y piedras.

27. Abstente, cuando estés sudando, de bebidas frías, o tómalas a sorbos para que se entibien en la boca. Evita los enfriamientos bruscos.

28. Avisa a tus padres o maestros, cuando te sientas mal o sufras dolores en cualquier parte del cuerpo, especialmente al tragar, o al toser, o cuando veas o sientas menos que tus compañeros.

29. Hazte limpiar y curar cualquier herida por leve que ella sea.

30. No te unas a personas que tengan enfermedades contagiosas, no toques sus objetos. Si tú tienes una enfermedad de esa clase debes retirarte de los demás.

31. No bebas agua ni leche sin hervir, cuando no conozcas su procedencia.

32. Cámbiate el calzado y las medias cuando las sientas húmedas.

33 No uses nada muy estrecho al cuerpo, como corsés, cinturones, cordones del calzado, cuellos altos o apretados.

34. No introduzcas al oído puntas de fierro o madera u otro objeto igual; cuando tengas secreciones en las orejas ve inmediatamente al médico.

35. No toques tus ojos con objetos no bien limpios.

36. Si un cuerpo extraño se te introduce en un ojo, no te refriegues el párpado, da vuelta al párpado superior y si el objeto no sale de inmediato ve al médico sin tardanza.

37. Trabaja sólo con luz clara y que no oscile, nunca con una luz que no sea fija o dé mucho calor; no trabajes a la luz incierta de la mañana o de la tarde. No leas malas impresiones.

38. Antes de resolverte a adoptar una

Vista panorámica de una parte del campo antes de instalarse en él la primera Plaza de Cultura Física de la República

profesión, consulta al médico si tu cuerpo, en general, o si tus ojos, especialmente, te permiten adoptarla.

39. Abstente de bebidas alcohólicas, especialmente de aguardientes. El uso habitual del alcohol no sólo enferma al hombre, sino que lo hace malo. Casi siempre los delincuentes son bebedores. Para los niños cada gota de alcohol es un veneno.

40. El uso del tabaco, en la niñez, produce grandes y dañosas perturbaciones en el organismo.

41. No leas libros malos o muy emocionantes; corromperán tu cuerpo y tu alma.

42. Domínate a tiempo. Que los caprichos y los deseos no te manejen. No te abandones a pensamientos melancólicos o de tristeza. Un trabajo serio y los ejercicios físicos te quitarán los disgustos. Un humor igual y pacífico te aseguran de la mejor manera la salud del cuerpo y del alma.

43. **Cultor**, si alguna de estas reglas higiénicas no fuesen por tí entendidas, acude a tus profesores que te las aclararán.

Colmenar del Instituto Real de Apicultura en Enlangen (Alemania).

La casa de las mil hermanas

Por

Heriberto Frommherz

Con ilustraciones

Lo que sabemos de cierto, de profundo, sobre la vida íntima de las abejas, de esta actividad incesante en las tinieblas, lo positivo que conocemos de la biología de estos pequeños séres en su república diminuta, no es mucho, comparado con lo que nos falta por aprender todavía. Persisten aún muchos errores y tradiciones equívocas en la mente de algunos apicultores y campesinos. Fuera de sus principales rasgos y de los actos visibles de su febril industriosidad, casi ignoramos los misterios biológicos que encierra la vida íntima de las hijas de Aristeo. Nos sucede en esto algo parecido a las demás investigaciones científicas a que se dedica el espíritu observador del hombre moderno; aumentan los misterios a medida como tratamos de penetrar al fondo del enigma. ¿No nos pasa igual cosa con toda nuestra ciencia de la vida en general? Son tantas **las maravillas reales de la colmena** que no tenemos para qué buscar verdades imaginarias y rasgos legendarios, constituir hipótesis y anécdotas. Es preferible y más provechoso mirar con sus propios ojos y abrir una colmena en plena actividad primaveral e impregnarse de la atmósfera, del encanto y del perfume delicioso de la esencia floral, recolectada en los millones de cálices multicolores, abiertos, que brindan todos los ámbitos de la campiña.

Una hora de estas mañanas preciosas de primavera, en nuestra Quinta Normal, con el sol radiante, que pasemos en medio del colmenar, que está en un rincón de sus anchas avenidas, nos enseñará verdades y maravillas llenas de delicia, de poesía y de grandeza. Estas vírgenes laboriosas nos responden menos complicadamente que mu-

Algunos parientes cercanos del género Apis de nuestra abeja común. (Apis mellifica)

chos otros enigmas de la naturaleza en general, a las preguntas filosóficas que les podemos hacer sobre la naturaleza y el misterio de la vida en nuestro planeta. Las abejas, en las rutas aéreas que recorren desde que despunta el sol por el oriente hasta las horas del soñador crepúsculo, le dan a este rinconcito poético un significado nuevo que nos indica mucho sobre las preocupaciones constantes de la naturaleza omnipotente, de las relaciones estrechas entre los tres reinos de la naturaleza. Aquí es donde podemos ver los hilos que dirigen y manejan la organización admirable de la vida, la moral del trabajo incansable y desinteresado. La grandeza de la naturaleza no está en las suposiciones con que rodeamos sus misterios, sino en sus maravillas reales, que a menudo dejamos sin darles importancia, porque todos los días pasamos palpando su existencia.

Podemos suponer que el lector que nos acompaña ha oído hablar mucho de las leyes sabias que rigen en la república de estos Himenópteros. Seguramente ha leído mucho también de las costumbres inteligentes, del genio, de los misterios, de la ciencia y también de la previsión instintiva e innata en cada uno de este pueblo de insectos alados. Temo por esto que la primera impresión sea la de una decepción general al contemplar aquel montículo confuso, pegado, que está casi inmóvilmente colgando de los panales y en que se distinguen sólo sacudidas lentas, movimientos pausados, incoherentes e incomprensibles. En esta aglomeración aparentemente confusa no se reconoce a las "blondas avecillas" del venerable maestro Ronsard, que momentos antes habíamos visto brillantes como rayos de luz, cómo volaban y saltaban sin cesar en el ambiente alegre y asoleado del jardincillo primaveral, como mensajeros poéticos entre las flores abiertas a su visita amorosa. Sólo a trueque de larga observación se distinguen los múltiples fines de esta actividad y verdadera fiebre de trabajo. Para comprender realmente los detalles bien organizados y la disciplina de la vida del trabajo admirablemente bien distribuído, es necesario que el lector deje por unos momentos dar vuelo a su fantasía y se imagine un sér análogo a las decenas de miles que vemos en nuestra colmena, tumultuosa por el ruido de los cien mil pares de alas que adentro se agitan febrilmente. Ignoramos de qué manera las abejas obreras pueden ver y concebir en su cerebro de insectos, que es el más perfecto, complicado y capaz que existe en la naturaleza después del hombre, lo que pasa a su alrededor, porque no sabemos ni conocemos cómo se efectuó el reflejo de su mundo diminutivo, en los veintiséis mil ojos del zángano o en las nueve mil setecientas facetas o caras de cada uno de los ojos laterales de la abeja obre-

Cerezo en plena flor, visitado por millares de abejas.

ra, que ofrecen el aspecto del tallado de un brillante finísimo. Cada una de estas diecinueve mil cuatrocientas facetas de los ojos está unida al cerebro por un nervio que establece la comunicación con el centro de sensibilidad. Pongámonos entonces en el caso de una abeja y miremos todo el mundo de la colmena como si fuésemos del tamaño de una de sus habitantes.

Se nos presenta entonces un edificio gigantesco de las proporciones de la Basílica de San Pedro, de Roma, de altura, ancho y demás proporciones fantásticas. De lo alto del techo-cúpula bajan hasta el suelo gigantescos muros divisorios de cera, construcciones geométricas de admirable exactitud matemática, de colosales proporciones, que por la enormidad y osadía así como por la exactitud y precisión, no tienen sino comparación con los rasca-cielos más enormes que edificó el ingenio humano de hoy día. Cada uno de estos muros construídos con material blando contiene cientos de miles de celdas llenas de provisiones, crías y tesoros recolectados en ardua labor de la despensa inagotable de la naturaleza. En estas paredes gigantescas, verticales y paralelas, que están suspendidas en la obscuridad completa, cual muros ciclópicos, los habitantes de este inmenso palacio de cera han depositado los portadores del amor de las flores primaverales, los granos infinitamente pequeños del polen de color amarillo, azul o verde dorado, gris claro, hasta café obscuro o granate, que puede variar hasta el rosado más pálido y que han aportado en su tarea incansable de las proveedoras de albúmina y materias grasas que les dispendia la madre cuidadosa que todos los séres del orbe veneran en la naturaleza. Así una planta de maíz, por ejemplo, contiene alrededor de cincuenta millones de granos de polen en sus antenas, la flor de un sauce puede albergar hasta cuatro millones y la

Panal-nido construído por una variedad de Avispa gigantesca.

Nido de la avispa común colgado libremente en una rama de árbol.

modesta flor del diente de león contiene doscientos cuarenta y tres mil seiscientos de estos átomos del amor floral. Este polen es recogido por las abejas en inmensas cantidades, especialmente en tiempos de la formación de la cría. Por esto los panales ofrecen en la actual época muchas veces el aspecto de una paleta de pintor, puesto que los distintos matices del polen almacenado en las celdas forman un conjunto muy pintoresco y poético. Se ha calculado cada carga que transporta la abeja en cada uno de sus vuelos, de los cuales puede efectuar hasta cincuenta diarios, en cien mil granos, que pueden representar un peso igual o superior al peso propio de la abeja. Es notable que en el mismo vuelo sólo recoge el polen de una sola clase de flores y así la vemos volver cuando nos estacionamos en la entrada de la colmena cargada con un bulto amarillo, verde, rosado, o granate, al cual tiene pegado en el metatarso de sus patas posteriores. Por ejemplo, ahora que las abejas están visitando los millones de flores de los castaños que existen en las avenidas de la Quinta Normal, vuelven a la colmena con pantalones de color carmín precioso. En las celdas mismas se deposita el polen sin distinción de procedencia. Cada celda puede contener hasta dos millones de granos de polen, que forma una parte esencial del alimento de la abeja, y se puede comparar tanto por el rol que le corresponde en la alimentación como por su consistencia química, con el pan nuestro.

Un célebre sabio y observador de abejas, von Berlepsch, en Alemania, ha visto

Panales de una avispa africana conforme fué encontrado por un explorador del centro de ese continente.

entrar en un solo día de primavera a una colmena cincuenta y cuatro mil ochocientas setenta abejas, cada una transportando en sus patas su respectiva bolita de polen, que sumaron en conjunto más de dos libras. Estando llena una celda de las veinte y tantos mil que se destinan a graneros de polen, a almacenes del perfume de la campiña florida, las abejas las tapan con una delgada capa de miel que sirve para conservar la deliciosa y valiosa provisión. Este sello de miel no será violado sino en días críticos, de verdadera penuria, de hambre.

Nuestra colmena es el escenario de todas las funciones vitales apícolas, de toda la alegría del trabajo que tiene su expresión en el ruido sonoro producido por los cien mil pares de alas que se agitan en constante movimiento, ruido que podemos percibir fácilmente al acercar nuestros oídos a una colmena durante cualquiera hora del día.

Alberga esta mansión también la tristeza y los sufrimientos que, así como la alegría, suelen afectar, como a los hombres, a estos seres diminutos, que nacen para trabajar y que mueren extenuados por el constante agotamiento de sus fuerzas físicas en una ardua labor que no conoce descanso en ningún instante del día ni de la noche. Sabemos que en el verano no pasa ninguna abeja más allá de los cuarenta días de vida y sólo las que nacen antes de entrar el invierno, cuando cesa la postura de la reina, perduran en las inclemencias y los rigores de esa estación.

El hombre ignorante o egoísta, para acapararse del fruto del trabajo ajeno, llega en otoño para coger los tesoros almacenados como ofrenda en este templo del trabajo, donde todos viven por todos, trabajan y mueren por todos, para dejar el paso a las nuevas generaciones. El hombre sin piedad alguna destruye la arquitectura maravillosa de este palacio de cera y mata con sus manos ciclópeas a la mayoría de los insectos que la ruda tarea del verano no ha hecho perecer todavía, en el deber misterioso de su raza.

Pero seguiremos en nuestra observación, para encauzarnos en los misterios de la colmena, siguiendo paso a paso la historia biológica anual de los episodios principales de la vida y de la actividad de sus habitantes. Son cuatro las grandes etapas en el orden natural de la vida apícola, a saber: La separación del enjambre, y la fundación y formación por este enjambre de una nueva familia en otro sitio; el vuelo nupcial de las reinas vírgenes, y la postura efectuada por la reina fecundada; después la matanza de los príncipes consortes (zánganos), y por ende los preparativos para el sueño invernal. En estos episodios que van desarrollándose en nuestro clima de Chile dentro de ocho meses, se concentran todas las actividades, las inteligencias, el ingenio y ensueño, la vida y la muerte de las cuatro o cinco generaciones que alcanzan a nacer durante este período. Esta colmena es la cuna y el lecho de muerte de medio centenar de miles de estos seres vírgenes, que han renunciado a las dichas del amor para extenuarse en una labor ardiente y desinteresada, en la cual mueren agobiadas por la tarea que les impone el deber y el instinto misterioso innato en ellas por la conservación de la raza.

Volvamos después de estas consideraciones de orden social a dedicarnos de lleno a nuestra colmena, que se encuentra en vísperas de la formación del enjambre.

El invierno muy benigno que tuvimos este año, ha facilitado la recolección de polen y néctar de los aromos, sauces, juncos, violetas, y avellanos, más temprano que en otros años y la reina-madre ha podido dar nacimiento a muchos millares de obreras y zánganos, porque los graneros y almacenes estaban abarrotados de alimentos y provisiones.

Los panales ya no tienen más cabida para nueva cría, polen y el almacenaje de miel; la naturaleza, sin embargo, exige la multiplicación y la reproducción de la raza, para conservarla y propagarla y así se impone al pueblo la necesidad de abandonar los tesoros acumulados en el palacio para ir lejos, a la ventura, a la pobreza, al sacrificio, a la penuria y la incertidumbre. Este es otro enigma que nos presenta la inteligencia de este pueblo lleno de maravillas, otro fenómeno de los tantos con que

la naturaleza ha sembrado el camino del destino y de la organización misteriosa e incomprensible de la vida, muchas veces tan contraria a los instintos, tendencias y sentimientos de la especie del "Homo sapiens" que representamos nosotros, querido lector.

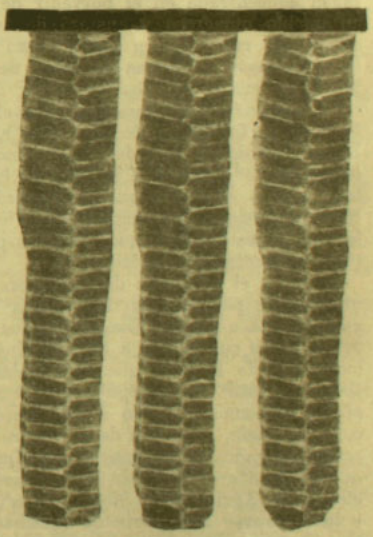
La hora de este destierro voluntario ha sido larga y detenidamente estudiada en el **Consejo de Estado** de la colmena: una animosidad febril, conocible para el observador experimentado por el extraño ruido distinto al de costumbre que emana de las entrañas de la mansión insólitamente agitada, da a conocer el propósito de enjambrar en una de estas mañanas deliciosas de sol primaveral que pasamos en medio del colmenar de la Quinta Normal. Desde la víspera y antevíspera están hechos los preparativos en todos sus detalles y cada una de las obreras que están destinadas a emigrar del hogar maternal en torno de la vieja soberana-madre, se ha llenado antes su estómago (papo), con miel, con el fin de alimentarse y producir cera durante los días en los cuales las preocupaciones de otro orden le impedirán la recolección de este alimento en los mil cálices de las flores del campo cercano.

De esta misma miel emanan más tarde, por medio de procedimientos químicos cubiertos todavía para el hombre con el velo del misterio, en la nueva mansión la cera con que comienzan su nueva construcción. Del mismo modo llevan consigo la **propólis**, substancia de color verdoso y de consistencia resinosa, por medio de la cual lograrán más tarde calafatear las aberturas superfluas de su futura morada, todavía desconocida a ellas mismas. Sin esta previsión prodigiosa, quizás les esperaría aún más la aventura, el hambre, el frío y la muerte, pues jamás volverán a su antigua casa, una vez que hayan salido con el enjambre y si la inclemencia de la noche, el frío o una lluvia inesperada diezmara a las abejas emigrantes, no pedirán socorro a nadie, sino preferirán morir hasta la última en cumplimiento de un deber sagrado, cual los defensores de las Termópilas, en torno de Leonidas.

Han sido designados por el "**Consejo**" de esta república de abejas los varios miles de obreras que deben quedar en la antigua mansión que abandona el enjambre, para cuidar y alimentar los muchos miles de huevos y larvas anidados en las celdas y también a la decena de jóvenes princesas todavía en la metamórfosis y que están destinadas a suceder a la reina emigrada en el trono de la abnegación y de la maternidad sagrada, que ha renunciado a ver el sol y a beber el néctar de las flores por cumplir con los mandamientos de la ley de la Naturaleza.

El día de la enjambrazón es el único rato de fiesta y de descanso aparente, de regocijo y de olvido de las tareas pesadas de antes. En este día hay un constante ir y venir, salir y entrar y una excitación que nos hace desconocer a estas pacíficas prisioneras del sacrificio y de la castidad. Sin embargo, hoy son completamente inofensivas y se dejan coger por las manos del hombre, y ni piensan que tienen en su estilete afiladísimo un arma poderosa y vulnerante en extremo, llena de un veneno que es capaz de matar aun a los animales más fuertes y a los enemigos más temibles. Piensan hoy sólo en el porvenir, en no apartarse de su reina, que es la esencia de esta esperanza inmutable y de ese sagrado deber de la conservación y del porvenir de su raza.

Reina hoy una confusión inconcebible y un desorden nunca visto en la colmena, que aumenta poderosamente la temperatura del interior. Cada una de las obreras destinadas a emigrar parece invadida por una fiebre intensa, que hace vibrar todo su organismo, y que a su vez produce este calor en la colmena que a veces llega a peligrar la existencia de todos los muros de cera, que se ablandan y se tuercen ante esta at-



Panales de nuestra abeja común, cortados perpendicularmente para mostrar la posición natural de las celdas, un poco inclinadas hacia arriba para evitar la desparramadura de su contenido de miel líquida.

mósfera pesada y afiebrada. El espectáculo es emocionante a la vez que grandioso para quien conoce "de visu proprio" la calma y el orden que reina en los días normales; una agitación nerviosa y un ruido ensordecedor, que contrasta vivamente con el silencio habitual apenas alterado con los movimientos rápidos de tantos miles de alas vibrantes.

Dada la señal de evasión, las abejas que forman el enjambre evaden la colmena de un empujón súbito y tan poderoso, que todo lo que da el ancho del umbral de la puerta se les hace poco para el chorro de la masa negruzca que en sección doble o triple sale de la colmena. Este ovillo de cien mil alas transparentes y agitadas luego se reparte, flotando alrededor del colmenar, primero para lanzarse sin rumbo alguno, para dirigirse luego después en una masa compacta a donde se ha dirigido la reina. Ahí queda tranquilamente suspendido en forma de un largo y grueso racimo en contorno de la reina-madre, que representa para ellas la más sagrada esperanza concentrada en el porvenir de todo un pueblo numeroso y ansioso de fundar una nueva república en pocas horas más. Luego vemos partir una comisión de abejas a los cuatro vientos, en busca de un sitio adecuado para comenzar ahí el trabajo de la fundación de un nuevo hogar. Las demás siguen colgadas del racimo, embriagadas todavía por el espíritu de la fiesta y por la confianza que nada puede alterar en este único domingo que conoce la vida de estos seres, que viven en perpetua y voluntaria castidad.

Enjambre de primavera colgando de una rama de árbol en la Quinta Normal

Tenemos el propósito de seguir en algunos relatos paso a paso la historia biológica de esta nueva familia, adaptados estos artículos en sus etapas a los episodios primordiales de la vida que vemos desarrollarse en esta nueva república. Para este efecto le hemos ofrecido al enjambre una colmena vacía, para que de su lugar donde estaba colgado, en un gancho del almendro que da frente al local de la Sociedad Nacional de Agricultura, venga a instalarse e incorporarse a la serie de familias apícolas que alberga el colmenar en este rinconcito poético de nuestra Quinta Normal.

Hemos captado la reina-madre, la hemos colocado cuidadosamente dentro del nuevo palacio, cuyos muros principales están ya hechos por la mano del hombre. Atraídas por el llamado especial que produce la reina, inmediatamente todas las abejas se dirigen en larga romería al sitio donde está la madre venerada y forman en su derredor grupos animados por una solemne alegría, que tiene su fundamento en la realización de sus anhelos más sagrados. Luego comienzan a hacer excursiones de exploración minuciosa, investigando y examinando hasta el último y más obscuro rincón de su nueva morada; en seguida salen y vuelan en derredor de la colmena, para fijar inmutablemente en sus veinte mil ojos el sello exacto de la situación del nuevo hogar y nunca más se les borrará de la mente la fotografía, por decir así, de su domicilio, hasta el momento que cada cual perezca agobiada por los nuevos deberes y los nuevos sacrificios que comenzarán tan pronto se pone el sol de este único día de fiesta y ocio que conoce la vida de las obreras vírgenes. Ahí comienza, junto con la aurora del día siguiente, una vida nueva, sin más base económica que la ardiente voluntad del trabajo, sin más abrigo que las cuatro paredes que le sirven de muros y techo a esta nueva habitación

Ellas han dejado atrás opulencia, tesoros incontables de preciosa esencia de flores, han abandonado inmensos graneros de polen y cera, y toda la generación nueva de sus miles de hijas adoptivas en metamórfosis en las celdas del antiguo palacio. Se han lanzado a una nueva vida aventurada, a una existencia más que problemática en esta morada fría, desierta, desnuda y sombría, en que hemos dado albergue a estas vestales del templo del trabajo.

Ahí dejamos a estas cincuenta mil "avecillas blondas", que, como dice Ronsard, "llevan un gentil corazón en un pequeño cuerpo".

LA NOVIA MUERTA

(Traducido del francés por Laura Carrasco Stuardo)

Una absurda historia romántica a la manera de Valtierra.

Por

Paul Parfait

Con ilustraciones

El viajero que sale de Palermo por la puerta Nueva, y sigue el camino Monreal, no tarda en encontrar a su derecha un célebre convento de capuchinos. Este convento de apariencia sencilla y que, por su exterior, no se distingue de los numerosos establecimientos religiosos que lo rodean, es uno de los más ricos, no diré solamente de la Sicilia, sino de toda Italia. Los extranjeros que lo visitan no son atraídos por el deseo de ver las obras de arte, los vasos, los copones cincelados y las urnas de oro, que guardan algunas reliquias de santos; no se detienen a comentar los ex-votos ingenuos suspendidos alrededor de la puerta de entrada, ni a descifrar las máximas que la mano de los monjes ha escrito bajo los viejos cuadros ennegrecidos; no; atraviesan rápidamente los grandes patios, porque más allá hay un espectáculo curioso, un recuerdo íntimamente profundo que todos vienen a evocar.

En los subterráneos del claustro se extienden largas galerías rectangulares. De trecho en trecho, las aberturas en la bóveda para dar entrada a la luz, tornan las claridad diaria opaca y descolorida. Se baja por una escalera de mármol de treinta gradas, y en estas galerías subterráneas es donde los monjes amortajan a los hermanos y a los personajes que, en sus legados piadosos, se recomiendan a sus cuidados.

¡Extraña sepultura! Uno de los sótanos del convento tiene la propiedad de conservar los cadáveres. Se les deja allí, lejos del aire y de la luz, los pies, los puños y las mandíbulas atados para evitar las contracciones nerviosas. Al cabo de algunos meses la disección es completa, y el cuerpo momificado, queda en estado de ir a ocupar el lugar que le ha sido reservado en los otros sótanos, entre los millones de cadáveres que los pueblan.

¡Oh! es un fantástico cuadro este vasto osario! y todas las pinturas que el pincel o la pluma pueden hacer, dejarían muy lejos la inimaginable e indescriptible realidad.

Los cadáveres están colocados de pie en largas filas, ya en dos hileras, ya en tres, y el cuerpo embutido en nichos estrechos y groseramente tallados, con los pies apoyados sobre una delgada tablita. La mayor parte están envueltos en una tela obscura; un cordón pasado al rededor del cuello los sujeta a la muralla y de sus manos puestas sobre el pecho cuelga una tarjeta indicando su número de orden, su nombre, su condición y edad. Hay ataúdes de todos tamaños, de todas formas y más o menos ricos en adornos, que encierran los restos de la aristocracia palermina, y estos cofres sobrepuestos al largo de los enlosados, se usan como bancos en este museo de la muerte.

¿Quién lo creyera? La primera mirada sobre este fúnebre espectáculo produce una impresión extraña, pues el horror que causa es muy raro, muy increíble para que se pueda formar una cabal idea.

Poco a poco, la mirada se acostumbra a esta vista que hace soñar. Y, como el hombre apenas comprende la existencia del cuerpo sin el alma que le hace sentir, trata de conocer la vida de estos esqueletos, de descifrar en sus facciones el secreto del pasado; pero lo que lee en sus ojos vacíos, donde la araña teje su tela, en sus cráneos desnudos, donde el polvo de los tiempos se ha amontonado, es la inmutable nada de las cosas humanas!

¡Osamentas, y nada más! Y esos cuerpos inanimados han tenido un corazón y una razón, como nosotros, se han agitado y han sentido el dolor y la alegría como nosotros; esas mejillas semi-roídas fueron blancas y rosadas; estas facciones espantosamente contraídas, antes han sonreído; sus labios desmesuradamente abiertos, que parecen llamar sin cesar la vida que les ha huído, estos labios han murmurado amorosas palabras, han cantado, llorado, besado, orado!

Imposible imaginar los cuidados a la vez piadosos y sacrílegos de que son objeto algunos muertos. Se les visita, se les saluda en sus onomásticos; de tiempo en tiempo se les regala ropa nueva, y se les hace acomodar los huesos torcidos. Cada año, en Todos Santos, se les adorna con los trajes que acostumbraban llevar cuando vivían: el guerrero ciñe una vez más su espada, y el abogado vuelve a tomar su túnica; se les pone ropa blanca, cintas y flores al costado y después, al resplandor de los cirios, los parientes y amigos vienen a orar a sus pies.

Pero lo que más impresiona en las catacumbas del convento, es la sala reservada a las mujeres. No están de pie, como los hombres; están acostadas sobre ricas telas, en ataúdes sobrepuestos, así como las camas de los camarotes de un navío. Tapas de cristal las cubren. Mientras los otros muertos llevan sayal todo el año, estas están vestidas con sus más hermosas toilettes. Brillan alhajas sobre su piel ennegrecida, y las doncellas tienen una corona de flores blancas sobre sus frentes calvas. Toda esta seda y todo este brocato pasado, estos trajes de pliegues amplios que tratan de figurar todavía formas que ya no son, estas rosas marchitas y esos encajes polvorientos, son cien veces más horrorosos al contemplar que la muerte fría y desnuda.

Alguien ha dicho que un ataúd de esta sala está maldito. Se adivina que un cuerpo ha debido reposar sobre el cojín de seda que lo tapiza; pero ese cuerpo hace largo tiempo desapareció, y, ningún otro en adelante debería reemplazarlo.

A esta caja mortuoria se refiere la extraña leyenda que se va a leer.

I

Hace ya cincuenta años, Anita Felice, era una de las más lindas niñas de Nápoles. Jamás mirada más límpida había lucido bajo más largas pestañas; jamás cabellos más negros habían ceñido una frente más hermosa. Agregad a esto que era tan buena como bella, lo que equivale a ser dos veces bella.

Anita había venido al mundo antes de tiempo, y a su primer grito había respondido el último suspiro de su madre. Infinitos cuidados fueron prodigados a su infancia y no obstante su apariencia de salud, era un poco débil y enfermiza y tal vez por eso, a los diez y nueve años parecía que sólo tenía diez y seis. Algunas veces sus labios palidecían, una pequeña

mancha roja aparecía en sus mejillas y la pobre niña se sentía desfallecer. El médico sólo atinaba a decirle a su padre: Evitadle toda emoción.

El padre de Anita tallaba el coral, y tenía un almacén de joyería en los alrededores de Castel-Nuovo. El buen hombre adoraba a su hija. Todo lo que su corazón le había sugerido lo había hecho para reemplazar al lado de Anita el tierno apoyo que siempre le había faltado. Era él quien la había mecido cuando niña; era él quien se las había enseñado; había formado temprano su joven corazón y se gozaba viéndola crecer en la virtud.

En ese mismo tiempo vivía en Nápoles un joven y honrado pescador que se llamaba Carlos. Era un huérfano que Felice había protegido desde la infancia y lo había hecho un hombre trabajador. Anita había terminado la obra comenzada por su padre, pues, gracias a ella, Carlos era un compañero de bondadoso corazón.

Y aunque no queremos bordar una historia romántica, debemos decir que los dos jóvenes se amaban con un casto y profundo amor. No se lo habían jamás confesado, pero no se lo ocultaban tampoco.

El padre dejaba a estos inocentes niños hablarse con los ojos, seguro de ellos como de él mismo, y no le desagradaba la idea de llegar a tener a Carlos por yerno, pues quería, ante todo la felicidad de su hija.

Casi siempre en la tarde, cuando declinaba el ardiente calor del día, Carlos llevaba en su barca a Félipe y a Anita, y los tres atravesaban el golfo en agradable conversación. Algunas veces también—tardes dichosas!—Felice, retenido en su casa, dejaba hacer solos este paseo a los dos jóvenes.

Así, pues, el presente les era feliz y el porvenir les sonreía.

No habían pasado dos meses desde que Carlos y Anita estaban comprometidos, cuando una mañana el conde Rafael vino a comprar alhajas al almacén de Felice.

El conde Rafael era un joven señor, que era temido de la sociedad napolitana por sus conquistas amorosas. Su fisonomía un poco dura y yo no sé qué de feroz en su mirada, suscitaban la repulsión en su contra; sin embargo, como sabía decir una galantería de la manera más delicada y nadie como él tenía la fama de saber engañar ya a un tutor o a un marido, las *signoras* y las *signorinas* de Nápoles lo miraban con indulgencia, y muy pocas de entre ellas habrían rehusado darse al diablo en compañía de un tal caballero.

La experiencia que el conde tenía adquirida en amores le había dado el don de descubrir la belleza, y tan es así que no venía sin razón a escoger alhajas en uno de los más humildes almacenes de Nápoles.

Se puede suponer aún que no fué casualidad que se presentara en los raros momentos en que la joven estaba sola. Después de hacerse mostrar por ella, muchos anillos y collares, para tener la ocasión de repetirle que tenía las manos adorablemente bellas, y hacerla sonreír, para jurarle que tenía los más bonitos dientes del mundo, Rafael se fué sin haber escogido nada; prometiendo volver al día siguiente para decidirse respecto a las compras que deseaba hacer. Anita se sintió turbada en presencia de este hombre y tuvo cuidado de retener a su padre en la casa, pero el conde no vino. Volvió días después, cuando Anita estaba sola otra vez.

Las visitas de Rafael continuaron.

Anita, sin darse cuenta de los secretos pensamientos que asaltaban su espíritu, sentía pasar alrededor de ella una atmósfera fatal. Al lado de Carlos, seguramente se habría sentido más animosa, pero su amigo había partido hacía algunos días a la pesca del coral, y le parecía estar sola y abandonada. Su padre estaba ahí, es verdad, siempre animado de una ternura y bondad igual, pero ¿cómo comunicarle estos temores vagos? ¿A qué asustarlo e inquietarlo sin razón tal vez? Anita calló, y Rafael, más y más asiduo, la seguía constantemente: en el almacén, en el paseo, en la iglesia, por todas partes se encontraba al lado de la joven, con su fría y eterna sonrisa.

Una tarde en fin, después de haber hecho veinte veces el inventario del pequeño almacén, el conde resolvió acabar esta intriga vulgar, y dijo:

—Anita, no os diré que os amo, pues no es necesario que mis labios repitan, lo que mis ojos os han dicho tantas veces. Vos sabéis, que soy rico y noble, y vengo a poner a vuestros pies mi fortuna y mi corazón.

Al oír estas palabras, la joven se estremeció; el conde quiso tomarle la mano, pero ella la quitó vivamente y dió un paso para retirarse.

—¡Oh! por favor, dijo el joven, escuchadme.

Anita con voz que trataba de hacer firme.

—Ya he escuchado bastante, monseñor, dijo

Y dió un paso más. Rafael se adelantó.

—¡Ah! comprendo; sin duda os habrán dicho que yo hago un juego del amor, y pensaréis que lo que os digo, ya lo he dicho a muchas otras antes que a vos y creeréis que mi corazón es inconstante, incapaz de una afección sincera.

—Todas esas palabras son inútiles, monseñor, interrumpió fríamente Anita, no tenéis nada que esperar de mi.

—¿Nada?... dijo el conde ¡Oh! os suplicaré tanto...

—Es necesario renunciar, monseñor, a pedirme un amor que no me pertenece. Hace ya tiempo que he dado mi palabra a otro.

—Anita, lo que decís no hace sino aumentar el delirio de mi pasión. Tengo, pues, que disputaros a un rival!

La mirada del conde relampagueaba.

—Terminemos ya, dijo la joven, emocionada. No tratéis de perseguirme más tiempo; no puedo y no podré jamás amaros.

—¡Entonces me rehusáis! dijo Rafael con voz sorda.

—Os ruego que ceséis de venir a esta casa.

—¡Encantador! estoy curioso por saber quién defenderá el umbral de esta puerta.

—Será mi padre, monseñor.

—¿Vuestro padre? ¡Muy bien! yo sé como debo obrar.

Dichas estas palabras, el conde echó bruscamente su capa sobre sus espaldas y salió lanzando a la jóven una mirada cargada de amenazas, que la dejó helada de terror.

Anita estaba todavía temblando cuando entró su padre. Corrió a los brazos del viejo y bajo el beso paternal, las lágrimas saltaron de sus ojos.

—¿Qué tienes, niña mía? dijo Felice emocionado al ver la turbación de su hija.

—¡Ah! mi buen padre! escuchad el primer

secreto que he tenido para vos. Y con voz débil. Anita le contó con todos los detalles las numerosas visitas del conde y esta última entrevista, que la había dejado casi muerta de terror.

Felice apretaba los dientes y el sudor brotaba de su frente al escuchar el relato de su hija.

—¡Oh! ¡el miserable! dijo apretando los puños, ¡el miserable!... ¡pero me vengaré!...

—¡Ah! os suplico, padre mío, no lo intentéis, el conde es tan poderoso! Pensad que en todas partes, nosotros podemos ser felices juntos: huyamos de Nápoles. Es necesario, tal vez más por vos, que por mí.

La mirada de la joven era tierna y resuelta a la vez; su padre la besó en la cabeza.

—Que se haga como tú deseas, niña, dijo Felice, después de un momento de silencio.

Una vez decididos a huir, Felice y su hija creyeron que lo más seguro era alejarse de Nápoles sin pérdida de tiempo. Carlos debía tardar varios días todavía, antes de regresar de la pesca. Harían saber al joven la dirección dónde podría reunírseles.

Felice corrió al puerto: un navío mercante salía en la noche para Sicilia. Tomó dos pasajes, volvió a su casa, cerró su almacén, guardó precipitadamente en sus cofres todo lo que tenía de más valor, y mediante la oscuridad, llegó con su hija al vapor salvador.

Cuando Carlos y sus compañeros regresaron, se adivina que el primer deseo del pescador al desembarcar fué correr a saludar a su bien amada.

Como apenas amanecía, no se extrañó de encontrar el almacén cerrado y esperó impacientemente que el sol despertara a la bella Anita.

Las seis, las siete, las ocho sonaron sucesivamente en todos los relojes de la vecindad; pero el almacén no se abría. Carlos, juntamente admirado, no titubeó entonces en golpear la puerta, y como ningún movimiento anunciaba que lo habían oído, golpeó por segunda vez más fuerte; pero siempre el mismo silencio reinó en la casa.

Un escalofrío corrió por el cuerpo del joven. Temió una desgracia y quedó algunos instantes pálido e inmóvil.

—¿Desaparecido? exclamó Carlos, ¿desaparecido? ¡no puede ser! Si han dejado tó desde su ventana:

—¡Calma, calma, muchacho! Aunque echárais abajo el palomar, la casa quedaría siempre muda. Hace tres días que el buen Felice y su hija han desaparecido.

—¿Desaparecido? exclamó Carlos, ¿desaparecido? ¡no puede ser! Si han dejado esta casa, ¿me diréis entonces dónde están ahora?

—Es lo que nadie podrá deciros, mi amigo, dijo el vecino retirándose de la ventana.

Carlos creyó que se hundía la tierra; un golpe de maza le hubiera dejado menos aturdido. Su primer pensamiento al volver en sí fué correr a la casita que arrendaba en la Mergellina, suponiendo encontrar allí noticias de Anita. En efecto, una carta lo esperaba. La abrió precipitadamente y leyó: "Mi Carlos bien " amado: Cuando recibas estas líneas, " mi padre y yo habremos llegado a Si- " cilia. En pocos días más te escribiré " dándote la dirección exacta donde po- " drás reunirte con nosotros. ¡Hasta luego!—Tu Anita". Esta carta era muy vaga y muy corta, pero, después de leerla, Carlos no se sintió tan solo.

No por esto su inquietud fué menos viva. Esta partida tan precipitada lo sumía en un extraño caos de pensamientos, del que no salía sino para acusar de lentos los correos que debían traerle carta de Anita. Dos largas semanas pasaron así, sin noticias.

Una mañana, loco de impaciencia, tomó algunos escudos que componían todo su haber y dirigió su vela hacia Mesina. Llegó felizmente en tres días, pero allí sus pesquisas fueron vanas: nadie pudo darle noticias de los fugitivos.

¡Pobre muchacho! Durante ocho meses los buscó por toda Sicilia y por montes y valles preguntaba ingenuamente por su Anita a todos los indiferentes que encontraba.

Viajaba de día, viajaba de noche, levantando sus pies infatigables el polvo de todos los caminos y ni un instante sus mortales angustias abatieron su valor, y su cuerpo resistió vigoroso, a pesar de los desfallecimientos de su corazón.

Durante estos ocho meses, casi siempre la tierra desnuda fué su lecho, sin otro alimento que legumbres y agua fresca de los manantiales.

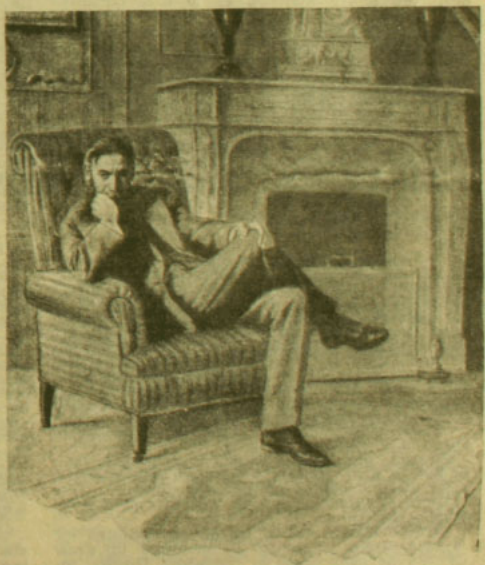
Una tarde que acostado sobre el suelo, Carlos, exasperado, acusaba en silencio a Anita de haberlo olvidado, se fijó de repente en una estrella centellante, rodeada de una blanca aureola. Repetidas veces en su niñez había pasado las noches contemplando la bóveda celeste, pero no recordaba haber jamás notado una estrella semejante a la que veía en ese momento. Le pareció que no lucía en el firmamento, sino después que había pronunciado el nombre de Anita y se le ocurrió la extravagante idea que, el cielo se la enviaba a él, como un misterioso mensajero para guiarlo al lado de su novia.

Durante tres noches, Carlos, siguió la dirección que el astro parecía indicarle, y en mitad de la tercera, notó que se aproximaba a una gran ciudad. Disminuyó el paso sin quitar la vista de la estrella y, de repente, la vió despedir un resplandor más vivo y después se perdió dejando un blanco rayo de luz en el cielo.

Un grito de alegría se escapó del pecho del joven.

—¡Anita está aquí! exclamó, y como estaba muy cansado, prefirió esperar el día para entrar en la ciudad y se acostó al pie de un gran muro que estaba al lado del camino.

Cuando Carlos despertó, las campanas de varios conventos repicaban alegremente. Reu-



nió sus recuerdos mientras miraba alrededor de él.

Enfrente del joven, bajo un pórtico cuadrado y tapizado de ex-votos en el interior, dos grandes puertas acababan de abrirse y un capuchino aspiraba el aire puro de la mañana. El joven se acercó a él y le preguntó el nombre de la ciudad que se divisaba.

—Es Palermo, le respondió.

Entonces quiso seguir su camino, pero se encontraba de tal manera extenuado por la fatiga y la falta de alimento, que le fué imposible dar un paso, viéndose obligado a pedir hospitalidad, por algunas horas, al hermano portero.

Este era muy hablador; feliz de encontrar con quien conversar tan temprano, recibió cordialmente al joven viajero; corrió a la cocina a buscar algún alimento y despues, bajo pretexto de escuchar su historia, se puso a contarle la de él, y a continuación, la de todos los hermanos capuchinos. Jamás había encontrado oyente más benévolo, así es que no quiso dejar partir al joven sin mostrarle las curiosidades del convento.

Condujo a Carlos al jardín; le hizo admirar los mármoles esculpidos que decoraban la pequeña iglesia del monasterio; después, deteniéndose en una sala baja y abriendo una puerta, donde principiaba una escalera subterránea:

—Os espera, le dijo, un espectáculo único en el mundo! En los sombríos corredores que vamos a recorrer encontraréis restos de varias generaciones arrancadas por nosotros a la rápida destrucción de la muerte.

Carlos, que seguía a su conductor sólo por no disgustarlo, lo escuchaba con aire distraído. El dulce recuerdo de Anita, lo ocupaba enteramente para que algún otro pensamiento pudiese tener cabida en su espíritu, por tanto, a las últimas palabras del capuchino, no pudo ménos de levantar la cabeza, y su corazón se oprimió súbitamente al mirar las largas filas de cuerpos inanimados que cubrían las fúnebres paredes. Una dolorosa impresión le hizo apresurar el paso.

—¿Es esto todo? preguntó a su conductor cuando llegaban a la extremidad de una de las galerías:

—No, respondió el capuchino: solamente os he hecho ver los hombres; aquí está la sala destinada a las mujeres, es lo más curioso. Venid.

Carlos, siguiendo a su guía, entró en la sala que éste acababa de indicar y trataba de combatir la tristeza involuntaria que estos lugares le inspiraban, recordando dulces imágenes. Veía con el pensamiento a Anita, sentada en su barca, pálida y sonriente, las manos cruzadas sobre su lindo vestido blanco de muselina, con cintas malvas. De repente sus facciones tomaron una expresión de espanto y sintió que sus piernas vacilaban.

—¿Qué tenéis? dijo inquieto su guía.

Carlos abrió la boca, pero ningún sonido salió de sus labios, pues el estupor le secaba la garganta; solamente extendió la mano en dirección de un ataúd que se encontraba frente a él.

Una muerta vestida con un traje de muselina blanca y cintas malvas estaba acostada allí. Dos zapatos deformes de raso blanco también levantaban el ruedo de la falda que los cubría; los pequeños guantes del esqueleto, demasiado grandes para la mano crispada sobre la cual formaban pliegues, estaban cargados de anillos; una triple hilera de gruesas perlas de coral rosa descendía de su cabeza sobre su garganta seca; dos brazaletes de oro se balanceaban en su puño, y una corona de flores de azahar ceñía su frente apergaminada.

Carlos, temblando convulsivamente; se lanzó hacia la vitrina.

Fué sólo una mirada rápida y espantosa; luego dió un grito terrible y cayó sin conocimiento a los pies del monje que lo acompañaba.

Sobre el cartel mortuorio acababa de leer el nombre de Anita.

Cuando Carlos volvió en sí, se encontró en el patio, sobre un banco de piedra y un gran número de capuchinos lo rodeaban. Quedó un momento, recordando, y luego, dando gritos inarticulados, corrió hacia la puerta del subterráneo. Sus gestos desordenados hicieron creer que estaba loco, y trataron de retenerlo, pero pronto cayó extenuado en los brazos de los que lo habían sujetado.

Lo hicieron sentarse de nuevo y lo interrogaron. Largo rato quedó en silencio; después, poco a poco, le vino la memoria y explicó, en frases entrecortadas, su amor, la incomprensible partida de Anita, sus peregrinaciones, sus esperanzas, y cómo, después de haber tanto buscado a su novia, acababa en fin, de encontrarla, muerta.

Carlos cubrió su rostro con las manos y lloró en silencio; después, arrojándose a los pies de los capuchinos, les rogó con los ojos bañados de lágrimas que lo admitiesen entre ellos.

El relato sencillo y emocionante del joven había profundamente conmovido a los monjes, así es que concedieron con gusto la gracia que solicitaba y, desde ese día, Carlos, vistió el traje de lana de los novicios.

Su vida, desde entonces, solo se dedicó al culto ferviente de su amoroso recuerdo. Cada mañana, su primer cuidado era bajar al sótano para orar algunos instantes delante del ataúd de su amada.

Aunque la repentina desaparición de Anita y su padre hizo fracasar los proyectos del conde Rafael, no por eso había renunciado a sus esperanzas; su pasión, aguijoneada por un deseo de venganza, le puso un buen día sobre la pista de los fugitivos.

Sus pesquisas fueron largas y difíciles; sin embargo acabó por saber que el joyero y su hija se ocultaban en Palermo. Faltábale saber dónde. Un mayordomo de confianza partió para Palermo con misión de encontrarlos, costase lo que costase. Varios meses pasaron sin que el conde recibiese de su enviado las noticias que esperaba. Su irritación había llegado al colmo, y resolvió partir él mismo para Sicilia. Tenía parientes y amigos en Palermo, en donde había pasado su niñez y, generalmente, todos los años iba algunas semanas. Adelantó la época de su viaje y se puso en camino.

Cuando el conde desembarcaba, un hombre se le acercó.

—¡Ah! eres tú, exclamó el joven, eres tú al fin...?

—¡Ay de mí! sí, Excelencia.

—¡Por qué ay de mí?

—Porque la pobre niña está muerta.

—¡Muerta! dijo Rafael estupefacto.

—Tú mientes, dijo a su ayuda de cámara. No has sido bastante hábil para descubrirla; quieres hacerme creer...

—Excelencia, dijo tranquilamente el interpelado, tomáos la molestia de subir hasta el convento de los capuchinos, en el camino de Monreal. Preguntad por el subterráneo en donde amortajan a las mujeres, contad a la derecha, en la segunda fila, el cuarto ataúd y allí veréis que ella reposa.

—¡Será verdad...! murmuró el conde.

—Quiero que me sequéis vivo en la bóveda de los capuchinos si he mentido, Excelencia.

—Está bien, dijo Rafael; déjame.

Por la expresión del semblante de su amo el ayuda de cámara creyó prudente no hacerse repetir la orden.

Entre tanto el joven se alejaba aterrorizado.

—¡Muerta! ¡muerta! se decía.

De repente se detuvo; alguien acababa de golpearle amigablemente la espalda. Se volvió y se encontró cara a cara con un hombre de unos sesenta años, de conservado rostro y vestido muy correctamente, que al quitarse respetuosamente el sombrero, descubrió un cráneo pulido como el marfil y como único adorno un mechón de cabellos blancos.

—Vuestra mano, monseñor, dijo el desconocido con voz de falsete que trataba de hacer amable, y sus pequeños ojos grises miraban fijamente al sorprendido conde.

—¿A quién tengo el honor de hablar?

—Permitidme, hoy día, ser simplemente para vos la Providencia con corbata blanca y traje negro.

Rafael abrió grandemente los ojos, sin apresurarse a estrechar la mano que le presentaba el desconocido.

—¿Vuestro nombre?... dijo todavía, después de un momento de silencio embarazoso.

—Para todos soy el doctor Mosé, dijo con una maliciosa sonrisa.

—¡Qué! seréis el ilustre médico cuyas maravillosas curaciones han hecho tanto ruido en Nápoles! Bendigo la casualidad a que debo el honor de veros.

—Creedme, señor conde, no estoy menos feliz que vos de la casualidad que me hace encontraros, dijo el doctor apoyando con singular afectación la palabra casualidad.

—¿Pero dónde me habéis conocido?

—¿Dónde os he conocido? No es sólo mi fama a lo que debo vuestra benévola acogida. Vos ignoráis que hay lazos estrechos entre nosotros.

—¿Un lazo entre nosotros? Os suplico, doctor, que me expliquéis...

—Comprendo que olvidéis el reconocimiento que debo tener para vos; pero la gratitud me hace a mí un deber recordarlo.

—¿Reconocimiento? exclamó Rafael en el colmo de la admiración. ¿Queréis, os suplico, darme la clave de este enigma?

El doctor tomó familiarmente el brazo del conde.

—Seré breve, dijo. Vuestro hermano menor, Antonio—al que vuestro padre dejó su fortuna desheredándoos—fué el amante de una mujer que yo amaba. Gracias a vos, me ví libre de él, pues pronto siguió a vuestro honorable padre a la tumba.

—¿Qué queréis decir? dijo el conde, lívido de espanto.

El doctor continuó tranquilamente.

—Una tarde que yo estaba solo con el abogado Cirelli, este me insultó gravemente; le contesté arrojándole mi guante al rostro. Era una injuria que pedía sangre. Convinimos que al día siguiente nos batiríamos a espada y sin testigos. Cirelli era un famoso espadachín y no me habría hecho gracia de la vida. Os debo, pues, la existencia, porque, una hora antes de nuestro duelo, mi adversario fué encontrado asesinado...

Rafael quiso hablar.

—Vos amabais a su mujer; lo sé... ¡oh! os debo mucho, señor conde! Vos sedujisteis a la joven Daglaria, que, insolentemente, me había rehusado su mano; vos habéis hecho una esposa adúltera de la marquesa de Albana, a cuyo marido debo haber sido desterrado.

—¡Callad! ¡callad! murmuró Rafael temblando.

—Me callaré si tal es vuestro deseo. Ya he dicho bastante, creo, para demostraros cómo nuestros destinos se encuentran involuntariamente unidos y como también vos tenéis derecho a mi reconocimiento. Pero, ¿por qué ese trastorno de vuestras facciones? Tened confianza en mí; si vengo a vos, es porque creo seros útil a mi vez.

—¡Oh! espero no tener necesidad de vuestros cuidados, doctor, dijo el conde haciendo un vano esfuerzo para sonreir.

—De mis cuidados puede ser, pero no de mis consejos. Vos ignoráis sin duda que me dedico más todavía al estudio del alma que al del cuerpo; mi vida entera se ha pasado buscando esta fuerza íntima, que produce la energía de la existencia y he llegado muchas veces hasta los manantiales de la vida para descubrir su divina esencia.

—Lo sé. Se cuentan de vos cosas sorprendentes.

—No hablemos de mí, la bella Anita está muerta. Vos la amáis apasionadamente.

—¿Quién os ha dicho esto?

—¡Eh! ¡eh! veo el momento en que me váis a tomar por brujo. Tranquilizáos; estaba ahí, hace un momento, detrás de vos, cuando interrogabáis a vuestro ayuda de cámara.—En esto no hay nada de sobrenatural ¿verdad?—Entonces, al ver vuestra emoción, he tenido la idea de ofreceros mis servicios.

—¿Qué hacer, ahora que la tumba me la ha arrebatado?

—¿Pero si, todo lo contrario, la tumba os la puede devolver, monseñor?

—¿Cómo así?

—Sabéis donde está el cuerpo de Anita. ¿Qué se necesita para dar calor a sus fríos huesos, vida a su carne seca y descolorida? Hacer entrar en su cuerpo la divina esencia que ha perdido, darle una alma nueva, en cambio de la que tenía antes.

—Explicáos, dijo Rafael, que escuchaba con ansiedad.

—Señor conde, el medio de dar vida a Anita, es sacrificando la vida de otra mujer.

Conversando Rafael y su extraño compañero, habían seguido la orilla del mar, y acababan de pasar las últimas casas de la ciudad. El sol se ponía en ese momento inflamando el horizonte y su reflejo semejaba chispas de fuego sobre las olas. A las últimas palabras del doctor, Rafael, asombrado, levantó la cabeza: el doctor, de pie delante de él, como transfigurado bajo la reverberación sangrienta del cielo y del mar, lo miraba fijamente.

—¡Ah! dijo el conde dando un fuerte grito, ¡vos sois el mismo demonio!

—¿Qué os importa lo que sea, contestó el doctor, si tengo la fuerza para romper las ligaduras de la tumba? Escuchadme bien. El alma de toda criatura muerta en pecado mortal cae bajo mi poder. Sentís el coraje de procurarme una de estas almas desheredadas? Entonces animaré para vos el cadáver de la que amáis.

—¿Anita vivirá?

—Desde el instante que hiciérais morir una mujer sin arrepentimiento.

—¿Y dónde la encontraré?

—En la bóveda, dormida... ¿Estáis listo?

—¡Oh! no, ¡jamás! es demasiado horroroso, exclamó Rafael, cubriendo su semblante con las manos como si fuera una pesadilla.

Cuando levantó la cabeza, el doctor había desaparecido.

El conde estaba invitado a comer esa tarde, en casa de su primo el marqués de ***; pero, despues de haber vagado largo tiempo por la ciudad, no tomó el camino de la morada de su noble pariente, y a las nueve daba tres golpes discretos en la puerta de una pequeña casa de la calle Macqueda.

Era allí donde vivía Giovannina, una joven y bella cortesana, tal vez la que tenía el par de ojos más lindos y negros de Palermo, lo que no es poco decir cuando se habla de una ciudad en donde la mirada de una mujer es el más grande de peligro que allí se puede correr. Giovannina era pequeña, con cabellos negros y labios de fuego.

Fué Giovannina quien abrió la puerta al conde.

—Rafael, mi querido amigo, ¿eres tú? exclamó con alegría.

Se echó a su cuello y lo hizo entrar saltando alrededor de él y repitiendo:

—¡Qué felicidad! ¡qué felicidad!

Pero Rafael parecía poco dispuesto a tomar parte en tanta alegría.

—¿Por qué ese aire tan sombrío, dijo de repente Giovannina, deteniéndose delante de él? ¿Es preciso decirte que para saludarme puedes abrazarme? ¡Ah! tú sabes que siempre pienso en tí.

—Y bien, dijo Rafael, esforzándose en sonreir, ya ves que yo tampoco te olvido, pues vengo a pedirte de comer.

—¡Qué feliz idea! vamos a estar mal servidos, pero bien tranquilos, pues ayer he despedido a mi camarera.

Diciendo estas palabras, Giovannina se sentó alegremente.

Se sentaron a la mesa. Jamás Giovannina había estado más encantadora. El placer de volver a ver a su amado daba a sus ojos un brillo dulce y húmedo capaz de reanimar el corazón más adormecido. Pero Rafael permanecía indiferente. Apenas probó la comida y bebió bastante sin poder dar calor a su sangre helada en las venas.

De tiempo en tiempo, Giovannina se levantaba para ir a buscar platos o alguna botella a la pieza vecina. Rafael aprovechó una de estas ausencias para echar en el vaso de la loca niña el polvo que contenía el engarce de su anillo.

Un instante después, cuando Giovannina bebía a la salud de él, cayó de espaldas sobre su silla. Rafael se apresuró a tomarle las manos.

Ella apenas alcanzó a decir:

—Siento que me voy... ¿Qué es esto?... A mí, ¡Rafael!... ¡ah! me muero... ¡Adiós!

Rafael, que estaba inclinado sobre ella, se retiró espantado cuando sintió rozar sus labios el último suspiro de la niña.

—¡Pobre Giovannina! pensó, dejando caer la mano que le había tomado; la juventud de Palermo creo llevará ocho días luto por tí. ¡Pero yo, Dios quiera que pueda olvidarte!

Se envolvió en su capa, apagó las luces, tropezando descendió la escalera, abrió la puerta de calle y tomó el camino del convento de los capuchinos.

Sus sienes latían violentamente. El instinto lo guiaba más que su mirada turbada.

En la puerta Nueva, su sirviente lo aguardaba con dos caballos. Montó en uno y dijo a su ayuda de cámara lo esperase con el otro, en el camino, a media legua de Monreal.

Las once sonaban cuando el conde llegó delante de los muros del convento. El cielo estaba completamente negro, propicio para una expedición nocturna. Rafael ató la brida de su caballo al pie de la muralla; la escaló fácilmente sirviéndose de la montura como de una tarima y, de un salto, se encontró en el jardín de los monjes.

Muchas veces en su infancia había visitado el convento y sabía perfectamente que le sería imposible, a menos de forzar muchas cerraduras, entrar a la bóveda por la puerta que daba acceso a ella, por eso había pensado introducirse de una manera más sencilla: descender en medio de las galerías subterráneas por una de las aberturas que, daban al jardín para obtener un poco de luz.

Varias sábanas que, para secar estaban extendidas sobre cordeles, favorecieron su proyecto. Juntó dos de ellas y ató la extremidad al banco de piedra más próximo a una de las aberturas, y, después de prender una antorcha que llevaba, se deslizó en las profundidades de las catacumbas.

Pronto sus pies tocaron el suelo, y la frescura de la bóveda le hizo de súbito tiritar todo el cuerpo. Contra su voluntad, sus ojos miraron alrededor de él: la luz vacilante hacía oscilar las sombras sobre las facciones contorsionadas de los esqueletos y los animaba de expresión fantástica; todas esas largas hileras de muertos en que el viento levantaba aquí y allá, las túnicas que los cubrían, parecía se enderezaban, prontos para gritar al profanador: "¡Detente!" Por muy animoso que fuese, Rafael se sintió desfallecer y se vió obligado, para no caer, a tomarse del trapo blanco que le había servido para bajar.

Luego, haciendo uso de todo su valor, el joven avanzó bajo las fúnebres bóvedas, y a pesar que marchaba con los ojos fijos en el suelo, adivinaba detrás de él mil visiones horribles que le hacían castañetear los dientes de terror. Cuando llegó a la sala de las mujeres, estaba más blanco que los lienzos de todos esos muertos, y un sudor helado brotaba de su frente.

En la segunda fila, a la derecha, contó el cuarto ataúd y se detuvo. Anita estaba delante de él. Arrojó por tierra la luz que tenía en la mano y la apagó con el pie; cortó con un diamante el vidrio que todavía lo separaba de la que venía a buscar; se inclinó sobre la muerta, lleno de emoción, e imprimió un largo beso sobre sus labios.

En el mismo instante; ¡oh prodigio! los dos brazos de Anita se levantaron, enlazándose en el cuello de Rafael, de manera que ,al enderezar él la cabeza, levantó también al esqueleto.

—Anita, dijo dulcemente, ¿me oyes?

No obtuvo respuesta, pero los dos brazos del cadáver se apretaron más estrechamente alrededor de su cuello.

El conde levantó así a Anita de su fúnebre lecho; dió algunos pasos y trató de desprenderse del abrazo de la joven, pero no lo pudo conseguir; dió todavía algunos pasos y repitió:

—¡Anita! ¡Anita!

Los dos brazos se apretaron más sobre sus espaldas.

Rafael se sentía ahogar. El terror se apoderó de él y corrió, llevando el cuerpo consigo, a la abertura por la cual había descendido. Jadeante, alcanzó la sábana, y tratando de nuevo de desprenderse de ese collar de huesos que le estrechaba cada momento más y más el cuello:

—¡Piedad! ¡piedad! Anita, gritó con voz desesperada.

Estas fueron sus últimas palabras. Cayó, rodando con él el cadáver que acababa de estrangularlo.

A la mañana siguiente, cuando Carlos bajó al sótano para hacer su oración de todos los días, a la entrada de la bóveda su pie tropezó con algo en la sombra. Se inclinó y con sorpresa vió una forma humana sentada en las gradas de la escala: era una mujer, la espalda apoyada en la pared, la cabeza en las manos, y los codos sobre las rodillas. De repente palideció y un escalofrío corrió por todo su cuerpo. Ese traje, esas cintas, ese velo, ¿no eran los de Anita? Pasó su mano por los ojos para desvanecer esta aparición; pero la forma humana estaba allí, realmente inmóvil en la sombra. Entónces extendió la mano, apartó uno de los brazos y dió un grito. Anita delante de él! ¿Era esto posible? Temblando extendió la otra mano otra vez, y su asombro se redobló al tocar ese cuerpo tan amado, en el que acababa de sentir el calor de la vida; los colores habían reaparecido sobre las mejillas de la joven y el soplo cadencioso de su respiración le hizo comprender que solo estaba dormida.

El pobre muchacho tomó su cabeza entre las manos y quedó algunos momentos mudo, aturdido, jadeante, fascinado ante esta visión extraña. ¡Anita! ¡su Anita!

—¡Ah! ¡si es una alucinación, se decía, que quede loco para siempre!

De repente la joven abrió los ojos, se levantó, y viendo un hombre cerca de ella quiso retirarse, pero se encontró entonces cara a cara con los cadáveres suspendidos de la bóveda, y cubriendo con el velo su semblante, se acercó a Carlos, murmurando con espanto:

—¿Dónde estoy? ¿dónde estoy?

Carlos la tomó en sus brazos, y estrechándola contra su pecho:

—¿Estás cerca de mí, cerca de mí, querida Anita!

Los ojos del joven se llenaron de lágrimas.

—¡Ah!, Señor, exclamó conmovido, habéis tenido piedad de mí cuando me la devolvéis, Señor!

Y se dejó caer de rodillas sollozando.

La joven había descubierto su rostro y lo miraba sorprendida.

—¿Quién sois, para llorar a mis pies?

Carlos, se levantó estupefacto.

—¿Quién soy? no me reconoces, entonces?

—No, dijo dulcemente Anita.

—¡Soy, Carlos, tú sabes bien, soy Carlos que te ama tanto!

—Es divertido, replicó la joven, no me acuerdo.

—¡Ah! gritó Carlos, no me reconoce ya; soy ahora un desconocido para ella.

—¿Carlos?... ¿Carlos?... murmuró Anita

como si buscase en sus recuerdos. No, decididamente, no se lo que quereis decir.

Y como Carlos, desesperado, se retorcía los brazos:

—¡Oh! dijo ella, vuestra tristeza me aflige. ¿Por que desconsolarse así? Si no os conozco, puedo pues aprender a conoceros. Me pareceis bueno y sincero; y ya que me amais como decis, os amare tambien.

Carlos, al oir el suave sonido de su voz, se habia calmado y comenzó a sonreirse.

—En fin, se dijo, si el pasado no existe ya para ella, el porvenir es nuestro.

Mientras tanto, Anita miraba una vez mas alrededor de ella.

—Querido Carlos, dijo apoyándose en el brazo del joven, no se donde estoy, y tengo mucho miedo. Si me amas verdaderamente, sacame pronto de aquí.

—¡Oh! ¡al momento! ¡al momento, vamos a partir!

—Quisiera saber, exclamó de repente la joven con una explosion de risa, quién me ha disfrazado de esta manera; debo estar fea hasta dar miedo con este traje del año pasado. ¿Por qué estas alhajas y esta corona? ¿Acaso salgo de un baile?

—Todo lo cambiarás. Te regalaré un lindo traje que dará envidia a las madonas.

—¿Entonces eres rico? dijo la joven, con la mirada brillante.

—¿Por que me lo preguntas?

—Es... para saber... ¡Ah! ¿me vas a abandonar?

—Solo por un instante.

—¡No me dejes sola aquí; tengo miedo!

—Cierra los ojos hasta que vuelva, dijo Carlos, alejándose por la escala.

Algunos minutos despues, volvió con un hábito que hizo ponerse a su novia mientras ella se reia del disfraz; inclinó el capuchón sobre sus ojos, subio al patio, felizmente desierto, y salió al lado de Carlos, con paso lento, mesurado y un aire compungido que impresionaba a los paseantes matinales.

Podré pintar la dicha de los dos jóvenes cuando se encontraron juntos en Palermo, en una pequeña habitación arrendada? Carlos habia olvidado completamente el pasado y sus largas angustias; loco de felicidad, estrechaba a Anita en sus brazos sin preguntarse qué milagro se la habia devuelto. La joven, sin darse cuenta tampoco de que lugar salia, parecia comprender solamente que su amigo la habia librado de un gran peligro, y feliz de verse tan amada, no preguntaba nada.

El mismo dia se sacó de todas las alhajas de Anita, varios miles de francos; y en la noche, los dos amantes se embarcaron en un vapor que se dirigia a Malta.

Fué un mes de dicha completa aquél que siguió al dia de su partida; un mes de ardiente pasión y de inmensa ventura. Sin pensar en el mañana, entregados a sus caricias la tierra no existia para ellos.

Algunas veces un fulgor repentino volvía a Carlos su pensamiento alejado de este mundo, y se preguntaba muy bien:

—¿Cómo acabara todo esto? Esta felicidad es real, o soy presa de un sueño? ¿Es esta la inocente Anita cuya modestia encantadora llenaba antes mi corazón de inefables alegrias? ¿Qué demonio ha hecho de la virgen que era mi novia esta mujer ardiente y apasionada? ¿De dónde viene esta embriaguez que inunda su mirada tan timida antes; de dónde la fiebre que vierten en mi sangre sus labios en otro tiempo tan púdicos? Es siempre el mismo cuerpo adorable, pero parece que con otra alma!

Entonces la contemplaba largamente, y ella lo contemplaba también, con su mirada húmeda de indecible voluptuosidad, no dejandole mas fuerza que para caer a sus pies, cubriendo de besos sus rodillas.

Al fin, un dia faltó el dinero. Anita dijo:

—¿Qué vamos a hacer?

—Trabajaré, contestó Carlos.

El joven buscó trabajo y pasó largo tiempo antes de encontrarlo. Penada fué su labor, pero ganaba poco. Fué necesario abandonar mil tentaciones encantadoras, renunciar a las noches locas de pasion y a los dias sin nacer nada. Se comenzaba una vida nueva.

Carlos no se habria quejado jamás si, por la mañana, Anita le hubiera dirigido algunas palabras de aliento; si, en la tarde, al volver fatigado, la hubiese encontrado carinosa y dulce como en los dias pasados; pero, al contrario, estaba triste y desagradada, siempre aspera para con el, Carlos, no sabiendo que hacer, se quejaba en silencio de los dias de felicidad que habian cambiado a tal punto a su Anita.

Si cuando estaban juntos, viéndola silenciosa le preguntaba:

—¿En qué piensas?

—¡Ah! murmuraba ella, pienso que otras mujeres son felices, que sus deseos son realidades, que se pasean cubiertas de brocato y seda, que tienen diamantes, oro, lacayos, grandes salones donde se baila y caballos para llevarlas al bosque.

—Antes tú no pensabas en esto. Mi amor te bastaba. ¿Es que ya no te amo?

—Si... pero es siempre lo mismo.

Entónces se iba a la ventana y miraba a los que pasaban. A este le encontraba aire noble y al de mas allá, elegante presencia.

—Oye, decia, nuestro vecino, el rico viajero francés está todavia en su balcón! O bien: —Mira ese hermoso oficial inglés, que llegó antes de ayer al hotel con numeroso equipaje. ¿Será un noble millonario? O bien todavia:— Aquí viene nuestro joven compatriota Julio de la Torre con su negro bigote y sus ojos de fuego. Es gallardo; su librea hermosa y sus caballos con arneses de plata.

—¡Siempre ese Julio! pensaba Carlos.

Algunas veces, el joven después del trabajo duro del dia, iba en la noche a pasear con algunos compañeros. Una tarde, cuando iban a embarcarse, encontraron que estaba muy agitada la mar y creyendo expuesto aventurarse, volvió cada uno a su casa. Carlos tenia algunos centavos. Recordó que Anita gustaba mucho de las frutas confitadas, de las que estaba privada hacia largo tiempo. Queriendo darse el placer de llevarle algunas, vació su bolsillo sobre el mesón de un conntero y se dirigió alegremente a la casa. El joven subió suavemente la escalera y despacito abrió la puerta. Anita estaba perezosamente acostada sobre el lecho vuelta hacia la pared. Cerca de ella una pequeña lampara arrojaba débilmente sus ultimas luces. Un viento fresco agitaba la cortina de la ventana entreabierta.

Carlos dió un paso, sonriendo, gozando con la admiración de su querida bien amada. Ella no se levantó, se contentó con echar amorosamente su cabeza hacia atras.

—Julio, preguntó, ¿sois vos?

Carlos sorprendido, se detuvo sin voz; Anita dio un salto sobre su cama y lo miró asustada.

—¡Ah! ¡es espantoso! exclamo el joven cuando pudo hablar. Es este el premio de tanto amor! Anita, os digo adiós para siempre y maldigo el dia en que os conocí.

Carlos, salió sin que su querida pálida e inmovil, diese un paso para retenerlo. Toda la noche, erró como un loco por la ciudad. Cuando en la mañana entró a su casa, el cuarto estaba desierto y el pequeño lecho abandonado.

El pobre muchacho quiso ser fuerte y se entregó a su trabajo. En la tarde volvió a encontrar su cuarto soltario. Esta vista lo angustió, y huyó.

Al dia siguiente, sintiéndose sin valor para hacer nada, volvió a su casa, se sentó, y bajo sus ojos, ahora sin lágrimas, en la puerta por donde la infiel hubiese podido entrar.

—¡Oh! se decia ¡ella volvera!

Pero esperó varios dias sin oir jamás en la escalera el ruido tan conocido de sus pasos.

Durante este tiempo, Carlos apenas llevó alimento a sus labios. Vivía, puede decirse, una vida ficticia, que sólo la fiebre sostenia.

Un dia se dijo:

—Es preciso que la vuelva a ver.

Y se fué resueltamente hasta el hotel de la Torre. Delante de la puerta se detuvo: dos sirvientes comentaban el matrimonio de su amo con la bella Anita, matrimonio fijado para el día siguiente en la iglesia de San Juan.

—¡Vamos, se dijo Carlos con un suspiro, todo ha concluído!

Se fué hasta San Juan y se sentó abatido sobre las gradas. La mañana lo encontró en el mismo lugar. Entró en la iglesia, y, cerca de la puerta principal, en la sombra de un pilar, donde estaba embutida una pila de mármol de agua bendita, se puso de rodillas y esperó.

Pronto el cortejo se anunció: bellas damas entraban e iban a colocarse en el coro; los lacayos, con traje de gala, rechazaban la multitud de curiosos y golpeaban con su alabarda el enlosado. La deposada avanzaba, el rostro cubierto con un velo.

—¡Oh! murmuró Carlos, temblando, ¡la veré!

Entonces mojó sus dedos en el agua bendita, y, acercándose, tocó la mano que ella le tendía.

De súbito Anita se desplomó. Antes que el marido hubiese dado un paso, Carlos la tomó en los brazos y le arrancó el velo; pero el joven, dando un grito de horror, la dejó caer. No era ya la bella Anita, era el esqueleto apergaminado del convento de los capuchinos el que yacía a sus pies!

Cuando Carlos salió de la iglesia, se sonreía con la mueca de la locura en sus labios.

Entrando a una trinchera en pleno ataque cerca de Verdun.

EL HOMBRE FANTASMA

Por

Guido de Teramond

(CONTINUACIÓN)

De un salto, Charlot se arrojó sobre ella y poniéndole la mano en la boca le dijo:

—¡Quieres callarte, voto a cien mil demonios!

Pero de pronto, la puerta se abrió bruscamente, al impulso de un vigoroso golpe, y Charlot, soltando su presa, fué a parar al otro extremo de la habitación con la cara ensangrentada.

Y los bandidos aterrados vieron a la vacilante luz de la bujía a un hombre que, con un cigarrillo en la boca y cruzados los brazos decía con calma a la bella rusa:

—Ya no tiene usted nada que temer de esos miserables.

—¿Y a tí quién te mete en nuestros asuntos?—dijo en tono chancero Julio, que fué el primero en recobrar la serenidad.

El desconocido avanzó un paso y con acento enérgico y resuelto dijo:

—Ahora mismo vais a empezar por devolver sus joyas a esa señora.

Julio, sin contestar, se arrojó sobre él con las manos tendidas para estrangularlo.

Pero el otro, que estaba en guardia, se apartó en el momento en que el bandido iba a cogerle, y éste con el mismo impulso que llevaba, fué a estrellarse contra la pared lanzando un aullido de dolor.

El marqués, en un santiamén, dióse cuenta exacta de la situación.

Era preciso a toda costa evitar que el ruido de la lucha alarmase al vecindario.

Aquel golpe tan admirablemente combinado, ¿fracasaría en el último momento por la llegada de aquel intruso?

No había más que un partido que tomar: suprimir al que venía a estorbarle y huir a toda prisa.

El jefe de los "Ases de Oros" no titubeó.

Lanzóse sobre el desconocido con la navaja abierta dispuesto a degollarle.

Pero antes de que el arma terrible hubiese alcanzado al audaz intruso, el bandido caía al suelo, con la pierna herida de un formidable puntapié.

La baronesa presenciaba esa escena dramática con los ojos dilatados por el espanto y sin alientos para dar un grito siquiera.

Maquinalmente había cogido la caja en que el marqués había guardado las joyas y que había dejado encima de la cama cuando quiso arrojarse sobre el salvador inesperado de su víctima, y la oprimía violentamente contra su pecho.

—Salgamos, señora—dijo el desconocido.

Iba la dama a obedecerle cuando advirtió que se dejaba el billete que el bandido había puesto, unos momentos antes, encima de la chimenea.

Mucho debía interesarle aquel papel porque, olvidando el peligro, se volvió para recogerlo, exclamando:

—¡Y mi billete?

—Tome usted—díjole con galantería su acompañante.

Iba a entregárselo cuando los bandidos, aprovechando aquellos segundos de descuido, se incorporaron y combinando sus esfuerzos se arrojaron bruscamente Julio sobre el desconocido y Charlot sobre la rusa.

—¡Socorro!—gritó la baronesa desesperadamente.

Sorprendidos por aquella repentina agresión iban a sucumbir cuando de nuevo se abrió violentamente la puerta.

Lapipe entró en el cuarto seguido de Brisemiche y de Touffe.

—¡Que nadie se mueva!—ordenó.

Las figuras de dos agentes ciclistas que revólver en mano permanecían en el descanso de la escalera, convenció a los tres bandidos de que era vana toda resistencia.

—¡Cazados!—murmuró el marqués. ¡Un golpe tan hermoso!... ¡Es lástima!

—Por de pronto, ponerles las esposas—

ordenó Lapipe—porque tenemos que charlar un rato... Y en cuanto a ustedes, señora y caballero—añadió en tono amabilísimo dirigiéndose a la baronesa y a su salvador, ya no corren ningún peligro.

¿Cómo se hallaban allí Brisemiche y Touffe? Expliquémoslo rápidamente.

Lapipe había apenas salido del bulevar de Estrasburgo cuando oyó que le gritaban:

—¡Eh, caballero! ¿No lleva usted farol?

Eran dos agentes ciclistas que hacían la ronda.

El inspector hízoles seña de que se acercasen y en pocas palabras les había puesto en autos de lo que ocurría.

En seguida dió a uno de ellos el número del automóvil en que iban Brisemiche y Touffe y le encargó que ordenase a éstos que esperasen en la delegación de la calle de Drouot a que él les indicase el sitio en que detendría el coche famoso.

Él con el otro agente prosiguió la persecución improvisada y cuando el cupé se detuvo en la calle de Ramus envió a su acompañante a telefonar a sus colegas que acudiesen inmediatamente.

En el entretanto vigilaba de lejos lo que sucedía en el hotel de la Esperanza.

Vió como los bandidos sacaban del coche un bulto de forma indeterminada y desaparecían en el interior del hotel. Pero estando, como estaba, solo, temió que su intervención fuese ineficaz.

Esperó, pues, ardiendo en impaciencia.

Acababan de reunírsele los agentes ciclistas, seguidos de Brisemiche y de Touffe, cuando llegó hasta ellos el grito de la baronesa.

Y juntos los cinco entraron en el hotel.

—Vamos a ver—dijo Lapipe—sentándose en una silla; antes de ir a la delegación, procedamos a una información sumaria en el mismo lugar del delito.... ¿Quiere usted decirnos, señora, por qué se halla usted aquí?

Mientras la baronesa refería rápidamente todo lo que le había sucedido desde que salió del Teatro Francés, Lapipe aspiraba el aire de la estancia tratando de concretar sus recuerdos.

—Es particular—exclamó;—este olor no me es desconocido; es un tabaco muy raro.... ¿Dónde diantre lo he aspirado?... Me recuerda vagamente algo, ¿pero qué?

Terminaba la baronesa el relato de su dramática aventura, cuando Touffe tomó la palabra:

—La señora se ha olvidado de contar a usted un detalle..., y sobre esto desearíamos tener una explicación, que tal vez podría ser muy conveniente.. . ¿Qué ha sido del billete que le han entregado en el teatro?

La baronesa palideció y un imperceptible temblor nervioso agitó sus manos.

—¿Qué billete?

—El que ha entregado a usted en el palco el agregado militar de X... y que usted ha escondido precipitadamente en su corpiño.

—No sé a qué se refiere usted—balbuceó la bella rusa.

El jefe de los "Ases de Oro" era demasiado inteligente para no comprender en seguida que aquel papel interesaba a los de la policía mucho más que la agresión de que la dama había sido oobjeto.

Sabía la atmósfera de espionaje que flotaba en torno de la rusa y esto le hizo pensar que aquella irrupción súbita de la policía en el hotel, que él no acertaba a explicarse, quizás iba dirigida más contra la víctima que contra los agresores. Por esto murmuró:

—Si prometen ustedes soltarme, yo les daré explicaciones sobre el particular.

—Concedido— respondió Lapipe,—dentro de los límites de lo posible.

Aquella promesa equivalía a un pacto tácito.

—Pues bien—dijo el bandido.— el billete cayó del corpiño de la señora y yo lo puse encima de la chimenea: cuando iba a partir, lo reclamó y el caballero que había acudido en su defensa iba a entregárselo cuando han entrado ustedes.

El inspector buscó al desconocido para pedirle el papel, pero no viéndolo allí, exclamó:

—¿Dónde se ha metido?

Miraron por todas partes, pero había desaparecido.

Touffe lanzó un grito de rabia y se precipitó hacia la ventana que, durante el relato de la baronesa había sido abierta sin ruido.

Una sábana pendiente de la baranda indicaba que aquel sujeto se había escapado por allí.

—¡Voto a mil millones de bombas —rugió el inspector despechado.— ¡Precisamente esto era lo más interesante!

En el entretanto Touffe había recogido del suelo un objeto. Era una punta de cigarrillo llena de tabaco rubio, muy fino, y en la que se leía en letras doradas medio borradas: **Brackemond's Mexico.**

—He aquí lo que ha dejado como pren-

da de identificación—dijo el agente entregando la colilla a Lapipe.

—Poca cosa es— murmuró Brisemiche.

Mientras los bandidos esposados eran conducidos a la prevención, el inspector cerró la puerta con llave y, metiéndose esta en el bolsillo, dijo al propietario del hotel, que al fin había parecido y esperaba en el corredor poco satisfecho de la invasión de la policía en su establecimiento:

—Que nadie entre entre en este cuarto hasta tanto que yo vuelva; ya lo sabe usted.

CAPITULO VII

Un aparecido

Muchas personas de la actual generación se asombrarían sin duda si ante ellas se evocase un proceso de alta traición al que, hace más de veinte años, dedicaron los periódicos columnas y más columnas

El día 24 de Julio de 1885, una noticia sensacional agitó de pronto profundamente la opinión pública; un joven alférez de navío llamado Pablo de Vareilles había sido arrestado en Tolón, acusado de haber vendido a una potencia extranjera los planos de los submarinos que entonces estaban construyéndose en Francia.

En aquella época las altas esferas marítimas ocupábanse mucho de aquel invento reciente, del que se esperaban los resultados más maravillosos y cuyo empleo había de dar a la marina francesa una superioridad considerable sobre todas las demás naciones.

De aquí la emoción inmensa que aquel hecho produjo. Por otra parte, las circunstancias dramáticas que habían concurrido en la detención del joven oficial contribuyeron desde luego a suscitar la curiosidad de todo el mundo.

Un día que, a pretexto de dar un paseo a caballo, acudía a la cita que le diera el agregado naval de X... en las gargantas de Ollioules, cuatro agentes de la seguridad, ocultos entre la maleza, habíanse arrojado de repente sobre él.

A pocos pasos de allí esperaba un coche que dos minutos después tomaba al galope el camino de la cárcel del arsenal llevando al prisionero esposado.

Aquella misma noche el alférez de navío, acusado de alta traición, era conducido a París y puesto a la disposición de un juez instructor.

Como entonces la ley no permitía aún que los inculpados tuviesen la ayuda de un abogado, de lo que pasó en el despacho del juez no se traslució más que lo que éste quiso decir; y solo poco a poco fué el público enterándose de los pormenores del proceso, de cómo el ministro de Marina había sorprendido los criminales manejos en la sección de pequeña correspondencia de un diario, de cómo había logrado envolver al alférez de navío en una red de sospechas y de cómo finalmente había sido detenido el traidor en el preciso momento en que iba a cobrar el precio de su crimen.

Por desgracia su cómplice, probablemente más desconfiado que él, no se había dejado ver.

Pocos días después, terminado el sumario, el juez, por un recurso de procedimiento, se inhibió del proceso y el oficial traidor fué llevado nuevamente a Tolón para comparecer ante el consejo de guerra marítimo.

Desde la primera sesión, determinóse una corriente de simpatía hacia aquel muchacho alto, de aire distinguido, rostro enérgico y leal, ojos francos y palabra sincera, y sus protestas de inocencia hallaron en seguida eco favorable en todo el auditorio.

Que los planos del sumergible habían sido vendidos era evidente, pues nuestro servicio de contraespionaje aseguraba de una manera formal que se hallaban en poder de una potencia extranjera. Pero, ¿cómo afirmar que era Pablo de Vareilles quien se había hecho reo de tan infame tráfico?

El acusado vivía modestamente de su sueldo y de una pequeña herencia que le habían dejado sus padres, muertos hacía poco.

En primer lugar, ¿con qué objeto había realizado la traición?

No tenía ninguno de esos vicios cuyas malas tentaciones asaltan al marino en tierra y le ponen a menudo en los peores

compromisos: no jugaba, no fumaba opio, no bebía; sus costumbres eran irreprochables.

Era un oficial salido de la Escuela, hacía apenas dos años, con las mejores notas y de quien todos sus superiores hacían unánimes elogios bajo todos conceptos, y el más hermoso porvenir ofreciase a él en aquella ruda carrera que había escogido por vocación y a la que amaba por encima de todo.

A todos los cargos de la acusación contestaba de la manera más plausible y más sencilla.

Si en el registro efectuado en su domicilio se habían encontrado planos de sumergibles anotados, era porque, consciente de su deber, se pasaba las noches en su mesa de trabajo tratando de perfeccionar por medio de una fórmula nueva aquellas admirables máquinas de que su patria había sido dotada recientemente.

Si se había comprobado su presencia en Bruselas, antro de espionaje en donde suelen tratarse todos los negocios de traición, era porque le había llevado allí, disfrutando de licencia regular y sin ocultarse, su afición a los viajes. Del mismo modo había visitado anteriormente Roma, Nápoles, Ginebra, Lourdes y tantas otras ciudades, aprovechando sus licencias para ver mundo e instruirse.

Si había atravesado las gargantas de Ollioules en el momento mismo en que los agentes de policía ocultos esperaban la llegada del traidor a la cita, era porque dando como daba todos los días largos paseos a caballo por los alrededores de la ciudad, podía muy bien ser que sólo la casualidad le hubiera llevado a aquel sitio.

En cuanto a la criptografía, es decir, a los caracteres convencionales de la pequeña correspondencia de los diarios que permitía a peritos minuciosos levantar el edificio obscuro de todas aquellas maquinaciones y atribuírselo a él, fundándose en vagas semejanzas de escritura, ¿había de hacerse caso omiso de que la inversión de una letra bastaba para alterar el sentido de frases enteras y de que la obscuridad de un solo signo podía modificar enteramente el texto incriminado?

¿Y era esto todo lo que, sin prueba alguna, se oponía a su pasado de lealtad y probidad sin tacha?

Todo el mundo opinaba que las graves inculpaciones de la acusación carecían en absoluto de fundamento y nadie dudaba de que el alegato del defensor, una de las primeras figuras del foro porisiense, destruiría definitivamente los últimos argumentos del representante del Gobierno, cuando ocurrió un suceso inesperado.

El presidente, antes de conceder la palabra al abogado, manifestó que el consejo se retiraba para proceder al examen de un expediente secreto cuya divulgación pública podía determinar las mayores complicaciones internacionales.

¿Qué sucedió en aquella sesión que duró una hora larga, en medio de la angustia general?

Nadie lo supo nunca.

Cuando volvieron a la sala los oficiales, sus rostros conservaban la misma impenetrabilidad que tenían desde que empezaron los debates, y la conservaron también durante la oración de la defensa, que demostró la falta absoluta de base de la acusación en términos tan claros, tan decisivos y tan conmovedores que hicieron derramar abundantes lágrimas al auditorio y prorrumpir en manifestaciones de aprobación generales.

En tales condiciones la absolución parecía segura. ¡Cuál no sería, pues, el estupor del público al escuchar la sentencia en la que, por unanimidad, se condenaba al alférez de navío a la pena de muerte y a la degradación militar!

El fallo fué leído al acusado en la forma de costumbre, delante de un piquete de marinos con las bayonetas caladas.

El oficial escuchó impasible la lectura de aquella sentencia que le cubría de infamia y luego, alzando la mano como si tomara a Dios por testigo de la solemnidad del juramento, gritó con todo el vigor de su conciencia honrada:

—¡Soy inocente! ¡Lo juro!

Después fué conducido al calabozo, mientras la muchedumbre, penosamente impresionada, retirábase lentamente comentando las dramáticas sesiones a que había asistido.

Los diarios siguieron ocupándose durante algunos días del triste asunto, pero al poco tiempo ya no volvieron a ocuparse del traidor.

Pablo de Vareilles, en su celda, meditaba, apoyada la frente entre las manos.

La realidad se le aparecía tan horrible, que se preguntaba si acababa de despertar de una pesadilla y si el espantoso calvario que había subido lo había subido sólo en sueños.

Era inocente.

Oficial sin tacha, hombre de honor y cumplidor de su deber, no merecía el castigo infame que le imponían

En vano trataba de comprender qué había pasado.

¿De qué trama abominable era víctima? ¿Quién tenía interés en perderle de aquel modo?

Tenía en sus jefes sobrada confianza pa-

ra no estar seguro de que no le habían condenado sin tener la certeza de su culpabilidad.

¿Qué contenía, pues, el expediente que el presidente no había querido comunicar a su defensor y en el que sus jueces habían encontrado las pruebas de un crimen que él no había cometido?

Pensando en todas estas cosas, paseábase como fiera enjaulada por su celda, con los puños crispados, apretados los dientes y pidiendo desesperadamente auxilio desde el fondo de su alma.

Pero ¿qué socorro implorar?... ¿Quién podía aún creer en su inocencia?... Todo el mundo se apartaba de él con desprecio..., sus antiguos amigos renegaban de él..., su familia le maldecía.., y su mismo defensor, después de algunas triviales frases de consuelo, había regresado a París.

Y, sin embargo, hubo quien acudió en su ayuda.

Uno de sus guardianes que había asistido a las sesiones del consejo de guerra, había quedado convencido de que, a pesar de todo, Pablo era víctima de un espantoso error judicial.

Aquel hombre era un ex-segundo contramaestre de la Armada llamado Artemio Levasseur y a quien veinte campañas y otras tantas heridas habían valido la medalla de los valientes y un cargo de confianza en la prisión marítima del Arsenal.

Cuatro agentes de la Seguridad habíanse arrojado sobre él.

El grito de suprema protesta escapado de los labios del condenado habíale conmovido en lo más hondo de su sér y, con el mismo valor sencillo que en otro tiempo demostrara ante el fuego del enemigo, había resuelto consagrarse a la rehabilitación del infortunado oficial.

—Mi alférez—habíale dicho,—no pierda usted la esperanza; las buenas causas acaban por triunfar... Yerga usted la cabeza y luche osadamente contra ese funesto capricho del destino!

—¡Ay, pobre amigo!—respondió Pablo suspirando dolorosamente.—¿Acaso no está todo contra mí?... Hoy en el fondo de un calabozo, en un presidio mañana, qué puedo hacer para que mi voz sea oída?

—Lo primero, ser libre... Yo prepararé su evasión, le prepararé un disfraz y le abriré la puerta de la celda... Una vez en libertad, ya sé que su primer cuidado será lograr que le hagan justicia. Mucho ha de costar a usted conseguirlo...; quizás habrá de consagrar usted a ello toda su vida, pero ¿qué importa? En esta difícil tarea un alma templada como la de usted no desfallecerá jamás... En cuanto a mí, tendré el convencimiento de haber realizado una buena acción, y sucédame lo que me suceda, no me arrepentiré de lo hecho.

El joven alférez de navío le estrechó febrilmente las manos.

—¡Ah, amigo mío! ¡Cuán inmenso agradecimiento deberé a usted! ¿Cómo podré nunca pagar esa deuda sin precio que con usted contraigo en este momento?

—No hablemos de esto; no hago más que cumplir con mi deber.

Y después de titubear un instante, añadió con voz algo temblorosa:

—Y sin embargo..., mire usted... Tengo una niña de un año; su madre, mi mu-

jer, que esté en gloria, murió al darla a luz... Es rubia y bonita como un ángel y comienza a decir "papá" y a rodear mi cuello con sus bracitos acariciadores... Es toda mi alegría, toda mi felicidad y en ella se cifran todas mis esperanzas; pero comienzo a hacerme viejo y tal vez ¡ay! no podré velar por ella hasta que este en edad de poder recorrer sola el arduo camino del honor... Si yo faltase, quisiera recomendar a usted a mi Gineta, pedirle que si algún día ella necesitase algun apoyo, le diese usted el suyo.

—Se lo juro—respondió gravemente el oficial...—En cuanto me haya rehabilitado de la condena infame que sobre mí pesa, me ocuparé de Gineta y lo que haya usted hecho por mí, se lo devolveré con creces... Seré su padre en los días tristes, como usted ha sido mi amigo.

Los dos hombres se abrazaron.

—¡Adiós, mi alférez!

Durante la noche, las puertas de la prisión marítima se abrieron al oficial, quien, gracias a la complicidad de su carcelero pudo, antes de que se descubriera la evasión, llegar a Marsella y embarcarse en uno de los muchos buques que a cada momento salen de aquel puerto.

Algunas semanas después pisaba el hospitalario suelo norte-americano.

Allí comenzaban para él las dificultades.

En aquel país de destierro, sin dinero, sin relaciones, sin hablar más inglés que el preciso para hacerse entender, ¿qué iba a ser de Pablo Vareilles?

Otro que no hubiese sido él habría retrocedido ante una tarea sobrehumana, pero no era él hombre para doblar la cerviz bajo el altivo apóstrofe con que sus antepasados habían insultado el abatido orgullo del enemigo: ¡Vœ Victis!

Poseía la fuerza más poderosa, la libertad; su voluntad triunfaría de lo demás.

Era aquella época en que el gobierno norte-americano ponía sus inmensos territorios del Oeste a la disposición de los colonos audaces.

Pablo se hizo **cow boy** y desde el alba al ocaso recorrió las inmensas llanuras con el rifle al hombro, el lazo arrollado a la cintura, durmiendo bajo una tienda de campaña, expuesto constantemente a mil peligros y disputando palmo a palmo a los indios las fértiles praderas en donde pacían innumerables rebaños.

En aquella vida aventurera, en que el ojo no debe fallar nunca y la mano nunca ha de temblar, había adquirido aquella sangre fría y aquella puntería que le había permitido salvar, como recordarán nuestros lectores, a las dos niñas imprudentes y a su camarera, en la calle Hauteville, matando desde el imperial de un ómnibus de un tiro de revólver al caballo desbocado que iba a aplastarlas.

Al cabo de veinte años de trabajo encarnizado había hecho fortuna, tal como se lo jurara.

Entonces resolvió regresar a Francia y tratar de aclarar el misterio en que había naufragado su honor.

A fuerza de reflexionar, durante largas noches de insomnio, había adquirido el convencimiento de que la cuadrilla internacional de los espías que había logrado robar los planos de los sumergibles, le había sacrificado a él para salvar a alguno de los suyos que se hallaba en peligro.

La prueba de aquella abominable maquinación existía seguramente en alguna parte, y era preciso encontrarla, aunque fuese a costa de sobrehumanos esfuerzos, al lado de los cuales nada era la energía desplegada en América durante aquellas largos años de cotidianas luchas.

Las dificultades de la empresa no le arredraron sin embargo, y confiando la explotación de su hacienda a un hombre de toda su confianza, decidió embarcarse en Nueva Orleans para regresar a Francia, provisto de los papeles de uno de sus administradores llamado Jonathán Guillermo Forster.

Pero en el momento en que ponía el pie en el vapor que había de conducirle a su patria, Pablo de Vareilles se estremeció; había reconocido sobre la cubierta del barco a dos de los inspectores que le habían preso en las gargantas de Ollioules y acompañado en su doloroso viaje de Tolón a París, que hizo con las manos esposadas.

Eran realmente ellos que regresaban de alguna misión secreta realizada en los Estados Unidos; no le cabía duda alguna. Pero, ¿por qué estaban allí? ¿Qué singular ironía de la suerte les ponía así en su camino haciendo surgir de repente ante él el pasado terrible, precisamente cuando él iba a intentar borrarlo?

No tenía la menor gana de hacer el viaje en su compañía. Desde el momento en que él les había reconocido en seguida, ¿era imposible que ellos, a su vez, se acordasen de su prisionero de otro tiempo?

Bien es verdad que había cambiado mucho de veinte años a aquella parte; su tez, curtida por la perpetua existencia al aire libre, las arrugas que ahora surcaban su frente, sus cabellos grises hacia las sienes, su corpulencia y su barba inculta de **cow boy** sólo le habían dejado un lejano parecido con el alférez de navío esbelto, elegante e imberbe de Tolón.

Pero ¿acaso el oficio de aquellos hombres

no era precisamente reconocer las fisonomías al través de sus múltiples variaciones? Por esta razón, él, que tan sereno se había mostrado frente al peligro, consideró inútil exponerse a aquella aventura.

Retirarse prudentemente no es huir.

Así, pues, dejó que el vapor levara anclas llevándose a los dos individuos de la policía. Al día siguiente, había de salir del puerto de Nueva Orleans el vapor mercante **Black Old Dog** y Pablo consiguió que el capitán de éste le admitiese como pasajero.

Dos semanas después apeábase del rápido de Marsella en la estación de Lyon.

En un cuarto de siglo París había variado mucho: en todas partes se habían abierto vías nuevas a cuyos lados se alzaban edificios gigantescos; tranvías eléctricos las recorrían en todos sentidos: el metropolitano cruzaba las entrañas de la gran metrópoli; y multitud de automóviles, realizando un progreso que algunos años antes se había considerado imposible, obstruían las calles hasta el punto de que no se podía transitar por ellas sin peligro.

Pablo de Vareilles había nacido y crecido en las Batignolles, que, en aquella época, eran un rincón tranquilo y pacífico en donde pequeñas viviendas alzábanse en medio de árboles seculares, de jardines floridos, de terrenos incultos.

Allí resolvió dirigirse, atraído tanto por los gratos recuerdos de su juventud como por el temor de encontrase extraño en los barrios que no conocía.

Pero en el momento en que, sumergiéndose en el torbellino de la ciudad inmensa, iba a perderse entre los remolinos formidables de la multitud, dióse cuenta de que alguien seguía evidentemente sus pasos.

¿Había sido reconocido por los agentes franceses en la estacada del puerto de Nueva Orleans, o bien el capitán del **Black Old Dog** se había vengado de la mala pasada que le jugara durante el viaje apresurándose a denunciarle a la policía?

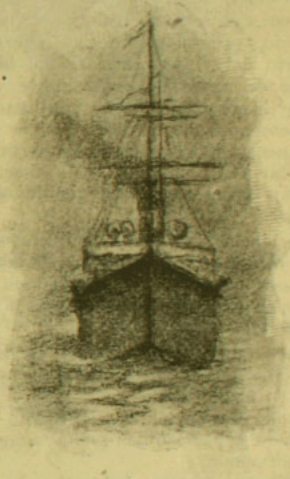
Por un instante sintió una angustia terrible que le atenaceaba el corazón; al fin y al cabo él, en su patria, no era más que un paria, un criminal escapado del presidio, sobre quien estaba siempre levantada la mano de la justicia. Mas, no tardó en dominar su emoción.

Los papeles de su administrador le daban la personalidad de J. G. Forster, que viajaba por gusto, y como sus veinte años antes, en la época de su detención, no funcionaba todavía el servicio antropométrico, era casi imposible identificar al granjero americano con el traidor de Tolón.

Con todo, era preciso que se pusiera en guardia. Intentar huir, substraerse a la vigilancia, escapar a la persecución, era exponerse a una atención molesta que le obligaría a entrar en explicaciones inútiles.

Gracias a un espejito de bolsillo en el que aparentaba contemplar con complaciente coquetería sus patillas castañas que, merced a la experta navaja de un barbero de Marsella habían reemplazado su barba roja, no perdía un solo movimiento del polizonte.

Varias veces había podido éste detenerle y, sin embargo, no lo había hecho; y



aun después del incidente del caballo le había dejado perderse entre la muchedumbre, huyendo de las aclamaciones que su acción salvadora había producido.

¿Es que el polizonte no acababa de reconocer en él al hombre a quien buscaba? ¿Es que su misión se circunscribía simplemente a enterarse de quién era aquel extranjero recién llegado a París?

Todas las hipótesis eran posibles; de aquí que se resolviese a dejar que los acontecimientos se desarrollasen naturalmente, sin pretender adelantarse a ellos. Después de todo, tiempo tendría de tomar sus medidas, ya que un enemigo descubierto no es peligroso.

Así llegó al hotel de la calle de Biot, en donde pidió un modesto cuarto para descansar de las fatigas de la noche pasada en el tren.

A la primera ojeada había reconocido al agente bajo su disfraz de criado. Decididamente le seguía a él.

Entonces decidió librarse de aquella vi-

gilancia molesta y evadirse sin llamar la atención de su extraño perseguidor.

Un auxiliar inesperado vino en su ayuda, el ladrón que, husmeando alguna rica presa en el generoso individuo, habíale seguido a su vez, sin sospechar que colaboraba involuntariamente en los planes del inspector Lapipe.

El malhechor, avezado a esos negocios tenebrosos, había empezado por dormir al criado del hotel, haciendo penetrar por el ojo de la cerradura vapores de metilo en el despacho en dónde aquél se hallaba.

Después, seguro ya de que nadie le estorbaría durante su trabajo, se había introducido, valiéndose de una ganzúa, en el cuarto del viajero armado de la morcilla llena de arena para asesinarle y desbalijarle luego con toda tranquilidad.

Pero no había contado con la huéspeda.

Apenas había levantado el brazo para asestar el golpe fatal, caía inerte, cogido en un torno de hierro que le oprimía la muñeca.

La lucha fué corta y silenciosa, tanto que el detective Newton, apostado por las razones que ya hemos dicho, en una habitación próxima, apenas había oído el ruido de ella.

Diez minutos después, el bandido yacía exámine en el suelo, herido mortalmente con su propia arma.

Pablo de Vareilles comprendió en seguida todo el partido que podía sacar de aquella situación.

En un momento había puesto sus propias ropas al desconocido y con la navaja le había afeitado el bigote.

Indudablemente todo el mundo tomaría por el suyo el cadáver que se encontraría a la mañana siguiente en el cuarto número 10; y los chismes de afeitar, dejados sobre la chimenea, explicarían un cambio de fisonomía que en el primer momento pudiera causar sorpresa.

Después abrió suavemente la ventana y miró a la calle, que estaba silenciosa y desierta. Un farol de gas puesto junto a la pared del hotel derramaba una luz opaca: bastaba alargar el brazo para alcanzarlo.

Momentos después, Pablo estaba en la acera.

—¡Uf!—murmuró lanzando un profundo suspiro.—Ahora puedo estar tranquilo: el misterioso pasajero del **Black Old Dog** ha sido asesinado, y la muerte es el mejor de los incógnitos. Nadie irá a buscarme en el otro mundo. No obstante, para mayor seguridad, voy a telefonear al sagaz sabueso que me vigila que puede dormir tranquilamente.

Irguió la cabeza; una expresión de esperanza iluminó su rostro y en sus ojos brilló una llamarada de energía.

—¡Ahora—exclamó con acento firme—a mi obra! ¡Que Dios me proteja!

Y se perdió en la obscuridad de la noche.

CAPITULO VIII

El legajo amarillo

Al día siguiente del en que había huído del hotel de los Príncipes de Portugal en las circunstancias que hemos descrito y seguro de que había despistado a la policía y de que en lo sucesivo no se le contaría ya entre los mortales, Pablo de Vareilles, al despertar en una cómoda habitación del Gran Hotel, no pudo contener un grito de estupefacción y de recorrer los diarios.

Había leído el relato de su acto de generosidad con la pobre muchacha que, sentada en un banco del bulevar lloraba por su trabajo perdido, y visto con profunda sorpresa que aquella muchacha se llamaba Gineta Levasseur.

De manera que una casualidad inconcebible le había puesto, en sus primeros pasos por la gran ciudad, frente a frente de la hija de aquel hombre magnánimo que, antes que nadie, había creído en su inocencia y le había abierto las puertas de la cárcel.

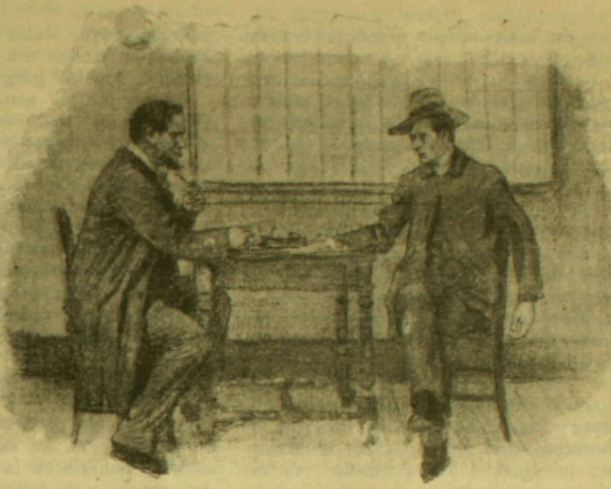
¿Quería por este medio la Providencia enseñarle que podía contar con su protección marcando así con piedra blanca el término de sus tristes horas de adversidad?

Pablo aceptó aquel augurio y sintióse más valiente ante la ardua tarea que se disponía a acometer.

Mas como se había jurado que nada le detendría mientras no hubiese obtenido reparación del espantoso error judicial de que había sido víctima, dejó para más adelante el pagar a la joven obrera la deuda que había contraído con su padre.

Por otra parte, una rápida información permitióle averiguar que vivía honradamente en un pisito de Belleville, que estaba contenta con su suerte, que nunca se quejaba y que, como era muy laboriosa y bordadora excelente, siempre tenía trabajo.

Los diarios, en el entretanto, habían referido en pocas palabras el suceso de la calle de Biot: la nota transmitida por la prefectura a las redacciones había consignado únicamente que un extranjero había sido asesinado y robado por un individuo que después de consumado el crimen habíase apresurado a huir.



Sobre un hecho tan escueto no había modo de confeccionar una gacetilla sensacional y un diario matutino, que era una especialidad para las noticias dadas en tres líneas y en forma humorística, resumió el suceso del modo siguiente:

"¿Qué iba a hacer en un hotel de las Batignolles el noble desconocido? Surgió un rata ganoso de aventuras. Asesinato, robo. Y el rata todavía corre".

Esta gacetilla, que divirtió mucho a Newton a costa de su colega francés, acabó de tranquilizar a Pablo de Vareilles.

Sus previsiones habíanse realizado enteramente; no tenía, pues, que pensar más que en llevar adelante su empresa.

Sin embargo, rodeóse aún, por prudencia, de algunas precauciones suplementarias.

J. G. Forster, el extraño pasajero del **Black Old Dog**, desapareció para ser reemplazado por otro norteamericano, Reginald Farweth, a quien poderosas recomendaciones del Nuevo Continente aseguraron la protección de la embajada y cuya cuantiosa fortuna era el mejor de los fiadores en París.

Entonces el ex alférez de navío puso sin tardanza manos a la obra; pero ante la dificultad de la tarea a que se consagraba en cuerpo y alma, experimentaba la sensación del que se obstina en buscar una brizna de paja en el Océano. Era menester contar algo con el azar y mucho con la suerte.

Comenzó por informarse de qué había sido de los miembros del consejo de guerra que en otro tiempo lo condenara.

No quedaba más que uno, capitán de navío que, habiendo alcanzado el retiro, se había ido a vivir a Cherburgo, su país natal.

Y a Cherburgo se fué Pablo de Vareilles.

Todos los días, el viejo lobo de mar jugaba interminables partidas de chaquete en el modesto café del puerto frecuentado por oficiales de marina.

Pablo había sido en otro tiempo muy aficionado a aquel juego y en el Borda se había pasado largas horas con sus compañeros agitando los dados en el cubilete de cuero.

Al cabo de una semana, sus trabajos de aproximación se habían visto coronados por el mayor éxito, y jugando con su antiguo juez se entregaba a las más hábiles combinaciones en las casillas blancas y negras del tablero.

Los parroquianos del café estaban satisfechísimos de verse, gracias a él, libres del oficial retirado que era hombre testarudo, maniático y gruñón.

Promover las confidencias de su contrincante de juego no era cosa fácil; el viejo marino, poco hablador, sólo abría la boca para introducir en ella su pipa y jugaba en silencio, absorto en la marcha de sus piezas.

Pero a fuerza de paciencia, Pablo de Vareilles supo sacarle poco a poco lo que deseaba, sin que el otro sospechase los motivos de aquella extraordinaria curiosidad sobre un asunto de tan lejana fecha que ahora evocaban repentinamente ante él.

Y aunque, fiel a su deber, el capitán de navío se obstinó en permanecer mudo respecto del contenido del famoso expediente, su interlocutor logró arrancarle uno por uno algunos de los datos concernientes a la organización del espionaje extranjero que, comunicados a los miembros del consejo durante la sesión secreta, les habían ilustrado sobre la culpabilidad del joven oficial.

Encontrar al cabo de veinte años las

huellas de toda aquella pandilla era imposible.

Un nombre, sin embargo, llamó la atención de Pablo, el de Korpfstrauss, nombre que recordaba haber oído en la colonia extranjera que él frecuentaba en su calidad de yanqui distinguido.

Pero en medio de las palabras sueltas del viejo marino, cuya memoria comenzaba a vacilar a causa de su edad avanzada, era difícil definir el papel concreto que en aquel entonces había desempeñado el banquero en aquellos asuntos tenebrosos y saber si había sido mezclado misteriosamente en su proceso como espía o como indicador.

De regreso en París, Pablo tomó sus informes y averiguó que Korpfstrauss aún vivía; que, establecido desde hacía tiempo en Francia, habitaba en el quinto piso de una hermosa casa de la plaza de Malesherbes; que llevaba una existencia muy retirada, no se ocupaba ya de negocios y se trataba con muy poca gente. Todas las noticias que acerca de él había adquirido le eran favorables.

Esto no obstante, como aquella era la única pista que tenía, Pablo decidió seguirla, a falta de otra mejor.

Su primer cuidado fué aproximarse lo más posible a la plaza cuyo sitio iba a emprender.

El fué quién, fingiéndose viajante de la casa Wolf y Cía., alquiló un cuartito encima del piso de Korpfstrauss y quien, disfrazado de empleado de los teléfonos, había prolongado los alambres telefónicos hasta su habitación, de modo que no perdiera una palabra de las comunicaciones del banquero y substituído el aparato de éste por un micrófono perfeccionado que le permitiera oir todo cuanto se decía en el despacho de aquél

Pronto supo a qué atenerse.

El banquero seguía dedicándose discretamente al espionaje y de cuando en cuando recibía la visita de una señora que era el alma de todas las infames intrigas y cuyo nombre, baronesa de Brauersweski, no tardó en saber Pablo. Poco a poco supo éste que los planos de los dirigibles militares estaban encerrados en la caja de caudales, a punto de ser entregados, y que la cifra de combinación para abrir aquélla, conocida solamente de los dos cómplices, era 24.785.

Esta cifra habíala él escrito en un trocito de papel morado del que Lapipe, como se recordará, había encontrado más adelante un pedazo en el suelo.

Y al contemplarla atentamente para grabarla en su memoria, se estremeció.

Leyéndola en esta forma: 24. 7. 85, significaba 24 de Julio de 1885, es decir, la fecha del mismo día en que él había sido detenido en las gargantas de Ollioules.

Era imposible achacar a la simple casualidad aquella coincidencia; había una razón para escoger aquella cifra, y el antiguo **cow boy** la adivinó en seguida: para recordar la combinación de la caja, el banquero, recurriendo a un procedimiento mnemotécnico infalible, había elegido una fecha para él inolvidable.

Desde aquel momento, Pablo no tuvo duda alguna de que Korpfstrauss había intervenido en el drama de Tolón y de que el banquero poseía una clave del misterio.

¿Pero cómo tener una explicación cara a cara con él y obligarle a decir todo lo que sabía?

Era preciso para ello arbitrar el medio de penetrar en su casa cuando estuviera solo, de ponerle en la imposibilidad de pedir socorro y de hacerle hablar de grado o por fuerza.

Si el banquero oponía resistencia, si acudía gente, si se producía escándalo, el negocio estaba perdido para siempre; era menester que la empresa saliera bien desde luego o, de lo contrario, más valía no intentarla.

Pablo de Vareilles reflexionaba.

La partida de los inquilinos del cuarto piso para pasar las Navidades en su finca del Sena Inferior, permitióle de pronto realizar el atrevido plan que desde hacía tiempo había elaborado cuidadosamente.

Gracias al micrófono puesto encima de la mesa del banquero sabía los deseos que la señora y la hija de éste tenían de oir **Romeo y Julieta** y estaba asimismo enterado de que un amigo de la familia, corresponsal de un periódico de Leipzig, les mandaba con frecuencia localidades de teatros.

Pocos días después y a última hora, para que no pudieran dar al Sr. Severshein las gracias hasta el día siguiente, con lo que no cabía que pudiera haber entre ellos una explicación desagradable, recibían las señoras de Korpfstrauss dos butacas para la Opera, en donde se cantaba precisamente aquella obra de Gounod.

Acompañaba el envío la tarjeta del periodista cuya escritura puesta en el sobre había sido tan admirablemente imitada, que él mismo había declarado a Lapipe que aun a él le habrían engañado.

Proporcionarse la tarjeta y las butacas había sido cosa sumamente fácil para el ex guardia marina.

La administración de nuestra Academia Nacional de Música y Baile cambia, en la secretaría, las localidades tomadas en la

taquilla por unos cupones que, sin timbre móvil y sin indicación de precio, parecen billetes de favor y pueden de este modo ser enviados a aquellas personas a quienes se debe una fineza.

En cuanto a la tarjeta, el propio Sr. Severshein se la había enviado a un desconocido que le había felicitado calurosamente por uno de sus artículos, con algunas palabras de vulgar agradecimiento, y un grabador había confeccionado sin reparo un centenar de ellas sin sospechar el uso a que una estaba destinada. Pero lo que nunca hubiera podido pensar el periodista era que el trapero hirsuto y grasiento que, al amanecer, registraba el montón de basura de delante de su casa, buscase muestras de su escritura en los borradores que él había arrojado a su cesto de papeles.

En el cuidado con que todos esos pormenores habían sido dispuestos, habríase adivinado al hombre que no quería dejar nada al azar, y el mismo Lapipe no le habría regateado su admiración por tanta previsión y tanta perspicacia.

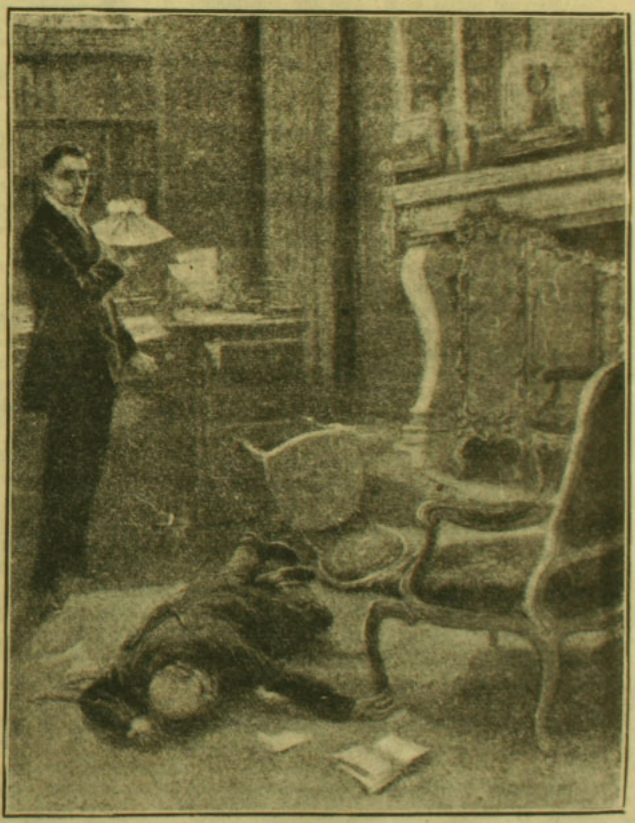
Ya sabemos cómo después de salir de su casa la señora y la señorita Korpfstrauss llegó un telegrama de Vincennes llamando a la vieja criada para que acudiese al lado de su hija enferma.

Poner el telegrama en Vincennes mismo, después de tener la certeza de que el envío de las localidades había dado el resultado apetecido, había sido cosa facil gracias a un automóvil; y Pablo de Vareilles, que sabía que la criada haría la mitad del viaje en el metropolitano y la otra mitad a pie, estaba seguro de que dispondría de todo el tiempo necesario.

Gracias al uniforme de mozo de almacén, uno de cuyos botones había sido encontrado había podido durante el día subir a su cuarto, sin llamar la atención del portero que le creía en provincias desde hacía un mes; allí había esperado que el banquero estuviera solo y entonces, seguro de que en medio de la obscuridad no habían de verle ni desde las casas vecinas ni desde la calle, había bajado por medio de una cuerda hasta el balcón del quinto piso.

La víspera del crimen, como lo había revelado la información, había volado hecho pedazos un cristal del balcón del comedor; el **cow boy**, con aquella puntería capaz de matar de un tiro de revolver al caballo desbocado del bulevar Poissonniere, había lanzado, por medio de una honda, una piedra desde el lado opuesto de la plaza.

Pablo arrancó la almáciga fresca, quitó el cristal, dió vuelta a la falleba, penetró sin ruido en el piso, y al pasar por la antesala que precedía al despacho descolgó



El banquero lanzó un grito sordo y cayó de bruces.

de una panoplia, para defenderse en caso necesario, una navaja que, en sus manos, era un arma terrible y segura.

Y de pronto, mientras Korpfstrauss, sentado junto a su mesa, clasificaba sus papeles, surgió ante él un hombre.

Aquella aparición brusca en el silencio impresionante de la noche hízole sobresaltarse.

Levantóse pálido y un grito quedó sofocado en su garganta; mas, luego, recobrando su serenidad y olvidando que en la casa no había nadie, dió un paso hacia el cordón de la campanilla que colgaba a lo largo de la chimenea.

Pero el desconocido se había ya interpuesto entre el cordón y él.

—Es inútil, caballero — murmuró.—No soy un malhechor. Cálmese usted, pues tenemos que hablar.

—¿Quién es usted?—pudo a duras penas articular el banquero.

—Míreme usted bien: ¿no me reconoce?

Korpfstrauss hizo un esfuerzo de memoria, pero no pudo aplicar un nombre a la fisonomía del extraño visitante, el cual dijo entonces con voz pausada:

—Soy Pablo de Vareilles.

—¡Pablo de Vareilles!—exclamó el banquero.

—Sí, el alférez de navío sentenciado en Tolón hace veinte años por crimen de alta traición.

Ante aquella inesperada evocación del pasado, al ver surgir de repente, como el espectro de Banquo, al inocente a quien había hecho condenar, echóse a temblar el banquero, y como un relámpago vió pasar por delante de sus ojos la acción abominable a que él había contribuído.

Entre todos esos héroes admirables con que, al través de los siglos, se glorifica sin cesar la marina francesa, había habido, en efecto, un traidor, un desgraciado, que en un momento de locura, acorralado en una situación inexplicable, había vendido los sagrados secretos confiados a su honor de soldado.

Pero el crimen había sido descubierto y el criminal no podía tardar en serlo también.

La potencia extranjera a sueldo de la cual estaba el traidor, había de impedirlo a toda costa, no sólo porque el marino había ofrecido entregarle nuevos documentos, sino, además, porque sus confesiones podían desenmascarar a sus agentes más activos.

Entonces Korpfstrauss pensó en substituir al oficial traidor con el alférez de navío y él fué quien confeccionó el expediente que merced a hábiles manejos se hizo llegar a manos del servicio de contraespionaje y después de cuya lectura no pudo caber al consejo de guerra la menor duda sobre la culpabilidad de Pablo de Vareilles.

Aquellos dos hombres, puestos frente a frente, se miraron un instante con fijeza.

Instante trágico en el que veinte años de espantosos sufrimientos morales se alzaban, clamando venganza, delante del miserable sin conciencia y sin remordimientos que los había impuesto a un inocente.

Poco a poco, sin embargo, Korpfstrauss fué recobrando su serenidad. Al fin y al cabo ¿qué podía temer de aquel individuo escapado de presidio y que, al día siguiente, en cuanto él lo denunciase a la policía, volvería a su encierro, y entonces para siempre?

Ante esta consideración resolvió hacer cara audazmente a la tempestad.

—Recuerdo vagamente aquel proceso, en efecto—dijo con voz pausada y fingiendo un esfuerzo de memoria—pero esto no me explica lo que usted quiere de mí.

—Mi honor — respondió sosegadamente Pablo.

—¿Y para esto tiene usted que dirigirse a mí? — exclamó el banquero ya enteramente dueño de sí mismo.—¿No fué usted, si la memoria no me es infiel, justa y legalmente condenado por oficiales de la armada?

—Demasiado sabe usted que no.

—¿Que yo sé que no?... Permítame usted, sin embargo, que me incline ante un fallo dictado con todas las formalidades y que le diga que más bien soy yo quien puede pedir cuentas a usted en mi casa a esta hora y de este modo para hablarme de tales cosas.

—Porque—contestó el ex alférez de navío animándose—en el obscuro caos de infamia en que me revuelvo, en el abismo de vergüenza en que he sido tan brutalmente arrojado, hay un punto luminoso hacia el cual camino, como los Magos caminaban hacia la estrella redentora en medio de la noche profunda, y ese punto luminoso es la verdad, esa verdad abominable de que un desgraciada ha sido condenado por un crimen odioso que no ha cometido...

—¿Y qué puedo yo hacer en todo esto? —exclamó el banquero, estremeciéndose a pesar suyo.

—Darme la prueba de mi inocencia.

—¡Pero si no la tengo!

—Sí que la tiene usted—afirmó enérgicamente Pablo, a quien la visible turba-

ción de su interlocutor confirmaba cada vez más en la certeza de que tenía uno de los hilos del misterio.

—¿Y en qué se funda usted para hacer esta afirmación?

—En que en aquel proceso inicuo del que salí deshonrado, hubo en la sombra una mano criminal que por una causa que todavía ignoro obró en contra mía; y esa mano es la de usted.

Esperaba Pablo una explosión de asombro, una protesta vehemente, una exclamación indignada; en vez de esto, Korpfstrauuss, con voz aterrada que le vendía más que una confesión, respondió:

—¿La mía?

—Sí, la mano de usted—repuso febrilmente Pablo, seguro ya de que no se engañaba.—¡Ea, caballero! ¡Basta de disimulos y de mentiras!... ¿Dónde está esa prueba? ¿En qué sitio la oculta usted?... ¿Quizás en esa caja de caudales, junto a los planos de los dirigibles que ha de entregar usted a sus compatriotas?... ¡Ya ve usted que estoy bien enterado!... Y sé asimismo la combinación para abrir el arca..., 24 y 85..., la fecha de mi detención en las gargantas de Ollioules.

Korpfstrauss habíase puesto lívido; un rayo que hubiese caído a sus pies no le habría causado más estupor. Se le doblaban las piernas y hubo de apoyarse en su butaca para no caer.

—Caballero— balbuceó,—su imaginación le lleva demasiado lejos.

Sobre la mesa brillaban unas llaves; Pablo de Vareilles alargó la mano para cogerlas y el otro, viendo su ademán, quiso anticiparsele.

Los dos hombres se agarraron.

El piso de debajo estaba desocupado, de modo que nadie podía oir el ruido de aquella lucha sin suartel. Para no pedir socorro era preciso que el banquero tuviese un gran interés en no llamar la atención pública sobre la dramática escena que en su casa se desarrollaba.

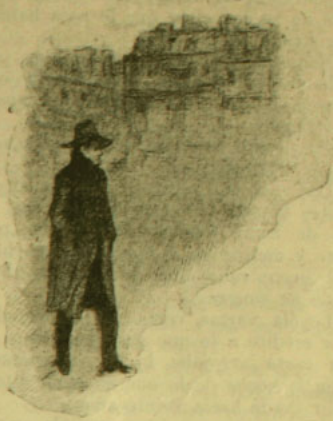
Muy pronto Korpfstrauss se sintió desfallecer bajo los férreos puños del cowboy y haciendo un esfuerzo supremo, logró desasirse y quiso coger su revolver que estaba en un cajón de la mesa.

Pero no tuvo tiempo.

La navaja, herida por la luz de la lámpara eléctrica, había lanzado un destello azul.

El banquero lanzó un grito sordo y cayó de bruces con los brazos abiertos y el arma hundida entre los dos hombros.

—¡Dios lo ha querido!—murmuró Pablo.



Y dejando que el cuerpo del banquero se agitase en las últimas convulsiones de la agonía, cogió las llaves.

El interior de la caja de caudales estaba arreglado admirablemente, demostrando que el señor Korpfstrauus era hombre ordenado.

Pablo vió en un rincón, a la izquierda, el legajo amarillo, atado con un cordel y sellado con lacre encarnado.

Lo cogió emocionado; el corazón latíale con violencia. Tenía entre sus manos los secretos de su patria, algo de su Francia.

Su primer impulso fué guardárselo en el bolsillo, pero luego reflexionó.

La baronesa de Bauerweski no podía tardar en advertir que los documentos que había de entregar ya no estaban allí, y era necesario no dejarle sospechar que existía una relación entre su desaparición y el asesinato del banquero.

De lo contrario, la bella rusa estaría sobre aviso y él no podría llevar a feliz cima el proyecto que acababa de concebir de librar a su patria de la espía y de un cómplice.

Examinó los sellos de lacre y vió que no llevaban ninguna inicial; rompiólos fácilmente con un cuchillo, desató los cordeles, vació el legajo y reemplazó su contenido con pedazos de diario del mismo espesor.

Después volvió a atarlo, lo lacró hábilmente y lo dejó en el mismo sitio en que lo había encontrado.

Ahora podían venderlo al extranjero: el que lo comprase, tan infame como el que lo vendía, quedaría lucido con tal adquisición a cambio de su miserable dinero.

Después continuó sus investigaciones, procurando no desarreglar nada, a fin de que no se conociese que la caja había sido registrada.

Examinó uno a uno todos los papeles echando sobre ellos una rápida ojeada, apremiado por el tiempo que avanzaba velozmente.

De pronto escapóse de su pecho un grito de alegría.

Hay presentimientos que no engañan. Entre las cartas encerradas en una cartera de cuero verde, descolorida por el roce y metida en el fondo del mueble, había encontrado una por la que hubiera dado su sangre.

Leyóla varias veces, no atreviéndose a dar crédito a lo que sus ojos veían; aquella carta arrojaba la luz inesperada en aquella noche de la que en vano intentaba salir desde hacía veinte años.

El verdadero traidor, uno de sus compañeros, alférez de navío en el mismo buque que él, acosado por los remordimientos había ido a buscar en una colonia lejana la muerte redentora.

Gravemente herido en el campo de batalla, después de haber inscrito su nombre en una de las más gloriosas páginas de nuestra historia militar, había escrito al banquero suplicándole que hiciera hacer justicia al desdichado a quien él había dejado condenar en lugar suyo, y diciéndole que creía haber redimido un momento criminal de debilidad con su conducta heroica.

Korpfstrauss guardóse bien de cumplir tal encargo; mientras él no resultase comprometido, lo mismo le importaba que fuese uno u otro el oficial deshonrado.

Y una vez desaparecido el verdadero culpable, ya no tenía él que temer imprudentes revelaciones y comprometedoras denuncias.

Desde aquel momento el proceso de alta traición de Tolón quedaba enterrado para siempre.

Pero ¿por qué había el banquero conservado aquella carta? ¿Había tenido intención de vendérsela a la familia del culpable? ¿Era para él garantía segura del silencio de cómplices peligrosos? Tratándose de un canalla de aquella especie, todas las hipótesis eran admisibles.

Pablo de Vareilles habíase vuelto hacia el cadáver que apoyada la cara sobre la mesa, dormía el sueño eterno.

—¡Que su sangre no caiga sobre mí!—murmuró.—¡Y que Dios me perdone si mi mano vengadora ha obrado con demasiada precipitación!... El servicio que presto a mi patria recuperando los secretos robados me conquistará la indulgencia de los hombres... ¡La humanidad cuenta con un canalla menos!... Pero—añadió irguiendo la cabeza— no perdamos el tiempo en inútiles sentimentalismos... La vieja criada puede volver de un momento a otro, furiosa al ver que ha sido engañada, y lo primero que hará cuando llegue será venir a contarle a su amo la broma de que ha sido objeto.

Y volvió a salir por el balcón, colocó de nuevo el cristal en su sitio pegándolo con almáciga fresca, empujó la persiana y subió a su buhardilla por el mismo camino por donde había bajado.

Pero no estuvo en ella sino el tiempo indispensable para hacer desaparecer todo aquello que hubiese podido dar a la policía el menor indicio después que se descubriese el asesinato del banquero.

Al poco rato salió de su habitación por el tragaluz.

Densas nubes seguían ocultando la luna.

Pablo, protegido por la obscuridad, deslizóse ágilmente a lo largo de los aleros.

La casa que habitaba Korpfstrauss formaba parte de un vasto grupo de edificios. El ex oficial de marina llegó al tejado inmediato y penetró en una pequeña habitación de un sexto piso que había tenido la precaución de alquilar algunos meses antes en uno de aquellos inmuebles cuya fachada daba a la calle de Phalsbourg.

Y al día siguiente pudo abandonar aquel barrio tranquilamente, sin llamar la atención de nadie, mientras los agentes registraban, desde los sótanos a las buhardillas el inmueble del crimen, después de haber puesto guardias en todas las salidas del mismo.

A pesar de toda la habilidad del agente Lapipe, encargado de la investigación, el proceso de la plaza de Malesherbes había sido muy pronto archivado, según hemos visto.

Entonces, libre de aquel cuidado y después de haber puesto todos sus papeles en lugar seguro, Pablo de Vareilles resolvió, antes de consagrarse por entero a la revisión de su causa, cumplir la deuda que tenía con la hija del buen contramestre.

Sentía profunda simpatía por la honrada y laboriosa huérfana que luchaba heroicamente contra el capricho injusto del destino; la soledad y las angustias de ambos eran hermanas y era, por ende, muy natural que él fuese hacia ella para socorrerla.

Gineta, por otra parte, era realmente linda, de figura delgada y esbelta que realzaba su traje sencillo; sus ojos reflejaban algo del cielo puro de las primaveras lle-

nas de sol y bajo su sombrero, adornado con un modesto grupo de centauras y amapolas, sus rubios cabellos parecían un haz de espigas maduras.

Muchas veces, no pudiendo vencer la fiebre que le tenía despierto hasta el amanecer, Pablo de Vareilles se encaminaba de noche a Belleville, atraído, a pesar suyo, por la callejuela en donde habitaba la joven y permanecía largo tiempo contemplando la ventana iluminada del cuarto donde ella velaba.

Aquella temblorosa lucecita, aquella lámpara de obrera inclinada sobre su labor sin término, era para él el símbolo de esperanza y confianza que guía y sostiene al navegante perdido en el inmenso Océano.

Pensaba emocionado en la alegría que próximamente llevaría a aquel humilde hogar y que substituiría las rudas horas de trabajo encarnizado con la apacible tranquilildad de un mañana libre de preocupaciones.

Y en una de aquellas noche, cuando regresaba a pie a su casa, había pasado casualmente por la calle de Ramus, mientras Lapipe, que iba siguiendo el cupé de la baronesa, penetraba en ella por el extremo opuesto.

A la luz indecisa del farol había visto como tres individuos sacaban del coche a una mujer que parecía desmayada y la entraban en el hotel de la Esperanza.

Intigado en un principio y sospechando luego algún atentado criminal, había penetrado, llevado de su valor, en aquel establecimiento de mal aspecto inmediatamente después que los temibles bandidos, y podido, gracias a su serenidad y a su sangre fría, arrancarles su presa.

Grande fué su asombro al saber que la dama por él salvada era la baronesa de Brauersweski. ¿Cómo había ido a parar allí la cómplice de Korpfstrauss? ¿Merced a qué golpe de audacia habían aquellos hombres conseguido llevarla a tal sitio para robarle las joyas?

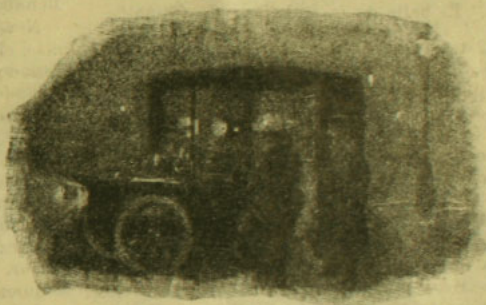
Al ver entrar a Lapipe, no había podido reprimir un sobresalto de angustia; pero inmediatamente recobró su sangre fría. ¿Cómo podía imaginar el inspector que la persona del honorable Reginaldo Farweth tenía delante al hombre del hotel de los Príncipes de Portugal, al asesino del banquero alemán a quien había buscado con tanto empeño?

Por esto, después de haber escuchado con interés el relato de la baronesa, se disponía, a su vez, a dar la breve explicación de su presencia en aquel lugar, cuando Touffe había interrogado a la bella rusa sobre el billete que en su palco le había entregado disimuladamente el agregado militar de X...

Aquel billete, como hemos visto, habíalo cogido Pablo de Vareilles de encima de la chimenea e iba a dárselo a la baronesa, cuando se lo había impedido la agresión de los bandidos, a la que habría sucumbido sin la inexperada aparición de los agentes.

¿Qué secreto importante podía contener aquel documento para que el primer cuidado de la policía, en medio de todas aquellas dramáticas escenas, fuese preocuparse de lo que había sido de él?

Entregárselo a la policía en tales circunstancias habría sido una falta imperdonable; de aquí que Pablo resolviese substraerlo a su curiosidad.



Y fué entonces cuando aprovechándose de que toda la atención de los agentes estaba fija en los apaches, había atado una sábana a la barra de la ventana y deslizándose hasta el suelo había desaparecido en las sombras de la noche.

Desde lejos, oculto en un rincón obscuro, había visto partir a la baronesa en el coche que para ella habían ido a buscar, y después a los malhechores custodiados por los polizontes.

Entonces, a la luz de un reverbero, había leído el billete que contenía sólo las siguientes líneas escritas con lápiz:

Mañana el dominó azul y amarillo tendrá los papeles y el monje blanco, la cantidad convenida.

—Y me pregunto ahora— murmuró,— ¿qué habría sacado en limpio de esto ese bueno de Lapipe?

En cambio, la cosa resultaba para él clarísima.

La baronesa había recuperado el legajo amarillo de la caja del banquero sin sospechar el cambio de documentos que en él había operado, y como sus condiciones habían sido aceptadas, iba a entregarlo al agregado militar de X. Mas, para substraerse a las miradas de la policía que les vigilaba, habían de encontrarse, al día siguiente, en el baile de máscaras de la embajada china, perdidos entre la muchedumbre anónima y apretada, llevando a fin de reconocerse fácilmente, el uno un dominó azul y amarillo y la otra un disfraz de monje blanco.

—¡Vamos!—exclamó Pablo de Vareilles sonriente. ¡Todavía no ha tocado el dinero!... Tengo veinticuatro horas por delante para jugarles una buena pasada..., y, con la ayuda de Dios, ese tiempo es más que suficiente.

CAPITULO IX

El baile de la embajada de China

La baronesa bajó del coche de punto que la había conducido a su domicilio, pagó al cochero y atravesando la ancha acera de asfalto se dirigió a la puerta de su casa. Pero no llamó a ella, sino que aguardó a que el carruaje se hubiese alejado y examinó luego, durante largo rato, la avenida desierta.

Ninguna sombra sospechosa se destacaba entre la azulada neblina en que envolvía la calle la luz de los altos candelabros eléctricos puestos entre las hileras de los negros árboles, que en aquella claridad indecisa se prolongaban indefinidamente.

Cuando estuvo segura de que nadie le había seguido, la bella rusa se dirigió resueltamente hacia la plaza de Alma.

En aquella hora tardía suelen pasar por allí algunos taxi autos después de dejar en sus casas a los trasnochadores; la baronesa tuvo la suerte de encontrar uno y llamando al **chauffeur** le dijo:

—25, calle de Enghién.

Allí, instalado en una cómoda habitación, vivía Newton durante su estancia en París.

El portero, a quien una moneda de veinte francos disipó el malhumor que le produjera aquella visita que tan bruscamente y en hora tan intempestiva le obligaba a dejar la cama, apresuróse a acompañar a la bella rusa a la pequeña habitación que en el tercer piso ocupaba el detective.

Éste dormía profundamente, pero al oir el nombre de la visitante vistióse a toda prisa y abrió la puerta.

—¿Usted a estas horas, señora baronesa?— exclamó haciéndola entrar en el cuarto.—¿Qué ocurre?

La rusa, con voz nerviosa, púsole al corriente de las aventuras extraordinarias que aquella noche le habían sucedido.

Newton, mientras la escuchaba, procuraba entresacar del relato febril de su interlocutora algunos puntos que pudieran darle una idea suficientemente clara del nuevo negocio que se confiaba a su sagacidad.

—Si no he comprendido mal, señora baronesa—dijo al fin,—lo que a usted preocupa no es tanto saber lo que contiene el billete que le han entregado en el Teatro Francés como ignorar lo que ha sido de él.

—Exactamente, Sr. Newton.

La idea de que aquel maldito pedazo de papel en donde estaba quizás la prueba de sus infames tráficos pudiera caer en manos de la policía, cuyas perspicaces sospechas la perseguían desde hacía tiempo, llenaba a la espía de un miedo insuperable.

Newton reflexionaba en silencio. Lo que más claro veía era que, para haberse escapado de aquel modo de la ventana, el salvador de la baronesa debía tener algún motivo mucho más poderoso que poner un billete, cuyo contenido desconocía, al abrigo de la curiosidad de los agentes, aun admitiendo que la insistencia de éstos en apoderarse del papel hubiese llamado su atención.

¿Era un condenado en rebeldía, un desertor, un escapado de presidio, un bribón a quien buscase la justicia?

Aunque el campo de la hipótesis era muy vasto, el motivo de aquella desaparición precipitada sólo debía buscarse en la necesidad de guardar el más absoluto incógnito.

Después de un acto de valor tan grande, aquella fuga era realmente un exceso de modestia.

Hechas estas reflexiones, el detective dijo con acento de seguridad:

—En mi concepto, señora baronesa, la situación dista mucho de ser tan desesperada como usted se imagina... El individuo que se halla en posesión de la carta del conde Fraskopelly ignora seguramente el valor de la misma, y aun es probable que al encontrársela en el bolsillo la habrá tirado sencillamente... De todos modos, no será él quien vaya a entregársela a la policía; yo se lo garantizo a usted.

—¿Por qué?

—Porque sin duda tiene alguna cuenta pendiente con ella y buen cuidado tendrá en no ponerse a su alcance.

(Continuará).

PACIFICO MAGAZINE

LAS BOTELLAS
THERMOS

TIENEN LA GRAN PARTICULARIDAD DE CONSERVAR LOS LIQUIDOS CALIENTES DURANTE 24 HORAS, O FRIOS DURANTE 72 HORAS.

SE pueden desarmar todas las piezas de estas botellas para limpiarlas o cambiar el frasco cuando sea quebrado.

LA tapa de la botella, en forma de una copa con su oreja, se puede emplear en beber el contenido.

PRECIO desde $ 12.-m/c

En tamaño de ½ y 1 litro. Correderas y Estuches especiales para botellas THERMOS

MORRISON Y CIA

VALPARAISO SANTIAGO

EL ANGEL DE LA ANUNCIACION, por Burn - Jones.

PACIFICO MAGAZINE

+ Que ayer | Vol. X.—Santiago de Chile, diciembre de 1917.—Núm. 60. | — Que mañana

Muerte prematura

(Cuento de Navidad)

Por Angel Pino

El día transcurrió atareado, para llegar a buena hora con todos los juguetes listos y entrarlos a la casa sin despertar la atención de los niños ya bastante maliciosos. Los tres chicos bajaron para despedirse antes de tomar su baño. El **hall** iluminado, al comenzar ya la penumbra de la tarde, por la luz difusa de una pantalla color violeta, encerraba secretos y misterios que pesaban en la atmósfera silenciosa. En los cajones de la mesa, en la vieja caja de fierro que a título de antigüedad venerable hacía brillar los zunchos de acero pulido y los clavos de bronce en un ángulo obscuro, debajo del sofá en una serie de paquetes de diverso tamaño, en todas partes, en fin, se habían ocultado precipitadamente los presentes de Navidad enviados por abuelitos y tíos. "Aunque tu casa sea estrecha,—nos ha dicho un poeta,—deja un pequeño rincón donde pueda caber una hada". En la mía no han faltado nunca rincones para hadas y ángeles, para secretos a medias conocidos, para ensueños, en fin. No se ha obligado a nadie a creer en ellos, ni se ha preguntado cuándo se descubrió que las flores del hada eran llevadas por la lavandera y las noticias del ángel sobre la conducta de los niños dadas por la sirvienta y los regalos de Noche Buena traídos por Santa Claus o por el Niño Jesús en persona eran dejados a la puerta prosaicamente por el mensajero del almacén. Ya tendrán tiempo para dudar de muchas cosas; no precipitemos la hora de las revelaciones, ni el momento de la decepción o desengaño.

El mayor, vestido de marinero inglés, portador ya de una papeleta de examen final, parecía guardar todavía en el fondo de los ojos profundos de los once años cierta ingenuidad de los ocho. La niña que le sigue, una mariposa, una evaporada, sin fijeza alguna, ocupada en lucir sus bucles rubios recién encrespados con inútiles movimientos de cabeza, se acercaba en actitudes felinas para dar el abrazo de las buenas noches y dejar lugar para que toda la maquinaria espiritual y fantástica de los juguetes comenzara a obrar desde temprano. La pequeñuela de dos años y algunos meses, muñeca rosada, grandota, de ojos negros de carbón y enormes pestañas convexas, con su cabellera de oro pálido tan liviana que la tenue brisa que pasaba al través de las cortinas hacía vibrar sus guedejas, buscaba como siempre el abrigo de las manos maternales frotando contra ellas sus mejillas tibias y tiernas. El chico había venido preparando desde días atrás la novena del Niño Dios, para lo cual había levantado en la salita de los juegos un verdadero andamiaje a guisa de altar. En cajoncitos con algodón brotaban diminutas praderas de trigo; vacas, conejos, caballos y burros de anteriores pascuas,—de madera, de felpa, de cartón piedra, despintados, apolillados o desarmados,—se acumu-

laban en el establo con tropel impropio de la pobreza del pesebre de Belén. Una araña de latón, mayor que las vacas, parecía trepar por un muro forrado en papel de estaño, y cierta paloma de franela chupada por la guagua y obligada muchas veces a hacer de pato sin disposiciones para la natación, aplastaba casi a los pequeños pastores con su enorme desproporción, y los ojos de cuentas negras. La niña había colaborado pobremente con un acerico de alfileres y un costurerillo para la Virgen. El baby miraba todo esto desde su silla alta, y su chupete en la boca, como un fumador precoz, con profunda admiración por el genio creador de sus hermanos.

—Oye, oye,—exclamaba en la tarde anterior el autor del Nacimiento, para ser oído tanto de la guagua como de sus padres,—este es el Niño Jesús, que nos traerá los juguetes en la Nochebuena.

La palabra **nos** en ese chico espigado, de mirada ya reflexiva, parecía innecesaria

—¿No te parece,—preguntaba yo más tarde a su madre,—creerá todavía que es el Niño Jesús quién le trae los juguetes que él desea y de los cuales se encarga diestramente de advertirnos con tiempo? Pero, no; no ahondemos demasiado. Por lo menos entra en nuestra conspiración y da los mismos encantos que él tuvo cuando creía, a los que siguen en el camino.

Pues bien, sí; los chicos se despedían para acostarse mientras la sirvienta los esperaba cerca de la escalera, impaciente ya. El **baby** bostezaba; pero los mayores parecían querer indagar con sus miradas furtivas si los juguetes habían llegado, y no sería extraño que hubieran divisado alguno.

—Bueno,—dijo la madre—vayan al baño y a acostarse. No se olviden de poner la media en la chimenea o en el balcón. El Niño Jesús llegará después de media noche, después del canto del gallo; pero si encuentra a alguno despierto, se volverá a Belén.

—No podrá,—exclamó la segunda,—porque ya no tiene la estrella.

—¡La estrella!—interrumpió el mayor, —¡qué pava! Si ahora hay mapas...!

Y, después de un momento, agregó:

—¡Y faros!

La objeción contra la visita del Niño Jesús salió, sin embargo, de quien menos podíamos esperarlo. La pequeña, que no había hablado y se aburría visiblemente con esta discusión, dijo rotundamente:

—No; el Niño no viene; **ya** no viene.

Estas simples palabras sembraron el terror en la concurrencia. Yo pensé que se trataba de un temperamento escéptico, tempranamente despierto por alguna tontería de la criada. Me confirmaba en esta monstruosa suposición la mirada alarmante que la madre paseaba de la cara redonda de la criatura a la mía, y el gesto con que apresuradamente los dos niños mayores se llevaban los dedos a los labios para imponer silencio a la incrédula. Sentí piedad por el autor del Nacimiento, que había preparado tan largamente a la chica para la visita del Niño; pero deseaba oirla explicarse más:

—Pero, ¿qué dices? ¿Por qué no viene el Niño Jesús a traerte juguetes?

—Porque **ya** no hay Niño,—agregó terminantemente. Y un instante después, abriendo los brazos, concluyó: —Nada de Niño; ya no hay más Niño...

—Pero, no digas eso,—decía la madre.

—El Niño Jesús te va a traer una muñeca que dice **papá** y **mamá**,—exclamaba el mayor.

Debo agregar que no he podido convencer a este niño de que los juguetes caros son impropios del Niño Jesús, que no ha visto en su infancia sino palomitas de barro que hacía volar u objetos del taller de San José, palitroques, carretoncitos, cosas de carpintería. Inútil; siempre atribuye al Niño el pensamiento de traer juguetes de un costo absurdo, muñecas que hablan para la guagua, pianitos completos para la hermana y un ferrocarril eléctrico con estación y túnel para él mismo. La pequeñuela movía entre tanto la cabeza con aire desolado y al mismo tiempo convencido; la movía negativamente, con una resolución inquebrantable. Se había quedado ceñuda, con la barba metida en el pecho en son de berrinche, y con el cuerpecito saliente en arco. De pronto agregó:

—El Niño no trae juguetes; se acabó el Niño Jesús... se quemó!

—¿Cómo? ¿Dónde se ha quemado? Jamás se ha quemado, no repitas eso.

Yo pensaba en una interpretación infantil de la redención.

—Pero no hagas caso,—dijo el mayor.—Si no sabe lo que dice.

—Así es,—agregó para poner punto final al incidente, la voz de la madre.—Buenas noches y cada uno a su cama.

Y cada cual dió su abrazo, su beso, y escaparon en tropel, no sin dar los mayores una mirada de despedida al fondo del sofá.

Reinó el silencio que precede la comida, ese dulce silencio del hogar, apenas turbado por las risas alegres que vienen apagadas de los dormitorios, risas provocadas por los recuerdos del día, por la cosquilla casual de la peineta o de la camisa; risas de pájaros. Yo había abierto una revista, cuando divisamos a la nena que descendía afanosamente por la escalera.

—¡Cuidado! Despacito, grada por grada!

Nuestras indicaciones eran inútiles porque venía realmente con precauciones, sentándose en cada peldaño y reposando. Por fin, después de un largo suspiro, al llegar al fin de su viaje, se acercó y arrojó a mis pies un objeto informe. La chica agregaba flemáticamente:

—Aquí está; ya no hay Niño...

Recogí del suelo un trozo de yeso y tela carbonizado, una especie de cuerpo de muñeco sin cabeza. Entonces los otros que espiaban, bajaron aceleradamente y venían también tras ellos las sirvientes. Todos hablaban al mismo tiempo, se excusaban, se quitaban la palabra, trataban de explicarse y era imposible entender. Por fin, haciendo callar a unos y cediendo la palabra por turnos, supimos que el gran Nacimiento se había quemado la noche antes, amenazando con prender fuego a la pieza y tal vez a la casa; que las sirvientas habían acudido a tiempo, impidiendo una catástrofe; que los chicos habían llorado y que todos se habían comprometido a guardar silencio para irlo contando poco a poco, y después de Pascua. El menor había estado en su silla, chupete en boca, mirando toda la ruina de sus esperanzas, y también había llorado desesperada, principalmente cuando el Niño había sido introducido a un balde de agua para enfriarlo. Por esto, al oir hablar de la venida del Niño, cuya destrucción le constaba personalmente, su sentimiento de veracidad y realidad la habían impulsado a hablar con franqueza. Y allí estaba, siempre seria, resuelta, con actitud interrogativa, como preguntando:

—¿Y ahora? ¿Tenía razón? ¿Seguiremos con estas historias?

Volvieron a marcharse todos y el silencio ocupó de nuevo la casa.

Yo me puse de pie, y después de decirme a mí mismo: "no dejemos que muera tan temprano en esta chica un sueño tan poético; hagamos que aparezca otro niño más rosado y más grande", salí a la calle precipitadamente. Y héme aquí de carrera, buscando un coche a la luz de los mecheros de gas para alcanzar a llegar a tiempo donde Gath y Chaves y reavivar la fe de mi hija en peligro de sucumbir.

Una carga de ametralladoras en las calles de San Petersburgo, durante la revolución.

Los grandes momentos de la revolución rusa

Por

Raymond Precouly

Con ilustraciones fotográficas

El 2 de Agosto de 1914, el primer día de la movilización, en momentos en que me disponía para ir a mi regimiento, fuí a despedirme de uno de mis más viejos y queridos amigos rusos que resido desde hace varios años en Francia y que fué en un tiempo mi compañero de guerra en Manchuria. Habiéndole pasado el ugier mi tarjeta salió en seguida a la puerta de su despacho y me dijo en voz baja: "Llega usted a maravilla. Se encuentra aquí un hombre que lo va a interesar muchísimo, sobre todo en estos momentos: el conde Whitte".

El conde Whitte, fué como es sabido uno de los más grandes hombres de estado, y hasta puede decirse el más grande de todos los que ha tenido la Rusia contemporánea. Gran financista, debía a su origen senrítico el don maravillosamente desarrollado de entender todo lo que se refiere a la finanzas así como la necesidad y el poder de realización de que carecen con harta frecuencia los hombres de estado rusos siempre algunos utopistas, siempre perdidos en las nubes, muy lejos del mundo real.

Fué Whitte quien firmó el tratado de Portsmouth que puso término, en una forma no muy desventajosa para los rusos, a la guerra de Manchuria. Fué él quien algunos meses más tarde aconsejó, o más bien, obligó al zar a editar el manifiesto de 30 de Octubre de 1905, creando en Rusia un parlamento y un primer consejo de libertades constitucionales. El zar, que por otra parte sólo había accedido ante una amenaza revolucionaria así que esa amenaza pesapareció, trató de retirar solapadamente las libertades que había concedido. Jamás le perdonó al conde Whitte que le hubiera dado semejante consejo. Lo apartó para siempre del gobierno.

En aquel primer día de la gran guerra, tan emocionante tan patético, en aquella pieza a que llegaban los rumores de las manifestaciones que se desarrollaban en los bulevares, me encontré bruscamente en presencia de un anciano de alta estatura, de rasgos acentuados, fisonomía ruda, rostro atormentado.

El conde Whitte, desde las primeras palabras que me dirigió, se puso a maldecir la guerra y aquellos que la habían desencadenado. "Esta guerra es una locura:—clamó—había que evitarla a todo trance".

Bastante sorprendido por aquel apóstrofe, le repliqué que no éramos "nosotros" los que hacíamos la guerra sino que era "Alemania" la que nos la hacía. Whitte no me respondió directamente, pero mirándome bien de frente y recalcando sus palabras dijo: "Yo que conozco mejor que nadie los asuntos de mi país, le afirmo que Rusia no está preparada para una guerra como va a ser esta, sobre todo si, como es probable, dura largo tiempo".

Traté de abreviar aquella conversación y partí. Pero siempre he tenido presente la imagen de aquel áspero anciano que, a la manera de un profeta hebreo, clamaba sus maldiciones y sus anatemas, durante las primeras horas de la más terrible catástrofe que jamás haya asolado a la humanidad.

Aquellos anatemas entretanto, eran mal dirigidos. No era en París pero sí en Berlín o en Viena que hubiera sido preciso proferirlos.

El recuerdo de aquellas profecías me volvía al espíritu con una insistencia particular cuando en Diciembre de 1916 fué enviado a Petrogrado. Llegué a la capital rusa precisamente el día en que fué asesinado Rasputine. No existe la menor relación, por supuesto, entre estos dos acontecimientos y yo no asistí a la cena del príncipe Youssoupof. Lo deploro tanto por mí mismo como por los lectores de "La Nación", porque la narración colorida de esa famosa cena, que se podría llama la cena al cianuro en la que Rasputine después de absorber como si tal cosa un vaso del veneno mas violento (¡si tendría la vida dura ese aminal!) fué derribado de un tiro de revólver por el dueño de la casa, y luego cuando se le creía muerto se puso de pie diez minutos después huyó al patio perseguido por el príncipe y por Pourichkievich, importante miembro de la Duma, que lo mataron de dos tiros de re-

El Czar y el Czarevich

volver, mientras que un gran duque asistía a la escena; la narración de esa cena, decía, hubiera sido un hermoso tema para escribir un artículo.

El asesinato de Rasputine abre, en fin, el primer acto de la revolución rusa. Rasputine ejercía un dominio absoluto sobre el espíritu de la emperatriz y a ésta y al emperador, que ella dominaba a su vez, era a quienes apuntaba este asesinato. El rango social de quienes lo cometieron: un gran duque, el yerno de un gran duque, el jefe del partido reaccionario en la Duma, convertían esta noticia policial de carácter repugnante en un acto político de la más alta importancia.

El año 1906 estuve varios meses en Rusia durante el momento más crítico de lo que se ha llamado la primera revolución rusa y que no fué en realidad más que el ensayo de una revolución. Esta revolución fracasó simplemente porque todas las clases altas y, sobre todo, el ejército se agruparon vigorosamente alrededor del emperador subversivo. El asalto dado entonces al régimen autocrático fué en realidad más violento que el de este año. Pero en 1905 y en 1906 el régimen zarista encontró vigorosos defensores. En 1917, por el contrario, no contó con nadie, absolutamente con nadie para defenderlo. Sucedió así porque a causa de una larga serie de debilidades y de tonterías se había hecho el vacío a su alrededor. La primera sacudida bastó para arrojarle al suelo.

A mi llegada a Petrogrado aquel invierno contra la emperatriz y contra el emperador, ticas violentas que hacían en todas partes contra al emperatriz y contra el emperador. En la aristocracia, entre los altos funcionarios, en el mundo intelectual, entre los industriales y los comerciantes, los espíritus estaban cada vez más sobreexcitados: "Esto no puede durar. Es preciso que esto acabe de una manera o de otra". Tal era la frase que volvía a cada instante en las conversaciones.

La revolución estaba, pues, en el aire, pero esta revolución podía hacerse de muchos modos. Es este un punto sobre el cual conviene insistir particularmente. La revolución podía hacerse lo mismo desde arriba como desde abajo, como se hizo.

A todos los que nos encontrábamos entonces en Petrogrado, el asesinato de Rasputine nos hizo creer que se preparaba una revolución de palacio: el partido de los grandes duques, las clases dirigentes, convencidas de que el zar, por su enceguecimiento, por su aberración, estaba perdiendo a la dinastía, al régimen y también al país, lo obligarían de grado o por fuerza a cambiar completamente su política.

La historia de Rusia en los dos últimos siglos ofrece varios ejemplos de crisis de este género. Es lo que se ha llamado con mucha exactitud "el autocratismo templado por el asesinato".

Cada vez que el autócrata demuestra ser muy inferior a su tarea, cada vez que por su debilidad pone en peligro al régimen, los que aprovechan de ese régimen y desean ardientemente su continuación lo apartan del trono, lo hacen abdicar, o lo suprimen.

Pedro el Grande tenía un hijo llamado Alejo que no aceptaba la política genial de su padre y que amenazaba con no continuarla. Para apartar este peligro, Pedro le hace aplicar el "Knut" con tanta energía que el joven príncipe muere.

Catalina la Grande tenía un imperial esposo, Pedro III, a quien comenzó por quitarle el trono. El esposo, que era muy calzonudo, cuando se le hubo encerrado en su castillo de Ropcha sólo pedía tres gracias: que le dieran su querida, su mono y su violín. Las tres gracias le fueron denegadas. Orlof, el favorito de la emperatriz, lo estranguló con sus propias manos. Hecho esto se anunció oficialmente que el emperador había muerto "de un cólico hemorroidal complicado con una congestión cerebral".

Dos años más tarde, el heredero legítimo del trono, el desgraciado Ivan VI, que siendo tartamudo y cretino vivía sepultado en un calabozo de Schlüsselbourg, fué asesinado por orden de la soberana.

El hijo de Catalina, el emperador Pablo I, descontentaba grandemente a sus cortesanos. Resolvieron librarse de él. Los conjurados, con el asentimiento del gran duque Alejandro, heredero de la corona, no se proponían en un principio más que apoderarse del zar, hacerlo abdicar y encerrarlo en una fortaleza, pero pensándolo bien, les pareció que más práctico era asesinarlo.

Es incalculable el número de personas de la mejor sociedad de Petrogrado que durante el último invierno leyeron y releyeron el asesinato de Pablo I. Después de la ejecución de Rasputine hubo una tentativa de conjuración de los grandes duques contra el emperador, y sobre todo contra la emperatriz. Hubo conciliábulos en el palacio de la gran duquesa María Pavlona, viuda del gran duque Vladimiro, madre de los grandes duques Sergio y Boris, que son, después del zarevitz y del gran duque Miguel, los más próximos herederos del trono.

Un día en que yo estaba comiendo con un diplomático extranjero en el restaurant Donon, un familiar de la gran duquesa nos dió a entender (era a fines de Enero de 1917) que estábamos en vísperas de graves acontecimientos.

Pero los grandes duques no pasaron de conciliábulos. Dirigieron una carta colectiva a emperador para ponerle en guardia contra los peligros que amenazaban al trono. El autor o el inspirador de esta carta, el gran duque Nicolás Michaïlowitch, fué en seguida desterrado a sus dominios.

Nada de esto trascendió. A los grandes duques les faltó energía y audacia. El único de ellos que hubiera podido hacer algo, Nicolás Nicholaiewitch, el ex-generalísimo del ejército ruso, se encontraba en el frente del Cáucaso, a seis días de ferrocarril de la capital.

•

He tenido la suerte de seguir de muy cerca, de la manera más inmediata, de vivir día por día, hora por hora, acontecimientos de una importancia colosal que van a contarse sin duda entre los más grandes de la historia del mundo, la batalla del Marne y la revolución rusa.

Cuando recapitulo en la memoria el desarrollo de los hechos que en uno y otro caso llegaron a lo que los militares llaman la decisión, descubro con una nitidez singular algo como puntos de bifurcación en que las fuerzas en presencia, en vez de precipitarse en tal dirección, hubieran podido, a causa de la menor resistencia, de la más ligera presión, tomar una dirección distinta y hasta quizá opuesta. Esos puntos de bifurcación son los momentos, los grandes momentos de la historia del mundo. Momento debe entenderse aquí en su sentido etimológico: "momentum", lo que hace inclinar el platillo de la balanza.

El cuarto día de la batalla de Marne, el 8 de Septiembre, al caer la noche, yo me encontraba con el general Humbert, mi jefe, comandando la magnífica división de Marruecos, en pleno centro del huracán, cerca del castillo de Mondement, que domina la famosa chacra de Saint Goud. A pesar de la resistencia encarnizada de nuestras tropas el castillo de Mondement acababa de ser tomado por los alemanes. A nuestra derecha los cuerpos que constituían el centro y el ala derecha del ejército del general Foch, habían tenido que retroceder. De este ejército del general Foch, el centro de los ejércitos franceses, no resistía ya más que un hilo: nuestra división, que permanecía obstinadamente clavada en la meseta. Si ese hilo se rompía, si nosotros cedíamos, nuestro centro era roto, y perdíamos la batalla. Esa tarde del 8 de Septiembre tuve durante un momento, al caer la noche, la impresión de que la suerte estaba decididamente en contra nuestra. Pero allí había un hombre, Foch, que en el instante más crítico preparaba la

Kerensky

Ultimo retrato del Zarevich

magnífica maniobra que al día siguiente debía asestarle al enemigo el golpe decisivo. Foch la precipitó con los flancos de izquierda a derecha, toda la división Grossetti, que cayó en escuadra sobre los cuerpos alemanes y determinó su brusca retirada.

El momento en que Foch tomó aquella decisión y ahizo ejecutar la llamo un momento de la historia: aquel en que la energía y el genio humanos cambia como un golpe de timón la dirección de las fuerzas naturales.

En Rusia durante los dos primeros meses del pasado invierno no hubo un solo hombre, y es por esto que no pudiendo hacerse la revolución desde arriba, se hizo desde abajo, lo que fué por lo que concierne a la guerra, una inmensa desgracia.

*

He dicho que la revolución rusa, no pudiendo hacerse desde arriba, se hizo desde abajo. Las razones económicas fueron si no su causa principal, su ocasión y pretexto. Los factores económicos han desempeñado, como es sabido, un papel importante en casi todas las revoluciones. A causa del mal funcionamiento de los ferrocarriles (insuficiencia del material e insuficiencia aún mayor de personal), ciertas fábricas de Petrogrado carecieron de carbón y de materias primas; muchas panaderías cerraron; de ahí paralización y huelgas debidas al encarecimiento extraordinario de la vida, largas colas delante de los almacenes; he ahí un terreno bien preparado para el desarrollo de desórdenes, y he ahí tropas revolucionarias listas para entrar en acción.

No cabe duda que una policía vigorosa e inteligentemente hecha, una guarnición bien segura hubieran podido sofocar fácilmente, muy fácilmente, aquellas agitaciones nacientes. Porque se incurriría en un grave error si se pensara que los primeros motineros procedieron con mucho vigor y cohesión en sus ataques.

Pero todos los servicios de policía y de seguridad estaban concentrados entre las manos de Protopopof, ministro del interior: un intrigante que, a fuerza de zalamerías, había sabido captarse la confianza de la emperatriz y del emperador y además, un loco. Su gran idea fué dotar a la policía de muchas ametralladoras. Habiendo oído decir que esta arma desempeña el papel decisivo en la guerra actual: "No cabe duda—se dijo Protopopof—que si la ametralladora puede contener en la guerra el impetuoso empuje de los franceses y de los alemanes, bastará sobradamente para contener a los revolucionarios rusos".

Se dotó, pues, con muchas ametralladoras a los policianos, pero se olvidó enseñarles su manejo. Además se las trepó a los techos a los campanarios, en sitios tan mal escogidos, que los nueve décimos de ellas no podían tirar eficazmente a la calle.

No creáis que incurro en la menor exageración. Todos estos datos son de una exactitud absolutamente rigurosa.

La guarnición de Petrogrado comprendía los depósitos de los regimientos de la guardia. Ahora bien: esos cuarteles, esos depósitos, estaban repletos hasta el exceso de gente abigarrada, que lo único que tenía de militar era el uniforme. Esta fué la mayor de todas las torpezas cometidas por el antiguo régimen. Su política de guerra consistía en movilizar el mayor número de clases posible, en llamar al servicio el mayor número de hombres. Haciéndolos endosar el uniforme, sometiéndolos a la jurisdicción militar, creía poder sofocar toda tentativa de levantamiento.

El depósito de un solo regimiento de Petrogrado contaba aquel invierno con 14,000 soldados, cifra enorme, insensata, que representa por lo menos diez veces los efectivos de un depósito en Francia o en Alemania.

Los escasos oficiales no podían tener ninguna autoridad sobre semejante multitud. No conocían siquiera a sus hombres. Agregad que en los últimos tiempos se había cometido en Petrogrado la imprudencia de aplicar lo que nosotros llamamos el reclutamiento local, es decir de incorporar en los regimientos de la capital a los hombres que contaban allí con sus padres o sus familias.

Ahí tenéis reunidos todos los elementos

de la revolución. Si os ponéis a pensar en ello, muy fácil os será daros cuenta de lo que pasó: largas columnas de manifestantes, una policía mal dirigida y que tiraba mal, lo que sólo contribuyó a exasperar a la multitud, regimientos formados con conscriptos o con reservistas, que hacen en seguida causa común con los amotinados: he ahí a qué se reducen exactamente las *jornadas revolucionarias*.

La revolución se apodera de la capital e inmediatamente se cristaliza alrededor de la Duma, compuesta por los representantes del país. A medida que cada regimiento defecciona, va a presentarse en el palacio de Táuride, donde está en permanencia el presidente de la Duma, Rodzianko, quien desde el primer instante toda la dirección del movimiento. Es que esta masa petulante, grisácea, de revolucionarios y, sobre todo, de soldados, busca instintivamente sus jefes. Y esos jefes cree que los va a encontrar en la Duma.

El emperador está en el gran cuartel general de Mohilof, a unas 15 horas de ferrocarril de la capital. Rodzianko le manda telegrama tras telegrama, suplicándole que regrese en seguida. El zar, como siempre, vacila. Más de dos días se pierden así, en un momento tan crítico, en que las horas los minutos valen siglos.

Cuando se decide a regresar, los revolucionarios, que cuentan con muchas inteligencias en el personal de los ferrocarriles, cortan los rieles delante de su tren, a dos horas de la capital. Nicolás II cambia entonces de dirección y se dirige a Pokov, cuartel general de los ejércitos del frente norte, comandados por Ruski.

Y es demasiado tarde para él. Su hora ha pasado. Rodzianko, que se ha puesto de acuerdo con los comandantes de los ejércitos, exige su abdicación. Pero al sacrificar al monarca se podía salvar a monarquía. Goutchkof y Choulguin, dos miembros influyentes de la Duma, son enviados en misión cerca de Nicolás *para obtener* su abdicación pura y simple. Nicolás firma primero esta abdicación, que hace pasar automáticamente el poder a su hijo el zarevich, bajo la regencia de su hermano, el gran duque Miguel. Pero una vez puesta la firma, reacciona. Deseoso de guardar a su hijo a su lado, abdica en favor de su hermano. Goutchkof y Choulguin cometen la gran debilidad de aceptar esta modificación.

Aquí también nos encontramos en uno de los momentos decisivos de la revolución rusa. Aquí también el curso de los sucesos podía tomar otra dirección. Si el zar hubiera abdicado sin condiciones, su hermano, al tomar como regente, automática e *inmediatamente* el poder, podía hacer reconocer al zarevich por las tropas de la capital y del frente. En seguida hubiera acordado una constitución a su pueblo. Fácil habría sido formar un ministerio parlamentario. La armazón del imperio, tan necesaria para Rusia, hubiera subsistido.

Cuando Goutchkof y Choulguin volvieron el día siguiente a Petrogrado, los partidos avanzados ya habían ganado terreno. Los hombres que los representaban hallaron pretexto en aquella abdicación condicional para pedir y obtener que no se la tomara en cuenta. En la reunión que se llevó a cabo en casa del gran duque Miguel, muy poco deseoso de asumir el poder, se decidió dejarle a la asamblea constituyente, que se reuniría sabe Dios cuándo, la elección del régimen de gobierno. Esto es lo que el pueblo en su conjunto, los soldados en el frente y los "mujiks" en las campañas tradujeron por estas palabras: "Ya no hay más zar".

Ahora bien: el zar representaba el principal bien político, militar, religioso que agrupaba en un solo haz aquellos millones de gentes de razas y de lenguas diversas esparcidas en el más inmenso de los imperios.

Para dirigir la nueva Rusia ¿qué quedaba? El gobierno provisional surgido de la Duma.

Entonces se produjo una de las cosas más extrañas, más paradojales que se pueda concebir. Para comprenderla y aun quién sabe, se necesitaría ser ruso. Esta Duma de la que surgió el gobierno provisional desaparece como asamblea política desde los primeros días de la revolución. No vuelve a reunirse más que una vez y ésta para celebrar con gran pompa sus propios funerales. No se le ocurre nada más urgente que suicidarse. Hizo, por decir así, Lara-Kiri.

Varias veces pregunté a algunos de sus

Oficiales rusos

Un mujic

jefes las razones de esta inexplicable desaparición. Me han dado siempre la misma respuesta: "Habiendo sido elegida la Duma por una especie de sufragio restringido y viciado, no representaba realmente la nación. En tales condiciones no nos considerábamos calificados para dirigir los destinos de la nueva Rusia".

Tal respuesta es de una ingenuidad, de un candor que desarma. Hacen más honor a la honradez de los jefes de la Duma que a su sentido político. ¿Cómo no se dieron cuenta esos jefes de que no era aquel el momento de manifestar semejantes escrúpulos y de arrojar dudas sobre la legitimidad de sus títulos? Tal como era, nacida de un sistema de voto tan imperfecto como se quiera, la Duma representaba al país. Ella sola estaba calificada para desempeñar el papel de asamblea constitucional, mientras que nuevas elecciones dieran origen a una nueva asamblea. Con su desaparición dejó el sitio libre al Soviet.

Este consejo de los diputados, obreros y soldados se había constituído desde las primeras horas. Habiéndose evaporado la Duma, el Soviet venía a ser el dueño incontestado e incontestable de la situación.

La mayor parte de sus miembros habían sido elegidos no se sabe cómo. Quizá no sea excesivo suponer que un cierto número se habían elegido a sí mismos.

Los rusos tienen un viejo proverbio que dice: "Aquel que tiene el palo se convierte en cabo".

Muchos miembros del Soviet se habían atribuído a sí propios el grado. La cifra total ascendía a unos 2.500, de modo que era imposible encontrar en Petrogrado una sala bastante grande para contenerlos. Esta asamblea plenaria se condensó, se concentró en una asamblea de un centenar de miembros que nombró a su vez un comité directivo.

La situación fué, pues, la siguiente: De una parte un gobierno surgido de una asamblea parlamentaria que había dejado de existir, y de la otra una nueva asamblea que se atribuía todos los derechos, todos los poderes de un verdadero parlamento. El gobierno, privado de todo otro apoyo, no tenía, pues, más remedio que capitular ante el Soviet. Eso fué lo que no tardó en producirse. Los ministros moderados Goutchkof y Milioukof, se vieron en seguida obligados a dimitir. Fué el ministro de ideas más avanzadas, Kerenski, el que tomó el poder por la simple razón que era el miembro influyente del Soviet. En el mismo seno del Soviet los elementos más avanzados, unos anarquistas puros, unos locos en su mayor parte (también había entre ellos traidores), ejercieron un perpetuo "chantage" sobre los elementos moderados.

Por una ley fatal de las revoluciones Kerenski, que se encontraba al principio en la extrema izquierda, no tardó en parecer un hombre de la derecha, un reaccionario ante los ojos del Soviet. ¡Pronto se vió sobrepujado y sumergido!

El modelo de Leonardo de Vinci

Por

C. Silva Vildósola

Bajo los auspicios del gobierno italiano, celoso y amante guardador de los tesoros artísticos que la humanidad posee en la península, se emprendió no ha mucho la obra delicadísima y casi sacrílega de poner la mano sobre la Cena que Leonardo da Vinci pintó en el refectorio de Santa María de las Gracias, en Milán, para restaurarla y defenderla de la labor destructora del tiempo.

Restaurar sin profanar es un difícil y misterioso arte que el genio italiano ha aprendido en los últimos años, y en el cual numerosos hombres de talento han adquirido prodigiosa y útil experiencia, luchando para presentar a la admiración de las generaciones futuras los cuadros que se borran, los frescos que se desvanecen como visiones, los palacios que se desmigajan, las columnas que vacilan, los campaniles que amenazan doblarse y caer como flores cuyo tallo se ha marchitado.

La última restauración de la Cena de Leonardo parecía imposible. ¡Tantas veces en los siglos manos inhábiles habían intentado torpemente rehacer los colores moribundos y retener las figuras que parecían huir! ¡Tan largos años, en tristes períodos de abandono, la humedad había trepado por el muro del refectorio desierto, de donde los frailes fueron expulsados! ¡Tanto polvo de incuria, de desconocimiento, de ignorancia bárbara, había hecho su obra ciega para obscurecer la luz de vida y el resplandor de genio que un día entraron allí a la evocación de Leonardo!

Pero el arte ha triunfado en un consorcio con la ciencia de nuestros días y con la apasionada y respetuosa admiración que los maestros de otro tiempo suscitan en las almas más refinadas.

La "Cena" restaurada apareció de nuevo no ha muchos meses a los ojos de los visitantes escépticos que temían más a una mutilación súbita por mano de hombre que la triste, lenta e irreparable mordedura del tiempo roedor; y apareció más hermosa y más fresca, para el restaurador, más que a rehacer lo que nadie puede hallar de nuevo a menos que el alma de

La Gioconda

Leonardo se encarne otra vez, se esforzó en limpiar, en arrancar suave y sabiamente las costras de ajena pintura y de polvo sucio de insolentes retocadores, para descubrir lo que aún queda de la obra estupenda del hijo de Vinci.

Otra vez podrían ir los peregrinos de todo el orbe a sentarse delante de la "Cena" a la fuerte luz cenicienta de las mañanas de Milán, oyendo las descripciones mecánicas de los guías, o leyendo las palabras entusiastas como estrofas de un himno con que Goethe saludó esta obra maestra de composición, de dibujo y de expresiones de todos los afectos humanos, desde la dulce y honda melancolía de Jesús, hasta la sórdida maldad de Judas, desde la ternura infinita del discípulo amado, hasta la irritada y colérica lealtad de Pedro.

No es ya la decoración luminosa y perfecta que los monjes de Santa María de las Gracias vieron aparecer poco a poco, a manera de un sueño de belleza, sobre el fondo de su desnudo refectorio, ni siquiera la que Rafael Morghen alcanzó a fijar en su grabado, pero es más que el muro de hace pocos años, donde ya no bastaba la imaginación del amante del arte para evocar las figuras desvanecidas y manchadas. Es el cadáver embalsamado que aún presenta las líneas de una belleza ideal y deja adivinar su perfección de otros tiempos.

Y allí, delante de este esfuerzo de ciencia y arte que un italiano acaba de hacer en el siglo XX para defender su herencia del siglo XV, los viajeros se repetirán unos a otros la historia del gran cuadro, y querrán encontrar en el rostro luminoso de Cristo y en el sombrío perfil del traidor la confirmación de la leyenda del modelo de Leonardo, que ahora acude a nuestra memoria.

Cuando desencantado de Florencia, donde no le parecía posible competir en la vigorosa escuela toscana, llegó Leonardo a Milán, Sforza había traído a la ciudad guerrera e industrial, en torno de su Duomo y de su palacio almenado y defendido por fosas, a más de un artífice de la península.

Sea que Ludovico el Moro comprendiera su genio, sea que el maestro se contentara con muy poco en su vida frugal, sencilla y retraída, ello es que en Milán se estableció Leonardo en los días en que su vigor alcanzaba a la plenitud, cuando había pasado apenas los treinta y cinco años y en su cabeza pugnaban por salir a la luz geniales creaciones que su exquisita conciencia de artista retenía allá dentro, temeroso siempre de que aún no pudiera realizarlas una mano empuñada en vencer la técnica del duro oficio con arte y con ciencia.

Poeta, pintor, músico, escultor, matemático, astrónomo, Leonardo de Vinci era uno de aquellos espíritus enciclopédicos que en horas de florecimiento prodigioso brotaron como productos de una humanidad superior en la península itálica.

Los frailes de Santa María de las Gracias hicieron buena amistad con aquel humanista que a menudo departía serenamente con ellos en las galerías del claustro y les hablaba de cosas del cielo y de la tierra. Y un día le encargaron que pintara sobre el muro del refectorio la última cena de Jesús y sus discípulos, el pasaje solemne e inescrutable de la vida del Maestro, en el cual halló la teología sus más sublimes revelaciones y las almas enamoradas de lo bello y lo bueno su más noble enseñadora de amor y desencanto.

Púsose Leonardo a la tarea con aquella escrupulosa y paciente lentitud de sabio y consagraba a cada una de sus obras, desconfiando siempre, siempre descontento, perpetuamente convencido de que la visión íntima de su alma no vendría jamás a fijarse dócilmente sobre la tela o el muro, por más que la llamara angustiada y ansioso su ambición de artista.

Los meses y los meses transcurrieron y los monjes se asomaban a hurtadillas, alzando las cortinas que ocultaban el tablado en que Leonardo pintaba, para ver sólo las líneas fundamentales y casi incomprensibles de las tres ventanas del fondo, de la larga mesa y de las cabezas que se amontonaban hacia uno y otro lado apenas esbozadas. En el centro había un espacio blanco que aguardaba la figura del Redentor.

Leonardo soñaba su Cristo, bello cuanto puede serlo un hombre, puro, inocente, con la majestad de la idea redentora impresa en sus facciones, con el infinito amor bañándolas como una aureola, con la inmortal melancolía de los pecados humanos velándolas suavemente sin turbar su profunda, inalterable paz.

Estaba un día en un rincón del templo mirando la procesión que pasaba por las naves entre nubes de incienso y amarillento resplandor de cirios, cuando sus ojos se fijaron en un joven revestido del traje talar y que marchaba delante de los sacerdotes mezclado a los otros cantores del coro.

Era una cabeza inolvidablemente bella sobre un cuerpo elegante y de armoniosas proporciones. Sus rasgos finos y nobles, su nariz de líneas purísimas, los ojos profundos y misteriosos, la boca que parecía no manchada aún por la falsía, el óvalo exquisito de la cara, la larga cabellera castaña que caía hasta los hombros, todo daba a la cabeza de aquel joven una espiritualidad singular y única que parecía desprenderlo del vulgar concurso que lo rodeaba.

Poco después, Leonardo hacía llamar al joven del coro y le pedía que se sentara delante de él en el refectorio para esbozar sobre un cartón el primer contorno de la cabeza del Cristo.

—¿Cómo te llamas?—preguntaba el artista, mientras sus miradas iban de la noble cabeza del mancebo al cartón donde intentaba copiarla.

—Me llamo Giácomo.

—¿Eres milanés?

—No, messire, vine de la montaña a ganar la vida en la ciudad.

—¿Qué hacías antes?

—Era leñador como mi padre.

—¿Quién te enseñó el canto?

—Nadie, Messire, en la montaña desde niño cantaba para oir el eco.

Y la cabeza del Cristo fué naciendo un día y otro, hecha y rehecha veinte veces, en una labor ardiente y sabia, en una concentración profunda de todas las facultades del gran artista, que al fin... ¡al fin! había hallado en la Naturaleza algo como un trasunto de su visión eterna.

Los frailes atónitos contemplaron un día en el centro del muro, viva y verdadera, la imagen del Cristo, del Maestro que inclinando la cabeza sobre el pecho en un movimiento de infinita melancolía y de resignación amorosa, con las manos extendidas en un gesto que traducía todos los crueles e irreparables misterios, todas las mortales angustias que ni aun los ángeles podrían consolar, decía a los discípulos:

—En verdad, en verdad os digo, uno de vosotros me hará traición.

Años transcurrieron, y para desesperación de los religiosos de Santa María de las Gracias, Leonardo no terminaba la Cena del refectorio. Faltaban aún varias de las figuras, delineadas solamente con un carbón, y los visitantes que acudían a mirar al prodigioso Cristo lamentaban lo que creían pereza del maestro.

Leonardo, en tanto, se abstraía en especulaciones filosóficas y pugnaba por descifrar el enigma del Universo, y se pasaba las claras noches del estío siguiendo el curso de las estrellas u observando la luz cenicienta que completa el disco de la luna creciente, y sobre la cual iba pronto a formular una hipótesis aceptada hasta hoy por la ciencia.

El prior de Santa María se atrevió por fin a preguntar al maestro cuando terminaría la "Cena" empezada diez años antes. Parecíale al fraile que a un hombre como Leonardo había de bastarle una simple delineación de la voluntad para que acudieran al muro las figuras todavía ausentes.

—Busco a Judas—contestó Leonardo y señalando el cuadro agregó:— Allí junto a la ternura de Juan y la cólera de Pedro, allí veo al traidor que vendió al maestro... lo veo dentro de mí, pero no hallo el modelo. Acaso no exista. Tal vez la naturaleza del hombre redimida por Cristo, no ha vuelto a producir el traidor que yo imagino.

Hasta que un día del año 1498 los frailes se comunicaron la nueva de que Messire Leonardo había hallado el modelo de su Judas y trabajaba de nuevo ardorosamente tras de las cortinas que defendían de la indiscreción y de la curiosidad importuna.

Lo había hallado una tarde entre los mendigos y vagabundos que merodeaban al otro lado de las fosas del Castillo Sforzesco. Era un hombre joven pero que llevaba en toda su figura las huellas de una vida disipada. Los ojos hundidos en las órbitas, grandes y profundos, tenían fulgores de sensualidad; las mejillas enflaquecidas por forzados ayunos mostraban cicatrices de las riñas y daban relieve a la nariz fuerte y destacada con insolencia bajo una frente prematuramente surcada de arrugas y coronada por una cabellera corta y revuelta. La boca, de labios delgados, aparecía como un arco pronto a lanzar un insulto o una mentira por entre

la barba hirsuta y descuidada. Era un tipo repulsivo con los estigmas de la embriaguez, de la orgía y del crimen.

Modificándolo y perfeccionándolo hasta ponerlo de acuerdo con su ideal, Leonardo dibujó una y otra vez su Judas con aquel modelo, al cual apenas dirigía la palabra, seguro de que nada que no fuera bajo y sucio podía oir de ese harapo humano, de ese pobre ser envilecido. El modelo se quedaba horas enteras en su sitio, sombrío y paciente, contemplando desde el fondo de sus ojos turbios la imagen radiosa del Cristo que despedía luz propia en el centro del cuadro.

—He terminado—dijo un día Leonardo, levantándose para mirar a distancia su boceto del Judas.

—¿Puedo retirarme, Messire?—preguntó el modelo con su voz ronca y desapacible.

—Sí, y ya no tiene que volver—la replicó el artista alargándole una bolsa.

El modelo de Judas sacudió la bolsa y dijo con una sonrisa canallesca:

—Messire Leonardo paga mejor a Judas que al Divino Maestro. Cuando le serví de modelo para el rostro de Nuestro Señor que allí está, apenas me dió la mitad de esta suma.

Lanzó el pintor una exclamación, y acercándose al modelo y mirándolo con intensidad de águila le dijo:

—¡Giácomo!... ¿eres tú Giácomo el cantor?... ¿es posible?... ¡No! Me engañas, ¡bellaco!

—No, maestro, no os engaño.—Soy Giácomo el cantor de Santa María... es decir, yo fuí ese joven y aquí estaba sentado cuando dibujaba el rostro de Cristo.

—Pero, ¿cómo has caído, desventurado, de tu ideal belleza inocente a tu miseria de hoy?

—¡Ah, Messire— dijo amargamente el modelo de Judas.—Se vive, se extravía el camino, se cae, se sufre y se va siempre hacia abajo!

—¡En diez años!

—He vivido un siglo—dijo el modelo, retirándose, y todavía desde la puerta dirigió una última mirada de través al Cristo melancólico que bajaba los ojos y ofrecía sus manos inocentes a los claros de la pasión.

Y Leonardo paseaba sus ojos asombrados de la pintura del Cristo al dibujo de Judas, y buscaba el puente que pudiera salvar aquel abismo de degradación.

Un mensaje de D'Annunzio a los italianos de la América Latina

A tutti gli italiani delle repubbliche latine, italiani per giure di sangue, paesani per giuro di luogo nella America libera.

Questa seconda chiamata della madre Italia non puó essere invito, ma é comandamento.

Quando combattevamo la prima guerra di lá del confine ingiusto, nelle terre da Eberare di aspra vittoria in vittoria piú aspra, vi sembró che bastassero y vostri voti e le vostre speranze ad accompagnare lo sforzo della vostra gente di morte in morte, di meta in meta. Vi bastava alzare la fronte dalle fatiche o dai negozii per scorgere sopra l'oceano la faccia della patria lontana riavvicinata dallo splendore del sangue. Splendova per vi una nuova aurora di lá dalle grandi acque. Ciascuno di voi poteva, inerme, ripetere la parola di quello éroe nostro, che un giorno cavalcava con pochi uomini sanguinosi verso Río Grande: "Sono pieno d'orgoglio per i vivi e per i morti".

"Ma questa seconda guerra, che separa dalla prima una nera zona di destino, e combattuta di qua dal confine ingiusto, sui nostri monti, sui nostri poggi, sui nostri fiumi, sulle nostre pianure, nelle nostre lagune, nei nostri borghi, nelle nostre cittá, nella Italia, viva nel corpo e nell'anima, di quella Italia bella dove siete nati, dove avete sofferto, dove avete sempre sperato di ritornare.

"Ora non potete piu indugiarvi a sognare il dolce ritorno il ritorno di miele. No. La necessitá imperiosa del ritorno in armi stá sopra ciascuno di voi valido, la patria é ferita e lacera e arsa, la vostra nutrice e profondamente piagata alla mammella sinistra che copre il cuore. La piaga si allarga, divora la sostanza profonda, minaccia la fonte della vita. Si la Dolorosa vi chiama attraverso la inmensitá notturna, come potete voi dormire? Se di giorno vi chiama, como potete voi chinarvi sopra un'altra terra, a spargere il seme, a raccogliere il frutto, ad accumulare y vostre beni?

"Respirate un'altra stagione. Avete il sole caldo sulle vostre mani abili. Non só quale richezza vi cresca sotto gli occhi vigilanti. Ma qui non c'é se non il vento della disperata battaglia, piú implacabile che quello della pampa, qui che il gelo dello inverno e del rischio aguzzo come la baionetta in asta. E questa la vostra stagione, o esuli; il tempo d'Italia.

Mi sembra che se avete un petto filiale, lo acciaio delle vostre macchine lucrose vi debba oggi ferire di una ferita piú atroce che qualsisia dai vostri fratelli ricevuta nella resistenza. Non potete piú lavorare, amministrare, lucrare. No. Dovete armarvi. Anche per voi oggi non puó esservi se non un solo acciaio, quello che falcia le masse degl'invasori, quello che corica il nemico sul suolo insozzuto.

"Per voi e per noi, pei prossimi e pei lontani, pei fedeli e per gli infedeli, non si tratta sol tanto di vita o di morte; se tratta di libertá o di servitá, di potenza o di miseria, di onore perpetuo o di perpetuo vituperio. Se non resistiamo, se non vinciamo, voi medesimi sarete umiliati sopra la terra che vi ospita, schiacciati contro la terra che vi é larga, con la faccia nel vostro solco, col collo piegato sul vostro utensile.

"E cosi saranno y vostri figli stranieri e servi in due terre, chi sa fino a quando, di generazione in generazione.

"Perció voi siete oggi chiamati a difendere due patrie, quella che sanguina sotto l'urto nemico e quella che sovrabbonda sotto il vostro lavoro.

"Nella patria seconda avete fecondato il deserto, fatto portuosi il fiume e il mare, fondato istituti, sodalizzii, focolari senza numero, inventato congegni, inalzato monumenti, edificato sedi illustri, conquistato diritti solenni, esaltato ogni giorno il nome latino. Ma oggi che la patria prima vi chiede di preservarle le testimonianze del suo passato e di confermarle le fondamenta del suo avvenire, potreste non accorrere al suo grido e non offrire le vostre braccia? Operai, coloni, costruttori di civiltá e forse forieri di bellezza, tutta la opera vostra crollerebbe nel suo crollo e il sangue del suo martirio rimarrebbe accagliato sopra le vostre braccia

avvilite. Sareste schiavi due volte, due volte vergognosi.

Se alcuno di voi abita in Catamarca voglia ricordarsi di quegli uomini liberi che uccidevano y figli sbattendoli contro le rocce, affinché non si vergognassero di esercere sotto il giogo dei conquistatori.

"Ma un altro ricordo dapertutto vige. lungo le rive e sopra le acque, in mezzo a voi: la immagine di colui che, assalito dal mercenari austriaci di Giovan Pietro Abreu alla estancia de'la Barra, lottó per cinque ore con soli tredici compagni — uno contro dieci — e vinse.

"Ogni colpo fallito é perdizione". Questo egli ripete oggi agli italiani del'a penisola e a quelli di oltremare, ch'egli avvia verso y porti donde partono le navi per l'oceano insidiato.

Soleva egli addormentarsi nel suo poncio forato dai colpi di lancia e dal piombo delle carabine, chiudendo un occhio so'o come a Maromba, come a Coritibani, per esser pronto sempre a balzare in piedi e a gridare: "All'armi!"

Ora getta verso di voi quel grido, con un cuore piú che mai potente. Lo ode la cordigliera distante. E voi non lo udite

Non siete anche voy figli della Eberta, come y suoi fanti, che col ginocchio a terra aspettavano l'assalto? Come i suoi domatori di cavalli, che formavano la istrice impenetrabile irta di lunghe lame?

Eccolo venire a cavallo dal'a palude di Patos, che ha y cinque fiumi, simili a'le dita della mano aperta, e gli duole il cuore per un'altra laguna piú triste e piú bel'a.

Ecco la sua Annita, che ancora punta il cannone di bronzo sul ponte della goletta e poi imbraccia la carabina. Eccola, che rompe a nuoto la furia del torrente, appesa alla criniera de puledro incoraggiato dalla maschia voce.

Ecco il suo sublime Anzani, che con la miccia in pugno e col piede sulla santabarbara della batteria, urla dai polmoni corrosi: "Gli italiani non si vendono!"

Se ritornate, se venite a combattere per la divina libertá, o esuli, sarete al nostro amore come y superstiti del "Cerro de'la Boyada" del Salto, come la Legione giurata che ricusava il soldo e dava il sangue senza misura.

Non darete voi tutto? E il provero non darà quanto il ricco? Assai piú del ricco.

Poverissimo egli, era come lo sposo della povertá, e non aveva se non una camicia. Ma piú caritatevole del santo cavaliere che con la spada divise in due il mantello, egli la donó a un legionario piú povero di lui e come lui ita'iano. Non era una sorta di caritá verso la patria infelice? Tuttavía diceva egli a Giacomo Medici piú tardi: "Non l'uomo, non l'uomo; la patria sempre, nulla altro che la patria".

Noi non siamo oggi uomini, se non per dissolverci in una vita infinitamente piú grande de'la nostra vita. Perché y nostri figli non perdano la cagione di vivere, noi dobbiamo e vogliamo morire.

Chi sará il vostro piloto se non quegli che per continuare a combattere traienava il suo naviglio rattoppato e rimpeciato di laguna in laguna, con cento coppie di buoi? Solo proteggerá il vostro passaggio da'la costa atlantica alla sua riva tirrena.

E allo approdo, vi ripeterá egli forse la orazion piccola che risonó sul Tacuarí: "Ognuno oggi combatte come se avesse quattro vite per difendere la patria o quattro anime per amarla". Non dirá egli quattro, dirá cento, dirá mille.

E pel vostro amore e pel vostro valore senza limite, domani non vi sará piú oceano fra le due patrie latine.

GABRIELE D'ANNUNZIO.

He aquí la traducción del mensaje:

A todos los italianos de las repúblicas latinas, italianos por ley de la sangre, paisanos por ley del lugar en la América libre.

Este segundo llamamiento de la Madre Italia no puede ser una invitación, sino una orden. Cuando combatíamos la primera guerra, allende el injusto límite en tierras que independizar por duras y más duras victorias, os pareció que bastaban vuestros votos y vuestras esperanzas para acompañar el esfuerzo de vuestra gente, de muerte en muerte y de mojón en mojón. Os bastaba levantar la frente de las fatigas o de los negocios para reconocer sobre el océano la figura de la patria lejana, destacándose sobre el esplendoroso fondo de sangre. Irradiaba para vosotros una nueva aurora, más allá de las grandes aguas. Cada uno de vosotros podía repetir, pacífico, la palabra de aquel héroe

nuestro que cabalgaba un día hacia Río Grande a la cabeza de pocos hombres ensangrentados: "Estoy lleno de orgullo por los vivos y por los muertos".

Mas esta segunda guerra, separada de la primera por una negra zona del destino, se libra aquende el límite injusto sobre nuestras montañas, sobre nuestras colinas, sobre nuestros ríos, sobre nuestra llanuras, en nuestras lagunas, en nuestros arrabales, en nuestras ciudades, en carne y alma vivas de Italia, la Italia bella donde nacisteis, donde sufristeis y adonde esperasteis siempre volver.

Ahora no podéis titubear ni prolongar el ensueño del dulce regreso, el regreso de miel. La necesidad imperiosa de volver armados rige sobre cada uno de vosotros militarmente vá ido. La patria está herida desgarrada y abrasada; la que os nutrió tiene hondamente llagado el seno izquierdo, que cubre su corazón. La llaga se ensancha, devora la substancia profunda, amenaza la fuente de vida. Si la Dolorosa os llama a través de la nocturna inmensidad, ¿cómo podéis dormir? Si os llama durante el día, ¿cómo podéis inclinaros hacia otro suelo, a esparcir la semilla, a cosechar el fruto, a acumular vuestros bienes?

Vivís otra estación. El sol calienta vuestras manos hábiles. No sé cuánta riqueza nace bajo vuestras miradas atentas. Pero aquí nada hay que no sea el viento de la desesperada batalla, más implacable que el de la pampa, y que se aguza como una bayoneta calada en el frío del invierno y del peligro. Vuestra estación es esta, desterrados: el tiempo de Italia.

Parécemo que, si tenéis sentimientos filiales, el acero de vuestras máquinas lucrativas ha de heriros hoy con una herida más atroz que la recibiera ninguno de vuestros hermanos en la resistencia. No podéis trabajar, administrar, ni lucrar más. No. Debéis armaros. Para vosotros tampoco debe existir hoy otro acero que el que siega las masas de los invasores y el que tiende al enemigo sobre el suelo encenagado.

Para vosotros y para nosotros, para los próximos y para los distantes, para los fieles y para los infieles, no se trata tan sólo de vida o muerte, trátase de libertad o de servidumbre, de poderío o de miseria, de eterno honor o de baldón eterno. Si no resistimos, si no vencemos, vosotros mismos os sentiréis humillados en la tierra que os hospeda, oprimidos en el suelo que os es tan amplio, con la cara vuelta contra vuestro surco y el cuello doblado bajo vuestros hijos extranjeros y esclavos en dos tierras, de generación en generación y quién sabe hasta cuándo. Por eso estáis llamados a defender hoy dos patrias, la que sangra bajo el golpe enemigo y la que desborda riqueza bajo vuestra labor.

En la segunda patria habéis fecundado el desierto, construído puertos sobre el río y sobre el mar, fundado institutos, asociaciones y hogares sin número, inventado útiles, alzado monumentos, edificado, casas ilustres conquistados derechos solemnes, glorificado día por día el nombre latino. Pero hoy que la primera patria os pide que le conservéis los testimonios de su pasado y la confirméis los fundamentos de su porvenir, ¿podríais no acudir a su grito y no ofrecerle vuestros brazos? Obreros, colonos, constructores de civilización y quizás precursores de belleza: toda vuestra obra se resquebrajaría en el derrumbe, y la sangre de su martirio se coagularía en vuestros brazos desalentados. Seríais dos veces esclavos y dos veces con vergüenza.

Si alguno de vosotros habita Catamarca, quiera recordar a aquellos hombres libres que mataban a los hijos despeñándolos, a fin de que no tuvieran que avergonzarse de crecer bajo el yugo de los conquistadores.

Mas otro recuerdo por doquiera, a lo largo de los ríos, sobre las aguas, en medio de vosotros, domina hoy: la imagen de aquel que, asaltado por los mercenarios austriacos de Juan Pedro Abreu en la estancia de la Barra, luchó cinco horas con sólo trece compañeros — uno contra diez — y venció.

"Cada golpe marrado es la muerte". Así lo repite a los italianos de la península y de ultramar, a quienes encamina hacia los puertos de donde salen las naves para el océano lleno de asechanzas.

El solía adormecerse en su poncho agujereado a lanzadas y balas de carabinas, cerrando tan sólo un ojo, como en Maromba, como en Coritibani, para estar siempre pronto a ponerse de pie y gritar: "¡A las armas!"

Ahora os lanza este grito con un corazón más que nunca pujante. Lo oye la cordillera lejana. ¿Y vosotros no lo oís?

¿No sois vosotros también hijos de la libertad, como sus infantes, los que espera-

ban el asalto rodilla en tierra? ¿Como sus domadores de potros, los que formaban el impenetrable erizo de largas lanzas?

Helo ahí que viene a caballo de la laguna de los Patos, que tiene cinco ríos como los cinco dedos de la mano abierta, y el corazón le duele por otra laguna más triste y más bella.

He ahí a su Anita, que todavía apunta el cañón de bronce en el puente de la goleta y luego empuña y maneja la carabina. He'a ahí, que rompe a nado la furia del torrente, asida a las crines del potrillo a quien alienta la voz varonil...

Y he aquí a su sublime Anzani, que, con la mecha lista y el pie sobre la santabárbara de la batería, grita con sus pulmones carcomidos: "¡Los italianos no se rinden!"

Si volvéis, si venís a combatir por la divina libertad ¡oh desterrados! seréis para nuestro amor como los sobrevivientes del Cerro de la Boyada del Salto, como la "Legión" juramentada que rehusaba la paga y daba sin medir la sangre.

¿Vosotros no le daréis todo? ¿Y el pobre no dará tanto como el rico? ¿Más que el rico?

Pobrísimo era él como el novio de la pobreza y sólo una camisa tenía. Pero, más caritativo que el santo caballero que con su espada cortó en dos su manto, él se la dió a un legionario más pobre aún y como él italiano. ¿No había en eso una especie de caridad para la patria infeliz? Todavía más tarde había de decir a Giacomo Medici: "El hombre, no; el hombre, no; la patria, siempre, y nada más que la patria"...

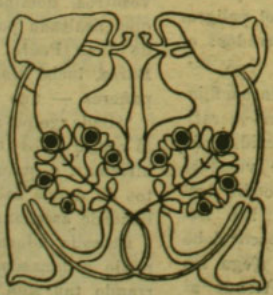
Nosotros no somos hoy hombres sino para disolvernos en una vida infinitamente más grande que nuestra vida. Para que nuestros hijos tengan una razón de ser y de vivir, nosotros debemos y queremos morir.

¿Quién será vuestro piloto sino aquel que por seguir combatiendo arrastraba su navío remendado y recolado de laguna en laguna con cien yuntas de bueyes? El solo protegerá vuestro pasaje de la costa atlántica a su orilla del Tirreno.

Y al abordarla, os repetirá quizá la pequeña oración que sonó en el Tacuarí: "Hoy cada uno combatirá como si tuviera cuatro vidas para defender la patria y cuatro almas para amarla". No dirá cuatro dirá cien, dirá mil.

Y por vuestro amor y por vuestro valor sin límites, mañana no habrá ya un océano entre las dos patrias latinas.

GABRIEL D'ANNUNZIO.



IVAN MESTROVIC

EL GENIAL ESCULTOR YUGOSLAVO

Rama de eterna savia
De la gloriosa Slavia,
¡Salve, Dalmacia!

Por B. E. Sydow

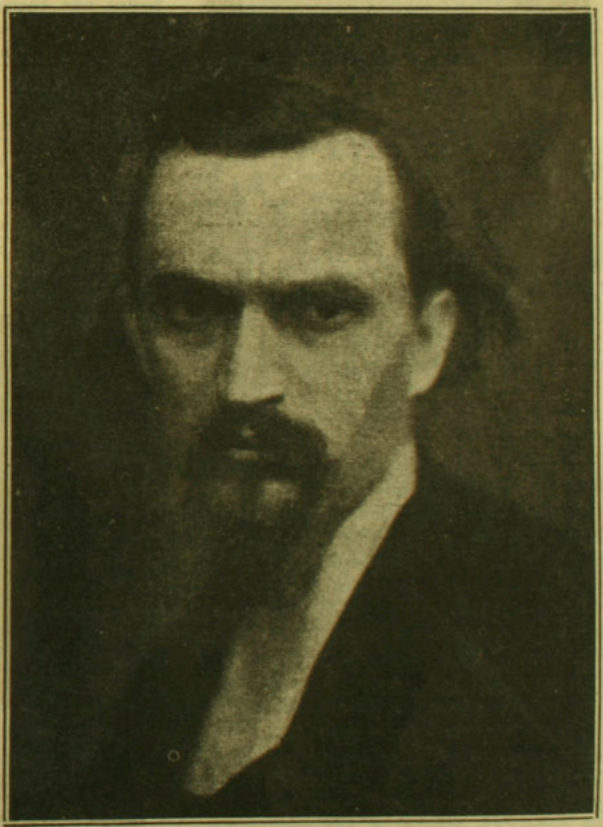
Con ilustraciones

Mientras en toda la Europa truena el cañón destructor, mientras la heróica Serbia y las demás tierras yugoslavas (sur-eslavas: Dalmacia, Croacia, Eslavonia, Montenegro, Bosnia, Herzogovina, Istria) gimen bajo la opresión enemiga, lejos del amado suelo patrio trabaja en su silencioso retiro londinense un espíritu joven y vigoroso, el genio de su raza: **Ivan Mestrovic.**

Luchador formidable, artista en el más elevado sentido de la palabra, ha sabido atraer con su arte potente las miradas de todo el mundo, que parecía haber olvidado el culto de la belleza ante la terrible catástrofe que hace temblar actualmente sus fundamentos. Sus formidables creaciones escultóricas, que han brotado como árboles de troncos gigantescos con indomable fuerza del suelo virgen donde nacieron, han colocado a Iván Mestrovic entre los más grandes del arte, para mayor gloria de su patria y de la raza eslava entera.

Entre los pueblos eslavos, los del sur han sido los que han formado más tarde de todos su arte propio e individual. Empeñados desde tiempos remotos en constantes y sangrientas luchas con los enemigos de su raza, tenían que sentir fatalmente en el desarrollo de sus artes, la influencia de aquella vida guerrera y el contacto con elemento extraño.

Mientras la arquitectura y ornamentación antigua en tierras serbias y croatas demuestran claramente los diversos sellos de cultura ajena, la poesía se desarrollaba libre de



Ivan Mestrovic

Torso de mujer

cadenas en medio de aquellas luchas por la independencia y los siglos de cautiverio. Pocos pueblos poseen ciertamente una poesía popular tan rica en motivos, tan bella y vigorosa como la de los yugoslavos. Los poemas heroicos serbios y croatas, las canciones populares que han llegado a través de los siglos, por tradición, a nuestros tiempos y recién a principios del siglo XIX tuvieron sus primeras ediciones impresas, son bellos reflejos del alma eslava, que ha sabido luchar, resistir y cantar las glorias de sus héroes y mártires.

Y como heredero de aquellos antiguos bardos, los "guslars", que iban de pueblo en pueblo despertando y manteniendo con sus cantos en constante tensión el espíritu de raza en los pueblos sur-eslavos, ha surgido entre la falange de notables artistas de los últimos tiempos, como lo han sido los Bukovac, Medovic, Jovanovic, Racki, Rosandic, Deskovic y tantos otros un gran espíritu, un nuevo bardo yugoslavo, más fuerte, más potente que todos los anteriores.

Ivan Mestrovic es poeta: su cincel genial canta sublimes poemas a las glorias pasadas, hace surgir de las tinieblas de la tradición y la historia, encarnadas en blanco mármol, las figuras heroicas de su raza, condensa en bellas y vigorosas formas escultóricas el pensamiento y el extraordinario espíritu de resistencia de los sur-eslavos.

Desde su romántica niñez, cuando simple pastorcillo de ovejas en las altas montañas de su patria, entonaba los cantos populares y evocaba al eco de su voz las figuras de los legendarios héroes, se iba desarrollando su fecunda fantasía. Rodeado de aquella naturaleza virgen y misteriosa veía levantarse ante su imaginación las sombras errantes de los muertos en los gloriosos campos de batalla de la antigua Serbia, sentía el choque de las armas, el relincho de los caballos, el gemido de los moribundos, el grito feroz de los vencedores. Aquellas horas solitarias en las alturas, habrán sido la fuente inagotable de su futuro genio creador y le están inspirando aún en su incesante labor.

Sentía entonces en su pecho el pequeño pastor una fuerza indomable, que le empujaba hacia el valle, hacia la vida de ciudad, donde encontraría medios para darles formas reales a sus sueños. Así llegó un buen día a **Split** (Spalato) y entró de aprendiz en una marmolería, donde pronto deslumbró a todos por su talento extraordinario. En sus horas libres se dedicaba al tallado en madera, adquiriendo ya entonces justa fama por sus trabajos.

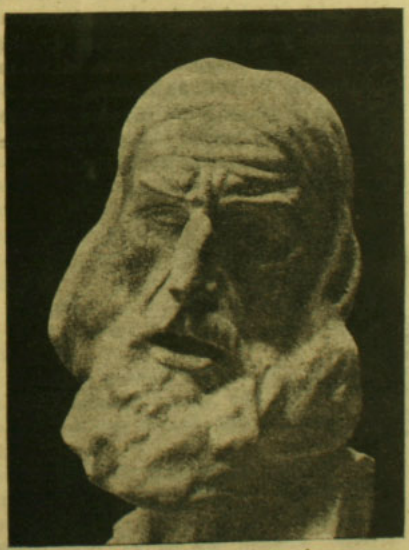
Algunos años más tarde vemos al joven Ivan en Viena, completamente absorbido por

"Mi madre"

sus estudios artísticos y cosechando los primeros laureles. Desde entonces empieza un constante y rápido ascenso en su carrera. Después de varios triunfos en los Salones de la Secesión en Viena, organiza en el año 1908 la primera exposición colectiva de sus obras, en Split, en tierra patria, obteniendo especialmente con sus composiciones "Laocoon de mis tiempos" y "El bardo de mi pueblo" un triunfo completo. Y cuando en el año 1911, en la exposición internacional de **Roma**, el Gobierno de Serbia construye un pabellón especial para las obras de Mestrovic, cuando la crítica italiana y mundial reconocen unánimemente en los términos más entusiastas el joven genio de Dalmacia, su fama mundial está conquistada.

En París, a donde se traslada en seguida entra en contacto con Rodin, quien se declara franco admirador de su arte vigoroso y original. También aquí despiertan sus obras el más vivo interés, atrayendo la atención general sobre el arte sur-eslavo, hasta entonces casi desconocido en el gran mundo artístico.

La guerra mundial sorprendió a Mestrovic en Londres. Allí, en la metrópoli británica, donde desde el pricipio del conflicto se concentró la vida política de todos los países yugoslavos, encontrando una forma definitiva en el **Comité Yugoslavo**, bajo la presidencia



El viejo

El rey Marco

del eminente político **Dr. Ante Trumbic**, desarrolló Ivan Mestrovic, como miembro del mencionado Comité, una actividad extraordinaria a favor de los ideales yugoslavos, valiéndose en esa campaña de su fama artística y la popularidad que iba adquiriendo con sus geniales obras. Uno de sus últimos grandes triunfos fué la exposición de sus esculturas en 1915, en el Victoria and Albert Museum de Londres, triunfo tanto mayor, si se considera que su exposición siguió inmediatamente a la del célebre maestro francés Rodin, en el mismo local.

Las obras de Mestrovic, libres de todo convencionalismo, llenas de vigor y palpitantes de vida intensa, revelan el alma trágica de su raza. Contemplando las trágicas figuras de los héroes eslavos: de **"Marko Kraljevic"** (rey Marco), **"Milos Obilic"**, **"Ban Srahinic"**, **"Srgja Zlopoglegja"** se siente el espectador conmovido hasta lo más hondo por la fuerza encerrada en esos trozos de mármol, que bajo la inspiración del genio parecen poner repentinamente en movimiento aquellas extraordinarias masas musculares, aquellas energías indomables capaces de luchar con mundos enteros.

Es el **alma eslava**, el alma impregnada de

sufrimientos seculares, vigorizada por la resistencia de tantas generaciones, llena de rasgos sublimes y heroicos, que respiran los héroes eternizados por el cincel del maestro.

Es el **alma de la mujer eslava**, de la madre de héroes y poetas, de luchadores y soñadores, la fuerte y virtuosa compañera, la buena y santa madre, la que nos habla en la hermosa obra de Mestrovic, titulada "**Mi madre**". Admirable en la expresión concentrada de su rostro, que revela la profunda bondad de aquel alma de campesina, que dió a su patria y a la humanidad un genio e implora la ayuda del cielo para aquel noble y fecundo fruto de su amor. Admirable en la forma, armoniosos hasta los mínimos detalles del rizado vestuario campesino, tal es esta obra, una de las mejores que labró el cincel del genial Mestrovic.

Y no cabe duda que en aquel palpitante trozo de mármol depositó el artista sus sentimientos más grandes y puros, todo el inmenso amor a su madre y a la patria, toda la fe y las esperanzas de su raza.

La obra más grande, la que como ninguna será llamada a eternizar su nombre, es el proyecto del "Kosovski Hram", del templo a la memoria de los héroes del Kosovo, que, terminada la guerra, deberá erigirse en los vastos campos de batalla de aquel nombre.

Hay lugares trágicos en la historia de los pueblos, a los que con ciertos intervalos vuelve la ola sangrienta de las luchas de razas. Kosovo es uno de esos lugares trágicos.

En el siglo XIV, cuando la antigua Serbia estaba empeñada en gigantesca y desesperada lucha con los otomanos, se libró en los campos de Kosovo, en 1389, una sangrienta batalla, en la cual pereció el zar Lázaro con toda la nobleza serbia y su ejército. Serbia y las tierras sur-eslavas cayeron entonces en poder de los musulmanes, del cual se libraron recién cinco siglos más tarde.

En 1912, en la primera guerra balkánica, los serbios tomaron revancha por aquella batalla desgraciada para sus armas, venciendo a los turcos en los mismos campos de Kosovo y limpiando el último resto de tierra serbia de los infieles.

Sobre esa llanura empapada con la sangre más noble de Serbia y Croacia ha imaginado el genio del escultor-arquitecto Ivan Mestrovic un inmenso templo, en soberbio estilo bizantino, cuyas cinco naves representarán los cinco siglos de cautiverio del pueblo serbio y cuya torre y fachadas serán cubiertas de figuras de héroes y de cariátides gigantescas, de trágica expresión.

Aquel templo majestuoso será para los pueblos yugoslavos un elocuente testigo de las glorias pasadas y a la vez un llamado a las futuras generaciones, para que perseveren en la lucha, señalada por el curso de su gloriosa historia.

Y como, al entrar a la catedral de San Pedro en Roma, al contemplar la bella cúpula del templo del cristianismo se estremecen los corazones y se evoca el nombre de Miguel Angel, así, en tiempos futuros, el visitante del inmenso Panteón de Kosovo, junto a los espíritus de aquellos que cayeron en defensa del ideal de la patria y de la raza, evocará el nombre inmortal de **Ivan Mestrovic**.

La Visita.

POR

RAFAEL MALUENDA

Ilustraciones de Oliver

El hacendado se había detenido en el callejón de la entrada del fundo para hacerles algunas observaciones a los peones que limpiaban un desagüe, cuando un jinete cruzó la ancha puerta de reja: buen caballo, buenos aperos de montar, un chamanto vistoso, sombrero de jipi-japa y una bufanda al cuello.

—Comprador de animales,—pensó el hacendado y la llegada de otros dos jinetes de apariencias modestas lo hizo confirmar su hipótesis. Y, como era su costumbre, aparentó no darse cuenta de los que llegaban para disimular su interés por el probable negocio que habían de proponerle.

Los cascos de los caballos resonaban sobre el suelo del callejón; con un ligero movimiento de cabeza el primer jinete hizo detenerse a sus compañeros y avanzó. Cuando el hacendado lo sintió junto a él, lo interrogó sin mirarlo:

—¿Qué se le ofrece, amigo?

—Dígame, señor, está aquí don Cucho Barros?

—No está.

—Vaya, señor, y yo que creía encontrarlo...

Y el jinete guardó silencio, sin resolverse a emprender la vuelta, dudando.

—Si tiene que dejarle algún recado, démelo.

—No, señor. Es que se nos ha hecho tarde, no alcanzaremos a llegar donde vamos y quería pedirle a don Cucho comida y alojamiento... El no me hubiera dejado feo,—terminó sonriendo, con el aire de quien sabiéndose de importancia se resigna a posibles desaires.

El hacendado se contentó con decir:

—Siga adelante y espéreme en el corredor.

El forastero hizo una seña a sus acompañantes y enfiló hacia las casas: dió la vuelta al patio delantero y orillando el corralón de las apartas fué a desmontarse en la "mediagua" del lado norte.

El propietario que lo había estado observando de reojo, pensó:

—Conoce la casa...

Pero al volverse para responder al saludo que le hacían los otros jinetes, una viva sorpresa se pintó en su rostro cetrino, de facciones enérgicas.

—¡Caray! Esta si que es buena...—murmuró con el aire de quien ve venírsele encima una situación difícil.

Se volvió a los peones, preguntándoles:

—¿Conocen a alguno de esos sujetos?

Y como ellos se encogieran de hombros, sin esperar respuesta, se dirigió a las casas.

Era un hombre alto y erguido, de barba entrecana, de facciones acentuadas. Vestía un traje negro, de corte ciudadano. No era el tipo común del terrateniente acaudalado. Había en él más de caballero que de labriego: la apostura erguida, la parsimonia de los ademanes, el hablar mesurado y tranquilo.

Al subir al corredor se detuvo para encender su cigarro y con rápida mirada examinó al forastero. Murmuró después como dando término a una cavilación:

—Vamos a ver, pues, vamos a ver...

Y penetró en el obscuro pasadizo que guiaba al interior.

Mientras tanto el visitante había sacado la petaca y liaba un cigarro, de pie bajo el corredor. Sus compañeros se habían detenido junto a la mediagua sin desmontarse.

Y se pasó un largo rato...

Una ligera impaciencia parecía haberse apoderado del visitante: sus pies golpeaban el suelo haciendo tintinear las plateadas espuelas, daba algunos pasos y tosía como queriendo advertir su presencia, volvía a inmovilizarse.

Las últimas claridades del crepúsculo se recogían en la altura. Iba llegando la noche. Por sobre el dentado horizonte que recortaban las alamedas distantes un fulgor blanquecino anunciaba la luna.

De pronto una voz llamó:

—¡Ceferino!

Acudió el llavero y se detuvo junto a una de las ventanas abiertas sobre el corredor.

—Traiga luz y dígale al señor que está ahí que pase,—ordenó la misma voz.

El sirviente no tuvo más que volverse y repetir:

—Que pase...

A su turno el aludido mandó:

—Desmóntense...

Y siguió al mozo, que iba raspando la caja de fósforos para encender la lámpara colgante del comedor.

El forastero se había detenido en el dintel. El hacendado le indicó un asiento en el extremo de la mesa; luego se inclinó para examinar unos papeles que tenía delante y le habló sin mirarlo:

—Siéntese, le van a servir aquí... en mi mesa... Supongo que al estar aquí don Agustín lo habría hecho así...

Con el sombrero en la mano, el forastero dudaba: un hondo pliegue le había impreso un gesto áspero a su cara epilada, de facciones enérgicas. Dijo al fin:

—Yo quisiera antes presentarme a don Nepomuceno Domínguez... tal vez don Nepomuceno no querría brindarme hospedaje...

—Es inútil...

—¡Soy Ciriaco Contreras!

El hacendado levantó entonces la cabeza y golpeando la mesa con su puño cerrado, manifestó con áspero disgustó:

—¿No ve, pues? Nada lo obligaba a decirme su nombre y ahora... tendrá que comer fuera de mi mesa.

Se volvió para llamar:

—¡Ceferino!

Y cuando el llavero estuvo ante él, le ordenó:

—Traiga una mesita y le sirve al señor en ese lado... Y ahora será muy justo que yo me le presente, amigo. Estoy solo en el fundo, en la casa no hay más que dos hombres: el llavero y mi mozo. Yo duermo en ese cuarto que tiene ventana al corredor. Cualquiera puede darme el bajo desde afuera... Eso sí: hay que apuntar bien, porque tengo la carabina a la cabecera y llegado el caso no doy cuartel. Supongo que al llegar aquí sabía con quién iba a tratar...

El bandido contestó sin inmutarse:

—Hace tiempo que lo conozco, señor; pero al venir aquí creía encontrar a don Cucho...

—Y sabiendo que no estaba, ¿cómo fué que me aceptó la oferta de hospedaje?

—Porque no teniendo Ud. motivo para perseguirme, no había de hacerlo y además...

—¿Además qué?

—La verdad, creía que Ud. no me iba a conocer.

—Pues sí, no lo conocí: esa es la verdad; pero como uno de los que le acompañan es Pascual Gutiérrez y yo sabía que andaba en la partida de Ciriaco Contreras, calculé que el famoso Contreras era Ud., el hombre que le mete miedo a todo el mundo.

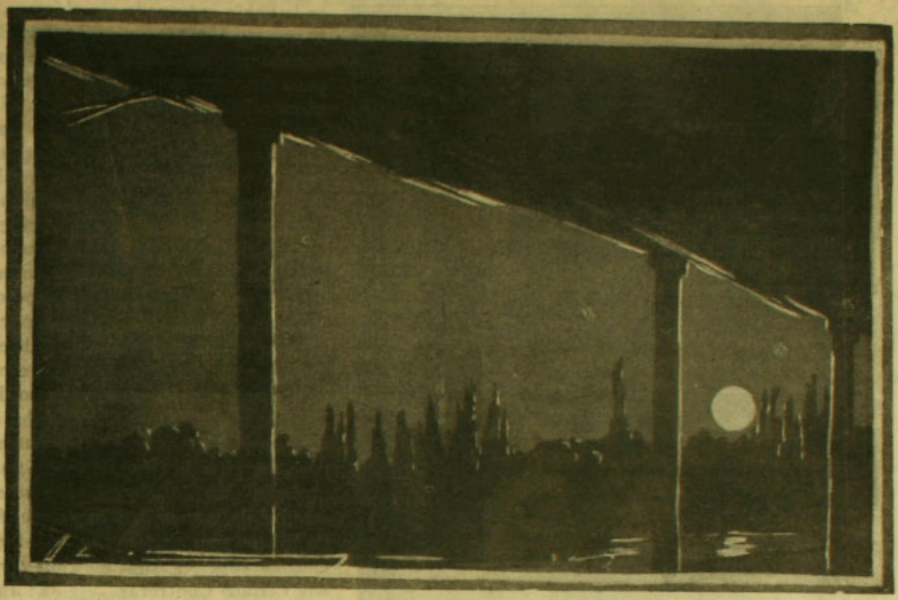
—Y ya ve, pues, señor, que no hay motivo para tanto,—manifestó sonriendo con sorna el bandolero.

—Así es: no hay motivo para tanto,—repuso el hacendado con acento tranquilo.

Un momento guardaron silencio. El bandido se había sentado a poca distancia del huésped, dejando su sombrero debajo de la silla. Conservaba puesto el chamanto y por sobre él se advertía de cuando en cuando un ligero movimiento de las ocultas manos. El hacendado se atusaba la negra perilla sin separarle ojo, examinándolo con mortificante atención.

Aparentaban una absoluta tranquilidad y el sirviente, que traía en aquel momento los platos, hubiera jurado que entre aquellos dos hombres no había la menor sombra de recelos.

Rompió al fin el silencio el dueño de casa para decir:



Un fulgor blanquecino anunciaba la luna

—Pues, amigo, Ud. se engaña en creer que yo no tengo motivos para perseguirlo. Motivos me sobran, porque Ud. habrá oído decir que yo les tengo guerra declarada a todos los malhechores y que desde hace dos años casi he limpiado de ellos estos parajes... No es negocio ya para los suyos meterse por estos andurriales... De manera que para cumplir mi promesa, yo debería cogerlo y meterle en el cepo, con lo cual daba buen remate a sus andanzas. Pero...

—No digo yo que sería imposible, pero algo había de costarle tal cosa...

A través del chamanto fué fácil advertir el movimiento de las manos que buscaban algo en la faja.

—Ni difícil ni imposible: ya estaría Ud. en el cepo bien asegurado si tal cosa hubiera sido mi propósito. ¿No ve que lo he tenido esperando más de media hora en el corredor y que desde mi ventana le pude meter una bala entre los hombros? Y una bala para Ud. creo que se agradecería sin preguntar cómo ni cuándo se la metieron... Se ha engañado Ud., amigo. Si se le va a servir de comer y se le va a dar alojamiento, es porque así lo dije y la palabra de un Domínguez no tiene vuelta... Déjese, pues, de estar manoseando su revólver, acérquese a la mesa y sírvase.

El bandolero se puso de pie y se quitó el chamanto, luego metió mano a la cintura y desprendió de la faja un pesado revólver de largo y brillante cañón.

—¿Sabe, señor, que son muy pocos los hombres que me han hablado como su merced? Tenga, aquí está mi revólver... Creo así es como uno puede entenderse con Ud.

Y le pasó el arma que el hacendado cogió con tranquilo ademán y puso sobre la mesa. Luego dijo:

—Sírvase ahora...

Se pusieron a comer en silencio.

• • •

Una hora después los dos hombres conversaban tranquilamente. El bandolero respondía a las preguntas del huésped con confiada y florida verba. Se sentía seguro, libre de temores importunos y aquello lo había vuelto expansivo. El hacendado le había ofrecido cigarros, pero muy cortesmente le negó el vino que había solicitado para sí y sus compañeros.

—No, mi amigo, el vino es traicionero y hace las cosas por su cuenta.

—Sea como su merced quiere, pero lo que

Ciriaco Contreras

es yo nunca he hecho nada borracho: para vivir hay que tener mucha sangre fría. Ni vino ni mujeres cuando en algo se va jugando el pellejo... Tengo presente el caso del **Romo**. ¡Aventurero y enamorado, son demasiadas ocupaciones para un hombre solo!...

—¿Tú sabrás que me han amenazado contigo? Pues sí, aquí mismo me lo han dicho. Y es claro, ya tenía impaciencia por conocer al famoso Ciriaco, tan mentado y tan temido...

—Cosas de la gente, señor. Y requebrándose sobre la silla añadió: Me tienen miedo sin haber para qué. Ya ve como su mercé no me ha tenido miedo...

—Es que a mi todavía nadie me ha hecho cara; los más bravos se me han dado poniéndoles la mano encima, nada más.

—Así había oído decir. Cuando acorraló a Romualdo, Romualdo Carrasco, el del salteo en "La Hornilla", me dijeron que se le había entregado sin chistar... Y ese era hombre, señor; yo puedo decirlo porque hasta a mí se me puso duro una vez... Bueno, la cosa es saber con quién se trata. No hay hombre que meta miedo a nadie: lo tengo visto. El miedo lo lleva uno aquí y si deja que se le salga afuera, está perdido. A mí no me vengan a decir que hay alguien que no tiene miedo! Mire, para no decirle más: muchos de estos caballeritos que se las dan de guapetones han ofrecido mi pellejo para cuando me encuentren y no hace mucho, a un conocido suyo de esos me lo topé a solas en el camino de la Huerta del Maule... Me iba a echar a un lado para dejarlo pasar, pero me vino la idea de darle una probada. Me le planté al medio, cortándole la pasada y le pregunté: "¿Ud. es uno de los que ha ofrecido mi cabeza? Aquí me tiene: yo soy Ciriaco Contreras..." Ja! Ja! Había que verlo pedirme perdón y hacerme ofertas. ¿Qué le costó plantarme un balazo? Iba bien montado y hasta detrás de él como a un cuarto de cuadra traía el mozo... Pero se quedó muertecito. Me dió lástima. Y con seguridad que ahora andará contando que me pegó una correteada...

Y soltó el trapo a reir como si en aquel momento estuviera pasando la escena que relataba. Después cambió de tono, y con el rostro agrio comentó:

—Esos son los guapos, su mercé. A ninguno le daría asco darme un azote si me pillara amarrado, pero libre y frente a frente, mi solo nombre les hace tintinear las espuelas. Y los más enrabiados conmigo ninguna cuenta tienen que les deba... Eso es lo que me da rabia y me pone la tentación de darles una apretada. Lo malo es que ninguna se me olvida, y de la correteada que me dieron el invierno pasado cerca del Ñuble alguien va a pagarla, eso sí. Me anduvieron trayendo bien volteado: me cansaron el caballo y si no me tiro al río, quién sabe lo que me pasa. Casi me ahogué. Y si no es porque le tuvieron miedo a la barranca, me agarran. Fíjese su mercé que he estado más de una hora sujetándome de una piedra apenas con la cabeza fuera del agua.

Y reprcsentándose aquella angustiosa situación soltó un voto, crispando las manos.

—¡Cómo quiere su mercé que se le haga a uno asco perfilar después de estas cosas a cualquiera de los que lo persiguen! Mentiría, señor, si dijera que me cuesta un pucho meterle todas las balas de mi revólver a los que me la juegan así... Ellos se arriesgan más que yo, porque cuesta matar un hombre, pero a mí ya se me ha hecho la mano... Y no es que yo sea asesino, ¡se mata una vez por matar, después se mata para defenderse!

—Mala vida, amigo, aporreada vida... —manifestó don Nepomuceno, echando la pierna arriba con gesto displicente.

—Así es, señor, pero ya está tirada la línea y no hay más que hacer.

—Pero a tí te han hecho proposiciones con tal que...

—Son huesos para otro perro, don Nepomuceno.—Conozco la tonadita. Supóngase que doy oído, me entrego... Pum! de repente no se oye hablar más de Ciriaco Contreras... Me copan en la misma cárcel sin sumario y sin nada. Mejor estoy así: una vida tengo y con ella cobro y pago!

Hablaba de pie y su silueta gruesa, de cuello hundido, alta de pecho y de espaldas, se recortaba rotunda sobre la pared. El sirviente entró a preguntar dónde se les iba a dar alojamiento a los forasteros.

—Los que están allí afuera,—dijo el hacendado—alojarán debajo de la mediagua; al señor le saca ese diván que hay en mi pieza y se lo pone en el corredor. Pero a las cinco de la mañana, Ud. viene a avisarme si se han ido o nó...

Y una vez que el sirviente hubo salido se volvió al bandolero para aclarar su orden:

—Mi amigo, le voy a dar alojamiento como me lo ha pedido; pero como al amanecer llega la peonada y entre ellos no faltará quien lo conozca, es preciso que Ud. y sus compañeros ya no estén en el fundo. Porque en tal caso, quedo yo libre de proceder. ¿Creo que me entiende? Tenga la seguridad de que hasta la hora que le indico nadie lo va a molestar.

—Gracias, señor, se hará como Ud. quiere...

El hacendado se puso de pie, cogió el revólver que había dejado sobre la mesa y devolviéndoselo, le dijo:

—Y ahora, buenas noches... Ah, le agradezco la visita, pero ojalá para Ud. que no tenga yo que devolvérsela nunca. Buenas noches...

Y le abrió paso para que saliera del cuarto.

Recogió el bandolero su sombrero y chamanto, tomó de sobre la mesa un cigarrillo y se fué andando de puntillas, como deseoso de no hacer ruido.

El hacendado, de pie junto a la ventana del cuarto, cuya lámpara acababa de

Nepomuceno Domínguez

apagar, lo sintió dirigirse a la mediagua. Se pasó un momento. Luego advirtió sus pasos en el corredor: se echaba sobre el diván que le habían ofertado para que durmiera.

Las luces del corredor se habían apagado y toda la casa estaba en sombras. Ladraban los perros en el interior.

Entonces lentamente el hacendado salió al pasadizo, caminando despacio, sin hacer ruido. Pero una vez que hubo cruzado el dintel, como si tomara una repentina resolución, abrió la puerta de su dormitorio y taconeando fuerte, con la visible intención de hacerse presente en aquel sitio, de par en par abrió los postigos de la ventana que caía sobre el corredor y comenzó a desnudarse.

* * *

Años más tarde, el hacendado recordaba el hecho confesando:

—Cuando me dí cuenta de que era él, no me cabía la camisa en el cuerpo. Me cogió un miedo feroz. Estaba solo en el fundo; no me acompañaba sino Ceferino, el llavero y Bartolo, mi mozo. Bueno, dado caso de tener que arreglarlas por las malas no había remedio; pero tenía el temor de que mis hombres se echaran para atrás al saber con quien iban a vérselas... Sí, señor, Ciriaco Contreras tenía ese prestigio brujo ante todas las gentes: no le hacían resistencia. ...En fin, no tuve más que ganarle la vez y tratarlo duro para que no me conociera que le tenía temor. Y la cosa me dió resultado, porque el bandido me vió tranquilo y yo mismo cobré bríos y me le impuse... Sobre la mesa tenía un montón de cóndores con que me habían hecho pago de unos animales y por precaución le eché encima una servilleta: no era cosa de despertarle el apetito por muy domado que lo viera. Estuve tentado de regalarle algunos, pero eso hubiera sido una debilidad peligrosa, y no lo hice... Cuando se apagaron las luces y todo quedó en silencio, pensé pasarme la noche en vela en el comedor. Después, ¡qué diablos! me dió vergüenza sentirme cobarde mientras el otro empezaba a roncar sobre su diván y ¡a Roma por todo! dije, y me acosté metiendo bulla para que supiera que me tenía cerca. ¿Y van a creer que dormí tranquilo? ¡Como si tal cosa!... Ni supe a qué horas se fueron. Cuando Ceferino vino a despertarme, ya no estaban en el fundo. ¿Se fueron?—le pregunté. Y el hombre me contestó: Se fueron obscuro, señor; y el caballero del corredor me entregó este revólver para que su mercé lo guardara como un recuerdo... Entonces le dije a Ceferino: ¿Sabes quién era ese señor? ¡Ciriaco Contreras!... El pobre se puso pálido y no tuvo valor más que para decirme: ¡De la que nos hemos librado, patrón!... Me llevé mi sustazo gordo, sí, señor; pero saqué una lección para toda mi vida. Que al revés de lo que piensa la gente, tenemos miedo cuando temblamos y que hay que dominar los temblores para perder el miedo.

El Río Loa en su desembocadura en el mar Pacífico y minas de oro de Huachan

EL RIO LOA

Por

V. Quesada Carneyro

La estrepitosa corriente conocida con el nombre de Río Loa se desprende de la falda del volcán Miño, en la cordillera de los Andes; su hoya hidrográfica corre estrecha entre murallas impenetrables de granito, y en otros puntos atraviesa extensas pampas, rellenas de rica tierra vegetal hasta desembocar en el Mar Pacífico.

El río se precipita bullicioso directamente de norte a sur y en el lugarcito de Chiuchio, continúa en dirección contraria para llegar a Quillagua, estación del Longitudinal con sus viviendas y pequeño comercio, oásis de alfalfa, algarrobos y plantíos de maíz que producen choclos bien grandes de exquisito sabor, sigue el curso encajonado la mayor parte del trayecto, repartiéndose en suaves riachuelos que se pierden entre las olas.

Antes del tratado de Ancón celebrado en Octubre de 1884, fué la división geográfica de dos repúblicas, de manera que la margen norte pertenecía al Perú y la sur a Bolivia, suponemos que el cauce y el agua fueran consideradas neutrales por los pobladores del río, abundantes camarones y lisas bien suculentas.

Las fuerzas armadas de los países colindantes no podían vadearlo sin invadir el territorio ajeno y atropellar la soberanía nacional, a pesar de sus pocos metros de líquido elemento; circunstancia muy bien aprovechada por los que en bochinches y tropelías se veían comprometidos en sus contornos; pues si perseguidos hasta el Loa alcanzaban a pasarlo, se encontraban salvados por graves que hubieran sido los hechos en el

país vecino, y es fama que los chilenos ocupados en las faenas mineras de Tocopilla y las guaneras fueron los que más se aprovecharon de la inviolabilidad del territorio nacional peruano y boliviano en aquel entonces.

El río Loa separa actualmente la provincia de Tarapacá de la de Antofagasta, estableciendo al mismo tiempo la división entre los departamentos de Tocopilla e Iquique.

El agua de este río es inbebible; sin embargo las bestias la beben y les hace el efecto de un buen purgante aplicado a tiempo.

A su alrededor, en las partes, planas ostenta raquítica vegetación y en su desembocadura, a la sombra de uno que otro arbol o ramaje de yerba crecida, la corriente misma entre aquella aridez abrupta, los remansos formados por los riachuelos de avance al mar tranquilo, una atmósfera limpia y clara y un clima caliente en todo tiempo, dan a aquel lugar un encanto que sólo puede apreciarse estando allí.

La trayectoria de este caudal de agua por regiones que contienen variedad de substancias minerales de útilidad industrial irán convirtiendo en centro de vida y trabajo esos desiertos, aprovechando la fuerza hidráulica que ya se utiliza en la movilización de las máquinas salitreras del Toco.

La mala calidad de sus aguas las hace muy poco aptas para el aprovechamiento de las extensiones vegetales que lo rodean.

Sería posible ver estos terrenos cubiertos de campos, praderas, arboledas, bosquecillos y jardines desde la orilla del mar tierras adentro, libertando sus aguas de las sales que contienen; lo que no es imposible ni ofrece insuperables dificultades.

El Gobierno peruano estudió el Loa más y mejor que nosotros, tratando de inquirir la causa de la brusca descomposición y encontró que un río llamado Salado es el causante, pues lo provee de un chorro constante de líquido saturado de sales un poco al sur de Chiuchú; el Salado lo forman siete pequeños riachuelos, de los cuales uno llamado Ayquina conduce el veneno; así que evitando el derrame de este pequeñuelo afluente cargado de sales sulfurosas, sódicas y magnesianas y echándolo sobre un médano apropiado que existe allí cerca, el Salado y el Loa arrastrarían sus aguas hasta el mar tan limpias, puras y cristalinas como se desprenden de la cordillera, y entonces aquellas regiones no tendrían que envidiar a los más bellos y feraces campos de la zona central de Chile.

Los costos de tamaña obra fueron bien calculados y el presupuesto no subió de quince mil soles de buena moneda en aquel tiempo.

Se dice del Loa, que al romper su corriente las ásperas cordilleras donde no ha permitido que ojos humanos le miren sus pasajes reservados, guarda tesoros ya sea en formaciones auríferas y en piedras preciosas esmeraldas y rubíes, que la relación indígena conserva en sus tradiciones.

Las pepas de puro oro elaboradas en la desembocadura del Loa del mineral de Huachan, situado cuatro kilómetros al sur, camino de la costa, las contemplamos varias veces en años atrás, mientras se mantuvo el trabajo por medio de máquina que molía, amalgamaba y quemaba el metal.

Terminamos haciendo referencia al regadío del Tamarugal que tanto se ha tratado, obra hipotética y de dudosos resultados por la falta de agua visible y trasportable en las cordilleras tarapaqueñas, mientras que en el árido desierto cuyas pampas atraviesa el Loa, el regadío puede resolverse en beneficio de la agricultura, solamente arrancándole el importuno y pequeño afluente del Salado que envenena sus aguas.

MI COSECHA

Por

Amado Nervo

Con ilustraciones

Dentro de tí está el secreto

Busca dentro de tí la resolución de todos los problemas, hasta de aquellos que crees más exteriores y materiales.

Dentro de tí está siempre el secreto; dentro de tí están todos los secretos.

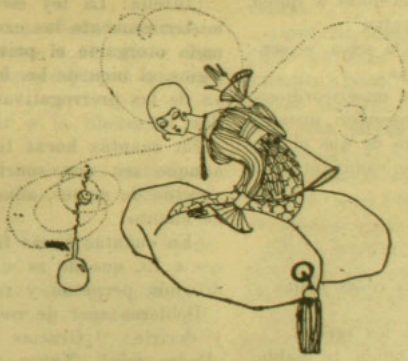
Aun para abrirte camino en la selva virgen, aun para levantar un muro, aun para tender un puente, has de buscar antes, en tí, el secreto.

Dentro de tí hay tendidos ya todos los puentes.

Están cortadas dentro de tí las malezas y lianas que cierran los caminos.

Todas las arquitecturas están ya levantadas dentro de tí.

Pregunta al arquitecto escondido: él te dará sus fórmulas.



Antes de ir a buscar el hacha de más filo, la piqueta más dura, la pala más resistente, entra en tu interior y pregunta...

Y sabrás lo esencial de todos los problemas, y se te enseñará la mejor de todas las fórmulas y se te dará la más sólida de todas las herramientas.

Y acertarás siempre, pues que dentro de tí llevas la luz misteriosa de todos los secretos.

Llénalo de amor...

¡Siempre que haya un hueco en tu vida, llénalo de amor!

Adolescente, joven, maduro, viejo: siempre que haya un hueco en tu vida, llénalo de amor.

En cuanto sepas que tienes delante de tí un tiempo baldío, ve a buscar al amor.

No pienses: "sufriré".

No pienses: "me engañarán".

No pienses: "dudaré".

Ve, simplemente, diáfanamente, regocijadamente, en busca del amor.

¿Qué índole de amor? No importa: todo amor está lleno de excelencia y de nobleza.

Ama como puedas, ama a quien puedas, ama todo lo que puedas... pero ama siempre.

No te preocupes de la finalidad de tu amor. El lleva en sí mismo su propia finalidad.

No te juzgues incompleto porque no responden a tus ternuras: el amor lleva en sí su propia plenitud.

¡Siempre que haya un hueco en tu vida, llénalo de amor!

La mujer

El proverbio persa dijo: "No hieras a la mujer ni con el pétalo de una rosa".

Yo te digo: "No la hieras ni con el pensamiento".

Joven o vieja, fea o bella, frívola o pensativa, mala o buena, la mujer sabe siempre el secreto de Dios.

Si el Universo tiene un fin claro, evidente, innegable, que está al margen de las filosofías, ese fin es la Vida, la Vida: única doctora que explicará el Misterio; y la perpetuación de la Vida fué confiada por el Ser de los Seres a la mujer.

La mujer es la sola colaboradora efectiva de Dios.

Su carne no es como nuestra carne.

En la más vil de las mujeres hay algo divino.

Dios mismo ha encendido las estrellas de sus ojos irresistibles.

El Destino encarna en su voluntad, y si el Amor de Dios se parece a algo en este mundo, es, sin duda, semejante al amor de las madres...

Enciende tu lámpara

En cuanto caiga la noche, enciende tu lámpara.

No permanezcas en la obscuridad.

Enciende cuidadosamente tu lámpara.

El viajero que pase dirá: "¡Cuánto reposo debe haber cerca de esa luz; y cuánta paz!"

La mujer solitaria que la distinga de lejos pensará: "Allí debe anidar el amor. Dos que se quieren son bañados por el mismo fulgor blando..."

El niño que la contemple exclamará:: "Tal vez hay niños en redor de la mesa y leen bellos cuentos y miran maravillosas estampas".

El ladrón furtivo murmurará con recelo: "Allí vive un hombre prevenido a quien no se puede atacar a mansalva"

Muchos, al internarse en la selva, se sentirán confortados por la luz.

En verdad te digo que es misericordioso, a las primeras horas, encender nuestra lámpara. La buena lámpara de que el Padre ha provisto a todos los caminantes de la vida.

El signo

No hables a todos de las cosas bellas y esenciales.

No arrojes margaritas a los cerdos.

Desciende al nivel de quien te habla, para no humillarle o desorientarle.

Sé frívolo con los frívolos...; pero de vez en cuando, como sin querer, como sin pensarlo, deja caer en su copa, sobre la espuma de su frivolidad, el pétalo de rosa del Ensueño.

Si no reparan en él, recógelo y vete de su lado, sonriente siempre. Es que para ésos aún no llega la hora.

Mas, si alguien coge el pétalo, como a hurtadillas, y lo acaricia, y aspira su blando aroma, hazle en seguida un discreto signo de inteligencia...

Llévale después aparte; muéstrale alguna o algunas de las flores milagrosas de tu jardín; háblale de la Divinidad invisible que nos rodea... y dale la palabra del conjuro, el "Sésamo, ábrete", de la verdadera Libertad!

Dar

Todo hombre que te busca va a pedirte algo: el rico aburrido, la amenidad de tu conversación; el pobre, tu dinero; el triste, un consuelo; el débil, un estímulo; el que lucha, una ayuda moral.

Todo hombre que te busca de seguro va a pedirte algo.

¡Y tú osas impacientarte! Y tú osas pensar: ¡qué fastidio!

¡Infeliz! La ley escondida que reparte misteriosamente las excelencias, se ha dignado otorgarte el privilegio de los privilegios, el bien de los bienes, la prerrogativa de las prerrogativas: ¡dar! ¡tú puedes dar!

En cuantas horas tiene el día, tú das, aunque sea una sonrisa, aunque sea un apretón de manos, aunque sea una palabra de aliento!

¡En cuantas horas tiene el día, te pareces a El, que no es sino dación perpetua, difusión perpetua y regalo perpetuo!

Debieras caer de rodillas ante el Padre y decirle: "¡Gracias porque puedo dar! ¡Padre mío! ¡Nunca más pasará por mi semblante la sombra de una impaciencia!"

"¡En verdad os digo que vale más dar que recibir!"—enseñó Cristo.

Pide lo que quieras

Si en este momento se presentase ante tí un Ser milagroso, vestido de blanco, resplandeciente de luz magnífica, y te dijese: "¡Pide lo que quieras! te será concedido", tú, sin duda, te apresurarías a pedir las cosas mejores.

Pues bien, ese Ser milagroso existe dentro de tí y tiene el poder de darte cuanto le pidas.

Sólo que antes debes saber bien qué es lo que quieres... conocimiento al parecer fácil, mas que se realiza en muy pocos hombres.

Y después que lo sepas, debes pedirlo al dios interior, con seguridad, tal como lo pedirías al hombre milagroso vestido de blanco, que sedujese tu fe con el prestigio de su presencia externa.

Piensa en que eres desgraciado porque ignoras lo que puedes.

Todo es tuyo y te estás muriendo de anhelos...

Las estrellas te pertencen y no tienes lumbre en tu hogar...

La naturaleza entera quiere entregársete como a su dueño y señor, y tú lloras desdenes de una mujer!

¡Pide lo que quieras, que todo te será concedido!

Ayuda a los otros a libertarse

Soñamos que mil ligaduras nos impiden todo movimiento.

("Yo sueño que estoy aquí
de estas prisiones cargado...")

Soñamos que hemos perdido las alas.

Ayuda a tus hermanos a encontrar dentro de ellos mismos lo que juzgan que han perdido.

¿Quieres contribuir a la liberación del mundo?

Pues comienza por libertar a cada hombre de su preocupación, de su aprensión, de su prejuicio.

No hay dos seres humanos que lleven igual cadena...

Nosotros mismos nos vamos forjando a diario, perseverantemente, nuestros grillos...

Si bien lo pensamos, nada puede esclavizarnos: ni este cuerpo mismo; porque este cuerpo no es prisión: es arma, es instrumento, es agente.

El hombre—dice William Crookes,— es un cerebro que se ha creado órganos.

¿Piensas tú que un cerebro se crearía órganos sólo para aprisionarse?

¡De qué ave has sabido que teja sus propias redes!

(Sabemos, en cambio, de una oruga que si se fabrica una prisión es justamente para tener alas).

¡Y quién ha podido hacerte creer que el alma no vuela, porque está encarnada!

El alma no está encarnada...

Es como si dijeras que la electricidad está presa en el carrete de Ruhmkorff y encerrada en el flexible metálico.

Aprende, pues, a saber que eres libre y enseña a los otros que lo son.

Todos tenemos hambre

Bien sabes que todos tenemos hambre: hambre de pan, hambre de amor, hambre de conocimientos, hambre de paz.

Este mundo es un mundo de hambrientos.

El hambre de pan, melodramática, soflamera, ostentosa, es la que más nos conmueve, pero no es la más digna de conmovernos.

¿Qué me dices del hambre de amor? ¿Qué me dices de aquel que quiere que le quieran y pasa por la vida viendo en todas partes mujeres hermosas, sin que ninguna le dé una migaja de cariño?

Pues, ¿y el hambre de conocimiento?

¿El hambre del pobre espíritu que ansía saber y choca brutalmente contra el zócalo de granito de la Esfinge?

¿Y el hambre de paz que atormenta al peregrino inquieto, obligado a desgarrarse los pies y el corazón en los caminos?

Todos tenemos hambre, sí, y todos por lo tanto, podemos hacer caridad.

Aprende a conocer el hambre del que te habla... en el concepto de que, fuera del hambre de pan, todas se esconden. Cuanto más inmensas, más escondidas...

Almas recatadas

Si recatas demasiado tu alma, sólo tú cosecharás la experiencia de tu vida. Ni abreviarás la faena de los otros ni aumentarás con tu aceite la luz de tu lámpara. Más bien será como si escondieses tu candil bajo el celemín.

El orgullo no dejará de cuchichearte:

"tu secreto es una aristocracia. Los otros no tienen el derecho de saberlo".

Pero tú combatirás este sentimiento huraño y exclusivo, porque aspiras a más: aspiras a que tu experiencia sea mano que guía, brújula que conduce, timonel que salva de las sirtes.

Date todo a todos, que cada uno, según su tamaño, tomará de tí lo que le convenga, como cada raíz busca en la misma tierra morena sus jugos y encuentra la divina substancia para sus flores.

¿Tú crees que el agua, el aire, el sol, se vulgarizan porque se dan con esa copiosa y opulenta liberalidad?

¿Pierde, por fortuna, su aristocracia la piadosa estrella?

Las máscaras

Cada año pone en tu faz una nueva máscara.

Este, alegre; aquel, indiferente; el otro triste; el venidero, acaso gesticulante y ridícula.

Cada año pone sobre tu faz una nueva máscara y se va...

Pero tu "yo" impasible, cuya fisonomía sólo conocen los dioses, sabe que él no es la máscara; que él ni sonríe ni llora ni gesticula.

Tu "yo", al verse en el espejo, a través de las ventanas cada vez menos luminosas de los ojos, se dice a sí mismo:

"He aquí el antifaz nuevo que me ha puesto la vida".

Y sigue pensando en otra cosa.

Muchas de sus máscaras han quedado para largo tiempo en las fotografías. Durarán más de lo que merecen. Pero ninguna ha sido en ningún momento la expresión exacta de tu yo.

Que esto te enseñe a buscar en los hombres la fisonomía interior, la fisonomía escondida: alguna vez podrás decir: "aquí hubo un ángel y yo no lo sabía". —

La dulce tiranía

Te dices:

"Yo, viejo filósofo, si fuera solo, podría conquistar el bien más preciado de la tierra: la libertad.

"Tendría una modesta y limpia casita, inundada de claridad; con grandes ventanas que, como ojos llenos de júbilo, se abriesen al sol y al campo. La rodearían un pequeño jardín, un huerto minúsculo. ("Por mi mano plantado tengo un huerto...")

"Me acompañarían en mi rincón muchos libros ("in angello cum libello...")

"Un gran perro cordial, un gato elegante y enigmático...

"Y envejecería en paz, en medio de la silenciosa y hospitalaria amistad de mis árboles y de mis autores favoritos.

"...¡Pero los que amo carecerían de ciertos goces y de esas cosas superfluas y deliciosas, que son para tantos seres delicados lo más esencial de la vida!"

"En mi casita sería libre mi "egoísmo" En este triste, vacuo y frívolo ir y venir mundano es esclava mi "ternura".

"¡Prefiero la esclavitud!"

Y susurra una voz displicente:

"Los que amas ignorarán tu sacrificio y no te lo agradecerán jamás".

Y tú respondes:

"No sabía que mi sacrificio fuese aún más precioso merced a tal ignorancia... ¡Ahora sí que no tendré veleidades de libertad!"

La cortesía

La vida, por corta que sea, nos deja siempre tiempo para la cortesía, o, como dijo Emerson: "Life is not so short but that there is always time for courtesy".

Huye de las gentes que te dicen: "Yo no tengo tiempo para gastarlo en etiquetas". Su trato te rebajaría. Estas gentes están más cerca de la animalidad que las otras. ¡Qué digo! La animalidad se ofendería... El perro jamás te dejará entrar a tu casa sin hacerte fiestas con ese meneo de cola "tan honrado", como ha dicho Schopenhauer. El gato mimoso, en cuanto te vea, irá a frotarse contra tí. El pájaro parecerá escuchar con un gracioso movimiento de cabeza lo que le dices. ¡Y si percibe en el metal de tu voz la cariñosa inflexión que él conoce, romperá a cantar!

Dante, en la "Vida nueva", llama a Dios "Señor de la Cortesía".

La Cortesía es el más exquisito perfu-

me de la vida y tiene tal nobleza y generosidad que todos la podemos dar. Hasta aquellos que nada poseen en el mundo, el Señor de la Cortesía les concede el gracioso privilegio de otorgarla.

El hombre feliz, que no tenía camisa, sí tuvo cortesía para recibir a los emisarios del rey enfermo.

¿En qué abismo de pobreza, de desnudez no puede caber la amable divinidad de una sonrisa, de una palabra suave, de un apretón de manos?

La Caridad, opulenta o humilde, lleva siempre el ropaje de la cortesía, y la santidad más alta no podemos ni imaginárnosla sino infinitamente cortés.

¿Os acordáis de San Francisco de Asís?

Los enigmas

¿Por qué te inquietas y preocupas de los enigmas del Universo, si pronto vas a morir y te dará la muerte respuesta a todos ellos?

¿Cuántos años te separan aún del fin?

¿Diez, veinte, medio siglo? ¡Qué corto es, de todas suertes, el plazo!

Día a día marchas hacia el inmenso misterio que, como gran estatua negra, te aguarda inmóvil al final del camino, con los brazos cruzados y los grandes ojos llameantes de respuestas.

¿Por qué, pues, tanta impaciencia?

Deja a tus dilemas dormir con sus aceradas tenazas, que rematan en puntas crueles.

Te dices: "Tiene que ser esto, o tiene que ser aquello. Pero esto es absurdo, y aquello... también".

Deja a tus dilemas dormir como tenazas de alacranes ponzoñosos.

Él, que todo lo sabe, está, con los enormes brazos cruzados, en medio de cada dilema.

Entre el Sí y el No están sus inmensas pupilas radiantes.

Se alza como un coloso antiguo en los límites de la Noche y el Día.

Cada hora volandera, en sus brazos impalpables, te lleva hacia Él.

Y cuando llegues a lo que aquellos que te sobrevivan llamarán el "Silencio absoluto", su gran boca se abrirá para decir las cosas definitivas.

¡Quién sabe si entonces verás que esa gran boca (¡oh, dulce milagro!...) sonríe!

Yo no te digo...

Yo no te digo que la Esfinge no se levante en la desembocadura de todos los caminos: lo que te digo es que, aunque aparentemente torva, la Esfinge tiene piedad de nosotros.

Yo no te digo que no hay más dolores que alegrías: lo que te digo es que los dolores nos hacen crecer de tal manera y nos dan un concepto tan alto del Universo, que después de sufridos no los cambiaríamos por todas las alegrías de la tierra.

Yo no te digo que no haya hombres malos y mezquinos: lo que te digo es que son hombres inferiores, hombres que no comprenden todavía, almas subalternas a quienes debemos elevar, seres obscuros que no saben dónde está la luz y con los cuales una caridad lúcida, paciente, blanda, todo lo puede.

Yo no te digo que la riqueza sea un mal: lo que te digo es que quien vive simplemente, en divorcio total de las vanidades, siente que le nacen alas.

Yo no te digo que el amor no haga daño: lo que te digo es que estoy resuelto a amar mientras viva, a amar siempre, siempre... siempre.

El fiel

No digas nunca: "Fulano tiene más de lo que merece". Jamás exclames: "Injusticias de la suerte".

En verdad te afirmo que no hay fiel, que no hay balanza de precisión más delicada y perfecta que la de la justicia distributiva.

Dios no tiene por qué intervenir en las sanciones de los actos. Cada uno lleva en su germen mismo el premio y el castigo, como en cada bellota están la encina y el roble con todas sus posibilidades, su magestuosa sombra futura y hasta los pájaros que anidarán en sus ramas.

La invisible fuerza que distribuye los bienes y los males es una ley, y así como es imposible que se equivoque la ley de la atracción universal, así lo es que yerre esta ley portentosa.

Cuando Newton formulaba su famoso principio ya in mente, parecíale que determinados movi-

mientos de los cuerpos celestes no se ajustaban a él. ¿Estaba el error en la ley? ¿Estaba en los cuerpos rebeldes?

El error estaba en las observaciones, en los cálculos de las distancias, en ciertas medidas terrestres inexactas.

Cuando se pudieron rectificar, merced a nuevas medidas y cálculos, los anteriores, se vió que la ley era infalible.

De María Antonieta decíase que en todo era graciosa, pero que no bailaba a compás.

Y un cortesano lleno de ingenio la defendió con aquella frase célebre: "dicen que no baila a compás; pero en este caso la culpa será del compás: "c'est la mesure qui aura tort..."

Pues así es la justicia distributiva: son tu mirada, tu observación, tu juicio, los que se equivocan: ella jamás.

Lo que acontezca es lo único que puede y debe acontecerte y el universo entero no aplastará sin razón a la más pequeña hormiga.

El orgullo de la impotencia

Tu cerebro canaliza la inteligencia universal; la limita, la condiciona. Cuanto más inteligente eres, más condicionas y fisonomizas, y por lo tanto limitas más ese espíritu, esa conciencia informe del universo.

¿Por qué enorgullecerte, pues, de tu inteligencia? Te imaginas un estanque, una alberca, que recibiendo un poco de agua del océano, dijese:

"Yo vuelvo al mar ovalado, yo le doy una profundidad de diez metros; yo le quito su flujo y reflujo. Gracias a mí refleja los árboles del paseo cercano..."

Pues análogamente pensaría un cerebro orgulloso, y su vanidad sería tan absurda como la de la alberca.

"La inteligencia, dice el profesor Claparede, no aparece sino como un "peor es nada", como un instrumento que traiciona la inadaptación del organismo al medio que lo rodea, como una técnica que revela un estado de impotencia".

Enorgullecernos de nuestro talento es, pues, en suma, enorgullecernos de una impotencia, de una limitación.

La fe

No temas nunca en los casos angustiosos decir una palabra optimista. No receles que el destino te contradiga: el destino más contradice a los hombres que esperan en él y siempre cumple las promesas que en su nombre hacen los fuertes.

Tu buen deseo ayuda por otra parte a manifestarse, a todas las bellas posibilidades de la extistencia.

Las hadas propicias, con los cofres invisibles llenos de mercedes, están siempre esperando la voz segura y afectuosa que las solicite en favor de una vida cara, de un ser querido y precioso.

Pero es indispensable que tu voz al llamarlas no tiemble desconfiada...

¿Cómo quieres que la buena fortuna se detenga a tus puertas si no crees en ella?

Tu fe le abre los caminos de tu morada.

La duda es como un malezal inextricable, por entre el cual no pueden pasar los genios del bien.

Coge tu hacha y corta enérgicamente las malezas: hablo del hacha de tu fe. Verás cuán espaciosa se vuelve la ruta y cómo convida a recorrerla a todas las venturas.

Oro sobre acero

Oro sobre acero (Eibar y Toledo) han de ser tus amores.

Oro sobre acero tu voluntad.

Oro sobre acero tus actos.

Sobre el acero del mejor temple de tus propósitos, brillará el oro puro y aristocrático de tu cortesía.

Sobre el acero de tus pensamientos ha de lucir el arabesco de oro de la forma pura y ágil.

Tu don de gentes será capa de oro fino que ha de recubrir el acero de tus fines.

Serán tus sonrisas como minúsculas estrellas áureas incrustadas en el acero de tus intentos.

Tu amor firme tendrá el oro de tu ternura, sobre su acero imperioso.

Sobre el acero de tu esperanza, la placidez con que sabes aguardar, será también oro. El áncora de la diosa estará damasquinada por ese oro de tu apacibilidad expectante.

Oro y acero—Eibar y Toledo— será tu vida, serán tus propósitos, serán tus actos...

La llave

¡Qué admirable es la llave de oro que cierra cuidadosamente la puerta de la torre donde viven los fantasmas!...

Si sabes usarla, si tienes cuidado de que en determinados momentos no se abra esa puerta, por más que desde adentro el tumulto de las tristezas, de los temores, de las preocupaciones, de la pasión de ánimo, quiera forzarla, ¡cuánta será tu paz y cuán permanente tu alegría!

Al principio es muy difícil mantenerla cerrada: los fantasmas negros tiran de las hojas con toda su fuerza; logran entreabrirlas y se van colando por allí, e invaden el campo de tu alma, y destierran de él las santas flores de la alegría.

Pero la gimnasia vase haciendo cada vez más fácil y segura. Adquiérese una gran agilidad; sorprendes en seguida los movimientos astutos de la turba negra y acabas por contenarla definitivamente en la torre de la pena, de las imaginaciones dolorosas, de los miedos sin razón, de las angustias sin objeto...

Lo esencial es ser rápido en los movimientos. En cuanto adviertes que se quiere colar algún fantasma, examina la cerradura, da dos vueltas a la llave y vuelve la espalda.

El fantasma será insinuante. Volveráse expresivo. Pretenderá decirte muchas cosas. No hagas caso de sus invitaciones, de sus solicitudes, de sus argucias, de su llanto: lo que él quiere es envenenarte el día.

Dirás acaso que, con tener condenado el castillo entero, escaparías para siempre... Mas debo decirte que en ese castillo moran también las imaginaciones alegres, los pensamientos joviales que nos hacen llevadera la vida, y la ciencia está en dejar a éstos libre la puerta y en impedir a los otros la salida...

¡Qué admirable es la llave de oro que cierra cuidadosamente y a su tiempo la puerta de la torre donde viven los fantasmas!...

La sorpresa

Si todos los días te levantas con el propósito de no pedir nada a la vida, no habrá jornada sin bella sorpresa, porque la vida te otorgará siempre algún don.

Tú te dirás: "hoy aceptaré todos los dolores, todas las fatigas y dificultades del día con ánimo igual".

No pensarás en ningún placer. Verás sólo el surco que debes abrir, bajo el chorro de fuego del sol.

Ningún espejismo engañará tu camino.

Estarás de antemano resignado a todos los golpes.

No atisbarás ni atalayarás el horizonte para ver si se acerca alguna dicha.

Y así pasarán los días, monótonos, con pocas satisfacciones y muchos deberes.

Como nada pides y todo lo aceptas, tú estarás ensimismado y distraído en tu labor.

...Mas de pronto, la vida, que te prevenía su sorpresa, te mandará su enviada: el eselavo nubio de las ajorcas de oro llevará sobre sus manos de ébano la bandeja de malaquita y sobre ella brillará el presente mágico, el presente inesperado, y por inesperado maravilloso.

Todo nos hace mal

"Todo nos hace mal, dices desconsolado. El calor nos tuesta, el frío nos hiela, el viento y el polvo nos importunan.

"Si buscamos la sombra hospitalaria de los árboles, los insectos se encarnizan con nuestra piel. Si recorremos los sitios agrestes en demanda de salud y de paz, las malezas nos estorban el paso, las espinas nos pinchan.

"La mayor parte de los hombres está

aún en los limbos de la animalidad y es cruel con nosotros.

"La descortesía de los grandes nos azota el espíritu.

"La necedad de los pequeños nos produce náuseas.

"La incomprensión de los que amamos nos entristece..."

Muy bien, no prosigas y escúchame:

Todo en el mundo te hace mal; pero tú, en cambio, a todo y a todos haces bien. Al levantarte llevas ya en tu voluntad afectuosa el santo designio escondido: "haré a todos bien. Por lo menos procuraré serles grato..."

Y ante aquellas cosas, aquellos elementos y aquellos seres con los cuales no quepa el beneficio, seré paciente. Paciente si el frío me hiela y el calor me tuesta; si el polvo me importuna, si los insectos se encarnizan con mi piel, y los espinos me pinchan.

En un mundo que parece conjurarse contra mí, yo seré una sonrisa, una dádiva, una bondad siempre dispuesta, una acción siempre afectuosa.

Si todo es negro, yo seré blanco.

¡Qué merced mayor puede hacerme el destino!

Y hasta sería posible que Aquel que a pesar de todos los pesimismos que no saben verle, es el Padre, me escogiese por instrumento de su amor, y el bien que yo ejecuto no fuese más que el bien que El derrama por mis manos, como lo derrama y seguirá derramándolo siempre por manos infinitas.

Irás por el camino...

Irás por el camino buscando a Dios; pero atento a las necesidades de tus hermanos.

En cualquier momento, en cualquier lugar, entre cualquier compañía, te formularás la admirable pregunta de Franklin:

—"¿Qué puedo hacer yo aquí?"

Y siempre encontrarás una respuesta en lo hondo de tu corazón.

Apareja el oído, los ojos y las manos, para que ninguna necesidad, ninguna angustia, ningún desamparo pasen de largo.

Y cuando nada veas en la carretera llena de huellas, que relumbra al sol; cuando haya sólo paz en el camino, vuélvete inmediatamente hacia tu Dios escondido.

Si El te preguntare dentro de tí mismo:

—¿Cómo es que no me buscabas, hijo?

Le dirás:

—Te buscaba, Señor; pero en los otros.

—¿Y me habías encontrado?

—Sí, Señor; estabas en la angustia, en la necesidad, en el desvalimiento de los otros.

Y El, por toda respuesta, sonreirá dulcemente.

Cuenta lo que posees

No enumeres jamás en tu imaginación lo que te falta.

Cuenta, por el contrario, todo lo que posees; detállalo si es preciso hasta con nimiedad, y verás que, en suma, la vida ha sido espléndida contigo.

Las cosas bellas se adueñan tan suavemente de nosotros, y nosotros con tal blandura entramos en su paraíso, que casi no advertimos su presencia.

De allí que nunca les hagamos la justicia que merecen.

La menor espina, en cambio, como nos araña, sacude la atención con un dolor y nos deja la firma de este dolor en la cicatriz. De allí que seamos tan parciales al contar las espinas.

Pero la vida es liberal en sumo grado: haz inventario estricto de sus dones y te convencerás.

Imaginemos, por ejemplo, que un hombre joven, inteligente, simpático a todos, tuviese una enfermedad crónica. No debería decir: "Tengo este mal, o aquel, o me duele siempre esto, o aquello; o no puedo gustar de este manjar, ni de aquel..."

Debería decir: "Soy joven, mi cerebro es lúcido; me aman; poseo esto, aquello, lo de más allá; gozo con tales y cuales espectáculos; tengo una comprensión honda y deliciosa de la naturaleza..., etc."

Vería entonces el enfermo aquel, que lo que le daña, se diluiría como una gota de tinta, en el mar del bien que le ha sido otorgado.

Este pensamiento te consolará

En los momentos de mayor desamparo, de mayor abandono "aparente" de lo invisible; en esos momentos que hicieron gritar al propio Cristo, sí, gritar de dolor, diciendo: "Pater, pater, quare reliquiste me?" Cuando te parezca que estás solo en un infinito hostil y no tienes ni asidero ni refugio, piensa este pensamiento capital:

"Por mucho que yo me ame a mí mismo, Dios me ama infinitamente más..."

"Yo no me amo a mí mismo sino desde la edad de la razón: Dios, en cambio, ya me amaba antes de nacer. ¡Qué digo! en Sí mismo me amaba ya desde toda la eternidad, desde todas las eternidades.

"Yo he estado siempre en El (sea El lo que fuere, personal o impersonal, esencia, substancia o ley) y El, al amarse con un amor infinito, con el propio amor me amaba a mí, pues que no podía amarse totalmente sin amarme.

"¿Por qué, pues, imaginar ni un solo momento que estoy desamparado, que nadie me quiere, que algo malo ha de acontecerme? ¿Puede por ventura acontecerle algo malo a Dios, en quien "vivimos, nos movemos y somos?"

El me ama infinitamente: lo que me acontezca, pues, por áspero e inexplicable que sea en apariencia, tiene por fuerza que acontecer para mi bien..."

Este pensamiento te consolará.

Organizado para creer

El hombre es un ser organizado especialmente para creer.

Cuando no puede creer en Dios (por indigestión de ciencia), cree en cualquier otra cosa: en un "Tabú", en un número, en un augurio; en la espuma del café..

Después de la erupción del volcán, volverá a edificar en la falda. Después de la infidelidad de una mujer, pondrá en manos de otra su honor y su fortuna. Después de la suspensión de pagos de un banco, volverá a confiarle sus caudales. Después de la infidencia de un amigo, tornará a invitarle a su casa y a su mesa.

La naturaleza en esto, como en todo, es muy sabia. El escéptico pirrónico sería un monstruo; no podría substituir

La fe en algo es tan necesaria como la respiración. Es el punto de apoyo de la vida.

No os fiéis de quienes dicen que no creen en nada: o son unos pobres de espíritu o seres incapaces de una sola acción noble.

Cree, pues, sin rubor, amigo. Si te engañan, cuando menos tuviste la dicha de haber creído.

Y si crees muy firmemente, será tu fe una coraza tal que no habrá quien pueda burlarla.

El amor, vedado

La riqueza no te está vedada; pero la desdeñas.

El poder no te está vedado; pero no lo buscas.

En cambio te está vedado ya el Amor.

Las puertas del amor se cerraron para tí hace muchos años. Y en vano llamas y llamas. El aldabón resuena misteriosamente en la noche.

Pegas el oído a la cerradura y oyes tumulto alegre, risas de oro y de plata; convulso chasquear de besos.

Miras por el ojo de la gran cerradura y ves pasar túnicas blancas, rosadas, azules, que mal encubren formas estatuarias. Todo allí es promesa o realización, bajo la luz azulosa de la luna o los blandos clarores de los crepúsculos.

Pasa la rubia, pasa la morena, y se llevan prendido tu deseo.

Te miran los ojos azules, los ojos verdes, los ojos negros, los ojos castaños, y tú imploras lo que parecen ofrecer esas miradas... Pero un fallo enigmático de tu destino mantiene lejos de tí—el enamorado del amor—toda posibilidad de realizar lo que los hados parecían ofrecerte al elegir tu nombre.

Y comprendes que tus ansias son imposibles y anhelas el término de ellas.

Empero, por resuelto que esté tu Dios a impedir que te amen, no puede impedir que ames tú todos los seres, todas las cosas. ¡Qué más! no puede impedir que le ames a El.

Cabe, pues, que repitas con el poeta francés: "Mon Dieu, tout puis-

sant que vous êtes, vous ne pouvez pas empecher que je vous aime!

Las posibilidades

La vida es como un arca inmensa llena de posibilidades. Es más bien como un enorme río lleno de posibilidades.

No es, pues, aventurado esperarlo todo. No le cuesta más trabajo a esa corriente formidable en que están las causas y los efectos llenar un ánfora grande que un ánfora pequeña.

La aventura más extraordinaria puede lo mismo que la más insignificante venir en esas crespas olas que brotan de la fuente misteriosa del ser y a ella vuelven fecundando el infinito universo.

Revela, por lo tanto, gran desconocimiento de la magnitud de la vida y gran mezquindad de espíritu la desconfianza de que llegue una cosa, simplemente porque es muy bella. La cantidad de cosas bellas que diariamente se otorgan al mundo, y en las cuales el mundo suele no fijar la atención, distraído y atormentado por ansiedades vanas y egoísmos tristes, es incontable, es imponente, es inmensa.

"Las cosas—dice un pensador,—nos parecen imposibles hasta el día en que se realizan".

No creas, pues, jamás que la excelencia de un bien es condición negativa para su realización.

Abre con tu confianza todas las capacidades de tu espíritu, ante la posibilidad de recibirlo. No sea que cerradas por las llaves de tu escepticismo todas tus puertas interiores, cuando llegue la felicidad suma que te tocaba en suerte, no pueda entrar... y se aleje para siempre.

La pregunta

En los días de mayores agitaciones dolorosas, en que hayas sufrido más choques de tus semejantes, más rozamientos penosos; en que hayas tratado más negocios difíciles y ásperos, en que hayas, en suma, sufrido más contrariedades y disgustos, y en que a pesar de tu esfuerzo y tu voluntad de dominio sobre tí mismo hayas sentido en tu interior el aguijón de la impaciencia, aun cuando nada dejases ver en tu rostro. En esos días en que toda la cosecha de espinas de la jornada parece haber sido para tí solo, pregúntate simplemente, en el silencio del atardecer y después de inventariar tus dolores:

"¿He hecho por desgracia mal a alguien?"

Y si por ventura no lo has hecho, si la sola víctima has sido tú; si los únicos desgarramientos producidos por las malezas han sido los de tu carne, regocíjate cuanto puedas; pon en tu cara la más luminosa de tus sonrisas; vete a dormir con el corazón sereno y reposado.

....Pero, si no solamente no has hecho ningún mal, sino que en medio de la tormenta has acertado a hacer algún bien, que tu regocijo no tenga límites y tu alma esté más luminosa que el crepúsculo.

Facilita la vida de los otros

Bella tarea es toda aquella que facilita la vida de los otros.

Gentil acto es aquel que facilita la vida de los otros.

Noble y gracioso movimiento el del pie o de la mano que remueven el obstáculo colocado por la naturaleza o por los hombres en medio del camino, desde la cáscara de fruta en que se resbala, hasta la rama de espino que desgarra las carnes; desde el guijarro puntiagudo hasta las lianas que cierran los senderos y que a través de ellos parecen serpientes.

¡Qué alegre, que ágil marcha el que va apartando de los caminos, de los senderos y las veredas, todo lo que es impedimento y obstáculo para la marcha de los otros!

Cantando va el peregrino.

Sin sentir recorre las rutas, y al atardecer se da cuenta, con jubilosa sorpresa, de que al apartar y remover los obstáculos que entorpecían los caminos de los otros, el despejó maravillosamente su propio camino!

Tu heredad

"El mundo—dices,— vase estrechando cada día más ante mi paso: ¡qué pequeño es el mundo! ¡Y como si no lo fuera bastante, lo empequeñecen aún los prejuicios y la miseria de los hombres!"

Ya no puedo viajar—añades,—y además: para qué! Todo es lo mismo. La uniformi-

dad tediosa ha invadido el planeta y no hay forma de encontrar ni un rincón inédito ni un silencio no mancillado por el vacuo y gárrulo turismo.

Mas yo digo: ¡qué te importa todo esto si te queda la noche! ¡La noche con todos sus milagros, la noche con todos sus soles y mundos!

En cuanto sales a tu balcón se te ofrece ella con su inmensidad divina!

¡Qué pequeñas son las distancias que separan sus orbes, para el poder de tus alas!

¡Cómo vas y vienes, ave silenciosa del alma, por entre el enjambre de oro!

Cada uno de tus anhelos de belleza puede escoger un mundo para realizarse.

Y cuando el sueño selta tus párpados. tus ojos y tu corazón están llenos de maravillas!

La inconsciencia

¿Por qué te asusta la inconsciencia?

¿Por ventura debes gran cosa a tus pensamientos?

La belleza de tus pensamientos, la magia de tus imaginaciones ha sido para los demás.

A tí cada pensamiento y cada imaginación te han servido de espinas.

Has llevado una corona de espinas, sólo que interior o invisible.

Mira cuán hermoso, reposado y sereno es todo lo inconsciente.

Mira lo que el viento hace con las hojas de los árboles y con las olas, sin causarles dolor.

Mira la rosa, cómo sin dolor desabrocha su justillo, florece y muere.

Contempla el agua que se despeña en la catarata y sin dolor es espuma al saltar al abismo y al estrellarse entre los dientes de la roca.

Advierte el avatar perpetuo de las viajeras nubes.

Y tú mismo, ¿qué eres en la infancia y qué fuiste más hacia atrás?

¿No reposabas, por ventura, en el seno de una maternal inconsciencia?

¿Te quejabas acaso?

Pues y el sueño, tu amigo predilecto, ¿qué es, en suma?

¡Ah, no, no temas pisar la isla de los Lotófagos!...

Deja que tus libros, llenos de amor para todos, sean la muda y generosa conciencia que te sobreviva; y tú, cuando menos por algunos siglos, duerme, duerme...

Bien lo necesitas.

Fechorias de osos

El público que va a las casas de fieras y ve a los osos trepar por los hierros de su recinto pidiendo golosinas a la gente, cree que son las fieras más divertidas e inofensivas del mundo, y, sin embargo, el oso es un animal vengativo, traicionero y más peligroso que otros que inspiran terror. Los osos han hecho siempre más daño a los visitantes de los jardines zoológicos que los leones y los tigres juntos.

Hace poco estuvo a punto de morir bajo las garras de un animal de esta clase, Herr Hagenbeck, el famoso domador y comerciante de fieras.

Una vez, en el Jardín de Plantas de París, acercó una mujer a un niño que llevaba en brazos para que "le besara el oso", y la fiera cogió a la criatura por entre los barrotes de la jaula y la devoró ante la madre enloquecida de terror y desesperación.

Otra vez, en los Jardines Zoológicos de Berna, el capitán Lorts, distinguido joven agregado a la legación inglesa, se puso a dar golosinas a unos osos pardos muy bonitos, y entre todos le agarraron y le metieron en la jaula materialmente despedazado.

En los jardines de Rosheville, otro individuo metió un brazo en la jaula de un oso negro, y de un mordisco se lo arrancó hasta la altura del hombro. En la casa de fieras del Regent's Park de Londres ocurrió otro incidente parecido.

Como en muchas exposiciones zoológicas se tienen los osos en una hondonada rodeada de barandillas, a veces ha habido desgracias, porque algunas personas, principalmente los chicos, saltan la baranda y caen al sitio donde están los osos.

Y no se conocian...

La historia de este comerciante alemán establecido en las islas Carolinas, no es ciertamente de las que nos cuentan todos los días.

Hijo de un zapatero de Dusseldof, el joven Gugenheim tenía ante él la perspectiva de una cuantiosa herencia que le dejaría a su muerte un tío que no era el clásico tío de América, sino un tío de Micronesia.

Este señor, despues de una vida de trabajo, amasó una fortuna de algunos cientos de miles de duros.

Viudo a los 35 años, decidió repartir su fortuna entre su sobrino Justo y una prima de éste, la gentil Augusta, poniendo sólo estas dos condiciones:

Los dos jóvenes habrían de casarse.

Justo Gugenheim probaría su energía y su voluntad ganando por sus propios medios la suma de cincuenta mil marcos.

Hasta entonces no podría recibir la herencia si bien para comenzar a trabajar no tenía que esperar a casarse con su prima. Justo decidió partir en junio de 1900. Tenía entonces 20 años; su futura, a la que él no conocía, 16.

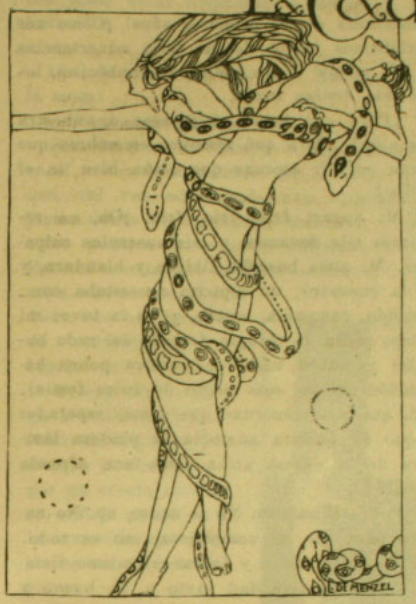
Para evitar que la joven pudiera en tanto que él trabajaba, enamorarse de otro y casarse—con lo cual ¡adiós fortuna!—Justo decidió casarse por poderes antes de marchar.

Así lo hicieron y durante los doce [illegible] transcurridos, los esposos han mantenido una cordial correspondencia.

El tío murió en 1907. Y Justo, que ha reunido ya sus cincuenta mil marcos, a fuerza de constancia y sacrificios, ha entrado en posesión de la herencia. Su esposa ha recibido, hace unas semanas, la carta siguiente:

"Recuerda, querida Augusta, que hace doce años justos que nos hemos casado. Eres mi mujer y, sin embargo, no te he hablado nunca. ¿No será ya hora de que nos conozcamos?

La Cadena...



Por

Fernando Santivan

Dibujo de L. de Menzel.

"Mi querida Elisabeth"...

Se detuvo un instante para reflexionar y rompió el juego empezado con esta frase de afecto.

No... No era ese el encabezamiento que se adaptaba a la realidad. El tono había de ser grave, severo, elevado, como corresponde día a séres que se detienen para analizar lo que hay de más profundo en sus vidas. Además, así empezaban, ni más ni menos, sus antiguas cartas de intimidad, cuando el matrimonio fué para ellos un campo de intereses comunes y de satisfacciones llevaderas. "Mi querida Elisabeth"...

Se hallaba bajo la impresión del último altercado y en sus oídos vibraban aún palabras de dureza, que parecían cruzarle el rostro como latigazos. "Egoísta... toda mi vida de sacrificio... cobardía inaudita..."

Levantándose de su pupitre de trabajo se comenzó a pasear agitadamente a lo largo de la oficina, gesticulando con el brazo derecho como si diera tajos sobre un nudo invisible.

—Es preciso terminar... —murmuró con voz ahogada.

Dió una mirada distraída por su pieza de trabajo y, maquinalmente, arrancó de un calendario colgado junto al escritorio, la pequeña hoja que marcaba un día menos en su existir... 20 de mayo... ¿Qué acontecimiento importante le había ocurrido en esa fecha? Ninguno, ninguno,—formuló mentalmente con despecho,—su vida era un desierto.

Se acercó a la pequeña ventana cuyos pequeños vidrios empañados parecían mirarlo como otros tantos ojos grises; se extrañó que allá afuera el día sonriera con júbilo inocente cuando aquí todo era triste, penoso, polvoriento como su alma...

Caía la ventanita sobre un sitio abandonado cubierto de escombros, y daba la impresión de hallarse en la sima de un gran pozo, una de cuyas paredes la formaban grandes árboles de un parque plantado en las laderas de un cerro, y las otras, altas murallas desnudas, techumbres grises de zinc. Más allá, cerrando el horizonte hacia el fondo, aparecía un abigarrado amontonamiento de habitaciones humildes, que parecían trepar por uno de los pintorescos cerros de Valparaíso. Cuadro de indiferencia y de miseria, pero embellecido por el sol, por la alegría del sol.

Sintió el hombre la sensación de la vida que triunfaba afuera, el mar que se extendía a su espalda cruzado por embarcaciones afanosas, la inmensidad serena alejándose en suprema aspiración de libertad y de triunfo.

—¡La vida, la vida!—¡Tristeza de vivir!—pareció murmurar en un prolongado y penoso suspiro. En otro tiempo tuvo tal vez deseos, ideales, juventud... Hoy, a los treinta y cinco años, se sentía más viejo y decrépito que un centenario, despojo humano cuya única ambición era el reposo y el olvido!

Ese cielo de un azul fresco y limpio, esas nubecillas blancas, que cruzaban lentamente

el espacio como el ensueño de un niño de imaginación virginal, en ese momento tuvieron el privilegio de conmoverlo, evocándole otros cielos y otras emociones pasadas. ¡Bah, qué época tan lejana! Había que retroceder a la inconsciencia de la niñez desamparada o a la riqueza imaginativa de la primera juventud para encontrar momentos de felicidad indiscutible. Si no se hubiera casado tan joven... quién sabe... Pero nó, la amargura parece ser una condición inherente a la vida, tanto más si se nace marcado por una predestinación al dolor.

Concentróse durante algunos momentos, con la vista fija y la frente contraída como si pretendiese distinguir una incógnita en las profundidades caóticas de su destino, y luego se encogió de hombros, volvió a su asiento frente al escritorio y comenzó o escribir resueltamente:

... "Elisabeth, es preciso que hablemos con serenidad alguna vez, es necesario que pensemos en nuestra vida y demos una solución definitiva a nuestras dificultades. ¿Qué será de nosotros si continuamos así?... Créeme; más de una vez me he sorprendido pensando cosas siniestras. Son pensamientos fugaces, semi-inconscientes, que estoy seguro no se realizarán jamás, pero ellos te darán la medida de mis sufrimientos. Sí, Elisabeth, pensando en nosotros, he llegado a comprender a los criminales y a los suicidas.

"Yo no te quiero culpar de nada y tampoco quiero sincerarme. Sólo sé que hemos llegado a una hora solemne y que es preciso hacer algo para que la tormenta que agita nuestra vida, produzca el menor daño posible.

"Desde que el destino se encargó de unirnos ¡cuántos esfuerzos para soldar tu existencia y la mía! Todo inútil. Desde que nos casamos, ¿te acuerdas?... Yo era un muchacho; salía de la Escuela de Derecho con un diploma honroso y el alma llena de ilusiones, pensando hacer algún bien en el mundo: redimir inocentes, castigar malvados, labrarme una posición en el trabajo y construir un hogar, que fuese el santuario de mis dolores y de mis alegrías. Tú, huérfana, casi desamparada, con un porvenir incierto y un bagaje de recuerdos tristes en el alma, cautivaste mi fantasía noveladora y me hiciste soñar en la compañera de mis luchas y la espectadora de mis triunfos. ¡Ah, la inconsciencia de los primeros años! ¡Cómo nos burlábamos juntos de las frías advertencias de los viejos! Y los viejos, los imbéciles, los egoístas, tenían razón.

"¿Para qué hacer el proceso de nuestra desunión? ¿Para qué remover escombros que harán revivir escenas que están bien en el olvido?

"Mi hogar; frío, frío, frío. ¡Oh, no reproches mis devaneos y mis ausencias culpables. Mi alma buscaba tibieza y blandura, y no la encontró; mi espíritu necesitaba comprensión, compañía, sostén, y no la tuvo; mi cuerpo pedía un refugio después del rudo batallar y nunca hallé en nuestra pobre habitación uno de esos rasgos de dulce feminidad, que nos recuerdan que somos esperados y que en nuestra ausencia la piadosa lámpara de la esposa ardía como una ofrenda vestal.

"Pobre Elisabeth. No te acuso, no. No naciste para ser mi compañera, eso es todo. Pudiste hacer feliz y labrar al mismo tiempo tu propia felicidad junto a un bueno y sencillo hombre de negocios, a quien hubieses podido reglamentar la vida, y que no tuviese ni mis complicaciones, ni las susceptibilidades enfermizas, ni los pudores espirituales, ni las exaltaciones del sentimiento, ni el romanticismo desbordado que formaban de mí un sér casi incomprensible e intratable. Pobre Elisabeth, qué amargos y confusos momentos has debido pasar!

"En vano he procurado explicarme, analizarte mi carácter, entregarte las llaves de mi alma para que pudieras penetrar en ella con la libertad del que toma posesión de la casa propia. Era inútil; nó me escuchabas, no me entendías; no porque te faltase inteligencia, sino porque pertenecías a una raza espiritual cuya sensibilidad, costumbres, palabras y defectos eran distintos a la mía!"...

Se detuvo un instante para reflexionar. Sí, eso!... Elisabeth seguramente era una mujer ni más mala ni más buena que otra cualquiera. Y, sin embargo, para él había sido peor que si tuviera todos los defectos. Rápidamente cruzaron por su imaginación escenas violentas de su vida que lo hicieron enrojecer de coraje, palabras que, una vez pronunciadas, parecían arder en la atmósfera y herir el rostro con marca de fuego.

¿Cómo empezaban aquellas disputas? Es bien difícil precisarlo. La causa importa po-

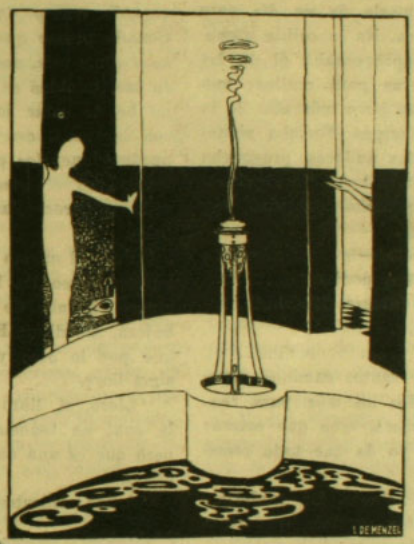
co cuando los espíritus se acechan en la sombra como fieras dispuestas a devorarse mutuamente.

. . . . . .

Dice él, mientras ella hace los honores de la mesa:

—Esta noche pienso salir...

Ella levanta la vista y la fija duramente en el rostro de su marido. El, sin saberlo por qué, tal vez adivinando una sospecha injusta, siente un indefinible malestar y sonríe como pudiera hacerlo un culpable tímido. Es una sonrisa que lo irrita contra sí mismo, cuya causa bien pudiera ser un defecto de naturaleza. Un rápido desdoblamiento de espíritu lo obliga a analizar el pensamiento de la persona que lo observa, y, por un efecto nervioso, refleja en su cara la sensación que presiente en el interlocutor.



Ella. (Sin quitarle la vista de encima): —¡Muy bien!

El procura sobreponerse a sus nervios, acude a un golpe de autoridad y dice con violencia contenida:

—¿Porqué me miras de ese modo?

Ella. (Sin perder su desesperante seguridad en sí misma, la seguridad de las piedras y de las estatuas).—¿Qué tiene mi modo de mirar?

El.—Insolencia... Desconfianza...

Una pausa. Ambos han palidecido y llevan a la boca los alimentos con mano ligeramente trémula. La atmósfera se crispa, como si repentinamente se introdujese en el comedor una temperatura helada que cristalizase el vaho de las viandas en punzantes agujas de hielo. Los niños presienten algo extraordinario, enmudecen, y sus almitas se recogen mientras sus ojos observan inquietos, dispuestos a llorar.

El. (Dominando la ira, que comienza a invadirlo).—¡Es curioso!... No puedo manifestar ningún deseo, no puedo decir una frase sin que...

Ella.—¡Estás loco!... ¿Tú crees que me importa que vayas al teatro, al club o a "cualquiera" otra parte?... Puedes hacerlo, hijo. Ya ha pasado la época en que esas cosas me hacían llorar...

El.—¡Elisabeth!

Ella.—Sí. Nada me importa lo que haces. Bien podrías irte toda la vida. Estoy acostumbrada... Me habitué a la soledad y a tus...

El. (Conciliador).—¿Por qué dices eso, Elisabeth?.... Esa época ya pasó. Todo eso ha muerto... Lo he querido matar yo. Además, si nuestra vida no fué mejor, tú tuviste la culpa...

Ella. (Exaltada).—¡Yo? ¡Yo!... ¡Qué cinismo!

El. (Conteniéndose).—Sí, tú... aunque no lo confieses o no lo comprendas nunca. Tú, que no me diste la ternura que yo necesitaba. Mira, no volvamos a recordar, mejor...

Ella.—Sí, más vale, porque tendrías que convencerte de que eres un malvado, un...

El. — ¡Elisabeth, *Elisabeth*!...

Ella.—Me has hecho desgraciada; mataste mi juventud...

El. — Y tú la mía...

Ella.—¡Nunca me quisiste!... Sólo amargura tengo en mi recuerdo. No te extrañe entonces que te haya perdido todo, todo el cariño.

El. (Con su orgullo herido).—Tienes razón, nunca te quise... ni menos ahora...

Silencio. Ella se limpia, se estruja los ojos con el pañuelo y luego abandona bruscamente el comedor. El calla, aquieta a los pequeños que, sin comprender, presienten la tormenta y se esfuerzan por contener el llanto. El tiene los ojos secos, pero sus propias palabras y las de ella han destilado una a una sobre su alma como plomo ardiente... ¡Qué vida, qué vida!

Escenas como éstas se vienen repitiendo,

¡desde cuándo? ¡Ah, qué suplicio! Más de una vez las palabras habían sido tan amargas, tan incomprensivas que él, en un arrebato de furor, sintiendo impotencia ante aquel cerebro femenino inquebrantablemente obcecado, lanzábale al rostro insultos, imprecaciones de odio...

Después... ¡Oh, después! He ahí lo más penoso. Pasados los primeros días y de hostil concentración, sintiéndose cobardes ante la idea de la ruptura, volvían a reunirse prometiéndose no empezar de nuevo. Resignación! La vida estaba ya formada así, con múltiples lazos de hábitos y de afectos y no era cosa de transformarla de un día para otro... Vana esperanza. En la cálida obscuridad de la alcoba, aprovechaba él de las aproximaciones pasajeras para realizar una intimidad que fuera un poco más allá de la pobre región de los cuerpos. Forjaba planes de vida, sentaba teorías audaces, provocaba confidencias. ¡Inútil, inútil! Al día siguiente se reanudaba la misma lucha, mezquina, sorda, tenaz, insoportable...

—¡Elisabeth, Elisabeth!—le suplicaba con angustia.—¡Mira que nos perdemos!... Prudencia, y sobre todo, dulzura, Elisabeth, feminidad, comprensión!...

.. ..

Problemas Marítimos Nacionales

La construcción Naval en el país

Por

Mario Vergara Z.

"Hemos perdido—es decir, nuestros políticos han perdido—por completo, el concepto del porvenir marítimo de Chile. Toda nuestra tradición naval se derrumba, se cae a pedazos, descuidada, menospreciada. Nos quedamos sin marina de guerra, puesto que no merecen ese nombre los buques más o menos inútiles que poseemos, y todavía no se logra que pase por los desfiladeros parlamentarios alguna medida, por modesta que sea, para desarrollar la marina mercante. La visión del Pacífico, el mar del futuro, pero de un futuro tan próximo que ya ha comenzado, puede decirse, está totalmente oculta a los ojos de los hombres que dirigen nuestro país. Se diría que predomina sin rivales el criterio del huaso colchagüino o curicano, que no ha visto nunca el mar, que no sabe de él, que no cree en él, que tiene su horizonte limitado por unos cuantos cerros y cree que ahí se acaba el mundo. Si Ud. lo observa atentamente las épocas en que los políticos chilenos se olvidan del mar y de lo que significa para Chile, son las épocas en que todo criterio de Gobierno se empequeñece, se limita, se hace mezquino.....
(De una carta de don Carlos Silva Vildósola, dirigida al autor de estas líneas).

Con ilustraciones

En realidad, ha sido necesario que la gran guerra universal que hoy asombra al mundo nos haga sentir el peso de nuestra apatía y las consecuencias de nuestro criterio de **huasos colchagüinos o curicanos**—como dice con mucho acierto don Carlos Silva Vildósola—para que el país se percate de la necesidad que tiene de poseer una marina mercante poderosa, capaz de realizar el comercio de exportación e importación, y una flota de guerra lo suficientemente potente para defender nuestros intereses en el mar. Y aún así, vamos en el cuarto año de la crisis, y no logran pasar por los **desfiladeros parlamentarios** las leyes de protección a la marina mercante y al cabotaje nacional. Se suceden las sesiones del Parlamento, y en todas ellas se discuten ampliamente asuntos de detalle cuestiones baladíes del proyecto de ley, contemplando en cada caso los intereses de determinadas personas, o bien oponiendo obstrucciones sistemáticas al despacho de la ley, con el único y exclusivo objeto de obtener compensaciones de carácter político.

El señor Ricardo Orchard, Ingeniero Mecánico y Constructor Naval.

En Estados Unidos, a consecuencia del gran número de barcos mercantes hundidos por los submarinos alemanes, se produjo la crisis de bodega para el transporte marítimo, e inmediatamente el Gobierno tomó una medida salvadora: decretó la construcción de un millar de naves de madera, con aparejo de sckooner y motor auxiliar de combustión interna.

Y en Chile, ¿qué se ha hecho?...

¡Nada! Discutir hasta el cansancio un proyecto de ley conscientemente formulado por la Liga Marítima de Chile...

Asegura el proverbio que "de la discusión nace la luz", pero de todas estas discusiones parlamentarias sólo ha nacido el caos, la noche más negra, la obscuridad más aterradora...

En 1914 teníamos una marina mercante nacional harto deficiente, pues estábamos entregados en manos de empresas extranjeras, que hacían suyo todo nuestro cabotaje, nuestra importación y nuestra exportación. Pero en vista de que la crisis de naves valorizó a estas, los armadores principiaron a vender sus buques a firmas

extranjeras, y así se fueron hacia los mares de Europa el "Teno" y el "Maule", de la Compañía Sud-Americana de Vapores, el "Santiago", de Mc. Auliffe; el "Flora", de James; el "Iquique", de González Soffia, etc., etc., y nuestros legisladores no tuvieron ni siquiera el tino de impedir que esas naves fuesen vendidas para evitar así que **nuestra tradición naval se derrumbe, se caiga a pedazos, descuidada, menospreciada...**

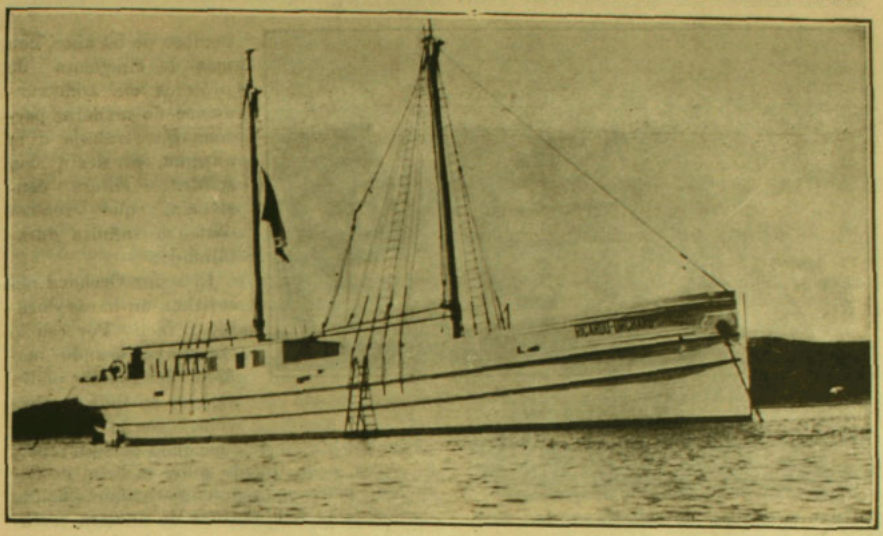
En nuestro país todo el mundo está de acuerdo en que necesitamos **"hacer una marina mercante"** nacional, pero nadie **"hace"** nada para realizar este justo anhelo patrio. Un solo chileno he conocido que ha puesto toda su energía, toda su inteligencia y todo su capital al servicio de esta idea—idea que aún no ha entrado en nuestra conciencia pública, y que, según me dice don Carlos Silva Vildósola, hay necesidad de introducir mediante **"una campaña que tome los caracteres de una misión nacional, como las misiones religiosas, para predicar en la prensa, en conferencias, en libros, en todos los medios de influencia, sobre la opinión, la necesidad de mirar hacia el mar, de darnos cuenta de la transformación profunda que sufre el Pacífico, este nuevo camino real de las naciones, de los peligros que de ese lado nos amenazan, de las ventajas que por ese lado se nos ofrecen, del porvenir de Chile que está ahí, en el mar, y solamente ahí..."** (sic). Ese chileno es don Ricardo Orchard, mozo joven, de veintiseis años, que estudió en Santiago y luego fué a perfeccionar sus conocimientos de ingeniería mecánica a la Universidad de Detroy, en Estados Unidos.

El señor Orchard estuvo a punto de sufrir la influencia del medio ambiente pesimista, pero reaccionó a tiempo. Ya había realizado trabajos de ingeniería naval tan importantes como el salvamento del vapor "Mina Brea", barco petrolero norteamericano que llegó a Antofagasta hundiéndose y que él lo reflotó; se sentía con las fuerzas necesarias para emprender la construcción de un buque, y así lo hizo con toda felicidad.

Y ya que hemos hablado del "Mina Brea", que es uno de los casos de salvataje que ha llamado la atención en el mundo científico, voy a detenerme en él unos instantes, para relatarlo al lector, por ser obra de un compatriota.

No hace mucho, después de chocar con unas rocas de la costa, llegó a Antofagasta el "Mina Brea", buque de 5,000 toneladas, inundándose en forma tal que se hundía por momentos. La avería era muy grande para ser tapada con lonas, y las bom-

Un grupo del personal que colaboró en la construcción del casco del "Ricardo Orchard". Al centro el ingeniero señor Orchard (1) y el constructor señor Aquiles Court (2).



El "Ricardo Orchard" terminado, tal como salió de los astilleros.

bas insuficientes para desalojar el agua que entraba a la bodega y conservar así la flotabilidad de la nave.

¿Qué hacer en un caso tan difícil como éste?... Los buzos eran impotentes para tapar la vía de agua, y el buque se hundía poco a poco. En tales circunstancias llegó a bordo Ricardo Orchard y principió por cerrar herméticamente todas las escotillas de la bodega, calafateándolas convenientemente, para que por sus cerraduras no entrase ni la más mínima corriente de aire (1); luego después montó sobre cubierta una caldera auxiliar y una bomba compresora de aire, instaló la cañería necesaria y principió a inyectar aire en la bodega inundada.

Fácilmente se supone lo que ocurrió: el aire no podía escapar por las escotillas; por lo tanto, para buscarse alojamiento expulsó el agua hacia afuera por las mismas roturas producidas por el choque, y el buque principió a levantarse como lo hubiese hecho un inmenso globo metálico, una boya, colocada sobre el mar.

Una vez que la bomba de aire estuvo probada y se calculó la presión para que el buque pudiese flotar convenientemente para navegar, el "Mina Brea" zarpó de Antofagasta a Talcahuano, donde entró al Dique seco y fué debidamente reparado.

Tal fué el primer trabajo de aliento de este compatriota nuestro.

En las postrimerías del año último, el señor Orchard se propuso construir en el país, con elementos nacionales, una nave a vela, con motor auxiliar, algo así como los primitivos vapores de hace cincuenta años.

Los astilleros de Constitución fueron los elegidos para llevar a cabo la obra. Ahí hay un hombre de gran experiencia en materia de construcción de cascos, persona que lleva más de medio siglo de práctica: don Aquiles Court.

El señor Court tenía el varadero, los operarios y la suficiente maquinaria para la elaboración del casco. Faltaba el material y los diversos elementos para realizar la construcción.

El señor Orchard diseñó los planos generales y de detalles, plantillas de líneas de agua, etc., y una vez terminado el proyecto, se dió comienzo a la obra.

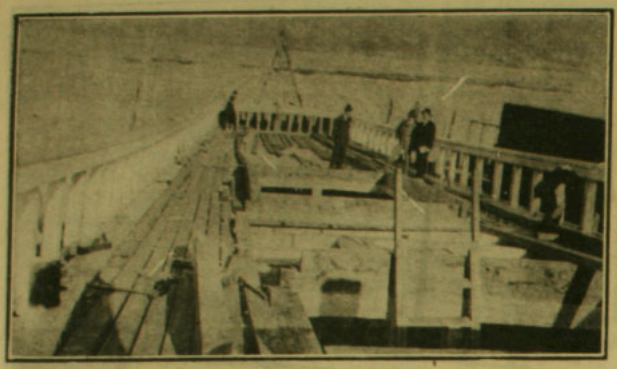
Las características generales del casco eran las siguientes:

Eslora, entre perpendiculares (largo total del buque), 40 metros.

Manga (ancho máximum), 7 metros.

Puntal, (altura del casco), 3,70 metros.

(1) Si se toma en cuenta que el aire es dieciseis veces más sutil que el agua, se puede calcular lo difícil que fué calafatear las escotillas del "Mina Brea" hasta dejarlas "a prueba de aire".



Los primeros tablones que se colocaron sobre la cubierta del "Ricardo Orchard".

Desplazamiento total de la nave, 650 toneladas.

Capacidad de carga, 400 toneladas.

Hubo necesidad de subordinar las medidas del casco a las condiciones del astillero. Todos saben que Constitución se encuentra en las riberas del río Maule, en sitios embancados por la arena, y que la barra del río no permite el paso hacia el mar de naves que tengan de 2,50 mts. a 3 metros de calado. Si el Gobierno se hubiese preocupado de dragar aquellos parajes, en Constitución se podrían construir naves de más de 1,000 toneladas de desplazamiento. El astillero del señor Court tiene más de cincuenta años de vida, pero no podrá prosperar jamás ni emprender obras de aliento mientras la Junta de Puertos no se preocupe de limpiar el fondo en la barra y en el puerto mismo de Constitución, con lo que, indudablemente, ganaría mucho la ciudad y toda la región.

El señor Court es un hombre de 80 años, con más de cincuenta de práctica en construcciones de madera, persona que trabaja a la antigua, es decir, con solidez, a entera conciencia, que realiza obras de infinita durabilidad.

El señor Orchard necesitaba un barco durable y fácil. Por eso lo construyó usando madera de roble pellín chileno en toda la obra viva, o sea la parte que va sumergida en el agua; para la obra muerta, o sea lo que queda sobre la línea de flotación, usó pino oregón americano, tomando en cuenta la temperatura de nuestra costa.

El costado de babor del "Ricardo Orchard"

Toda la cala o fondo del buque, después de calafateado y embreado, se cubrió con una tela de estopa alquitranada y planchas de cobre, lo que permite proteger convenientemente el casco contra la acción destructora del agua de mar. Cuando se trató de clavetear el buque se tropezó con un inconveniente: en Chile no había existencia de clavos de cobre, que son los que se

Otra faz de la construcción del vapor "Ricardo Orchard"

necesitan para este trabajo. Se pueden usar clavos de fierro, pero sucede que estos clavos, en contacto con las planchas de cobre del forro, se destruyen en poco tiempo, gracias a la acción galvánica que se produce ayudada por el agua de mar.

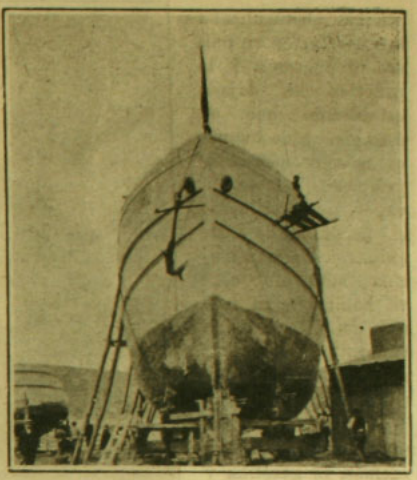
El señor Orchard no desmayó ante este inconveniente, y se fué a Santiago en busca de lo que precisaba. Ahí obtuvo de la fundición Negri la fabricación de los clavos, los que fueron fundidos y pulidos en el país, con metales nacionales y por obreros chilenos. Estos clavos, en las pruebas de resistencia, flexión, etc., dieron tan buenos resultados como los fabricados en Europa. En poco más de seis meses el casco quedó listo para ser lanzado al agua. Faltaba sólo el aparejo y el motor.

En las costas de Chile el aparejo más práctico es el de "sckooner". La nueva nave, que su dueño bautizó con el nombre de "Ricardo Orchard", en homenaje a la memoria de su señor padre, fué aparejada de sckooner, lo que le ha permitido con frecuencia aprovechar los vientos reinantes y realizar la travesía de Valparaíso a Antofagasta con sus fuegos apagados, a una velocidad de 8 a 9 millas por hora, lo cual constituye una gran economía de combustible.

Una vez que el buque estuvo a flote y aparejado, hizo su primera travesía, a vela, de Constitución a Valparaíso.

El velamen y aparejo fué fabricado en Chile, por operarios chilenos.

La máquina fué construída en Valparaíso, por la Fundición de Juan Fernández. Las principales características son: 150 HP., presión 120 libras por pulgada cuadragada. Una vez montada la máquina, se hicieron las pruebas oficiales, en las que el "Ricardo Orchard" alcanzó una velocidad de ocho millas por hora.



En esta fotografía se puede apreciar el tamaño de la nave, comparándola con otras embarcaciones más pequeñas que están sobre las gradas del astillero de Constitución.

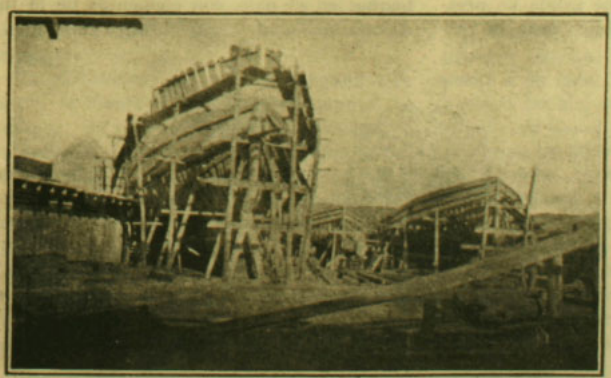
Para generar el vapor, se instaló un caldero de los del tipo "ordinario de marina", tubular, con llama de retorno.

El cabrestante y los winches para la carga y descarga fueron construidos en Chile, por obreros chilenos, en la maestranza de Caleta Abarca, Valparaíso.

La hélice de bronce fué calculada y proyectada por el señor Orchard, y fundida en Valparaíso.

Ya hemos visto cómo es posible construir un buque en el país. Lo difícil es encontrar la persona que tenga la capacidad suficiente para dirigir la obra, que conozca con precisión cada detalle, que trabaje con empeño por obtener del conjunto el mayor rendimiento con la mayor economía.

Cuando se proyectó el "Ricardo Orchard", se pensó en colocarle un motor auxiliar de combustión interna; pero luego después se vió que era imposible conseguirlo, por cuanto la

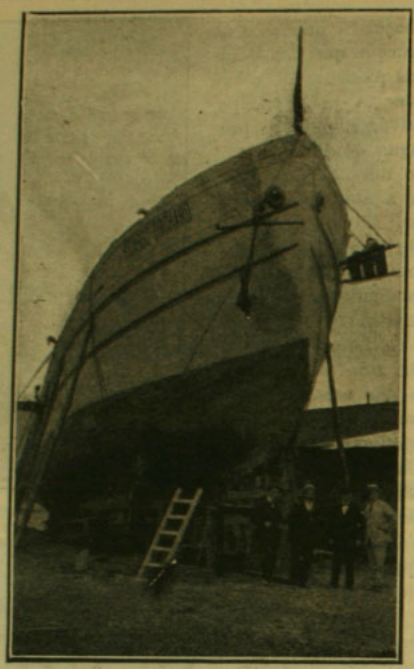


El "Ricardo Orchard" en las gradas del astillero.

guerra obstaculizaba la exportación en países productores. Y la práctica ha dejado establecido que en este género de buques es más económico y práctico el motor a vapor, pues, primero: el personal de máquinas de nuestra marina mercante está ya habituado al manejo de máquinas de vapor, y para usar motores de combustión interna es necesario procurarse personal especialista; además, la gasolina y el petróleo son muy caros y hay necesidad de hacerlas venir del extranjero. En cambio el carbón se produce en abundancia en el país y es más barato.

En la actualidad, el "Ricardo Orchard" lleva navegadas más de 6.000 millas en la línea establecida entre Valparaíso y Antofagasta. Como la crisis de fletes apremia cada día más, los buques de este tipo hacen sus navegaciones repletos de carga, lo que equivale a asegurar una utilidad fabulosa, si se compara con el capital invertido.

Preguntamos ahora, ¿qué ayuda ha prestado el Gobierno o el público para la realización de esta obra? Ninguna! Un ciudadano chileno se propuso hacer una obra de patriotismo fomentando la marina mercante nacional y un buen negocio construyendo una nave productiva, y así lo hizo con su solo esfuerzo y su propio capital, con la colaboración de diversos industriales que contribuyeron al éxito de la obra.



El "Ricardo Orchard" listo para ser lanzado al mar, sobre las gradas del astillero. Aquí se ven muy bien las hermosas líneas del casco y la corrección con que se ha colocado el forro de cobre. Debajo del ancla se ve, colgando de una cinta, la botella de champagne con que fué bautizado el buque al ser lanzado al agua.

El joven ingeniero mecánico de quien tratamos, con poco menos de un año de trabajo ha hecho más que nuestros legisladores, más que la Liga Marítima, más que la prensa y más que el Gobierno: mientras en el Congreso se discutía, en la Liga Marítima se formulaban proyectos de leyes, en la prensa se escribían infinitos artículos en pro y en contra de la contribución al tonelaje, etc., y en el Gobierno se pedían informes a diversos funcionarios para estudiar el fomento a la Marina Mercante, don Ricardo Orchard realizó lo único práctico que se podía hacer: construir buques en el país, con elementos de la industria nacional y con obreros chilenos...

Un aspecto de la entrada

Una mañana en la Vega Central

Con ilustraciones fotográficas

La Vega, como el Matadero y otros grandes establecimientos, es una de las típicas y características manifestaciones de la vida popular santiaguina y, al mismo tiempo, uno de los más ricos veneros de trabajo.

En ella, quizás más que en ninguna otra parte, se siente el aliento y el empuje del trabajo. Aquel que conozca el encanto de su bullicio, la algarabía de su animación, la variedad y la profusión de los tipos que pululan por sus callejas, puede estar seguro de conocer algo o mucho de nuestras costumbres y nuestras actividades. Es enorme la variedad de los caracteres, de perfiles, de detalles, de sensaciones que se ven y se sienten en su ambiente popular, caldeado por la fiebre del trabajo.

¿Quién, en medio de la sana y fresca alegría de su ambiente, entre el flujo y reflujo de ese mar de compradores y vendedores, perdido entre el pasar y volver de los vehículos de carga, ahogado entre la gritería de los pregones no ha sentido pasar a su lado toda el alma bulliciosa de nuestro pueblo, la fuerza de la raza y el aliento de sus hombres?

¿Quién no conoce la Vega? Es un verdadero paseo. Hermoso ejemplo de actividad, de energía y de trabajo, es el que nos da con su bullicio, su desorden y su grandeza de colmena humana. Para el que nunca entró en ese infierno, para que el que no conoce de Santiago más que sus plazas, sus iglesias y sus teatros, para el retraído y el misantrópo, es un verda-

dero deslumbramiento de grandeza y un ejemplo de constancia el que le proporciona la Vega con sus callejuelas llenas de febril tesón, de trabajo, obstruídas con canastos de verduras, rebosantes de hombres—que parecen estar poseídos de un vértigo de locura,—llenas de caballos, de carretelas y de carretas.

Allí nadie está inmóvil ni callado; todos gritan y se mueven. Este ofrece, aquel regatea, el otro corre y los gritos de llamada, de advertencia, de ofrecimiento, los insultos y las contestaciones repercuten sonoramente en el techo de zinc. Hay algunos que miran febrilmente a todas partes, algo buscan con la mirada, siguen a alguien con los ojos. Dan ganas de detener a uno y decirle o gritarle, para que se calme:

—¡Qué tiene, hombre! ¿Se le ha perdido algo?

Pero nadie se detiene. Se habla a gritos. Se insulta. Se contesta. Se ofrece o se compra. Nadie tiene tiempo para conversar.

Sus patios amplios y ventilados, llenos de sol y de aire, donde se elevan montañas de verduras, que Santiago engullirá glotonamente, son un hervidero de brazos que se agitan, de cabezas que se mueven para todas partes, de piernas que corren, de cuerpos que van de un lado para otro.

Allí, junto a pequeños cerros de verduras, ponen su mancha amarilla las naranjas y los nísperos y detrás de una verdadera trinchera hecha de cebollas, zanahorias, espárragos, alcachofas, porotos — todo un mar de verdura—se alzan torres de frutas, de zapallos y de papas.

Por sus callejas circundan, corriendo o andando, los compradores, los cargadores, los vendedores, los ociosos y los activos, mujeres frescas como lechugas o arrugadas como zapallos, francesas, españolas hasta turquitas de ojos negros con toda la nostalgia de Stambul o de Pera. Es todo un mundo extraño y heterogéneo el que se ha reunido allí para gritar, comprar, gruñir, regatear y refunfuñar.

Caballos con árguenas vacías o llenas, bueyes que tiran de enormes carretas que rechinan y crujen bajo el peso de la carga, vacas con terneritos—fortuna y orgullo de algún veguino—y perros que hus-

Un rincón de la Vega

El rincón del desayuno

mean la pitanza diaria, ponen también su nota, pintorescamente animal, de actividad y de energía.

En sus patios, en sus callejuelas y en sus rincones, varias razas viven en paz, unidas por el trabajo. Turcos echados de su tierra por las revoluciones o por el hambre, han encontrado ahí su rincón donde trabajar tranquilamente; españoles, con todo el ardor y el entusiasmo de la sangre ibérica, han enterrado en sus patios sus sueños de grandeza, aquel dorado sueño del volver al villorrillo andaluz o manchego con la bolsa bien provista; italianos, llenos de fuerza y de energía, han instalado en sus callejas, junto con sus negocios, sus nostalgias de Nápoles la luminosa o Venecia la Serenísima. Y por sobre este simpático internacionalismo, la raza chilena se desborda, exuberante. Cargadores macizos, anchos de espaldas y prominentes de pecho, de pies anchos y cabezas toscas—donde el cabello denuncia el origen de la raza—vendedores que gritan y ofrecen con toda la gracia chispeante y sabrosa de un charlatán andaluz o madrileño; huasos toscos de manta y de chupalla, calzando ojotas o zapato de tacón alto, que traen de lejanos pueblos las carretas cargadas de verduras que huelen a tierra y a agua; rotos, verdaderos representantes de este simpático y respetable vocablo, sucios, destrozados y fuertes; veguinos, poseedores de dos o tres puestos de venta, gordos, mofletudos, vestidos con el característico vestón corto—que parece un chaleco con mangas— pantalón ancho arriba y angosto abajo, sombrero echado hacia atrás y colocado de cualquier manera y pañuelo de seda negra que le da una bizarra vuelta alrededor del pescuezo negro y robusto; todos estos tipos genuinamente chilenos se unen a otros tipos extranjeros, formando una curiosa amalgama de perfiles y líneas.

Hay, además, vendedores de la sabrosa harina tostada, hallulleros, moteros— que llevan sobre la cabeza un endiablado edificio hecho de tazas, tarros, chuico y canasto—, pequeneros vestidos coquetonamente con delantal blanco y que equilibran en la cabeza un fabuloso andamio formado por un cajón, brasero, papeles y pequenes —y, después de todo esto, mujeres vendedoras de flores, de santos, de huevos frescos y de pan amasado.

Curioso mundo de caras y cuerpos, de líneas y de formas, bullicio, animación, actividad, aliento y trabajo es la vega, ese rumoreante y sonoro hormiguero humano.

La Vega en el verano

La Vega, en el verano, alcanza su máximo de trabajo y de actividad. Bajo el sol de Enero, todo bulle y se mueve, grita y canta, contagiado por el ardor del sol. Entonces es cuando hay que ver esa colmena.

Los patios rebosan de gente. En las callejuelas, la fruta fresca y sabrosa se alza en parapetos de frescura; sandias relucientes, prometedoras de dulzura, hinchadas de una pulpa que se deshace en la boca y corre, hecha jugo, por las comisuras de los labios; melones amarillos y obscuros, abiertos de maduros por un boquete que deja ver la carne blanca y azucarada; duraznos de todas clases y de todos colores y sabores, con la piel arrugada por la madurez de la carne; y plátanos y esto y lo otro, en fin, un río de fruta.

El que, huyendo de los calores de la calle, entra en la vega, olvídase, al ver este ofrecimiento de refresco, de su situación social, de su pena y de su cansancio. Sentado sobre un cajón, con un pañuelo al cuello, sin sombrero, con las piernas abiertas y entre éstas el abismo rojo y dulce de un corazón de sandía—donde el cuchillo irá cavando despiadadamente—el hombre más serio vuélvese un niño que se chupará los dedos, y al cual se le puede hacer cualquier broma pesada menos la de quitarle la sandía.

¿Quién no ha visitado la vega en ese tiempo? ¿Quién no se ha sentido contagiado por esa frescura y esa alegría? ¿A quién, delante de esa animación, no le han dado deseos de correr y de gritar? ¿Quién, siendo niño, en el verano, poseedor de dos modestas chauchas, en medio de una cimarra, no ha ido a la vega a regalarse el paladar y la garganta, con una sandía de a veinte, una taza de mote con huesillos o un medio ciento de duraznos?

Los tristes y los silenciosos, los apartados y los retraídos, deberían ir a la vega a empaparse de la alegría de su ambiente y de la fuerza de sus hombres.

El amanecer

En la Vega, el trabajo, en este tiempo, principia a las tres y media de la madrugada. Antes de esa hora ella duerme tranquilamente. Nadie creería, viendo su inmovilidad, que momentos más tarde se transformará en un hormiguero humano. Desde afuera se divisan, silenciosos y dormidos, sus callejones llenos de sacos, de canastos y de cajones.

A las tres empiezan a llegar los vehículos cargados. Carretas anchas, con tirantes de cordeles, verdaderas torres de legumbres, tiradas por dos yuntas de bueyes a los cuales, el carretero—medio dormido—anima con la picana y con los gritos; carretelas repletas de sacos de verdura y caballos con árguenas y carretones llenos de frutas y de hortalizas, empiezan a alinearse en la calle, frente al portón de entrada.

Llegan los cargadores, medio dormidos o con el cuerpo malo, con la cabeza cubierta con una capucha hecha de un saco harinero; los dueños de puestos, arrebujados en sus vistosas mantas de Castilla; vendedores, atorrantes, expendedores de café, viejitos y viejitas con canastos de huevos, se agrupan, esperando la hora de entrada.

Un guardia municipal abre la puerta. Empieza la entrada de hombres y de vehículos. Aquellos entran silenciosos y apurados; éstos ruedan sonoramente sobre el empedrado, chocando entre sí, con el apresuramiento de entrar. Los bueyes, ante la amenaza de la picana, hinchan, bajo la piel, los músculos, haciendo rodar las pesadas carretas campesinas, y los caballos, excitados por el látigo, hincando las uñas en los adoquines, arrancan con las carretelas repletas.

La vega comenza a cobrar animación. Los gritos se suceden, turbando el silencio del amanecer. En la puerta un guardia cobra la entrada. La tarifa está fijada con con los siguientes precios:

Carretas grandes con dos yuntas.	$ 1.60
Carretones cargados.	0.60
Carretelas id.	0.60
Argueneros.	0.40
Carretones vacíos.	0.20
Carretelas vacías.	0.20

Empieza la descarga. Cada carga tiene

su sitio para descargarse. Los porotos en una parte, las papas en otra, la fruta en otra, y así respectivamente.

Los acarreadores transportan sobre los hombros los sacos llenos de verduras y los canastos o cajones con fruta. Es un trabajo rápido. Como la pasada es angosta y no hay más que una puerta de entrada, debe procurarse descargar rápidamente para dejar pasar a los carretones que esperan. Un guarda dirige la operación.

de muy lejos, en un viaje de dos o tres días; vienen con los bueyes cansados y sedientos. Los carreteros traen camas hechas de pellones, de sacos y de frazadas. Cada uno de ellos trae, como ayudante, a un muchacho.

Interrogamos a uno.

—¿De dónde viene usted?

—De Curacaví, patrón.

—¿Tan lejos?

—Sí, pues, señor; lejazo está.

Las verduras y las cocineras

—¡Apurarse; arriba, niñitos!—grita un viejito bullicioso.

Y los carreteros, tirando de las largas tiras de cuero trenzado, desamarran la carga. Pasan los cargadores llevando sobre los hombros dos o tres sacos llenos. Algunas veces un saco se abre y un reguero de porotos o de otra verdura cae al suelo; nadie se preocupa de recoger nada; viejitas, salidas de no se sabe dónde, recogen este inesperado regalo, que luego venden por cuenta propia, asegurando que les cuesta un ojo de la cara. Cada carga viene destinada a un dueño o a un rendidor de éste. Hay carretas que vienen

—¿Mucho trabajo?

—Sí. ¡Qué le vamos a hacer!

Y siguen tirando de las largas tiras de cuero trenzado.

Los chiquillos, que a lo mejor vienen durmiendo, abren, al oir los gritos, los ojos adormilados.

—¡Levántate, Juan! grita el carretelero.

—¿Qué hay?— pregunta el muchacho, sorprendido.

—Que ya llegamos.

El niño, extrañado de ese inusitado movimiento, mira atentadamente a todas partes; luego, cansado, inclina la cabeza, pensando que no hay ninguna razón que

le impida seguir durmiendo tranquilamente. Pero, poco a poco, la carga comienza a disminuir y el muchacho, con dolor de su corazón, tiene que abandonar la blandura de la cama de pellones y de frazadas.

Pasa la carreta. Luego avanza una carretela. Se la descarga. Y van pasando, vacías, a un patio destinado para ellas o, dando una vuelta, salen por la puerta de salida...

Informaciones generales

La vega tiene de extensión como una cuadra cuadrada. Consta, además, de sus innumerables callejas, de cinco grandes patios. Cada uno de ellos está destinado a una sección especial. De este modo, el público tiene más comodidad para hacer sus compras. En un patio están los puestos de carne, de pescado y de papas; en otro las coliflores, choclos y repollos; en otro las cebollas; en otro las frutas y las hortalizas y en otro las sandías. Este patio sirve también como corral para guardar los animales y los vehículos descargados.

Además de esto, en las callejuelas hay puestos de carne, de pescado, cafeterías, cocinerías, puestos donde se venden platos y ollas de greda, pequeños almacenes y tiendas de flores, empanadas y otras especies.

Cada uno de estos puestos o ventas paga un arriendo diario. El precio corriente es el de un peso.

Con la venta de las diferentes especies, con la explotación del trabajo, con el servicio de los empleados, cargadores, pequeños venteros y demás, se mantienen de tres a cuatro mil familias. Los puesteros, los vendedores, los rendidores, los cargadores, los carreteros, los empleados, los mozos; los dueños de pequeñas fruterías y verdulerías, toda esta gente vive del trabajo que proporciona la vega. Si ella se cerrara por contrariedades políticas o rivalidades de los mismos comerciantes, quedarían en la orfandad cerca o más de siete mil personas.

A las siete de la mañana

A las siete de la mañana, la vega está en todo el apogeo del trabajo de venta y compra. Este dura hasta las nueve.

Por las puertas entra y sale un verdadero río de personas, de animales y de vehículos. Mujeres con canastos, acompañadas de una sirviente o de un mozo; cargadores que llevan hasta el tranvía o el coche un canasto o un saco, demasiado pesado para las manos de una simpática morenita; muchachos con viandas; ociosos que van tras la esperanza de un trabajo repentino; puesteros que van a rendir cuentas o a poner en orden sus ventas; compradores, dueños de cocinerías o verdulerías; curiosos que siguen a una sirviente, con la halagadora esperanza de un diario pololeo; trasnochadores que vienen a comer fruta o a tomar café; carretelas vacías que ruedan saltando sobre el empedrado; carretas ya descargadas, que inician, cansadamente, su regreso al lejano pueblo; caballos con las árguenas vacías; y chiquillos y chiquillas, y viejos y viejas, salen en larga procesión por sus puertas.

Desde afuera se siente el rumoreo y el bullicio del trabajo. Los gritos de los vendedores, los chillidos de los chiquillos vagabundos, los llamados que golpean en el techo de zinc, las voces de oferta, todo esto forma un inacabable griterío.

En las puertas la gente se amontona, los grupos se abultan o se disuelven y la gente discurre, mientras corre o anda, sobre los precios, lo comprado o lo vendido.

Los delantales blancos de las sirvientes, la nota blanca o rosa de los puestos de flores, el tono verde de las legumbres, las mantas de castilla de los veguinos ricos, los trajes negros de algunas inglesas serias y la mancha obscura de los techos, de los vehículos y de los animales, forman un brillante y chillón conjunto de colores.

Se oyen diálogos cortados, palabras sueltas, comentarios risueños o serios, voces de impaciencia, piropos de donjuanes populares, contestaciones rápidas y reproches ligeros.

Al entrar ya no se es dueño de uno mismo. La multitud nos empuja, nos lleva, nos trae, nos hace andar ligero, despacio, nos detiene, nos habla, nos ofrece, nos grita, nos insulta y nos llama cariñosamente:

—Aquí, patrón, está lo bueno!

Y nos aturdimos, nos perdemos en medio de este movimiento y griterío.

Aspecto de un galpón

Este ofrece; el comprador mira, dudando; luego se escucha un diálogo:

—¿A cuánto?

—¡A cuarenta!

—Treinta le doy y me llevo tres kilos!

—Ya está, patrón.

Y asunto concluído.

LOS PATIOS

El primero

Sigamos andando. El primer patio se extiende, amplio, hacia adentro. A ambos lados se trabaja. El sol resbala por el techo de zinc y cae sobre el empedrado haciendo resaltar los colores de las cosas.

A un lado hay puestos de carnicería Cuelgan los corderos y los trozos de carne, goteando sangre. La gente regatea, compra o se va, buscando una mejor proposición. Al otro lado hay carretas vacías, con las varas levantadas hacia arriba. Y entre las carretas hay ventas de papas. En el suelo hay sacos extendidos y sobre ellos pequeñas pilas de papas. Hay de todas clases; cazuela, nuevas, domas, una variedad increíble. Las venteras, arrodilladas frente a los sacos, ofrecen. Pasan los compradores. Ellas ensayan su mejor voz y su más seductora sonrisa. Y ofrecen:

—¡Aquí, patroncito!

El patroncito pasa de largo y le sigue un gruñido de disgusto. Una señora se detiene. Hay un diálogo, corto o largo, según la compradora. Después de éste la ventera coge una medida, la llena, la señora abre el canasto y un chorro de papas golpea en el fondo. Paga y se va. Buena venta y mejor compra. Y siguen gritando y comentando:

—Hoy la papa estuvo a treinta y dos

Y vuelven a gritar. Nueva compradora y nueva venta.

Mientras tanto del segundo patio llegan los gritos de los vendedores.

Segundo patio

Entre el primero y el segundo patio hay un amplio pasadizo. A un lado hay un almacén y al otro un puesto de carne y de verdura. Pasado el pasadizo empieza el segundo patio. Este es más amplio que el primero. Aquí a la izquierda, está el lugar destinado a la venta de los porotos. Estos se amontonan en sacos o se despa-

rraman en grandes pilas sobre tablas o sacos abiertos.

Aquí la gente se detiene y mira las pilas, toca los porotos, los toma, los abre, los masca, los compra o se va, seguida de los gruñidos de los vendedores:

—Casi se comió un kilo de porotos y no compró ni uno!

—Pucha el gallo cicatero!

Y otros gritan:

—¡Si hay! ¡Si hay! Aquí está lo bueno!

Y ofrecen, a la vista de los compradores, puñados de porotos verdes y frescos.

Mientras tanto, un carretón cargado pasa haciendo estremecer el pavimento.

Al otro lado hay un puesto de carne de chancho. Los carniceros hacen correr las cuchillas sobre los astiles y gritan:

—Aquí están los perniles, patrón!

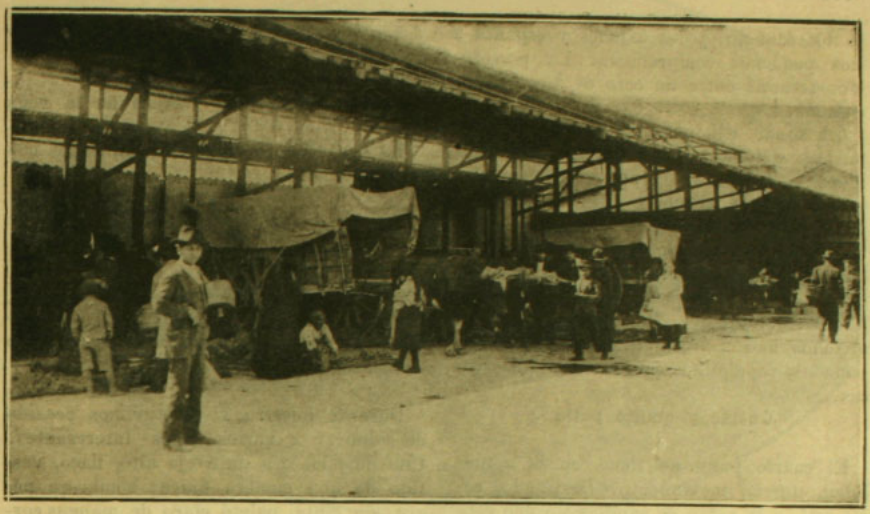
—A comprar las buenas chuletas!

Frente al puesto de carne, en pequeñas mesitas, se amontonan los pescados. En estas ventas se encuentran las chiquillas más bonitas de la vega. Ofrecen, con voz aflautada o melodiosa, los congrios colorados, las corbinas, los pejerreyes, las machas, los choros y otras clases de mariscos y de pescado. La gente pasa entre las mesitas, mirándolo todo, olisqueando, tocando o adivinando con la vista la frescura de lo ofrecido. A veces en las mesas hay lavatorios llenos de agua y en ellos varios peces chiquititos, de todos colores, llaman la atención de los compradores. Estos se detienen, miran y las chiquillas aprovechan este instante para gritar fuerte.

Más allá empiezan las ventas de frutas y alcachofas. Nísperos, naranjas, plátanos, frutillas y otras especies de frutas.

Aquí se abre una calle que da al portón de salida. Al fondo hay una cafetería. Humean en los braseros enormes cafeteras, llenas de caliente y sabroso café. La gente se detiene, tentada. Las chiquillas echan, en grandes rebanadas de pan, mantequilla. Los tentados piden. Una enorme taza de café, con pan solo, vale veinte centavos y con pan con mantequilla, cuarenta. Más acá de la cafetería, siguiendo la mano izquierda, empiezan los puestos de frutas y hortalizas. En cajones o en canastos, en cestos o en sacos abiertos, la fruta se ofrece. Aquí los gritos son más sonoros y las exclamaciones más fuertes. Los compradores y los curiosos se detienen, abren los ojos y aspiran en el aire el agradable olor de la fruta nueva.

Vendedores y compradoras



El galpón de las carretas

Hay alcachofas, zanahorias, rábanos y repollos.

Viejitas con manto, sirvientas que lucen vistosos delantales, atorrantes que miran asustados los montones de frutas, cargadores que pasan con sacos o canastos, chiquillos vagabundos que espían los descuidos de los vendedores, pasan hablando o gritando junto a las ventas.

Al otro lado hay puestos de frutas. Enormes montones de verduras alternan con los canastos de frutas. En tablados provisorios se amontonan los productos de venta y los vendedores, subidos en ellos, gritan sonoramente o conversan, de tablado a tablado, sobre la venta, comentan la marcial apostura de alguna simpática sirvientita, retan a los vagabundos o espantan a los perros que parecen tener gran afición a la fruta.

Tercer patio

El tercer patio tiene muy poco movimiento. Al lado derecho, entrando por el segundo, es el sitio destinado a carretones vacíos que esperan un momento la salida. En él también se verifican los remates; costumbre muy curiosa hecha ya oficial en las costumbres de la vega. Cuando una carga no encuentra comprador, o llega después de haberse fijado los precios, se remata. El martillero, que no es propiamente tal sino una persona a quien, por tradición, se le da este nombre, remata la carga. Reunidos varios interesados, el martillero pide un precio, uno lo da, otro lo baja o lo sube y cuando se ha fijado un término medio la carga se entrega a un comprador o se reparte entre varios. Esta costumbre es respetada y todos acatan sin protesta el resultado del remate.

A la entrada hay carretones con naranjas y otras frutas. Como está algo apartado de los demás patios, la gente acude menos, pero no por eso la bulla disminuye. Como están más lejos tienen que gritar más fuerte. Dando la vuelta a la mano derecha hay dos o tres puestos de cebollas y más adelante hay un corredor de carnicerías de primera, segunda y tercera clase. Frente a las carnicerías hay ventas de verduras. Aquí en este patio, varias vacas con terneros—fortuna humilde de algún veguino — ramonean tranquilamente. A veces se extralimitan en sus derechos y entonces el dueño o un chiquillo tiran furiosamente de cuerdas que llevan en el pescuezo y se arma una terrible batahola. La vaca no quiere retirarse, se afirma con las patas en las piedras y no hay nadie que las mueva. Cuando la vaca ha sido dominada resulta que el ternero se ha escabullido y empieza una feroz persecución detrás del arisco animalito, que se mete entre las ventas, da vuel-

ta los canastos y los cajones y espanta a los pequeños compradores. La persecución termina entre un coro de alegres carcajadas.

Al fondo del patio se encuentran las oficinas del cajero, del gerente, del contador y la oficina del administrador, instaladas en un segundo piso. A la bajada vuelven los puestos de cebollas y dando una vuelta encuéntranse las ventas de flores y los pequeños almacenes y tiendas. También hay pequeñas ventas de golosinas. Viejitas, a las cuales se les ha olvidado morir, viven de la venta de empanadas, sopaipillas, picarones y otras cosas.

Cuarto y quinto patio

El cuarto patio no tiene, en la actualidad, ningún movimiento. Destinado, como está, a la venta de sandías y como esta fruta aparece más tarde, no hay en él ninguna actividad. En el verano es el más concurrido. Es un poco viejo y algo sucio. Ahora sólo sirve para guardar las yuntas de bueyes de las carretas y algunos vehículos descargados. A un lado hay pequeños puestos donde se vende cebolla. Y nada más.

El último patio tiene más animación. Al lado derecho hay cocinerías que no parecen prosperar mucho. Los dueños pasan sentados, aburridos, esperando que a alguien le dé hambre para poder vender alguna cosa.

Al lado izquierdo cambia el aspecto; hay más animación; aquí se venden las lechugas. Las vendedoras tienen fama de ser más simpáticas que todas las demás y por este motivo los compradores prefieren este lugar a pesar de que las muchachas no parecen aficionadas a flirtear. Ante una proposición de venta no hay quien se resista; hasta nosotros que no tenemos nada que comprar nos dan ganas de adquirir un lote de lechugas. Entre un regateo y una protesta se desliza una galantería pueblera:

—No las puedo dar más baratas!

—En cambio yo se las daría gratis!

—Usted será rico.

—No tan rica como usted.

Y ella hace un mohín de desagrado y él uno de triunfo.

En las orillas hay grandes montones de canastos que, llegado el verano, desbordarán de racimos de uva blanca, negra o rosada.

Otras informaciones.— Tipos de la vega

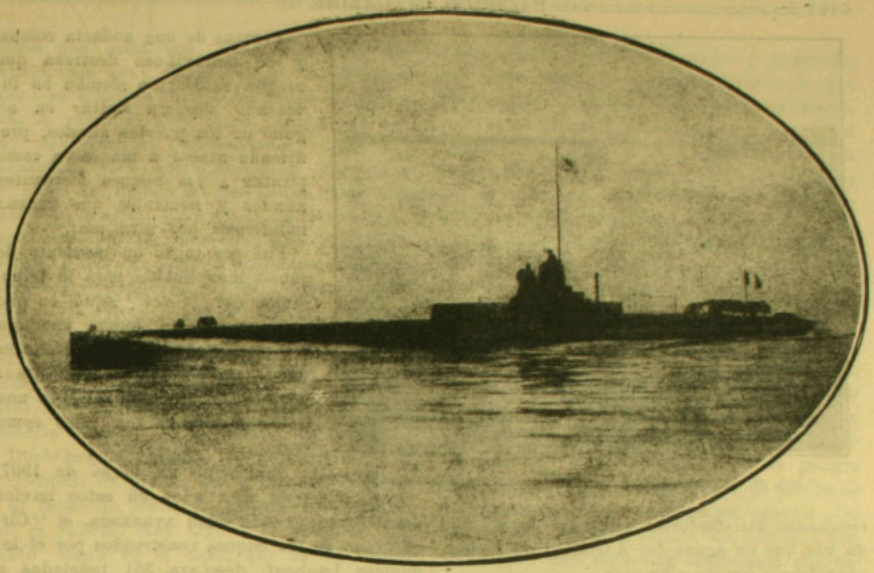
La vega cuenta entre sus empleados con los siguientes:

Administrador.
Gerente.
Cajero.
Contador.
Varios guardianes y porteros y un mayordomo que tiene a sus órdenes a siete empleados.

Durante nuestra visita tuvimos ocasión de admirar a varios tipos interesantes. Uno de ellos era un viejo alto, flaco, vestido de una manera única: sombrero negro, sin cinta, paletó claro de mangas cortas. Enfeaba este vestuario un pantalón hecho de dos: la parte de arriba estaba formada por un pantalón claro que llegaba hasta un poco más abajo de la rodilla; de ahí para abajo, como el de arriba era corto, se le añadió otro pedazo de pantalón de diferente color. El poseedor de esta extraña vestimenta se lleva largas horas parado entre un patio u otro. ¿Qué esperará? ¡Quizás! Tal vez espere el pedazo de pantalón que le falta.

Otro era un tipo horriblemente feo, de grandes bigotes, con un solo brazo, vestido rotosamente. La única alegría de este pobre feo es la de fumar. Cuando logra que un amigo afortunado le convide un cigarro, se para en la salida de un callejón, lo prende, adopta una elegante postura de conquistador y fuma, con una facha de acaudalado veguino, su cigarro. Cada chupada es un verdarero acontecimiento. Aspira el humo con toda delicadeza, lo tiene un rato en la boca y luego lo echa, por pequeñas volutas, haciéndolo pasar por entre sus largos bigotes. Concluído de arrojarlo, escupe, por entre los dientes, elegantemente, como podría hacerlo un torero o un actor.

Luego un muchacho de veinte años, que representa cincuenta, un degenerado completo; un roto, un verdadero roto chileno y un señor que, vestido de levita, de sombrero de felpa, con zapatos de charol, todos destrozados, se pasea indolentemente entre el gentío.



El submarino "Circé"

UN DUELO DE SUBMARINOS

LA HAZAÑA DEL "CIRCÉ"

Por

R. Montesquieu

Con ilustraciones fotográficas

"El día 12 de Mayo, durante una excursión por el Mar Adriático, el submarino francés "Circé" torpedeó y hundió a un submarino enemigo, de grandes dimensiones". Esta noticia, publicada en todos los diarios franceses y reproducida al punto en toda la prensa extranjera, trajo a la mente de todos una cuestión que repetidas veces se ha formulado en el curso de la presente guerra:

—¿Qué es lo que hacen los submarinos franceses?

La hazaña del "Circé" va a darnos ocasión para responder debidamente a esta pregunta.

Bloqueado en sus puertos del mar Jónico por las escuadras de línea de los aliados; bloqueado por el lado occidental por las bases navales de la costa italiana, el Mar Adriático es recorrido únicamente por los submarinos aliados que se afanan por buscar en sus aguas desiertas alguna buena hazaña que realizar. En estas excursiones, tan difíciles como peligrosas, corren los submarinos franceses no pocos riesgos y dan muestras de una audacia a toda prueba. De estos peligros nadie habla, de esta audacia nadie se da cuenta porque esta serie de exploraciones, esta infinidad de horas que se pasan en sumersión son solamente conocidas por los que en ellas actúan de cerca y toman parte; el secreto es condición esencial y precisa.

No se habla de una excursión sino cuando se consigue un resultado satisfactorio, y los

Con el ojo al periscopio el observador vigila

Proezas de una audacia colosal y de maravillosa destreza que ningún submarino alemán ha intentado siquiera imitar en alguno de los puertos aliados, prefiriendo atacar a mansalva como piratas a los buques mercantes aliados y neutrales que cruzan indefensos por alta mar.

Fué por tanto un momento de júbilo inexplicable para la tripulación del "Circé" aquél en que se encontró un buque enemigo en alta mar, anhelada ocasión que les proporcionaba el Destino: y el buque era precisamente uno de esos piratas tan viles como temidos.

Submarino va viejo. de 1907, pues diez años en estos navíos constituyen ya una edad avanzada, el "Circé" uno de los buques construídos por el ingeniero Laubeuf, desplaza 351 toneladas a flote y 498 en sumersión, mide 47 metros de largo, por 4,90 de ancho y 3,10 de alto.

Funciona, a flote, por un motor de explosión; sumergido, por un motor eléctrico de acumuladores: lleva una tripulación de 25 hombres y va armado de seis tubos lanzatorpedos que lanzan proyectiles de 440 milímetros. La velocidad de este pequeño submarino es de 12 nudos en la superficie y de 8 sumergido.

El día 12 de mayo tocábale al "Circé" su turno de vigilancia y el teniente de navío De Cambourg, su comandante. partiendo de la base más próxima, había tomado, a la vista de las costas dálmatas, esa posición de sumersión, con marcha a pequeña velocidad, que permite una fácil vigilancia a escasa profundidad.

En efecto, durante las largas horas que persiste la duración del bloqueo submarino se hace preciso no derrochar rápidamente ni el aire ni la energía eléctrica, de manera que se pueda estar listo para cualquier evento; es necesario no dejarse adivinar, y por consiguiente, no ir trazando con el periscopio en el agua muchas veces tranquilas, esas dos rayas por las que se descubre la presencia de los submarinos.

Hacía horas ya que el comandante y su segundo, alternando por cuartos, vigilaban la dilatada extensión del mar y la profundidad del cielo; los hombres de la tripulación.

resultados satisfactorios son muy raros, toda vez que en aguas del Adriático no suelen encontrarse navíos alemanes.

¿Qué hacen pues los submarinos franceses? Navegar, navegar sin descanso, siempre en busca de una oportunidad que les ponga en presencia de alguna aventura.

A veces, cansados de esperar en vano algún acontecimiento, el comandante de un submarino determina, ya que no vienen a él los submarinos alemanes, salir él en busca de ellos. Y el libro de oro de la marina francesa registra hazañas como las del "Circé" que penetró hasta el fondo del puerto de Pola, bajo el mando del teniente de navío O'Byrne. a pesar de los treinta fuertes y baterías que defienden la garganta o canal del puerto, de 800 metros al principio y de 300 a continuación, por donde hay que penetrar a la bahía donde duermen tranquilos y flamantes los dreadnoughts del Austria. Enredado en un alambre, tuvo el "Curie" que subir hasta la superficie después de dos horas de tenaz lucha para desembarazarse de las redes submarinas y fué entonces capturado.

Más afortunado, el "Cugnot" logró deslizarse entre las redes de defensa que cubren los dos canales de Cattaro; llega hasta la primera ensenada, pero se ve obligado a salir perseguido a cañonazos y torpedos por tres destroyers austriacos que le van haciendo escolta arriba en la superficie a diez metros escasos de distancia, pero que por fortuna no dan en el blanco.

ciegos que nada ven, están atentos a las impresiones que comunica el observador, mientras trabajan en las máquinas o descansan. A veces el observador hace notar que hay un humo en lontananza y todos los corazones laten aceleradamente. Porque si un humo en tiempo de paz causa en el mar profunda alegría, pues es el anuncio de un encuentro con un transatlántico, en la inmensidad de las olas solitarias, en tiempo de guerra puede ser por el contrario signo de peligro, pues puede acusar la presencia de un buque enemigo; y al enemigo se le desea y busca con tanto anhelo que el solo anuncio de su posible presencia hace palpitar los corazones ante la esperanza de una victoria tanto y tanto tiempo codiciada.

Duchesne, el segundo de a bordo, está al periscopio; de pronto lanza una exclamación y al momento todos en el submarino levantan la cabeza. Hay algo a la vista. Sí, un punto negro en el cielo, que se va destacando cada vez más. Las fisonomías reflejan la impaciencia: mala pesca la de ese pájaro... porque se trata de un pájaro... de un hidravión, el peor enemigo del submarino, el gavilán que desde lo alto de las nubes escudriña con ojo avizor en las aguas transparentes del Adriático, tan transparentes y tan puras, a veces tan diáfanas y tranquilas que puede verse hasta 30 y aún 40 metros de profundidad, notando por consiguiente distintamente los sombríos contornos de un submarino sumergido, y pudiéndolo bombardear a su gusto, como sucedió con el submarino "Foucault". Contra este enemigo aéreo no hay más que una sola defensa posible; la sumersión a una profundidad tal que se haga invisible al hidroplano, pero al sumergirse a más de 40 metros, el submarino queda ciego, y el "Circé" quería ver.

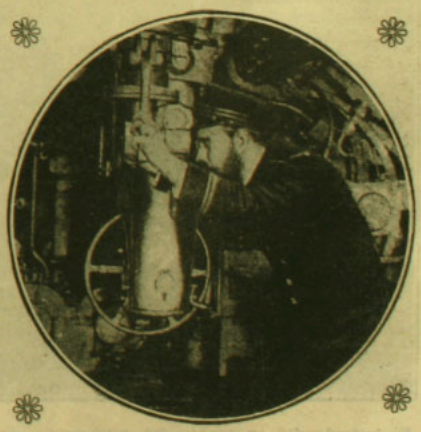
El comandante De Cambourg adquiere pronto la evidencia de que aquel hidravión es un protector de buques enemigos. En efecto, en el horizonte se dibujan bien pronto dos siluetas: un torpedero y un submarino navegan juntos escoltando el primero al segundo a fin de protegerle de algún mal encuentro hasta llegar al punto fijado para su sumersión.

¡Un submarino! Al escuchar esta palabra la tripulación, corrió por todos los pechos un movimiento de cólera. ¡Un pirata! Uno de esos bandidos del mar que torpedean cobardes y a veces los navíos indefensos, asesinan a los marinos desarmados y a pasajeros inofensivos, a cañonazo limpio, y que volviéndose, después de hundido un barco, contra las canoas de salvamento y restos del naufragio ultiman a tiros de ametralladora a los náufragos y hunden los últimos restos de esperanza de los inocentes que se aferran a la vida. Un submarino alemán, ¡Un pirata! El gozo se refleja en todos los semblantes; van a poder tomar venganza de un bandido, que cargado ya de crímenes marcha a cometer otros nuevos.

Pero la situación es sumamente comprometida: va escoltando a ese submarino un perro de presa, rápido, bien armado, que, por su agilidad, sus cañones y sus granadas especiales constituye un serio peligro. El hidravión que surca el espacio es un peligro mayor aún. Hundir al torpedero de escolta sería desde luego un buen golpe, que en otra ocasión no hubiera dejado de dar el "Circé"; pero hay algo más importante que hacer, y ya que se presenta la ocasión de tener un submarino al alcance, a este es al que hay que atacar sin compasión y con toda rapidez.

El "Circé" se prepara por tanto. A bordo toma cada cual su puesto de combate; y todos esos hombres que nada ven, pero que saben, que conocen la doble amenaza del torpedero y el hidravión, siguen con los ojos fijos en el semblante del capitán, que está atento al periscopio, las fases de las maniobras enemigas.

De Cambourg observa, sin quitar el ojo



Esperando el momento crítico

del periscopio; y sin que su voz cambie de inflexiones, manda, ordena, dispone, da órdenes y contraórdenes siguiendo los movimientos de los tres enemigos que vigilan. Su segundo, el alférez de navío Roboul, repite las órdenes y las hace ejecutar; oficiales y marineros obedecen sin decir una palabra. Quizás los corazones latan un poco más aceleradamente que de costumbre, pero nada se deja sospechar.—Dóci', evoluciona el "Circé" y se desliza por el agua tranquila, unas veces más veloz, otras más despacio, entre el suave runrun de sus motores y el fresco murmullo del agua que acaricia su casco.

Allá arriba, va acercándose el submarino alemán; en torno de él el torpedero, (un viejo navío con aspecto de abuelo y tipo de achacoso), gira y vuelve como el perro guardián de un rebaño; y por encima de él el hidravión va y viene en giros sempiternos... Un pequeño estremecimiento sacude al comandante: el hidravión parece estrechar sus círculos de evolución: ¿Habrá visto al "Circé"? Estremecimiento de cólera, porque nada importa ser visto por el avión, todo el mundo está pronto a morir en el "Circé", todos están dispuestos al supremo sacrificio; pero lo esencial es ser descubiertos **demasiado** tarde, es decir, cuando ya el "Circé" haya disparado. Nó; falsa alarma; el avión ensancha el círculo de observación y va alejándose. No ha visto nada.

En cambio, el submarino alemán va agrandándose en el periscopio por momentos. Ya está próximo. Un hermoso navío, de verdad. [illegible] y de enorme talla, un terrible adversario; detrás del kiosko está sentado un oficial, los codos en las rodillas, la cabeza entre las manos.

El torpedo dió en medio del submarino, que voló hecho astillas.

Ha llegado el momento supremo. —"¡Estribor, alto! ha ordenado De Cambourg, con voz tranquila. El "Circé" gira nuevamente sin producir un solo remolino, y cual si fuese anguila se desliza entre el torpedero de escolta y el submarino tranquilo. Los hombres tienen sus manos en las manivelas de operaciones. Es el momento culminante.

—"Atención" ordena el comandante. Después, en el silencio de a bordo, resuena esta palabra, esta palabra tan anhelada:

"¡Fuego!"

El segundo maestro torpedero, Cozie, que quiere a su torpedo y lo cuida como a un niño regalón, está pronto hace mucho tiempo: apenas ha terminado el comandante de pronunciar la palabra, parte el torpedo produciendo el sordo runrun de su hélice en movimiento.

Pasan trece segundo en un silencio de muerte. Son las 11 y 21 minutos: una explosión clara, seca, terrible, hace vibrar las planchas del "Circé" y sacude en sus bombillas las luces eléctricas.

—¿Dió? preguntó una voz ansiosa.

—Medio a medio, os lo aseguro, contestó el comandante De Cam-

bourg alegremente mientras veía reflejarse en su periscopio en lugar del submarino que navegaba tranquilo hace un momento, una enorme columna de agua, de humo, de restos informes.

Herido realmente en el medio, el pirata había saltado todo en astillas. Era la pena del Talión aplicada en su más implacable y justo rigor... Las anteriores víctimas habían sido vengadas; las futuras víctimas del monstruo quedaban a salvo... Sobre el agua enturbiada de repente llovieron infinidad de escombros...

Un grito de victoria salió de todos los pechos, pero, en el mismo momento, sacudió al "Circé" una espantosa explosión, haciéndole temblar de punta a punta... Era una bomba... El hidravión se precipitaba desde las nubes y se disponía al ataque.

Inmediatamente dió el capitán orden de sumergirse, y a toda velocidad hundióse el "Circé" buscando el fondo protector para esquivar los furores del hidravión.

El "Circé" se sumerge rápido... demasiado rápido... tan rápido que parece hundirse. ¿Qué sucede? A una orden se ponen las barras en disposición de ascender; los motores antes a toda velocidad, vuelven a 1.000 amperes. El "Circé" desciende siempre... sigue bajando... toma una posición rara, se ladea como si hubiese algo que le apastase. Y sin embargo no se ve avería ninguna, ni el buque hace agua. ¿Y entonces? De pronto da el "Circé" un salto descomunal, vuelve a su posición horizontal, sube como un corcho y a una voz de mando, vuelve a sumergirse, dueño ya de maniobrar a su antojo, y se desliza a toda velocidad entre dos aguas. Era un enorme trozo del casco del submarino alemán, que lanzado a lo lejos por la explosión, había venido precisamente a caer sobre el submarino francés, adhiriéndose a él y arrastrándole hasta el fondo, con su enorme peso, hasta que los desesperados esfuerzos de la maniobra dejaron por fin libre al vencedor...

Momentos trágicos durante los cuales el segundo Reboul expresó el común pensar de todos con estas sencillas palabras de una emoción infinita: Puede hundirse el "Circé", bien pagado está.

Sí, bien pagado, pues su proeza ha sido soberbia; pero en vano exploran la mar el torpedero y el avión, y en vano lanzan sus bombas y torpedos. El "Circé" corre a toda velocidad; llega hasta la base donde conocida su hazaña le espera un recibimiento triunfal... pues debe pasar por entre los cruceros, torpederos y submarinos aliados, cuyas tripulaciones formadas en fila a la banda, saludan con los hurrahs reglamentarios de ordenanza al vencedor del pirata, al submarino francés y en él a toda la marina francesa que, siempre dispuesta desde hace más de tres años al sacrificio y al heroísmo, es honra de la patria y orgullo de propios y extraños.

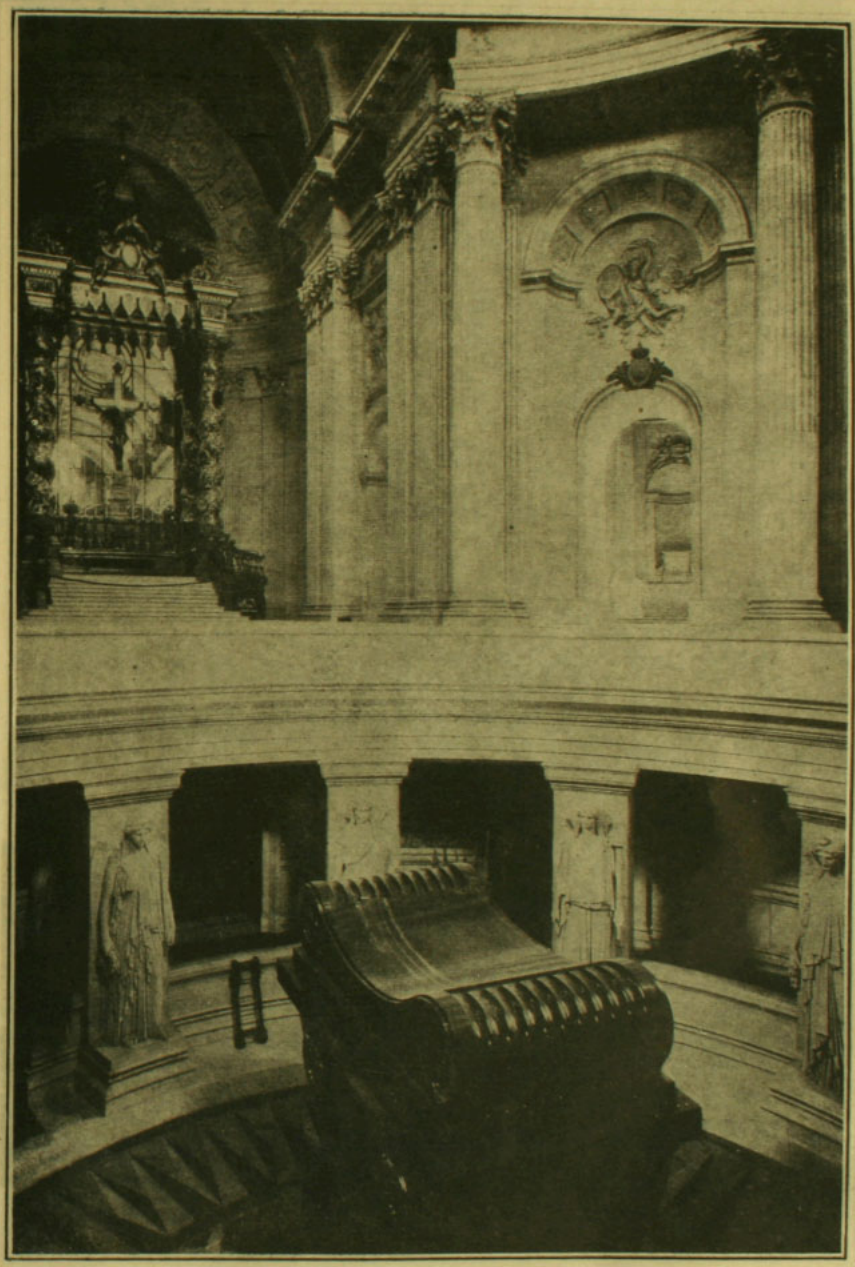
LA ETERNA FRANCIA

El país de las admirables perspectivas, lleno de riquezas históricas, sobre el cual, una vez más, tiende su fatídica sombra el fantasma de la guerra

Ilustraciones fotográficas

EL ARCO DE TRIUNFO

Es probablemente, el más conocido de los muchos hermosos monumentos de Francia de los cuales hay en París, la capital, un gran número.



"EL CORAZON DE FRANCIA"

La Tumba de Napoleón, en la Iglesia de los Inválidos en París, es el relicario del patriotismo francés. Bajo este bloque de pórfido rojo yace lo que resta del más grande genio de la raza francesa, quien demostró su carácter nacional en el arte de la guerra, en el gobierno, en la jurisprudencia, en sus procesos de lógica mental y en el ardor de su espíritu.

LA TORRE EIFFEL

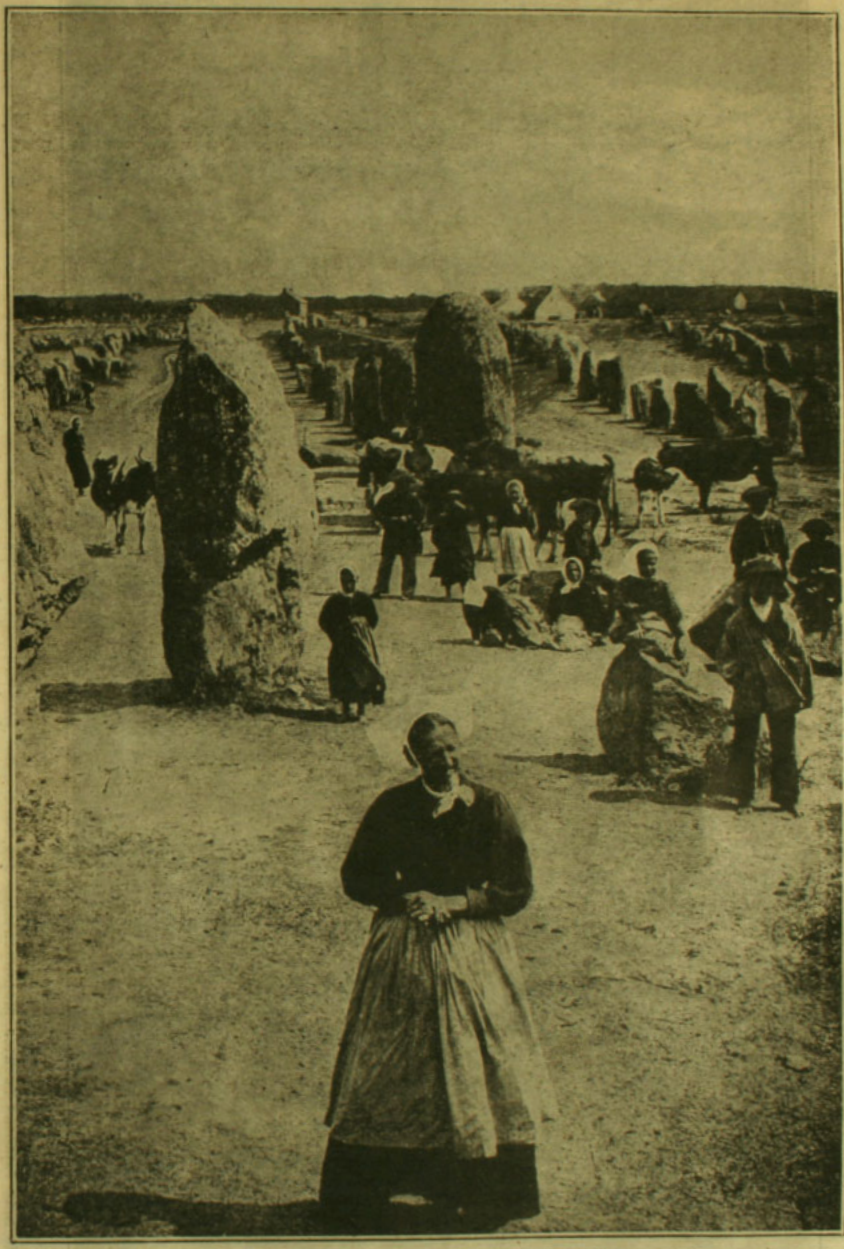
La más alta construcción del mundo. Mide 984 pies, o sea 429 pies más que el Monumento de Wáshington. Erigida en 1887-1889, es el progenitor de los modernos rascacielos y una muestra de la pericia de la ingeniería francesa. Entre sus bases puede verse el Palacio del Trocadero y el Río Sena.

SOBRE LA TUMBA DE NAPOLEON

Nave de la Iglesia de los Inválidos que se abre sobre la tumba de Napoleón, viéndose las cornisas decoradas con banderas de batallas famosas en la historia francesa.

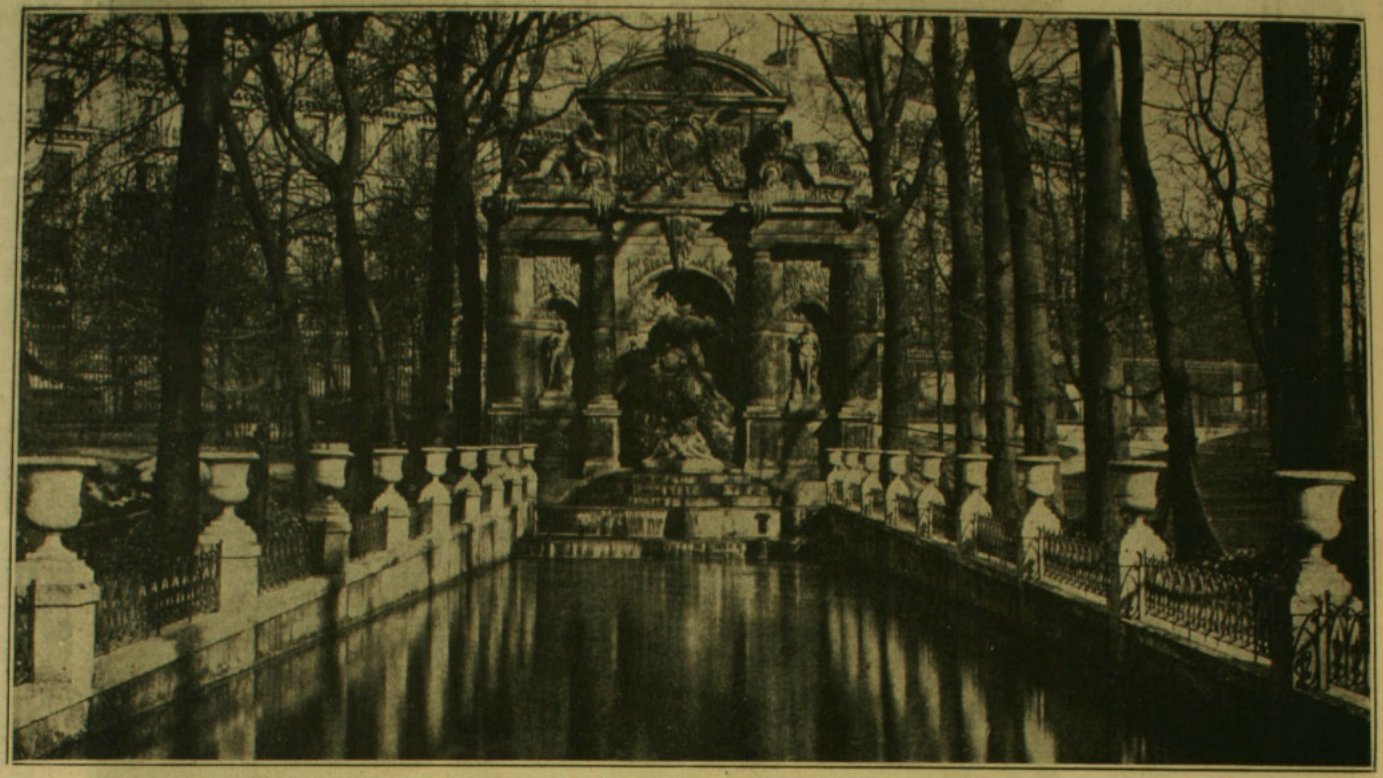
EL MONASTERIO DE LA GRAN CHARTREUSE

Desde el siglo XII, fué el local de la Casa Madre de los monjes Cartujos. El actual edificio data de 1676. Aquí fué inventado el licor, el ungüento y los extractos que llevan su nombre histórico, aunque esos productos han sido fabricados en Tarragona (España), desde la última expulsión de los monjes, hace pocos años. Hugo de Lincoln, el Santo inglés, fué monje aquí en 1181.



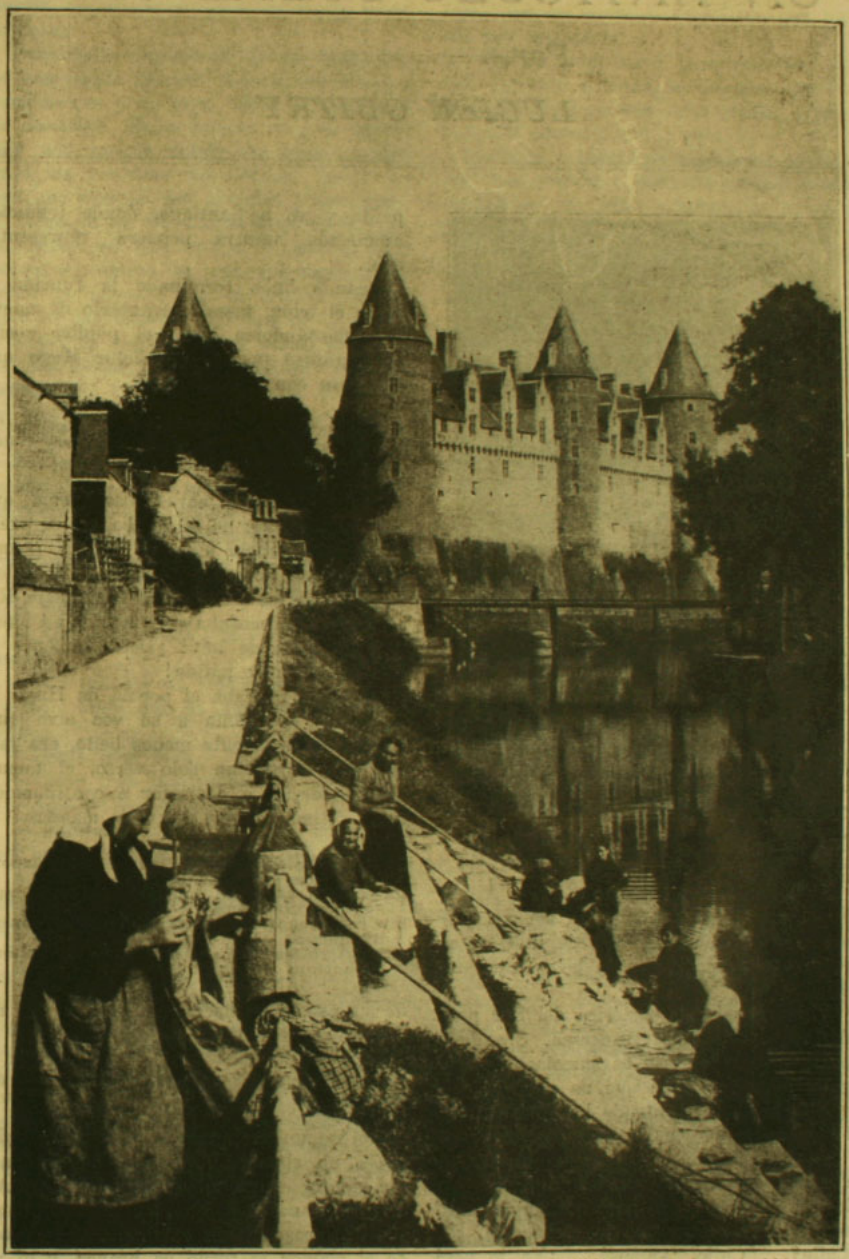
EN LA FRANCIA PREHISTÓRICA

"La Ciudad de la Muerte", en Carnac (Bretaña). Esas hileras de piedras fueron erigidas por hombres de la Edad de Piedra, para dignificar el lugar de descanso de sus camaradas muertos. Hay tres sistemas de trabajos monumentales en Carnac, consistiendo el más grande en piedras verticales en once filas, de tres mil pies de largo.



LA FUENTE DE LOS MÈDICIS

Una de las más famosas fuentes monumentales del Jardín del Luxemburgo, en París, que ha inspirado muchas construcciones similares en los parques de las ciudades americanas.



EL CASTILLO DE JOSSELIN

Un recuerdo que data del siglo XV, de la época de la Caballería francesa, cuando Juana de Arco sacó miles de caballeros armados de los cientos de fosos de sus plazas fuertes, para pelear por Francia.

UN ARTICULO SOBRE CHILE

Por LUCIEN GUITRY

El renombrado actor francés M. Lucien Guitry

El 23 de Junio llegué a Buenos Aires. En el muelle, al desembarcar, me encontré con uno de mis amigos, argentino, quien entre otras galanterías de bienvenida, me dijo:

Viene usted a la América del Sur para dar representaciones francesas. Sin duda alguna, su repertorio es sumamente escogido; con todo, creo que no está de más que lo ponga al tanto de los diversos públicos ante los cuales va a presentarse.

—Aquí—dando con el pie en el suelo—aliados. El Brasil: aliados, aliados!—Ya lo verá. Uruguay, ni para qué hablar: allí son más franceses que los franceses. ¿Y Chile?... Chile, ¡vamos!... ¡Ya lo verá usted mismo!"

* * *

De ahí a dos días llegábamos, mi compañía y yo a Santiago, donde teníamos anunciada nuestra primera representación.

Cuando hubo terminado la función y caído el telón, mandé levantarlo de nuevo y adelantándome hacia el público recité el magnífico poema de Víctor Hugo que comienza con estos versos:

O soldats de l'An II! O guerres! Epopées!
Contre les rois tirant ensemble leurs épées.
Prussiens, Autrichiens, etc.

Recitando aquel maravilloso poema, que por muchos años no estudiaba, me sorprendí de encontrarlo bien pálido. El poema cantaba las miserias, el arrojo, el valor, la gloria de los soldados de la primera República. ¡Yo pensaba de continuo en nuestros soldados de hoy! ¡Decididamente lo encontraba muy pálido!

Mientras recitaba el poema de Hugo... mi mente componía a su vez otro que, aunque infinitamente menos bello, era mucho más corto, un solo verso, el mismo que me decidí a declamar a continuación de la última estrofa del viejo maestro:

La tristesse et la peur leur étaient inconnues:
Ils eussent sans nul doute escaladé les nues
Si ces audacieux,
En retournant les yeux dans leur course olympique,
Avaient vu derriére eux la grande République
Montrant du doigt les cieux.

dí un paso más hacia adelante, y por mi cuenta agregué lleno de emoción:

Et j'affirme que ceux d'aujurd'hui les dépassent.

Notóse un gran movimiento en la sala, oyóse un clamor... que por un instante me hizo creer que mi amigo de Buenos Aires tenía razón y que mi primer poema iba de veras a morir entre siseos. De pronto el clamor se tornó en bravos, y oí un grito lanzado por la concurrencia en masa: "¡Verdún! ¡Verdún! ¡Verdún!" Esto me hizo pensar en la representación de

Servir, que tenía intención de poner cuanto antes.

Para dicha representación me hacía falta una banda militar. Necesitaba músicos competentes y en gran número. Busquélos en Santiago. En el primer acto de **Servir**, hay una escena donde las tropas pasan bajo las ventanas del Coronel Eulin. Se oye una marcha con clarines y tambores Y luego, al fin del último acto, en los momentos en que estalla la guerra y se ponen en camino los primeros regimientos, tenía yo pensado que al acabar de pronunciar las últimas palabras de la escena y antes de que cayese el telón, se tocase la Marsellesa, una Marsellesa vigorosa, arrebatada, espléndida, como la que oímos en los momentos de la movilización de Agosto de 1914.

Por más que buscaba, no encontraba banda. Y mientras tanto la fecha de la representación se acercaba.

Una señora de Santiago, al enterarse del apuro en que me encontraba, me dijo:

—¿Por qué no va usted a los talleres de San Vicente?

—¿Qué cosa son los talleres de San Vicente?

—Son talleres de huérfanos.

—Sin duda que es muy interesante... pero...

—Tocan muy bien.

—Tanto más interesante... pero...

—Aquí se les quiere mucho.

—Comprendo, pero... lo que necesito es una banda militar, completa, imponente...

—Yo creo que allí encontrará usted lo que desea. ¿Quiere usted ir a verles y oírles?

Yo seguía dudando. Pero la señora insistía con tanta amabilidad, con un deseo tal de sacarme del apuro, que acabé por aceptar la idea de tal visita.

Al día siguiente nos hallábamos en los talleres de San Vicente, que están situados al otro extremo de la ciudad, casi en las afueras. Santiago queda lejos. ¡Pues bien! Los talleres de San Vicente quedan más lejos todavía. Recibióme a la entrada el Director, un personaje alto de estatura, de arrogante figura, enérgica y dulce. Vestía la sotana y la larga esclavina negra, con el gran birrete y el alzacuello blanco de los Hermanos de las Escuelas Cristianas; portaba luenga barba de misionero. Saludóme con esa extrema corrección que tienen por costumbre.

—Es un gran honor para nosotros, señor, recibirle a usted en nuestra humilde casa. Conozco sus benévolos deseos. ¿Quiere usted permitir que le guíe?

Pasamos a través de espaciosos cobertizos, una galería y salas de estudio donde trabajaban un gran número de niños y jóvenes entre diez y veinte años, con sus semblantes hermosos, alegres, amigos. Se sonríen con nosotros y nos saludan como si nos conociésemos de toda la vida. Había carpinteros, estucadores, carroceros, etc. Se imprime allí un diario local, un día en español y otro en francés.

Continuamos, y a medida que caminábamos se me iban dando detalles acerca del establecimiento. El Hermano José, el Director—y no era él quien me daba estos informes,—acogía, recogía, educaba a niños pobres, huérfanos, necesitados, o simplemente deseosos de trabajar bajo su dirección, su patronato y su contínua benevolencia. Del día que estalló la guerra a la fecha llevaba recogidos cincuenta y tres pequeñuelos de padres que habían partido; muchos de ellos para siempre. La estrechez y la miseria son mayores allá, entre nuestros nacionales. El Hermano José ha socorrido a aquellos que no pudo recoger, dedicándoles, tengo entendido, todo lo que posee.

—¿Le es a usted menester,—me dijo,—para la representación de una de las piezas de su repertorio, una banda militar, según entiendo? Nosotros tenemos aquí una. ¿Si desea usted oirla?...

A lo cual respondí al punto:—¡Por supuesto!—bien que no del todo tranquilo aún. A una señal del Hermano, un chiquillo coge una corneta, y, después de un toque prolongado, empezaron los demás a dejar sus quehaceres, bajando por las escaleras en cuanto se hubieron uniformado.

Bajamos.

Formaban filas por los tres lados del patio interior que, por sus dimensiones al menos, recordaba la plaza de San Marcos en Florencia. Faltaba Fray Angélico, pero allí estaba el Hermano José. Eran en todo ciento y cuarenta aprendices, cuyos cuerpecitos apenas se dejaban ver por entre la barrera de enormes instrumentos perdidos casi entre los latones que se les enroscaban

cual grandes boas. Había clarines, había timbales y tambores. Había todo. Y en el centro, dos pasos adelante de sus camaradas, había—¡vamos!—había un tambor mayor... que podía muy bien tener ocho años de edad. La visera de su cachucha se había descosido y la punta amenazaba incrustársele en un ojo. Las medias caían sobre recias botas harto usadas, mientras se apoyaba con la mano derecha sobre un bastón con *puño de cobre*. Aunque no del todo tranquilo todavía, aquello no me desagradaba. El director señaló un compás de espera, y oí un **Pére la Victoire** que, ¡por vida mía! era muy digno de la Guardia Republicana, o al menos de sus hijos. Al final, acercóse el Hermano José y me dijo:

—¿Cree usted, señor Guitry, que nuestra banda le sea útil?

Cuando vió que yo aceptaba encantado, añadió:

—¿Quiere usted oirlos ahora en marcha?

—En marcha o sentados, y todo el tiempo que quiera. Y a la voz de "¡Flanco derecho... marchen!" (en francés), pusiéronse los pequeños en marcha, y tres veces dieron la vuelta al claustro al son de **Coraceros de Reichshoffen**, de **Vous n'aurez pas l'Alsace et la Lorraine** y de otros dos o tres trozos reunidos en uno solo. Luego, a la voz de mando, se detuvieron todos, y en medio del silencio que siguió, dijo el Hermano José a sus niños:

—Van a tener el honor, hijitos, de tocar la Marsellesa, recordando a los que allá en nuestra querida Francia cumplen heroicamente con su deber.

Sus palabras resonaron como una citación. Tocáronla y era cosa de sollozar; por mi parte en verdad *no pude evitarlo*. Y la tocaron igualmente al final de Servir. Porque vinieron al teatro conducidos por el Director y el Sub-director, de sotana—claro está—con su alzacuello y su esclavina, ambos se paseaban delante de sus niños y entre las actrices de nuestra compañía, quienes agasajaron a los pequeños artistas con naranjas—había canastos enormes, —pasteles, cerveza, jarabes—al fin y al cabo *eran niños*,—*mientras* los dos Hermanos permanecían en medio de aquella insólita escena. Todo era allí ternuras y belleza. Finalmente, al acabar la representación, todo el mundo oyó la Marsellesa, en pie, se entiende, y tras de gritar entusiasmado "¡Viva Francia!" continuó el público agitando los pañuelos con que acababa de enjugarse las lágrimas.

* * *

—¡Chile! ¡Diantre! Ya veréis,—me había dicho mi amigo, el de Buenos Aires.

A fe que lo he visto.

Esperando que empiece la misa

Iglesia de Anga Roa

Una revolución en la Isla de Pascua en 1914

Por

José Ignacio Vives Solar

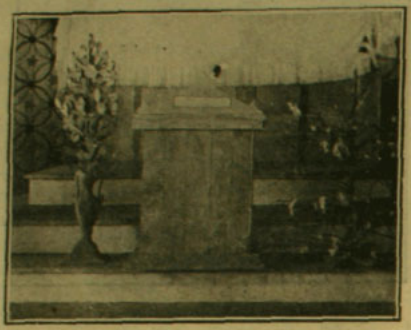
Con ilustraciones fotográficas

Cuando los misioneros se vieron obligados a emigrar a Tahití a consecuencia de la cruda guerra que les hacía el bergante de Bornier, dejaron al cargo espiritual de los indígenas a un tal **Pakomio** que con el título de catequista desempeñaba en lo posible los oficios de aquellos. Desde entonces se han venido sucediendo varios kanakas en este cargo, con nombramiento y aprobación, como es natural, de la autoridad competente. Esos catequistas son los que efectúan los bautizos, celebran los matrimonios, rezan las preces a los difuntos, bendicen el agua para las aspersiones y en una palabra tienen poderes para hacer todo acto de culto para el cual no es indispensable ser sacerdote. En sus funciones son ayudados a modo de acólitos por sus esposas y aun son reemplazados por ellas en casos de enfermedad u ocupaciones del marido y de aquí viene que la señora del cura goce de tanto o más prestigio aún que él mismo entre los isleños.

Era este **Pakomio** casado con María Anata, mujer de gran belleza en su juventud y que había recibido de los misioneros una instrucción muy superior a la corriente de los pascuenses. De noble abolengo, pues contaba algunos reyes entre sus antepasados, de clara inteligencia y gran carácter, no tardó en sobreponerse, no digo a su marido, sino al mismo rey **Atamu Tekena** que a la sazón gobernaba.

Viuda y desempeñando ya **Pakarati** el oficio de catequista, no perdió en nada su prestigio y de hecho gobernó siempre a los pascuenses, ya sirviendo de consejera bajo los reinados de **Atamu Tekena, Riro Roko y Beri Beri** ya más abiertamente después que el Comandante Rojas, el año 1901, suprimió la monarquía en Pascua.

Soberbia como todas las pascuenses y dotada de un profundo amor a su raza, no podía ver sin dolor a su querida isla gobernada por blancos y odiaba desde el fondo de su corazón todo lo que fuese extranjero. Seducida por la belleza del culto



El arca santa

externo de la religión católica, cuyos destellos había vislumbrado en su juventud en la misma Rapa Nui, cuando pertenecía al beaterio que los padres misioneros tenían en **Anga Roa** y cuyas luces aunque débiles había podido más tarde divisar durante algunos años que permaneció en Tahití, su imaginación había concluido por exaltarse con la amalgama de los principios religiosos; malamente dirigidos, el espíritu aventurero de su raza y las paganas supersticiones bebidas en el regazo de su madre. Así no es de extrañar que a la edad senil, cuando ya la razón flaquea, concluyese por creerse ella un ente extraordinario llamado por Dios a ocupar en la historia de su isla y de su pueblo un papel semejante al de las heroínas del Antiguo Testamento, cuyos capítulos ella diariamente saboreaba.

Era costumbre en la isla juntarse en las largas noches de invierno, en casa del viejo **Porotu**, algunas devotas comadres, para ensayar los himnos religiosos que deberían cantar en la misa y cuyos coros estaban encargadas de dirigir. Para que estos resultasen más variados, hacían sus adaptaciones tomando la música de la última canción profana que algún buque había del Manual de piedad u otro libro religiosas entresacadas ya de un devocionario en tahitiano que poseen, ya del manual de piedad u otro libro religioso.

Presidía estas reuniones la anciana Anata y, terminada la academia, se daba comienzo a una interminable charla en que Anata, luciendo sus dotes de excelente narradora refería con pintoresca prolijidad sucesos antiguos, principalmente del tiempo de los misioneros y de su estadía en Tahití. De ahí dejaba volar su fantasía a regiones más altas y dando rienda suelta a su misticismo, les hablaba de las verdades de la religión, tal como las entendía su confusa inteligencia, haciendo una extraña mezcla de los sagrados misterios con las antiguas supersticiones y las confusas enseñanzas de los viejos **rongo rongo** (1).

A esta parte de la reunión asistían también algunos mozos jóvenes, que poseían relativa ilustración, pues chapurreando el inglés y el español, habían podido coger algunos conocimientos en sus tratos con los extranjeros que accidentalmente suelen residir en la isla.

Descollaba entre éstos el yerno de María Anata llamado **Daniera Corohua** (Daniel viejo) no porque tuviese muchos años, pues en la época a que me refiero, es decir en el invierno de 1914, frisaría en sus cuarenta, sino para diferenciarlo de **Daniera** chico, mozo de sus veintidós y asiduo asistente también a las reuniones nocturnas de la casa del viejo **Porotu**.

Era este **Daniera Corohua**, alto, flaco, pómulos salientes, ojos negros un poco dormidos, de poca expresión y aspecto bilioso. Habíase dedicado con más empeño que los otros kanakas a su instrucción y sabía leer y escribir casi correctamente, entendía algo de cuentas, chapurreaba el

(1) Especie de monjes de los antiguos kanakas. Estos sabían leer las tablas escritas y por ese motivo a éstas las llamaré también rongo-rongo.

Los revoltosos antes de salir a una incursión

inglés y hablaba medianamente el español. Con estos conocimientos creíase un Pico de la Mirandola, no cabía en sí de vanidad y todas sus ambiciones consistían por entonces, pues según veremos después picó más alto, en suplantar a **Pakarati** en su puesto de catequista. Había sido además grande amigo de un joven chileno, que dos años antes había estado en la isla haciendo observaciones metereológicas y que para distraer los aburrimientos de la isla, o por hacerle la guerra al Administrador Sr. Edmunds, con quien no congeniaba, ocupaba sus ocios predicando a los kanakas ideas de democracia y libertad.

Generalmente, antes que dichas reuniones se terminasen, cogía **Daniera Corohua**, un viejo ejemplar de la Biblia, en tahitiano, impreso en Londres, que lleva el título de "**The parau ite Atua**", "**La palabra de Dios**", y alumbrado con la débil luz de una primitiva lámpara, que consistía solamente en un cacharro lleno de aceite de tiburón o de sebo de cordero con un pedazo de trapo retorcido en una orilla, y con cavernosa voz y monótona cadencia leía un capítulo del Viejo Testamento, con preferencia del libro de Samuel, de los Jueces o de los Reyes. Venían en seguida los comentarios y Anata hacía las explicaciones cuando eran necesarias. ¡El colmo del libre examen!

Entre las supersticiones más arraigadas entre los pascuenses, superstición que es común a casi todas las islas polinesias, está la creencia en la realización de los sueños. Anata, en su afán de amalgamar en

Cura Pakarati y su familia

Un entierro en Pascua

todo las viejas creencias con la religión aprendida y tan asiduamente practicada, decía que era Dios el que hablaba a sus escogidos por medio de los sueños para revelarles lo desconocido, vaticinarles lo futuro y darles a conocer su Voluntad. Resultado de aquellas bíblicas reuniones y de los comentarios que a solas y en común se hacían sobre ellas, fué que muy luego Dios empezó a tener relaciones con casi todos los asistentes y muy en especial con Anata, que pasaba su vida entregada a la oración. Cada cual comunicaba a la reunión lo que en la noche anterior había soñado y Anata, cual nueva pitonisa, se encargaba de hacer la explicación.

Fueron al principio cuestiones de literatura y forma en que debían hacerse las oraciones, las que Dios comunicó a Anata, quien, obediente a sus insinuaciones, muy luego hizo dar cumplimiento a ellas. Aumentáronse las distribuciones piadosas y ya no sólo se obligó a los fieles a ir a la **misa** de la mañana y al **angelus** de la tarde, sino que hubo rosario a medio día y asistencia a una o dos conferencias diarias que daba la inspirada Anata. Dios ordenó también que todo rezo o acto religioso debía terminarse con triple **hip hip hurrá** y aunque con la protesta al principio del **cura Pakarati**, se veía hasta hace poco el extraño espectáculo de oir hurras, acompañados de golpes de pecho dentro de la iglesia.

Por su parte, **Daniera Corohua** empezó a recibir comunicaciones celestiales, que,

como es natural, estaban en armonía con la chifladura bíblica de que venía padeciendo. El pueblo kanaka, cual otro Israel, era el escogido de Dios, quien manifestó su voluntad de que sacudiendo todo yugo extranjero, se gobernase por sí solo, para lo cual El, desde lo alto, dirigiría sus inspiraciones y dictaría las leyes. Para obedecer esta orden, empezóse por distribuir entre ellos cargos en consonancia al nuevo estado de cosas y a cambiar sus nombres por otros más bíblicos.

Daniera tomó para sí el nombre de **Moté**

Juan Araki, Jotua (Josué) uno de los que fabricó el arca santa.

(Moisés) y habría querido el título de rey si Anata, conociendo su carácter casquivano no se hubiese opuesto, alegando que Dios iba a dirigir directamente el nuevo Estado y por tanto sólo El merecía tal título y confirió a su ambicioso yerno solamente el de Juez. No era este el verdadero motivo, sino que ella tenía en secreto otro candidato, que, sin ser tan entendido en asuntos bíblicos como su yerno, era un mozo inteligente, esforzado y de carácter, había estado algunos años en Chile sirviendo en el ejército y cuando el Comandante Rojas destronó a **Beri Beri**, había quedado desempeñando el puesto de cacique. Desgraciadamente este mozo, llamado **Juan Tepano**, no era de los asistentes a las reuniones y muy al contrario, mofábase de ellas, pero la vieja contaba con ganarlo a su partido una vez que el nuevo reino estuviese cimentado.

Un viejo llamado **Noe** (los kanakas lo pronuncian así, sin acento) que tenía sus ribetes de loco y se aplicaba a la cartomancia, aseguró que por medio de su arte sabía que **Meré**, (Don Enrique Merlet arrendatario de la Isla), había muerto, y la vieja soñó que en el mundo había grandes cataclismos y muchos buques a pique de lo cual dedujo que Chile se había hundido e igual suerte había corrido "La Baquedano" (1) versión tanto más verosímil cuanto que esta última, contra toda costumbre, hacía dos años que no venía.

Anata avisó a la gente estas comunicaciones y las incitó para que en vista de ellas negasen la obediencia al gobierno marítimo y la ayudasen a ella y su yerno a establecer en Pascua un gobierno más conforme con las instrucciones de Jehová. Pero, a pesar de tantos indicios, los escépticos kanakas, aconsejados por el **cura Pakarati** y algunos otros que tenían los cascos mejor asentados o les había tocado hacer algunos viajes al continente, se mofaban de dichos augurios y no se resolvían a secundar el movimiento revolucionario que Anata les predicaba en sus conferencias.

La profetisa, entonces, vaticinó un gran Pakakira (viento norte) al que los kanakas temen por ser según ellos mensajero de desgracias. Esta amenaza no tardó en realizarse, lo que no era muy difícil, dada la estación en que se profería. Aprovechó Anata la ocasión y dijo ser este viento sólo el precursor de un gran huracán que Dios tenía preparado para concluir con Pascua en caso de que sus habitantes se negasen a oir su voz manifestada por boca de su profetisa.

Los que estaban en la duda creyeron y los incrédulos dudaron y adoptaron el partido de callar y observar los acontecimientos, procurando no comprometerse mucho por ningún partido. Desde entonces Pa-

(1) Después los kanakas han dicho que estos sueños eran profecías de la gran guerra.

karati no tuvo más intervención en los asuntos de la iglesia y sólo se le ocupó para los bautismos y matrimonios y el **Juez Daniera**, con su corte de generales, mandó sin contrapeso a los isleños a nombre, sí, de la vieja Anata, pero extralimitándose en más de una ocasión de sus facultades.

Y aquí empieza el **reinado de Dios** o **tutia** como lo llaman los kanakas.

Apenas despuntaba el alba, el viejo **Noe** que hacía de general ayudante, recorría la población, corneta en boca, tocando diana, para llamar a los habitantes a la misa rezada por Anata y cuya asistencia era obligatoria bajo severos castigos a los inasistentes. Después, la celebrante hacía una exhortación a los fieles, terminada la cual dirigíase a su casa danzando bailes tahitianos y seguida de todo el pueblo que cantaba salmos. En seguida, **Noe**, que estaba dotado de cierto espíritu militar, formaba toda la gente en la plaza y hombres a un lado y mujeres al otro, ensayaban marchas e himnos marciales. En la tarde se rezaba el rosario, al que se seguían distribuciones semejantes a las de la mañana.

Por estos días empezóse la construcción del **Arca Santa** de la cual acompañamos la fotografía y cuya hechura fué encargada a **Daniera chico** y a **Juan Araki**, este último general también y que había adoptado el nombre de **Jotua** (Josué). Esta Arca debía construirse con gran misterio; sólo se podía trabajar en ella en la noche para que ningún ojo profano osase mirarla y los artífices deberían ejecutar rigurosas práctica y observar severos ayunos durante todo el tiempo de su construcción. Cuando estuvo terminada, se llevó en procesión a la iglesia, cubierta con un paño, pues nadie debería mirarla bajo pena de muerte. Fué guardada en la sacristía y de vez en cuando se le sacaba envuelta a la veneración de los fieles que entonaban salmos y ejecutaban bailes alrededor de ella.

Hasta aquí la cosa iba muy bien, pero los kanakas para en nada diferenciarse de los israelitas, empezaron a murmurar por falta de comida, pues tanto rezo no les dejaba tiempo para salir a pescar y atender sus sembrados. **Anata** púsose en oración y Jehová no tardó en iluminarla. Y en verdad el remedio era sencillo; pastaban en la isla más de dos mil vacunos y doce mil ovejunos y puesto que **Meré** había muerto y Dios había entregado la isla a los kanakitas, no era cosa de que con tantos recursos el pueblo escogido pasase hambres ni tuviese que trabajar, abandonando las prácticas piadosas.

Al día siguiente, Martes 30 de Junio, Anata encaminóse a **Mataveri** apoyándose en un bastón y acompañada de **Charle**, el nuevo jefe de policía y **Hotu** un mestizo de

Mr. Edmunds en observación de los revoltosos.

francés, general ayudante de **Daniera** y que había adoptado el nombre de **Tapita** (David), sirviendo de intérprete este último impuso a Mr. Edmunds del nuevo estado de cosas y le notificó que al siguiente día enviaría gente al campo a traer animales, pues no era posible que su pueblo pasase hambres.

Al principio, el administrador tomó en broma el asunto, pero como **Hotu** le levantase la voz, les manifestó que él saldría al campo, armado, y haría fuego sobre el primer kanaka que encontrase robando

Leyendo un bando de Daniera Corohua

animales. Impuesta Anata de la contestación, se rió, y dijo que no había temor por sus balas, pues ella rogaría a Jehová que no diesen en el blanco y con esto se dió por terminada la embajada.

En la tarde recibió Mr. Edmunds una carta de **Daniera**, cuya copia tenemos a la vista, en que, después de una larga exposición hecha con frases incoherentes y palabras disparatadas, le notificaba que en lo sucesivo debía abstenerse de tomar parte en ningún negocio de la isla, pues el poder de **Meré** había terminado y Jehová había entregado el gobierno de la isla en sus manos. Terminaba la carta, "la paz sea contigo, yo soy **Daniera**". Esta era, digámoslo así, la declaración oficial de la independencia de Rapa Nui.

Antes que despuntase el alba del día siguiente, ya estaban a caballo los soldados de **Daniera**, agrupados alrededor de la iglesia y esperando la bendición de Anata para partir. Salió ésta a las gradas de la Iglesia y después de hacerles una breve alocución para inspirarles el valor que necesitaban para llevar a cabo la empresa que iban a acometer, rodeó el cuello de su yerno con el rosario de quince casas que ella usaba, colgó sendos escapularios al pecho de cada uno de los kanakas y tomando el aspergios les roció con agua bendita y les dió su bendición. Mientras se llevaban a cabo estas ceremonias, un hermoso arco iris dejó verse en el poniente y aunque es éste un fenómeno que casi a diario se repite en Pascua, Anata, mostrándoselo, les explicó ser señal de un buen augurio, lo que llenó de bríos a los fervorosos kanakitas que partieron plenos de confianza.

Mr. Edmunds, avisado oportunamente por Texano, salió también por su lado al campo acompañado de los miembros de la comisión científica inglesa que estaba entonces en Pascua: Sres. Rautledge, Green y Riche, teniente este último de la armada inglesa, de un chileno, Enrique Mc. Lean, sirviente de los mismos, **Juan Tepano** y dos kanakas más. Situáronse en una altura que consideraron estratégica y esperaron la pasada de los revoltosos. Pero aconteció una cosa muy corriente en Pascua, sobre todo en invierno y fué que en el momento que los kanakas pasaron al campo, un gran chubasco cubrió a los observadores, que recibieron una buena mojada y les impidió ver la gente que pasó a no mucha distancia y sin sufrir las molestias de la lluvia. Los kanakitas tomaron esto por otra señal de la protección divina y alborozados regresaron con cuarenta novillos y algunos corderos de esta primera y feliz expedición.

Cuando llegaron a Anga Roa con tan espléndido botín, Anata ordenó coger el cordero más hermoso, que fué degollado en una piedra colocada en la puerta misma de la Iglesia y asado en una pira que se encendió un poco más abajo. Esta era la primicia que debía ofrecerse a Jehová en holocausto (tutia) y la carne del cordero fué repartida entre los niños menores de siete años. En seguida dió permiso para que con los demás animales se celebrase un banquete para todo el pueblo.

Otras salidas afortunadas hicieron adquirir confianza a los insurrectos, que empezaron a ponerse más y más insolentes.

Oficiales de la "Baquedano" investigando los sucesos.

Una noche asaltaron la bodega, donde la misión inglesa tenía sus víveres y se robaron varios cajones de conservas y aunque este acto fué reprobado por Anata hizo entrar en temor al matrimonio Rautledge que se retiró a su campamento de Hotu Hiti dejando solos en Mataveri a Mr Edmunds y al teniente Riche, que no quiso abandonarlo.

A los pocos días de estar en **Hotu Hiti**, recibieron una embajada de Anata con presentes de gallinas y corderos, que les manifestó a nombre de la profetisa el sentimiento que ella había tenido por el robo de que habían sido víctimas y les ofrecía para adelante seguridades para sus personas y cosas, siempre que se abstuviesen de inmiscuirse en los asuntos de su reino. Mr. Rautledge, que al divisar el tropel había experimentado gran susto, creyendo que se trataba de un asalto y habíase puesto a armar, sin poder atinar a ello, un revólver ametralladora que había traído entre los pertrechos de la expedición, experimentó gran contento al imponerse del objeto pacífico de la visita y correspondió con obsequios de tabaco, galletas y otras golosinas a los presentes de Anata. No contento con esto, al día siguiente fué en persona, acompañado de su esposa, a devolver la visita a la profetisa, llevándole algunos vestidos y otros obsequios. Anata, para corresponder esta amistad ofreció ordenar rogativas públicas para que la "nana", goleta de propiedad del matrimonio Rautledge, y que estaba a la

La profetisa Anata

Una familia pascuense

sazón en Chile, no sufriese ningún contratiempo en su viaje de regreso.

Mientras tanto los sirvientes de la administración habían ido abandonando poco a poco Mataveri y, ya sea por temor, ya por apego a la pitanza de la carne que era abundantísima en Anga Roa, se iban pasando al partido de los insurrectos, de modo que Mr. Edmunds debía contentarse únicamente con permanecer a la defensiva y prepararse para resistir cualquier ataque. Para este caso contaba con la ventaja de las armas de fuego; aunque eran solamente tres, pues a más del teniente Riche, el chileno Mac. Lean, con gran enojo de Mr. Rautledge, abandonó a este por ir a prestarle sus servicios a Mr. Edmunds, los tres tenían buenas carabinas y revólveres, que bien manejados podrían mantener a raya a los kanakitas, que sólo disponían de piedras y son cobardes por naturaleza.

Estos salían diariamente al campo a traer animales, los que asaban, usando de combustible la misma grasa de ellos, para ahorrarse el trabajo de juntar leña y así resuelto el importante problema de la comida, podían disponer con entera libertad de su tiempo para entregarse a sus **deberes** religiosos. Anata asignó a los señores Rautledge dos corderos diarios de ración y a Mr. Edmunds, aunque con protesta de Daniera y de Noe, uno para dos días, que de-

Mr. Edmunds, representante del señor Merlet y Gobernador Marítimo en aquella época

tía llevarle el capataz de la hacienda llamado **Manava**. A este último, por no haber querido plegarse a la revolución, pretendieron asesinarlo, sin conocimiento naturalmente de la profetisa, que era enemiga del derramamiento de sangre, y al efecto le armaron una celada de la que felizmente pudo escapar gracias a una indiscreción del loco Lemuta.

Mientras tanto los dirigentes no se dormían sobre sus laureles y a diario se publicaban bandos y ordenanzas que versaban sobre los más diversos asuntos, desde el modo cómo debían peinarse las mujeres, hasta la repartición de los terrenos de la isla. Uno de los puntos más interesantes fué el de los matrimonios; Dios ordenó a Anata que ningún hombre o mujer en edad de contraer matrimonio debía permanecer soltero y esta empezó a formar parejas sin consultar por cierto para nada la voluntad de las víctimas que eran casadas por **Pakarati** dando ocasión para grandes banquetes y fiestas en las que pagaban el pato los animales de **Meré**.

La isla fué dividida en lotes, que se repartieron entre todas las cabezas de familia, asignándose **Daniera** para sí, como es natural, las casas de Mataveri; esta división era por entonces nominal y sólo se repartieron los títulos de propiedad, dejando para más tarde el trabajo de hacer la translación de las casas de madera a la nueva construcción de las de piedra.

No pararon las cosas aquí; alguien se vino a dar cuenta de que no era cosa de gente sensata el dormir sobre haces de pasto, teniendo las ovejas tanta lana y habiendo en la tienda tanta aspillera para hacer colchones. Pero la cosa no era tan sencilla: para obtener la lana era necesario esquilar las ovejas y para esto se necesitaba de las tijeras que estaban en poder de Mr. Edmunds y que ellos sabían no las facilitaría bajo ningún razonamiento.

Para obviar esos inconvenientes, en la reunión de la casa del viejo Porotu, en la noche del 4 de Agosto, se tomaron graves y definitivas medidas.

En primer lugar se obligaría al capataz Manava y su familia a abandonar Baijú y venir a habitar en Anga Roa. Mr. Edmunds debería entregar las llaves de la tienda y de la bodega de Anga-Piko, desalojar Mataveri, y se le concedería una casita de madera en Mairoa siempre que contrajese matrimonio con una kanaka y se comprometiese a asistir a misa diariamente, Mr. Riche iría a Hotu Hiti y Mac Lean podía optar por irse a Hotu Hiti o venir a vivir con ellos si se casaba y asistía a misa.

Estas decisiones deberían ser comunicadas a los interesados al día siguiente y en caso de oposición, Mataveri sería asaltado por los cuatro costados y sus moradores convenientemente maniatados arrojados a la mar. De esta manera creían poder asegurar la courtada para el caso problemático de que viniese buque, diciendo que habían perecido en una excursión de pesca.

A la mañana siguiente después de recibir la bendición de Anata, partieron hacia **Baihú**, convenientemente armados de garrotes, chuzos y cuanto instrumento ofensivo encontraron a mano, todos los hombres hábiles de Anga-Roa.

Manava no opuso resistencia y asustado fraternizó con ellos, lo que le valió que

le asignasen la posesión de Anga Piko como patrimonio y entre todos le ayudaron a traer su escaso mobiliario.

Quedaba lo más difícil: el asalto a Mataveri.

Mr. Edmunds, avisado por **Tepano** de lo que iba a suceder, había clavado y puesto barrotes a todas las puertas y ventanas de las casas y los tres con Mr. Riche y Mac. Lean, distribuídose las armas, municiones y puntos de defensa.

Los kanakitas, instalado que hubieron a Manava, preparaban su comida para una vez terminada dirigirse a Mataveri, cuando una voz gritó:

—Baquedano héeee!

La corbeta se divisaba frente a Motu tautara.

Un rayo caído en medio de ellos no habría hecho tanto efecto; miráronse las caras y las alas de la fantasía que a tanta altura se habían remontado, cayeron derretidas por el ardiente sol de la realidad.

Daniera, que a medida que crecía su poder se había ido hinchando de vanidad y soberbia y que en las reuniones era el que más alto hablaba y más despóticas medidas proponía, no conseguía atinar palabra. Confusos no sabían qué hacer y todo era hacerse recriminaciones y eludir responsabilidades cuando llegó Anata y con entera voz y varonil energía los apostrofó, echándoles en cara su cobardía.

—¿Qué tenéis? —les dijo.— ¿No servís a Dios? y pueden acaso todos los buques del mundo contrarrestar su poder?

Y empezó a dictar órdenes.

Las mujeres deberían recogerse a la iglesia para entregarse a la oración. **Jotua** y **Daniera** chico harían ciertos arreglos al arca santa para llevarla dignamente al buque a imponer respeto a los chilenos y Daniera Corohua, maestro en el arte de escribir, dirigiríase a su casa a preparar un manifiesto para explicar al Comandante de "La Baquedano" las decisiones de Jehová y amenazarlo con terribles desgracias para su buque y para Chile en caso que tratase de oponerse a sus mandatos.

"La Baquedano" tuvo un contratiempo a la entrada de Anga Roa, pues se le descompuso una pieza del timón lo que lo obligó a detenerse como tres horas para su compostura y Anata explicó a su pueblo que Dios estaba con ellos pues impedía avanzar el buque para dar tiempo a que se cumpliesen sus órdenes.

Por fin, como a las cuatro de la tarde, pudo largar sus anclas e inmediatamente subió Daniera con su estado mayor. Después de depositar con todo respeto el arca santa sobre cubierta, sacó un grueso rollo de papel y empezó la lectura de su manifiesto. Este empezaba: "No hay sobre la tierra más poder que el de Dios y sólo El manda en la Isla de Pascua" y seguía una larga explicación de los sueños proféticos que habían tenido y relataba los sucesos últimamente acaecidos.

En verdad nadie en el buque entendió una palabra y creyeron que se trataba de un saludo de bienvenida, pero habiendo llegado Mr. Edmunds con Tepano, Manara y otros, explicaron al Comandante señor Almanzor Hernández la verdad de lo ocurrido. Venía también en el buque el Sr. Merlet y en vista de la gravedad de los sucesos pidió la prisión de los cabecillas, y Daniera con cinco de sus generales fueron puestos en la barra.

Se siguió un pequeño sumario, pero los kanakas, que son previsores para estas cosas, se habían puesto de antemano en este caso y tenían preparadas sus respuestas. Inventaron de que el administrador no les permitía ir a pescar y ellos, obligados por el hambre, habían muerto algunos anima-

Juan Tepano, ayudante de la Gobernación Marítima. (Ad honorem, se entiende...)

les. Hicieron como de costumbre gran alarde de su chilenismo, lo que enardeció el patriotismo de la joven oficialidad de nuestro buque-escuela y dando rienda suelta a los bellos, pero muchas veces peligrosos dictados del corazón, no les dieron importancia a los sucesos acaecidos y sólo se dedicaron a hacer el reparto de los regalos de ropa y útiles que en más de veinte cajones enviaba a los **pobres kanakitas** la generosa sociedad de Valparaíso.

Sin embargo, como **Daniera Corohua** tenía en su contra una prueba material de su insurrección, cual era la carta dirigida a Mr. Edmunds, el Comandante no pudo negarse a llevárselo preso al continente. pero se les hizo creer a los isleños de que sólo iba para presentar sus quejas al Presidente de Chile.

Y así terminó el **reinado de Dios**, que los pascuenses *no* pierden la esperanza de ver repetido.

Elegancias francesas en gira

Por

P. L. de Giaferri

Con ilustraciones

De la calle Saint-Honoré salía, antes de la guerra, cada semana, una muñeca, rumbo hacia las grandes ciudades de Europa: Vestida según el dictamen del último capricho de la moda, esa gentil mensajera iba a dar a conocer a las elegantes de Londres y de Amberes, de Madrid y de Viena, las últimas innovaciones del buen gusto parisiense y a enseñar cómo debía vestirse, calzar, enguantarse y, — sobre todo,—**ensombrerarse**, una persona que quisiera ser considerada de buen tono.

Hoy, como en el siglo XVIII, Francia es siempre la soberana en el reino de la elegancia.

Todas las bellas cosas que hacen resaltar la belleza y el encanto femeninos, salen de los talleres de modas o de costura parisienses cuyo prestigio se conserva siempre intacto. Sólo el sistema de publicidad ha variado un tanto.

Durante los años precedentes a la guerra, París había organizado en Estados Unidos un sistema de **dress shows**, o sea, "exhibición de vestidos". Al comenzar una estación, salía de un puerto de Francia un transatlántico, llevando baúles repletos de vestidos del último modelo; y allá, en las casas de novedades de las principales ciudades, esas agradables y tentadoras maravillas eran presentadas al público en maniquíes que paseaban sobre sí su brillante magnificencia. La llegada de los vestidos de París era en una ciudad americana todo un acontecimiento.

Sucedió varias veces que los **dress hows** fueron blanco de excentricidades completamente imprevistas, sobre todo en los Estados del Oeste. En Dallas, Texas, ocurrió en una ocasión que la Cámara de Comercio había escogido como sitio de la "exhibición". un **carroussel** que había sido transformado en circo. En ese marco bizarro desfilaron los maniquíes vivos, ante numerosa concurrencia—alrededor de diez mil personas, que habían acudido desde veinte leguas a la redonda — concurrencia compuesta en su mayoría por rancheros, cow-boys y coloured-ladies (mujeres de color). A fin de dar al espectáculo un sabor a gusto de esa muchedumbre, se realzó con una cabalgata de amazonas. Es de suponer el efecto que produciría un vestido Manón de seda gris-perla bajo ese cielo esplendoroso de Texas y en medio de esa concurrencia singular, vestida de telas crudas de colores chillones! Total que, poco antes de la guerra, las **dress hows** habían casi fracasado.

Desgraciado fracaso. Estados Unidos constituye un buen mercado para las modas, cuya importancia es poco tomada en

cuenta en París. La mayor parte de las americanas remudan sus toilettes cada semana, lo que asegura la posibilidad de una venta casi ilimitada. Pero, considerando la gran salida a venta que tienen, la industria y el comercio de las modas se ha desarrollado enormemente en Estados Unidos. Sólo en Nueva York existen actualmente más de trescientas grandes casas de vestidos femeninos; en Filadelfia hay cien; en todo el Este, las casas de segundo orden llegan más o menos a un millar. Si las casas americanas llegasen a suplantar a las casas parisienses, una de las fuentes de riqueza más importantes del comercio francés estaría paralizada.

* * *

La idea de los **dress hows** no era mala; bastaba sólo aprovecharla en debida forma. En plena guerra, a principios del invierno de 1916-17, en el momento en que los yanquis titubeaban aún a entrar a las filas aliadas, un modista francés,—M. S. L. de Giaferri—resolvió adoptar nuevamente los **dress hows**, bajo una nueva forma y organizar en los Estados Unidos una "**tournée**" **de vestidos franceses.**

La originalidad de la invención consistía en rodear la exhibición con una "mise en scene" y encuadrarla en una decoración artística desconocida en los **dress hows** anteriores, destinadas tanto a agradar la imaginación de las gentes, como a valorizar la gracia y la seducción de las elegancias parisienses. Complementarían el espectáculo algunas disertaciones, destinadas a hacer revivir ante las americanas la exquisita historia de las antiguas modas francesas y añadir a las sesiones un sabor literario.

El oficio de empresario de una exhibición de vestidos en Norte América no es un pasatiempo. Desde la llegada a Nueva York comienzan las tribulaciones: hay que satisfacer, para empezar, las exigencias de la aduana. El comerciante a quien nos referimos llevaba consigo alrededor de doscientos vestidos, encerrados en doce inmensos canastos; y, durante tres días seguidos, fué necesario el auxilio de cinco o seis ayudantes para proceder a las diversas operaciones de revisar cada vestido para constatar que no contiene... explosivos; una toilette denominada "cañón" hizo casi sospechoso al portador. Luego viene el retiro de la aduana de los vestidos. Uno que esté destinado sólo a ser exhibido no paga derechos; pero es a condición que se deje en la aduana una caución que represente el doble de su valor aduanero, que se eleva más o menos a un 60 por ciento

de su valor efectivo. Así, por un traje de 1,000 francos, la caución se eleva a más de 1,200 francos. Si el vestido se pierde o es robado, la aduana no devuelve sino una parte de esa caución. Por 200 vestidos, hubo pues que desembolsar una pequeña fortuna, o sea más de 200,000 francos.

El sitio escogido para la **French Fashion and art Show** (Exposición francesa de modas y arte) era, en cada ciudad, el almacén de novedades más en boga: en Nueva York y Filadelfia, los célebres almacenes fundados por John Wanamaker; en Boston, los de Jordan Marsh; en Chicago, los de Marshall Field; en St. Louis, la casa Stix Baer y Fuller. Nada más curioso que esos departamentos de novedades (departaments stores) de Estados Unidos. Son tres o cuatro veces más grandes que los franceses, con fachadas que tienen centenares de metros; con doce o catorce pisos. Tienen ahí mismo una oficina de correos y telégrafos, oficina de turismo, salón de peinados y de manicura; 7,000 a 8,000 empleados los llenan con su actividad y pueden recibir hasta 80,000 visitantes a la vez.

Los directores de esos grandes establecimientos ponen todo su amor propio en contestar cualquier pedido de su clientela. Un día, uno de los más fieles clientes de John Wanamaker le rogó le expidiese... un decálitro lleno de pulgas! Inmediatamente hizo llamar a varios jefes de sección y les impartió órdenes. Ellos mandaron a los mozos a los corrales. Pero, cuando volvieron, no habían podido reunir sino medio decálitro, a pesar de la búsqueda más activa. Wanamaker salió del apuro enviando a su cliente el medio decálitro con una carta en que le declaraba que le mandaba sólo la mitad del pedido, con el fin de que las pulgas estuvieran a sus anchas en la encomienda y pudiesen respirar...

John Wanamaker, antiguo Ministro de Correos de Estados Unidos, es una figura bien americana. Sus comienzos fueron muy modestos y empezó siendo mozo de almacén; luego se estableció por su cuenta, haciendo las entregas en... carretilla. Ahora, poderosamente rico, es uno de los propietarios más grandes de los Estados Unidos y posee uno de los más importantes diarios de Nueva York, el **North American**. A pesar de sus ochenta años, es una viva personificación de la actividad. Se le ve paseando a toda hora en su establecimiento, con una flor en el ojal, sencillo, sonriente, afable, vigilando a sus 16,000 empleados, evocando su aspecto el recuerdo de alguno de los personajes de Dickens.

Cada uno de esos grandes almacenes tiene una vasta sala de espectáculos donde,

en la tarde, se ofrecen al público conciertos y audiciones musicales. En esas salas, brillantemente decoradas, debía efectuarse la **French Fashion and Art Show.**

Componían principalmente las representaciones, una serie de cuadros vivos, de bailes rítmicos, ejecutados por un grupo de catorce o dieciséis maniquíes vestidos con trajes parisienses.

En New York fueron interpretados dos **ballets,** uno de que tenía gran analogía con **la fiesta de Teresa,** de Reinaldo Hann. Otro recordaba un pasatiempo sobre las modas del Segundo Imperio que habían hecho representar el año anterior los señores de Giaferri y Rip en el teatro Marigny. Al són de una orquesta misteriosa, hábilmente disimulada detrás de los bastidores, compuesta en su mayor parte de violines y violoncelos— figurando entre la instrumentación un órgano, pues éste es de rigor en todas las salas de espectáculos de los **departaments stores** americanos,—aparecían en escena los maniquíes y con un desgaire muy bien simulado o marcando un paso de minuet, ejecutaban las evoluciones de un **ballet.** Rayos luminosos daban al espectáculo un esplendor fantástico.

La decoración representaba un salón suntuoso, cuyos accesorios estaban en armonía con las **toilettes.** Si las **toilettes** estaban inspiradas en el siglo XVIII, los tapices, los muebles, las cortinas, los cuadros y estampas eran estilo Luis XVI. Si, en cambio, se inspiraban en las modas del Segundo Imperio, el mobiliario transportaba al espectador a la época de las guerras con Italia y de los saraos en las Tullerías. En Filadelfia, por ejemplo, gracias a la inteligente ayuda del personal de John Wanamaker, lograron componer un decorado exquisito. La escena simulaba un salón Luis XV, tapizado de sederías de Lyon y de azul rey, adornado con copias de cuadros célebres. Ante la escena se colocó un estrecho puentecillo en forma de herradura; en el centro estaba la orquesta, disimulada entre el ramaje de unas plantas. Gracias a ese puente, los maniquíes podían acercarse mucho al público y hacer admirar los detalles de un bordado o de un encaje.

Entre cada cuadro dejaba de tocar la orquesta, y el organizador del espectáculo lo comentaba.

Siempre se procuraba variar el espectáculo, introduciendo cada día números nuevos en el programa. A veces se ponía en escena "el día de una parisiense". Los maniquíes aparecían entonces trajeados sucesivamente con la toilette mañanera, el traje sastre para el paseo, los vestidos de tarde, frescos y alegres, las capas de día, los vestidos de comida, de baile, las fastuosas pieles,—que valían algunas hasta 20,000 francos,— los trajes de Opera y las deslumbrantes salidas de baile.

Otras veces se cogía el asunto de una solemnidad o de una diversión de la vida mundana. El matrimonio... y un maniquí aparecía, ataviado de una espléndida toilette de novia; el turismo... y aparecían bonitas mujeres envueltas en amplias capas de viaje; la caza... y se reunían encantadoras amazonas, fusta en mano, en el comedor de un viejo castillo.

Las escenas con carácter histórico y retrospectivo eran más raras. En Chicago, sin embargo, fué interpretada con éxito, durante una semana, un "Panorama de modas antiguas", dividido en seis representaciones: Edad Media, Renacimiento, Luis XIII, Luis XIV, Siglo XVIII, Primer y Segundo Imperio.

Las representacones duraban de dos y

media a cuatro horas; eran formadas por ocho **cuadros** separados por cortos entreactos. Apenas caía el telón, los maniquíes escapaban rápidamente hacia sus camarines para cambiar de vestido con la rapidez de Frégoli. Todo era entonces confusión: las camaristas y sus ayudantes trabajaban febrilmente, los peluqueros parecían alocados, los joyeros y zapateros perdían la cabeza, y los maquinistas y electricistas, preocupados para conseguir los **efectos** del siguiente cuadro, eran presa de una efervescencia increíble.

El acceso a los bastidores era completamente prohibido al público. Pero era una consigna difícil de hacer cumplir. Un día, en Nueva York, después de la representación, fueron sorprendidas dos damas que huroneaban de todos lados y que, de repente, se inclinaron curiosamente sobre un vestido encantador, señalándose mutuatuamente hasta los menores detalles. Sin duda alguna, eran costureras en busca de ideas. Fueron expulsadas.

El pillaje de las modas parisienses es en Estados Unidos un azote. ¡Cuántas veces fueron vistos, durante las representaciones, asistentes que, lápiz en mano, pr

curaban esbozar el croquis de una toilette! Pero como tales esbozos no sirven, si no son completos, se neutralizaban los efectos de esos copistas haciendo pasar rápidamente los maniquíes sobre la escena. Cuando más, una toilette se exhibía durante cuarenta o cincuenta segundos.

Al poner en práctica el empresario a que nos referimos su "exhibición de vestidos", dice que lo que más le dió que pensar fué la cuestión de los maniquíes. La tropa debía componerse de quince o dieciseis; pero ¿cómo reclutarlos? Dice que hasta pensó un instante en llevarlos consigo de París, pero debió luego abandonar el proyecto por la enormidad de gastos que representaba. Resolvió, pues, reclutar su **troupe** en plaza.

Afortunadamente los maniquíes de las grandes ciudades americanas son renombrados por su belleza: hermosos rostros, admirables cabelleras, presencia imponente. En Nueva York forman una corporación bastante importante, pues la mayoría de los fabricantes de ropas femeninas emplea cada uno unos veinte.

Formó así una tropa que le siguió casi a todas partes.

Una semana de su exhibición de vestidos" le produjo alrededor de 20,000 francos. Los maniquíes eran pagados a razón de 4 dólares por representación. Si

había más de una representación en el mismo día, cobraban dos dólares por representación extraordinaria. Algunos días llegaron hasta ganar 8 dólares (40 francos). Una o dos veces ganaron 15 dólares, o sea 75 francos. Las que le siguieron durante toda la temporada le costaron más o menos, con los gastos diversos, alrededor de 100 dólares (500 francos) semanales.

Su concurso dió a veces lugar a escenas borrascosas. En Nueva York, Boston, Filadelfia, fueron autorizados algunos fotógrafos de diarios para tomar algunas vistas durante los ensayos y las cosas habían salido bien. Pero en Chicago la cosa tomó un tinte trágico. Nunca se encontraban las maniquíes a gusto. Cada mañana llegaban furiosas con atados de diarios y revistas bajo el brazo. Una se quejaba que la impresión estaba defectuosa, la otra que la habían cortado las piernas, etc. Por eso, dice el empresario a que nos referimos, tuve miedo cuando M. Kothacker, director de una de las más importantes compañías cinematográficas de Chicago, me propuso tomar una impresión del "French Fashion and art Show" con todos sus vestidos de París y todos los maniquíes. Durante varias noches hubo que trasladarse al estudio de la compañía y transportar allí todos los accesorios. Fué necesaria una legión de vehículos. A fin de que los maniquíes y las camaristas pudiesen entenderse con aquella especie de mudanza, se colgaron los vestidos en perchas instaladas ex profeso sobre grandes camiones. Sobre una tablilla, colocada cerca del correspondiente traje, estaban todos los accesorios de las toilettes. El film impreso fué un éxito y se proyecta ahora en todos los Estados de la Unión y dura veinte minutos largos.

Mi gira se detuvo en St. Louis, dice nuestro informante. En todas partes fueron admiradas las modas parisienses, y en todas partes las comentaron favorablemente los diarios celebrando su lujo y elegancia.

Tal vez nunca habrían brillado tanto como bajo aquel cielo claro y abrasador de Estados Unidos. Había logrado mi propósito y había probado a los americanos que Francia, a pesar de la guerra, no había perdido el puesto que ocupó en todo tiempo en las industrias del lujo y del arte, y que continuaba siendo insuperable en el bello mundo de la moda y del ornato femenino.

EL HOMBRE FANTASMA

Por

Guido de Teramond

(CONTINUACION)

—¿El?... ¡Ese hombre que ha expuesto su vida para arrancarme de las manos de esos miserables apaches?

—La infamia no excluye el valor, señora baronesa—dijo gravemente el detective. —No se precipite usted en admirar esa intervención... Yo soy más escéptico... ¿Quién le dice a usted que aquel hombre no contaba de antemano con la gratitud de la dama rica a quien salvaba?

—Gratitud que yo no le escatimaría, Sr. Newton. No tiene más que presentarse en mi casa y la cantidad que pida le será entregada... Además, todo cuanto yo pueda hacer por él...

—Pero para esto es preciso ante todo encontrarle—replicó el detective sonriendo irónicamente.

—¡Oh, sí!—exclamó la bella rusa, vuelta a la realidad.—¡Búsquele usted, Sr. Newton, se lo ruego!... ¡Haga usted que le devuelva el billete...! De lo contrario, estoy perdida!

—Me pide usted algo muy difícil, señora baronesa... Pero si la palabra imposible no es francesa tampoco es norteamericana... Voy a empezar inmediatamente mis indagaciones, y en cuanto descubra algo, se lo comunicaré a usted.

—¡Hasta entonces no viviré tranquila, Señor Newton!

—¡Vamos, señora baronesa, no se deje usted abatir de este modo!... No hay nada perdido, se lo juro... Procure usted dormir bien, que harto lo necesita usted después de todas esas emociones.

Mientras la espía tomaba nuevamente el camino de la avenida Bosquet, algo tranquilizada por las palabras del detective, éste consultó rápidamente un plano de París a fin de darse cuenta exacta de la situación de la calle de Ramus, y después de meterse el revólver en el bolsillo, ponerse un paletó y encender un cigarro, salió de su casa.

—¡Brrr!—exclamó estremeciéndose. —Fresquita está la noche... Y en verdad que es un oficio perro este de andar por el mundo cuando toda la gente de bien duerme... Caminemos de prisa, que así entraremos en calor y se me despejará la cabeza.

Levantóse el cuello del sobretodo y apresurando el paso se dirigió a Belleville.

En el entretanto, el dueño del hotel de la Esperanza, un tanto inquieto por hallarse comprometido en aquel mal negocio del que se había hecho cómplice indirectamente cerrando los ojos a lo que en su casa pasaba, acababa de dormirse cuando llamaron a la puerta.

Levantóse malhumorado y con el acento rabioso de un hombre a quien se ha despertado bruscamente, preguntó qué deseaba a un obrero vestido con blusa azul y pantalón de pana y que llevaba en bandolera una caja de herrramientas, que era quien había llamado.

—Una habitación—respondió éste.

Y como el otro lo examinara con desconfianza de pies a cabeza a la luz de su bujía, asombrado al parecer de que un trabajador formal anduviera por el mundo a aquellas horas, el desconocido, anticipándose a sus preguntas, añadió con el acento pausado de la gente de arrabal

—Ya verá usted, he tenido cuatro palabras con mi mujer por cuestión de un guisado demasiado cocido... y me he marchado a echar una malilla con unos camaradas..., y cuando uno empieza..., ya sabe usted... En fin que he jurado no volver a mi casa hasta mañana y cumpliré mi juramento. ¡Qué diantre, todos tenemos nuestra alma en nuestro almario!... Y como he visto el farol de este establecimiento, he decidido pasar aquí la noche..., si es que usted no se opone.

Estas explicaciones eran plausibles y como el que las daba hacía sonar monedas

en su bolsillo, el fondista dejóle entrar y conduciéndole al despacho, le dijo:

—Es preciso que inscriba Ud. su nombre.

El hombre no quería arriesgarse a infringir los reglamentos en aquella ocasión en que tenía cuentas pendientes con la policía.

—Con mucho gusto—contestó el obrero.

Y trazó penosamente en grandes letras: **Julio Didier, plomero.**

—Venga usted—dijo entonces el fondista descolgando una llave.

—Aquí estará usted perfectamente.

Era la habitación contigua a aquella adonde los bandidos habían llevado a la baronesa; el obrero miró el número y exclamó:

—¿El 13?... ¡Mal número! Preferiría el cuarto de al lado.

—No puedo dárselo.

—¿No está desocupado?

—Sí, pero...

Y juzgando toda explicación inútil, añadió con una voz sorda en que rugía aún toda su cólera contra los polizontes:

—¡Como si no lo estuviera!

Y entregando a su interlocutor la palmatoria, le dijo:

—Son dos francos cincuenta.

—Ahí van...

La vista de las monedas hizo recobrar al fondista su afabilidad profesional.

—¿Habrá que despertar a usted— preguntó solícitamente.

—No, gracias.

Cuando estuvo solo, el obrero dió algunos golpes en el tabique; el ruido que produjeron le demostró que éste era de poco espesor. Entonces, sin perder tiempo, sacó de su caja un berbiquí y en dos segundos practicó un pequeño agujero que le permitía darse cuenta de todo lo que pasaba en la estancia contigua.

—¡Ajajá!—exclamó con aire satisfecho. —Para seguir bien el curso de los sucesos lo mejor es instalarse en el mismo centro de la plaza... En ella estoy y en ella me quedo, como dice una frase histórica.

Era Pablo de Vareilles.

En cuanto hubieron desaparecido los agentes con sus prisioneros, habíase apresurado a ponerse un disfraz merced al cual podía pasar la noche en el hotel de la Esperanza sin llamar la atención.

—Si la baronesa Brauerswski no ha leído el billete—pensó—querrá saber lo que dice, y si lo ha leído estará inquieta por saber a dónde ha ido a parar. En cuanto a ese bueno de Lapipe, su único deseo es tenerlo en su poder... De modo que todos van a ponerse en movimiento para buscarlo.. Y yo que lo tengo en mis manos, voy a procurar contentar a todos... ¡Qué cosas tan chuscas tiene a veces la vida!

Sacó de su bolsillo un pedazo de papel y un lápiz y apoyándose en el vacilante tocador y a la luz de la oscilante bujía copió las líneas trazadas por el agregado militar de X, imitando su escritura, pero cuidado de modificarlas ligeramente en esta forma:

Mañana el dominó rosa y negro tendrá los papeles y el astrólogo la cantidad convenida.

—¡Y ya tenemos a un dominó y un astrólogo que se buscarán afanosamente en el baile—exclamó riendo.

Dobló el papel con cuidado, abrió la puerta de su cuarto y avanzado sin hacer ruido por el corredor, se puso a escuchar.

Sólo los ronquidos de un huésped del segundo piso turbaban el silencio profundo del hotel.

Acercóse a la puerta del cuarto inmediato, cuya llave había quedado puesta por la parte de afuera. Pablo abrió silenciosamente.

La estancia continuaba en el mismo desorden en que la pusiera la lucha en que él había tomado parte; las sillas estaban tiradas por el suelo, la mesa de noche caída, la cama revuelta y, junto a la ventana, veíase la sábana que un agente había desatado.

Se aproximó a la chimenea y en un ángulo de la misma, en el suelo, dejó el billete que un momento antes había escrito, cuidando de aplastarlo contra el mármol, de manera que pudiese parecer verosímil que no lo hubiesen encontrado cuando tardíamente lo buscaban.

Apenas de regreso en su cuarto, entraba un hombre en el hotel.

Era Newton que, fiel a sus costumbres, hacía su primera información sobre el terreno.

Después de haber maldecido al importuno que nuevamente turbaba su sueño, el fondista había consentido en escucharlo complaciente: un billete de cincuenta francos era la causa de un cambio de humor tan brusco.

Cierto que por pura fórmula el dueño del hotel de la Esperanza había opuesto algunas dificultades a las pretensiones del desconocido, partiendo del principio de que el temor a la policía era el comienzo de

la prudencia; pero los argumentos irresistibles de Newton le habían convencido y al fin le autorizó para que operase tranquilamente en el cuarto del drama, y ya no se ocupó más de él.

Esto era todo lo que quería el detective.

—¿Qué número?—preguntó.

—El 15..., ahí enfrente; la llave ha quedado puesta en la cerradura.

—Perfectamente.

—Pero despache usted pronto... si llega a saberse, me pondría en grave compromiso. Y sobre todo, no toque usted nada de como está.

—Pierda usted cuidado.

Y como el caracol en su concha, el fondista volvió a su cuarto resuelto, como dice el Evangelio, a tener ojos y no ver y oídos y no oir.

—¡Newton!—exclamó Pablo de Vareilles al ver de pronto, por el agujero del tabique, aparecer en el umbral de la puerta la cara afeitada del yanqui, iluminada por la bujía que llevaba en la mano.

Pablo conocía al detective por haberle encontrado varias veces en el Consulado y también en el Café Napolitano, adonde aquél iba todos los días a tomar el aperitivo en una mesa próxima a la suya mientras leía los diarios de la noche.

—¿Newton a sueldo de la baronesa? He aquí una circunstancia que complica algo las cosas, porque en verdad es un *mozo* temible... A este no se le engaña tan fácilmente como al bueno de Lapipe... Pero ¡no importa! — añadió encogiéndose de hombros.—Enredar una madeja es más fácil que desenmarañarla..., y todavía tengo el cabo bueno...

Newton, en tanto, sin preocuparse del desorden de la habitación, la examinaba detenidamente en sus más nimios pormenores.

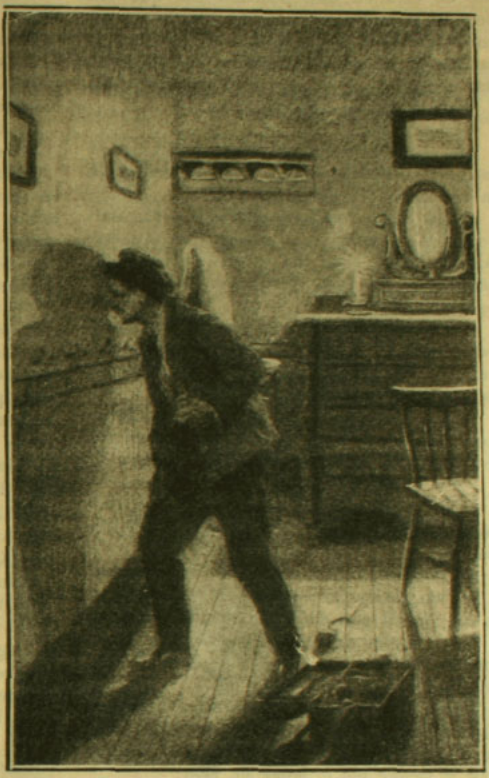
De pronto Pablo sofocó un grito que estuvo a punto de escapársele.

El detective había encontrado el papel que él había colocado al pie de la chimenea; una sonrisa de satisfacción iluminó su rostro.

Leyó rápidamente el billete y se lo metió en el bolsillo.

Después salió; tenía ya lo que quería.

—Vamos—murmuró Pablo de Vareilles—mi plan, después de todo, no estaba mal pensado; estoy seguro de que de este modo el billete irá a parar directamente a manos de la baronesa.



—¡Newton!—exclamó Pablo de Vareilles...

A primera hora de la mañana siguiente, mientras que el falso plomero salía tranquilamente del hotel de la Esperanza, Newton se encaminaba a la avenida Bosquet.

La bella rusa hizo que entrara en seguida en su tocador.

—¿Qué hay?—preguntóle ansiosamente.

—Señora baronesa — contestó alegremente el detective—he logrado mi objeto mejor aún de lo que esperaba... Puede usted estar tranquila.

—¡Hable pronto, se lo ruego!

—En el momento en que los bandidos se revolvían de improviso contra usted y su defensor, éste, sorprendido, dejó caer el papel que galantemente iba a entregar a usted... Durante la lucha, el billete fué empujado contra la chimenea, quedando al

pie de ésta en una posición tal, que era preciso buscarlo con mucho cuidado para encontrarlo... y, en medio de la precipitación de todos los agentes, no supieron dar con él.

—¿Y usted lo tiene?

—Aquí está.

La espía examinó el billete; sí, era el mismo, no cabía duda. Además reconocía la escritura del agregado militar.

—¡Oh, Sr. Newton—exclamó.—Me salva usted la vida... Ahora mismo me disponía a ir a casa del conde Fraskopelly, pero usted me evita este paso inútil y peligroso.

—Si usted lo permite, señora baronesa, esta noche iré al baile de la embajada china y la vigilaré a usted discretamente para que nada malo le suceda.

—Iba a rogárselo a usted, Sr. Newton...; pero se me ocurre que no tiene usted invitación y a la entrada la exigen.

—En efecto.

—No se preocupe usted..., voy a cuidarme de ello y dentro de poco tendrá usted una invitación en su casa.

—Pues hasta la noche, señora baronesa.

—Pues hasta la noche, Sr. Newton, y cuente usted con todo mi agradecimiento.

Y el detective regresó a su casa para tomarse un descanso que consideraba bien ganado.

Todas las mañanas, a las diez, iba Lapipe al muelle de los Orfevres para hacer su informe verbal al jefe de la Seguridad y tomar las órdenes de éste.

Aquel día, cuando llegó allí, el ordenanza le dijo:

—Señor inspector, ha venido, hace cosa de diez minutos, un hombre que ha preguntado por usted... Le he dicho que no tardará usted en venir, pero no ha querido esperarle... y me ha entregado esto para usted.

—Está bien.

Lapipe abrió el sobre y apenas hubo leído las primeras líneas pintóse en su cara el asombro más profundo.

He aquí lo que decía la carta:

"Señor inspector, ayer la casualidad hizo caer en mis manos el billete que el agregado militar X... había entregado en la Comedia Francesa a la dama del hotel de la Esperanza.

"Se lo he llevado a ésta, pero pensando también que su contenido interesaba a usted, lo he copiado. Dice así: "**Mañana el dominó azul y amarillo tendrá los papeles y el monje blanco, la cantidad convenida**".

"Si he podido ser útil a usted, mañana iré a buscar la recompensa debida a este servicio".

La carta no llevaba firma.

—¿Cómo era ese individuo?— preguntó Lapipe.

El ordenanza, después de reunir sus recuerdos, contestó:

—Un hombre alto, bien plantado; rostro joven todavía..., bigote castaño retorcido..., sombrero blando..., sobretodo con cuello de pieles.

—Es indudablemente el salvador de la baronesa—murmuró el inspector.—Y ahora me lo explico todo... Habrá ido a casa de ella para recoger el justo premio de su acto de valor y de paso le habrá entregado el billete...; pero como es un mozo muy listo quiere comer a dos carrillos y se ha dirigido a nosotros al mismo tiempo..., a menos que tenga alguna razon especial para congraciarse con la policía... En fin, mañana lo veremos.

En aquel momento entraba en su despacho el jefe de la Seguridad.

—¿Qué hay de nuevo, Sr. Lapipe?— preguntó al inspector.

—Que he descubierto toda la pandilla de espías—respondió éste—y si el señor jefe de Seguridad me lo permite...

Y relató rápidamente los sucesos ocurridos desde la víspera.

—¿Y qué piensa usted hacer, Sr. Lapipe?

—Lo siguiente. No cabe duda de que el lugar de la cita a que el billete se refiere, es el baile que da esta noche la embajada china y del que todo el mundo habla desde hace un mes.

—Opino lo mismo.

—Pues bien, tomaré todas mis disposiciones para que mientras la baronesa me da a mí, que llevaré un disfraz de monje blanco, los papeles, el agregado militar entregue el sobre con el dinero a uno de sus agentes jóvenes, delgado y de figura delicada, que llevará un dominó azul y amarillo.

—¡Hermosa carambola, Sr. Lapipe! Pero ¿y el monje y el dominó auténticos?

—Procuraremos hábilmente que no puedan encontrarse antes de que cada uno de nosotros se haya avistado con cada uno de ellos... Después, que tengan las explicaciones que quieran.

—¡Sobre todo no dar un golpe en vago, Sr. Lapipe!

—Descuide usted, señor jefe de Segu-

ridad; sé lo que traigo entre manos y este será mi **finis coronat opus**...

—¿Qué quiere usted decir?

—Que después de esto pido mi retiro, porque mi mujer se aburre en París y yo también, desde hace tiempo, tengo ganas de ir a vivir tranquilamente en el campo, entre mis gallinas y mis gansos.

—¡Oh, Sr. Lapipe!—exclamó riendo su interlocutor. De agentes como usted no se desprende nunca la policía.

En el entretanto, Pablo de Vareilles frotábase alegremente las manos.

—Para no encontrar a las personas a quienes uno va a ver—decía,—no hay como enterarse de las horas en que con seguridad ha de hallárselas... ¡Gracias sean dadas a la exactitud de ese buen Lapipe, que por nada del mundo llegaría al muelle de Orsay un momento antes de las diez!... Y ahora pensemos en Newton.

El detective era quien más le preocupaba; la baronesa tenía en él un aliado valiosísimo que sin duda alguna velaría por su cliente durante el baile. Era, pues, menester llamar su atención hacia otro lado, pero ¿cómo?

De pronto golpeóse la frente, recordando haber oído hablar en el consulado del motivo de su estancia en París.

—Vamos— murmuró,— con un poco de suerte todo irá al pelo.

Aquella misma noche **Le Temps**, que el detective leía todos los días en el Café Napolitano, insertaba la siguiente noticia:

"Al fin se está sobre la pista del asesino de mistress Aesthon, la multimillonaria de Nueva York, sabiéndose ya de él que con nombre supuesto alternaba en la alta sociedad extranjera. Seguramente no tardará en caer en manos del inspector Lapipe, encargado de esta detención sensacional".

El movimiento que hizo Newton al leer aquellas pocas líneas no escapó a Pablo de Vareilles, quien, sentado a una mesa cercana, parecía embebido en la contemplación de un periódico ilustrado, y le demostró que había logrado el fin que se proponía.

—¡Lapipe!— gruñía el detective entre dientes.—¡Será Lapipe quien cobre la formidable prima!... ¡En verdad que la cosa tendría gracia!... ¡Venga usted de América para que le cojan la presa en sus mismas barbas!...

Levantóse, regresó a su casa con paso febril, sin percatarse de que Pablo le seguía de lejos, y recogió, con gesto del mal humor, de manos del portero el sobre que para él había dejado con grandes recomendaciones de la baronesa.

Un cuarto de hora después sonaba el timbre del teléfono, cuya instalación en su domicilio había sido uno de los primeros cuidados de Newton.

Descolgó los receptores y escuchó.

—¿Es ahí la Seguridad?—oyó que preguntaban.

Iba a contestar negativamente cuando se le ocurrió que de todos modos era interesante escuchar lo que se decía a la policía.

Y echando rápidamente el pañuelo sobre la plancha para que no se distinguiese claramente su voz, respondió:

—Sí.

—¿Es usted el jefe?

—Sí—contestó Newton sin vacilar.

—Se oye bastante mal; diríase que está usted a cien leguas.

—¿Qué ocurre?

—El asesino de la multimillonaria...

El detective sintió que le flaqueaban las piernas.

¡Una circunstancia inesperada iba a ponerle sobre la pista que inútilmente perseguía desde hacía tanto tiempo?

—¿De Mrs. Aesthon?—dijo casi sin poder respirar.—¿Y qué hay?

—Que tengo el hilo, señor jefe...

Gotas de sudor resbalaron por la frente del detective.

—Siga usted...

—Esta noche irá al baile de la embajada de China.

El corazón de Newton latía con violencia.

Su interlocutor prosiguió:

—Disfrazado de...

En aquel momento callóse bruscamente la voz; habían quitado la comunicación telefónica.

—¡Centro!... ¡Centro!... — gritó desesperadamente Newton. — ¡Centro!... ¡Señorita!...

Pero el teléfono permanecía inexorablemente mudo.

—¡Naufragar así a la vista del puerto! - exclamaba con acento lastimero el detective, hundido en una butaca.—¡No poder aprovecharse hasta el final de esa equivocación!.. Es demasiada desgracia, a fe mía!

Pero recobrando de pronto toda su energía añadió, poniéndose de pie:

—¡No importa! También estaré yo en ese baile y dejo de ser quien soy si no echo mano a mi hombre antes que Lapipe.

Un campanillazo interrumpió sus reflexiones; le traían el traje de jeque marroquí con que había de disfrazarse. Y mientras lo dejaba rabiosamente sobre una silla, Pablo de Vareilles salía de una estación telefónica cercana, diciéndose alegremente:

—¡Uf!.. ¡Al fin estoy libre de mi Newton toda la noche!... No es hombre para perseguir dos liebres a la vez... Bien es verdad—anadió riendo—que probablemente no cazará más que un gazapo.

CAPITULO X

Caretas y dominós

El baile de máscaras de la embajada de China era uno de los grandes acontecimientos de la temporada mundana, al que tenían gran empeño en asistir toda la alta sociedad parisiense y toda la colonia extranjera.

Su Excelencia Tchin-Hung-Khon había querido dar a aquella fiesta una pompa inusitada.

Hábiles decoradores, maestros en la materia, habían realizado en el palacio de la calle de Babilonia una admirable evocación del Extremo Oriente.

Los salones habían sido transformados en interiores de pagodas; las más pequeñas estancias, repletas de lacas y de sederías eran una nota pintoresca de color local, y en el hall inmenso, construído en el jardín, habíase copiado un rincón del Palacio de Verano, con sus puentes recortados y calados sobre un plateado lago, sus estatuitas de extraños dragones, su flora exótica, sus bosquecillos de azaleas gigantes y de gigantescos rosagos, sus morales enormes en que se posaban blancos pavos reales y sus terrazas floridas, desde las cuales. por una delicada atención al país cuyo huésped el embajador era, veíase al través de glicinas color de malva la puerta de honor de la legación de Francia en Pekín y flotando sobre ella la bandera tricolor.

Desde las diez, todas las calles vecinas rebosaban de elegantes carruajes y trepidantes automóviles.

A la puerta habíase organizado una vigilancia severa para que sólo los invitados, cubiertos con el antifaz de rigor, pudiesen penetrar en la embajada, y a más de uno se había detenido al entrar, rogándole respetuosamente que se sirviera justificar su identidad.

Lapipe había puesto a Touffe y a Brisemiche entre los inspectores encargados de esa misión difícil, con orden de conducir al dominó azul y amarillo, cuando se presentase, a un pequeño cuarto retirado y no dejarlo salir de allí hasta que el agente especialmente destinado a ello, que llevaría un dominó igual, se hubiese avistado con el monje blanco, es decir, con el agregado militar.

Una vez adquirida la prueba de que se estaba sobre la verdadera pista, se registraría a la baronesa, se le quitarían los planos que llevase encima, y cogida de este modo en flagrante delito, sería transladada a la Seguridad con una buena escolta.

El gran salón de baile ofrecía un golpe de vista fantástico, con todos aquellos trajes multicolores, cuyas lentejuelas de oro brillaban, como un río de oro, heridas por la luz de mil lámparas eléctricas.

La orquesta tocaba sin cesar y mientras las parejas enlazadas danzaban con ardor, otras fraguaban discretas intrigas. En los sitios apartados, y a favor del antifaz obligatorio, Arlequines cortejaban a Salomés y Caperucitas encarnadas coqueteaban con alegres Polichinelas.

Mientras la bella rusa, con su dominó rosa y negro, tal como le indicaba el falsificado billete, buscaba en vano al astrólogo con quien estaba citada, el conde Vraskopelly, disfrazado de monje blanco,

se dirigía a un dominó azul y amarillo, que sentado en un lugar algo retirado, parecía mirar con interés los alegres grupos, jugando distraídamente con su abanico abierto.

En el momento en que el capitán iba a pasar por delante de aquel dominó esperando que éste le autorizara con un ademán para acercarse, el abanico se escapó de las manos que lo movían y cayó al suelo.

El capitán se bajó en seguida, pero al recogerlo vió que en él había escritas unas líneas, que leyó rápidamente:

Ni una palabra; nos escuchan. Los documentos están en mi chal de encaje negro. Transmitidme el dinero por el mismo procedimiento.

Lapipe había imaginado este medio ingenioso de evitar entre los dos personajes toda conversación que habría delatado la voz masculina de su agente.

El conde inclinóse profundamente ante aquella joven, que no dudaba fuese la baronesa de Braensweski, y le entregó su abanico.

La fingida dama dióle las gracias con un airoso movimiento de cabeza, levantóse y se alejó; pero al partir dejóse olvidado en la silla su chal de encaje negro.

El conde lo cogió y se precipitó hacia allá para entregárselo: pero el dominó azul y amarillo había desaparecido ya entre la apretada muchedumbre. Entonces púsose en su seguimiento, no sin haber cuidado de retirar y meterse en el bolsillo el voluminoso sobre que en el chal estaba oculto.

Un hombre había observado, sin ser visto, toda aquella escena.

Era Pablo Vareilles.

Plantado como un bobalicón delante de la casa en que vivía Newton, había presenciado cómo éste, disfrazado de jeque marroquí, había subido al coche; y sabiendo ya a que atenerse sobre tan importante punto, media hora después, en traje de mandarín, penetraba también en los salones de la embajada y entre las innumerables máscaras que los llenaban, poníase a buscar al monje blanco.

Al capitán iban a parar todos los hilos de las intrigas por él tramadas: así es que, en cuando dió con él, no dejó de seguir todos sus pasos.

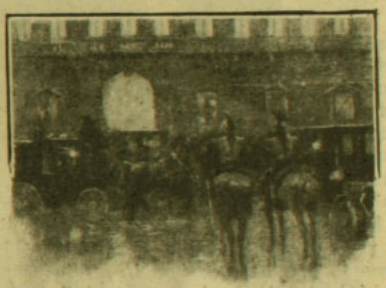
Con su vista ejercitada de **cow boy** no había perdido una sola fase de la maniobra del agente de la Seguridad, que entregaba con las precauciones que hemos visto documentos falsos a Fraskopelly, ni de la de éste cuando se alejó con el chal del dominó azul y amarillo, del que probablemente se serviría a su vez para entregar a su cómplice la fuerte suma, precio convenido del odioso tráfico.

—¡La cosa ha ido a pedir de boca!... Ese bueno de Lapipe ha tramado maravillosamente mi asunto. No habría salido mejor si nos hubiésemos puesto previamente de acuerdo.

Mientras se hacía estas consideraciones, no perdía de vista al agregado militar, a quien vió sacar de entre los encajes el precioso paquete substituyéndolo en seguida por otro menos abultado.

Entonces murmuró en tono alegre:

—¡Hola... ahí está el dinero!... Este



es el que ahora me hace falta y por poco que las circunstancias me ayuden, no tardaré en tenerlo.

El monje blanco, en el entretanto, seguía buscando al dominó azul y amarillo; pero, cosa extraordinaria, en cuanto lo hubo encontrado no se acercó a él sino que, por el contrario, fué el dominó el que, a su vez, pareció seguirle.

De este modo se dirigieron al buffet en donde se agolpaba una multitud compacta, empujándose en espantosa confusión. El monje y el dominó se vieron presos en las apretadas filas y sus esfuerzos para juntarse resultaron inútiles; interponíase entre ellos un mandarín que, cogido entre uno y otro, no podía salir de allí, pues cuanto más intentaba escapar tanto más le empujaba aquella ola humana.

Al fin el monje consiguió estirar la mano hasta el dominó para devolverle discretamente el chal; pero para que éste volviera a poder de su dueña hubo de repetir varias veces la maniobra. Y cuando al fin volvió, el sobre que estaba cuida-

dosamente envuelto en los encajes había sido, por el camino, substraído, con destreza de prestidigitador, por el mandarín y reemplazado por otro, sin que el capitán ni la supuesta baronesa se hubiesen percatado de la substitución.

—¡Uf!—exclamó Pablo para sus adentros.—Ya tengo el paquete, y me parece que no es pequeña al cantidad que contiene; los pobres de París se aprovecharán de ella... De todos modos, mi Sr. Lapipe se formará un singular concepto del modo cómo el agregado militar de X paga a sus espías... No valía la pena de tomar tantas precauciones para entregarse mutuamente unos papeles sin valor alguno... Y ahora, sigamos a nuestro hombre, que él nos indicará seguramente dónde está el inspector.

Volviendo sobre sus pasos, como si desesperase ya de poder llegar hasta el buffet, el dominó azul y amarillo fué a juntarse en seguida en un rincón del hall con un individuo disfrazado de general boer que, apoyado en un inmenso dragón dorado, parecía mirar tranquilamente a los bailarines, y le entregó el sobre que acababan de darle.

El agente había terminado su cometido y podía, por consiguiente, marcharse. El general boer le ofreció el brazo, lo acompañó hasta el guardarropa y al llegar al sitio en donde se recogían las invitaciones se separó de él haciéndole una gran cortesía, como si se tratara de un personaje de alto copete. Luego el boer, dirigiéndose a los dos chinos que continuaban examinando atentemente a los pocos invitados que en aquella hora avanzada se presentaban todavía, les preguntó:

—¿Y bien?

—Aún no ha entrado ningún dominó azul y amarillo, señor jefe — respondió Touffe.

Lapipe no pudo contener un movimiento de sorpresa.

—¿Está usted seguro?—interrogó.

—Segurísimo ¿verdad, Brisemiche?

—Absolutamente seguro— contestó éste corroborando la afirmación de su compañero.

—¡No es posible!—refunfuñó Lapipe.—¿Habrá entrado en sospechas a última hora la baronesa?... Y sin embargo, Fraskopelly estaba ahí... ¿Qué significa esto? Son las doce—añadió consultando el reloj.—De todos modos no hay nada perdido... Aún puede venir.

Y volviéndose a los agentes, les dijo.

—Sigan ustedes vigilando y avísenme en seguida, ¿estamos?

Al decir esto había ido elevando la voz sin darse cuenta, y Pablo que, durante aquel conciliábulo se había poco a poco acercado al inspector, oyó sus últimas palabras.

Entonces se le ocurrió de pronto una idea.

—¡Sería ya demasiado bromazo!—pensó.

El salón de fumar estaba desierto cuando entró en él Lapipe; hacía mucho rato que encima de las mesas no quedaba ni un cigarrillo; los invitados habían arramblado con todo, como en país conquistado.

El inspector se registró los bolsillos y soltó un terno; se había olvidado el tabaco.

Un mandarín, que había entrado allí inmediatamente después que él y visto su ademán de contrariedad ante las cajas vacías, acercósele diciendo:

—Esto es aún peor que en las recepciones de la Casa de la Ciudad... ¡No han dejado nada!

Y sacándose del bolsillo una elegante petaca de plata se la presentó a Lapipe.

—¿Me permite usted que le ofrezca un cigarrillo, caballero?—díjole amablemente.

El ofrecimiento no podía ser más oportuno.

—Con mucho gusto.

—Es tabaco amarillo.

—Precisamente me entusiasma.

Esta insignificante fineza había conciliado a aquellos dos hombres que se sentaron y se pusieron a conversar.

—¡Hermosa fiesta!—comenzó diciendo el mandarín.—El embajador ha hecho realmente bien las cosas... Esa reconstrucción de los jardines del Palacio de Verano es una nota de arte maravillosa.

Lapipe aspiraba en silencio las primeras chupadas de su cigarrillo, cuando de pronto exclamó en alta voz, pero como hablando consigo mismo.

—¡Es extraño!... el olor de este tabaco me recuerda algo... ¿pero qué?

En aquel momento pasaba por delante de la puerta una pastora Luis XV del brazo de un señor florentino.

El mandarín, al verla, levantóse de pronto diciendo:

—¡Calle! ¡Si es la condesa de Bolatinolle!

Y volviéndose hacia su interlocutor, añadió:

—Permítame usted que le deje un momento; vuelvo en seguida.

Pero una vez fuera, no se ocupó de la pastora Luis XV ni del señor florentino, sino que, dirigiéndose al salón de baile, buscó entre la multitud hasta que divisó la alta estatura del general marroquí.

Entonces fuése directamente hacia Newton que se escurría de grupo en grupo, esforzándose con febril actividad en descubrir al inspector francés y rabiando porque no lograba encontrarle.

Acercóse Pablo al detective y tirándole discretamente de la manga, murmuró en voz baja.

—¡Señor jefe!

Newton se estremeció. ¿Acudía una vez más la Providencia en su ayuda? Decididamente estaba escrito que se aprovecharía hasta el final de un quidproquo que se prolongaba de un modo inesperado.

—¿Qué hay?—preguntó.

—Que ya es nuestro; está en el salón de fumar disfrazado de general boer.

—Perfectamente.

—Voy a avisar a los compañeros y le echamos el guante.

—Vaya usted.

Y mientras se alejaba el mandarín, el detective, estremeciéndose de placer, decía:

—Antes de que ese haya reunido a sus camaradas, el asesino de Mrs. Aesthon caerá en mi poder.

Y se encaminó corriendo más bien que andando, hacia el salón-cito en donde estaba Lapipe; pero al llegar al umbral de la puerta se detuvo; un olor a humo de una suavidad acre le cosquilleaba las narices.

—¡Tabaco Brackemond!—exclamó aspirando lentamente. Lo reconozco.., tiene un perfume especial que un inteligente no puede confundir con ningún otro.

Ya no tenía ninguna duda, pues si alguna le quedaba, aquel tabaco la desvaneció enteramente; el hombre que estaba delante de él era el mismo del hotel de los Príncipes de Portugal, el asesino de Nueva York que, con un golpe de inaudita audacia, había escapado a la policía francesa, que le perseguía desde su desembarco.

Lapipe, tranquilamente en su butaca, lanzaba al aire azules bocanadas de humo, tratando de descubrir qué era lo que le recordaba el olor especial de aquel tabaco.

De pronto, vió delante de él a un jeque marroquí que, apuntándole un revólver, le decía:

—¡Ríndase usted!

El movimiento de asombro que no pudo contener el inspector hizo que se le cayese la careta.

—¡Lapipe!— exclamó el detective, bajando el arma y quitándose a su vez el antifaz.

—¡Newton!—gritó el inspector, no menos estupefacto.—¿Qué significa ésto? ¿El otro día fuí yo quien le prendí a usted, y hoy es usted quien quiere detenerme?

El detective sonrióse, a pesar suyo, pues malditas las ganas que tenía de reir, y gruñó entre dientes malhumorado.

—¡Pues bien, estamos en paz!

—Pero, ¿cómo diantre se halla usted aquí, amigo Newton?

—Seguramente por la misma razón de

—¡Ríndase usted!

usted—respondió el yanqui algo corrido.

—¡*No lo creo*!

—¿No busca usted al asesino de Nueva York?

—¿Al asesino de Nueva York?—exclamó el inspector.—¡Pero si acaban de detenerle en Roma!... Hace un instante nos lo han comunicado *oficialmente* a la Seguridad.

El detective sintió que le flaqueaban las piernas. La prima tras de la cual corría con tanto empeño se le escapaba definitivamente; no le quedaba más recurso que volverse a América con las manos vacías.

—¡Ah, pobre Sr. Lapipe!—dijo en tono de lamentación.— Hace un momento creí tener en mis manos al hombre a quien dejó usted escapar en la calle de Biot.

—¿Al ladrón de fondas?

—¡Qué ladrón de fondas!... Tengo el sentimiento de participar a usted que aquel día se equivocó usted de medio a medio... Oiga usted bien lo que voy a decirle: el ladrón a que usted se refiere no era el autor sino la víctima del crimen del hotel de los Príncipes de Portugal.

—¿Qué quiere usted decir?— preguntó Lapipe en el colmo del asombro.

—Que el individuo a quie siguió usted después que desembarcó del **Black Old Dog** halló la manera de despistarle poniendo en su lugar el cadáver de un pillete de baja estofa que, según todas las probabilidades, había querido asesinarle durante la noche con ánimo de robarle.

—¿Está usted seguro de ello?

—Segurísimo.

Y en pocas palabras púsole al corriente del resultado de sus pesquisas en la calle de Biot.

—¡Voto a Sanes!—gruñó Lapipe durante aquel relato, que le hacía caer inesperadamente la venda de los ojos.

—Lo que no me explico—añadió Newton con cierta ironía—es que se dejase usted engañar con semejante farsa.

—¡Qué demonio!— replicó Lapipe un tanto molestado.—El muy pillo había tenido buen cuidado de dormirme antes de dar el golpe, y ¡vaya usted a ver claro en un asunto como aquél teniendo la cabeza embotada por los vapores del metilo!... Pero todo esto no me explica cómo podía uster tener la certeza de que el hombre que estaba aquí era el mismo de la calle de Biot.

—¡Oh, mi querido amigo! Una simple casualidad..., uno de esos vagos indicios de los cuales los hombres de nuestra profesión hemos de sacar partido para desenmascarar las situaciones más complicadas y más obscuras.

—Pero, además de esto...

—El tabaco que usted fuma, que tiene un poco de opio y un sabor particular y que no se importa en Francia, siendo menester traerlo *personalmente* de América...

—¿Qué deducía usted de esto?

—En el suelo de la habitación del hotel de los Príncipes de Portugal había encontrado yo unas briznas de este tabaco...

—De modo que, convencido de que el asesino de Nueva York...

—Pasajero del **Black Old Dog** y cliente del hotel de los Príncipes de Portugal...

—Vivía aún y advertido de que esta noche vendría a este baile...

—Bien podría figurarme que era él el que fumaba tranquilamente en este salón tabaco de Brackemond, de México.

Al oír este nombre, Lapipe con rápido ademán quitóse el cigarro de la boca y miró en la punta emboquillada las letras doradas, medio borradas por su saliva.

—¡Brackemond, de México!—exclamó palideciendo.—¡En este caso!...

—¿Qué?

—En el cuarto del hotel de la Esperanza...

—Adonde usted acudió en socorro de la baronesa de Brauersweski...

—¡Canastos!— gritó el inspector colérico.—¡Pero usted lo sabe todo!

—¿Y a usted qué le importa? Siga usted.

—El hombre que tan misteriosamente desapareció después de haber salvado a la rusa, no dejó más seña de identidad que un pedazo de emboquillado como éste.

—Pues bien—afirmó con flema el detective,—aquel hombre era él también..., como lo es asimismo el mandarín que ha ofrecido a usted ese famoso cigarrillo...

—Y que después ha ido a avisar a usted...

—Para burlarse de los dos...

—¡De usted, mi querido Newton!

—Pero ¿qué interés podía tener en ello? —dijo el detective un tanto picado.

—¡Oh! Lo ignoro—respondió el inspector riendo.—Al fin y al cabo no era yo quien perseguía al asesino de Nueva York.

Newton estaba a punto de enfadarse, pero en seguida reflexionó que era inútil; no tenía más que volverse a América; todo lo demás importaba un comino.

—Vamos a ver, Sr. Lapipe—dijo—¿no sería mejor que, en vez de disputarnos, procurase usted dar con ese individuo?... Un

mozo de ese temple debe tener cosas muy interesantes que contestar a la policía.

—¿Llevaba una túnica verde, no es verdad?

—Con botones de cristal... Paréceme que será difícil echarle el guante.

—¿No querría usted prestarme su ayuda, señor Newton?

—Estoy un poco cansado, amigo mío, y más que ayudar a usted quisiera que usted me diese su licencia para irme a la cama.

—Está bien — contestó el inspector algo molestado.—Después de todo, no necesito a nadie... ¡Hasta la vista, Newton!

—¡Hasta la vista, Lapipe... ¡Y buena suerte!

Y después de haber estrechado la mano de su colega, el detective se retiró.

Por un momento buscó, entre la multitud, al dominó rosa y negro, para decirle que se marchaba; pero no viéndolo, supuso que la baronesa se habría retirado ya y, a su vez, hizo lo propio, mientras Lapipe iba en busca de su mandarín.

Pablo de Vareilles había previsto esto, así es que en cuanto hubo dejado frente a frente al detective y al inspector, quitóse rápidamente el traje chino, debajo del cual llevaba un disfraz de arlequín.

De esta manera pudo ver cómodamente al boer buscándole por todas partes hasta que, desesperado de encontrarle, salió de la embajada cuando la orquesta tocaba el último vals.

CAPITULO XI

Una apuesta singular

A la mañana siguiente, la baronesa de Brauerswesky se preguntaba, no sin cierta inquietud, por qué razón el agregado militar no había acudido a la cita que él mismo le diera, cuando se le presentó Newton que iba a despedirse de su cliente por haber decidido salir en el primer vapor, de Francia, en donde nada tenía ya que hacer. Las explicaciones del detective calmaron un tanto su ansiedad, pues de ellas parecía deducirse que si el astrólogo no había comparecido en el baile era porque, habiendo husmeado la presencia de Lapipe y de sus acólitos, había dejado la entrevista para una ocasión más favorable.

La bella rusa empezaba, pues, a tranquilizarse cuando anunciaron al conde Fraskopelly.

Para que el capitán olvidase toda prudencia que le vedaba presentarse en aquella casa, fuera de las noches de recepción en que a ella acudía todo París, era menester que tuviera un motivo poderoso.

—¡Que entre!—dijo vivamente la baronesa.

Y viendo que el detective se disponía a retirarse, añadió:

—No se vaya usted, señor Newton, se lo ruego; tal vez tendremos necesidad de sus consejos.

El oficial, después de haber devuelto su chal de encajes al dominó azul y amarillo, según hemos visto, había tomado precipitadamente su auto y se había apresurado a regresar a la embajada con su precioso botín.

Pero al abrir el paquete que su cómplice le entregara, a cambio de los cincuenta billetes de mil francos, había lanzado un grito de sorpresa y de contrariedad: el paquete no contenía más que hojas de papel blanco.

—¿Qué significaba aquello?

Al día siguiente, a primera hora, corrió a casa de la baronesa para que ésta le explicase aquel misterio.

Pero apenas empezó a hablar, la baronesa le interrumpió:

—¿Usted estaba anoche en el baile?

—Sí, señora, disfrazado de monje blanco, tal como se lo había advertido a usted.

—Dispense usted, amigo mío, pero el disfraz que debía usted llevar era el de astrólogo—dijo la dama presentándole el billete en que le había dado sus instrucciones.

—¡Pero si este billete no es el que yo le dí a usted en el teatro!—exclamó Fraskopelly aterrado.

Y añadió, golpeándose la frente:

—¿Entonces quién era el dominó azul y amarillo que me dió un paquete y a quien yo entregué mi sobre?... ¡Ni un momento dudé de que fuese usted!

Asaltada por un repentino presentimiento, la baronesa se dirigió a su escritorio y sacó de él el paquete atado y lacrado que la noche antes se había llevado inútilmente consigo.

Hizo saltar los sellos, desató los cordeles y de pronto su rostro reveló una expresión de terror: en el paquete no había más que los pedazos de diario que en él

pusiera Pablo de Vareilles la noche del crimen.

Los dos cómplices se miraban aterrados. Al fin la bella rusa tuvo alientos para murmurar:

—Y sin embargo yo misma lo había puesto en la caja de caudales del Sr. Kopf-strauss... y yo misma fuí a sacarlo de allí... Y sólo el banquero y yo conocíamos la cifra de la combinación que permitía abrir el arca...

—¿Y qué cifra era?—preguntó Newton que hasta entonces había guardado silencio.

—24.785.

—¡785?—exclamó el detective, acordándose de la conversación que con el inspector había tenido en el despacho del juez de instrucción...—¡Pues si este es el número que había escrito en un pedacito de papel que el asesino se dejó en el cuarto que ocupaba encima de la habitación de su víctima!

—¿Y qué?—interrumpió la baronesa cada vez más pálida.

—Que había alguien,—siguió diciendo el detective—que tenía interés en apoderarse de aquellos documentos aunque fuese a costa de un crimen...

La bella rusa no le dió tiempo de completar su frase, pues cayó desmayada en una butaca balbuceando:

—¡Estoy perdida!... ¡La policía lo sabe todo!...

Una hora después tomaba el tren para la frontera, temiendo a cada momento ser detenida. Para explicar aquel repentino viaje, limitóse a decir a sus criados que la llamaban con urgencia a Riga, al lado de un pariente gravemente enfermo.

La prefectura, considerando inútil poner a la justicia al corriente de los verdaderos motivos de aquella desaparición, había enviado a los periódicos una nota que dejaba traslucir que la partida de la baronesa debíase a una historia de amor; y la opinión pública, aguijoneada su curiosidad por aquel escándalo mundano, no pidió más explicaciones.

A los de la cuadrilla de los "Ases de Oro" se les puso en libertad después de haberlos tenido algún tiempo en la cárcel; no era posible hacerlos comparecer ante un tribunal correccional, que hubiera librado de ellos al bulevar por unos cuantos meses, sin divulgar enojosamente el suceso de la calle de Ramus, sobre el cual convenía también guardar silencio.

De este modo, los malhechores, que no eran dignos de aprovecharse de la más mínima circunstancia atenuante, se beneficiaron de una complicación internacional

En cuanto al conde Fraskopelly, nuestro embajador en X, quejóse a aquel gobierno del papel sospechoso que el agregado militar venía, al parecer, desempeñando desde hacía algún tiempo, y advirtió que no se toleraría más su presencia en Francia.

La principal misión de todos los agregados militares que las potencias recíprocamente se envían, consiste en dedicarse más o menos al espionaje; pero la cuestión estriba en que sus manejos no sean descubiertos, en el cual caso, al primer síntoma de alarma, se les desautoriza y destituye. Y esto fué lo que le sucedió al poco hábil capitán.

Quince días después de la partida precipitada de la baronesa, el conde recibía la orden de reunirse a su regimiento que estaba de guarnición en un lugar apartado.

Antes de salir para siempre de París, había juntado a algunas de sus amistades en un banquete de despedida.

En torno de la mesa del restaurant de moda cubierta de flores, sentábanse el príncipe de Visconti, primer secretario de su embajada, el conde Otón de Schlakemburgo, el duque de Vaintrailles, el célebre sportsman, el comandante Potziabeneff, Reginaldo Farweth, el rico americano, y de mujeres, Rosa Tremiere, la linda cantante de opereta, la bella Otero, la rubísima Suzale Dervanne y Sminta de Fradesv, la amazona de alta escuela que en aquella época hacía acudir todo París al Nuevo Circo.

Las viandas habían sido estimulantes y los vinos generosos habían corrido en abundancia, así es que a la mitad de la comida los comensales estaban ya un tanto achispados y sus cabezas se conservaban poco firmes.

Iban a servir el helado, cuando el capitán Fraskopelly se levantó, no sin trabajo, y golpeando en su copa para reclamar silencio, dijo con voz insegura:

—Señoras... caballeros.... acabo de hacer una apuesta con el comandante Potziabeneff aquí presente.... y de ella vais a ser todos testigos...

—¡Sí, sí!—gritaron muchos.

—He apostado—siguió diciendo el capitán, agarrándose a la mesa para no caer de bruces—he apostado... he...

Su borrachera le impidió seguir de momento el hilo de su discurso; pero después

de un instante de vacilación, se repuso y prosiguió:

—He apostado..., a que me casaría con la primera mujer rubia que mañana, a las tres de la tarde, pasase por la esquina derecha de la calle de Enghién y del Arrabal Poissonniere.. El comandante afirma que no soy capaz de hacerlo y yo sostengo que sí...

Esta idea extravagante que sólo podía ocurrírseles a dos beodos inconscientes de lo que hacían, fué acogida con gran entusiasmo por los comensales.

En seguida se formaron dos bandos, uno que opinaba que el capitán cumpliría su apuesta y otro que pensaba lo contrario. Discutíase enérgicamente y cada cual emitía ruidosamente su parecer, cuando Reginaldo Farweth, el único que se había conservado sereno, consiguió al fin que los demás le dejaran hablar y se expresó en estos términos:

—Mi querido capitán, ninguno de los presentes duda de que pueda a usted serle fácil su proyecto; pero, ¡por el amor de Dios, desista usted de él! El azar puede serle a usted desfavorable y obligarle a casarse con alguna muchacha indigna que le deshonrará y a la que usted habrá de arrastrar toda la vida como el presidiario arrastra una bala de cañón... Arriesgar su porvenir tan brillante, comprometer su carrera hasta ahora tan honrosamente ejercida, por una apuesta tan estúpida, es una verdadera locura... ¡Renuncie usted a ella prudentemente! El comandante será el primero en relevarle de su palabra.

—Tiene razón Reginaldo—dijo Otón de Schlakemburg ya más sereno.

Pero el capitán Fraskopelly, irguiéndose con altivez, cruzó los brazos y en tono altanero dijo:

—Mi querido Farweth, merecería usted que le enviase ahora mismo dos amigos para pedirle una reparación por ese insulto... Sepa usted que los condes de Fraskopelly, en primer lugar, no hacen nunca apuestas estúpidas, y en segundo lugar, jamás las pierden...

—¡Bravo, Frasko!—gritó Rosa Tremiere entusiasmada con la bravata del capitán.

Animado por la aprobación de aquella hermosa mujer a la que en vano había cortejado durante mucho tiempo, el conde prosiguió:

—En 1610, uno de mis antepasados, Cristián de Fraskopelly, capitán de los dragones de la reina, apostó a que se arrojaría desde lo alto de un despeñadero de ochenta metros de altura; era buscar una muerte segura, y sin embargo se arrojó y se mató...

—¡Bravo!—exclamó la cantante batiendo palmas.

—En 1715, mi tatarabuelo, Erico de Fraskopelly, coronel de caballería ligera, condecorado por haber cogido con sus propias manos cinco banderas en no sé qué batalla, apostó a que se sentaría sobre un barril de pólvora y fumaría, sentado allí, su pipa; era exponerse a prender fuego y a volar, y en efecto voló...

—¡Y quedó muerto!—añadió flemáticamente el yanqui terminando la frase.

—En 1840—siguió diciendo el capitán—mi abuelo Federico de Fraskopelly, al final de una comida de los coraceros de la guardia, pidió un dado y dijo: "Señores, voy a hacerles una proposición; tiraré el dado al aire; si al caer queda encima el 1, me entregarán ustedes 10,000 francos; si el 2, yo iré de aquí a París a gatas con el casco puesto; si el 3, me darán ustedes 50.000 francos; si el 4, me beberé quince botellas de champaña francés una después de otra; si el 5, pondrán ustedes a mi disposición 150,000 francos, con los que pagaré la décima parte de mis deudas, y si el 6, me batiré a sable con todos ustedes sucesivamente". Los oficiales aceptaron la proposición, mi abuelo echó el dado al aire...

—¿Y no cayó?—dijo el duque de Vaintrailles.

—Perdone usted, cayó quedando a la vista el 4...

—¿Y su abuelo se bebió las quince botellas?

—Se las bebió, mi querido duque, después de lo cual lo llevaron a una casa de locos, en donde acabó sus días... Seño-

res, ustedes convendrán conmigo en que mi apuesta es mucho menos difícil de realizar... Todavía estaré un mes en París y este tiempo es más que suficiente para casarme... Emplazo a ustedes aquí mismo para dentro de ocho días..., para comunicarles el nombre de mi novia.

Dicho esto se sentó, incapaz de mantenerse un momento más en equilibrio sobre sus piernas vacilantes, entre los aplausos de todos los comensales, que estaban a cual más borracho.

Y al día siguiente, a las tres menos cuarto, dos caballeros, de levita, sombrero de copa y guantes claros, se apeaban de un lujoso automóvil que se detuvo en la esquina de la calle de Enbhién y del Arrabal Poissonniere.

Eran el capitán Fraskopelly y su amigo el conde Otón de Schlakemburg.

Este tenía el reloj en la mano y a media voz contaba: las dos y cincuenta y siete..., las dos y cincuenta y ocho..., las dos y cincuenta y nueve...

De pronto exclamó:

—¡Las tres!

En aquel preciso momento desembocaba por la calle de Enghién una muchacha rubia.

Era Gineta Levasseur que, con una larga caja de cartón debajo del brazo, iba a entregar su labor, un corpiño de bordado inglés y malla, que era una verdadera maravilla salida de sus dedos de hada.

Caminaba de prisa y ligera como un pájaro y estaba deliciosamente linda con su modesto traje ceñido, que hacía resaltar la esbeltez de su figura, y con su cofia de terciopelo negro, por debajo de la cual asomaba su caballera rubia, que despedía rayos de oro en medio de la clara atmósfera de aquel hermoso día de invierno, precursor de la próxima primavera.

La joven tenía una expresión sumamente alegre.

No sólo no le faltaba trabajo, sino que apenas podía atender a los encargos que de todos lados recibía.

Desde aquel día del año anterior en que se había dejado caer en un banco desolada y sollozante porque un pilluelo había derramado intencionalmente un bote de pintura sobre la falda que tanto trabajo le costaba, no había tenido motivos para quejarse.

La inesperada generosidad de aquel desconocido que le puso en la mano quinientos francos, habíale traído suerte.

Había atravesado el período de otoño, siempre difícil para la obrera parisiense, sin sentir las terribles angustias del mañana, y durante el invierno había podido trabajar en su pisito de Belleville delante de la chimenea llena de un buen juego que desentumecía sus dedos y hacía parecer menos largas las horas de la veladas.

En el momento en que Gineta, doblando la esquina de la calle de Enghién, entraba en el arrabal Poissonniere, un hombre se inclinó ante ella quitándose el sombrero ceremoniosamente. La joven se detuvo maquinalmente para escucharle.

Un tanto desconcertada y creída de que se las había con un loco, Gineta se encogió de hombros y se disponía a seguir su camino, cuando su interlocutor insistió:

—Señorita, por favor... óigame usted; mi solo nombre bastará para disipar todo temor de su parte... Soy el capitán Fraskopelly, agregado militar de la embajada de X...

Gineta, que no era muy paciente con los pisaverdes que se permitían interpelarla en la calle, respondió con viveza:

—Caballero, sea usted quien sea, le ruego que me deje en paz.

No se dió, sin embargo, por vencido, sino que pisándole los talones prosiguió:

—Señorita..., una posición..., una gran fortuna..., mi padre es príncipe..., caballero de la corte... Hablo a usted seriamente.

—Caballero, le suplico que se deje de bromas, o llamo a un agente.

Algunos transeuntes, al ver a aquel joven elegante discutiendo con aquella linda muchacha, comenzaban a agruparse, divertidos de semejante lance.

Entonces el compañero del capitán, que había guardado silencio, le tiró de la manga diciéndole:

—No insista usted, mi querido conde: acabaremos por llamar la atención. Ha perdido usted la apuesta... y en paz. Al fin y al cabo, para usted vale más así— añadió en voz más baja como si hablara consigo mismo.

Pero el otro le replicó algo nerviosamente:

—¿!Qué se ha figurado usted, Otón?... No hay ejemplo en la historia de que un Fraskopelly haya perdido una apuesta, bien lo sabe usted... Esa joven no ha dicho su última palabra... Comenzaremos por seguirla para saber, ante todo, quién es... Además tenga usted entendido que, lo que sea mejor o peor para mí, a usted no le importa...

—Amigo mío, por favor...

Sin contestarle, el capitán llamó a un coche de punto que pasaba y después de dar una orden al cochero, subieron los dos amigos al carruaje; éste fué siguiendo de lejos a la linda rubia, la cual se alejaba rápidamente, sin cuidarse de lo que detrás de ella ocurría.

—Si las necesidades de esta persecución nos obligan a separarnos, usted, Otón, se quedará en el coche y luego nos encontraremos detrás de la Opera.

A la mañana siguiente, ninguno de los amigos del capitán Fraskopelly faltó a la cita que éste les diera ocho días antes.

Todos esperaban aquel día con curiosidad e impaciencia, y todos, una vez disipados los vapores del vino, deseaban que aquel muchacho alegre no truncase su vida por una apuesta tan imbécil.

Así es que, cuando a los postres se levantó el agregado militar para reclamar silencio, cesaron en el acto todas las conversaciones.

—Amigos míos,—dijo—la joven a quien en breve llevaré ante el señor alcalde de este hermoso país, del que seré huésped algún tiempo todavía, se llama Gineta Levasseur; es bordadora, huérfana y honrada; tiene veintiuna primaveras y vive en Menilmontant, calle del Chemin-Vert, número 34. Mi amigo Otón certificará a ustedes que esa muchacha es tan deliciosamente rubia como bonita y digna de ser una de esas pastoras que llegan a ser reinas.

Un hombre se inclinó ante ella quitándose el sombrero.

Aquella declaración disipó algo el malestar que desde el principio de la comida pesaba sobre todos los conmensales.

—¡**All right, my dear!** (¡Muy bien, amigo mío!)—exclamó Sminta de Fradesy, con el acento británico que afectaba a pesar de ser española.

—Amigos míos—continuó diciendo el capitán,— esperaba poder presentar a ustedes a mi novia esta misma noche; pero, por desgracia, la cosa no va tan de prisa como yo hubiera deseado y he de confesar humildemente que por ahora la señorita Gineta Levasseur se niega a ser condesa de Fraskopelly...

—¡Vaya una niña difícil de contentar! —exclamó Rosa Tremiere.

—En una palabra, mi querido conde—digo Reginaldo Farweth,—que ha perdido usted la apuesta... Olvide usted a esa chiquilla que no le quiere... Esto será lo más prudente, créame usted.

El capitán volvióse hacia el yanqui.

—Mi querido Farweth, hace demasiado poco tiempo que está usted en París para conocerme bien; de lo contrario, sabría usted que nunca he retrocedido ante nada. ¿Y quiere usted que ahora me detengan esas consideraciones?... La opinión personal de esas mujeres necias carece de importancia; se prescinde de ella y en paz... A Dios gracias—añadió con una carcajada siniestra— tenemos a nuestra disposición más de un medio para vencer esa obstinación incomprensible...

—¿Cuáles? — preguntó flemáticamente Reginaldo Farweth.

—Amigos míos, puesto que nuestro excelente camarada parece poner en duda lo que digo, voy a hacerles jueces...

Miró su reloj y prosiguió:

—Son las diez y media...; pues bien,

la señorita Gineta Levasseur se dispone a entregar una labor, en el otro extremo de París, a una amiga mía que se las compondrá de modo que la muchacha no salga de su casa hasta media noche... A esa hora las calles están desiertas, y cuando Gineta regrese a su domicilio, no lejos de éste, habrá apostadas gentes pagadas por mí..., y allí cerca estará mi automóvil...

—¡Un rapto!— gritó Suzale Dervanne batiendo palmas.

—Ya ve usted, mi querido Farweth— añadió el conde volviéndose hacia el yanqui, que permanecía impasible,—que no es difícil conseguir lo que se quiere.

Después cogió una copa de champaña y dijo acercándosela a los labios:

—Amigos míos, propongo a ustedes que desde ahora bebamos a la salud de la señorita Gineta Levasseur, mi novia...

Todos los comensales, movidos por un solo impulso, se levantaron ruidosamente con los brazos extendidos, y chocaron sus copas al azar no sin cierta confusión.

—¡Hip, hip, hurra!— gritó el príncipe de Visconti.

—¡Hip, hip, hurra!—repitieron los demás.

Pero en aquel instante apagóse de pronto la electricidad, quedando el salón enteramente a obscuras.

—¡Vaya una ocurrencia oportuna!—exclamó Otón de Schlakemburg.

—Es un corta-circuito— djo Vaintrailles queriendo dar una explicación del suceso.

—¡Señores, señores!... — gritó la voz atronadora del comandante Potziabeneff dominando aquel tumulto.

Pero no pudo continuar, porque en aquel momento sonaron dos tiros de revólver cuyos fogonazos rasgaron como relámpagos las tinieblas.

Hubo gritos..., gran ruido de sillas derribadas... y un estrépito de cristalería rota.

Las mujeres sentíanse mal, y los hombres buscaban las puertas.

Todo esto duró unos segundos.

De repente encendióse de nuevo la electricidad.

Entonces a los ojos de aquellas gentes, alocadas de terror, ofrecióse un espectáculo espantosamente trágico.

Sobre la mesa, echado de bruces, yacía el conde de Fraskopelly.

La sangre que brotaba de sus heridas había inundado el mantel formando en él una gran mancha roja que se extendía cada vez más.

Junto a él estaba el arma que le había matado.

Sus compañeros precipitáronse hacia él y le incorporaron, pero estaba muerto...

Aquel drama, al ser conocido al día siguiente, produjo vivísima emoción.

La opinión general fué que se había suicidado, y en su singular apuesta no vió más que una manera hábil y elegante de ocultar las verdaderas causas de su suicidio.

Recordóse el repentino relevo del joven oficial militar.

De esto a relacionar aquel relevo con algún asunto de índole íntima, con algún escándalo oculto, no había más que un paso.

El informe del médico forense echó, sin embargo, por el suelo aquellas hipótesis hijas de la fantasía.

La posición de las heridas en la caja craneana del oficial demostraba claramente que la muerte había sido producida por otra mano que la suya.

¿Pero quién le había matado?

Los comensales de aquel banquete tan tristemente famoso eran personas de quienes no podía sospecharse.

Además, estaban en las más cordiales relaciones con el desgraciado capitán; no existía entre ellos ninguna rivalidad amorosa y todos sentían por él las simpatías más sinceras. En una palabra, no se había encontrado en ninguno un móvil cualquiera de interés o de venganza que explicara el asesinato.

Como en el acto de perpetrarse el crimen no había en el comedor maestresala ni criado alguno, ¿debía suponerse que en el momento del brindis se hubiese introducido en él una persona extraña?

Pues bien, si hubiese entrado alguien mientras la electricidad estaba encendida, se le habría visto entrar; y si se hubiese introducido en la estancia estando ya la electricidad apagada, la luz del corredor habría revelado que alguien abría la puerta.

De suerte, pues, que mientras otra explicación más plausible no se hallara, había que admitir, a pesar de la inverosimilidad **a priori** de tal suposición, que los tiros de revólver habían sido disparados por uno de los asistentes al banquete.

(Continuará).